PAUL JOHNSON

ESTADOS UNIDOS

La historia



«Ninguna otra historia nacional ofrece lecciones tan tremendas para el propio pueblo estadounidense y para el resto de la humanidad», dice Paul Johnson al comienzo de esta obra. La suya es una reinterpretación de la historia estadounidense, desde los primeros asentamientos hasta el gobierno de Clinton. Cubre cada uno de los aspectos: la política, los negocios y la economía; el arte, la literatura y la ciencia; la sociedad y las costumbres; las tradiciones y las creencias religiosas. El eje de la historia lo constituyen los hombres y las mujeres que forjaron y dirigieron la nación, así como la gente común que le dio en forma colectiva su carácter único.



Paul Johnson

ESTADOS UNIDOS. LA HISTORIA

ePub r1.0
Titivillus 14.09.2024

Título original: *A History of the American People*
Paul Johnson, 1997
Traducción: Fernando Mateo
Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







«*No temáis la grandeza*»
Shakespeare,
Twelfth Night II, V

Dedico este libro al pueblo de Estados Unidos de Norteamérica, fuerte, franco, firme en sus convicciones, a veces obcecado pero siempre generoso y valiente, y cuya pasión por la justicia no tiene parangón en el concierto de las naciones.

Prefacio

Esta obra es producto del amor. Cuando yo era niño, mis padres y mis hermanas mayores me enseñaron en profundidad historia griega, romana e inglesa, pero ni una palabra acerca de Estados Unidos. En Stonyhurst, la escuela a la que asistí, adquirí una magnífica base en materia de historia constitucional inglesa, pero también allí el nombre de Estados Unidos brillaba por su ausencia. En Oxford, a fines de los años cuarenta, la Facultad de Historia Moderna estaba en el pináculo de su gloria, en la que descollaban paladines como A. J. P. Taylor y Hugh Trevor-Roper, sir Maurice Powicke, K. B. MacFarlane y sir Richard Southern: tuve la fortuna de que dos de ellos fueran mis consejeros y de asistir a las clases magistrales de todos. Pero no se mencionaba en absoluto a Estados Unidos, excepto en la medida en que aparecía en los márgenes de la historia inglesa. No recuerdo que se dictara ningún curso específico acerca de la historia de Estados Unidos. Al concluir una clase particular en la que se coló el nombre de Estados Unidos, A. J. P. Taylor dijo con gravedad: "Podrán estudiar la historia de Norteamérica cuando se hayan graduado, si pueden soportarla". Hizo otra observación más, la única, acerca del tema: "Uno de los castigos de ser presidente de Estados Unidos es que se debe subsistir cuatro años sin beber más que vino californiano". En el programa de estudios de Oxford la historia norteamericana era un verdadero agujero negro. Por supuesto, las cosas han cambiado completamente, pero estoy hablando del mundo académico de

Oxford de hace cincuenta años. Oxford no era la única que ignoraba la historia norteamericana como materia de estudio. Cuando leí las memorias del notable periodista norteamericano Stewart Alsop, descubrí con no poca sorpresa que durante su infancia en Groton, en los años treinta, sólo se le enseñó historia griega, romana e inglesa.

Como resultado de esta laguna en mi educación, cuando por fin me acerqué a la historia norteamericana lo hice con la más absoluta frescura, sin que ningún prejuicio o antipatía de mis épocas de estudiante influyeran en mi ánimo. Más aún, mis primeros contactos con esa historia fueron decididamente no académicos; tuvieron lugar cuando me puse a conversar acerca del asunto con oficiales de la Sexta Flota de Estados Unidos, mientras estuve destinado, también como oficial, en la guarnición de Gibraltar, durante mi servicio militar y, más tarde, en los años cincuenta, mientras trabajaba como periodista en París y tuve la oportunidad de conocer a figuras tan colosales como John Foster Dulles, entonces secretario de Estado, el presidente Dwight Eisenhower, y su sucesor en la conducción del SHAPE, es decir, el cuartel general supremo de las potencias aliadas en Europa, general Matthew Ridgway. A fines de los años cincuenta comencé a viajar periódicamente a Estados Unidos, tres o cuatro veces al año. Recorrí todo el país y conocí a hombres y mujeres que, a su manera, estaban moldeando la historia actual del país. Durante más de cuarenta años he aprendido a conocer y admirar a Estados Unidos y su pueblo, me he ganado innumerables amigos y conocidos, he leído su espléndida literatura, he visitado muchas de sus universidades para dictar conferencias y participar en debates, y he asistido a montones de encuentros organizados por empresas y otras instituciones norteamericanas.

En síntesis, entré en el estudio de la historia estadounidense por la puerta trasera. Pero también hube de adquirir conocimientos directos al respecto durante la investigación que realicé

para redactar algunos de los libros que escribí en esos años: *Historia del Cristianismo, Historia de los judíos, Tiempos modernos* y *El Nacimiento del mundo moderno*. Parte del material que reuní al preparar estos libros lo he utilizado en éste, si bien actualizado, revisado, corregido, aumentado y depurado. A medida que avanzaba en el estudio del pasado y me informaba sobre el presente viajando por todo el mundo —pero especialmente por Estados Unidos—, mi deseo de conocer cada vez más cosas relacionadas con los orígenes y la evolución de ese país extraordinario iba en aumento, hasta que por fin decidí escribir una historia, pues sabía por experiencia que redactar un libro es la única manera de estudiar un tema sistemáticamente, y con el empeño y la minuciosidad que merece. Mi editor en Nueva York, Cass Canfield Jr, de Harper Collins, me alentó calurosamente. Así nació este proyecto, hijo del entusiasmo y el apasionamiento, y ahora, después de muchos años, he llegado por fin a completarlo.

Escribir una historia del pueblo norteamericano, que abarca más de cuatrocientos años —desde finales del siglo XVI y hasta el fin del XX—, y dar cuenta de los antecedentes y desarrollo físico de una inmensa y variada extensión de territorio es una tarea hercúlea. Sólo puede llevarse a cabo seleccionando y rechazando material con firmeza y resolución, y sólo resulta legible si uno se concentra en determinados aspectos y los trata con minuciosidad y se limita a tratar otros temas a vuelo de pájaro. Ese ha sido mi método, como en libros anteriores dedicados a temas de similar complejidad, aunque mi meta ha sido, a pesar de todo, lograr una relación exhaustiva, cargada de fechas, datos y cifras, de la que los estudiantes que deseen tener un panorama general de la historia norteamericana puedan fiarse. El libro tiene cosas nuevas y a menudo incisivas que decir acerca de todos los aspectos y períodos del pasado norteamericano, y yo no me he propuesto, como otros historiadores, ocultar mis opiniones. Al

contrario: están a la vista, para que el lector las tome en cuenta o las desestime. Pero me he esforzado, en todas las etapas del trabajo, para presentar los hechos en toda su complejidad, en un estilo directo, honesto y objetivo, y para seleccionar el material procurando, en la medida de mis conocimientos, no ser tendencioso. Es poco menos que inevitable que en una obra tan extensa y cargada de hechos como ésta se deslicen errores. Si el lector descubre alguno, le agradeceré que me escriba a mi domicilio particular, 29 Newton Road, London W25JR, lo que me dará la oportunidad de corregirlo, y si considera que algunas de mis opiniones o expresiones le resultan insoportables, recibiré con agrado sus comentarios y me tomaré el trabajo de analizarlos.

Las notas que se transcriben al final del libro tienen varios propósitos: proporcionar las fuentes de los hechos, las cifras, las citas y las afirmaciones; reconocer mis deudas con otros estudiosos; servir como guía para lecturas complementarias; e indicar aquellos casos en que las opiniones de los estudiosos difieren, derivando al lector a obras que cuestionan los puntos de vista que yo me he formado al respecto. No he rendido pleitesía a las panaceas académicas en boga en cuanto a la nomenclatura ni he aceptado las filacterias de dudoso gusto de lo "políticamente correcto". Es por eso que no reconozco la existencia de norteamericanos selectos, de norteamericanos nativos o de cualquier otra calificación. Para mí, todos son norteamericanos: los negros, los blancos, los de piel roja o bronceada, los amarillos, arrojados por un destino común a esa vorágine turbulenta de la historia que ha dado como resultado el pueblo más extraordinario que ha conocido este mundo. Los amo y les rindo homenaje, y ésta es su historia.

PRIMERA PARTE
"UNA CIUDAD SOBRE UNA COLINA".
La Norteamérica colonial, 1580-1750

La creación de los Estados Unidos de Norteamérica es la más grande de las aventuras humanas. No hay otra historia nacional que entrañe lecciones tan formidables, no sólo para el propio pueblo norteamericano sino también para el resto de la humanidad. Abarca ahora cuatro siglos, y al entrar en el nuevo milenio nos vemos ante la necesidad de volver a contarla, pues si somos capaces de aprender estas lecciones y construir a partir de ellas, toda la humanidad se beneficiará en la nueva era que comienza. La historia norteamericana plantea tres preguntas fundamentales. En primer lugar, ¿puede una nación sobreponerse a las injusticias que marcaron sus orígenes y, merced a su decisión y empeño moral, repararlas? Todas las naciones han nacido como producto de guerras, conquistas y crímenes que suelen quedar ocultos en las sombras de un pasado remoto. Desde sus comienzos en la etapa colonial, Estados Unidos ganó sus títulos de propiedad en la época de esplendor de la historia escrita, y las manchas que enturbian ese proceso están a la vista para censura de todos: el despojo a los pueblos indígenas y el logro de la autosuficiencia valiéndose del sudor y el dolor de una raza esclavizada. Para el juicio de la Historia, lo que compensa esos pecados es la formación de una sociedad fundada en la búsqueda de la justicia y la imparcialidad. ¿Es esto lo que ha hecho Estados Unidos? ¿Ha expiado sus pecados originales? La segunda

pregunta nos da la clave para la primera. En el proceso de creación de una nación, ¿es posible mezclar con éxito los ideales y el altruismo —el deseo de construir la comunidad perfecta— con la codicia y la ambición, sin las cuales es absolutamente imposible crear una sociedad dinámica? ¿Encontraron los norteamericanos la fórmula correcta? ¿Han forjado acaso una nación en la que la rectitud lleva la delantera al tan necesario interés particular? En tercer lugar, en un principio los norteamericanos se propusieron erigir una nueva "ciudad sobre una colina", pero se descubrieron construyendo una república basada en la soberanía del pueblo que se convertiría en un modelo para todo el planeta. ¿Tuvieron éxito sus audaces metas? ¿Han demostrado realmente ser ejemplares para la humanidad? ¿Seguirán siéndolo en el nuevo milenio?

Nunca debemos olvidar que la instauración de lo que hoy es Estados Unidos fue apenas una parte de una empresa más vasta. Y que ésta fue obra de lo mejor y más brillante del continente europeo. Los europeos eran codiciosos. Como dijo Cristóbal Colón, los hombres que cruzaban el Atlántico lo hacían ante todo en procura de oro. Pero también eran idealistas. Estos jóvenes aventureros pensaban que podían mejorar el mundo. Europa era demasiado pequeña para ellos: para su energía, sus ambiciones y sus expectativas. En los siglos XI, XII y XIII habían marchado hacia el este con la idea de volver a cristianizar Tierra Santa y sus aledaños, y también para obtener tierras en aquellos parajes. La mezcla de celo religioso, ambición personal —para no decir codicia— y ansia de correr aventuras que inspiró a generaciones de cruzados fue el prototipo de la empresa que se propuso como destino la conquista de las Américas.

En Oriente, sin embargo, la aguerrida resistencia del mundo musulmán y, más adelante, el militarismo expansivo de los turcos otomanos, pusieron freno al avance cristiano. Así frustrada, la juventud cristiana empleó sus ambiciosas energías en luchas

internas: en Francia, en el exterminio de los herejes y la apropiación de las tierras a ellos confiscadas; en la península ibérica, en la reconquista del territorio que el islam ocupaba desde el siglo VIII, proceso que se completó hacia 1490 con la destrucción del reino musulmán de Granada y la expulsión o la conversión forzada de los últimos moros que quedaban en España. No es casualidad que en esa década, que marcó la homogeneización de Europa Occidental como una entidad unificada en torno al cristianismo, se llevaran a cabo los primeros intentos exitosos de trasladar Europa, y la cristiandad, al hemisferio occidental. Mientras se completaba una tarea, otra asomaba en el horizonte.

Los portugueses, pueblo marítimo por excelencia, fueron los primeros en entregarse a la nueva empresa, a comienzos del siglo XV. En 1415, el año en que el rey Enrique V de Inglaterra destruyera al ejército francés en Agincourt, aventureros portugueses se apoderaron de Ceuta, en el norte de África, y la convirtieron en un enclave comercial. Después, se internaron en el Atlántico con rumbo sudoeste y ocuparon sucesivamente Madeira, Cabo Verde y las Azores, y las convirtieron en colonias de la corona portuguesa. Los aventureros portugueses estaban profundamente conmovidos por estos descubrimientos: sentían que estaban dando origen a un nuevo mundo, aunque la expresión no pasó a formar parte del lenguaje popular hasta 1494. Estos primeros colonos creían que estaban reiniciando la civilización: el primer niño y la primera niña nacidos en Madeira fueron bautizados Adán y Eva.[1] Pero casi de inmediato sobrevino la caída, que con el tiempo habría de abarcar todo el Atlántico. En la propia Europa, el antiguo sistema esclavista se había extinguido casi totalmente en el marco de la sociedad cristiana. En la década de 1440, mientras exploraban la costa

africana desde las islas que acababan de ocupar, los portugueses volvieron a descubrir la esclavitud como actividad comercial rentable. En África la esclavitud había existido siempre, y quienes la manejaban eran los gobernantes locales, a menudo con la colaboración de traficantes árabes. Los esclavos eran cautivos, personas ajenas a la comunidad que habían perdido su raigambre tribal; una vez esclavizadas, se convertían en mercaderías comercializables y, desde luego, en un recurso importante para conseguir dinero.

Los portugueses se iniciaron en la trata de esclavos a mediados del siglo XV, llegaron a dominar su práctica y, en el curso de ese proceso, la transformaron en algo más impersonal y horrible que lo que había sido en el África antigua o medieval. La nueva colonia portuguesa de Madeira se convirtió en el centro de una industria azucarera que no tardó en convertirse en la proveedora más importante de Europa Occidental. El primer ingenio azucarero, con mano de obra esclava, se instaló en Madeira en 1452. Esta industria, de rentabilidad inmediata, tuvo tanto éxito que los portugueses comenzaron a cultivar caña en las islas de Biafra, situadas frente a la costa africana. Una isla cercana al cabo Blanco, en Mauritania, se convirtió en depósito de esclavos. Desde allí, cuando la trata estaba en sus comienzos, se enviaban por barco a Lisboa varios cientos de esclavos al año. Pero, a medida que la industria azucarera crecía, comenzaron a contarse por miles: hacia 1550, sólo en Santo Tomé, que también se convirtió en campo de concentración, ingresaron alrededor de 50.000 esclavos importados de África. La administración de estas actividades, que daban pingües ganancias, estaba en manos de un conglomerado mixto de cristianos de toda Europa —españoles, normandos y flamencos, y también portugueses e italianos del Egeo y el Levante— que actuaba bajo la égida de la corona portuguesa. Estos hombres —jóvenes, solteros e incansables— no vacilaban en unirse a la primera mujer

que se les cruzara, fuera quien fuese, y a veces incluso llegaban por esa vía al matrimonio. Su descendencia mixta, los mulatos, resultaron ser menos propensos que los europeos de pura raza a padecer fiebre amarilla y malaria, de modo que crecían sanos y fuertes. Sin embargo, ni los europeos ni los mulatos pudieron vivir en la costa africana, pero se multiplicaron en las islas de Cabo Verde, a unos 500 kilómetros de la costa occidental del continente. Los mulatos traficantes de Cabo Verde eran conocidos con el nombre de *lancados*. Hablaban en criollo, dominaban las lenguas nativas, practicaban un cristianismo sazonado de paganismo y administraban la parte europea de la trata de esclavos, del mismo modo que los árabes se hacían cargo de la parte africana.[2]

Esta trata de esclavos de nuevo tipo no tardó en llegar a caracterizarse por la escala y la intensidad con que se llevaba a cabo, y por el nexo que establecía el metálico entre los proveedores africanos y árabes, los traficantes portugueses y los lancados, y los compradores. Los mercados de esclavos eran vastos. Casi todos los esclavos eran varones y se los empleaba en la agricultura extensiva y las minas. Los intentos por aculturarlos eran escasos y se los trataba cómo unidades corporales de calidad variable, meras mercancías. Este enfoque moderno de la esclavitud se desarrolló sobre todo en Santo Tomé. Los portugueses se dedicaron a vender esclavos africanos a los españoles, que, siguiendo el ejemplo de Madeira, ocuparon las Canarias y comenzaron a cultivar caña y producir azúcar. Para la época en que la exploración y la colonización se difundieron desde las islas hacia el otro lado del Atlántico, el sistema esclavista ya estaba establecido.[3]

Al adentrarse en las islas del Atlántico, los portugueses descubrieron el factor meteorológico básico del Atlántico Norte: el hecho de que constituye una zona climática oceánica en sí mismo. Había fuertes corrientes que se desplazaban en el sentido

de las agujas del reloj, sobre todo en el verano, y que eran impulsadas por vientos del noreste en el sur y del oeste en el norte. Así, los navegantes se dirigían al sudoeste cuando salían, y al noreste cuando regresaban a Europa. Aprovechando este sistema climático los españoles desembarcaron en las Canarias y las ocuparon. Los *guanches* indígenas eran vendidos como esclavos en España, o convertidos al cristianismo y obligados al trabajo agrícola por sus conquistadores, en su mayoría procedentes de Castilla.[4] La experiencia adquirida en las Canarias con el sistema climático del Atlántico Norte permitió a Cristóbal Colón desembarcar en el hemisferio occidental en 1492. Su aventura tuvo todos los rasgos del internacionalismo que caracterizaron la empresa americana. Su centro de operaciones fue una ciudad española, Sevilla, pero él era oriundo de Génova y, por nacionalidad, ciudadano de la República de Venecia, que entonces constituía un imperio insular en el Mediterráneo Oriental. Financió su expedición transatlántica con recursos propios y de otros comerciantes genoveses instalados en Sevilla, y contó además con la ayuda monetaria de Isabel, la reina de España, que ese mismo año había recibido una buena cantidad de metálico cuando sus tropas ocuparon Granada.[5]

La colonización de América no resultó fácil para los españoles. La primera ciudad isleña que Colón fundó, a la que llamó Isabel, fue un completo fracaso. Se le acabó el dinero, y la corona decidió tomar el mando. El primer asentamiento exitoso se creó en 1502, cuando Nicolás de Ovando llegó a Santo Domingo con treinta barcos en los que viajaban no menos de 2.500 hombres. Se trataba de una empresa de colonización, de ninguna manera improvisada, en la que España capitalizó la experiencia que había adquirido durante su Reconquista, y que se basaba en una red de ciudades copiada del modelo de Castilla la Nueva. Esta, a su vez, estaba inspirada en las *bastidas* de la Francia medieval, que derivaban de las ciudades colonia roma-

nas, una versión mejorada de modelos griegos que se remontan a los comienzos del primer milenio a. C. De modo que el sistema era muy antiguo. Lo primero que hicieron, después de asegurar una cabeza de playa o puerto, fue encargar al oficial adelantado que midiera y fijara una cuadrícula de calles.[6] Aparte de las fortificaciones, el primer edificio importante fue la iglesia. Los clérigos, en especial dominicos y franciscanos, desempeñaron un papel fundamental en el proceso de colonización, hasta el punto de que el primer obispado del Nuevo Mundo se fundó en 1512. Nueve años antes, la corona había fundado en Sevilla la Casa de Contratación, una suerte de cuartel general de la empresa transatlántica, y había gastado sumas considerables del erario estatal para sostener la iniciativa. Hacia 1520, eran por lo menos 10.000 los europeos hispanohablantes que vivían en la isla caribeña de La Española, en la que cultivaban lo que necesitaban para alimentarse, y habían establecido ya relaciones comerciales regulares con los europeos.[7]

Un año antes, Hernán Cortés había desembarcado en el continente americano y doblegado por las armas la antigua civilización mexicana. La expansión fue asombrosamente rápida, la más rápida de la historia de la humanidad: tan fulminante como las conquistas de Alejandro Magno, y mucho más rigurosa y permanente. En cierto sentido, el nuevo Imperio español se superpuso al azteca, a diferencia de lo que había ocurrido cuando Roma absorbió las colonias griegas.[8] Pocos años después, los españoles estaban a 1.600 kilómetros al norte de la ciudad de México, la vasta ciudad con calles en cuadrícula que Cortés construyera sobre las ruinas de la antigua capital azteca, Tenochtitlán.

Esta incursión proveniente de Europa trajo enormes cambios en la demografía, la flora y la fauna, y la economía de las Américas. Así como los europeos eran vulnerables a la fiebre amarilla, los indígenas fueron diezmados por la viruela que aquéllos

trajeron consigo. Los europeos habían aprendido a hacerle frente a lo largo de muchas generaciones pero seguía siendo en extremo infecciosa y a los indígenas les resultaba invariablemente mortal. No sabemos con certeza cuántos habitantes tenían las Américas antes de la llegada de los europeos. Al norte de lo que hoy es la frontera mexicana los indígenas vivían dispersos en tribus, en muchos casos todavía recolectoras y cazadoras, que libraban perpetuas guerras entre sí, aunque algunas tribus cultivaban el maíz y vivían parte del año en aldeas, población que, en total, tal vez ascendiese al millón de almas. Al sur había sociedades mucho más avanzadas y dos grandes imperios, el de los aztecas en México y el de los incas en el Perú. En el centro y el sur de América la población total rondaba los veinte millones. En unas pocas décadas, la conquista y las enfermedades habían reducido a los indios a dos millones, o tal vez menos. De ahí que a poco de iniciada la conquista se planteara una demanda de esclavos africanos para ser utilizados como mano de obra. Además de la viruela, los españoles importaron diversas innovaciones que tuvieron buena acogida: trigo y cebada, y arados para trabajar la tierra en que los cultivarían, caña de azúcar y vid y, sobre todo, una gran variedad de ganado. Los indios americanos no habían logrado domesticar nada más que perros, alpacas y llamas. Los europeos introdujeron el ganado vacuno, bueyes para los arados, caballos, mulas, asnos, ovejas, cerdos y aves de corral. Casi desde el principio, la cría de caballos de raza, lo mismo que la de mulas y asnos, fue todo un éxito. Los españoles eran los únicos europeos occidentales que tenían la experiencia del arreo de grandes rebaños de ganado a caballo, y esta práctica se convirtió en un rasgo distintivo del Nuevo Mundo: pronto enormes haciendas se encargarían de proveer de ganado vacuno para el consumo y mulas para el trabajo, en grandes cantidades, a los distritos mineros.[9]

Los españoles tenían el corazón endurecido por la larga lucha librada para expulsar a los moros, y trataban a los indios con extraordinaria rudeza. Pero eran constantes en cuanto a la forma en que emprendían la colonización de vastas regiones. Los ingleses, cuando siguieron sus pasos rumbo al Nuevo Mundo, advirtieron esas dos características. John Hooker, un cronista isabelino, consideraba que los españoles eran moralmente inferiores "porque con la más cruel inhumanidad [...] sometieron a un pueblo desnudo y dócil, que sólo les interesó para obtener ganancias y no para la religión o para implantar una mancomunidad, al que tiranizaron con la mayor crueldad y al que contra todas las inclinaciones de la naturaleza humana oprimieron hasta la muerte, como atestiguan sus propios relatos". Al mismo tiempo, los ingleses admiraban "el afán y las obras de los españoles, su preocupación por aprovisionar espléndidamente tantos barcos [...] la inversión permanente de recursos destinados a asegurar el éxito de su iniciativa, el espíritu enérgico e indomable que han puesto de manifiesto al afrontar cuestiones de tan difícil ejecución, y, por ultimo, su constante determinación de asentarse allí definitivamente".[10]

Establecidos los españoles en las Américas, era inevitable que los portugueses siguieran sus pasos. Portugal, vulnerable a las invasiones españolas, tuvo la precaución de mantener las relaciones ultramarinas con sus poderosos vecinos en un plano estrictamente legal. Ya en 1479, España y Portugal habían firmado un tratado que establecía cuáles serían sus respectivas esferas comerciales más allá de las aguas europeas. Para ello, habían consultado al papado, que decidió trazar una línea longitudinal imaginaria a una distancia de cien leguas al oeste de las Azores: lo que hubiera hacia el oeste de esa línea pertenecería a España; lo que hubiera hacia el este, a Portugal. Las dos potencias acordaron respetar de forma permanente la concesión mediante el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494, que disponía que la lí-

nea quedara fijada a una distancia de 370 leguas al oeste de Cabo Verde. Este nuevo acuerdo garantizaba a los portugueses un segmento gigantesco de América del Sur que incluía la mayor parte de lo que hoy es Brasil. Conocían esta costa por lo menos desde el año 1500, cuando una escuadra portuguesa que se dirigía al océano Indico se vio obligada a internarse en el Atlántico para evitar una racha de vientos de proa y, para su sorpresa, terminó tocando tierra al este de la línea fijada por el tratado en un lugar que, a todas luces, no pertenecía al continente africano. Pero sus recursos estaban demasiado comprometidos en la exploración de la costa africana y de las rutas a Asia y las Indias Orientales, donde ya estaban instalando avanzadas, como para invertir en las Américas. Para organizar su primera colonia en Brasil, que se fundó mucho después, en 1532, siguieron el modelo que habían implantado en sus posesiones insulares en el Atlántico, conforme al cual la corona designaba "capitanes" que invertían en concesiones de tierra a las que llamaban *donatorios*. En la mayoría de los casos, esta primera oleada fracasó; sólo cuando los portugueses trasladaron desde Cabo Verde y las islas de Biafra a la región de Brasil llamada Pernambuco el sistema de los ingenios azucareros basado en la esclavitud, comenzaron éstos a obtener ganancias y los colonos decidieron afincarse. El verdadero desarrollo en gran escala de Brasil comenzó en 1549, momento en que la corona hizo una gran inversión, envió a más de mil colonos y nombró a Martín Alfonso de Sousa gobernador general con plenos poderes. A partir de entonces, el progreso fue rápido e irreversible: se produjo un crecimiento masivo de la industria azucarera, y durante el último cuarto del siglo XVI Brasil se convirtió —y después siguió siéndolo— en el centro de importación de esclavos más grande del mundo. Durante más de trescientos años, Brasil absorbió más esclavos africanos que cualquier otro país y se convirtió, por así decir, en un territorio afroamericano. A lo largo del siglo XVI los portugueses

tuvieron prácticamente el monopolio del tráfico de esclavos a través del Atlántico. Hacia el año 1600, casi 300.000 esclavos africanos habían sido trasladados por mar a las plantaciones: 25.000 a Madeira, 50.000 a Europa, 75.000 a cabo Santo Tomé y el resto a América. Para esa fecha, cuatro de cada cinco esclavos eran enviados al Nuevo Mundo.[11]

Es importante tener en cuenta que este sistema de esclavitud en las plantaciones, organizado por los portugueses y adoptado por los españoles para sus minas y sus ingenios azucareros, había estado vigente, y se había extendido, mucho antes de que otras potencias europeas recalaran en el Nuevo Mundo. Pero las prodigiosas fortunas que los españoles amasaron gracias a la plata de las minas americanas y el comercio del azúcar —de este último también se beneficiaban los portugueses— atrajeron al continente a aventureros de toda Europa. Aunque españoles y portugueses se preocupaban por respetar sus respectivas esferas de intereses, que por lo demás se consolidarán cuando las dos coronas se unieron bajo la casa de los Habsburgo, en 1580, esas inhibiciones no desalentaron a otras naciones. La posibilidad de que el reparto del botín atlántico consagrado por la autoridad papal mantuviera su vigencia se esfumó como consecuencia de la Reforma de los años 1520 y 1530, durante la cual zonas importantes del noroeste de Europa renunciaron a su lealtad a Roma. El protestantismo prosperó particularmente en las comunidades y puertos comerciales de la Francia atlántica, los Países Bajos, Londres —que era ya la ciudad comercial más importante de Europa— y entre los hombres de mar del sudoeste de Inglaterra. En 1561, el secretario de Estado de la reina Isabel I, sir William Cecil, hizo investigar la Ley Internacional del Atlántico y comunicó con la mayor firmeza al embajador de España que el Papa no había tenido la menor autoridad para otorgar esa concesión. Lo cierto es que de antiguo se había mantenido una tradición, tenazmente sostenida por los marinos hugonotes

franceses, que por principio rechazaban todo cuanto el catolicismo afirmara, según la cual las reglas aceptadas para la guerra y la paz quedaban en suspenso más allá de una línea imaginaria que pasaba por el medio del océano Atlántico. Esta línea era aún más vaga que la que fijaba la concesión original del Papa, y nadie sabía exactamente dónde estaba. Pero la teoría, y desde luego la práctica, de "no a la paz más allá de la línea" era un hecho consumado en el siglo XVI.[12] Por otra parte, es muy significativo que, desde sus orígenes, el Nuevo Mundo fuera considerado casi sin discusiones un hemisferio en el que la ley no era aplicable y en el que la única expectativa era la violencia.

Desde los primeros años del siglo XVI, pescadores bretones, normandos, vascos y franceses (de La Rochelle) habían explotado los ricos bancos pesqueros cercanos a Terranova y Labrador. Alentados por la abundancia de las redadas, y por la información que les llegaba acerca de las riquezas en tierra firme, dieron un paso más. En 1534, el marino francés Jacques Cartier, de Saint Malo, remontó el río San Lorenzo, pasó el invierno en el lugar que él mismo llamó Stadacona (Quebec) y llegó hasta Hochelaga (Montreal). En 1541 volvió, en busca del "Reino de Saguenay", del que se decía que era rico en oro y diamantes. Pero el oro resultó ser pirita de hierro; los diamantes, apenas cristales de cuarzo; y la expedición, un fracaso. Cuando las guerras de religión comenzaron a desgarrar a Europa, el gran dirigente protestante francés Gaspard de Coligny, almirante de la Marina francesa, envió una expedición a colonizar una isla en lo que es ahora el inmenso puerto de Río de Janeiro. Esto ocurrió en 1555, y al año siguiente se despachó un contingente de refuerzo de 300 hombres que debía unirse a la expedición, muchos de los cuales fueron escogidos por Juan Calvino en persona. Pero las cosas no salieron bien, y en 1560 los portugueses, viendo que la colonia era débil, la atacaron y colgaron a todos sus habitantes. Los franceses también instalaron colonias de hugonotes

en Fort Caroline, al norte de la Florida, y en Charles Fort, cerca del río Savannah, en 1562 y 1564. Pero los españoles, cuyo gran explorador Hernando de Soto había hecho un reconocimiento de toda la zona entre los años 1539 y 1542, tenían bajo la mira a los intrusos, en especial a los protestantes. En 1565 atacaron Fort Caroline y asesinaron a la colonia entera. Al año siguiente hicieron lo mismo con Charles Fort, y erigieron allí sus propias fortificaciones en San Agustín y en la isla de Santa Catalina. Seis años más tarde, en 1572, militantes católicos franceses perpetraron la matanza de San Bartolomé, en la que resultó asesinado el almirante Coligny, con lo que pusieron fin a la primera fase de la expansión transatlántica francesa.[13]

Tras el vacío dejado por el descalabro del protestantismo francés, desembarcaron los ingleses, y su aparición en escena constituye para nosotros el origen más remoto del pueblo norteamericano. Ya en 1497 el inglés John Cabot había recorrido las costas de Labrador y, un año después, explorado las de Nueva Escocia. Estas primeras incursiones no derivaron en una ocupación del territorio, pero los ingleses pronto comenzaron a explotar con intensidad la riqueza pesquera de la zona, lo que en ocasiones los llevaba a invernar en Terranova. Enrique VIII tomó a su servicio a numerosos marinos y aventureros hugonotes y, durante el reinado de su hija Isabel, diversos empresarios marítimos como sir John Hawkins trabajaron en estrecha colaboración con protestantes franceses planeando incursiones contra el comercio español “más allá de la línea”. El marino y caballero de West Country, Humphrey Gilbert ayudó a los hugonotes a fortificar su puerto-bastión de La Rochelle en 1562, tuvo acceso a sus planes atlánticos y concibió algunos por su cuenta. Provenía de un clan familiar que se había ramificado y al que pertenecían también el joven Walter Raleigh, su hermanastro, y su

primo Richard Grenville. En 1578 Gilbert obtuvo las cartas patentes en las que la reina Isabel expresaba su voluntad de permitirle “descubrir y ocupar” las tierras que “no estuvieran en posesión de ningún príncipe cristiano” y ejercer jurisdicción sobre ellas, “conforme a las leyes y políticas de Inglaterra”.[14] Como consecuencia de ello, se puso en contacto con diversos estudiosos y publicistas que hicieron todo lo que estaba a su alcance para promover la empresa inglesa de ultramar. Uno de ellos fue el doctor John Dee, el consejero científico oficioso de la Reina; otro, el joven matemático Thomas Hariot, amigo y seguidor de Raleigh. Sin embargo, el más importante fue Richard Hakluyt.

Hakluyt era hijo de un abogado de Middle Temple autor de una serie de mapas y manuscritos sobre las rutas oceánicas. Lo que para su padre era un entretenimiento, se convirtió para el joven Hakluyt en la ocupación excluyente de su vida. Sus incontables publicaciones, que abarcaron desde panfletos hasta libros, reforzadas por las convincentes cartas que enviaba a la flor y nata de la Inglaterra isabelina, constituyeron el mayor impulso individual dedicado a persuadir al país de que, para asegurar su futuro, debía poner los ojos en Occidente, y constituyen además la información más completa proveniente de una sola fuente acerca del Atlántico en el siglo XVI.[15] El joven Hakluyt bien puede ser considerado el primer estratega geopolítico; en todo caso, es sin duda el primero en lengua inglesa. Lo que el doctor Dee ya llamaba el futuro “Imperio británico” mientras exhortaba a la reina Isabel a crearlo, no era para Hakluyt una visión distante, sino algo que debía surgir al cabo de pocos años, a medida que se lograra que los marinos, empresarios y *planters*[16] de colonias —dos nuevas palabras que habían comenzado a usarse a mediados del siglo XVI— se decidieran a lanzar una campaña de asentamientos específicos en la costa americana.[17] En 1582, Hakluyt publicó un informe acerca de algunos de los viajes al Atlántico noroeste, con un prefacio dedicado

al joven héroe popular sir Philip Sidney, que ya se había comprometido con Gilbert a desembarcar en la primera colonia que le resultara propicia. En el informe, Hakluyt lamentaba que los ingleses estuviesen perdiendo oportunidades e insistía en que debían aprovechar el momento:

> No me sorprende un ápice que desde el primer descubrimiento de América (que tuvo lugar hace ya noventa años), después de la magna conquista y colonización a la que procedieron allí españoles y portugueses, nosotros, en Inglaterra, no hayamos tenido la inspiración de establecernos sin demora en tierras tan feraces y de clima tan agradable como son aquellas de las que ellos todavía no han tomado posesión. Sin embargo, sigo pensando que a todo hombre le llega su momento, y cuando veo que el de los portugueses ya ha pasado y que la desnudez de los españoles y sus secretos tan celosamente guardados han quedado por fin desvelados […] abrigo la esperanza de que ese momento esté cerca y de que ahora nosotros, los ingleses, podamos compartir y repartir esos intereses (si tenemos la voluntad de hacerlo) con los españoles y los portugueses en parte de América y en otras regiones todavía no descubiertas.[18]

Gilbert aceptó de inmediato el desafío de Hakluyt y zarpó con cinco barcos, uno de ellos propiedad de Raleigh, y 260 hombres, entre ellos "albañiles, carpinteros, herreros y de oficios semejantes", pero también "mineros y refinadores", lo que indica que el interés de Gilbert, como el de la mayoría de los primeros aventureros, todavía estaba puesto en el oro. Pero no sobrevivió al viaje: su pequeña nave, la *Squirrel*, que no superaba las diez toneladas, se hundió; la última vez que se lo vio, Gilbert estaba leyendo un libro en cubierta, un toque típicamente isabelino.[19] Raleigh ocupó su puesto y se apresuró a gestionar una nueva cédula de la reina autorizándolo a fundar una colonia. Raleigh es el primer gran hombre de la historia del pueblo norteamericano que aparece claramente descrito en los documentos históricos de que disponemos, y vale la pena prestarle atención.

En cierto sentido, Raleigh fue un protonorteamericano. Tenía características muy marcadas que después habrían de asociarse con el arquetipo del norteamericano. Era un hombre dinámico, muy desenvuelto, enormemente ambicioso, que tenía

el dinero siempre presente, no demasiados escrúpulos, pero sí una notable visión de futuro combinada con una pasión por todo lo nuevo y, no menos importante, una veta de idealismo que chocaba violentamente con su desmesurado deseo de hacer fortuna a toda costa. Pertenecía a una familia de rancio abolengo, pero pobre; había nacido en Devon alrededor de 1554 y "no dejó de recordar Devonshire hasta el día de su muerte". John Aubrey, que le dedicó una de sus *Brief Lives* (Biografías breves), escribió que era "un hombre alto, apuesto y audaz", muy arrogante y "terriblemente orgulloso". Su apostura impresionó a la Reina apenas hizo su aparición en la corte, pues le gustaban los jóvenes de buena familia necesitados y bien parecidos a los que ella pudiera "formar". Pero lo que la llevó a escogerlo entre la multitud de airosos galanes que reclamaban atención fue su brillante inteligencia y su predisposición a adquirir nuevos conocimientos, especialmente los de orden científico. La corte estaba asombrada por la rapidez con que se había ganado el favor de la Reina. En palabras de sir Robert Naunton, un testigo presencial, "lo cierto es que había logrado hacerse oír por la Reina en un santiamén, y ella comenzó a sentirse fascinada por su elocuencia, y le encantaba oír las razones con que él respondía a sus preguntas. Y la verdad es que lo tomó como una especie de oráculo, lo que irritó a todos".[20] Raleigh fue uno de los primeros jóvenes cortesanos en probar el nuevo artículo de lujo, el tabaco, que los españoles habían llevado de América a Europa, y un ejemplo típico de cómo sabía despertar la admiración de la Reina fue su exhibición del procedimiento para pesar el humo del tabaco, para el cual se sirvió de dos pequeñas pesas, con una de las cuales determinó primero el peso del cigarrillo y luego, con la otra, el de las cenizas. Su amigo matemático, Hariot, le proporcionaba permanentemente nuevas ideas que le permitían mantener vivo el interés de la Reina.[21]

Raleigh no fue sólo un intelectual, sino un hombre de acción desde su juventud: a los quince años había combatido junto a los hugonotes y tomado parte en una acción naval desesperada bajo las órdenes de su hermanastro Gilbert. También había estado dos veces en prisión por "alteración del orden público". Pero su acción más importante, y que influyó en la aventura americana, tuvo lugar en Irlanda. Los ingleses habían estado tratando de someter Irlanda y "reducirla a la civilización", tal como decían ellos, desde mediados del siglo XII, pero habían tenido escaso éxito. Desde el comienzo los colonos ingleses que se habían establecido en Irlanda y se habían adueñado de tierras para convertirlas en fincas de tipo inglés habían mostrado una perturbadora tendencia a adoptar las costumbres de los nativos y unirse a los "salvajes irlandeses". Para combatir esto, el Gobierno inglés había aprobado una serie de leyes, en el siglo XIV, conocidas como los Estatutos de Kilkenny, que constituyeron una forma temprana de *apartheid*. Se llamó Pale al territorio completamente anglificado, que se extendía a partir de Dublín, la capital, y se permitió a los irlandeses que vivieran en él sólo con una estrecha supervisión. Los ingleses no podían vender armas o caballos a los irlandeses y bajo ningún concepto podían vestir a la usanza irlandesa, hablar el idioma gaélico local, o emplear "arpistas y rimadores". A la inversa, a los irlandeses se les prohibía el ejercicio de un gran número de actividades y adquirir tierras en el Pale, y también pernoctar allí. Pero estas leyes eran transgredidas todo el tiempo y debían ser renovadas periódicamente, y aún así los colonos ingleses seguían "degenerándose", concertando matrimonios con nativos de Irlanda y convirtiéndose ellos mismos en irlandeses, e incluso fomentando y poniéndose a la cabeza de las revueltas contra las autoridades inglesas. Uno de esos alzamientos había ocurrido en 1580, en Munster, y Raleigh había reclutado cien infantes de la City de Londres para intervenir en una despiadada represión. Había

matado a cientos de “salvajes irlandeses”, como él mismo los llamaba, y colgado a veintenas de ellos por traición, y había sido generosamente recompensado con tierras confiscadas a los pobladores que pronto se empeñó en “colonizar”. En la empresa americana, Irlanda desempeñó el mismo papel que la guerra contra los moros había significado para los españoles: fue un campo de pruebas para reprimir y desarraigar una cultura y una raza extranjeras, y para establecerse en las tierras conquistadas y construir ciudades en ellas. Y así como el dinero de la Reconquista se destinara a financiar la conquista española de las Américas, Raleigh aplicó las ganancias de sus fincas irlandesas a financiar su expedición transatlántica.[22]

Vale la pena analizar en detalle la aventura colonizadora de Raleigh porque entrañó importantes lecciones para el futuro. Emprendió su primera expedición, un reconocimiento, con dos naves; el 27 de abril de 1584, se proveyó de agua en las Canarias y Puerto Rico, tomó rumbo norte hacia el canal de Florida y alcanzó los bancos de la Florida a mediados del verano. El 13 de julio encontraron un pasaje que los condujo a la que llamaron isla Roanoke: “Y después de dar gracias a Dios por nuestra llegada aquí sanos y salvos, nos dirigimos en los botes a ver la tierra que se extiende cerca de ella y a tomar posesión de la misma en nombre de la Excelentísima Majestad de la Reina”.[23] Pasaron seis semanas en aquellas costas y descubrieron ciervos, conejos, aves de todo tipo y, en los bosques, pinos, cipreses, sasafrás, gomeros “y los cedros más empinados y rojos del mundo”. Lo que más les llamó la atención fue la extrema pureza del ambiente: “el aire está cargado de fragancias dulces y aromáticas”. Al tercer día, avistaron un pequeño bote en el que tres hombres se dirigían hacia la isla. Uno de ellos descendió en un punto situado al otro lado de las naves inglesas y esperó “sin dar muestras de temor o vacilación alguna hasta que un grupo de los nuestros fue a buscarlo”. Entonces:

> Después de que hubo dicho muchas cosas que no le entendimos, lo trasladamos con su anuencia hasta las naves, le dimos una camisa, un sombrero y algunas otras cosas, y le hicimos saborear nuestro vino y nuestra carne, que le gustaron sobremanera; después de haber recorrido ambos barcos, regresó a su bote, que había dejado en una pequeña caleta o arroyo adyacente: tan pronto estuvo a dos golpes de remo de la orilla se arrojó al agua a pescar y, en menos de media hora, había cargado su bote lo suficiente para que no zozobrara, hecho lo cual tornó a tierra. Allí dividió su pesca en dos partes, una de ellas destinada a los barcos y la otra a su embarcación y, después de haber retribuido (en la medida de sus posibilidades) los regalos recibidos, desapareció de nuestra vista.[24]

A este episodio siguieron nuevos contactos amistosos con los indios, en el curso de los cuales éstos entregaron a los europeos pieles de ciervo y de búfalo, maíz, frutas y verduras, a cambio de jarros, hachas y viandas en conserva de las bodegas de las naves. Cuando éstas zarparon de Roanoke a fines de agosto, iban en ellas dos indios, Manteo y Wanchese. Llegaron al oeste de Inglaterra a mediados de septiembre, llevando valiosas pieles y perlas. El informe detallado que recibió de uno de sus expedicionarios, el capitán Arthur Barlow, convenció a Raleigh de que el territorio que habían avistado desde Roanoke era adecuado para establecer una colonia y emprendió de inmediato una campaña publicitaria destinada a atraer inversores, para la cual apeló a los servicios de Hakluyt y otros amanuenses. Acababa de convertirse en miembro del Parlamento en representación de Devonshire, y en diciembre planteó la cuestión en la Cámara de los Comunes, donde expuso sus planes de colonización. Regocijada, el 6 de enero de 1585, en Greenwich, la Reina nombró a Raleigh caballero y lo autorizo a llamar Virginia, en su honor, al territorio que se proponía colonizar. En abril, reunidos en Plymouth, había siete naves y unos seiscientos hombres, de los cuales la mitad eran soldados, listos para emprender la expedición. El mando de la flota estaba en manos de sir Richard Grenville, primo de Raleigh. Ralph Lane, un hombre que había adquirido su experiencia en la campaña contra Irlanda, era quien estaba a cargo de las tropas. Al grupo se incorporó Hariot, un experto en temas científicos. Había estado apren-

diendo la lengua de los dos indios y se le encomendó especialmente realizar mediciones científicas y estudiar la flora, la fauna, el clima y la geología. También fueron reclutados John White, el primer acuarelista inglés de nota, que fue designado pintor y agrimensor, y otros especialistas, como un boticario, un cirujano y algunos avezados artesanos.

Después de varios percances, algunas pérdidas, despojos sufridos a manos de los españoles, y disputas entre Grenville y Lane, el grueso de la flota llegó a la zona de Roanoke en julio. Allí descubrieron, y Hariot lo consignó, una de las principales dificultades a las que se enfrentarían los primeros colonos en Norteamérica. "Las costas marítimas de Virginia —escribió Hariot — están plagadas de islas, por lo que se hace muy difícil encontrar el acceso al continente. Pues aunque diversas, variadas y espaciosas divisorias que parecían facilitar el acceso buscado las separan unas de otras, con gran riesgo para nosotros descubrimos que las aguas eran poco profundas y había numerosos bancos de arena"[25]. En efecto, en las costas norteamericanas hay literalmente miles de islas, sobre todo en la región de los grandes ríos que forman estuarios en su desembocadura, y los primeros viajeros podían pasar semanas y meses en su intento por abrirse paso entre ellas para llegar al continente o al curso principal del río. Y cuando ocupaban una isla determinada, a las expediciones de auxilio o de refuerzo les resultaba en extremo difícil encontrarla. Por añadidura, los cambios que se producían en la topografía de la costa eran constantes. La Virginia de Raleigh se extendía entre los cabos Fear y Henry, desde los 33,5 a los 36,56 grados de latitud norte, principalmente en lo que es hoy Carolina del Norte y parte de la moderna Virginia. Aunque las costas de Carolina, en las que se alzara la colonia de Roanoke, han cambiado mucho desde entonces debido a la acción del viento y del mar, todavía es posible identificar los contornos que presentaba en el siglo XVI.

Si bien no encontraron un puerto satisfactorio, construyeron una fortificación en el sector norte de la isla de Roanoke. Lane permaneció allí, con la misión de defenderlo, acompañado por 107 hombres, mientras Grenville regresaba a Londres en agosto a fin de informar acerca de los resultados obtenidos hasta entonces. Durante el viaje de regreso a Inglaterra, Grenville se apoderó de un navío español de 300 toneladas, el *Santa María*, que se había apartado del convoy que transportaba los tesoros de un año, y el 18 de octubre lo amarró en el puerto de Plymouth. El botín fue estimado en 15.000 libras esterlinas, lo que representó generosos dividendos para todos aquellos que habían invertido en la expedición de 1585. Pero el hecho de que Grenville se hubiera permitido distraerse en una incursión como aquella ponía en evidencia hasta qué punto las metas de la empresa de Raleigh eran poco claras. ¿Su propósito era fundar una colonia viable y permanente, con objetivos a largo plazo, u obtener beneficios más inmediatos depredando el ya existente Imperio español? El propio Raleigh no habría podido responder esta pregunta; o, más bien, habría respondido que "ambas cosas", sin darse cuenta de que eran incompatibles.

Mientras tanto, Lane no había logrado encontrar lo que consideraba esencial para un asentamiento, es decir, un puerto apropiado; había trasladado la colonia, se había metido en líos con los indios de la zona, librado contra ellos una batalla campal y sido auxiliado por la enorme fuerza expedicionaria de sir Francis Drake, que navegaba hacia el norte por la costa oriental de Norteamérica después de haber saqueado el Caribe español. Lane era un buen soldado y un jefe hábil, pero sus conocimientos de agricultura, en particular todo lo referente a la labranza, eran nulos. La mayoría de los hombres que lo acompañaban no eran en absoluto colonos, sino soldados y aventureros. Hariot escribió: "Algunos, también habían recibido una educación esmerada, pero sólo en la ciudad, de modo que hasta entonces (si

puedo decirlo así) no habían estado en contacto con el mundo". Decía además que echaban de menos "las delicadas comidas a las que estaban habituados" y sus "mullidas camas de plumas", de modo que se sentían "abatidos". Pensaron que encontrarían tesoros y "después de comprobar que no había trazas del oro o la plata que perseguían, no han tenido otra preocupación que llenarse el estómago". Lane mismo llegó a la conclusión de que la empresa era imposible, pues la zona presentaba obstáculos insuperables: "Dios sabe que sólo si encontráramos una buena mina, o un paso marítimo u otra vía para abrirnos camino hacia el sur, podría nuestra nación habitar el país que estamos explorando". Puesto que todavía contaba con los medios para hacerlo, Lane decidió regresar con sus hombres a Inglaterra. Los únicos resultados tangibles de la expedición fueron los hallazgos de Hariot, publicados en 1588 como *A Briefe and true report of Virginia* (Informe breve y verídico acerca de Virginia), y una serie de soberbias acuarelas de White, que actualmente se encuentran en el Museo Británico y que muestran a los indios, sus aldeas, sus danzas, su agricultura y su modo de vida. White también elaboró un mapa detallado de la zona y minuciosos bocetos en color de ejemplares de la flora y la fauna, entre ellos una abubilla, un roncador de los que tienen la piel veteada de listas azules, una tortuga boba y un plátano.[26]

Una nueva expedición de tres naves partió hacia Roanoke el 8 de mayo de 1587, con 150 colonos a bordo, entre ellos algunas mujeres y niños, capitaneada por John White, a quien se confirió el título de gobernador. Su diario es un relato pormenorizado de la expedición. Tampoco esta vez quienes gobernaban la expedición tenían metas comunes: el capitán Simón Fernández, comandante de la flota, que estaba ansioso por entregarse a la piratería, finalmente se peleó con John White. Tras la llegada a Roanoke, el 18 de agosto, la hija de John White, Eleonora, casada con el asistente de aquél, Ananías Dare, dio a luz

una niña a la que llamaron Virginia, "ya que esta niña fue la primera cristiana nacida en Virginia". Pero volvieron a presentarse problemas con los indios, y Fernández estaba ansioso por partir con sus barcos con la intención de atacar a los españoles mientras su flota cargada de tesoros todavía estuviese en alta mar. Así pues, 114 colonos, entre ellos Eleonora y la pequeña Virginia, otras 16 mujeres y 10 niños permanecieron en Roanoke mientras White y Fernández regresaban a Inglaterra a fin de persuadir a Raleigh de que enviara lo antes posible una flota de refuerzo. White llegó a Southampton el 8 de noviembre y se entregó de inmediato a organizar el auxilio. Pero se encontró con el país envuelto en lo que habría de ser su primer conflicto global, en medio de febriles preparativos para resistir la invasión de la Armada española, que se esperaba hacia la primavera. Todas las naves se encontraban amarradas por orden del Gobierno en los puertos ingleses a fin de que estuvieran disponibles en caso de ser necesarias para organizar flotillas defensivas, y cuando Raleigh logró reunir ocho navíos en Devon, en marzo de 1588, con el propósito de equiparlos para que se dirigieran a Roanoke, el comité asesor de la corona, el Privy Council, ordenó a Grenville que "en virtud de su lealtad a la corona se abstuviese de emprender viaje" y que pusiese sus naves a disposición de sir Francis Drake para que se incorporaran a la flota que éste preparaba para combatir a la Armada española. White se propuso hacer el viaje por su cuenta en dos naves pequeñas, pero le fue imposible concretar su plan.[27]

Como resultado de esta campaña contra los españoles y sus secuelas, a White le resultó imposible llegar a Virginia con su auxilio hasta el 17 de agosto de 1590. Al anochecer de ese día fondeó en Roanoke, iluminada por los refulgentes parpadeos de un incendio forestal. Según escribió en su diario: "Arrojamos nuestro rezón cerca de la orilla y nos hicimos anunciar con una trompeta, que desgranó después varias canciones y melodías in-

glesas con las que procuramos mostrarles que los que llegábamos éramos amigos. Pero no hubo respuesta".[28] Al día siguiente, cuando desembarcaron, White no sólo no encontró señales de su hija ni de su nieta sino de nadie más. Sí encontraron, en cambio, cinco arcones forzados, obviamente por los indios. Tres de ellos, que pertenecían al propio White, contenían libros, mapas enmarcados y cuadros destinados a equipar la que sería la mansión del gobernador, que habría de construirse en la nueva ciudad que planeaba alzar allí y que pensaba llamar Raleigh. Estaban, según apuntó, "podridos y estropeados por la lluvia". Encontraron tres letras "CRO", grabadas en un árbol, y cerca de allí la palabra "Croatoan", en un poste, "claramente trazada en letras mayúsculas". White había acordado con los colonos que, si se veían obligados a abandonar Roanoke, indicarían su destino mediante un mensaje grabado en un poste; y para el caso de que se vieran en dificultades colocarían junto a él una cruz de Malta. No había ninguna cruz. Pero todos los otros indicios —la empalizada defensiva y las cabañas rodeadas de malezas— sugerían una partida apresurada. Adónde se dirigieron los colonos es algo que nunca se llegó a saber, a pesar de que White emprendió una prolongada y exhaustiva búsqueda. Pero no logró llegar a la isla de Croatoan, y nunca sabremos si los aterrados colonos llegaron o no a ella. Hasta el día de hoy no se ha encontrado rastro alguno de la colonia perdida. El propio Raleigh trató de acercarse a Virginia en 1595, cuando regresaba a Inglaterra tras un viaje a Guyana, y en 1602 envió una partida de rescate. Pero ninguno de estos intentos dio resultado. La explicación más plausible es que los colonos fueron aplastados por los indios en el trayecto de Roanoke a Croatoan, los hombres asesinados, y las mujeres y los niños incorporados a la tribu, como acostumbraban a hacer los indios. De modo que la sangre de los primeros virginianos se mezcló con la de los mismos indios que se proponían someter.

En 1625 sir Francis Bacon, que no sentía la menor simpatía por Raleigh —ejecutado siete años antes por orden de Jacobo I —, escribió un ensayo, *On plantations* (Sobre las colonias), en el que trató de sintetizar las lecciones que entrañaba la trágica experiencia de la colonia perdida. Señaló que cualquier cálculo basado en la posibilidad de obtener ganancias rápidas sería fatal, que se necesitaba personal experto en todo tipo de oficios con una fuerte motivación por involucrarse en una empresa a largo plazo, y, no menos importante, que no tenía sentido tratar de imponerse a los indios con bagatelas "en lugar de tratar con justicia y consideración". Consideraba, además, que las expediciones de apoyo eran esenciales: "Es lo más pecaminoso de este mundo abandonar o dejar en la indigencia una colonia una vez que ésta se ha establecido; pues al deshonor que ello entraña, se suma la culpa por el derramamiento de sangre de tantas personas dignas de conmiseración".[29]

A todo ello es necesario agregar dos consideraciones. Primero, como ha señalado el historiador A. L. Rowse, el fracaso de la colonia Roanoke puede haber sido, a pesar de todo, una bendición. De haber arraigado, sin duda los españoles habrían tomado conciencia de esta intrusión inglesa en un continente que reclamaban para sí. Tras localizar su emplazamiento y capacidad defensiva hubiesen enviado una poderosa expedición punitiva, como hicieron contra los franceses en Florida durante la década de 1560. En ese período todavía mantenían una posición naval y militar suficientemente fuerte para frustrar cualquier intento de los ingleses por aventurarse en el continente. Además, con toda seguridad habrían construido fortificaciones en las cercanías para disuadir a los ingleses de realizar nuevos intentos y reclamado toda la costa de lo que ahora constituye el litoral marítimo de Estados Unidos, con lo que habrían reducido las probabilidades de que los ingleses regresaran después de comienzos del siglo XVII y en el nuevo reinado de Jacobo I. A Jacobo le

preocupaba mucho estar en buenos términos con España y, en esas circunstancias, habría prohibido cualquier intento de colonizar Virginia. De modo que la Norteamérica inglesa no habría llegado a existir.[30]

En segundo lugar, cuando enumeró las causas por las que fracasó Roanoke, Francis Bacon omitió un elemento importante. Se trataba de un esfuerzo del todo secular. No tenía tintes religiosos. Esto coincidía con los sentimientos de Raleigh. Aunque desde el punto de vista formal era un protestante que asistía a los servicios religiosos como cualquiera que quisiera codearse con lo más granado de la Inglaterra isabelina, la religión no significaba nada para él. Ni siquiera está claro que fuese cristiano. Sus enemigos de la corte habían hecho correr el rumor de que él y su amigo Hariot, y otros de su círculo, eran "ateos", aunque el término no implicaba necesariamente una negación de la existencia de Dios sino más bien un rechazo de la doctrina cristiana de la Trinidad: según nuestra terminología, era una especie de deísta. Sea como fuere, Raleigh no era el hombre indicado para iniciar una empresa de colonización con un propósito religioso. Los clérigos no parecen haber figurado en absoluto en sus planes. No hizo ningún intento por reclutar hombres píos y temerosos de Dios.

En este sentido, Raleigh no era el típico aventurero del mar isabelino. La mayoría de los lobos de mar isabelinos eran protestantes rigurosos, por lo general calvinistas, con fuertes motivaciones religiosas para resistir la hegemonía española sobre los mares del hemisferio occidental. Drake era un ejemplo típico: su familia había sido víctima de la persecución de los papistas durante el reinado de María, y él había sido criado para atenerse a la situación, en un barco abandonado a orillas del Támesis, y educado para ceñirse a su Biblia y para creer en la doble predestinación y difundirla entre los infieles y los que creían, sumidos en la ignorancia, en la superstición romana. Hacía celebrar

regularmente el culto en sus naves, endilgaba sermones a sus hombres y trataba de convertir a sus prisioneros españoles. Además de la Biblia, su libro favorito era el *Book of Martyrs* (El libro de los mártires), de Foxe, ese compendio de los sufrimientos de los protestantes ingleses que resistieron la restauración católica durante el reinado de la "sangrienta María" y murieron por su fe. El vasto libro de Foxe, publicado a comienzos del reinado de Isabel, alcanzó gran popularidad y, a pesar de su tamaño y su coste, se habían vendido más de diez mil ejemplares antes de la muerte de la Reina, una cifra de ventas sin precedentes en aquellos tiempos. No era simplemente una historia de persecuciones: también encarnaba en sus páginas el mito religioso nacional inglés, que había ido adquiriendo fuerza hacia fines de la Edad Media y llegó a su madurez durante las décadas de la Reforma: el mito según el cual los ingleses habían reemplazado a los judíos en el papel de nación elegida y eran los señalados para cumplir la voluntad de Dios sobre la Tierra.[31]

Esta creencia en una misión divina habría de convertirse en un factor importante de la historia norteamericana, como lo había sido de la inglesa, porque fue transmitida al lado occidental del Atlántico cuando, con el tiempo, los ingleses se establecieron allí. En el origen del mito estaba la creencia firmemente arraigada en que la fe cristiana había sido llevada a Inglaterra directamente por José de Arimatea en cumplimiento de expresas instrucciones de los apóstoles. Había quienes pensaban que el agente había sido san Pablo; otros, aseguraban que el propio Cristo había hecho un viaje secreto a la isla. Fue a través de Inglaterra que el Imperio romano hubo de abrazar la fe: el emperador Constantino había sido inglés, ya que su madre Helena era hija del rey inglés Coilus. Así, escribió Foxe, "con la ayuda

del ejército inglés”, Constantino “logró imponer […] la paz y la tranquilidad a toda la Iglesia de Cristo”.

Durante el reinado de Isabel, el mito se convirtió en la validación histórica del papel de Inglaterra en la resistencia contra la Contrarreforma y la supremacía continental de los católicos Habsburgo. La nación elegida tenía deberes inexcusables que cumplir, tanto espirituales como geopolíticos. Durante el segundo año del reinado de Isabel, John Aylmer escribió en su *An Harborow for faithful and true subjects* (Un refugio para los fieles y los justos) que Inglaterra era la madre virgen de un segundo nacimiento de Cristo:

> Dios es inglés. Por eso, no lucháis sólo por vuestro país, sino también y principalmente en defensa de la verdadera religión de Dios y de su querido hijo Cristo. [Inglaterra dice a sus hijos] “Dios ha dado a luz en mí el mayor y más excelente de los tesoros que tenía para vuestro consuelo y el de todo el mundo. Él ha querido que de mi vientre saliera ese siervo de Cristo, John Wyclif, que engendró a Huss, que engendró a Lutero, que engendró la verdad”.[32]

Los que con más estridencia proclamaron la doctrina de los ingleses como pueblo elegido fueron los exploradores y navegantes, los marinos y los comerciantes aventureros, y los colonos y plantadores. Fueron ellos quienes dieron al mito su más directo impulso geopolítico, al afirmar el derecho divino de Inglaterra a irrumpir por la fuerza en el Imperio español de la Mujer Escarlata, de la prostituta papista de Babilonia, a fin de reemplazarla por la preeminencia de la Inglaterra protestante. Uno de ellos, John Davys, enunció así la nueva ideología inglesa:

> No hay duda alguna de que nosotros, la gente de Inglaterra, somos este pueblo redimido y, por la eterna e infalible presencia del Señor, predestinado a ser enviado ante estos gentiles en el mar, en las islas y los famosos Reinos, para allí predicar la paz del Señor. Pues, ¿acaso no hemos sido puestos sobre el monte Sión para derramar nuestra luz sobre el resto del mundo? Sólo nosotros, por lo tanto, debemos ser esos refulgentes mensajeros del Señor, ¡y nadie más que nosotros![33]

Es curioso que esta poderosa motivación religiosa, tan arraigada en los hombres de mar y en todos aquellos involucrados

en las empresas transatlánticas, haya sido tan poco aprovechada por los ingleses que controlaron o pergeñaron el intento de asentamiento en Norteamérica durante las últimas décadas del siglo XVI y la primera del XVII. Pero así fue. Ello forma parte de un misterio todavía mayor: por qué los ingleses —y los franceses, dicho sea de paso— se mostraban tan renuentes a establecerse al otro lado del Atlántico un siglo después de los primeros descubrimientos de Colón, lapso durante el cual los españoles y los portugueses crearon allí vastos imperios y ganaron enormes fortunas.

Francia estuvo totalmente absorbida por una prolongada y acerba guerra civil y religiosa hasta la última década del siglo XVI, momento en que el líder protestante Enrique IV aceptó de mala gana convertirse al catolicismo para poner fin a la lucha y garantizó la tolerancia a los protestantes mediante el Edicto de Nantes, en 1598. Alcanzada la paz, las mentes francesas más despiertas no tardaron en urdir planes geopolíticos de expansión europea y global. Los ingleses evitaron caer en la guerra civil, pero en la última década del siglo XVI y la primera del XVII estaban enzarzados en una lucha desesperada por someter a los “salvajes irlandeses”, lo que finalmente lograron, temporalmente, durante el último año del reinado de la ya anciana Isabel. A partir de entonces, sus energías colonizadoras se volcaron en el país conquistado, en especial en el Ulster, hasta entonces su región más salvaje. A comienzos del siglo XVII, el Ulster se convirtió en el teatro de la más nutrida transferencia de población de que se tuviera memoria bajo la corona. Se asignaron parcelas de la tierra confiscada a los católicos, sobre una línea militarmente defendible que corría paralela a la frontera de dicho territorio, a miles de escoceses presbiterianos: una línea que todavía hoy es demográficamente significativa y explica por qué resulta tan difícil resolver el problema del Ulster. Esta colonización masiva prosperó porque la llevaron a cabo agricultores de las tierras ba-

jas de Escocia experimentados en la labranza y el trabajo duro del campo que, además, estaban dispuestos a tomar las armas para defender sus nuevas posesiones.

En materia de expediciones transatlánticas, en cambio, los marinos intelectuales ingleses como Raleigh, Hakluyt y Hariot, todavía estaban obsesionados por la posibilidad del enriquecimiento rápido y se negaban a aceptar la importancia fundamental que la capacidad de producir alimentos tenía para que cualquier asentamiento resultara exitoso. Los indios cultivaban alimentos, en especial maíz, pero no para venderlos. Producían poco más que lo que necesitaban para satisfacer sus necesidades inmediatas. Los colonos debían tener sus propios cultivos o, de lo contrario, depender continuamente del aprovisionamiento que les llegara de Inglaterra: ésa fue la gran lección de Roanoke. Y la única forma de asegurarse de que los colonos cultivaran sistemáticamente y con éxito para su propio sustento era enviar grupos familiares. Así surgió el principio rector de la colonización inglesa. Hakluyt, en su guía práctica acerca de la colonización, planteó la cuestión en términos de comercio y puestos comerciales. Incluso reconoció que la religión podía ser importante y aceptó la necesidad del cultivo de alimentos. Pero no tuvo en cuenta la posibilidad de enviar familias independientes y supuso que las tareas agrícolas podían ser realizadas por criminales, civiles convictos por deudas y gente por el estilo a la que se le permitiría recuperar su libertad mediante el trabajo.[34]

La idea de utilizar las colonias ultramarinas para deshacerse de los "despojos humanos", como se los llamaba, tuvo aceptación. Una generación antes, Gilbert había pensado en utilizar a los papistas descontentos y perseguidos como colonos, pero nada hizo al respecto. En la última década del siglo XVI, la vida se volvía cada vez más difícil para los presbiterianos y otros "no conformistas", pero en un principio emigraron a la calvinista Holanda. En la transición al siglo siguiente hubo muchos gru-

pos con problemas de adaptación social, y la nueva empresa consistente en exportar seres humanos pareció la solución obvia para ellos. La población crecía con rapidez y la cantidad de "mendigos robustos", como los llamaba el Parlamento, iba en aumento. En 1598 la Cámara de los Comunes impuso el destierro del reino como castigo para la mendicidad. Ese mismo año, los franceses fundaron su primera colonia penal ultramarina. Sólo era cuestión de tiempo que el Estado inglés admitiera que América del Norte tenía la respuesta para muchos de los problemas sociales de la nación.

También el comercio internacional crecía a un ritmo constante. Hacia fines de la Edad Media el comercio exterior había ido cayendo a medida que las magras minas de oro y plata de Europa se agotaban y el continente era despojado del medio de pago de sus importaciones. El descubrimiento de metales preciosos en las Américas por parte de los españoles tuvo un efecto crucial en el comercio internacional. De buenas a primeras, Europa se convirtió en una potencia monetaria. Los comerciantes operaban en una escala cada vez mayor. Las enormes cantidades de plata que entraban en Europa hicieron subir los precios de las materias primas, y como los salarios y las rentas quedaron retrasados, los que se dedicaban al comercio obtenían ganancias extraordinarias, se construían casas suntuosas y acrecentaban su importancia en la sociedad. A medida que el comercio se extendía a todo el mundo y aumentaba su volumen, la importancia de las empresas de colonización para la expansión del sistema se hizo obvia. Por último, estaba la pesca en el Atlántico norte, que no dejaba de incrementarse. Hacia comienzos del siglo XVI, tanto los ingleses como los franceses tenían asentamientos semipermanentes de pesca en las costas de lo que son hoy Labrador, Terranova y Canadá. La isla de Sable, en el Atlántico, fue el primer puesto francés permanente. También establecieron uno en Tadoussac, en la desembocadura del río Sanguenay. Su gran ex-

plorador y empresario Samuel de Champlain llegó allí en 1603 y su contingente se internó en Acadia, la isla de Cape Breton e incluso Canadá. En 1608 Champlain fundó Quebec. Gran parte de esta primera empresa fue conducida por hugonotes, si bien cuando la corona francesa se hizo cargo de la colonización en 1620 ya estaba establecida la preeminencia católica. Fueron pues los franceses, más que los españoles, los que provocaron malestar en los ingleses con visión de futuro y los espolearon a cruzar el Atlántico antes de que fuese demasiado tarde.[35]

Todos estos hilos sueltos comenzaron a unirse en los primeros años del siglo XVII. A Jacobo I le entusiasmaba la colonización siempre que no suscitara ningún conflicto con España o con Francia. Como en los tiempos isabelinos, el método consistió en que la corona autorizaba mediante una cédula a las "compañías de aventureros", que arriesgaban su propio dinero. La colonia del Ulster, que comenzó a funcionar en 1606, absorbía la mayor parte de los recursos disponibles, pero ese mismo año se volvió a fundar mediante una nueva cédula la Compañía de Virginia. Tenía un sector en el norte, cuya base estaba en Plymouth, y otro en el sur, que operaba desde Londres. Los hombres de Plymouth fundaron Sagadahoc, sobre el río Kennebec, pero abandonaron el lugar en 1608. Una compañía relacionada, cuya base estaba en Bristol, fundó asentamientos al sudoeste de Terranova dos años más tarde. Mientras tanto los londinenses siguieron el camino de la antigua Roanoke: entraron en la bahía de Chesapeake en 1607, fundaron una ciudad que llamaron Jamestown, en homenaje a su soberano, y se internaron unos sesenta kilómetros por el río Powhatan, al que también llamaron James.

El asentamiento de Jamestown es de importancia histórica porque representó el comienzo de la presencia permanente de Inglaterra en América del Norte. Pero como colonia dejó mucho que desear. Esta vez, los hombres que administraban la

Compañía de Virginia desde Londres no dejaron a un lado el aspecto religioso, aunque consideraron que el mandato divino consistía principalmente en lograr la conversión de los indios. La compañía afirmaba que su objeto era "predicar y bautizar en la religión cristiana y, mediante la difusión del Evangelio, salvar de las garras del diablo a tantas pobres y desdichadas almas que de otro modo morirían en una casi insalvable ignorancia".[36] Los verdaderos beneficios de la colonización, escribió sir George Peckham en un panfleto, serían para los "nativos", a quienes los colonos harían transitar "de la falsedad a la verdad, de la oscuridad a la luz, del anchuroso camino de la muerte al sendero de la vida, de la idolatría supersticiosa al cristianismo sincero, del diablo a Cristo, del infierno al cielo". Agregaba: "Y si de todos los beneficios que pueden redituarnos [las colonias] (en caso de que fueran muchos más), sólo recibieran ellos el del cristianismo, estarían más que bien recompensados".[37]

El 6 de mayo de 1607 tres barcos de la Compañía de Virginia —el *Godspeed*, el *Discovery* y el *Sarah Constant*— avistaron la entrada a la bahía de Chesapeake. Los colonos eran ciento cinco, y construyeron una fortificación, una iglesia y cabañas con techos de paja. No ha quedado nada del asentamiento original, pero se ha realizado una cuidadosa reconstrucción que nos muestra el aspecto que tenía, sumamente primitivo por cierto. Parecía más bien un asentamiento como los corrientes en Europa Occidental durante los siglos VI o VII que una ordenada urbanización de cabañas de troncos, como si al instalarse en el nuevo continente los ingleses se hubieran visto obligados a retroceder mil años. Por otra parte, puesto que no se basaba en un criterio de unidad familiar, fue providencial que sobreviviera. Reducida a la mitad hacia fines de 1608, sólo quedaban en ella cincuenta y tres escuálidos supervivientes.

Estos últimos también podrían haber perecido de no ser por el liderazgo del capitán John Smith (c. 1579-1631). Smith era

un hombre de Lincolnshire de espíritu aventurero que había actuado como mercenario en la lucha contra los turcos. Cuando se unió a la expedición a Jamestown no lo hizo como inversor sino que fue contratado como soldado. Las cláusulas de su contrato lo autorizaban a ocupar un lugar en el consejo de Jamestown, que se puso en funciones apenas se constituyó la colonia, pero el puesto le fue negado por haber promovido reyertas durante la travesía. En consecuencia, durante el invierno de 1607 se dedicó a trazar el mapa del distrito de la bahía de Chesapeake. Mientras desarrollaba esta tarea fue capturado por los nativos, que formaban parte de un agrupamiento de tribus que más tarde Thomas Jefferson habría de llamar "Confederación de los Powhatan". Smith aprovechó la situación para establecer relaciones amistosas con los indígenas. Cuando regresó a la colonia la encontró en un estado penoso. Como era el único hombre que tenía una idea clara de qué hacer, en septiembre de 1608 fue elegido presidente del consejo, en lo que constituyó el primer ejemplo de democracia popular que tuvo lugar en Norteamérica. Impuso al resto de los hombres una disciplina militar, negoció con los nativos la provisión de comida suficiente para que la colonia pudiera sobrevivir al invierno, y redujo la tasa de mortalidad a un cinco por ciento, un logro notable en el marco de la colonización temprana del continente. Sus esfuerzos no fueron recompensados. Un contingente de socorro que llegó en julio de 1609 trajo la noticia de que, a consecuencia de los cambios que se habían introducido en el estatuto de la compañía, él ya no podría ejercer ningún cargo en la colonia. Así pues, regresó a Inglaterra dos meses más tarde. Sin embargo, Smith no perdió el interés por Norteamérica. En 1614 estuvo al mando de una expedición de descubrimiento en la zona del cabo Cod, y en 1616 publicó la obra *A Description of New England* (Una descripción de Nueva Inglaterra) que habría de adquirir importancia en la década siguiente; entre otras cosas, fue

el primer texto que puso en circulación la expresión "Nueva Inglaterra".[38]

Entretanto, Jamestown volvió a quedar al borde del colapso. Conforme a su nuevo estatuto, la Compañía de Virginia trató de reclutar nuevos colonos de todos los estamentos de la sociedad prometiendo que les regalaría tierras a cambio de siete años de trabajo. Atrajo a alrededor de quinientos hombres y formó con ellos el contingente de socorro, que fue confiado a un gobernador temporal, sir Thomas Gates. Su barco (uno de los nueve que componían el contingente), naufragó en las cercanías de Bermuda, de modo que Gates pasó allí el invierno de 1609-1610, en lo que fue el primer contacto de Inglaterra con un grupo de islas que, a fines del siglo XX, son todavía una colonia de la corona británica y que inspiraron a Shakespeare el marco geográfico en el que se desarrolla su obra *La tempestad*. El resto de la flota llegó a Jamestown con cuatrocientos nuevos colonos. Pero, en ausencia de Smith y de Gates, el invierno terminó siendo desastroso. En Bermuda, Gates y los que habían sobrevivido con él construyeron dos pequeñas naves —una proeza nada desdeñable por cierto— y cuando por fin llegaron a Jamestown, en mayo de 1610, apenas quedaban unos sesenta colonos vivos. Los alimentos se habían agotado, hubo sospechas de canibalismo y las construcciones estaban en ruinas. Los indígenas, por su parte, al ver la debilidad de la colonia, se estaban tornando hostiles y era evidente que de un momento a otro amenazaba con desencadenarse una tragedia como la de Roanoke, de modo que se tomó la decisión inmediata de abandonar la colonia. Pero cuando los colonos se desplazaban río abajo a fin de volver a embarcar llegó otro contingente de socorro: esta vez eran tres barcos capitaneados por el gobernador titular de la Compañía de Virginia, el gran lord De La Ware (o Delaware, como lo escribían los colonos). En 1611, bajo su mandato, y

después bajo el de su sucesor Gates, se estableció un sistema legal.

Es éste el primer código legal norteamericano, que Gates llamó “Leyes divinas, morales y marciales”. Se las conoce como “Código Dale”, por Thomas Dale, el jefe de policía a quien se encargó la tarea de aplicarlo.

El año 1619 fue significativo por tres razones. Con la intención de que la colonia de Virginia resultara más atractiva para los colonos, la compañía envió un barco que llevaba a bordo a noventa mujeres jóvenes solteras. Cualquier colono soltero podía comprar una para casarse con ella si pagaba el coste del traslado, que había sido fijado en 55 kilogramos de tabaco. La segunda razón fue que la compañía anunció que concedería a los colonos sus “derechos como ingleses”. Se envió a un nuevo gobernador, sir George Yeardley, para presentar la nueva concesión. El 30 de julio de 1619 se llevó a cabo en la iglesia de Jamestown la primera Asamblea General de Virginia, que se prolongó una semana. La presidió Yeardley, flanqueado por sus seis consejeros, que constituían el Gobierno, e incluyó a veinticuatro representantes elegidos. Estos se reunían en otra “casa”, como la Cámara de los Comunes de Westminster, y su primera tarea fue revisar el Código Dale y mejorarlo a la luz de la experiencia y la voluntad populares, tarea que cumplieron “sudando, soportando el calor y luchando contra las moscas y los mosquitos”. El resultado de sus deliberaciones fue aprobado por Yeardley y sus colegas, que constituían una suerte de Cámara Alta, de modo que ambas cámaras, reconociendo al gobernador como representante del Rey, conformaron un Parlamento en miniatura, semejante al que funcionaba en Inglaterra. Así, diez años después de su fundación, la colonia había adquirido una institución representativa basada en el modelo de Westminster. No había nada parecido en el resto de las colonias establecidas en América, fuesen españolas, portuguesas o francesas, aunque

algunas de éstas ya tenían más de un siglo de vida. La rapidez con la que se había desarrollado esta maquinaria legislativa en una época en la que, en Londres, su progenitora todavía luchaba contra el rey James (Jacobo) y su teoría del derecho divino de los reyes fue un presagio significativo del futuro.

Tres semanas más tarde, el 20 de agosto, John Rolfe registró en su diario el tercer acontecimiento notable de aquel año: "Llegó un barco de guerra holandés que nos vendió veinte negros". No dejó constancia del precio, pero agregó que quince de los negros fueron comprados por Yardley, que los puso a trabajar en su plantación de tabaco de 400 hectáreas en Flowerdew Hundred. Estos hombres no eran libres pero tampoco esclavos en el sentido estricto de la palabra. Eran "siervos contratados compulsivamente". En teoría, eran liberados cuando expiraba su contrato compulsivo, al cabo de cinco años. Después de ese plazo, podían comprar tierras y disfrutar de todos los derechos de los ciudadanos libres de la colonia. También llegaron trabajadores blancos provenientes de Inglaterra que fueron empleados conforme al mismo sistema, y que firmaban sus contratos, o dejaban en ellos una marca en señal de acuerdo, a cambio de su pasaje a Norteamérica. Pero en la práctica muchos de estos trabajadores adquirían deudas financieras debido a que pedían dinero prestado durante el período inicial del contrato y, en consecuencia, se veían obligados a extender su duración. No es seguro que alguno de los negros que formaban parte de esta primera tanda procedente de África lograra convertirse en granjero libre en esta colonia. La mayoría de los siervos blancos, cuando lograron liberarse de su contrato compulsivo, se convirtieron en granjeros arrendatarios en las tierras aledañas al río Jamestown. Pero para un negro no era imposible convertirse en un hombre libre en Virginia, en esa época: hay constancia de que algunos lo consiguieron. Lo que resultó más ominoso fue el éxito que obtuvieron Yeardley y otros terratenientes gracias a la utiliza-

ción de los negros en sus plantaciones de tabaco. Pronto comenzaron a comprar más hombres, y ya no trabajadores bajo el régimen de contrato compulsivo sino lisa y llanamente esclavos. Así, en 1619, la primera colonia inglesa en América optó por dos caminos que se bifurcaban y conducían a dos destinos totalmente diferentes: instituciones representativas que llevaban a las libertades democráticas por un lado, y, por el otro, a la explotación de mano de obra esclava, la "institución distintiva" del sur, como se la habría de llamar. Es importante tener presente que hasta el siglo XVIII no llegaron a Norteamérica grandes contingentes de esclavos negros. De todos modos, la bifurcación existió, y con el tiempo dio lugar a una sociedad dividida en dos castas de seres humanos, los libres y los que no gozaban de libertad. Estos dos caminos fueron recorridos implacable e inapropiadamente durante un cuarto de milenio, hasta que la incompatibilidad fundamental entre ambos fue resuelta por una gigantesca guerra civil.[39]

Al año siguiente, tuvo lugar el acontecimiento fundacional más importante de la primera etapa de la historia norteamericana, que a la postre tendría una influencia decisiva en la crisis de la República Norteamericana. Me refiero al desembarco en New Plymouth, en lo que más tarde sería Massachusetts, el 11 de diciembre de 1620, de los primeros colonos del *Mayflower*. Los primeros colonos de Virginia habían sido caballeros aventureros, hombres sin tierra y siervos sometidos a contratos compulsivos, unidos por el deseo común de mejorar su situación social y económica en el Nuevo Mundo. Los mejores de entre ellos eran hombres formados en la sólida tradición empírica inglesa de justicia y libertad, que se proponían aplicar la ley común con arreglo a derecho, gobernar sensatamente en nombre del interés general y legislar de acuerdo con las necesidades de

la Commonwealth. Ellos y su progenie habrían de constituir uno de los principales elementos de la tradición norteamericana, tanto pública como privada: un elemento útil, moderado y creativo. Los hombres y mujeres del *Mayflower* eran muy diferentes. Ellos no llegaron a América con el propósito primordial de hacerse ricos, y ni siquiera con la intención de ganarse la vida, aunque aceptaban ambas posibilidades como bendiciones de Dios, sino para crear el reino de éste sobre la tierra. Eran los zelotas, los idealistas, los utópicos, los santos, y los mejores de entre ellos, o tal vez deberíamos decir que los más extremistas de entre ellos eran fanáticos, intransigentes y desmesurados en sus pretensiones de superioridad moral. También eran inmensamente enérgicos, tenaces y valientes. Ellos y su progenie habrían de constituir el otro elemento principal de la tradición norteamericana, también creativos, pero ideológicos y cerebrales, quisquillosos e inflexibles, y en ocasiones tan ferozmente rígidos que eran capaces de llegar a la autodestrucción. Estas dos tradiciones, como veremos, habrían de instalarse con fuerza y habrían de luchar sin tregua por prevalecer, a veces constructivamente, otras veces con un inmenso poder creativo, y, en ocasiones, poniendo en peligro a la sociedad y el Estado.

El *Mayflower* era un viejo barco carguero que solía transportar barriles de vino clarete de Burdeos a Londres. Había sido arrendado por un grupo de calvinistas, todos ingleses y la mayoría londinenses, aunque algunos de ellos habían vivido exiliados en Holanda. Treinta y cinco de los colonos, liderados por William Bradford y William Brewster, eran puritanos no conformistas, disidentes que por sus creencias calvinistas ya no estaban dispuestos a reconocer el mandato episcopal y las enseñanzas impuestas por Roma (así lo consideraban ellos) que la Iglesia establecida de Inglaterra obedecía. Iban a Norteamérica en busca de la libertad religiosa porque se consideraban a sí mismos una entidad esencialmente cristiana. En ese sentido, no

actuaban como individuos sino como una comunidad. Los que emprendieron el viaje lo hicieron con sus respectivas familias, y constituyeron la primera empresa colonial concebida en esos términos. Obtuvieron de la Compañía de Virginia una concesión de 32.500 hectáreas de tierra, importantes derechos de pesca, permiso para comerciar con los indígenas y fueron autorizados a crear un sistema de gobierno propio dotado de amplios poderes. Llevaron con ellos a 66 no puritanos, y los colonizadores estaban agrupados en 41 familias. Muchos llevaron libros, además de una Biblia para cada familia. El capitán, Miles Standish, llevó *La guerra de las Galias*, de Julio César y una *Historia de Turquía*. Se embarcaron camas, mesas y sillas en número suficiente para amoblar una veintena de cabañas familiares, además de perros, cabras, ovejas, aves de corral, y abundancia de especias, harina de avena, carne vacuna, pescado seco y nabos. Un pasajero, William Mullins, llevó 126 pares de zapatos y 13 pares de botas. Carpinteros, herreros y otros artesanos llevaron las herramientas propias de sus respectivos oficios.[40]

Durante el viaje ocurrió un hecho importante, cuando ya habían pasado dos meses desde la partida del *Mayflower* desde Londres y las molestias de un viaje con tantos pasajeros a bordo comenzaban a alimentar el descontento. El 21 de noviembre, los dirigentes de la colonia se reunieron en la cabina principal y elaboraron un acuerdo social destinado a asegurar la unidad y regir el futuro gobierno. En virtud de este acuerdo se creaba un organismo político civil que daría "leyes justas e igualitarias" basadas en las enseñanzas de la Iglesia, de modo que el Gobierno secular y el religioso de la colonia quedaban indisolublemente unidos. El contrato se inspiraba en la alianza bíblica original entre Dios y los israelitas. Pero reflejaba también la teoría del contrato social de comienzos del siglo XVII, que más tarde alcanzaría una expresión sobresaliente en obras como *Leviatán*, de Thomas Hobbes (1655) y el *Tratado sobre el gobierno civil*, de

John Locke (1690). Asombrosamente, estos fervorosos hombres (y mujeres) acordaron y redactaron este documento —firmado por los cuarenta y un "cabezas de familia"—, mientras navegaban en medio del turbulento océano Atlántico, en aquel diminuto barco, y dieron testimonio con él del profundo fervor y los elevados propósitos que los animaban en su arriesgada aventura.[41]

Lo notable de este singular acuerdo fue que no había sido establecido entre un siervo y un amo, o entre un pueblo y su monarca, sino entre los miembros de un grupo de individuos de ideas afines poniendo a Dios como testigo y consignatario simbólico. Fue como si los miembros de esta pequeña comunidad, al trasladarse juntos a Norteamérica, se comprometieran a crear una clase diferente de personalidad colectiva que se proponía vivir una nueva vida al otro lado del Atlántico. Uno de sus dirigentes, William Bradford, escribió más tarde una historia, *Of Plymouth Plantation* (Acerca de la colonización de Plymouth), en la que se refirió a estos viajeros como los Peregrinos. Pero no eran peregrinos comunes y corrientes que se dirigían a un altar sagrado y después regresaban al hogar para retomar su vida cotidiana. Eran, más bien, peregrinos perpetuos que se disponían a fundar un país nuevo y santificado que habría de constituir un peregrinaje permanente, cuyo destino sería viajar incesantemente en pos de una meta milenaria. Estos peregrinos se veían a sí mismos como excepciones a lo que consideraban la traición de los europeos a los principios cristianos, y eran los protagonistas de un ejercicio de "excepcionalismo".[42]

El más importante de los contingentes posteriores al del *Mayflower*, y que constituyó un nuevo tipo de colonia, fue el que llegó en 1630 bajo el mando de John Winthrop. Él fue la figura más sobresaliente de los viajes puritanos, el primer gran norteamericano. Hijo de un señor de Suffolk, y vecino y amigo de Warwick, era un hombre alto y enérgico, y su cara larga, lúgu-

bre y grave —en la que resaltaban los ojos penetrantes, la nariz prominente y la frente despejada— causaba una fuerte impresión. Era de Cambridge, como tantos otros; había cursado la carrera de abogacía en Gray's Inn, ejercido como juez de paz y, después de obtener un cargo en un tribunal, lo había perdido a causa de sus opiniones intransigentemente puritanas. Era un hombre triste pero exaltado, que había enterrado a dos amadas esposas y se decía a sí mismo que "la vida que requiere afrontar pruebas y tentaciones es la más dulce y, tal vez, la más segura". [43] Winthrop llegó a la conclusión de que Inglaterra, superpoblada, irreligiosa y mal gobernada como estaba era una causa perdida, y que Nueva Inglaterra era la solución, ideas que expuso con vehemencia en su obra *General Observations for the Plantation of New England* (Observaciones generales acerca de la colonización de Nueva Inglaterra):

> Todas las otras Iglesias de Europa se encuentran en decadencia y es innegable que lo mismo nos está sucediendo a nosotros[…]Este suelo se ha cansado de sus habitantes hasta el punto de que el hombre, la más preciosa de todas las criaturas, es aquí más vil y abyecto que la tierra que pisa […] Hemos llegado al más alto grado de intemperancia cultivando todo tipo de excesos, y casi ningún hombre se contenta con su propiedad cuando se compara con sus iguales […] Las fuentes del conocimiento y la religión se han corrompido […] La mayoría de los niños, incluso los más inteligentes y aquellos de quienes más se puede esperar, están pervertidos, corrompidos y profundamente abrumados por la multitud de malos ejemplos y el licencioso gobierno de sus escuelas.

Las colonias anteriores habían fracasado, afirmaba Winthrop, porque eran "carnales y no religiosas". Sólo una empresa fundada en la religión reformada tenía la oportunidad de prosperar. [44]

Winthrop se incorporó a la nueva compañía a fines de julio de 1629, cuando se decidió que la nueva colonia propuesta debía tener un gobierno autónomo por el que no debería responder ante sus patrocinadores en Inglaterra. Conforme a su estatuto, tenían la facultad de reunir cuatro veces por año unas "Cortes Generales" encargadas de aprobar leyes, elegir nuevos

miembros, designar funcionarios —entre ellos un gobernador, un vicegobernador y ocho "asistentes"—, promulgar ordenanzas, fijar "el protocolo y las ceremonias correspondientes al Gobierno y la Magistratura" y "corregir, castigar, perdonar y gobernar" a todos los habitantes de la colonia, siempre y cuando nada de lo que se hiciera fuese "contrario a la ley inglesa".[45] La decisión de que la colonia se gobernase a sí misma persuadió a Winthrop de vender su propiedad en Groton, lo que hizo por la suma de 5.760 libras, e invertir todo su capital en la iniciativa. Impresionó vivamente a todos aquellos que estaban relacionados con la empresa por su decisión y eficiencia, y en octubre fue elegido gobernador, probablemente porque otros importantes accionistas de la compañía aseguraron que no emprenderían viaje si no estaban bajo su liderazgo.[46]

Winthrop triunfó rotundamente: durante el invierno consiguió reunir gente y barcos en número tal que conformó la expedición más grande y mejor equipada de que se tuviera memoria en Inglaterra. Cuando la flota se hizo a la mar, el lunes de Pascua de 1630, Winthrop, exaltado, sintió que él y sus compañeros se veían envueltos en lo que parecía ser un episodio bíblico, una nueva huida de Egipto en busca de la Tierra Prometida. A fin de registrarlo, comenzó a llevar un diario; imaginaba que Moisés, a su modo, también había tomado notas durante el Éxodo. Gracias a estos primeros diarios y cartas, que por cierto son muy detallados, y al hecho de que los documentos más importantes acerca de las primeras colonias instaladas en América del Norte han sido preservados, Estados Unidos es la primera nación en la historia de la humanidad que cuenta con un registro minucioso de sus orígenes más remotos. En el caso de Norteamérica, no necesitamos recurrir a un antiguo mito nacional o a leyendas preceptivas, porque contamos con hechos rotundos, narrados en los escritos circunstanciales de la época. Estamos en condiciones de conocer muy detalladamente lo que su-

cedió y por qué sucedió. Y a través de las cartas y los diarios nos vemos conducidos a lo más íntimo del espíritu de los hombres y mujeres que hicieron que esa historia se desarrollara. Así pues, no cabe duda alguna de por qué estos hombres y mujeres decidieron partir hacia Norteamérica. El espíritu que animó a sus principales dirigentes no fue la esperanza de lograr beneficios inmediatos sino el deseo de crear algo nuevo, valioso y duradero; dicho de otro modo, el impulso fundamental fue de orden religioso. Pero sus ideas acerca de la verdad y el deber religiosos no siempre fueron coincidentes, y esto tuvo sus consecuencias en el modo en que acometieron la emigración.

Los Padres Peregrinos de Plymouth Rock eran separatistas. Pensaban que en Inglaterra la Iglesia estaba condenada, irremisiblemente corrupta, y querían escapar de todo aquello. Llegaron a Norteamérica con el espíritu de los ermitaños: abandonaban un mundo perverso para buscar su propia salvación en el desierto. John Winthrop veía las cosas desde una perspectiva diferente. Él no deseaba apartarse de la Iglesia anglicana, y pensaba que se la podía redimir. Pero, en razón de su debilidad, el acto redentor sólo podía llevarse a cabo en Nueva Inglaterra. Por consiguiente, la colonia de Nueva Inglaterra debía constituir un Estado y una Iglesia paradigmáticos, que crearían una comunidad espiritual y secular ideal, cuyo ejemplo terminaría por convertir y salvar también al Viejo Mundo. Y transmitió estas ideas a sus compañeros de viaje en un sermón que pronunció a bordo, en el que recalcó la importancia global de su misión sintetizándola en una frase sorprendente: "Debemos considerar que seremos como una ciudad sobre una colina, los ojos de todo el mundo nos miran".[47] Winthrop mencionó a sus compañeros, y dejó constancia de ellos en su diario, numerosos indicios que, en el estilo de los que aparecían en el Antiguo Testamento, demostraban que el favor divino acompañaba aquel viaje. Cerca de la costa de Nueva Inglaterra, "nos llegó desde la orilla un

perfume que era como el de un jardín. Una paloma se posó en nuestro barco, y también un pequeño pájaro que venía de tierra". Se regocijó al recibir la noticia providencial de que los indios, en un área de 500 kilómetros, "están siendo diezmados por la viruela [...] lo que significa que Dios ha dejado en claro nuestro derecho a ocupar este territorio". Asimismo, advirtió a los colonos que tuvieran cuidado con la inminente llegada de un invierno riguroso diciéndoles: "Aquí siempre ha ocurrido lo mismo: aquellos que se han dejado ganar por el descontento, aquellos que no hicieron más que añorar su situación anterior en Inglaterra, fueron víctimas del escorbuto y murieron".[48]

Las sucesivas generaciones de colonos descubrieron que en Norteamérica era posible cultivar casi cualquier cosa, y por lo general con el mayor éxito. La tierra del centro de Norteamérica es la mejor del mundo para el cultivo continuado de grano para consumo humano. Aunque sólo el 40 por ciento de su superficie es arable, cuenta con la mejor combinación de suelo cultivable, vías de transporte naturales y minerales explotables. La tierra posibilita una considerable variedad de cultivos, y ésta es una de las razones por las que en esta área nunca se padeció hambre desde la llegada de los europeos. El efecto de los glaciares de la Edad de Hielo en Norteamérica, que alguna vez cubrieron Nueva Inglaterra, habría de reducir algunas zonas al estado de roca pura, pero dejaría también amplios valles con ricos sedimentos. Así, el valle de Connecticut, que los ingleses ocuparon tempranamente, resultó ser la faja más fértil de Nueva Inglaterra y se convirtió con el tiempo en una zona prodigiosamente rica no sólo en colonias, sino también en universidades, casas editoras y los mejores periódicos del continente americano.[49] Los colonos llevaron consigo, además de ganado de todo tipo, la mayoría de los vegetales más valiosos que solían cul-

tivar. En Nueva Inglaterra, los peregrinos nunca cometieron el error de los colonos de Jamestown, que se dedicaron a buscar oro en lugar de cultivar la tierra, que les habría procurado los alimentos necesarios para asegurar su subsistencia. Pero descubrieron además el maíz, o "grano indio", una bendición del cielo. Media hectárea cultivada con maíz proporcionaba dos veces más alimento que los cereales tradicionales ingleses. Dependía menos de los cambios estacionales, se lo podía cultivar con las herramientas más elementales sin necesidad de arar la tierra, y hasta los tallos podían usarse como forraje. Era un alimento barato y simple, ideal para una colonia naciente, y no llama la atención que la mazorca de maíz se convirtiese en el símbolo de la abundancia norteamericana, como ocurrió con el pavo, ave originaria de América del Norte que tanto gustó a los puritanos. Descubrieron también castañas, nueces de diversos tipos y avellanas en abundancia, así como las ciruelas silvestres, las fresas, las moras y el caqui, aunque la mayoría de los árboles frutales fueron importados. Además del maíz, los colonos tenían varios tipos de calabazas, legumbres, arroz, melones, tomates, arándanos, moras, fresas, frambuesas, grosellas y uvas, que crecían espontáneamente o eran fácilmente cultivables.[50]

Poco a poco, los colonos fueron descubriendo que los recursos minerales eran extraordinariamente abundantes. Si nos adelantamos por un momento trescientos años desde la llegada de la flota de Winthrop, Estados Unidos estaba produciendo, con solamente el 6 por ciento de la población y la superficie del mundo, el 70 por ciento de su petróleo, casi el 50 por ciento de su cobre, el 38 por ciento de su plomo, el 42 por ciento de su cinc y la misma cifra de su carbón, y el 46 por ciento de su hierro, además del 54 por ciento de su algodón y el 62 por ciento de su maíz.[51] Lo que sorprendió a los primeros colonos de Nueva Inglaterra en su momento, sin embargo, fue la abundancia y la calidad de la madera, que podía obtenerse por el simple

método de derribar los árboles. En la Europa Occidental de principios del siglo XVII, la madera, del tipo que fuese, se estaba volviendo cada vez más escasa y costosa. La familia común y corriente, que no podía darse el lujo de contar con "carbón marino", nunca tenía la que necesitaba. De modo que los colonos aprovecharon gozosamente la madera de que disponían. Francis Higginson, ministro de los colonos en Cape Anne, escribió en 1629: "Aquí tenemos mucho fuego para calentarnos [...] Toda Europa es incapaz de hacer fogatas tan grandes como las de Nueva Inglaterra. Aquí un pobre siervo que no posee más que 25 hectáreas de tierra, puede darse el lujo de contar con más madera para construir y hacer fuego, y de la mejor que da este mundo, que la que pueden permitirse muchos nobles en Inglaterra. Aquí viven muy bien aquellos a quienes les gustan las buenas fogatas".[52] William Wood, el primer naturalista norteamericano, que exploró los bosques entre 1629 y 1632 y publicó sus conclusiones dos años después en *New England's Prospects* (Perspectivas de Nueva Inglaterra), catalogó con entusiasmo todas las variedades de árboles disponibles, la mayoría de los cuales podían emplearse para la fabricación de mobiliario, pero también como leña, tinturas y potasa para jabón.[53] Otra cosa que lo asombró fue la enorme cantidad de ejemplares, como es lógico. Se ha calculado que a comienzos del siglo XVII los bosques originales de lo que es hoy Estados Unidos cubrían alrededor de 350 millones de hectáreas. Esto constituía un tesoro de madera con la que, una vez aserrada, podían cubrirse aproximadamente 4.800 billones de metros cuadrados. En sus orígenes, Norteamérica fue una civilización basada en la madera, que creció a partir de sus bosques del mismo modo que la Inglaterra anglosajona creció a partir de sus bosques primigenios. En los primeros trescientos años de su existencia, el pueblo norteamericano consumió 140 millones de hectáreas de esta enorme superficie de bosques, de los cuales más de 3.800 billones de me-

tros cuadrados fueron de madera aserrada para ser usada en la construcción. Con sus hachas, Washington y Lincoln procuraron encarnar la actividad arquetípica de los varones norteamericanos.[54]

Los habitantes de Nueva Inglaterra explotaron esta asombrosa herencia natural con entusiasmo. Pero no pudieron tomar una decisión en lo tocante a si los indios formaban parte de dicha herencia o competían con ellos. Casi desde el principio, adoptaron una actitud patriarcal hacia los indígenas, y la costumbre, que a nosotros nos resulta desagradable, de referirse a ellos como sus hijos.

Había grandes diferencias entre los pueblos indígenas. La mayoría cultivaba algo, y tendía a suspender la caza y la pesca durante las épocas de siembra y de cosecha. Los indios del sudoeste, presumiblemente porque tenían un contacto más estrecho con los nativos más adelantados de América Central y del Sur, conocían y aplicaban el riego y vivían en verdaderas ciudades. Los indios pueblo tenían aldeas permanentes cerca de los campos de cultivo. Las aldeas iroquesas eran semipermanentes. Los indios con los que se relacionaron los colonos de Nueva Inglaterra solían ser agricultores. Los colonos tomaron nota del modo en que limpiaban el terreno de árboles y cultivaban maíz, frijoles y distintos tipos de calabazas; en algunos casos, imitaron los métodos de los indios; por ejemplo, cuando decidieron utilizar el guano como fertilizante. Los indios parecen haber sido agricultores en pequeña escala, pero sus cosechas alcanzaban como mínimo un millón de fanegas anuales, que secaban y almacenaban. También producían tabaco de baja calidad.

La ganadería era de una importancia crucial. El ganado prosperaba en general, pero sobre todo el porcino. Una de las primeras exportaciones consistió en un cargamento de carne de cerdo. Las majadas de ovejas no tardaron en ser algo común en Massachusetts y Rhode Island. Los colonos criaban caballos

fuertes y resistentes y los exportaban a las Indias Occidentales. Habían llevado semillas para cultivar nabos, zanahorias, trigo sarraceno, guisantes, chirivía, trigo, cebada y avena, y todos estos vegetales prosperaron. Las manzanas no tardaron en darse particularmente bien. Un cronista aseguró en 1642 que para entonces preparaban "tartas de manzana, de pera y de membrillo, en lugar de los tradicionales pasteles de calabaza". Las manzanas eran "reconocidas como tan provechosas como cualquier otro cultivo de la colonia".[55]

Los colonos de Nueva Inglaterra fueron, en términos generales, mucho menos despilfarradores que los de Virginia. A propósito, es dudoso que la colonia de Virginia hubiese podido sobrevivir de no ser por el tabaco. Al principio, todas las autoridades, en Inglaterra y en las colonias, se oponían al cultivo del tabaco, en gran medida porque el rey Jacobo I odiaba el "hierbajo" y pensaba que "tendía a una nueva y generalizada corrupción de los cuerpos y los modales de los hombres". De hecho, el gobernador Dale limitó por ley su cultivo en 1616, ordenando que no se destinara más de media hectárea al tabaco por cada hectárea sembrada con maíz. Pero resultó imposible hacer cumplir la ley. Al año siguiente se distribuía tabaco hasta en la mismísima Jamestown, en las calles y mercados. Los hombres admitían que, con la misma cantidad de trabajo, el tabaco rendía seis veces más que cualquier otro cultivo. Su precio de venta era alto. Todo conspiraba para que se lo prefiriera. Crecía cerca de las orillas de muchos riachos, como el James, el York y el Rappahannock. Cada pequeña plantación tenía su propio muelle y su embarcación para transportar la cosecha hasta un barco transatlántico. No se necesitaban carreteras. La tierra rendía tabaco durante no más de tres años: después, se debía plantar en otras parcelas que no hubiesen sido trabajadas anteriormente. Pero el verdadero problema, era la mano de obra: de ahí la esclavitud. La creciente oferta de mano de obra esclava barata y

muy cualificada proveniente de África significó (como decían y creían los colonos) una bendición del cielo para la naciente industria del tabaco en Norteamérica. Así fue como floreció con pujanza inaudita. El propio Jacobo I no tardó en firmar su capitulación cuando, en 1619, estableció un impuesto de un chelín por libra (el 5 por ciento) sobre el tabaco que Inglaterra importara, aunque limitó la suma total que podía recaudarse (no sólo en Virginia sino también en Bermuda) a 55.000 libras anuales. Pero pronto todas esas restricciones fueron levantadas y el tabaco se convirtió en el primer gran recurso económico de la nueva civilización de habla inglesa que crecía al otro lado del Atlántico. Se lo siguió considerando una bendición durante cuatro siglos hasta que, con el tiempo, el presidente Bill Clinton dio un golpe de timón de ciento ochenta grados con el que se remontó a los días de Jacobo I al declarar, en agosto de 1996, que el tabaco era una droga adictiva.

Nueva Inglaterra no tenía un recurso como el tabaco en el que apoyarse. Debía trabajar más duramente, y lo hizo. Tuvo en John Winthrop, que cumplió su primer mandato como gobernador entre 1630 y 1634, el tipo de gobierno firme, e incluso severo, que necesita una colonia nueva. De hecho, era una teocracia. Es decir, que quienes lo dirigían eran hombres elegidos por todos los miembros plenos de la congregación, hombres libres reclutados en distintas tandas teniendo en cuenta su "comportamiento piadoso". Así, en mayo de 1631, Winthrop agregó 118 hombres a las filas de los hombres libres. De vez en cuando se iban agregando más, en la medida en que él y los ancianos de la congregación lo consideraban prudente. En realidad, el gobernador actuaba con las potestades de un dictador. Reunía a su Corte General sólo una vez al año y no cuatro veces como estipulaba el estatuto de la compañía. Todos los que habitaban en

la colonia, es decir, no sólo los hombres libres, debían prestar un juramento de lealtad al Gobierno. Era bastante inflexible cuando se enfrentaba a cualquier tipo de disidencia o a lo que según su punto de vista era una conducta antisocial. En agosto de 1630, durante las primeras semanas desde que se estableciera la colonia, hizo quemar la casa de Thomas Morton en Boston por haber éste erigido un mayo y "andado de juerga". Morton fue puesto en un cepo hasta que se lo pudo embarcar en una de las naves que regresaban a Inglaterra. En junio del año siguiente Philip Radcliffe fue azotado y se le cortaron las dos orejas debido a "…sus muy repugnantes y escandalosas invectivas contra nuestra Iglesia y nuestro Gobierno", según escribió Winthrop en su diario. Sir Christopher Gardiner fue desterrado por bigamia y papismo. Y, además, "a Thomas Knower se le pusieron grilletes por amenazar a la Corte con que, si era castigado, iniciaría un pleito en Inglaterra para que se determinara si su castigo había sido justo o no".[56]

Llegamos ahora al dilema que anida en el corazón de una sociedad protestante perfecta tal como la que quisieron crear los peregrinos y aquellos que los siguieron. Para ellos, la libertad y la religión eran inseparables, y marcharon a Norteamérica en procura de ambas. Para ellos, la Iglesia romana, o el tipo de anglicanismo que Carlos I y su arzobispo de Canterbury, William Laud, estaban creando en Inglaterra, eran la antítesis de la libertad, la esencia de la esclavitud. Asociaban la libertad con la devoción religiosa porque sin libertad de conciencia la devoción era inalcanzable. Pero, ¿cómo definir la libertad? ¿Cuándo se convertía el ejercicio de la libertad en anarquía? ¿En qué punto la libertad de conciencia degeneraba en anarquía religiosa? Todos los líderes de opinión de Nueva Inglaterra trataron este tema. La mayoría dejó en claro que, en la práctica, la libertad debía ser definida muy exhaustivamente. Nathaniel Ward, que llegó a la bahía de Massachusetts en 1634 y se convirtió en pastor

de Ipswich, escribió un folleto titulado *The Simple Cobbler of Aggawam in America* (El zapatero remendón de Aggawam en Norteamérica) en el que afirmó audazmente: "Me atrevo a considerarme el heraldo de Nueva Inglaterra y es por eso que proclamo a los cuatro vientos, en nombre de nuestra colonia, que todos los familistas, los antinomianistas, los anabaptistas y otros entusiastas gozarán de la libertad de mantenerse apartados de nosotros; y si vinieran, deberán marcharse lo antes posible, cuanto antes mejor [...] Me atrevo a asegurar que Dios no tolera que en ninguna parte del mundo los estados cristianos se muestren tolerantes con semejantes adversarios de su verdad si tienen en sus manos el poder de reprimirlos".[57] Por su parte, John Winthrop pronunció el 3 de julio de 1645 lo que él llamó "un pequeño discurso" a propósito de la muy irritante cuestión de la autoridad de los magistrados y la libertad del pueblo, un punto de vista que muchos consideraron convincente hasta el extremo de que sus palabras fueron copiadas una y otra vez y, con el tiempo, terminaron figurando en las antologías. El hombre, según afirmó, tenía:

> ... libertad sólo para aquello que es bueno, justo y honesto [...] Esta libertad, que se mantiene y ejercita mediante la sujeción a la autoridad, es el mismo género de libertad por la cual Cristo nos hizo libres [...] Si uno defiende sus libertades naturales y corruptas, y hace lo que es bueno según su propio punto de vista, no soportará en lo más mínimo el peso de la autoridad [...] pero si se contenta con disfrutar de las libertades civiles y legales que Cristo concede, se someterá en silencio y gozosamente a esa autoridad que está por encima de él [...] para su propio bien.[58]

Aquello estaba muy bien en teoría. Pero las dificultades que surgían al tratar de llevarlo a la práctica quedaron de manifiesto en las vicisitudes de la propia carrera de Winthrop como líder político y religioso de la colonia, que muestra en pequeña escala el carácter de la primera época de la historia norteamericana. Winthrop tenía una autoridad natural, una especie de carisma: había sido elegido gobernador, ante todo, por esa razón. Pero el modo en que la ejerció, severo y a veces brutal, hizo pensar a los

espíritus más decididos —y en la colonia eran, por cierto, muchos— que había ido más allá de los límites de la legitimidad.

Además, y Winthrop pensaba que se trataba sin duda de una estratagema justificada, como las que de vez en cuando habían empleado Josué, David y Salomón, había hecho trampa. Obligó a todos los colonos, incluso a los que no eran libres, a prestar un juramento de lealtad a su gobierno, como lo imponía el estatuto. Pero, según el estatuto, la Corte General debía reunirse en sesión cuatro veces por año, y Winthrop la convocó una sola vez. Después de cuatro años de lo que algunos llamaron su "tiranía", muchos colonos —tanto libres como no libres— le exigieron que mostrara el estatuto, a fin de saber qué era lo que el documento decía. Lo hizo, aunque de mala gana. Todos coincidieron en que había actuado *ultra vires*. Los colonos provenían de Inglaterra y, debido a ello, el sentimiento de que era necesario vivir bajo el imperio de la ley y no sometidos al poder de un individuo estaba muy arraigado en ellos. En eso consistía precisamente la lucha que se estaba desarrollando en el Parlamento inglés. La compañía fundadora de Massachusetts les había prometido que gozarían de "todos los derechos de los ingleses". Al desacatar abiertamente el estatuto, sin duda por razones atendibles, Winthrop les había arrebatado algunos de esos derechos. En consecuencia, los colonos organizaron una asamblea general y lo destituyeron. Los hombres libres de la colonia establecieron lo que sería, de hecho, un sistema de gobierno representativo en virtud del cual cada pequeña ciudad designaba sus propios diputados "que deberían participar en la creación de las leyes, la distribución de la tierra, etcétera". Este cuerpo confirmó la destitución de Winthrop y nombró en su lugar a su vicegobernador, Thomas Dudley. Así, en, 1634, se llevó a cabo el primer golpe político de la historia de Norteamérica, en un momento en que la colonia estaba todavía en su infancia. Y no se llevó a

cabo mediante la fuerza de las armas, sino mediante debates y discursos, y todo de acuerdo con la ley.[59]

Sin embargo, los colonos pronto descubrieron que cambiar un sistema de gobierno por voluntad popular no significa necesariamente mejorarlo. Durante los tres años siguientes, entre 1634 y 1637, la colonia fue sacudida por una serie de disputas en torno a figuras rebeldes y antinomianistas, como Roger Williams y Anne Hutchinson. Desde el punto de vista del buen gobierno, era necesario manejarlos con una mezcla de firmeza, sentido común e imparcialidad. El sentimiento generalizado en la colonia fue que los sucesores de Winthrop carecían de esas tres cualidades. Algunos llegaron a pensar que las mismísimas autoridades se estaban volviendo antinomianistas. Lo cierto es que la Iglesia de Boston tendía a ser antinomianista, mientras que el resto de las Iglesias eran ortodoxas. Los antinomianistas sostenían que lo único que importaba en la religión era la luz interior de la fe, que era un don directo de la gracia divina. Los más ortodoxos afirmaban que también eran necesarias las buenas obras y la conducta ejemplar, y que éstas eran pruebas visibles, externas, de la verdadera fe y la devoción. Esta polémica estaba en su punto más alto en Inglaterra y Holanda, y en otros países en los que el calvinismo había sentado sus bases. Pero en Massachusetts fue más encarnizada que en ninguna otra parte. Un contemporáneo escribió: “Aquí comenzó a ser tan común distinguir entre los hombres que se regían por una ‘alianza por la gracia’ y los que se regían por una ‘alianza por las obras’ como lo era en otros países entre protestantes y papistas”.[60]

Pero la ortodoxia doctrinaria no era la única medida de la capacidad de un hombre para gobernar, como Winthrop aprendió en carne propia. Su autoridad natural se cimentaba hasta cierto punto en su pertenencia a la pequeña aristocracia rural inglesa y a la posesión manifiesta de medios para mantener su posición en el Nuevo Mundo. Sin embargo, en 1639 Winthrop

descubrió que su agente en Inglaterra lo había estafado y que sus finanzas no estaban en orden. El agente fue condenado por fraude y la pena que se le aplicó fue la amputación de sus orejas. Pero eso no significó una solución a las dificultades financieras del gobernador, que descubrió que tenía una deuda de 2.600 libras —una suma formidable—, y se vio obligado a vender tierras a ambos lados del Atlántico. Sus apuros financieros se volvieron evidentes. Amigos y partidarios decidieron auxiliarlo. Mediante una colecta reunieron 500 libras para ayudarlo a salir del aprieto, y donaron casi 1.500 hectáreas de tierra a su esposa. Pero sus adversarios lo pusieron en la picota. Los puritanos no alegaban exactamente que la pobreza era un signo de perversidad. Pero, en general, pensaban que a los piadosos les iba bien económicamente y que si un hombre no lograba prosperar —o si el quebranto económico se abatía súbitamente sobre él— era porque, por alguna razón, no gozaba del favor divino. Esta era una idea muy arraigada y pasó a formar parte de la principal corriente de opinión en la conciencia social norteamericana. Y Winthrop fue su primera víctima. En 1640, fue degradado al cargo de vicegobernador. Algunos puristas llegaron a proponer que él, y otro hombre también en bancarrota, no pudieran ejercer cargos públicos nunca más, "porque han perdido su fortuna y ahora son pobres". Pero esta iniciativa no fue aprobada.[61]

Lo cierto es que Winthrop luchó, y dos años más tarde logró volver a ser elegido gobernador, cuando sus bienes terrenales aumentaron un poco. Amargado y decepcionado por sus vicisitudes políticas y por "la imposibilidad de regeneración del hombre", hubo de luchar aún más encarnizadamente contra los disidentes. Se enfrentó con un predicador ortodoxo llamado Samuel Gorton, y le ordenó cesar en su prédica o marcharse de la colonia. La congregación de Gorton envió una "carta impúdica y perversa" al Gobierno de Massachusetts, comparando al

"Bendito Samuel" con Cristo y a Winthrop con Poncio Pilatos, y en la que se refería a él como "el Gran y Venerado Ídolo Universal, instalado ahora en Massachusetts" y a sus partidarios como "una generación de víboras". Enfurecido y casi fuera de sí por estas "horribles y detestables blasfemias contra Dios y todo su Magisterio", Winthrop envió a tres comisiones de cuarenta soldados a arrestar a los miembros de la congregación. Los sometió a juicio y los encarceló con grilletes, pero ellos siguieron predicando, hasta que finalmente Winthrop les hizo quitar los grilletes y ordenó trasladarlos al desierto.[62] Como consecuencia de esta medida arbitraria y despótica, en 1644 Winthrop volvió a ser degradado al puesto de vicegobernador. En su diario, escribió que temía el gobierno del populacho, en definitiva la democracia, "la peor y más mezquina forma de gobierno". La magnitud de las discusiones y las maniobras políticas era considerable. La primera Massachusetts era una sociedad políticamente consciente y notablemente polémica que reflejaba, por supuesto, la guerra civil que se desarrollaba entonces en Inglaterra, y en la que se combatía tanto con las armas como con la palabra. Winthrop publicó un escrito en el que defendía sus acciones y afirmaba que un gobernante prudente no tenía otra alternativa que acabar con un incendiario como Gorton antes de que éste prendiera fuego a toda la casa. Decía que a los hombres prudentes se les debía conceder un poder discrecional que les permitiera aplicar la ley de Dios según su leal saber y entender. Uno de los representantes atacó esta idea y la calificó de inadmisible: dijo que el libro debía ser "quemado en el patíbulo", y agregó que "si algún otro gobernante hubiera escrito algo así le habría costado las orejas, si no la cabeza".[63] Pero Winthrop sobrevivió también a esta controversia, recuperó el favor de la opinión pública, volvió a ser elegido gobernador en 1646 y se mantuvo en el cargo hasta el día de su muerte, que le sobrevino tres años después.

En su momento, la carrera y las opiniones de Winthrop plantearon cuestiones fundamentales que han seguido vigentes a lo largo de la historia norteamericana y se han convertido en parte de su concepción política. ¿Dónde termina la libertad y dónde comienza la autoridad? ¿Cuáles eran las atribuciones del gobernante? ¿Y cómo debiera combinar la necesidad de orden y los dictados de la justicia con la virtud cristiana de la misericordia? No hay duda de que el propio Winthrop reflexionó acerca de estas cuestiones, argumentando y polemizando consigo mismo en su diario. Durante generaciones los historiadores norteamericanos han sostenido posturas radicalmente opuestas con respecto a sus méritos cívicos. En la década de 1830, George Bancroft lo describió como un pionero de la instauración del régimen de gobierno representativo en Norteamérica. Más tarde, siempre en el siglo XIX, Brooks Adams y Charles Francis Adams prefirieron señalar su carácter autoritario y su propensión a perseguir a sus adversarios intelectuales y lo culparon de la intolerancia que se enseñoreó de la colonia y terminó produciendo el catastrófico episodio de la caza de brujas en Salem. En la década de 1930, Perry Miller y Samuel Eliot Morison afirmaron que Winthrop era en primer lugar un hombre religioso, que su filosofía política era una proyección de sus creencias cristianas, lo que indicaba hasta qué punto Nueva Inglaterra se regía por una especie de teocracia, es decir, un intento deliberado por erigir un sistema de gobierno fundado en las enseñanzas de Cristo. Otro historiador, Edmund Morgan, fue más allá y sostuvo que el gobierno de Winthrop, al tratar de imponer esta sociedad utópicamente cristiana, debió afrontar una lucha continua en el curso de la cual intentó, por una parte, evitar que la tendencia al separatismo, que tanta fuerza tenía entre los colonos de Nueva Inglaterra, socavara la responsabilidad corporativa y, por la otra, aprovechar el sentido de rectitud de los colonos a fin de orientarlo hacia la causa de la justicia social.[64]

La imagen que las crónicas nos ofrecen de Winthrop es la de un hombre severo y a menudo intolerante, y así es como lo vieron sus críticos. Él, por su parte, se consideraba a sí mismo un hombre elegido por Dios y por el pueblo para crear de la nada, y a la luz de sus creencias religiosas, una nueva sociedad civil, y en sus oraciones pedía con fervor que se le concediera la gracia de ejecutar virtuosamente esta misión. Y, al menos en su fuero interno, admitía sus defectos. Su teoría política era clara. La libertad no le había sido dada al hombre para hacer lo que quisiera —eso era para los animales—, sino para distinguir entre el bien y el mal, para lo cual debía estudiar los mandamientos divinos y después, en consonancia con ellos, hacer "sólo lo que es bueno". Si, por la gracia de Dios, le era concedida esa libertad, tenía a su vez el deber de obedecer a la autoridad instituida por el mandato divino. En la bienaventurada colonia de Massachusetts los hombres libres elegían a sus gobernantes. Pero, una vez que éstos han sido elegidos, se les debe prestar obediencia: su palabra era tanto la expresión de la ley humana como de la divina. Si las disposiciones del gobernante no eran justas y honestas, su autoridad no era genuina, "sino un mal". El hombre era, por naturaleza, pecaminoso, y luchaba contra su predisposición al pecado. Así pues, a veces los gobernantes debían ser misericordiosos e indulgentes. Pero, del mismo modo, se debía actuar con dureza y sin consideración alguna para combatir la impenitencia consuetudinaria y la obstinación empedernida en el pecado. A la inversa, el pueblo debiera perdonar a sus gobernantes los errores en los que ocasionalmente pudieran incurrir. Y si persistían en ellos, el pueblo tenía el derecho de destituirlos. Winthrop podía alegar que él había sido libremente elegido gobernador de la colonia, no una sino cuatro veces, y que, en consecuencia, encarnaba como nadie el principio del gobierno representativo. Además, cabe decir en su defensa que fue él quien se esforzó por implantar este sistema de gobierno en el suelo

norteamericano, y que lo hizo de tal modo que al cabo de veinte años la colonia se convirtió en un organismo político que ya mostraba signos de madurez, como lo fue la armonización de la necesidad de autoridad con la necesidad de libertad.[65]

El éxito de la colonia de la bahía en esta materia no habría sido posible de no ser por el inconmensurable espacio que brindaba Norteamérica. Esta gozaba de la libertad que daba su vasto territorio. Ése era un lujo que les estaba negado a los ingleses; las restricciones que les imponía su pequeña isla convertían la disidencia en un peligro y el conformismo en una virtud. Ésa fue la razón por la que los colonos ingleses fueron a Norteamérica. Un hombre podía apostarse en Cape Cod de cara al mar y sentir toda la inmensidad del océano Atlántico, que lo distanciaba —como un foso seguro y protector— de las restricciones y el conformismo que le habría impuesto la menguada Europa. Y, del mismo modo, podía sentir a sus espaldas —y si se daba la vuelta, verla— la inmensidad de la tierra aún sin descubrir, aún no hollada, escasamente poblada, que evocaba un enorme teatro experimental para el ejercicio de la libertad. De alguna manera, el hecho político más importante de la historia norteamericana es su vastedad y su misterio. Durante tres siglos, hasta el 1900, hubo aspectos sustanciales del interior norteamericano desconocidos para sus habitantes. Pero de lo que estaban seguros desde un primer momento era de que el territorio era enorme y de que estaba disponible. Éste fue el hecho geopolítico dominante que se reveló a los colonos desde que llegaron al nuevo continente: si no les gustaba el sistema que habían fundado en la costa, y tenían la audacia de intentarlo, podían internarse en aquel territorio. Nada, salvo sus propios temores, los detendría.

Sin embargo, cabe decir que en Nueva Inglaterra, al menos en el siglo XVII, el individuo rebelde típico era bastante duro, y más aún cuando se trataba de una mujer. El caso de Anne Hu-

tchinson (1591-1643) es bastante ilustrativo al respecto. Fue la primera mujer que adquirió cierta importancia en Norteamérica, la primera que dio un paso adelante y, haciendo escuchar su voz con energía, se destacó de la multitud casi anónima que conformaban entonces las esposas y viudas puritanas pulcramente vestidas y muy trabajadoras. Sin embargo, es muy poco lo que sabemos de ella. Mientras que Winthrop y Roger Williams, por ejemplo, dejaron libros y documentos cuyo contenido era con frecuencia sumamente personal y llenaría doce gruesos volúmenes, la señora Hutchinson no dejó siquiera una simple carta. No publicó libros ni folletos, porque en la primera mitad del siglo XVII para una mujer aquello era, si no del todo, casi imposible. Si llevó un diario, no han quedado rastros de él. La única documentación fidedigna con respecto a ella es el registro de los dos juicios a los que fue sometida, un texto que naturalmente nos transmite una imagen adversa de ella.[66]

Provenía de Lincolnshire y era una de los trece hijos de un ministro no conformista, Francis Marbury, que vio con buenos ojos el temprano interés que ella manifestaba por la teología y le enseñó todo lo que sabía. Se casó con un comerciante, William Hutchinson, y tuvo doce hijos con él. Pero no perdió su entusiasmo por la religión: asistía regularmente a los sermones carismáticos que pronunciaba John Cotton en St. Botolph, en Lincoln. Víctima de la "tiranía impía" del arzobispo Laud, Cotton fue despojado de su licencia de predicador en 1633 y no tardó en emigrar a la colonia de la bahía. La señora Hutchinson, su esposo y sus hijos le siguieron un año después, y ella dio a luz otro hijo muy poco después de que llegaran a Boston. Era capaz de parir sin que nadie la asistiera y en algunas ocasiones ofició de comadrona. Preparaba tónicos y "simples" caseros y daba consejos médicos a otras mujeres. Era una líder natural y había convertido su casa en un refugio para mujeres con problemas. No es necesario leer en su historia alusiones a los derechos

de las mujeres con las que no hace mucho las historiadoras feministas la han embellecido.[67] Pero queda claro que era una mujer formidable, y que pensaba que era correcto y natural que las mujeres participaran en las controversias religiosas.

Junto con su cuñado John Wheelwright, Anne Hutchinson solía reunir en su casa grupos de discusión después de los sermones, los domingos por la tarde y una noche a mediados de la semana. Allí, las palabras de John Cotton y otros predicadores eran analizadas minuciosamente, y todos los presentes —a menudo había hasta sesenta personas, la mitad de las cuales eran mujeres— podían participar si lo deseaban. Cotton, y Hutchinson y Wheelwright con más pasión que él, creían en una "alianza de gracia". Mientras que la mayoría de los predicadores oficiales sostenían que una vida moral era suficiente para la salvación, la señora Hutchinson afirmaba que la redención era un don de Dios a sus elegidos y que no se podía obtener simplemente mediante el esfuerzo humano, si bien la práctica constante de las buenas obras era por lo general una señal externa de una elección íntima. La lógica de esta doctrina era subversiva. Si había un poder que el clero de Nueva Inglaterra todavía mantenía era el que le confería el derecho de determinar quién podía ser aceptado como miembro pleno de la Iglesia, y el control sobre sus buenas obras era el modo más obvio de ejercerlo. Pero como la doctrina de Hutchinson insistía en que el criterio para determinar la pertenencia a la Iglesia era la elección, o más bien la elección personal, con la que el ministro nada tenía que ver, despojaba de hecho a éste de su poder. Además, esta concepción según la cual la gracia divina obraba sus milagros en el individuo sin necesidad alguna de la mediación del ministro, abolía las distinciones de género. Las mujeres podían recibir el espíritu y predicar las enseñanzas de Dios tan bien como un pastor ordenado. A algunos esta idea les gustaba. La mayoría la consideraba alarmante.

Hacia 1636 la división que había provocado la controversia en la colonia era tan profunda que los ancianos decidieron adoptar medidas extremas. Cotton fue llevado ante un sínodo de obispos, acusado de herejía, y no le fue nada fácil lograr la absolución. Después, en mayo de 1637 Winthrop fue reelegido gobernador e inmediatamente tomó medidas tendientes a controlar a la señora Hutchinson, a quien él consideraba la causante del problema. Dictó una ordenanza en la que se estipulaba que a toda persona que llegara a la colonia se le prohibía permanecer en ella más de tres semanas sin la aprobación del Gobierno. En noviembre llevó a Hutchinson, Wheelwright y sus partidarios más cercanos ante la Corte General y logró que ésta los desterrara. Alrededor de setenta y cinco de sus partidarios fueron privados de sus derechos civiles y desarmados. Prosiguió su campaña, y en marzo de 1638 acusó a Hutchinson y Wheelwright de herejía ante la Iglesia de Boston y logró que ambos fueran excomulgados. Está claro que Winthrop creía que Hutchinson estaba siendo manipulada de alguna manera por el diablo, y que en realidad era una bruja. Descubrió que había tenido un aborto, lo que él interpretó como una señal de la ira de Dios, y que su amiga Mary Dyer había dado a luz a un niño muerto y con malformaciones; en una palabra, un monstruo. Incluso llegó al punto de ordenar que se hiciera la autopsia al cadáver del desventurado "monstruo" a fin de estudiar sus órganos. Todo esto lo dejó consignado en sus diarios.[68] También comunicó los resultados a Inglaterra, a fin de que "todos nuestros amigos piadosos no se sientan desalentados y decidan no venir aquí". La señora Hutchinson y sus partidarios, para salvar la vida, no tuvieron otra alternativa que abandonar la colonia de la bahía y buscar refugio en Rhode Island, gobernada entonces por Roger Williams, donde la mayoría de ellos se estableció y logró prosperar. Su esposo —un hombre que había padecido muchos sufrimientos, dirán algunos— murió, y tiempo después

la viuda y sus seis hijos menores se mudaron más al oeste, a Pelham Bay, en lo que ahora es el estado de Nueva York. Allí todos, menos una de las hijas, fueron asesinados por los indios en 1643.[69] La muerte violenta de la señora Hutchinson y de su prole dio pie a que se difundiera la interpretación de que se había tratado de un hecho providencial, y la ortodoxia de Nueva Inglaterra se entregó a producir literatura piadosa acerca de "la Jezabel norteamericana"; el primer texto que apareció fue un violento panfleto escrito por el propio Winthrop.[70] La reivindicación de Anne Hutchinson, que ha sido profusa e imaginativa, debió esperar hasta el momento de auge del movimiento feminista, en la década de 1960.

El caso Hutchinson mostró que hasta el más radical inconformismo era posible, si bien peligroso. En Massachusetts se acostumbraba a avisar a las personas identificadas como agitadores religiosos que debían marcharse. Si insistían en quedarse, o regresaban, se los sometía a juicio. En julio de 1641, por ejemplo, el doctor John Clarke y Obediah Holmes, ambos de Rhode Island, fueron arrestados en Lynn por el comisario por haber organizado una reunión religiosa no autorizada en una casa, en la que se condenaba la práctica del bautismo de los bebés. Clarke fue encarcelado; Holmes fue azotado públicamente. El 27 de octubre de 1659, tres cuáqueros, William Robinson, Marmaduke Stevenson y Mary Dyer, que habían sido expulsados varias veces de la colonia —la última vez, con la amenaza de que en caso de reincidir se les aplicaría la pena de muerte— fueron arrestados bajo el cargo de ser "nocivos y disociadores" y condenados a la horca en Boston. La condena se cumplió en el caso de los hombres. La ejecución de la mujer, que tenía los ojos vendados y la soga en torno al cuello, fue suspendida a raíz de la intervención de su hijo, que garantizó que abandonaría la colonia de inmediato. Lo cierto es que tiempo después volvió y finalmente, el 1 de junio de 1660, fue ejecutada. Otras mujeres

acabaron colgadas por brujería; la primera fue Margaret Jones, condenada en Plymouth el 13 de mayo de 1648 por "practicar la medicina" con el "toque maligno". Se aplicaron penas severas a transgresores de la moral de todo tipo. Hasta 1632, el adulterio estaba penado con la muerte. En 1639, otra vez en Plymouth, una mujer adúltera fue azotada, después arrastrada por las calles con las letras AD cosidas a la manga de su vestido, y se le advirtió que si se quitaba aquella señal se procedería a grabar las letras en su rostro. Dos años más tarde, un hombre y una mujer convictos de adulterio fueron azotados, esta vez "en un poste", y se ordenó "coser en lugar bien visible de su ropa" las letras AD.

En Boston, a fin de reforzar la ortodoxia, se fundó en 1636 una escuela para formar ministros religiosos junto al río Charles, en Newtown, conforme a la voluntad expresada en su testamento por el reverendo John Harvard, llegado a las colonias en 1635 y que legó, para que fueran destinados a ese fin, 780 libras y 400 libros. Tres años más tarde, se puso su nombre a la escuela y el lugar fue rebautizado como Cambridge, por la universidad en la que había estudiado. El hecho fue significativo de la forma en que la colonia estaba alcanzando sus objetivos primordiales. Como escribió uno de los fundadores de Harvard: "Después de que Dios nos dejó sanos y salvos en Nueva Inglaterra, de que construimos nuestras casas, conseguimos lo necesario para vivir, erigimos lugares apropiados para adorar a Dios y establecimos el gobierno civil, una de las cosas que ansiábamos hacer a continuación, y de la que nos ocupamos, fue mejorar la educación y perpetuarla para la posteridad".[71] Pero la escuela nunca tuvo el monopolio de la educación religiosa, y los inconformistas pudieron trasladarse y fundar otros establecimientos de enseñanza sin necesidad de una licencia expedida por la corona. En abril de 1638, por ejemplo, el reverendo John Davenport condujo a una congregación de piadosos puritanos de Boston —una ciudad que, afirmaban ellos, "se había co-

rrompido”— a Quinnipiac, donde se instalaron; dieron al lugar el nombre de New Haven. Davenport llevó consigo a algunos comerciantes exitosos, entre ellos Theophilus Eaton y David Yale, este último un caballero erudito cuyo descendiente, Elihu Yale, habría de fundar otra histórica casa de estudios. Dos meses más tarde, el 31 de mayo de 1638, otro ministro inconformista, Thomas Hooker, llegó a Hartford, sobre el Connecticut, con cien seguidores, y pronunció en aquella ocasión un sermón significativo en el que afirmaba que toda autoridad, tanto la estatal como la religiosa, debía emanar del consenso del pueblo. Por lo tanto, en el interior de Nueva Inglaterra se produjo una diáspora continua, motivada con frecuencia por el inconformismo religioso y por el deseo imperioso de lograr una mayor libertad de pensamiento y de acción.

Ya en 1623, David Thompson había fundado un asentamiento en Rye, sobre el río Piscataqua: el núcleo de lo que luego sería Nueva Hampshire. En 1639 Hartford, cuyo ministro era Hooker, se unió a otros dos ayuntamientos puritanos inconformistas, Windsor y Wethersfield, para formar lo que ellos llamaron “las Órdenes Fundamentales de Connecticut”. Ni ellos ni el New Haven de Davenport tenían licencia de la corona, pero constituyeron de hecho una colonia independiente. A partir de la década de 1620 hubo nuevos asentamientos en la costa de lo que habría de ser más adelante Maine, formados por pescadores inconformistas. Nuevas flotas que llegaban anualmente desde Inglaterra reforzaban todas las zonas de asentamiento. Entre 1630 y 1660 aparecieron alrededor de 20.000 puritanos y Massachusetts y Connecticut se convirtieron en el corazón de las áreas de colonización. A estos asentamientos se los ha llamado “comunidades cristianas utopistas cerradas y corporativas”. [72]

Algunos asentamientos eran convencionales. New Haven tenía nueve plazas, en la central había un mercado, y con el tiem-

po se alzaron en torno a ella el Ayuntamiento, los Tribunales, la escuela y la cárcel. Todavía se conserva un mapa de Wethersfield, una de las primeras ciudades de Connecticut, en el que se ven las zonas residenciales, los campos y las zonas aledañas. Algunas de estas primeras ciudades coloniales fueron abandonadas. Pero la gran mayoría han sobrevivido y han seguido creciendo hasta el día de hoy. El hecho es que los puritanos resultaron ser colonos exitosos. Tenían creencias homogéneas, eran letrados —podían leer los muchos y a menudo excelentes folletos impresos en los que se daba consejos a los colonos— y capaces. La mayoría eran artesanos o tenderos, algunos tenían experiencia como agricultores, y había un número pequeño pero definido de comerciantes con capital. Llegaban en grupos familiares conducidos por un jefe, y a menudo la que se movilizaba era una congregación entera, encabezada por su ministro. Una unidad productiva típica abarcaba varios kilómetros cuadrados y contaban con una aldea al estilo inglés en la que convergían todas las propiedades (en Nueva Inglaterra se la llamó ciudad), donde todos tenían su casa.

Desde el principio, el igualitarismo brilló por su ausencia. El sistema de inversión basado en la libre empresa dio lugar a que los jefes y los inversores más poderosos obtuvieran unidades más grandes. No hubo ninguna pauta preestablecida ni uniformidad simétrica, porque el campo era escarpado y de características variadas, e imperaba un pragmatismo universal según el cual era preciso adaptarse a los accidentes naturales del lugar. Cuando se necesitaba más espacio la congregación se reunía y decretaba un desplazamiento formal a fin de fundar una nueva ciudad, que resultaba ser el equivalente en Nueva Inglaterra de una antigua aldea inglesa, pero en la que no había casa solariega ni las típicas casas de campo de los arrendatarios. Prácticamente todos los que llegaban provenían de Inglaterra y Gales. La exclusividad religiosa de los asentamientos originales casi nunca se

prolongó durante más de una década, y se expulsaba a los inconformistas. Poco a poco, se autorizó el asentamiento de anglicanos, baptistas y hasta cuáqueros. Las brechas en materia de riqueza se ampliaron en la segunda y tercera generación, las disputas y divisiones debilitaron la autoridad eclesiástica, la atmósfera social se volvió más secular y mercantil, y el puritano se convirtió paulatinamente en yanqui, "una raza cuyo representante típico está eternamente desgarrado entre su pasión por la rectitud moral y el deseo de abrirse al mundo".[73]

Los principales inversores de la colonia a la que se dio el nombre de Maryland, y a quienes se definía como "aventureros", debieron costear su propio transporte; se les ordenó que reclutasen además cinco "hombres con capacidad" de los veinte a cincuenta que viajaban, y fueron premiados con 800 hectáreas cada uno. Cualquiera que llevase menos de cinco hombres recibía 40 hectáreas, más otras 40 adicionales por cada hombre que lo acompañase. Los colonos casados recibieron 80 hectáreas y 40 adicionales por cada "sirviente". Cada niño menor de dieciséis años recibió 25 hectáreas. Las viudas con hijos recibían lo mismo que los hombres y las mujeres solteras con sirvientes obtuvieron 25 hectáreas por cada uno. Se tenía dominio absoluto sobre la tierra, pero los propietarios debían pagar al segundo barón de Baltimore, organizador de la empresa, una "renta" anual durante cincuenta años: 20 chelines por una casa solariega, 12 peniques por una extensión de 25 hectáreas, que podían abonar con "el producto del país". Si un hombre quería ir a la colonia y no podía costearse el viaje, tenía opción de hacerlo de manera gratuita a cambio de firmar un contrato por el cual se comprometía a trabajar durante cuatro o cinco años. Lo firmaba con el capitán, que luego lo vendía al llegar a la colonia, al mejor postor. El contrato obligaba al patrón a proveer a su servidor de transporte, "carne, bebida, indumentaria y alojamiento" durante la vigencia del mismo y una vez expirado, "de ropa, maíz su-

ficiente para un año y 25 hectáreas".[74] Los hombres que tenían algún oficio ganaban su libertad en menos tiempo.

Se obró con mucha rapidez el reparto de la tierra, algo que los norteamericanos aprendieron a hacer bien en los comienzos mismos de su historia, y que durante trescientos años fue una de las claves de su fortaleza. Un colono se presentaba ante el secretario de la provincia, registraba su autorización y pedía una concesión de tierra. El secretario presentaba una orden de deslinde al agrimensor general, que medía y deslindaba la extensión correspondiente. Cuando éste rendía su informe, el secretario emitía una cédula en la que se hacían constar las razones por las cuales se otorgaba la concesión, los límites y las condiciones de posesión. A partir de ese momento, el propietario ocupaba la tierra y comenzaba a cultivarla. Comparado con las dificultades que comportaba la adquisición de tierra en Inglaterra, aún en dinero contante y sonante, este sistema era asombrosamente simple.[75]

La agricultura dio buenos frutos desde el principio. La tierra produjo un excedente ya el primer año y se fletó un cargamento de grano con destino a Massachusetts, que fue pagado al contado. Pero la mayoría de los agricultores comenzaron a dedicarse al tabaco y ya no lo abandonaron. A mediados de la década de 1630, los precios del tabaco, después de que los vendedores dominaran el mercado una década antes y se produjera luego un exceso de oferta, se había estabilizado en unos cuatro a seis chelines la libra (454 gramos). Los colonos de Maryland sembraron cerca de los arroyos y ríos de la costa occidental y construyeron muelles para recibir los barcos que iban a recoger las exportaciones anuales de tabaco. Abatían árboles mediante el procedimiento del "corte anular" —un corte en la base, en forma de anillo— y luego plantaban tabaco. Hacia 1639 los plantadores de Maryland producían 45 toneladas de la "yerba embriagadora". El cultivo del tabaco nunca fue fácil. "Su manejo adecua-

do" presentaba "muchos inconvenientes". Requería pericia, mano de obra intensiva y siempre resultaba delicado. Se debía desmochar la planta con la uña del pulgar. En el siglo XVII uno siempre podía distinguir a un cultivador de tabaco por sus endurecidos pulgares manchados de verde. Todo el mundo trabajaba con ahínco, al menos en aquellos primeros tiempos. Los peones y los contratados cumplían una jornada de entre doce y catorce horas, y sólo descansaban el sábado por la tarde y el domingo. Se los podía vender e infligirles castigos corporales, y si escapaban se los castigaba con la prolongación del período de servicio. No podían casarse hasta que su contrato hubiera expirado. Por lo demás, la cantidad de hombres duplicaba o triplicaba la de mujeres. Había muchos bastardos y novias que se casaban ya a punto de parir, el doble que en Inglaterra.

A pesar de las penurias, había un sentido natural de la generosidad, gracias al tabaco, que lo era todo para los pobladores de Maryland. En la práctica, era la moneda de cambio de la zona. Un colono, que escribió un relato acerca del lugar, el reverendo Hugh Jones, lo llamó "nuestra carne, nuestra bebida, nuestra indumentaria y dinero". La variedad de más alto precio, que tenía un aroma dulzón, el "Virginia auténtico", prosperaba únicamente en unos pocos condados de Virginia. En Maryland se cultivaba sobre todo el Orinoco, proveniente de Sudamérica. Hacia fines de la década de 1630, un plantador de Maryland podía producir 450 kilogramos por temporada, cifra que se incrementó hasta los 700 e incluso los 800 kilogramos a fines de siglo. Es cierto que el suelo pronto comenzó a agotarse, que las cosechas disminuyeron y los plantadores se vieron obligados a trasladarse a otras tierras. Pero pudieron hacerlo —la tierra era mucha y barata— y así fue como la colonia se dispersó y extendió. Sólo cuatro de los caballeros aventureros originales se mantuvieron firmes. Pero se convirtieron en grandes terratenientes y tuvieron casas solariegas que la siguiente generación reconstru-

yó con material de excelente calidad. Uno de ellos, Thomas Gerard, llegó a poseer cerca de 2.500 hectáreas. Estas fincas llegaron a abarcar las cuatro quintas partes de la tierra trabajada; sólo uno de cada cinco hombres libres aspiraba a poseer alguna parcela y preferían en cambio trabajar como arrendatarios o bien como asalariados de los terratenientes. Así pues, pronto la sociedad estuvo mucho más estratificada que en Nueva Inglaterra.

La colonia atrajo también a inconformistas holandeses y alemanes. Un grupo, los labadistas, de origen holandés, tenía un dirigente alemán notablemente ilustrado: el hombre trazó el primer mapa exhaustivo de Maryland, se naturalizó y hacia 1674 era propietario de una hacienda de unas 8.000 hectáreas, lo que lo convertía en el más grande terrateniente privado de Norteamérica. En un lapso de diez años, cien labadistas se asentaron en esta hermosa propiedad, y se entregaron a la agricultura con eficiencia y habilidad germanoholandesas al amparo de las vertientes del río Bohemia y la bahía de Chesapeake. Seguían las enseñanzas comunitarias de un jesuíta convertido al calvinismo llamado Jean de Labardie: tenían dormitorios separados para varones y mujeres, abominaban de la propiedad privada, no hablaban durante las comidas y se negaban a encender fuego durante el invierno para calentarse. Sus reglas eran demasiado estrictas y con el tiempo fueron cayendo en desuso, pero instauraron en Norteamérica un modelo de colonias individualistas con una base fuertemente utópica que persiste en la actualidad y, a su modo, es una de las glorias del Nuevo Mundo.[76]

Cuando uno estudia la historia de estos primeros asentamientos se sorprende —y se regocija— por su variedad y por la forma en que los acontecimientos, las contingencias y la empecinada individualidad llevaron a estos hombres y mujeres comunes y corrientes a adaptarse a partir de los fundamentos profundamente arraigados de los fundadores. Los calverts de Mary-

land intentaron crear en Norteamérica una sociedad perfectamente señorial, fundada en la posición social más que en la riqueza. Pero esa idea, pronto resultó evidente, estaba destinada a fracasar en Norteamérica. El hecho económico fundamental que caracterizaba el Nuevo Mundo era su gran abundancia de tierra: lo que faltaba era mano de obra y trabajo calificado. Para que hubiera inmigrantes había que ofrecer tierras, y, una vez que llegaban, el objetivo que perseguían era convertirse en empresarios independientes y no aceptaban someterse a otra autoridad que no fuera la de la ley. Así, las cortes señoriales pronto dejaron paso a un sistema de gobierno local y por sufragio. St. Mary, como Jamestown, no pasó nunca de ser un pueblo. Sus habitantes se dispersaron por el interior sin que nada ejerciera el más mínimo control sobre ellos salvo la ley, que solían respetar y, en general, observar. Pero, al mismo tiempo, debieron establecer sus propias normas.[77]

Lo cierto es que al historiador le resulta fascinante observar con qué rapidez las diferentes regiones de la costa norteamericana desarrollaron características propias y profundamente arraigadas. En Europa, donde las configuraciones nacionales se remontan a la Edad Media e incluso más atrás, es decir, a épocas de las que no hay testimonios, estas diferencias son insondables. En Norteamérica no hay ningún misterio al respecto. Los libros han estado abiertos desde el primer momento. Los orígenes de cada colonia están documentados. Sabemos quiénes las constituían, por qué, cuándo llegaron y cuántos eran. Podemos anticipar la forma en que se presentarán los sucesos históricos venideros. Con una notable rapidez, en las primeras décadas, la división fundamental de Norteamérica comenzó a tomar forma, una forma que encarnan estas dos colonias clave: Massachusetts y Carolina. En ellas aparece, ya, la división entre el Norte y el Sur. La Nueva Inglaterra norteña es una sociedad policlasista, fluctuante, cambiante, y con irresistible movilidad ascendente

impulsada por una ética del trabajo y el esfuerzo. Es religiosa, idealista y esencialmente frugal. En el Sur nos encontramos, en cambio, con una clase alta ociosa, con expectativas hereditarias, sostenida por el trabajo de blancos contratados y una multitud de esclavos negros, en la que la religión constituye una señal de nobleza y distinción más que una irresistible compulsión subjetiva a vivir una vida piadosa.

Ésto no significa que debamos considerar la Norteamérica emergente de aquellos tiempos coloniales como una simple estructura dual. Por el contrario, era una estructura compleja compuesta por muchas partes que iban modificándose y complicándose cada vez más. Era abrumadoramente inglesa y, sin embargo, también ya indestructiblemente multiétnica, y prefiguraba así el crisol de razas por venir. Era asimismo, comparada con la acotada Inglaterra, que en muchos sentidos se veía obligada a pensar en pequeño, un lugar que posibilitaba las grandes perspectivas y el pensamiento en gran escala. La grandiosidad caracterizó a Pensilvania desde sus comienzos. En 1682 William Penn (1644-1718) llegó a New Castle, Delaware, provisto de una concesión de tierras colosal que le fue otorgada por Carlos II. Era hijo de un almirante rico y políticamente muy influyente con quien Carlos II tenía una gran deuda, no sólo de orden económico. Penn ya se había interesado superficialmente en la colonización de la región de Jersey, pero su nueva cédula, que saldaba definitivamente la deuda de 16.000 libras que la corona había contraído con su padre, era principesca y, de hecho, establecía que "Pensilvania" era una colonia de propiedad privada. Penn, que se había convertido en cuáquero en 1666, fue encarcelado por defender sus creencias y estaba decidido a crear "un asentamiento tolerante" para los cuáqueros y otras sectas perseguidas de toda Europa. Lo llamó su "experimento sagrado". En la zona ya había europeos: suecos, desde 1643, en la isla Tinicum, a unos 15 kilómetros al sur de la actual Filadelfia, holan-

deses y también ingleses. Pero eran pocos: fue Penn quien llevó el mayor número. Su primera flota contaba con 23 barcos, muchos de ellos de gran tonelaje y pronto los siguieron otros.

En Pensilvania todo fue grandioso desde el primer momento. Los planes de Penn para la capital, Filadelfia, la ciudad del amor fraterno, preveían que sería lo que más tarde se denominaría una "ciudad jardín", y que él llamó "ciudad campestre verde"; se extendía a una escala enorme, hasta el punto de que cada propietario podría tener "espacio suficiente para construir su casa, su jardín y un pequeño huerto". En realidad, no fue esto lo que ocurrió: Filadelfia creció apretadamente en la zona ribereña del Delaware y desde el primer momento fue, abiertamente, una ciudad construida para los comerciantes de clase alta. Pero era completamente diferente de Boston, cuyas calles estrechas y serpenteantes evocaban a la Londres medieval. Filadelfia era un ejemplo orgulloso y todavía tímido de lo que es la moderna planificación urbana, construida en ladrillo y piedra desde sus comienzos, y notablemente influida por la nueva Londres barroca, con sus plazas y sus calles rectas. Fue planeada en gran escala para que, con el tiempo, pudiera abarcar por entero la costa del río, sobre una cuadrícula de veinticinco calles rectas cortadas por ocho intersecciones. Todas estas calles contaban con su correspondiente pavimentación, y sus aceras estaban convenientemente arboladas.[78]

En esta colonia, cuyo centro era Filadelfia, Penn instaló a multitudes de cuáqueros provenientes de Bristol y Londres, muchos de ellos de considerable fortuna, que compraron los mejores lotes de la ciudad, pero también a otros, provenientes de Barbados, Jamaica, Nueva York y Nueva Jersey, a algunos originarios de Gales —que formaron un área propia en la que se hablaba el galés y preservaron su cultura durante generaciones—, y aún a otros, provenientes de Renania, que fundaron una ciudad a la que llamaron Germanópolis. Penn quería una

colonia densamente poblada tanto por razones culturales como económicas: “Yo tenía en mente la sociedad, la asistencia, el comercio activo, la instrucción de la juventud, el gobierno del pueblo, la conveniencia de la unión de las religiones, el estímulo de la mecánica, como caminos ciertos y trillados”. En una carta que envió a Inglaterra escribió: “Nos organizamos en ayuntamientos o ciudades, cada una de las cuales abarca unas 2.000 hectáreas o, como mínimo, diez familias […] Nuestros ayuntamientos tienen la forma de una cuadrícula; por lo general la ciudad está en el centro, para que los vecinos estén cerca unos de otros”.[79] Pero sólo en muy pocos casos se pudieron llevar a cabo estos planes. En la práctica, todo se reducía a vender parcelas de tierra de 50 o más hectáreas. En la Norteamérica de los comienzos, la planificación —buena, mala o indiferente— tropezaba con el más obstinado individualismo y era derrotada una y otra vez por él. La noción tan corriente en Europa del campesino dócil y satisfecho de poder vivir en una aldea agrícola administrada por un hacendado era, o se estaba convirtiendo, en un anacronismo. En Inglaterra ya comenzaba a existir un nuevo modelo de ocupantes propietarios que producían para el mercado a quienes se conocía con el nombre de *yeomen* (pequeños terratenientes). Norteamérica era un paraíso para esa clase de hombres, que allí eran llamados simplemente agricultores. Y Pensilvania, con la riqueza de su suelo, resultaba particularmente apta para promover sus intereses y su difusión.[80] Estos agricultores avanzaron desde los valles fluviales hasta las tierras bajas al pie de los montes del interior y, después, a la primera cadena de ondulaciones de los Apalaches, la zona que se conocía con el nombre de Gran Valle. Este era “el mejor país para el hombre pobre”, el asentamiento agrícola ideal para que un agricultor que no tuviera más que un pequeño capital pudiera asegurar no sólo la subsistencia de su familia sino también obtener, gracias a un trabajo esforzado y escrupuloso, un excedente para

colocar en el mercado. Así fue como Pensilvania se dedicó a exportar sus grandes excedentes, no sólo de grano sino también de ganado y frutas, y pronto llegó a ser conocida como “la colonia adinerada”. Los inmigrantes llegaron en gran número —los cuáqueros dieron el ejemplo— y la mayoría logró un cierto bienestar. Vestían bien, comían espléndidamente y tenían dinero en el bolsillo.[81]

Enclavada en este próspero ambiente rural, era lógico que Filadelfia se convirtiese en muy poco tiempo en la capital cultural de Norteamérica. Y se puede afirmar, desde luego, que la Pensilvania cuáquera fue el estado clave de la historia norteamericana. Encarnó el último gran florecimiento del espíritu de innovación política de raíz puritana, que se desplegó en torno de la gran ciudad del amor fraternal. El puerto de Filadelfia, aquella puerta de entrada que permitía remontar el Delaware hasta Pittsburgh, desde allí acceder al valle del Ohio y al oeste y, a través de los valles, llegar al sur del país, la convirtió en el cruce de caminos obligado de la nación.

Con el tiempo, llegó a ser muchas otras cosas, que coexistieron armónicamente: el centro mundial de la influencia cuáquera pero también un bastión presbiteriano; el cuartel general de los baptistas norteamericanos pero también un lugar en el que los católicos se sintieron como en casa y prosperaron; un centro del anglicanismo pero también un sitio clave para los luteranos alemanes y para la Iglesia reformada alemana, además de muchos otros grupos alemanes, como los hermanos moravos y los menonitas. En su momento, acogió también a la Iglesia episcopal metodista africana, la primera denominación negra independiente.[82] Con todos estos antecedentes, no resulta sorprendente que Filadelfia haya sido el lugar en que primero apareció la prensa escrita, lo que presagiaría su papel como sede de la Sociedad Filosófica Norteamericana y cuna de la Declaración de Independencia.

El individualismo se afirmó, por lo tanto, incluso en la puritana Nueva Inglaterra. Y en cierto sentido así debía ser, porque Norteamérica era la sociedad del "hágalo usted mismo". A los potenciales colonos se les advertía que, una vez en el lugar, su supervivencia dependería de sus propias capacidades. Un folleto publicado en Londres en 1622 hablaba de "los inconvenientes que han sufrido algunas personas que se han trasladado de Inglaterra a Virginia sin llevar las provisiones necesarias para subsistir", e instaba a los colonos a que llevaran armas, enseres y una lista de dieciocho herramientas —se recomendaba llevar dos de cada una— como hachas, sierras y palas, y no olvidaba incluir una piedra de amolar.[83] Los primeros colonos levantaron sus cabañas y fabricaron sus propios muebles cuando fue necesario.

Pero no siempre fue necesario, ni siquiera en las primeras décadas. El hecho, por demás notable, es que Norteamérica atrajo poderosamente desde el comienzo a trabajadores cualificados. La razón era clara. Uno de los primeros patrocinadores del *Mayflower*, Robert Cushman, escribió que Inglaterra no era el lugar apropiado para que un hombre honesto formara una familia. Las ciudades, dijo, "están plagadas de jóvenes trabajadores, y los que son ya viejos llenan los hospitales. El país rebosa de nuevas haciendas y las cervecerías, de viejos labriegos. Son muchos los que se ganan la vida en la carga y descarga, pero son más los que se ven obligados a abonar la tierra con sus propios cuerpos. Son multitudes los que se ganan la vida mediante alguna chapucería y hay muchos más pidiendo limosna". Y se quejaba de que "hasta los hombres más sensatos, sobrios y discretos suelen caer en la bancarrota a pesar de todos sus esfuerzos".[84] Él y otros señalaron que, en Inglaterra, un hombre joven con alguna cualificación para el trabajo tenía un futuro económico miserable y no podía alcanzar posición social alguna, porque la posición social dependía inequívocamente de la tierra, el acceso a la

cual le estaba virtualmente vedado. En Norteamérica, en cambio, podía aspirar a ingresos más altos y las materias primas eran baratas. Y, además, era más que probable que lograra acceder a la propiedad de la tierra.

Así pues, en las colonias no había escasez de mano de obra cualificada. Los carpinteros y ebanistas gozaban de una situación particularmente ventajosa. No sólo había una gran abundancia de maderas de diversos tipos: también eran baratas y podían obtenerlas ya aserradas y de las medidas que necesitasen. Una de las primeras innovaciones que llegaron a Norteamérica fue la rápida difusión de los aserraderos alimentados por molinos de agua. En Inglaterra no había una verdadera tradición en materia de aserrado mecánico de la madera. En Norteamérica, por otra parte, se podía contar con una provisión considerable de madera en zonas cercanas a vías fluviales rápidas. De modo que se instalaron aserraderos en todas partes, pero sobre todo en Nueva Inglaterra, que además ahorraban mano de obra, el factor de producción más importante en la fabricación de muebles. Un pequeño aserradero alimentado por un molino de agua podía producir siete veces más que dos aserradores expertos. Se desperdiciaba materia prima, es cierto, ¿pero qué importaba? La madera abundaba; lo que escaseaba era la mano de obra. Los colonos estaban pasando de una economía de escasez a otra de abundancia, en la que los hombres adquirían valor en una magnitud desconocida en Europa.[85] Este hecho marcó con su impronta aquella naciente cultura.

Los muebles que se fabricaban en Norteamérica en el siglo XVII eran de excelente calidad y la cantidad de ellos que ha sobrevivido es sorprendente. Hubo artesanos vidrieros desde los primeros tiempos, porque el vidrio era difícil de transportar de manera segura y, en lo posible, era mejor fabricarlo *in situ*. Sabemos que en el primer viaje a Virginia, en 1608, había vidrieros profesionales. Y prosperaron porque las materias primas, so-

bre todo la madera, eran baratas y muy accesibles. La escasez de mano de obra cualificada atrajo tanto a ingleses como a gente de otros países: las dos primeras fábricas de vidrio que hubo en Norteamérica, ambas en Jamestown, pertenecían a venecianos y polacos.[86] Lo mismo ocurrió con la cerámica. En Inglaterra, los fabricantes se negaban a enviar vajilla y otros productos al otro lado del Atlántico con el argumento de que la ganancia que obtenían con ello era insignificante. Así fue como comenzaron a llegar ceramistas a Norteamérica. En 1635 se instaló en Charlestown, Massachusetts, un ceramista inglés de gran categoría, Philip Drinker; la demanda que tenían sus productos era incesante. El "fabricante de vajilla" holandés Dirck Clausen fabricaba sus cacharros en la isla de Manhattan hacia 1655. La cerámica típica de los pioneros norteamericanos era la llamada "roja", por el tipo de arcillas disponibles (no se logró fabricar porcelana en el país hasta el siglo XIX). Los diseños eran geométricos, abstractos y simples, muy semejantes a los de la protoalfarería clásica griega del siglo VIII a. C., y solían incluir alguna leyenda como "Plato de Mary", "Almejas y ostras" y "Pagos al contado". Pero no son muchas las piezas del siglo XVII que han sobrevivido hasta la actualidad.[87]

Existen testimonios acerca de docenas de otras categorías de artesanos que trabajaron en Norteamérica a mediados del siglo XVII. En la década de 1630, dos competentes zapateros, Henry Elwell y Philip Kirkland, ya se habían establecido en Lynn, Massachusetts, que más tarde se convertiría en un centro destacado de la manufactura de calzado. Se especializaban en zapatos de mujer.[88] Las iglesias reclamaron artículos de platería desde los primeros tiempos: hasta los puritanos los pedían. De hecho, a fines del siglo XVII, la platería que se producía en Boston era de primera calidad y casi equiparable a la mejor de Europa.[89] Uno de los rasgos interesantes del artesanado de Nueva Inglaterra es que sus miembros provenían de todos los estratos de la socie-

dad, algo que jamás habría sucedido en la Inglaterra de la época. El mejor platero y orfebre de Boston, Jeremiah Dummer, nacido en 1643, era hijo de un destacado terrateniente. Era miembro de la élite bostoniana e invertía en la industria naviera, pero no por eso dejaba de trabajar con ahínco en su banco haciendo los candelabros que le encargaban las iglesias y las familias pudientes de Boston.[90] Ese era el tipo de movilidad social que prefiguraba a las claras el futuro de Norteamérica.

En cambio, sería inútil tratar de encontrar una producción en el campo de las bellas artes en la Norteamérica del siglo XVII. Sólo se han conservado alrededor de treinta cuadros de este período, y todos ellos pintados por aficionados. Sabemos los nombres de los hombres a quienes se cataloga como pintores pero es imposible hacerlos coincidir convincentemente con los cuadros que se han conservado. Por otra parte, al parecer, quienes se dedicaron a la pintura por entonces, lo hicieron de manera muy esporádica.[91] Uno de dos holandeses instalados en Nueva York —Gerrit Duyckinck (1660-1712), por ejemplo— combinaba la pintura de retratos con otras actividades, como el glaseado de vidrios. Durante las primeras décadas prácticamente no hubo arquitectos. Eran los propietarios, incluso aquellos que poseían muchas hectáreas, quienes diseñaban personalmente su casa: la tradición del hombre acaudalado aficionado a la arquitectura comenzó tempranamente en Norteamérica. Así podemos mencionar la casa de ladrillo de Adam Thoroughgood, construida en Norfolk, Virginia, entre 1636 y 1640, mezcla de los estilos isabelino y jacobino, y que cuenta con una enorme chimenea de tipo medieval. Otra casa virginiana de los primeros tiempos, construida por Arthur Allen y conocida como el castillo Bacon, tenía torres, frente y fondo, varias chimeneas y frontones flamencos.[92] También los escritores eran aficionados, ya fuesen autores de libros de viajes, como John Smith o William Bradford, o poetas puritanos como el metafísico Edward Taylor, de

Westfield, Massachusetts (c. 1644-1729) o Michael Wigglesworth, cuyo poema teológico *Day of Doom* (El día del juicio final), publicado en Cambridge en 1622, popularizó el dogma puritano bajo la forma métrica de la balada.

Sin embargo, hubo un aspecto en el que la primera Norteamérica alcanzó el mismo nivel del mundo europeo e, incluso, puede decirse que se le adelantó. Tenía una cultura política profundamente arraigada y crecientemente experimental. En este sentido, la tradición inglesa resultó sumamente valiosa. Era una tradición fértil y antigua. En comparación, los colonos franceses e ingleses tenían un escaso dominio del arte de la política. El desarrollo de Francia y España como entidades geográficas con instituciones nacionales todavía era reciente en el siglo XVII, y ninguna de las dos tenía experiencia alguna en materia de sistemas de gobierno representativos y, en esa época, no contaban siquiera con sistemas legales unificados. En Inglaterra, en cambio, la unidad nacional existía desde el siglo IX, y estuvo acompañada por formas de representación que se remontaban a esa fecha y aún más atrás. Su sistema legal comenzó a madurar en el siglo XII; la primera Constitución del reino, la Carta Magna, se había sancionado en 1215; su Parlamento, compuesto por caballeros de los condados rurales y representantes de la burguesía urbana, había tenido una continuidad histórica desde el siglo XIV, y había funcionado como una institución que sancionaba leyes cuyas disposiciones alcanzaban a toda la población y además recaudaba los impuestos, que también eran obligatorios para todos. Detrás de los ingleses que llegaron como colonizadores a Virginia y Massachusetts, o a Carolina, Maryland y Pensilvania, había mil años de historia política.

Es preciso añadir que el período durante el cual esta tradición se implantó en Norteamérica fue también de gran significación. La América inglesa "despegó" como entidad económica

y social viable en las tres décadas que transcurrieron desde 1630 a 1660. Fue entonces cuando su población alcanzó una masa crítica de magnitud suficiente para producir un crecimiento autosostenible. Y fue durante estas tres décadas cuando tuvo lugar en Inglaterra una verdadera explosión del debate y la experimentación políticos en el curso de los cuales, tal vez por primera vez en la historia, se discutieron los conceptos fundamentales de la política participativa y democrática.[93] Se podría decir que la política moderna fue inventada en la Inglaterra de la década de 1640 y que de alguna manera los colonos ingleses participaron en este proceso, porque durante esta década el ir y venir entre Inglaterra y Norteamérica fue, políticamente, muy significativo. Si los ingleses se hubiesen establecido por primera vez en Norteamérica en la primera mitad del siglo XVI, durante el gobierno autocrático de los Tudor, o en la primera mitad del siglo XVIII, durante el largo período de tranquilidad que se vivió bajo la supremacía de los whigs, la historia habría sido diferente. Pero se establecieron durante la primera mitad del siglo XVII, cuando la disputa latente entre el Rey y el Parlamento alcanzo su punto más alto, estalló y terminó en una victoria, aunque restringida, de la institución parlamentaria. Los colonizadores ingleses que llegaron a Norteamérica llevaron consigo esta tradición política en el preciso momento en que había alcanzado su mayor nivel de actividad y más fructífera estaba resultando.

La tradición norteamericana en virtud de la cual un gran número de funcionarios era elegido en forma directa no tardó en echar raíces. Podía ocurrir que los hombres así elegidos fueran de condición muy humilde. Cuarenta años después de la fundación de Maryland los gobernantes se quejaban de que muchos de los hombres elegidos como jueces o comisarios ni siquiera sabían firmar.[94] Por otra parte, prácticamente todo el mundo votaba. En la Nueva Inglaterra calvinista ortodoxa el derecho de voto, al menos al principio, había sido privilegio de

los miembros de la Iglesia. En el resto de las colonias todos los hombres libres gozaban de tal derecho, sin ninguna otra limitación. En Maryland, por ejemplo, al menos desde la década de 1650, todos los hombres libres elegían mediante el voto a cuatro representantes por distrito, que desempeñaban sus funciones en la Cámara Baja. El derecho de votar estaba relacionado con la obligación de servir en la milicia, exigible a todos los varones mayores de dieciséis años: si uno combatía por la colonia, también votaba. En Carolina votaban automáticamente todos aquellos que poseyesen como mínimo una parcela de 20 hectáreas, aunque para ser representante se suponía que se debía ser dueño de no menos de 200. Los poseedores de 20 hectáreas eran hombres de clase baja a quienes en Europa jamás se les habría permitido participar en política: Thomas New, que llegó en 1682, los describió como "hombres de trabajo, sumidos en la pobreza y que ignoran por completo las reglas del buen gobierno, incluso de su propia casa. [...] Todo lo que hacen es limpiar de maleza una pequeña parcela y cultivarla para dar de comer a su familia".[95] Pero, de todos modos, votaban. Algunos miembros de la élite de Carolina, que al principio trataron de hacerse llamar *landgraves* (título honorífico de la antigua Germania) y *cassiques*, no veían esto con buenos ojos. En palabras de uno de ellos: "El hecho de que hombres necesitados puedan hacer leyes que rijan a los hombres que tienen propiedades es tan malo como estar en guerra".[96] Pero, incluso en Carolina, se trataba de una realidad de la vida colonial, que se explicaba en parte por el hecho de que en su mayoría los propietarios no residían en sus tierras. Como escribió en la década de 1670 un librepensador de Carolina: "Debido a nuestro sistema [de gobierno] nadie tiene el poder suficiente, ni siquiera los propietarios aunque residieran en sus tierras, para lastimar al hombre más miserable del país".[97]

El lector podrá preguntarse: ¿cómo hicieron los primeros colonos para conciliar el hecho de que aceptaban que hasta los más desposeídos tuvieran derechos —entre ellos el de votar— con la institución de la esclavitud? Quien lo expresó con más fuerza fue el doctor Johnson en la época de la Revolución norteamericana, y sus palabras han seguido resonando a lo largo de la historia: "¿Cómo es posible que quienes más ALZAN LA VOZ exigiendo LIBERTAD sean los mismos que esclavizan a los negros?". La respuesta es que Norteamérica fue llevada a la corrupción que significa la aceptación de la esclavitud en gran escala en una forma gradual. Esa corrupción comenzó en Carolina, pero su punto de origen fue Barbados. En las islas de las Indias Occidentales ocupadas por españoles, portugueses y franceses, que observaban las enseñanzas del catolicismo, los esclavos eran tratados como verdaderos o potenciales cristianos, se consideraba que tenían alma y derechos, aunque no el de propiedad. En las islas ocupadas por protestantes ingleses y holandeses, que extraían su doctrina acerca de la esclavitud del Antiguo Testamento, se consideraba a los esclavos como un bien mueble, con todas las consecuencias legales que de ello se desprendían, y no se les reconocían más derechos que los que tenían las vacas o las ovejas. Los colonos de Carolina que provenían de Barbados, que fueron los que llevaron la batuta en esta cuestión, nunca se preocuparon por evangelizar a sus esclavos, e incluso impidieron que otros lo hicieran. De todos modos, la evangelización no cambiaba el estado de las cosas. Las primeras leyes habían establecido que el bautismo no modificaba la situación de una persona en lo concerniente a su libertad o su condición de esclavo. Esas leyes empezaron a aplicarse también en el Norte. En 1692, el estatuto que regía en Maryland insistía en que el bautismo no modificaba de ninguna manera la condición servil de un negro.

Carolina fue el primer estado abiertamente esclavista. Importó esclavos negros desde los primeros tiempos, incluso antes de que el arroz se convirtiera en su principal cultivo. Un folleto de propaganda sobre Carolina, de 1682, afirmaba categóricamente: "…sin [esclavos negros] no es mucho lo que un colono puede hacer". Ese mismo año, un colono dijo a un amigo: "Los negros son preferibles a los siervos blancos".[98] La razón era que el coste anual de inversión de capital por un siervo blanco contratado ascendía a entre 2 y 4 libras. Un esclavo costaba entre 18 y 30 libras, que se desembolsaban de una sola vez y existía la probabilidad cierta de que tuviera descendencia. Era por esta razón que se consideraban particularmente valiosas las esclavas jóvenes y sanas. En Maryland la esclavitud creció a un ritmo muy lento. Hasta finales de la década de 1680, las plantaciones tendían a emplear trabajadores contratados. Hay testamentos de los años 1658 a 1670 que muestran que sólo 15 de las 150 fincas tenían esclavos. Pero el tratamiento que se dispensaba a los esclavos y su situación legal, sobre todo si se trataba de negros, comenzó a empeorar a medida que transcurría el siglo. Un estatuto de 1663 reconocía como perpetua la servidumbre de los negros y mencionaba a "los negros y otros esclavos a quienes el paso del tiempo no autoriza a emanciparse". Un negro debía demostrar que estaba contratado por un tiempo limitado presentando un documento que ratificara su declaración; de lo contrario, las autoridades daban por supuesto que él, así como sus hijos, eran bienes muebles del propietario de la finca en la que trabajaban.[99]

Gran parte de la legislación de estos años fortaleció el poder de los plantadores en detrimento de los derechos de los esclavos. En Carolina, la esclavitud fue una fuente temprana de corrupción en el ámbito de la política. Se escuchaba a los propietarios de esclavos alardear de que "con la ayuda de una ponchera podían inclinar a su favor a quien ellos quisieran en el Parla-

mento y, después, a quien ellos quisieran en el Gran Consejo”.[100] En Carolina, los que habían llegado de Barbados esclavizaron también a un buen número de indios. Esto era algo que infringía abiertamente la ley. La política del gobierno de Carlos II era “cultivar la amistad de los indios, ayudarlos y convertirlos en seres útiles, sin recurrir a la violencia ni el maltrato”. Había dispuesto, en 1672, que estaba prohibido esclavizar a los indios “en las circunstancias que fuere, ni bajo pretexto alguno”.[101] Pero los plantadores provenientes de Barbados inducían a determinadas tribus indígenas —no les resultaba muy difícil persuadirlas— a guerrear con otras tribus, a fin de que les entregaran luego a los prisioneros como esclavos. Uno de los primeros antiesclavistas de Charleston, John Stewart, escribió a Inglaterra cartas cargadas de ira en las que protestaba por la conducta de estos colonos, “los hombres de Goose Creek” como los llamaba él, porque aquella era la zona en la que se concentraban. Stewart escribió que uno de sus jefes, Maurice Matthews, un hombre importante porque era el agrimensor oficial además de plantador y esclavista, era “el infierno mismo, por su malicia, y jesuita por sus convicciones políticas”. Con el tiempo, Stewart consiguió que fuera destituido por esclavista. Su predecesor, Florence O’Sullivan, era tan malo como él, “un hombre pendenciero y un perverso abusador de niños”, según las quejas de otros colonos.[102]

De todos modos, en Norteamérica la esclavitud se practicaba en pequeña escala y la única excepción era Carolina. La esclavitud en gran escala fue un fenómeno del siglo XVIII. Incluso en 1714 había menos de 60.000 esclavos en las colonias inglesas de la Norteamérica continental. A partir de esa fecha el número creció a un ritmo constante: 78.000 en 1727, 263.000 en 1754, y 697.000 según el primer censo, realizado en 1790. De modo que en tiempos del doctor Johnson la existencia de enormes multitudes de esclavos negros era, en Norteamérica, un he-

cho reciente que crecía ininterrumpidamente, razón por la cual él se mostraba tan indignado. En los primeros tiempos de la colonización, en cambio, en la mayoría de las colonias la esclavitud era muy marginal; casi no había negros y el trabajo servil era realizado por blancos contratados compulsivamente que, una vez expirado su compromiso se convertían de inmediato en hombres libres, adquirían tierras y ejercían su derecho al voto. Así que los dirigentes de las colonias, al crear sus asambleas, no se veían enfrentados a la paradoja de la existencia de blancos libres y negros totalmente privados de derechos. Eso ocurrió más adelante, cuando ya era demasiado tarde y la esclavitud estaba profundamente arraigada.

La temprana falta de interés del Gobierno inglés en las colonias del continente norteamericano condujo, por lo tanto, a un rápido crecimiento de las asambleas legislativas, que contaban con amplios poderes, y, bastante más adelante, a un crecimiento no controlado de la esclavitud. Cuando por primera vez la metrópoli comenzó a interesarse seriamente, durante el reinado de Carlos II, su principal preocupación fue la regulación del comercio. Una ley de 1660 "enumeraba" los bienes de las colonias continentales de Norteamérica que debían ser enviados directamente a Inglaterra. La lista incluía el tabaco, el algodón, la lana, el añil y, más adelante, se le agregaron la brea, el alquitrán, la trementina, el cáñamo, las bellotas, el arroz, el cobre, el hierro, la madera, las pieles y las perlas. Es decir, los principales productos meridionales, en especial el tabaco, el arroz y el añil. Más al norte, los productos de exportación importantes eran el pescado —durante mucho tiempo el bien principal de Nueva Inglaterra—, los cereales y otros alimentos cuya entrada en Inglaterra se impidió fijándoles aranceles elevados. Por eso el Norte, sobre todo Nueva Inglaterra, se dedicó a exportar a las Indias Occidentales y al sur de Europa pescado, encurtidos y carne vacuna y de cerdo en conserva, caballos y ganado, además de ma-

teriales de construcción. Nueva York y Filadelfia enviaban harina y trigo. Como durante las últimas décadas del siglo XVII las Indias Occidentales concentraron su producción principalmente en el azúcar y el tabaco, decidieron importar alimentos y madera barata de las colonias del continente. A cambio, éstas recibían melaza que empleaban para producir el ron del que proveían a la flota pesquera y para comprar esclavos. Si tenían suerte, recibían también oro y plata.[103]

El dinero contante y sonante era bien recibido, porque en el marco de este sistema mercantilista la balanza comercial era favorable a Inglaterra y en Norteamérica había una escasez crónica de metálico. Cualquier moneda que llegara de las Indias Occidentales "raramente era retenida más de seis meses en la provincia sin ser remitida a Europa". Las transacciones se cuantificaban en libras, chelines y peniques, pero las monedas inglesas brillaban por su ausencia. Para el comercio interior en gran escala se empleaban giros y letras de cambio, y para el comercio local, el trueque. Durante décadas, los estudiantes de la Universidad de Harvard pagaban sus estudios con productos de la tierra, ganado y carne en conserva. Según los registros, en 1649 un estudiante pagó su matrícula con "una vaca vieja". La contabilidad relativa a la construcción del primer edificio de la universidad incluye un ítem: "Se ha recibido un macho cabrío valorado en 30 chelines de la plantación de Watertown, que murió".[104] Se recurría a todo tipo de artimañas para compensar la falta de metálico. Así, en Virginia y Maryland, los recibos que entregaban los depósitos de tabaco por la mercancía ingresada circulaban como papel moneda. Entonces los gobiernos coloniales comenzaron a crear letras de crédito, lo que resultó una pendiente verdaderamente resbaladiza. En 1690 Massachusetts puso en circulación letras de crédito como forma de pago a los soldados. El procedimiento fue imitado con entusiasmo y ese tipo de papel moneda, que se aceptaba previo descuento como

equivalente del metálico y al que se ponía una fecha de pago, pronto se difundió. Pero a ello le siguieron emisiones por importes mayores y con un respaldo más débil, que lo desacreditaron. Así pues, el papel moneda norteamericano tendió a envilecerse desde su misma aparición, y la falta de confianza en él —cuya secuela fue la falta de confianza en los bancos que lo ponían en circulación— echó raíces en el espíritu de los norteamericanos desde un primer momento y habría de tener consecuencias a muy largo plazo. Los primitivos "bancos de préstamos", que concedían créditos tomando como garantía los bienes raíces, hicieron que el sistema financiero se volviera más sospechoso aún. El Parlamento inglés, en lugar de resolver el problema posibilitando que Norteamérica contara con suficiente metálico, definió las consecuencias de esta escasez como un abuso. En 1751 prohibió la emisión de futuras letras de crédito como moneda de curso legal en Nueva Inglaterra y el 1764 extendió la prohibición a todas las colonias. Esto no sólo no dio resultado sino que enfureció a los norteamericanos, pues para entonces se calculaba que ya había en circulación alrededor de 22 millones de dólares en papel moneda ilegal. La cuestión resultó un ejemplo de la manera en que los Gobiernos de ambos lados del Atlántico no debían actuar.[105]

La irritación con Inglaterra cada vez que su Gobierno imponía algún acto de autoridad fue una característica temprana de la sociedad norteamericana. Es curioso el hecho de que la primera obra impresa que se publicó en Norteamérica, en Cambridge, Massachusetts, producida en enero de 1639 por Stephen Daye —que había llegado sólo un año antes— fuese *The Oath of a Free-Man* (El juramento de un hombre libre), que atacaba el juramento de lealtad que todos los colonos debían prestar a la corona inglesa. Había impuestos que los colonos debían pagar por distintos tipos de mercancías y aunque la recaudación no era, por cierto, muy exitosa, parte de ella iba a parar a la corona

inglesa. Pero en cuanto a la contrapartida que correspondía a dichos impuestos, a los colonos no les resultaba demasiado visible, fuera de una imaginaria protección. Lo cierto era que el Gobierno de la metrópoli no hacía nada para defender las plantaciones o las tierras de cultivo más distantes de las ocasionales incursiones de los indios y, en ese sentido, los colonos debían bastarse a sí mismos. En general, las relaciones entre los colonos ingleses y los indios eran buenas y, sorprendentemente, los conflictos, pocos. Cuando se desencadenaba alguno, los responsables solían ser los colonos. Pero no siempre sucedía así. Los indios eran capaces de experimentar cambios de humor impredecibles y, según quién los dirigiera, de desplegar una franca belicosidad. Un elemento que complicaba las relaciones entre los colonos y los indios eran las disputas entre las tribus indígenas, que solían mantenerse en un estado de guerra continuo.

Éste fue el origen de la guerra pequot, en la década de 1630. Comenzó con una rencilla entre los pequots y los mohicanos en la zona del río Connecticut: se disputaban la valiosa línea de la costa, cuyas conchas y cuentas de color púrpura los indios recogían a fin de utilizarlas como moneda en el *wampum*, su particular forma de intercambio. Ni los ingleses, ni los holandeses —que se habían establecido más cerca— acudieron en ayuda de los mohicanos, y éstos fueron derrotados. Los pequots, que "se volvieron arrogantes", atacaron a un capitán de barco, John Stone, y a sus siete compañeros, que navegaban río arriba dedicados al comercio, y los asesinaron. Dos años más tarde hubo otro asesinato en la isla Block: esta vez la víctima fue un comerciante de Nueva Inglaterra, John Oldham. A fin de responder a esta acción, el gobernador de Massachusetts, John Endecott, envió a la zona tres barcos armados que destruyeron las dos aldeas indias que se creía que habían sido las responsables de estos crímenes. En mayo de 1637 los pequots respondieron atacando Wethersfield, Connecticut: mataron a nueve personas y

secuestraron a otras dos. Esto a su vez provocó una operación combinada de todas las fuerzas de las milicias de Massachusetts y Connecticut, acompañadas por varios cientos de indios narragansett y niantic, que rodearon la principal fortificación de los pequot el 5 de junio de 1637 y mataron a 500 indios, hombres, mujeres y niños, que se encontraban allí. Se prendió fuego a la aldea y la mayoría de los que intentaron escapar cayeron bajo las balas o fueron muertos a golpes.[106] Esta sangrienta guerra contra los pequots, que al parecer puso fin a las incursiones de los indios en Nueva Inglaterra por espacio de una generación, fue llevada adelante sin ningún tipo de ayuda de Inglaterra.

Más al sur, en el valle del Hudson y en Virginia, las guerras entre los indios y con los colonos, motivadas por las pieles y el comercio, continuaron esporádicamente. En junio de 1644, 350 colonos fueron asesinados al sur del río James por los guerreros de un cacique llamado Opechancanought. A consecuencia de la matanza el gobernador de Virginia, William Berkeley y el gobernador interino Richard Kemp, ordenaron represalias en gran escala. Una vez más, en este caso sólo actuó la milicia local. Ese mismo año hubo un estallido importante en el territorio ocupado por los holandeses, cerca del río Hudson. En las cercanías de Nueva Amsterdam, 120 algonquinos que huían de sus enemigos mohawk fueron muertos por los holandeses en represalia por los anteriores asesinatos. Entonces, varias tribus algonquinas se unieron a fin de llevar a cabo una incursión contra los asentamientos holandeses, pero fueron derrotadas en un enfrentamiento en el que 150 holandeses fuertemente armados mataron a 700 guerreros indios en las proximidades de Stamford, Connecticut, en febrero de 1644.

En Virginia los colonos que intentaban conquistar territorios tierra adentro se quejaban constantemente de que las autoridades no les brindaban protección alguna contra los indios hostiles. El problema con Virginia, como con otras colonias, es que a

pesar de que su latitud, es decir su extensión a lo largo de la costa, estaba determinada con bastante precisión por las cédulas originales, su extensión hacia el interior del continente no había sido definida. En un primer momento hubo un conflicto de intereses entre los propietarios de las grandes plantaciones de Tidewater, que dominaban la asamblea y gobernaban, y los propietarios más pequeños, que se instalaban en las estribaciones de los Apalaches e incluso más allá. De hecho, casi desde el primer momento de la colonización comenzaron a surgir dos sociedades muy diferentes. Sobre la costa, una civilización "sureña", dominada por los propietarios de esclavos, dedicada al cultivo del tabaco, educada, elitista y ociosa, y otra, mucho más vinculada a la agricultura en tierras ásperas y desapacibles, en el interior: una escisión que con el tiempo se expresaría en el plano constitucional, cuando Virginia Occidental se separó del resto de la nación durante la guerra civil y formó un estado independiente.

A principios de 1676, los pequeños granjeros establecidos río James arriba ya estaban convencidos de que los planes de sir William Berkeley, el gobernador designado por la corona, eran inadecuados, como consecuencia del hecho de que la representación que ellos tenían en la Cámara de Representantes, dominada por la aristocracia de Tidewater, era escasa en relación con su número. Así, consiguieron que un plantador rico, Nathaniel Bacon, defendiera sus intereses, tanto en las acciones contra los indios como en sus protestas contra el gobernador. Berkeley acusó a Bacon de traidor y el 6 de junio, cuando éste llegó a Jamestown con 500 hombres, lo hizo arrestar. Después, en la certeza de que había reafirmado su autoridad, lo dejó en libertad, y la situación desembocó en un áspero enfrentamiento, en el curso del cual Bacon pidió que se constituyera una comisión investigadora a fin de determinar por qué el Gobierno había fracasado en la tarea de mantener a raya a los indios, y exigió una au-

torización para organizar un ejército. El gobernador huyó a la costa este y Bacon hizo de las suyas durante tres meses en la capital, alistando voluntarios y saqueando las propiedades de los poderosos de Tidewater. Denunció a Berkeley y a su "pandilla", a quienes llamó "esponjas" que "mamaban del Tesoro Público". Pero el 26 de octubre de 1676 sucumbió repentinamente a "un fuerte ataque" de "flujo sanguíneo". Privada de su liderazgo, la rebelión fracasó. En noviembre, cuando un destacamento de casacas rojas que había sido movilizado por el Gobierno tres meses antes llegó por fin de Inglaterra, sólo ocho esclavos y veinte "siervos" continuaban desafiando a las autoridades, de modo que lo que había comenzado como una peligrosa rebelión de hombres blancos se convirtió en un levantamiento de poca importancia que no tardó en ser reprimido.[107]

La rebelión de Bacon demostró hasta qué punto era frágil la autoridad en Norteamérica en aquellos primeros tiempos. El mismo año hubo otra prueba de esa fragilidad en Nueva Inglaterra. Los puritanos no habían dedicado demasiados esfuerzos en tratar de convertir a los indios al cristianismo. Pero uno de ellos, John Eliot (1604-1690), se había empeñado en esa tarea desde 1646 en adelante, predicando tenazmente entre las tribus, e incluso había traducido la Biblia a la lengua algonquina. Se dio en llamar "indios de oración" a aquellos a quienes él había convertido, y como solían quedar marginados de sus tribus él los albergaba en las que llegaron a conocerse como "ciudades de oración". Uno de ellos, Sassamon, cursó estudios en Harvard, pero al parecer después cambió de bando y se convirtió en seguidor del "rey Felipe", también conocido como Metacom, un cacique y *sacham* (hombre santo). Sassamon fue asesinado a principios de 1676, y puesto que había vuelto a convertirse al cristianismo antes de que esto sucediera, tres hombres de la tribu wampanoag, que eran paganos, fueron considerados culpables del crimen y ejecutados por las autoridades de Plymouth.

Esa fue la causa visible de la guerra del rey Felipe, un conflicto entre el cristianismo y las culturas religiosas indias, pero es probable que la verdadera razón haya sido la creciente presión que ejercía sobre la tierra ocupada por los indios la vertiginosa expansión de la colonia de Massachusetts.

Durante el verano y el otoño de 1679, Felipe y sus hombres destruyeron propiedades y ciudades de los blancos en una zona muy amplia, y en una de sus incursiones llegaron a estar a menos de 30 kilómetros de Boston. Si Felipe hubiera podido organizar una gran coalición con el resto de las tribus, es muy posible que hubiera aniquilado toda la colonia. Sin embargo, su incapacidad para unirse en la lucha contra sus enemigos blancos fue siempre la debilidad fatal de los indios. El gobernador de Massachusetts, otro Winthrop, organizó la milicia; a los destacamentos, de entre 10 y 130 hombres, y en algunos casos más, se los enviaba a conjurar el peligro cada vez que llegaban noticias de que los indios se disponían a atacar. La contienda continuó durante el invierno de 1676-1677, y se prolongó a lo largo de toda la primavera, hasta que en agosto Felipe fue acorralado y muerto. A partir de entonces, bastó con aislar a pequeños grupos de indios, o perseguirlos cuando se alejaban hacia las zonas más remotas y silvestres; no obstante, en Nueva Hampshire y Maine, los combates continuaron hasta 1678. Hubo muchas bajas en ambos bandos. De una u otra manera, todas las familias blancas de Nueva Inglaterra se vieron involucradas. Es probable que en Norteamérica no haya habido ninguna otra guerra con tantos muertos y heridos si consideramos la proporción que éstos constituían de la población total de entonces. Huelga decir que Inglaterra no proporcionó la más mínima ayuda. De no haber sido por la milicia local, que en ultima instancia demostró ser una formidable maquinaria bélica muy superior a su contraparte británica, no habría sido posible mantener a raya a los indios.[108] Se combatió con mucho encarnizamiento. Cuan-

do por fin la milicia mató a Felipe, se procedió a cortarle la cabeza, que fue enviada a Boston para ser exhibida públicamente, y las manos, que fueron enviadas a Plymouth. El conflicto dejó profundas cicatrices en los supervivientes y tuvo un hondo efecto en el clero puritano, que pensó que aquella situación cercana al desastre era un signo de la ira de Dios hacia Nueva Inglaterra. [109] Aquel había sido, según dijeron ellos, "un juicio terrible".

Los estragos de la guerra del rey Felipe, la destrucción de familias que acarreó y el sentimiento generalizado de que las personas piadosas de Nueva Inglaterra habían caído de alguna manera en la corrupción y estaban siendo castigadas por ello, fueron el marco histórico que permitió la aparición de la histeria que desembocó en la caza de brujas ocurrida en Salem en 1692. El marco más inmediato, en cambio, fue la prolongada crisis que afectó la continuidad del gobierno de la colonia. Desde 1660 en adelante, en Inglaterra las autoridades habían comenzado a interesarse cada vez más por Norteamérica, y a preocuparse por recuperar parte del poder que indolentemente había ido cediendo a los colonos durante aquellas primeras décadas. Esta tendencia se intensificó aún más en la década de 1680. En 1684 la corona revocó la cédula originalmente concedida a Massachusetts, que otorgaba a ésta el derecho de gobernarse a sí misma, y en 1686 nombró gobernador a sir Edmund Andros (1637-1714). Andros era un funcionario público formidable que en 1674 había sido enviado por Jacobo, duque de York, a administrar su colonia particular de Nueva York, arrebatada a los holandeses. Él fue quien convirtió el lugar en el foco estratégico del Imperio británico en Norteamérica mediante una política en la que se destacaron medidas como la ampliación de la capacidad de fondeado del puerto, la construcción de almacenes, la creación de una bolsa de comercio, la sanción de regula-

ciones para proteger el comercio y la construcción de fortificaciones. Se ha dicho de él que “cuando llegó, Nueva York era una aldea; cuando se marchó era ya una ciudad”.[110]

Todo aquello era muy loable, pero Massachusetts quería administrarse por sí misma, y Andros, que llegó como “gobernador de nuestro dominio de Nueva Inglaterra” coincidiendo con la coronación del duque de York, abiertamente católico, como Jacobo II de Inglaterra, no fue bien recibido en Boston. Estaba claro que el rey Jacobo quería unir a todas las colonias del norte para crear una gran supercolonia bajo el nombre de Nueva Inglaterra, y que Andros era su instrumento. Cuando un grupo de nobles whigs invitó a Guillermo de Orange a Inglaterra con la intención de que se convirtiera en su Rey protestante y Jacobo huyó, la élite de Nueva Inglaterra aprovechó la oportunidad para llevar a cabo su propia “gloriosa revolución”: puso a Andros tras las rejas y las colonias recuperaron su autonomía. El presidente de Harvard, Increase Mather (1639-1723), fue enviado a Londres a negociar una nueva cédula de colonización. Mientras él estaba cumpliendo esta misión se desencadenó la histeria que desembocó en la caza de brujas. Es importante tener presente que lo que, a poco que se recapacite, fue una ruptura del imperio de la ley, ocurrió cuando la estructura política de Nueva Inglaterra se encontraba en un estado de paralización e incertidumbre.

El asunto de la brujería, o la sospecha en torno a su existencia, no era nada nuevo en Nueva Inglaterra. A los inconformistas religiosos, los cuáqueros por ejemplo, se los desnudaba cada tanto para comprobar si tenían marcas diabólicas en el cuerpo. El temor a los brujos y las brujas estaba vinculado al temor al diablo, su amo, y éste estaba presente en toda la teología moral del siglo XVII. En Massachusetts, no se acostumbraba a condenar y colgar a brujos y brujas, pero de vez en cuando se hacía. Tenemos conocimiento de diez casos de personas embrujadas que

fueron colgadas en Connecticut por "tener tratos con el diablo". Rhode Island fue la única colonia que tuvo una conducta irreprochable en esta materia. Tampoco eran los calvinistas los únicos que creían fervientemente en la realidad de la brujería. Hubo persecuciones en la anglicana Virginia. Y también se dio un caso en la católica Maryland, en la que una "viejecilla" de quien se sospechaba que era bruja fue arrojada al mar para apaciguar una tormenta inexplicablemente violenta.[111] Lo que convirtió Salem en un caso único fue la escalada de las acusaciones, y su vertiginosidad, la farsa siniestra de los juicios y la severidad de los castigos.

Cuando se desencadenó, la caza de brujas despertó un enorme interés, no sólo en Salem sino en toda la comarca circundante, incluso en Boston. Uno de los que participó en ella fue el hijo de Increase Mather, el ministro erudito Cotton Mather (1663-1728), un joven pero ya destacado miembro de la élite bostoniana. Las autoridades, en su carácter de tales, también intervinieron. A mediados de mayo, el gobernador interino, William Philips, llegó a Salem e, impresionado por lo que oyó —tal vez horrorizado sea una palabra más adecuada— creó un tribunal especial, presidido por William Stoughton, al que encomendó la tarea de investigar a fondo la cuestión. Esto, por supuesto, fue un grave error. La ley en vigencia podía o no resultar apropiada para juzgar un caso de brujería, pero un tribunal especial estaba obligado a encontrar culpables para justificar su existencia. Y eso fue lo que hizo. Las sesiones del juicio fueron aberrantes. Los acusados, hombres y mujeres, que confesaron haber recurrido a prácticas de brujería, fueron absueltos y liberados: el tribunal los recompensó, por así decir, por "haber probado" que el diablo había estado realmente haciendo de las suyas en Salem. Los que se mostraron más firmes y se negaron obstinadamente a confesar crímenes que no habían cometido, fueron declarados culpables. La histeria envenenó el largo ve-

rano de Nueva Inglaterra. A comienzos del otoño, catorce mujeres y cinco hombres, la mayoría de ellos personas respetables y de conducta irreprochable, habían sido colgados. A un hombre que se negó a declarar se le dio muerte aplastándolo bajo el peso de unas enormes piedras, la antigua *peine forte et dure* inglesa por haber despreciado al tribunal; fue la única vez en la historia de Norteamérica en que se aplicó este método de ejecución. Más de ciento cincuenta personas esperaban para ser juzgadas en las abarrotadas cárceles, y algunas murieron antes de que ello ocurriera. La reacción llegó durante octubre, cuando comenzaron a "sonar" los nombres de personas destacadas, entre ellas la esposa del gobernador. Sólo entonces las autoridades recuperaron la sensatez. El tribunal especial fue disuelto; los que estaban presos, liberados.

Los juicios de Salem pueden ser considerados como un retroceso atávico a una era de credulidad primitiva. En cierto sentido lo fueron. Pero fueron algo más complejo. La creencia en las brujas y el espíritu moderno y escéptico no eran nociones diametralmente opuestas. Cotton Mather, que en octubre, en el momento culminante de la histeria, publicó una obra, *Wonders of the Invisible World* (Maravillas del mundo invisible), en la que "probaba" la existencia de la brujería y su estrecha vinculación con el diablo, no era un partidario del oscurantismo que se oponía a la ciencia. Todo lo contrario. Descendía de los Cotton y los Mather, dos de las familias intelectuales más eminentes desde los primeros tiempos de la colonia. A finales del siglo XVII, la nueva ciencia empírica y los sistemas de creencias más antiguos se superponían. Isaac Newton, el más grande entre los hombres de ciencia de la época, era un ejemplo de esta coexistencia de los opuestos. Se sentía atraído por los más diversos fenómenos paranormales y su biblioteca estaba plagada de libros de astronomía. Cotton Mather era un erudito y un perspicaz hombre de ciencia. No sólo había sido distinguido con un doc-

torado honorario en teología por la Universidad de Glasgow, sino que había sido elegido miembro de la Royal Society, entonces la institución científica más avanzada del mundo. Él fue quien divulgó el sistema astrofísico copernicano en las colonias.[112] Consideraba que el estudio empírico de la naturaleza era una forma de adorar a Dios, idea que defendieron los trascendentalistas de Nueva Inglaterra en el siglo XIX. Para él, sus variados intereses científicos no se oponían de ninguna manera a sus creencias religiosas: más bien eran una extensión de éstas. Y afirmaba que la existencia de la brujería era una prueba colateral de la vida por venir: "Puesto que hay brujos y diablos —escribió— también podemos concluir que hay almas inmortales".

De hecho, fueron precisamente sus intereses científicos los que convirtieron a Cotton Mather en un entusiasta cazador de brujas. Él creía que los juicios, si eran llevados a cabo con la suficiente energía, pondrían al descubierto los mecanismos mediante los cuales obraba la brujería y las maniobras del diablo y, en consecuencia, que el beneficio que aportarían a la humanidad sería incalculable. Pero en este punto no coincidía con su padre, otro caballero que también era hombre de ciencia y erudito. Increasing Mather afirmaba que lo más probable era que la propia caza de brujas fuese obra del diablo, y que era característica de la manera en que el "Gran Impostor" hacía incurrir a los necios en la maldad. Su regreso de Inglaterra, en el otoño de 1692, fue uno de los factores que contribuyeron a que cesara la caza de brujas. Al llegar la primavera publicó un libro, *Cases of Conscience Concerning Evil Spirits* (Casos de conciencia relativos a los malos espíritus), que alertó sobre los riesgos de los delirios públicos y sugirió que lo que realmente era obra del diablo era colgar a una anciana inocente. Increase Mather logró persuadir a los miembros del Tribunal General de Massachusetts de que aprobaran una moción en la que afirmaban que el proceder de los jueces había sido deplorable. Los miembros del jurado fir-

maron una declaración de arrepentimiento y se indemnizó a las familias de las víctimas que habían sido colgadas. Algunos de los que habían prestado falso testimonio más tarde confesaron haberlo hecho, aunque en un caso sólo después de pasados muchos años. Estos hechos, y el libro de Increase Mather, fueron suficientes para poner fin a los juicios por brujería en Norteamérica.

Así pues, es posible considerar los juicios de Salem como un ejemplo de la propensión del pueblo norteamericano a involucrarse en episodios espasmódicos de furia moralista contra los enemigos, verdaderos o imaginarios, de su sociedad y su estilo de vida. De ahí los paralelos que se trazaron después entre los hechos ocurridos en Salem en 1692 y el "peligro rojo" de 1919-1920, la caza de comunistas que emprendió el senador McCarthy a comienzos de la década de 1950, la histeria motivada por el caso Watergate en 1973-1974 y el Irangate de la década de 1980. Lo que impresiona al historiador, sin embargo, no es simplemente la intensidad del delirio colectivo que sobrevino en el verano de 1692, nada inusual para la época, sino el hecho de que para el otoño ya se hubiera vuelto a la normalidad, y constatar la angustia que la sociedad y el Gobierno experimentaron, y que los hizo confesar su error, repararlo y empeñarse en la búsqueda de la verdad. Eso, por cierto, no es común en ninguna época. A finales del siglo XVII aquello fue tal vez más notable que la propia histeria que se desencadenó y un buen augurio para el futuro de Norteamérica como comunidad humana comprometida con la búsqueda de la verdad. Sin duda, el imperio de la ley había sido atacado, pero también había sido restaurado y las penas a los responsables aplicadas de inmediato.

La verdadera lección de este episodio, podría concluir un historiador contemporáneo, no es la fuerza de la irracionalidad sino el uso equivocado de la ciencia.

Mucho antes de su muerte, Cotton Mather reconoció que el tiempo había actuado en su contra y que la religión que los puritanos habían llevado a Norteamérica estaba cambiando hasta un punto en que era difícil reconocerla. En 1702 publicó su obra más importante, *Magnalia Christi Americana* que, a pesar de su verbosidad, puede ser considerada con razón como la primera gran obra literaria producida en Norteamérica. Es una fuente insustituible porque retrata vívidamente a los gobernadores de Nueva Inglaterra y sus ministros religiosos más destacados, presenta una historia de Harvard y de las diversas Iglesias y valiosos detalles acerca de las primeras guerras contra los indios. Pero, en esencia, es un relato épico del experimento religioso que se llevó a cabo en Nueva Inglaterra: el intento de instaurar el Reino de Dios en el Nuevo Mundo y un análisis para indagar lo que salió mal. Cotton Mather proclama en sus páginas: “Escribo acerca de las maravillas de la religión cristiana, y de cómo ésta huyó de la depravación que la consumía en Europa para llegar a la América del Norte”, y su tono es a menudo admirativo, pero también quejumbroso y elegíaco. Y señala con dedo acusador la contradicción inherente a la misión puritana. La ética protestante de los puritanos, y la intensidad de su compromiso religioso —que fue la fuente de su espíritu religioso y respetuoso de la ley—, contenían las semillas de su propia disolución. Según sus palabras: “La religión dio a luz a la prosperidad, y la hija destruyó a la madre”. Él fue testigo de lo que ocurrió en Boston: el espíritu mercantilista florecía en las ajetreadas calles, y sus predicadores conformistas incitaban en las iglesias abarrotadas a sus complacientes congregaciones a amasar cada vez más riquezas como símbolo visible de la gracia que había descendido sobre ellos. Así, el éxito socavaba la misión divina de Norteamérica: “Existe el peligro de que las tentaciones de este mundo les hagan olvidar su travesía por el desierto”.

Hay aquí abundancia de ideas que permiten pensar acerca de todos los matices del experimento norteamericano, tanto en sus aspectos seculares como en los religiosos. Vale la pena señalar que en 1728, cuando Cotton Mather murió, vociferando advertencias y malos presagios, Benjamin Franklin, tan afín a él en su universalidad y tan opuesto en sus objetivos, era ya un hombre de veintidós años que se abría camino en Filadelfia y tenía muy definidos sus propósitos. Mientras que Mather estaba obsesionado por la necesidad de la salvación del alma individual con vistas al otro mundo, lo que preocupaba a Franklin —como a la gran mayoría de sus compatriotas— era prosperar en éste. Pasar de pensar en uno de estos hombres a pensar en el otro es como cruzar una enorme divisoria de aguas de la historia norteamericana.

Estamos ahora en el siglo XVIII, y las últimas piezas del rompecabezas que constituye la primera Norteamérica están comenzando a encajar. Desde sus emplazamientos en crecimiento situados en las costas de Nueva Inglaterra y Virginia, a los que ahora se han unido las colonias de Maryland, Pensilvania y Nueva York, la Norteamérica de los colonos se volcaba hacia el norte y el sur, pero sobre todo hacia el oeste. La frontera era una realidad física y un poderoso concepto metafísico ya alrededor del año 1700. La motivación que teñía a los espíritus era un deseo irresistible de apropiación de la tierra. Ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, había tierra barata y feraz para multitudes de hombres. Ahora, esta prometedora perspectiva estaba al alcance de la mano y seguiría estándolo durante la mayor parte de los dos siglos siguientes; después, ya no lo estaría nunca más. A comienzos del siglo XVIII el impulso por apropiarse de las tierras situadas más allá de los primeros asentamientos y concesiones y jalonarlas de ciudades, estaba comen-

zando a desplegarse inconteniblemente y no habría de amenguar hasta que dejara de existir la frontera, en la década de 1890. El avance desde la costa hasta las estribaciones de las montañas fue lo que bien podría llamarse la primera frontera de Norteamérica, y tuvo lugar en toda la América inglesa. Así fue como se llegó desde el valle del Housatonic hasta las elevaciones de Berkshire, lo que dio como resultado la fundación de Litchfield en 1719, de Sheffield en 1725, de Great Barrington en 1730, de Williamstown en 1750. En 1735 se fundaron cuatro ayuntamientos estrechamente vinculados entre sí a fin de salvar la brecha que separaba estos asentamientos sobre el Housatonic de los del río Connecticut. El gobernador Benning Wentworth (1696-1770), que logró dar autonomía a Nueva Hampshire separándola de Massachusetts, repartió tierras situadas al oeste del Connecticut, en lo que después sería Vermont.[113]

Este avance hacia el norte fue protagonizado sobre todo por protestantes del Ulster, empujados a cruzar el Atlántico en busca de una nueva vida por una ley de la corona que prohibía la exportación de lana irlandesa a Inglaterra, por la obligación de pagar un diezmo a las iglesias anglicanas y por la expiración de los contratos de arriendo de las plantas originales del Ulster en los años 1714-1718. Se trataba de audaces agricultores de frontera que, después de una lucha y una colonización que se prolongaron a lo largo de tres generaciones, durante la cual defendieron el enclave protestante contra los católicos irlandeses del sur de Irlanda, expandían con su iniciativa la nueva frontera de Norteamérica. Llegaron en grupos organizados, y por primera vez las autoridades contaban con los recursos necesarios para trasladarlos directamente hasta la frontera, donde fundaron Blandford, Pelham y Warren, o se asentaron en el condado de Grafton, en Nueva Hampshire, y en los de Orange, Windsor y Caledonia, en Vermont. Eran excelentes colonos: respetaban la ley, acudían asiduamente a la iglesia, trabajaban sin descanso,

actuaban democráticamente y se mostraban ansiosos por mejorar su educación y aprovechar las ventajas que les procuraría el gobernarse a sí mismos. Es poco lo que sabemos de ellos, lo que siempre debe tomarse como una buena señal.

Éste fue sólo el comienzo de la migración proveniente del Ulster y de Escocia. A partir de 1720, y durante el medio siglo siguiente, llegaron a Pensilvania alrededor de 500.000 hombres, mujeres y niños del norte de Irlanda y la baja Escocia. Una oleada similar de alemanes y suizos, también protestantes, que provenían del Palatinado, de Württemberg, Baden y los cantones del norte de Suiza, comenzó a desembarcar en Norteamérica a partir de 1682 y se mantuvo hasta mediados del siglo XVIII; la mayoría de ellos se instalaron en Nueva York, pero 100.000 se dirigieron a Pensilvania. Durante un cierto tiempo, un tercio de la población de Pensilvania estuvo compuesta por inmigrantes provenientes del Ulster y otro tercio por los que procedían de Alemania. Allí el coste de la tierra era de sólo 10 libras los 100 acres (unas 40 hectáreas), pero en 1732 aumentó a 15 libras (más una renta anual de alrededor de medio penique por acre [0,405 hectáreas]). Pero había tierra en abundancia y la precipitación de los colonos, su ansiedad por comenzar a trabajar, condujo a muchos de ellos a eludir las formalidades de la agrimensura y ocupar directamente sus parcelas. El abrumado agente inmobiliario de la familia Penn, James Logan, se quejaba de que la gente del Ulster se apoderaba de la tierra "con audacia y desordenadamente", diciéndole a él y a otros funcionarios que "iba contra la ley de Dios y de la naturaleza que tanta tierra permaneciera ociosa habiendo tantos cristianos que quieren cultivarla y obtener de ella su sustento".[114] ¿De qué otro modo podía responder él a argumentos tan sentidos si no era apresurando el trámite fijado para la escrituración legal?

Cuanto más al sur se iba, más barata era la tierra que se conseguía. A menudo ni siquiera había que pagarla. A partir de

1720, alemanes, suizos, irlandeses, escoceses y gente proveniente de otras comarcas fue bajando desde el noreste por las ricas tierras de los valles de la zona montañosa: los de Cumberland, Shenandoah y Hagerstown, y luego a través de los pasos que daban acceso al este, en lo que hoy son Carolina del Norte, Kentucky y Tennessee. Poco después de mediados de siglo comenzaban a llegar, del mismo modo, a Georgia. Como observaría más tarde F. J. Turner en *The Frontier in American History* (La frontera en la historia norteamericana), esta masa de gente en movimiento daría a luz a niños que se llamarían Daniel Boone, John Sevier y James Robertson, y en sus filas se encontrarían los antepasados de Andrew Jackson, Sam Houston, Davy Crockett, John C. Calhoun, James K. Polk, Jefferson Davis, Abraham Lincoln y Stonewall Jackson. Fue en esa época cuando el padre de Andrew Jackson se instaló en las tierras bajas de Carolina y el de Thomas Jefferson construyó su casa en Blue Ridge, en plena frontera.

Al sur del Chesapeake, la influencia del Gobierno se debilitó. En las dos Carolinas había una porfía constante entre el norte y el sur, y lo mismo sucedía entre los grandes terratenientes de Tidewater y los colonos de tierra adentro que se habían instalado en las tierras bajas. En 1691 los propietarios de Carolina reconocieron como *fait accompli* que existía una región norteña y dividieron la colonia en dos provincias. Se designó un vicegobernador con sede en la ciudad de Albemarle, capital de lo que por entonces ya recibía el nombre de Carolina del Norte. El 12 de mayo de 1712 se completó la escisión y Carolina del Norte se convirtió en una colonia autónoma. Su legislatura, vale la pena señalarlo, había funcionado durante cuarenta y siete años, cinco más que la de Carolina del Sur, con sede en Charleston. Esto no resolvió los problemas de ninguna de las dos partes, porque los terratenientes no residían en sus propiedades —este tipo de terrateniente ausente fue la maldición del temprano Sur,

como lo fue siempre de Irlanda—, y esto significaba que había una falta de control y de decisión en la casa de gobierno, que llevaba a dar respuestas tardías e inadecuadas a las incursiones de los indios, a que las milicias estuvieran pobremente equipadas y conducidas, y a otros males. Los colonos pidieron ayuda a Londres, y resulta significativo que, incluso durante la década de 1720, todavía tuvieran el reflejo de "volver la vista al hogar" y consideraran que la corona representaba una autoridad paterna y salvadora. La corona respondió: Carolina del Sur se convirtió en colonia real en 29 de mayo de 1721, y a ella le siguió Carolina del Norte ocho años más tarde, el 25 de julio de 1729. Pero eso no significó que llegaran tropas de la corona q se les asegurara protección alguna desde Londres.

La violencia entre negros y blancos no era de ninguna manera patrimonio exclusivo de Carolina, por supuesto, porque la cifra de negros importados de África y las Indias Occidentales aumentaba constantemente. En 1741 se sucedieron en la ciudad de Nueva York, en la que los negros representaban una quinta parte de la población, una serie de incendios que, según los rumores que comenzaron a circular, eran parte de una conspiración negra cuyo objetivo último era que los esclavos se apoderaran de la ciudad. Muchos negros fueron arrestados, dieciocho fueron colgados y once quemados en la hoguera, a pesar de que un fiscal público, Daniel Horsemanden, admitió más tarde que no había ninguna prueba de que aquella conspiración hubiese existido. Pero en las Carolinas, sobre todo en la del Sur, la seguridad era mucho más frágil. Y no se alcanzó la estabilidad hasta que en 1740 un político de primera clase enviado por la corona, James Glen, se hizo cargo de la gobernación.[115] Glen logró incluso que la corona hiciera algo más: a principios de 1743, el general James Oglethorpe, al mando de un aguerrido cuerpo de montañeses escoceses a quienes se unió una milicia

local, infligió una severa derrota a una fuerza militar española cuatro veces mayor que la suya en la batalla de Bloody Marsh.

Oglethorpe era, además de militar, un hombre acaudalado y un filántropo, y había sido miembro del Parlamento inglés. Su victoria en Bloody Marsh no sólo puso fin a la amenaza española, sino que fue también una advertencia a los indios, aunque para dejar claro que sus intenciones eran esencialmente amistosas instaló en Augusta un puesto de avanzada para comerciar con ellos. Georgia fue pensada integralmente como una colonia modelo del espíritu que animaba al iluminismo de la época. Oglethorpe se propuso introducir la producción de la seda, e incluso en Savannah, su nueva capital, fundó lo que se llamaría el *Trustees Garden* (el jardín de los administradores), un centro experimental dedicado al cultivo de plantas.[116]

La colonia prosperó; pero el experimento en materia de razón, justicia y ciencia fracasó. Del mismo modo que en Carolina del Norte, los intentos por erradicar la esclavitud entraron en conflicto con la amarga realidad de los intereses económicos y la codicia personal. La situación de Georgia tenía demasiadas semejanzas con la de la ingobernable pero indudablemente floreciente economía de plantación típica de Carolina del Sur para mantenerse al margen de la corrupción. No se respetaban las reglas que Oglethorpe pretendía imponer. Los colonos se dedicaban al contrabando de esclavos, así como de ron, otro artículo prohibido. Entonces la asamblea de Savannah decidió legitimar la ya extendida desobediencia cambiando las leyes. A partir de 1742, se aceptó oficialmente la comercialización del ron. Cinco años más tarde se dejaron en suspenso las leyes contra la esclavitud, y en 1750 se las derogó formalmente.[117] Estos cambios dieron lugar a una afluencia de recién llegados provenientes de la zona situada al norte del río Savannah, entre ellos plantadores experimentados que llevaron consigo a sus esclavos y ocuparon la poco costosa tierra de Georgia. La colonia fundada como

una tierra de utopía siguió el ejemplo de Carolina. Oglethorpe pronto tuvo problemas con las autoridades inglesas, por lo que se consideraba una mala administración de las finanzas de su ejército. Así, el hombre que, según escribiera Alexander Pope, fue a Norteamérica "impulsado por la benevolencia de su alma" renunció a la concesión que se le había otorgado y, en 1752, regresó a Inglaterra decepcionado y asqueado.

A mediados de siglo, las trece colonias originales tenían ya una existencia de hecho, aunque no siempre de derecho, y todas sufrían rápidas transformaciones, producto de una prosperidad desigual y a veces irregular pero, en general, abrumadora. Ya era una región acostumbrada a contarlo todo por millones, "la tierra de los interminables ceros". En 1746, un caballero de Nueva Hampshire, John Mason, vendió una extensión de tierra que abarcaba dos millones de acres (alrededor de 800.000 hectáreas), que habían pertenecido a su familia a lo largo de varias generaciones, a un grupo de hombres de negocios de Portsmouth que se proponían crear una serie de nuevas ciudades. Esta fue la mayor operación inmobiliaria de un proceso continuo de compra y venta de propiedades rurales y tierras vírgenes que convirtió a la América inglesa en el más grande teatro de la especulación con el suelo de la historia humana. Todo aquel que podía participaba en este proceso: un anticipo del entusiasmo con el que los norteamericanos se volcarían a la especulación bursátil un siglo después.

Benjamin Franklin tomó nota de todos estos hechos al escribir, en 1755, sus *Observations Concerning the Increase of Making, Peopling of Countries, etc*. (Observaciones relativas al progreso de la formación y el poblamiento de los países etcétera). Franklin calculaba que la población del país se había duplicado desde la época en que él era un niño, y pronosticaba que volvería a duplicarse en un lapso de veinte años más. Lo cierto es que el aumento de la población en ese período superó las

previsiones de Franklin.[118] Empeñadas en su política de atraer cada vez más gente para mantener e incluso aumentar el ritmo de crecimiento, las autoridades locales no se preocupaban demasiado por los límites, un indicio temprano de cómo la totalidad del territorio comenzaba a fundirse en una unidad indivisible. Así, en 1732 Maryland invitó a los alemanes de Pensilvania a ocupar parcelas baratas de alrededor de 80 hectáreas en la inhóspita región que se encontraba entre Susquehanna y Patapsco, que se convirtió a partir de entonces en una extensión de la nueva y pronto floreciente ciudad de Baltimore. Del mismo modo, cerca de 1759 hubo, por iniciativa de las autoridades de Virginia, un importante movimiento de población hacia la región occidental de la colonia, donde se ofrecían grandes zonas del valle del Shenandoah a bajos precios. Este movimiento dio lugar, a partir de un antiguo camino indio, a la creación del famoso Gran Camino de las Carretas de Filadelfia, que se convirtió también en una importante ruta comercial. Así, la gran Pensilvania quedó unida a la gran Virginia, lo que provocó un movimiento y un dinamismo aún mayores. A medida que la colonización se extendía tierra adentro desde las zonas costeras, las colonias perdían sus características distintivas de los primeros tiempos y se convertían lisa y llanamente en territorios norteamericanos.[119]

Cuando el historiador se entrega al estudio de los acontecimientos que se sucedieron durante la primera mitad del siglo llega a la conclusión de que eran tantas las cosas que estaban ocurriendo en Norteamérica, y a una velocidad tal, que las autoridades no lograban mantener la situación bajo control. Por muy buena que fuese la información de la que disponían, pronto les resultaba insuficiente para realizar su tarea con eficacia. Desde el punto de vista puramente económico, se suponía que las colonias existían nada más que para procurar un beneficio económico a la metrópoli. Un informe que lord Cornbury, go-

bernador de Nueva York entre 1702 y 1708, envió a la Junta de Comercio, revela que a todos los gobernadores se les había ordenado “desalentar todo tipo de manufacturas, e informar en detalle acerca de cualquier indicio de su existencia” con vistas a eliminarlas.[120] Un miembro de la Junta de Comercio afirmó categóricamente, en 1726, que ciertas iniciativas que se llevaban a cabo en las colonias eran *eo ipso* ilegales, con independencia de que hubiera o no disposiciones que las prohibieran explícitamente:

> Todo acto de un Gobierno provincial dependiente de la corona tiene como fin último procurar una ventaja al Estado madre al que debe su existencia, y cuyos valiosos privilegios debe proteger. De ello se sigue que todos los proyectos ventajosos que se emprendan o las ganancias comerciales que se perciban en cualquiera de las colonias y que entrañen un verdadero perjuicio para los intereses del Estado madre o no los tengan en cuenta deben ser considerados ilegales, y su práctica, injustificada, porque contradicen el fin al que está destinada la colonia y son incompatibles con los términos en virtud de los cuales sus habitantes gozan tanto de privilegios como de protección […] pues tal es el fin de las colonias, y si no es posible utilizarlas para ese fin será mucho mejor que el Estado prescinda de ellas.[121]

Ésta era una doctrina rígida, manifiestamente injusta y, al mismo tiempo, no había forma de hacerla cumplir. Por supuesto, muchas iniciativas legislativas iban destinadas a convertirla en realidad. Una ley de 1699 prohibía a las colonias vender lana, hilado de lana o telas. Otra, de 1732, vetaba los sombreros. Una ley de 1750 admitía la entrada en Inglaterra de hierro en barras pero prohibía las limas, los laminadores, las pinzas o las cocinas de acero. Pero los productos de hierro forjado no estaban prohibidos, de modo que las colonias fabricaban pavas, sartenes y utensilios de cocina en general, y también cañones. Según la doctrina económica de la Junta de Comercio estos productos debían considerarse intrínsecamente ilegales. Pero se los seguía fabricando. ¿Qué sucedía con la construcción de barcos? El mar era un elemento vital para los británicos, y en los astilleros de toda Inglaterra y Escocia se construían barcos en condiciones muy competitivas. Pero la madera era tan abundante y

barata en Norteamérica que las colonias tenían una extraordinaria ventaja comparativa en materia de construcción de barcos en una época en que todavía no se empleaban en esa industria ni el hierro ni el vapor. A mediados de siglo los astilleros de Nueva Inglaterra producían barcos a un coste medio de 34 dólares la tonelada, entre un 20 y un 50 por ciento más barato que los de Europa. La construcción de barcos había sido vigorosamente alentada desde la década de 1640, y ya en 1676 se producían 30 unidades anuales sólo para el mercado británico, producción que hacia 1760 se había incrementado a entre 300 y 400 unidades anuales. Para esa época la tercera parte de la flota mercante británica, de 398.000 toneladas, provenía de astilleros norteamericanos, y las colonias producían 25.000 toneladas más por año. La razón por la cual se permitía que ocurriera algo tan obviamente anómalo era que Inglaterra necesitaba imperiosamente madera barata. Un comerciante inglés podía viajar a Boston en su barco, vender sus mercancías y, luego, con las ganancias que había obtenido, encargar la construcción de un nuevo barco y regresar llevando en ambos navíos sendos cargamentos de madera. Las autoridades británicas alentaban sin proponérselo las transacciones de este tipo en la medida en que pagaban generosamente los productos relacionados con el trabajo de la madera, como la brea, el alquitrán, las resinas, la trementina y el cáñamo enriado, a fin de reducir su dependencia de la Europa continental.[122]

El bajo coste de la madera, y por lo tanto de los barcos, estimuló también el desarrollo de una enorme flota pesquera que, como en los casos anteriormente citados, perjudicaba visiblemente los intereses británicos. Cifras correspondientes a 1641 indican que, para entonces, Nueva Inglaterra exportaba 300.000 bacalaos por año, además de halibut, caballa y arenque. Hacia 1675, 4.000 hombres y 600 barcos se dedicaban a esta industria. Hacia 1770 se realizaban exportaciones por un

valor de 225.000 dólares anuales. Los pescados más grandes y más difíciles de curar se destinaban al mercado interno; los más pequeños, los que habían sufrido algún daño, y los que se habían echado a perder eran enviados a las Indias Occidentales como alimento para los esclavos; los mejores entre los más pequeños eran curados y enviados a Inglaterra.[123] Todo esto favoreció el crecimiento de la fabricación de toneles, impulsada asimismo por el bajo coste de la madera; los agricultores de Nueva Inglaterra solían acrecentar sus ingresos dedicando parte de su tiempo a fabricar barriles. A medida que los astilleros construían barcos de mayor tamaño y mejor calidad, Nueva Inglaterra comenzó a dedicarse a la pesca de la ballena en todo el mundo, una actividad que hacia 1700 ya era importante y crecía rápidamente. Por misteriosas razones, el Gobierno favoreció también esta actividad; en 1732 pagaba un subsidio de una libra por tonelada a los balleneros de más de 200 toneladas, que en 1747 fue aumentado a dos libras por tonelada. A mediados de siglo, Norteamérica contaba con los cazadores de ballenas más eficientes del mundo —4.000 de ellos provenían de New Bedford y Provincetown, Nantucket y Marblehead— y faenaban más de trescientos barcos.

El hecho es que, aunque la economía norteamericana era, mucho más que la británica, fundamentalmente agrícola, había comenzado a desarrollar furtivamente todo tipo de actividades manufactureras. Cuando la Junta de Comercio escribió a los gobernadores coloniales pidiendo cifras de los bienes que allí se producían, los datos que éstos aportaron, preocupados como estaban por su propia opinión pública, subestimaban deliberadamente la verdadera magnitud de la producción. Una enorme cantidad de estadísticas falsas cruzó el Atlántico en el siglo XVIII, y aquél no fue el último período en que esto ocurrió.[124] El contador Weare escribió con manifiesta preocupación a la Junta de Comercio, alrededor de 1750: “Los colonos de Nueva Ingla-

terra, Nueva York, las Jersies, Pensilvania y Maryland (ya que no pretendemos saber lo que sucede al sur de esa provincia) visten casi exclusivamente prendas confeccionadas con sus propias telas y, por lo general, cuando la gente compra las buenas manufacturas de la madre patria lo hace, no por espíritu industrial o por economía, sino simplemente para que las tiendas tengan algún ingreso".[125] Otro informe de la misma época sugería que los fabricantes norteamericanos estaban compitiendo con éxito con los ingleses, y que incluso exportaban hilados y productos de algodón, sombreros, jabón y velas, artículos en madera, coches, carruajes, sillas, arneses y otros productos de cuero, zapatos, ropa de cama, cordelería, artículos de fundición, hachas y herramientas de hierro.[126]

Lo cierto es que los estrategas económicos ingleses —si es que se puede llamar así a un grupo de caballeros whigs de la nobleza rural dotados de una educación clásica y asesorados por un puñado de funcionarios que nunca habían estado en América (o, en muchos casos, ni siquiera en el continente europeo)— tardaron en tomar conciencia de la velocidad con que las colonias establecidas en el territorio norteamericano estaban madurando. El criterio convencional en Londres era tratarlas como pobres y marginales. No habían participado demasiado en las grandes guerras en la época del rey Guillermo y la reina Ana. Lo único importante que producían era el tabaco. A comienzos del siglo XVIII representaban sólo el 6 por ciento del comercio británico, menos de una sexta parte del comercio con Europa del norte, dos terceras partes o menos del correspondiente a las Indias Occidentales, e incluso menos que lo que producían las Indias Orientales. Esta situación cambió, al principio casi imperceptiblemente. Hacia 1759 las colonias norteamericanas situadas en el continente se habían convertido en el elemento de más rápido crecimiento de todo el Imperio, con un 500 por ciento de expansión en medio siglo. En ese mismo período In-

glaterra, la economía más moderna de Europa, creció un 25 por ciento. En 1700 la producción norteamericana representaba sólo el 5 por ciento de la británica; hacia 1775, las dos quintas partes. Fue una de las tasas de crecimiento más altas de la historia.[127]

Todo parecía favorecer a Norteamérica. La tasa de crecimiento fue de alrededor del 40 por ciento, o aún más, cada década. La disponibilidad de tierra daba lugar a que se formaran grandes unidades familiares de producción agrícola, casi nunca de menos de 25 hectáreas y por lo general de más de 40, lo que para los estándares europeos era una enormidad. Las parejas podían casarse antes; una mujer casada que llegaba a los cuarenta años tenía un promedio de seis a siete hijos, cuatro o cinco de los cuales llegaban a la madurez. El nivel de vida era alto, especialmente en lo tocante a la alimentación. Los varones consumían más de 90 kilos de carne por año, y esta dieta rica en proteínas dio como resultado que crecieran hasta ser en promedio cinco centímetros más altos que sus pares ingleses. También consumían una buena proporción de lácteos. Hacia 1750 una finca típica de Connecticut contaba con 10 cabezas de ganado vacuno, 16 ovejas, 6 cerdos, 2 caballos y una yunta de bueyes. Además, se cultivaba en ella maíz, trigo y centeno, y dos quintas partes de lo producido servían para obtener un dinero en metálico que se gastaba en productos importados de Inglaterra o, cada vez más, en bienes producidos en el país. Es cierto que las viudas podían verse sumidas en la pobreza. Pero sólo el 5 por ciento de los varones blancos de edad mediana eran pobres. Un tercio de los varones blancos no tenía propiedades de valor, pero se trataba de hombres de menos de treinta años. Era fácil comprar tierras. En el curso de una vida, cualquier varón que llegase a los cuarenta años podía esperar vivir en una casa en la que los ingresos fueran razonables y factible reunir un capital. En pocas palabras, en la sociedad norteamericana del tercer

cuarto del siglo XVIII predominaba la clase media. Gracias a la escasez de mano de obra los artesanos no necesitaban organizar asociaciones gremiales para proteger su trabajo. Muy raramente se les restringía la entrada al país. Entre los hombres que dominaban un oficio eran pocos los que seguían trabajando en relación de dependencia después de los veinticinco años de edad. Si no compraban tierras, administraban su propio negocio. En la práctica, no había verdaderas barreras de clase. Un artesano de edad mediana solía tener derechos electorales y muchos fueron elegidos para ocupar cargos políticos en las ciudades y los condados. Entre estos hombres exitosos de edad mediana no sólo había descendientes de los primeros colonos, o inmigrantes libres, sino también muchos que habían formado parte de los 500.000 europeos blancos que, durante el período colonial, llegaron a Norteamérica como contratados, bajo un régimen que les exigía renunciar a su libertad durante lapsos que oscilaban entre los cuatro y los siete años.[128] La servidumbre de los blancos, a diferencia de la esclavitud a la que eran sometidos los negros fue, en Norteamérica, un éxito casi absoluto.

El historiador advierte con una mezcla de desagrado y fascinación que, a medida que el siglo avanzaba, se consolidaba entre los norteamericanos una tendencia a atribuir todo lo bueno que les sucedía a su país y sus propios esfuerzos y todo lo malo a Inglaterra. Sin duda, Norteamérica prodigaba bendiciones a su pueblo, como advertían los ingleses que llegaban al país. Un viajero dijo que “en Norteamérica los cerdos se alimentan mejor que en Inglaterra las duquesas de Hyde Park”. Otro, dijo que el país era “un lugar de mesas bien provistas y de puertas abiertas”.[129] La señorita Eliza Lucas, hija de un oficial del Ejército inglés, muy dada a viajar, en una carta que envió a su familia se explayó con elocuencia acerca de “los abundantes albaricoques, melocotones y melones de todo tipo, que son de la mejor calidad, y sus naranjas son mejores que las de las Indias Occidentales, o

las de España o Portugal". Había muchas más verduras, y mejores, que las que se conseguían en Inglaterra. Los inmigrantes alemanes producían muy buenas manzanas, peras, membrillos y castañas, que se vendían en los mercados a bajo precio, y una amplia variedad de fresas, grosellas y frambuesas para hacer confituras. La gente común llenaba su estómago con carne vacuna, de cerdo y de cordero, y también con pan y tortas de maíz. Un colaborador de *London Magazine* escribió en 1746 que el pueblo norteamericano "goza de una vida que causaría mucha envidia en la corte y las ciudades". Y siempre había nuevas pruebas de la generosidad de la naturaleza para aquellos que se esforzaban por obtenerlas. La inteligente señorita Lucas, que quedó a cargo de una plantación en Carolina del Sur, aprovechó un subsidio al añil, aprobado por el Parlamento en 1748, por el cual su precio aumentó a seis peniques la libra, para experimentar satisfactoriamente con una cosecha. Gracias a ella, las Carolinas exportaron, en 1775, 1.150.662 libras de añil, que se convirtió en el producto principal de estas colonias hasta que después de la revolución fue desplazado por el algodón.

Mientras los pioneros seguían desplazándose tierra adentro, abriendo nuevas fuentes de riqueza, y creando poco a poco la base demográfica a partir de la cual Norteamérica despegaría para convertirse en una economía industrial avanzada, las ciudades de la costa acuñaban moneda y la gastaban. La reina de las ciudades era Filadelfia, que hacia mediados de siglo se había convertido en la más grande de todo el Imperio británico, después de Londres. Su Sociedad Filosófica (1743) ya era famosa y su Academia (1751) floreció hasta convertirse en la gran Universidad de Pensilvania. La ciudad de Nueva York también crecía a un ritmo vertiginoso y era ya el embrión del futuro crisol de razas. Hacia 1700, los ingleses y los hugonotes superaban en

número a los primitivos habitantes holandeses: medio siglo más tarde muchos de los holandeses se habían convertido al anglicanismo y todos eran bilingües o angloparlantes. Se les habían unido multitudes de valones y flamencos, suecos, protestantes de la Renania, noruegos y alemanes del norte, así como calvinistas y cuáqueros ingleses y escoceses, esclavos liberados, irlandeses y otros holandeses. A mediados de siglo, el Hudson inferior, que incluía Jersey Occidental y Oriental, unidas bajo la denominación de Nueva Jersey en 1702, era un conglomerado de comunidades: había holandeses en Harlem y Flatbush, escoceses de las tierras bajas en Perth Amboy, colonos baptistas provenientes de Nueva Hampshire en Piscataway, cuáqueros de Nueva Inglaterra en Shrewsbury, hugonotes en Nueva Rochelle, flamencos en Bergen, puritanos de New Haven en Newark y Elizabeth, además de escoceses, irlandeses y alemanes aislados río arriba, y de muchos holandeses, pues Albany era entonces una ciudad holandesa, aunque angloparlante. Ya competía con la Montreal francesa por el comercio de pieles con los indios y contaba con una avanzada en Fort Oswego, sobre el lago Ontario.

La perfidia de los políticos de Nueva York dio lugar en 1735 al primer juicio que se celebró en Norteamérica por calumnias y sedición: John Peter Zenger, que dos años antes había fundado en Nueva York el *Weekly Journal*, fue encarcelado por criticar al gobernador, William Cosby y, finalmente, sometido a juicio después de pasar diez meses entre rejas. Zenger no fue el primer editor de periódicos de Norteamérica. Ese honor le corresponde al jefe de correos de Boston, William Campbell, que fundó el *News-Letter* en 1704 a fin de mantener informados a sus amigos dispersos por toda la colonia de la bahía de lo que estaba sucediendo en el mundo. Hacia mediados de siglo ya se habían fundado más de una veintena de periódicos, entre ellos el *Philadelphia American Weekly Mercury* (1719), el *New England Courant*

(1721) de Boston, iniciado por James Franklin, el hermano mayor de Benjamin, quien a su vez compró en 1729 el *Pennsylvania Gazette*. También existía un periódico en Annapolis, el *Maryland Gazette* (1727), y el *Charlestown South Carolina Gazette* (1732).[130] Es significativo que Zenger, o más bien su abogado, Andrew Hamilton, de Filadelfia, basara su defensa en el concepto de "verdad". Aquel era un recurso que no habría sido admitido en un tribunal inglés en el que se habría considerado calumniosa cualquier afirmación, fuese o no cierta, que alentase "a pensar mal del Gobierno". Por otra parte, era un axioma de la ley inglesa en materia de calumnias, que "cuanto más cierto sea lo que se afirma, más calumnioso resulta". En el caso de Zenger, el juez trató de invalidar el argumento de su defensa, pero el jurado de todos modos lo absolvió, y aquel fue el último proceso de ese tipo que se llevó a cabo en Norteamérica. Esto en sí mismo constituyó una prueba de hasta qué punto podía llegar la libertad de acción de los críticos de la sociedad en el ambiente vehemente de la Norteamérica colonial, sobre todo si se tiene en cuenta que en Inglaterra se siguieron entablando juicios por calumnia hasta la década de 1820 y aún más adelante.[131]

En cuanto a prosperidad, el ejemplo más notable era Baltimore, entonces la ciudad de Norteamérica, y tal vez del mundo, que experimentaba el ritmo más vertiginoso de crecimiento. En 1752 no era nada especial: 25 casas y unos 200 habitantes. Al cabo de menos de veinte años ya era la cuarta ciudad más grande de Norteamérica. Su bien más preciado era su grandioso puerto, que la convertía en el centro de las exportaciones de tabaco de Virginia y Maryland a Glasgow (el destino final europeo), del tráfico de todo tipo de productos hacia las Indias Occidentales, y en el punto de llegada de todos los barcos que transportaban las mercancías importadas de Europa. En la cima de la colina que dominaba el puerto, enormes banderas perte-

necientes a las diferentes compañías navieras anunciaban los principales arribos. Fells Point era uno de muelles más abarrotados de la tierra, y a sus espaldas se alzaban 3.000 casas de dos o tres pisos, la mayoría de ladrillo. Más adelante, el arrogante aristócrata francés François Alexis de Chateaubriand reconoció que entrar en el puerto de Baltimore era como "navegar en un parque". Había una desventaja en todo este bullicio, no hace falta decirlo. El terreno alcanzó precios astronómicos y la gente se quejaba de que el coste de la vida era más alto que en Londres y mucho más alto que en París. Un hedor terrible emanaba del puerto durante la bajamar y las calles cercanas estaban atestadas de prostitutas indias, negras y blancas, de las que se decía además que eran más caras y desvergonzadas. Por otra parte, no había sólo uno sino dos teatros, y el hotel Indian Queen, situado en la esquina de las calles Market y Hanover, se destacaba, en la década de 1790, como uno de los mejores del hemisferio occidental: la comida era excelente; si uno ponía las botas o los zapatos fuera de la habitación, los lustrabotas negros los dejaban relucientes, y a los huéspedes se les proporcionaban pantuflas sin cargo.[132]

También comenzó a desarrollarse a partir de las últimas décadas del siglo XVII toda una cultura vinculada a las casas de campo semejante a la que imperaba en Inglaterra, aunque con rasgos característicos muy particulares, que adquirió tintes de majestuosidad y seguridad en sí misma durante el siglo XVIII. Para empezar, en aquella época lo acostumbrado era construir estas casas barrocas, georgianas y paladianas casi invariablemente a orillas de ríos y arroyos navegables, con la intención manifiesta de favorecer la economía exportadora de la colonia. El muelle era tan importante como el salón; más aún, era imposible darse el lujo de tener el mobiliario refinado que se importaba de Londres o París o se fabricaba en Nueva Inglaterra si no se tenía un muelle. Estas casas suntuosas eran la consecuencia natural de las

actividades económicas que las hacían posibles y no estaban plantadas artificialmente en medio de un campo abierto como las que abundaban en Inglaterra en Blenheim, Chatsworth o Althorp. Hasta el advenimiento de la plutocracia posterior a la guerra civil, las casas de campo norteamericanas tampoco alcanzaron la escala que caracterizaba las de la aristocracia inglesa. Excepto en los casos en que eran construidas por los encomenderos holandeses, en general no se empleaba en ellas la piedra. Pero, en lo tocante a las edificaciones de ladrillo, los constructores norteamericanos, tanto los aficionados como los profesionales, muy pocas veces han sido superados.

La casa más grande de comienzos del siglo XVIII, Rosewell, fue construida en 1726 por Mann Page (1691-1730), junto al río York. Page se casó con una Carter, de la familia del *Rey* Carter (1663-1732), el famoso y codicioso agente de lord Fairfax, propietario del estrecho situado al norte de Virginia. Carter acumuló alrededor de 120.000 hectáreas de tierra de la mejor, de las cuales regaló unas 30.000 a Page, su yerno dilecto. Page hizo construir esta magnífica casa utilizando como base los diseños de la *Vitruvius Britannica* de Colin Campbell, que se publicó en Londres entre 1715 y 1725 y que no tardó en llegar al otro lado del Atlántico. Page gastó más de lo que tenía, su suntuosa casa aún no estaba terminada cuando él murió, en 1730, y el importe de su deuda superaba largamente el valor de la propiedad, incluidos los esclavos. Además Rosewell, que había sobrevivido incólume a los horrores de la guerra civil, fue destruida por un incendio en 1916. Pero sus ruinas nos hacen pensar que, en su momento, "no [hubo] nada parecido en Inglaterra".[133]

En Virginia, miembros de las cien familias más destacadas —Byrd, Carter, Lee, Randolph, Fitzhughe y otras— construyeron, en el siglo XVIII muchas más casas de campo igualmente suntuosas, muchas de las cuales, como Westover, Stratford y Shirley todavía están en pie. Drayton Hall, construida entre

1738 y 1742 en las cercanías del río Ashley, un buen ejemplo de la forma en que los arquitectos norteamericanos de la época se servían de los modelos clásicos, inspirada en la villa Pisani de Palladio, sobrevivió intacta a la revolución y a la guerra civil y, en la actualidad, forma parte del Fideicomiso de Preservación de la Historia Norteamericana. Otra obra maestra posterior, que actualmente pertenece a la Universidad Johns Hopkins, es Hoewood, una villa clásica de Baltimore construida por el famoso Charles Carroll, de Carrolltown (1737-1832), uno de los más destacados políticos revolucionarios. Estas casas y mansiones solían atesorar magníficas bibliotecas de obras antiguas o modernas. Un visitante que describió la biblioteca de William Byrd II, en Westover, dijo que "consta de casi cuatro mil volúmenes, en todas las lenguas y acerca de todos los temas, distribuidos en veintitrés estanterías dobles de nogal [...] y todo está en perfecto orden". Y agregaba, con admiración: "Gran parte de los libros están elegantemente encuadernados, son de las mejores ediciones y una cantidad considerable de ellos son obras agotadas qué hoy sería difícil encontrar".[134] Esta opulenta casona también sigue en pie, aunque el interior ha sido modificado.

A los franceses y los españoles del siglo XVIII, acostumbrados como estaban al estilo uniforme conforme al cual eran gobernadas sus colonias, a través de un Estado omnipresente, una burocracia profesional y sólo algún que otro representante nominal de los intereses locales, les debe haber parecido que la forma en que eran administradas las colonias inglesas en Norteamérica era confusa, caótica e incoherente. Pero, más que coherente, el sistema era empírico y práctico. Evolucionaba casi orgánicamente, del mismo modo que habían evolucionado siempre las instituciones en Inglaterra. No había dos colonias iguales. Vale la pena examinar en sus detalles el sistema, tanto por su conexión con los acontecimientos que desembocaron en la revolu-

ción, como por la influencia que ejerció sobre el posterior desarrollo del régimen republicano en Norteamérica.

Al principio, se dividió a las colonias en dos categorías: compañías comerciales, administradas como las primitivas corporaciones de fondos comunes, o compañías de propiedad individual administradas por uno o más grandes terratenientes. Todas procedían de cédulas otorgadas directamente por la corona. De no haber sido por estas dos formas de propiedad, que implicaban un alto grado de autonomía para gobernarse a sí mismas, las colonias nunca habrían prosperado, porque la corona inglesa, a diferencia de las de España y Francia, no estaba dispuesta a aportar las prodigiosas cantidades de dinero contante y sonante que la empresa requería. De modo que el Estado inglés obtuvo sus colonias prácticamente a cambio de nada, y esta exitosa mezquindad siguió condicionando el pensamiento de los gobiernos británicos a lo largo de todo el siglo XVIII. El hecho de tener que pagar para tener un imperio no formaba parte de sus previsiones, y si en algún caso se avenían a pagar esperaban que los que vivían en dicho imperio devolvieran ese dinero mediante los impuestos. Sin embargo, después de haber instalado estas colonias casi independientes y autosustentadas a comienzos y mediados del siglo XVII, hacia fines de esa centuria la corona comenzó a recuperar parcialmente cierto grado de control. Desde Carlos II hasta Guillermo III, los soberanos revocaron algunas cédulas o se negaron a renovar otras —siempre había alguna buena excusa— y convirtieron las colonias, tanto las comerciales como las de propiedad individual, en colonias de la corona. Hacia 1776 sólo quedaban dos colonias comerciales (Connecticut y Rhode Island) y dos de propiedad individual (Maryland y Pensilvania). Es cierto que Massachusetts también funcionaba en virtud de una cédula real, pero era gobernada como una provincia del reino.

Esto debería haber dotado a la corona de un poder considerable, al menos en las nueve colonias que controlaba directamente. En la práctica, la mezquindad inglesa en materia colonial frustró una vez más los esfuerzos de Londres por controlar lo que sucedía. En cada colonia, el gobernador ocupaba el vértice de la pirámide del poder, y el hecho de que los cincuenta estados miembros de Estados Unidos sean gobernados hasta el día de hoy por gobernadores resulta característico del profundo conservadurismo constitutivo que Norteamérica heredó de Inglaterra. Pero el poder real que ostentaban los gobernadores coloniales era menor de lo que parecía en teoría, del mismo modo que hoy el poder de los gobernadores de los estados de la República Federal se encuentra seriamente limitado. En las colonias de la corona el gobernador era designado por el Rey, asesorado por sus ministros. En las colonias de propiedad individual eran nombrados por los propietarios, aunque el escogido debía contar con la aprobación del Rey. En las otras colonias eran elegidos pero debían contar, también, con el visto bueno real. Todos eran tratados con cierta deferencia, como si fueran virreyes. Pero mientras que en las colonias francesas y españolas no sólo contaban con amplios poderes legales sino con los medios para hacer cumplir sus disposiciones, en Norteamérica ni siquiera recibían un estipendio de la corona. En todos los casos, a excepción de Virginia, el salario que recibía el gobernador era estipulado y pagado por las asambleas coloniales que, fieles a la tradición de mezquindad que imperaba en Inglaterra, fijaban un importe más bien magro a esta retribución. Por otra parte, solían pagarlo con retraso y a regañadientes. Los gobernadores tampoco gozaban de demasiados lujos ni privilegios. La mayoría parecen haber sido hombres capaces y —asombrosamente tratándose del siglo XVIII— honestos. Pero, en conjunto, no fueron hombres eminentes, enérgicos, que confiaran en sí mismos o autori-

tarios. Esa característica marcó una diferencia en el grado de autoridad que se ejercía sobre los pobladores de las colonias.

Los gobernadores estaban atrapados entre dos fuerzas muy diferentes y a menudo opuestas entre sí. Por encima de ellos, pero ejerciendo el poder desde la distante Londres, estaba la corona. Las colonias eran supervisadas por el *Privy Council* —el consejo de asesores del Rey—, que actuaba a través de una comisión, llamada indistintamente de comercio o de plantaciones y, a partir de los días de Guillermo III, Junta de Comercio y Plantaciones (1696-1782), que siguió ocupándose de la política colonial hasta el final de la revolución. Las principales desventajas con que se enfrentaba eran el hecho de que no era la encargada de pagar a los gobernadores (en muchos casos ni siquiera de designarlos) y la circunstancia de que casi ninguno de sus miembros o funcionarios había pisado nunca Norteamérica. Las órdenes que daba a los gobernadores no siempre eran claras, sensatas o coherentes, y con frecuencia resultaba imposible llevarlas a cabo. Por otra parte, la corona tendía a pensar que los gobernadores eran servidores débiles, ineficaces, pedían demasiadas cosas y resultaban "costosos", y que pasaban el tiempo peleando con los colonos, provocando rebeliones o involucrándose en guerras contra los indios debido a que actuaban con innecesaria brutalidad e insensibilidad. Cuando surgía algún conflicto la corona solía ponerse de parte de los indios y a veces incluso de los rebeldes blancos. Cuando el gobernador Berkeley, que había huido de Nathaniel Bacon y sus partidarios, se ensañó con éstos tras la muerte de Bacon, Carlos II exclamó enfadado: "Ese viejo tonto ha segado más vidas en ese país desierto que yo aquí para vengar la muerte de mi padre".

Los gobernadores, por supuesto, no gobernaban solos. Cada uno tenía algún tipo de consejo, que ejercía el poder ejecutivo o administrativo de la colonia y constituía la Cámara Alta (como la Cámara de los Lores) de su asamblea. Sus miembros eran de-

signados por la corona (en las colonias reales) o por los propietarios en las otras, y su número variaba: eran 10 en Rhode Island y 28 en Massachusetts. También ejercían funciones de orden judicial y, junto al gobernador, actuaban como tribunales de apelaciones, aunque en algunos casos importantes se podía volver a apelar una vez más ante el Privy Council de Londres. Por lo general, un gobernador resuelto y capaz de ejercer bien su mandato podía contar con el sólido respaldo de su consejo.

Sin embargo, había una importante diferencia entre el Parlamento inglés y las asambleas coloniales. Inglaterra nunca había tenido una Constitución escrita. Todos sus documentos constitucionales escritos, como la Carta Magna o la Declaración de Derechos, habían sido remedios *ad hoc* destinados a superar crisis específicas en el momento en que éstas se desencadenaron. No fueron concebidas, ni tampoco utilizadas nunca, como guías para el presente y el futuro. Todo lo que los ingleses tenían eran precedentes: su ley constitucional funcionaba exactamente igual que su ley común, orgánicamente. Los norteamericanos heredaron esa ley común. Pero también tenían leyes constitucionales. Las Órdenes Fundamentales de Connecticut (1639) fueron la primera Constitución escrita, no sólo de Norteamérica sino del mundo. Posteriormente, todas las colonias adoptaron modelos escritos. Es fundamental tenerlo en cuenta. Fueron dichos modelos, y también las propias asambleas, los que dieron su singularidad a las colonias. En este sentido, bien se las podría considerar más “modernas” que Inglaterra y, sin duda, más innovadoras. Su Constitución fue la instancia que permitió a Connecticut, por ejemplo, separarse e independizarse de Massachusetts, que en sus orígenes había sido su “madre”. El hecho de tener una Constitución llevaba a los colonos a pensar en sus derechos, en la ley natural y los valores absolutos, cosas todas ellas que a los ingleses, condicionados por su empirismo y su enfoque orgánico del cambio, no les preocupaban en lo

más mínimo. Consideraban que aquéllas eran "meras abstracciones". Para los norteamericanos no lo eran. Y cualquier sociedad que tenga una Constitución comienza a pensar inevitablemente en cómo reformarla y enriquecerla: una Constitución escrita es un hito en el camino hacia la independencia.

Lo que dio lugar a la creación temprana de asambleas y normas constitucionales escritas —en una palabra, al Gobierno autónomo— fue el hecho de que en la segunda mitad del siglo XVII la corona se mostró materialmente incapaz de ejercer un control directo sobre las colonias. Por otra parte, la corona no pudo recuperar nunca el poder que había delegado. Y los ingleses tampoco pudieron evitar que los norteamericanos se apropiaran de los frutos de su pasado. El Parlamento inglés había librado una batalla exitosa contra la corona en la década de 1640 y, en determinados terrenos, había adquirido un poder del que ya nunca más podría ser despojado. Esto fue beneficioso para las asambleas coloniales. En 1688 la "revolución gloriosa" logró que una monarquía fundada en el derecho divino se convirtiera en un régimen monárquico limitado, parlamentario. Las colonias fueron partícipes de esta victoria, en especial Nueva York, Massachusetts y Maryland, que derrocaron a los gobernadores designados por Jacobo II y los sustituyeron por un gobierno popular. Cuando Guillermo III, el beneficiario de la revolución gloriosa, procuró reorganizar las colonias de acuerdo con directrices dictadas por la corona, no pudo lograr su cometido y se vio obligado a conceder sus derechos a las asambleas. Estos fueron nuevos hitos que jalonaron un camino orientado en una sola dirección: la independencia definitiva.[135]

En términos constitucionales, la historia de la primera mitad del siglo XVIII en las colonias que se establecieron en el continente norteamericano es la historia de cómo, en cada asamblea, el poder fue pasando a manos de las Cámaras Bajas, cuyos miembros eran elegidos por el pueblo. El gobernador gozaba de la fa-

cultad de vetar la legislación, y lo que se esperaba era que, asistido por los miembros de su consejo, todos provenientes de la Cámara Alta, ejerciera su poder sin cortapisas, y que los asambleístas elegidos por el pueblo se mantuvieran en un discreto segundo plano, subordinados a él. Pero lo que ocurrió fue exactamente lo contrario. En 1701 la élite de Pensilvania logró que William Penn aceptara un estatuto que concedía a los colonos determinados privilegios y creaba el organismo representativo más avanzado de Norteamérica. En la década de 1720, cuando Carolina del Sur pasó de ser una colonia de propietarios a serlo de la corona, lo que en teoría podía haber desembocado en una disminución del poder popular, la Cámara de Representantes aprovechó el cambio para incrementar su influencia. En las tres primeras décadas del siglo XVIII, no sólo Pensilvania y Carolina del Sur, sino también Nueva York y Massachusetts, libraron batallas constitucionales contra los gobernadores, los consejos y la corona, rechazaron órdenes y, en términos generales, decidieron la agenda política. En cada una de las colonias, la Cámara Baja logró aumentar su poder durante los primeros cincuenta años del siglo XVIII, a veces en una medida considerable. Estas cámaras organizaban su propio funcionamiento, convocaban elecciones, daban instrucciones a sus agentes en Londres y controlaban la información que se ponía en conocimiento de la prensa. Además, exigieron y obtuvieron el derecho exclusivo de acuñar papel moneda y, en consecuencia, de aumentar o disminuir los impuestos. Controlaban los gastos mediante asignaciones presupuestarias específicas —algo que el Parlamento inglés no podía permitirse debido al enorme poder del Tesoro— y esto dio lugar a que nombraran y pagaran a los comisionistas financieros y los recaudadores de impuestos, a que regularan las remuneraciones correspondientes a la Administración, y a que fijaran las retribuciones anuales de todos los funcionarios, entre ellas la del gobernador. De hecho, a diferencia de la Cámara de los Comu-

nes inglesa, fueron adquiriendo poco a poco todo tipo de responsabilidades ejecutivas y comenzaron a verse a sí mismas como el Gobierno.

Con todos estos factores en mente era inevitable que las Cámaras Bajas alcanzaran, con el tiempo, el control de todas las asambleas coloniales. Y así ocurrió, aunque el ritmo no fue el mismo en todos los casos. Veamos el registro cronológico. Las Cámaras de Representantes de Rhode Island y Connecticut gozaban de plenos poderes desde mucho antes del siglo XVIII. A continuación venía la cámara de Pensilvania, fortalecida por el estatuto de 1701, y que en la década de 1730 se aseguró el ejercicio pleno del poder a pesar de la oposición de los gobernadores. De hecho, la Cámara de Representantes de Massachusetts compartía la designación de los miembros del consejo conforme a su nueva Constitución de 1691 —única en su género— y en la década de 1720 se hizo cargo de las finanzas públicas. Hacia la década de 1740 su poder se extendía a todas las cuestiones de gobierno. La Cámara de los Comunes de Carolina del Sur y la asamblea de Nueva York se movieron más lentamente, y las siguieron las Cámaras Bajas de Carolina del Norte, Nueva Jersey y Virginia, cuyos representantes, en realidad, no alcanzaron la cima del poder sino hacia mediados de la década de 1750. En 1763, en Maryland y Nueva Hampshire, la Cámara Baja aún no había alcanzado la victoria. Pero hacia 1770 la situación se había consolidado en todas las colonias excepto en la remota y poco poblada Nueva Escocia. El movimiento iba en una sola dirección: hacia la democracia representativa y el gobierno de la mayoría.[136]

Este triunfo del sistema popular de gobierno tuvo una consecuencia significativa en la vida cotidiana. Dio lugar a que las colonias instaladas en el continente norteamericano se convirtieran en los territorios menos gravados con impuestos de la tierra. Más aún, es probable que no nos estemos equivocando si

decimos que la Norteamérica colonial fue el país menos gravado con impuestos de la historia, al menos hasta donde podemos saber. El Gobierno estaba reducido a su mínima expresión, sus poderes eran muy limitados y no era oneroso para la población. Con frecuencia se lo financiaba mediante el dinero que los tribunales recaudaban en concepto de multas, por los aranceles aduaneros o las ventas de tierras. Los Gobiernos de Nueva Jersey y Pensilvania no recaudaron impuestos mediante leyes tributarias durante varias décadas. Una de las razones por las cuales el nivel de vida norteamericano era tan elevado era que la gente podía disponer de prácticamente la totalidad de sus ingresos. El dinero se recaudaba mediante honorarios, en algunos casos a través de formas primitivas de capitación impositiva, derechos de exportación que pagaban los comerciantes o derechos de importación que se reflejaban en los precios comparativamente altos de las mercancías provenientes del exterior. Pero éstos eran insignificantes. Aún así, existía cierto resentimiento. Los hombres de la frontera sostenían que ellos no debían pagar ningún impuesto, ya que cargaban con el peso de garantizar la defensa de todos los demás. Pero este argumento era una justificación farisaica del hecho de que era muy difícil, si no imposible, hacerles pagar impuesto alguno. Lo cierto es que hasta la década de 1760 la mayoría de los colonos prácticamente no tenían conciencia de lo que era ser obligados a pagar impuestos. Es el caso en que más cerca se estuvo en la historia de llegar a constituir una sociedad sin impuestos. Fue un beneficio tremendo que los norteamericanos lograron prolongar hasta después de la independencia y un hecho que ayuda a explicar por qué Estados Unidos siguió siendo una sociedad con una carga impositiva muy baja hasta la segunda mitad del siglo XX.

Hacia mediados del siglo XVIII, Norteamérica mostraba todos los signos de un rápido progreso. La suya fue, sin duda, una historia exitosa. En gran medida, se gobernaba a sí misma. Con cada generación, la población se duplicaba. Ya era un país rico y, con el paso del tiempo, iba haciéndose cada vez más rico. Los ingresos de que disfrutaban después de la frugalidad y las penurias de la juventud la mayoría de los hombres y mujeres que allí vivían eran, comparados con los de los europeos, los típicos de una persona de la clase media. Para los que tenían un oficio, para los que eran emprendedores y dinámicos o los que tenían dotes para el comercio, las oportunidades eran ilimitadas. ¿Norteamérica estaba dejando de ser, entonces, "la ciudad sobre una colina" para convertirse lisa y llanamente en un paraíso terrenal y materialista? ¿La "hija prosperidad" a la que se había referido Cotton Mather estaba destruyendo a su "madre religión"? Alguien que hubiese llegado de afuera podría haber pensado que así era. En Boston, por ejemplo, con sus "42 calles, 36 callejuelas y 22 callejones" (en 1722), sus "casi 3.000 casas, 1.000 de ladrillo y el resto de madera", su imponente y ajetreado "gran muelle", que se internaba 800 metros en el mar y en el que los barcos más grandes del mundo podían anclar sin problemas fuera cual fuese el nivel de la marea, la acumulación de riquezas era visible en todas partes.[137] Es cierto que la línea del horizonte estaba jalonada por las agujas de 11 iglesias. Pero no todos esos delgados dedos que apuntaban a Dios representaban el antiguo espíritu puritano. La iglesia de la calle Brattle había sido fundada en 1699 por un grupo de comerciantes ricos que practicaban un tipo de religión cada vez menos doctrinaria, más vinculada a la moral que a la devoción, y que a los puritanos de la vieja guardia les resultaba desagradablemente laica. Filadelfia, que era un lugar aún más apegado a las cosas de este mundo, había sido fundada y construida por cuáqueros. Pero los cuáqueros se habían enriquecido. Un acta de recaudación de im-

puestos de 1769 muestra que, aunque la proporción de la población que representaban era de sólo uno por cada siete habitantes de la ciudad, la mitad de los que pagaban más de 100 libras en concepto de impuestos eran cuáqueros. De los 17 hombres más ricos de la ciudad, 12 eran cuáqueros. La verdad es que, adondequiera que fuesen, los laboriosos e inteligentes cuáqueros alcanzaban una prosperidad material que no los beneficiaba sólo a ellos sino también a los demás. Los inmigrantes alemanes, que eran laboriosos pero llegaban de un país pobre que se recuperaba muy lentamente de la devastación producida por la guerra de los Treinta Años, no dejaban de asombrarse ante las oportunidades que les brindaba la colonia cuáquera. Un observador alemán, Gottlieb Mittelberger, resumió sagazmente la situación en 1754: "Pensilvania es el cielo para los agricultores, el paraíso para los artesanos y el infierno para los funcionarios y los predicadores".[138] Es cierto que en 1752 Filadelfia tenía 12 iglesias, pero también tenía 14 destilerías de ron.[139]

Sin embargo, aunque el puritanismo estaba en decadencia en la Norteamérica del siglo XVIII, y el poder de los antiguos dogmas calvinistas —y las controversias que éstos suscitaban— declinaba, en términos generales la religión no era una causa perdida en la Norteamérica del Iluminismo. Todo lo contrario. De hecho, las características religiosas típicamente norteamericanas estaban comenzando a madurar y definirse. Se podría argumentar que la forma de cristiandad específicamente norteamericana —una visión despojada de dogmatismos, más moralista que creyente, tolerante pero fuerte y que impregnaba todos los aspectos de la sociedad— nació en el siglo XVIII, y que el Gran Despertar fue su partera. ¿Qué fue el Gran Despertar? Fue, y sigue siéndolo, algo muy difícil de definir, por el hecho de que constituyó uno de esos movimientos populares que no tienen un comienzo o un final obvios, cuyas batallas campales y victorias legales no tienen fechas específicas, que carecen de constitu-

ciones, de líderes visibles, de estadísticas confiables y de un conjunto de creencias establecidas. Mientras sucedía, no se le dio ningún nombre. Por extraño que parezca, en la primera historia importante de Norteamérica, escrita en las décadas de mediados del siglo XIX, *History of the United States* (Historia de los Estados Unidos) (1834-1874), George Bancroft no utiliza nunca la expresión Gran Despertar. Uno o dos historiadores modernos aseguran que esa expresión —y, en cierta medida, el concepto que ella entraña— fue inventada en 1842 por Joseph Tracey, que la utilizó en el título de un libro que resultaría un éxito de ventas: *The Great Awakening: a History of the Revival of Religion in the Times of Edwards and Whitefield* (El Gran Despertar: una historia del renacimiento de la religión en los tiempos de Edwards y Whitefield).[140]

Sea cual fuere el nombre que le demos, lo cierto es que durante la primera mitad del siglo XVIII hubo en Norteamérica un movimiento espiritual de enorme alcance, tanto en el campo de la religión como en el de la política. Fue, sin duda, uno de los acontecimientos clave de la historia norteamericana. Parece haber comenzado entre los inmigrantes alemanes, y reflejó el espíritu de gratitud que los embargaba por haber podido librarse de la pobreza que sufrieran en Europa y por su feliz llegada a la Tierra Prometida. En 1719, el pastor alemán de la Iglesia reformada holandesa, Theodore Frelinghuysen, encabezó una serie de encuentros evangélicos en el valle del Raritan. El "pietismo", que aconsejaba llevar una vida piadosa sin preocuparse demasiado por las disputas doctrinarias que tanto se reiteraron en el siglo XVII, era un concepto alemán, y ésta fue la primera ocasión en que inmigrantes no angloparlantes aportaron ideas que terminarían por influir en la vida intelectual norteamericana. También es importante señalar que este renacimiento protestante, a diferencia de todas las otras encarnaciones anteriores de la religión reformada, no comenzó en los centros urbanos sino

en las zonas rurales. Ni Boston ni Filadelfia tuvieron nada que ver. Más aún, en cierta medida fue una protesta contra los dirigentes religiosos de las congregaciones farisaicas y bien alimentadas de las ya bien establecidas ciudades. Quienes lo iniciaron fueron predicadores que recorrían las fortalezas rurales cercanas a la frontera arengando a los humildes, pocos de los cuales teníian, muy de vez en cuando, la posibilidad de escuchar un sermón, mientras que muchos prácticamente no tenían contacto alguno con una religión estructurada. Fue simple, pero no simplista. Estos predicadores no sólo se proponían transmitir un mensaje: querían, además, que quienes los escuchaban aprendieran ese mensaje por sí mismos, estudiando la Biblia; y para poder hacerlo debían aprender a leer. De modo que un elemento importante en los comienzos del Gran Despertar fue el desarrollo de un cierto tipo de educación básica en los distritos de la frontera y en las comunidades rurales que, hasta ese momento, no contaban con escuelas.

Como ha ocurrido con la mayoría de los movimientos religiosos innovadores, la noticia de su existencia se propagó verbalmente y a través de los ministros —algunos de ellos tenían una formación bastante escasa y no percibían remuneración alguna— que se trasladaban de una pequeña congregación a otra, más que a través de los canales religiosos oficiales. El ministro de la Iglesia congregacionista de Northampton, Massachusetts, Jonathan Edwards (1703-1758), estaba intrigado por lo que oía. Edwards era un hombre de inteligencia y sensibilidad sobresalientes, el primer pensador importante de la historia norteamericana. Hijo y nieto de ministros protestantes, había asistido a Yale siendo tan joven (apenas trece años) como lo era Cotton Mather cuando ingresó en Harvard. Sin embargo, fue el mejor alumno de su promoción y adquirió fama de erudito por sus ensayos acerca de la mente, las arañas, la teoría de los átomos y la naturaleza del ser. Era tal su capacidad que, a la edad

de veintiún años ya era jefe de preceptores de la universidad y, de hecho, se puede decir que era quien la administraba. Pero cuando murió su abuelo, Edwards se hizo cargo de su congregación en Northampton y trabajó intensamente por lo que era un rebaño bastante poco grato hasta que descubrió que podía fundar su mensaje no tanto en el miedo, como solían hacer los antiguos predicadores puritanos, como en la alegría.[141]

No se trataba de que Edwards desestimara el elemento de "saludable terror", como él lo llamaba. Podía invocar el fuego del infierno en sus sermones como el mejor. Decía a los pecadores: "El Dios que os sostiene y no os deja caer al hondo pozo del infierno del mismo modo que vosotros podéis sostener sobre el fuego una araña o cualquier repugnante insecto, abomina de vosotros y se siente terriblemente desafiado". Este sermón en particular, publicado en 1741 bajo el título *Sinners in the Hands of an Angry God* (Los pecadores a merced de un Dios iracundo), fue leído con avidez en todas las colonias y tomado al pie de la letra por muchos evangelistas menores que querían ablandar los corazones endurecidos. Pero era parte de su idiosincrasia que Edwards, como buen norteamericano, no se limitase a poner el acento solamente en la ira de Dios sino también en su generosidad con la humanidad, y que se regocijase con la plenitud y, no menos importante, con la belleza de lo que era creación de Dios. Edwards aportó una interpretación completamente nueva a la severa y antigua doctrina calvinista de la redención al señalar que Dios no se limitaba a elegir a algunos y a otros no, sino que, por así decirlo, irradiaba su bondad y belleza en las almas de hombres y mujeres para que ellos se convirtieran en parte de él. Lo llamó "una especie de participación en Dios" en la que "Dios infunde su propia belleza, es decir su bella apariencia, en las almas de sus fieles". En un sermón machacón que se publicó por primera vez en 1731, *God Glorified in the Work of Redemption* (Dios glorificado en la obra de la redención), insistía en

que la felicidad que los seres humanos encuentran en “las gloriosas excelencias y la belleza de Dios” es el más intenso de los placeres terrenales y, al mismo tiempo, entraña una transformación espiritual. A través de Dios amamos la belleza, y cuando gozamos de la belleza estamos adorándolo a Él. Más aún, este hecho de gozar y conocer la belleza, y a través de ella a Dios, “pueden alcanzarlo personas cuyas capacidades y ventajas son escasas tanto como aquellos que pertenecen a la clase principal y cultivada”.[142] Parte del mensaje de Edwards consistía en señalar que el conocimiento de Dios era tanto un aprendizaje como una revelación, que era una experiencia tanto espiritual como estética, y que elevaba la totalidad de los sentidos. Edwards no era un simple evangelista sino un filósofo de fuste, cuyas obras llenan varios gruesos volúmenes.[143] Pero el meollo de su prédica, y el secreto de su indudable atractivo, entonces y ahora, y tanto para las masas como para los intelectuales, es que el amor es la esencia de la experiencia religiosa.

Los primeros sermones que publicó Edwards fueron vastamente leídos y analizados. Lo que más interés despertó en sus hermanos evangelistas, en Inglaterra y en Norteamérica por igual, fue su notable relato *A Faithful Narrative* (Una fiel narración), de 1737, en el que cuenta las conversiones que sus métodos produjeron en su propia parroquia. Uno de los ingleses a quienes conmocionó con ellos fue John Wesley, que se trasladó a Georgia y permaneció allí, entre 1735 y 1738, con la misión de ayudar al general Oglethorpe a evangelizar a los colonos y los indios. Otro fue George Whitefield (1714-1770), que también participaba en la misión del general. Wesley fue el predicador más notable del siglo XVIII, o al menos el más perseverante, pero sus esfuerzos estuvieron dedicados sobre todo a los ingleses inmersos en la pobreza. Whitefield, en cambio, histriónico y retórico, era una luminaria dotada de dones excepcionales que no se preocupaba, como lo hacía Wesley, por las cuestiones de or-

ganización. Se limitaba a enarbolar una antorcha y a usarla para iluminar a las multitudes. Había descubierto que Norteamérica era muy de su gusto. En 1740 emprendió la primera gira continental por las colonias, que comenzó en Savannah, Georgia, y lo llevó hasta Boston, en el Norte, encendiendo violentas lenguas de fuego religioso en todas partes. Fue Whitefield, el Gran Itinerante, como se lo llamó en su época, el verdadero responsable del despegue del Gran Despertar. Predicó, como él mismo dijo, "con mucho ardor, claridad y energía" y observó con ansiedad cómo "Dagón cae día tras día a los pies del Arca". Parece haber atraído por igual a los anglicanos convencionales, a los calvinistas furiosos, a los pietistas alemanes, a los irlandeses escoceses, a los holandeses e incluso a algunos católicos. Una mujer alemana que lo oyó dijo que nunca había escuchado nada tan edificante en su vida, aunque no hablaba una palabra de inglés. Tuvo su éxito más sonado en la fortaleza calvinista de Boston, donde las Iglesias establecidas lo rechazaron sin reservas. Allí unió fuerzas con Gilbert Tennent, y un crítico enfurecido describió cómo "la gente se revolcaba en la nieve, noche y día, tan sólo por escuchar sus bestiales rebuznos".[144]

Cuando Whitefield se marchó, surgieron otros que "avivaron el Divino Fuego que se encendió en los últimos tiempos". John Davenport (1716-1757), un graduado de Yale que provenía de Long Island, fue tal vez el primero de los representantes del nuevo estilo de evangelistas norteamericanos. En las reuniones públicas al aire libre en las que se presentaba a predicar pedía a los asistentes que arrojaran los anillos, las capas, las pelucas y otros vanos adornos personales al fuego, junto con los libros religiosos que él mismo denunciaba como perversos. Con ello infringió claramente las leyes coloniales que prohibían predicar de forma itinerante, fue arrestado, juzgado por la Asamblea General, que dictaminó que no estaba en sus cabales y lo deportó a Long Island. El castigo no lo amilanó, como tampoco a los de-

más. Puesto que se les impedía hacerlo en las iglesias, los nuevos evangelistas predicaban al aire libre, por lo general en torno a un fogón. De hecho, pronto comenzaron a organizar las reuniones multitudinarias que durante dos siglos constituirían el rasgo más característico de la religión de la frontera norteamericana. Pero muchos clérigos recibieron con los brazos abiertos a estos hombres indómitos y severos. Hasta la anglicana Virginia —al menos la zona de las tierras bajas— se unió a este renacimiento.[145] La gente del pueblo comenzaba por acudir a las reuniones al aire libre y terminaba asistiendo regularmente a su propia iglesia parroquial, si la había. Si no la había, se organizaban para construirla. Whitefield atraía enormes multitudes: no era raro que en sus reuniones se congregaran 10.000 personas. Es posible, como sostenían sus críticos, que sólo uno de cada cien de aquellos "conversos" perseverara con entusiasmo en su adhesión. Pero él volvía incansablemente al ataque —a partir de 1740, y durante treinta años, realizó siete giras continentales— y sus esfuerzos beneficiaron a todas las Iglesias, aunque los que más frutos recogieron fueron los baptistas y las sectas más extrañas de la periferia del protestantismo.

Lo más curioso del Gran Despertar es que su acción apuntó simultáneamente en dos direcciones diferentes y, en apariencia, contradictorias. Desde cierto punto de vista era una expresión del Iluminismo. Uno de los representantes más importantes de la tendencia anglicana de este renacimiento, Samuel Johnson (1693-1772), que había conocido a Edwards en Yale —de hecho había sido su tutor— era un clérigo típicamente iluminista. Decía que la lectura del libro *Advancement of Learning* (Los avances de la ciencia), de Francis Bacon, lo había hecho sentirse "como aquel que emerge de las sombras y se encuentra de pronto con la luz de un día soleado". La experiencia, dijo, lo liberó de lo que llamó "la curiosa telaraña de las distribuciones y la definición" —la teología calvinista del siglo XVII—, y de Bacon

pasó al idealismo de un gran filósofo angloirlandés, el obispo Berkeley, que le enseñó que la moralidad "es lo mismo que la religión de la naturaleza", a la que por cierto no se llega sin la revelación, pero que está fundada en los primeros principios de la razón y la naturaleza. Johnson fue el primer presidente del King's College. El Despertar tuvo, por otra parte, una influencia extraordinaria en todos los ámbitos de la educación. El ministro congregacionalista Eleazar Wheelock (1711-1779), uno de los representantes del Gran Despertar en Nueva Inglaterra, se hizo cargo de la dirección de una muy exitosa escuela para indios que, en su momento, se convirtió en la Facultad de Dartmouth (1769), especializada en el estudio de los clásicos. Charles Chauncy (1705-1787), pastor de la Primera Iglesia, en Boston, se opuso en un principio a Edwards y sus misiones, y expresó su punto de vista en *Thoughts on the State of Religión in New England* (Reflexiones acerca del estado de la religión en Nueva Inglaterra), obra de 1743, y en otros panfletos. Sin embargo, el Despertar ejerció su influencia sobre él, apartándolo de las estructuras tradicionales de la cristiandad y llevándolo a lo que se convertiría en el "unitarismo". Vivió lo suficiente para ver cómo los anglicanos de la King's Chapel de Boston adoptaban, en 1785, una teología no trinitaria y se convertían en la primera Iglesia unitaria de Norteamérica. Ebenezer Gay (1696-1787), de Dedham, recorrió un camino similar. Y en Norteamérica, al igual que en Inglaterra, el unitarismo fue, para muchos intelectuales, como una posada en el largo camino que los llevaría al agnosticismo. Paradójicamente, como resultado del Despertar, en muchas iglesias se produjeron escisiones entre los que la defendían con entusiasmo y aquellos que repudiaban su impronta emocional, hasta el punto de que este segundo grupo se hizo fuerte en muchos púlpitos y, a través de ellos, echó los cimientos del liberalismo religioso norteamericano.[146]

El Gran Despertar fue, pues, el acontecimiento protorrevolucionario, el momento formativo de la historia norteamericana que precedió al impulso político que conduciría a la independencia y que, además, la haría posible.[147] Cruzó todos los límites religiosos y sectarios, echó luz sobre ellos, y convirtió las hasta entonces Iglesias de estilo europeo en Iglesias norteamericanas. Dio comienzo al proceso que creó un tipo de devoción religiosa ecuménica y norteamericana que influyó en todos los grupos y dio un toque distintivamente norteamericano a una gran variedad de denominaciones. Se lo podría resumir en los siguientes cinco puntos: vigor evangelizador, tendencia a disminuir la importancia del clero, poco énfasis en las formalidades litúrgicas, menos aún en los límites parroquiales y, sobre todo, aumento del valor de la experiencia individual. Su texto clave se encuentra en Revelaciones 21.5: "Contemplad cómo todas las cosas que hago son nuevas", que era también un texto representativo de la experiencia norteamericana en su conjunto.

Así pues, si hubo una dimensión política subyacente en el Gran Despertar, también la hubo en el plano geográfico. No sólo hizo que parecieran no tener importancia los límites parroquiales sino todos los límites. Hasta ese momento, cada una de las colonias había concebido sus lazos con el exterior como algo que pasaba principalmente por Londres. Cada una tendía a constituirse en un pequeño mundo encerrado en sí mismo. Ése sería el patrón que regiría las colonias españolas durante un siglo más, y en ese sentido la independencia no establecería ninguna diferencia. El Gran Despertar hizo desaparecer ese aislamiento. Enseñó a las diferentes colonias, tanto a las que estaban a orillas del mar como a las instaladas en las estribaciones de las montañas, tanto a las costeras como a las de tierra adentro, a comprender y apreciar lo que tenían en común, que no era poco. Un símbolo de todo este proceso fue el hecho de que Whitefield se convirtiese en la primera figura pública "nortea-

mericana", tan conocida en Georgia como en Nueva Hampshire. En 1770, cuando murió, su deceso fue comentado por toda la prensa norteamericana.

Pero más importante aún que el nuevo sentido geográfico de unidad fue el cambio que se produjo en las actitudes de aquellos hombres. Como habría de escribir John Adams mucho después: "La revolución ya se había producido antes de que la guerra comenzara. La revolución estaba en las mentes y los corazones del pueblo: y el cambio formaba parte de sus sentimientos religiosos en relación con sus deberes y obligaciones". Fue el matrimonio entre el racionalismo de las élites norteamericanas inspiradas por el Iluminismo con el espíritu que el Gran Despertar infundió en las masas lo que permitió que el entusiasmo popular así exaltado se canalizara hacia los objetivos políticos de la revolución, que pronto pasó a ser identificada como el acontecimiento escatológico por venir. Ninguna de estas fuerzas habría podido prosperar sin la otra. La revolución no podría haber tenido lugar fuera de este contexto religioso. La diferencia esencial entre la Revolución norteamericana y la Revolución francesa es que la primera, en sus orígenes, fue un acontecimiento religioso, mientras que la segunda fue un acontecimiento antirreligioso. Ese hecho habría de moldear la Revolución norteamericana de principio a fin y sería un factor determinante de la naturaleza del Estado independiente al que daría el ser.

SEGUNDA PARTE
“QUE LA CONSTITUCIÓN LIBRE SEA POR SIEMPRE SAGRADA”.
La Norteamérica revolucionaria, 1750-1815

Si el Gran Despertar preparó emocionalmente a los norteamericanos para la Revolución y la Independencia, lo que de hecho hizo estallar el proceso fue la primera guerra mundial de la historia de la humanidad. Y, lo que es bastante curioso, fue un norteamericano quien encendió la mecha que dio inicio a este conflicto global. George Washington (1739-1799) nació en una finca familiar, Wakefield, en el distrito de Wesmoreland, Virginia. Sus antepasados escribieron gran parte de la historia de Norteamérica. El fundador de la familia, que era un clérigo a quien habían expulsado de Essex por bebedor, llegó a Virginia en 1657 y allí se casó con la próspera Anne Pope. Era el bisabuelo de Washington, al que los indios recordaban como Caunotaucarius, “conquistador de ciudades”. El padre de Washington, Augustine o Gus, era un gigante rubio, testimonio viviente del hecho de que los hombres crecían más en Norteamérica que en Inglaterra, aunque Gus envió a su primogénito Lawrence, hermanastro de Washington a quien éste adoraba, a estudiar a Appleby, Inglaterra, para que adquiriera un poco de distinción. Gus tuvo una familia numerosa y era un hacendado de éxito moderado. Murió cuando Washington tenía once años, y dejó 4.000 hectáreas en siete parcelas, con un total de 49 escla-

vos. La propiedad más importante era la finca Ferry, de casi 2.000 hectáreas, y que tenía 10 esclavos, de la cual la madre de George recibió la mitad y en la que decidió quedarse.

Como su padre, George Washington era alto, de un metro noventa. Sus manos y pies eran enormes, tenía el pelo de color rojo, o rojizo, nariz grande, una frente amplia, caderas anchas, era estrecho de hombros y aprovechaba su altura y corpulencia para ofrecer una imagen imponente que, junto a su capacidad para conservar la calma en los momentos más críticos, fue la clave de su destreza para dirigir a los hombres, fueran éstos soldados o políticos.[148] Siempre tuvo problemas con su apariencia. Nunca usó peluca, ya que consideraba que no era decoroso, y en cambio acicalaba y empolvaba su pelo con cuidado, y lo ataba con una pulcra cinta de terciopelo llamada "solitario". Se rompió los dientes a causa del hábito de emplearlos para abrir nueces; los reemplazó con dientes postizos de marfil de hipopótamo, pero era consciente de que no le quedaban bien. Cuando era joven, no emprendía una expedición a los bosques sin llevar consigo nueve camisas, seis chalecos de lino, siete gorros, seis cuellos y cuatro bufandas.[149] Tenía modales aristocráticos que, con el tiempo, se volvieron regios. Rechazaba la costumbre norteamericana, que se difundió durante el siglo XVIII, consistente en estrechar la mano a todo el mundo, y en cambio prefería saludar con una inclinación de cabeza. No dudaba en recurrir a la fuerza física para conseguir sus propósitos: "Descargaba su bastón sobre aquellos de sus oficiales que huían, dando así un mal ejemplo a sus soldados". Era capaz de arrojar piedras a una gran distancia y le gustaba demostrar esta habilidad para impresionar a los demás. Su madre era una mujer fuerte y él la apreciaba mucho. Su padre no significó nada para él. Se han conservado alrededor de 17.000 cartas de Washington, y sólo en dos de ellas se menciona al padre. Él fue, desde temprana edad, su propia imagen paterna.[150]

A los dieciséis años, Washington descubrió que para un joven con sus orígenes y su modesta educación la mejor manera de ser dueño de grandes extensiones de tierra era convertirse en agrimensor. Bastaba con tener una buena mano y la habilidad de trazar mapas, tomar medidas y hacer cálculos. La fascinación que todos los norteamericanos sentían por la tierra, la constante especulación en torno a ella, la enorme cantidad de territorio que aún quedaba por conquistar hacia el oeste, garantizaban que habría una plena ocupación del continente. Su primer trabajo fue hacer las mediciones de parte de la hacienda de Fairfax, al oeste de Blue Ridge. Este trabajo lo llevó al distrito de la frontera por primera vez y le permitió descubrir que le gustaban la vida, las oportunidades e incluso el peligro. Se incorporó a la milicia y descubrió que eso también le gustaba. Era un soldado nato. En 1753, cuando Washington tenía veintiún años, el gobernador de Virginia, Robert Dinwiddie, lo envió con el grado de mayor al valle del Ohio, en nombre de la Compañía Ohio, en una iniciativa privada acordada con el Gobierno a fin de apoyar el desarrollo de los distritos de frontera. La orden que Washington debía cumplir era la de establecer contacto con los franceses que hubiera en el lugar y advertirles que se encontraban en territorio inglés.

El año siguiente fue el año crítico. Washington, con el rango de teniente coronel y al mando de una fuerza compuesta por voluntarios de Virginia e indios, fue nuevamente enviado a Ohio con la misión de construir una fortificación en Ohio Forks, cerca de lo que hoy es Pittsburgh. Escribió un detallado diario de esta expedición. En Forks se encontró con que los franceses habían llegado antes que él y habían construido Fort Duquesne. El construyó su propia fortificación en Great Meadows, a la que llamó Fort Necessity (estaba en plena batalla administrativa con el gobernador Dinwiddie por la paga y las provisiones para sus soldados). Entonces se encontró frente a frente

con un destacamento francés, que estaba al mando del teniente De Jumonville, y cuando los franceses corrieron a buscar sus mosquetes, "di a mi compañía la orden de abrir fuego", escribió Washington. Sus indios iroqueses atacaron con sus *tomahawks* (hachas de guerra). Antes de que Washington pudiera detener la matanza y aceptar la rendición de los franceses, diez habían muerto, entre ellos su comandante.[151] Este incidente, conocido como *l'affaire Jumonville*, desencadenó una represalia masiva de Francia y dio inicio a lo que pronto se convertiría en una verdadera guerra mundial. Se prolongó seis años en Norteamérica, entre 1754 y 1760, en Centroamérica y Sudamérica, en el Caribe y el Atlántico, en la India y en Oriente, y también afectó a Europa, donde se la conoció con el nombre de la guerra de los Siete Años (entre 1756 y 1763). Washington, que adquirió fama e incluso una mala reputación por haber desencadenado semejante conflicto, escribió con ingenuidad a su hermano Jack que su primera experiencia de acción no lo había intimidado: "Escuché silbar las balas y, debes creerme, hay algo encantador en ese sonido". Esto, junto con parte de los informes y diarios de Washington, se publicó en *London Magazine*, donde el rey Jorge II lo leyó. El monarca estaba bastante orgulloso de su experiencia en el campo de batalla y dijo con un bufido: "¡Por Dios! No pensaría que las balas son encantadoras si hubiera escuchado muchas". Voltaire resumió así el episodio: "Una bala de cañón disparada en Norteamérica iba a dar la señal que haría arder Europa". En realidad, no se disparó ningún cañón. Horace Walpole, en su *History of the Reign of George II* (Historia del reinado de Jorge II), fue más preciso: "Un joven de Virginia dio la orden de disparar en un lugar remoto de Norteamérica y prendió fuego al mundo".[152]

El factor fundamental para que Inglaterra mantuviera el poder en las colonias norteamericanas a mediados del siglo XVIII fue el miedo a una ocupación francesa. Los norteamericanos

creían que caer bajo el dominio de la bandera francesa era la peor desgracia que les podía suceder. En la costa atlántica, gente proveniente de las más diversas naciones —españoles, franceses, suecos, holandeses, alemanes, suizos— había aceptado la soberanía británica, ya sea a causa de una conquista o de una inmigración, y en ninguno de los casos había tenido dificultades para adaptarse. En comparación con los demás países de Europa, Inglaterra era liberal, con un Gobierno que tendía a intervenir lo menos posible, y una tradición de libertad de expresión, de reunión, de prensa y (hasta cierto punto) de culto. Los colonos se aprovecharon *a fortiori* de estas ventajas, puesto que por lo general tenían poco o ningún contacto con el Gobierno. Pero para un súbdito británico, pasar de la bandera inglesa a la francesa era una cosa muy distinta. En Francia todavía regía una monarquía absoluta a la que se le reconocía un derecho divino. La nación era formidable, omnipresente y exigente, incluso del otro lado del Atlántico. Sus súbditos eran obligados a cumplir con el servicio militar y debían pagar elevados impuestos. Además, se trataba de una nación católica que no practicaba la tolerancia, como podían atestiguar los miles de inmigrantes hugonotes que se refugiaron en las colonias británicas.

Las colonias norteamericanas habían desempeñado un papel poco significativo en la guerra contra Francia durante el reinado de Guillermo III y la reina Ana. Pero desde aquella época la presencia militar francesa en Norteamérica se había incrementado enormemente. Cuando en 1740 estalló la guerra con España (la guerra de Sucesión, como se la conoció en Europa), a la que pronto siguió la guerra con Francia, las colonias participaron en el frente de batalla en Norteamérica. No sólo los georgianos de Oglethorpe invadieron la Florida española, sino que milicias coloniales compuestas en su mayoría por hombres provenientes de Nueva York y Massachusetts encabezaron la ofensiva contra Francia y lograron capturar Louisburg. Hubo indignación en

Nueva Inglaterra y en Nueva York cuando, en el pacto de Aix-la-Chapelle, en 1748, los británicos accedieron a devolver la fortaleza. Y en la colonia no habían causado buena impresión la estrategia y la ocupación británicas durante las primeras etapas de la guerra mundial que el coronel Washington inició sin darse cuenta. La campaña británica en Norteamérica tuvo problemas logísticos, le faltó eficacia y sufrió muchos contratiempos. La llegada de William Pitt al poder en 1758 cambió radicalmente las cosas. Pitt tenía una estrecha relación con los intereses comerciales de Londres y obró de manera que transformó la guerra europea en una guerra mundial. Reunió grandes flotas y armó ejércitos eficaces, escogió comandantes de gran capacidad como el general James Wolfe, y generó entusiasmo en la opinión pública a ambos lados del Atlántico. Sus ejércitos no sólo avanzaron hacia el norte remontando el Hudson y bajando por el St. Lawrence, sino también a lo largo del Ohio y el Allegheny. De un momento para el otro, con la caída de Quebec en 1759, el poderío francés en Norteamérica empezó a derrumbarse como un castillo de naipes. El tratado de paz firmado en París en 1763 confirmó esta situación.[153]

El pacto dio lugar a uno de los más grandes repartos territoriales de la historia. Lo que muestra con claridad la ignorancia recalcitrante de potencias europeas como Inglaterra y Francia, y su incapacidad para captar la creciente importancia de la Norteamérica continental, es que estas naciones pasaron la mayor parte del tiempo que duró el proceso de paz regateando por las islas productoras de azúcar del Caribe, que garantizaban dinero contante y sonante a corto plazo. Gracias a su dominio del mar, Inglaterra aprovechó la guerra para ocupar San Vicente, las Granadinas, Tobago, Dominica, Santa Lucía, Guadalupe y Martinica. El *lobby* azucarero británico, por temor a la sobreproducción, se opuso a que el país se quedara con todas ellas, por lo que Inglaterra devolvió gentilmente Guadalupe, Martini-

ca y Santa Lucía. A cambio, los franceses no tuvieron inconveniente en abandonar Canadá, Nueva Escocia y sus pretensiones en el valle del Ohio. El pacto se conoció con el nombre de Nieve por Azúcar. Y es más, Inglaterra, que ya no temía a una España que evidentemente padecía una decadencia militar irreversible, le devolvió gustosa sus otras conquistas: Cuba y Manila. Como parte de un trato unilateral, Francia entregó a España todo Luisiana para compensarla por las pérdidas sufridas en Florida a manos de los ingleses. De esta manera, la cantidad de territorio norteamericano que cambió de manos con este pacto fue mayor que la de cualquier otro tratado internacional firmado antes o después.[154] La consecuencia principal fue la retirada definitiva de Francia del hemisferio americano, donde sólo retuvo tres pequeñas islas del Caribe: dos que tenían zonas pesqueras y una porción insignificante de Guyana. Se trató de un cambio geopolítico de gran trascendencia, que procuró un gran alivio a los estrategas globales británicos, ya que convirtió a Inglaterra en la dueña de Norteamérica, sin que la más formidable potencia militar de Europa hubiera siquiera desafiado su poder. El dominio que tenía España en el sur del Misisipí era considerado con justicia un dominio débil que Inglaterra podía doblegar cuando lo considerara oportuno. Repentinamente, a mediados de la década de 1760, Inglaterra tenía bajo su control el territorio más extenso que el mundo había conocido desde el Imperio romano, al que superaba, de hecho, en términos de extensión territorial y de alcance global.

En el período que siguió al eclipse del dominio francés en Canadá, la pobreza del liderazgo británico se hizo evidente a través de un ejercicio de poder por completo ajeno al espíritu inglés: la ingeniería social. Preocupados por la concentración de colonos franceses en Nueva Escocia, los gobernantes británicos intentaron concentrar a 10.000 de ellos para obligarlos a dispersarse llevándolos a otras colonias británicas. Este tipo de co-

sas solían ocurrir en la Rusia zarista pero no en el territorio inglés. Las colonias protestantes no querían la diáspora papista. Virginia insistió en enviar su contingente, 1.100 colonos franceses, a Inglaterra. Unos 3.000 escaparon y fueron a Quebec, desde donde a su debido tiempo los británicos los deportaron (junto a varios miles más) hacia Francia, que los recibió a su pesar. La imagen que ofrecían estas pobres personas obligadas por los casacas rojas a marchar en fila y a embarcarse, a las que luego reemplazaron falanges de protestantes del Ulster, metodistas de Yorkshire y desconcertados montañeses escoceses —que fueron obligados a marchar desde el barco hacia campos en tierra cómo si se tratara de miembros reclutados de una colonia militar— causó indignación entre los colonos establecidos. ¿Quién aseguraba que las autoridades británicas no comenzarían pronto a tratarlos también a ellos como si fueran cargamentos de madera o sacos de patatas?[155]

En opinión de los colonos norteamericanos, los británicos demostraban por el contrario una consideración y una delicadeza con los indios inadmisibles. Según ellos, las relaciones con los indios eran un campo en el que la ingeniería social (o como la llamaban ellos *polity* (gobierno) o *policing* (mantenimiento del orden)) no sólo era conveniente sino esencial. Al tener que vérselas con el corazón de Norteamérica, del que ahora disponían a su antojo, los británicos se encontraron frente a un auténtico dilema: cómo reconciliar tres intereses en conflicto: el de los comerciantes en pieles, el de las colonias con su ansia de expandirse hacia el oeste y el de las tribus indígenas aliadas con los británicos, como los creeks, los cherokees y los iroqueses. Estaba en juego la distribución de áreas inmensas, que nunca habían sido delimitadas en un mapa. Lord Bute, en Londres, no sabía nada acerca del tema (no podía distinguir entre un cherokee y un esquimal, aunque era un gran conocedor de las tribus montañesas de Escocia) y dependía enteramente de ex-

pertos que se encontraban del otro lado del océano, como sir William Johnson y John Stuart, que defendían los intereses indios como propios. No hacía mucho que el Gobierno de Pensilvania había empleado la expresión “al oeste de las montañas Allegheny”, para referirse a la tierra reservada para los indios, presumiblemente a perpetuidad. Los que estaban a favor de los nativos tomaron esto como ejemplo y convencieron al Gobierno británico de que aplicara el mismo sistema en el resto de Norteamérica. En un decreto real del 7 de octubre de 1763 quedó configurado el nuevo límite que separaba las colonias de la tierra reservada a los indios. El decreto prohibía a los norteamericanos establecerse en “cualquier terreno más allá de las fuentes o el origen de cualquiera de los ríos que desembocan en el Atlántico desde el oeste o el noroeste”.[156] Esto habría dado lugar a una Norteamérica limitada a desarrollarse a orillas del Atlántico, obstruida desde el interior por la presencia de los indios. Las colonias lo consideraron una condena: destruía su futuro de un plumazo. En cualquier caso, era una idea que había perdido actualidad; ya había incontables pobladores más allá de la línea divisoria, bien establecidos, a los que cada día se sumaban nuevos colonos. El decreto no ignoró este hecho y, para complacer a los indios, dispuso que cualquier persona “que ya sea por propia voluntad o sin advertirlo se haya establecido en cualquier terreno (situado más allá de la línea divisoria) debe abandonar inmediatamente el lugar”. Se trataba de otro intento de ingeniería social: con la presencia de pobladores armados hasta los dientes ya diseminados por la zona, cuyos cultivos ocupaban una amplia extensión, el único modo de empujarlos hacia el este era a punta de bayoneta. Para empeorar las cosas, a los aliados indios de los británicos se les permitió permanecer en grandes áreas al este de la línea.

El decreto (conocido como la Gran Proclama) no fue en definitiva un documento práctico. Enfureció y atemorizó a los co-

lonos y no era posible hacerlo cumplir; de hecho, hubo que modificarlo en 1771 para que se ajustara a la realidad, y se permitió el asentamiento a lo largo del Ohio desde Great Forks (Fort Pitt o Pittsburgh) hasta el río Kentucky, lo que por lo tanto desvirtuó totalmente su espíritu y, en la práctica, eliminó cualquier barrera que impidiera una expansión masiva hacia el oeste. El decreto fue uno de los errores cruciales de Inglaterra. Justo en el momento en que la expulsión de los franceses había hecho que los norteamericanos ya no dependieran del poder militar británico y había eliminado cualquier obstáculo a la expansión de las colonias en una tierra sin fronteras, desde Londres se les proponía sustituir a los franceses por los indios y se negaba a los colonos el derecho de expandirse. No tenía sentido, y parecía un insulto deliberado a la susceptibilidad de los norteamericanos.

Un norteamericano que se sintió particularmente molesto por el decreto fue George Washington. Se consideraba a sí mismo un hombre de frontera además de propietario de tierras cercanas al mar. Su futuro personal, y el de Norteamérica, era acceder a tierras más allá de la frontera. La idea de adjudicar el interior de Norteamérica a los indios para siempre le parecía ridícula, ya que contradecía los hechos y el más elemental sentido común. No le gustaban los indios y los consideraba veleidosos, irresponsables, crueles, poco previsores, indolentes y poco confiables. Tenía en común con cada uno de los Padres Fundadores (éste es un punto que vale la pena mencionar) la convicción de que no debía permitirse que los intereses de los indios obstruyeran el desarrollo de Norteamérica. Por otra parte, Washington no era rebelde por naturaleza, tampoco republicano por instinto. Como muchos norteamericanos de su clase, no era ni una cosa ni la otra. Al igual que muchos de ellos, adoptó una posición ambivalente con respecto a Inglaterra, su realeza, sus instituciones y sus costumbres. Le gustaba usar la palabra “imperio”.

Estaba orgulloso del Imperio británico. Si era algo por instinto, era imperialista. De hecho consideró la posibilidad de hacer carrera en el Imperio británico. La guerra "le había resultado buena". En 1756 fue puesto al mando de la milicia de Virginia que debía defender la frontera. En 1758 capitaneó una de las tres brigadas que se apoderaron de Fort Duquesne. El éxito que tuvo como comandante militar en ascenso bajo la bandera inglesa lo ayudó a cortejar, y a ganar la codiciada mano, de una joven viuda adinerada llamada Martha Dandridge Custis (1732-1802), que poseía casi 7.000 hectáreas y 20.000 libras.

Washington había ambicionado durante mucho tiempo un nombramiento como oficial del Ejército británico y se había esforzado mucho por lograrlo. Esto podría haber cambiado por completo su vida, ya que le habría abierto la posibilidad de servir en cualquier parte del mundo, de ascender en la carrera militar, de obtener riquezas, probablemente un título de caballero, incluso de lord. Para entonces, ya sabía que era un oficial de primera clase con el talento y el temperamento necesarios para llegar a la cima. Tenía considerable experiencia en el campo de batalla y su trayectoria era ejemplar. Pero el sistema no lo aceptaba. A los ojos del Horse Guards, el cuartel general del Ejército británico en Londres, los oficiales del Ejército colonial carecían de entidad. A las milicias norteamericanas se las desdeñaba con particular desprecio, tanto en lo social como en lo militar. En Londres circulaba el mito de que su contribución a la guerra en Norteamérica había sido casi nula y de que no se podía depender de ellas para el combate, salvo quizá para enfrentarse a indios deficientemente armados. En realidad, la hoja de servicios de Washington conspiraba contra él. Lo mismo le sucedería unos años más tarde al joven Arthur Wellesley (que luego se convertiría en el duque de Wellington). El Horse Guards consideró que no era más que un "general cipayo" porque había servido en la India. Así que Washington se dio cuenta de que su

grado militar colonial no poseía ningún valor y de que no tenía posibilidades de conseguir un nombramiento real.[157] Se trataba de una injusticia y un insulto, y resultó ser el factor que determinó su vida y su sentido de la lealtad.

Las experiencias financieras de Washington también eran un claro ejemplo del modo en que la alta burguesía norteamericana se veía llevada inevitablemente a oponerse a Inglaterra. El matrimonio con Martha y la muerte de su hermanastro y su viuda convirtieron a Washington en el amo de Mount Vernon, e hicieron que pasara de ser un hacendado de poca monta a ser un importante terrateniente. Vivía con comodidad: tenía trece sirvientes, además de los carpinteros y albañiles que rondaban la casa. Sólo en los siete años posteriores a 1768, el matrimonio Washington agasajó a más de 2.000 invitados. Washington cumplía con todo lo que se esperaba que hiciera un caballero inglés, o un virginiano que pretendiera serlo. Criaba caballos. Tenía perros de caza: *Old Harry, Pompey, Pilot, Tartar, Mopsey, Duchess, Lady, Sweetlips, Drunkard, Vulcan, Rover, Truman, Júpiter, June y Truelove*. Construyó una biblioteca y ordenó que le llevaran desde Londres 500 *ex libris* que llevaban impreso su escudo de armas. Con Martha no tuvo hijos, pero era cariñoso con los que ella había tenido durante su primer matrimonio, y solía encargar los mejores juguetes a Londres: "Un juego de té Tunbridge —se lee en una de las listas—, tres juguetes Tunbridge, un libro encuadernado en cuero, un cofre elegante para guardar el juego de té, un pájaro cantor, un reloj de cuco, un loro giratorio, una tienda de comestibles de juguete, una muñeca de cera, una pajarera, un dragón de Prusia, un hombre que fuma y seis libritos para niños".[158]

Pero Washington no era un caballero inglés, por supuesto; era un súbdito colonial, y descubrió que el sistema también lo rechazaría como terrateniente. Se vio obligado a contratar a un agente en Londres, Robert Cary & Cía. (todos los hacendados

importantes lo hacían), y la relación que tuvo con él lo convirtió en antibritánico. El sistema monetario inglés de la época favorecía a los agentes y éstos tendían a aprovecharse de los hacendados haciendo que contrajeran deudas cuyos intereses se iban acumulando. Cualquier negociación con Londres resultaba cara debido a la complejidad, las anomalías históricas y el oscurantismo de aquella Administración primitiva que había evolucionado con el correr de los siglos hasta convertirse en un organismo perverso. Los norteamericanos no estaban acostumbrados a la idea de un Gobierno. Lo que tenían (por ejemplo, las oficinas dedicadas al reparto de tierras) era simple, eficaz y funcionaba sin demoras. Londres era otro mundo. La Comisión de Aduanas, la Secretaría de Guerra, el Almirantazgo, los Tribunales del Almirantazgo, el perito general de Bosques y Selvas del Reino, el director general de Correos, el obispo de Londres, todos ellos tenían algún control sobre las colonias. Sólo el Almirantazgo tenía quince sucursales dispersas en una ciudad que ya medía ocho kilómetros de ancho. Para llevar a cabo un trámite había que soportar demoras burocráticas y un viaje de cinco semanas. Como lo describió Edmund Burke, "el mar balancea las naves y los meses pasan entre la orden y la ejecución".[159]

Por sobre todas las cosas estaban las cargas fiscales. Como todos los norteamericanos, Washington pagaba pocos impuestos antes de mediados de la década de 1760 y recelaba de aquellos que sí pagaban. Ahora el Gobierno británico proponía reformar el régimen tributario de las colonias sobre una base completamente nueva. Inglaterra nunca había gastado tanto dinero como con la guerra de los Siete Años. Antes de ese conflicto la deuda nacional se mantenía en 60 millones de libras. En 1764 alcanzaba los 133 millones de libras, más del doble. Los pagos de intereses eran enormes. Un cálculo hecho por el Tesoro británico estimaba que a cada inglés le correspondía una deuda pública de 18 libras, mientras que la cifra por cada habitante de

las colonias era de apenas 18 chelines. Un inglés pagaba por término medio 25 chelines al año en impuestos, en tanto que un colono sólo pagaba 6 peniques, es decir cincuenta veces menos. ¿Por qué, se quejaba la élite británica, se debería permitir que continuara esta vergonzosa desigualdad, en especial teniendo en cuenta que habían sido los colonos norteamericanos los más favorecidos por la guerra?

George Grenville, por entonces a cargo de la política británica, era un caballero puntilloso y moralista decidido a corregir esta anomalía introduciendo lo que él llamaba "reglas de conducta apropiada" entre Inglaterra y Norteamérica. Como dijo Burke, Grenville "tenía una obsesión por las regulaciones y las restricciones". Atacó por dos flancos. Primero, decidió hacer que los norteamericanos pagaran los impuestos existentes, que eran indirectos: derechos aduaneros y otros por el estilo. En el mundo de habla inglesa, donde normalmente se respetan las leyes, la evasión de los impuestos aduaneros constituía una verdadera pasión practicada por personas de todos los estamentos, tanto ricos como pobres. Los contrabandistas adeptos a esta pasión formaron enormes ejércitos de marineros pícaros que se enfrentaban en batallas campales, en la costa y a veces tierra adentro, con el Cuerpo de Aduanas de Su Majestad, que en consecuencia se volvió tan brutal y despiadado como ellos (y aún lo es). Pero mientras que los ingleses evadían los impuestos aduaneros, los norteamericanos, directamente, no los pagaban, ya que el Cuerpo de Aduanas colonial era ineficaz y corrupto. De hecho, costaba más dinero del que recaudaba. Los funcionarios brillaban por su ausencia en la mayoría de los casos y su trabajo era cumplido, o no, por suplentes. Popularmente se creía que los impuestos que se perdían por ello alcanzaban la suma de 700.000 libras anuales, aunque la cifra real estaba más cerca de las 500.000 libras. La ley que Grenville redactó en 1764, conocida como "del azúcar" o "de rentas", redujo a la mi-

tad el impuesto sobre la melaza, pero era estricta en cuanto a su cumplimiento. Se ordenó a los funcionarios acudir a sus puestos. Se creó un nuevo tribunal dependiente del vicealmirantazgo en Halifax, Nueva Escocia, para imponer duras penas a los infractores. De pronto, hubo cantidad de recaudadores no oficiales por todas partes. Un crítico del sistema, Benjamin Franklin, puso en conocimiento de los notables de Boston que realizaban este trabajo personas ignorantes y necesitadas porque nadie mejor lo hubiese aceptado:

> Sus necesidades los hacen codiciosos, sus cargos los hacen orgullosos e insolentes, su insolencia y avaricia los vuelven odiosos y, al ser conscientes de ese odio, se vuelven maliciosos; su malicia los empuja a abusar continuamente de los habitantes en sus informes, en los que los presentan como desafectos y rebeldes, y (para alentar el empleo del rigor) como débiles, divididos, tímidos y cobardes. El Gobierno se lo cree todo, considera necesario apoyar y tolerar a sus funcionarios, piensa que las disputas que tienen con la gente son una señal y una consecuencia de su fidelidad [...] Creo que puede verse con claridad, en el sistema aduanero —vigente en Norteamérica por una ley del Parlamento—, la semilla de la completa desunión entre ambos países.[160]

La clara síntesis de Franklin lo dice todo. Pero pronto habría más que decir. Grenville pensaba que era monstruoso que la India debiera pagar por sí sola, con sus propios impuestos y sus cuentas, lo que brindaba enormes ganancias a los caballeros ingleses lo suficientemente afortunados como para tener establecimientos allí, mientras que en Norteamérica el sistema era deficiente. Así que en 1765 ideó un impuesto especial para Norteamérica llamado Ley de Sellos. Se trataba de una innovación, que resultaba horriblemente objetable para los norteamericanos, que paradójicamente eran más conservadores con respecto a estos asuntos. Produjo exactamente la misma indignación que el impuesto a los barcos de Carlos I había provocado entre la alta burguesía inglesa en los años que desembocaron en la guerra civil, y los colonos no dejaron de advertir este paralelismo histórico. Para empeorar las cosas, por alguna razón que le dio un extraño sentido a los vagos cálculos de Grenville, el impuesto

afectó en particular a dos categorías de hombres cuyo trabajo era el de hacer circular reclamos: los publicanos (que debían pagar una matrícula de una libra al año) y los periódicos (que debían imprimir sobre papel timbrado). Grenville tenía una habilidad innata para hacer las cosas mal. Su ley del azúcar costó 8.000 libras en gastos administrativos por cada 2.000 libras recaudadas por las rentas.[161] Su Ley de Sellos también tuvo altos costes administrativos y no produjo ninguna ganancia. Quedó demostrado que era imposible hacerla cumplir. Las asambleas coloniales la declararon inconstitucional e ilegal. Se hizo popular el siguiente eslogan: "No a los impuestos sin representación". Los manifestantes quemaron públicamente los sellos. Uno de los representantes del fisco, Zachariah Hood, se vio forzado a escapar de Massachusetts con tanta prisa para conseguir protección en el cuartel británico en Nueva York que su caballo murió durante el trayecto. A menos que los casacas rojas tomaran cartas en el asunto, no había ninguna otra fuerza preparada para frenar los disturbios. Más aún, había muchas personas en Londres, con Pitt a la cabeza, dispuestas a reconocer que la reclamación de los colonos era justa y que el Parlamento no tenía el derecho de cobrarles impuestos de esa manera. Así que la Ley de Sellos fue derogada. En Norteamérica esto se percibió, con razón, como un signo de debilidad. El Parlamento inglés agravó su error al insistir en que se dictara una ley de intenciones que reafirmara su soberanía sobre Norteamérica, lo cual hizo que la disputa no fuera sólo de índole financiera sino también constitucional.

Es ahora el momento de ver los orígenes y el progreso de la ruptura entre Inglaterra y Norteamérica a través de los ojos de un hombre que estuvo involucrado en todas sus etapas y que hizo cuanto pudo para evitarla: Benjamin Franklin. Una de las delicias que depara el estudio de la historia norteamericana del siglo XVIII es este noble erudito, visionario, práctico hombre or-

questa que se cruza repetidamente en nuestro camino. Hubo pocos asuntos de la época en los que no haya fijado su mirada penetrante. Conocemos mucho de su vida, ya que escribió una de las mejores autobiografías de la historia.[162] Nacido en 1706 en Boston, era el menor de 17 hermanos engendrados por un fabricante de velas que había inmigrado desde Oxfordshire. Sus padres vivieron hasta los ochenta y cuatro y los ochenta y siete años respectivamente, y esto era un ejemplo de cómo se estaba disparando el crecimiento natural de la población en Norteamérica; en Filadelfia Franklin conoció a Hannah Miller, que murió en 1769, a los cien años, dejando 14 hijos, 82 nietos y 110 bisnietos. Franklin asistió a la escuela sólo dos años y luego se fue a trabajar a la imprenta de su hermano mayor James. Se convirtió en un autodidacto infatigable: aprendió solo el francés, el latín, el italiano, el español, matemáticas, ciencia y muchas otras cosas. A los quince años comenzó a escribir para el periódico de James, el *New England Courant*. Su mentor era también un autodidacto genial, Daniel Defoe, pero quien le enseñó autodisciplina fue otro erudito, Cotton Mather. En dos ocasiones James tuvo problemas con las autoridades, a causa de sus artículos críticos, y fue encarcelado; Benjamin también era un rebelde: "A Adán nunca se lo llamó amo Adán —se lee en uno de sus artículos—. Nunca se habla de don Noé, caballero y baronet Lot, ni del Honorable Abraham, vizconde de Mesopotamia, barón de Canaán". Cuando el periódico de James fue clausurado, Benjamin volvió a publicarlo como editor propietario, pero pronto se rebeló también contra James y partió rumbo a Filadelfia.

Esta ciudad funcionaba entonces como la virtual capital de las colonias y era más grande que Boston. Allí Franklin prosperó. En 1724 el gobernador de Pensilvania, sir William Keith, lo envió dieciocho meses a Inglaterra de donde volvió cargado de ideas y de nueva tecnología. A los veinticuatro años era el editor

de más éxito en la ciudad más próspera de Norteamérica, dueño de *Pennsylvania Gazette*, e impresor de papel moneda para la Asamblea, "un trabajo muy redituable y una gran ayuda para mí". Convenció a otros jóvenes artesanos autodidactos y formó con ellos una "Junta o Club de los Mandiles de Cuero", que creó una biblioteca itinerante (la primera de este tipo en Norteamérica, varias veces imitada), notable por su escasez de libros religiosos y su abundancia de libros del tipo "hágalo usted mismo" sobre ciencia, literatura, tecnología e historia.[163] Franklin trabajó con ahínco para mejorar su ciudad adoptiva. Con su ayuda se creó el primer cuerpo policial o de vigilancia. Se convirtió en el presidente y actuario en jefe de la primera compañía de seguros contra incendios, en la que calculaba personalmente las primas. Fue fundamental su papel en el adoquinado, la limpieza y en especial en la iluminación de las calles, para las cuales diseñó una lámpara ventilada por los cuatro lados y en las que hizo instalar faroles de aceite de ballena. Junto a otros, fundó la Sociedad Filosófica Norteamericana, un equivalente de la Royal Society inglesa, el primer hospital de la ciudad, y por último, pero no por eso menos importante, la Academia para la Educación de la Juventud, que se convertiría en la gran Universidad de Pensilvania. El programa de estudios era notablemente liberal para la época: caligrafía, dibujo, aritmética, geometría, astronomía, "e incluso un poco de jardinería, cultivo de la tierra, injertos e inoculación". Además, allí se cultivaba el estilo inglés, en especial "la claridad y la concisión".[164]

Franklin fue padre de dos hijos ilegítimos, se unió en concubinato, tuvo una librería que importaba los panfletos más recientes de Londres —"Quiero tener todo aquello, bueno o malo, que haga ruido y tenga demanda"—, se convirtió en jefe de la oficina de Correos y, a partir de 1733, en una figura nacional gracias a su *Poor Richard's Almanac* (El Almanaque del pobre Richard), un diario-calendario con frases, aforismos y poemas.

Tomó la idea de Swift, pero le dio un toque personal. Era original en dos sentidos claramente marcados, distintivos de Norteamérica. En primer lugar, el almanaque introdujo el comentario chistoso, que transmitía los conocimientos o la sabiduría populares y al mismo tiempo que hacía reír. En segundo lugar, por medio de consejos prácticos divulgó la noción afianzada ya en Norteamérica del *self made man*, el hombre que se hace a sí mismo, la épica del pobre que hace fortuna. Los "Consejos de un viejo comerciante a uno joven" que Franklin escribió en 1748, resumen el tema del "pobre Richard": "Recuerda que el tiempo es dinero [...] recuerda que el crédito es dinero [...] El camino hacia la riqueza no es sino el camino hacia el mercado. Depende antes que nada de dos palabras: industria y frugalidad". Se vendieron 10.000 ejemplares de *Poor Richard's Almanac* el primer año, uno por cada 100 habitantes, y 250.000 al año siguiente de su publicación, lo que lo convirtió en el libro más popular en las colonias después de la Biblia. En 1757 se publicaron extractos bajo el título *The Way to Wealth* (El camino a la riqueza), libro del que se han realizado 1.200 ediciones y que aún leen los jóvenes.[165] En 1748 Franklin pudo poner a un socio que lo reemplazara y se retiró con unos ingresos de 476 libras anuales para dedicar el resto de su vida a ayudar a sus semejantes y a satisfacer su curiosidad científica.

Sus actividades se multiplicaron. Cruzó ocho veces el Atlántico; descubrió la corriente del Golfo; conoció a importantes científicos e ingenieros; inventó el regulador de tiro y diversos tipos de chimeneas sin humo (un tema polémico del que siguió ocupándose por el resto de su vida); diseñó dos nuevos tipos de cocinas, que se negó a patentar por principios humanitarios; inventó un nuevo tipo de hogar al que llamó "Chimenea de Pensilvania"; produjo una nueva lámpara de aceite de ballena; estudió geología, agricultura, arqueología, los eclipses, las manchas solares, los torbellinos, los terremotos, las hormigas,

los alfabetos y los pararrayos. Se convirtió en uno de los primeros expertos en electricidad y, al respecto, publicó en 1751 un tratado de 86 páginas titulado *Experiments and Observations on Electricity Made in Philadelphia* (Experimentos y observaciones sobre la electricidad realizados en Filadelfia), del que en un lapso de veinte años se publicaron cuatro ediciones en inglés, tres en francés, una en alemán y otra en italiano, lo que le valió una gran reputación en Europa. Como escribió uno de sus biógrafos, "antes de Franklin la electricidad era una curiosidad; él la convirtió en una ciencia". Pero también tenía humor, y propuso una fiesta de la electricidad: "La cena consistirá en un pavo al que se matará mediante una descarga eléctrica, que será asado en una parrilla eléctrica con un fuego que se encenderá con un alimentador eléctrico; después se brindará a la salud de todos los famosos amantes de la electricidad de Inglaterra, Holanda, Francia y Alemania con vasos electrificados, en medio de una salva de disparos hechos con una batería eléctrica".[166]

Le llovían los honores: un nombramiento como miembro de la Royal Society inglesa, y títulos no sólo de Yale, Harvard y William and Mary, sino también de Oxford y St. Andrews. Mantuvo correspondencia con sabios de todo el mundo civilizado y fue miembro de veintiocho academias y sociedades de eruditos. Como reconoció sir Humphry Davy: "Con la ayuda de medios muy simples estableció verdades muy profundas".[167] En cambio, se inició tardíamente en la política. Fue elegido miembro de la Asamblea de Pensilvania en 1751, y dos años después lo nombraron jefe general suplente de Correos de todas las colonias. Esto hizo que pensara, por primera vez, en el continente norteamericano como una unidad. Pero lo que empujó a Franklin a tomar posición en la batalla fue la ley británica que prohibía la instalación de nuevos talleres metalúrgicos en las colonias. En sus *Observations Concerning the Increase in Mankind, People of Countries, etc*. (Observaciones acerca del aumento del

género humano, la población de los distintos países, etcétera) que publicó en 1754, señaló que el gran aumento de la población era mayor en Norteamérica y predijo que “en el próximo siglo” Norteamérica estaría más poblada y sería “un mercado glorioso completamente en poder de Inglaterra”. Por lo tanto consideraba que no se debía impedir que las colonias tuvieran sus fábricas: “Una madre buena e inteligente no lo haría”. Franklin agregó, exponiendo públicamente por primera vez la teoría de la frontera dinámica: “El territorio norteamericano es tan vasto que para poblarlo completamente serán necesarias varias generaciones: y hasta que esto suceda, la mano de obra nunca será barata, ya que aquí ningún hombre sigue dependiendo de otros durante mucho tiempo porque puede fundar su propia empresa; ningún hombre sigue siendo jornalero durante mucho tiempo porque pronto se convierte en uno de los nuevos colonos y se establece por su cuenta”.[168]

Fue esta línea de pensamiento, y la experiencia que adquirió en su desempeño como enviado para negociar con los indios del Ohio, así como durante la guerra, lo que llevó a Franklin a proponer un tipo de gobierno general para las colonias continentales, con la excepción de Nueva Escocia y Georgia. Pensaba que un gobierno federal de este tipo debería encargarse de la defensa, la expansión territorial y los asuntos concernientes a los indígenas. Habría un Consejo Mayor elegido por delegados de todas las asambleas coloniales en una proporción que se fijaría según los impuestos que pagaran, y que tendría la facultad de legislar, declarar la guerra o la paz y pagarle a un presidente que gobernaría todo el país. La idea no cayó mal en Londres, pero ninguna de las asambleas se mostró interesada, por lo que el Gobierno británico no siguió ocupándose del tema. Más tarde, Franklin escribió con tristeza en su autobiografía: “Sigo pensando que habría sido bueno para los dos países si se hubiera adoptado la idea. Al encontrarse tan unidas, las colonias ha-

brían tenido el suficiente poderío para defenderse por sí solas (de los franceses); no habría sido necesario que Inglaterra enviara tropas; por supuesto, se habría podido evitar la posterior pretensión de imponer gravámenes a Norteamérica, y la disputa sangrienta que ello ocasionó". Lamentablemente, "las asambleas no aprobaron la idea, ya que consideraron que había demasiadas prerrogativas en ella, y en Inglaterra juzgaron que era demasiado democrática".[169]

El callejón sin salida constitucional se agravó por una ruptura gradual del orden en algunas de las colonias, provocada por distintos factores, algunos de los cuales no tenían relación alguna con las discrepancias entre Norteamérica y Londres, pero que, no obstante, hicieron que éstas adquirieran más importancia. En 1763 un poderoso jefe indio llamado Pontiac, que había sido aliado de los franceses y para quien se habían vuelto intolerables las consecuencias de la conquista británica, formó una gran confederación de varias tribus disconformes y asoló más de 600 kilómetros de frontera, destruyendo todas las fortificaciones a excepción de Detroit y Pittsburgh. La violencia se extendió desde Niágara hasta Virginia y fue el levantamiento indio más destructivo del siglo. En su transcurso fueron ejecutados más de dos centenares de comerciantes.[170] Tres años se tardó en sofocar el levantamiento, algo que se logró sólo gracias a la intervención de unidades del Ejército británico, y ello con un gasto considerable. Sólo cuatro colonias, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut y Virginia, intentaron ofrecer su ayuda. Todo esto culminó con la violenta negativa a pagar el impuesto de sellos, lo que muchos vieron con razón como un triunfo del "gobierno del populacho".

Hubo otros estallidos, algunos poco significativos, otros graves, con la característica en común de constituir una amenaza a un sistema de gobierno que estaba sin duda desgastado y necesitaba una reconstrucción drástica. Por citar un ejemplo, a fines

de 1763, una pandilla de escoceses e irlandeses de la frontera, de los distritos de Paxton y Donegal, llevaron a cabo una matanza atroz de indios indefensos, algunos de ellos cristianos, muchos de los cuales estaban trabajando a cambio de refugio en el asilo de Lancaster. Ejecutaron a otro grupo de 140 indios, convertidos por los hermanos moravos, a quienes éstos habían llevado a Province Island, sobre el río Schuylkill, para que estuvieran a salvo. Amenazaron con atacar Filadelfia y ejecutar también a los cuáqueros, ya que los veían como "amantes de los indios" que impedirían el desarrollo de la frontera y la liberación del territorio para el asentamiento. Se le pidió a Franklin que organizara la defensa de la ciudad contra los *Paxton boys*, para lo que formó la milicia (seis regimientos de infantería, dos de caballería y un escuadrón de artillería) y por fin logró persuadir a los alborotadores de que se dispersaran. Pero no había voluntad de castigar ni siquiera a los cabecillas, y Franklin, que no era amigo de los indios pero estaba disgustado con lo que había sucedido, debió conformarse con escribir un duro panfleto en el que denunciaba "a los cristianos blancos salvajes".[171] Hubo aún más violencia cuando en 1767 Charles Townshend, en nombre del Gobierno británico, volvió a la carga en el flanco económico (era ministro del Tesoro) con una nueva serie de impuestos sobre el vidrio, el plomo, la pintura y el té. La respuesta de las colonias fue lo que ellos llamaron Acuerdos de No Importación, lo que era en realidad un boicot a los productos británicos. Pero esta vez se recaudó una considerable cantidad de dinero en concepto de impuestos (30.000 libras en un año, con un coste de 3.000 libras), y esto estimuló a las autoridades británicas a seguir presionando. El puerto y la ciudad de Boston se volvieron el centro de la resistencia, cada vez más violenta, con ataques individuales a funcionarios de Aduanas y saqueos populares a los depósitos aduaneros y los Tribunales del Vicealmirantazgo.

El efecto que tuvieron estos estallidos sobre la opinión pública británica fue desastroso. Hubo un llamamiento para que se actuara con "firmeza". Incluso aquellos que simpatizaban con la causa de los colonos pedían una línea fuerte de gobierno, que no descartara el uso de la violencia. Pitt, que ahora era conde de Chatham, dijo: "Se debe subordinar a los norteamericanos […], nosotros somos la madre patria. Ellos son niños. Deben obedecer, y nosotros dar las órdenes". El conde de Shelburne, el más inteligente y voluntarioso de los políticos de Londres, quería que se reemplazara al gobernador civil de Nueva York, sir Henry Moore, por "un hombre con un carácter militar, que debería proceder con fuerza o con diplomacia según lo requieran las circunstancias".[172] Desde el punto de vista de los militares británicos, en especial de los jefes mercenarios destacados en Norteamérica, como el coronel Henri Boughet, que reprimió el levantamiento de Pontiac, las milicias norteamericanas no eran efectivas y, por más talento que tuvieran para hacerse notar políticamente, los colonos no eran buenos combatientes. Hacia fines de la década de 1760 Inglaterra tenía alrededor de 10.000 hombres en la zona, soldados regulares y mercenarios alemanes, con bases en Jamaica, Halifax y en las colonias del continente, lo que acarreaba un coste de 300.000 libras anuales. ¿Por qué no usarlos, entonces?

Al igual que despreciaban las milicias coloniales, los británicos también se negaban a reconocer la legitimidad constitucional o moral de las asambleas coloniales. Lord North, primer ministro desde 1770, un hombre al que el doctor Johnson denostó diciendo "… ocupa un cargo con una mentalidad tan estrecha como el cuello de una botella de vinagre", criticó la Constitución de Massachusetts porque todo en ella dependía de "la parte democrática". Su ministro a cargo de los asuntos coloniales, lord George Germaine, fue más despectivo aún: "Desapruebo la idea de que hombres con una mentalidad de tende-

ros se reúnan todos los días a debatir sobre asuntos políticos". Los generales compartían este punto, de vista. El general Guy Carleton, gobernador de Quebec, advirtió adonde conduciría todo esto: "Una asamblea popular, con su vigor intacto, y en un país donde todos los hombres están casi al mismo nivel, debe exhibir una fuerte tendencia hacia los principios republicanos". El general Gage llegó a esta conclusión: "Las colonias están dando grandes pasos hacia la independencia. Es deber de Inglaterra actuar con rapidez y energía para demostrar que estas provincias son colonias británicas que dependen de ella y no estados independientes".[173]

En consecuencia, la guarnición británica en Boston, la más "difícil" de las ciudades coloniales, aumentó bruscamente con la incorporación de dos regimientos completos. Como escribió Franklin, fue como "instalar una herrería en un polvorín". El 3 de marzo de 1770, una turba de unos sesenta jóvenes bostonianos comenzó a arrojar bolas de nieve a un grupo de casacas rojas. Se produjo una refriega. Algunos soldados dispararon sin que nadie les hubiese dado orden de hacerlo y mataron a tres jóvenes e hirieron a otros tantos, dos de los cuales murieron. En Inglaterra y sus colonias la ley era estricta, de modo que los soldados que abrían fuego sobre civiles sin darse por enterados del contenido de la Ley sobre Disturbios corrían el riesgo de ser juzgados por asesinato o por homicidio sin premeditación. De hecho, diez años después una turba ocuparía todo el centro de Londres a causa del temor de las autoridades militares a infringir esa ley. En este caso se acusó al comandante de los casacas rojas, el capitán Preston, así como a algunos de sus hombres. Pero no hubo pruebas inequívocas de que se hubiese dado orden de disparar ni que permitieran identificar a quienes lo hicieron, por lo que se absolvió a todos los acusados, salvo dos, a los que se marcó con un hierro candente para aplacar a los bostonianos. Ésta fue la primera de una larga serie de victorias pro-

pagandísticas de los colonos: la historia de la "matanza de Boston", como se la llamó, y el fracaso de Inglaterra en condenar a los responsables. Sam Adams y Joseph Warren aprovecharon astutamente el episodio y lo definieron como un caso grave de brutalidad deliberada, y Paul Revere hizo circular una imagen impresionante pero por completo imaginaria del hecho por toda la costa este.

Boston era entonces el centro de la más acérrima oposición al Gobierno colonial británico. Podemos analizarla desde el punto de vista de su hijo más distinguido y más cáustico, John Adams (1735-1826), que por entonces tenía alrededor de treinta años y era un destacado abogado de la ciudad. Hijo de un hacendado de la colonia de la bahía de cuarta generación, Adams había llegado de Quincy y estaba tan impregnado del espíritu moralista, dogmático, independiente y rebelde de Massachusetts como cualquiera que alguna vez hubiese pasado por la Cámara de los Comunes. Se había graduado en Harvard y adoptaba la actitud arrogante de superioridad intelectual de esa famosa universidad. Se sintió mucho más importante después de casarse en 1764 con Abigail Smith, una dama capaz, perceptiva y encantadora de la alta sociedad de Weymouth. Los protorrepublicanos de Boston tomaron el nombre de whigs, que identificaba a los miembros del Parlamento de Londres opuestos al Gobierno, tales como Edmund Burke y Charles James Fox, y Adams se convirtió en un whig destacado en la época de la protesta contra la Ley de Sellos. Publicó, sin firmarlos, cuatro notables artículos que atacaban a las autoridades británicas en *Boston Gazette*, y después editó, en 1768, usando su verdadero nombre, *A Dissertation on the Canon and Feudal Law* (Disertación sobre el derecho canónico y feudal), en la que sostenía que el impuesto era inconstitucional e ilegal y, por lo tanto, carecía de validez. El hecho de que Adams haya publicado esta crítica en Londres dice mucho sobre la imparcialidad de Inglaterra en esos años an-

teriores al estallido definitivo del conflicto.[174] Pero es importante señalar que Adams, en ese momento y más adelante, no fue un hombre que creyera en el uso de la fuerza mientras fuera posible hacer oír las opiniones. A diferencia de su primo Sam Adams, y de otros hombres del pueblo, deploraba la violencia callejera en Boston y, como abogado, estaba dispuesto a defender a los soldados acusados de la "matanza". El momento decisivo le llegó en 1773-1774, cuando North, en un extraordinario acto de temeridad, hizo que el poder británico en Boston se revelara no sólo débil, vengativo y opresivo, sino también ridículo.[175]

Los orígenes de la Boston Tea Party ("la fiesta del té de Boston") no tuvieron relación alguna con Norteamérica. La Compañía de las Indias Orientales pasaba por un momento de desbarajuste financiero. Para ayudarla a resolverlo, North aprobó una ley que, entre otras cosas, permitía a la compañía enviar el té que producía directamente a América, a un precio reducido, y que, por lo tanto, alentaba el consumo por parte de los "rebeldes". La maltrecha compañía aceptó encantada la idea y de inmediato despachó tres barcos hacia Boston, cargados con 298 arcones de té, cuyo valor ascendía a 10.994 libras. Al mismo tiempo, las autoridades extremaron las medidas para evitar el contrabando. Los contrabandistas norteamericanos, que de una manera u otra constituían alrededor del 90 por ciento de los comerciantes que se dedicaban a la importación y la exportación, estaban indignados. John Hancock (1737-1793), un destacado comerciante y agitador político de Boston, era un respetable contrabandista en gran escala, y consideraba que esta maniobra constituía una amenaza a su forma de ganarse la vida y una afrenta constitucional. Fue uno de los muchos ciudadanos adinerados que impulsaron la concreción de una acción que sirviera de escarmiento.

Cuando el 16 de diciembre de 1773 arribaron los barcos, una muchedumbre se congregó en la sala de reuniones Old South para debatir los pasos por seguir. Hay informes que indican que había 7.000 personas en el lugar. Se mantuvieron negociaciones con los capitanes de los barcos. Uno de los participantes cabalgó hasta la mansión del gobernador Hutchinson, en Milton Hill, para rogarle que anulara los impuestos. El gobernador se negó. Cuando la multitud se enteró de la noticia, alguien dijo: "¿Cómo saber si se puede preparar té con agua salada?". Cuando le pidieron que hiciera una síntesis de la situación, Sam Adams dijo "en voz baja": "No hay nada más que podamos hacer para salvar el país". Entonces unos mil hombres salieron precipitadamente del lugar y se dirigieron a los muelles. Ya se habían hecho preparativos. Un testigo, John Andrews, dijo que "los patriotas [iban] vestidos con mantas, con la cabeza cubierta y el rostro pintado de color cobre, cada uno armado con un hacha y un par de pistolas". Los "pieles rojas" avanzaron a la carrera por Milk Street, llegaron al muelle de Griffith, abordaron el *Dartmouth*, abrieron los arcones y arrojaron el té al agua, "que más tarde, tras la bajamar, apareció a la vista como un montón de almiares". Luego atacaron el *Eleanor* y el *Beaver*. A las nueve de la noche la carga completa de los tres barcos había ido a parar al mar. Josiah Quincy (1744-1773), uno de los panfletistas y oradores más importantes de Boston, dijo: "Nadie en Boston olvidará jamás esta noche [que conducirá] a la batalla más dura y terrible que este país haya conocido". John Adams, al advertir con astucia que nadie había resultado herido y mucho menos, muerto, consideró el acto, aunque se hubiese empleado la fuerza, como el tipo exacto de demostración de defensa de la Constitución que se necesitaba. Y lo expresó así: "El pueblo nunca debería levantarse sin hacer algo memorable, algo notable que llame la atención. Esta destrucción del cargamento de té es tan audaz, tan atrevida, tan firme, intrépida e inflexible,

y habrá de tener consecuencias tan importantes y tan duraderas, que no puedo sino considerarla un hito histórico".[176]

Debemos ahora cambiar de punto de vista nuevamente y ver cómo percibió los hechos Thomas Jefferson (1743-1826), que por entonces tenía poco más de treinta años y ya era un destacado político de Virginia.

A los catorce años Jefferson heredó 2.000 hectáreas de su padre. Se casó con una viuda adinerada, Martha Wayles Skelton y, cuando el padre de ella murió, Jefferson se convirtió en dueño de otras 4.500 hectáreas. Este joven patricio solía concurrir a la Casa de los Representantes de Virginia, donde en 1769 conoció a Washington. Desde el comienzo se lo respetó con verdadera admiración en la asamblea, más por su porte que por sus discursos. Abigail Adams observó más tarde que su apariencia no era "indigna de un dios". Un oficial británico dijo que "si se lo pusiera al lado de cualquier rey europeo, ese rey parecería su lacayo". Su primer héroe fue otro virginiano, Patrick Henry (1736-1799), que se mostraba como todo lo que Jefferson no era: un activista, un extremista, un agitador y un impulsivo hombre de acción. Había sido un completo fracaso como hacendado y comerciante, hasta que encontró su vocación en la justicia y la política. Jefferson lo conoció a los diecisiete años y estaba presente en 1765 cuando Henry alcanzó una repentina fama por su encendida denuncia contra la Ley de Sellos. Jefferson lo admiraba porque poseía el único don del que él carecía: el poder de despertar las pasiones por medio de la arenga política.

Sin embargo, Jefferson tenía una cualidad más importante: era capaz de analizar a fondo una situación histórica, proponer un curso de acción y presentarlo de modo que moldeaba las opiniones de una asamblea en plena deliberación. En la década que transcurrió entre el conflicto por la Ley de Sellos y la Boston Tea Party, muchos pensadores capaces habían propuesto so-

luciones constitucionales para resolver el dilema de Norteamérica. Pero fue Jefferson, en 1774, quien condensó todo el debate en un brillante tratado, *Summary View of the Rights of British America* (Compendio de los derechos de la América británica). Al igual que los escritos de sus predecesores en el camino hacia la independencia —*Rights of the British Colonists Asserted* (Afirmación de los derechos de los colonos británicos), de James Otis (1764), *An Inquiry into the Rights of the British Colonists* (Investigación sobre los derechos de los colonos británicos), de Richard Bland (1766) y *A Statement of the Rights of the Colonies* (Declaración de los derechos de las colonias), de Samuel Adams (1772)—, Jefferson tomó muchas ideas del capítulo quinto del *Second Treatise on Government* (Segundo tratado acerca del gobierno), de John Locke, que enumeraba las virtudes que debieran caracterizar a una meritocracia en la que los hombres triunfan por sus cualidades, talento y laboriosidad. La opinión de Locke era que la adquisición de riquezas, incluso en gran escala, no era ni injusta ni moralmente incorrecta, siempre y cuando no se recurriese a medios ilícitos para obtenerlas. Por lo tanto, decía, es inevitable que la sociedad se divida en estratos fundados en el mérito y no en el nacimiento. Esta doctrina, que sostenía que el factor determinante de una sociedad justa no era la ociosidad sino el espíritu laborioso, implicaba un fuerte rechazo de la monarquía, el gobierno de los nobles y sus funcionarios, y se adhería abiertamente a la causa del republicanismo democrático.[177]

El logro de Jefferson, inspirado en esta doctrina, fue introducir en la estructura meritocrática de Locke dos temas que se convirtieron en los motivos fundamentales de la lucha revolucionaria. El primero era la primacía de los derechos individuales: “El Dios que nos dio la vida, nos dio al mismo tiempo libertad: puede que la violencia las destruya, pero no puede separarlas”. Igualmente importante fue el hecho de que Jefferson si-

tuara estos derechos dentro del contexto de su profundo compromiso —en cierto sentido fundamental— con la soberanía popular: "Por la naturaleza de las cosas toda sociedad debe, en todo momento, conservar para sí el poder soberano de legislar".[178] Fue el vínculo que creó Jefferson entre la soberanía popular y la libertad, ambas con raíces en un plan divino y legitimadas por la costumbre antigua y la tradición inglesas, lo que dio a los colonos norteamericanos una base conceptual tan sólida, clara y convincente para entrar en acción. Ni el Gobierno británico ni los norteamericanos que lo apoyaban ofrecieron argumentos que tuvieran una fuerza semejante, ni mucho menos. Podían recurrir a la ley vigente, y a su concepto del deber, pero eso era todo. Al igual que ganaron la batalla en la prensa desde el comienzo en Norteamérica, los rebeldes ganaron, también rápidamente, la batalla ideológica.

Pero debían ganar además la batalla emocional (la que se libraba en el corazón de los hombres) antes de poder dar comienzo a la batalla de las bayonetas. En los acontecimientos que desembocaron en la lucha, lo que enfervorizó a los hombres y mujeres del pueblo de Norteamérica fue el encadenamiento de una serie de factores. Existía el deseo de formar una república: el compromiso de hacer que cada interés egoísta e individual dejara lugar a la búsqueda de la *res publica*, del bien común. No subestimemos este aspecto. Era algo que intuían agudamente muchas personas que apenas podían escribir su nombre. Asociaban vagamente esta noción con las clásicas virtudes y el honor de los antiguos romanos. James Otis vistió una toga al pronunciar el discurso en el funeral público en homenaje a "los caídos" en la matanza de Boston. Y el republicanismo era un concepto amplio; cada hombre podía incluir en él las emociones políticas con las que se sintiera más identificado.[179] Pero también había temor. Los primeros años de la década de 1770 estuvieron marcados por una recesión que afectó a todo el mundo de habla in-

glesa. Hubo cosechas pobres en Inglaterra entre los años 1765 y 1773, con una depresión cíclica entre 1770 y 1776. La disminución del poder adquisitivo de Inglaterra perjudicó las exportaciones norteamericanas en la mayoría de las colonias, y esto sucedió en el momento culminante de la ruptura económica provocada por los boicots. Los productos de exportación de Nueva Inglaterra igualaron el récord de 1765 sólo dos veces en la década que transcurrió entre 1765 y 1775, después de muchos años de subidas ininterrumpidas. Los de Virginia y Maryland cayeron por debajo de ese récord todos los años hasta 1775.[180] Había una gran preocupación en Inglaterra que fortaleció la determinación del Parlamento de "hacer que los norteamericanos paguen". Pero había un profundo descontento entre los norteamericanos, que creían que las exacciones del Gobierno británico estaban poniendo fin a los buenos tiempos (la mayoría de los colonos nunca habían conocido otra cosa).

Existía otro temor, más arraigado. Junto con la religión, el concepto del imperio de la ley fue la fuerza más grande en la creación de la civilización política de las colonias. Era ésta una idea que compartían con los ingleses. La ley no sólo era necesaria (esencial para cualquier sociedad civil) sino también noble. Lo que ocurría en los tribunales y las asambleas durante la semana era el equivalente laico de lo que pasaba los domingos en la iglesia. En Inglaterra, el imperio de la ley, como los norteamericanos aprendían en la escuela, se remontaba a tiempos anteriores incluso a la Carta Magna: a la época de los anglosajones, a las leyes del rey Alfredo y los Witanmagots, y era el modelo que adoptarían la Asamblea de Massachusetts y la Casa de los Representantes de Virginia. Guillermo el Conquistador había intentado imponer lo que el presidente del Tribunal Supremo de Gran Bretaña, Coke, una gran autoridad en temas legales a principios del siglo XVII, había llamado "el yugo normando". Pero el intento había fracasado. Tiempo después, también

fracasaría Carlos I, al tratar de volver a imponerlo por medio del Long Parliament (Parlamento ampliado). Ahora, en su arrogancia y autocomplacencia, y olvidando las lecciones del pasado, ¡el Parlamento inglés intentaba aplicar el yugo normando a los norteamericanos libres, para imponer su preciado imperio de la ley y debilitar los derechos de los que éstos gozaban con tanta justicia como cualquier inglés! Lord North se habría quedado pasmado si le hubieran dicho que estaba haciendo algo así, pero no importaba: eso es lo que muchos norteamericanos, la mayoría, creían.[181] Por lo tanto, los norteamericanos debían hacer entonces lo que los parlamentarios deberían haber hecho en 1640. "Lo que hicimos —dijo más tarde Jefferson— fue recurrir a Rushworth, para investigar los precedentes revolucionarios de aquellos días". Así que, en cierto sentido, los Estados Unidos fueron el hijo póstumo del Long Parliament.

Pero el temor de los norteamericanos por el hecho de que estaban quitándoles libertades y socavando los fundamentos del imperio de la ley debía ser puesto en escena, como los viejos parlamentarios habían hecho con su lucha mediante la Gran Protesta en contra de Carlos I y la famosa Fuga de los Cinco Miembros. ¿Quién haría las veces de John Hampden, que dijo que prefería morir antes que pagarle al rey Carlos el impuesto sobre la construcción de buques de guerra? Al parecer, estaba destinado a ello el amigo e ídolo de Jefferson, Patrick Henry. Como una iniciativa preliminar encaminada a organizar una resistencia unida de las colonias del continente frente a las pretensiones del Parlamento británico, entre el 5 de septiembre y el 26 de octubre de 1774 se reunió un congreso de dirigentes de las colonias en Filadelfia, en el Carpenter's Hall. Únicamente Georgia, cuyo popular gobernador convenció a los suyos de que no debían participar, no envió delegados. Unos cincuenta representantes de veinte colonias aprobaron una serie de resoluciones que exigían la derogación de las leyes coercitivas, organi-

zar una milicia y oponerse a los impuestos. La votación clave fue el 14 de octubre, cuando los delegados aprobaron las declaraciones y resoluciones que condenaban rotundamente la intervención británica en los asuntos internos de Norteamérica y reivindicaban los derechos de las asambleas coloniales a promulgar sus propias leyes y fijar sus propios impuestos. Estaba adquiriendo forma una conciencia política común, y los delegados comenzaban a expresarse en un tono eminentemente racional. Al finalizar la reunión, Patrick Henry expresó este cambio con su estilo, como de costumbre dramático: "No hay distinción entre los virginianos y los habitantes de Nueva Inglaterra. Yo no soy virginiano sino norteamericano". No todos compartían esta visión, porque los miembros del Congreso Continental, como ellos mismos lo llamaron, votaron más en carácter de colonos que de norteamericanos. Pero este organismo, fundado esencialmente en las primeras propuestas de Franklin, perpetuó su existencia al acordar los congresistas que volverían a reunirse en mayo de 1775. Antes de que pudieran llevar a cabo esa reunión, el 5 de febrero de 1775, el Parlamento de Londres declaró Massachusetts —considerada la más díscola y difícil de controlar de las colonias— en estado de rebelión, lo que daba carta blanca a las autoridades legales para emplear la fuerza que creyeran necesaria. La lucha había comenzado. Por lo tanto, cuando los representantes de Virginia se reunieron en una convención para instruir a los delegados que irían al Segundo Congreso Continental, Henry vio la oportunidad de poner en escena todo el drama revolucionario del momento.

Para cuando se reunió el Segundo Congreso Continental ya se había llegado a un punto sin retorno. Benjamin Franklin, que se consideraba a sí mismo (con razón) el gran intermediario entre Gran Bretaña y América —era un hombre mejor informado que cualquiera de los que tenían aptitudes y condiciones para estarlo a ambos lados del Atlántico—, había viajado a

Londres en 1774 a fin de intentar establecer la paz y, en particular, con la misión de presentar una petición al consejo asesor del Rey: la destitución del impopular gobernador Hutchinson de Massachusetts. Aún creía en la posibilidad de llegar a un acuerdo. Pero nadie reconoció su esfuerzo. La petición coincidió con la Boston Tea Party y la exaltación que provocó en la opinión pública inglesa. Fue atacado con saña por Alexander Wedderburn, procurador general de North, un típico exponente de los partidarios de la línea dura que hacían imposible cualquier acuerdo. Para gran asombro de Franklin, Wedderburn lo calificó de "líder de la deslealtad" y de rebelde "obsesionado con la idea de una gran república norteamericana". La petición fue rechazada con el argumento de que era "infundada, irritante y escandalosa" y, para completar el agravio, Franklin fue despedido de inmediato de su cargo de subjefe de la oficina de Correos. Se reunió entonces con Burke, y estuvieron de acuerdo en definir el Imperio británico como "un conglomerado de muchos estados con un Gobierno en común"; pero también estuvieron de acuerdo en que esta noción había caducado, "el delicado y noble jarrón de porcelana, el Imperio británico" se había hecho añicos.[182] También se reunió con Chatham, pero encontró al anciano convertido en un charlatán, que hablaba pero no escuchaba, y con quien no se podría contar. Con tristeza, Franklin se embarcó con rumbo a Filadelfia el 20 de marzo de 1775, con la convicción de que no había nada más que pudiera hacer en Londres para lograr la paz.

Cuando Franklin llegó a Filadelfia el 5 de mayo (cinco días antes del fijado para la reunión del Segundo Congreso Continental) ya se habían disparado las primeras balas. El 19 de abril, dieciséis regimientos de casacas rojas partieron en lo que uno de sus oficiales llamó "una mal planeada y mal ejecutada" expedición, con la misión de confiscar los depósitos de armas de los patriotas en Lexington y Concord. La operación fue un fracaso,

y en una serie de confusas escaramuzas los casacas rojas se llevaron la peor parte: 73 muertos y más de 200 heridos o desaparecidos; el saldo para los norteamericanos fue de 49 muertos, 39 heridos y 5 desaparecidos. John Adams se mostró profundamente consternado por las bajas. Fue “el hecho más espantoso del que jamás haya sido testigo Nueva Inglaterra”. Lo consideró el microcosmos de toda la tragedia de la guerra civil: “La pelea fue entre los hijos de aquellos que unas pocas generaciones atrás fueran hermanos. La sola idea me hace estremecer, y nadie sabe cuándo llegará el fin de estas calamidades”. Pero su primo Sam, al oír los primeros disparos exclamó: “Qué gloriosa es esta mañana. Para Norteamérica, quiero decir”. La maquinaria de la prensa patriótica se regodeó con las refriegas y las presentó como una victoria importante, y una prueba de que las milicias coloniales podían hacer frente a tropas experimentadas.

Adams, Franklin, Jefferson y Washington se encontraron el 11 de mayo en Filadelfia, cuando se reunió el Segundo Congreso Continental. Franklin había conocido a Washington veinte años antes, durante la guerra de los Siete Años. Pero casi todos los demás eran desconocidos, muchos de ellos jóvenes. Franklin advirtió que “la unanimidad es asombrosa”.[183] Pero lo que era unánime era la resistencia. Sólo una minoría pensaba en términos de una independencia completa. El adinerado John Dickinson, de Maryland (1732-1808), quería recurrir directamente al rey Jorge para darle a Inglaterra una última oportunidad y redactó una “petición de paz”. Pero hasta los que hasta ese momento se habían mostrado moderados consideraron que esto no tenía sentido. John Adams, con su característica acidez *ad hominem*, descalificó la idea con el argumento de que era “el producto de una fortuna indudablemente grande y un carácter insignificante” que le daba “una impronta de ridiculez a nuestras acciones”. Pensaba que “la fuerza y la artillería son las medidas conciliadoras más eficaces, seguras e infalibles que pode-

mos adoptar".[184] Franklin, con tristeza, estuvo de acuerdo con Adams. Conocía la opinión política británica, de modo que se inclinaba a pensar que la independencia era la única solución, y se mantuvo ocupado preparándose para una larga guerra, encargándose de la impresión de papel moneda, la fabricación de pólvora y el diseño de un sistema postal independiente. Redactó artículos de "confederación y unión perpetua" que llevaban mucho más lejos su idea de unión en la resistencia y servirían luego de base para la Constitución de los Estados Unidos. Su objetivo era incluir además de las trece colonias (Georgia se había unido ya al Congreso), a Canadá, las Indias Occidentales, e incluso Irlanda, si ésta lo deseaba. Aunque la ruptura con Inglaterra lo apenaba, Franklin confiaba en que el enorme poder económico y demográfico de Norteamérica (era una de las pocas personas a ambos lados del océano que apreciaban la magnitud de ese poder) aseguraría la victoria, aunque creía que era preciso buscar aliados de inmediato. Escribió confidencialmente al radical inglés Joseph Priestley: "En esta campaña Inglaterra, con un gasto de tres millones, mató a 150 yanquis, lo que significa un coste de 20.000 libras por cabeza. En el mismo lapso han nacido 60.000 niños en Norteamérica".[185]

Mientras tanto, sin embargo, todos estaban de acuerdo en que se necesitaba un ejército para llevar a Gran Bretaña a la mesa de negociaciones. El doctor Joseph Warren, de Massachusetts, presidente *pro tempore* del Congreso, que no tardaría en pagar su patriotismo con la vida en Bunker's Hill, lo expresó de manera sucinta: "Un ejército poderoso del lado de Norteamérica es el único medio que queda para detener los rápidos progresos de un ministerio tiránico".[186] Pero, ¿quién iba a capitanear el ejército? Desde que se sucedieran los choques en Lexington, el alto e imponente delegado de Virginia, el general Washington, se había acostumbrado a presentarse públicamente ataviado con el uniforme de oficial de la milicia de Fairfax. Era el

único miembro del Congreso que llevaba atuendo militar. Había sido un importante crítico del dominio británico desde que en Inglaterra se aprobara la Gran Proclama. Decía que la Ley de Sellos era un "robo legal". Culpaba a Inglaterra por la caída del precio del tabaco, que perjudicaba sus propios "intereses". Se negaba a comprar productos de origen británico para su finca. Su esposa y sus hijastros ya no recibían regalos comprados en Londres. Hizo que su gente fabricara productos que sustituyeran a los británicos. Ya en 1769 se había manifestado a favor de formar un ejército norteamericano, aunque sólo como "último recurso". Desaprobó enérgicamente la Boston Tea Party, según él un episodio escandaloso, una provocación innecesaria que le dio a Inglaterra una excusa para "gobernar con mano dura". Pero las "leyes intolerables" despejaron todas sus dudas. La gota que colmó el vaso fue una disposición británica por la cual las generosas concesiones de tierras a los oficiales que habían combatido en la guerra de los Siete Años beneficiaban solamente a los miembros regulares del Ejército inglés, lo que invalidaba sus aspiraciones de obtener tierras en el oeste. Si había alguien "interesado" en que se desencadenara una guerra, ése era él. Le dijo a John Adams: "Voy a reunir a 1.000 hombres, me haré cargo de sus gastos y yo mismo marcharé al frente de ellos, en auxilio de Boston".[187] Dejó claro que le entusiasmaba participar en la lucha. Dijo a otros delegados que consideraba a los indios una amenaza suficiente, "un enemigo cruel y sediento de sangre a nuestras espaldas". Pero esto lo benefició. Los delegados eran hombres serios, con experiencia. No querían que los liderara un exaltado. Les gustaba el aspecto de Washington. Se lo describió como "un hombre de casi un metro noventa de altura y que pesa 85 kilos […] Tiene músculos muy desarrollados, lo que indica una gran fuerza física". Y también se dijo de él que: "Al conversar mira directamente a los ojos, es reflexivo, deferente y encantador. Su conducta es en todo momento serena y elegante.

Sus gestos y sus movimientos están llenos de gracia, y su modo de caminar es majestuoso”.[188] Además, era “adorado por todos”.

Adams nos ofrece un minucioso relato de cómo se eligió al comandante en jefe. A él mismo lo invadía ya una fiebre de emociones marciales. “¡Oh! Ojalá yo fuera un soldado —escribió en su diario—. ¡[Pero] lo seré! ¡Estoy leyendo libros militares!”. Según él, Washington “por su gran experiencia y capacidad en cuestiones militares es de gran ayuda para nosotros”. Veintisiete años después, Adams trató de mantener que fue gracias a su perspicacia que Washington resultó elegido. La realidad es que no había muchas opciones. Sus únicos rivales eran Israel Putnam, que servía como general de división, y con sus cincuenta y siete años era demasiado viejo para asumir esa responsabilidad, y Artemus Ward, temporalmente a cargo del ejército provisional en Cambridge, a quien se describía como “un caballero viejo y gordo”. Según las actas del Congreso, Washington fue elegido por unanimidad.[189] Washington, que más allá de sus defectos nunca fue arrogante o prepotente, estaba tan abrumado por el nombramiento que no le fue posible escribir su carta de aceptación, por lo que se la dictó a Isaac Pemberton, que la entregó de su puño y letra, a excepción de la firma. Se negó a recibir un salario y sólo pidió que se cubrieran sus gastos. Esta actitud obtuvo la aprobación entusiasta de los congresistas y las actas muestran con claridad que la intención de los delegados era que Washington fuera tratado como mucho más que un simple general. Debía ser el líder. “Los miembros de este Congreso —declararon— lo apoyaremos y ayudaremos, y responderemos de nuestra adhesión a él, el nombrado señor George Washington, poniendo nuestras vidas y fortunas al servicio de la misma causa”[190].

El 14 de junio el Congreso acordó formar seis compañías en la frontera entre Pensilvania, Maryland y Virginia, que se finan-

ciarían con recursos de todos los estados y se denominarían "Ejército continental norteamericano". Washington debía redactar las normas para la nueva fuerza. El 3 de julio, el general llegó a Cambridge para tomar el mando. Una de las razones por las que los colonos de Nueva Inglaterra lo habían elegido con tanto entusiasmo fue que, hasta ese momento, habían sido muy afectados por los combates. Esperaban con inquietud que Virginia, el estado más poblado, también se involucrara sin reservas. Al acudir de inmediato al teatro de la guerra en Boston, Washington mostró que aceptaba la lógica de la situación y que su intención era librar una contienda continental en nombre de todo un pueblo y una nación.

Pero, ¿ya eran una nación? Tres días después de que Washington se hiciera cargo del Ejército, el Congreso emitió una "declaración formal acerca de las causas y la necesidad de tomar las armas". Esta declaración rechazaba la posibilidad de la independencia. Incluso el 1 de enero de 1776, cuando se izó por primera vez, en Prospect Hill, Boston, la bandera de la Unión constaba de trece franjas blancas y rojas alternadas, e incluía la bandera roja, blanca y azul de Inglaterra en el ángulo izquierdo. Pero las medidas que tomó el Congreso, lejos de impulsar a Inglaterra a una negociación, como se esperaba, tuvieron el efecto opuesto. El general Gage, el ultimo gobernador inglés de Massachusetts, escribió a su país: "Un Gobierno nunca se puede recuperar a menos que adopte determinadas medidas. Actualmente no tengo esperanza alguna de recuperación, el Congreso parece tener mucho poder y ser demasiado intransigente [y] está muy claro que la cuestión más importante no es la de los impuestos sino la de la completa independencia".[191] Siguiendo su consejo, Jorge III declaró en estado de rebelión a todas las colonias.

El panfleto de Thomas Paine *Common Sense* (El sentido común) llegó a Filadelfia el 10 de enero de 1776 y pronto se hizo

muy popular en las colonias. En pocas semanas se vendieron más de 100.000 ejemplares y prácticamente todo el mundo lo había leído o había escuchado hablar de él. Tuvo especial impacto por dos razones. Para empezar, se trataba de una denuncia de atrocidades. El primer año del conflicto había proporcionado muchos ejemplos reales, y muchos más supuestos, de conducta brutal por parte de soldados británicos o mercenarios. Los ingleses habían incendiado pueblos enteros, como Falmouth (que en la actualidad es Portland, en el estado de Maine) y Norfolk. En medio del inevitable caos sangriento del conflicto habían asesinado a mujeres e incluso a niños. Paine sacó provecho de estos incidentes: argumentaba que cualquier norteamericano que tuviese sangre en las venas y que no hubiese sentido el deseo de rebelarse, ni estuviese dispuesto a luchar en consecuencia, tenía "el corazón de un cobarde y el espíritu de un adulador". A pesar de la crudeza de su estilo, cumplió su objetivo. Incluso el general Washington, que había leído el panfleto antes del 31 de enero, lo vio con buenos ojos. En segundo lugar, Paine se oponía por completo a los tibios argumentos a favor de las negociaciones y de la soberanía inglesa en Norteamérica. Creía que la independencia definitiva era la única salida. Tampoco intentaba hacer una distinción, como seguía haciéndola el Congreso, entre un Parlamento malvado y un soberano bondadoso. Llamaba "el salvaje real" a Jorge III. De hecho, fue Paine el que transformó a este hombre obstinado, ignorante y, a su manera, bienintencionado, en una persona monstruosa y un tirano, una figura aterradora para las posteriores generaciones de escolares norteamericanos. Así son la guerra y la propaganda política. En *Common Sense* no había en absoluto sentido común, ni nada que se le pareciese. Muchos lo consideraron un texto absurdamente incendiario. Pero fue el panfleto más exitoso e influyente jamás publicado.[192]

Fue en el marco de estas circunstancias explosivas que comenzó el mejor momento de Thomas Jefferson. En marzo, Adams señaló que el Congreso había pasado de "pelear media guerra a pelear tres cuartos de guerra", pero que "la independencia es un duende cuyo semblante resulta tan aterrador que una persona delicada no soportaría mirarlo a la cara". Se refería así a quienes se oponían a una independencia definitiva, como John Dickinson y Carter Braxton, que temían que los conflictos de intereses entre las colonias provocaran la disolución de la Unión y Norteamérica quedara sin soberano.[193] Pero la lógica de la guerra hizo su parte. Los británicos contaban entre sus filas no sólo con mercenarios alemanes sino también (¡santo cielo!) rusos, a quienes supuestamente financiaba el zar, el prototipo del tirano, que los había provisto de knuts para fustigar las decentes espaldas de los norteamericanos. Lo que es más grave, los ingleses incitaban a los esclavos a rebelarse, y eso hizo que se fortaleciera la determinación del Sur a incorporarse al conflicto. El 7 de junio la asamblea de Virginia ordenó a Richard Henry Lee aprobar una resolución que afirmaba que "estas colonias unidas son, y deben ser por derecho propio, estados libres e independientes", resolución que Adams apoyó, en nombre de Massachusetts. En esta fase Pensilvania, Nueva York, Carolina del Sur y Nueva Jersey se oponían a la independencia. No obstante, el 11 de junio el Congreso designó una comisión formada por Franklin, Adams, Roger Sherman, Robert Livingston y Jefferson, a la que encargó la redacción de una Declaración de Independencia "para el caso de que el Congreso decidiera ese curso de acción".

El Congreso sabía muy bien lo que hacía al elegir a estos hombres capaces para desempeñar una tarea tan especial. Era consciente de que una disputa con una gran potencia mundial llevaría mucho tiempo y de que era necesario lograr una alianza con otros países. Ya había creado una Comisión de Correspon-

dencia, que en la práctica era una Oficina de Asuntos Exteriores, encabezada por Franklin, para establecer contacto con Francia, España, Holanda y otros posibles aliados. Buscaba exponer su caso frente al "tribunal de la opinión pública mundial", y necesitaba una declaración —no sólo digna y con buenos argumentos, sino también grandilocuente y memorable— acerca de lo que estaba haciendo y de por qué lo hacía. También buscaba dar a los futuros ciudadanos de Norteamérica una declaración clásica sobre qué era su país, para que sus hijos y los hijos de sus hijos pudieran estudiarla y aprenderla de memoria. Adams (al menos eso fue lo que escribió) estaba convencido de que Jefferson era el hombre indicado para llevar a cabo este milagro y lo propuso como presidente de la comisión, aunque de hecho era su miembro más joven (con la excepción de Livingston, el acaudalado hijo de un juez de Nueva York). Adams dejó constancia de la siguiente conversación entre ellos. Jefferson le preguntó a Adams: "¿Por qué?". Adams le respondió: "Hay razones suficientes". Al inquirir Jefferson cuáles eran esas razones, Adams se las enumeró. "Primera razón: eres virginiano, y debe ser un virginiano el que esté a la cabeza del asunto. Segunda razón: yo soy detestable, sospechoso e impopular. Lo contrario de ti. Tercera razón: tú escribes diez veces mejor que yo."[194] Las razones eran buenas.

Jefferson presentó un excelente borrador, para el que su panfleto de 1774 le sirvió como útil antecedente. En este texto se notaban influencias filosóficas y políticas de todo tipo. Los congresistas eran hombres cultos y Jefferson, a pesar de ser comparativamente joven, era el más culto de todos, y aprovechó al máximo las incontables horas que había pasado estudiando minuciosamente historia, teoría política y de gobierno. La Declaración es un resumen contundente y extraordinariamente conciso de lo mejor de varias generaciones de la ideología whig. Lo que es más importante, tiene un comienzo electrizante. Es difí-

cil pensar cómo se podrían mejorar los dos primeros párrafos. El primero expone sus razones con un tono elegiaco de tristeza por la disolución de la unión con Inglaterra y el deseo de mostrar "un decente respeto por las opiniones de la humanidad"; el segundo, en su fascinante primera frase, expone el meollo de la cuestión: "Sostenemos que estas verdades son manifiestas: que todos los hombres son iguales ante Dios, que su creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". Después de esa frase, el lector, cualquier lector (incluso Jorge III) ya no puede detenerse. La comisión consideró necesario hacer unos cuantos cambios en el borrador. Franklin, hombre práctico, suavizó el tono grandilocuente de Jefferson; de esta manera las verdades, de ser "sagradas e innegables" pasaron a ser "manifiestas", un cambio magistral.[195] Pero en general, los otros cuatro miembros estaban fascinados, y con razón, por el trabajo de Jefferson.

En el Congreso no sucedía lo mismo, ya que en el corazón de la petición de libertad de los norteamericanos había un agujero negro. ¿Qué pasaría con los esclavos? ¿Cómo podía decir el Congreso que "todos los hombres son iguales ante Dios" si había 600.000 negros dispersos en las colonias y concentrados en gran número en algunas de ellas, a quienes por ley se trataba como bienes muebles y que no gozaban de ningún tipo de derecho? Jefferson y los otros miembros de la comisión trataron de poner fin a esta discusión (no muy honestamente, debe decirse) culpando a los ingleses y al rey Jorge por la esclavitud que imperaba en Norteamérica. El borrador original denunciaba que el Rey había "librado una cruenta batalla contra la naturaleza humana" al atacar a un "pueblo distante [y] someterlo al cautiverio y la esclavitud en otro hemisferio". Pero el 28 de junio, cuando se presentó en el Congreso, los delegados sureños no aceptaron este argumento. Los de Carolina del Sur, en particular, no estaban dispuestos a que se reconociera que la esclavitud

era injusta y mucho menos a que se admitiera que se violaban así los “derechos eminentemente sagrados de la vida y la libertad”. Si eso era lo que decía la Declaración, entonces la consecuencia lógica era la inmediata liberación de todos los esclavos. Por lo tanto, se eliminó el pasaje sobre la esclavitud, en lo que fue la primera de las muchas componendas que habría en torno a la cuestión durante los siguientes ochenta años, hasta que se resolvió finalmente en un baño de lágrimas y sangre. Sin embargo, la palabra “igualdad” permaneció en el texto, y este hecho era, por así decir, una garantía constitucional de que, finalmente, se rectificaría la evidente anomalía que escondía la Declaración.

El Congreso debatió el borrador durante tres días. Paradójicamente, los delegados dedicaron poco tiempo a revisar los principios fundamentales que éste consagraba, ya que la mayor parte de la Declaración consistía en una acusación específica y detallada contra Inglaterra, y en particular contra el Rey. Los revolucionarios estaban decididos a desmentir la versión de que hacían una distinción entre los ministros malvados y un Rey que “no podía hacer ningún mal”, y a renunciar a su lealtad a la corona de una vez por todas. Así que prefirieron evitar la acusación contra el Rey, que no era para ellos el meollo del documento, y dejaron intacta buena parte de su marco constitucional e ideológico, con la excepción del asunto de la esclavitud. Esto también era justo. Si el Congreso hubiera optado por discutir acerca de los supuestos y las propuestas radicales de Jefferson, y por resolver sus diferencias mediante componendas verbales, la magia del texto seguramente se habría desvanecido y, en consecuencia, el mundo se habría visto privado de apreciarla. El 2 de julio se aprobó el texto sin hacerle otras modificaciones, con la abstención de Nueva York, y el 4 de julio todas las colonias adoptaron formalmente lo que se llamó, para dar su título exacto, la “Declaración unánime de los trece Estados Uni-

dos de Norteamérica". En ese entonces, como sucede aún a menudo, se atribuyó su autoría a Tom Paine, lo que no ayudó a que los británicos —que abominaban (y todavía abominan de él)— la vieran con buenos ojos. En realidad, Paine no intervino directamente en la redacción de la Declaración, pero el término "Estados Unidos" es con seguridad suyo. El 8 de julio se leyó públicamente el documento en el patio de la Legislatura del estado y se hizo repicar la campana de la libertad. Y se destruyó y quemó el escudo de armas de la corona. El 2 de agosto el documento fue pasado en limpio en un pergamino y firmado por todos los delegados. Hecho lo cual Franklin dijo (según John Hancock): "Bueno, caballeros, ahora debemos colgarnos juntos, o de seguro que nos colgarán por separado".[196] Es interesante recordar que Cromwell había hecho el mismo comentario al conde de Manchester al comienzo de la guerra civil inglesa, ciento treinta y seis años antes.

Una vez declarada la independencia y rotos los lazos con la corona, todos los estados necesitaban afirmar su soberanía. Por lo que se reemplazaron las viejas cédulas, estatutos y "esquemas de gobierno" por constituciones estatales. Estas eran importantes no sólo en sí mismas, sino porque luego ayudaron a dar forma a la Constitución de Estados Unidos. En muchos aspectos, las colonias (de aquí en adelante llamadas estados) se habían gobernado autónomamente desde el siglo XVII, y había muchos documentos y leyes que lo probaban. Connecticut y Rhode Island ya tenían algo parecido a una ley fundamental y necesitaron pocos cambios para declarar su soberanía. Además, desde 1763 muchos estados habían adoptado actitudes soberanas en respuesta a la imposición de tributos legislada por el Parlamento, por lo que debería considerarse que el período total de gestación de la Constitución de Estados Unidos abarca casi treinta años, de 1763 a 1791.[197] El estado que dio el primer paso, en 1775, fue Massachusetts, que se basó en su cédula de 1691.

Otros estados siguieron su ejemplo: Nueva Hampshire y Carolina del Sur en 1775, luego Virginia, Nueva Jersey, Nueva York, Pensilvania, Delaware, Maryland y Carolina del Norte en 1776, y Georgia a principios de 1777. Nueva York fue el primer estado en adoptar un poder ejecutivo razonablemente fuerte. En Massachusetts decidieron que les gustaba la idea y reformaron su Constitución. En marzo de 1777 se sometió este nuevo borrador a un plebiscito popular, el primero de la historia, pero fue rechazado en una votación que arrojó 9.972 votos en contra y 2.083 a favor. Después se realizaron elecciones para elegir a los miembros de una convención constitucional, que elaboró la versión final de 1780, que se adoptó con una mayoría de dos tercios de los asistentes.

La Constitución de Massachusetts (en su versión corregida) sirvió de modelo para otras. A excepción de Pensilvania y Georgia, todas las otras constituciones creaban un sistema bicameral, y estos dos estados adoptaron la idea en 1789-1790. En todos los casos, la elección de los miembros de la Cámara Baja era directa, y también lo era la de los miembros de la Cámara Alta, excepto en Maryland que, en este último caso, los elegía mediante un colegio electoral. En todos los estados menos en uno, Carolina del Sur, había elecciones anuales para la Cámara Baja, y en muchos el gobernador y el poder ejecutivo eran elegidos por el pueblo. En doce de los estados sólo podían votar quienes eran dueños de una propiedad, por lo general de 20 hectáreas, lo que en Norteamérica significaba muy poco. En tres estados, quien quisiera votar debía demostrar que pagaba los impuestos. En todos menos uno se requería que los candidatos aportaran títulos de propiedad legalizados. El porcentaje de hombres blancos adultos en condiciones de votar variaba en los diferentes estados, pero el electorado era, por término medio, cuatro veces más numeroso que el de Inglaterra. En general, estas constituciones afirmaron la soberanía popular y esto de hecho

significó un cambio radical en la década de 1770.[198] Provocaron un impacto inmediato y duradero en toda Europa y Latinoamérica. La Constitución de Pensilvania fue en un principio aún más radical. Franklin se atribuyó su autoría (aunque probablemente fuera escrita por James Cannon, partidario de Paine) y la llevó consigo, lleno de orgullo, cuando viajó a Francia, donde los liberales más destacados la recibieron con admiración. Como escribió Adams, "el señor Turgot, el duque de La Rochefoucauld, el señor Condorcet y muchos otros se enamoraron de la Constitución del señor Franklin".[199] Pero resultó ser "inconveniente" y, en 1790, se dio a sus contenidos un carácter más moderado. Pero para entonces ya había ejercido su solapada influencia sobre las mentes de los revolucionarios franceses.

Mientras los estados afirmaban su soberanía, el Congreso Continental debía fortalecer su poder para afrontar una guerra. Por lo tanto, presentó entre 1776-1777 los Artículos de la Confederación, de hecho la primera Constitución norteamericana.[200] Al redactar estos artículos, la preocupación de los delegados no era la teoría, sino la necesidad de presentar resultados prácticos. En consecuencia, lo que es bastante extraño, aunque durante más de diez años los norteamericanos habían debatido con los británicos acerca de dónde residía la soberanía, este documento no se preocupó por situarla en Norteamérica y en su texto no se mencionaban en absoluto los derechos de los estados. Se acordó por unanimidad que eran facultades del Congreso encargarse de la guerra y la política exterior, mientras que los estados debían ocuparse del resto, la llamada "seguridad interna". Thomas Burke, de Carolina del Norte, propuso un artículo que dictaminaba que cada estado "conservaba su soberanía, libertad e independencia, y cada poder, jurisdicción y derecho

que esta Confederación no haya delegado expresamente en el Congreso". De las trece delegaciones, once lo aprobaron, y se convirtió en el Artículo II. Pero el mismo Burke declaró más tarde: "Los Estados Unidos deben presentarse como un solo soberano frente a las potencias extranjeras en todos los asuntos relativos a la guerra, o en los que los estados tengan intereses en común". Así que la cuestión se dio por sentada.[201] El documento definitivo se redactó con prisa y se terminó el 15 de noviembre de 1777. Pero el proceso de ratificación fue más lento; de hecho Maryland no ratificó su adhesión hasta el 1 de marzo de 1781, cuando la experiencia había demostrado ya sin lugar a duda que era necesario contar con un poder ejecutivo más fuerte, y esto a su vez dejó sentadas las bases para una nueva Constitución, redactada con menos apresuramiento.[202]

Mientras tanto, la urgente tarea de liberar y construir el flamante país había pasado forzosamente de manos de los pensadores a manos de los hombres de acción. La guerra de la Independencia fue una guerra prolongada, que de hecho duró ocho años y medio. Fue una guerra de desgaste y agotamiento. La cuestión era: ¿podrían los norteamericanos resistir el tiempo suficiente, y mantener en el campo de batalla un ejército con el poder de fuego y los pertrechos necesarios para desgastar y destruir la voluntad de los británicos de continuar la lucha y, además, serían capaces de solventarla, cuando de hecho había comenzado para ahorrar el dinero de los impuestos creados por Inglaterra? Ésta era la paradoja básica de la guerra, que al final demostró ser un factor decisivo. Los británicos no tenían un interés nacional fundamental en la guerra. Si ganaban, lo único que conseguirían serían más problemas políticos. Si perdían, lo único que se vería afectado sería su orgullo. Fuera de Londres, había pocos interesados en el resultado de la guerra; el conflicto provocó un impacto notablemente pequeño en la literatura, la correspondencia, la prensa y los diarios personales de la época.

Por supuesto, nadie se ofrecía como voluntario. Unos pocos whigs se oponían fervientemente a la guerra. Pero no contaban con el apoyo popular. Tampoco el Rey y sus ministros contaban con él para apoyar la guerra. No hubo mítines o protestas masivas. Tampoco manifestaciones a favor dé la corona. Se trataba de una guerra colonial, imperialista, que en cierto sentido tenía más cosas en común con la futura guerra de Vietnam o la ocupación soviética de Afganistán que con la reciente guerra de los Siete Años. Fue la primera guerra de liberación.

En vista de este panorama, los patriotas norteamericanos acertaron en la elección de su comandante en jefe. Por su temperamento y su capacidad, Washington era el líder ideal para este tipo de contienda. No era un gran líder en el campo dé batalla. Peleó en nueve combates y resultó derrotado en todos menos en tres. Pero era un estratega. Comprendió que su tarea fundamental era la de formar un ejército, mantenerlo en el campo de batalla, abastecerlo y financiarlo. Al cumplir esta tarea, hizo posible que los trece gobiernos de los estados, y el Congreso, siguieran funcionando, y de esta manera constituyeran una nación, que maduró con rapidez durante los ocho años del conflicto. Cada cual a su modo, las legislaturas funcionaron, las cortes de justicia celebraron sus sesiones, se recaudaron impuestos y los nuevos gobiernos independientes continuaron trabajando. Por lo tanto, los británicos nunca estuvieron frente a un simple grupo de rebeldes o guerrillas. Peleaban contra una nación unida, y al final este factor logró imponerse. Fue Washington quien hizo posible que esto ocurriera. Y, para sumar a sus logros, confirió a la guerra, del lado norteamericano, una dignidad que incluso sus adversarios reconocieron. No hizo nada mezquino, cruel o vengativo. Se comportó, de principio a fin, como un caballero.

No eran muchos los recursos con los que contaba. En ningún momento sus compañías sumaron más de 60.000 hombres

y había una tasa de deserción anual del 20 por ciento. Siempre escaseaba todo: armas, municiones, cañones, transporte, ropa, dinero, comida. Pero consiguió obtener lo suficiente para seguir adelante, enviando literalmente cientos de cartas de súplica al Congreso y los Gobiernos estatales para asegurarse de contar con lo necesario. Era bueno en esto. En ciertos aspectos, dirigir un ejército era como administrar una gran finca en Virginia: manejarse con lo poco que tenía y hacer de la necesidad virtud. Mantuvo en todo momento la calma, la frialdad, no perdió la paciencia y tranquilizó siempre a todos. Según Jefferson, Washington tenía un temperamento fuerte (¿qué hombre pelirrojo no lo tiene?), pero por lo general lograba controlarse. Tuvo que asumir muchas de las responsabilidades administrativas de las que tendría que haberse hecho cargo el Congreso, que las descuidó por debilidad ejecutiva. Se ocupó de una gran cantidad de trámites burocráticos. Tenía un buen equipo que lo respaldaba. Friedrich Wilhelm von Steuben se encargó de instruir a los soldados y de hecho actuó como jefe del Estado Mayor de Washington. Desde comienzos de 1777 tuvo como secretario y edecán a un brillante joven neoyorquino oriundo de las Indias Occidentales, Alexander Hamilton (1755-1804). El coronel Hamilton ya se había destacado como oficial de artillería y probó ser el edecán más eficaz que jamás haya tenido un comandante norteamericano. Pero, básicamente, Washington tuvo que hacer todo el trabajo solo.

Dado que Washington encaró deliberadamente el conflicto como una guerra de resistencia, la estrategia británica no tenía sentido. En realidad, es discutible que Gran Bretaña no haya tenido una estrategia visible, y mucho menos incoherente, de principio a fin. Es un misterio el hecho de que los británicos, con su genio político y su poco tacto en lo que se refiere a asuntos militares, rechazaran una solución política y depositaran toda su confianza en una opción militar. Lord George Germaine,

a quien North puso a cargo de la guerra, no tenía cualidades militares. Pero tampoco era un político hábil. Creía que las milicias norteamericanas no representaban amenaza alguna y que los partidarios realistas superaban ampliamente a los patriotas revolucionarios. ¿Cómo podía saberlo? Nunca había puesto un pie en Norteamérica. Y nunca viajó allí para ver por sí mismo lo que era necesario hacer, o si se podía llegar a un acuerdo honorable. Nunca un miembro del Gobierno pensó en cruzar el Atlántico en una misión de investigación. En diferentes momentos se concedió a los generales el poder de negociar, pero sólo cuando los rebeldes hubieran aceptado deponer las armas. ¿De qué servía eso? De hecho, los generales cambiaban con frecuencia, lo que es un claro signo de mala administración. El primer general fue Gage, luego el almirante Richard Howe compartió un mando conjunto (una disposición absurda) con su hermano, el general William Howe; después se les dio el mando de ejércitos separados y sin relación entre sí (otro absurdo) al general Burgoyne y el marqués de Cornwallis, que ambos arruinaron. Lejos de tener la posibilidad de negociar tras una rendición de los rebeldes, los generales británicos recibieron la orden de hacer concesiones sólo después de verse involucrados en desastres; exactamente al revés de como debía ser. Gran parte de la responsabilidad por estos errores egregios recae sobre Jorge III, un hombre que nunca había visto la furia de la guerra, que nunca había salido de su país y que ni siquiera conoció el mar hasta que fue un anciano.

El curso de la guerra se narra con rapidez.[203] El primer invierno (1775-1776), cuando el conflicto se concentraba en torno a Boston, no arrojó ningún resultado decisivo y le permitió a Washington organizar su ejército. La estrategia de Howe en 1776 consistió en tomar Nueva York, bloquear desde el sur la comunicación con Nueva Inglaterra y luego destruir la rebelión en su centro, Massachusetts. Para frustrar este plan, Was-

hington y su ejército navegaron desde Manhattan a Brooklyn y se atrincheraron en las colinas. Howe los atacó por los flancos y Washington perdió 1.500 hombres contra los 400 que perdió Howe. Pero tuvo suerte: logró regresar a Manhattan con 9.000 hombres. Howe, en cambio, fracasó en su intento de rodear y destruir el ejército norteamericano, y Washington escapó a Nueva Jersey y cruzó el río Delaware. En estos momentos era cuando "se ponía a prueba el temple de los hombres", como escribió Tom Paine en *The Crisis* (La crisis), el ensayo que redactó por entonces. De hecho, la campaña invernal de Washington fue exitosa: mató o capturó a 1.000 mercenarios alemanes en Trenton, derrotó a la guarnición británica en Princeton y, luego, emprendió una retirada ordenada hacia Morristown a fines de enero de 1777. Después Howe avanzó hacia el sur, sobre Filadelfia, y derrotó a Washington en Brandywine, el 11 de septiembre de 1777.

Por entonces, el general John Burgoyne, al mando de las tropas británicas en Canadá, había derrotado a un segundo ejército norteamericano conducido por Richard Montgomery, desplazado hacia el norte con la esperanza de conseguir aliados a lo largo del río St. Lawrence. Pero los canadienses, protestantes de origen inglés o católicos de origen francés, no querían intervenir en la guerra. Habían conseguido hacer un buen trato con Gran Bretaña en 1774 y continuaron siendo leales a la corona, entonces y después. Así que Burgoyne tenía allanado el camino para atacar. Pero era un hombre imprudente. En junio de 1777 se embarcó junto a 7.000 hombres, entre británicos, partidarios de la corona, indios y colonos emigrados de Brunswick, para cruzar el lago Champlain y, luego, seguir la corriente del Hudson. El objetivo debió haber sido atrapar a Washington entre Burgoyne, de un lado, y Howe del otro, mediante un movimiento de tenaza. Pero no fue ése el plan que se llevó a cabo. En cambio, pronto empezó Burgoyne a tener problemas. Perdió

dos batallas de poca importancia el 19 de septiembre y el 7 de octubre, luego se vio rodeado, y finalmente se rindió, el 17 de octubre de 1777, en Saratoga. Eso dio lugar a la primera propuesta genuina de llegar a un acuerdo por parte de Gran Bretaña, que los norteamericanos naturalmente rechazaron. El ejército de Washington se las arregló para sobrevivir otro invierno. La cantidad de soldados era menor durante la época de frío, que Washington pasó principalmente en cuarteles de invierno, pero volvía a crecer en la primavera, y cada año la situación era mejor. Tanto él como sus hombres aprendieron de sus errores y, con el tiempo, Washington se aseguró de que los términos del servicio que debían cumplir sus hombres fueran más prolongados, la paga mejor, que hubiera más artillería, mejor transporte y aprovisionamiento regular. Además se establecieron estrictas normas de guerra que le permitían castigar con la horca en casos extremos.[204]

Hacia febrero de 1778, la misión de Franklin a Europa para conseguir aliados estaba dando sus frutos. En Francia resultó ser tal vez el más exitoso de todos los enviados norteamericanos. Cuando había estado en Inglaterra, los miembros de la clase dirigente inglesa, quizá con una sensación de rechazo por su ropa rústica, sus maneras plebeyas y sus orígenes (y acento) humildes, no lo invitaban a sus casas, salvo una o dos excepciones. La aristocracia francesa, por anglofobia, por esnobismo intelectual (estaba mucho más familiarizada con su trabajo académico) o por pura curiosidad, lo trató como a una eminencia. Veía en él a otro Rousseau, pero más agudo, un exótico norteamericano y no un simple suizo. Contó con el respaldo económico de Jacques-Donatian de Chaumont, un adinerado hombre de negocios con grandes intereses en Norteamérica, que aportó dos millones de libras de su peculio a la causa de los patriotas. El conde de Ségur consideró que detrás de su apariencia humilde había virtud y nobleza: “Su ropa era rústica; su comportamiento,

sencillo pero digno; su lenguaje, directo; su pelo, desarreglado. Era como si la simplicidad del mundo clásico, la figura de un pensador de los tiempos de Platón, o de un republicano de la época de Catón o Fabio, de repente hubieran viajado mágicamente a nuestra era afeminada y abyecta, el siglo XVIII”. Gracias a una conjunción extraordinaria, la visión de Norteamérica como una nueva Roma significó el nacimiento de una moda cultural: en ese preciso momento, el rococó cedía paso a un renacimiento repentino de la cultura clásica y Franklin parecía un hombre de la nueva ola. La verdad es que su estilo de vida tampoco era tan modesto. Puede que el duque de Croy se mostrara muy entusiasmado con las humildes cenas que organizaba para sus invitados de la alta sociedad —“Todo emanaba sencillez y economía, como correspondía a un filósofo”— pero, en 1778, en la bodega de Franklin había 1.041 botellas de vino, que llegaron a ser 1.203 antes de su partida. Tenía nueve sirvientes en su casa, gastaba generosamente su dinero y justificaba sus derroches con una moral típicamente norteamericana: “¿No es la esperanza de llegar un día a adquirir el lujo y disfrutarlo un estímulo para el trabajo y la industria?”. Adams, con su mezquindad y puritanismo, se quejaba de que “la vida del señor Franklin [en París] ofrecía un espectáculo de continua disipación”, y sospechaba, probablemente con fundamento, que Franklin disfrutaba de las mujeres tanto como de la buena comida y las buenas bebidas.[205]

¿Qué importaba? La misión fue un éxito, más para la opinión pública que para la oficial y la de *le gratin*. Jacques Necker, el gran banquero que se hizo cargo de las finanzas en 1776, se oponía a que Francia participara en el conflicto. Predijo que éste significaría un desastre financiero, y acertó. También Luis XVI se oponía, aduciendo que “es mi profesión ser partidario de la realeza”. Pero pudo más la presión del duque de Choiseuil, primer ministro; del conde de Vergennes, ministro de Asuntos

Exteriores; y de líderes de la opinión pública como Beaumarchais —autor de famosas comedias como *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*—, que organizó donaciones públicas para comprar "armas para Norteamérica" y para presionar al Gobierno a fin de que también se las proveyera.

La intervención francesa por tierra y por mar complicó la situación de Gran Bretaña, pero no precipitó el fin de la guerra. El almirante conde d'Estaigne llegó con su flota a las costas norteamericanas en el verano de 1778, pero fracasó en su intento de derrotar al almirante Howe. En octubre de 1779 hizo el intento, en colaboración con una compañía norteamericana, de apoderarse de Savannah, pero volvió a fracasar. Tras otro invierno sin resultados decisivos, sir Henry Clinton, que había reemplazado a Howe, se apoderó de Charleston y tomó prisioneros a 5.500 norteamericanos que se encontraban bajo él mando de Benjamin Lincoln, lo que significó la pérdida de hombres más grande que sufrieron los patriotas en toda la guerra. Esto sucedió en mayo de 1780. Tres meses después, el 16 de agosto, lord Cornwallis derrotó en Camden a otra compañía norteamericana capitaneada por el general Horatio Gates. Clinton regresó a Nueva York, su base de operaciones, y dejó a Cornwallis al frente de las tropas en el sur. Cornwallis invadió Carolina del Norte, pero su regimiento —formado por realistas— resultó vencido en King's Mountain, el 7 de octubre de 1780. En enero de 1781, el general Daniel Morgan derrotó en Cowpens a la legión tory de Banastre Tarleton, que perdió 900 hombres. Cornwallis también sufrió numerosas bajas dos meses después en Guildford Courthouse, aunque conservó la plaza. Ninguna de estas batallas fue decisiva, ni siquiera particularmente importante, pero tuvieron un efecto acumulativo que erosionó la voluntad de los británicos de continuar la guerra.

Entonces Cornwallis cometió un error estratégico. Decidió que sus compañías se concentraran en la costa de Yorktown.

Clinton se opuso tajantemente a esta maniobra, que volvía vulnerable al ejército de Cornwallis en caso de que los franceses pudieran concentrar sus fuerzas navales para quitarle a Gran Bretaña, por primera vez, la supremacía en el mar. Eso fue exactamente lo que pasó. Por entonces los franceses contaban con una fuerza considerable —5.500 soldados dirigidos por el conde de Rochambeau— estacionada en Rhode Island. Más importante aún, el conde de Barras dirigía una compañía naval que operaba desde Newport. En el verano de 1781, el almirante François Joseph Paul, conde de Grasse, avanzó con rapidez desde las Indias Occidentales con 20 barcos y 3.000 soldados más. Arribó a tiempo para trasladar el ejército de Washington, además de una compañía francesa bajo el mando del marqués de Lafayette, desde el Chesapeake hasta el río James, y así logró concentrar un enorme poderío terrestre y naval en torno al campamento militar de Cornwallis. Otra circunstancia que empeoró las cosas para los británicos fue que desde Newport llegó el escuadrón naval del conde de Barras. Ahora la flota francesa controlaba la zona costera de Yorktown, y el intento del almirante Thomas Graves, que fue enviado de Nueva York para romper el bloqueo, fracasó, lo que lo obligó a volver a Nueva York. Gran Bretaña ya no podía reforzar sus compañías por mar, por lo menos no por el Atlántico Norte occidental, y esto significó una catástrofe para su estilo militar. Cornwallis, que contaba con 8.000 hombres, se enfrentó a un ejército franco norteamericano de 17.000 hombres, por añadidura bien provistos de artillería. Sus provisiones escaseaban, pero fue esta demostración de poderío la que, el 19 de octubre de 1781, lo persuadió de rendirse.

Así que los británicos, que al comenzar la guerra contaban con una enorme superioridad en cuanto a hombres entrenados y arsenal, y que tenían el control absoluto por mar, se encontraron de pronto superados en número y armamento, y con el do-

minio de las aguas perdido a manos de los franceses. Aún controlaban Nueva York, Savannah y Charleston, pero la catástrofe de Yorktown les arruinó la fiesta. El 19 de marzo de 1782 renunció North, lo que allanó el camino para un Gobierno de coalición dispuesto a hacer la paz, del que formaron parte Shelburne, Foz y Burke. Por fortuna para todos los involucrados, una serie de brillantes victorias británicas contra Francia y España —el levantamiento del sitio español de Gibraltar, el éxito en la India, y, sobre todo, la destrucción (bajo el mando de lord Howe) dé la flota del conde de Grasse en la batalla de los Santos, el 12 de abril, que permitió a los británicos conservar las Indias Occidentales y recuperar el control absoluto de los mares — hicieron que para Inglaterra fuera más fácil tragarse el orgullo y aceptar la independencia de Norteamérica.

Se envió a Franklin de vuelta a París para iniciar las negociaciones con Vergennes, en representación de Francia, y con Thomas Grenville, el inteligente y erudito hijo foxita del Grenville autor de la Ley de Sellos, en representación de Inglaterra. Franklin fue tanto el arquitecto como el héroe de la paz de París. Los "cuatro puntos" que expuso en julio de 1782 se convirtieron en la base, del acuerdo: en primer lugar, la independencia absoluta de Estados Unidos y la retirada de todas las tropas británicas; en segundo lugar, Canadá continuaría siendo británica y se trazaría un límite definitivo en tal sentido; en tercer lugar, un acuerdo acerca de los límites de los trece estados y, por último, la libertad para pescar en las costas de Terranova (el primer convenio pesquero internacional).

Las consecuencias de esta segunda guerra mundial fueron profundas y se hicieron sentir durante años. Vale la pena prestarles atención por un momento desde una perspectiva global por su influencia en la historia norteamericana posterior. Si se

tienen en cuenta todos los factores, Inglaterra salió comparativamente ilesa del largo conflicto. El pueblo no se involucró emocionalmente, no quedaron cicatrices espirituales. Muchos sectores, no sólo los whigs, se habían opuesto a la guerra desde el comienzo, y los comerciantes en particular deseaban con ansiedad que finalizara el conflicto para seguir adelante con el comercio en el Atlántico. En todo caso, la guerra estimuló la economía británica, que al comenzar la década de 1780 (el punto de despegue de la primera revolución industrial) experimentaba un crecimiento formidable. La guerra puso fin al mercantilismo de una vez y para siempre. Triunfaron las ideas de Adam Smith (que se había opuesto tajantemente en todo momento a una política coactiva), y con la formación del Gobierno para tiempos de paz encabezado por Pitt *el joven* a fines de 1783, ahora Smith era bien recibido en el 10 de la calle Downing y sus ideas de libre mercado comenzaron a dominar la política británica. Inglaterra iba ya en camino de convertirse en la primera gran potencia industrial del mundo, y la victoria de las ideas de Smith a propósito de un capitalismo de libre empresa y un mercado mundial era una buena noticia tanto para los agricultores norteamericanos como para su joven industria.

La guerra tuvo resultados desastrosos para las viejas monarquías europeas. La paz de París (1783) dejó a España con las manos vacías; su corona era cada vez más pobre y más débil y sus grandes virreinatos en Centroamérica miraban cada vez más al norte en busca de inspiración o ejemplos para seguir. La gran perdedora fue Francia, que tampoco ganó nada con la paz. La guerra le costó 1.000 millones de libras y arruinó su crédito con los banqueros de Europa. Como predijera Necker, el conflicto causó un daño irreparable a sus finanzas públicas y obligó a la monarquía en quiebra a tomar el camino que condujo a la convocatoria de los Estados Generales, la toma de La Bastilla, el Terror, la República, la dictadura militar y dos décadas de gue-

rras desastrosas. Todos los aristócratas adinerados y los comerciantes destacados que habían ayudado a Norteamérica con sus fortunas personales también lo perdieron todo, y el Congreso tuvo que incluir a regañadientes a una o dos de estas personas en una nómina de indigentes. La clase dirigente francesa aprendió por las malas a no entorpecer al republicanismo. El conde de Ségur, que combatió en Norteamérica, lo resumió así: "Caminábamos alegremente sobre una alfombra de flores que no nos dejaba ver el abismo". Pero el conde de Ségur fue afortunado. El almirante d'Estaigne, que estuvo al mando de la primera flota francesa que llegó a la costa norteamericana, murió en la guillotina.[206]

La guerra trajo a los trece estados, ahora hasta cierto punto más unidos, inmensos padecimientos, pérdidas, beneficios y bendiciones inesperados. Hubo vencedores y vencidos. Los grandes perdedores, en especial a largo plazo, fueron los indios. En el momento en que se declaró la independencia, vivían alrededor de 200.000 indios al este del Misisipí, agrupados en ochenta y cinco naciones. Su instinto los indujo a permanecer neutrales. Un jefe iroqués dijo al gobernador de Connecticut, en marzo de 1775: "No deseamos unirnos a ninguno de los bandos […] ya que amamos a ambas, la vieja y la nueva Inglaterra".[207] Una vez comenzada la guerra, sin embargo, tanto los ingleses como los patriotas intentaron conseguir que los indios los ayudaran y, por lo general, fueron los ingleses los que se vieron favorecidos. Habían defendido sus intereses en el pasado y los indios intuyeron que si Norteamérica se independizaba la expansión blanca hacia el oeste no tendría límites. Por lo tanto, alrededor de 13.000 indios pelearon por Inglaterra y si sir William Johnson, el más importante de los representantes británicos ante los indios, que era "jefe honorario de las seis naciones", no hubiera muerto en 1774, la alianza con los indios habría sido mucho más eficaz. Su hijo John y su sobrino Guy dieron lo

mejor de sí, sin embargo, y la sensación de los indios era que en general estaban peleando en una guerra difícil y exitosa. Por lo tanto, su consternación por la paz dé París fue tanto más amarga. Inglaterra los abandonó. En Niágara, los jefes indios dijeron a los enviados británicos: "Si realmente fuera verdad que los británicos los habían traicionado vilmente al fingir que entregaban [nuestro] país a los norteamericanos, sin nuestro consentimiento o sin consultarles, se trató de un acto de crueldad e injusticia que sólo los cristianos eran capaces de llevar a cabo" (sic).[208] Los norteamericanos interpretaron que el tratado les concedía el derecho de conquistar, y a eso se dedicaron con entusiasmo. Los representantes del Gobierno federal dijeron a los Delaware y a los Wyandots en 1785: "El país es nuestro porque lo conquistamos, y estamos aquí para dar, no para recibir".[209] Los indios de las grandes planicies también resultaron perdedores. Originalmente las pretensiones francesas sobre el Misisipí los habían protegido de la expansión hacia el oeste. Esa barrera desapareció en 1763. Luego los británicos acudieron a salvarlos con la Gran Proclama. Ahora también ésta había sido declarada nula y carente de validez. Los indios se quedaron solos.

Por otro lado, el nuevo clima de libertad e incluso igualdad hizo, sin duda, que mucha gente, en especial en el norte, diera un nuevo enfoque a la extraordinaria anomalía que significaba el mantener a hombres y mujeres en perpetua esclavitud en una tierra que acababa de ganarse su libertad. En algunos estados el movimiento para acabar con la esclavitud comenzó incluso antes de la crisis. En 1766 Boston instó a sus representantes en la asamblea a "proponer una ley que prohíba la importación y la compra de esclavos en el futuro", y otros poblados de Nueva Inglaterra siguieron su ejemplo. En 1771 se aprobó una ley prohibitoria, pero el gobernador Hutchinson se negó a promulgarla. No obstante, en diciembre de ese año lord Mansfield, presidente de la Corte Suprema, emitió en Londres su famoso fallo que

establecía que la esclavitud era una institución "tan detestable" que sólo "se la podría apoyar si existiera una ley positiva". Eso hizo que la esclavitud fuera ilegal en Inglaterra bajo el derecho consuetudinario, y ya que la mayoría de los colonos norteamericanos se adherían también a éste, la tendencia legal era claramente opuesta. En 1773, Pensilvania (por influencia de los cuáqueros) y en 1774 Rhode Island y Connecticut, aprobaron leyes que prohibían el tráfico de esclavos. Los estatutos sociales generales adoptados por el Primer Congreso Continental en 1774 incluían una cláusula en contra del comercio de esclavos que comprometía a sus miembros a "no importar ni comprar ningún esclavo que haya entrado después del primer día del próximo diciembre", fecha a partir de la cual se acordaba "suspender definitivamente el tráfico de esclavos" y "no involucrarnos en él", ni "alquilar nuestros navíos, ni vender nuestros artículos o productos a aquellos involucrados en él". Entre 1786 y 1801 cinco estados, entre los que había algunos esclavistas, como Kentucky o Tennessee, aprobaron leyes que permitían la manumisión o que suprimían restricciones existentes en torno a ella. Virginia había aprobado la manumisión antes, en 1782, y liberó a 10.000 esclavos casi de inmediato. Maryland siguió su ejemplo en 1783 y, una generación después, más del 20 por ciento de sus negros eran libres.

Durante la guerra revolucionaria, y como resultado directo del clima que ésta produjo, todos los estados del Norte, excepto Nueva York y Nueva Jersey, siguiendo el ejemplo de Inglaterra, adoptaron medidas para declarar ilegal la esclavitud. En 1780 Pensilvania promulgó la primera ley de emancipación (gradual) en la historia de Norteamérica y otros estados siguieron su ejemplo, el último de los cuales fue Nueva Jersey, antes de la guerra civil. Además de las leyes positivas, también el derecho consuetudinario favoreció a los esclavos durante estos años, como había sucedido en Inglaterra. En 1781, en el caso "Brom y

Bett contra John Ashley", Elizabeth Freeman, Bett, alegó que la frase de la nueva constitución de Massachusetts que decía que todos los individuos "nacen libres e iguales" se aplicaba tanto a los negros como a los blancos. La mujer ganó el caso y esta decisión, entre otras, puso fin a la esclavitud en Massachusetts. Además, la lucha constitucional y la guerra dieron origen a una agitación de masas en Inglaterra, que pronto se extendió a Norteamérica y otros países, canalizada por el movimiento antiesclavista organizado y liderado por Samuel Wilberforce y la secta Chapham. En última instancia, en 1807 se impuso en el Parlamento la ley que declaraba ilegal el tráfico internacional de esclavos.[210]

La mayoría de los norteamericanos leales a la corona no tenían otra alternativa que quedarse donde estaban y tragarse sus sentimientos. Esto tuvo diversas consecuencias. En Jamaica, Barbados y Granada las asambleas locales se declararon a favor de los patriotas, pero no pudieron hacer más que eso, por la supremacía naval británica. Bermuda y las Bahamas permanecieron formalmente leales a la corona, pero habrían cambiado de bando si los patriotas hubieran podido ofrecerles ayuda militar. Florida era leal porque necesitaba la protección británica contra España. Una investigación reciente ha puesto en evidencia que los leales a la corona tenían más fuerza, en proporción a la población, en Georgia, Nueva York y Carolina del Sur (por ese orden); en términos absolutos, Nueva York contaba con el mayor número de ellos, que era tres o cuatro veces superior al de cualquier otra colonia o estado. Los monárquicos seguían siendo relativamente fuertes en Nueva Jersey y Massachusetts, más débiles en Rhode Island, Carolina del Norte, Connecticut, Pensilvania y Nueva Hampshire, e impotentes en Virginia, Maryland y Delaware.[211]

En general, los monárquicos no lograron organizar una resistencia a la rebelión. En Carolina del Norte, David Fanning li-

deró durante un tiempo una eficaz guerra de guerrillas contra el líder patriótico, el gobernador Thomas Burke, en una escalada de acciones terroristas y antiterroristas. En Carolina del Sur, Thomas Brown, que había sido torturado por el grupo republicano de extremistas Hijos de la Libertad, también les complicó la vida a los patriotas. Otro exitoso líder monárquico fue Joseph Galloway, de Filadelfia. Los partidarios de la corona presentaron un duro combate en Georgia y en las afueras de Carolina del Norte, donde la milicia patriota, que contaba con artillería, venció de manera cruenta a 1.400 montañeses escoceses que habían ocupado el norte de Cape Fear. Los mediocres comandantes británicos les habían fallado, como a muchos de los otros grupos monárquicos. Otros leales a la corona se desalentaron debido al mal comportamiento de los mercenarios y las tropas británicas: en Nueva Jersey, por ejemplo, un bastión monárquico, 2.700 de ellos firmaron un juramento de lealtad al Rey, pero el pillaje militar los hizo desistir de ir más lejos. Algunos otros fueron silenciados por líderes terroristas patriotas como el coronel Charles Lynch, de Virginia, de cuyo apellido proviene la palabra "linchar", un castigo que en esos días consistía en treinta y nueve latigazos en lugar de la horca. Todos los monárquicos se sintieron traicionados por los ingleses con la paz de París, y el destino de los negros fue el más lamentable. Unos ochocientos esclavos de Virginia, que huyeron hacia el norte estimulados por la promesa de libertad del gobernador, lord Dunmore, llegaron a Nueva York, donde se unieron a otros miles de esclavos que trabajaban para la guarnición británica. Cuando las tropas inglesas se retiraron, en 1783, los abandonaron a su suerte, y la mayoría huyó más al norte, a Nueva Escocia. Alrededor de mil fueron embarcados con rumbo a Sierra Leona, lo que constituyó el primero de los muchos intentos de repatriar ex esclavos al África Occidental. Miles de monárquicos viajaron a Inglaterra e intentaron obtener alguna indemniza-

ción. En Londres se recibieron con el tiempo un total de 3.225 solicitudes y 2.291 de ellas obtuvieron una respuesta satisfactoria, lo que es un mísero total si se compara con la cantidad de norteamericanos leales a la corona que lo perdieron todo.[212]

La consecuencia más importante de la diáspora monárquica se sintió en Canadá. Puede que el número total de realistas que abandonaron Estados Unidos haya sido nada menos que de 80.000. Algunos se fueron a Inglaterra; otros, a colonias británicas en las Indias Occidentales. Pero la gran mayoría de ellos emigraron a Canadá, donde provocaron un cambio demográfico radical. Hasta ese momento el norte de Canadá, que dominaban los británicos, estaba poco poblado, y los habitantes de habla inglesa eran menos que los de habla francesa del sur del país. Unos y otros permanecieron leales a la corona durante el conflicto, pero la influencia de los monárquicos más acérrimos fue crucial para que Canadá mantuviera sus lazos con la corona y también para que se convirtiera en un país en el que predomina el idioma inglés. Por lo tanto, Inglaterra perdió Norteamérica pero ganó Canadá, y esto se reafirmó en la guerra de 1812. [213]

La inmensa mayoría de los monárquicos permanecieron en Estados Unidos, pero no necesariamente en las localidades donde originalmente vivían. Muchos de ellos emigraron desde Virginia, Maryland, las Carolinas y Georgia hacia estados situados más al norte, en especial a Pensilvania y Nueva York. Otros emigraron hacia el oeste, a los Apalaches y más allá, hacia Tennessee, Kentucky y el valle del Ohio. De alguna manera, entonces, la guerra diluyó el linaje inglés puro de la población norteamericana pero, lo que es más importante, mezcló más a todos, disolvió las viejas pautas y formó otras nuevas, y así agudizó el proceso que llevaría al crisol de razas que ya estaba en marcha, haciendo que personas de innumerables orígenes étnicos y reli-

giosos se transformaran en ciudadanos norteamericanos de pura cepa.

El sufrimiento que acarreó la guerra y el resentimiento que éste engendró, hacen que agradezcamos la intervención francesa, que ayudó a que el conflicto llegara a su fin. Sin ella, la fase de la guerra civil y de guerrillas podría haberse prolongado muchos años más, envenenada por añadidura por las revueltas serviles inspiradas por los británicos y por los ataques indios. Eso es lo que sucedió una generación después en Centroamérica y Sudamérica, donde las guerras entre los rebeldes y España y entre monárquicos y opositores a la corona duraron décadas, lo que condujo al cesarismo, los gobiernos militares, los motines y revueltas de los ejércitos y a todas las modalidades de la crueldad. El carácter de la lucha revolucionaria en Latinoamérica ayuda a entender la debilidad e inestabilidad de las sociedades civiles independientes que surgieron de ella y el papel político que desempeñaron los militares casi hasta nuestros días. Estados Unidos se salvó de esto, pero por poco. Hubo algunos incidentes alarmantes durante e inmediatamente después de la guerra. El Congreso, con su débil poder ejecutivo, que prácticamente no existía, no era en absoluto un buen administrador de la guerra. No había una moneda propiamente dicha y, de hecho, se produjo una rápida inflación. En la práctica, Washington administraba además de dirigir la guerra, y sin él habría habido un estallido tanto social como militar. Aún así, hubo un momento, a fines de 1777, en que sé rumoreaba que sería reemplazado por Gates, que había derrotado a Burgoyne. El mismo Washington creía que existía un complot, encabezado por Thomas Conway (la “conspiración Conway”), y que Gates estaba al tanto de lo que sucedía. Pero todo quedó en la nada.

Tras lo sucedido en Yorktown, la irritación de algunos oficiales por la debilidad y la negligencia del Congreso, que había conducido al desabastecimiento de las tropas, llevó a que se pre-

sionara a Washington para que tomara el poder: exactamente el tipo de movimiento que frustraría la independencia en Latinoamérica. El coronel Lewis Nicola, un hugonote irlandés, le escribió una carta a Washington en la que le pedía que "accediera al trono". Washington escribió que la carta "le provocó una sensación dolorosa". Admitió que las provisiones para las tropas escaseaban, pero dijo que trabajaría para solucionar las cosas "de una manera constitucional". Cuando la guerra hubo concluido definitivamente, todavía quedaban muchos hombres militarizados y las pagas estaban atrasadas, lo que dio lugar a un intento de motín, el 10 de marzo de 1783, en la guarnición de Washington. El líder de los amotinados era el mayor John Armstrong, de veinticuatro años, que escribió los *Discursos de Neivbrugh*, en los que protestaba por el tratamiento que sus tropas recibieran por parte del Congreso, y en los que incitaba a los oficiales a "no intimidarse ni paralizarse si se sentían afectados por los agravios". Pero sólo los oficiales más jóvenes participaron en este motín, al que se ha descrito como "el único intento de golpe de Estado que se haya conocido en la historia de Norteamérica". Pero Washington sé reunió con todos los oficiales rebeldes y los convenció para que expusieran sus exigencias por la vía legal. Era muy bueno para persuadir. Tres meses después, en junio, estalló el último de una serie de motines: varios cientos de soldados enfurecidos lograron rodear la legislatura de Filadelfia, en la que se encontraban en sesión tanto el Congreso como el Consejo Ejecutivo del estado de Pensilvania. Pero la llegada de tropas regulares bajo el mando del general Robert Howe hizo que esta turba militar se dispersara.[214]

Si quedaba alguna sospecha de cesarismo se disipó finalmente gracias a la prontitud y decisión con que el mismo Washington se retiró del Ejército. El 23 de diciembre de 1783 se presentó en la legislatura del estado de Filadelfia, donde el Congreso se encontraba reunido en sesión, sacó de su bolsillo una nota

que había escrito y leyó, mientras la sostenía con manos temblorosas. Decía: "Señor Presidente [se dirigía al funcionario que presidía el Congreso, Thomas Mifflin], ya que finalmente los hechos extraordinarios de los que dependía mi renuncia han sobrevenido, tengo ahora el honor de ofrecer mis sinceras felicitaciones al Congreso y de presentarme ante sus miembros con el fin de devolver a sus manos la confianza en mí depositada, y de pedir el permiso de retirarme del servicio a mi país [...] y al dar un afectuoso adiós a este cuerpo augusto bajo cuyas órdenes he actuado durante tanto tiempo, restituyo aquí mi nombramiento y me retiro de todos los cargos que he estado ejerciendo en la vida pública". En ese momento, sacó del uniforme su nombramiento, dobló la copia de su discurso y entregó ambos papeles a Mifflin. Estaba imitando conscientemente a Cincinato en el momento en que entregó su espada. Después, dio la mano a todos los miembros del Congreso, se montó en su caballo y cabalgó toda la noche hacia Mount Vernon, adonde llegó a la mañana siguiente.[215]

Liberada de los británicos y con Washington de regreso en Mount Vernon, ¿cómo iba a gobernarse Norteamérica? Desde luego, no echaba de menos la monarquía.

Cualquier persona que decidiera cómo se debía gobernar Norteamérica no podía dejar a un lado lo que era quizá la característica más dominante del país: la movilidad social. Poca gente permanecía mucho tiempo en el mismo nivel. La mayoría ascendía en la escala social. Y un gran número se desplazaba también geográficamente. Un observador británico señaló, con asombro, que los norteamericanos se trasladaban "incitados por su avidez e inquietud. No logran instalarse en un lugar fijo, sino que el vagabundeo parece formar parte de su naturaleza, y una debilidad que se agrega a esto es el hecho de que imaginan que las tierras lejanas son aún mejores que aquellas en las que ya se han instalado".[216] Esta movilidad funcionó como una di-

námica económica; fue una de las razones por las que la economía norteamericana se expandió con tanta rapidez, debido a que se empezaron a incorporar a la producción tierras nuevas, y por lo general mejores, y aparecieron nuevos centros económicos en crecimiento casi de la noche a la mañana en distritos de frontera. Pero el movimiento constante disolvía la sociedad establecida, actuaba en contra de la jerarquía y el "respeto", y promovía las ilusiones de igualdad.

Hay muchas pruebas de que los ingresos de los agricultores aumentaron durante la guerra, ya que los ejércitos compraban la comida al contado, y de que se volvieron más derrochadores: las esposas de los granjeros no sólo pedían té sino también juegos de té. Los comerciantes empezaron a tener una "clientela adinerada". En Inglaterra ocurría lo mismo (como se refleja en las novelas de Jane Austen), pero en Norteamérica esto se produjo en un nivel más bajo de la escala socioeconómica. Y además, en Norteamérica había menos moralistas de esos que, en Inglaterra, consideraban vergonzoso que se popularizaran los lujos. En Norteamérica, por el contrario, iba tomando forma la idea de que todos tenían el derecho de contar con lo mejor si dedicaban el suficiente esfuerzo a su trabajo, y que proponerse objetivos elevados era no sólo moralmente aceptable sino incluso admirable. Pañuelos de seda, colchones de plumas, vestidos de confección, sombreros de mujer importados, ¿por qué la gente no podía tener todo eso? "Cuanto más tengamos, mejor —decía entusiasmado James Otis—, si podemos exportar lo suficiente para pagarlo". Con un poco más de agudeza, Ebenezer Baldwin se mostraba de acuerdo: "En Norteamérica no hay nada parecido a un pueblo bajo. La vanidad y la moda destruyen por completo la especie".[217]

Había sólo un paso entre admitir que las personas comunes tenían el derecho de obtener lo mejor y darles un papel fundamental en la forma de gobierno…, y dársela no a regañadientes

sino con entusiasmo. Palabras como *husbandman* (labrador), *yeoman* (pequeño agricultor), *esquive* (señor) cayeron rápidamente en desuso y se los reemplazó por *citizen* (ciudadano), que los revolucionarios franceses habían adoptado una década antes. En conjunto, los ciudadanos conformaban el *publick* (el público o la opinión pública, según los casos), un nuevo término que comenzó a ponerse de moda. Catón escribió: "Las personas comunes [son] los mejores jueces, así las cosas vayan bien o mal desde el punto de vista de la opinión pública". Catón pensaba: "Todo labrador distingue un buen gobierno de uno malo". Jefferson coincidía: "Planteen un problema a un labrador y a un estudioso. Por lo general el primero lo resolverá mejor que el segundo, ya que no ha sido pervertido por las reglas artificiales". John Adams inventó un arquetipo de campesino paleto, Humphrey Ploughjogger, y ensalzó su raciocinio y astucia en artículos periodísticos. Estaba "hecho con una arcilla tan buena como la de los así llamados grandes del mundo". "El populacho, la masa y la chusma, como a los grandes les encanta llamarlos", tenían, escribió Adams, "por las leyes inalterables de Dios y la naturaleza, el mismo derecho de aprovechar el aire puro para respirar, la luz para ver, la comida para alimentarse, la ropa para vestirse, que tienen los nobles o el Rey".[218] Lo único que se necesitaba era educarlos, para que sumaran conocimientos a su ingenio innato.

El gran mérito del nuevo espíritu igualitario en Norteamérica fue que se le diera conscientemente a la educación un lugar de privilegio entre las prioridades nacionales. Adams escribió que poblar Norteamérica era parte de un plan providencial "para iluminar a los ignorantes y emancipar a los sometidos", primero en el país, y después en todo el mundo. Stanhope Smith, rector de Princeton, creía que una combinación de "leyes republicanas" y educación causaría una mejora general en la moral de la población y crearía una "sociedad uniformemente virtuosa": La

virtud, dijo Ezra Styles, se podía enseñar, como cualquier otro arte.[219] Y era la educación, sostenía Adams, lo que hacía al caballero, no su origen o sus privilegios. Él y la mayoría de los revolucionarios más importantes eran caballeros de primera generación, y alcanzaron ese rango por su capacidad de leer y hacer uso de libros y por su maestría con la pluma: el primo de Adams, Sam, Jefferson, Rush, John Marshall, James Madison, David Ramsay, John Jay, James Wilson, Benjamin Franklin. El padre de Adams había sido "un granjero más bien rústico"; él mismo se había convertido en caballero gracias a que había estudiado en Harvard. Jefferson, aunque de un nivel social mucho más elevado, también había sido el primero de su familia en asistir a una universidad. A la larga, todos lo harían: entonces Norteamérica realmente sería un Estado republicano cuyos ciudadanos cultivarían el buen gusto, el arte, los buenos modales y, sobre todo, la virtud. Fue la educación el elemento que haría de la estructura republicana y del contenido democrático de la nueva unión de estados instrumentos de progreso pacífico. Años más tarde, en la década de 1830, Macaulay dijo que, en Inglaterra, la educación estaba empeñada en una carrera por civilizar la democracia antes de que ésta se impusiera. Pero vale la pena recordar que la élite norteamericana adoptó este punto de vista (e hizo algo al respecto) medio siglo antes.

La mayor fuerza unificadora era la necesidad financiera. La improvisada moneda nacional no soportó las presiones de la guerra. La inflación comenzó a acelerarse. Éstos fueron los males que, en Latinoamérica, habrían de envenenar la juventud y comprometer la madurez de las repúblicas hispanohablantes durante la siguiente generación. Los hombres de Nueva York, que ya se perfilaba como un centro del "ruido" en materia financiera, estaban decididos a no permitir que esto sucediera. El gobernador Morris, Philip Schuyler, Alexander Hamilton y James Duane se reunieron para proponer lo que más tarde se de-

nominaría una “solución federalista”, o sea, un Gobierno fuerte que garantizara una moneda corriente digna de crédito. Creían en un Gobierno que deliberadamente brindara el marco en el que la economía podría desarrollarse y expandirse rápidamente gracias 3 un sistema bancario avanzado, a la administración, el crédito y la mejora de la eficacia fiscal. Tomaron estas ideas de Inglaterra y de Adam Smith, y el hombre que profundizó en ellas con más convicción, Alexander Hamilton, las volcó sobre un papel por primera vez en sus “Cartas continentalistas”, publicadas en 1781-1782.[220]

Ese fue el comienzo del debate sobre la Constitución. ¿Quién era pues Hamilton, que lo originó? Había nacido en 1755 en Nevis, una pequeña isla de las Indias Occidentales, y es de vital importancia recordar que no era norteamericano, excepto por adopción, y nunca podría haber llegado a ser presidente, aunque en algunos aspectos tenía más aptitudes para el cargo que cualquier otro de los Padres Fundadores. En cierto sentido era el arquetipo del hombre que se ha hecho a sí mismo del ideario norteamericano: nacido fuera del matrimonio, abandonado por un padre malvado, huérfano a los trece años por la muerte de su madre, recibió la ayuda de amigos y parientes para llegar a Nueva York donde, a los diecisiete años, ingresó en el King’s College (actualmente la Universidad de Columbia). Allí prosperó y absorbió una gran cantidad de conocimientos políticos, históricos, constitucionales y forenses que lo convirtieron en uno de los abogados más perspicaces de su generación. Pronto se encontraría en la cresta de la ola revolucionaria en su papel de orador y prolífico redactor de panfletos, con un don especial: entregaba páginas a la imprenta con mucha más celeridad que ninguno de sus contemporáneos, incluidos Paine y Franklin. Se alistó en el Ejército, y recaló en la artillería, donde adquirió con rapidez el dominio del arte de manejar las armas; llegó al grado de teniente, participó en varias batallas, atrajo la atención del

comandante en jefe y sirvió en el equipo de Washington, y durante cinco años fue su mejor y más cercano edecán. Washington era su héroe, su "protector" como él lo calificó. Washington, a su vez, lo consideraba el mejor oficial ejecutivo del Ejército, un hombre de quien podía fiarse para encargarle las tareas más difíciles por su capacidad para resolverlas con eficiencia y rapidez, un hombre lleno de ideas, en extremo valiente, y leal hasta las últimas consecuencias.

Dentro del Gobierno, Robert Morris, superintendente de finanzas, fue un aliado de Hamilton, que presionó para que se produjeran reformas. En 1781-1782 presentó un programa de impuestos y finanzas para proveer fondos y una moneda estable, y buscó apoyo fuera del Gobierno, en el Congreso, en el mundo de los negocios e incluso en el Ejército. Morris y Hamilton se dieron cuenta de que, ahora que habían desaparecido todos los impedimentos que impusiera Inglaterra a la expansión hacia el oeste, vender tierras a granjeros ávidos era una manera en que el Gobierno federal, o general, como aún lo llamaban, podía financiarse, pero sólo si los estados estaban dispuestos a ceder el control sobre las tierras del oeste al centro federal. Antes de la guerra revolucionaria, los estados no habían admitido que se fijara ningún límite hacia el oeste a sus pretensiones. En 1780, sin embargo, aceptaron en principio que todo el territorio del oeste sería "habitado y dividido en diferentes estados republicanos que se convertirán en miembros de la Unión federal y tendrán los mismos derechos de soberanía, libertad e independencia que los otros estados".

En 1783 la paz de París hizo que se duplicara la superficie de Estados Unidos, al agregarse a los estados del Atlántico los territorios del oeste. Pero debían determinarse el tamaño, el número y los límites de los nuevos estados, junto con un procedimiento constitucional que los incluyera en la Unión. Se encargó esta tarea a un comité del Congreso presidido por Jefferson, que en

1784 entregó un informe que decía que los territorios del oeste debían dividirse en catorce nuevos estados, entre ellos Assenisipia, Cherroonesus, Metropotamia, Miochigania y Washington. Al Congreso no le gustaron esos nombres extravagantes y los rechazó. Pero en su ordenanza de 1784 estableció que los territorios debían tener gobiernos provisionales (supervisados por el Congreso) hasta que cada uno tuviera una población de hombres libres igual a la del menos populoso de los estados existentes. En ese momento podía solicitar su admisión en la Unión. Esto se puso en práctica sólo después de que cada estado hubo cedido formalmente todas sus pretensiones respecto de los territorios del oeste. La ordenanza de tierras de 1785 definió el modo en que habrían de delimitarse y venderse estas nuevas tierras federales. Finalmente, la Ordenanza del Noroeste, de 1787, se ocupó del sector norte del oeste, e hizo más específico el proceso de creación de los estados. En primer lugar, el Congreso nombraría un gobernador, un secretario y jueces que trabajarían en el territorio en cuestión. La segunda etapa se ponía en marcha cuando en un distrito había 5.000 hombres libres adultos; entonces se podía elegir una asamblea y presentar una nómina de candidatos de entre los cuales el Congreso elegiría un consejo gobernante, no obstante lo cual conservaba el derecho de veto con respecto a la legislación e incluso nombraba al gobernador. La tercera etapa comenzaba cuando la población superaba los 60.000 habitantes libres, y entonces podía presentar una petición para convertirse en estado.

Esta ordenanza o ley fue la última que se aprobó mientras regían los viejos Estatutos de la Confederación, y hubo muchos que se opusieron a ella con el argumento de que otorgaba poder político a los legisladores del este o a promotores de compañías y no a los propietarios de tierras en el oeste y de que era más centralista que democrática. Y así era. Pero entonces todo el asunto de los territorios del oeste tendió inevitablemente a for-

talecer el poder del Gobierno federal, como lo advirtió Hamilton, ya que le otorgó una autoridad directa sobre una enorme extensión de territorio, tan grande como los estados existentes (en realidad resultaría ser mucho más grande), que podía gobernar como una potencia imperial, y del que podía obtener fondos mediante la venta de pequeñas parcelas a los colonos. Se trataba de un hecho geográfico que hizo inevitable que el centro federal se fortaleciera con el paso del tiempo. Fueron los mismos estados los que traicionaron la causa de sus derechos soberanos al renunciar a su soberanía con respecto a las tierras del oeste y entregársela al Congreso. Sin embargo, de momento los estados aprobaban todo tipo de leyes soberanas que lógicamente eran propias de una autoridad central: violaron tratados internacionales, infringieron la legislación federal, declararon la guerra a los indios, organizaron su propia Marina y, en ocasiones, ni siquiera se molestaron en enviar representantes al Congreso. Fijaban impuestos al comercio entre los estados y al mismo tiempo evadían el pago de los que les correspondía pagar al Congreso. Ésa, por supuesto, fue una de las razones del derrumbe del crédito y la inflación desenfrenada. Todos estaban de acuerdo en algo: las cosas no podían continuar de aquel modo.[221]

Las etapas que llevaron a la creación de la Constitución de Estados Unidos se desarrollaron de la siguiente manera. Los esfuerzos de Morris y Hamilton por reformar la Confederación existente, en especial en el aspecto financiero, no habían tenido eco. En 1783 Madison encaró el problema y presentó un plan de reformas que constaba de tres puntos y era, en algunos aspectos, menos radical que el de Morrison-Alexander; introducía por primera vez el concepto de elecciones populares (en este plan cada esclavo se contabilizaba como tres quintas partes de un blanco, y ésta fue la fórmula que finalmente se adoptó). También esta iniciativa quedó en nada en ese momento. Enton-

ces intervino la casualidad, como suele ocurrir en los grandes acontecimientos históricos. Virginia y Maryland se disputaban la navegación del Potomac, que ambas reclamaban el derecho de controlar y dirigir. En medio de esta confusión, los importadores aprovechaban la oportunidad para evadir los aranceles aduaneros. La situación se hizo insostenible a fines de 1783 y Madison, que se ocupaba de los asuntos nacionales en representación del Gobierno de Virginia, propuso que ambos estados nombraran representantes para entablar una negociación. Washington, un conciliador nato, se ofreció con entusiasmo a ser su anfitrión en Mount Vernon, a partir del 25 de marzo de 1785. Allí se trataron muchos más temas que los previstos, y no sólo se discutió sobre las disputas en materia naval y de navegación, sino también acerca de los aranceles aduaneros, la moneda, la regulación del crédito y muchos otros puntos.

La conferencia fue tan fructífera que Pensilvania se interesó en el asunto del Potomac; Madison, por su parte, llamó hábilmente la atención del Congreso sobre los acuerdos, y éste los ratificó. Luego logró que se aprobara la moción de Virginia que sugería invitar a todos los estados a enviar al Congreso comisiones que se reunieran a fin de discutir acerca de "las regulaciones comerciales que puedan ser necesarias para sus intereses comunes y su permanente armonía". La reunión se llevó a cabo durante tres días de septiembre de 1786 en Annapolis y sólo cinco estados enviaron representantes. Pero fue importante como preparación y como medida de presión, y le permitió a Madison conocer a Hamilton. Ambos intercambiaron sus respectivos puntos de vista en torno a los pasos por seguir. Madison era un hombre cauteloso, moderado, mientras que Hamilton era arriesgado, un aventurero lleno de audacia. A la propuesta de revisión constitucional de Madison, que sólo se ocupaba de las cuestiones económicas, le agregó un plan más amplio y, en mayo de 1787, invitó a los delegados de los estados a Filadelfia "a

fin de crear tantas disposiciones como crean necesarias para que la constitución del Gobierno federal se adecúe a las exigencias de la Unión". No establecía ninguna limitación con respecto a los temas que se discutirían en la convención.

Sin embargo, si Hamilton dio un empuje decisivo a la iniciativa de reformar la Constitución, fue Madison quien diseñó el orden del día de la convención, mediante el llamado Plan Virginia. Un aspecto novedoso y de fundamental importancia de este plan fue que preveía que el Gobierno nacional debía actuar en contacto directo con el pueblo (y no por mediación de los estados) y que debía recibir su autoridad de manos del pueblo (y no de los estados). En otras palabras, el pueblo soberano —fue Madison quien creó la majestuosa frase "Nosotros, el pueblo"— delegaba la autoridad tanto en el Gobierno nacional como en la de los estados, y por lo tanto daba al Gobierno nacional el poder de actuar con independencia en su propia esfera, al mismo tiempo que restringía la actuación de los estados. Se podría describir esto como la innovación constitucional más importante desde la Declaración de Independencia. Madison propuso que fuera el Gobierno federal, que tendría el poder de vetar las leyes de los estados, el que impusiera las limitaciones. Esta propuesta fue rechazada porque se asemejaba demasiado al antiguo veto real. Pero el principio fue aceptado, y las limitaciones al poder de los estados que impuso la Constitución federal se han convertido en un mecanismo fundamental del sistema federal. En el plan de Madison, lo que legitimaba este poder era que la autoridad del Gobierno federal surgía directamente del voto del pueblo. El aspecto positivo era de una importancia comparable con la del aspecto negativo, es decir, la limitación de la autoridad de los estados, ya que echaba por tierra el posterior alegato a favor de los derechos de éstos (que sostuvieron John C. Calhoun y otros) según el cual sólo los estados conferían su poder al Gobierno federal y, por esta misma razón, po-

dían retirárselo. Pero también el pueblo le confería poder, y ésa fue la base sobre la que más tarde se apoyó el presidente Lincoln para dar su justificación moral y legal a una guerra que se entablaría para mantener la Unión. Todo esto fue obra de Madison.[222]

La convención volvió a reunirse en Filadelfia y celebró sesiones durante cuatro meses. Terminó satisfactoriamente su tarea el 17 de septiembre de 1787. Su éxito se debió en gran parte al hecho de que todos los estados se habían dedicado en las últimas décadas a escribir o mejorar sus propias leyes fundamentales y, por lo tanto, muchos de los hombres que formaron parte de la convención eran ya expertos en el tema. De estos hombres, cuarenta y dos habían ocupado un lugar en el Congreso Continental o en los congresos que se formaron mientras regían los Estatutos de Asociación. La mayoría eran colonos, terratenientes o comerciantes; otros, varios, habían servido en el Ejército; veintiséis eran graduados universitarios (sólo de Princeton había nueve), \pero probablemente los integrantes más importantes de la convención fueron los abogados. Fue Hamilton quien resaltó en ese momento la relevancia que esto tuvo y, más tarde, volvió a hacerlo en uno de sus ensayos periodísticos, publicado en el número 35 del *Federalist*: Todos los creadores de la Constitución distinguían entre los intereses privados y un interés público, que consideraban autónomo y representativo de los ideales republicanos, la *res publica*. Washington, que presidió la convención pero limitó sabiamente su actividad a mantener el orden y el decoro, permaneció Fiel a su idea de que los hombres se guiaban por sus propios intereses privados: esperar que la gente común, decía, se guíe "por otros principios que no sean los de su interés personal es pretender que suceda lo que nunca sucedió, y, me temo, nunca sucederá. [...] Por lo tanto, los pocos que actúan desinteresadamente son, en comparación, no más que una gota en el océano". Eso era cierto, convino Ha-

milton; no obstante, en la sociedad había una clase de personas que, en razón de su "profesión", eran desinteresados: los abogados. A diferencia de los granjeros, los hacendados y los comerciantes, no tenían interés en mejorar su posición económica y, por lo tanto, formaban una élite dirigente por naturaleza que sentaría las bases de la vida pública. Madison complementó esta noción cuando afirmó (un punto de vista que también expuso en el número 10 del *Federalist*) que mientras que los estados representaban intereses locales, el Gobierno federal y el Congreso encarnaban el interés nacional o público, y estarían en condiciones de mediar entre ellos. En consecuencia, concluía Hamilton, sería natural y correcto que los hacendados, los comerciantes y otros grupos de intereses dominaran las legislaturas de los estados y que los abogados dominaran el Congreso. Aunque la intención de la élite gobernante en Norteamérica, tal como existía en la década de 1780, era que la nueva Constitución fuera escrita por caballeros, lo que de hecho sucedió fue que se encargaron de redactarla los abogados; se trataba entonces de una nomiocracia.[223]

Las opiniones abarcaban un amplio espectro en la convención. Había federalistas extremos que querían centralizar el poder casi conforme al modelo de estados europeos como Inglaterra: el gobernador Morris de Nueva York, James Wilson de Pensilvania, Rufus King de Massachusetts y Charles Pinckney de Carolina del Sur. Por otro lado, había algunos acérrimos defensores de los derechos de los estados, como Luther Martin de Maryland. La existencia de estos dos grupos opuestos hizo que Hamilton (el profederalista) y Madison (más próximo a Jefferson) parecieran moderados, lo que fortaleció su influencia. Pero la atmósfera de la convención fue en todo momento positiva, constructiva y razonable. Incluso quienes conformaban, por así decirlo, la oposición (como Elbridge Gerry, que se negó a firmar la Constitución, y Edmund Raldolph, que también se negó

a firmarla aunque, a diferencia de Gerry, apoyó la ratificación), ayudaron en lugar de obstruir. Eran hombres serios, sensatos y que no se ataban a una doctrina: los unía el mismo objetivo pragmático de hacer algo práctico, y tenían la vista puesta en mil años de tradición política heredada de Inglaterra, que siempre había dado gran importancia al consenso y las concesiones mutuas.[224]

La convención avanzó sin demoras, ya que estos hombres prácticos eran conscientes de la necesidad de establecer cuanto antes el poder federal. Durante el último otoño, se había desarrollado en la zona de Massachusetts una peligrosa sublevación de granjeros cargados de deudas, muchos de los cuales habían combatido en el ejército continental y estaban provistos de una gran cantidad de armas rudimentarias. Bajo el mando de Daniel Shays (1747-1825), un granjero en quiebra y ex capitán del Ejército, se habían congregado en Springfield en septiembre y habían hecho que los miembros de la Corte Suprema estatal levantaran aterrorizados la sesión que celebraban. En enero, Shays marchó junto a 1.200 hombres rumbo al arsenal de Springfield para cambiar sus horquetas por mosquetes y apoderarse de los cañones allí guardados. Fueron dispersados, aunque se continuó persiguiendo a muchos de ellos hasta febrero de 1787, poco antes de que se reuniera la convención. El efecto en cadena de la rebelión de Shays fue que la legislatura de Massachusetts se vio forzada a eliminar los impuestos directos, a bajar las retribuciones de los miembros de la Corte y a hacer otras concesiones fiscales al populacho. Pero esta rebelión también les recordó a todos los que se reunieron en Filadelfia que la Confederación, tal como se encontraba, no tenía el poder de protegerse, o de proteger a los estados, de la violencia interna en gran escala, y que esta ausencia de un poder central era en sí misma una limitación a la soberanía de los estados, como quedó demostrado con las humillantes rectificaciones que debió hacer la legisla-

tura de Massachusetts. Comenzó a sentirse entonces la presión por lograr que se redactara y adoptara una Constitución federal. [225]

Por lo tanto la convención se propuso este objetivo con entusiasmo. Un análisis de las votaciones muestra que el espíritu de consenso imperó en todo momento: en 560 de ellas ningún estado estuvo siempre del lado de los perdedores, y cada uno fue parte en diferentes momentos de la coalición triunfadora. En términos generales, se adoptó el Plan Virginia, y en este sentido se puede considerar a Madison el autor de la Constitución de Estados Unidos. Una versión algo más débil, proveniente de Nueva Jersey, fue rechazada. Por otro lado, los federalistas, con Hamilton a la cabeza, no lograron que se aceptara su propuesta de un Gobierno central fuerte conforme al modelo de los países europeos. Entre los muchos acuerdos a los que se llegó, hubo tres de particular importancia. A principios de julio, se adoptó el llamado Acuerdo de Connecticut. Esta disposición creaba una Cámara de Representantes, elegida por el voto popular en cada una de las localidades del estado, a la que se encargaba la acuñación de moneda, y un Senado, que se ocuparía específicamente de la política exterior y de otros asuntos en representación de los estados, compuesto por dos senadores de cada estado elegidos por las respectivas legislaturas.

En agosto la convención centró su atención en el escabroso problema de la esclavitud, y las deliberaciones dieron lugar al segundo acuerdo importante. El debate fue complejo, por no decir tortuoso, ya que el miembro de la convención que poseía el mayor número de esclavos, George Mason, atacó la institución y, en particular, el tráfico de esclavos. En el apartado 9 del Artículo I se otorga al Congreso el poder de regular o prohibir el tráfico a partir del 1 de enero de 1808. Con respecto a la esclavitud en sí misma, los representantes norteños estaban dispuestos a llegar a un acuerdo, ya que sabían que no había otra

alternativa. De hecho, como ha escrito un historiador dé la esclavitud, “habría sido imposible establecer un Gobierno nacional en el siglo XVIII [en Norteamérica] sin reconocer de alguna manera la esclavitud”.[226] La convención lo hizo en tres aspectos. En primer lugar, omitió cualquier condena de la esclavitud. En segundo lugar, adoptó la disposición propuesta por Madison acerca de los tres quintos, que concedía a los estados esclavistas el poder adicional de contar como votantes a los esclavos —cada esclavo contaba como las tres quintas partes de un hombre libre—, a la vez que por supuesto les negaba el voto: una farsa magistralmente orquestada. En tercer lugar, se evitó deliberadamente la mención en el texto de las palabras “esclavo” y “esclavitud”. Como dijo el mismo Madison (el 25 de agosto), no sería correcto “admitir en la Constitución la idea de que se puede ser propietario de hombres”.[227]

El tercer acuerdo, al que se llegó a comienzos de septiembre, fue a la larga quizás el más importante de todos, pues trataba de la elección del presidente. Aunque los federalistas como Hamilton perdieron la batalla acerca del carácter del Estado, que siguió siendo descentralizado y no concentrado, lograron un importante triunfo en el tema de la presidencia. Hamilton ganó esa batalla gracias a una hábil táctica que le permitió llegar a un acuerdo acerca del procedimiento electoral; si ningún candidato conseguía el voto de la mayoría del electorado, la legislatura elegiría uno entre los tres primeros, mediante una votación por estados (es decir, que los legisladores no votarían a título individual). Se daba además a cada estado el derecho de decidir cómo sería la elección de su colegio electoral. Esto aparentaba ser una concesión a los estados que equilibraba el hecho de que era el pueblo el que elegía directamente al presidente. Pero al mismo tiempo dejó abierta la posibilidad de la participación popular. Es decir, que en la práctica se elegía al presidente independientemente de la legislatura. Lo que es más, se le daba el poder de

veto a las leyes del Congreso (compensado por una ley que permitía la derogación con una mayoría de dos tercios), y poderes ejecutivos muy amplios (compensados hasta cierto punto por el hecho de que se requería que el Senado "aconsejara y diera consentimiento").

Fue casi por casualidad, entonces, que Norteamérica creó un régimen fuertemente presidencialista, o, mejor dicho, un cargo que cualquier presidente podía hacer fuerte si así lo decidía. Tenía mucho más poder que muchos de los reyes de la época, y su alcance sólo era igualado o superado por el del *Gran Autócrata* el zar de Rusia (y en la práctica tenía más poder que muchos zares). Era, y es, el único funcionario elegido por el conjunto de la nación, y este hecho le daba legitimidad moral para ejercer los enormes poderes ocultos en la maraña de la Constitución. Estos poderes no salieron a la luz hasta la época, de Andrew Jackson, medio siglo después, momento en que provocaron asombro y temor a mucha gente. Quizá fue una suerte que la prudencia y el sentido común de George Washington evitaran su despliegue en la década de 1790, cuando seguramente habrían provocado propuestas y una reforma de la Constitución. Como resultado final, la nueva república logró una combinación en la que el jefe del Estado, que es al mismo tiempo el jefe del Gobierno, está dotado de una autoridad potencialmente formidable.

Aunque la convención trabajó con cierta prisa, lo que era necesario y aconsejable por su propio bien (los debates constitucionales demasiado prolongados llevan a que se susciten quejas y se confundan los temas), no por eso dejó de dar su tiempo a la deliberación. La creación de la Constitución de Estados Unidos debe ser un modelo para todo estado que pretenda establecer un sistema federal, o cambiar su forma de gobierno, 9 erigir una nación de la nada. Lamentablemente, durante los más de doscientos años que pasaron desde que se redactó la Constitu-

ción de Estados Unidos, se ha estudiado (muchas veces superficialmente) el texto, pero se ha dejado a un lado lo más importante: la manera en que fue concebido. En la siguiente década, los revolucionarios franceses prestaron poca atención a cómo organizaron ese proceso los norteamericanos (su actitud era: ¿qué pueden enseñar a la vieja Europa estos semibárbaros?) y, treinta años después, los latinoamericanos tenían demasiada prisa por constituir sus nuevos estados como para poder aprender de la historia de su propio hemisferio. Lo mismo ocurrió en muchos otros países. Las constituciones federales de la Unión Soviética (1921) y de Yugoslavia (1919) se promulgaron sin prácticamente ninguna referencia a la experiencia norteamericana, y ambas dieron lugar con el tiempo a desastres y hechos sangrientos. Así sucedió con la Federación de África Central, la Federación Malaya y la Federación de las Indias Occidentales, que terminaron por disolverse. Del mismo modo, la estructura federal de la Unión Europea se está conformando sin la menor intención de examinar y asimilar el muy exitoso precedente norteamericano, y los intentos de persuadir a los europeos de que tengan en cuenta los eventos de la década de 1780 suelen recibir una respuesta despectiva.[228]

Tan importante como el proceso de redacción de la Constitución fue el proceso de su ratificación. En algunos aspectos fue más importante aún, ya que se ocupó a fondo de instalar como un hábito en el país el principio democrático. El Artículo VII de la Constitución estableció el modo en que debía llevarse a cabo, y las resoluciones que la convención aprobó el 17 de septiembre de 1787 establecieron un proceso de ratificación en cuatro etapas. La primera era la presentación del documento al Congreso de la vieja confederación. Esto se llevó a cabo el 25 de septiembre y, después de tres días de encendido debate, los federalistas (que estaban a favor de la ratificación) y los antifederalistas (que se oponían a ella), acordaron enviar la Constitu-

ción a los diferentes estados (ésa sería la segunda etapa), sin aprobarla ni condenarla. La tercera etapa consistió en la elección, en cada estado, de los delegados que analizarían el documento, y la cuarta fue la ratificación por parte de estas convenciones, a la que se llegó en al menos nueve de los trece estados. Sólo cuando el noveno estado hubo expresado su aprobación, la Constitución pasó a ser la ley fundamental de la Unión, con independencia de lo que decidieran los otros estados.

Esta aplicación de la ley de la mayoría, que se desentendía del criterio de unanimidad, mostró hasta qué punto los federalistas estaban decididos a crear un Gobierno poderoso y robusto, que hiciera posible actuar con rapidez. Reflejaba el deseo de que el proceso de ratificación marchara con eficiencia, y la esperanza de que una ratificación sin demoras por parte de los estados más importantes hiciera que el resto se apresurara a dar su consentimiento. Obviamente, era una estrategia muy arriesgada. Si cualquiera de los cuatro estados más grandes, Virginia, Massachusetts, Nueva York y Pensilvania (ni hablar si todos) rechazaba la Constitución, no tendría sentido obtener la ratificación de todos los demás. Pero los federalistas pensaron que podían tener la certeza de la aprobación de los cuatro grandes. Nuevamente, la Constitución estuvo expuesta a un riesgo aún mayor al insistirse en que la ratificación debía provenir de convenciones elegidas por el pueblo especialmente para la ocasión y no por las legislaturas de los estados. El objetivo era hacer que el pueblo (después de todo era una democracia) tuviera una verdadera participación. Pero por otra parte el sentimiento generalizado era que no alcanzaba con la aprobación de los legisladores de los estados. Se trataba de una ley de vital importancia, que afectaba a todos los habitantes de la nación y a sus hijos, a sus nietos y a las generaciones por venir. El pueblo debía encargarse, como nación, de decidir si se aprobaba, y el mismo proceso de ratificación estimularía a los ciudadanos a ver más

allá de los límites de sus estados y a tener en cuenta tanto el interés nacional como el propio. Fue una decisión inteligente que, además, tuvo consecuencias de capital importancia, ya que; una vez que se incluyó al pueblo en la escena política y se le pidió su opinión, no se lo pudo volver a dejar al margen.

La decisión de convocar una convención para la ratificación también hizo que se generara un gran debate público en torno a la cuestión y, de algún modo, éste fue el aspecto más significativo de todo el proceso. Si Jefferson, Madison y Adams estaban en lo cierto al creer que la educación, la virtud y un buen gobierno iban de la mano, entonces fue un mérito incluir en el debate sobre la Constitución no sólo a las legislaturas de los estados sino también al pueblo. Cuanto más abarcaran las discusiones y más personas participaran en ellas, mejor, ya que el debate público de asuntos políticos era en sí mismo una forma de educación de vital importancia. Si, a fines de la década de 1760 y principios de la de 1770, los norteamericanos, o sus representantes, hubieran tenido la posibilidad de debatir con los británicos, o con sus representantes, acerca de la manera apropiada de conservar la relación entre los dos pueblos, podría haberse evitado una revolución. Las palabras son preferibles a las armas. Pero se negó esta posibilidad, y el asunto se resolvió por medio de la arbitrariedad de la guerra. Los norteamericanos habían aprendido esta lección (y a esas alturas también los ingleses) y estaban decididos a dar un lugar de privilegio a las palabras. En la siguiente década los ingleses ignorarían la lección, lo que causó incontables muertes y disputas ideológicas que siguen vigentes en nuestros días.

El proceso de ratificación fue por lo tanto una guerra de palabras. ¡Y qué palabras! Se trató del debate público más importante de la \ historia hasta este momento. Tuvo lugar en las plazas públicas, en reuniones locales, en las calles de los pueblos pequeños y las grandes ciudades, en las regiones remotas de los

Apalaches, en los bosques y los rincones más apartados del país. Sobre todo tuvo lugar en la prensa. En 1783 apareció en Filadelfia el *Evening Post*, el primer periódico de Norteamérica, y después comenzaron a proliferar las gacetas (por lo general, efímeras) y los semanarios. La impresión y el papel estaban totalmente libres de impuestos, por lo tanto eran baratos. Publicar un panfleto costaba poco dinero y las diligencias los llevaban a montones a lo largo de toda la costa. En Norteamérica ya se desarrollaba el recurso (que con el tiempo adquirió el nombre de publicación simultánea) de encargar artículos a escritores capaces y de renombre —que solían emplear seudónimos como Catón, Cicerón, Bruto, Publio, Un granjero, Un ciudadano de Nueva York, y Terrateniente—, para ponerlos a disposición de todos los editores de periódicos. Por lo tanto, circularon literalmente miles de comentarios impresos sobre el tema, que eran leídos individualmente o en voz alta para grupos de electores y luego se discutían y rebatían. Se trató del ejercicio más grande de educación política que jamás se haya llevado a cabo. La sensación era que estaba en juego un asunto importante, que excedía el marco de la Constitución en sí misma. Como escribió Hamilton con el seudónimo de Publio, el proceso determinaría "si las sociedades humanas son o no capaces de establecer por medio de la reflexión y la elección un buen sistema de gobierno, o si están destinadas para siempre a depender, para constituirse políticamente, del azar y el uso de la fuerza".[229]

El líder de los federalistas era Alexander Hamilton, el más activo dé todos; en segundo lugar estaba James Madison, y los seguían John Jay, John Marshall, James Wilson, John Dickinson y Roger Sherman. Contaban de antemano con la ventaja de que George Washington estaba, como todos sabían, a favor de la ratificación, y su nombre tenía peso en todos lados. Franklin también era un partidario declarado de la ratificación, y su opinión valía mucho en Filadelfia, por entonces la ciudad más

grande del país. Hamilton, Madison y Jay crearon el *Federalist* y una serie de ochenta y cinco ensayos periodísticos que en 1788 se editaron en un libro que gozó de gran difusión. Hamilton fue el autor principal y, en conjunto, crearon la primera gran obra de teoría política norteamericana, en la que se discutían con gran claridad y energía cuestiones de gobierno tan fundamentales como la distribución de la autoridad entre el centro de poder y la periferia, entre el Gobierno y el pueblo, y hasta qué punto debían separarse los elementos que constituyen el sistema de gobierno: el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial. Se trata del único producto del gran debate que aún hoy tiene gran difusión.[230] Es discutible hasta qué punto se difundió y entendió en ese momento. Lo seguro es que sirvió a los oradores federalistas como manual de ayuda antes y durante las convenciones de ratificación. Y en ese sentido fue muy importante. La publicación federalista más popular fue *Address to the People of the State of New York* (Discurso dirigido al pueblo del estado de Nueva York) de John Jay, que se reimprimió en varias ocasiones, y otro panfleto que constituyó un éxito de ventas fue el gran discurso que dio James Wilson el 24 de noviembre de 1787 en la convención de Pensilvania. Fue Wilson quien puso énfasis en el asunto de la elección y la representación como núcleo de la Constitución. Según él, eso era lo que distinguía esta nueva forma de gobierno de los antiguos regímenes de Atenas y Roma y de la singular combinación de voto popular y derechos heredados que daba forma a la Constitución británica. "El mundo —escribió—, ha concedido a Norteamérica la gloria y la dicha de formar un Gobierno en el que la 'representación será la base y el cemento de la superestructura. Porque la representación, señores, es el verdadero lazo que une al pueblo con aquellos a quienes él confía la administración del Gobernó". Después de Madison, Wilson fue el pensador más importante en la creación de la Constitución y, después de Ha-

milton, la voz más importante entre las que se hicieron oír para lograr que fuera aceptada.[231]

La alternativa que propusieron algunos federalistas —un Gobierno de poco peso conforme al modelo de los cantones suizos — fue desechada. Después de todo, Norteamérica ya había probado un modelo de ese tipo durante la guerra y desde su finalización, y la mayoría de la gente sabía que la idea no había dado buenos frutos y que habría resultado desastrosa de no haber sido por Washington. El problema, durante la guerra y desde entonces, no había sido que el Gobierno era demasiado fuerte, sino demasiado débil. Era un punto de vista que la mayoría compartía en todos los estados; y el temor a un Gobierno omnipotente se disipó luego porque casi todos suponían que, una vez que rigiera la nueva Constitución, se pediría nuevamente a Washington que ocupara el cargo principal y él se encargaría de hacerlo sin abusar de su poder de la misma manera que una vez había sacado provecho de su debilidad. Los antifederalistas dieron en el blanco al destacar que la nueva constitución mencionaba poco o nada los derechos, en especial los individuales. Pero los federalistas advirtieron este defecto y estuvieron de acuerdo en que, una vez ratificada la Constitución, la primera medida sería redactar y promulgar una Declaración de Derechos para la que (como enmienda constitucional) se requeriría la aprobación de tres cuartos de los estados y, por lo tanto, conformaría de seguro a la gran mayoría.[232]

Con estos requisitos en mente, se puso en marcha el procedimiento de ratificación. Las primeras cinco ratificaciones tuvieron lugar entre diciembre de 1787 y enero de 1788: Delaware (por unanimidad), Pensilvania (por 46 votos contra 23), Nueva Jersey y Georgia (por unanimidad), y Connecticut (por 128 votos contra 40). En Massachusetts, los dos antifederalistas más importantes, Sam Adams y John Hancock, plantearon como condición para ratificar la Constitución su enmienda con una

declaración de derechos. Esta cláusula se aprobó en febrero de 1788 (por 187 votos contra 168). El resto de los estados adoptaron este mismo recurso, y aseguraron la aceptación de la Constitución, aunque consideraron imperioso que estos derechos estipulados se adoptaran cuanto antes. Maryland ratificó su aceptación en abril (por 63 votos contra 11), Carolina del Sur en mayo (por 149 votos contra 73), Nueva Hampshire (por 57 votos contra 47) y Virginia (por 89 votos contra 79) en junio, y Nueva York en julio (por 30 votos contra 27). Eran en total 11 estados, y lo que aseguró la aprobación de la Constitución. La convención de ratificación de Carolina del Norte abandonó las sesiones en agosto de 1788 sin haberse pronunciado, y Rhode Island ni siquiera aceptó convocar a una convención. Pero la práctica certeza de que las enmiendas se aplicarían y garantizarían los derechos llevó a ambos estados a cambiar de parecer: Carolina del Norte ratificó su aceptación en noviembre de 1789 (por 195 votos contra 77) y Rhode Island, en mayo de 1790 (por 34 votos contra 32). Por lo tanto, finalmente la ratificación de los estados fue unánime y la Constitución entró en vigencia. Benjamin Franklin, que había estado presente en todas las sesiones de la convención constitucional y de hecho era el creador de la idea de que la legislatura debía representar al pueblo y el Senado a los estados, celebró la adopción de la Constitución con una frase memorable: "Nuestra Constitución es un hecho —escribió a un amigo en Europa— y todo parece indicar que será duradera: pero lo único que se puede considerar seguro en este mundo son la muerte y los impuestos".[233]

Ahora el Congreso debía promulgar los derechos. Algunos estados ya lo habían hecho, así que existían precedentes. Los federalistas que redactaron la Constitución habían esquivado el tema. Se presumía que los derechos individuales existían por

naturaleza (sobre esa base se había redactado la Declaración de Independencia) y otorgarles un marco formal y legal podía implicar que el Gobierno extendiera su dominio hacia esferas sobre las que no actuaba y no debía actuar. "La verdad —escribió Hamilton en el *Federalist*— es que la Constitución es de por sí, en todos los sentidos racionales, y para cada propósito útil, una declaración de derechos". Esta era una observación perspicaz y puede que la aprobación formal de los derechos individuales haya probado ser, en especial en el siglo XX, mucho más una fuente de discordia que de tranquilidad. Pero Hamilton y los demás insistieron en la idea, popular y muy arraigada en algunos estados y en especial en las zonas rurales, de que los derechos debían enumerarse y volcarse al papel.

Por lo tanto Madison, que originalmente se había opuesto a lo que él llamaba "obstáculos de pergamino" contra la tiranía de los grupos de interés o de la mayoría, y depositaba en cambio su confianza en disposiciones estructurales como la separación, los controles recíprocos y el equilibrio de los poderes, ahora tenía por delante la difícil tarea de examinar todas las enmiendas que insistían en los derechos incluidos en las convenciones de ratificación, y diversas declaraciones de derechos de las constituciones de los estados, y llegar a una síntesis. También contaba con un modelo exhaustivo, la Declaración de Derechos de Virginia (1776), escrita por el antifederalista George Mason. Apenas se puso en marcha la primera sesión del nuevo Congreso, en 1789, Madison presentó los borradores de diez enmiendas. La Primera Enmienda, la más importante, prohíbe la acción legislativa en ciertas áreas, y otorga a los ciudadanos libertad de culto, de reunión, de palabra y de prensa, y el derecho de hacer peticiones a las autoridades. Las siguientes siete enmiendas aseguran los derechos de propiedad y garantizan los derechos de los acusados de crímenes. La Novena protege derechos que no han sido enumerados específicamente. La Décima reafirma to-

do esto e insiste en que "los poderes que la Constitución no delega en los Estados Unidos, ni prohíbe a los estados, se reservan a los respectivos estados o al pueblo". La ratificación avanzó sin problemas y el 15 de diciembre de 1791, al ratificarla Virginia, la Declaración de Derechos pasó a formar parte de la Constitución.[234]

Faltaba decidir dos asuntos más. ¿Debían recibir una retribución los representantes? En Inglaterra nunca se les había pagado, a excepción de algunos a quienes remuneraban sus respectivas localidades. Las posturas de los estados no eran unánimes. Fraíiklin, que era rico, sostuvo en la convención de 1787 que no debían pagarse salarios a los representantes; desde su óptica de *self made man*, creía que el derecho a representar debía ganarlo y solventarlo el individuo con su propia ambición por llegar al cargo. Pero esta idea fue desestimada. Incluso la Asamblea de Pensilvania pagaba una "compensación" por pérdida de ingresos. No hubo otro tema en el que las opiniones de los Padres Fundadores estuvieran más divididas. Muchos "caballeros", por ejemplo abogados, manifestaron que no podían ocupar un cargo y ganarse la vida, por lo que reclamaron un salario, y después se quejaron de que era demasiado bajo. Hamilton, aunque era rico, fue su portavoz. John Adams consideraba muy importante la dignidad de los funcionarios. Cuando fue enviado por primera vez a Inglaterra como ministro, se negó a echar una mano en un momento en que hubo que achicar agua en el barco, como hacían todos los demás, "ya que eso era algo que no le correspondía a una persona que desempeña un cargo público". Esta postura, tan poco norteamericana podría pensarse, nos hace suponer que Adams estaría en contra de los salarios, pero no fue ése el caso. Pensaba que eran las prebendas y los privilegios los que provocaban la codicia en los hombres públicos. Si éstos no reciben un salario, decía, los ricos monopolizarán los cargos públicos. Consideraba vergonzoso que se hubiera permitido a

Washington servir como comandante en jefe sin recibir paga alguna. Jefferson compartía el punto de vista de Washington, y se adhería a lo que llamaba "el principio romano". "En un gobierno virtuoso —decía—, los cargos públicos son lo que deben ser, cargas para aquellos a quienes se designe, que no sería correcto rechazar aunque traigan consigo un intenso trabajo y grandes pérdidas privadas en el futuro"[235]. En términos generales, los sureños se oponían a los salarios y los norteños los reclamaban. Ganó el Norte, y se decidió que hasta los senadores debían recibir un salario. Su importe lo decidió el Congreso, que fijó la cifra en seis dólares diarios. Los críticos la consideraban alta, pero después, el primer Congreso se reunió en la ciudad de Nueva York, donde el coste de vida era "exorbitante". Pronto los congresistas comenzaron a quejarse de que la retribución era demasiado baja, al igual que los senadores, que creían que se les debía pagar más que como a simples miembros de la Cámara Baja.

Se convino en que cada estado podría enviar dos senadores al Congreso y, en consecuencia, los Padres Fundadores incorporaron los derechos de los estados al proceso representativo. La Cámara de Representantes, por su parte, debía representar al pueblo, y se acordó que cada estado debía tener al menos un congresista, no más de uno por cada 30.000 personas (excluidos los indios, que no pagaban impuestos, e incluidos a los esclavos según la norma de los tres quintos). Se llevaría a cabo un censo cada diez años para determinar el número de habitantes y, por lo tanto, el total y la distribución de los congresistas. En 1787, en el primer Congreso, hubo 65 congresistas: Rhode Island y Delaware con uno cada uno; Georgia y Nueva Hampshire con tres cada uno; Nueva Jersey con cuatro; Connecticut y Carolina del Norte y del Sur con cinco cada uno; Nueva York y Maryland con seis; Massachusetts y Pensilvania con ocho cada uno, y Virginia con diez. Pero Norteamérica cambiaba y se expandía

con tanta rapidez que esta distribución ya no era válida al cabo de uno o dos años. La causa era que cada vez eran más los territorios que clamaban por convertirse en estados. Vermont había sido declarado independiente en 1777 por delegados de una zona llamada en un principio New Connecticut, y abarcaba una pequeña parte de Nueva Hampshire y de Nueva York que estos estados no estaban dispuestos a ceder. Los propietarios que querían obtener un título válido no sabían a qué estado recurrir. Vermont fue prácticamente neutral durante la guerra revolucionaria, aunque / Inglaterra renunció a todas sus pretensiones por su territorio y se consideró la posibilidad de firmar por separado un pacto con la corona y reclamar una condición neutral al estilo suizo. Vermont se mantuvo apartado de la Unión hasta que Nueva Hampshire (en 1782) y Nueva York (en 1790) renunciaron a sus pretensiones sobre las tierras que supuestamente les pertenecían. Después de eso, presentó una solicitud de incorporación y pasó a formar parte de la Unión en 1791. Por lo tanto, cuando se reordenó la estructura del Congreso en 1793, como resultado del censo de 1790, se le concedieron a Vermont dos escaños.

En las afueras de Virginia ("esa tierra oscura y sangrienta" como se la consideraba, quizás injustamente) tuvo lugar una larga y enconada disputa que se resolvió finalmente cuando Virginia renunció a sus pretensiones y, en 1792, se admitió al estado de Kentucky y se le adjudicaron dos escaños. La zona rural de Pensilvania, donde se organizó el estado independiente de Franklin, que Carolina del Norte consideraba rebelde, ilegítimo y usurpador de tierras, se desbarató en 1788, y el Congreso tuvo que reorganizarla como "territorio del sudoeste" en 1790. La zona se llenó de habitantes, que pronto superaron los 50.000, y fue reconocida como el estado de Tennessee, aunque esto no sucedió hasta 1796. Por lo tanto, en la reorganización de 1793, había en el Congreso representantes de 15 estados y el número de

escaños ascendía a 105, de los cuales 19 correspondían a Virginia, 14 a Massachusetts, 13 a Pensilvania y una decena a Nueva York. Los resultados del censo de 1790 revelaron que la población de Estados Unidos crecía a un ritmo aún más rápido que el que profetizaran los optimistas como Franklin: el número de habitantes era ya de 3.929.827. Diez años después, en el fin de siglo, el censo muestra que ascendía a 5.308.483, es decir, que hubo un crecimiento del 35 por ciento en una década, y que se había duplicado la cifra estimada en 1775.

Este rápido crecimiento complacía a muchos pero abrumaba a algunos, entre ellos a la élite. Franklin, que mostró su preocupación por los peligros de la superpoblación una generación antes de que Malthus los sistematizara, no se oponía al veloz aumento de habitantes descendientes de ingleses, pero estaba alarmado por la posibilidad de que el carácter inglés de Norteamérica se diluyera por la irrupción de nuevos pobladores que no eran ni ingleses ni blancos. Esta era una de las razones por las que se oponía al comercio de esclavos y a la esclavitud misma: "¿Por qué aumentar los hijos de África esparciéndolos por toda Norteamérica —se preguntaba—, cuando tenemos una oportunidad tan clara, si excluimos a todos los negros y morenos, de aumentar el número de los hermosos blancos y rojos?". Su mente estaba, como siempre, adelantada a su tiempo, y temía un mundo futuro en el que las razas blancas, y en especial la inglesa, quedaran relegadas:

> El número de gente blanca pura en el mundo es, en proporción, muy pequeño. Toda África es negra o morena; casi toda Asia es morena; también toda América (a excepción de los colonos europeos). Y en Europa los españoles, los italianos, los franceses, los rusos y los suecos (sic) tienen en general lo que llamamos la tez morena; como también los alemanes, con la única excepción de los sajones, que junto con los ingleses conforman el grueso de la población blanca del planeta. Me gustaría que esa población aumentara [...] pero quizá me inclino a defender el color de piel de mi país porque este tipo de parcialidad es inherente a la condición humana.

No era fácil definir el concepto de ciudadano norteamericano. Ya en 1776, Nueva Hamsphire y Carolina del Sur, al escribir sus nuevas constituciones, establecieron que todos los funcionarios del Estado debían jurar que “apoyarían, sostendrían y defenderían” la Constitución provisional.[236] Seis meses después, el Congreso, al declarar la independencia, reemplazó el concepto de lealtad a la corona por el de lealtad a la nación: “Todas las personas que residan en cualquiera de las colonias unidas, y a quienes sus leyes protegen, deben lealtad a dichas leyes, y son miembros de dicha colonia […] [y] todas las personas que sean miembros de cualesquiera de las colonias unidas o que deban lealtad a ellas […] que se declaren en guerra contra cualesquiera de estas colonias […] o se adhieran a la causa del Rey de Inglaterra […] son culpables de traición a ellas”.[237]

Sin embargo, el concepto de ciudadanía seguía siendo difuso. De hecho, en ese entonces era un término nuevo y pocos entendían de qué se trataba. Se consideraba que todas las personas pertenecían a un estado en particular y de ello se derivaba su ciudadanía de Estados Unidos, un concepto que más tarde definió el juez de la Corte Suprema, Joseph Story (1779-1845), cuando estableció que “todo ciudadano de un estado es, *ipso facto*, ciudadano de Estados Unidos”. En muchos estados había distintas normas de ciudadanía. ¿Pero qué pasaría con los inmigrantes que llegaban de otros países? La Constitución federal de 1787 estableció normas nacionales de naturalización por medio de una ley del Congreso. Se aprobaron diversas leyes, en 1795, 1798, y nuevamente en 1802, antes de que el Congreso considerara que había dado con la fórmula correcta con respecto al período de residencia que los solicitantes necesitarían para obtener la nacionalidad: el primer criterio, dos años, se consideró demasiado breve; el siguiente, catorce años, demasiado largo y, finalmente, se juzgó que cinco años sería lo más apropiado. La Constitución federal, y los estados, otorgaban la ciudadanía a

blancos y excluían explícitamente a los negros (incluso los libres) y a los indios que aún vivían en tribus, ya que se consideraba que pertenecían a naciones extranjeras. Las mujeres blancas eran consideradas ciudadanas pero no estaban autorizadas a votar, una disposición que no cambió hasta 1920. Los negros no obtuvieron el derecho de ciudadanía hasta 1868, y los indios, hasta 1924.[238] Pero lo más importante fue que el flamante país, al igual que las viejas colonias, siguió admitiendo la entrada de inmigrantes prácticamente sin ninguna restricción, y que éstos siguieron llegando en cantidades cada vez mayores.[239]

Al cabo de cinco años, muchos inmigrantes obtenían el derecho a voto, puesto que, como consecuencia de la revolución, Norteamérica se estaba volviendo democrática con rapidez. Los Padres Fundadores podían insistir en la importancia de los controles y el equilibrio de los poderes y tomar precauciones contra "la tiranía de la mayoría", pero aunque son las élites educadas las que elaboran las constituciones, es la gente común la que suele determinar lo que realmente es el país. Sus demandas, como ciudadanos que pagan los impuestos, hicieron realidad el lema revolucionario: "No a los impuestos sin representación". Si no se permitía al Rey de Inglaterra fijar impuestos a los norteamericanos sin darles la posibilidad de contar con representantes, ¿por qué razón los estados exigirían que un ciudadano norteamericano pagara impuestos sin darle a éste el derecho de votar cómo se iba a recaudar y a qué estaría destinado ese dinero? Muchos estados apoyaron la idea de inmediato. En el de Nueva York, los federalistas, que en general se oponían a lo que el ministro de Hacienda, James Kent, uno de sus líderes, llamaba "el genio maligno de la democracia", atacaron por la retaguardia para que se mantuviera como requisito ser propietario de un bien raíz, por lo menos para ser elector del Senado del estado. Kent sostenía que, mientras en los demás estados se adoraba "al ídolo del sufragio universal", Nueva York debía dar el ejemplo y

mantener la propiedad como requisito, ya que ésta era "algo así como una prueba de la moral y la independencia del electorado, que no tenemos otro modo de corroborar", y sólo los votantes con un firme carácter podían defender la sociedad ante "la avalancha de la chusma". Pero se le respondió que las distinciones entre una clase de norteamericanos y otra, en especial si se basaban en la posesión de tierras, eran "un odioso vestigio de la aristocracia", un sistema de "privilegios" que iba exactamente en contra del principio de que en una verdadera república "la única clase es el pueblo". En consecuencia, Kent se vio forzado a recurrir al argumento de que los requisitos de propiedad eran necesarios para proteger a "los granjeros". Pero eso significaba que los granjeros no eran más que un grupo de intereses, y, ¿por qué, como grupo de intereses, habrían de recibir más protección que cualquier otro?[240] Poner obstáculos a la democracia ya parecía una causa perdida en la década de 1780, y en 1800 lo era definitivamente. En 1790, cinco estados otorgaban a todos los hombres (en algunos de ellos sólo a los blancos) el derecho de votar por alguno o por todos los cargos públicos siempre y cuando pagaran los impuestos. En estos estados, y en otros, se reconocía cada vez más la residencia, más que la posesión de tierras, como requisito para "pertenecer" al estado, y en muchos se estableció un período de dos años (en algunos, de un año).

Los europeos se asombraban: llegaban a Norteamérica, sin dinero, provenientes de un país en el que nunca habrían podido votar incluso aunque sus antepasados hubiesen llegado al lugar mil años atrás o por más riquezas que hubiesen adquirido, bajaban del barco en Nueva York, cruzaban el río Hudson hacia Nueva Jersey y, al cabo de un año, podían ejercer el voto; y después de cinco años de residencia podían votar en las elecciones presidenciales. Nueva Jersey tenía la particularidad de ser liberal y tolerante. Desde 1776 tenían derecho a voto todos aquellos que "valieran" 50 libras, después de un año de residencia, y

(hasta 1809) los funcionarios electorales permitían votar a las mujeres si cumplían con ese requisito. De cualquier manera, la inflación provocada por la guerra hizo que el viejo requisito de propiedad perdiera sentido, y estados, como Carolina del Norte y Nueva Hampshire, que establecían como requisito el pago de los impuestos, entre ellos uno comunitario, adoptaron el sufragio masculino universal. En 1783 el electorado que reunía los requisitos en los distintos estados había ascendido del 60 al 90 por ciento, y en muchos la cifra era de casi el ciento por ciento. Los nuevos estados, como Kentucky, otorgaron automáticamente el sufragio universal a los hombres blancos adultos cuando fueron admitidos como miembros de la Unión, si no antes. Pero mientras los estados no tardaban en conceder el derecho a los hombres blancos, al mismo tiempo por lo general se lo negaban a los negros libres.[241] Rhode Island, fiel a su tradición de ir contra la corriente, resistió solo el aluvión democrático. Su requisito —tener bienes raíces por valor de 134 dólares (el dólar se había impuesto por ley en 1792)— se hizo cumplir cada vez con más severidad y se negó el derecho de votar a la mitad de los ciudadanos varones.

Ya que la llegada de la democracia convirtió en una amenaza real, "la tiranía de la mayoría" que, Jefferson, Madison y otros, tanto temían, ¿quién iba a proteger a las minorías o, de hecho, al ciudadano común, del Leviatán federal? La Declaración de Derechos fue un primer paso, pero su eficacia dependía de que los tribunales la hicieran respetar. La convención le prestó poca atención, si se considera la importancia que los Padres Fundadores daban a la separación de poderes y su insistencia en que el poder judicial, junto al ejecutivo y el legislativo, era uno de los pilares sobre los que debía apoyarse el Gobierno. De hecho, la que quizá fuera la disposición más importante de la Constitución en lo que respecta al poder judicial surgió por accidente, y es un clásico ejemplo de la ley del efecto no buscado de Karl

Popper. Luther Martin, el gran defensor de los derechos de los estados, propuso que en lugar de un veto federal a las leyes de los estados, debían ser los tratados y leyes federales los que constituyeran "la ley suprema de los estados", cuyos tribunales de justicia "debían remitirse a ellos para sus decisiones, con independencia de que en las leyes respectivas de los estados hubiera algo que los contradijera". Esta formulación poco clara se aceptó por unanimidad y hubiera hecho que los tribunales de justicia estatales fueran la autoridad, en cada estado, en lo que respecta a cuestiones de leyes federales. Esto habría significado una victoria decisiva para los estados, y alterado por completo el curso de la historia de Norteamérica. Pero al discutirse luego sobre el poder judicial, en especial acerca de las disposiciones para los tribunales federales inferiores, se enmendó la propuesta a fin de que las constituciones y leyes de los estados estuvieran subordinadas a la Constitución federal y a las leyes y tratados aprobados por el Congreso. Había un mundo de diferencia entre una propuesta y otra, aunque en ese momento no parece haberse captado su importancia.

De hecho, la Constitución dejó los detalles de la materia judicial en manos del primer Congreso, que en 1789 aprobó la Ley de la Judicatura. Esta ley, redactada principalmente por Oliver Ellsworth (1745-1807), el ágil abogado de Connecticut que ya había dado forma al "Acuerdo de Connecticut", es una obra notable, ya que ha permanecido prácticamente intacta más de dos siglos. Creó un nivel inferior de tribunales de distrito federales, que por lo general tenían jurisdicción dentro de los límites de los estados, y un nivel medio de tres tribunales jurisdiccionales conformados por dos jueces de la Corte Suprema y un juez de distrito que viajaba una o dos veces por año a fin de resolver los casos que lo requerían. Estos tribunales de nivel medio aceptaban apelaciones de los tribunales de distrito y daban una primera audiencia en los casos que involucraban a diferen-

tes estados, un sistema que siguió en vigencia hasta 1891. La Ley de la Judicatura también estableció formalmente la Corte Suprema, como preveía la Constitución, con un jefe y cinco jueces asociados, nombrados por el presidente y confirmados por el Senado. (El número de miembros se modificó en repetidas ocasiones; en 1801 pasó de seis a cinco, en 1807 subió a siete, en 1833 a nueve, en 1863 a diez, en 1866 se redujo a ocho y en 1869 aumentó a nueve, pero de todos modos siempre funcionó de la misma manera). La ley de Ellsworth, quizá sin que se advirtiera, otorgó a la Corte Suprema un derecho adicional de gran importancia: el poder ejecutivo de exigir a los funcionarios federales el cumplimiento de sus responsabilidades legales.[242]

Sin embargo, en ese momento se reflexionó poco acerca de estos aspectos del papel que habría de desempeñar el poder judicial. Fue un grave error de los Padres Fundadores no haber dedicado la suficiente atención al papel que podrían cumplir los jueces al interpretar una constitución escrita, y no haber tomado medidas para promover o impedir las revisiones judiciales de aquélla. La verdad es que se habían educado en la tradición inglesa del derecho consuetudinario, que de hecho era modificado constantemente por los jueces, para resolver los nuevos problemas en el momento en que surgían. No previeron que por el hecho de contar con una constitución escrita, algo que nunca había existido en Inglaterra, la justicia impartida por los jueces alcanzaba una significación enormemente mayor, con posibilidades de expandirse casi ilimitadamente, y este punto debería haber sido contemplado en la ley fundamental. De la manera en que estaba constituido —y aún sigue estándolo—, el sistema jurídico federal norteamericano siempre ha implicado, en cierto sentido, una ley que dependía de los jueces, de modo que se desarrolló orgánicamente como ellos lo creyeron conveniente. El proceso se puso en marcha poco después de que la Constitu-

ción entrara en vigor. En Inglaterra, la ley y la política siempre habían estado fuertemente vinculadas, y Norteamérica se había basado en ese modelo. Hasta la segunda mitad del siglo XVI, los Gobiernos ingleses siempre habían estado presididos por el *lord chancellor*, el juez supremo, y el poder judicial y el Gobierno se fueron bifurcando poco a poco; aún así, esta separación resultó incompleta, ya que el *lord chancellor* seguía formando parte del Gabinete, como sucede aún hoy. Los Padres Fundadores decidieron que habría una separación completa y formal de los poderes, pero no siguieron el curso lógico, e insistieron en separar, en un nivel personal, las ovejas judiciales de las cabras políticas. En consecuencia, los primeros jueces que encabezaron la Corte Suprema solían ser abogados y políticos profesionales que consideraban que presidir la Corte era un simple peldaño de una escalera de la función pública que podía conducirlos a puestos más elevados en lugar de tomar el cargo como el punto culminante de una carrera judicial que los ubicaría por encima de cualquier tentación política.

Mientras tanto, ¿qué sucedía con la verdadera religión del pueblo? No hemos dicho nada hasta ahora del papel que jugaron las Iglesias, o el cristianismo como tal, en el proceso de elaboración de la Constitución. Como hemos visto, la fundación de Norteamérica se había debido en principio a propósitos religiosos, y el Gran Despertar había conformado la dinámica original del movimiento continental por la independencia. Los norteamericanos asistían a la iglesia con abrumadora asiduidad, mucho más que los ingleses, cuyo dominio rechazaban. Los Padres Peregrinos habían emigrado a Norteamérica precisamente porque Inglaterra se había vuelto inmoral e irreligiosa. Y habían fundado "la ciudad sobre la colina". Años más tarde, sus descendientes habían optado por la independencia y la libertad

porque consideraban que el yugo que soportaban también se oponía a la moral, a la religión y al plan providencial. No hay duda de que, para aquellos que la firmaron, la Declaración de Independencia fue un acto tan religioso como laico, y que pensaban que la guerra revolucionaria contaba con la aprobación de la divina providencia. Habían vencido con la bendición de Dios y, después, establecieron el marco de gobierno con la bendición de Dios, del mismo modo en que en el siglo XVII los colonos habían redactado sus pactos, cédulas, órdenes e instrumentos bajo la mirada escrutadora de Dios. ¿Cómo es posible entonces que la Constitución de Estados Unidos, a diferencia de aquellos otros documentos del pasado norteamericano no tenga ni un marco ni un contenido religioso? La única referencia a la religión en este documento se encuentra en el apartado 3 del Artículo VI, en el que se prohíbe cualquier tipo de "prueba religiosa" como "requisito para ocupar cualquier cargo público", y la única mención a Dios aparece en la fecha, al final: "En el año del Señor de mil setecientos ochenta y siete". Hasta los desdichados y blasfemos ingleses tenían una Iglesia establecida, un jefe de Estado que era coronado en una ceremonia sacramental y un Parlamento que daba comienzo a sus sesiones, todos los días, con una plegaria. La primera referencia sustancial de la Constitución norteamericana a la religión se encuentra en la Primera Enmienda, que rechaza específicamente la constitución de una Iglesia nacional y prohíbe al Congreso aprobar "cualquier ley concerniente a la instauración de una religión o que prohíba, en consecuencia, el libre ejercicio de un culto". ¿Cómo se explica esta aparente anomalía?

No cabe duda de que si la Constitución de Estados Unidos hubiera sido redactada en 1687 habría tenido un marco religioso y, casi con seguridad, habría impuesto como religión nacional un protestantismo de criterios amplios. Y si hubiera sido redactada en 1887, habría contado con disposiciones que recono-

cieran el fuerte espíritu religioso y practicante de los norteamericanos y la necesidad de que el Estado lo nutriera y respaldara. La realidad es que, por un accidente histórico, fue redactada en el siglo XVIII, en pleno auge del laicismo, que todavía no estaba contaminado por el ateísmo fanático y los excesos sangrientos de su acontecimiento culminante, la Revolución francesa. Al cabo de muy pocos años este auge comenzó a disminuir su intensidad y el espíritu religioso, a resurgir. Algunos hechos marcaron este resurgimiento. En Francia, fue la publicación, en 1802, de *Le Génie du Christianisme*, una obra de Chateaubriand que hizo época; en Inglaterra, la formación de la secta Chapham a principios de la década de 1790, y, en la misma década, en Estados Unidos, el comienzo del Segundo Gran Despertar. Pero en 1787 aún no se percibían las nuevas tendencias religiosas que harían que el siglo XIX fuera testigo de una de las grandes épocas de actividad y compromiso religioso. En consecuencia, el lenguaje empleado en la Constitución refleja el espíritu laico de su tiempo.

Hasta los que dudaban y los que no se mostraban entusiastas eran bastante conscientes de que la religión era necesaria en una sociedad, en especial en un país vasto, en rápido crecimiento y exuberante como Norteamérica. Washington trabajó muchos años como sacristán en la iglesia anglicana de su pueblo, ya que creía que así realizaba un gesto deliberado de solidaridad hacia una institución que consideraba de fundamental importancia en una sociedad civilizada.[243] Franklin le escribió a Thomas Paine para reprocharle que considerara innecesaria la religión: “Aquel que escupe al cielo se escupe a sí mismo. […] Si los hombres tienen religión y son perversos, ¿qué sería de ellos si no la tuvieran?”.[244] Washington y Franklin mencionaban constantemente la providencia en sus discursos, en especial cuando se referían a Norteamérica. Puede que no hayan creído que los norteamericanos eran el pueblo elegido, como creían los Padres

Peregrinos, pero estaban convencidos de que Norteamérica contaba con algún tipo de protección divina. John Adams compartía este punto de vista. El día en que se declaró la independencia, Adams escribió a su mujer Abigail: "El segundo día de julio de 1776 será el hito más memorable de la historia de Norteamérica. [...] Las generaciones venideras lo celebrarán festivamente como un gran aniversario. Debe ser recordado como el día de la liberación con actos solemnes de devoción a Dios todopoderoso".[245] En 1755 Adams había desistido de iniciar una carrera eclesiástica por un ataque de racionalismo, pero nunca dejó de creer que el culto a Dios y la práctica religiosa regular eran necesarios para una buena sociedad: "Una de las grandes ventajas del cristianismo —escribió— es que hace que todo el pueblo conozca, crea y venere el gran principio de la ley de la naturaleza y de las naciones, el de amar al prójimo como a uno mismo y el de no hacer a los demás lo que no nos gustaría que nos hagan a nosotros. Tanto los hombres como los niños, los sirvientes y las mujeres son expertos en la ciencia de la moralidad tanto pública como privada. [...] Así es como toda criatura aprende desde la primera infancia los deberes y derechos de los ciudadanos". Madison opinaba exactamente lo mismo, e incluso Jefferson habría estado de acuerdo. Todos estos hombres estaban convencidos de que la educación era esencial para la creación de una república viable, y ¿quién sino la Iglesia iba a encargarse de la educación moral? Los Padres Fundadores creían que la educación y la religión iban de la mano. Ésa es la razón por la que escribieron, en la Ordenanza del Noroeste de 1787: "Se promoverán por siempre las escuelas y la educación, porque la religión, la moralidad y el conocimiento son necesarios para un buen gobierno y para la felicidad de la humanidad".[246]

Es en este contexto donde debemos situar la frase que da comienzo a la Primera Enmienda: "El Congreso tendrá prohibido aprobar cualquier ley concerniente a la instauración de una reli-

gión o que prohíba, en consecuencia, el libre ejercicio de un culto”. Esta garantía ha sido ampliamente malinterpretada casi deliberadamente en los últimos años, y se ha dado a entender que significa que la Constitución prohíbe al Gobierno federal prestar apoyo o financiar incluso indirectamente la práctica religiosa. Esta interpretación habría asombrado y enfurecido a los Padres Fundadores. Lo que significa esta garantía es que el Congreso no puede establecer una religión estatal al estilo de la Iglesia de Inglaterra “por imposición legal”. Se trataba de una cláusula contra el *establishment*. La segunda parte de la garantía establece que el Congreso no debe impedir la práctica de ninguna religión, y puede afirmarse que las interpretaciones recientes de la Primera Enmienda son directamente opuestas al significado simple y obvio de esta garantía, y que es una flagrante violación de la Constitución que un tribunal prohíba rezar en las escuelas públicas. De hecho, lo que la Primera Enmienda prohibía al Congreso era favorecer a una Iglesia o a una secta religiosa en perjuicio de otras. No prohibía en absoluto al Congreso identificarse con el fervor religioso como tal o autorizar prácticas religiosas en la medida en que todos las consideraran convenientes. La Cámara de Representantes aprobó la Primera Enmienda el 24 de septiembre de 1789. Al día siguiente promulgó, por una ventaja de dos a uno, una resolución que establecía un día nacional de oración y de acción de gracias.

No hay duda de que en esta época actuaban entre los norteamericanos poderosas fuerzas no religiosas e incluso antirreligiosas como resultado de las enseñanzas de Hume, Voltaire, Rousseau y, principalmente, de Tom Paine. Huelga decir que Tom Paine no se consideraba a sí mismo antirreligioso. Profesaba su fe en “un Dios, y no más que uno”. Era “la religión de la humanidad”. La doctrina que formuló en *The Age of Reason* (La era de la razón), de 1794-1795, era ésta: “Mi país es el mundo y mi religión es hacer el bien”.[247] Esta obra se hizo muy popular por

aquella época en muchas universidades, como sucedió también con la traducción que realizara Jefferson del escéptico libro de Volney, *Ruines ou Méditations sur les revolutions des empires* (1791), y con obras similares de Elihu Palmer, John Fitch, John Fellows y Ethan Allen. No sólo los estudiantes leían *La era de la razón*: también algunos granjeros, artesanos y tenderos. Como observó un abogado de Massachusetts, era "muy apreciado por muchas personas que no sabían qué era la razón ni en qué era vivían".[248] Con el estilo hiperbólico y virulento que lo caracterizaba, John Adams escribió acerca de Paine: "No sé si algún otro hombre en el mundo ha tenido más influencia sobre sus habitantes o sus sucesos durante los últimos treinta años que Tom Paine. Nadie satirizó la época con más severidad que él. Y jamás en el pasado, en ninguna época del mundo, la cobardía de la humanidad padeció un híbrido de este tipo, mezcla de cerdo y cachorro, engendrado por un jabalí y una loba en celo, que emprendiera una carrera tan impregnada de malicia. Llamémosla, entonces, la era de Paine".[249]

De hecho, cuando Adams escribió esto (1805), ya había pasado la hora de Paine. Su "era" había transcurrido durante la década de 1780 y los comienzos de la de 1790. Después vino la reacción. Cuando en 1802 Paine regresó a Norteamérica tras su desastrosa experiencia en la Francia revolucionaria, la diferencia saltaba a la vista. La religiosidad renacía con fuerza. La gente lo veía como una figura irritante, repetitiva del pasado, un pelmazo. Hasta Jefferson, que alguna vez había sido su amigo y ahora era presidente, lo ignoró. Y Jefferson, como presidente, encargó su glosa final a la Primera Enmienda a un sacerdote presbiteriano que le preguntó por qué, a diferencia de Washington, Adams (y después Madison) no haría ninguna proclama el Día de Acción de Gracias. Jefferson respondió que la religión era un asunto del que debía ocuparse cada estado:

> Considero que el Gobierno de Estados Unidos está inhabilitado para mezclarse con las instituciones religiosas, sus doctrinas, disciplinas o ceremonias. Esto ocurre como resultado de la disposición que estipula que no debe sancionarse ninguna ley que disponga la instauración de una religión o que impida su libre ejercicio, pero también como resultado de la disposición que deja en manos de los estados los poderes que no han delegado en los Estados Unidos. Lo cierto es que no se ha delegado en el Gobierno federal ningún poder relativo a la disciplina religiosa. Este poder, por lo tanto, deben ejercerlo los estados en la medida en que una autoridad humana puede hacerlo.[250]

Entonces, el muro que separaba a la Iglesia del Estado, si es que existía, no se alzaba entre el Gobierno y el pueblo, sino entre el Gobierno federal y los estados. Y los estados, después de la Primera Enmienda, siguieron sancionando disposiciones concernientes a la religión cada vez que lo creyeron conveniente, como habían hecho siempre.

Con la promulgación de la Declaración de Derechos se completaba el proceso de creación de la Constitución; ya sólo faltaba que entrara en vigor. El primer paso se había dado el primer miércoles de enero de 1789, cuando en los diferentes estados se eligió a los electores presidenciales. Se reunieron para llevar a cabo la elección el primer miércoles de febrero, y el primer miércoles de marzo se eligió al presidente "para dar comienzo a sus funciones según lo dispuesto por dicha Constitución". Se escogió como sede del Gobierno Nueva York, y fue allí donde comenzó a funcionar el primer Gobierno permanente de la flamante nación. Se eligió a los electores con la seguridad de que votarían a Washington, y de que él estaba preparado para asumir la responsabilidad. Donde sí estuvo disputada la elección fue en el caso de los escaños legislativos. Los antifederalistas no se oponían a que Washington fuera el presidente, por lo que fue elegido por unanimidad. Sí consideraron, en cambio, la posibilidad de postular a George Clinton para vicepresidente, pero John Adams ganó la elección con facilidad. Washington fue in-

formado de los resultados en abril y partió de inmediato hacia Nueva York, no sin antes confiarle a un amigo: "Desde el momento en que la necesidad [de aceptar la presidencia] se había tornado más evidente, y de hecho inevitable, mi corazón lleno de angustia presintió los diez mil bochornos, perplejidades y problemas a los que nuevamente estaría expuesto en el ocaso de una vida ya casi consumida por las preocupaciones públicas [...] no más grandes [que aquellas que me producirían] las solicitudes de nombramientos [...], y veo que mis temores estaban demasiado justificados".[251]

En realidad, el patriarca protestó demasiado. Estaba suficientemente preparado para cumplir con la función y fue un excelente presidente. Adams, su desleal y mordaz vicepresidente, podía llamarlo "viejo cabeza de chorlito", pero Washington sabía muy bien lo que hacía. Y lo primero que debía hacer era ordenar las finanzas de la nación. Eso lo llevó a nombrar a Hamilton como primer secretario del Tesoro, y a darle vía libre para encargarse de la tarea. Se puede resumir brevemente el desastre financiero en el que se veía implicada la nueva nación como resultado de la guerra revolucionaria y el posterior fracaso del intento de crear un poder ejecutivo federal fuerte. En 1775 el Congreso autorizó la emisión de dos millones de dólares en bonos, llamados "continentales", para financiar la guerra.

En diciembre de 1779 ya se habían autorizado 241,6 millones de dólares de continentales. Esto era sólo una parte del empréstito, que también incluía certificados de préstamo de Estados Unidos, préstamos del extranjero, bonos emitidos por los distintos estados y otros papeles de la deuda pública. La suma de estas obligaciones produjo la peor inflación de la historia de Estados Unidos. En 1780 los continentales ya no tenían prácticamente ningún valor. Cuando en 1782 la guerra llegó a su fin, el Congreso envió comisiones a todo el país para investigar las demandas contra el Congreso y el Ejército, y valorarlas en tér-

minos de dinero fuerte. La cifra ascendía a 27 millones de dólares. El Congreso no tenía la facultad de aumentar las rentas públicas, ya que aún regían los Artículos de Confederación. Sí la tenían los estados, pero éstos se mostraron poco dispuestos a acudir en ayuda del Congreso. Por lo tanto, durante la década de 1780, se pudo cumplir con los pagos de intereses de la deuda sólo por medio de la emisión de moneda. La nueva Constitución de 1787 dio al Congreso el poder de fijar impuestos, pero a comienzos de 1790 la deuda que afrontaba el Gobierno federal ascendía a 40,7 millones de dólares dentro del país y a 13,2 millones en el extranjero. El precio de mercado de los bonos del Gobierno (es decir, la prueba de la deuda) había bajado a entre 15 y 30 centavos por dólar, según la relativa pérdida de valor del papel. Esta consecuencia de la inflación, y la imprevisión, fue precisamente el tipo de desastre que golpearía todas las repúblicas de Latinoamérica cuando comenzaron a existir, una generación más tarde, y del que algunas de ellas nunca se han recuperado hasta la fecha. Estados Unidos, que se desprendió de Inglaterra, cuya clasificación crediticia sirvió de modelo para todo el mundo, debía de alguna manera salir del pozo de la bancarrota.[252]

Ésa fue la contribución de Hamilton a la fundación de la nación. Fue de tal importancia que lo sitúa a la misma altura que Washington, Franklin, Jefferson, Madison y Adams como miembro de la diminuta élite que creó el país. Todos ellos tomaron de John Locke la noción de que la seguridad de la propiedad del individuo estaba íntimamente ligada a su libertad. La inflación hacía que el papel moneda federal y estatal perdieran valor, y en ese sentido era un ataque directo contra la propiedad y, en consecuencia, una amenaza a la libertad. John Adams escribió: “Se debe garantizar la propiedad o la libertad no será posible”. Hamilton compartía esta opinión: “Decir adiós a la seguridad de la propiedad es decir adiós a la seguridad de la

libertad".[253] Hamilton estaba imbuido de esta convicción, de modo que actuó con rapidez. En enero de 1790 entregó al Congreso su "Informe sobre el crédito público". Tras un prolongado debate, el informe fue aceptado, y una de las curiosas consecuencias de las negociaciones fue que el Gobierno aceptó la propuesta de Jefferson y sus seguidores según la cual el nuevo capital nacional debía quedar depositado en los bancos del Potomac, como manera de retribuir su apoyo a la propuesta de Hamilton. Éste, por su parte, resolvió el problema pendiente de los continentales, que para entonces ya no tenían ningún valor, mediante el expediente de devolver un dólar por cada cien; a pesar de su amargura, los tenedores se consideraron afortunados: al menos, habían recibido algo. El resto de la deuda interna, y la deuda externa, fueron consolidados en su totalidad, y se transformaron en títulos, públicos a largo plazo con respaldo en oro.

Hamilton también dispuso que el Gobierno federal, como parte de su plan, se hiciera cargo de las deudas de los estados en los mismos términos. Se denunció que la medida era injusta, ya que algunos estados habían saldado sus cuentas y por lo tanto los menos previsores, que no habían cumplido, se veían beneficiados. Pero no había manera de evitar esto; lo único qué importaba era quitarse de encima la carga de la deuda de una vez por todas y comenzar de nuevo después de haber saneado convenientemente el crédito. Ésa fue también la respuesta de Hamilton a aquellos que decían que el plan era costoso. De hecho lo era, pero no a largo plazo. Estados Unidos ya era un país rico. Posiblemente ya era, en renta per cápita, el país más rico del mundo, si bien Gran Bretaña se estaba convirtiendo en la primera gran potencia industrial. Al ser un país rico, le era posible pagar para recuperar la credibilidad de su crédito, lo que significaba que en el futuro Norteamérica podría pedir créditos baratos sin problemas en los mercados mundiales a fin de financiar

su expansión. El Congreso le tomó la palabra a Hamilton, se adoptó el plan, y el tiempo le dio la razón. En 1791, cuando entró en vigor, la deuda per cápita de Norteamérica (actualizada a dólares de 1980) era de 179 dólares, una cifra que no se volvería a alcanzar hasta la guerra civil. En 1804 había caído a 120 dólares y en 1811, a 49. En consecuencia, cuando Norteamérica solicitó, en 1803, un crédito de 11.250.000 dólares destinado a financiar la compra de Luisiana y, por lo tanto, a duplicar el tamaño del país, no tuvo ningún inconveniente en conseguir el dinero, y a intereses muy favorables. Para entonces, por supuesto, el pobre Hamilton era historia (había sido asesinado en 1804). Pero había convertido Estados Unidos en un país solvente y respetado desde el punto de vista financiero, y lo había dejado instalado en el ciclo de crecimiento más grande de la historia.[254]

La consolidación de la deuda fue la primera de las políticas de Hamilton que se puso en marcha, ya que era el asunto que requería la solución más urgente. Pero pronto presentó ante el Congreso otras tres propuestas: una sobre los impuestos internos, otra propiciando la creación de un banco nacional y la tercera acerca de la producción industrial. Con el objetivo de recaudar dinero para consolidar la deuda y afrontar el gasto del Gobierno federal, ya había impuesto, en 1789, un arancel de importación a treinta artículos que promediaba un 8 por ciento *ad valorem*, y una tasa del 5 por ciento sobre todos los demás productos. Además, en 1791 propuso, y el Congreso lo aprobó, un impuesto interno que afectaba principalmente al whisky. Fue una decisión peligrosa. Todos los que vivían en las fronteras elaboraban whisky y lo usaban como una especie de dinero (casi su único efectivo), de modo que consideraron que este impuesto atacaba directamente su supervivencia. Por otra parte, no entendían siquiera por qué debían pagar impuesto alguno: estaban intermitentemente en guerra con los indios, contra

quienes luchaban en representación de todo el país, y consideraban que cumplían con creces todos los deberes que la nación les exigía. Estaban armados, eran agresivos y moralistas (muchos de ellos también eran pobres), y el odio que sentían por la Ley de Impuestos Internos era el mismo odio que sus padres habían sentido por la Ley de Sellos. La violencia y la negativa a pagar comenzaron en 1791 y se volvieron habituales. En julio de 1794 los funcionarios judiciales intentaron llevar a juicio a sesenta grandes evasores ante los tribunales federales de Filadelfia. Como resultado hubo disturbios: una turba incendió la casa; del principal recaudador de impuestos y mató a un soldado de los Estados Unidos. Las amenazas de separarse de la Unión estaban a la orden del día. El gobernador Mifflin de Pensilvania se negó a enviar la milicia, como había pedido Hamilton. El secretario del Tesoro, con el respaldo del presidente, decidió declarar la violencia como rebelión, y la actitud de Mifflin como un desafío a la ley federal y un reto al nuevo orden constitucional. Hamilton exigió, y el presidente accedió a ello, la convocatoria y el despliegue de 15.000 milicianos no sólo provenientes de Pensilvania sino también de Maryland, Virginia y Nueva Jersey. Bajo el mando del general Hanry Lee, y con Hamilton enfurecido y dispuesto a la masacre, una compañía de 12.900 hombres (más de los que jamás había dirigido Washington) cruzó las Alleghenies en el otoño. Como es natural, cuando tuvieron delante un ejército de semejante magnitud, los rebeldes se esfumaron y Hamilton tuvo serios problemas para capturar una veintena de insurgentes a quienes castigar. Según Jefferson, que menospreció desde el comienzo todo el procedimiento, éste fue un caso de "rebelión invisible". Dos cabecillas fueron encontrados culpables de traición a la patria, pero Washington intercedió para que no se los colgara. Hamilton consideró que había triunfado y que el Gobierno había adquirido "reputación y fuerza".[255]

Después de elaborar sus propuestas sobre la deuda y los impuestos internos, Hamilton presentó otras dos, en 1791, relativas a la creación de un banco nacional y a la industria manufacturera. La idea del banco nacional no era nueva. En Inglaterra se había creado uno, en la década de 1690, que había cumplido satisfactoriamente su función de prestamista de última instancia y de garante de la oferta nacional de dinero. En 1781 el Congreso había declarado que el Banco de Norteamérica era el primer banco comercial privado del país y también el primero con respaldo gubernamental. Este era producto de un plan de Robert Morris, que había sido, como superintendente de finanzas, el predecesor de Hamilton. El banco abrió sus puertas en 1782 en Filadelfia, y entre sus accionistas y ahorradores fundadores se encontraban Franklin, Jefferson, Hamilton, James Monroe y Jay. Se encargó de financiar las tropas de Washington y de detener el derrumbe de las finanzas del Gobierno. La idea de Hamilton era más ambiciosa. El Banco de los Estados Unidos que tenía en mente era más del estilo del Banco de Inglaterra, un verdadero banco central, con una concesión por veintiún años prorrogable a veinticinco, una sede principal y ocho sucursales, y que cumpliría la función de agente fiscal del Gobierno. La mayoría de sus acciones serían propiedad de este último, que a la vez era su principal cliente. Jefferson protestó, con el argumento de que en la Constitución no había ninguna disposición que se refiriera a un banco central, y de que al crear una institución federal de ese tipo el Gobierno estaba actuando *ultra vires*. También se quejó, con más vehemencia aún, de la cuarta propuesta de Hamilton, la relativa a la producción industrial. De hecho, Hamilton se había basado en el libro de Adam Smith, *Wealth of Nations* (La riqueza de las naciones), pero había ido un poco más lejos, y sugirió que el Gobierno federal debía promover sistemática y deliberadamente la industrialización de Estados Unidos. Smith había rechazado ese tipo de intervención

del Estado en la economía de libre mercado con el argumento de que consideraba que significaba un retorno al mercantilismo. En términos generales, Hamilton estaba de acuerdo con Smith, pero creía que "cebar la bomba" era necesario para una pequeña y flamante nación, opacada por el poder de producción de su anterior soberano imperial, Gran Bretaña. Su idea era que esta ayuda fuera temporal, hasta que la industria norteamericana pudiera bastarse a sí misma.

Los granjeros y hacendados del Sur odiaban Filadelfia y a sus adinerados cuáqueros, Nueva York y a sus adinerados abogados y, sobre todo, Boston y a sus adinerados comerciantes y empresarios navieros, muchos de los cuales ya se estaban uniendo a las Iglesias del Norte para reclamar que se pusiera fin a la esclavitud en todo el país. Y veían que los adinerados dé Boston (los Cabot, los Lowell, los Jackson, los Higginson) apoyaban a Hamilton. Se trataba de la burguesía biempensante que había comprado los bonos públicos a entre el 15 y el 20 por ciento y, gracias a Hamilton, los había rescatado a la par. En Estados Unidos los granjeros, grandes o pequeños, tenían una larga historia de odio por los bancos que se remontaba a los tiempos en que había sido difícil poseer metálico o papel moneda del tipo que fuese y en que el Gobierno británico había frustrado los intentos locales de crear fuentes de crédito. Ahora, casi todo lo que hacía Hamilton los enardecía aún más. No los impresionaba que Hamilton alardeara de que los valores emitidos por el Gobierno no se cotizaban por debajo del valor nominal: ¿quién se beneficiaba con eso, sino los que tenían dinero? Tampoco daban demasiada importancia a la promesa de Hamilton de industrializar tanto el Sur como el Norte; según ellos, la invención, en 1792, de la desmotadora de Eli Whitney, que revolucionó de inmediato el cultivo del algodón, hacía que esos cambios fueran innecesarios e indeseables. Por lo tanto, en la nueva nación comenzaron a formarse dos partidos: el Norte contra el

Sur, los granjeros contra los industriales, Virginia contra Massachusetts, los defensores de los derechos de los estados contra los centralizado res federalistas, lo viejo contra lo nuevo. Jefferson se quejó diciendo que no tenía intenciones de fundar un partido: "Si necesitara un partido para entrar en el paraíso, preferiría no ir". Pero eso es lo que hizo, en la década de 1790.[256]

Alguien podría preguntar: entonces, ¿Jefferson era el líder de/la oposición? La respuesta es: no. Durante la presidencia de Washington fue el secretario de Estado. Para ser más exactos, estaba por encima de Hamilton en la jerarquía del Gobierno. Sin embargo, en la práctica, Hamilton tenía más poder. En esta etapa de la evolución del Gobierno, el Tesoro administraba todo lo que no hubiera sido asignado específicamente a otras secretarías. Por ejemplo, administraba el servicio de Correos, donde trabajaban 325 empleados, más de la mitad de la plantilla civil del Gobierno federal. Hamilton siempre pensaba en razones adicionales para construir un imperio burocrático. Jefferson estaba celoso de él. De la misma manera que, en Inglaterra, Pitt era un estadista de gran poder financiero, frío, impávido, tranquilo, a quien interesaba principalmente la eficacia, amado por la zona bursátil de Londres y la Bolsa de Valores, y Charles James Fox era un romántico libertario a quien le importaba un comino la cotización de los *Consols* o el crédito de la libra esterlina, y que empapaba con sus copiosas lágrimas el árbol de la libertad, Hamilton, el Pitt de Norteamérica, y Jefferson, el Fox de Norteamérica, se encontraban en polos opuestos del temperamento político. Mientras que Hamilton deploraba los hechos revolucionarios de París, Jefferson los celebraba.

La diferencia entre Hamilton y Jefferson era temperamental e intelectual. Jefferson provenía del mundo privilegiado y sin zozobras que los terratenientes habían construido durante generaciones. Los orígenes de Hamilton eran tan difusos y misteriosos que sabemos más nosotros acerca de ellos que él mismo. Creía

haber nacido en 1757; de hecho fue en 1755. Esto fue lo que sucedió: su madre, Rachel Faucette, o Faucitt, o Fawcette, o Fawcet o Foztet (se escribía de varias maneras diferentes, del mismo modo que Ralegh, el nombre del fundador de Virginia, se escribía de 96 maneras diferentes), se casó a los dieciséis años con un anciano, John Leweine, Levine, Lavien, Lawein, etcétera, que, según se decía, era "un judío de corta estatura". A los veintiún años dejó a su esposo y formó un hogar con un escocés errante llamado James Hamilton, un irresponsable y un fracasado, que no tardó en abandonarla. En 1759 Levine inició un juicio de divorcio alegando la existencia de "varios hijos ilegítimos". Se le concedió el divorcio, pero conforme a la ley danesa, que en ese entonces regía en Novis y en las islas Leeward, no se le otorgó a Rachel el derecho de volver a casarse. Por lo tanto, Hamilton nunca fue reconocido legalmente. Como hemos visto, su carrera como *self made man* fue espectacular, pero el hecho de ser ilegítimo le corroía el alma. Odiaba la pobreza, a la que comparaba con el poder de las tinieblas, y por lo tanto evitaba, o intentaba ignorar, o despreciaba, a los pobres, que se la recordaban.

Hamilton, lo mismo que Jefferson, era una mezcla de contradicciones: odiaba la democracia y peleó por la república, había nacido en la pobreza y amaba la aristocracia, era un fiel servidor de Washington y lo llamaba "el gran bobo" a sus espaldas, era un hombre cabalmente honesto y hacía la vista gorda si sus amigos incurrían en algún desfalco, defendía la monarquía y ayudó a crear una república, daba gran importancia a los valores familiares y vivía (y lo admitía) un amorío. Le dijo al general Henry Knox, su colega del Gabinete y secretario de Guerra: "Mi corazón ha sido siempre el amo de mis decisiones". En un sentido esto era cierto: Hamilton era impulsivo, ¿por qué otra razón un hombre que odiaba los duelos encontraría la muerte en uno? Pero su corazón era diferente del de Jefferson: era bon-

dadoso, a pesar de que tenía una visión profundamente cínica de la humanidad, mientras que el de Jefferson estaba completamente a tono con su idealización optimista y casi ingenua de la naturaleza humana. A Hamilton lo habían llamado "el Rousseau de la derecha". Jefferson admitía que Hamilton era un "rehén de sí mismo", y que "tenía una inteligencia aguda, era desinteresado, honesto y honorable en todas las negociaciones privadas, un hombre amable en sociedad que daba a la virtud su importancia en la vida privada". Pero, según Jefferson, estaba "tan cautivado y pervertido por el ejemplo británico que tenía la convicción de que la corrupción era esencial para el gobierno de la nación". La verdad es que Hamilton era un genio (el único de los Padres Fundadores que merece ese calificativo), y que tenía las características indefinibles y esquivas de la genialidad. No se ajustaba a ninguna categoría. Woodrow Wilson lo definiría, con algo de justicia, como "un gran hombre, pero no un gran norteamericano". Pero, aún así, dedicó gran parte de su vida a crear, o quizá debiéramos decir a esbozar, uno de los componentes centrales de la vida pública de Norteamérica: el amplio espectro de ideas que darían lugar al Partido Republicano. [257]

Del mismo modo, la creciente oposición de Jefferson a la orientación que exhibía la política económica y financiera de Hamilton y a su centralismo constitucional, dio origen a lo que con el tiempo se convertiría en el Partido Demócrata, aunque en un primer momento se lo denominó, lo que resulta confuso para nosotros, con el nombre de Partido Republicano. Los comienzos de la década de 1790 significaron, en un sentido, el fin de la inocencia para Norteamérica, el debilitamiento de la creencia optimista, si bien poco realista, de que se podía gobernar sin corrupción un país tan vasto y próspero. Hamilton nunca abrigó la menor ilusión al respecto: para él, el hombre era siempre un pecador; era un verdadero conservador en ese senti-

do. Pero para los seguidores de Hamilton aquel fue un duro golpe. Es preciso decir que Jefferson, fiel a su carácter dubitativo, era un hombre dado a los pactos, los acuerdos y los tratos. Fue él el intermediario que negoció el acuerdo de consolidación de la deuda por el cual los sureños, a cambio de sus votos, consiguieron que el capital del Gobierno federal se depositara en el Potomac. Pero, aduciría él, lo había hecho sin obtener con ello ninguna ganancia.

Cabe decir que la primera presidencia de Washington —el primer Gobierno en el sentido estricto de la palabra de la historia norteamericana— instaló en el poder a una coalición incompatible. Al principio Washington pensaba que no había nada malo en ello. Era simultáneamente jefe de Estado y jefe de Gobierno, y sentía que su presidencia debía representar a todos los grandes grupos de intereses de la nación, el Norte y el Sur, la agricultura, el comercio y la industria manufacturera; pensaba que debía ser una amalgama geográfica de la flamante nación. Por supuesto que surgirían conflictos: ¿qué otra cosa se podía esperar de un país tan vasto? Washington coincidía con la opinión que tenía William Loughton, de Carolina del Sur, acerca de la nueva nación: "Adoptamos mutuamente nuestros malos hábitos y nuestros respectivos males, para bien o para mal. Los estados del Norte nos adoptaron con nuestra esclavitud, y nosotros los adoptamos con sus cuáqueros". Los Estados Unidos eran como un matrimonio. Desde el punto de vista de Washington era preferible conciliar los intereses y resolver las disputas en el Gabinete, y no que hubiera una guerra abierta entre los partidos, o entre el Gobierno y la oposición, como ocurre en Inglaterra. Además, el sistema norteamericano era diferente. Debido a la separación de los poderes, los miembros del Gobierno no eran a la vez miembros del Congreso que respondían a éste personalmente, como es el caso de la Cámara de los Co-

munes británica. Washington se dio cuenta, en la práctica, de que cuanto más separados estuvieran los poderes, mejor.

Un aspecto del gobierno del que se encargó personalmente fue el establecimiento de tratados. Cuando se encontraba en el proceso de negociación de su Tratado Indio aceptó presentarse ante el Senado. Se trató de un gesto de buena voluntad, ya que la Constitución no lo obligaba a ello. Fue una gran ofensa para él el hecho de que el Senado, tras recibir sus explicaciones sobre lo que estaba haciendo, en lugar de aceptarlas, decidiera derivarlas a una comisión especial, ante la que Washington debía volver a presentarse. Washington "comenzó a ponerse violento", y exclamó: "Esto tergiversa el propósito de mi presentación ante este Senado". Se negó a volver a presentarse, y de hecho nunca más lo haría. Después de ese día, sólo envió al Congreso los tratados una vez concluidos, como lo disponía la Constitución.

Asegurada la separación de poderes, Washington consideró conveniente que todas las facciones principales estuvieran representadas en su Gobierno. En la práctica, con Adams en el cargo de vicepresidente y hablando en nombre de Nueva Inglaterra, esto significó lograr un equilibrio entre dos fervientes federalistas —Hamilton (de Nueva York) y el secretario de Guerra Henry Knox (1750-1800), un corpulento y feliz obeso que había comenzado como vendedor de libros pero se había convertido en el general de más confianza de Washington— y dos defensores de los derechos de los estados: Jefferson, el secretario de Estado, y Edmund Randolph (1753-1813), también de Virginia. Eran ellos los seis hombres que se reunían para decidir la política que debía adoptar el Gobierno. Estos encuentros se denominaban reuniones de Gabinete, igual que en Inglaterra, aunque no tenían como en Inglaterra sustento legal o constitucional. Tenían lugar en la casa de Washington, en el 39 de la calle Broadway, a la vuelta de Wall Street.[258] Sería injusto exagerar la informalidad y la precariedad de esta primera presidencia.

Washington tuvo que crearla de la nada. Eso no lo preocupaba, ya que había tenido que hacer exactamente lo mismo cuando se había puesto al frente del Ejército en 1776. La magnitud de la tarea era ínfima: hasta la segunda mitad de la década de 1790 tenía más empleados en su finca de Mount Vernon que en todo el poder ejecutivo central de su Gobierno.

A pesar de las diferencias dentro del Gabinete, y de la sigilosa aparición de dos grandes partidos en el Estado (ambos representados en éste) en general se consideró que la presidencia de Washington había sido un éxito. Adams y Jefferson, en representación del Norte y el Sur, y ambas facciones, reclamaron con fuerza a Washington que volviera a presentarse para el cargo. Este podría no haber sido un factor decisivo, ya que en 1792 Washington ansiaba casi con desesperación volver a Mount Vernon. Pero fueron las damas las que lo persuadieron. Washington daba una gran importancia a la opinión de las mujeres inteligentes y perceptivas. Incluso las prefería a los jóvenes hábiles y capaces como Hamilton. Sus favoritas eran Henrietta Listón, la dulce e intuitiva esposa del escocés Robert Listón, el cónsul británico, y Eliza Powell, esposa del ex alcalde de Filadelfia, Sam Powell. En 1790, la capital de la nación había sido trasladada de Nueva York a Filadelfia (donde permaneció hasta que en 1800 comenzó a surgir la ciudad de Washington), y la señora Powell quería que su gran amigo presidiera solemnemente desde allí. Por lo tanto, convenció al presidente de dar más importancia al deber que a los deseos personales, y sus artimañas inclinaron la balanza.[259] Puede que también la señora Listón influyera en su decisión; ella opinaba, como gran parte de la élite británica, que Washington era un hombre “sensato”, a diferencia de algunos de los revolucionarios, un hombre cuyo “buen corazón” y “nobleza” añadían “respetabilidad” a Nortea-

mérica como socia en las negociaciones y como posible aliada en el futuro.

Durante su segundo mandato, Washington se apoyó con más fuerza en los federalistas y se preocupó menos por conciliar con los demás. Es probable que fuera inevitable que se produjera una ruptura con Jefferson, teniendo en cuenta que la monumental paciencia de Washington se agotaba. Mientras se acercaba el fin de su primera presidencia, Madison, el más estrecho aliado político de Jefferson, se había convertido prácticamente en el líder de la oposición en el Congreso. En 1791, aún antes de la elección, los dos habían emprendido una llamada "expedición botánica" en la que siguieron hacia el norte el curso del río Hudson, que les permitió recoger opiniones de un grupo heterogéneo de personas descontentas con el Gobierno: Aaron Burr (1756-1836), un sagaz abogado de Nueva York, enemigo y oponente de Hamilton en esa ciudad, que estaba proyectando crear, por medio de una organización llamada Los Hijos de St. Tammany, un aparato político partidario en la ciudad; George Clinton (1739-1812), hijo de un inmigrante irlandés, gobernador del estado y ferviente opositor del Gobierno, y diferentes miembros de la familia Livingston, una gran dinastía de Nueva York que, por razones que constituían un misterio para Hamilton y el presidente, se alió con la "chusma". Se trató de la primera convención de un partido político de la historia de Norteamérica, ya que los opositores de Nueva York formaron una coalición con los defensores de los derechos de los estados de Virginia, y uno de los resultados de la nueva alianza fue la decisión de llevar a Filadelfia a un viejo condiscípulo de Madison, Philip Freneau, para que dirigiera el periódico de la oposición, la *National Gazette*. Los editoriales de Freneau enfurecían al presidente.

Por supuesto que había extremistas en Norteamérica: los jacobinos que habían cruzado el Atlántico. Oliver Wolcott, el se-

cretario de Hamilton en el Tesoro y un baluarte del federalismo, decía despectivamente de "nuestros jacobinos" que "suponen que la libertad de Norteamérica depende de la libertad de cortar cabezas en Francia". Estas personas crearon la patriótica Sociedad Francesa, una de las de más de treinta organizaciones de ese tipo que surgieron por entonces. La oficina desde la que Freneau dirigía el periódico, en el número 209 de la calle Market, en Filadelfia, casi frente a las narices del indignado Washington, era una especie de cuartel general para todos los miembros de estas organizaciones, y para los caprichos de Edmund Charles Genet, un extremista francés que había llegado a Norteamérica como cónsul para "erigir el templo de la libertad sobre las ruinas de los palacios y los tronos", olvidando que los norteamericanos ya habían erigido su propio templo de la libertad y que en este país no había ruinas de palacios ni de tronos. El cónsul francés se dedicó a reclutar hombres para que se alistaran en las Fuerzas Armadas francesas y a corsarios para que rapiñaran el comercio británico. Alardeaba al escribir a sus superiores en París: "Incito a los canadienses a romper el yugo británico, proveo de armas a la gente de Kentucky y propongo que se lleve a cabo una expedición naval para facilitar su desembarco en Nueva Orleans". Irritado por la indiferencia que le demostraba Washington, que pronto se convirtió en abierta hostilidad, amenazó con "recurrir al pueblo en lugar de al presidente".[260]

Jefferson, que al principio había celebrado la llegada del "mono francés", se alejó de él avergonzado, se encontró con que sufría migraña (mal que lo aquejaba de manera recurrente en momentos de crisis y desconcierto) y se metió en la cama. Washington, indignado por las amenazas de Genet, comprobó que su secretario de Estado, en lugar de presentar de inmediato una protesta ante el cónsul francés y exigir su retirada, no tomaba cartas en el asunto y, al parecer, se preocupaba más por fingir

que estaba enfermo. Furioso, le escribió a Jefferson: "¿Puede el ministro de la República Francesa desafiar las leyes de este Gobierno con impunidad y después amenazar al poder ejecutivo con recurrir al pueblo? ¿Qué debe pensar el mundo de este tipo de conducta y del Gobierno de los Estados Unidos por permitirla?".

Jefferson se vio obligado a presentar su renuncia justo antes de la reunión del Gabinete en la que se decidió exigir la marcha de Genet y durante la cual se desató la furia del presidente por una sátira publicada en el periódico de Freneau titulada "El funeral de George Washington", y en la que se describía "la muerte en la guillotina de un tirano". Washington puso el grito en el cielo delante de todos: dijo que "preferiría estar en su tumba" antes que ser presidente, y acusó a la oposición, con la mirada puesta en Jefferson, de tener "el insolente propósito de denigrarlo".[261]

Finalmente, Genet nunca abandonó el país. Después de la purga de los girondinos y el triunfo de la Montaña en París se vio dé repente en peligro de morir él en la guillotina y rogó que le fuera permitido quedarse. Washington le concedió el permiso a regañadientes' y poco después Genet se casó con la hija de George Clinton, se convirtió en un ciudadano modelo del norte del estado de Nueva York y vivió para leer el primer tomo de la monumental *History of the United States* (Historia de los Estados Unidos) de George Bancroft, que se publicó en 1834. El sustituto de Jefferson fue Randolph, a quien al principio se consideraba partidario del ex secretario de Estado, y era cada vez más (según Jefferson) un simple títere del presidente: "El camaleón más miserable que jamás haya visto, que no tiene ningún color propio sino que adopta el del que esté más cerca de él. Si está conmigo, es un whig. Si está con Hamilton es un tory. Si está con el presidente es lo que se supone que a éste le agradará que sea". Pero Randolph no duró mucho en su cargo. Un buen

día se interceptó un envío diplomático francés que los enemigos de Randolph habían hecho caer deliberadamente en manos de Washington, y se reveló que el secretario de Estado pedía dinero a los franceses a cambio de que la política norteamericana favoreciera a París. Washington cayó en la trampa, trató a Randolph con gran artería y duplicidad (podía ser muy hipócrita si se lo proponía) y repentinamente cayó sobre él como un ave de presa y lo acusó de traición a la patria: "¡Por la gloria eterna de Dios…! ¡Es usted el más maldito mentiroso sobre la faz de la tierra!". A Randolph no le quedó otra alternativa que irse de inmediato, aunque poco después se aclaró (y los historiadores lo han confirmado) que no se lo podía culpar de nada excepto de alardear un poco ante los franceses cuando decía, por ejemplo, que él era el hombre que mandaba en el Gobierno. Washington se dio cuenta demasiado tarde de que había cometido un error y había sido injusto con un viejo colega, y este episodio hizo que se hartara de la política.[262] Al finalizar su segundo mandato no quedaban dudas de que su decisión de retirarse para siempre era definitiva.

Aunque la presidencia de Washington demostró, en especial en su etapa final, que no se podía evitar la aparición de un partido, que el sistema bipartidista, por más deseable que fuera, sencillamente no daba ningún resultado y que, en la república utópica, "nunca volvería a haber un amanecer optimista y feliz", fue en términos generales notablemente exitosa. No sólo se recuperó el crédito de la nación, se saldaron las deudas, se construyó un sistema financiero viable y se creó un banco central, sino que además se resolvieron varios problemas escabrosos que aquejaban al país. En 1789, la nación, por primera vez, advirtió sus posibles responsabilidades en el noroeste del Pacífico cuando una disputa entre ingleses y españoles en la isla de Vancouver por los derechos de los comerciantes de pieles se resolvió por medio de la Convención de Nootka (1790). Washington,

mientras mantenía al país en la neutralidad, expuso la política que se convertiría en la norma de Norteamérica en esta parte del mundo y, con el tiempo, llevaría a un reparto pacífico del noroeste entre Estados Unidos y el Canadá británico, que eliminó por completo a España (y a Rusia).

Al mismo tiempo, durante los últimos años de la presidencia de Washington, a fines de la década de 1780, se produjo un enorme incremento del comercio marítimo de Estados Unidos. Los barcos norteamericanos navegaban hasta las Indias Occidentales en gran escala para comerciar, primero con las islas holandesas y francesas y después con las colonias españolas y, sobre todo, con las británicas. En 1785 el barco *Empress of China*, el primer buque mercante norteamericano en llegar al Lejano Oriente, regresó a Nueva York desde Cantón y, dos años después, lo siguió el buque mercante *Grand Turk*, con base en Salem. Esto coincidió con la apertura de la ruta que une Nueva Inglaterra y el noroeste (Oregón), que estableció entre 1787 y 1790 el capitán Robert Gray (1755-1806), un gran comerciante y circunnavegante norteamericano cuyas actividades pioneras en Oregón sirvieron de base para todas las posteriores pretensiones norteamericanas en esa zona. Gray dio comienzo a un lucrativo comercio triangular: los fabricantes de Nueva Inglaterra compraban pieles a los indios del noroeste, las enviaban a China, y después China enviaba té a Boston. Cuando Washington asumió en 1789 su primera presidencia, un observador señaló que de 46 barcos amarrados en Cantón, 18 eran norteamericanos; cuando Washington se presentó para un segundo mandato, el comercio con China se había duplicado y, cuando finalmente dejó su cargo, se había triplicado.

De la misma manera, hubo un auge de la actividad económica interna en los años en que Washington fue presidente. La política mediante la cual Hamilton procuró alentar la producción industrial no había surgido de la nada. Cuando en 1785

Franklin volvió a Filadelfia tras su estancia en París, los cambios lo dejaron atónito: se habían construido nuevas rutas para las diligencias, las industrias minera, metalúrgica y textil florecían, y había una especulación frenética en todas partes. Los estados otorgaron permisos especiales a treinta y tres compañías, y se pusieron en marcha enormes proyectos destinados a la construcción de puentes, carreteras de peaje y canales de vital importancia para el / país. En 1787 se construyó en Beverley, Massachusetts, la primera fábrica de algodón de Norteamérica. Al año siguiente comenzó a funcionar en Hartford la primera fábrica de tejidos de lana, que contaba con un capital de 1.280 libras recaudado en el mercado abierto mediante acciones de 10 libras cada una. Se acercaba la aparición del vapor y ya en 1789, en Filadelfia, John Fitch experimentaba con un barco de vapor. Como Jefferson, Washington no quería que Norteamérica se convirtiera en un país industrial al estilo de Gran Bretaña, y por las mismas razones que aquél, pero con la diferencia de que él era realista y sabía que era algo que no se podía evitar. Al mismo tiempo, era militar y sabía lo importante que era para Estados Unidos un equipamiento militar moderno que contara con las últimas novedades en materia de cañones y buques de guerra, y era consciente de cuánto influía la industria en la capacidad militar. En consecuencia, apoyó la política industrial de Hamilton, y fue durante su presidencia cuando Norteamérica logró el despegue hacia un crecimiento industrial autosustentado.[263]

Washington se despidió públicamente del pueblo norteamericano por medio de un discurso cuyo texto ocupó una página entera de la edición del 19 de septiembre de 1796 del *American Daily Advertiser*. Un halo de misterio rodea este documento. Washington escribió en mayo un borrador de su declaración, que pretendía ser su testamento político y uña suma de consejos a la nación, y se lo envió a Hamilton para que diera su apro-

bación. Hamilton lo reescribió, y ambos trabajaron juntos el texto. Por lo tanto se trató de una tarea conjunta, llevada a cabo por dos hombres que habían estado íntimamente asociados durante veinte años y conocían sus respectivos puntos de vista. Algunas de las frases del documento son claramente de Hamilton. Pero en términos generales la Filosofía contenida en él es la de su maestro. El resultado es un resumen del pensamiento del primer presidente acerca de cómo era, o debía ser, Norteamérica.

Washington sostiene en él tres ideas fundamentales. Se manifiesta extensamente, y con fervor, en contra de "los efectos nefastos del espíritu partidista". Norteamérica, dice, es un país unido por naturaleza y tradición: "Con ínfimas diferencias, tenéis la misma religión, educación, los mismos hábitos y principios políticos. Las economías del Norte y el Sur, de la costa este y el interior del oeste, lejos de dividir la nación, se complementan". Deben existir diferencias, discusiones y debates. Pero una devoción común por la Unión, como fuente de "vuestra felicidad individual y colectiva", es el pilar fundamental sobre el que se apoya el Estado. Es vital para alcanzar esta felicidad el respeto por la Constitución: "La Constitución, tal como existe, hasta que sea reformada por un acto auténtico y explícito de todo el pueblo, es sagrada y obligatoria para todos". El hecho de que el pueblo cuenta con "el poder y el derecho de establecer un Gobierno" presuponía "el deber de cada individuo de acatar la Constitución". Por lo tanto, "todo intento de impedir la aplicación de las leyes, toda combinación y asociación, por más plausible que sea, que tenga como verdadero propósito dirigir, controlar, contrarrestar o intimidar las decisiones y acciones regulares de las autoridades constituidas, destruye este principio fundamental y tiende a producir consecuencias fatales".

Se trata de una afirmación muy fuerte de la obligación moral de todos los ciudadanos de aceptar las decisiones del Gobierno debidamente constituido, de manera que se hicieran cumplir

las leyes promulgadas constitucionalmente por el Congreso. Fue una manera solemne que tuvo Washington, como resultado de ocho años de experiencia como jefe del poder ejecutivo, de recordar que Norteamérica era un país que se regía por el imperio de la ley. Dentro de la ley, todo; fuera de la ley, nada. Y fue bueno que Washington haya recurrido a términos de tanta fuerza en la redacción del documento. Les fue útil a los presidentes posteriores para tomar aliento a la hora de afrontar grandes desafíos: a Andrew Jackson cuando se enfrentó a Carolina del Sur, que reclamaba el derecho de declarar nulas las leyes federales, y a Abraham Lincoln cuando afrontó la secesión inconstitucional del Sur. La afirmación era típica de la concepción que Washington tenía del Gobierno norteamericano: su poder era muy limitado pero, dentro de esos límites, sus decisiones (con el aval de Dios) debían ser incuestionables.

En segundo lugar, Washington destacó la importancia de no involucrarse en los problemas extranjeros. Estaba orgulloso de haber podido mantener Estados Unidos al margen de la gran guerra en que estaba sumida Europa, a pesar de haber recibido presión de ambos bandos para que tomara partido. Norteamérica debía lograr "armonía" e "intercambio liberal" con todas las naciones. Debía comerciar con todos en términos de igualdad. Debía mantener "una postura defensiva respetable", garantizada "por la adecuada aplicación" (de la fuerza). Podría formar "alianzas temporales en casos de emergencia extraordinarios". Pero en general Estados Unidos debía forjar su destino mundial por medio de la amistad (si era recíproca) con todos, y no mostrarse enemiga ni aliada de nadie. ¿Era esto aislacionismo? No, en absoluto. ¿Independencia? Sí.

Por último, Washington (a la luz de los terribles hechos que habían ocurrido en la Francia revolucionaria) quería disipar para siempre toda versión que dijera que Estados Unidos era un estado laico. Regía la ley pero también la moral. "Todas las dis-

posiciones y hábitos que hicieron posible la prosperidad política —insistía— han contado; con el apoyo indispensable de la religión y la moral". Cualquier persona que intentara debilitar "estos firmes sostenes de los deberes de los hombres y ciudadanos" era exactamente lo opuesto a un patriota. Es imposible que haya ningún tipo de "seguridad para la propiedad, para la reputación, para la vida, si el sentido de obligación religiosa no acompaña los juramentos que son el instrumento de investigación de los tribunales de justicia". Tampoco se puede mantener la moral sin la religión. Por más ayuda que pudiera proveer por sí sola una "educación refinada" a las "mentes de una estructura peculiar" (no hay duda de que cuando escribía esto pensaba en Jefferson), la experiencia demostraba que la "moral nacional" no puede imponerse "si se excluye el principio religioso". De hecho, lo que decía Washington era que Norteamérica, por ser una república libre cuyo orden dependía del buen comportamiento de sus ciudadanos, no podría sobrevivir sin la religión. Y eso se encontraba en la naturaleza de las cosas, ya que Washington creía, como muchos norteamericanos, que en cierto sentido su país había sido elegido, favorecido y que gozaba de la bendición divina. Por lo tanto "se llevaría a la tumba" los "repetidos votos" en los que rogaba que "el paraíso os tienda las más exquisitas muestras de su beneficencia; que vuestra unión y vuestro amor fraternal sean perpetuos, y que la Constitución libre, que es el fruto de vuestro esfuerzo, sea por siempre sagrada".[264]

Cuando Washington concluyó su presidencia todavía había aspectos fundamentales de la Constitución que esperaban ver la luz, en particular en lo concerniente al papel del poder judicial. Estos aspectos comenzaron a tenerse en cuenta durante el mandato de John" Adams, sucesor de Washington. Cascarrabias,

poco carismático y peleador, Adams no fue la opción más acertada para suceder al general universalmente respetado, pero contaba con una gran experiencia. Había atravesado todo tipo de circunstancias en su vida política. Había sido vicepresidente; además, provenía de Nueva Inglaterra, que esperaba su "turno". En Filadelfia, una especie de comité de políticos federalistas, en su mayoría miembros del Congreso, decidió que Adams debía ser el nuevo presidente. Agregaron a la lista de candidatos al hermano de Thomas Pinckney, en primer lugar porque era de Carolina del Sur, y por lo tanto equilibraba la lista, y en segundo lugar porque había pergeñado un tratado que se había hecho muy popular. A Hamilton, a quien no se podía elegir ni estaba interesado en presentarse como candidato, no le gustaba Adams, y creía que sería difícil de controlar. Prefería a Pinckney, y se involucró en un complot para hacer que los sureños lo votaran y vencer a Adams en la elección. Pero el plan falló, y como resultado de ello los electores de Nueva Inglaterra retiraron su apoyo a Pinckney. Triunfó Adams, por 71 votos; pero Jefferson, que se presentaba [*to stand*] por los republicanos (se negaba a usar la expresión "apuntarse a la carrera" [*to run*] porque la consideraba indigna, y prefería el término inglés), consiguió casi la misma cantidad de votos, 68 y, por lo tanto, se convirtió en el nuevo vicepresidente. Adams, que apreciaba bastante a Jefferson a pesar de las diferencias que los separaban, pero no lo quería en el poder ejecutivo, acusó a Hamilton, a quien consideraba responsable de su elección, de ser un "criollo bastardo"; Abigail, la esposa de Adams, con más decoro, lo llamó "Casio, intentando asesinar a César".[265] Adams, a pesar de lo poco que apreciaba al "viejo cabeza de chorlito", se esforzó mucho por mantener la continuidad de su plan de gobierno: mantuvo en su cargo de secretario de Estado al viejo camarada de armas de Washington, Timothy Pickering (aunque finalmente se vio obligado a despedirlo), y nombró secretario del Tesoro al hábil segundo de Ha-

milton, Oliver Wolcott. Adams llegó incluso a mantener la pompa washingtoniana y, para la toma de posesión, se vistió con un absurdo traje de color perla adornado con una espada y un enorme sombrero con una escarapela. Pero era un hombre pequeño y gordo, que "parecía de la mitad de la altura de Washington". Fue la primera vez, pero de ninguna manera la última en la historia presidencial, en que el mayor atractivo físico y social de la ceremonia fue la espléndida esposa del primer mandatario.

Una cuestión dominó la presidencia de Adams: ¿guerra o paz? ¿Norteamérica podía mantenerse al margen del conflicto mundial? Sobre este punto, Adams estaba completamente de acuerdo con Washington: Norteamérica debía permanecer neutral, a casi cualquier precio. Adams resaltó este punto en el Discurso de despedida e hizo que se leyera entero en el Congreso cada febrero, una tradición que se mantuvo hasta mediados de la década de 1970, cuando cayó en desuso después del repentino derrumbe de la autoridad presidencial a que dio lugar el caso Watergate. El gran mérito de Adams como presidente fue el de mantener el país al margen de la guerra, a pesar de las muchas dificultades y de que (y esto él lo sabía) su Gabinete y su vicepresidente no le eran leales. Jefferson, por ejemplo, se esforzó mucho por lograr que el Gobierno acudiera en ayuda de Francia y del republicanismo./ Hamilton, que no formaba parte del gobierno pero tenía sus títeres dentro de él, deseaba aprovecharse de la guerra y destruir lo que quedaba del Imperio español y el francés en América del Norte. Convocó a un enorme ejército de 10.000 soldados y consiguió que el envejecido Washington prestara un cierto apoyo a la causa. Adams acusó a Hamilton de conspirar para convertirse en el jefe de este ejército e instaurar una dictadura que él caracterizó como "gobierno monárquico". Adams exageraba, pero era cierto que Hamilton soñaba con marchar en persona al frente de una numerosa hueste

profesional a través del territorio de Luisiana hacia México, a fin de convertir todas estas "tierras liberadas" en patrimonio de Norteamérica.[266] Adams pensaba que todo esto era un disparate. Creía que toda la América del Norte caería en manos de Estados Unidos, como ciruelas maduras, con el correr del tiempo, pero consideraba que conquistar el continente en aquel momento habría sido atroz, antirrepublicano y, por añadidura, costoso. Como el Gobierno inglés, creía en los "muros de madera", en una Marina fuerte (para proteger el comercio de Nueva Inglaterra), en la libre navegación y en "el mantenimiento del equilibrio". Por lo tanto, intentó que el Ejercito siguiera siendo pequeño, y prefirió en cambio construir barcos, en los astilleros de Nueva Inglaterra, por supuesto.[267]

Adams creía que la democracia era decididamente peligrosa y la igualdad uña fantasía que nunca podría hacerse realidad. No le interesaban las verdaderas aristocracias (de hecho las odiaba) pero consideraba que el principio aristocrático, según el cual triunfa el que haya hecho más méritos para merecerlo, era indestructible y necesario. Como él mismo dijo: "La aristocracia, al igual que las aves acuáticas, se sumerge durante un largo período y después emerge con un plumaje más brillante".[268] Observó que en ciertas familias se alentaba a los jóvenes a interesarse en el servicio público generación tras generación, y que este tipo de gente formaba parte, como es natural, de una élite. A diferencia de los aristócratas europeos, estos hombres no buscaban poseer tierras, títulos y riquezas, sino que cumplían con el deber republicano de servir a Dios y a los hombres. Tenía en mente familias de Nueva Inglaterra como los Winthrop y los Cotton, y la suya propia. Y por supuesto los Adams se convirtieron en la primera de las grandes familias políticas de Norteamérica, a la cabeza de una larga lista en la que se podría incluir a los Lodge, los Taft y los Roosevelt. Educó a su hijo, John Quincy Adams, para servir al Estado de la misma manera en

que el viejo Pitt había educado a su hijo William, para que terminara ocupando el escaño del Tesoro en la Cámara de los Comunes.[269] Todo esto era muy conmovedor, y el historiador se enternece ante este profeta presumido, seco, fanático, paranoico y fervientemente patriótico. Pero, más allá de lo que ellos piensen, los presidentes de Estados Unidos no deben expresar públicamente su aversión por la democracia y la igualdad. Pues en ese caso, sólo queda en pie la fraternidad, y Adams tampoco era un hombre fraternal; había demasiado odio en él para que lo fuera.

La verdad es que Adams, como su enemigo Hamilton, no había nacido para gobernar Norteamérica, aunque por diferentes razones. Adams era muy intuitivo con respecto al futuro. No le cabía duda alguna de que Norteamérica se convertiría en una gran nación, posiblemente la más grande del mundo, y de que su población ascendería "a más de 200 millones de personas", pero no quería aceptarlo. Odiaba el progreso, los cambios, los efectos de la ciencia y la tecnología, los inventos, las innovaciones, el bullicio. No es que despreciara la ciencia. Todo lo contrario. Al igual que la mayoría de los Padres Fundadores, la admiraba y estudiaba. Creía en lo que llamaba "la ciencia de gobernar", e incluyó con ingenio en sus aportaciones a la Constitución toda una gama de metáforas científicas, en particular el principio del que dependía el equilibrio. Creía de todo corazón en la importancia de la educación para la nueva república, y pensaba que se debía enseñar ciencia a los estudiantes, tanto su teoría como sus aplicaciones: "No son las bellas artes lo que nuestro país necesita —observó—, sino las artes mecánicas, útiles".[270] Pero aborrecía el aspecto físico y visual que adquiría la vida en un país en franco progreso. "Desde el año 1761 —le escribió a Rush—, hace ya más de cincuenta años, vengo viviendo en un país enemigo. Y eso sin tener ningún enemigo personal en el mundo, que yo sepa"[271].

Antes de dejar la presidencia, lo que como veremos hizo muy a su pesar, más allá de todos los inconvenientes que ésta acarreaba, Adams tomó una medida de vital importancia, quizás el nombramiento más importante de toda la historia de los presidentes de Estados Unidos. John Marshall (1755-1835) era un virginiano de la frontera, y había nacido allí, en una cabaña. Como en muchos de los primeros norteamericanos, en él se combinaban un origen modesto con un linaje honorable que se remontaba varias generaciones y lo emparentaba con los Lee, los Randolph y los Jefferson. Su padre se había destacado en la política local. Marshall combatió en la revolución, pero como consecuencia de la crisis contaba con poca educación formal, si se deja a un lado un breve período durante el cual estudió en el William and Mary College. Pero se estableció como abogado en Richmond (en Norteamérica nunca se le prohibió colocar una chapa de identificación en la puerta de su estudio, a diferencia de las restricciones que imponía el *Inn of Court* británico [una de las cuatro sociedades legales de Londres, que tienen la prerrogativa de determinar qué abogados están autorizados a desempeñarse en el foro]) y pronto demostró, gracias a su brillante actuación como abogado defensor en los tribunales, que había nacido para la vida forense. Él y Adams se llevaban bien. Ambos eran federalistas empedernidos y cerebrales, creían en un Gobierno fuerte, en la jerarquía basada en el mérito y en el pragmatismo en la cuestión de los derechos de los estados. No les gustaba la trivialidad de la vida social, más allá de las formalidades necesarias para que se mantuviera el respeto hacia el poder ejecutivo y el judicial. Marshall, como Adams, era un elitista, pero no lo parecía. Alto, ágil y huesudo, se vestía mal, no era demasiado pulcro, y era un gran chismoso y una persona sociable. También tenía ingenio y encanto; en algunos aspectos fue un modelo para Lincoln.

Adams, en su desesperado intentó por lograr que Norteamérica permaneciera neutral, y en especial preocupado por evitar que se desencadenara una guerra con Francia por puro accidente y mala suerte (los franceses seguían siendo provocativos y difíciles de tratar), mandó a París a John Marshall, junto con Pinckney y Elbridge Gerry, como enviados diplomáticos. Allí no lograron el apoyo de Charles-Maurice Talleyrand, un ex obispo ateo y aristócrata que en ese momento era el encargado de los asuntos exteriores de los revolucionarios. Talleyrand se oponía enérgicamente al Tratado de Jay porque lo consideraba probritánico, y obligó a los miembros de la comisión a tratar con subalternos plebeyos a quienes ellos llamaban con desdén X, Y y Z. Los subordinados franceses exigieron un "préstamo" de 12 millones de francos como condición para iniciar un diálogo serio, sumados a un "regalo" personal de 250.000 francos para el propio Talleyrand. Se dice que la respuesta de Pinckney fue: "No, ni una moneda; estamos dispuestos a pagar millones para la defensa, pero ni un centavo de tributo". (La última parte de la frase era *esprit d'escalier* y de hecho fue acuñada por Robert Harper, un brillante orador de sobremesa y neologista que también dio su nombre a Liberia y a su capital, Monrovia). En consecuencia, estalló una guerra no declarada y la nueva Marina de Adams (que al finalizar el siglo contaba con treinta y tres buques de guerra) fue de gran utilidad para entablar combate con los piratas franceses en las Indias Occidentales y el Mediterráneo. A Adams le había disgustado la forma en que su secretario de Estado se había encargado del caso XYZ (pensaba que Hamilton manipulaba a Pickering) y, en 1800, exigió su renuncia y lo reemplazó por Marshall. Finalmente, cuando se acercaba el final de su mandato, decidió que la mejor forma de perpetuar el espíritu de su política era nombrar a Marshall presidente de la Corte Suprema de Justicia. Lo hizo, y Marshall permaneció en el cargo durante treinta y cuatro años, sobrevivió a cuatro de los

sucesores de Adams y vivió lo suficiente para enfrentarse con el temible Andrew Jackson, un hombre por el que Adams sentía un particular desprecio.[272]

Debemos ahora intentar una aproximación al significado y la importancia que tuvo este notable hombre, y a su impacto en la historia de Norteamérica. Si hubo un hombre del que se puede decir que ligó indisolublemente a Estados Unidos con el capitalismo y, en particular, el capitalismo industrial, ese hombre fue Marshall. A excepción de Hamilton, todos los Padres Fundadores, entre ellos Adams, desconfiaban del capitalismo o, en todo caso, de la banca; algunos de ellos odiaban la banca. Y los sureños odiaban la industria. Incluso a Washington no le agradaba el informe que Hamilton había presentado ante el Congreso sobre la industria manufacturera. Pero Marshall aprobaba el capitalismo, y los bancos, y la industria; los aprobaba en conjunto. Los consideraba esenciales para el futuro bienestar del pueblo norteamericano y creía, por consiguiente, que la Constitución debía garantizar su existencia. Según su punto de vista, era su trabajo como presidente de la Corte Suprema asegurar que esto se cumpliera. Marshall, como los Padres Fundadores, depositaba su confianza en la propiedad como garantía de la libertad, pero a diferencia de ellos, no hacía una distinción moral y constitucional entre los distintos tipos de propiedad.

Los Fundadores, en particular los virginianos, Washington, Jefferson, Madison, Monroe y otros, daban la misma importancia a la propiedad, como fuerza moral, que a la tierra. Este punto de vista fue articulado por John Taylor (1753-1824), un terrateniente, virginiano como ellos, que ocupó un escaño en el Senado y, en 1814, publicó una monumental obra de 700 páginas, *An Inquiry into the Principies and Policy of the United States* (Investigación sobre los principios y la política de los Estados

Unidos). Taylor distinguía entre la propiedad "natural", como la tierra, y la propiedad "artificial", adquirida por privilegios legales, de los que la riqueza financiera era el ejemplo más notorio. Consideraba que el derecho de emitir papel moneda era una manera indirecta de aplicar impuestos al pueblo: "La percepción de impuestos, directos o indirectos, que produce la emisión monetaria, despoja a una nación de su propiedad sin darle libertad; y al crear y enriquecer un interés sectorial la despoja de su libertad sin darle propiedad". La existencia de la banca monetaria beneficiabas a una aristocracia financiera parasitaria y artificial a expensas del duro trabajó de los granjeros, y esta "política de transferencia de la propiedad empobrece inevitablemente a todas las clases trabajadoras y productivas". Comparaba este nuevo poder financiero con el viejo poder feudal y eclesiástico: los banqueros usaban "la fuerza, la fe y el crédito" del mismo modo que aquellos habían usado la religión y el feudalismo. Lo que más enfurecía a Taylor era la terrible malicia con que los hombres del mundo financiero habían adjudicado a la propiedad "ficticia", como los créditos bancarios y las acciones, todo el prestigio y las virtudes de la propiedad "honesta". [273]

La teoría de Taylor fue una primera versión de lo que más tarde se conocería con el nombre de "falacia física", o sea, la creencia de que sólo aquellos que trabajan con sus manos o sus mentes con el propósito de cosechar alimentos o crear bienes materiales originan la "verdadera riqueza" y de que todas las demás formas de actividad económica son, en esencia, parasitarias. Esta creencia alcanzó popularidad a comienzos del siglo XIX y Marx y todos sus seguidores cometieron el error de sostenerla. De hecho, hay una gran cantidad de personas que la defienden de una u otra manera hoy en día, y cada vez que los que abrazan esta ideología llegan al poder, o lo toman por la fuerza y la ponen en práctica oprimiendo a la "clase media parasitaria", el

resultado es siempre la pobreza. El momento en el que Taylor formuló su teoría fue muy oportuno, ya que los agricultores norteamericanos en general, y los sureños y los montañeses en particular, ya tenían un recelo paranoico con respecto al "poder del dinero", que se remontaba a los tiempos de la colonia, como hemos visto. Por lo tanto, el planteamiento de Taylor, convenientemente simplificado, se convirtió en el caballo de batalla de los seguidores de Jefferson, más tarde de los seguidores de Jackson y, por último, de los demócratas y los populistas defensores del patrón plata de fines del siglo XIX, que denunciaban que se estaba "crucificando en una cruz de oro" al granjero norteamericano. El hecho de que esta falacia haya persistido en la política norteamericana desmiente la suposición general según la cual en este país no hay lugar para las ideologías, porque si alguna vez hubo una, esta mezcolanza sin duda lo fue.

Por fortuna Marshall estaba en desacuerdo con este punto de vista, y tenía el poder (o más bien lo había adquirido) de convertir en ley el suyo propio. Su punto de vista sobre cómo debía funcionar la república norteamericana era claro y coherente. Había leído las *Reflections on the Revolution in Frunce* (Reflexiones sobre la Revolución francesa) de Edmund Burke tan pronto como se publicaron en Norteamérica, y le habían inspirado una saludable repugnancia por el populacho que lo acompañó hasta el final de su vida. El pueblo no siempre constituía un populacho, pero siempre se debía desconfiar de él, porque era una fuerza política espontánea. Por lo tanto, el papel de la Constitución era encauzar al pueblo. Según el análisis de Marshall, el poder popular de Norteamérica correspondía principalmente a los estados, ya que éstos habían sido los primeros, mientras él vivió, en conceder el derecho del sufragio a las masas. Por consiguiente, Marshall no sólo era federalista sino también centralista, y pensaba que la función principal del Gobierno general era la de equilibrar el poder del populacho, latente en los esta-

dos. Puede que la Constitución no haga una referencia explícita a este tema, pero sí la hace en forma implícita, y la función y el deber del poder judicial federal eran revelar los misterios ocultos en la Constitución mediante sus decisiones. Por lo tanto, Marshall dejó sentado, por primera vez, el derecho de la Corte Suprema de involucrarse por completo en la exégesis de la Constitución en virtud del poder de interpretación que ésta le confería. Como él mismo declaró en uno de sus fallos: "No debemos dudar jamás de que estamos hablando de una Constitución [...] algo orgánico, capaz de desarrollarse, susceptible de cambios". Marshall había nacido para persuadir y tenía una mente sutil e ingeniosa, rica en pensamientos vigorosos que expresaba con maestría tanto por escrito como de palabra. El y sus colegas vivían muy unidos durante casi seis u ocho semanas en que la Suprema Corte celebraba sus sesiones en Washington, y compartían la misma modesta pensión por lo que, como dijo su biógrafo, Marshall era "al mismo tiempo jefe de familia y jefe de la Corte".[274] Se destacaba claramente entre sus colegas, aunque su educación era más precaria que la de algunos de ellos. Durante los treinta y cuatro años en que encabezó la Suprema Corte se aprobaron 1.100 resoluciones, de las cuales él mismo redactó 519, y en sólo ocho ocasiones sus iniciativas quedaron en minoría.[275]

Como Burke, Marshall veneraba la obra de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*. Se aproximaba más a sus ideas que Hamilton, ya que creía que el Estado debía evitar cualquier interferencia en el proceso natural de la economía. Abandonados a su suerte, y con la ley como guía, de modo que todos tuvieran la libertad de ejercer sin limitaciones sus capacidades, los hombres y mujeres trabajadores podían aprovechar por sus propios medios los vastos recursos de Norteamérica y convertirlo en el país más rico del mundo. Sería el capitalismo, no el Estado, el que conquistaría, roturaría y sembraría el valle del Misisipí y el

resto del oeste. Todo lo que se necesitaba era un marco legal justo, sensato y coherente para que los empresarios pudieran invertir su capital y sus conocimientos con confianza. Marshall no compartía en absoluto la renuencia de Taylor a admitir la propiedad "artificial". Era el mercado, no los sentimientos, lo que definía la riqueza, siempre que hubiera sido adquirida con honestidad. Por lo tanto, era el deber de la Corte interpretar la Constitución de manera tal que los derechos de propiedad de todo tipo fueran reconocidos como correspondía y, en consecuencia, se permitiera al capitalismo cumplir con su tarea de llevar el progreso al vasto territorio que Dios Todopoderoso, en virtud de su sabiduría, había entregado al pueblo norteamericano de la misma manera en que una vez había entregado la Tierra Prometida a los israelitas.[276]

Marshall consideraba que su función principal era dar a la propiedad las garantías que (según él) estaban siendo amenazadas cada vez más por los estados con su democracia de "un hombre, un voto", y por su exposición a la demagogia de los hombres sin propiedad ni responsabilidades. Esto significaba hacer que el peso de la Corte Suprema se sintiera en cada capital de estado y, de hecho, en el mismísimo Congreso. Ya en 1803 dejó establecidos los parámetros de su trabajo cuando en el caso "Marbury vs. Madison" reafirmó el poder constitucional de la Corte de hacer una revisión judicial de la legislación, tanto federal como estatal, y, si fuera necesario, de declararla inconstitucional. Consideraba quería Constitución era un instrumento de la unidad y la seguridad dé la nación; afirmaba que no sólo debía contar con poderes específicos sino también crear sus propias sanciones por medio de poderes implícitos. Estas sanciones eran en particular necesarias si los políticos populistas, aprovechando la difusión del sufragio, atacaban la propiedad legítima para congraciarse con el populacho. Para Marshall no había mucha diferencia entre que la chusma se apoderara de La Basti-

lla por la fuerza y que una turba legislativa intentara tomarla sirviéndose de una ley inconstitucional. Su primer gran fallo a favor de la propiedad data de 1810, cuando en el caso "Fletcher vs. Peck" contradijo el veredicto popular y dictaminó que un contrato era válido más allá de lo que pudieran pensar los hombres comunes acerca de su ética.[277] Catorce años más tarde, en el caso clave "Gibbons vs. Ogden", dio un perdurable espaldarazo a la libertad empresarial al dictaminar que la legislatura de un estado no gozaba del derecho constitucional de crear un monopolio de los barcos de vapor. Esta interpretación de la Cláusula Comercial (Artículo I, apartado 8) de la Constitución insistía en la supremacía del Congreso de Estados Unidos en todos los aspectos del comercio interestatal y en que las leyes estatales de esa zona no podían imponer límites a ese poder del Congreso. Escribió: "El tema está tan vedado a las legislaturas de los estados como si se les hubiera prohibido expresamente legislar sobre él".[278]

A la luz de la historia posterior, nos es fácil celebrar la obra de Marshall en la medida en que salvó a Estados Unidos de la demagógica insensatez legislativa y gubernamental que hizo que la propiedad fuera insegura en Latinoamérica y, por lo tanto, mantuvo a ésta en la pobreza y el atraso. Los fallos de Marshall hicieron posible la acumulación de capital en una escala inimaginable hasta ese momento, y se puede decir de él, con justicia, que fue uno de los arquitectos del mundo moderno.[279] Pero por entonces Jefferson y sus amigos no pensaban lo mismo. Para beneplácito de Jefferson, el mismo John Taylor arremetió contra el fallo de la Corte en el caso McCulloch y lo consideró una reivindicación "vergonzosa" de la propiedad "artificial". Jefferson escribió que el pronunciamiento de Taylor fue una muestra de "la verdadera fe política que todo republicano católico debe abrazar incondicionalmente". Veía en Marshall y su Corte al peor enemigo del republicanismo norteamericano: "El

poder judicial de Estados Unidos es un cuerpo imperceptible de zapadores y mineros que trabajan incesantemente bajo tierra para socavar los cimientos de nuestro edificio confederado. Con su interpretación de la Constitución quieren demostrar que nuestro Gobierno no es general y especial sino general y supremo".[280]

No obstante, no se debe pensar que los partidarios de una autoridad central fuerte se salieron siempre con la suya, sino al contrario. El federalismo, como movimiento político, perdía adeptos hacia finales del siglo, precisamente porque se trataba de un partido de la élite, sin raíces populares, en un momento en el que la democracia se expandía con rapidez por los estados y, en consecuencia, comenzaba a ser un factor determinante también en la formación del poder ejecutivo federal. Con el tardío nombramiento de Marshall como presidente de la Corte Suprema, Adams rompió una lanza a favor del principio federalista, pero fue el último de los presidentes federalistas y no pudo conseguir la reelección. Estaba muy indeciso con respecto a si debía presentarse o no. No sólo odiaba Washington y la horrible y húmeda mansión presidencial, sino que además consideraba intolerable el trabajo: los presidentes, le advirtió a su hijo (que con el tiempo, también llegaría a sentirse incómodo en el cargo), "tienen una vida muy dura, trabajosa y desdichada". Una vez escribió: "Ningún hombre que haya sido alguna vez presidente felicitaría a su amigo en caso de que éste hubiese obtenido el cargo". Se presentó para un segundo mandato porque no quería que Jefferson fuera el nuevo presidente. No se trataba de algo personal: Jefferson era uno de los pocos políticos que Adams no despreciaba; de hecho, le caía bien, por más que sus puntos de vista y estilos de vida fueran completamente diferentes. Lo que sucedía era que Adams consideraba que las ideas de Jefferson sobre la Constitución y el papel del Gobierno estaban totalmente erradas (ambos eran "los polos Norte y Sur de la Re-

volución norteamericana"), y le aterraba pensar que el sentimentalismo de Jefferson podía hacer que Norteamérica se viera envuelta en una guerra del lado de Francia, lo que conduciría inevitablemente a una guerra con Inglaterra y a la destrucción del comercio de Nueva Inglaterra.[281]

Se suele considerar la de 1800 como la primera elección presidencial reñida pero las pruebas al respecto son escasas. Jefferson, firme en su decisión de no "apuntarse a la carrera" sino de "presentarse" a ella, permaneció en su hogar, Monticello, durante la campaña. Adams, que se había quedado sin dientes, era incapaz de pronunciar un discurso en público. La cuestión la decidió el segundo de Jefferson, Burr, cuya organización Tammany triunfó en Nueva York, el estado clave. En consecuencia, Jefferson derrotó a Adams por 73 votos contra 65. Pero Burr también se alzó con 73 votos y, según la Constitución, la Cámara de Representantes debía decidir cuál de los dos sería el presidente. Tras muchas intrigas y cabildeos los federalistas votaron por Jefferson, después de que les aseguraran en privado que permitiría permanecer en sus cargos a muchos de los funcionarios federalistas.[282]

Así pues, Jefferson, el idealista exaltado, comenzó su presidencia prestándose a una negociación. De hecho, estuvo destinado durante toda su vida pública (alguien diría que fue su propia elección) a llegar a componendas para lograr sus objetivos. Practicaba la casuística y creía que los medios justifican el fin. Debía su presidencia no sólo a Burr, que era manifiestamente un sinvergüenza político y el primer político intrigante de Norteamérica, sino también a Elbridge Geríy (1744-1814) de Massachusetts, que era el segundo de esa calaña, y, como gobernador del estado, el inventor de las artimañas electorales. Jefferson presenta grandes dificultades para el historiador. Es un hombre

fascinante debido a la diversidad de sus actividades, la amplitud de sus creativas observaciones y la fertilidad de sus invenciones. Pero sus incoherencias son insalvables, y cuanto más profundamente se las analiza más a la vista quedan sus debilidades fundamentales. Jefferson padeció toda su vida de lo que claramente eran migrañas psicosomáticas (y también de muchas otras enfermedades, reales e imaginarias, pues era un gran hipocondríaco), y estas dolencias tendieron a agravarse, a la vez que los trastornos de su personalidad, sus creencias y sus actos tendieron a volverse más radicales.

La dificultad fundamental de Jefferson puede explicarse bastante fácilmente: era un idealista apasionado, también un intelectual en cierta medida puritano, pero al mismo tiempo era un sibarita, un amante del arte y un devoto fanático de todos los placeres de la vida. Desde el vino de Burdeos hasta el concubinato, no hubo placer que no probara, o más bien en el que no incurriera habitualmente. Esto suscitaba un conflicto constante entre sus ideas y sus actos. El tema de la esclavitud era un caso típico en este sentido: su oscura sombra penetra todos los rincones de su larga vida. Debemos ser muy cuidadosos y no emitir un juicio apresurado sobre los Padres Fundadores virginianos sin antes familiarizarnos con su pensamiento respecto de esta cuestión. La esclavitud, para aquellos involucrados en ella como hacendados, no sólo era un asunto comercial, económico y moral: se trataba de una cuestión íntimamente ligada a su estilo de vida. Las vibraciones emocionales que suscitaba en sus vidas (y en las vidas de sus esclavos domésticos) nos resultan casi imposibles de entender, pero debemos aceptar que estaban imperceptiblemente conformadas por sentimientos de amor y temor, de compasión y repugnancia por ellos mismos, de amistad y aprecio, y (en medida no menor) de lazos familiares. Cuando Jefferson se casó con la adinerada viuda Martha Wayles Skelton y la llevó a vivir con él a Monticello, que ya se encontraba en

construcción, es probable que instalara allí a una amante negra para que cumpliera la función de sirvienta doméstica. Cuando murió el padre de Martha, John Wayles, ella heredó 11.000 acres (4.400 hectáreas) y 14 esclavos. Wayles había tenido una amante mulata, Betty Hemings, que le había dado hijos cuarterones, que, según las leyes de Virginia, eran esclavos de nacimiento. Por lo tanto, la esposa de Jefferson mantenía un contacto cotidiano no sólo con sus propios hermanastros y hermanastras serviles —una de las cuales trabajaba en la casa—, sino también con la concubina de su esposo.[283] Algunas mujeres blancas sureñas toleraban este tipo de cosas, otras se apenaban profundamente, y a otras parecía no preocuparles. Ignoramos qué pensaba Jefferson al respecto: en ninguno de sus voluminosos escritos se explaya acerca de sus relaciones sexuales con mujeres negras o de color. Pero está claro que se sentía desgarrado. Sabemos que llegó a odiar el mestizaje, ya que lo consideraba una fuente de miseria inagotable para todos los involucrados. [284]

Aunque en teoría estaba a favor de la emancipación, en la práctica no hizo nada para acabar con la esclavitud, ni como gobernador de Virginia ni como revisor de sus leyes. Tampoco hizo nada / concreto para terminar con el tráfico de esclavos, ni como secretario de Estado ni como vicepresidente, ni en sus dos períodos presidenciales. Aceptó el argumento de los sureños según el cual nunca podría permitirse que los esclavos emancipados vivieran como hombres libres en los estados del Sur. Los negros liberados debían formar un país independiente por separado (en lo posible en África) al que “debemos brindar nuestro apoyo y protección”.[285] Una de las razones por las que Jefferson compartía este punto de vista era porque creía, al igual que la mayoría de los sureños blancos, que los negros eran muy diferentes y, en algunos aspectos, inferiores a los blancos. Según él los negros “segregan menos por los riñones y más por las glán-

dulas de la piel, lo que hace que emanen un olor muy penetrante y desagradable […] necesitan dormir menos”, su deseo sexual es “más ardiente”, pero carecen de “la ternura y la delicada mezcla de cariño y pasión” propias de los blancos; son “muy inferiores” en cuanto al razonamiento, aunque su memoria es equiparable a la de los blancos. Jefferson dijo que nunca había sabido de ninguna persona de raza negra que pudiese pintar un cuadro, escribir música o “descubrir una verdad”. Creía que era imposible encontrar a un negro que “fuera capaz de analizar y entender las investigaciones de Euclides”. Jefferson, no hace falta aclararlo, no era un racista intolerante. Uno de sus grandes méritos era que siempre estaba dispuesto a aceptar nuevas pruebas acerca de la cuestión. Es digno de mención que, a diferencia de prácticamente todos los norteamericanos de su tiempo, consideraba que los indios poseían tantas aptitudes como los blancos.[286] Y cuando Benjamin Banneker, un hacendado negro de Maryland, le envió muestras de sus trabajos matemáticos, no sólo cambió su punto de vista acerca de los negros, sino que además le envió con regocijo el manuscrito de Banneker al marqués de Condorcet, secretario de la Academia de Ciencias de París, diciendo que se sentía “feliz de informarle que tenemos ahora en Estados Unidos un negro […] que es un matemático muy respetable”. Jefferson esperaba que surgieran más casos como el de Banneker para probar que cualquier tipo de inferioridad aparente de los negros “no proviene de ninguna diferencia en la estructura de las partes de las que depende el intelecto” sino que “no es más que la consecuencia de su condición degradada”.[287] No obstante, se mantuvo firme en su postura con respecto a que los negros liberados no podían permanecer en el Sur.

Jefferson tampoco hizo nada por sus propios esclavos, como por ejemplo emanciparlos. El motivo era lastimosamente simple: dinero. Jefferson nunca estuvo en condiciones financieras

de obedecer a su conciencia; lo que es más, de hecho compró aún más esclavos, en un intento fallido de aumentar los ingresos de sus fincas, y cuando uno de sus esclavos escapó ofreció una recompensa por su captura. Cuando estaba a punto de volver de su viaje diplomático a París, y su cocinero, un esclavo negro, le solicitó permanecer allí como hombre libre, Jefferson lo convenció de volver a Monticello como esclavo: no podía permitirse el lujo de perder su "maestría" en la cocina. Escribió: "El trato que se establece entre un amo y su esclavo es un ejercicio perpetuo de las más turbulentas pasiones, el más absoluto despotismo por parte de uno y una degradante sumisión por parte del otro. […] De hecho, temo por mi país cuando pienso que Dios es justo, y que su justicia no puede permanecer adormecida para siempre". Pero si los principios de Jefferson eran fuertes, su ambición lo era más. Y sus deudas más todavía. Jefferson pidió dinero prestado toda su vida y, por más odio que sintiera por los ingleses, sus deudas con dos grandes bancos de Londres eran cada vez mayores. Se trata de un hecho curioso y no del todo explicable que las deudas y la posesión de esclavos en el Sur fueran de la mano. El hecho de que un barco, proveniente de Boston o incluso de Londres (o de Francia) pudiera arribar al muelle del asentamiento y depositar a crédito los últimos manjares y lujos europeos significaba una tentación que pocos caballeros sureños podían resistir. Las tentaciones de Jefferson eran más complejas que las de la mayoría de sus pares, ya que además de los vinos, el brandy, los licores, quesos, jamones y patés de Francia, el oporto añejo de Bristol, las chaquetas y camisas de Savile Row y la porcelana de Wedgewood y Doulton, también adquiría infinidad de libros, algunos de ellos muy costosos, hasta el punto de que sus 15.000 ejemplares conformaron, al cabo, la biblioteca más completa de América. Todos estos bienes, y los crecientes intereses de sus deudas, debían pagarse con el sudor de sus esclavos.[288]

A la luz de su historia de deudas, es sorprendente que Jefferson haya sido tan buen presidente como se propuso ser. De hecho consiguió que la deuda nacional se redujera un 30 por ciento. No hay dudas de que esto se debió principalmente a los perdurables efectos de las medidas de consolidación de Hamilton, pero también tuvieron algo que ver con esta reducción de la deuda las ideas minimalistas de Jefferson acerca del Gobierno central. Una vez que Jefferson asumió el cargo, toda la grandeza ceremonial de la presidencia de Washington, que Adams había mantenido, quedó en el pasado. Ya no se utilizaba una carroza blanca para transportar al presidente. Los hombres ya no llevaban espada. Jefferson prefería viajar a caballo y su ropa era simple, para no decir descuidada. No sólo no contaba con escolta, sino que además su casa en Washington estaba abierta a todos los visitantes. Uno de éstos informó que llegó al lugar a las ocho de la mañana, sin ninguna carta de presentación, y de inmediato/lo condujeron al estudio del presidente, donde fue recibido con cortesía, y cuando se marchó se sintió "encantado por la amabilidad, inteligencia y sensatez del presidente de Norteamérica".[289]

Lo que quizás es aún más notable es que Jefferson hizo saber que cualquier persona podía enviarle sus sugerencias, observaciones o quejas, y que estaba dispuesto a leer personalmente esas cartas. Todo lo que debían desembolsar los remitentes era el coste del papel y la tinta, ya que Jefferson pagaba el franqueo al recibirlas. Se trataba de una concesión asombrosa, ya que, dependiendo de la distancia, el franqueo costaba de 8 a 35 centavos por cada hoja, en una época en que los peones trabajaban por un dólar diario.[290] La generosidad del presidente alentó la verbosidad de sus gobernados, y muchas de las cartas que recibía tenían más de una docena de hojas. Aunque Jefferson tenía

un secretario, insistía en ser él mismo el que se ocupara de abrir, leer, responder y archivar todas esas cartas. Nunca en su vida se deshizo de nada, de modo que estas cartas aún se conservan y muchas de ellas han sido recientemente editadas.[291] También han sobrevivido las respuestas de Jefferson, registradas en copias borrosas o reproducidas por un dispositivo copiador más eficaz diseñado por él mismo.

Las cartas que recibía el presidente eran políticas ("Thomas Jefferson, bellaco infernal"), súplicas para obtener un puesto ("¿Es posible que nombrara guardiamarina a un joven de mi edad?", supuestamente firmada por Thomas Jefferson Gassaway, de cuatro años de edad), ruegos de viudas ("Sin duda me considerará descarada por dirigirme a usted, pero la necesidad tiene cara de hereje"), peticiones de dinero ("Sólo la esperanza que surge de las mismísimas cenizas de la desesperación me da valor para dirigirme a usted"), peticiones desde la prisión de deudores y víctimas de fallos injustos ("Le escribo para que me brinde ayuda, no para que me libere"), amenazas de muerte que parecen escritas por el joven Tom Sawyer ("La espada punitiva pende de un hilo delgado sobre vuestra cabeza. ¡Cuidado!") y puras invectivas ("Thomas Jefferson, eres el más maldito idiota a quien Dios haya dado vida. ¡Púdrete en el Infierno!").

El conjunto de estas cartas nos sumerge, de una manera extraordinariamente vivida, en la vida norteamericana de la primera década del siglo XIX. Todas ellas, a excepción de las que simplemente lo injuriaban, recibieron una respuesta de puño y letra de Jefferson, e incluso recibieron esta cortesía los corresponsales anónimos siempre que hubiesen tomado la precaución de consignar sus señas. Algunas de las respuestas eran extensas y detalladas, algunas iban acompañadas de dinero, otras incluían cuidadosas indagaciones sobre ciertas quejas y peticiones. Jefferson no fue el único gran hombre que se tomó la molestia de mantener correspondencia con hombres comunes. Su contem-

poráneo, el duque de Wellington, también respondía miles de cartas, la mayoría de desconocidos, de su propio puño y letra, por lo general a vuelta de correo. Pero el aplicado cuidado que dedicó Jefferson a esta tarea no tiene parangón; era un hombre de una urbanidad verdaderamente heroica.

En no pocas ocasiones, la atención que el presidente dedicaba a su correspondencia demostró ser inapreciable. Jefferson escribió: "Considero que las cartas anónimas justifican por sí solas que se investiguen los hechos a que hacen referencia".[292] El 1 de diciembre de 1805 recibió una carta de este tipo, firmada por "Vuestro amigo", cuyo propósito era "advertirle sobre los planes que Burr lleva a cabo a sus espaldas. [...] Convénzase por completo de que Burr es un nuevo Catilina". Jefferson sabía desde hacía tiempo que Burr era un oportunista sin escrúpulos y se sentía absolutamente indignado por tener un vicepresidente tan deshonesto en su primer mandato. Obligó a Burr a mantenerse a distancia de él y la única ocasión en que el vicepresidente saltó al primer plano fue cuando presidió, *ex officio*, el enjuiciamiento del juez de la Corte Suprema Samuel Chase (1741-1811). El mayor motivo de queja de Jefferson contra su predecesor era que Adams había designado para ocupar todas las vacantes de la Corte a fervientes federalistas, algunos de ellos días antes de dejar la presidencia. Chase resultaba especialmente detestable para el partido de Jefferson, y su autoritarismo y comentarios injuriosos al juzgar casos surgidos de las odiadas leyes de Sedición e Inmigración hicieron que se pidiera su desafuero y enjuiciamiento en 1804, que Jefferson apoyó cándidamente. Fue la única vez que el Congreso intentó destituir a un miembro de la Corte Suprema de esta manera y el episodio constituyó una dolorosa muestra de que el enjuiciamiento no es un método eficaz para intentar controlar la Corte por razones políticas. La actuación de Burr no fue precisamente sobresaliente, y el proceso fracasó. En consecuencia, Burr fue excluido de la lis-

ta de candidatos cuando se reeligió a Jefferson y su lugar fue ocupado por George Clinton.[293]

Aún antes de esta elección, Burr estaba involucrado secretamente en diversas intrigas en contra de la Unión, en particular en un plan del senador Timothy Pickering y de partidarios de la línea dura de Massachusetts encaminado a que Nueva Inglaterra se separara de la y Unión. Querían que también Nueva York se les uniera, obviamente, y a fin de lograr este objetivo era necesario que Burr fuera elegido gobernador de ese estado. Pero Hamilton frustró este plan con el argumento de que Burr era "un hombre peligroso a quien no deben confiarse las riendas del gobierno". Estos comentarios se hicieron públicos y Burr retó a Hamilton a duelo; se batieron el 11 de julio de 1804 en Weehawken, Nueva Jersey. Hamilton se oponía con fuerza a los duelos, pero le pareció deshonroso no aceptar el desafío. Sin embargo, su conciencia no le permitió disparar a su contrincante. Burr no tuvo reparo en matarlo, y de esta manera el tablero del poder norteamericano perdió una de sus piezas más extravagantes e impredecibles.

Burr se ocultó en Virginia, resurgió, se trasladó al oeste, y allí se involucró en una serie de intrigas destinadas a crear un estado nuevo e independiente en el México español. Planes como éste pueden parecernos pueriles, pero eran comunes durante estos años en que se desintegraba el Imperio español en América y abundaban los oportunistas románticos. (No es casual que el joven lord Byron haya contemplado la posibilidad de unirse a la confusa disputa en torno a los restos exangües del Imperio español). Sin embargo, Burr fue más lejos e intentó separar partes de la América que se extendía más allá de los Apalaches para que se unieran a su futuro reino. Esto significaba traición a Estados Unidos, y Jefferson, advertido ya de sus maniobras, lo hizo arrestar y procesar. El juicio tuvo lugar en 1807 y fue presidido por el jefe de la Corte Suprema, Marshall, que como he-

mos visto no tenía una buena relación con el presidente. Fue un caso muy teñido por el partidismo. Para perjudicarlo, Marshall le permitió al presidente presentarse a declarar bajo juramento, como testigo. Jefferson se negó, recurriendo por primera vez a los privilegios del poder ejecutivo. Marshall respondió mediante una interpretación limitada de la ley constitucional de traición y Burr resultó absuelto. No obstante, el juicio significó el fin de su carrera política, y demostró que hasta un presidente como Jefferson, que defendía los derechos de los estados, estaba decidido a hacer valer la autoridad federal tanto como lo permitiera la ley.[294]

Es sorprendente el hecho de que Jefferson, que creía que el futuro de Norteamérica era el de una república agrícola de mediano tamaño sin ambiciones de llegar a ser una gran potencia, lograra duplicar el tamaño de la nación de un plumazo. La decisión de España de devolver Luisiana a Francia, que comenzó a ser un rumor en Washington en los comienzos de la presidencia de Jefferson, de inmediato dio la señal de alarma. El control español de Nueva Orleans y de la desembocadura del Misisipí era un factor constante de irritación, pero España era un país débil y resultaba posible hacerle frente. Francia era la potencia militar más fuerte del mundo y podía verse tentada a recuperar el imperio de América del Norte que había cedido en 1763. "Nada ha producido una sensación de tanto malestar en el conjunto de la nación desde la guerra revolucionaria", escribió Jefferson en abril de 1802; era "la semilla de un tornado". Agregó: "Hay en el mundo una sola mancha, y su dueño es nuestro enemigo natural y habitual. Esa mancha es Nueva Orleans, y la producción de las tres octavas partes de nuestro territorio debe cruzarla para llegar al mercado". Su secretario de Estado, Madison, compartía este punto de vista: el Misisipí, escribió, es "el Hudson, el Potomac, el Delaware y todos los ríos navegables de Estados Unidos juntos en un solo curso".[295]

Jefferson ordenó a Robert Livingston, su enviado en París, iniciar de inmediato negociaciones con el Gobierno bonapartista para ver si había alguna posibilidad de que Francia permitiera a Estados Unidos atenuar el peligro, o por lo menos asegurar que tuviera un acceso al océano a través de Nueva Orleans, por medio de algún tipo de pacto o adquisición territorial. Envió luego a James Monroe a París a fin de que prestara ayuda en el acuerdo, si es que lo había. Los franceses aún sostenían el punto de vista de Talleyrand, según el cual Norteamérica era una vaca gorda a la que se podía ordeñar, y por primera vez Washington estaba dispuesto a blandir el poderoso dólar ante las codiciosas narices de los extranjeros. Pero Jefferson era pesimista con respecto al resultado de las negociaciones. "No me fío —escribió— de que podamos conseguir una cesión de Nueva Orleans a cambio de dinero". Luego, en abril de 1803, el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, siguiendo las tajantes instrucciones de Bonaparte, ofreció a Norteamérica Luisiana, el valle del Misisipí y Nueva Orleans a cambio de 15 millones de dólares en efectivo. Jefferson no podía creer su buena suerte y se dedicó de inmediato a pedir dinero a los odiados bancos, los amos de la propiedad "artificial". El trato se cerró a tiempo para que el presidente lo anunciara el 4 de julio de 1803, en ocasión del vigesimosexto aniversario de la Declaración de Independencia. No sólo se duplicaba así el tamaño de Norteamérica, que ahora equivalía al del continente europeo, sino que además se despejaban las últimas dudas en torno a la expansión hacia el oeste y podía darse por sentado que, de hecho, el país volvería a duplicar su tamaño en las siguientes décadas.[296] Nunca antes, ni tampoco desde entonces, ha conocido la historia una transacción territorial de semejante magnitud. Los norteamericanos ni siquiera sabían con exactitud con cuánto territorio contaba el país, pero cuando Livingston solicitó a los franceses que indicaran los límites precisos de su cesión, la agria respuesta de Talley-

rand fue: “No podernos ayudarlos. Han hecho un buen negocio y supongo que sabrán sacar provecho de él”.[297] Por supuesto, Talleyrand tenía razón. Norteamérica se apropió de otros 2.070.000 kilómetros cuadrados y de 400 millones de hectáreas de tierra fértil. La única duda de Jefferson era la constitucionalidad de esta adquisición. De hecho sus adversarios, los federalistas, contradiciendo su postura habitual, denunciaron que la Constitución no autorizaba la adquisición de territorios extranjeros, pero por una vez Jefferson se sobrepuso a su habitual timidez y rogó al Congreso que aprobara el acuerdo.

En privado, Jefferson admitía que la adquisición era inconstitucional, y justificó sus actos en una carta a John Breckinridge recurriendo a su argumento de que “los medios justifican el fin”: “Si los franceses conservaran Luisiana, Norteamérica tendría que alinearse con la nación y la flota británicas”. Por consiguiente:

> No entregaría un centímetro del Misisipí a ningún país, porque considero que es muy importante para nuestra paz el derecho exclusivo de su navegación. [...] No hay en la Constitución ninguna cláusula que nos autorice a apropiarnos de territorio extranjero, y mucho menos a incorporar naciones extranjeras a nuestra Unión. El poder ejecutivo, aprovechando una ocasión pasajera que tanto beneficio traería a su país, ha tomado una decisión por encima de la Constitución. Los miembros del Congreso deben evitar las sutilezas metafísicas y mostrarse como sirvientes leales, ratificarla, aprobar el pago y poner toda su confianza en su país haciendo por él, aunque no estén autorizados, lo que sabríamos que habrían hecho, de haber estado en el ejecutivo, si se les hubiera presentado la oportunidad.[298]

Este es un pronunciamiento muy importante para la historia norteamericana, que muestra que incluso un ferviente defensor de la Constitución como Jefferson estaba dispuesto a desestimar sus disposiciones calificándolas de “sutilezas metafísicas” si éstas se interponían entre Estados Unidos y lo que pronto se denominaría su “destino manifiesto” de ocupar la totalidad del norte del hemisferio. Después de la compra de Luisiana, el resto de las enormes adquisiciones (o rapiñas, según desde qué ángulo se mire) de Estados Unidos, se llevarían a cabo casi como si fueran

un trámite de rutina. Lo cierto es que el Congreso aprobó la decisión de Jefferson el 20 de octubre de 1803 y que, a comienzos del siguiente año, se estableció un gobierno territorial. Ocho años más tarde se admitió la incorporación de Luisiana a la Unión; sería el primero de los tres estados que surgirían de este inmenso regalo del cielo.

La obtención de Luisiana no fue simplemente una aberración fortuita en el pensamiento de Jefferson, y esto lo prueba su decisión, incluso anterior a la concreción del trato, de solicitar secretamente al Congreso que autorizara y financiara una expedición con el objetivo de explorar rutas terrestres hacia la costa norteamericana del Pacífico. Esta idea había rondado su cabeza desde la infancia y, diez años antes, mientras era secretario de Estado, había intentado convencer al naturalista francés Andrew Michaux de que explorara "un río llamado Oregon" y buscara "la ruta de comunicación más conveniente y corta entre Estados Unidos y el océano Pacífico". Ahora, ordenó a su secretario, Meriwether Lewis (1774-1809), que se pusiera al frente de un equipo de exploración a fin de recorrer la región y trazar el mapa de la confluencia de los enormes ríos que iban a desembocar en el oeste, al otro lado de la cuenca de las fuentes del Misisipí-Misuri. Lewis escogió como segundo a su camarada de armas William Clark (1770-1838), y en el invierno de 1803, antes de emprender un viaje que duraría tres años, reunieron y entrenaron en las afueras de San Luis una partida de 34 soldados y 10 civiles. Gracias a una notable mujer india de la tribu de los shosone, Sacajawea (1786-1812), que les sirvió de guía e intérprete, cruzaron la línea divisoria continental de aguas sin problemas, encontraron el río Columbia y, el 8 de noviembre de 1805, avistaron el vasto Pacífico. Lewis emprendió el regreso por la misma ruta (con desvíos), Clark lo hizo a través de Yellowstone, y se volvieron a encontrar en Fort Union, donde se unen el Yellowstone y el Misuri. Después navegaron por el Mi-

suri y llegaron a San Luis el 23 de septiembre de 1806. Ambos informaron eufóricos al presidente: "Obedeciendo vuestras órdenes hemos atravesado el continente norteamericano hasta llegar al océano Pacífico y hemos explorado el interior del país lo suficiente para afirmar fehacientemente que hemos descubierto que existe una ruta muy viable que permite cruzar el continente a través de los brazos navegables de los ríos Misuri y Columbia".[299] Se trató de una de las aventuras geográficas más exitosas y exhaustivas que se hubieran emprendido jamás, que aportó una gran cantidad de información económica, política, militar, científica y cartográfica que quedó registrada en múltiples diarios y mapas. Jefferson estaba encantado con el resultado, y con mucha razón: era el comienzo de la historia del oeste. Cinco años más tarde, John Jacob Astor (1763-1848), un aventurero alemán que había llegado a Norteamérica en 1784, se convirtió en comerciante de pieles y en 1808 formó la Compañía Norteamericana de Pieles; en 1810, la Compañía de Pieles del Pacífico; y en 1811 fundó la primera plaza comercial, Astoria, en el estuario del río Columbia, en el mismísimo Pacífico. Pocos meses después los principales periódicos de San Luis informaban de que "al parecer, es posible emprender un viaje a través del continente americano con una carreta, y no hay en toda la ruta ningún obstáculo que alguien se atreviera a llamar montaña".[300] Fue así como nacieron el concepto y la ruta del "Camino de Oregón".

Si se tiene en cuenta que, durante su presidencia, Jefferson había creado de hecho el *Deep South* (el Sur profundo) y sentado las bases del oeste, es decepcionante tener que mencionar que su período presidencial terminó con un triste fracaso. Pero eso es lo que sucedió, ya que ni él ni Madison supieron cómo conducir a Estados Unidos a través de las turbulentas aguas de las guerras napoleónicas. La verdad es que se involucraron emocionalmente en el asunto, y eso, en geopolítica, es fatal. En

1803 la reanudación de la guerra entre la Francia republicana y la coalición monárquica liderada por Inglaterra permitió a Estados Unidos obtener Luisiana por poco dinero, pero en otros aspectos significó un desastre para la potencia comercial y marítima que había llegado a ser Norteamérica. La victoria británica en Trafalgar, en noviembre de 1803, cuando destruyó la flota francoespañola, dio a Gran Bretaña la supremacía marítima. Bonaparte venció a Austria y Rusia en Friedland (1807), con lo que la totalidad de la Europa continental quedó a su merced. Con el objetivo de destruir las exportaciones británicas, gracias a las que Inglaterra financiaba la resistencia a su tiranía, Napoleón impuso lo que se denominó el sistema continental, un embargo punitivo sobre los productos ingleses. Gran Bretaña respondió con sus *Orders in Council*, disposiciones que autorizaban a las flotas de bloqueo británicas incautarse de los barcos, incluso los neutrales, que hubieran sido sorprendidos violando un complejo conjunto de normas concebidas para perjudicar comercialmente a Francia y sus aliados. A su vez, en abril de 1805, Jefferson promulgó la Ley de No Importación, que prohibía la importación de muchos productos británicos e imponía un embargo sobre todos los embarques que no fueran de origen norteamericano.[301]

Es importante tener en cuenta que la opinión de los tres partidos estaba dividida con respecto a estas medidas. Se sabía muy poco acerca de la mecánica y la economía del comercio internacional. Las políticas que se adoptaban, nacidas de la ignorancia, por lo general producían el efecto opuesto al que se proponían. El sistema continental de Bonaparte acarreó inconvenientes a la mayoría de sus aliados y satélites, y provocó más daño a su causa que a la de Inglaterra. Las *Orders in Council*, poco comprendidas y difíciles de hacer cumplir, perjudicaron principalmente al comercio inglés. La Ley de No Importación fue un completo fracaso, aunque irritó a Inglaterra. Las cláusulas comerciales del

Tratado de Jay caducaron en 1807 y Monroe, que ocupaba por entonces el cargo de cónsul en Londres, no consiguió que Jefferson y Madison lo apoyaran lo suficiente para lograr un nuevo acuerdo. El resultado: una serie de enfrentamientos entre buques de guerra británicos y norteamericanos que culminó con una batalla naval en la costa de Norfolk en la que la fragata británica *Leopard*, que perseguía desertores que estuvieran sirviendo en barcos de Estados Unidos, obligó a la fragata norteamericana *Chesapeake* a arriar su bandera, tomó prisioneros a cuatro de sus tripulantes y colgó a uno de ellos.[302] La furia que provocó este incidente, que se pudo avistar desde la costa norteamericana, fue tal que si el Congreso hubiera estado reunido en sesión habría estallado una guerra. El mismo Jefferson estaba confundido; su mente le decía que Inglaterra y Norteamérica, ambas potencias marítimas y comerciales importantes, tenían un interés mutuo en hacer valer la libre navegación y el libre intercambio de tráfico marítimo y productos en todos los puertos, algo que el sistema continental hacía peligrar. Las dos potencias deberían haber ideado en conjunto una política sensata al respecto y renovado el Tratado de Jay sobre esas bases, pero el sentimiento republicano de Jefferson lo arrastró en dirección a Francia, y su odio hacia la monarquía le impidió darse cuenta de que la dictadura militar de Bonaparte (que se anticipó a las tiranías totalitarias del siglo XX) significaba una amenaza a las libertades individuales infinitamente mayor que la monarquía constitucional y parlamentaria de Inglaterra.

Jefferson consiguió que Norteamérica permaneciera neutral por el momento pero, con el objetivo de responder de alguna manera al fervor desatado por la guerra, hizo que el Congreso, en diciembre de 1807, aprobara la Ley de Embargo prácticamente a libro cerrado, lo que de hecho puso fin al comercio exterior norteamericano, ya que esta ley prohibía a los barcos estadounidenses dejar el país con rumbo a puertos extranjeros.

Constituye un misterio el hecho de que el Congreso no pudiera rechazar esta idea absurda. Mientras los barcos norteamericanos permanecían en puerto, y sus tripulaciones inactivas dejaban de percibir sus remuneraciones, floreció el contrabando y eran los barcos británicos los que tenían el monopolio del comercio ilegítimo. Por medio de una astuta prestidigitación legal, Bonaparte incautó productos norteamericanos por un valor de 10 millones de dólares con la excusa de que estaba colaborando con el embargo dispuesto por Jefferson. Este embargo fue el error político más grave de toda su carrera, ya que hizo que los intereses marítimos y productivos del Norte denunciaran con algo de razón que el Gobierno, conducido por un puñado de ideólogos republicanos profranceses, defendía los intereses de la "Dinastía de Virginia" y a sus hacendados propietarios de esclavos.[303] El Gobierno se vio obligado a capitular y dar marcha atrás, e hizo que el Congreso aprobara, en 1809, las Leyes de No Intercambio, que reanimaron un poco el comercio pero dejaron en todos una sensación de injusticia e irritación, tanto en Norteamérica como en el exterior.

El daño que las calamidades del embargo causaron a la reputación de Jefferson y los intentos, por lo general crueles y vergonzosos, de hacer cumplir éste, quedaron reflejados en las airadas cartas que llegaron a montones a su despacho y que el presidente leía con creciente malestar. "Retire el embargo, vuelva a Carters Mountain y avergüéncese de su comportamiento. Y nunca más vuelva a mostrarse en publico". "Soy, señor, un amigo del comercio y un enemigo de su presidencia". "Señor presidente, si sabe lo que es bueno para su futuro bienestar retirará el embargo". "Considere cuál era la situación del país cuando usted ocupó el cargo y cuál es ahora. Pienso que lo haría hundirse en la desesperación y esconderse en las montañas". "Está regalando los derechos, el honor y la libertad de este país a ese infame tirano del mundo [Napoleón]". "He aceptado pagar

400 dólares a cuatro de mis amigos para que lo maten si no retira el embargo". "Me encuentro aquí en Boston, muerto de hambre. [...] Es usted uno de los mayores tiranos del mundo entero". Jefferson pensaba que algunas de estas cartas eran "ofensivas" o "escritas después de haberse emborrachado en una taberna". Pero otras eran recuentos detallados y precisos de las penurias ocasionadas por el embargo, como por ejemplo una carta escrita en nombre de 4.000 marineros de Filadelfia reducidos a la mayor pobreza: "Señor, le rogamos humildemente que nos conceda a estos angustiados marineros algún dinero para aliviar nuestra situación, porque de lo contrario sólo Dios sabe qué será de nosotros". Algunas de las cartas estaban firmadas por esposas de marineros indigentes que se lamentaban de que sus hijos no tuvieran nada qué comer. Jefferson recibió más de 300 peticiones firmadas por muchas personas, múltiples amenazas (una de ellas rubricada por "300 jóvenes yanquis de entre dieciocho y veintinueve años"): "Si no me corto la cabeza me uniré a los ingleses y pelearé en contra de usted. Espero, honorable caballero, que sepa disculparme por la rudeza con que está escrita esta carta, pero es que estoy loco de furia". En una de las tantas cartas desesperadas, un hombre cuenta que se ha visto obligado a robar comida para alimentar a sus hijos y que su intención es "dedicarse a robar en los caminos".[304]

Jefferson, que había sido optimista hasta el cambio de siglo, ahora era pesimista y estaba consternado y desmoralizado. Durante los últimos meses de su mandato, la política del Gobierno se desintegró, y en sus confusos intentos por librarse del embargo, una serie de desesperados expedientes legislativos iban y veníanan de una de las cámaras del Congreso a la otra, y del Congreso a la Presidencia. Finalmente, con la excusa de hacer frente tanto a Francia como a Inglaterra, el Congreso aprobó, en 1809, la Ley de No Intercambio, que de hecho revocaba el embargo. Jefferson, fatigado, la promulgó el 1 de marzo, y le escri-

bió a su amigo Pont de Nemours: “En pocos días me retiro a Monticello para dedicarme a mi familia, mis libros y mis granjas. […] Nunca un prisionero, liberado de sus cadenas, sintió tanto alivio como el que sentiré yo al romper las ataduras del poder”.[305] La verdad es que Jefferson prácticamente había dejado de estar a cargo de los asuntos de gobierno durante los últimos meses de su presidencia y que, cuando dejó el cargo, era un hombre vencido.[306]

Pero aún faltaba lo peor. Madison se había estado preparando para la presidencia durante toda su vida. Hijo primogénito del hacendado más adinerado de Orange Country, provenía de la cima de la alta burguesía civilizada de Virginia. Había recibido la mejor educación, en especial cuando estuvo bajo la tutela del gran Whiterspoon, en la Universidad de Princeton. Había estudiado historia, teoría política y economía durante toda su vida, y también a los clásicos. Conocía a Jefferson desde 1776, y la correspondencia que mantuvieron es por sí sola una fuente de educación política y literaria. Madison, pequeño, trabajador, moderado, de voz suave, siempre escuchaba a las dos partes implicadas en un asunto y estaba dispuesto a ser conciliador y buscar el punto medio. Era “un ejemplo de autodominio neoclásico” que perseguía el sueño, como ha dicho el poeta Robert Frost “de una nueva tierra, habitada por gente que sabe controlarse”. Había sido miembro de la Cámara de Representantes y del Congreso, ayudado a redactar la Constitución de Virginia y su Estatuto de Libertad de Culto, colaborado en la conferencia de Mount Vernon, en la convención de Annapolis, y en la convención constitucional, y más que cualquier otro de los presentes en ella, había sido el autor de la Constitución de Estados Unidos. Había escrito veintiséis de los números del *Federalist* y era el principal creador de la Declaración de Derechos. Había

sido un notable líder de los partidarios de Jefferson en el Congreso y servido a su maestro como secretario de Estado. Incluso, y a diferencia de éste, tenía sentido del humor. Cuando, siendo secretario de Estado, tuvo que agasajar al cónsul de Túnez, que había viajado a Washington para negociar en nombre de los piratas de Berbería, satisfizo una petición del árabe, que solicitó concubinas para su comitiva de once funcionarios, y la consignó como "gastos para relaciones con el extranjero". (Madison utilizó la palabra *intercourse* que significa "intercambio, relación" y también "coito, cópula"). A Jefferson el juego de palabras no le hizo ninguna gracia.

Su esposa, Dorothea o Dolley (1768-1849), era una hermosa joven de Carolina del Norte que se convirtió en la primera gran anfitriona de la Casa Blanca, en Washington. Pero Madison era un clásico ejemplo de la máxima de Tácito: *omnium consensu capax imperii nisi imperasset*; no era el hombre apropiado para el cargo.[307]

Una muestra de la torpeza ejecutiva de Madison fue el hecho de que, en su discurso de toma de posesión, condensó sus metas en una frase a la que parecía no poder poner fin: constaba de 470 palabras y le costó enormemente leerla. En la recepción que se llevó a cabo a continuación, en la casa de la calle F, Dolley deslumbró por su belleza: "Ataviada con un vestido de batista lisa de cola muy larga, sin nada en el cuello, ni siquiera un pañuelo, y con un hermoso sombrero de terciopelo de color púrpura y satén blanco con plumas también blancas, era la personificación de la dignidad, la gracia y el encanto".[308] Dolley, que se ocupaba "en gran medida del hombrecito" (Madison se veía diminuto, aunque tenía una cabeza grande), terminó de decorar la nueva mansión del ejecutivo, tarea en la que gastó 2.205 dólares en cuchillos, tenedores y "estantes para botellas y jarrones", 458 dólares en un piano y 28 dólares en "una guitarra". Pronto llevó a cabo las primeras recepciones "de salón" de

la Casa Blanca que, en su momento, fueron célebres. Los hombres vestían "traje negro o azul con chaleco, pantalones negros y calcetines del mismo color"; las damas "no se destacaban más que por la exposición de sus voluminosos pechos y sus espaldas desnudas".[309] Pero detrás del brillo había una infinita confusión acerca de qué debía hacer Norteamérica para librarse de una contienda marítima en defensa de derechos que, en ese entonces, pocas personas a ambos lados del Atlántico entendían. Madison perdió meses preciosos, incluso años, abrigando en vano la esperanza de que finalizara la guerra o, lo que era más probable, de que de los debates parlamentarios en Inglaterra surgiera un nuevo Gabinete que considerara el asunto desde el punto de vista norteamericano y aboliera las medidas en contra de los barcos neutrales.[310]

En realidad, lo que hacía tan difícil un acuerdo no eran tanto las divisiones en la política británica como las presiones y el creciente regionalismo que se iba adueñando de Norteamérica. Tal vez fuera verdad, como había dicho Washington en su discurso de despedida, que el este, el oeste, el Norte y el Sur de Norteamérica tuvieran muchos más puntos en común que diferencias, pero en la atmósfera caldeada creada por la prolongada guerra europea y sus repercusiones en el Atlántico, las diferencias parecían insalvables. Nueva Inglaterra tenía prácticamente todo en común con los intereses marítimos británicos, pero cuanto más al Sur y al oeste iba uno más eran los líderes de opinión que querían enfrentarse a Inglaterra para hacer posible la expansión. ¿No se podía obtener Canadá de esta manera? ¿Y Florida? ¿Y las Indias Occidentales? Y éste era el electorado de Madison. Estos estados lo habían elegido en 1808, y cuando fue reelegido en 1812 su dependencia del Sur y el oeste fue aún más marcada. Su rival, Clinton, triunfó en Nueva York (obtuvo 29 votos en el colegio electoral), Massachusetts (22 votos), Connecticut, Nueva Jersey, Nueva Hampshire y en otros estados más pequeños,

con lo que totalizó 89 votos. Madison triunfó en Virginia (25 votos), Pensilvania (25 votos) y en un grupo de estados del oeste y del Sur, con las Carolinas, Georgia y Kentucky a la cabeza, lo que sumaba un total de 128 votos. Pero los siete estados que votaron por Madison tenían un total de 980.000 esclavos. Estos negros no tenían ningún tipo de poder de decisión sobre el sistema de gobierno pero el estado en el que vivían se beneficiaba con un voto extra en el, colegio electoral por cada grupo de 45.000 esclavos, y por lo tanto la causa del Sur (y de la guerra) contó con un total de 21 votos. En consecuencia los federalistas de Nueva Inglaterra afirmaron que los hombres libres del Norte estaban a merced de los irresponsables esclavos del Sur.[311]

Aún así, se podría haber evitado la guerra. El 18 de junio de 1812 el Congreso completó las formalidades necesarias para declarar la guerra a Gran Bretaña. Dos días después, en Westminster, la moción de Henry Brougham, que proponía revocar las *Orders in Council*' había logrado sonsacarle a lord Castlereagh, en representación del Gobierno, una declaración que establecía que quedaban suspendidas. Lamentablemente, el encargado de negocios norteamericano en Londres era un hombre poco experimentado y no logró hacer que Madison se enterara de la noticia con la celeridad que las circunstancias requerían. A juzgar por las cartas que se escribieron Madison y su mentor Jefferson a lo largo de 1812, mientras aquél preparaba la guerra sin mucha pasión o entusiasmo, éste creía que había llegado el momento de un *règlement des comptes* con Inglaterra y que Norteamérica obtendría beneficios enormes e inmediatos, en especial "la conquista de Canadá". Con la ventaja de estudiar los hechos en perspectiva, tal vez estos dos pilares de la república, defensores de la civilización blanca, aparezcan, ahora ante nuestros ojos como hombres irresponsables e imprudentes.[312]

En sus comienzos, la guerra utilizó tres formas primarias de hostilidad: una invasión norteamericana de Canadá, la guerra

naval en los Grandes Lagos y en alta mar, y las oportunidades que se le presentaron al Sur y al interés capitalista norteamericano de saquear las posesiones de España, aliado de Inglaterra, y a las tribus indias que dependían de estos dos países. Washington depositó todas sus esperanzas en la conquista de Canadá, pero la invasión se basó en dos malentendidos. El primero fue creer que Canadá era un enemigo vulnerable. Este país estaba dividido en dos partes: el Bajo Canadá en el este, fundamentalmente francófono, y el Alto Canadá hacia el oeste y el norte, angloparlante pero escasamente colonizado. Madison y Jefferson creían que los canadienses francófonos eran un pueblo oprimido y ocupado, que se identificaba con el enemigo de Inglaterra, Francia, por lo que recibiría con agrado a los norteamericanos como libertadores. Nada más lejos de la verdad. Los canadienses francófonos eran católicos romanos ultraconservadores que veían el modelo republicano francés como la encarnación del ateísmo, a Bonaparte como un usurpador y un Anticristo, y que querían que se restaurara el régimen de los Borbones, lo que era a la vez uno de los objetivos primordiales de la política bélica de los británicos. La Ley de Quebec de 1774 había otorgado a la comunidad francesa una gran cantidad de privilegios culturales, políticos y religiosos y se la consideraba una obra maestra de la política liberal. Estos canadienses creían que si la invasión convertía al Bajo Canadá en estado miembro de Estados Unidos, se impondrían la república y el protestantismo. Es cierto que en el Alto Canadá había sólo 4.500 soldados británicos y una gran cantidad de norteamericanos recientemente asentados allí. El comandante en jefe británico, sir Isaac Brock, pensaba que muchos de ellos eran desleales y que lo único que podía hacer era "alzar la voz y pensar a lo grande". De hecho, la mayoría de los canadienses angloparlantes eran viejos tories antirrepublicanos, o sus hijos y nietos. Ya en la década de 1770 Canadá había resistido a las lisonjas del republicanismo nortea-

mericano; desde entonces el país había sido poblado por 100.000 monárquicos y sus miles de descendientes, y por muchos recién llegados de Inglaterra que no tenían deseos de cambiar la lealtad que los ligaba a la corona.[313]

Las ilusiones compartidas por los miembros de la Dinastía de Virginia se resumen en el alarde de Jefferson al decirle a Madison: "La obtención de Canadá este año [1812], cuando lleguemos a las cercanías de Quebec, será apenas cuestión de marchar, y nos dará experiencia para atacar después Halifax y expulsar definitivamente a Inglaterra del continente norteamericano. Una vez que nos apoderemos de Halifax, todas sus chalupas deberán cruzar el océano para ser reparadas".[314] La segunda gran ilusión fue confiar en la capacidad de la milicia norteamericana, sobre la que Madison había fanfarroneado en su discurso de toma de posesión: "Armadas y entrenadas, las milicias son el baluarte más firme de las repúblicas". En primer lugar, Massachusetts, Connecticut y Nueva Hampshire se negaron rotundamente a enviar sus milicias. En cuanto a Nueva Inglaterra, lo que hizo no fue precisamente cruzarse de brazos: invirtió su dinero en la Bolsa de Londres e hizo un buen negocio vendiendo pertrechos al Ejército británico. A cambio de esto, los ingleses retiraron el bloqueo a Nueva Inglaterra y a Nueva York hasta el fin de la guerra. En esa etapa del conflicto, dos tercios de la carne consumida por las tropas británicas provenían del sur de la frontera, principalmente de Vermont y del estado de Nueva York.[315]

Las compañías que Madison puso a "marchar" resultaron ser uña chusma. Los milicianos se habían desenvuelto con éxito en la guerra revolucionaria, defendiendo su terruño, pero fuera de él su falta de profesionalidad se hizo evidente. No tenían disciplina. Cada soldado elegía su propio lugar para acampar; no hacían guardias, ningún hombre patrullaba de noche. Tanto los milicianos como los voluntarios, que de alguna manera tenían

períodos de servicio más rigurosos, creían que la ley no les permitía combatir fuera del territorio de Estados Unidos y, en un principio, se negaron a cruzar la frontera. Entre los voluntarios se difundió el rumor de que, si la cruzaban, se los obligaría automáticamente a cumplir un servicio militar obligatorio de cinco años. Muchos de ellos nunca antes se habían enfrentado a guerreros indios y estaban aterrorizados, pues creían que torturaban y mataban a sus prisioneros. Las noticias que se recibían de los indios de las inmediaciones provocaban deserciones masivas e incluso motines.[316] Los oficiales al mando estaban desesperados. El general de división Stephen van Rensselaer, de la milicia de Nueva York —que provenía de una de las más antiguas familias holandesas y había heredado 60.000 hectáreas que dejó en manos de 900 arrendatarios, cada uno de los cuales disponía de 60 hectáreas cultivables—, conocido como el Patrón, era "el octavo en la línea de mando". Por más que era un pez gordo, sus hombres se negaban a cumplir sus órdenes si el hacerlo entrañaba algún peligro, y el ataque que dirigió desde Niágara terminó de una forma desastrosa. En Frenchdown, el general James Winchester se las ingenió para que lo rodearan y derrotaran, y se rindió con todos sus efectivos.[317] Las víctimas de ataques indios, de enfermedades y de la exposición al frío a causa de una vestimenta insuficiente y de tiendas inadecuadas fueron numerosas.

Los generales se culpaban mutuamente. El general Peter B. Porter acusó al general Alexander Smyth, desde las páginas de la *Buffalo Gazette*, de ser un mísero cobarde. Se batieron en un grotesco duelo en Grand Island; ninguno de los dos resultó herido, pero lo cómico del espectáculo resultó repugnante para sus subordinados.[318] Smyth sufrió el ataque de una turba y aparecieron folletos impresos que aludían a sus defectos. Por lo general, las milicias peleaban entre ellas con más entusiasmo que contra los ingleses. En el campamento militar de Black Ro-

ck, los Verdes irlandeses de Nueva York libraron una batalla campal contra los voluntarios sureños, y estos dos grupos se enfrentaron con las tropas regulares que habían sido enviadas a separarlos. La opinión pública civil se mofó de ellos; los Dragones de los Estados Unidos (*US Light Dragoons*), un regimiento formado en 1808 cuyos miembros llevaban las iniciales USLD en los morriones, eran conocidos como "los perros falderos del tío Sam". Hacia finales de 1813, la invasión de Canadá se había abandonado por completo y los británicos ocupaban gran parte de Maine.[319]

Las fuerzas de Madison se desenvolvieron con más éxito en el mar. En los Grandes Lagos, Oliver Hazard Perry (1785-1819), de Rhode Island, formó una flota pequeña y efectiva y libró una batalla contra los ingleses el 10 de septiembre de 1813 en el lago Erie. El *Lawrence*, su buque insignia, resultó tan gravemente dañado que tuvo que hacer que lo llevaran a remo hasta el *Niagara*, desde donde reanudó el combate hasta que la escuadra británica se rindió. Poco después de esta victoria, Perry envió un parte, célebre por su brevedad: "Nos enfrentamos con el enemigo y lo tenemos en nuestro poder".[320] En alta mar, los barcos de guerra norteamericanos, tanto los regulares como los corsarios, se beneficiaron enormemente por el hecho de que se nombraba y ascendía a sus oficiales sólo por sus méritos (una verdadera ventaja del republicanismo) y no por "interés", como sucedía en la Marina Real. Las tripulaciones de los barcos de Estados Unidos, a la vez, estaban compuestas exclusivamente por voluntarios, a diferencia de las de los barcos británicos, que eran reclutadas por la fuerza. En 1813, y más aún en 1814, los corsarios norteamericanos provocaron cuantiosos daños a las embarcaciones británicas durante los abordajes que llevaron a cabo al oeste de las islas Británicas. En una carta dirigida al Rey, los comerciantes de Glasgow, que dominaban el grueso del comercio del tabaco norteamericano, se quejaban: "En el breve

lapso de dos años, más de 800 navíos han caído prisioneros en manos de esa potencia cuyo poder marítimo hasta ahora hemos estado despreciando”.[321] Es verdad que los británicos podían recurrir a la misma táctica en la costa de Norteamérica. El capitán Marryat, que luego se convertiría en un famoso novelista, al mando de la fragata británica *Spartan*, hundió o capturó una veintena de navíos estadounidenses cerca de la costa norteamericana. Pero lo que asombró al almirantazgo británico fueron las victorias de los buques de guerra norteamericanos frente a unidades regulares de la Marina Real. Las fragatas norteamericanas eran más grandes, estaban mejor diseñadas, contaban con más cañones y tenían el doble de oficiales que las británicas. Marryat admitía que, en comparación, la Marina norteamericana (tripulada, resaltaba, en gran parte por británicos) era superior a la inglesa. George Canning, el estadista británico, sintió que tenía el deber de comunicar a la Cámara de los Comunes: “No se debe pensar seriamente que el sagrado hechizo de la invulnerabilidad de la Marina británica haya sido roto por estas lamentables victorias [norteamericanas]”.[322]

La guerra naval contra Inglaterra fue la primera en la que los norteamericanos pudieron demostrar una pasión por la alta tecnología que se volvería incontenible. Esto fue obra sobre todo de Robert Fulton (1765-1815), un genio de origen irlandés nacido en Little Britain (actualmente llamada Fulton Township) en Pensilvania. Su padre murió cuando él era muy pequeño y compensó su infancia desdichada con una impresionante habilidad para dibujar combinada con una gran capacidad de inventiva mecánica (desde los trece años hacía sus propios lápices, pinceles, pinturas y otros materiales). Estudió con el principal retratista de Filadelfia, Charles Wilson Peale, que retrató a su nuevo alumno como un joven rudo y contemplativo, con la furia dibujada en el rostro. Por aquellos días, las habilidades y la precisión para el dibujo y la pasión científica se superponían:

un contemporáneo de Fulton, más joven que él, Samuel Morse, que transformaría la telegrafía, también dio sus primeros pasos como retratista. El interés de Fulton por la propulsión comenzó al mismo tiempo que sus estudios de arte. Siendo un adolescente, creó un poderoso cohete, diseñó una rueda hidráulica de paletas e inventó armas.[323]

Fulton odiaba desde siempre a la Marina británica, a la que consideraba no sólo un enemigo de la independencia norteamericana sino también de la libertad de los mares, que eran para él la ruta más importante hacia el progreso humano. En 1798 viajó a Francia con la intención de venderle al general Bonaparte un diseño de un submarino para usar contra los británicos. Por extraño que parezca, ya en 1776 un inventor yanqui, David Bushnell, había recibido 60 libras de recompensa por la construcción de un submarino, pero éste no funcionó cuando fue probado contra los barcos británicos. El submarino de Fulton, con cabida para tres tripulantes, podía sumergirse casi ocho metros y estaba equipado con minas y torpedos primitivos. Al igual que todos sus diseños navales, imitaba los movimientos de un pez. Los franceses prometieron pagarle 400.000 francos si lograba hundir una fragata británica, peto cuando, en 1801, se realizó la prueba, también este submarino falló, y los franceses perdieron el interés.[324] Fue entonces cuando Fulton tuvo la audacia de viajar a Londres para intentar venderle submarinos al Almirantazgo británico, con la promesa de qué destrozarían la flota invasora francesa que por aquel entonces se encontraba concentrada en Boulogne (1803-1804). Al principio los británicos también se interesaron y, de hecho, uno de los torpedos de Fulton logró hundir una pinaza francesa, que zozobró con su tripulación de 22 hombres, pero en ese momento los únicos que se enteraron de esto fueron los franceses; cuando Trafalgar puso fin a la amenaza de invasión, el almirantazgo inglés se deshizo de Fulton.[325]

Por lo tanto, la guerra de 1812 fue para Fulton una bendición emocional y profesional: ahora podía trabajar bajo las órdenes de su propio Gobierno. Pudo comprar algunas poderosas máquinas de vapor construidas por el principal fabricante inglés, Boulton and Watt, y planeó instalarlas en enormes buques de guerra de vapor. Su prototipo, bautizado primero como *Demologus* (1813) y luego como *Fulton the First* en 1814, era un catamarán con dos cascos idénticos y paletas de casi cinco metros entre ambos. Medía casi 50 metros de largo, 17 metros de ancho y más de 6 metros de profundidad, y estaba protegido por una sólida faja de madera de un metro y medio. Con un motor abastecido por un cilindro de poco más de un metro de diámetro que permitía una palada de metro y medio, habría sido el primer acorazado de vapor en gran escala de la historia. Los británicos también estaban construyendo un buque de guerra de vapor en Chatham, pero no era más que un balandro. El nuevo buque de guerra de Fulton estaba preparado para cargar 30 cañones de 16 kilogramos capaces de abrir fuego a discreción y de disparar proyectiles de 50 kilogramos por debajo de la línea de flotación. Gracias a sus 120 caballos de fuerza podía avanzar a una velocidad de 8 kilómetros por hora con independencia del viento y, al menos en teoría, superaba a cualquier buque de guerra británico que estuviera en circulación. Llegaban a Gran Bretaña historias acerca de este monstruo, que fue botado en el East River el 29 de junio de 1814, y su tamaño aumentaba a medida que se hablaba de él. Un periódico de Edimburgo le adjudicó el doble de su verdadero tamaño y agregó: "Para sorprender a un enemigo que intente abordarlo, puede descargar sobre él 400 litros de agua hirviendo por minuto y cuenta con un mecanismo que le permite desplegar con toda regularidad 300 alfanjes sobre su borda y también la misma cantidad de pesadas picas de hierro de gran longitud, que puede disparar desde sus bandas con una potencia prodigiosa".[326]

En vista del fracaso norteamericano en Canadá, Madison debería haber recibido con alegría la noticia de la derrota de Francia, aliada de aquél, ya que consideraba esto un estímulo para conseguir tan pronto como fuera posible el mejor acuerdo de paz. Pero era vacilante y dado a las cavilaciones, no lograba ponerse de acuerdo consigo mismo y su forma de gobernar reflejaba su carácter. Monroe, su secretario de Estado, estaba incondicionalmente a favor de la paz y pensaba que continuar la guerra era una locura. Pero Madison había nombrado secretario de Guerra al general John Armstrong (1758-1843) y le había otorgado amplios poderes para dirigir las compañías en el campo de batalla, y Armstrong confiaba en la victoria. Había sido edecán de Horado Alger en la guerra de la Independencia, tenía ambiciones políticas y creía que mediante una política inflexible podía lograr que esas ambiciones se hicieran realidad. Monroe pensaba que Armstrong era un Bonaparte en potencia.[327] Armstrong envió una orden al general William Harrison, el futuro presidente, con instrucciones para pactar con los indios, hacer que éstos atacaran a los canadienses y convertir de esta manera los asentamientos británicos a orillas del Thames en "un desierto". A la vez autorizó al general McClure a incendiar Newark. Madison ordenó que se revocara la orden de atacar el Thames y desautorizó el incendio de Newark. El terror nunca fue la política oficial de la Casa Blanca, y en una ocasión la justicia militar condenó a un coronel por haber incendiado un pueblo. No obstante, muchos habitantes del lugar fueron asesinados y sus casas incendiadas. Si se tiene en cuenta que Inglaterra ya estaba en condiciones de contraatacar con una enorme fuerza naval de 99 buques de guerra e incontables navíos más pequeños, y con un numeroso ejército de veteranos de la guerra de la Península, la conducta de Madison no tiene ningún sentido. Lo que es

más, fue advertido. El comandante naval británico, sir Alexander Cochrane, escribió a Monroe diciéndole que a menos que Norteamérica ofreciera una indemnización por las "atrocidades" cometidas en el Alto Canadá, era su deber "destruir y devastar tantas ciudades y distritos de la costa norteamericana como nos sea posible".[328]

En vista de esto, llama la atención que Madison, Armstrong o cualquiera de sus comandantes no tomaran más precauciones. Al parecer, todos se sorprendieron cuando, en agosto de 1814, los británicos cumplieron su promesa y desembarcaron en el Chesapeake. Los barcos de asalto bajo las órdenes de sir George Cockburn cumplieron con éxito la misión de desembarcar a 5.000 hombres bajo el mando del general Robert Ross y de retirarlos, completamente ilesos, más de un mes más tarde. Cuando la noticia del desembarco británico llegó a la capital, los políticos y los generales decidieron intervenir precipitadamente sin saber muy bien qué hacer. El mismo Madison, Monroe, Armstrong, el secretario de Marina William Jones y el procurador general de la nación, Richard Rush, se dirigieron deprisa a un campamento defensivo instalado a último momento en las afueras de la ciudad, "un escenario de confusión y desorden que desafía cualquier descripción".[329] Un testigo presencial vio a la esposa del presidente, Dolley, "cruzando Georgetown a toda Velocidad en su carruaje, acompañada de un oficial que empuñaba una espada desenvainada".[330] Dolley parece haber sido la única persona que se comportó con valentía y serenidad. Fue ella, por ejemplo, quién salvó el excelente retrato de Washington de Gilbert Stuart, que estaba colgado en la pared del salón comedor de la casa del presidente, "rompiendo el marco, que estaba clavado a la pared, y retirando la tela".[331]

Los británicos entraron en la ciudad de Washington, completamente indefensa, el miércoles 24 de agosto. Hubo mucha cobardía, y también incompetencia. Edward Codrington, un ofi-

cial de la Marina británica que formó parte de la operación, en una carta a su esposa Jane, narró así lo sucedido: "El enemigo huyó en varias direcciones [y] se retiró precipitadamente, lo más rápido que pudo". Madison, agregaba Codrington, "debe estar bastante indignado por haberse visto obligado a abandonar con todas sus tropas la sede del Gobierno ante la llegada de 1.200 ingleses, de hecho la totalidad de la compañía que participó en la operación". Escribió que los norteamericanos contaban con 8.000 hombres destinados a defender la zona de Washington, pero que éstos "huyeron demasiado rápido para que nuestros exhaustos soldados pudieran tomar prisioneros".[332] El propio Madison era uno de los fugitivos. Dolley se tuvo que disfrazar: el dueño de una taberna abarrotada de personas sin hogar no la admitió entre sus huéspedes porque culpaba a su marido de toda la situación. Cuando se refugió en Rokeby, la casa de campo de Richard Love, el cocinero negro de la finca se negó a prepararle café argumentando: "Escuché decir que el señor Madison y el señor Armstrong vendieron el país a los británicos".[333] Los estados centrales, como el oeste y el Norte, se habían pronunciado con energía a favor de la guerra; no obstante, la resistencia que ofrecieron a la invasión fue desastrosa. Como escribió un historiador norteamericano, "en Maryland, Virginia y Pensilvania vivían no menos de 1.500.000 blancos. Sin embargo, esta enorme población permaneció en sus pueblos y ciudades y toleró que 5.000 ingleses pasaran cinco semanas entre ellos sin intentar ni siquiera una vez expulsar de su suelo a los invasores".[334]

Por lo tanto los británicos pudieron aprovechar el tiempo para ensañarse con la ciudad de Washington. Descargaron sus armas contra las ventanas del Capitolio, entraron en el edificio y le prendieron fuego. Después se dirigieron a la casa del presidente, que los federalistas llamaban con desprecio "el palacio" (estaba llamativamente sin terminar, y no tenía jardín delantero

ni galería), juntaron todos los muebles en la sala principal y les prendieron fuego con un carbón encendido que consiguieron en una taberna de las inmediaciones. También incendiaron el edificio del Tesoro y el astillero de la Marina, que no dejó de arder hasta que, a medianoche, una tormenta terminó pon apagar el fuego. Cockburn sentía una particular aversión por el *National Intelligencer*, que había publicado artículos que lo difamaban, de modo que ordenó que incendiaran sus oficinas y recomendó a sus hombres: "Asegúrense de destruir todas las prensas, así los canallas no podrán seguir mancillando mi nombre".[335] Las tropas se retiraron a las nueve de la noche del día siguiente, y para entonces una lluvia torrencial y un ciclón habían sumido aún más en el desconcierto a las dispersas autoridades norteamericanas y agravado los pesares de los miles de refugiados. Madison finalmente encontró a su esposa en una posada en Great Falls y preparó su regreso a la capital en llamas, aunque le confesó a Dolley: "No sé dónde vamos a escondernos cuando lleguemos".[336] Atrincherado temporalmente en la calle 18, Madison alivió su desesperación exigiéndole la renuncia a Armstrong y aceptando las que le presentaron los secretarios de Marina y del Tesoro. Pero, ¿dónde iban a encontrar Madison y Norteamérica un salvador?

El salvador no tardó en llegar (al instante se podría decir), pero en una forma humana que a Madison, a su mentor Jefferson y a toda la clase dirigente de Virginia les resultó muy poco agradable, pues era completamente lo opuesto al tipo de persona que, en su opinión, debía gobernar Norteamérica. Hacia 1814, Andrew Jackson, que a los doce años había quedado marcado de por vida por un sablazo de un oficial británico, se había convertido en un hombre poderoso e importante, que actuaba conforme a un nuevo patrón distintivo del norteameri-

cano. Vale la pena conocer con algún detalle su trayectoria vital porque nos enseña mucho acerca de cómo era la vida en los comienzos de la república. A los diecisiete años, Jackson, un huérfano hambriento y semianalfabeto, había decidido dedicar su vida a la ley. En la región fronteriza de Tennessee, aplicar las leyes significaba en la práctica apropiarse de tierras, trapichear, aspirar a un cargo y batirse en duelo. La frontera se expandía velozmente, con brusquedad, violencia y continuos pleitos. Jackson se convirtió en abogado defensor en un tribunal, procurador general de un distrito local, y después en auditor de guerra de la milicia. Diez años más tarde ya estaba involucrado de lleno en la especulación de tierras, la manera más fácil que se ofrecía a un hombre sin recursos para hacerse rico en Estados Unidos, pero se quedó prácticamente en la ruina a causa de la quiebra de un socio. Jackson alcanzó notoriedad eh 1796, cuando ayudó a crear el nuevo estado de Tennessee, en un principio como congresista y después como senador. Ejerció como juez en el Tribunal Superior de Justicia del estado y fundó la primera logia masónica en Nashville, donde se estableció en 1801. Pronto adquirió, cerca de allí, la fabulosa finca Hermitage. Su triunfo clave, sin embargo, fue ser elegido general de división de la milicia, la plataforma desde la cual comenzó su ascenso a la cima del poder.[337]

Jackson tenía reputación de asesino. Su primer duelo, a los veintiún años, se debió a una situación de maltrato mutuo en el tribunal (una causa común) y terminó con Jackson disparando al aire. Pero desde entonces, al igual que Burr, por lo general disparaba a matar. Jackson se batió en muchos duelos motivados por su matrimonio, en 1790, con Rachel Robards, una mujer divorciada mayor que él, madre adoptiva, a quien Jackson amaba con pasión y a quien defendió encarnizadamente mientras ella vivió. El divorcio de Rachel fue invalidado y los Jackson, blanco de toda clase de burlas, se vieron obligados a llevar

a cabo una segunda ceremonia matrimonial. En 1803, cuando Jackson ya era un juez experimentado en Knoxville, el gobernador del estado, John Sevier, trató desdeñosamente a Rachel y acusó a Jackson de "haber viajado a Natchez acompañado de la esposa de otro hombre". "¡Dios santo! —respondió Jackson—. ¿Cómo os atrevéis a mencionar su sagrado nombre?". Desenfundaron las pistolas (tenían cincuenta y ocho y treinta y seis años respectivamente) y abrieron fuego, pero sólo resultó herido un transeúnte. Diez días después, sin embargo, protagonizó otro incidente más sangriento con diferentes miembros de la familia de Sevier. En 1806 Jackson se enfrentó en un duelo formal con Charles Dickinson y resultó herido, mientras que su contrincante se desangró hasta morir.[338] En 1813 se vio involucrado en una serie de duelos y peleas en cadena que provocaron violentas riñas en las calles de Nashville: peleó con estoque, revólveres, dagas y a puño limpio (Thomas Hart Benton, que luego se convertiría en un famoso senador, fue otro de los involucrados en estas riñas), y los participantes de estos combates rodaban en el polvo, sangrando y llenos de moretones. La mayoría de los duelos que protagonizó Jackson, en los que llevaba a cabo obedientemente el mandato que su madre le había transmitido en su lecho de muerte, tuvieron una impronta de sordidez.[339]

Los primeros en sufrir el impacto de la dureza de Jackson fueron los indios. La mayoría de las personas que vivían en el oeste y en el sur apoyaban la guerra, ya que significaría "la solución al problema indio". La nueva república era ambivalente con respecto a los indios. La Constitución los ignoraba, y establecía que sólo el Congreso tenía la facultad de "regular el comercio con las naciones extranjeras y entre los estados, y con las tribus indias". Henry Knox, a cargo de los asuntos indios (era el secretario de Guerra) en el Gobierno provisional y luego en la presidencia de Washington, había logrado en 1786 que el Con-

greso aprobara una disposición que cortaba el país indio en dos partes a ambos lados del río Ohio. Al norte de este río y al oeste del Hudson se encontraba el distrito norte; al sur del Ohio y al este del Misisipí se encontraba el distrito sur. Cada uno era gobernado por un superintendente y ambos se tomaban muy a pecho su responsabilidad, como habían hecho los británicos. Pero mientras para la corona inglesa los indios eran "súbditos", exactamente igual que los blancos (o los negros), los norteamericanos no los consideraban "ciudadanos" sino "salvajes".[340]

Sin embargo, una cosa era dividir a los indios en un mapa y otra muy distinta lograr que hicieran lo que el Gobierno quería. En los años posteriores a la guerra revolucionaria, los indios solían atacar con éxito las avanzadas de los colonos, y los esfuerzos del joven y pequeño ejército de la república estaban destinados a fracasar rotundamente. Cuando Washington asumió la presidencia, el Ejército estaba Formado por apenas 700 soldados regulares de todos los rangos, y sólo los indios creeks contaban con entre 3.500 y 6.000 guerreros. En octubre de 1790 los indios rechazaron al ejército del general Josiah Harmar cuando invadió el oeste de Ohio; en 1791 casi destruyeron la compañía del general Arthur St Clair, cerca de lo que hoy es Fort Wayne, en Indiana, y mataron a la mitad de los 1.400 soldados que componían la fuerza regular y la milicia, y dispersaron al resto, que huyó despavorido. En la batalla de Fallen Timbers, el 20 de agosto de 1794, Anthony Wayne y su cuerpo montado de fusileros de Kentucky lograron inclinar la balanza en cierta medida en una batalla feroz que duró apenas cuarenta minutos pero obligó a los shawnees y a otras tribus a firmar el Tratado de Greenville en 1795. Pero nunca se consideró entre las opciones la de una conquista absoluta. Los indios debían ser sometidos por medio de tratados, promesas, engaños, tácticas de desgaste, enfermedades y alcohol.[341]

La idea que prevalecía entre los norteamericanos era que los indios debían integrarse o desplazarse hacia el oeste. Este era un argumento más constitucional que racista. Estados Unidos estaba organizado en distritos, municipios, condados y estados. Los indios no estaban repartidos conforme a zonas geográficas sino en tribus. Vivían de la caza, que comenzaba a escasear. Por lo tanto, debían abandonar la vida tribal y adaptarse al sistema norteamericano. Si optaban por esta solución, les concederían tierras (se decía que serían alrededor de 250 hectáreas por familia) y la ciudadanía norteamericana. De hecho, ésta fue la opción por la que se decidieron incontables indios. Muchos se establecieron, adoptaron nombres europeos, y se confundieron con la creciente masa de norteamericanos comunes. En todo caso, no había una división clara entre los "pieles rojas" y los blancos. Había decenas de miles de mestizos, algunos de los cuales se identificaban con los blancos mientras que otros conservaban sus costumbres tribales. Al parecer, los indios puros prefirieron en su mayoría seguir viviendo en tribus cuando se les presentó la posibilidad de elegir. En ese caso, según los colonos, debían trasladarse al oeste, donde aún podrían dedicarse a la caza y vivir de manera tribal.[342]

La guerra de 1812 hizo que aumentara la influencia de los colonos (una de las razones por las que apoyaron con tanto entusiasmo el conflicto), ya que los británicos recurrieron a la ayuda de los indios y, por lo tanto, justificaron que se tomaran las medidas más crueles contra éstos. Los británicos aplicaron una política sistemática consistente en organizar y armar a las minorías para que se enfrentaran a Estados Unidos. Liberaron esclavos negros siempre que pudieron. En la zona del río Apalachicola, que por entonces era el límite entre Florida oeste y Florida este, el comandante británico Edward Nicholas, acompañado por 4 oficiales y 108 infantes de la Marina Real, armó y hasta cierto punto entrenó a más de 4.000 creeks y semínolas, a

los que entregó 3.000 mosquetes, 1.000 carabinas, 1.000 pistolas, 500 rifles y un millón de balas.[343] Los mismos indios no se ponían de acuerdo acerca de si debían aprovecharse de la situación y atacar los poblados norteamericanos, pero su líder militar, el jefe shawnee Tecumseh (1768-1813) no tenía dudas al respecto. Gracias a sus notables dotes de orador, y a las predicciones de su hermano, el chamán, había organizado una alianza de tribus y, en octubre de 1811, arengó a sus miembros más importantes (en su mayoría creeks): "¡Muera la raza blanca! Los blancos usurpan vuestras tierras. Violan a vuestras mujeres. ¡Pisotean los huesos de vuestros muertos! ¡Hay que expulsarlos! ¡Que vuelvan todos a donde pertenecen, dejando tras de sí el rastro de su sangre! ¡Que vuelvan, sí, que vuelvan a las grandes aguas cuyas malditas olas los trajeron hasta nuestras costas! ¡Quemad sus hogares, destruid su ganado, matad a sus esposas y sus hijos para que su descendencia perezca! ¡Guerra ya! ¡Guerra siempre! ¡Guerra a los vivos! ¡Guerra a los muertos!".[344]

Cuando la guerra estalló, los creeks más combativos, conocidos con el nombre de Lanzas Rojas (usaban garrotes de guerra pintados de un rojo brillante), se unieron con entusiasmo al combate; algunos de ellos viajaron miles de kilómetros hacia el norte para matar en Canadá, a fines de 1812, a los desmoralizados invasores norteamericanos. Mientras emprendían el regreso mataron a colonos norteamericanos en la zona de Ohio, y a su vez esto provocó una guerra civil entre los indios, ya que los chickasaws, por temor a las represalias, exigieron que los creeks del sur castigaran a los asesinos. En el salvaje territorio fronterizo al norte de la capital colonial española Pensacola, los colonos norteamericanos, junto a indios "amistosos", intentaron acabar con los Lanzas Rojas, que combatían bajo las órdenes del mestizo Peter McQueen, que se hacía acompañar por su propio chamán, Jim *el Elevado*. El intento fracasó, y los blancos se retiraron a la fortificación de otro mestizo, Samuel Mims, que era

problanco, a 80 kilómetros al norte de Mobile, en el golfo. Era media hectárea de tierra rodeada por una larga cerca, con rendijas para los mosquetes y dos portones. Dentro del lugar había 150 milicianos, 300 blancos, mestizos e indios amistosos, y también 300 esclavos negros. Se nombró comandante a otro mestizo, Dixon Bailey. Debe comprenderse que, en esos días, gran parte del lejano Sur, en especial las zonas costeras, era un lugar sin ley, donde grupos de hombres blancos, mestizos, esclavos fugitivos, mulatos, se unían y administraban sus propios municipios, y con frecuencia cambiaban de bando. La fortificación de Mims era un peón típico en ese tablero. Un esclavo que advirtió a Bailey de que los Lanzas Rojas se acercaban al lugar fue acusado de mentiroso y azotado y, de hecho, los, portones de la fortificación estaban abiertos cuando 1.000 Lanzas Rojas la atacaron. Asesinaron a Bailey mientras intentaba cerrar los portones y mataron a todos los demás, a excepción de 15 blancos. "Agarraban a los niños por las piernas y los mataban golpeando sus cabezas contra la cerca; arrancaban las cabelleras de las mujeres; a las que estaban embarazadas las abrían vivas y les sacaban el feto del vientre"[345]. Los creeks mataron a 553 hombres, mujeres y niños, y se llevaron 250 cabelleras ensartadas en sus lanzas.

Después de lo sucedido, Jackson, por entonces general de división, recibió la orden de conducir a la milicia de Tennessee hacia el Sur a fin de vengar la matanza. Era exactamente el tipo de misión que le gustaba y la oportunidad que había estado esperando. Con respecto a los indios, mantenía la misma postura que el líder de la facción antibritánica en el oeste, Henry Clay, de Kentucky (1777-1852), presidente de la Cámara y organizador de la milicia conocida como los Halcones Guerreros. Clay y John Caldwell Calhoun, de Carolina del Sur (1782-1850) —el orador más expresivo con que contaban los sureños— querían que todos los indios que no se integraran en el sistema nortea-

mericano se trasladaran al oeste del Misisipí. Jackson compartía este punto de vista. Además, proponía que los estados y el Gobierno federal construyeran caminos lo antes posible, para que de esa manera pudieran llegar al lugar colonos que se apropiarían de inmediato de los territorios abandonados por los indios. Los antepasados protestantes de Jackson en el Ulster habían recurrido exactamente a la misma estrategia cuando hubieron de enfrentarse a los "salvajes irlandeses". Cuando recibió las órdenes, aún llevaba el brazo en cabestrillo a causa de su último duelo, pero se apresuró a marchar hacia el Sur, abriendo caminos a su paso. A su lado iba su amigo íntimo y socio en el negocio de la especulación de tierras, el general John Coffee, que dirigía la caballería, y varios aventureros, entre ellos David Crockett (1786-1836), un tirador de primera también de Tennessee, y Samuel Houston (1793-1863), un hombre de la frontera nacido en Virginia que, por entonces, tenía apenas diecinueve años.

Estos hombres, que más tarde harían que Estados Unidos se expandiera hacia Texas y más allá, se mancharon de sangre en la guerra contra los creeks. Y vaya si hubo sangre. El 3 de noviembre, dos meses después de la matanza, Jackson rodeó la aldea "hostil" de Tallushatchee y envió a Coffee al mando de 1.000 hombres a destruirla. Más tarde Jackson informó a su esposa Rachel que Coffee "ejecutó esta orden con elegancia". Crockett fue más preciso: "Los matamos como a perros". Todos los hombres de la aldea, 186 en total, resultaron muertos. También fueron asesinadas las mujeres, aunque se tomó prisioneros a 84 mujeres y niños. Un testigo de la matanza escribió: "Encontramos hasta ocho o diez cadáveres en una sola cabaña". Algunos habían sido quemados, y entre las ruinas humeantes se veía cuerpos medio calcinados. "En otros casos, los perros habían despedazado los cadáveres de sus amos y se alimentaban de ellos".[346] Un niño de diez meses fue encontrado acurrucado

entre los brazos de su madre muerta. Jackson, que siempre se sintió identificado con los huérfanos y era capaz de mostrar repentinas ráfagas de humanitarismo en medio del torbellino de sus acciones más sangrientas, adoptó al niño de inmediato, lo llamó Lyncoya, e hizo que lo condujeran a Hermitage. Le escribió a Rachel: "Se debe cuidar muy bien de este niño, puede que haya llegado a mi vida como la señal de un designio superior; de hecho cuando pienso que su situación familiar es tan parecida a la mía, siento por él una inusual compasión".[347]

Una semana más tarde Jackson triunfó en una batalla campal en Talladega, frente a un ejército de 1.000 Lanzas Rojas de los cuales 300 resultaron muertos. Llegado ese punto, algunos de sus hombres consideraban que ya habían tenido bastante. Los milicianos estaban obligados a prestar servicio por un período de sólo noventa días. Los voluntarios se habían alistado por un año, pero ese período estaba llegando a su fin. Tanto los milicianos como los voluntarios querían emprender el regreso. Le advirtieron a Jackson que si no los licenciaba se amotinarían y se irían sin él. Situaciones como ésta, que habían arruinado la campaña a Canadá, ya se daban en todas las compañías de la campaña contra los creeks, que se desarrollaba en múltiples frentes. Pero Jackson no iba a permitir que unos cuantos abogados cuarteleros que echaban de menos su casa frustraran su sed de sangre. Usó a los voluntarios para atemorizar a los milicianos, y a sus pocos soldados regulares para amedrentar a ambos. El 17 de noviembre, él y Coffee trazaron una línea en el camino y amenazaron con matar a cualquier miliciano que se atreviera a cruzarla. Una vez de regreso en el campamento se enfrentó a una brigada completa, con el brazo izquierdo todavía en cabestrillo y empuñando con el derecho un mosquete que descansaba en el pescuezo de su caballo, y advirtió que él mismo le dispararía al hombre que cruzara la línea trazada. Controló a la turba con su mirada más fiera, hasta que detrás de él se formó

una fila de soldados regulares armados.[348] Cuando, el 10 de diciembre, los voluntarios cuyo período de servicio había concluido decidieron emprender el regreso, Jackson hizo que dos piezas de artillería cargadas con metralla los apuntaran, y cuando desobedecieron su orden de detenerse mandó a los artilleros, escogidas por su lealtad, que encendieran las mechas. Al ver esto, los amotinados depusieron su actitud; odiaban a Jackson, pero le temían aún más.

Le escribió a Rachel que los voluntarios se habían convertido eh "simples sediciosos y amotinados quejosos y llorones; para evitar una rebelión me he visto obligado a apuntarlos con mis cañones y estuve a punto de encender las mechas para aniquilarlos. Fue un momento irritante. Sentí el remordimiento de un padre afectuoso a quien el deber ha obligado a castigar a su hijo".[349] No era común que Jackson sintiera emociones de este tipo; siempre racionalizaba sus actos apasionados con un lenguaje propio de un melodrama previctoriano. Cuando John Woods, un miliciano de dieciocho años, desobedeció una orden y le quitó su arma a uno de los soldados que lo arrestaron, Jackson no vaciló en hacerlo fusilar por un pelotón a la vista de toda la tropa. Había prohibido el whisky, sus hombres debían levantarse a las tres y media de la mañana; y sus ayudantes más cercanos, media hora antes, para prevenir los ataques matinales de los indios. Los oficiales que se negaban a hacerlo eran arrestados y enviados a casa. El fusilamiento de Woods fue decisivo. Según el edecán de Jackson, John Reid: "A partir de ese momento se abandonó la opinión, tanto tiempo sostenida, de que un miliciano no podía ser castigado con la muerte fuera cual fuese su delito, y desde entonces el ejército se caracterizó por una estricta obediencia".[350]

Por lo tanto, Jackson logró disciplinar un formidable ejército de 5.000 hombres que, paradójicamente, atrajo voluntarios. Con este ejército atacó la principal fortaleza de los creeks, en

Horseshoe Bend, una imponente península de unas 40 hectáreas, rodeada casi en su totalidad por aguas profundas y defendida de los ataques terrestres por un parapeto (de unos 300 metros de largo y entre 1,5 y 2,5 metros de alto) que contaba con una doble fila de aberturas para disparar. Jackson escribió que esta península estaba "bien provista por la naturaleza para la defensa, y el arte la había hecho todavía más segura". Jackson nunca subestimó a los indios y estaba impresionado por su ingenio militar: "Era asombrosa la habilidad que mostraban en sus mejores acciones".[351] Dentro de la fortaleza había 1.000 guerreros creeks. Jackson comenzó su ataque por medio de acciones de distracción, como el envío de barcos bomba, y luego tomó por asalto la muralla, confiado en que no sería necesario recurrir a escalas, siempre difíciles de maniobrar. El alférez Sam Houston fue el primer hombre que logró cruzar el parapeto a salvo y entrar en la fortaleza. Lo que sucedió después de la ruptura del muro fue horroroso. Los indios no estaban dispuestos a rendirse y fueron masacrados. Los norteamericanos hicieron un recuento de los muertos cortándoles la punta de la nariz, lo que arrojó un total de 557 indios caídos en la fortaleza, a los cuales se sumaban otros 300 ahogados en el río mientras trataban de escapar. Entre los muertos se encontraban tres importantes chamanes pintados para la guerra. Los soldados les cortaron tiras de piel para usarlas en sus arneses. Jackson perdió 47 blancos y 23 indios amigos.[352]

De inmediato se entregó a organizar la defensa de las posiciones conquistadas de posibles ataques españoles y británicos. Jackson estaba convencido de que su tarea era combatir en nombre de los colonos norteamericanos y no prestaba atención a las órdenes (o la ausencia de órdenes) de Washington. Antes de finales de agosto había ocupado Mobile y Fort Bower, así como el cayo situado al sur de éste. Cuando las compañías navales y terrestres británicas llegaron a la zona a mediados de septiem-

bre, se encontraron con que la fortificación contaba con una nutrida guardia y fracasaron en su intento de tomarla. El 7 de noviembre Jackson ocupó la principal base española en Pensacola. Norteamérica y España no estaban en guerra y Jackson no tenía autorización para llevar a cabo esta agresión, pero en Washington se encontraban todavía demasiado traumatizados por la guerra para protestar cuando llegó una carta de Jackson en la que comunicaba lo que había hecho. La jugada de Jackson frustró el plan del comandante de las fuerzas británicas, Cochrane, que consistía en tomar Mobile y trasladarse luego tierra adentro para aislar Nueva Orleans. Por lo tanto, Cochrane decidió llevar a cabo un ataque frontal. Esto dio a Jackson la oportunidad de convertirse en el primer héroe genuino de Norteamérica desde la época de Washington. Cuando el 1 de diciembre llegó a Nueva Orleans se encontró con que la ciudad estaba prácticamente indefensa. De modo que actuó con prontitud: formó una unidad de defensa con piratas locales que odiaban a la Marina Real, en cuyos barcos se colgaba con frecuencia a muchos de los suyos. Alistó a cientos de negros libres en un batallón bajo las órdenes de oficiales blancos (pero con sus propios suboficiales). Les pagó bien. Cuando su pagador protestó Jackson le dijo: "Tenga a bien guardarse sus opiniones. [...] Absténgase de averiguar si las tropas son blancas, negras o marrones".[353] Hizo ingresar en la ciudad tantas tropas como pudo y, sirviéndose de su experiencia en Horseshoe, construyó una línea defensiva principal muy alta y de gran resistencia. Cuando los británicos, que contaban con 60 barcos y 14.000 soldados, en su mayoría veteranos de la guerra de la Península, estuvieron listos para atacar, el 8 de enero de 1815, Nueva Orleans ya estaba fuertemente protegida.

Aún así, se la podría haber atacado por los flancos, Y ésa era la intención de los británicos; La principal defensa de Jackson se encontraba detrás del canal Rodríguez, una acequia de 1,20

metros de profundidad y poco más de tres metros de ancho, que él reforzó con un alto terraplén de barro. El comandante británico, el general sir Edward Pakenham, un hombre extraordinariamente valiente pero impaciente ("no era el genio más brillante", como dijo su cuñado el duque de Wellington), planeó un ataque por dos flancos desde la casi indefensa ribera izquierda del Misisipí, para tomar el muro desde la retaguardia, mientras en el frente sus soldados mantenían ocupados a los norteamericanos. Pero la compañía desembarcó en el lugar equivocado y la operación se retrasó. Pakenham decidió que no podía esperar y, fiándose del absoluto profesionalismo de sus veteranos, decidió atacar sólo por el frente y disparó los dos cohetes incendiarios que eran la señal para iniciar el ataque. Este ataque frontal contra una posición fuertemente defendida sin un apoyo de tiradores a su retaguardia fue un perfecto ejemplo de insensatez que habría sumido a Wellington en la desesperación. Se volvió aún más sangriento cuando el batallón principal omitió cegar la acequia y decidió no recurrir a las escalas para salvar la muralla. El resultado fue una matanza sin sentido de hombres valientes. Los Casacas Rojas, que avanzaban se encontraron con una combinación de fuego de artillería, botes de metralla, rifles y mosquetes, todo esto dirigido con maestría por Jackson en persona. El ataque empezó a perder intensidad y, al incitar a sus hombres, los tres oficiales en jefe británicos encontraron la muerte (Pakenham allí mismo, sir Samuel Gibbs herido de muerte mientras dirigía la columna de ataque y el general Keane tras ser retirado agonizante del campo de batalla a causa de un disparo que recibió en la ingle). Cuando el comandante de retén llegó al lugar para tomar el mando, sus soldados huían y todo había terminado. Jackson perdió sólo 13 hombres, mientras que las bajas de los británicos ascendieron a 291 soldados; hubo además 484 desaparecidos y más de 1.000 heridos. Codrington, que observó la debacle desde el *HMS Tonnant*, só-

lo atinó a mover la cabeza con incredulidad. "Nunca hubo —le escribió a su esposa— una derrota más completa".[354]

De esta manera llegó a su fin una de las batallas más breves y decisivas de la historia. Tres días más tarde llegaron los primeros rumores que afirmaban que Norteamérica e Inglaterra habían firmado la paz. La expedición británica continuó presentando batalla hasta que se le notificó formalmente el hecho y, el 11 de febrero, tomó Fort Bower con la intención de ocupar después Mobile. Pero cuando llegó el momento en que el almirante Cochrane estaba listo para entrar en el pueblo, llegó, en un bote-correo, la orden de cesar las hostilidades; en marzo su flota regresó a Inglaterra. La paz se había firmado el día de Nochebuena en la ciudad "neutral" de Ghent, y la negociación había durado seis meses.[355] Se habría podido llegar a un acuerdo más rápidamente si la delegación norteamericana hubiera sido más homogénea, pero era un típico ejemplo de la falta de realismo de Madison. Estaba integrada, entre otros, por el secretario del Tesoro, Albert Gallatin, y el senador federalista por Delaware, James Bayard: dos hombres cuyos puntos de vista diferían sensiblemente con respecto a prácticamente todos los asuntos. También formaban parte de la delegación John Quincy Adams, hijo del segundo presidente y embajador en San Petersburgo, y Henry Clay, líder de los Halcones Guerreros. Clay, que provenía del oeste, más precisamente de Kentucky, era un hombre ambicioso —no precisamente un caballero—, bebedor, jugador y mujeriego. Adams era un hombre de Harvard y un intelectual pretencioso de Boston que había pasado su vida en embajadas y dominaba varios idiomas extranjeros y el arte de la diplomacia. También era discutidor, puritano y remilgado, susceptible, se ofendía fácilmente, odiaba a todo el mundo y elaboraba constantemente listas con los nombres de sus enemigos. La última, que compuso hacia el final de su vida, incluía trece nombres, entre ellos Jackson, Clay, John C. Calhoun y Daniel Webster,

que habían “conspirado de consuno [y] utilizado sus energías en urdir trucos sucios y rastreros para frustrar mi progreso en la vida”.[356]

Adams tenía una pésima relación con todos sus colegas, que, según él, se acostaban tarde después de haberse pasado la noche jugando, corrompidos por Clay, a quien Adams acusaba también de haber insinuado a una camarera. Disentían en la mayoría de las cuestiones en disputa, ya que representaban intereses regionales muy disímiles. Afortunadamente, los británicos, después de haberse asegurado la soberanía sobre Canadá, no estaban demasiado interesados en dificultar el acuerdo. Su ataque a Washington había “dado una lección a Norteamérica” y todos deseaban que se llegara rápidamente a un acuerdo. El desastre de Washington también obligó a Madison y a Monroe a acelerar las conversaciones. Aún antes de este desastre, los bancos de Filadelfia y Baltimore se habían declarado en quiebra. La práctica destrucción de Washington hizo detonar una crisis financiera que duraría mucho tiempo y que afectó además a los grandes bancos de Nueva York. Las arcas del Tesoro estaban vacías, como bien sabía Gallatin. Pero en Nueva Inglaterra los federalistas, cuyos bancos no se habían visto afectados por la crisis, contemplaron gustosos la ruina de los estados que habían apoyado la guerra y la confusión de los republicanos a cargo del Gobierno. Los estados de Nueva Inglaterra se reunieron en una convención que se llevó a cabo en diciembre de 1814 en Hartford, Connecticut. Contrariamente a lo que se rumoreaba, no discutieron activamente acerca de la secesión, sino que elaboraron planes para oponerse a cualquier otra medida de guerra que impusiera el Gobierno, como por ejemplo la conscripción y las trabas al comercio.[357]

En octubre, un agotado Madison ordenó a un Monroe aún más exhausto, que se estaba ocupando del Departamento de Guerra al mismo tiempo que del suyo (“Hace un mes entero

que no me acuesto en una cama", se quejaba), que intentara conseguir lo antes posible un acuerdo en el que se aceptara "el *statu quo ante bellum* como base de las negociaciones". El duque de Wellington también pensaba que no había más nada que se pudiera obtener por medio de la guerra, y lord Castlereagh, secretario de Asuntos Extranjeros de Inglaterra, estaba igualmente ansioso por "liberarse de la pesada carga de la guerra con Norteamérica",[358] De hecho, la fórmula del *statu quo* era la solución más simple para una guerra que ambas partes consideraban tácitamente que nunca debería haber empezado, por lo que fue aceptada. Se evitó la discusión de puntos como los derechos de pesca en Terranova y la navegación del Misisipí y se ignoraron los asuntos específicamente bélicos. El Tratadlo de Ghent se limitó a dictaminar que debía haber un cese del fuego inmediatamente después de que el documento fuera ratificado, que los prisioneros debían ser liberados, que las partes renunciarían a prácticamente todos los territorios ocupados durante el conflicto, que se aseguraría la pacificación de los indios y también una delimitación más precisa de las fronteras, todo lo cual quedaría en manos de comisiones nombradas al efecto.[359]

Más por obra de la casualidad que intencionadamente, el Tratado de Ghent resultó ser uno de los grandes acuerdos políticos de la historia. Después de firmar, Adams dijo a uno de los delegados ingleses: "Espero que éste sea el último tratado de paz entre Inglaterra y Estados Unidos".[360] Y lo fue. El mismo hecho de que ambas partes se retiraran a las posiciones que ocupaban antes de la guerra, de que ninguna de ellas pudiera hablar de victoria o derrota, y de que sus términos no pudieran ser presentados, entonces y más tarde, como un triunfo o un robo, todo esto contribuyó a la perdurabilidad del tratado y ayudó a borrar de la memoria nacional de ambos países un enfrentamiento que ya había alcanzado por entonces un grado demasiado elevado de hostilidad. Y la ausencia de alardes o recrimina-

ciones significó que el tratado podría funcionar como una base sobre la cual construir una relación amistosa y sensata entre los dos grandes pueblos angloparlantes.

El hecho de que la victoria de Jackson en Nueva Orleans hubiese llegado demasiado tarde para influir en el tratado no significa que no tuviera consecuencias, sino todo lo contrario. A su manera, también fue decisiva porque, aunque el tratado no la mencionara, ambas partes hicieron mayores concesiones estratégicas e incluso históricas. Castlereagh fue el primer estadista británico de importancia que aceptó la existencia de Estados Unidos, no sólo en teoría sino también en la práctica, como una entidad nacional legítima que debía considerarse un participante más en el juego mundial. Esta aceptación estaba implícita en el elemento de confianza tácita que subyacía en el texto. Norteamérica, por su parte, aceptó del mismo modo la existencia de Canadá como una entidad permanente y legítima, no sólo como un problema pendiente de solución desde la guerra de la Independencia y que terminaría, a su debido tiempo, absorbida por Estados Unidos. De allí en adelante, el camino a la expansión, tanto para Estados Unidos como para Canadá, ya no se basó en robos a expensas del otro país, sino en un desplazamiento simultáneo hacia el Pacífico en un marco de rivalidad amistosa. A cambio, Inglaterra dio luz verde a los norteamericanos para que se expandieran a gusto hacia cualquier lugar al sur del paralelo 49 (un límite fijado en 1818), a expensas tanto de los indios como de los españoles.

La victoria de Jackson fue de vital importancia porque determinó la forma en que se interpretó y se aplicó el Tratado de Ghent. Inglaterra, lo mismo que la mayoría de las otras naciones, no había reconocido la legitimidad de la compra de Luisiana y no reconocía a los norteamericanos el derecho de ocupar Nueva Orleans, Mobile ni cualquier otro lugar del golfo de México. Inglaterra habría tenido la libertad de devolverle a España

cualquiera de estos territorios si hubiera estado en posesión de ellos, aún según los términos del Tratado de Ghent. Y eso, le dijo Monroe a Madison, era exactamente lo que los británicos habrían hecho si Jackson no hubiera ganado la batalla. El efecto de la victoria fue que legitimó a los ojos de la comunidad internacional la compra de Luisiana. Del mismo modo, Inglaterra podría haber mantenido la posesión de Fort Bower y haberlo convertido en otro Gibraltar. De hecho, Inglaterra renunció a cualquier ambición en este sentido siempre que Estados Unidos prometiera dejar en paz a Canadá. Por supuesto, había potentes razones económicas para que Inglaterra deseara mantener una relación amistosa con Estados Unidos en toda la zona del Caribe. La importancia económica de las ricas islas azucareras de las Indias Occidentales se desmoronaba con rapidez ante la veloz expansión industrial de Inglaterra, basada en la manufactura del algodón, una industria que se abastecía cada vez más de la materia prima del Sur norteamericano. A esto se debe que ambos países tuvieran interés en que Norteamérica se expandiera hacia el Sur y dedicara más kilómetros cuadrados al cultivo del algodón. Pero fue la victoria dé Nueva Orleans la que decidió a Inglaterra a cambiar su política. Del mismo modo, la batalla de Nueva Orleans selló el destino de los indios del Sur. Según el Artículo IX del Tratado de Ghent, Norteamérica se comprometía a poner fin a la guerra con los indios "y a devolver de inmediato a estas tribus […] todas las posesiones […] con las que contaban […] en 1811, antes del comienzo de las hostilidades". Este artículo invalidaba claramente el Tratado de Fort Jackson. Expresaba el punto de vista de Inglaterra, que Madison compartía. Se le comunicó a Jackson: "El presidente […] confía en que conciliará con los indios conforme a los principios que expresa nuestro acuerdo con Inglaterra".[361] Pero la confianza de Madison no tenía base: Jackson no abrigaba la menor intención de devolver nada a los indios. Y, ahora que el Ejército británico

se había retirado de la zona, no había nadie que pudiera obligarlo a ello. Cuando Jackson sencillamente ignoró el Tratado dé Ghent, ni en Washington ni en Inglaterra nadie hizo nada al respecto. De hecho, ahora los colonos norteamericanos tenían carta blanca para cumplir con su destino: llegar al Pacífico. Esa fue otra de las consecuencias de la batalla de Nueva Orleans. Por consiguiente Jackson era, ahora, el héroe que el Sur y el Oeste reconocían como su campeón, lo mismo que el resto de los norteamericanos, que necesitaban con urgencia una figura marcial y victoriosa para levantar su espíritu nacional; en una palabra, un digno sucesor de Washington. Así pues, la era revolucionaria culminó con la entrada en la escena norteamericana de una nueva figura, que habría de conducir a la nación hacia la era de la democracia.

TERCERA PARTE
“LO QUE PREVALECE ES UNA FELIZ MEDIOCRIDAD GENERAL”.
La Norteamérica democrática, 1815-1850

Hacia el final de su vida, Benjamin Franklin escribió un folleto en el que daba consejos a los europeos que se proponían emigrar a Norteamérica. Decía que era un buen lugar para aquellos que quisieran hacerse ricos. Pero, agregaba, era sobre todo un puerto seguro para los pobres que estuviesen dispuestos a trabajar, porque “en ningún otro sitió los pobres que trabajan están tan bien alimentados ni tan bien vestidos, tienen uña vivienda mejor ni son tan bien pagados como en los Estados Unidos de Norteamérica”. Era un país, concluía, en el que “prevalece una feliz mediocridad general”.[362] Es importante que aquellos que deseen comprender la historia norteamericana recuerden esta afirmación acerca de la “feliz mediocridad”. El historiador se ve empujado a explayarse sobre los sucesos más destacados y las crisis de la historia de una nación, a registrar los hechos de sus prohombres, las batallas, las elecciones, los debates memorables y las leyes aprobadas. Pero la vida cotidiana de los ciudadanos comunes no debe ser ignorada simplemente porque no ha producido grandes acontecimientos. Esto resulta particularmente cierto en el caso de Estados Unidos, un país específicamente creado por y para hombres y mujeres comunes, en el que el sistema de gobierno se organizó de modo tal que interfi-

riese lo menos posible en sus vidas. El hecho de que, a menos que lo investiguemos muy a fondo, sepamos tan poco acerca de la gran mayoría de la población es en sí mismo un punto de gran importancia histórica, porque ese elocuente silencio es un testimonio inequívoco del éxito del experimento republicano.

A comienzos del siglo XIX, Estados Unidos estaba alcanzando tasas de natalidad a las que nunca antes se había llegado en la historia de la humanidad, en particular considerando el número de niños que llegaban a la edad adulta. El censo del año 1800 reveló que la población ascendía a 5.308.843 habitantes, lo que significaba un aumento del 35 por ciento a lo largo de una década. Hacia 1810 había saltado a 7.239.881 habitantes, otro 36,4 por ciento más. En 1820 había 9.638.453 habitantes, lo que significaba que la población se había prácticamente duplicado en veinte años, y casi el 80 por ciento correspondía a un aumento natural. En palabras de un congresista: "Le invito a ir al oeste, visitar una cabaña y contar a sus moradores. Se encontrará con un fuerte y vigoroso joven de dieciocho años y su media naranja, que acaban de comenzar la lucha por forjarse una vida independiente. Treinta años después, vuelva a visitarlos; en lugar de con dos personas, se encontrará con que ahora esa misma familia tiene veintidós miembros. Eso es lo que yo llamo la tabla de multiplicar norteamericana".[363]

Pero en 1815, con el fin de la guerra mundial, a las altas tasas de natalidad se sumó un gran flujo de inmigrantes. Es una conjunción histórica de enorme importancia el hecho de que el advenimiento de la república independiente, la apertura del tesoro de tierras que significó la compra de Luisiana y la destrucción del poder de los indios por parte de Andrew Jackson coincidieran con los comienzos de la revolución demográfica mundial, que sobrevino primero en Europa. Entre 1750 y 1900 la población europea creció más rápidamente que en cualquier otra parte del mundo (excepto en Norteamérica), y pasó de 150 a más

de 400 millones.[364] Esto, a su vez, produjo una enorme corriente migratoria: a Sudamérica, Rusia, Oceanía, Canadá, Sudáfrica y, sobre todo, a Estados Unidos. La estampida hacia Norteamérica comenzó después de la batalla de Waterloo, en junio de 1815, continuó durante todo el otoño y, en invierno, los barcos siguieron transportando inmigrantes en medio de los fuertes vientos y las heladas. Se aceleró en 1816, que en Europa fue "el año sin verano", en que las lluvias torrenciales e incluso la cellisca y la nieve se prolongaron durante julio y agosto, echaron a perder las cosechas y empujaron a los más pobres y a las víctimas del hambre a las costas, donde se apiñaban en la espera de los barcos. Ezekiah Niles (1777-1839), que administró el *Niless Weekly Register* desde 1811 en adelante, en muchos sentidos el mejor periódico norteamericano de la época, calculó que ese año habían llegado al país 50.000 inmigrantes, aunque más tarde se dijo que habían sido menos. Su cálculo más minucioso, el de 1817, se basó en las listas de embarque (el Gobierno federal, aunque levantaba censos, todavía no publicaba estadísticas) y arrojó una cifra de 30.000 inmigrantes hasta el final de la temporada alta, en septiembre. La mitad de ellos fueron a Nueva York y Filadelfia, pero algunos decidieron atravesar los Apalaches y dirigirse al valle del Ohio.

El primer freno a este flujo —el fin de la inocencia, por así decir— llegó con el catastrófico hundimiento bancario de 1819, la primera crisis financiera de la historia norteamericana. Un desastre de estas características era inevitable dada la tasa de crecimiento del país. Sólo entre los años 1816 y 1821 se crearon seis nuevos estados, lo que en tamaño y capacidad potencial era equivalente a agregar al país seis países europeos. Estados Unidos ya se estaba creando una reputación de tomador masivo de préstamos a crédito de su ilimitado futuro. Eso significaba la necesidad de un gran número de bancos y, como correspondía, comenzaron a proliferar: buenos, malos e indiferentes (la mayo-

ría eran de estos dos últimos tipos). Los partidarios de Jefferson odiaban los bancos, como ya hemos visto y, en 1811, cuando la autorización concedida al Primer Banco de Estados Unidos expiró, ellos controlaban el Congreso y se negaron a renovarla. Fue una tontería, porque los estados llenaron el vacío así creado autorizando alegremente la instalación de nuevos bancos, cuyo número se incrementó de 88 en 1811 a 208 dos años más tarde. A cada banco estatal la legislatura local le permitía emitir papel moneda por un importe tres veces mayor al de su capital. Pero, en la práctica, estas emisiones no estaban sometidas a ningún tipo de control. De ahí que, al menos en las buenas épocas, conseguir una autorización para fundar un banco estatal era literalmente una licencia para imprimir dinero. Críticos como Jefferson y John Taylor afirmaban que lo que estaba apareciendo en el país era un nuevo tipo de poder monetario, que contradecía abiertamente el concepto de una sociedad rural idílica basada en la propiedad de la tierra que habían imaginado los Padres Fundadores.[365] Durante la guerra de 1812, Norteamérica fue inundada por unos sospechosos billetes de dos y cinco dólares que ponían en circulación estos bancos que crecían como hongos. El oro en existencia se enviaba directamente a Boston, cuyos bancos estatales eran los más seguros. En 1813 los billetes de Boston estaban entre un 9 y un 10 por ciento sobre la par en Filadelfia. Los bancos de Nueva Inglaterra se negaban rotundamente a aceptar papel moneda del Sur y del oeste. En 1814, tras el incendio de Washington y el virtual derrumbe del Gobierno federal, todos los bancos instalados fuera de Nueva Inglaterra fueron obligados a suspender sus pagos.

El remedio que aprobó el Congreso resultó ser peor que la enfermedad. El 10 de abril de 1816 creó el Segundo Banco de Estados Unidos, compró el 20 por ciento de sus acciones y estipuló que el Gobierno federal tendría la facultad de designar a cinco de sus veinticinco directores, pero no tomó demasiadas

medidas para supervisar sus operaciones. Además, su primer presidente, William Jones (1760-1831), un ex congresista y secretario de Marina de Madison, no era un gran conocedor del negocio bancario; su especialidad era tener amigos poco fiables. Encajaba a la perfección en la demonología de Taylor. Lo cierto es que se las arregló para producir un frágil y repentino auge, una anticipación en miniatura del auge de Wall Street en la década de 1920 que desembocó en la caída de 1929. El auge de Jones estuvo relacionado con la venta de tierras. A partir de 1815 el precio del algodón norteamericano aumentó rápidamente y esto a su vez alimentó el auge. Por aquel entonces, la tierra pública se vendía principalmente a fin de incrementar la renta más qué para alentar a los colonos, que por otra parte no necesitaban ningún estímulo. Pagaban dos dólares por acre (0,405 hectáreas) y la parcela mínima era de 160 acres (casi 65 hectáreas). Pero sólo tenían que pagar al contado el 20 por ciento de esa suma, y podían saldar el resto mediante un préstamo hipotecario concedido por los bancos. El precio de dos dólares era un precio mínimo; en el Sur, la tierra potencialmente algodonera se vendía, en los años del auge, a 100 dólares el acre. A fin de alentar el auge mediante créditos accesibles, el Segundo Banco autorizaba a los compradores a pagar hasta la segunda cuota a crédito utilizando la propiedad como garantía, como si se les concediera una segunda hipoteca.[366] Jones, cuya única preocupación parece haber sido pagar altos dividendos sobre la base de la cartera de préstamos de su banco, administró este banco central federal como una oficina de especulación financiera. De hecho autorizó al banco a realizar transacciones con *racers*, la forma abreviada de referirse a los *Race Horse Bills*. Se trataba de letras de cambio con las que se pagaban otras letras de cambio, que circulaban rápidamente de un deudor a otro, acumulando intereses y perdiendo progresivamente su valor nominal. Fue un ejemplo típico de las finanzas ruinosas del

siglo XIX, tan apreciadas por novelistas como Thackeray y Dickens, que utilizaban tales recursos para crearles problemas a sus crédulos héroes. Este tipo de bonos explica por qué la gente necesitada obtenía tan poco de las sumas que se comprometía a reembolsar. Lo que ocurría es que, por lo general, finalmente no podían reembolsar lo prestado, lo que explica por qué la pirámide estaba destinada a derrumbarse.[367]

La política de créditos accesibles de Jones fue socavada además por las actividades de las sucursales del Segundo Banco, algunas de las cuales estaban en manos de verdaderos estafadores. En Baltimore la sucursal era administrada por dos especuladores en tierras, James A. Buchanan y James W. McCulloch, que financiaron sus negocios obteniendo préstamos sin garantías de su propio banco (429.049 y 244.212 dólares respectivamente), a lo que se agregó un préstamo adicional de 50.000 dólares que obtuvo el primer pagador. En realidad, esto era como meter mano en la caja. Y un ejemplo típico de la expansión general del crédito que Jones estimuló, incrementando la deuda en tierras públicas de tres millones de dólares en 1815 a más de cinco veces esa cantidad (16,8 millones) tres años más tarde. Parte de este dinero se invirtió en la compra de casas, en lo que fue además el primer auge inmobiliario urbano de la historia de Estados Unidos. Como muchas de las minas de oro latinoamericanas habían sido cerradas en el curso de la guerra de la Independencia contra España, que en ese momento se encontraba en su punto más alto, la diferencia de valor entre el papel moneda y el oro era astronómica. Además, todos los otros bancos siguieron el ejemplo de Jones. Los hombres sensatos formularon advertencias acerca de lo que habría de ocurrir. John Jacob Astor, que había utilizado las ganancias que le procurara su imperio peletero para fundar una empresa dedicada al negocio inmobiliario en Manhattan, acusó al Segundo Banco de provocar una inflación incontrolable. En una carta a Albert Gallatin (14 de

marzo de 1818) decía que aquel banco había reducido hasta tal punto el valor del dinero "que todo lo demás se ha vuelto caro, y el resultado es que nuestros comerciantes, en lugar de exportar productos exportan metálico, de modo que le digo confidencialmente que será difícil que los pagos en metálico se mantengan. Los diferentes estados siguen fundando más y más bancos, y no me sorprendería que, a la larga, haya un estallido general".[368]

Astor estaba en lo cierto con respecto a los bancos estatales: Hezequiah Niles consiguió que, entre 1815 y 1819, para que un harneo emitiera papel moneda no necesitaba más que las planchas correspondientes, papel y las máquinas para imprimirlo. Era suficiente para eliminar del negocio a los auténticos falsificadores, aunque éstos todavía se las apañaban (según Niles) para fabricar una buena cantidad de billetes falsos. Afirmaba que billetes falsos de por lo menos 100 bancos circulaban libremente en 1819. Muchas de las nuevas entidades bancadas se instalaban en locales en los que habían funcionado talleres, posadas o iglesias, agregando así la blasfemia a las finanzas especulativas. En 1819 había al menos 392 bancos autorizados, y muchos otros no autorizados, y la deuda sobre las tierras públicas había experimentado otro salto de 6 millones de dólares hasta estabilizarse en 22 millones. De pronto, la burbuja del algodón estalló: los importadores de Liverpool, alarmados por el alza de los precios, comenzaron a comprar grandes cantidades de algodón en rama a la India. Entre diciembre y enero de 1819 el precio del algodón de Nueva Orleans bajó a la mitad, y esto repercutió a su vez en el precio de la tierra, que cayó entre un 50 y un 75 por ciento. Entonces los bancos se encontraron con que el nuevo valor de las tierras que garantizaban sus préstamos cubría apenas una fracción de éstos, que pasaron a ser incobrables: en consecuencia, comenzaron a quebrar. Jones enmendó sus anteriores errores inflacionarios provocando una brusca y salvaje

deflación: prohibió a las sucursales del Segundo Banco que aceptaran billetes emitidos por otros bancos, insistió en que el capital y los intereses fueran cancelados de inmediato y exigió a los deudores el pago de los préstamos.[369] Esto dio lugar a que se duplicara y triplicara rápidamente el número de bancos autorizados que iban a la quiebra, y el Segundo; Banco, su principal acreedor, se quedó con sus activos: los títulos de propiedad de cientos y miles de granjeros.

El resultado del estallido bancario fue una crisis en la industria manufacturera. En 1816 las tejedurías de algodón empleaban a 2.325 trabajadores; para el otoño de 1819 sólo 149 no habían sido despedidos. En Nueva Inglaterra la crisis fue mitigada por el saneamiento bancario, pero seguía siendo aguda y el desempleo creció rápidamente. John Quincy Adams, siempre propenso a expresarse en un tono sombrío, escribió en la portada de su diario correspondiente al 24 de abril de 1819: "En medio de la paz y la relativa prosperidad nos encaminamos a una crisis que hará temblar los cimientos de la Unión".[370] La noticia llegó a Europa demasiado tarde para que se cancelaran los viajes programados para 1819, de modo que las decenas de miles de inmigrantes que siguieron llegando se encontraron con que las oportunidades de trabajo eran nulas y se los miraba con creciente hostilidad. Un observador, Emanuel Howitt, escribió que "ahora [1819] los yanquis tratan al inmigrante con el más soberano desprecio […] como a un desdichado, expulsado de su propio y no menos desdichado país, que busca ganarse la subsistencia en esta espléndida tierra".[371] No volvería a haber "nunca un mañana alegre y seguro". En marzo de 1819, el Congreso, en un intento desesperado por detener los arribos de barcos a Nueva York y otros puertos, aprobó una reglamentación que imponía a los navíos que llegaban la obligación de no transportar a más de dos personas por cada cinco toneladas; la medida entró en vigor a partir de septiembre y fue la primera

de control de la inmigración. El Departamento de Estado, en una disposición que se publicó en el *Niless Weekly Register*, anunció los planteamientos de su política: "La República Norteamericana no invita a nadie a venir. No impediremos que nadie venga. Los que lleguen no se verán perjudicados por ser extranjeros. Pero tampoco pueden esperar verse beneficiados. Los nacidos en el país y los extranjeros tienen las mismas oportunidades. Lo que les suceda depende exclusivamente de su capacidad y sus esfuerzos individuales, y de la buena suerte".[372]

¿Por qué llegaban los inmigrantes? Una de las razones era que los pasajes para los viajes por mar eran cada vez más baratos. Otra era la escasez de alimentos, que a veces se convertía directamente en hambre. El mal tiempo de 1816, y los rigurosos inviernos de 1825-1826, 1826-1827 y 1829-1830, este último el más frío consignado, produjeron verdaderas hambrunas. Las teorías de Thomas Malthus acerca de la catástrofe demográfica se divulgaron entre las masas de una manera tergiversada y con tintes aterradores, así que los hombres querían llevarse a sus familias de Europa antes de que llegara el día del Juicio Final. Otro factor era la presión tributaria. Hacia el final de las guerras napoleónicas, toda Europa soportaba unos impuestos abusivos. En 1816, una rebelión parlamentaria abolió el impuesto sobre la renta en Inglaterra, y en la década de 1820 también se redujeron poco a poco los aranceles aduaneros. Pero en Europa se repetía la vieja historia y el Estado seguía descargando todo el peso de los gravámenes fiscales sobre las espaldas de los campesinos pobres y los comerciantes. En el continente la situación era aún más compleja, porque había decenas de miles de aduanas internas que imponían aranceles a prácticamente todo lo que pasaba por ellas.

En comparación, Norteamérica era un paraíso. Su Ejército era cincuenta veces más pequeño que el de Prusia. El gasto per cápita del Gobierno equivalía al 10 por ciento del de Inglaterra,

un país que, comparado con los del continente, tenía un Estado pequeño. No había diezmos, porque no había una Iglesia estatal. Tampoco había contribuciones destinadas a subsidiar a los pobres, porque prácticamente no había pobres. Una finca que tuviera ocho caballos pagaba sólo 12 dólares anuales de impuestos. Los europeos no daban crédito a lo que oían cuando se les mencionaban esas cifras. En Norteamérica no sólo los salarios eran altos, sino que el trabajador podía gastar lo que ganaba para mejorar el nivel de vida de su familia. Además había otros beneficios. No había servicio militar obligatorio. No había policía política. No había censura. Y tampoco leyes que consagrasen las diferencias de clase. La mayoría de los patronos comían sentados a la misma mesa que sus subordinados. Nadie (salvo los esclavos) llamaba a nadie "amo". Las cartas que los inmigrantes que ya se habían establecido enviaban a su país de origen eran leídas en voz alta ante los pobladores de aldeas enteras y su enorme efecto propagandístico redundaba en el reclutamiento de nuevos viajeros. Lo mismo ocurría, vale la pena comentarlo, con los mensajes anuales del presidente al Congreso, que eran publicados por muchos de los periódicos europeos hasta que los censores prohibieron su difusión. Como escribió el *Dublin Morning Post* "Leemos este documento como si nos estuviera hablando de nuestros propios problemas".[373]

Pero el incentivo más poderoso era la tierra barata. A los inmigrantes europeos se les ofrecía tierra barata en todos los antiguos territorios de caza de los pueblos más primitivos del mundo —en especial en Australia y la Argentina—, pero era en Estados Unidos donde todo resultaba más mágico, porque allí el Gobierno se había tomado la molestia de diseñar un sistema mediante el cual hasta los más pobres podían aspirar a ser propietarios. A lo largo de toda la historia de Estados Unidos, el sistema de compra de tierras fue el acto de gobierno en el que se actuó siempre con la mayor benevolencia. El sistema se fun-

damentaba en la ley de 1796 por la cual se fijaba un precio de dos dólares el acre (0,405 hectáreas), y que concedía un crédito de un año por la mitad del importe total de la compra. Una ley de 1800 creó oficinas de tierras dependientes del Gobierno federal como las de Cincinnati, Chillicothe, Marietta y Steubenville, Ohio, es decir, en la misma frontera. La compra mínima se redujo de 640 acres, o una milla cuadrada (260 hectáreas), a 320 acres (130 hectáreas); el comprador sólo debía pagar al contado el 25 por ciento, y se le daba un plazo de cuatro años para cancelar el resto. De modo que un hombre podía obtener una finca grande —más aún, comparándola con lo que era común en Europa, enorme— pagando al contado apenas unos 160 dólares. Cuatro años más tarde, el Congreso volvió a reducir el mínimo a la mitad. Esta medida ponía lo que se podía considerar una granja familiar viable al alcance de los millones de campesinos y trabajadores cualificados europeos con una cierta capacidad de ahorro. Durante los primeros once años del siglo XIX se vendieron en estas condiciones casi 3.400.000 acres (1.380.000 hectáreas) en lo que entonces era el noroeste, además de otros 250.000 acres (poco más de 100.000 hectáreas) en Ohio. Estas transferencias de tierras se incrementaron después de 1815, cuando medio millón de acres (poco más de 200.000 hectáreas) de Illinois, por ejemplo, fueron pasando anualmente a manos de pequeños y medianos granjeros. Lo mismo ocurrió en el Sur. En Alabama, las ventas de tierras que emprendió el Gobierno aumentaron a 600.000 acres (243.000 hectáreas) en 1816 y a 2.280.000 acres (923.000 hectáreas) en 1819. El estado de Georgia Occidental entregó gratuitamente parcelas de 200 acres (80 hectáreas) a los poseedores de billetes de lotería premiados. Durante los años posteriores a 1815 hubo en Estados Unidos más gente que adquirió a precios de ocasión tierras por las que se le otorgaba un título de propiedad definitivo que en cualquier otro período de la historia de la humanidad.[374]

La enorme fertilidad del suelo hizo que el esforzado y agotador trabajo de cultivarlo valiera la pena. En la región de los lagos —partes de Indiana, Illinois y Michigan— un vasto glaciar conocido como el ventisquero Wisconsin había erosionado las rocas y dado lugar a una profunda capa de suelo fértil que contenía todos los elementos necesarios para la agricultura intensiva. Los colonos, gente versada en el Antiguo Testamento, la llamaron Canaán, el país de Dios, porque su rendimiento triplicaba el de las otras zonas, a las que se dio en llamar Egipto. Algunas de las colonias que se instalaron después de 1815 se hicieron célebres por la rapidez con que prosperaron. Una fue Boons Lick, una franja de cerca de 100 kilómetros de anchura a ambos lados del río Misuri, que se convirtió en el condado de Howard en 1816. Podía ufanarse de tener una tierra excelente, agua pura, toda la madera que se necesitase y un paisaje idílico. En 1819, el periódico local, el *Missouri Intelligence*, que se editaba en una pequeña ciudad llamada Franklin, publicó un brindis de primavera: "Boons Lick, hace dos años un desierto. Hoy, ¡rica en algodón y ganado!". En todas partes se la tenía por la mejor tierra de todo el oeste.

Además, el precio de la tierra experimentó una tendencia a la baja, y en la década de 1820 llegó más de una vez a cotizarse a un dólar y cuarto el acre (0,405 hectáreas). Para la mentalidad de nuestros días resulta asombroso que, aún así, se considerase un precio demasiado alto y que hubiese un clamor generalizado en demanda de tierra más barata o incluso gratuita. A muchos colonos se los llamaba "intrusos". Esto significaba, simplemente, que habían llegado primero y que habían pagado inmediatamente después de la agrimensura pero antes de que la tierra fuera dividida en parcelas para su venta. Y que arriesgaban sus títulos de propiedad si aceptaban el desafío de los compradores y especuladores que no residían allí. Hacia finales de 1828 dos tercios de la población de Illinois estaba compuesta por intru-

sos. Su adalid era Thomas Hart Benton (1782-1858), senador entre 1821 y 1851, que se opuso razonablemente a la fijación de un precio mínimo para las tierras del oeste: propuso calcular su valor de acuerdo con su calidad, insistió en que los colonos debían pagar una compensación por las mejoras y logró que se aprobara una ley al respecto. En las zonas fronterizas existía un odio generalizado hacia los especuladores, que corrían serios riesgos si aparecían por ellas. Un predicador metodista observó en Elkhorn Creek, Wisconsin: “Si un especulador hacía alguna oferta por alguna granja de un colono, se lo aporreaba y se lo echaba de mala manera de la oficina [de tierras], y si la persona que lo golpeaba era procesada y multada los colonos pagaban la multa de buena gana. [Pero] ningún juez condenaría a un colono en un caso así porque se consideraba que había actuado en legítima defensa. [Así que] ningún especulador se atrevía a hacer una oferta por la tierra de un colono, y como ningún colono pretendía comprar la tierra de su vecino, todo el mundo podía obtener su tierra al precio que había fijado el Congreso: un dólar y cuarto el acre (0,405 hectáreas)”.[375]

Hay una cuestión económica e histórica que es importante recordar llegados a este punto. Los hombres siempre abusan de la libertad, y los especuladores en tierras del siglo XIX podían ser malvados y rapaces. Pero el Congreso, fiel a sus orígenes, estaba dispuesto a afrontar ese riesgo. Estableció leyes relativas al suelo mediante un estatuto y después —y en consonancia con ellas— permitió el desarrollo de un mercado de la tierra absolutamente libre. Partía del supuesto de que ésta era la mejor y más expeditiva forma de asegurar el ordenamiento definitivo del país. Y demostró que estaba en lo cierto: la libertad funcionó. En Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Canadá, las autoridades británicas intervinieron constantemente en el mercado de la tierra invocando motivos superiores y, como resultado de ello, estos países —algunos de los cuales contaban incluso con mayores

ventajas naturales que Estados Unidos— se desarrollaron mucho más lentamente. Un experto británico, H. G. Ward, que había conocido de cerca ambos sistemas, hizo en 1839 una comparación devastadora ante una comisión de la Cámara de los Comunes. En Canadá, el Gobierno, por temor a los especuladores, había concebido un complejo sistema de controles que en la práctica les hizo el caldo gordo. El sistema libre norteamericano, en cambio, atrajo a multitudes que rápidamente se establecieron y crearon gobiernos locales que pronto actuaron como una fuerza de contención contra los operadores antisociales. El sistema funcionó porque era simple y se correspondía con las fuerzas del mercado.

> Hay un precio uniforme de un dólar y cuarto el acre (0,405 hectáreas) [mínimo]. [El Gobierno federal] no concede ningún crédito. Hay perfecta libertad de elección y apropiación a este precio. Se realizan tareas de agrimensura cuya magnitud los extranjeros no pueden ni imaginar. Se han hecho mapas y planos de más de 140 millones de acres (56,7 millones de hectáreas) a un coste de 2.164.000 dólares. Hay una Oficina General de Tierras en Washington, de la que dependen cuarenta oficinas locales, cada una de las cuales tiene un registrador y un administrador. […] Hasta las personas más humildes tienen acceso a los mapas, los planos y la información de todo tipo. […] Si así lo desea, un hombre puede invertir un millón de dólares en tierras. Si se equivoca es asunto suyo. Sean cuales fueren las circunstancias, el que gana es el público.[376]

Tenía razón, y la prueba de que el sistema libre norteamericano funcionó es un hecho histórico: el rápido y exitoso poblamiento del valle del Misisipí. Se trata de uno de los acontecimientos decisivos de la historia. Gracias a él, Norteamérica llegó a ser verdaderamente dinámica y logró pasar de la costa este, limitada por los Apalaches, a la gran red de valles fluviales que se extienden más allá de ellos. La ocupación de Misisipí —una zona de 3.240.000 kilómetros cuadrados, equivalente a la superficie de Europa Occidental—, fue el hito gracias al cual Estados Unidos dejó de ser una pequeña y esforzada ex colonia y se convirtió en una nación importante.[377]

La velocidad con la que se establecieron los gobiernos representativos fue parte importante de este dinamismo. Además de

Kentucky y Tennessee, los primeros estados que se formaron más allá de los Apalaches, alcanzaron la condición de estado: Ohio, en 1803; Luisiana, en 1812; Indiana, en 1816; Misisipí, en 1817; Illinois, en 1818; Alabama, en 1819; Misuri, en 1821; Arkansas, en 1836 y Michigan, en 1837. El método de asegurar a los territorios un rápido progreso hacia la condición de estado fue el mejor recurso de que dispuso Washington para ayudar al poblamiento, aunque la Constitución también autorizaba al Gobierno a construir carreteras nacionales. La primera carretera nacional fue un camino ancho que permitía llegar al otro lado de los Apalaches, y el tramo hasta Wheeling, desde donde los colonos podían viajar siguiendo el curso del río Ohio, fue inaugurado en 1818. A principios de la década de 1830 la carretera llegaba ya a Columbus, Ohio. El Gobierno federal construyó también carreteras que iban hacia el Sur en colaboración con los gobiernos estatales o encargando la tarea a militares como el general Jackson, que en 1820, como comandante del ejército occidental, abrió un camino entre Florence, Alabama y Nueva Orleans, la mejor ruta para llegar a la zona del Misisipí inferior. Otras carreteras fueron la del Gran Valle, la de las Mesetas y la Federal del Norte. Eran precarias si se las comparaba con las nuevas carreteras del tipo McAdam-Telford que tenía Inglaterra, pero muy superiores a las que había en Latinoamérica, Oceanía o la Rusia al norte de los Urales, y para entonces ya eran varios y muy vastos los territorios poblados. Además, estaban los ríos, la mayoría de los cuales tenían cursos que favorecían el poblamiento. Incluso antes de que aparecieran los barcos de vapor, cientos —que pronto llegaron a ser miles— de barcazas y lanchones transportaban a los colonos y sus productos río abajo. Hacia 1830, 3.000 barcazas navegaban anualmente por el río Ohio. En 1825, la finalización de las obras del canal Erie, que comunicaba el Atlántico con los Grandes Lagos a través del río Hudson, facilitó notablemente el acceso a las grandes plani-

cies. También confirmó la primacía de Nueva York como puerto, en especial para los inmigrantes que desde allí podían, gracias al canal, trasladarse directamente a las nuevas ciudades del Medio Oeste. Desde ese momento, el movimiento de barcos de vapor en el valle del Misisipí comenzó a ser incesante, y las embarcaciones no sólo se dedicaban a transportar a los colonos sino también alimentos y ropa para los habitantes de las explosivas ciudades, que en 1810 representaban apenas el 7 por ciento de la población y a mediados del siglo XIX habían aumentado a más de un tercio de ese total.[378]

Un lugar típico de crecimiento fue Indianápolis. Se fundó en 1821. Al año siguiente tenía una casa de dos pisos. En 1823 todavía tenía apenas noventa familias, pero contaba ya con un periódico, un motor importante de la dinámica urbana. En 1827 la población llegó a los 1.000 habitantes, y veintiún meses más tarde un visitante escribió: “El lugar comienza a parecerse a una ciudad: alrededor de 1.000 acres (405 hectáreas) cultivadas, diez tiendas, seis tabernas, un juzgado que costó 15.000 dólares y muchas casas hermosas”.[379] Elijah Miles, que fue a instalarse en la zona del río Sangamon en 1823, dejó escrito cómo fundó Springfield. Lo primero que hizo fue clavar una estaca en la tierra. Delimitó una superficie de unos 17 metros cuadrados que serían destinados a una tienda, viajó a San Luis a comprar 25 toneladas de mercancías, alquiló un barco, llevó en él sus mercancías hasta la boca del Sangamon, y después hizo que fuera remolcado río arriba por cinco hombres que tiraban de una maroma de 90 metros de largo. Descargó las mercancías y las dejó en la orilla del río —“Como nadie vivía en las cercanías no tuve miedo de que me robaran”—, caminó los 80 kilómetros que lo separaban de Springfield, alquiló carretas y bueyes que utilizó para acarrear todas sus cosas a la nueva “ciudad”, y abrió allí la primera tienda. Fue la única en un distrito que más tarde se dividió en 14 condados, de modo que “muchos debían viajar más

de 130 kilómetros para venir a hacer sus compras”. Springfield creció en torno a esa tienda. Construyeron una cárcel que costó 85,75 dólares, delimitaron caminos y distritos electorales o “circunscripciones” como ellos los llamaban, y recaudaron un impuesto sobre “los caballos, el ganado, los carruajes, las existencias de las tiendas y la destilación de alcohol”. En 1824 la ciudad tenía sus propios caminos, sus jueces, un orfanato, un alguacil y un clérigo. La figura clave de este tipo de desarrollos solía ser el clérigo del condado, que además era el maestro de escuela, y a quien se pagaba una mitad del salario en dinero y la otra mitad en especies.[380]

Aunque las iglesias fueron las primeras estructuras que se erigieron en la mayoría de las ciudades, la religión florecía sin ellas si era necesario. El Segundo Gran Despertar, que comenzó en la década de 1790 y se desarrolló principalmente en la frontera, fue llevado a cabo por evangelistas viajeros que solían realizar multitudinarios encuentros al aire libre. El primero fue en Cañe Ridge, en las cercanías de Lexington, Kentucky, en 1801, y se convirtió en un modelo para los que lo sucederían. Su organizador, Barton Stone (1772-1844), un presbiteriano de Maryland, describió muy detalladamente el entusiasmo evangélico que suscitaban estas reuniones a cielo abierto en las que los predicadores exaltaban a los participantes hasta transportarlos a una especie de frenesí místico. Stone dividía estos trances en lo que él llamaba “ejercicios”. Así, en el ejercicio de la caída, “el sujeto, por lo general con un grito penetrante, caía como un tronco en el suelo, la tierra o el barro, y parecía muerto”. En las convulsiones “sólo la cabeza resultaba afectada, se sacudía hacia atrás y hacia delante, o de un lado al otro con tanta fuerza que era imposible distinguir los rasgos faciales. Cuando resultaba afectado todo el cuerpo yo he visto a la persona, que estaba de pie en al-

gún lugar, sacudirse hacia atrás y hacia adelante con una rapidez extraordinaria y también cómo su cabeza casi tocaba el suelo durante esas convulsiones". Estaba el ejercicio de ladrido: "Una persona afectada por convulsiones, sobre todo si lo que sacude es la cabeza, suele emitir un gruñido o un ladrido, si se quiere, provocado por lo repentino de la convulsión". También menciona el ejercicio de risa, "una risa espontánea y estrepitosa [...] que no hacía reír a nadie más"; el ejercicio de huida, "el sujeto huye por miedo"; el ejercicio de danza, "la sonrisa del cielo resplandecía en el semblante del sujeto", y el ejercicio de canto, en el que los sonidos no provienen de la boca sino del cuerpo: "esa música lo silenciaba todo".[381] Estos trances pueden provocarnos risa, pero el hecho es que han caracterizado una forma de evangelismo durante dos siglos y que las congregaciones que recibieron la Bendición de Toronto en la década de 1990 los repitieron con casi total exactitud. Y los hombres y mujeres de la frontera, los de Cañe Ridge y los de otras reuniones similares, tenían una buena excusa para justificar su entrega a estos éxtasis religiosos: no tenían ningún otro entretenimiento. La religión no sólo daba sentido a sus vidas y era un consuelo para su aflicción, sino que era el único alivio con que podían contar después de las fatigas del trabajo cotidiano.[382]

Lyman Beecher (1775-1863), un presbiteriano de Nueva Hampshire que se fue al oeste y llegó a ser presidente del Seminario Teológico de Cincinnati —entre otros logros, tuvo trece hijos, uno de los cuales fue Harriet Beecher Stowe, la autora de *La cabaña del tío Tom*— creía que este espíritu evangelista era esencial para la creación de la nación norteamericana, que tan rápidamente estaba creciendo. Sobre la base de un libre mercado de la tierra y todo lo que esto entrañaba, sus habitantes vivían inmersos en una fuerte corriente de individualismo materialista, y sólo la creencia y la práctica religiosas sentidas con energía e intensidad podían brindar el fermento religioso y el

espíritu comunitario capaces de civilizar a este pueblo pujante y agresivo. La religión, la política y la cultura iban juntas, sostenía Beecher, "y está claro que el destino religioso y político de la nación habrá de decidirse en el oeste". El evangelismo, lo que hoy llamamos fundamentalismo, fue el único modo de llegar a los hombres y mujeres dispersos en la frontera y unirlos. Pero la presencia y los actos de los predicadores itinerantes terminó por beneficiar a todas las Iglesias. Algunas de las más antiguas, en especial la de los episcopalistas, no veían con buenos ojos las reuniones al aire libre —decían que allí "son más las almas que se pierden que las que se salvan"— pero eso era porque ellos no lograron adaptar su forma de predicar a las nuevas tendencias. Fueron los metodistas desinhibidos los que mejor aprovecharon el evangelismo, gracias a su persistencia en estimular la pasión y la intensidad en el culto de las congregaciones ya establecidas. Hacia 1844 eran la Iglesia más grande de Estados Unidos.[383] La que le seguía en importancia era la de los baptistas, cuyo centro de irradiación era Rhode Island y su gran seminario teológico, que más tarde se convertiría en la Universidad de Brown (1764). Como la mayoría de las sectas calvinistas, de vez en cuando se dividían —lo que generó la aparición de facciones como la de los baptistas separatistas y la de los intransigentes—, pero tuvieron un enorme éxito en el Sur y el oeste. Hacia 1850 ya se habían establecido en todos los estados y contaban con una importante Facultad de Teología en casi todos ellos.[384]

Pero el evangelismo no se limitó a reclutar fieles para las Iglesias existentes. Así, un baptista, William Miller (1782-1849), inspirado por el Segundo Gran Despertar, se entregó durante dos años al estudio de las escrituras y, en 1818, declaró que Dios pondría fin a "todos los asuntos de nuestra condición actual" un cuarto de siglo después, es decir, en 1844. Reclutó a muchos miles de seguidores, que compusieron un libro de himnos, *The Millenial Harp* (El arpa milenaria), sobrevivieron a la

“gran decepción” cuando llegó el año señalado y nada ocurrió, e incluso a la muerte de su fundador. En 1855 se establecieron en Battle Creek, seis años después adoptaron la denominación de adventistas del séptimo día y, con el tiempo, con dos millones de miembros en todo el mundo, se convirtieron en el centro del vasto imperio vegetariano basado en el desayuno con cereales que creara John H. Kellogg (1852-1943), primer rector de la escuela de Battle Creek y uno de los primeros expertos en nutrición del mundo moderno.[385]

La forma en que los adventistas popularizaron los cereales en el mundo fue típica del espíritu creativo (y ciertamente comercial) de las sectas que brotaron del Segundo Gran Despertar. Este tipo de religión, con la intensidad que la caracterizaba, parecía dar a la vida de las personas comunes y corrientes un eje y una motivación que les permitía convertirse en pioneros, empresarios e innovadores cuyas iniciativas estaban siempre teñidas de heroísmo. En cuanto a Kellogg, era el protegido de Ellen G. Harmon (1827-1915), que, siendo adolescente tuvo durante un episodio de éxtasis religioso la visión de la santidad de los alimentos del desayuno. ¿Qué podía ser más norteamericano, en definitiva, que los copos de maíz, un alimento nutritivo cargado de matices morales y que se fabricaba con el grano que cultivaban los indios y había salvado la vida a los Padres Peregrinos? Otro joven nada excepcional fue Joseph Smith (1805-1844), nacido en una precaria granja de Vermont, que recibió un soplo de espiritualidad del Segundo Gran Despertar en Palmyra, al norte del estado de Nueva York; allí, en 1827, el ángel Moroni le mostró el lugar en el que estaban ocultas un conjunto de tablillas doradas. En secreto, y con la ayuda de las piedras proféticas llamadas Urim y Thurim, tradujo los asertos místicos que las tablillas contenían, que otros transcribieron mientras él dictaba. El resultado de esa transcripción, el *Book of Mormon* (Libro de Mormón), una obra de 500 páginas que salió a la

venta en 1830 (momento en que Moroni hizo desaparecer las tabletas originales), describe la historia del pueblo precolombino de Norteamérica, que provenía de la torre de Babel, había cruzado el Atlántico en barcazas y había sobrevivido bajo la forma de Mormón y su hijo Moroni, que era quien había enterrado las tabletas, en el año 384. El lenguaje del libro es claramente tributario del de la Biblia del rey Jacobo, pero la historia que narra, rica en tribulaciones a las que los protagonistas se sobreponen con coraje y perseverancia, se asemeja mucho a lo que era la vida en la frontera, y el movimiento atrajo a miles de seguidores.

Smith fue asesinado por una turba en Illinois, en 1844, pero su sucesor, Brigham Young (1801-1877), otro nativo de Vermont y hombre de inmensa fuerza de voluntad (y voraces apetitos) y con una considerable capacidad para organizar, condujo a los "supervivientes" bíblicos durante una histórica travesía. Recorrieron planicies y montañas hasta que, entre 1846 y 1847, llegaron a Salt Lake City, donde prácticamente crearon el territorio de Utah, del que Yourig fue nombrado gobernador en 1850 por Washington. En 1852, cuando proclamó la doctrina de la poligamia y tomó para sí 27 esposas que le darían 56 hijos, el presidente James Buchanan lo destituyó de su cargo. La disputa en torno a la poligamia (a la que finalmente renunciaron en 1890) aplazó la admisión de Utah como estado hasta 1896, pero rio pudo impedir que Young y sus seguidores convirtieran su Iglesia de los santos de los últimos días en un imperio religioso mundial de más de tres millones de almas, ni que el pueblo de Utah llegara a ser uno de los más ricos, mejor educados y más observantes de la ley de los Estados Unidos. Ningún otro ejemplo ilustra mejor las posibilidades creativas que encerraba la religión evangélica para la empresa de construcción de una nación.[386]

Algunos de los subproductos del Segundo Gran Despertar bordearon la extravagancia. Cuando los fervorosos norteamericanos se sentían conmovidos durante una reunión al aire libre o por un predicador de paso y consideraban que los baptistas o los metodistas eran demasiado aburridos, tenían a su disposición una gran variedad de creencias más picantes. La reinterpretación esotérica de las Escrituras que desarrolló en 38 densos volúmenes el filósofo del siglo XVIII Emmanuel Swedenborg se convirtió en una inmensa cantera en la que los fundadores de sectas norteamericanos abrevaron afanosamente durante décadas. El mesmerismo y la homeopatía provenían de Europa, pero en Norteamérica no sólo fueron adoptados con entusiasmo, sino además enriquecidos con elementos que los recargaban. El espiritismo, en cambio, fue decididamente una creación autóctona. En 1847, John D. Fox, un granjero metodista "tocado" por el Segundo Gran Despertar, se mudó a la casa de Charles Adams en Hydesville, Nueva York, y sus dos hijas menores pronto se pusieron en contacto con un vidente que convocaba a los muertos diciendo: "Vamos, Mr. Splitfoot, haga lo que yo hago".[387] Menos de dos siglos antes, esta especie de histeria festiva de las niñas habría dado lugar a una caza de brujas como la que hubo en Salem en la década de 1690. En la Norteamérica de mediados del siglo XIX, ya aficionada al sensacionalismo e infestada por los medios de comunicación, no produjo otra consecuencia que un contrato con el empresario circense P. T. Barnum (1810-1891) y con Horace Greeley (1811-1872), el gran editor del *New York Tribune*. Así nació el espiritismo, que desde un primer momento parece haber ejercido una gran atracción sobre los políticos liberales como Robert Owen, hijo del fundador de comunidades utopistas. Owen dio una conferencia acerca del tema en la Casa Blanca en 1861, que una vez terminada dio lugar a la memorable observación de Abraham Lincoln: "Bien, para aquellos a quienes les gustan este tipo de cosas, me

inclino a pensar que ésta es exactamente el tipo de cosa que les gustaría". Esto no impidió que la señora de Lincoln abrazara el espiritismo después de la muerte del presidente: al fin y al cabo, la posibilidad de comunicarse con el amado finado ejercía una atracción natural sobre las viudas. Hacia 1870 el espiritismo tenía 11 millones de adeptos, no sólo en Norteamérica sino en Europa, y atraía a intelectuales tan destacados como Victor Hugo y William James.[388]

Muchas de estas nuevas sectas, que surgieron del fervor religioso de las décadas de 1810 y 1820, no sólo se ocupaban del problema de la muerte, como hacía el espiritismo, sino del problema aún más cotidiano del dolor. Norteamérica ya estaba desarrollando una de sus características más peculiares: la convicción de que no hay problema que no tenga solución. La curación por la fe floreció en Norteamérica a mediados del siglo XIX, y Mary Baker Eddy (1821-1910), que había sufrido en su juventud terribles dolores que los médicos no lograban aliviar, creía que había sido curada por un mesmerista, P. P. Quimby; a partir de esta experiencia, creó su propio sistema de curación espiritual fundado en la creencia de que la única realidad está en la mente y todo lo demás es pura ilusión. Después de su tercer matrimonio —se casó con el señor Eddy, un destacado hombre de negocios— su credo comenzó a florecer sobre la base de sanos principios comerciales. En 1879 abrió la primera iglesia de ciencia cristiana en Boston, a la que siguió en 1881 el Colegio de Metafísica y el que se convertiría en uno de los más importantes periódicos norteamericanos, el *Christian Science Monitor*, que pronto se difundió por todo el mundo y llegó a tener 3.200 sucursales en 48 países.[389] Ésta fue otra prueba abrumadora del nuevo fenómeno norteamericano: la forma en que las creencias religiosas, a menudo de un carácter extraño y (dirán algunos) poco plausible, produjo movimientos en extremo creativos con un rico contenido cultural y educativo. Hasta

las sectas más extravagantes fundaron escuelas, colegios para la formación de sus maestros y evangelizadores e incluso universidades. Algunas de las más importantes instituciones norteamericanas de educación superior tienen sus orígenes en el Segundo Gran Despertar. El destacado teólogo del Despertar Charles Grandison Finney (1792-1875) fue, por ejemplo, quien creó, en Ohio, el Oberlin College. El Despertar dio un impulso al unitarismo, que había llegado a Norteamérica en la década de 1770 y había abierto, en Boston, la capilla (no anglicana) del King's College. En 1825 se formó la Asociación Unitaria de Norteamérica, que no tardó en difundirse por todo el país. Con su enfoque teológico racionalista y despojado de dogmatismos y su ritual moderado atrajo especialmente a intelectuales y científicos, y aquellos, de sus miembros que tenían una predisposición hacia las ideas utópicas y románticas se entregaron a fundar comunidades rústicas dedicadas a la reflexión y la vida sencilla. Ralph Waldo Emerson (1803-1882), que provenía del calvinismo, escribió al sabio británico Thomas Carlyle en 1840: "Aquí todos estamos un poco exaltados por innumerables proyectos de reforma social. No hay hombre letrado que no lleve en sus bolsillos algún esbozo de una nueva comunidad".[390] Emerson se había involucrado en uno de ellos, la granja Brook, en West Roxbury, fundada por un pastor unitario de Boston, George Ripley. Uno de los miembros de su comisión de agricultura era el novelista Nathaniel Hawthorne (1804-1864), y contaba con una imprenta, un horno para cerámica artística y un taller de carpintería dedicado a la fabricación de muebles. No hace falta decir que terminó en la bancarrota, y que las críticas de Carlyle al proyecto fueron lapidarias, hasta el punto de que caracterizó a Ripley como "un ministro sociniano que dejó el púlpito para reformar el mundo cultivando cebollas".[391]

Uno dice que "no hace falta decirlo" pero, de hecho, muchas de las comunidades religiosas utopistas, en especial las alema-

nas, florecieron como empresas comerciales o agrícolas, sobrevivieron hasta el día de hoy y se han convertido en modelos de probidad moral, de orden comunal y de decoro capitalista. Pero otras se comercializaron gracias a la religión. Un grupo de pietistas alemanes que dirigía George Rapp (1757-1847), estableció una comunidad en Harmony, Pensilvania, en 1804, en el momento mismo en que comenzaba el Segundo Despertar. Entre otras cosas, practicaban la confesión auricular, y demostraron que eran muy buenos como granjeros y comerciantes. Pero como se oponían a rajatabla al matrimonio y la procreación, con el tiempo desaparecieron. En el otro extremo del espectro sexual se encontraba la comunidad de Oneida, establecida al oeste de Nueva York, fundada por John Humphrey Noyes (1811-1886). Comenzó como una comunidad socialista en la que se practicaba el amor libre, o lo que se llamaba entonces "matrimonio complejo" —la procreación, a la que se distinguía de las otras "transacciones sexuales", se decidía comunitariamente— y los niños eran educados como en un *kibbutz*. La comunidad se enriqueció fabricando adornos de acero, pero con el tiempo perdió la fe que la animaba y se convirtió en una próspera corporación.[392]

A principios del siglo XIX, si no antes, la existencia de estas sectas, y de muchas otras, además de la media docena de grandes religiones "imperiales" del protestantismo norteamericano, planteó inevitablemente la cuestión de cómo podían encajar todas ellas, habida cuenta de la doctrina norteamericana de la tolerancia religiosa, en la nueva sociedad republicana. Resulta bastante curioso que Benjamin Franklin, perspicaz como siempre, hubiese reflexionado acerca de este problema ya en 1749, cuando publicó, en Pensilvania, su *Proposal Relating to the Education of Youth* (Propuesta acerca de la educación de la juventud). Franklin opinaba que la solución era incluir la religión como una de las asignaturas principales del currículo de las escuelas y

facultades universitarias y relacionarla con la formación del carácter. Un punto de vista similar fue el que expuso Jonathan Edwards cuando era rector de Princeton. La idea fue adoptada por el más destacado de los intelectuales norteamericanos dedicados a la educación, Horace Mann (1796-1859), cuando comenzó a organizar el sistema de escuelas públicas de Massachusetts. Mann, que se había graduado en Brown, abrazó el unitarismo y, a partir de 1837, fue designado secretario legal de la nueva Junta de Educación de Massachusetts. Mientras ejercía ese cargo abrió, en 1839, en Lexington, la primera escuela reglada que hubo en Estados Unidos y, a partir de ese momento, se entregó a reorganizar todo el sistema de educación primaria y secundaria del estado con una perspectiva a largo plazo, dotándolo de una pedagogía más científica y "moderna", fijando mejores salarios y empleando a mejores maestros, inaugurando edificios escolares dignos, limpios y con una calefacción adecuada, e incorporando todos los elementos que exige un sistema de escuelas públicas de primera línea. El plan aplicado en Massachusetts sirvió como modelo a todos los otros estados, y Mann, mediante una campaña propagandística y una serie de medidas legislativas que auspició durante el período en que estuvo en el Congreso, 1848-1853, se convirtió en el líder del movimiento que establecería el derecho de todo niño norteamericano a recibir una educación apropiada a expensas del erario público.[393] Así, el Estado se hizo cargo de sostener económicamente la educación de millones de niños al absorber la mayoría de las escuelas primarias y secundarias (aunque no las instituciones de nivel superior; en 1819, la Corte Suprema de Marshall, cediendo a la elocuencia de Daniel Webster (1782-1852), rechazó el derecho que reclamaba la legislatura de Nueva Hampshire de inmiscuirse en la administración del Darmouth College, lo que estableció definitivamente la libertad de todas las universidades norteamericanas que se financiaban de manera privada).

Esto significó que la verdadera escuela pública norteamericana, conforme a lo que establecía la Constitución, fuera no sectaria desde sus orígenes. No sectaria, sí; pero no carente de una impronta religiosa. Horace Mann coincidía con Franklin y los otros Padres Fundadores en que la generalización de la religión y la de la educación eran inseparables. Mann pensaba que la instrucción religiosa en las escuelas públicas debía llevarse "hasta el punto más extremo que sea posible sin invadir los derechos de conciencia establecidos por la ley de Dios y garantizados por la Constitución del Estado". Lo que predominaba en las escuelas fue no tanto una religión abstracta sino una especie de común denominador elemental del protestantismo fundado en la Biblia, los diez mandamientos y obras edificantes como *El peregrino*, de John Bunyan. Como escribió Mann en su último informe al estado de Massachusetts, 'por supuesto, nuestras escuelas públicas no son seminarios teológicos. [...] Pero nuestro sistema inculca con mucha seriedad la moral cristiana en todos sus aspectos. Los cimientos de su moral están en la religión; acoge con beneplácito la religión de la Biblia; y le permite lo que ningún otro sistema le permite, hablar por sí misma.[394] De ahí que, en el sistema norteamericano, la escuela proporcionara a los niños una "formación del carácter" cristiana y los padres, en el hogar, tuvieran la posibilidad de enriquecerla o no, según sus preferencias, con los aditamentos sectarios que les parecían apropiados.

Desde luego, algunos líderes religiosos pusieron objeciones. En nombre de los episcopalistas, por ejemplo, el reverendo F. A. Newton sostuvo que "un libro que trate de política, moral o religión y no contenga el punto de vista de un partido o una secta, no contendrá en definitiva punto de vista alguno, y es probable que no infunda en la mente otra cosa que un estado de duda y escepticismo, lo que resulta mucho más deplorable que el sesgo que podría imprimir cualquier enfoque sectario". Esta

afirmación podría ser cierta tratándose de teología dogmática, pero desde el punto de vista de la teología moral el sistema de Mann funcionaba a la perfección, en la medida en que fuera escrupulosamente aplicado. La mayoría de los episcopalistas, o cualesquiera otros protestantes, aceptarían hoy el sistema de formación del carácter de Mann si pudieran. De modo que las objeciones de Newton, que no eran compartidas por la gran mayoría, fueron desestimadas. Por otra parte, había una cuestión más grave: ¿cómo podían insertarse en este sistema los católicos romanos, o los no cristianos, como los judíos?

En Norteamérica había habido católicos desde la fundación de Maryland (1632), y en 1790 el padre John Carroll (1735-1813) había sido consagrado obispo de Baltimore, lo que le confería autoridad sobre los 40.000 católicos que por entonces residían en Estados Unidos. Un año más tarde fundó Georgetown College, la primera universidad católica de Norteamérica. Pero sólo con la llegada de los irlandeses del sur y de un gran número de católicos del continente europeo el catolicismo comenzó a constituir un desafío a la preeminencia protestante. La creación de nuevas diócesis dio la pauta de su expansión en el Sur —Charleston en 1820, Mobile en 1829, Natchez en 1837, Little Rock en 1843, Galveston en 1847—, y en Boston y la ciudad de Nueva York las comunidades dominadas por irlandeses crecieron en número y en poder.[395] Los nuevos católicos llevaron consigo ciertas instituciones que infringían el consenso moral norteamericano, si no exactamente en su letra sí en su espíritu, tanto como la poligamia mormona. Una de ellas fue el convento, que dio lugar a una especie de literatura de terror de sesgo protestante imbuida de la inquina que habían provocado los juicios por brujería en Salem. En 1834 se fundó un periódico, el *Protestant Vindicator*, cuya misión específica fue exponer los “abusos” católicos, y cuyo blanco principal fueron los conventos. Un año después se publicó en Boston *Six Months in a*

Convent (Seis meses en un convento) y, en 1836, otra obra que alcanzó notoriedad: *Maria Monk's Awful Disclosures of the Hotel Dieu in Montreal* (Las terribles revelaciones de María Monk acerca del Hotel Dieu de Montreal). Fue escrita y publicada por un grupo de anticatólicos de Nueva York que produjo después otras dos obras del mismo estilo: *Further Disclosures* (Nuevas revelaciones), y *The Escape of Sister Frances Patrick, Another nun from the Hotel Dieu nunnery in Montreal* (La fuga de la hermana Frances Patrick, otra monja del convento Hotel Dieu de Montreal). A diferencia de la literatura anticlerical europea acerca de los monjes y las monjas, género que se remontaba a Rabelais, en el siglo XVI, la saga de María Monk no era directamente pornográfica, pero compartía con ella cierto tinte difamatorio. En cuanto a María Monk, no era un personaje de ficción —había sido arrestada por carterista en un burdel y murió en prisión en 1849— pero hacia 1860 el libro del que era protagonista había vendido 300.000 ejemplares y todavía se sigue editando, no sólo en Estados Unidos sino también en muchos otros países.[396] Por otra parte, la hostilidad protestante no se limitaba a la publicación de ese tipo de libros. En 1834, antes de la aparición de María, un convento de monjas ursulinas fue incendiado por una turba en Boston y los responsables del incendio, absueltos: los jueces protestantes estaban convencidos de que en los conventos católicos había calabozos subterráneos en los que se procedía a asesinar y enterrar a niños ilegítimos.

También estaban muy difundidos los temores acerca de una conspiración política y militar católica, temores que de una forma u otra habían existido desde la década de 1630, época en que se los asociaba con supuestos planes de Carlos I, y que habían renacido en la década de 1770, cuando se atribuyeron a Jorge III. En la década de 1830, Lyman Beecher, tan sensato y racional en muchos aspectos, incluyó en su *Plea for the West* (Alegato en defensa del oeste) detalles de una conspiración ca-

tólica destinada a la toma del valle del Misisipí, cuyos jefes serían el Papa y el Emperador de Austria. Samuel Morse, que no se caracterizaba precisamente por su defensa del protestantismo, pero que se había sentido ultrajado durante una visita a Roma, a causa de que un guardia papal le había quitado por la fuerza el sombrero al ver que no se había descubierto al paso del Papa, agregó una pizca de credibilidad a la teoría de Beecher afirmando que los reyes y emperadores reaccionarios de Europa estaban enviando deliberadamente a sus súbditos católicos a Norteamérica a fin de que se apoderaran del país. Esto, junto con las disputas laborales provocadas por la disposición de los inmigrantes católicos pobres a aceptar salarios bajos, condujo en 1849 a la fundación de una sociedad secreta, la Orden de las Estrellas y Listas [en referencia a la bandera norteamericana], que pronto floreció en Nueva York y otras ciudades. La sociedad comenzó a participar en política a fin de oponerse a la campana que la maquinaria del Partido Demócrata puso en marcha con la intención de captar el voto católico, y adoctrinó a sus miembros para que cuando se los interrogara acerca de sus actividades contestaran "*I Know Nothing*". El llamado *Know Nothing Party* (literalmente: Partido del Yo No Sé) tuvo un breve pero fenomenal crecimiento a comienzos de la década de 1850, en especial en 1852, cuando triunfó en las elecciones locales y estatales desde Nueva Hampshire a Texas. En 1856 llegó a presentar al ex presidente Millard Fillmore como candidato a la presidencia de la nación, pero su actuación como líder del Sur proesclavista lo condenó al fracaso.[397]

Así pues, los católicos se vieron obligados a ponerse a la defensiva. Y algunos de ellos, por otra parte, tenían sus reservas acerca del enfoque que Horace Mann había impreso a la educación. El más incisivo de los católicos conversos de la época, Orestes Brownson (1803-1876), sostenía que el Estado no tenía ninguna obligación de educar moralmente a sus ciudadanos, y

que hacerlo sobre la base de un mínimo común denominador sólo serviría para difundir una forma tibia y perogrullesca de discurso público. Norteamérica, argüía, necesitaba el tipo de motivación y de juicios morales que sólo la Biblia procuraba, y el estímulo que suscitaba la controversia religiosa entre las sectas.[398] Pero a la mayoría de los católicos norteamericanos, entonces y más adelante, no les gustaba verse obligados a adaptarse a la fórmula de ciudadanía que se les imponía para ser considerados norteamericanos. Y, menos a la defensiva y con más entusiasmo, aceptaban el hecho de que Norteamérica tuviese, como en todas las otras esferas, un mercado libre en materia de religión. A partir de la década de 1830, compitieron con empeño con las otras religiones por ver quién construía más iglesias, escuelas y universidades, quién tenía las congregaciones más numerosas y lograba la mayor cantidad de conversiones, y por demostrar que los católicos eran más norteamericanos y mejores ciudadanos que los miembros de las otras sectas.[399]

Los judíos no realizaban actividades proselitistas como los católicos, pero competían de otro modo, y se mostraban tan ansiosos como ellos por demostrar su pertenencia ala nación. En 1654 la nave corsaria francesa *St. Catherine* llevó a veintitrés refugiados judíos provenientes de Recife, Brasil, a la ciudad colonial holandesa de Nueva Amsterdam. El gobernador, Peter Stuyvesant, presentó una protesta ante la Compañía de las Indias Occidentales holandesa para oponerse al asentamiento de lo que llamó "una raza falaz" cuya "abominable religión" se postraba "a los pies de Mammon". Se les negaron todos los derechos de ciudadanía y se les prohibió construir una sinagoga. Pero cuando Nueva Amsterdam cayó en manos de los ingleses, en 1664, y se convirtió en Nueva York, los judíos se beneficiaron de una decisión que había sido tomada bajo el régimen de la Commonwealth inglés, confirmada más tarde por Carlos II, que les otorgaba todos los derechos de la ciudadanía inglesa "en

la medida en que se comporten pacífica y sosegadamente, y guarden la debida obediencia a las leyes de Su Majestad y no deshonren su gobierno". Algunos de los primeros estatutos y proclamas, que ponían el acento en la libertad religiosa, incluían en esa libertad de culto sólo a "aquellos que profesan el cristianismo". Pero, de hecho, los judíos nunca fueron perseguidos en suelo norteamericano, y el gran gobernador de Nueva York Edmund Andros incluyó tácitamente a los judíos cuando prometió un trato igualitario a todas las personas respetuosas de la ley "sean de la religión que sean". Como en Inglaterra, allí tampoco se suscitó una "cuestión judía". Los judíos llegaron al país, gozaron de los mismos derechos que el resto de la población, y, al parecer, incluso votaron en las primeras elecciones; también ocuparon cargos públicos.[400]

Los judíos se establecieron en otras zonas, la primera de las cuales fue la del valle del Delaware. En Nueva York se plantearon algunos conflictos cuando los judíos manifestaron su deseo de contar con su propio cementerio. Pero en 1677 abrieron uno en Newport, Rhode Island —que más tarde fue tema de uno de los más bellos poemas de Longfellow— y Nueva York tuvo el suyo cinco años más tarde. En 1730 la congregación Shearit Israel, de Nueva York, inauguró su primera sinagoga y, en 1763, en Newport, se construyó una particularmente hermosa, que en la actualidad es un templo nacional. Incluso en la época colonial, la vida que llevaron los judíos en Norteamérica fue fundamentalmente diferente de la que llevaban en Europa. Allí tenían un estatuto legal diferenciado del resto de la población, contaban con sus propios tribunales, escuelas y tiendas, pagaban impuestos especialmente fijados para ellos, más elevados, y solían residir en guetos. En Norteamérica, donde no había una ley fundada en la religión, no se justificaba que los judíos tuviesen un régimen legal diferenciado, excepto en las cuestiones concernientes a la disciplina interna de su propia religión. En

Norteamérica todos los grupos religiosos gozaban de los mismos derechos, de modo que no tenía sentido que los judíos conformaran una comunidad aislada. Todos podían participar plenamente en la vida comunitaria del conjunto de la sociedad. De ahí que, desde el primer momento, los judíos establecidos en Norteamérica estuviesen organizados, como las otras Iglesias, conforme a sus congregaciones más que como comunidad. En Europa, la sinagoga era un órgano más de la comunidad judía. En Norteamérica no era más que la institución que gobernaba la vida judía. Los judíos norteamericanos no pertenecían a la "comunidad judía" como en Europa. Pertenecían a una determinada sinagoga. Podían ser sefardíes o asquenazíes, y los de este último grupo tal vez fueran alemanes, ingleses, polacos u holandeses, pero las diferencias entre ellos se limitaban a cuestiones menores relacionadas con el ritual. Los grupos protestantes estaban divididos por diferencias semejantes. Por lo tanto, un judío asistía a su sinagoga del mismo modo que un protestante asistía a su iglesia. En lo referente al resto de las cuestiones civiles, judíos y protestantes eran simplemente parte de la ciudadanía, con la que se fundían en su carácter de individuos y con independencia de sus creencias religiosas. Así, sin renunciar a su religión, en Norteamérica los judíos comenzaron a experimentar por primera vez la integración. Esto significaba, inevitablemente, que debían aceptar la moral del consenso imperante en el sistema educativo, para la cual la educación religiosa implicaba una "formación del carácter" y era una parte de la preparación para la vida republicana.[401]

Pero si bien los católicos romanos y los judíos podían aceptar el consenso moral republicano vigente en Norteamérica, había un punto en el cual éste fallaba estrepitosamente: la esclavitud. Ante esta cuestión uno comprende por qué san Pablo no era demasiado propenso a plantear el tema explícitamente: una vez que la esclavitud sienta sus reales, los preceptos religiosos tien-

den a satisfacer sus necesidades, y no al revés. Por otra parte, la impronta general de la tradición judeocristiana tendía a ser antiesclavista, y ésa era la razón por la cual en Europa, durante la Edad Media, la esclavitud había ido desapareciendo lentamente. En Norteamérica, el dilema moral y político que ésta planteaba había sido un hecho real desde el principio: por una siniestra coincidencia, 1619 fue el año en que comenzaron tanto la esclavitud como el gobierno representativo. Pero, inevitablemente, se había agudizado en la medida en que la identificación de la moral cristiana norteamericana, su religión nacional indefinida, con la democracia, dio lugar a que la esclavitud adquiriera el carácter de una ofensa a Dios y a la nación. En última instancia, el impulso religioso norteamericano y la esclavitud eran incompatibles. De ahí que el Segundo Gran Despertar, con su aguda intensificación de la pasión religiosa, significara la sentencia de muerte de la esclavitud, del mismo modo que el Primer Despertar había firmado la sentencia de muerte del colonialismo británico.

La religión habría podido erradicar fácilmente la esclavitud en Norteamérica en el siglo XIX de no haber sido por una cosa: el algodón. Fue esta pequeña palabra la que convirtió la posesión de esclavos en una fuerza política poderosa e hizo inevitable la guerra civil. Y el algodón, desde el punto de vista de la humanidad y sus necesidades, era un bien absoluto. Así es como la misteriosa providencia equilibra el bien y el mal. Hasta fines del siglo XVIII, la especie humana siempre se había vestido inadecuadamente, con ropa confeccionada con telas difíciles de lavar y, por lo tanto, sucias. El algodón procuró una salida a esta miseria: permitía usar ropa íntima en los países fríos y un atuendo completo en los cálidos. El problema del algodón era su coste. Hasta que se desarrolló la industria algodonera, pro-

ducir una libra (0,454 kg) de hilo de algodón requería entre doce y catorce días/hombre de trabajo, contra seis que requería la seda, entre dos y cinco el lino, y entre uno y dos la lana. En el caso de la muselina de algodón, que sería al cabo la más solicitada, la proporción del valor añadido desde la materia prima al producto terminado ascendía a 900.[402] Esto espoleó la invención mecánica. La aparición de las máquinas de hilar de Arkwright y de Hargreaves en la Inglaterra de la década de 1770 significó que, mientras que en 1765 se habían hilado en Inglaterra medio millón de libras (227.000 kg) de algodón, todas a mano, en 1784 el total hilado ascendió a 12 millones de libras (5,5 millones de kilos), todas a máquina. El año siguiente las enormes máquinas de vapor de Boulton y Watt, concebidas para alimentar las máquinas de hilar, se incorporaron al proceso. Este fue el Big Bang de la primera revolución industrial. Hacia 1812 el coste de las prendas de algodón había caído un 90 por ciento. Después llegó una segunda ola de innovación mecánica. A principios de la década de 1860 el precio de la tela de algodón, medido según el patrón oro, era menos del uno por ciento de lo que había sido en 1784, momento en que la industria ya estaba mecanizada. No hay ningún otro caso en la historia de la humanidad en que él precio de un producto que tiene una demanda potencialmente universal haya caído con tanta rapidez. El resultado fue que cientos de millones de personas en todo el mundo tuvieron por fin la posibilidad de vestirse con ropa cómoda y limpia.[403]

Pero había que pagar un precio, y fueron los esclavos negros quienes lo pagaron. La nueva industria inglesa del algodón estaba ávida de materia prima. Como la demanda crecía, en la década de 1780 el Sur norteamericano comenzó a cultivar algodón para la exportación. La primera bala de algodón llegó a Liverpool en 1784. Después, bruscamente, al comenzar el siglo XIX, las exportaciones norteamericanas cambiaron por la intro-

ducción y difusión de la desmotadora de algodón, una invención de Eli Whitney (1765-1825). El suyo fue uno de esos casos, comunes en aquella época, de un hombre naturalmente dotado de genio para la mecánica. Procedía de una granja pobre de Massachusetts y descubrió su talento trabajando con la maquinaria agrícola primitiva. Después, se graduó como ingeniero en Yale. En 1793, durante unas vacaciones en Mulberry Grove, Savannah —la plantación de la señora de Nathaniel Green—, se interesó vivamente por un problema supuestamente insoluble: cómo separar la pelusa del algodón de las semillas, una tarea que hacía que el procesamiento de la materia prima fuese muy costoso. Un día, después de haber observado cómo un gato daba un zarpazo a un pollo y lo único que conseguía era terminar con las garras llenas de plumas, construyó un cilindro de madera maciza al que agregó clavos sin cabeza y una especie de rejilla para que impidiera el paso de las semillas: el procedimiento requería tirar de la pelusa haciéndola pasar a través de las púas mientras se eliminaban las semillas con un cepillo giratorio. La virtud suprema de esta idea simple pero brillante fue que se trataba de una máquina cuya fabricación era sumamente barata y que, además, resultaba muy fácil de manejar. Con una desmotadora, un esclavo podía producir, en lugar de una libra (0,454 kg), 50 libras (22,7 kg) de algodón por día. Whitney patentó la máquina en 1794, pero su invento fue inmediatamente pirateado y no llegó a ganar en total más de 100.000 dólares, lo que no es mucho para uno de los aparatos más extraordinarios de la historia. Pero, entre 1800 y 1810, sus desmotadoras convirtieron a Estados Unidos en el principal proveedor de algodón de la industria manufacturera inglesa, cuya demanda se encontraba en vertiginoso crecimiento.[404] En 1810 Inglaterra consumía 79 millones de libras (35,9 millones de kilos) de algodón en rama, de las cuales el 48 por ciento provenía del Sur norteamericano. Veinte años más tarde, las importaciones al-

canzaron los 248 millones de libras (112,5 millones de kilos), de las cuales el 70 por ciento provenía del Sur. En 1860 el total era de más de 1.000 millones de libras (454 millones de kilos), de las cuales el 92 por ciento provenía de las plantaciones sureñas. Durante el mismo período, el coste (precio al desembarque en Liverpool) cayó de 45 centavos la libra (0,454 kg) a 28 centavos.[405]

Una prueba inequívoca de la extraordinaria fertilidad del genio norteamericano es el hecho de que el país produjera dos hombres como Whitney y Fulton en una sola generación. Es preciso hilar muy fino para discernir cuál de los dos fue más creativo. A Whitney se lo suele relacionar solamente con la desmotadora de algodón, lo que no hace justicia a su genio. En verdad, él es un ejemplo fascinante de la compleja influencia que un hombre puede ejercer sobre la historia. Whitney, un típico puritano austero y testarudo que nunca se casó y a quien sólo le interesaba su trabajo, era una especie de ermitaño laico acicateado por la ética calvinista. Vivía sencillamente en una casa de campo y su "fábrica" nunca abarcó más que una serie de rústicos talleres, una industria rural, en Mili Rock, New Haven. Pero tenía muchos ayudantes y aprendices, a algunos de los cuales no les gustaba el intenso ritmo de trabajo que Whitney imponía, así que no era raro que escaparan y él se viera obligado a ir en su busca. En 1798 montó una fábrica de armas de fuego, pero siempre le faltaba capital. Presentó al Congreso una petición en la que solicitaba que se le renovara la patente de la desmotadora, pero fue rechazada, y durante la guerra de 1812 se vio obligado a pedir dinero directamente al presidente Madison. Norteamérica no contaba, en esa época, con un mercado de capitales. Whitney no pensaba simplemente en términos de ideas innovadoras aisladas, sino en términos de procesos globales. Comprendía que, para producir maquinaria o productos en grandes cantidades a bajo precio, era necesario lograr que tuvie-

ran partes reemplazables, y un cierto grado de uniformidad y estandarización, todo en una escala hasta ese momento desconocida. Llamaba a esto "el sistema norteamericano". Y su fábrica de armas fue la primera en ponerlo en práctica.

Su decisión de aplicarlo fue inquebrantable, y los oficiales de artillería ingleses y franceses a quienes explicó el sistema se rieron de él.[406] Decían que era una forma de ignorar la individualidad del artesano. Desde luego, así era. Pero en Norteamérica los costeé de mano de obra eran tan altos que los artesanos eran un lujo. Whitney se dio cuenta de que, para que Norteamérica pudiera superar a Inglaterra en el terreno de las manufacturas era necesario sustituir a los artesanos por una fuerza de trabajo formada por hombres semicualificados a los que se pudiera capacitar fácilmente y que podrían reclutarse entre los inmigrantes que no dejaban de llegar al país. Estados Unidos era un lugar en el que un trabajador industrial llegaba a ahorrar en tres años lo suficiente para comprar una granja, y ningún inmigrante se quedaría trabajando en una industria manufacturera de la ciudad si tenía la posibilidad de convertirse en un granjero independiente y dueño de su tierra. De modo que la pendencia a la reducción del número de obreros industriales era muy fuerte, y Whitney mostró qué era lo que había que hacer. Su "sistema norteamericano" se popularizó en las primeras etapas de la revolución industrial norteamericana. Ya en 1835, durante una visita a Norteamérica, el político e industrial inglés Richard Cobden dijo que su maquinaria era muy superior a cualquiera de las que existían en Inglaterra en lo tocante al ahorro de mano de obra. En la década de 1850, los expertos británicos se maravillaron de encontrar en Estados Unidos productos estandarizados producidos en masa por métodos mecánicos, entre ellos puertas, muebles y otros artículos de madera, botas, zapatos, arados, segadoras mecánicas, tornillos para madera, limas, clavos, cerrojos, relojes, armas pequeñas, tuercas, pestillos: la lista

era interminable.[407] Prácticamente toda esta industria estaba localizada en una región situada al norte de la zona esclavista. De modo que así como la desmotadora de Whitney permitió al sistema esclavista sobrevivir y prosperar, su "sistema norteamericano" procuró al Norte la fuerza industrial necesaria para, a su debido tiempo, aplastar a los defensores de la esclavitud.[408]

El enorme crecimiento de la industria del algodón que el genio de Whitney posibilitó —una tasa anual compuesta del 7 por ciento— dio lugar a que pronto el algodón se convirtiera no sólo en la más importante de las exportaciones norteamericanas sino en el recurso fundamental de su creciente riqueza. También creó el fenómeno especial del "Sur", una cultura y un estado de ánimo en sí mismo. Y esto a su vez fue la consecuencia de la destrucción del poder indio y español en el valle inferior del Misisipí que llevó a cabo el general Jackson. El Tratado de Fort Jackson fue sólo el primero de los cinco por los cuales los indios fueron despojados de prácticamente toda la tierra que poseían en esta vasta zona. El "viejo Sur" —las Carolinas, Virginia y Georgia— no era adecuado para el cultivo del algodón en gran escala; aquélla era, más bien, una zona tabaquera. Los nuevos estados a que dio origen la acción despiadada de Jackson —Alabama, Misisipí y Luisiana— constituyeron entonces lo que se llamó el Sur profundo, en el que el algodón era rey. La población de los estados se triplicó en los años que transcurrieron entre 1810 y 1830. Ese crecimiento fue producto de las migraciones internas: colonos provenientes de Nueva Inglaterra, en la que a esas alturas comenzaba a escasear la tierra, y del viejo Sur, donde estaba agotada. James Graham, un plantador de tabaco de Carolina, escribió a un amigo el 9 de noviembre de 1817: "Aquí, la fiebre de Alabama está en su punto culminante y nos ha arrebatado ingentes cantidades de ciudadanos".[409]

Esta migración hizo que el sistema de plantaciones se trasladara de Virginia, las Carolinas y la región costera de Georgia a

Georgia Occidental, Tennessee Occidental y el Sur profundo. Pero tanto el viejo como el nuevo Sur estaban todavía bajo las cadenas de la esclavitud. Antes del auge del algodón, el precio de los esclavos había estado cayendo; en el cuarto de siglo que transcurrió entre 1775 y 1800 disminuyó un 50 por ciento. En la primera mitad del siglo XIX aumentó en términos reales de alrededor de 50 dólares por esclavo a entre 800 y 1.000 dólares. En el Sur profundo, por cada 100 acres (40,5 hectáreas) dedicados al cultivo del algodón se necesitaban por lo menos diez esclavos, y tal vez veinte fuera el número más razonable. El viejo Sur no era apropiado para el algodón, pero en sus plantaciones los esclavos se reproducían cada vez más.

La Constitución de Estados Unidos había dispuesto que el Congreso no podría abolir el comercio de esclavos (distinto de la esclavitud) hasta 1808. De hecho, todos los estados ya habían puesto fin a la importación legal de esclavos hacia 1803, y el Congreso estuvo en condiciones de ejercer el poder de prohibir el comercio a partir de 1808. En consecuencia, el valor de los esclavos nacidos en el país comenzó a aumentar, y la "cría de esclavos" se convirtió en la principal fuente de ingresos de muchas de las antiguas plantaciones de tabaco.[410]

Las grandes plantaciones comenzaron a abastecerse de mano de obra en otras especializadas en la cría de esclavos, que adquirieron un perfil eminentemente comercial. Como los matrimonios eran monógamos, sólo entre el 10 y el 15 por ciento de las mujeres esclavas producían un hijo por año. Las plantaciones que vendían esclavos en el mercado se ocupaban de asegurar una oferta regular de varones en condiciones de procrear a todas las mujeres núbiles, de modo que el 40 por ciento de las mujeres esclavas producían un hijo por año.[411] La idea de que el Sur esclavista era una institución anticuada, un resabio del pasado, era errónea. Era más bien un producto de la revolución industrial, de la alta tecnología y del espíritu comercial que pre-

tendía abastecer mercados masivos de cientos de millones de consumidores de todo el mundo. Era una parte importante del nuevo mundo moderno. Por eso resultó tan difícil erradicarla. El valor de los esclavos constituía el 35 por ciento del capital total del Sur. A mediados de siglo, su valor superaba los 2.000 millones de dólares según el patrón oro; ésa fue una de las razones por las que se descartaron las indemnizaciones, cuyo importe habría ascendido a por lo menos diez veces el del presupuesto del Gobierno federal.

Para comprender el nivel de sofisticación y la apasionada sinceridad con que fue defendida la esclavitud, debemos referirnos al caso de John C. Calhoun (1782-1850), de Carolina del Sur. Calhoun fue una de las más importantes figuras de la política norteamericana, miembro distinguido de ambas cámaras del Congreso, orador excepcional, miembro destacado del Gabinete y teórico político de fuste. Sus ensayos *Disquisition on Government* (Disquisición acerca del Gobierno) y *Discourse on the Constitution and Government of the United States* (Discurso acerca de la Constitución y el Gobierno de los Estados Unidos), que se publicaron juntos en 1851, merecen compararse con los de Jefferson acerca de Virginia y con los escritos de Woodrow Wilson.[412] Calhoun era de origen irlandés y escocés del Ulster; hijo de un hombre semianalfabeto que había luchado contra los indios, nació pobre, era bien parecido, tenía un gran encanto personal, una inteligencia brillante al estilo de Edmund Burke y Richard Brinsley Sheridan, y se dedicó a la política como si hubiera nacido para gobernar. El año en que comenzó la presidencia de Jefferson, Calhoun era un granjero de dieciocho años prácticamente sin educación formal. Diez años más tarde se había graduado con las mejores calificaciones en Yale. Después, fue elegido para el Congreso y se casó con la bella Floride Bou-

neau, heredera de una gran plantación situada en Abbeville, Carolina del Sur. La vida de Calhoun ofrece a quien la estudia un cuadro muy vivido del modo en que los norteamericanos más enjundiosos lograron transformarse a sí mismos en apenas una generación. Durante su infancia en las regiones boscosas de Carolina, llevó una vida salvaje literalmente, pues no se logró terminar con las últimas panteras hasta 1797 y el estado pagaba recompensas en metálico por sus pieles, así como por las de los lobos. Una de sus tías maternas había sido asesinada a sangre fría por los tories (su madre, como la de Jackson, odiaba con toda su alma a los ingleses), otra había sido "asesinada de treinta sablazos y una tercera había estado encerrada nueve meses en los calabozos de St. Augustine".[413] También su abuela había sido asesinada, y una de sus tías había sido secuestrada por los indios. Hubo muchas emboscadas y muchas víctimas de agresiones, y el viejo sombrero de su padre, con cuatro agujeros de bala de mosquete, era un tesoro familiar. A pesar de su falta de educación, su padre se convirtió en un experto agrimensor (como Washington) y llegó a tener una propiedad de 500 hectáreas. Pero eran pobres. Un historiador de la época, el reverendo Charles Woodmason, escribió que "los niños se apiñaban en las cabañas", y "en muchos lugares no tenían siquiera una calabaza de la cual beber, ni platos, cuchillos o cucharas, ni vasos o tazas, nada de nada".[414] Los Calhoun formaron parte del grupo que organizó la iglesia y la escuela, actuaron como jueces, y trataron de civilizar el lugar en la medida de lo posible. En aquel tiempo se administraba justicia por propia mano, mediante bandas de "los que hacen cumplir la ley", que colgaban a los asesinos y ladrones. El padre de Calhoun, un recaudador de impuestos que también supervisaba las elecciones, sirvió en la legislatura del estado durante treinta años. Poseía treinta y un esclavos y se refería a "mi familia, blanca y negra".[415] Murió cuando Calhoun contaba apenas trece años, de modo que en plena adolescencia

el muchacho se vio enfrentado a la tarea de administrar la propiedad sin dejar, al mismo tiempo, de cursar sus estudios en Yale.

En su vida, su oratoria y sus escritos, Calhoun trató de abordar uno de los grandes problemas de la era moderna: cómo conciliar el poder democrático y centralizado con las demandas del pueblo que, en las diferentes comunidades, pequeñas y grandes, quería tener el control sobre su propia vida. El problema no ha sido resuelto hasta el día de hoy, ni siquiera en términos teóricos. El sostenía que la guerra política contra el Sur, y contra la esclavitud, había sido impulsada principalmente por poderosos grupos de interés más que por el deseo democrático del pueblo: detectó, con mucha anticipación, la amenaza que representaba para la democracia norteamericana el sistema de lobbies, que ya entonces comenzaba a cobrar importancia. Gracias a los esclavos que él y su esposa poseían, pudo desarrollar una carrera pública, primero en Charleston, después en Washington, en la que sirvió con el más absoluto desinterés a la causa del bien común. Era exactamente el mismo argumento al que se había recurrido en Atenas, en el siglo va. C., para defender la esclavitud.

Las incongruencias de esta defensa se ponen de manifiesto en un pasaje notable escrito por un inglés, G. W. Featherstonehaugh, que estuvo en las Carolinas en 1834.[416] Un compañero de viaje le dijo: “En, el Norte, los hombres jóvenes se ven obligados a andar a la rebatiña por hacer fortuna; en el Sur, en cambio, los hijos heredan las plantaciones de sus padres y este sistema permite educarlos como caballeros que anteponen el honor a las ganancias, defienden el suyo y son amigos naturales de las libertades públicas”. El hombre, un graduado del South Carolina College, citó a Calhoun como ejemplo de lo que quería decir. Aquel hombre “tenía la dignidad que había sido patrimonio de los caballeros del Sur, desde Washington hasta el presente”.

Y agregaba: "Nunca se supo que hubiera cometido una mala acción en su vida". En su vida pública, "nunca desaprovechó las oportunidades que se le presentaban para defender la Constitución cada vez que alguien, vilmente, intentaba violar su espíritu". Esta disquisición fue interrumpida por la llegada del coche; un esclavo que había sido atrapado después de un intento de fuga, ahora encadenado, se encontraba sobre la capota del carruaje. En la cabina, Featherstonehaugh se encontró con un hombre blanco, también encadenado, y un alguacil. El hombre iba a ser colgado por haber matado a un esclavo durante una partida de naipes. No había sido condenado por el asesinato, sino por transgredir la ley que prohibía jugar por dinero con los esclavos. Una botella comenzó a circular y todos se emborracharon, como iguales. Así, "encerrado como estaba en un vehículo con aquella horrible mezcolanza de sujetos", se entregó a reflexionar acerca de las paradojas culturales del viejo Sur. Más tarde, el viajero fue agasajado por Calhoun en su mansión, Fort Hill; fue "como pasar una noche en una confortable villa toscana con un senador romano".

En el Congreso del período 1811-1817, Calhoun se destacó enseguida como un elocuente "halcón", y no tardó en ser designado presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores. Después de ocupar el cargo de secretario de Guerra de Monroe, entre 1817 y 1825, integró la fórmula ganadora de los comicios presidenciales como candidato a vicepresidente y presidió el Senado en el período 1825-1832. Apoyó la guerra de 1812 porque quería que Estados Unidos se anexionara Florida y Texas, y que éstos se convirtieran en estados esclavistas. Éste fue el mecanismo clave de la batalla política en torno a la esclavitud: la necesidad del Sur de extenderla, estado por estado, a fin de preservar su cuota de poder en el Congreso. El Sur pensaba que no podía quedarse de brazos cruzados y limitarse a una actitud defensiva para preservar la esclavitud, porque la población del Norte esta-

ba creciendo mucho más rápidamente y, además, la incorporación de nuevos estados no esclavistas a la Unión era incesante. Una vez que controlaran no sólo la Cámara Baja sino también el Senado, los estados no esclavistas podrían reformar la Constitución. En consecuencia, el Sur debía actuar con agresividad, y eso fue lo que, con el tiempo, condujo a la guerra civil. Como hemos visto, no era mucho lo que la Constitución decía acerca de la esclavitud. El Artículo I, que instituye la norma de los tres quintos, se limita a hablar de "personas libres" y "otras personas" (los esclavos). Pero más significativo resultaba el Artículo IV, apartado 2, párrafo 3: "Si una persona que presta servicios o trabaja en un estado conforme a sus leyes escapa a otro estado, no podrá ser eximida en virtud de ninguna de las leyes o reglamentos vigentes en este último de ese servicio o trabajo, sino que será devuelta a solicitud de la parte bajo cuya autoridad presta servicios o trabaja". Esta disposición obligaba a los estados libres a entregar a los prófugos a sus dueños. Lo que aterraba al Sur era la posibilidad de que una enmienda constitucional aboliera esta cláusula y promoviera así una fuga masiva de esclavos, ya que, por añadidura, las líneas fronterizas carecían de toda vigilancia. La obligación constitucional de entregar a los esclavos prófugos provocó más odio, furia e inquina a ambos lados de la línea que separaba a unos y otros que cualquier otra cuestión, y fue una de las causas principales del conflicto posterior. Y el temor a perder esta garantía constitucional determinó que el Sur adoptara la táctica de promover la creación de nuevos estados.

En febrero de 1819, el Congreso consideró la solicitud mediante la cual Misuri pedía convertirse en estado, habida cuenta de que su población superaba los 60.000 habitantes. Para entonces había once estados esclavistas y once estados libres. La frontera que los dividía corría a lo largo de los límites sur y oeste de Pensilvania. Esta línea había sido trazada por un deslinde

realizado por los astrónomos ingleses Charles Mason y Jeremiah Dixon en 1763-1767, a fin de resolver las disputas entre Pensilvania y Maryland. Es por eso que desde entonces se la conoció con el nombre de "línea Mason-Dixon", el límite entre la libertad y la esclavitud, el Norte y el Sur. Hacia 1819, aunque todavía existía en algunos sitios, la esclavitud en el Norte estaba desapareciendo rápidamente. Pero todavía no se había hecho ningún intento por extender la línea divisoria al territorio de Luisiana, y mucho menos más allá de éste, aunque la zona se estaba poblando muy deprisa. Misuri ya tenía 10.000 esclavos y estaba comprando más. Era obvio que, si llegaba a convertirse en estado, sería un estado esclavista.

Fue entonces cuando un congresista de Nueva York presentó un proyecto de ley antiesclavista por el cual se prohibía la incorporación de más esclavos al territorio y se liberaba automáticamente a los que nacieran después de que se convirtiera en estado cuando cumplieran veinticinco años. En síntesis, esto haría que Misuri pasara de ser un territorio esclavista a ser un estado libre. El proyecto fue aprobado por la Cámara Baja, en la que los estados libres tenían ya una mayoría de 105 a 81, pero fue rechazado por el Senado, en el que la representación estaba igualada: 22 a 22. El Senado fue más allá y acordó que se le otorgara la condición de estado a Maine, que hacía tiempo quería separarse de Massachusetts —y por supuesto era libre—, siempre y cuando se admitiera a Misuri como estado esclavista, con lo cual se mantendría el equilibrio en el Senado: habría 26 senadores de los estados antiesclavistas y 26 de los esclavistas. El 2 de marzo de 1820 esta disposición se aprobó por un estrecho margen en la Cámara Baja. Pero pronto se desató una nueva crisis, cuando la mayoría proesclavista que dominaba la convención constituyente de Misuri insistió en que la Constitución incluyera una cláusula prohibiendo el asentamiento de negros y mulatos libres en el nuevo estado. Esto infringía el Artículo IV,

apartado 2, de la Constitución de los Estados Unidos: "Los ciudadanos de un estado gozarán de todos los privilegios e inmunidades de los ciudadanos del resto de los estados". Había negros libres que eran ciudadanos de algunos estados, incluso estados esclavistas como Carolina del Norte y Tennessee, y que además votaban hasta que fueron excluidos de los padrones en la década de 1830.[417]

¿La disputa en torno a la esclavitud en Misuri podría haber dado lugar a una ruptura de la Unión? Había quienes pensaban que sí. Jefferson le escribió a un amigo: "Como una alarma de incendios en medio de la noche, esta cuestión trascendental me despertó aterrado. Yo la considero un mal presagio para la Unión". En Nueva Inglaterra había habido quienes pidieron la secesión por la guerra de 1812. ¿Ahora sería el Sur el que querría la secesión por la negativa del Norte a aceptar la extensión de la esclavitud? John Quincy Adams, entonces secretario de Estado, pensaba que ésa era la solución lógica e incluso moral al problema. Adams no veía cómo el Norte y el Sur podían seguir conviviendo. En sus diarios de marzo de 1820 apuntó, con tono sombrío, una conversación que había tenido con su colega de Gabinete Calhoun (entonces secretario de Guerra). Calhoun le dijo que en su estado, Carolina del Sur, "el trabajo doméstico estaba reservado a los negros, y que los prejuicios acerca de ello estaban tan arraigados que si él, el hombre más popular de aquel distrito, empleara en su casa a un sirviente blanco, su prestigio y su reputación quedarían irreversiblemente dañados. [...] Estos prejuicios no alcanzaban a todos los trabajos; por ejemplo, no a la agricultura. El trabajo mecánico o fabril no era degradante. Sólo el trabajo manual, característico de los esclavos. Ningún blanco se rebajaría a hacerlo. Y ésa era la mejor garantía para que hubiera una verdadera igualdad entre los blancos". Adams comentaba acerbamente las afirmaciones de Calhoun: "En teoría, [los sureños] dicen que la esclavitud es un

mal. Pero cuando uno intenta profundizar en la cuestión, lo que encuentra en el fondo de su alma no es sino el orgullo y la altanería que les inspira su condición de amos".[418]

Si pensamos que había encumbrados hombres de estado que se expresaban en los términos en que lo hacían Adams y (en menor medida) Calhoun, resulta sorprendente que en la década de 1820 no se haya producido la ruptura de Estados Unidos. Y si esa ruptura se hubiera producido, el Sur, sin duda, habría sobrevivido. En ese momento el Norte carecía de los recursos materiales para provocarla como lo hizo en la década de 1860. Más aún, es probable que Calhoun tuviera razón cuando suponía que Inglaterra, por diversas razones, habría acudido en apoyo del Sur, para así poder negociar con una Norteamérica dividida en dos países débiles en lugar de verse obligada a hacerlo con uno fuerte. Así pues, el curso de la historia norteamericana habría sido totalmente diferente: el Norte y el Sur hubiesen comenzado una carrera por ver quién llegaba primero al Pacífico y adquiría más territorio, como ocurrió entre Canadá y Estados Unidos a ambos lados del paralelo 49. Sin embargo, vale la peña señalar que Adams provenía de Massachusetts y Calhoun, de Carolina del Sur, los dos estados más extremistas. Cuando por fin se declaró la guerra civil, muchos norteamericanos —el general Grant era uno de ellos— pensaron que los principales responsables habían sido estos dos estados y que, sin ellos, se podría haber evitado el conflicto. Massachusetts y Carolina del Sur eran, en efecto, los estados ideológicos, los sostenedores de la tradición de fanatismo que era uno de los componentes del carácter nacional norteamericano que, por otra parte, resultó, en muchos sentidos, un rasgo muy fructífero y creativo. Pero había otro aspecto del carácter nacional, el moderado, el pragmático, el que encarnaban los estadistas, que derivaba de la antigua tradición inglesa del derecho consuetudinario y el Parlamento, que sostenía que no se debían llevar las convicciones

ideológicas hasta sus consecuencias más irreconciliables y, por lo general, sangrientas, sino más bien esforzarse por llegar siempre a un acuerdo.

Esta segunda tradición, defendida durante tanto tiempo por figuras patricias de Virginia, como los Washington o los Madison, quedó por entonces en las sabias manos de un hombre del nuevo oeste: Henry Clay, de Kentucky. Henry Clay es una figura clave del período 1815-1850 que, con su talento político, impidió tres veces la ruptura definitiva entre el Norte y el Sur. [419] También era un hombre dotado de una energía y una capacidad extraordinarias —junto con Calhoun tal vez el hombre más capacitado de la época—, pero a pesar de que, Dios lo sabe, se esforzó al máximo por conseguirlo, nunca logró llegar a ser presidente de Estados Unidos. Clay había nacido en Virginia y era un norteamericano de pura cepa. Los Clay llegaron a Jamestown en 1613 (provenientes de Gales) y Henry pertenecía a la quinta generación. Su madre era norteamericana de tercera generación. Clay nació en 1777 y era hijo de un predicador baptista y cultivador de tabaco que poseía un campo de 190 hectáreas y 21 esclavos en las tierras bajas y pantanosas del estado. Su padre odiaba a los ingleses, en especial al coronel Banastre Tarleton, que solía asolar la zona, y ellos lo odiaban a él: Clay contaba que los Casacas Rojas habían profanado la tumba de su padre con la intención de saquearla. Cuando tenía cuatro años su padre murió y Clay heredó dos esclavos de él (y uno de su abuelo). Así pues, poseyó esclavos hasta su muerte, ocurrida en 1852, pero consideraba que la esclavitud era "un gran mal" —impuesto "por nuestros antepasados", decía— y que violaba la Constitución, ya que en su opinión ésta, "por una cuestión de principio", hacía extensiva la igualdad a los negros. Si Norteamérica pudiera empezar dé nuevo su historia, decía, no admitiría nunca la esclavitud. Los desesperados intentos de Clay por mantener el equilibrio dentro de la Unión con respecto al

tema de la esclavitud lo convirtieron en uno de los políticos predilectos de Abraham Lincoln, que durante sus famosos debates con Stephen A. Douglas lo citó cuarenta y una veces.[420]

Desde que nació, y durante toda su vida, el destino de Clay estuvo marcado por la tragedia. De sus ocho hermanas y hermanos sólo dos llegaron a la edad adulta y, como consecuencia de ello, su madre, que enviudó tempranamente, fue una mujer amargada. Lo mismo ocurrió con su esposa, Lucretia Hart. De sus once hijos, dos, Henrietta y Laura, murieron en la primera infancia; Eliza, a los doce años; Lucretia, a los catorce; Susan, a los veinte; Anne, a los veintiocho; el hijo mayor, Theodore, pasó la mayor parte de su vida en un manicomio, y el segundo, Thomas, se volvió alcohólico; el tercero, Henry Jr., un brillante graduado de West Point en quien Clay había depositado todas sus esperanzas, encontró la muerte en la guerra con México.[421] Clay se veía a sí mismo como un hijo de la indigencia y exageraba su origen pobre como parte de su táctica política. Decía que era un *self made man*, un término que inventó él, "un huérfano que nunca había conocido la sonrisa de un padre. [...] [Lo único que] heredé fue una infancia sumida en la ignorancia y la indigencia". Lamentó hasta el fin de sus días no haber podido aprender nunca latín y griego: "Siempre me vi obligado a recurrir demasiado a mi talento", solía decir. (No era, por cierto, un hombre que se hiciera notar por su modestia). Por otra parte, Clay tenía una bella caligrafía y, después de trabajar como recadero dependiente, logró un empleo en la cancillería de Virginia a las órdenes del gran George Whyte, que había formado a Jefferson, Monroe y Marshall. Whyte convirtió a Clay en un abogado capaz y un caballero educado. Clay se relacionó con la sociedad de Richmond, donde dejó un tendal de corazones rotos y se ganó tanto enemigos como importantes conexiones.[422] Pero en Virginia abundaban los abogados desempleados, de modo que Clay decidió probar suerte en Kentucky.

“Tierra negra y sangrienta”, uno de los nombres que los indios daban a Kentucky, se adecuaba muy bien a los orígenes de este estado fronterizo. A los colonos se los describía como “la barba azulada, monstruos de más de un metro ochenta de altura, toscos, sucios, pendencieros, provocadores, cuya vocación son el robo, la bebida y la pelea, y que sólo piensan en aterrorizar a los hombres pacíficos de la comunidad”.[423] Clay medía casi un metro noventa y podía liarse a puñetazos con los mejores de entre ellos. Era delgado, garboso, pero feo: “La cara de Henry era como la componenda a la que llegan los miembros de una comisión”, y su rasgo más característico era su enorme boca, que le cruzaba el semblante como un tajo. La usaba muy a menudo, para comer y beber prodigiosamente, para modular su voz espléndidamente suave, melódica y envolvente, y para besar cuanto podía. Al respecto, él dijo: “El beso es como la presidencia: no se ha de buscar y no se ha de rechazar”. Sus adversarios decían que su boca prodigiosamente ancha le procuraba una ventaja injusta: “Las amplias dimensiones de su aparato besador le permitían que una parte descansara mientras la otra trabajaba”.[424] Si las mujeres hubieran podido votar, Clay habría ganado sin dificultades la presidencia cada vez que se presentó. Lo cierto es que llegó a Kentucky en 1797, a los veinte años, un momento excelente para invertir la juventud en este floreciente estado, y pronto pasó a formar parte, gracias a su matrimonio, de la familia más importante del *establishment* local. Pocos años después era el miembro más destacado de la legislatura estatal, el mejor pagado de los abogados criminalistas del estado, director del principal banco, profesor de derecho y política en la Universidad de Transilvania, y dueño de una amplia propiedad, Ashland, su hogar y refugio para el resto de su vida. Incluso estuvo durante dos breves períodos en el Senado de los Estados Unidos, pero su carrera política nacional comen-

zó realmente en 1810, cuando resultó elegido para la Cámara de Representantes.

Clay era un hombre de principios, pero sólo cuando le convenía. Por esa razón a muchos hombres públicos les resultaba tan difícil aceptarlo. (Con las damas no tenía ningún problema: lo amaban). Sus colegas, primero en la Cámara Baja y después en el Senado, lo veían como un hombre dictatorial y a veces los molestaba el modo en que él se servía de su autoridad para hacer prevalecer sus puntos de vista o sus ambiciones. También comprendían las ventajas que implicaba su fuerte liderazgo. Cuando ejerció la presidencia de la Cámara, el funcionamiento de la institución fue eficiente y justo. Cada vez que decidió presentarse fue elegido presidente de la Cámara por abrumadora mayoría. Más tarde, en el Senado, el grueso de sus colegas lo impulsó siempre a tomar el mando. Estaba extraordinariamente dotado para lograr que lo que, en muchos sentidos, era un sistema de gobierno imperfecto, funcionara. Sabía más acerca de sus principios elementales que cualquiera de sus predecesores. Además, tenía encanto personal. Los que sólo habían oído hablar de él se sentían abrumados cuando lo conocían personalmente. Un amigo le dijo a Thomas Glascock, de Georgia: "General, ¿me permite presentarle a Henry Clay?". "No, señor. Soy su adversario y prefiero no someterme a su fascinación". Calhoun, que se convirtió en su enemigo mortal en duelos retóricos de inusitada ferocidad, admitió a regañadientes: "No me gusta Clay. Es un mal hombre, un impostor, un creador de artilugios malignos. No hablaría con él, pero, ¡por Dios, lo amo!".[425]

Clay era un hombre apasionado. Ésa, sospechamos, es una de las razones por las que la gente lo quería. A pesar de todo su talento político no siempre podía controlar su temperamento. Las lágrimas le brotaban fácilmente. Y también la ira. En una ocasión, en la legislatura de Kentucky, Humphrey Marshall —un hombre aún más alto que él (Clay medía casi un metro noven-

ta), que era primo y cuñado del presidente de la Corte Suprema — lo acusó de ser un mentiroso. Clay estuvo a punto de liarse a golpes con él allí mismo, en el recinto de la legislatura, pero un gigante con fuerte acento alemán los separó diciendo: "'Famos', muchachos. Nada de peleas aquí, o tendrán que 'férselas' conmigo". Entonces los rivales cruzaron el río que los separaba de Ohio y allí se batieron en duelo; Clay resultó herido de bala en el muslo (por suerte para él, en aquellos tiempos las pistolas eran muy imprecisas). Clay fue un mujeriego incansable toda su vida, bebía y jugaba por dinero hasta el hartazgo ("siempre he rendido un homenaje muy especial a la inconstante diosa de la fortuna"), y sobre todo, le gustaba bailar. Es probable que fuese el más consumado bailarín entre los políticos de su generación, con la posible excepción del libertador de Sudamérica, Simón Bolívar. En medio de un banquete, y en la cima de su excitación, Clay, como Bolívar, no vacilaba en ponerse a bailar sobre la mesa. Según un testigo presencial, en una ocasión, en Kentucky, ofreció "una gran actuación, digna de Terpsícore. [...] Ejecutó un *pas seul* desde la cabecera hasta el otro extremo de la mesa, de 20 metros de largo [...] con el estrepitoso acompañamiento de copas y platos que se hacían añicos a su paso". A la mañana siguiente pagó la cuenta de los destrozos, 120 dólares, "con un gesto ceremonioso".[426] El baile hacía furor en la frontera norteamericana en las décadas de 1820 y 1830 —era prácticamente él único entretenimiento de que se disponía— y puso los cimientos para la extraordinaria destreza que permitió a Estados Unidos, a fines del siglo XIX y durante el siglo XX, producir más bailarines profesionales de primer orden que cualquier otro país, incluida Rusia. Cuando estaba en Washington, Clay adoptaba un acento diferente, prestaba atención a su gramática (no siempre con éxito), acostumbraba a aspirar rapé con gesto de refinamiento mientras hablaba y a juguetear con sus gafas de montura dorada y, en general, se comportaba como un

caballero. En la frontera, sin embargo, se mostraba revoltoso como un auténtico representante de Kentucky, y el baile era parte del ritual.

A Clay le parecía ridículo que el Congreso permitiera que la esclavitud siguiera siendo un problema, y que se mostrase renuente a resolverlo definitivamente prohibiéndola de una vez por todas (como él quería), e impidiera la admisión de Misuri, el primer territorio que había surgido al oeste del Misisipí tras la compra de Luisiana. Una parte importante del Sistema Norteamericano que Clay propiciaba era el desarrollo inmediato del Medio Oeste, que permitiría que Norteamérica continuara su arrolladora marcha hacia el Pacífico antes de que lo hicieran otros. Si Misuri no era viable sin esclavitud, ¿qué problema había? Sabía que si él y su esposa dejaban en libertad a sus esclavos se verían obligados a abandonar su propiedad porque dejaría de ser competitiva y tendrían que mudarse de Kentucky, del mismo modo que Edward Coles había tenido que venderlo todo y trasladarse a Illinois, donde llegó a ser el segundo gobernador del estado. Clay opinaba que la esclavitud desaparecería el día en que Dios lo dispusiera, y que el desarrollo del oeste mediante el Sistema Norteamericano haría que ese día llegara más pronto. Mientras tanto, debía admitirse a Misuri y dejar que prosperara.

De ahí que Clay desplegara, tanto en el recinto de la Cámara como entre bambalinas, una actividad frenética e ingeniosa a fin de lograr que Maine y Misuri fueran admitidos como estados junto con una enmienda de compromiso por la cual se prohibía la esclavitud al norte del paralelo 36.30 en el territorio correspondiente a la compra de Luisiana (marzo de 1820). Y, por un prodigio aún más notable de talento político, resolvió la cuestión constitucional provocada por los extremistas de la convención de Misuri mediante lo que se conoce como el Segundo Acuerdo de Misuri, por el cual la legislatura local se comprome-

tía solemnemente a no sancionar leyes que privaran a cualquiera de sus ciudadanos de los derechos garantizados por la Constitución de Estados Unidos (febrero de 1821).[427] De resultas de todo ello, en agosto, el presidente Monroe pudo rubricar la admisión de Misuri en la Unión. Este fue uno de los tres acuerdos en los que Clay actuó como intermediario (los otros se celebraron en 1833 y 1850) que desactivó las periódicas explosiones entre el Norte y el Sur y postergó cuarenta años la guerra civil. El senador Henry S. Foote, que había sido testigo del modo en que Clay desplegó su arte para disuadir a los exasperados protagonistas enfrentados en el Congreso, dijo en su momento: "Si en el Congreso de Estados Unidos hubiésemos tenido un hombre como Henry Clay en 1860-1861, no habría habido, estoy seguro, una guerra civil".[428]

Después de los Acuerdos de Misuri, Clay sugirió al presidente Monroe que adoptara una actitud positiva en la lucha de liberación que se libraba en Latinoamérica contra España mediante el rápido reconocimiento de los gobiernos revolucionarios y el ofrecimiento de toda la ayuda diplomática que necesitaran. Aquello también era parte del Sistema Norteamericano, en virtud del cual Estados Unidos no sólo se hacía fuerte e independiente en el norte del continente, sino que excluía a las rapaces potencias europeas del centro y el sur de América. Lo que Clay no sabía era hasta qué punto el secretario de Asuntos Exteriores británico, George Canning, que también era un partidario entusiasta de la independencia latinoamericana (en beneficio de los intereses comerciales británicos), estaba presionando a Monroe a fin de que adoptara esa misma línea y declarara abiertamente que Francia y España ya no eran bienvenidas en el hemisferio. El 2 de diciembre de 1823, como parte de su mensaje al Congreso, Monroe anunció la nueva política nortea-

mericana. Primero, Estados Unidos no intervendría en las colonias europeas ya existentes. Segundo, se mantendría distante de Europa, sus alianzas y sus guerras. Tercero: "De aquí en adelante, el continente americano [...] no será considerado pasible de ser colonizado en el futuro por las potencias europeas". Cuarto, habida cuenta de que en Europa los sistemas políticos son diferentes del que rige en Estados Unidos, "cualquier tentativa de extender su sistema a alguno de los territorios de este hemisferio se consideraría peligrosa para nuestra paz y nuestra seguridad". Esta declaración, que con el tiempo se conocería como la doctrina Monroe, fue cobrando cada vez más importancia a medida que Norteamérica —gracias al Sistema Norteamericano de Clay— iba adquiriendo el poderío industrial y militar que le permitiría asegurar su cumplimiento.[429]

A la luz de sus exitosas actividades al margen de los partidos, Clay creyó que se había ganado el derecho de ser presidente. Pero lo mismo creía mucha otra gente. La presidencia de Monroe fue definida en su momento y aún se la define como "la era de los buenos sentimientos", la última época de la historia norteamericana durante la cual el Gobierno del país no se vio emponzoñado por la política partidista.[430] Pero también se puede definir la presidencia de Monroe, y el Gobierno de John Quincy Adams que la siguió, como la primera gran era de corrupción de la política norteamericana. Muchos norteamericanos llegaron a creer firmemente que en ese período su Gobierno, tanto la Administración como el Congreso, era corrupto, y esto en una época en que en Inglaterra la tradicional corrupción del sistema vigente en el siglo XVIII estaba siendo lenta pero implacablemente extirpada. Cuando hablaban de corrupción, los norteamericanos de la década de 1820 no se referían solamente a los sobornos o la malversación de caudales públicos. Corrupción también era el debilitamiento de la integridad constitucional que conllevaban los pactos secretos, el uso de la función pú-

blica para adquirir poder o cargos más elevados, o el hecho de dar prioridad a los intereses privados en detrimento del bienestar general.[431] Pero según la opinión pública, además, también se estaba robando mucho. De hecho, dos miembros del Gobierno, Calhoun, que ocupaba el Departamento de Guerra, y William Crawford (1772-1834), secretario del Tesoro, se acusaron mutuamente de manera más o menos abierta de tolerar, si no de beneficiarse personalmente de ello, de negocios turbios en sus respectivos departamentos.[432]

La atmósfera que se respiraba en el Gobierno durante los últimos años de la presidencia de Monroe estaba viciada, además, por las maniobras que Calhoun, Crawford y Adams, sus tres funcionarios más importantes, ponían en práctica con la intención de suceder en el cargo a su jefe. Como consecuencia de ellas, se llegó al encarnizamiento en todo lo relacionado con las prebendas y los nombramientos políticos. En el diario de Adams ha quedado registrada una feroz disputa que enfrentó a Crawford y Monroe el 14 de diciembre de 1825. Se habían reunido para discutir designaciones en la Aduana, un organismo siempre polémico a causa del cada vez mayor volumen de dinero que allí se manejaba y de las oportunidades que se presentaban para malversarlo; Monroe no hacía más que poner obstáculos a las propuestas de Crawford; éste, cuando se levantaba para irse, dijo desdeñosamente: "Bien, si usted no está dispuesto a designar a las personas cualificadas, dígame a quiénes va a designar, así yo podré cuidarme de sus torpezas". Monroe contestó "sin perder la calma, diciendo que consideraba que el lenguaje de Crawford era sumamente impropio e impertinente para la relación que había entre ellos". Cuando Crawford se volvió hacia él con su bastón en alto, como si estuviera dispuesto a golpearlo y le dijo: "Es usted un maldito viejo sinvergüenza", el señor Monroe recogió con presteza el atizador que se encontraba junto a la chimenea para defenderse, vociferó un epíteto denos-

tando a Crawford y le dijo que llamaría de inmediato a los sirvientes para que lo echaran de la casa. [...] Después de ese episodio nunca más volvieron a verse.[433]

La corrupción en Washington era evidente; esta situación, sumada a la crisis financiera de 1819, persuadió al vencedor de Nueva Orleans, el general Jackson, de que no sólo era el momento oportuno sino un deber cívico indeclinable para él presentarse a la presidencia y comprometerse a emprender lo que llamó "una limpieza general" de la capital federal. No consideraba factible retornar al ideal de Jefferson de una Norteamérica pastoril administrada por agricultores esclarecidos. En 1816 escribió: "La experiencia me ha enseñado que las manufacturas son ahora tan necesarias para nuestra independencia como para nuestra comodidad". Pero tenía claro que era imperativo un retorno a la primitiva pureza de la república. Así pues, Jackson se convirtió en el primer candidato presidencial que se aferró con uñas y dientes al lema de campaña más popular de la historia norteamericana: "Expulsemos a los bribones". Por desgracia para Jackson, si bien tenía las manos limpias —no podía ser de otro modo, pues acababa de llegar a Washington— hubo otro tipo de objeciones, muy diferentes, a su candidatura. Su victoria en Nueva Orleans lo había convertido en una especie de virrey o procónsul oficioso del Sur. Como tal, había destruido el poder de los indios en aquella región y, de hecho, les había confiscado las tierras. Nadie lo criticaba por eso, por supuesto. Pero el 15 de marzo de 1818 sus tropas comenzaron una guerra no declarada contra España, por la invasión de Florida, que las endebles guarniciones españolas fueron incapaces de defender. Incluso llegó a prometerle a Monroe: "Le garantizo que en unos días Cuba será nuestra", a condición de que Washington le facilitara una fragata, pero Monroe se negó a complacerlo.[434] Presionado por el secretario de Estado, Adams, un imperialista entusiasta, Monroe prestó un apoyo tácito a la guerra de Jackson

contra Florida, aunque más tarde negó haber estado en connivencia con él con el argumento de que por aquel entonces estaba enfermo. En la actualidad, por supuesto, las actividades de Jackson —que entrañaban una abierta violación de la Constitución, pues ésta reservaba el derecho de hacer la guerra o acordar la paz exclusivamente al Congreso— habrían sido denunciadas por el periodismo de raigambre liberal. En 1818, el general habría arrestado y encarcelado a ese tipo de periodistas, o los hubiera expulsado, o tal vez los hubiera hecho colgar por traición a la patria. Lo cierto es que no había periodistas de raigambre liberal en aquellos tiempos, al menos en lo concerniente a los conflictos con los indios o los españoles. Todos eran belicosos y expansionistas. El 8 de febrero de 1819 el Congreso se congratuló de aprobar el *fait accompli* mediante el rechazo de una moción de censura contra Jackson, y el 17 de julio de 1821 España entregó formalmente el territorio de Florida a Estados Unidos.[435]

Sin embargo, Jackson estaba en la mira de no pocos críticos prominentes, y uno de los más destacados fue Henry Clay. Como parte de su campaña de oposición contra la Administración, Clay acusó a Monroe de permitir que Jackson actuara como un Bonaparte. Y cuando Jackson anunció que se presentaba a las elecciones presidenciales de 1824, Clay lo vituperó diciendo que era "apenas un caudillo militar". "Me cuesta creer que el hecho de haber matado a 2.500 ingleses en Nueva Orleans pueda significar que se está capacitado para cumplir con las variadas, difíciles y complicadas tareas que exige la primera magistratura", escribió. Jackson, dijo Clay, era "ignorante, irascible, hipócrita, corrupto y se deja influir fácilmente por los más viles de entre los hombres que lo rodean".[436] Jackson no dio importancia a estas acusaciones en ese momento —aunque no las olvidó: desde entonces, y mientras vivió, puso a Clay a la cabeza de la lista de sus peores enemigos— y concentró sus esfuerzos

en tratar de conmover al "pueblo". Es probable que Jackson haya sido un autócrata militar, pero lo que lo diferenciaba de los caudillos latinoamericanos, y de los gobernantes bonapartistas europeos, es que era un demócrata genuino. Fue la primera figura importante de la política norteamericana que creyó con vehemencia y sin reservas en la voluntad popular, y no es casual que fuera el creador del gran Partido Demócrata, que perdura desde entonces. Como gobernador del territorio de Florida (gracias a sus métodos despóticos Florida no se convirtió en estado hasta 1845), Jackson dispuso que el mero hecho de la residencia era suficiente para otorgar el voto a un blanco adulto. En términos más generales, en 1822 afirmó que todo hombre libre que / habite en una nación o estado debiera estar autorizado a votar, habida cuenta de que todos estaban sometidos a las leyes y sus castigos tanto estatales como federales, y por lo tanto "tienen el derecho de emitir su voto a fin de participar en su elaboración". Y agregó que cada legislatura estatal tenía el deber de adoptar estas disposiciones relativas al voto en la medida en que las creyera adecuadas para "la felicidad, la seguridad y la prosperidad del estado" (1822).[437]

Jackson mantenía que, cuanta más gente pudiera votar en las elecciones presidenciales, mejor andaría todo, pues ése sería el remedio para la corrupción que imperaba en Washington: "El gran correctivo constitucional que tiene en sus manos el pueblo para combatir la usurpación de poder o la corrupción de sus funcionarios es el derecho del sufragio; si es usado con serenidad y reflexivamente resultará lo suficientemente fuerte y habrá de perpetuar sus libertades y derechos".[438] Jackson pensaba que el pueblo era bueno y moral por naturaleza, y el Gran Gobierno, del tipo que él veía afianzarse en Washington, era esencialmente malo e inmoral. Su tarea, tal como él la veía, era liberar y robustecer esta enorme fuerza moral popular y apelar a ella para vencer a la oligarquía arraigada en el poder, a la corrupta

élite gobernante. Era, sin duda, una estrategia política simple, y resultaría victoriosa si se garantizaba que el sufragio fuera lo suficientemente masivo.

No queda claro si esta gran innovación que transformaría la política norteamericana —el protagonismo del *demos*— fue obra de Jackson o, como decía Clay, de hombres sin escrúpulos que lo manipulaban. Jackson era un hombre terriblemente ignorante. Su gramática y su ortografía eran vacilantes. Los memorandos que redactaba para sí mismo eran una curiosa mezcla de ingenuidad, astucia, intuición y prejuicios. Su tono, cuando hablaba y cuando escribía, era seudobíblico. "Lloro por mi país", solía afirmar. La banca, Washington en general, el Departamento de Guerra en particular y el conjunto de sus enemigos eran "la gran prostituta de Babilonia". Los periódicos que le eran hostiles lo denostaban valiéndose de lo qué él llamaba sus "trompetas de la ira". El, por su parte, estaba dispuesto a "limpiar los establos de la orgía". En cambio su edecán, el mayor John Eaton (1790-1854), que ocupó un escaño en el Senado de Estados Unidos en 1818 y actuaba como jefe del Estado Mayor político y amanuense de Jackson, era un escritor consumado. Él convirtió la "limpieza de Washington" en un lema nacional de campaña, de hecho, de la primera campaña electoral moderna. A principios del verano de 1823, Eaton escribió una serie de once artículos políticos que firmó con el seudónimo Wyoming y que fueron publicados por el *Columbian Observer* de Filadelfia. Se reimprimieron como panfleto con el título *Letters of Wyoming* (Cartas de Wyoming), y fueron reproducidos en periódicos de todo el país. Desarrollaba el tema con sumo detalle y apelaba a una retórica imponente: afirmaba que el país había caído "en manos de Mammón" y aseguraba que, ahora, eran los votantes quienes debían garantizar el retorno a la pureza de los principios en que se había fundado la revolución.

Las elecciones presidenciales de 1824 fueron un hito importante por más de una razón. Al principio había cinco candidatos: Crawford, Calhoun, Clay, Adams y Jackson. Pero Calhoun se retiró para presentarse como candidato a la vicepresidencia en dos listas, y una apoplejía relegó a Crawford en las preferencias del electorado: quedó en el tercer puesto. Dadas las circunstancias, sólo quedaron en la carrera Adams y Jackson. El sistema de elección a través del colegio electoral estaba todavía vigente, pero ésta fue la primera elección en la que también resultaría importante el voto popular. En Georgia, Nueva York, Vermont, Luisiana, Delaware y Carolina del Sur, los delegados al colegio electoral fueron elegidos por las legislaturas estatales. En el resto del país ya había listas de jurisdicción estatal, pero en Maine, Illinois, Tennessee, Kentucky y Maryland todavía se votaba por distritos. La cantidad de electores fue superior ala de cualquier otra de las elecciones anteriores, aunque gracias a la renovada prosperidad del país no hubo levantamientos populares violentos, y Norteamérica mostraba ya su propensión a la abstención, o a la escasez de candidatos a cargos electivos. En Massachusetts, que consideraba a Adams su "hijo predilecto", sólo se registraron 37.000 votos, contra los 60.000 que había habido en las elecciones para gobernador del año anterior. En Ohio, donde a principios del otoño se había elegido gobernador con una concurrencia de 76.000 votantes, sólo 59.000 ciudadanos se presentaron a votar en las presidenciales. De los 625.000 blancos que vivían en Virginia sólo votaron 15.000 y, en Pensilvania, no se presentaron más que 47.000, a pesar de que la población ya había superado el millón.[439] De todos modos, de un total de 356.038 votos, Jackson, con 153.544, resultó el indudable ganador, seguido por Adams, que obtuvo 40.000 votos menos, 108.740.[440] Jackson también obtuvo más votos en el colegio electoral, 99, contra 84 para Adams, 41 para Crawford y 37 para Clay. Triunfó en once estados, Adams en

siete: todos los cómputos consagraban como ganador a Jackson. Sin embargo, según la Duodécima Enmienda, si ningún candidato obtenía una mayoría de los votos en el colegio electoral la decisión debía pasar a la Cámara de Representantes, que escogía el ganador entre los tres primeros en una votación por estados. En la práctica, la situación colocaba a Clay, presidente de la Cámara de Representantes, en la posición de intermediario: como había quedado en cuarto lugar, estaba excluido de la contienda. Pero, decidió, sería él quien determinara el ganador, y eso le permitiría llevar agua a su molino.

La Cámara debía reunirse en sesión el 9 de febrero de 1825. Jackson llegó a Washington el 7 de diciembre de 1824, después de un viaje de veintiocho días, proveniente de Tennessee. En una carta a su viejo camarada de armas John Coffee, le contó que en el lugar circulaban toda clase de rumores acerca de un pacto, pero que él no estaba participando en ninguna negociación política: "La señora Jackson y yo no vamos a fiestas; [preferimos quedarnos] en casa fumando nuestras pipas". (Se trataba de un ritual formidable: su esposa tenía pipas de arcilla, pero Jackson fumaba "una gran pipa cóncava Powhatan con un enorme cañón", y soltaba sus bocanadas hasta que el aire de la habitación "quedaba tan cargado de humo que casi no se podía respirar").[441] La gente de Clay comenzó a hacer sondeos: querían saber qué cargo se le ofrecería a su jefe si Jackson resultaba finalmente elegido. Más tarde, se le pidió a Jackson que confirmara este rumor: "¿Es eso cierto?". Jackson contestó: "Sí, señor, la propuesta existió. Y yo respondí al mensajero: 'Vaya y diga al señor Clay, y al señor Adams, que si ocupo ese sillón lo haré con las manos limpias'".[442] Sin embargo, Adams y Clay no eran tan quisquillosos, a pesar de que no se apreciaban mutuamente. Se reunieron dos veces, el 9 y el 29 de enero de 1825, y la primera reunión fue probablemente la decisiva; aunque Adams, cuando la registró en su normalmente frondoso diario,

omite decir qué pasó en esa ocasión. Es posible que Adams, hombre pudibundo y de elevados principios, no se atreviera a poner el pacto por escrito, si lo hubo. Lo cierto es que, cuando la Cámara se reunió, Clay se aseguró de que Adams fuera votado por trece estados, el mínimo necesario para ser investido presidente. El voto de Kentucky fue particularmente escandaloso: su representante, Clay, se pronunció por Adams aunque éste no había obtenido allí ningún voto. El 14 de febrero, Clay obtuvo la recompensa pactada: Adams lo nombró oficialmente secretario de Estado. El cargo era más importante que ahora, pues su titular solía ser el candidato favorito paradas siguientes elecciones presidenciales.[443]

Indignado, Jackson estalló. Esa misma noche escribió: "Ya lo veis, el Judas del oeste ha cerrado el trato y recibirá sus treinta monedas de plata. Su fin será el mismo. ¿Se ha visto alguna vez un caso semejante de corrupción tan descarada?".[444] El grito de "pacto corrupto" recorrió el país. Y se_ convirtió en el lema principal de la siguiente campaña presidencial de Jackson, que comenzó de inmediato. La forma en que Jackson fue despojado de la presidencia mediante un pacto secreto después de haber obtenido la mayoría de los sufragios y la mayoría de los votos en el colegio electoral y de haber triunfado en la mayoría de los estados, fue para la mayoría del pueblo norteamericano la prueba más contundente de la corrupción imperante en Washington, que él había denunciado, y para erradicar la cual había sido "elegido". De modo que era el electorado, y no sólo Jackson, el que había sido estafado. La intervención de Clay no ayudó. En lugar de encerrarse en un silencio digno, ofreció diversas y contradictorias explicaciones para justificar su papel en la elección de Adams. Jackson no cabía en sí de alegría: "¡Qué poco sentido común demuestra este hombre! ¡Oh, ojalá mi enemigo escribiera un libro! […] Lo más sabio que podía haber hecho era no abrir la boca". Tal vez nunca sepamos si hubo, o no, un

"pacto corrupto". Lo más probable es que no. Pero la mayoría de los norteamericanos pensaron que sí. Y la frase se convirtió en un estupendo eslogan.[445]

En la primavera de 1825, la legislatura de Tennessee nombró a Jackson candidato a presidente para las elecciones de 1828, y dio comienzo así a una nueva tradición norteamericana: la campaña electoral sin fin. La acusación que pesaba sobre Adams por su intervención en un pacto corrupto socavó profundamente la legitimidad de su presidencia. Jackson anunció que, si bien hasta entonces había considerado que Adams era un hombre probo, "desde ese momento, decidí no tener más relación con él". [446] Una enorme brecha política se abrió entre la Administración y los partidarios de Jackson. A partir de allí, la oposición en el Congreso se tornó sistemática, y comenzó a surgir el moderno sistema bipartidista norteamericano. A partir de 1825, en lo que ya era un país enorme en el que se estaba produciendo además una rápida expansión, comenzaron a formarse filiales del partido popular jacksoniano. Decenas de periódicos se alineaban con la nueva organización, entre ellos algunos nuevos e importantes, como el *United States Telegraph*, que editaba Duff Green. A medida que el sistema político se polarizaba aumentaba el número de políticos ya consagrados que se unían a Jackson: el jefe de la maquinaria de la sociedad demócrata Tammany, Martin van Buren (1782-1862); Benton y Calhoun en Nueva York; Sam Houston en el oeste; el prohombre de Virginia John Randolph, de Roanoke (1773-1833); George McDuffie (1790-1851), de Carolina del Sur; Edward Livingstone (1764-1836), caudillo de Luisiana. Todos estos hombres, y muchos otros, constituyeron lo que habría de convertirse en uno de los grandes y perdurables instrumentos de la política norteamericana: el Partido Demócrata.[447]

El *Telegraph*, órgano principal del nuevo partido, era la cabeza de una red de otros cincuenta periódicos que, desde todos los estados, reproducían sus artículos más difamatorios. Aquellos que crean que la política norteamericana actual se está convirtiendo en un juego sucio tal vez no hayan leído la historia de la elección de 1828. Los norteamericanos han mostrado siempre un interés enfermizo por lo que sucede en la Casa Blanca, sobre todo si hay dinero público en juego. Hasta el siempre mesurado Monroe, enfurecido por una investigación acerca de los gastos que había implicado la decoración interior de la sede del Ejecutivo que llevaba a cabo el congresista John Cocke, de Tennessee —un jacksoniano que además presidía una de las comisiones de la Cámara—, "pidió a la persona que le llevó el mensaje que le dijera a Cocke que era un bribón, y que ésa sería la única respuesta que obtendría de él".[448] Adams, que en este sentido era intachable, fue sometido sin embargo a investigaciones aún más minuciosas. Un inventario de la Casa Blanca reveló que había una mesa de billar y un juego de ajedrez que, daba la casualidad, Adams había pagado de su propio bolsillo. El congresista Samuel Carson, de Carolina del Norte, quiso saber en virtud de qué derecho "se utilizaba el dinero público para comprar mesas y mobiliario de juego". La pregunta, repetida y amplificada por el *Telegraph* y sus satélites, sonaba ominosa en Nueva Inglaterra y el Cinturón Bíblico. El *Telegraph*, desesperado por mostrar que Adams era un pillo —en realidad era un anciano aburrido y sombrío—, resucitó una antigua historia de su misión en San Petersburgo según la cual había "obsequiado" una joven e inocente norteamericana al zar Alejandro I y, afirmaba el periódico, él había sido "el alcahuete de la alianza".[449]

Por otra parte, los periódicos partidarios del Gobierno no tardaron en atacar a Jackson con virulencia. El *National Journal*, por ejemplo, afirmaba: "¡La madre del general Jackson era una vulgar prostituta traída al país por soldados británicos!

¡Después, se casó con un mulato, con el que tuvo varios hijos, de los cuales el general Jackson es uno!". Jackson no pudo evitar el llanto cuando leyó esta frase, pero más aún lo afligieron los ataques en los que se ponía en duda la validez de su matrimonio con Rachel. Juró que si lograba identificar al hombre que había propalado ese rumor lo retaría a duelo y lo mataría. Se refería a Clay, por supuesto. (En su lecho de muerte, Jackson dijo que las dos cosas que más lamentaba de su vida eran que "no colgué a Calhoun y no fusilé a Clay"). De hecho, por una cuestión totalmente distinta, Clay y Randolph se batieron en duelo a orillas del Potomac, en el lugar en el que ahora se alza el aeropuerto nacional: ninguno de los dos resultó herido, pero la bala de Clay agujereó la chaqueta de Randolph, y aquél le compró a éste una nueva. Cuando Jackson se enteró de que un detective privado, un inglés llamado Day, estaba husmeando en los registros matrimoniales de Natchez y Nashville, le escribió a Sam Houston diciéndole que, cuando tuviera información acerca de los "movimientos secretos" de Clay, se pondría en campaña para lograr "su destrucción política y, quizá, personal". Los amigos de Clay advirtieron a éste de que había pistoleros dispuestos a atentar contra su vida. Jackson llegó al punto de pedir a diez hombres prominentes de Nashville que redactaran una declaración, que llenó diez columnas del *Telegraph*, en la que atestiguaban que su matrimonio con Rachel era válido. La publicación no impidió la aparición de un panfleto en el que el Gobierno preguntaba: "¿Deberían una adúltera convicta y su ilegítimo esposo ocupar los cargos más encumbrados del país?". El *Telegraph* replicó aseverando que el señor y la señora Adams habían vivido en pecado antes de su matrimonio y que el presidente era un alcohólico y un violador del *sabbat*.[450]

Jackson demostró que era un candidato ideal, que sabía exactamente cuándo debía quedarse callado y cuándo le convenía dar rienda suelta a su cólera (que por lo general era fingida). Y

el hombre que lo secundaba, Martin van Buren, jefe del Albany Regency, que administraba el estado de Nueva York —una figura pequeña, enérgica y con aires de petimetre acentuados por el pelo rojo rizado, las chaquetas de colores apagados, los pantalones blancos, las corbatas color naranja, el sombrero de piel de castor de ala ancha, los guantes amarillos y los botines de tafilete—, era un acompañante ideal. Aunque se vestía como el joven Disraeli, Van Buren tenía algo que aquél nunca poseyó: una auténtica y actualizada maquinaria política. Van Buren creció en la Nueva York de Aaron Burr y de De Witt Clinton. En Nueva York la política ya era muy compleja y barroca —los que no eran de allí confesaban que no podían comprenderla— pero era el aire que este hombre menudo se había acostumbrado a respirar. Burr había convertido el antiguo club patriótico de los partidarios de Jefferson en la Sociedad de Saint Tammany, cuyos miembros acudían a beber, fumar y cantar en un viejo cobertizo, en el núcleo de la organización política de la Gran Ciudad. Clinton había inventado el “sistema de sinecuras”, por el cual el gobernador entrante despedía a todos los funcionarios y nombraba en su lugar a sus partidarios. En Nueva York la política se desarrollaba en gran escala: allí, un político vacilaba entre presentarse a gobernador o a presidente. El genio de Van Buren consistió en unir la Tammany con el sistema de sinecuras; luego, en su ascendente carrera, se sirvió de ambos recursos y gracias a ellos logró desplazar primero a Burr y después a Clinton, para convertirse finalmente en el gallo del corral.[451]

Van Buren fue el primer político de escritorio. Provenía de la comarca holandesa de Kinderhook, condado de Albany, donde tuvieron su origen las historias de Rip van Winkle, pero no tenía nada de soñoliento. Su lema era: “Lo que importa son los detalles”. Sus hombres de la Sociedad Tammany eran llamados por sus enemigos *Bucktails* (“Colas de Conejo”) debido a sus orígenes rústicos, pero él les enseñó a llevar aquel nombre con

orgullo e incluir el símbolo en sus sombreros, del mismo modo que más tarde los demócratas lucieron su burro. A partir de la Sociedad Tammany, Van Buren construyó un sistema que llegó a abarcar todo el estado. En Albany y en la ciudad de Nueva York, los periódicos partidarios difundían la línea política de la organización y se encargaban de distribuir por todo el estado folletos, carteles y papeletas de votación. Además, la línea del partido se difundía también en los periódicos nacionales, de los cuales Van Buren controlaba cincuenta en T 827. Quienes la fijaban eran los miembros de una élite formada por abogados y funcionarios. Ya en la década de 1820, Norteamérica, y en especial Nueva York, era un paraíso para los abogados. En Nueva York, la frecuencia con que celebraba sesiones el complejo sistema de tribunales obligaba a los abogados a una actividad constante. Van Buren los utilizaba como vasos comunicantes con las ciudades y hasta con las aldeas situadas en las comarcas más remotas del estado. Los funcionarios designados por el consejo del gobernador eran la base sobre la cual se formaban los grupos de presión del partido en todas partes. Los puntos de vista del propio Van Buren eran producto de la naturaleza de su organización. La identidad del partido debía ser clara. La lealtad a las decisiones mayoritarias tomadas en las asambleas debía ser absoluta. Todas las medidas debían ser discutidas minuciosamente hasta llegar a un acuerdo, y los intereses personales debían subordinarse a los del partido. La lealtad era recompensada y la deslealtad, castigada sin piedad.

Cuando los *Bucktails* se hicieron cargo del gobierno del estado en 1821, Van Buren inició una purga de funcionarios de los más altos cargos en la primera reunión del consejo y, a partir de entonces, una limpieza que alcanzó otros 6.000 puestos de importancia menor y que desplazó a los clintonianos, los federalistas y los *Bucktails* que no le inspiraban confianza.[452] Clinton, que había inventado el sistema de las sinecuras, puso el grito en

el cielo. Este tipo de sistema de premios y castigos estaba en las antípodas de lo que habían concebido los Padres Fundadores; pero era el futuro de la política norteamericana. Y Van Buren, como muchos maestros de la política norteamericana desde entonces, era perfectamente capaz de combinar la crueldad partidista con la magnanimidad. Era un político esquizofrénico que admitía que algunas veces abusaba del poder y prometía no volver a hacerlo (pero lo hacía, por supuesto). Apoyó el gran proyecto de Clinton, el canal Erie, porque pensaba que era de interés para Nueva York y para el país, a pesar del hecho de que el canal, cuyas obras concluyeron triunfalmente el 2 de noviembre de 1825, ayudó a Clinton a recuperar la gobernación, y, en su momento, a purgar a los *Bucktails* de la estructura del gobierno estatal.[453] Desde entonces, la historia política norteamericana ha producido muchos ejemplos semejantes de lo que podría llamarse "el síndrome de Van Buren": hombres que combinan el verdadero fervor por el interés público con la devoción fanática por los principios partidistas.

Las elecciones presidenciales de 1828, en las que resultó elegido el general Jackson, fueron las primeras elecciones populares en la historia de Estados Unidos. En 22 de los 24 estados (en Delaware y Rhode Island las legislaturas todavía elegían a sus electores), los votantes eligieron directamente al presidente. Excepto en Virginia, eso equivalía a la población blanca masculina y adulta. Los votantes fueron 1.155.340, y Adams consiguió buenos resultados: obtuvo 508.064 votos, triunfó en Nueva Inglaterra, Nueva Jersey y Delaware, y consiguió la mayoría en el colegio electoral de Maryland. Incluso en Nueva York obtuvo 16 de los 36 votos del colegio electoral porque Van Buren, a pesar de todos sus esfuerzos, ganó en el estado por una diferencia de sólo 5.000 votos. En total, Adams obtuvo 83 votos en

el colegio electoral. Pero el resto fueron para Jackson, que consiguió además 647.276 votos directos.[454] De modo que Jackson llegó a Washington con un claro mandato popular que sepultó para siempre al antiguo sistema oligárquico indirecto.

La forma en que se realizó la toma de posesión del nuevo presidente fue tan significativa como el resultado. En aquellos tiempos las elecciones presidenciales comenzaban en septiembre y terminaban en noviembre, pero el nuevo mandatario no ocupaba el cargo hasta marzo. Washington era entonces una ciudad sureña atrasada y perezosa. Diseñada por Pierre L'Enfant y trazada por el agrimensor Andrew Ellicott: (1764-1820), pasaba por un período de constante ajetreo en materia de construcción de edificios, pero al mismo tiempo se las ingeniaba para seguir siendo soñolienta. Su principal orgullo eran sus 28.000 metros de pavimento de ladrillo, aunque también tenía, en la esquina de la avenida Pensilvania y la calle 13, el *Rotondo*, con su "vista panorámica transparente de West Point y el paisaje adyacente". Los frecuentes banquetes para los legisladores comenzaban a las cinco y media de la tarde y en ellos desfilaban inexorablemente la sopa, el pescado, el pavo, la carne vacuna, el cordero, el jamón, el faisán, los sorbetes, los bombones y la fruta, acompañados de jerez, una gran variedad de vinos de mesa, madeira y champán. Además, se bebía en abundancia: sangrías de jerez y cócteles de ginebra, mezclas de diversas bebidas alcohólicas, julepes, licores amargos y ponche de huevo. La mayoría de los políticos vivían en pensiones, por lo común decorosas, aunque algunas tenían mala fama. Pero ya había hospederas que marcaban el tono, que era oligárquico, elitista y, en lo esencial, de prosapia virginiana.

Se trataba entonces de una ciudad hostil para Jackson, que cuando llegó allí como presidente electo, el 11 de febrero de 1829, era un hombre triste y amargado. A principios de diciembre su esposa Rachel había ido a Nashville a comprar ropa

para su nueva posición. Allí cayó en sus manos un panfleto que la defendía de las acusaciones de adulterio y bigamia. Hasta ese momento, el general le había ocultado la verdadera naturaleza de la injuriosa campaña que se había montado para deshonrarla, y la conmoción que le provocó el descubrimiento fue demasiado abrumadora. Cayó en cama y, el 22 de diciembre, murió. Jackson creyó hasta el día de su muerte que sus enemigos políticos la habían matado, y juró que su venganza sería terrible. Se instaló en la pensión Gadsby. No estaba solo. Sus seguidores, que acudían desde los veinticuatro estados, se congregaron en la capital; formaban un ejército de 10.000 pobres, desheredados, menesterosos y, sobre todo, esperanzados ciudadanos. Los habitantes de Washington, consternados por la presencia de aquella gente —muchos iban vestidos con ropa de cuero mugrienta—, los veían como "los bárbaros del norte que invadieron Roma". En pocos días se bebieron todo el whisky que había en la ciudad y abarrotaron los hoteles —que triplicaron sus precios y llegaron a cobrar 20 dólares por una semana de alojamiento—; dormían cinco en una cama, otros directamente en el suelo, y se desparramaron por todo Georgetown, Alexandria y los campos aledaños. Daniel Webster escribió: "Nunca antes había visto una multitud semejante aquí. Hay personas que han viajado 800 kilómetros para ver al general Jackson y al parecer creen fervientemente que el país ha sido salvado de una gran catástrofe". Pero la mayoría acudía en busca de trabajo. Clay se burló sardónicamente del momento "en que esos espectros descarnados, enclenques y hambrientos que llegaban desde los pantanos, los bosques y todos los puntos de la Unión, se apiñaban en los comedores de la beneficencia, o se deslizaban en medio de las sombras del crepúsculo en las habitaciones de la mansión presidencial y clamaban, con rostros cadavéricos y tono sepulcral: '¡Queremos pan, queremos que el Tesoro nos proteja, queremos nuestra recompensa!'".[455]

Y las recompensas llegaron. Uno de los compinches de Van Buren, el senador William L. Marcy, en respuesta a las protestas y reclamos por la destitución de la vieja guardia de funcionarios del Ejecutivo, manifestó ante el Senado que tales destituciones formaban parte del proceso político y agregó: "Las sinecuras del enemigo pertenecen a los vencedores". La frase no fue en vano y Jackson quedará en la historia como el presidente que introdujo el sistema de sinecuras en el Gobierno federal. La señora Smith describió amargamente las expulsiones: "Tantas familias destruidas —las más distinguidas—: ahora las salas de esas casas están oscuras, vacías, desmanteladas". Adams protestó: "Los [nuevos] nombramientos alcanzan sólo a los violentos de un partido, y los que se benefician son los editores de periódicos difamadores y calumniosos". Es cierto que Jackson fue el primer presidente que nombró a periodistas para cargos importantes; por ejemplo, Amos Kendall fue designado auditor del Tesoro. Pero los hombres del partido de Jackson señalaron que, de los 10.093 funcionarios nombrados por el Gobierno, sólo 919 fueron despedidos en los primeros dieciocho meses y que durante los ocho años de la presidencia sólo el 10 por ciento fue reemplazado. Además, muchos de los despedidos merecían la destitución: 87 tenían antecedentes delictivos. El Tesoro, más que otros organismos, estaba lleno de inútiles y pillos. Alguien que trabajaba allí informó de que "un número considerable de funcionarios son viejos y borrachos. A Harrison, el primer auditor, todavía no lo he visto sobrio". Uno de estos funcionarios huyó, fue capturado, procesado y condenado. Se descubrió que otros nueve habían estado involucrados en casos de malversación de fondos públicos. En un lapso de dieciocho meses, Kendall y otros nuevos funcionarios investigaron y descubrieron que habían sido robados 500.000 dólares, aparte de otros desfalcos cometidos en el Ejército y la Marina y en contratos firmados con los indios. El archivero del Tesoro, que había ro-

bado 10.000 dólares pero había desempeñado el cargo desde la revolución, rogó a Jackson que no lo echara. Jackson respondió: "Señor, yo despediría a mi propio padre si hubiera hecho lo mismo que usted". Pero en el caso de un jefe de Correos de Albany se mostró más blando; el hombre lo abordó durante una recepción en la; Casa Blanca y le dijo que el puesto del que había sido despedido era su único medio de vida. Después, comenzó a quitarse la chaqueta para mostrarle sus heridas al presidente. Jackson lo increpó: "¡Póngase inmediatamente la chaqueta, señor!". Pero, al día siguiente, cambió de opinión y borró el nombre de la lista de despedidos: "¿Sabían ustedes que el hombre lleva una libra de plomo inglés en el cuerpo?". Los funcionarios que Jackson nombró no resultaron ni más ni menos corruptos que los hombres a los que reemplazaron, y los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de la significación que debe atribuirse a la introducción del sistema de sinecuras en Washington.[456]

Dos de los nombramientos de Jackson resultaron desastrosos. El primero fue la designación de Samuel Swartwout como responsable de la Aduana de Nueva York, un cargo que entrañaba el manejo de una cantidad de dinero superior a la de cualquier otra aduana del mundo: en 1829 el movimiento alcanzó los 15 millones de dólares. Swartwout fundaba su pretensión de ocupar el cargo en el hecho de que había apoyado a Jackson en Nueva York incluso antes que Van Buren. Pero era un viejo y contumaz compinche de Burr, que apostaba en las carreras de caballos, especulaba en la Bolsa y frecuentaba a mujeres de dudosa reputación. A su debido tiempo, huyó a Europa llevándose 1.222.705,09 dólares, el robo de caudales públicos más grande de la historia de Estados Unidos, que superó largamente el total de los cometidos durante la presidencia de Adams.[457]

Un error mucho más grave aún fue la decisión, más sentimental que racional, de nombrar secretario de Guerra a su anti-

guo camarada de armas y compinche, el comandante John Eaton. El astuto Van Buren, que conocía de antiguo a Swartwout pero no había podido evitar su designación, estaba aún más incómodo con el nombramiento de Eaton, a quien consideraba indiscreto, negligente e incapaz de guardar ni siquiera un secreto de Estado. Y sospechaba todavía más de la esposa de Eaton, una rubia bonita y vivaz de veintinueve años llamada Peggy, una mujer reconocidamente adúltera que había vivido en pecado con Eaton antes de que Jackson le ordenara a éste que se casara con ella. Pero el presidente adoraba a las damas vivarachas que se atrevían a conversar con él de igual a igual, y no estaba dispuesto a escuchar una sola palabra destinada a desacreditarla. [458]

Uno de los aspectos más fascinantes de la historia es la forma en que el poder pasa de las instituciones formales a las informales. El sistema de las reuniones de Gabinete, que comenzó en Inglaterra como un modo informal de recrear el antiguo Consejo del Rey, fue adoptado por George Washington en la década de 1790 y todavía seguía funcionando durante la presidencia de John Quincy Adams. Jackson, por su parte, fue el primer presidente elegido por un mandato popular decisivo y, en cierto sentido, esto le daba el derecho moral de ejercer los poderes realmente formidables que la Constitución de Estados Unidos confiere al Ejecutivo. Desde el comienzo de su mandato, un grupo informal de camaradas tomó la costumbre de reunirse con él en la Casa Blanca. Se encontraban entre ellos Kendall, su antiguo edecán, el mayor Lewis, su hijo adoptivo Donelson, Isaac Hill, el ex editor del *Patriot* de New Hampshire, y dos miembros del Gabinete, Eaton y Van Buren. Los enemigos de Jackson llamaron la “camarilla” a este gabinete informal y lo denunciaron como inconstitucional.

Jackson comenzó a apoyarse cada vez más en este grupo a medida que llegaba, poco a poco, a la convicción de que la oposición a Peggy no era simplemente moral, sino política, y que estaba siendo orquestada por Calhoun y su esposa Floride, instalados en Washington con el propósito de crear problemas. Van Buren alentaba esta teoría de la conspiración. No por nada se lo conocía como el "pequeño mago". Detrás de sus conjuros estaba el profundo y a mentido oculto, pero creciente, antagonismo entre el Norte y el Sur. Van Buren propiciaba la supremacía comercial del Norte industrial, mientras que Calhoun representaba la versión extrema de la defensa de los derechos de los estados. No le resultó difícil al secretario de Estado persuadir a su presidente de que la noción de soberanía que Calhoun promovía era una amenaza mortal a la Unión en sí misma, y de que el vicepresidente, utilizando a la señora Eaton como pretexto, estaba detrás de una "conspiración" mucho más vasta que tenía como propósito subvertir el Gabinete de Jackson. Poco a poco, Jackson fue aceptando esta idea y, en abril de 1831, pasó a la acción siguiendo un plan elaborado por Van Buren. Para evitar sospechas, Van Buren renunció. Después, casi todos los otros ministros del Gabinete fueron destituidos y reemplazados, de modo que Calhoun quedó aislado para el resto del mandato. Van Buren obtuvo su recompensa: quedó en la situación de virtual heredero, lo que le permitió acceder primero a la vicepresidencia (durante el segundo mandato de Jackson), y, más tarde, ser el sucesor presidencial.[459]

Entretanto, el país era gobernado por la "camarilla", que no tenía agenda y cuyos miembros variaban. Los que no pertenecían a ella pensaban que su figura más importante era Kendall. No hay duda de que era él quien escribía los discursos de Jackson. El general se echaba en su cama y, mientras fumaba su temible pipa, "desgranaba sus pensamientos". Kendall los transformaba en prosa presidencial. El congresista Henry A. Wise

llamaba a Kendall “la máquina de pensar del presidente, su máquina de escribir, ¡ay!, y su máquina de mentir”. Harriet Martineau, refiriéndose a los rumores que corrían por Washington decía que “todo se hace en las sombras […] como si los que obraran fueran duendes y con su misma celeridad, lo que sume a la gente en un estado de sospecha y perplejidad, y el artífice de todo esto es el invisible Amos Kendall”. Lo más probable es que Kendall haya tenido mucho menos poder que el que se le atribuía. Pero lo cierto es que simbolizaba lo que le estaba pasando al Gobierno. El antiguo Gabinete había sido integrado con la intención de representar intereses de toda la Unión y sus miembros eran una muestra representativa de la clase gobernante, en la medida en que el país la tenía: eran todos caballeros. La “camarilla”, en cambio, incorporó al ejercicio del poder a sectores hasta entonces excluidos, como los periodistas. Kendall despreciaba a la sociedad de Washington, a la que acusaba de tratar de remedar a Londres y París. Pensaba que “cenar tarde” era una “ridícula costumbre inglesa”; beber champán en lugar de whisky, “encopetado”; y los vestidos de noche escotados, “repugnantes”.

La ideá de que hombres como Kendall ayudaran a gobernar Norteamérica era insoportable para hombres como Adams. Pero eso era lo que ocurría. Jackson había mimado a las masas y ahora éstas tenían el hocico en el comedero. Jackson no sólo consolidó una nueva dinastía política que habría de prolongarse, con una o dos excepciones, hasta la guerra civil. También modificó la estructura de poder para siempre. La “camarilla”, que proliferó con el tiempo hasta llegar a la actual —y enorme — burocracia de la Casa Blanca y sus agencias asociadas, fue el producto del nuevo acrecentamiento del poder presidencial que posibilitó el contrato personal que firman cada cuatro años el presidente y la masa electoral. Que un hombre como Kendall se convirtiera en el símbolo de este nuevo orden tiene su razón de

ser, porque si Jackson fue el primero en firmar el nuevo contrato con la democracia, la prensa desempeñó un papel crucial en su redacción.[460]

Así comenzó el imperio de los demócratas jacksonianos. En la práctica, Jackson nombró a su sucesor, Van Buren, y aunque éste no logró Ser reelegido en 1840 a causa de una grave crisis económica, ése fue el único fracaso en la larga serie de victorias demócratas. Los demócratas volvieron a la presidencia con James K. Polk, el *Pequeño Nogal*, como se lo llamaba, en 1844, con Zachary Taylor en 1848 (que murió durante su mandato y fue sucedido por Millard Fillmore), y después por dos sólidos jacksonianos: Franklin Pierce, en 1852, y James Buchanan, en 1856. Así pues Jackson, o sus ideas, gobernaron Norteamérica desde 1828 hasta la guerra civil.[461]

¿Cuáles eran estas ideas? Una era la de la Unión. Nadie actuó nunca con más energía que Jackson para promover la Unión, ni siquiera Lincoln. Jackson podía ser un propietario de esclavos, un pequeño gobernante, un defensor de los derechos de los estados y, de hecho, un hombre del Sur, o del sudoeste, pero por encima de todo fue el paladín de la Unión. Y dejó esto muy en claro cuando parte del Sur, en especial Carolina del Sur, amenazó con apartarse de la Unión federal, o con declarar nulas sus decisiones, a menos que la política económica de Washington se adecuara a los intereses sureños. El Sur era un poderoso exportador de algodón y tabaco y, por lo tanto, le interesaba particularmente que los aranceles aduaneros fueran bajos. El Norte, empeñado en desarrollar su incipiente industria, quería que los aranceles fueran altos. El Congreso había aprobado los primeros aranceles proteccionistas altos en 1816, desoyendo las protestas del Sur. En 1828 dispuso que los aranceles fueran aún más altos, se los llamó "los abominables", con lo que se equipararon a los más altos del mundo y afectaron seriamente a Inglaterra, el principal socio comercial del Sur. Carolina del Sur fue

la que se sintió más perjudicada. De ser uno de los estados más ricos, temía pasar a convertirse en uno de los más pobres. Perdió 70.000 habitantes en la década de 1820 y 150.000 en la de 1830. Y echaba la culpa de sus penurias a los altos aranceles. Jackson hizo todo cuanto pudo por bajarlos y la Ley de Aranceles de 1832 representó una mejora con respecto a "los abominables". Pero no avanzó tanto como para satisfacer a los habitantes de Carolina del Sur y a su jefe, Calhoun. En noviembre de 1832 el estado reunió una convención constitucional que aprobó por una abrumadora mayoría una Ordenanza de Invalidación. Esta nueva disposición constitucional, inspirada por Calhoun, declaraba que las leyes arancelarias de 1828 y 1832 eran inconstitucionales e ilegítimas y prohibía la recaudación de tributos de esa naturaleza en el estado a partir del 1 de febrero de 1833. La legislatura dispuso también que cualquier ciudadano cuya propiedad fuera incautada por las autoridades federales podría recuperar, mediante una orden judicial, el doble del valor de aquélla.

A fin de poder librar esta batalla en Washington, Calhoun terminó por abandonar el Gobierno; renunció a la vicepresidencia y, de inmediato, fue elegido senador. Jackson, por su parte, con toda la autoridad que le daba su reelección como presidente, hizo pública el 10 de diciembre una Proclama de Invalidación que dictaminaba claramente que: "El poder de anular una ley de los Estados Unidos, ejercido por un estado, [es] *incompatible con la existencia de la Unión, contradice expresamente la letra de la Constitución, cuyo espíritu no la autoriza, no se compadece con ninguno de los principios en los que ésta se funda, y socava el elevado propósito en vista del cual fue creada*". (La cursiva es de Jackson). La Constitución, agregó, "crea un *gobierno*, no una liga". Crea una "nación única" y los estados no "gozan del derecho de separarse de ella". En virtud de esa Constitución habían resignado "partes esenciales de [su] soberanía" y

no podían retractarse. Sus ciudadanos eran, en primer lugar, ciudadanos norteamericanos, y la obediencia que debían a su Constitución y sus leyes estaba por encima de todo. El pueblo, decía, era soberano y, la Unión, perpetua. Estas afirmaciones, en boca de un hombre que había nacido en Carolina del Sur y había sido antifederalista toda su vida, eran una confirmación sorprendente del principio del derecho de subordinar a los estados, y le facilitaría infinitamente a Lincoln su lucha por preservar la Unión en 1860.

Jackson fue más allá. Como jefe del Ejecutivo, debía promulgar y hacer cumplir las leyes sancionadas por el Congreso, entre ellas las relativas a la recaudación de los aranceles: "No tengo poder discrecional en esta materia; mi deber está inequívocamente proclamado en la Constitución". Por otra parte, habló directamente al pueblo de Carolina del Sur. Estaban siendo engañados por "hombres malvados" —se refería a Calhoun— que les aseguraba que se saldrían con la suya. El, como presidente, quería desilusionarlos antes que fuera demasiado tarde: "La desunión por la fuerza es traición" y sería combatida con toda la fuerza de que disponía el Gobierno federal. Significaría una "lucha civil" y la necesaria ocupación de Carolina del Sur por parte de fuerzas federales. Más aún, dio a entender que los cabecillas serían juzgados por traición y colgados y, en privado, amenazó exactamente con eso a su ex vicepresidente. Y solicitó al Congreso que aprobara un Decreto de Movilización. A continuación tomó una serie de medidas: convocó tres divisiones de artillería, alistó voluntarios y movilizó las milicias. Ordenó al jefe del Ejército, el general Winfield Scott, que se dirigiera al puerto de Charleston y reforzara la fortificación de Moultrie y el castillo de Pinckney, en tanto que un buque de guerra y siete guardacostas aduaneros se estacionaban en el puerto. También organizó, en el estado de Carolina del Sur, una fuerza prounionista; esperaba que, si se desencadenaba la guerra, esta fuerza actuara

y desarmara a los traidores. Respondieron así a su proclama: "¡Basta! ¿Qué tenemos que temer? Tenemos la razón y el Viejo Nogal está con nosotros".[462]

La existencia de un partido unionista armado en el estado fue una de las razones por las que los partidarios de la invalidación se vieron obligados a replegarse. Otra fue el hecho de que ningún otro de los estados sureños imitó la legislatura de Carolina del Sur en sus medidas de rechazo a los aranceles. Pero una tercera razón fue la intervención de Henry Clay, "el gran componedor". El 12 de febrero de 1833, en momentos en que Carolina del Sur planeaba declarar la secesión, propuso una ingeniosa medida por la cual el arancel se reduciría progresivamente hasta llegar al 20 por ciento en 1842. No era tanto como quería Carolina del Sur, pero bastaba para salvar las apariencias. Jackson firmó el Decreto de Movilización y el Acuerdo Arancelario el 1 de marzo de 1833, e inmediatamente después Carolina del Sur derogó su Ley de Invalidación. Huelga decir que ni Jackson ni Calhoun dieron las gracias a Clay por haberlos salvado del apuro. Pero el conflicto pendiente entre el Norte y el Sur quedó postergado otras dos décadas y el poder, la fuerza y los derechos de la Unión habían sido públicamente reivindicados. El Sur ya no volvió a ser el mismo después de haberse visto obligado a renunciar a sus más caras pretensiones.[463] El hecho es que Jackson había reafirmado, como presidente, que la Unión no podía ser disuelta por la acción unilateral de un estado (o un grupo de estados), y que el estado que había desafiado la autoridad federal había sido obligado a cumplir la ley, al menos implícitamente.

Si la Norteamérica democrática de Jackson fue implacable con el separatismo sureño, fue aún más inflexible cuando se impuso la tarea de destruir el poder y la propiedad indios al este del Misisipí. Por supuesto, Jackson no estaba solo. La opinión blanca —y, para el caso, también la negra: los negros considera-

ban que los indios eran amos más crueles— era prácticamente unánime. Se pretendía integrar a los indios o empujarlos hacia el oeste, y lo más lejos posible. Jackson había destruido el poder indio en el sudeste incluso antes de llegar a la presidencia. Y, durante el mandato de Monroe, el poder indio al sur de los Grandes Lagos fue aniquilado por el general Lewis Cass (1782-1866), héroe de la guerra de 1812 y gobernador del territorio de Michigan entre 1813 y 1821. En agosto de 1825 Cass convocó a una conferencia a 1.000 jefes de todas las tribus del noroeste en Prairie du Chien y los exhortó a establecer sus límites tribales. Una vez concluida la tarea, celebró negociaciones compulsivas con cada tribu por separado. En 1826 obligó a los potawatomi a entregar una enorme extensión de tierra en Indiana. Los miami entregaron sus tierras en Indiana por 55.000 dólares y una renta anual de 25.000. Los acuerdos con otras tribus fueron similares. Entre los años 1826 y 1830 los indios fueron obligados a desprenderse no sólo de sus antiguas tierras sino de sus nuevas reservas a medida que el aluvión de colonos pugnaba por apoderarse de ellas. Hubo un levantamiento indio de proporciones en 1829, pero fue sofocado implacablemente; por primera vez, Washington recurrió a lanchas cañoneras de vapor en los Grandes Lagos, como las que empleaba por entonces Inglaterra para construir su imperio mundial. Como resultado de esta "diplomacia de los cañones" los indios se vieron empujados a cruzar el Misisipí, o quedaron reducidos en pequeños bolsones del territorio ocupado por los blancos y 77.306.144 hectáreas de tierras indias pasaron a manos de los blancos a un coste de poco más de 70 millones de dólares en donaciones y rentas anuales.[464]

Cass era un hombre sofisticado, que más tarde ocupó cargos en la, diplomacia y la política. Entre los que combatieron a los indios, fue uno de los pocos que dejaron un testimonio escrito de sus puntos de vista acerca del tema, y lo hizo en un artículo

de ensayo titulado "*The Policy and Practice of the United States and Great Britain in their Treatment of Indians*" (La política y la práctica de Estados Unidos y Gran Bretaña en su trato con los indios), que se publicó en 1827 en la *North American Review*. Decía que no podía comprender por qué los indios, después de dos siglos de contacto con el hombre blanco, no habían "mejorado". Era un "fenómeno moral" —debía serlo— puesto que "el principio de la mejora progresiva parece casi inherente a la naturaleza humana". Pero "el deseo de mejorar su condición" parecía no existir en "el temperamento de nuestros salvajes. Como el oso, el ciervo y el búfalo de sus bosques, el indio vive como vivió su padre, y muere como él. Nunca intenta imitar las artes de sus vecinos civilizados. Su vida transcurre en una sucesión de momentos de apática indolencia y vigorosos esfuerzos físicos destinados a satisfacer sus necesidades animales o a gratificar sus malsanas pasiones. [...] Tal vez esté destinado a desaparecer con los bosques".[465]

De hecho, existía una variedad enorme de indios. A los creeks, los cherokees, los choctaws, los chickasaws y los semínolas, que soportaron lo peor de la agresión blanca, se los conocía desde hacía mucho como "las cinco tribus civilizadas". John Quincy Adams, que siempre fue hostil a los indios, hubo de admitir que los miembros de una delegación cherokee que se reunieron con el presidente Monroe en 1824 eran "sumamente civilizados". "Estos hombres —escribió— iban vestidos de pies a cabeza a nuestra usanza. Dos de ellos hablaban inglés con buena pronunciación y uno sin cometer el más mínimo error gramatical"[466]. Durante una reunión de Gabinete en la que se discutía lo que Monroe llamaba "la absoluta necesidad" de que "los indios se trasladaran al oeste del Misisipí", Calhoun, secretario de Guerra, mantuvo que "la gran dificultad" no era el salvajismo sino precisamente "lo mucho que los cherokees se han civilizado". Dijo que en Georgia había 15.000, y que prospera-

ban tan deprisa como los blancos. Todos "se dedicaban a la agricultura, tenían un gobierno representativo, tribunales de justicia, escuelas lancasterianas y propiedades permanentes". Sus "jefes principales —agregó— redactan sus disposiciones de gobierno y razonan con tanta lógica como la mayoría de los diplomáticos blancos".[467]

Lo que Calhoun decía era verdad. Los cherokees estaban progresando y adoptando las formas de organización social y política de los blancos. Su Consejo Nacional se remontaba a 1792 y su código de leyes escritas, a 1808. En 1817 formaron una república, con un Senado compuesto por trece representantes cuyo mandato duraba dos años, mientras que el resto del Consejo formaba la Cámara Baja. En 1820 dividieron su territorio en ocho distritos electorales, cada uno con su mapa, su policía, sus tribunales, y dotados del poder de recaudar impuestos, pagar salarios y exigir el pago de deudas. En 1826 un portavoz de los cherokees dictó una conferencia pública en Filadelfia, en la que describió el sistema de gobierno que los regía. Al año siguiente, una convención nacional redactó una constitución escrita, basada en la de Norteamérica, que concedía el voto a "todos los ciudadanos varones y libres" mayores de dieciocho años, excepto a "aquellos de ascendencia africana". Las primeras elecciones se llevaron a cabo en el verano de 1828. Durante cinco años había estado funcionando una Corte Suprema. El primer número del periódico de esta república, el *Cherokee Phoenix*, apareció el 28 de febrero de 1828. Su capital, New Echota, estaba muy bien organizada: la Corte Suprema tenía un hermoso edificio, había unas pocas casas de dos pisos de ladrillo rojo, entre ellas la de Joseph *Rich Joe* Van, que todavía puede verse en las cercanías de lo que hoy es Chatsworth, Georgia, y filas impecablemente ordenadas de cabañas de troncos.[468]

El problema con esta pequeña utopía —así la veían los blancos— era que estaba construida como una unidad homogénea

india. A los blancos no les importaba que esta comunidad autosuficiente hubiese desterrado prácticamente todos los males que ellos asociaban con los indios. El *Phoenix* emprendía campañas contra el alcohol y había un plan destinado a hacer cumplir la prohibición. Los tribunales castigaban con rigor el robo de caballos. Las autoridades exhortaban a todos los indios a trabajar y les procuraban los medios para ello. Había 2.000 ruecas, 700 telares, 31 molinos harineros, 8 desmotadoras de algodón y 18 escuelas en las que se enseñaba el inglés y una nueva versión escrita de la lengua cherokee. Los 15.000 indios de esta comunidad organizada poseían 20.000 cabezas de ganado y 1.500 esclavos, como cualquier "hombre civilizado" de Georgia. Pero su mera existencia, y más aún su constitución, violaban tanto la ley del estado como la federal, y en 1827 Georgia presentó una petición al Gobierno federal en la que solicitaba que se "trasladara" de inmediato a los indios. El descubrimiento de oro, que produjo una avalancha de buscadores blancos, coronó el proceso añadiéndole un motivo económico. La llegada del general Jackson a la presidencia, a fines de 1828, selló el destino de la comunidad india. En el discurso que pronunció en su toma de posesión Jackson insistió en que la integridad del estado de Georgia y la Constitución de Estados Unidos estaban por encima de los intereses indios, por muy estimables que éstos fueran. Un hombre que estaba dispuesto a ir a la guerra contra su propio pueblo, el de Carolina del Sur, en defensa de los principios constitucionales, no iba a permitir la existencia de una "utopía de salvajes" que constituía una anomalía en una nación tan vasta en crecimiento, y unida por un sistema legal y de gobierno únicos. Y por supuesto, vistas las cosas retrospectivamente, Jackson tenía toda la razón. La existencia de repúblicas indias independientes dentro de Estados Unidos a finales del siglo XX habría convertido Norteamérica en un caos: tendrían representación en las Naciones Unidas, políticas exteriores independien-

tes, procurarían permanentemente desconocer los tratados indios previos y no cesarían de exigir territorios a todos sus vecinos blancos.

Si Georgia odiaba a los indios mientras practicaba con hipocresía genuflexiones ante la ley nada más que en su propio provecho, la farsa montada en Arkansas era aún más escandalosa. Era el estado que más fervorosamente afirmaba la superioridad de los valores "civilizados" de los blancos respecto de los valores de los "salvajes" cherokees, a quienes la legislatura denunciaba como "una tribu desapacible, insatisfecha, insolente y maliciosa, que constantemente se involucra en intrigas".[469] En los tribunales de Arkansas no se admitía que prestara testimonio ninguna persona que tuviese una cuarta parte o más de sangre india. El estado había organizado un sistema de apartheid fundado en leyes que prohibían todo tipo de tratos entre blancos e indios. Irónicamente, sin embargo, Arkansas era la región socialmente más atrasada de Estados Unidos. Sus habitantes blancos solían ser seres solitarios —cazadores, tramperos y granjeros primitivos que vivían en el mayor aislamiento— o bien formaban clanes familiares cerrados, autosuficientes y en extremo violentos. Sus 14.000 habitantes contaban con un gobierno territorial desde 1819, pero sus tribunales y su legislatura se regían tanto por los duelos como por las leyes o el debate. En 1819 el brigadier general de la milicia encontró la muerte en un duelo y lo mismo le ocurrió cinco años más tarde a un juez de un tribunal superior; quien lo mató fue su colega de tribunal y, el motivo, una sórdida partida de naipes. Los miembros del clan Flanagan "no respetaban ley alguna, ni humana ni divina: eran esclavos de sus propios apetitos egoístas y de sus hábitos brutales". Los miembros del clan Wylie eran analfabetos, "maravillosamente ignorantes" y "su mente enfermiza les inspiraba toda clase de supersticiones: creían en las brujas, los duendes, los fantasmas y el mal de ojo. […] No cultivaban la tierra, sus chozas no esta-

ban protegidas ni siquiera por una cerca y llevaban una vida errante y vagabunda desde la batalla de Bunker Hill, tras la cual huyeron a esta desértica y solitaria comarca”.[470] Sin embargo, Arkansas era más rigurosa con los indios que cualquier otro territorio o estado.

El espectáculo de familias indias expulsadas de Georgia y Arkansas que se dirigían al oeste con sus escasas posesiones no era inusual en la década de 1830, y constituía un símbolo aciago de la era de la colonización masiva. En algún momento del invierno de 1831, en Memphis, Tennessee, el conde Alexis de Tocqueville, que había sido enviado a Norteamérica por el Gobierno francés con la misión de estudiar el sistema penal, pudo ver a un grupo de choctaws que estaban siendo conducidos al otro lado del Misisipí. Escribió: “Los indios iban con sus familias, y llevaban en su caravana a los heridos y los enfermos, a los niños recién nacidos y a muchos ancianos al borde de la muerte”. Y agregó: “La raza errante de los aborígenes va delante, y cuatro mil soldados los arrean. Tras ellos vienen los pioneros [blancos] que atraviesan los bosques, ahuyentan a las bestias salvajes, exploran los cursos de agua y preparan la marcha triunfal de la civilización a través del desierto”. Bajo la presidencia de Jackson, observó, todo se hacía conforme a la ley y la Constitución. Los indios eran despojados de sus derechos, de los que habían gozado desde épocas inmemoriales, “con singular felicidad, tranquilamente, legalmente, con espíritu filantrópico, sin derramamiento de sangre y sin violar ni uno solo de los que a los ojos del mundo son los grandes principios de la moral”. Era imposible, concluía Tocqueville, exterminar una raza con “más respeto por las leyes de la humanidad”.[471]

Jackson eliminó a los indios al este del Misisipí y promulgó leyes fundamentales gracias a las cuales no sobrevivirían como

comunidades independientes tampoco del otro lado del río. Pero no odiaba a los indios: simplemente pensaba que eran una anomalía. En cambio, sí odiaba a los bancos, y en especial al Segundo Banco de los Estados Unidos. Ésa también era una anomalía, y él estaba decidido a erradicarla. Se ha dicho a menudo que Jackson no sabía nada de bancos y que por eso los odiaba. No es verdad. Él es más bien un ejemplo de lo que Keynes sugería cuando decía que el pensamiento dé los grandes hombres que se creen impermeables a las teorías, sean cuales fueren, suele provenir de las opiniones de "algún economista difunto" que se les han metido en la cabeza sin que ellos se dieran cuenta. Jackson dijo una vez que él se había opuesto a los bancos, y en especial a los bancos centrales, "desde que leí un libro acerca de la Quimera de los Mares del Sur". Ya había leído a Adam Smith, y no lo había entendido, y a Taylor, al que había entendido de sobra. A finales de la década de 1820 un ideólogo que abominaba de los bancos, William M. Goude —escribió abundantemente acerca de la banca en el *New York Evening Post* y en el periódico favorito de Jackson, el *Washington Globe*—, vino a reforzar su postura, y la de Taylor. El libro de Goude, *A Short History of Paper Money and Banking in the United States* (Breve historia de la banca y el papel moneda en los Estados Unidos), de 1833, que sintetizaba sus teorías, se convirtió en uno de los grandes éxitos de venta de la época. Era un libro escrito contra los "embaucadores de las finanzas", los "peces gordos", el "poder del dinero", que enfrentaba al granjero esforzado, al trabajador de la industria y al comerciante con el banquero privilegiado y especulador: "Las prácticas del comercio en Estados Unidos han degradado las normas de la honestidad comercial. […] La gente ve cómo la riqueza pasa continuamente de las manos de aquellos que la producen, o que por sentido de la economía la han ahorrado, a las de aquellos que ni trabajan ni ahorran".[472] Era un alegato en favor de la igualdad económica ante la ley que de

hecho propiciaba el fin de los privilegios y, en especial, de la promoción de éstos por parte del Gobierno federal.

Jackson había convertido el cierre del Segundo Banco en un tema central de la campaña electoral de 1832, y pensaba que la victoria aplastante que había obtenido en las urnas le daba un poder inequívoco. Es importante tener presente que la posición de Jackson no se fundaba solamente en su odió racional hacia la banca sino también en una convicción moral. La nación, decía, padecía la "calamidad" de una banca cuyas "influencias corruptas" procuraban imponer "el monopolio y la aristocracia por encima de la Constitución" y convertían al Gobierno en "una máquina de opresión del pueblo en lugar de un agente de su voluntad". Sólo la aniquilación de la "Hidra" podía "restaurar la simplicidad y la pureza originales de nuestras instituciones".[473] Así, Jackson lograba unir su propensión a pensar en términos de teorías conspiradoras con su inclinación por las cruzadas morales.

También hubo un elemento personal, como los hubo siempre en las campañas de Jackson. Estaba seguro —para él "era un hecho"— de que el Segundo Banco entregaba grandes sumas a Clay. Lo mismo ocurría con Daniel Webster, el sofisticado y verboso orador de Massachusetts, que despertaba en Jackson todo tipo de sospechas y de quien también estaba seguro —"era un hecho"— de que era un estafador. En cuanto a Nicholas Biddle (1786-1844), que presidía el banco desde 1822, era el tipo de persona a la que Jackson temía y menospreciaba: un intelectual aristocrático, culto y magnánimo (es decir, un embaucador). Jackson siempre se mostró cauteloso con los "universitarios". Biddle había cursado estudios en dos universidades (la de Pensilvania y la de Princeton). Provenía de una antigua familia cuáquera de la alta sociedad de Delaware, lo mismo que su esposa. Era un protector de las artes y no sólo coleccionaba sino que encargaba desnudos femeninos de los que Amos Kendall

consideraba escandalosos; por ejemplo, le pagó al virtuoso artista norteamericano John Vandelyn (1775-1852) para que pintara para él una lujuriosa Ariadna. Había editado una revista literaria y artística llamada *Port Folio*, fundado la biblioteca Athenaeum en Filadelfia, y encargado a destacados arquitectos —a un coste que a Jackson le parecía muy elevado— que diseñaran todos los edificios del Segundo Banco en granito y mármol y conforme a un estilo neoclásico griego. El arquitecto preferido de Biddle, Thomas Ustick Walter (1804-1887), que construyó el mejor de los bancos, fue también el encargado de ampliar y decorar su casa, Andalucía, situada sobre el Delaware, que se convirtió, así en una de las mansiones más bellas y suntuosas de Norteamérica y (para Jackson) en un símbolo ostentoso del nuevo poder financiero.[474]

Biddle era un banquero central de primer nivel, tan bueno en su trabajo como lo era Marshall en su cargo de presidente de la Corte Suprema, y los dos tenían ideas similares acerca de cómo debía desarrollarse Norteamérica: mediante un sistema capitalista sumamente eficiente y competitivo, con facilidades de acceso a las más amplias fuentes de crédito, acceso que debía mantenerse gracias a una estricta austeridad fiscal y financiera. A Jackson todo eso lo tenía sin cuidado. Marshall había respaldado el Segundo Banco en uno de sus fallos más importantes y a Jackson "le importaban un comino" las razones que había esgrimido para emitir su veredicto. En 1835, cuando Marshall murió —no prematuramente, desde el punto de vista de Jackson—, el presidente nombró como sucesor a su procurador general y compinche Rogert Brooke Taney (1777-1864), que presidió la Corte Suprema durante los siguientes treinta años basándose en principios diametralmente opuestos a los de Marshall.[475] Cuando el Senado y la Cámara de Representantes se pronunciaron favorablemente respecto del banco y propusieron renovar su concesión incluso antes del vencimiento de ésta,

Jackson utilizó su derecho de veto. El hecho de que los tres grandes oradores del Senado, Glay, Calhoun y Webster, resaltaran prolijamente y con rebuscados circunloquios los méritos del banco no hizo más que reforzar la decisión de Jackson de destruirlo. Tal vez fueran brillantes oradores, señaló, pero "siempre estaban en el bando de los perdedores".

Jackson fue una de esas personas voluntariosas y seguras de sí (en la actualidad uno piensa en Ronald Reagan y Margarét Thatcher) a quienes no les molesta en lo más mínimo que la abrumadora mayoría de los "expertos", los "biempensantes" y la intelectualidad se opongan a sus más profundas e instintivas convicciones. Él simplemente presionaba, y en el momento de justificar su veto lo hizo mediante una curiosa teoría constitucional de su invención: "El funcionario que jura defender la Constitución promete hacerlo de acuerdo con su leal saber y entender y no guiándose por lo que piensan los demás. [...] La opinión de los jueces no tiene más autoridad sobre el Congreso que la que tiene la opinión del Congreso sobre los jueces y, en este punto, el presidente es independiente de ambos".[476] Los biempensantes estaban decididamente furiosos. Biddle afirmó que Jackson, en su estupidez e ignorancia, no hacía sino alimentar "la furia de una pantera que muerde las rejas de su jaula". Su declaración era "un manifiesto anarquista comparable con aquellos con los que Marat o Robespierre enardecían a la chusma". La prensa adicta a Jackson saludó su declaración como una "segunda Declaración de Independencia" y su órgano principal, el *Globe*, decía: "Es difícil describir con un lenguaje apropiado lo sublime del espectáculo moral que se ofrece hoy al pueblo norteamericano en la persona del presidente Andrew Jackson".[477]

Jackson pensaba que la elección presidencial confirmaba y aprobaba su postura, de modo que dio el paso siguiente: retiró todos los fondos federales del Segundo Banco y puso fin a su

relación con el Gobierno central. Que este acto fuera estrictamente constitucional o no era materia opinable, pero Van Buren (entonces vicepresidente), en tono de advertencia, le hizo saber que discrepaba, basándose, por cierto, en sólidos argumentos. El Segundo Banco era, en principio, una institución financiera de Filadelfia que desempeñaba un papel muy útil para la nación equilibrando el creciente poder monetario de Nueva York. Si Jackson empujaba al Gobierno fuera de Filadelfia, ¿no corría el peligro de caer en manos de Wall Street? Pero Jackson desestimó también este argumento y encomendó nada menos que a Amos Kendall que se pusiera a trabajar en la búsqueda de bancos alternativos con los que la Administración federal pudiera hacer negocios. Kendall le hizo llegar un rumor, que Jackson no tardó en creer, según el cual en las bóvedas del Segundo Banco no había, en realidad, ni un gramo de oro, y que, en consecuencia, no era un banco seguro. El hecho de que los senadores Clay y Calhoun formaran una comisión parlamentaria destinada a inspeccionar las bóvedas y le informaran de que estaban llenas no convenció al presidente, que no se fiaba de ellos. (Así fue como se inició una tradición norteamericana que se ha prolongado hasta nuestros días: todos los años, las Hijas de la Revolución norteamericana envían una comisión de damas a visitar las bóvedas de Fort Knox, para verificar que el oro norteamericano sigue en ellas). Jackson tampoco se amilanó cuando, a su debido tiempo, dos secretarios del Tesoro se negaron rotundamente a cumplir la orden de retirar los depósitos. Los destituyó a ambos. Tras una minuciosa recorrida por la comunidad financiera, Kendall elaboró una lista de bancos dispuestos a desafiar la ira de Biddle y sustituir al Segundo Banco. Jackson procedió. Y cuando, como consecuencia de ello, se propagaron los rumores que aseguraban que la economía norteamericana estaba en apuros —en 1836 arreciaron, después de la finalización de la concesión que obligó al Gobierno federal a

acudir al sector privado— Jackson se mostró inflexible y rechazó la sugerencia de Van Buren, que le pedía que fuera "cauteloso", con una réplica grandilocuente: "Aunque todos los adoradores del becerro de oro me presentaran una solemne petición solicitando una devolución de los depósitos, preferiría cortarme la mano derecha antes que aprobar una ley semejante. El becerro de oro puede ser adorado por otros; ¡yo, por mi parte, sólo sirvo al Señor!".[478]

Biddle declaró desde el principio que, obligando al Segundo Banco a abandonar su papel de banquero federal, Jackson alentaría una fiebre especulativa que sería alimentada por una proliferación de bancos que se dedicarían a emitir papel moneda, y por la cantidad y calidad del dinero que éstos imprimieran. Eso es exactamente lo que ocurrió, y la orgía resultó aún más estimulada por la decisión de Jackson de desprenderse del excedente en circulación del que disponía el Gobierno federal que, en 1835, cuando se compensó la deuda nacional, se acumuló en los estados. La cifra ascendía a 28 millones de dólares, y aunque se la describió como un préstamo se dio por sentado que se trataba ni más ni menos que de un regalo, se la consideró como tal y como tal se gastó.[479] El excedente era producto de las ventas de tierra realizadas por el Gobierno, cuyo importe había aumentado de 1,88 millones de dólares en 1830 a 20 millones en 1836, y como el auge de la tierra continuó, los estados dieron por sentado que la generosidad del Gobierno federal no tendría fin y siguieron tomando préstamos con la certeza de que podrían contar con su respaldo. Bancos de todo tipo y tamaño, muchos de ellos conducidos por inveterados estafadores, echaron leña a las brasas dé la inflación mediante la emisión incesante de papel moneda. Entretanto, intervino la naturaleza, como suele ocurrir cada vez que los hombres construyen castillos de naipes. En 1835, el mal tiempo arruinó las cosechas en diversas zonas del país, y las consecuencias comenzaron a hacerse

sentir en 1836, cuando la balanza comercial resultó desfavorable para Estados Unidos, se produjo una retracción del crédito externo y se planteó la necesidad de pagar a los suspicaces acreedores externos, que ya no se fiaban de la moneda norteamericana, en oro y plata.[480]

Jackson, que se acercaba al final de su mandato, aumentó la tensión cuándo, el 11 de julio de 1836, sancionó una disposición por la cual los futuros pagos correspondientes a las compras de tierras públicas debían hacerse en metálico. Esta medida no era más que una ingenua tentativa de sanear las finanzas, pero tuvo el previsible efecto de aumentar aún más la demanda de oro y plata. Como no podía ser de otro modo, fue pergeñada por la camarilla y anunciada al Gabinete oficial como un *fait accompli*. La mayoría de sus miembros se opuso a su sanción, lo mismo que el Congreso. El nuevo Partido Whig, que acababa de formarse para combatir al *Rey* Jackson, y se inspiraba en las ideas de los viejos whigs ingleses que se habían opuesto a la tiranía de los Estuardo, criticó ruidosamente este nuevo ejercicio de las prerrogativas presidenciales. Según Clay, lo hecho por el presidente no difería en nada de lo que habría hecho un dictador, y calificó la circular de "medida desatinada, ilegal y perniciosa". Era "una bomba arrojada sin previo aviso".[481] Sus efectos, a fines de 1836, coincidieron casi exactamente con la quiebra de grandes instituciones financieras en Londres, la capital financiera del mundo. A su vez, esta crisis influyó en los precios del algodón, la pieza más importante de las exportaciones norteamericanas. Para cuando Jackson finalmente concluyó su mandato, en marzo de 1837, y entregó el mando a su pequeño heredero, Van Buren, Norteamérica estaba pasando por las primeras etapas de la crisis financiera más aguda de su historia. Hacia fines de mayo de 1837 todos los bancos del país habían suspendido los pagos en metálico. Lejos de sanear las finanzas,

Jackson había logrado ni más ni menos que la completa paralización del sistema.[482]

Antes de que el pánico se generalizara, Van Buren había asumido la presidencia mediante una ajustada victoria que sólo fue posible gracias a que los whigs opositores a Jackson presentaron a tres candidatos. Van Buren obtuvo 764.198 votos contra un total de 736.147 de los candidatos whigs. Más importante aún, triunfó en 15 estados, lo que le valió 170 votos en el colegio electoral, mientras que su rival más cercano, William Henry Harrison (1773-1841), el vencedor de Tippecanoe (1811) y Thames (1813), obtuvo apenas 73.[483] Así pues, Van Buren se instalaba, por fin, en la Casa Blanca. Su acérrimo enemigo whig en Nueva York, Thurlow Weed (1797-1882) advirtió: "Podemos estar seguros de que su elección ha de ser el principio del fin". Van Buren había trabajado mucho tiempo —y con gran empeño— para llegar a la presidencia: había sido amable con todo el mundo, había ocultado sus intenciones, "remando en pos de su objetivo con los remos forrados para no hacer ruido" como dijo John Randolph, y estaba convencido de qué al gran estado de Nueva York, cuyos campeones —Hamilton, Burr, De Witt Clinton y compañía— no habían podido llegar a la Casa Blanca, le había llegado por fin su turno.

Pero, como presidente, Van Buren no tuvo suerte. El pánico financiero, que se agravó hasta convertirse en una verdadera depresión, lo arruinó todo. El dinero en circulación (en su mayor parte billetes de banco) disminuyó de 150 millones de dólares en 1837 a poco más de una tercera parte de esa cantidad hacia fines de la década. Una enorme cantidad de gente, de todas las extracciones sociales, se volvió insolvente; tanta, que el Congreso, a fin de no abarrotar las cárceles, aprobó una ley especial de quiebras por la cual se permitió a 39.000 personas cancelar deudas por valor de 441 millones de dólares. El propio Gobierno perdió 9 millones que, por consejo de Kendall, habían

sido depositados en los "bancos mascota" de Jackson, que se declararon en quiebra. Peor aún, la depresión se prolongó por un lapso de cinco años. Como las ventas de tierras cayeron bruscamente, el Gobierno federal se encontró en una situación de agudo déficit, y la deuda nacional comenzó a acumularse una vez más, algo que ha seguido ocurriendo desde entonces. La mayor parte de los esfuerzos de Van Buren estuvieron dedicados a una tentativa de constituir lo que él llamó un Tesoro Independiente: lo más aproximado a un banco central que pudo pergeñar sin repudiar abiertamente la política de Jackson. Finalmente, logró que el Congreso aprobara la iniciativa en el momento preciso en que debía volver a seducir al electorado, pero no pudo evitar que la depresión sellara su derrota.[484]

Si hubiera un poco de justicia en la política, Clay debería haber salido beneficiado, pues se había opuesto a los partidarios de Jackson durante dos décadas, y sus advertencias contra las absurdas políticas financieras del dictador habían sido plenamente confirmadas por los hechos. Pero en la convención que llevó a cabo en Harrisburg el Partido Whig —más una coalición de grupos de poder personales y locales que un verdadero partido fundado en convicciones compartidas— fue engañado y estratégicamente derrotado en los "conciliábulos a puerta cerrada", en lo que fue la inauguración de este tipo de fenómeno político en la historia norteamericana. Sus partidarios contaban con una plurallidad de delegados, pero en la votación final Clay fue derrotado por Harrison por 148 votos contra 90; su apoderado le dijo: "Ha sido usted engañado, traicionado y derrotado [por] una conspiración perfectamente planificada".[485] La elección presidencial misma fue única en la historia de Norteamérica: se llevó a cabo en medio de un clima carnavalesco en el que los programas y las políticas prácticamente no fueron sometidos a discusión, y todo se redujo a eslóganes, artimañas y cháchara engañosa. Considerando que se suponía que el país estaba su-

mido en una profunda depresión, y hasta cierto punto sin duda lo estaba, aquella frivolidad era sorprendente. Pero también es cierto que la de mediados del siglo XIX era una época de asombroso optimismo y que Norteamérica era una nación que hacía gala de una gran capacidad de recuperación. Durante la campaña, Harrison se mostró como un hombre rudo y austero de la frontera, secundado por su compañero de fórmula, John Tyler (1790-1862), un virginiano de pura cepa y defensor de los derechos de los estados que se había enemistado con Jackson, cuyo estilo autoritario detestaba, y era presentado como un experimentado y astuto político profesional. El eslogan de los whigs, en consecuencia, era "Tippecanoe y también Tyler". Los demócratas respondieron ignorando a Tyler y estigmatizando al general Harrison, amante de la jarra —o más bien de la ponchera— como el candidato de "la cabaña de troncos y la sidra fermentada". Los whigs aprovecharon la frase y se entregaron a realizar "mítines de cabaña" en los que se servía copiosamente sidra fermentada. También crearon una imagen electoral muy eficaz del atildado Van Buren mostrándolo como un decadente dandi neoyorquino que bebía vino escanciado "de sus cubiteras de plata". En la votación directa la distancia que separó a los candidatos fue escasa —Harrison obtuvo 1.275.000 votos contra 1.128.000 de Van Buren—, pero el triunfo de Harrison en el colegio electoral fue abrumador: allí ganó por 234 votos contra 60. Así los whigs demostraron, como antes los demócratas, que llevar como candidato a un general rendía sus dividendos electorales.[486]

Harrison tenía sesenta y ocho años y dijo que gobernaría un solo período. Clay rechazó su invitación a ocupar otra vez el cargo de secretario de Estado, con el argumento de que prefería quedarse en el Senado: su intención era suceder a Harrison en la presidencia en 1844. Así que el designado fue el pico de oro Daniel Webster. Tras haber formado su Gabinete y celebrado su

llegada a la Casa Blanca, Harrison contrajo neumonía y falleció, apenas un mes después de haber asumido el cargo. La promoción de Tyler a la presidencia alteró todos los planes a largo plazo de Clay. Sin embargo, pensó que, muerto Harrison, él podría controlar el Partido Whig y dictar a Tyler lo que debía hacer: una de las cosas que tenía en mente era la creación inmediata de un Tercer Banco de los Estados Unidos. Pero Tyler no era ningún pelele. Además era un hombre alto, de frente ancha y "despejada", con "todos los rasgos del mejor modelo griego", y una nariz romana tan pronunciada que dos norteamericanos que se hallaban en Nápoles cuando se rescató un busto de Cicerón durante una excavación arqueológica exclamaron al unísono: "¡El presidente Tyler!". Así pues, cuando Clay se reunió con el nuevo presidente e insistió imprudentemente diciendo "¡Exijo un banco, inmediatamente!", Tyler respondió con firmeza: "Entonces, señor, me gustaría que entienda esto: que usted y yo nacimos en el mismo distrito, nos hemos alimentado con la misma clase de comida y hemos respirado el mismo aire. Ahora vaya, señor Clay, hasta el extremo de la avenida que le corresponde, donde está el Capitolio, y cumpla su deber con el país como le parezca apropiado. Con la ayuda de Dios, yo cumpliré el mío desde aquí, como yo considere que debo hacerlo". [487] Nunca más volvieron a cruzar una palabra.

Tampoco terminó aquí el daño que provocó la funesta disputa en torno al Segundo Banco. En 1841, el banco de Biddle, herido de muerte por la prolongada depresión, finalmente quebró y cerró sus puertas. Entre sus deudas incobrables había una cuantiosa, de 114.000 dólares, del secretario de Estado Daniel Webster. Arruinado, Biddle se vio obligado a vender la espléndida mansión que tenía en Filadelfia, y pudo conservar su "casa perfecta", Andalucía, sólo gracias a los fideicomisos de su acaudalada esposa. Aún así, la casa pronto comenzó a deteriorarse. El resentido John Quincy Adams cenó allí y dejó escrito el si-

guiente comentario: "Biddle cavila con el rostro sonriente y reprimiendo sus quejidos acerca del naufragio de sus espléndidas esperanzas hechas añicos y sus anhelos ya marchitos. Una mente clara, un talento brillante, un temperamento generoso, un corazón honesto, acechado y descarriado por la prosperidad, y que sufre el castigo por haber cometido un error que mal podría juzgarse como voluntario". Tres años más tarde el banquero arruinado moría; el viejo Jackson sólo sobrevivió un año más para disfrutar su triunfo.

¿Era crucial para Norteamérica tener, o no tener, un banco central? Es difícil decirlo. Norteamérica tenía crisis financieras y recesiones —todos los países que se expanden las tienen— pero siempre se recuperó rápidamente y siguió conquistando despiadadamente el oeste, desarrollando industrias y cultivando la tierra. En 1800 había 450.000 granjas. En 1850 había un millón y medio, cantidad que crecería a Un ritmo sostenido hasta llegar a 6,4 millones y a un pico de 6,95 millones en 1935. Los norteamericanos, que provenían de todos los pueblos europeos, eran magníficos granjeros, rudimentarios pero eficaces. La gran epopeya de la Norteamérica del siglo XIX es la migración interna, la ocupación y explotación del centro y el oeste del país. El factor fundamental fue que el país estaba vacío, la tierra era barata o gratuita, el crédito fácil, la ley no constituía un estorbo, y todo se regía por un mercado prácticamente libre y por la propia ingenuidad y energía de sus habitantes. Casi todos estos inmigrantes internos ya habían trabajado la tierra en el este y se encontraban frente a condiciones que ellos sabían que podían manejar: éste fue el punto clave. Conocían las distintas clases de suelo, los arbustos, los árboles y los pastos; estaban familiarizados con el clima; la madera era abundante y estaba al alcance de la mano; y lo mismo ocurría con el agua de los lagos y los ríos o

la subterránea. Sabían que todos los viejos trucos del trabajo agrícola que ellos o sus padres habían empleado en el este darían buenos resultados, y a menudo mejores todavía, en el oeste. Esa fue la gran certeza psicológica que los alentó a ser pioneros. Tenían más de dos siglos de sabiduría colectiva, y la ciencia y las maquinarias progresaban velozmente. En 1842 Samuel Forry publicó la primera obra científica acerca del clima norteamericano. En 1857 fue sustituida por el libro de climatología de Lorin Blodget y a esas alturas el Instituto Smithsoniano recababa sistemáticamente datos acerca del clima.

Jefferson había descubierto el principio central de la agricultura norteamericana, a saber, que debía emplear mano de obra intensiva: "En Europa el propósito es obtener de la tierra lo máximo posible; aquí, es trabajar lo máximo posible, puesto que la tierra es abundante". Hasta alrededor de 1800, la mayoría de los granjeros no tenían más que arados, rastras, azadas, palas, bieldos y rastrillos de muy mala calidad, y a menudo hechos a mano. Charles Newbould, de Nueva Jersey, patentó el primer arado norteamericano de hierro en 1797. Pero era una pieza compacta, y el diseño fue mejorado por Jethro Wood, de Nueva York, que patentó un arado metálico desmontable cuyas partes se ensamblaban y podían ser reemplazadas cuando se rompían. El empleo de estos arados metálicos avanzados se generalizó en la segunda mitad de la década de 1820 y su impacto en la productividad fue inmediato. En las tierras vírgenes se combinaba con vertederas de acero, necesarias para desbrozar los pastos enmarañados de las praderas, y que fabricaba desde 1833 John Lane, de Chicago. Hacia 1830 todos los granjeros poseían arados metálicos. En Pittsburgh dos fábricas producían 34.000 arados metálicos al año incluso en la década de 1830, y esta producción masiva hizo bajar los precios. En 1845, sólo en Massachusetts había 73 firmas que fabricaban arados metálicos: produjeron 61.334 arados además de otros accesorios. La com-

petencia era intensa y hacia 1855 se habían fusionado en 22 firmas, mientras que la producción había aumentado a 152.688 unidades y los precios habían caído bruscamente.

El progreso era continuo. Ya en 1850 los granjeros inventores norteamericanos, después de esfuerzos prodigiosos, lograron adosar un separador a una trilladora, de modo que se podía realizar todo el proceso de la trilla y el aventamiento con una sola máquina, y el dispositivo resultó exitoso. El empleo de caballos para la recolección de heno —un animal hacía un trabajo equivalente al de diez hombres— comenzó durante la década de 1820; en la década siguiente empezaron a utilizarse sembradoras mecánicas para sembrar el trigo y, a partir de los años cuarenta, la sembradora de maíz y diversos tipos de extirpadoras. El censo de 1860 informaba de que:

> Gracias al arado mejorado, se ahorra la mano de obra equivalente a un caballo de cada tres. Mediante las sembradoras es posible arrojar dos *bushells* (unos 70 litros) de semillas a una distancia equivalente a la que requieren tres siembras manuales, mientras que el rendimiento del cultivo aumenta entre seis y ocho *bushells* por acre (0,405 hectáreas). La planta crece en filas perfectas y puede ser atendida a caballo. […] La máquina segadora ahorra la tercera parte de la mano de obra necesaria para segar y aventar. […] La trilladora ahorra las dos terceras partes de la mano de obra que requería el viejo modelo manual. […] Gracias a las rastras a tracción equina el ahorro de mano de obra en el manejo del heno en el campo y en los graneros equivale a la mitad.

Y los granjeros e inventores norteamericanos fueron los primeros que utilizaron maquinaria agrícola de vapor.[488]

Este progreso mecánico, que permitió un gran ahorro tanto en mano de obra como en la aplicación de la ciencia a la agricultura, fue respaldado por un impulso intelectual que no se limitó, ni mucho menos, a las aportaciones del Instituto Smithsoniano. Washington había dado las pautas de lo que debía ser una granja experimental cuando puso los cimientos de la cría de pollinos en el país, para lo cual se sirvió de asnos de pedigrí que le enviaron Lafayette y el Rey de España. Mienrtras todavía era presidente, la Universidad de Columbia, en Nueva York,

una institución de avanzada que contaba con una facultad de medicina desde 1767, creó una cátedra de agricultura, historia natural y química (1792). La primera verdadera facultad de agronomía, el Dariner Lyceum, se creó en Gardfiner, Maine, en 1822, y en 1857 Michigan abrió la precursora Facultad Estatal de Agronomía, la primera de las muchas que luego proliferarían. A su vez éstas fueron respaldadas por la Sociedad para la Promoción de la Agricultura, el Comercio y las Artes de Nueva York (1781) y por el movimiento de ferias rurales de Elkanah Watson (1758-1842), iniciado en 1807 y que inspiró la formación de la Sociedad Agrícola de Berkshire; más adelante este tipo de sociedades se contarían por centenares. Nueva York subvencionaba las ferias con dinero del estado (20.000 dólares) ya en 1819. Y por último estaban las publicaciones especializadas, entre las cuales las más importantes eran un semanario de Baltimore, *el American Farmer* (1819), el *Cultivator* de Albany (1834) y, en el oeste, el *Prairie Farmer*, de 1840. A mediados de siglo la agricultura norteamericana era, junto con la británica, la más avanzada del mundo desde el punto de vista técnico, y superaba a Inglaterra en mecanización.[489]

Es importante comprender que, gracias a esta exitosa introducción de la agricultura capital-intensiva en los Estados Unidos, y a la gigantesca incorporación de tierras al cultivo —sin precedentes en la historia mundial— Norteamérica siguió siendo un país predominantemente agrícola casi hasta fines de la década de 1850. Había una cantidad de factores que ponían freno a la industrialización: escasez de créditos bancarios, entorpecidos (como hemos visto) por problemas políticos, un Gobierno federal que, entre 1830 y 1860, estuvo fuertemente influido por los sureños dueños de plantaciones que se oponían a las políticas proteccionistas, al banco central, a cualquier idea que implicara la creación de sistemas de transporte transcontinental —fuesen caminos o ferrocarriles— que favorecieran al

Norte, y a la concesión gratuita de tierras. Después de la muerte de Marshall, la Corte Suprema quedó también bajo el dominio de los intereses sureños, que tendían a oponerse al capitalismo. Por otra parte, una serie de factores propiciaban la industrialización. La disputa con Inglaterra y la guerra de 1812 hicieron que, en las dos primeras décadas del siglo, se comenzaran a desarrollar las manufacturas nativas, reforzadas por los primeros aranceles aduaneros. Los de 1816, 1828, 1832-1833 y 1842 eran, en distintas magnitudes, fuertemente proteccionistas, y sin duda beneficiaron en gran medida las manufacturas estadounidenses. Los aranceles sufrieron una rebaja en 1846, que se acentuó en 1857, lo que colocó Norteamérica a la cabeza de las naciones que practicaban el libre comercio. Pero para entonces las manufacturas nacionales estaban firmemente consolidadas y había surgido ya un sofisticado y eficaz mercado de capitales.[490] Sin embargo, las fuerzas principales que industrializaron Norteamérica fueron la llegada de trabajadores cualificados provenientes de Europa y, sobre todo, la rápida expansión del enorme mercado interno.

En Norteamérica no faltaban, en la primera mitad del siglo XIX, ejemplos de hombres que trabajaran en los límites de la tecnología conocida ni tampoco más allá de ellos. Francis Cabot Lowell (1775’ 1817), que había estudiado la tecnología del algodón en Inglaterra, empleó a un genio de la mecánica llamado Paul Moddy —que se dedicaba a diseñar máquinas y se había establecido en Waltham en 1814—, que combinó por primera vez todos los procesos del hilado y el tejido en lo que llegó a conocerse como “el sistema Waltham”. Hubo otras innovaciones norteamericanas importantes: la primera máquina de coser, fabricada por Elias Howe (1819-1867), y el descubrimiento del método para descarbonatar el metal fundido mediante una inyección de aire —el proceso Bessemer—, que William Kelly (1811-1888) realizó en 1851. Pero en general la industria meta-

lúrgica norteamericana fue rudimentaria durante mucho tiempo debido a que su principal mercado era una población rural que tendía a fabricar sus propias herramientas. Lo que demandaba era, entonces, simplemente hierro en barras que los herreros pudieran trabajar para convertirlo en partes de las máquinas que utilizaban para sus tareas agrícolas y sus molinos. No fue sino hacia fines de la década de 1850 que los empresarios de la industria del hierro orientaron el grueso de su producción a satisfacer directamente la industria. La fábrica de máquinas de coser Singer, en Nueva York, y otras instaladas en Bridgeport y Boston fabricaban, hacia 1860, 110.000 máquinas por año, pero eran un caso excepcional. Un producto manufacturado más típico era la cocina de leña —en la década de 1850 se fabricaban 300.000 por año—, además de las hachas de hierro, los resortes, los tornillos, el alambre, las armas de fuego y las cerraduras. El procesamiento de alimentos pronto adquirió importancia en la industria manufacturera norteamericana. Cincinnati fue la ciudad pionera de la industria cárnica hasta que Chicago la superó y, hacia 1850, la carne enlatada alcanzó una escala de producción masiva, y se desarrollaron subproductos tales como la cola de pegar, los fertilizantes, la cerda para cepillos, las velas y los jabones. En 1850 Cincinnati abastecía el mercado de whisky más grande del mundo: alrededor de / 7,5 millones de litros por año.

No había ninguna duda acerca del predominio del Norte. En términos de capital invertido, y más aún en cantidad de empleos, hacia 1860, Nueva Inglaterra, los estados del centro y del oeste superaban al Sur en una proporción de diez a uno. Pero la sofisticación de la industrialización norteamericana no debe exagerarse. En lo esencial, los productos, las ideas, las noticias y las innovaciones todavía eran distribuidos por buhoneros. Un observador escribió en la década de 1820: "Los he visto en la península de Cape Cod, y en las cercanías del lago Erie, lugares

que se encuentran a casi 1.000 kilómetros el uno del otro. Se dirigen a Detroit, casi 700 kilómetros más alejado, a Canadá, a Kentucky y, si no me equivoco, a Nueva Orleans y San Luis”.[491] Hasta la década de 1850, Estados Unidos fue esencialmente un país en el que se podían distinguir cuatro grupos ocupacionales: granjeros, plantadores, pescadores y buhoneros.[492]

Los buhoneros eran importantes porque la Norteamérica continental debía Sobreponerse a la tiranía de las grandes distancias: la paradoja es que el mucho espacio limita la vida de aquellos que se agrupan en comunidades dispersas, alejadas las unas de las otras y de los centros urbanos. Felizmente el pueblo norteamericano se demostró a sí mismo que se sentía maravillosamente capaz de sobreponerse a esa tiranía. Si algo ha hecho de Norteamérica la nación más grande del mundo, es el transporte y las comunicaciones. La Constitución autorizaba al Gobierno federal a gastar su dinero mediante la cláusula relativa al “bienestar general” y en virtud del Artículo I, apartado 7 (oficinas de Correos y Caminos, y regulación del comercio interestatal). A partir de 1808, cuando Albert Gallatin presentó al Congreso un informe en el que recomendaba la venta de tierras públicas para financiar las inversiones del Gobierno federal en canales y caminos, Washington intervino sin reservas en el negocio del transporte, por lo general asociándose para ello con los estados. Un convenio típico fue el que se estableció con Ohio cuando fue reconocido como estado, en 1803. Las tierras federales que se vendían dentro de los límites de Ohio estaban exentas de impuestos por un período de cinco años, y a cambio de ello el Gobierno federal se apropiaba del 5 por ciento de esas ventas para la construcción de caminos, suma de la cual las tres quintas partes se destinaban a caminos que atravesaban el estado y las restantes dos quintas partes a los que cruzaban las mon-

tañas en dirección al este. Más tarde se firmaron convenios similares con Indiana, Misuri e Illinois.

Algunos de estos caminos financiados por el Gobierno federal eran de la mejor calidad, como el que había hecho Telford en Inglaterra, y por lo general se empleaban sus diseños para señalizarlos o para los puentes. El más imponente de todos fue el National Pike. Un historiador escribió: "Sus numerosos y majestuosos puentes de piedra, con sus elegantes arcos de piedra, sus postes miliares de hierro y sus viejos portones también de hierro, confirman la destreza de los trabajadores empleados en su construcción, y hasta el día de hoy siguen siendo monumentos perdurables por su grandiosidad y solidez".[493] Cuando se hubieron completado sus 1.334 kilómetros, había costado 6.822.200 dólares y requerido treinta leyes del Congreso sancionadas entre 1806 y 1838. Ese tipo de obras siempre podía encontrar algún obstáculo en la Constitución, o en alguna interpretación interesada de su texto. Así, en 1831, el presidente Jackson vetó la ley que ordenaba la construcción del camino que debía unir Maysville con Lexington —cuyos casi 100 kilómetros atravesaban el estado de Kentucky— con el argumento de que era inconstitucional que el Gobierno federal gastara su dinero para favorecer a un solo estado: su único propósito, en realidad, fue mortificar a Henry Clay.[494] A la manía de las carreteras siguió la manía de los canales, y a ésta la de los ferrocarriles, como parte del esfuerzo cada vez más exitoso por reducir el coste del transporte de cargas, parte importante de la tiranía: ascendía a 125 dólares por tonelada en la carretera que unía Pensilvania con Pittsburgh, particularmente costosa, pero por término medio era de 10 dólares cada 150 kilómetros en la década de 1820, que era aproximadamente lo mismo que costaba transportar una tonelada al otro lado del Atlántico.

Antes de la irrupción del ferrocarril, lo que hizo grande a Norteamérica fue el transporte fluvial, en especial cuando se co-

menzó a utilizar el vapor como fuerza motriz. Fulton se entregó a la tarea de incorporar el vapor al transporte fluvial en 1807, cuando se le concedió un monopolio de veintiún años sobre las rutas fluviales de Nueva York, al que siguió otro para Nueva Orleans. Felizmente estos monopolios fueron desautorizados por la Suprema Corte de Marshall, pero Fulton siguió siendo un pionero del empleo del vapor. En 1811 construyó un astillero en Pittsburgh y botó el *New Orleans*, el primer barco de vapor que surcó el Ohio. En 1815 Henry Sheve, probablemente el más grande entre quienes navegaron por el Misisipí, llevó un barco de vapor desde Nueva Orleans a Louisville en veinticinco días. Al principio, en llegar a Pittsburgh, se tardaba cien días. Pero pronto la duración del viaje se redujo a treinta días y la ruta Nueva Orleans-Louisville pudo recorrerse en cinco días (río arriba). No hubo elemento natural que desempeñara un papel más importante en el progreso norteamericano que el Misisipí. Era uno de los tres ríos más largos del mundo, pero mientras el Nilo está bordeado por el desierto, salvo en una estrecha franja de su mitad inferior, y el Amazonas por una selva tropical que todavía es en su mayor parte impenetrable, el Misisipí atraviesa directamente la zona más grande e ininterrumpida de tierras cultivables de primera calidad del mundo, y es la arteria principal de esta cuenca extraordinariamente productiva. Es un río asombrosamente cambiante, que deposita barro en cantidades colosales, que modifica continuamente su forma, que crea islas y penínsulas para luego hacerlas desaparecer, que atrae las ciudades del interior hasta sus costas, empuja los puertos ribereños kilómetros tierra adentro y convierte el oficio de la navegación en una de las ciencias más exigentes de esta tierra.[495]

Para Mark Twain (1835-1910), era "el gran Misisipí, el majestuoso, el magnífico Misisipí, que agita su oleaje de kilómetros de anchura bajo el sol". ¡Y Twain lo conocía bien! Fue el río el que le proporcionó su seudónimo, que tomó de las palabras

que los hombres del río voceaban cuando al sondear encontraban dos brazas. En su adolescencia, durante la década de 1850, cuando todavía era Samuel Clemens, aprendió el oficio de timonel en el Misisipí y, más tarde (en 1883), contó la experiencia en el mejor libro que se haya escrito jamás acerca de un río, *Life on the Mississippi* (La vida en el Misisipí).

En sus mejores momentos, llegó a haber 6.000 barcos de vapor en las flotas del Misisipí. Competían encarnizadamente entre ellas en tamaño, capacidad, grandiosidad, juegos de azar, muchachas, y, sobre todo, en velocidad. Era el espíritu del naciente capitalismo norteamericano flotando sobre las aguas. Acerca de los barcos que se dirigen al norte escribió Twain:

> … siempre partían de Nueva Orleans entre las cuatro y las cinco de la tarde. A partir de las tres de la tarde comenzaban a prepararse quemando resina y pino, y una fila de barcos de cinco kilómetros producía una enorme nube de humo en forma de hongo que se cernía sobre la ciudad. Después, sonaban las campanas y todos se internaban en el río. Era un espectáculo asombroso, que ya no volvió a verse tras el comienzo de la guerra civil; después, no se repitió nunca más. Las carreras entre los dos barcos más veloces se anunciaban desde varias semanas antes y uno podía observar desde la orilla aquellas embarcaciones que habían sido aligeradas de todo el peso innecesario y cargadas exactamente con lo imprescindible para poder lograr su máxima velocidad. Remolcaban botes de madera que iban amarrados a sus bandas para poder abastecerse de combustible sin detenerse.

Se construyeron canales a fin de comunicar entre sí los ríos, y se tendieron las primeras vías férreas para que cumplieran esa función en zonas en las que no era factible la canalización. Después del tremendo éxito que acompañó la apertura del canal del Erie en 1825 —tal vez el ejemplo más notable que podamos encontrar en la historia de cómo una obra humana es capaz de crear rápidamente riqueza—, los estados se entregaron a construir canales en una escala prodigiosa, para lo cual debieron conseguir (principalmente en Europa) enormes sumas de dinero prestado. La mayoría de las constituciones de los estados debieron ser revisadas en la década de 1820 a fin de posibilitar estas operaciones financieras. Por aquellos días Estados Unidos gozaba de un crédito casi ilimitado en Europa, en una época en

que los pagos de intereses eran sustanciales y se exigía que se cumplieran con regularidad. La mayoría de los canales estatales planeados se construyeron y algunos dieron excelentes resultados. Pero las deudas estatales crecieron muy rápidamente, de apenas 12.790.728 dólares en 1820 a más de 170 millones en 1838 y a 200 millones en 1840. En el marco de esta manía por la construcción de canales sólo siete estados no se endeudaron. A causa de la crisis de 1837 hubo estados a los que les resultó imposible pagar los intereses de su deuda y seis de ellos —Misisipí, Luisiana, Maryland, Pensilvania, Indiana y Michigan— llegaron incluso a repudiar la deuda en su totalidad, al estilo de los estados africanos en bancarrota de nuestros días, lo que dio lugar a que muchos inocentes inversores europeos, como el novelista W. M. Thackeray, hicieran oír sus elocuentes expresiones de aflicción. Llegados a este punto, la mayoría de los estados decidió apartarse del negocio del transporte y dejarlo en manos de empresas privadas. En consecuencia, hubo una nueva oleada de reformas constitucionales destinadas a prohibir a los estados que se dejaran llevar por una manía como la de los canales o por cualquier otra pasión que los obligara a gastar sin ton ni son.

De ahí que, aunque los primeros ferrocarriles fueron tendidos para complementar el sistema de canales, que en su mayoría eran propiedad de los estados, casi desde el principio ésta fue una actividad dominada por el capital privado y por compañías financiadas mediante suscripciones de bonos públicos. Los ferrocarriles de vapor se habían desarrollado en Inglaterra a partir de la industria del carbón, inexistente entonces en Norteamérica, pero aún así las grandes líneas de transporte de pasajeros de Estados Unidos no tenían nada que envidiar a las, de Gran Bretaña. El 4 de julio de 1828, Charles Carroll, de Carrolltown, el último superviviente de los que habían firmado la Declaración dé Independencia, inauguró oficialmente las obras de la prime-

ra línea, la del ferrocarril Baltimore y Ohio, de la cual se habilitaron 20 kilómetros en 1830. Tres años más tarde, la línea Charleston-Hamburg, en Carolina del Sur, con 217 kilómetros, se convertía en la más larga del mundo. La primera locomotora que se fabricó en Norteamérica, la *Best Friend of Charleston*, cubría este recorrido a una velocidad de 50 kilómetros por hora sin carga o de hasta 35 kilómetros por hora con cuatro vagones cargados.[496] La construcción del que sería el New York Central comenzó en 1830, y la gran línea de Pensilvania fue completada cuatro años más tarde. Todas las rutas principales entre la costa este y el valle del Misisipí quedaron concluidas durante la década de 1840, y la primera consolidación de rutas múltiples comenzó en 1853 con el New York Central, el mismo año en que se inauguró el primer servicio ferroviario entre Nueva York y Chicago. Benjamin Wright, el gran ingeniero del canal del Erie, denunció a los ferrocarriles diciendo que iban en contra del individuo: "Considero que una extensa vía férrea [...] es tan odiosa en este país como lo sería el monopolio del transporte, que es en lo que necesariamente deberá convertirse. Un canal, en cambio, es algo que está abierto a cualquiera que pueda construir un bote".[497] Nadie le prestó demasiada atención. Hasta los estados llegaron a involucrarse en cierta medida en el negocio de los ferrocarriles —en especial Pensilvania, Michigan, Carolina del Sur y Georgia, aunque más que nada en las primeras etapas— y comenzó a afluir dinero de los condados y las ciudades, e incluso del Gobierno federal, bajo la forma de concesiones de tierras a determinados estados. Un hecho curioso es que Georgia, por ejemplo, administró el Chattanooga Choo-Choo hasta la década de 1870. Pero la principal fuente de financiación fue el capital privado o de suscripción pública: 125.000 millones de dólares en los treinta años que transcurrieron entre 1830 y 1860.[498]

Aparte de los ferrocarriles, en esos treinta años, el transporte y las comunicaciones incluían las diligencias, los expresos y el telégrafo. Todos estos medios se desarrollaron con una celeridad y una eficacia impresionantes. Incluso antes de que comenzara en California la fiebre del oro, a finales de la década de 1840, el Santa Fe Trail se convirtió en la primera ruta de la frontera oeste. Cuando estalló la fiebre del oro, en 1849, comenzó a circular regularmente el tráfico de diligencias desde Independence, Misuri, a Santa Fe, que contó ese mismo año con una diligencia correo mensual a Salt Lake City. En 1858, John Butterfield firmó un contrato con el Gobierno federal que lo autorizaba a prestar un servicio de correo terrestre desde Memphis y San Luis a California, lo que le permitió organizar un tráfico de diligencias que, dos veces por semana, cubrían un trayecto que incluía paradas en Preston, El Paso y Yuma y llegaban a la costa del Pacífico, un viaje cuya duración era de veinticinco días. La Russell, Major y Waddell Company abrió otras rutas y, a principios de la década de 1860 transportaba anualmente 75.000 bueyes en 6.250 carretas sólo en el apartado de carga. En 1860 la Russell's Pony Express, que prestaba el servicio mediante jinetes que cambiaban de caballo en las postas, transportaba correspondencia desde St. Joseph, Misuri, a Sacramento, California, en diez días. Sin embargo, esto arruinó a la empresa, que terminó en manos de la Wells Fargo, que siguió controlando la mayor parte de las rutas hasta la aparición de los ferrocarriles transcontinentales.[499]

Entretanto, Samuel Morse (1791-1872), un hombre de formación artística —es por eso que estaba en Roma aquella vez en que un guardia papal le quitó de un manotazo el sombrero convirtiéndolo así, automáticamente, en un fanático anticatólico— y profesor de dibujo en la Universidad de Nueva York, concebía en 1832 la idea de un telégrafo eléctrico y construía, en 1837, el dispositivo que lo posibilitaría. Tuvo que fastidiar

bastante al Congreso hasta que éste le asignó 30.000 dólares para la instalación de una línea entre Washington y Baltimore, que se inauguró en 1844. Se usó por primera vez durante la primavera de ese año para transmitir a la capital noticias de las convenciones whig y demócrata, que estaban celebrando sesión en Baltimore. Después se formó una compañía privada que, una vez instalada, comenzó con su primera línea en 1846. Ezra Cornell (1807-1874) fue el genio organizador que creó la Western Union Telegraph Company, que obtuvo su licencia en 1856, tendió la primera línea que llegó a California en 1861 —con lo que firmó la sentencia de muerte de la Pony Express— y obtuvo ingentes ganancias que hubieron de emplearse en la fundación de la Universidad de Cornell, inaugurada en 1868. Un poco tarde, los ferrocarriles advirtieron cuán valiosa les resultaba la línea telegráfica y contribuyeron a financiar sus ampliaciones, que se instalaron junto a las vías y siguiendo su mismo recorrido.[500] A partir de entonces el telégrafo se convirtió rápidamente en una herramienta indispensable para el Gobierno, el comercio y muchos otros tipos de comunicaciones sociales; la agencia Associated Press, que en un principio se llamara New York AP (1827), lo aprovechó al máximo para coordinar las noticias y difundirlas a toda la nación.[501] Así, en la década de 1850, Estados Unidos contaba ya con un sistema global de transportes de gran versatilidad y, en muchos casos, de enorme densidad.

Esta capacidad para garantizar el transporte, y el extraordinario ahínco con que los colonos y granjeros norteamericanos se entregaban a la explotación de la tierra, se combinaron para hacer que Estados Unidos ambicionara cada vez más territorio. Las vastas regiones de la Luisiana comprada, de la Florida conquistada por Jackson, no alcanzaban. Hacia la década de 1830

la idea de que el destino de Norteamérica era absorber todo el oeste del continente, además de su centro, comenzaba a arraigar. Era un impulso nacionalista e ideológico, pero también religioso: la sensación de que Dios, la república y la democracia exigían de consuno que los norteamericanos se expandieran hacia el oeste, para colonizar y civilizar, para imponer los ideales republicanos y la democracia. En 1838, un extraordinario artículo de ensayo "La gran nación de los tiempos venideros", que se publicó en la *Democratic Review*, planteó las bases del programa:

> El futuro y trascendente y sin fronteras y será la era de la grandeza norteamericana. En este magnífico dominio de espacio y tiempo y el destino de la nación de muchas naciones será manifestar a la humanidad la excelencia de los principios divinos: instalar en la tierra el templo más noble de entre todos los que se han dedicado a reverenciar al Altísimo: el Sagrado y Verdadero. Su suelo será un hemisferio y su techo el firmamento de los cielos tachonados de estrellas y su congregación la Unión de muchas Repúblicas formadas por cientos de millones de seres felices, que no deberán obediencia a ningún amo humano porque serán gobernados por la ley natural y moral de Dios: la ley de la igualdad, de la fraternidad, de la "paz y la buena voluntad entre los hombres".[502]

El asunto fue debatido en el Congreso, sobre todo en la década de 1840, los "estrepitosos cuarenta" como se los llamaría después, y que lo fueron, sin duda, por el estrépito con que los norteamericanos vociferaban su deseo de conquistar más tierras. Un congresista lo consignó en 1845 con estas palabras: "La Providencia concibió este continente como un vasto teatro en el que habría de poner en escena el gran experimento del Gobierno Republicano bajo los auspicios de la raza anglosajona".[503]

El primero que usó la expresión "destino manifiesto" fue John L. O'Sullivan en la *Democratic Review*, en 1845, en un texto en el que se quejaba de las intervenciones extranjeras y de los intentos de "limitar nuestra grandeza e impedir la realización de nuestro destino manifiesto, que es el de ocupar en su plenitud el continente que la Providencia nos ha concedido pa-

ra el libre desarrollo de nuestra descendencia, que año tras año se multiplica por millones”. Duncan, representante de Ohio, dijo que temía el centralismo del Gobierno federal, y la respuesta a esto era la expansión: “Si queremos oponernos a esa arraigada tendencia que nos lleva a la consolidación del poder federal, no conozco mejor plan que multiplicar los estados, de modo que cuanto más lejos estemos del centro de influencia y atracción federal, mayor será nuestra seguridad”.[504] En la convención demócrata del estado de Nueva Jersey de 1844, el mayor Daveznac infundió un tono de exaltación a su discurso acerca del tema: “¡Hay tierra suficiente! ¡Hay tierra suficiente! Yo digo: abramos paso al joven búfalo norteamericano, ¡él todavía no tiene tierra suficiente! Porque quiere más tierra para poder tener un fresco refugio en el verano, y más tierra para poder disfrutar de sus hermosos campos de pastoreo. ¡Y yo les digo que le daremos Oregón para que tenga sombra en el verano, y la región de Texas para que su ganado pueda pastar en el invierno!”. *(Aplausos.)*[505]

O’Sullivan repitió sus exigencias con relación al destino manifiesto y predijo que debía cumplirse para ordenar “ese tumultuoso crecimiento de la población que está destinado, en un siglo, a engrosar nuestra población hasta llegar a la enorme cantidad de 250 millones (si no más)”, lo que resultó una buena predicción, habida cuenta de lo que sucedió.[506] Un comentario editorial del *United States Journal* del 15 de octubre de 1845 afirmaba: “Hay una verdad que salta a la vista y basta con mirar para verla, y es que en todos los medios de comunicación —los públicos y los privados, y desde el aula hasta el púlpito y la prensa— cunde y arraiga una idea excluyente que todas estas fuerzas se encargan de difundir: que nosotros, el pueblo norteamericano, somos el pueblo más independiente, inteligente, moral y feliz sobre la faz de la tierra”. Este hecho, y la mayoría de los norteamericanos consideraban que era un hecho, proporcio-

naba la justificación ética que necesitaba el deseo de expandir la república que promovía semejante felicidad.

Deberíamos agregar que una minoría no menos franca, sobre todo entre quienes asistían regularmente a la iglesia, se oponía a la expansión hacia el oeste con argumentos sociales y morales. Después de visitar Luisville, el pastor de la Iglesia unitaria de Nueva Inglaterra, James Freeman Clarke, expresó su alarma afirmando que, en el oeste, el hombre "no tenía freno, ni guía, ni gobierno", que las madres alentaban a sus hijos a pelear, las mujeres estaban a favor de los duelos, los jueces, de los juegos de azar, mientras el vicio "atacaba con saña el corazón de todas las virtudes de la sociedad". Cornelius C. Felton, de Harvard, se lamentaba en 1842 de que en el oeste estaba surgiendo una población "que no respeta ninguna de las restricciones que disciplinan el carácter de las clases trabajadoras en otros países". En el Oeste cada hombre se consideraba a sí mismo "soberano por derecho inalienable y no reconocía la más mínima superioridad de nadie".[507] Pero ése era el punto de vista de Nueva Inglaterra. En el Sur, tales sentimientos eran considerados virtudes que merecían ser alentadas. Además, el Sur tenía un motivo añadido para favorecer la expansión hacia el oeste: extender la esclavitud y fundar más estados esclavistas para así poder mantener el equilibrio de poder en el Congreso.

El paralelo 49 limitaba la expansión norteamericana hacia el norte, de modo que la forma obvia de conseguir más tierras era desmembrar México, que por otra parte siempre había estado amenazado por Estados Unidos. El presidente Jefferson había afirmado que México llegaba hasta el río Grande. Después, Norteamérica se desdijo y fijó el límite en el Colorado, y después en el Sabine, aceptado como frontera por el secretario de Estado Adams en 1819. Pero el este de Texas ya había sido ocupado por el mismo tipo de minorías raciales y nacionales que se congregaban en Florida y, mientras ellos gobernaran esas zonas,

los españoles decidieron abandonar el este y concentrarse en Texas Occidental, una región ideal para la ganadería, que era lo que a ellos más les gustaba. En 1812, un grupo de filibusteros mexicanos y norteamericanos que partieron desde Luisiana, tomaron San Antonio y fundaron lo que ellos llamaron el estado de Texas. Fueron expulsados por un contraataque español. Un grupo de exiliados bonapartistas fundó otra república de Texas en 1818 y, al año siguiente, otro grupo de norteamericanos proclamó un tercer protoestado. La isla de Galveston era una base pirata. Después, el Gobierno independiente mexicano, que había expulsado a los españoles por la fuerza, ocupó el territorio y, poco a poco, fue afirmando su autoridad allí.[508]

Algunos norteamericanos en busca de tierras cooperaron con las nuevas autoridades independientes de México. Moses Austin (1761-1821), que había nacido en Connecticut, se trasladó a Misuri y, después, tras convertirse en ciudadano de la Luisiana española, logró obtener una autorización del nuevo Gobierno mexicano para fundar la colonia Austin, una enorme extensión situada en las cuencas del Colorado y el Brazos, que heredó su hijo Stephen Fuller Austin (1793-1836). Esta colonia contaba con praderas, bosques y tierras bajas ribereñas que eran exactamente el tipo de territorio que atraía a los colonos norteamericanos. La tierra estaba dividida en fincas medidas en leguas cuadradas, según la costumbre española, es decir, en extensiones de 4.428 acres (alrededor de 1.800 hectáreas), mucho más que lo que se podía conseguir en Estados Unidos y a precios más bajos. Hacia 1830 Austin había establecido a más de 5.000 norteamericanos en sus tierras. La importación de esclavos para que trabajaran la tierra era técnicamente ilegal, porque México había abolido la esclavitud en 1824, pero en la práctica se la toleraba.

Después, en 1830, el Gobierno mexicano frenó súbitamente la inmigración, impuso aranceles aduaneros, reorganizó Texas

dividiéndola en tres departamentos, construyó fortificaciones e instaló en ellas guarniciones militares. A esas alturas, tres cuartas partes de los 30.000 habitantes de Texas (incluidos los esclavos) eran norteamericanos, y el límite occidental de Norteamérica hacia el norte estaba más allá del Colorado y 400 kilómetros al oeste del Sabine. De modo que Texas, como parte de México, resultaba cada vez más una rareza. Austin se comportaba como un ciudadano mexicano leal a sus autoridades, en la medida en que ello era factible. Si México hubiera mantenido la estabilidad, las cosas hubieran sido diferentes y su poder habría perdurado. Si Estados Unidos hubiese sido inestable, podría haber sido menos codicioso. Pero el hecho histórico es que México era inestable y Estados Unidos, estable. Varios efímeros gobiernos mexicanos se empeñaron en tentativas superficialmente brutales pero intrínsecamente débiles de imponer su voluntad, cuyo resultado fue irritar al creciente número de colonos norteamericanos y empujarlos a la rebelión. El gran estallido se produjo en 1835 cuando, el 20 de diciembre, los insurgentes norteamericanos proclamaron la República de Texas y pusieron a Sam Houston, antes gobernador de Tennessee, al frente de su Ejército.[509]

El dictador mexicano, el general Santa Ana, que se había ganado su reputación gracias a una victoria militar sobre los españoles en 1829, cruzó la frontera del autoproclamado estado independiente, con una fuerza de 5.000 soldados, el 26 de febrero de 1836. El mismo día, el coronel William B. Travis (1790-1836), de Carolina del Sur, y James Bowie (1799-1836), de Burke County, Georgia —el inventor del llamado cuchillo Bowie—, se refugiaron en El Álamo, una misión española de gruesas paredes convertida en una fortificación. Con ellos había 187 malhechores texanos del tipo que admira cualquier colegial sano, entre ellos Davy Crockett (1786-1836), un congresista de Tennessee que había combatido a las órdenes de Jackson en la

guerra contra los creeks y que había llegado a Texas pocos días antes. El general Houston ordenó a Travis y Bowie que abandonaran aquella posición insostenible, pero ellos se negaron. Y cuando Santa Ana les exigió que se rindieran respondieron con un cañonazo. Los mexicanos enarbolaron entonces la bandera roja, lo que según su tradición significaba que el combate sería sin cuartel, y el ataque comenzó. Se dice que los mexicanos sufrieron más de 1.000 bajas, pero en no más de una hora la fortificación cayó en manos de Santa Ana y todos los norteamericanos resultaron muertos: Bowie, que sufría una neumonía, fue asesinado a bayonetazos en su catre; Travis fue acribillado a balazos junto a un cañón y Crockett mutilado en medio de una pila de cadáveres. Los cuerpos de los combatientes muertos fueron quemados en una enorme hoguera.

Jackson quería que Texas fuera parte de Norteamérica. Además, odiaba a los mexicanos. El 28 de junio de 1836, en el curso de una reunión de Gabinete, recibió un informe del comodoro Dallas, el comandante naval de Estados Unidos en el golfo de México, en el que éste se explayaba acerca de los ultrajes a que habían sido sometidos el cónsul de Estados Unidos y los ciudadanos norteamericanos de Tampico por las autoridades mexicanas. Dio entonces bruscamente una de sus típicas órdenes, sin tomarse la molestia de pedir su opinión al resto del Gabinete: “Escriba inmediatamente al comodoro Dallas, y ordénele el bloqueo del puerto de Tampico; que no vacile en acercarse hasta que le permitan desembarcar y obtener el agua que necesite, que se comunique con el cónsul, y dígale que si llegan a tocar un pelo de alguno de nuestros ciudadanos demuela y destruya la ciudad y extermine a sus habitantes para que no quede rastro de ellos sobre la faz de la Tierra”.[510] No obstante, cuando se calmó y consultó a Kendall, decidió no anexionar a Texas como nuevo estado para evitar el riesgo de una guerra abierta con México, y dejó que las cosas siguieran su curso durante un

tiempo. Kendall dijo a Jackson que debía tener en cuenta la opinión internacional, que no vería con buenos ojos que la república norteamericana se apoderara por la fuerza de tierras que no le pertenecían, pero que en cambio no pondría ninguna objeción si, a su debido tiempo, éstas caían por sí solas en sus manos: "Llegará el momento en que la raza anglosajona sea mayoría en México, lo que no me parece de ninguna manera deplorable. Creo que eso llevaría a la mejora y al progreso de México; pero como custodios de la paz y los intereses de Estados Unidos no estamos autorizados a ir a la guerra con argumentos filantrópicos o con el propósito de conquistar otras naciones para su propio bien".[511] Por una vez, el Viejo Nogal valoró este consejo pacifista y, asombrosamente, accedió a seguirlo.

Así fue como Texas siguió siendo independiente durante una década en el curso de la cual floreció a ojos vistas, aunque no dejó de presionar para que se la admitiera en Estados Unidos como estado esclavista. Jackson, ya retirado, acuñó en 1843 *à propos* de Texas, el dicho según el cual anexionarla a Norteamérica era "extender el área de libertad", aunque el hecho de haber quitado Texas a México no había dado como resultado otra cosa que volver a implantar legalmente la esclavitud. Entretanto, el presidente Tyler había tomado algunas medidas encaminadas a concretar la anexión de Texas: quería congraciarse con los sureños para asegurarse la reelección de 1844, esta vez por derecho propio. A principios del año en que se realizaría la elección, el 28 de febrero de 1844, ocurrió un desastre que habría de tener un profundo impacto político. El Congreso había aprobado la asignación de fondos para la construcción de un nuevo buque de guerra de características revolucionarias, el *USS Princeton*, el primer navío propulsado por hélices, inventado por un joven ingeniero sueco, John Ericsson. Contaba con dos enormes cañones de hierro forjado de 30,48 centímetros llamados *Oregon y Peacemaker*. El hecho de llamar pacificador a un fla-

mante y poderoso cañón era un desafío a la providencia, y durante un viaje de exhibición por el Potomac que el presidente Tyler había organizado con el propósito de que los miembros de su Gabinete, diplomáticos, senadores y un número apreciable de damas de la sociedad lo conocieran, el *Peacemaker* explotó, mató al secretario de Estado Abel Upshur, al secretario de Marina y a un senador por Nueva York, e hirió a otras doce personas, entre ellos el senador Benton. La fuerza de la explosión arrojó literalmente a la bella Julia Gardiner, hija del difunto senador del estado, en brazos del presidente, con quien poco después se casó. No sólo por eso fue importante el episodio, sino porque además permitió a Tyler formar un nuevo Gabinete, del que excluyó a todos los norteños, y nombrar secretario de Estado a Calhoun. Aquella reorganización del elenco gobernante tuvo dos propósitos: lograr que los sureños apoyaran a Tyler en la elección presidencial, y la anexión de Texas.

La primera maniobra no tuvo éxito. Los demócratas eligieron como candidato a un protegido de Jackson, James Knox Polk (1795-1849), un hombre de Tennessee que defendía con fervor la idea del "destino manifiesto" y que derrotó a Henry Clay en el colegio electoral por 170 votos contra 105 (la diferencia en la votación directa fue más estrecha: 1.337.243 contra 1.299.062). Clay había sido un expansionista toda su vida, pero por razones que aún hoy siguen siendo misteriosas, se negó a incluir la anexión de Texas en su programa.[512] Ésa fue la razón principal de su derrota. Era obvio que el grueso de la nación, incluido el Norte, quería que Texas se incorporara a la Unión, fuese o no un estado esclavista. Mientras todavía era presidente, Tyler decidió adelantarse a Polk y cosechar para sí los laureles de la admisión de Texas. Su secretario de Estado, Calhoun, había presentado ante el Senado un tratado de anexión pero no había logrado la mayoría de los dos tercios necesaria para aprobarlo. (De hecho, dos tercios abrumadoramente norteños vota-

ron en contra). Tyler, sirviéndose del "veredicto" de la elección como justificación, recomendó que el estado de Texas fuera admitido mediante una resolución conjunta de ambas cámaras, cuya aprobación sólo requería una mayoría simple. La resolución se aprobó el 28 de febrero de 1845, y el último día de su mandato Tyler despachó un correo dirigido al presidente Houston con un mensaje en el que invitaba a Texas a convertirse en el vigesimoctavo estado.[513]

Frustrado por no haber podido ser el artífice de la anexión de Texas, Polk decidió incorporar a la Unión la riqueza e inmensidad de California para recibir el consecuente reconocimiento. Como contrapeso, también quería incorporar Oregón. Polk provenía de Carolina del Norte y era un matemático consumado. Había emigrado a Tennessee, ocupado escaños en el Congreso, del que había sido presidente durante cuatro años, y sido gobernador durante dos períodos. Era abogado, tenía una plantación y poseía esclavos y ahora que, tras la muerte política de Van Buren, se había erigido en el heredero de Jackson, todo el mundo lo llamaba el Joven Nogal. Pero no tenía nada en común con Jackson, salvo su férrea determinación política. Era un hombre amargado, envarado, con aspecto de anciano y un rostro triste y adusto que no hacía otra cosa que trabajar: pasaba dieciocho horas diarias en la Casa Blanca, se decía. Fue el primer presidente a quien el ejercicio del cargo lo llevó a la muerte, pero así lo quiso él. Como J. Q. Adams, a quien se parecía, llevaba un diario, aunque el suyo no era tan interesante ni malintencionado.[514] Es curioso el hecho de que durante su vida fuera menospreciado y, más tarde, subestimado por los historiadores. Dentro de los límites que él mismo se fijó, Polk bien merece ser considerado como uno de los presidentes más exitosos. Hizo exactamente lo que dijo que haría. Dijo que no sería presidente por más de un período, y cumplió. Dijo que, durante ese mandato, haría cuatro cosas: que resolvería la cuestión de

Oregón, que conseguiría California, que reduciría los aranceles y que volvería a instaurar el Tesoro Independiente creado por Van Buren, abolido por los whigs. Y las hizo.

También llevó a Norteamérica a la guerra con México y la ganó en un tiempo récord. Pero primero, como sabía que la guerra con México era inminente, él y su secretario de Estado, James Buchanan (1791-1868), decidieron resolver la cuestión de Oregón. La historia era complicada y abarcaba un territorio enorme sólo en parte explorado que comenzaba en las Rocosas del norte y terminaba en la costa del Pacífico. La mayoría ni siquiera sabía como llamarlo hasta que la palabra "Oregón" —presumiblemente de origen indio— fue popularizada por un poema, *Thanatopsis*, que publicó en 1817 William Cullen Bryant (1794-1878). Desde el tratado de 1814, los ingleses y los norteamericanos habían acordado evitar una definición precisa de la frontera longitudinal entre Canadá y Estados Unidos. El presidente Monroe había dado por sentado que la mejor solución era limitarse a extender el paralelo 49 hasta el Pacífico. Todos los presidentes que lo sucedieron adoptaron la misma postura. La zona era en su mayor parte el territorio de la antigua Compañía Anglo-Canadiense de la bahía de Hudson, que había estado operando durante generaciones al sur del paralelo. Por otra parte, algunos pioneros norteamericanos habían hecho incursiones en la región y manifestado sus pretensiones.[515] Ahora, en los "estrepitosos cuarenta", un período en el que los norteamericanos estaban inmersos en el frenesí nacionalista del "destino manifiesto", en el que la "fiebre de Oregón" arrastraba a miles de colonos a aquella región, en el que se había formado un gobierno, nombrado un gobernador y fundado una capital del estado, Oregón City, el lema era "Todo Oregón o nada", complementado por una exigencia con tintes de geografía popular: "*Fifty-Four-Forty or Fight*" ("Desde el paralelo cincuenta y cuatro al cuarenta, o luchemos").

Esta última latitud habría desplazado la frontera de Estados Unidos hasta lo que hoy es Canadá Occidental y habría dejado en territorio norteamericano el inmejorable puerto de Vancouver. Polk no quería, ni esperaba, conseguir tanto. Fanfarroneó. Dijo ante el Congreso que "el derecho de propiedad de los norteamericanos sobre este país [tuvo la precaución de no decir 'todo este país] es claro e indiscutible". Y dio una vuelta de tuerca a la doctrina Monroe: "El pueblo de este continente es el único que tiene el derecho de decidir su propio destino". Dijo: "El único modo de tratar a John Bull es mirarlo fijamente a los ojos". Pero lo último que quería era enzarzarse en una disputa con Inglaterra en un momento en que asomaba en el horizonte una guerra con México. Además, era algo innecesario. El comercio de pieles había disminuido, tanto en términos relativos como absolutos, y las zonas de la bahía de Hudson en las que operaban los tramperos al sur del paralelo 49 ya no eran importantes. Sir Robert Peel, el primer ministro británico, estaba enredado en su lucha en pro de la derogación de las leyes inglesas que imponían fuertes aranceles a las importaciones de grano y no estaba dispuesto a gastar energías en defender una faja de tierra prácticamente deshabitada del oeste de Canadá. La opinión pública inglesa no tenía el menor interés en el asunto. En junio de 1846, Peel había provocado una división en su partido a causa dé la derogación de las leyes antes mencionadas y estaba a punto de abandonar el cargo. Una de sus últimas medidas fue aceptar la propuesta de fijar él límite en el paralelo 49 y enviar a Washington un borrador del tratado correspondiente. El 15 de junio Buchanan lo firmó en representación de Estados Unidos y, tres días más tarde, fue ratificado por el Senado después de un superficial debate. Ignorada la estridente exigencia de los que pretendían "desde el cincuenta y cuatro al cuarenta" se acalló. Así, con calma y expeditivamente, es como se resuelven las disputas en torno a territorios vastos, cuando las dos partes in-

volucradas son estados civilizados que comparten un lenguaje común, intereses fundamentales comunes y sentido común.[516]

A esas alturas, Norteamérica estaba en guerra con México. Pensándolo bien, es fácil llegar a la conclusión de que los mexicanos fueron tontos y los norteamericanos, hipócritas. Polk quería la guerra porque quería California. Pero no quería ser él quien la empezara. Los mexicanos cayeron en la trampa porque su orgullo fue más fuerte que su prudencia. Dos días después de que Polk accediera a la presidencia, el embajador mexicano anunció la ruptura de las relaciones diplomáticas y regresó a México en señal de protesta por la anexión de Texas. Fue una tontería; Texas era una causa perdida y, si los mejicanos querían conservar California, o al menos una parte de ella, era vital para ellos no suspender las negociaciones. Entretanto, Polk hizo sus preparativos. En junio de 1845 encargó a su secretario de Marina que enviara órdenes secretas al comodoro Sloat, al mando del puesto del Pacífico, indicándole que debía tomar San Francisco apenas pudiera "asegurar con certeza" que México estaba en pie de guerra. En octubre, Polk ordenó al secretario de Guerra que escribiera a Thomas O. Larkin, cónsul de Estados Unidos en Monterrey: "Si bien el presidente no hará nada ni recurrirá a la influencia que pudiera tener para inducir a California a convertirse en uno más de los estados independientes de la Unión, en caso de que el pueblo deseara unir su destino al nuestro sería recibido fraternalmente, siempre que esto sea posible sin ofrecer a México un motivo razonable de queja". En ese momento la cantidad de colonos norteamericanos y la de habitantes mexicanos eran prácticamente iguales, y el mensaje se proponía incitar a los norteamericanos a tomar las riendas, como lo habían hecho en Texas.

Sin embargo, cabe decir en defensa de Polk que México era un vecino molesto que no cesaba de plantear problemas. Solicitaba préstamos por enormes sumas de dinero y después no pa-

gaba sus deudas. Se enredaba periódicamente en guerras civiles en el curso de las cuales las propiedades de los extranjeros eran saqueadas. En 1839 Francia había adoptado una actitud mucho más firme: había enviado una escuadra naval a bombardear San Juan de Ulúa en represalia por las afrentas recibidas. Norteamérica se había limitado a remitir sus pretensiones de indemnización a una comisión independiente, que las había estimado en tres millones de dólares. En 1843 México había accedido a pagar esta suma, más los intereses devengados, en 20 cuotas trimestrales. Pero sólo pagó tres cuotas en el plazo fijado. En noviembre de 1845 Polk dijo que expondría todos los asuntos pendientes "en términos de negocios": Norteamérica condonaría la deuda si México reconocía como nuevo límite entre los dos países el Río Grande, pagaría cinco millones de dólares por Nuevo México y "no habría problemas de dinero" si México cedía California. El 12 de enero de 1846, después de otra breve guerra civil, el nuevo Gobierno militar mejicano, que era violentamente antinorteamericano, se negó siquiera a recibir al ministro plenipotenciario de Estados Unidos. Al día siguiente, Polk ordenó al general Zachary Taylor (1784-1850), "el viejo inculto pero eficiente", que se estacionara con sus tropas en el Río Grande. En mayo Polk había llegado a la conclusión de que la guerra era inevitable e hizo que su Gabinete aprobara un mensaje pidiendo al Congreso autorización para obrar en consecuencia. Como si todo estuviera planeado, esa misma noche, el 9 de mayo, el ejército mexicano atacó una unidad estadounidense apostada en la margen "norteamericana" del río Grande, mató a once hombres, hirió a cinco y tomó prisioneros a los demás. Al día siguiente Polk pudo presentarse ante el Congreso simulando que hervía de ira. Aun antes de las muertes, dijo, "… la copa de la paciencia se había colmado". Ahora México "ha violado las fronteras de Estados Unidos, ha invadido nuestro te-

rritorio y derramado sangre norteamericana sobre suelo norteamericano”.[517]

Uno de los pocos que protestó por la provocación e hipocresía desplegadas por Polk fue un nuevo personaje de la escena pública norteamericana, el flamante congresista Abraham Lincoln (1809-1865), que afirmó que en realidad Polk había comenzado la guerra impulsado por un deseo de “gloria militar [...] ese ojo de serpiente que hipnotiza con el solo fin de destruir”, y que en consecuencia “... la sangre de esta guerra, como la sangre de Abel, clama al cielo contra él”.[518] Muchos intelectuales de Nueva Inglaterra, antecesores de los que protestarían contra la guerra de Vietnam en la década de 1960, coincidían con Lincoln. Por otra parte, es difícil ahora evocar el desprecio que la mayoría de los norteamericanos sentían en la década de 1840 por la forma en que México estaba siendo gobernado, o más bien desgobernado, por los interminables golpes y pronunciamientos, los intermitentes, excesivamente crueles y a menudo sangrientos conflictos civiles, y por la inseguridad general que amenazaba la vida y la propiedad. Y les parecía razonable, tanto moral como política y económicamente, que un país civilizado como Estados Unidos luchara por despojar de la mayor extensión posible de territorio a los codiciosos e irresponsables gobernantes de México.

La guerra mexicana de 1846 fue importante por sus consecuencias. Pero también tuvo mucho de la más alta comedia y, a veces, también de la más baja. Polk trató de aprovechar políticamente la guerra de principio a fin. En primer lugar, permitió al escurridizo Santa Ana, exiliado en Cuba, que volviera a México; a cambio, el general prometió que tomaría el poder y reconocería a Norteamérica todas sus pretensiones. Lo cierto es que Santa Ana, que siempre rompía sus promesas, rompió también ésta y ofreció una resistencia enconada al ejército norteamericano. Polk, como escribió el senador Benton, quería “una

guerra corta, que durara lo suficiente como para justificar un tratado de paz, pero no tanto como para crear reputaciones militares, que serían peligrosas para la presidencia".[519] Polk también quería una guerra barata, de modo que al principio abasteció mezquinamente a Taylor y convocó voluntarios a los que comprometió por períodos cortos de servicio. Taylor protestó, se negó a ponerse en marcha hasta que le llegarán los pertrechos que necesitaba y, después, obtuvo un brillante triunfo en Monterrey, en una batalla que duró tres días y culminó con la toma de la ciudad. Aquello fastidió a Polk, que tenía que los whigs ofrecieran a Taylor la candidatura a la presidencia en las elecciones de 1848. Entonces Polk trató de nombrar nada menos que al senador Benton para un cargo que era una especie de generalato político para ejercer el control sobre el Ejército. El Congreso no aceptó la iniciativa. Polk recurrió al general Winfield Scott (1786-1866), comandante en jefe del Ejército. Scott era whig y también tenía sus ambiciones políticas, pero al presidente le venía bien para contrarrestar a Taylor y menguar un poco su gloria. De inmediato, Scott elevó una protesta al secretario de Guerra de Polk, William L. Marcy —el hombre que había acuñado la expresión "sistema de sinecuras"— en la que se quejaba de la escasez de pertrechos, y, en respuesta a la evasiva carta con la que aquel le contestara le escribió que la había recibido en el campamento "mientras me sentaba a tomar un plato de sopa a las apuradas". Esta frase autocompasiva circuló en Washington y le granjeó a Scott el apodo de Mariscal Sopera.[520]

Por suerte para Polk, tanto Scott como Taylor eran generales competentes, secundados por un grupo de brillantes oficiales, como los capitanes Robert E. Lee y George B. McClellan, el teniente Ulysses S. Grant y el coronel Jefferson Davis, todos de destacada actuación en el conflicto. En cierto sentido, México fue un ensayo para los militares profesionales de la guerra civil. Se suponía que Taylor debía atacar la ciudad de México, para lo

cual se veía obligado a atravesar 800 kilómetros de desierto disponiendo de medios inadecuados para ello. El 9 de marzo de 1847, el ejército de Scott, al que también le faltaba suficiente equipamiento, desembarcó en Veracruz sin sufrir pérdidas en lo que sería la primera gran operación anfibia emprendida por las Fuerzas Armadas estadounidenses. Esta era la ruta más corta para llegar a la ciudad de México. El 15 de mayo, después de haber capturado la segunda ciudad, Puebla, Scott se vio obligado a autorizar a un tercio de su ejército el regreso a Estados Unidos debido a que ya se había cumplido el período de servicio militar para el que habían sido reclutados los hombres. Insistió en que esperaría a que llegaran más hombres. Con esos refuerzos, en agosto y septiembre ganó cuatro batallas en rápida sucesión (Contreras, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec) y entró en la ciudad de México el 13 de septiembre; allí, una unidad de marines izó la bandera en "el solar de Moctezuma".[521] Entretanto, en California, John Charles Frémont (1813-1890), secundado por sesenta piratas norteamericanos, había enarbolado una bandera blanca con un oso gris y una estrella y proclamado la República de California (el 14 de junio de 1846). Frémont era un oficial del Cuerpo de Topógrafos de Estados Unidos que había llevado a cabo tareas de reconocimiento en los ríos Misuri y Misisipí (1834-1841), se había fugado con Jessie Benton, la bonita hija del senador nacional, y encabezado tres expediciones al oeste, en las que exploró y trazó mapas que abarcaban más territorio que el que hubiera relevado cualquier otro norteamericano: Wyoming Occidental (incluido el monte Frémont), toda California, las rutas de Utah a Oregón y la mayor parte de Nevada y Colorado.[522]

Un mes más tarde, el comodoro Sloat, de la flota del Pacífico, izó la bandera norteamericana y proclamó California territorio de Estados Unidos. La conquista de California no se realizó sin derramamiento de sangre, pues en el sur los campesinos

mexicanos y los indios se rebelaron contra el nuevo régimen norteamericano y fueron reprimidos en la batalla de las llanuras de Mesa, en las afueras de Los Angeles, en enero de 1847. Tampoco fue fácil firmar un tratado de paz, porque en ese momento no había en México un Gobierno constituido con el que negociarlo. Polk también tuvo problemas con su negociador, Nicholas P. Trist (1800-1874), escribano jefe del Departamento de Estado, que desobedeció órdenes y fue denunciado por el presidente como "bribón impúdico e incompetente". No obstante, logró encontrar un Gobierno mexicano y le hizo firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848, así que Polk se tragó su ira y aceptó el *fait accompli*. En virtud de este acuerdo, México aceptaba el río Grande como frontera con Texas y entregaba California y Nuevo México. Norteamérica sé comprometía a pagar una indemnización y dar a México 15 millones de dólares adicionales.

No había sido exactamente la guerra barata que Polk había planeado: terminó con bastante más de 100.000 hombres movilizados, 1.721 muertos y otros 11.155 consumidos por las enfermedades, y con una factura de 97,7 millones de dólares aparte de los pagos acordados en el tratado. En la columna del haber, Norteamérica obtenía cerca de 1.300.000 kilómetros cuadrados de algunos de los territorios más ricos de la Tierra, a los que debían agregarse otros 2.600.000 kilómetros cuadrados si se incluía Texas en la cuenta. Cinco años más tarde, Gadsden, secretario de Estado durante la presidencia de Pierce, negoció lo que se conocería como la "compra Gadsden", en virtud de la cual México entregaba casi 80.000 kilómetros cuadrados más en los límites australes de Arizona y Nuevo México a cambio de 10 millones de dólares. Todo esto redondeaba el programa del "destino manifiesto" que, sin embargo, en lo esencial fue completado durante la presidencia de Polk, por lo que, si se incluye Orejón, bien podría decirse de él que anexó a los Estados Uni-

dos más territorio que ningún otro presidente, a excepción de Jefferson (que había concretado la compra de Luisiana).[523]

The Oregon Trail (El camino de Oregón), un maravilloso relato en el que Francis Parkman (1823-1893) cuenta las emociones y penurias de ese viaje y que se publicó en 1849, fue un éxito inmediato tanto en la literaria Nueva Inglaterra como entre el gran público. Pero para ese entonces el mundo moderno ya había dado alcance a la arcadia que él describía. Un mes antes de que se firmara el tratado con México, el 24 de enero de 1848, en Sutter's Mili, en el valle del Sacramento, se encontró oro. Un trabajador encontró pequeñas pepitas de oro en el saetín de un molino. Durante un tiempo se ocultó la novedad mientras los pocos que conocían el secreto trabajaban frenéticamente para rastrear los filones y reclamar sus derechos de explotación. En septiembre, los periódicos de la costa este publicaban informes acerca de "los yacimientos de oro de California", y hablaban de pepitas que era posible "recoger por todas partes y sin el menor esfuerzo". La verdadera fiebre comenzó después de que el presidente Polk, en su mensaje al Congreso de diciembre de 1848, confirmara jactanciosamente "los relatos que narran la abundancia de oro" en "el territorio recientemente obtenido", gracias a él, por supuesto.

Esa primavera, veintenas dé miles de aventureros provenientes de todo el mundo iban camino de California. Algunos llegaban directamente de Australia, que había vivido su propia fiebre del oro en la década de 1830. Gente de Cutler, en Maine, construyó y aparejó su propio barco, se hizo a la mar, entró en el Pacífico por el cabo de Hornos y llegó finalmente a la bahía de San Francisco. Algunos prefirieron cruzar el istmo de Panamá. Otros atravesaron las Rocosas siguiendo las rutas de Oregón y California. Los primeros en llegar, en 1849, recogían el oro cer-

niendo la tierra y la grava con tamices de alambre —un procedimiento que llamaban “lavado” o “extracción de lavadero”—, o bien exploraban un curso de agua sirviéndose de una “mesa de lavar”. Fue el mejor momento, y el que inspiró la canción: “Oh, California / esa es la tierra para mí./ Me voy para Sacramento / con mi jofaina sobre las rodillas”. Pero a medida que la capa más superficial se agotaba surgía la necesidad de cavar pozos de chimenea y construir trituradoras para separar el oro del cuarzo que lo aprisionaba; para eso se necesitaba capital y organización. Muchos de los que habían llegado en 1849 regresaron a sus hogares decepcionados, enfadados y sin un centavo: 30.000 por año. Pero fueron muchos más los que se quedaron, porque en California había una enorme variedad de oportunidades, además del oro. Antes de los primeros hallazgos la población no india del territorio ascendía a menos de 14.000 habitantes. En 1852 superaba los 250.000. San Francisco se había convertido en una ciudad de 25.000 habitantes, en rápido desarrollo, y en ella se apiñaban jugadores, hombres de finanzas, prostitutas y mujeres de vida licenciosa, actores, periodistas y prometedores políticos y hombres de negocios. Era la Norteamérica de la libertad para todos, en sus mejores y sus peores versiones.

La atmósfera de los campamentos mineros está maravillosamente descrita en los cuentos de Bret Harte (1836-1902), un joven de Albany, Nueva York, que en 1854 se encontraba en California trabajando en el filón principal y más tarde se dedicó al periodismo en San Francisco. Su cuento *The Luck of Roaring Camp* (La fortuna de Roaring Camp) es la más extraordinaria de todas las historias de mineros.[524] Además de la fiebre más famosa, la de California, hubo otras en distintos puntos del país: Gold Hill, Colorado (1859); Virginia City, Nevada (1860); Orofino, Idaho (1861); Virginia City, Montana (1863); Deadwood, Dakota del Sur (1876); Tombstone, Arizo-

na (1877); Cripple Creek, Colorado (1892), y la gran fiebre de Alaska-Yukon, que comenzó en Nome en 1899. La vida en las minas de Nevada ha sido narrada con extraordinaria minuciosidad por Mark Twain en otra de sus obras maestras, *Roughing it* (Penurias), que contiene una relación exacta de los diferentes tipos de trabajos que se llevan a cabo en las minas y de las artimañas, la violencia, la codicia y las decepciones que teñían la vida de sus protagonistas.

Pero ninguna pudo superar en grandiosidad y riqueza la fiebre original, la que se inició en 1849. Durante la primera década, entre 1848 y 1858, se extrajo oro por valor de 550 millones de dólares. Entre los años 1851 y 1855 California produjo más del 45 por ciento de la producción mundial de oro. Era un mundo de varones, hacia el cual partían en busca de fortuna padres, hijos y hermanos que pedían a las mujeres de su familia que esperaran su regreso triunfal. En 1852 vivían en el condado de Nevada 12.500 hombres blancos, 900 mujeres de distintos colores de piel, 3.000 peones indios y 4.000 chinos que trabajaban como cocineros, lavanderos y en otros servicios. Lola Montes (1818-1861), la actriz irlandesa que había sido amante de Luis I de Bavaria y había manejado su gobierno, se presentó allí con enorme éxito, y luego se retiró a Grass Valley (su casa todavía está en pie). Cuando el editor del *Grass Valley Telegraph* la atacó en las páginas de su publicación, ella la emprendió literalmente a latigazos con él, que tuvo que escapar de la ciudad. En Grass Valley y Nevada City, que se convirtieron en los centros de extracción de oro más importantes y perdurables de California, las minas que marcaban el ritmo eran la Estrella del Norte, la Eureka y la Imperio. Hasta la apertura de las minas subterráneas Rand en Sudáfrica, en la década de 1930, fueron las minas de oro más productivas de la historia.[525] Más aun, la fiebre del oro que se desató en California fue un acontecimiento importante de la historia universal. Hasta que aquel oro llegó al mer-

cado, había cierta escasez de metálico, en especial de oro en lingotes, que afectaba particularmente a Estados Unidos. En realidad, hasta la década de 1850 no hubo un verdadero patrón oro simplemente porque no se disponía de suficiente oro para mantenerlo. Una vez que el oro de California comenzó a circular, el desarrollo de los mercados de capitales norteamericanos se aceleró y la enorme expansión que experimentó en la segunda mitad del siglo se tornó viable también en términos financieros.[526] Eso también (se podría decir) fue obra del "desconocido presidente Polk".

La gran fiebre del oro de California de 1849, que atrajo aventureros de todo el mundo, fue la primera llamada de atención que recibió la humanidad en el sentido de que existía, bajo la forma de Estados Unidos, un fenómeno material único en la historia, de que realmente existía una tierra prometida. No es que hubiera escasez de información detallada. La obra *Farmers and Immigrants Handbook: Being a Full and Complete Guide for the Farmer and Immigrant* (Manual del granjero y el inmigrante. Guía completa para el granjero y el inmigrante), de Josiah T. Marshall, que se publicó en 1845, tenía 500 páginas atestadas de información. Minnesota inauguró en 1855 una Junta Estatal de Inmigración y otros estados siguieron su ejemplo. Hacia 1864, Kansas enviaba emisarios al extranjero para despertar el entusiasmo entre los potenciales inmigrantes. Desde principios de la década de 1840 los ferrocarriles comenzaron a recibir tierras estatales y federales para uso de los inmigrantes. El Illinois central se promocionaba en el exterior, y lo mismo hacían el Union Pacific y el Northern Pacific. Las oficinas de tierras de los ferrocarriles organizaban excursiones a las que invitaban a periodistas y buscadores de tierras y despachaban regularmente agentes con la misión de recorrer toda Europa.[527] Durante la década de 1850 una gran parte del dinero público y privado se gastaba para contarle al mundo qué era Norteamérica.

Estados Unidos era un país admirado no sólo por los altos salarios y la tierra barata, sino también por muchas otras cosas. Primero fue la "casa norteamericana", que hizo furor en Europa alrededor del 1800. Después fueron los "jardines norteamericanos". Desde alrededor de 1815, lo que más impresionaba a los europeos era el tamaño y la suntuosidad de los hoteles norteamericanos. No llama la atención que los hoteles norteamericanos hayan sido grandes y tenido todas las comodidades: familias enteras vivían durante años en hoteles y, en Washington DC, antes de 1850, era raro que los congresistas, los senadores y los miembros del Gabinete se compraran una casa. El primer hotel lujoso fue el Barnham City, de la próspera ciudad de Baltimore, construido entre 1825 y 1826, que tenía no menos de 200 habitaciones, que duplicaban en tamaño a las más grandes de los hoteles europeos. En Nueva York, el Astor House, que J. J. Astor comenzó a construir en 1832, tenía 309 habitaciones, además de —asombrosamente— no menos de 17 cuartos de baño. El Continental de Filadelfia (1858), que podía alojar entre 800 y 900 personas en suites, habitaciones dobles e individuales, fijó un nuevo récord en materia de tamaño y suntuosidad (el más grande de Europa era entonces el Queens, en Cheltenham, "el hotel más grandioso de Europa", con 110 habitaciones). Los hoteles norteamericanos solían distinguirse por un *lobby* central, situado bajo una rotonda (el vestíbulo de los hoteles de las décadas de 1980 y 1990 es un redescubrimiento de aquel diseño). El primero con esas características fue el hotel Exchange Coffee House de Boston, construido entre 1806 y 1809, y el Sí. Louis de Nueva Orleans, construido en 1839, era una réplica de aquél en gran escala. El Palace de San Francisco que data de entre 1874 y 1876, con sus 850 habitaciones y sus 437 cuartos de baño, era tan grande que los carruajes podían llegar hasta su centro, de modo que las entradas y salidas se convertían en un entretenimiento para el resto de los pasajeros.

Es significativo que la influencia de los monumentales hoteles norteamericanos haya dado lugar a la primera queja acerca de la colonización cultural yanqui, que provino (huelga decirlo) de un francés: en 1870 Edmond de Goncourt se lamentó de que los hoteles de París se estuvieran "norteamericanizando".[528]

Las nuevas fábricas "utópicas" de Nueva Inglaterra también despertaban gran admiración. El novelista inglés Anthony Trollope definió a Lowell como "la realización de una utopía comercial". Harriet Martineau, el economista inglés, se entusiasmó al escribir acerca de Waltham: "No es necesario que me explaye acerca del placer que se siente al conocer a las clases trabajadoras de Estados Unidos".[529] De hecho, había una atmósfera fuertemente autoritaria en algunas de estas fábricas "modelo", una especie de anticipación de lo que sería el sistema implantado por Henry Ford entre 1910 y 1930. Según un informe, en Lowell, en 1846, los obreros trabajaban trece horas diarias, desde el amanecer hasta el atardecer en invierno (pero se trata de un observador hostil). Sin embargo, era muy común la jornada laboral de muchas horas.[530] En Rhode Island, los patronos empleaban a familias enteras, incluidos los niños. Lo que todos los observadores registraron fue la ausencia de mendicidad. Como dijo uno de ellos en 1839: "Durante los dos años en que he estado viajando por todas partes, sólo una vez que pidieron limosna". A los europeos eso era algo que les resultaba increíble, la prueba más irrefutable de una benévola prosperidad.[531]

Los norteamericanos ya estaban familiarizados con la "modernidad", con las nuevas formas de hacer las cosas. Esto era particularmente cierto en el caso del bienestar social y las obras públicas. El primer éxito internacional fue la prisión de Auburn, en el estado de Nueva York, en 1820. La idea fue tomada de los grandes bazares de París y aplicada a una penitenciaría: galerías iluminadas desde arriba con pisos enormes en los que se alineaban celdas a ambos lados de aquéllas. Después, en 1825,

John Haviland unió esta idea a la del panóptico, que Jeremy Bentham había concebido en 1791, y diseñó una planta en la que los pabellones, como los radios de una rueda, desembocaban en un observatorio central y estaban divididos en galerías. (El diseño radial ya había sido utilizado en la Maison de Forcé, en Ghent, pero allí no había galerías). Esto era típico del utopismo del estilo norteamericano y recogió tantas muestras de admiración que Haviland se convirtió en el arquitecto de prisiones más requerido de todo Estados Unidos.[532] Así fue como se especializó en prisiones que debían estar concebidas para alojar a nuevas y enormes poblaciones de delincuentes que cometían más, y nuevos, delitos, y también a delincuentes juveniles. Una de sus creaciones más típicas fue la Penitenciaría del Este, de Filadelfia. Casi todos los visitantes "serios", como Charles Dickens, Anthony Trollope y W. M. Thackeray, que se proponían escribir libros acerca de sus viajes, visitaron una o más de esas prisiones (así como también instituciones correccionales, hogares para prostitutas y otros lugares igualmente deprimentes pero sin duda valiosos).

Por otra parte, los norteamericanos hicieron esfuerzos tremendos, continuos y angustiosamente sinceros por formar parte del espíritu "iluminista". Más aún que la Inglaterra del siglo XIX, Norteamérica era un país que creía en la idea de que era posible progresar si se tenía la voluntad de hacerlo. El Estado estaba tratando de perfeccionarse; la gente también intentaba mejorar su situación, y no porque las circunstancias la apremiaran. El 17 de junio de 1825, el gran orador Daniel Webster aprovechó la ocasión de la inauguración del monumento a Bunker Hill, en Boston, para decir: "Nuestra verdadera tarea es el progreso. Que nuestra era sea la era del progreso. Vivimos una época de paz: hagamos que las artes del pueblo y las obras que son fruto de la paz progresen cada vez más".[533] Las "obras que son fruto de la paz" se multiplicaban sin cesar. Boston tuvo alum-

brado público de gas en 1822, casi al mismo tiempo que Londres, Nueva York en 1823 y Filadelfia en 1837. Pero Filadelfia las aventajaba en materia de agua corriente, con la que contaba desde 1799. En 1822 la compañía Fairmount Waterworks había comenzado a proveer de agua corriente a toda la ciudad. Esto era algo asombroso incluso si se tomaba como punto de referencia Inglaterra, que por entonces estaba considerado el país más adelantado del mundo en materia de servicios públicos municipales. Además, esta imponente planta de aguas corrientes, construida según las reglas de la mejor arquitectura clásica, se extendía desde las márgenes del Schuylkill, abarcaba una enorme superficie y, a fin de protegerla de la contaminación, Filadelfia construyó en sus inmediaciones el parque urbano más grande del mundo, lo que permitió preservar para la posteridad las espléndidas villas ribereñas que ya hemos descrito. Sin duda, desde un primer momento la provisión de servicios públicos estuvo rodeada de sospechas de corrupción. La Manhattan Water Company, de Aaron Burr (1799), la primera que construyó un embalse en Nueva York, era en realidad una fachada para permitir que un banco no autorizado por la ley compitiera con el Bank of New York, propiedad de Alexander Hamilton (que hoy es el Chase-Manhattan). Pero, en esta primera etapa, los servicios públicos —públicos y privados— también eran honestos, competitivos y, comparados con los del resto del mundo, sumamente adelantados. Nueva York tuvo sus primeros ómnibus sólo un año después que París y el mismo año que Londres, 1828, y su primera línea fue la que unía Wall Street con Greenwich Village. Filadelfia los tuvo tres años más tarde. Norteamérica también se apresuró a copiar el servicio postal inglés, con lo que logró bajar los exorbitantes precios de franqueo que pagaba el generoso presidente Jefferson a 5 centavos de dólar para la carta de 15 gramos de peso (siempre que el destinatario no estuviese a más de 500 kilómetros), en 1846. La competencia hacía bajar

inexorablemente los precios: así, el primer periódico que costó menos de un dólar data de 1840, un precio asombroso comparado con los de los que se publicaban en Europa (e incluso en Inglaterra) en esa época.[534]

No había duda acerca de la decisión política de difundir el "iluminismo" en el campo de la educación en todos los ámbitos de la sociedad norteamericana. Desde el período colonial, Norteamérica había tenido la tasa de alfabetización más alta del mundo, más alta incluso que la de Alemania. Esto fue obra, fundamentalmente, de los reformadores de la educación que actuaban en las grandes ciudades. La obra de Horace Mann en Boston, a la que ya nos hemos referido, surgió de la cuestión de la enseñanza de la religión. En 1806, la Sociedad de Escuelas Públicas de Nueva York adoptó el sistema lancasteriano inglés, en el que "alumnos maestros", o monitores, impartían la instrucción más elemental a los miles de niños de las ciudades. A partir de 1815, el "sistema modelo" de la Sociedad de Escuelas Públicas comenzó a recibir ayuda de cada estado y, cuando el estado de Nueva York se hizo cargo finalmente del sistema, en 1853, impartía educación a 600.000 niños. En los estados nuevos, Ohio por ejemplo, una decimosexta parte de cada nuevo ayuntamiento que se planeaba estaba dedicada a la educación. Pero en los estados del oeste las enormes distancias dificultaban la educación universal. En Luisiana la densidad de población en 1860 era de apenas 4,25 habitantes por kilómetro cuadrado; en Virginia (incluido lo que es hoy Virginia Occidental) era de 5,4, mientras que en Massachusetts llegaba a 49. Los datos censales indican que en 1840 alrededor del 78 por ciento de la población total sabía leer y escribir (entre la población blanca la proporción subía al 91 por ciento), y esto se debía principalmente al aumento de la tasa de la matrícula escolar nacional, que había pasado de ser del 35 por ciento del grupo de edad de entre cinco y diecinueve años en 1830 al 50,4 por ciento en

1850 y al 61,1 por ciento en 1860. De todos modos, en 1850 todavía había un millón de adultos analfabetos, de los cuales 500.000 estaban en el Sur. La mayoría de estos analfabetos no eran nuevos inmigrantes (aunque también ellos representaban un problema, a causa del idioma) sino negros, una señal premonitoria de los problemas que se avecinaban.[535]

A fines de la década de 1760, en vísperas de la Independencia, Norteamérica tenía nueve colleges, o universidades, como se las llamaría más tarde. Todos estos establecimientos eran confesionales, aunque el William and Mary fue parcialmente secularizado en 1779, cuando los profesorados de hebreo y teología pasaron a formar parte de las carreras de leyes y lenguas modernas. Los presbiterianos fundaron cuatro nuevas universidades en la década de 1780, entre ellas Liberty Hall, que se convirtió en el núcleo de la Washington and Lee, y el Seminario de Transilvania, la primera institución de educación superior situada más allá de los Apalaches. Para entonces Yale aceptaba a 70 nuevos estudiantes, Harvard a 31, Princeton a 10 y Dartmouth a 20. Estas primeras instituciones dieron lugar a veintenas de satélites: 16 universidades congregacionalistas nacieron de Yale y 25 presbiterianas de Princeton, todas antes de 1860. Cuando estalló la guerra civil, había un total de 516 universidades distribuidas en 16 estados. (Algunas tuvieron corta vida: sólo 104 de ellas funcionaban todavía a finales de la década de 1920). La primera de las universidades estatales fue la Jefferson de Virginia, y algunas de ellas tuvieron comienzos modestos. Michigan, por ejemplo, tenía una ya en 1817, la primera del oeste, pero en realidad hasta 1837, cuando se la trasladó a Ann Arbor y se la dotó con fondos provenientes de las ventas de tierras estatales, no fue sino una escuela secundaria a la que se daba injustificadamente el calificativo de universidad. Otra gran universidad estatal, la de Wisconsin, fue fundada en Madison en 1836. Curiosamente, a estas instituciones asistían mu-

chos más alumnos que a las del este, más grandes: incluso en la década de 1840 un joven del oeste tenía más posibilidades de asistir a la universidad que un contemporáneo de las ciudades del este (con excepción de Boston y Filadelfia). Así pues, en las dos universidades que había en 1846 en Nueva York, entonces una ciudad con medio millón de habitantes, sólo ingresaron 241 nuevos estudiantes.

Hasta la década de 1780, la abrumadora mayoría de los graduados universitarios se dedicaba al sacerdocio, aunque era sorprendente el número de los que se inclinaban por la política (33 de los 55 hombres que participaron en la convención constituyente eran graduados universitarios). Sin embargo, durante la década siguiente la balanza se inclinó a favor de los abogados, y hacia 1800 sólo alrededor del 9 por ciento elegía la carrera religiosa, mientras que el 50 por ciento optaba por el derecho. La influencia de Alemania, cuyas universidades eran las mejores del mundo, fue enorme. Entre 1830 y 1860, por ejemplo, prácticamente todos los profesores jóvenes que enseñaban en Yale habían pasado un año en alguna universidad alemana. El nacimiento/de la universidad en el oeste estuvo muy influido por la política gubernamental en materia de venta de tierras. Si existía una disposición que autorizaba el sostenimiento de la enseñanza superior mediante fondos provenientes de la venta de tierras, surgía una universidad de la mañana a la noche, y no había problemas para conseguir personal docente o atraer estudiantes. La gran explosión se produjo a raíz de la Ley Morrill, de 1862, que autorizaba a los estados a fundar, mediante fondos provenientes de las ventas dé tierras federales, escuelas superiores de agronomía que, en muchos casos, se fueron ampliando hasta convertirse en universidades.

Esta preclara ley también benefició a las mujeres. Antes de su aprobación había pocas universidades para mujeres: Oberlin, en Ohio, por ejemplo, data de 1833, y la femenina de Georgia, de

1838. Pero la Ley Morrill estimulaba la admisión de mujeres en las universidades estatales; Wisconsin las admitió a partir de 1867 y Minnesota a partir de 1869. Para entonces ya competían en este terreno algunas universidades femeninas de primer orden como la de Vassar (1861), la de Minnesota (1869) y la Wellesley (1870). En 1872 se admitía a mujeres en 97 universidades y en 1880 constituían la tercera parte del estudiantado, aunque más del 70 por ciento de ellas estaban condenadas a (o preferían) trabajar como docentes. El verdadero déficit estaba en la educación superior de la población negra: cuando se declaró la guerra civil sólo 28 negros se habían graduado en la universidad. Después, comenzaron a aparecer unas cuantas universidades negras: Atlanta en 1865, Lincoln y Fisk en 1866 y Howard en 1867. Para entonces uno de cada 100 adultos norteamericanos recibía educación universitaria.[536]

La hora más sublime del Senado llegó en 1850, cuando se debatió, se atacó, se defendió y finalmente se aprobó el último gran acuerdo relativo a la esclavitud. El trasfondo de la cuestión era sumamente complicado —a estas alturas el lector ya habrá comprendido que en Norteamérica todo lo relacionado con la esclavitud era complicado— y el acuerdo en sí mismo fue complejo. El antiguo Estatuto del Noroeste de 1787 había prohibido la esclavitud en el nuevo noroeste, y en ninguno de los estados que se crearon allí se practicaba. En la mayoría de los otros territorios que Norteamérica había adquirido, los que correspondían a la compra de Luisiana, y en Florida y Texas, se habían dado distintas formas de esclavitud mientras estaban bajo el dominio de los españoles o los franceses, de modo que el hecho de qué en ellos se mantuviera, o se la volviera a imponer como ocurrió en Texas, no parecía tan escandaloso. Pero cuando en 1848 se compró lo que con el tiempo se convertiría en

California, un territorio en el que nunca había existido la esclavitud, y algunos de los piratas que estaban adquiriendo poder allí propusieron que fuera un estado esclavista, la conciencia norteña se estremeció. Cuando el presidente Polk pidió a la Cámara de Representantes que autorizara la emisión de un bono público destinado a recaudar fondos para hacer la paz con México (en realidad eran para financiar a Santa Ana), un congresista de Pensilvania, David Wilmot, agregó una enmienda que estipulaba, en los mismos términos que el Estatuto del Noroeste, que en cualquiera de los territorios así adquiridos "no existirá nunca ni esclavitud ni ningún tipo de trabajo involuntario". Furioso, Polk pidió a sus representantes amigos que presentaran una contraenmienda, en la que proponían que se extendiera la línea fijada por el antiguo Acuerdo de Misuri, situada a los 36,3 grados de latitud, a fin de dividir mediante ella las zonas de esclavitud y de libertad en los nuevos territorios, como se había hecho con los otros. Pero los moderados que habrían votado a favor de esta disposición fueron calificados de traidores en el Sur y de norteños que defendían los principios sureños en el Norte. De modo que el rechazo de los extremistas de ambos bandos hizo que no se aprobara ninguna de las dos enmiendas. Wisconsin se convirtió en estado en 1848, regido por una Constitución que prohibía la esclavitud, pero Polk terminó su mandato sin haber podido resolver la cuestión en Utah, Nuevo México y California.[537]

De los llamados debates Wilmot surgieron nuevos principios. El primero fue que el Congreso gozaba del derecho de prohibir la esclavitud en todos los territorios sobre los que tenía jurisdicción: la libertad era nacional, la esclavitud sólo regional. Fue un importante paso adelante. Tanto el Partido Free Soil[538] como el Republicano se formaron con el fin de defender y hacer cumplir esta doctrina. Por otra parte, los sureños también alumbraron una nueva doctrina: no sólo el Congreso no tenía

el derecho de prohibir la esclavitud en los territorios sino que tenía el deber de protegerla una vez establecida. Calhoun concibió entonces otra teoría que daba marcha atrás a la práctica constitucional de los anteriores sesenta años: los nuevos territorios adquiridos pertenecían a "los estados unidos", no a Estados Unidos. El Congreso, mantenía, era simplemente "el apoderado de un condominio" y cada uno de los propietarios tenía el mismo derecho que los demás de exigir que se protegiera su propiedad en su territorio. Negaba además que los reglamentos de lord Mansfield de 1772 acerca de la esclavitud en, Inglaterra fueran aplicables en Norteamérica, donde los esclavos eran "una propiedad legítima según el derecho consuetudinario". Por supuesto que el Congreso había prohibido la esclavitud al norte de los 36,3 grados de latitud en 1820, pero aquello había sido inconstitucional. Fuera donde fuese plantada la bandera norteamericana, la esclavitud venía automáticamente detrás. Esta doctrina se materializó en resoluciones aprobadas por la legislatura de Virginia en 1847, más tarde conocidas como "Plataforma del Sur".

Fastidiado por no haber podido dar una solución al problema de la admisión de California, y extenuado en general, Polk cumplió su promesa de no volver a presentarse a las elecciones (murió poco después de terminar su mandato). El candidato de los demócratas fue un tenaz defensor del destino manifiesto, Lewis Cass (1782-1866), senador por Michigan que abogaba por la tierra barata, los derechos de los ocupantes ilegales y todo tipo de causas populares. Los whigs presentaron al general Zachary Taylor (confirmando así los temores de Polk a propósito de los "generales políticos"), cuya victoria en Buena Vista lo había convertido en una figura casi legendaria. Ninguno de los partidos tenía una verdadera plataforma, sobre todo en lo relativo a la cuestión de la esclavitud. Pero Taylor era de Luisiana y tenía decenas de esclavos trabajando en sus fincas. Esto fue mo-

tivo de indignación para tres grupos de whigs: los neoyorquinos de Van Buren, que se llamaban a sí mismos *Bambumers* [los que queman graneros], los antiesclavistas fanáticos de Massachusetts que se habían dado el nombre de "Whigs por Conciencia", y otro grupo de abolicionistas que respondían al nombre de Partido de la Libertad. Estos tres grupos se unieron bajo una nueva denominación, Partido Free Soil, y propusieron a Van Buren. En teoría, esto debería haber dividido el voto whig, antiesclavista, y haber beneficiado a Cass y a los demócratas. En la práctica tuvo el efecto inverso. En medio del alboroto de la elección, Taylor resultó tan identificado con el Sur que logró triunfar en ocho estados esclavistas. Cass, el demócrata, sólo ganó en siete. Además, en Nueva York el Free Soil dispersó no sólo el voto demócrata sino también el whig y decidió dar su apoyo a Taylor, que ganó por 1.360.099 sufragios contra los 1.220.544 de Cass (Van Buren sólo obtuvo 291.263 votos), y por 163 votos contra 127 en el colegio electoral.[539]

Esta confusa y desconcertante elección llevó a la Casa Blanca a un hombre a quien Clay, que había perdido su última oportunidad de llegar a presidente, desdeñaba con el argumento de que era "exclusivamente un militar" sin ninguna experiencia política, "que se había criado y había vivido toda su vida en un cuartel, con su espada al cinto y sus charreteras en los hombros". A su amigo Millard Fillmore (1800-1874), el vicepresidente, un hombre del aparato político neoyorquino de Tweed, lo definió en cambio como "capaz, esclarecido, infatigable y […] un verdadero patriota".[540] Estos dos veredictos fueron pronto puestos a prueba por la realidad. Clay se equivocó con respecto a Taylor. No era nada más que un: general, y tampoco un proesclavista, como había deseado el Sur. Taylor alentó a los californianos, ansiosos por organizarse y alcanzar respetabilidad constitucional, a que eligieran un gobierno estatal no esclavista. Esto fue bastante fácil, porque los mineros eran abrumadora-

mente antiesclavistas y temían que sus puestos de trabajo fueran ocupados por esclavos. El 4 de diciembre de 1849, en su mensaje al Congreso, Taylor pidió que se admitiera a California inmediatamente y cesara el debate de "tópicos irritantes de carácter sectorial —se refería a la esclavitud— que provocaban el lamentable recelo de la opinión publica", es decir la discusión y el temor acerca de la secesión.

Millard, en cambio, justificó el elogio de Clay; presidió el Senado hábil e imparcialmente, un punto importante en la medida en que el Congreso, en 1850, lejos de prestar oídos al consejo del presidente y evitar el tema de la esclavitud, no debatió prácticamente ninguna otra cuestión. Ese 4 de julio, el presidente, después de presidir las ceremonias correspondientes al Día de la Independencia, engulló una buena cantidad de fruta fresca, repollo y pepinos —alimentos "más apropiados para cuadrúpedos que para bípedos", como dijo un observador— y bebió sin medida agua helada (el calor y la humedad eran insoportables). Tal vez haya sido a causa del agua helada, aunque se habló de veneno. Cinco días más tarde el presidente murió, víctima de una gastroenteritis aguda, y fue reemplazado por Fillmore. A diferencia de Taylor, el nuevo presidente estaba a favor de un acuerdo con respecto al problema de California, y el senador Clay, de hecho el portavoz del Gobierno en el Congreso, pudo planteárselo. A esas alturas el debate ya había durado seis meses. Los estudiosos de la retórica consideran que los discursos que se pronunciaron en el Senado se cuentan entre los más ricos de la historia de la oratoria anglosajona y que son comparables con los duelos entre Pitt y Fox, o entre Gladstone y Disraeli. Lo cierto es que los tres protagonistas principales estaban entonando su canto del cisne. Calhoun agonizaba, Clay estaba en el final de su extensa carrera y Webster pasó a ser secretario de Estado en el mandato de Fillmore. Los lectores pueden consultar la transcripción de los debates y decidir por sí

mismos quién ganó.[541] El Senado estaba atestado y cautivado, y las escupideras que los senadores tenían junto a sus escaños nunca estuvieron más solicitadas. Pero uno de los motivos de mayor tristeza que entraña la democracia parlamentaria es que los grandes discursos difícilmente influyen decisivamente en los resultados históricos.

Lo que los debates aclararon, sin embargo, fue que la secesión del Sur, si no se salía con la suya en su intento de "legitimar para siempre" la esclavitud, era una posibilidad cierta, y que no sería, ni podría ser, incruenta. Eso ayudó a allanar el camino hacia un acuerdo, que fue conducido por el viejo Clay, secundado por un joven senador demócrata por Illinois, Stephen A. Douglas (1813-1861). Al principio Clay había abrigado la esperanza de incluir todas las cuestiones en un acuerdo gigantesco que llamó Declaración Omnibus. El Senado no lo aceptó. Entonces Douglas dividió el conjunto en cinco partes, que presentó por separado. El senador Benton explicó esta iniciativa diciendo que las distintas partes del proyecto original "eran como perros y gatos que hubieran estado atados por las colas durante cuatro meses, arañándose y mordiéndose, y que una vez que se los desató corrieron cada uno a su guarida y se tranquilizaron". Es posible: hay muchos aspectos irracionales y a la larga inexplicables en toda la controversia en torno a la esclavitud, y entre el Norte y el Sur, que desconciertan a los historiadores como desconcertaron en su momento a la mayoría de sus contemporáneos. La cuestión es que Clay logró que se aprobara su último gran acuerdo a principios de septiembre, y el 20 de ese mismo mes Fillmore promulgó las cinco declaraciones con fuerza de ley.[542]

En el acuerdo, la concesión más importante que se hacía a los intereses sureños era una nueva ley acerca de los esclavos fugitivos, según la cual, la captura y restitución de los esclavos fugitivos se convertía en una cuestión federal, lo que hacía suma-

mente difícil, si no imposible, que los estados norteños pudieran eludir su responsabilidad sin violar al mismo tiempo la Constitución. En segundo lugar, para equilibrar un poco la balanza, se beneficiaba a los intereses antiesclavistas del Norte con una concesión menor según la cual el distrito de Columbia se convertía en una región en la que la esclavitud pasaba a ser ilegal. Todavía era posible tener esclavos en Washington, pero no comprarlos o venderlos, ni conservarlos para venderlos en cualquier otra parte. Si alguien conducía esclavos encadenados por la calle —hasta ese momento un espectáculo habitual que escandalizaba a los norteños más sensibles y a todos los extranjeros— se arriesgaba a ser arrestado. En tercer y cuarto lugar, tanto Nuevo México como Utah se convertían en territorios, y en las leyes que así lo disponían la definición acerca de si en el futuro serían estados esclavistas o no esclavistas era más bien vaga, fuera de que se insistía en que sus legislaturas debían tener autoridad sobre "todos los temas susceptibles de legislación", que eran pasibles de apelación ante los tribunales federales. Por último, California se incorporaba a la Unión como estado no esclavista. Esto ponía fin al equilibrio entre esclavistas y no esclavistas en el Senado y garantizaba que en el futuro el Congreso tendría una mayoría antiesclavista en ambas cámaras.[543]

La crisis entre el Norte y el Sur, que había estado en ebullición durante meses, se aplacó repentinamente, como había ocurrido después de la confrontación de 1819-1820. Los hombres de ambos bandos, y más aún las mujeres, respiraron aliviados al ver que la sombra ominosa de la guerra civil desaparecía súbitamente y ellos podían ocuparse de sus otras cosas. ¡Y era tanto lo que había por hacer en la Norteamérica de mediados del siglo XIX, tantas las bendiciones con las que solazarse y tantas las oportunidades que aprovechar…! Norteamérica no sólo se esta-

ba convirtiendo en un país rico sino, en muchos sentidos, en una nación civilizada y sofisticada. El año 1850 es notable no simplemente por el apogeo de la oratoria parlamentaria sino por los largamente demorados pero firmes comienzos de una gran literatura nacional. Si se considera cuán segura de sí era Norteamérica en el plano político, aún a mediados del siglo XVIII, bien puede decirse que el desarrollo de su propia cultura fue notablemente lento. La palabra es una fuerza muy democrática: es lo popular lo que perfora de abajo hacia arriba lo hierático, y no al revés. El "norteamericanismo" había estado insinuándose desde mediados del siglo XVII a través del modo en que hablaba la gente del pueblo, aunque el término no fue acuñado hasta 1802, por un inmigrante escocés, por analogía con el de *scotticism* (la idiosincrasia escocesa). Pero en la Declaración de Independencia, y en la redacción, el debate y la aprobación de la Constitución, así como sus enmiendas, se había utilizado un inglés estándar, en todo caso con algún ligero toque arcaico, por más que la ortografía ya mostraba algunas divergencias.

En el plano de la alta cultura definida como lo opuesto a lo popular, los norteamericanos tardaron en desarrollar su creatividad. En un notorio artículo publicado en la *Edinburgh Review* en 1819, el gran intelectual y reformador inglés reverendo Sydney Smith elogió algunas de las innovaciones políticas norteamericanas pero mantuvo que los norteamericanos "durante los treinta o cuarenta años de su existencia" no habían hecho "absolutamente nada en materia de ciencias, artes o literatura, y ni siquiera han aportado algo a las disciplinas relacionadas con el manejo del Estado como la política y la economía política". Esto no era cierto en lo tocante a las ciencias, como hemos visto, y, obviamente, Smith no había leído el *Federalist* ni tampoco ninguno de los grandes debates que suscitó la Constitución, que por su penetrante análisis de las cuestiones básicas de la política bien podían rivalizar con Burke. Smith también se equi-

vocaba con respecto a la literatura, si uno considera que las obras de Jonathan Edwards y Franklin merecen catalogarse así. Pero era llamativo, como él sugirió, que la independencia no hubiera dado lugar a una pléyade de estrellas literarias en el firmamento norteamericano.

Muchos norteamericanos compartían su opinión. En 1818, el *Philadelphia Portfolio* publicó un ensayo de George Tucker, *On American Literature* (Acerca de la literatura norteamericana), en el que se señalaba el contraste entre la producción literaria de Norteamérica, que tenía 6.000.000 de habitantes, y la de países pequeños como Irlanda y Escocia. ¿Dónde estaban los equivalentes norteamericanos de los irlandeses Burke, Sheridan, Swiff, Goldsmith, Berkeley y Tomás Moro, y de escoceses como Thomson, Burns, Hume, Adam Smith, Smollet y James Boswell? Señaló también que los dos novelistas más destacados eran Scott y María Edgeworth, ambos de la pequeña Escocia. Tucker calculó que mientras que Norteamérica producía un promedio de apenas veinte nuevos libros por año, en Inglaterra (que tenía una población de 18 millones de habitantes) aparecían entre 500 y 1.000. Charles Jared Ingersoll, en una conferencia que dictó en 1823 en la Sociedad Filosófica Norteamericana, *A Discourse Concerning the Influence of America on the Mind* (Discurso acerca de la influencia espiritual de Norteamérica), comentó que en Estados Unidos se habían impreso y vendido 200.000 ejemplares de las novelas del escocés Waverley, mientras que la novela norteamericana casi no existía. Las revistas *Edinburgh y Quarterly* se publicaban por entonces en Norteamérica y vendían 4.000 ejemplares de cada edición, en tanto que su equivalente norteamericana, la *North American Review* era desconocida, e imposible de conseguir en Londres.[544]

Incluso la primera personalidad literaria de quien se pudo decir que era realmente norteamericana, Washington Irving (1783-1859), fue un hombre que pareció sentirse culpable de

un cierto "servilismo cultural", y se basó hasta tal punto en modelos ingleses, sobre todo en Scott y Moore, que llegó a la ridiculez. En sus viajes por Europa, que emprendió a partir de 1815, contrajo además una acentuada dependencia de las fuentes literarias alemanas. Su personaje más famoso, Rip van Winkle, y la "Leyenda del valle encantado", que formaba parte de *The Sketch Book* (El libro de los bocetos) (1820), fueron tomados directamente de la obra *Travels Through Germany* (Viajes por Alemania), de Christophe Martin Wieland y Riesbeck; Irving se limitó a estirar el cuento de Winkle y a situarlo en un ambiente norteamericano.[545] Irving tuvo un éxito arrollador en Inglaterra, precisamente debido al servilismo y deferencia que mostró hacia los ídolos culturales británicos, como Scott, y también a causa de sus manifiestos intentos por lograr que los editores norteamericanos abandonaran la práctica de piratear los derechos de autor de los ingleses.[546] Irving vendió bien a ambos lados del Atlántico, y al parecer ganó con sus obras la inmensa suma de 200.000 dólares. A muchas ciudades, hoteles, plazas, barcos de vapor e incluso cigarros se les puso su nombre. Fue el primer escritor norteamericano que alcanzó la celebridad y, cuando murió, su ciudad natal, Nueva York, se paralizó: 150 carruajes acompañaron sus restos al cementerio y 1.000 acongojados admiradores se congregaron en torno a la atestada iglesia. El presidente Jackson, que no aprobaba que se lo hubiera nombrado embajador en Madrid, dijo entonces con sorna: "No sirve más que para escribir, y tal vez ni siquiera eso". Detrás de la grosería se puede detectar un cierto matiz de franqueza típicamente norteamericana.[547]

En cambio el primer gran novelista norteamericano, James Fenimore Cooper (1789-1851), produjo una obra de contenido y espíritu indiscutiblemente autóctonos. Pasó su infancia en una extensión de tierra de poco más de 15.000 hectáreas del norte del estado de Nueva York. Su padre, que era agente e in-

versor en el negocio de la venta de tierras, había llegado a poseer más de 300.000 hectáreas y a controlar muchas más; además había recorrido minuciosamente lo que era entonces una región en su mayor parte inexplorada y escrito una obra, *Guide to the Wilderness* (Guía de las tierras vírgenes), que fue publicada póstumamente, en 1810. En efecto, cuando el joven Cooper tenía veinte años su padre fue asesinado a tiros durante un mitin político, algo que sucedía con bastante frecuencia en aquellos tiempos. En la tercera novela de Cooper, *The Pioneers* (Los pioneros) (1823) —la primera de la serie que dio en llamarse *Leatherstocking Tales* (Los cuentos de Polainas de Cuero)— aparecía su héroe, un hombre de la frontera al que llamó Natty Bumppo. Los cinco libros de esa serie, sobre todo *El último mohicano*, de 1826, dieron a Cooper fama mundial. Natty es el primer personaje importante de la literatura de ficción norteamericana, el tipo ideal norteamericano que antepone su particular sentido del honor y las convicciones al dinero y la posición social, no muy diferente del héroe que Ernest Hemingway crearía exactamente un siglo más tarde. Cooper se sirvió de las experiencias de su padre y de las suyas propias para recrear el ambiente de las tierras vírgenes norteamericanas, que tendía a desaparecer en el momento mismo en que él lo narraba. Las novelas fascinaron a los lectores de las grandes ciudades costeras del este, para quienes todo aquello era nuevo y desconocido. Tan importante como eso, o tal vez más, fue el hecho de que mostrara a las claras a literalmente millones de lectores europeos lo que ellos suponían que era la realidad más descarnada de la vida en la frontera norteamericana. Quienes más disfrutaron de estas novelas fueron los alemanes: solían leerlas en voz alta en los clubes pueblerinos. *Los pioneros* fue publicada en Inglaterra y en Francia el mismo año en que apareció en Norteamérica y, antes de que pasara un año, había conseguido que dos editores alemanes rivalizaran por publicarla en su país; con el

tiempo treinta editoriales alemanas publicaron versiones de los cuentos de *Leatherstocking*. En Francia, donde se llamaba a Cooper *le Walter Scott des sauvages*, fueron dieciocho las editoriales que compitieron por publicarlo. Después hubo muchas traducciones al ruso, y sus obras se publicaron en castellano, italiano y portugués, y con el tiempo también en egipcio, turco y persa. Hacia fines de la década de 1820, niños de toda Europa e incluso de Oriente Medio jugaban a los indios y aprendían a marchar en "fila india".[548]

Sin embargo, en muchos sentidos Cooper se mostraba hostil a la Norteamérica que nacía. Se oponía a la inmigración masiva, por ejemplo. El "desplazamiento" de los indios lo llenaba de aflicción. Añoraba el pasado, era conservador, y, en términos norteamericanos, un tradicionalista "de piel dura", que no podía sobreponerse a la defunción del viejo partido federalista. Hoy habría sido un ecologista fanático. Una de las cosas que no se cansaba de subrayar en sus novelas era que Natty y sus amigos sólo mataban animales salvajes para alimentarse, no por deporte, y que anteponían al temor que les inspiraban las fieras su anhelo de ser "civilizados". Cooper era un elitista, un profeta, una especie de aristócrata que defendía encarnizadamente su propiedad y detestaba la vulgaridad y el populismo de la democracia y el igualitarismo jacksonianos, contra los que la emprendió en un libro salvajemente agresivo, *The American Democrat* (El demócrata norteamericano) (1838). En muchos sentidos fue el primer crítico del estilo de vida norteamericano. Las tres novelas que escribió en la década de 1840 —*Satanstoe* (La pezuña de Satanás) de 1845 *The Chairbearer*, de 1845 y *The Redskins* (Los pieles rojas), de 1846— describían la colonización del valle de Misisipí como una empresa dictada por la codicia que no hacía sino destruir la prístina moralidad del ideal norteamericano.[549]

El primer intelectual y escritor norteamericano en comprender plenamente la tendencia del espíritu norteamericano, en algunos sentidos el arquetipo norteamericano del siglo XIX, fue Ralph Waldo Emerson (1803-1882), que se propuso conscientemente rechazar la servidumbre cultural con la intención de "extraer la lombriz europea del cuerpo de Norteamérica", como él mismo dijo, y a fin de "sustituir en él la pasión por Europa por la pasión por Norteamérica".[550] También Emerson viajó a Europa, pero lo hizo imbuido de un espíritu crítico y de rechazo. Él, que había nacido en Boston y era hijo de un ministro de la Iglesia unitaria, siguió los pasos de su padre, pero dejó los hábitos cuando descubrió que no podía "administrar el banquete del Señor" a conciencia. Su escepticismo, sin embargo, no lo llevó a convertirse en un crítico del moralismo y la religiosidad esenciales de la vida secular norteamericana: todo lo contrario. En su intento de norteamericanizar la literatura y el pensamiento, desarrolló una amplia identificación con los supuestos de su propia sociedad que se fortaleció a medida que envejecía y que fue una verdadera antítesis de la hostilidad con que la intelectualidad europea definía el estado de las cosas. Después de descubrir a Kant en Europa se estableció en Concord, Massachusetts, donde desarrolló el primer movimiento filosófico norteamericano, el trascendentalismo, cuyos principios bosquejó en su libro *Nature* (La naturaleza), de 1836. Se trata de una variante yanqui de neoplatonismo místico, un tanto irracional, muy vago y más bien oscuro. A algunos intelectuales amigos suyos les resultó atractivo, pero no así a la mayoría de la gente común: hasta a los más cultos les costaba entenderlo. De todos modos, se lo veía con buenos ojos. La gente pensaba que era una gran cosa que Norteamérica tuviese por fin un intelectual propio con todas las de la ley. Se decía que su atractivo residía "no en el hecho de que la gente lo entendiese, sino en que pensaban que un hombre así merecía ser estimulado".[551] Un año después de la

publicación de *Nature* dictó una conferencia en Harvard, *The American Scholar* (El intelectual norteamericano), que Oliver Wendell Holmes (1809-1894) llamaría "la declaración de nuestra independencia intelectual". A la prensa patriótica le encantó. El periódico más influyente, el *New York Tribune*, de Horace Greeley (1811-1872), difundió el trascendentalismo de Emerson como un nuevo tipo de activo nacional, un fenómeno tan típicamente norteamericano como las cataratas del Niágara.

Había algo demasiado bueno para ser verdad en Emerson. El crítico escocés Thomas Carlyle, que llegó a ser uno de sus amigos más queridos, lo describió "como un ángel dotado de un alma bella y transparente". Henry James escribió que "su madura inconsciencia respecto del mal [...] es una de las señales más bellas entre las que nos permiten conocerlo", aunque agregó cruelmente que: "Nos da la impresión de una conciencia que alienta en el vacío, anhelante de sensaciones, qué nos recuerda en cierto modo los movimientos de las agallas de un pez cuando está fuera del agua". Emerson asombró a los intelectuales ingleses con su insistencia en que la joven Norteamérica era sexualmente pura: "Les aseguré [a Carlyle y a Dickens] que la mayoría de nuestros jóvenes de buena posición y buena educación llegan tan vírgenes al lecho nupcial como sus esposas". Su propia energía sexual parece haber sido escasa. Su primera esposa lo llamaba "abuelo". El mismo anotó ingenuamente en sus diarios las quejas de su segunda esposa en ese sentido. Su poema *GiveAll to Love* (Entrégalo todo al amor) fue considerado osado pero no hay pruebas de que él haya practicado lo que allí escribe. Su gran amistad extramatrimonial con una mujer, Margaret Fuller, fue platónica, o tal vez neoplatónica, y no porque ella hubiese querido que así fuese. Su diario inconscientemente revelador registra un sueño, en 1840-1841, en el que se veía asistiendo a un debate acerca del matrimonio. Uno de los oradores, escribió, lanzaba súbitamente sobre la audiencia "un cho-

rro que salía abundantemente de un aparato […] lleno de agua, que él movía enérgicamente hacia todos lados", con el que empapó a todos los presentes, entre ellos al propio Emerson: "Me desperté y comprobé con alivio que estaba completamente seco".[552]

Pero es demasiado fácil burlarse de Emerson. Era un hombre bueno, decente, y sus opiniones, en general, son sumamente razonables. Se casó con sus dos esposas por razones económicas y los bienes de que ellas disponían le dieron independencia. Invirtió ese dinero con prudencia y eso también le procuró una cierta afinidad con el naciente sistema empresarial norteamericano. Alcanzó lo que con el tiempo se convertiría en una reputación sin igual que lo consagró como sabio y profeta nacional, no tanto por sus libros como por sus conferencias. Casi a comienzos del siglo, las conferencias se convirtieron en un elemento básico de la vida cultural norteamericana. Como parte de su política de adulación cultural, Washington Irving propuso que se contratara al poeta inglés Thomas Campbell para que ofreciera conferencias en Norteamérica como una manera de dar "un impulso a la literatura norteamericana y una orientación apropiada al gusto del público". Las conferencias eran una forma popular de entretenimiento en Nueva York, Boston y Filadelfia desde 1815, pero la costumbre se difundió en todo el país sólo a partir de 1826, cuando Josiah Holbrook (1788-1854) fundó el movimiento Lyceum. Holbrook había trabajado sin demasiada perseverancia en escuelas industriales y facultades de agronomía antes de llegar a la conclusión de que la conferencia era el mejor modo de educar a la nación en crecimiento. Se abrieron liceos en Cincinnati en 1830, en Cleveland en 1832, en Columbus en 1835, y, a partir de entonces, la actividad se difundió por todo el Medio Oeste y el valle del Misisipí. Hacia finales de la década de 1830 casi todas las ciudades importantes tenían un liceo. El movimiento contaba con su propio periódi-

co semanal, el *Family Lyceum* (1832), sus Bibliotecas Mercantiles Juveniles y auspiciaba asociaciones culturales; se trataba de interesar sobre todo a hombres jóvenes y solteros —empleados de banco, vendedores, contables y otros por el estilo— que constituían entonces una proporción asombrosamente alta de la población de las nuevas ciudades. El movimiento se proponía apartarlos de las calles y las tabernas, y promover al mismo tiempo sus carreras comerciales y su bienestar moral.[553]

Emerson era la atracción estelar por antonomasia que este sistema necesitaba. Era antielitista, y pensaba que la cultura norteamericana debía ser igualitaria y democrática. La autoayuda era vital, tanto en este como en los otros campos de la vida social. Decía que "el primer norteamericano que leyó a Homero en una granja" había hecho "un gran servicio a Estados Unidos". Si en el oeste encontraba un hombre leyendo un buen libro en un tren, decía, "me daban ganas de abrazarlo". Su propia filosofía política y económica era idéntica a la filosofía dominante que empujaba a los norteamericanos a ocupar el continente para cumplir su "destino manifiesto". Emerson se ocupó de enunciar las máximas de esta expansión: "La única regla segura se encuentra en el juego regulador de la oferta y la demanda. No legisléis. Intervenid y debilitaréis el nervio con vuestras leyes suntuarias. No concedáis subsidios, haced leyes equitativas, garantizad la vida y la propiedad y no os veréis en la necesidad de dar limosna. Abrid las puertas de la oportunidad al talento y la virtud y ellos se harán justicia a sí mismos; la propiedad no irá a parar a las manos de los malvados. En una comunidad libre y justa, la propiedad abandona precipitadamente a los ociosos y los imbéciles y va en busca de los que se muestran trabajadores, valientes y perseverantes".[554]

Resultaría difícil imaginar una doctrina más diametralmente opuesta a la que se predicaba en Europa por esa misma época, en particular a la pergeñada por ese contemporáneo más joven

que Emerson que fue Karl Marx. Y la experiencia práctica de Emerson contrastaba de manera evidente con el modo en que Marx decía que los capitalistas actuaban e incluso con el modo en que, según él, debían actuar. Los propietarios y administradores norteamericanos, decía Marx, no podían sino oponerse al esclarecimiento de sus obreros. Pero cuando Emerson llegó a Pittsburgh en 1851, por ejemplo, las empresas cerraban más temprano para que sus jóvenes empleados pudieran ir a escucharlo. Sus charlas no tenían el propósito, ni mucho menos, de reforzar el espíritu empresario: sus temas eran la identidad del pensamiento con la naturaleza, la historia natural del intelecto, instinto e inspiración, y otros por el estilo. Pero uno de los pilares de su teoría era que el conocimiento, sumado al carácter moral, tendía a promover el éxito en los negocios. Muchos de los que asistían con la expectativa: de que no lograrían entender al eminente filósofo descubrían que lo que predicaba no se apartaba de lo que ellos pensaban que era el sentido común. La *Cincinnati Gazette* lo describió como "modesto [...] como un abuelo inclinado sobre su Biblia".

Emerson era un maravilloso creador de frases cortas, breves máximas y concisos y expresivos *obiter dicta*, muchos de los cuales —"Todo hombre es un consumidor y debería ser un productor", "La vida es la búsqueda de poder", "[El hombre] es, por constitución, dispendioso, y debería ser rico", "Una necia coherencia es el duende de los espíritus pequeños", "Un hombre, sea quien sea, no debe ser conformista", "Engancha tu carruaje a una estrella"— impresionaban a sus oyentes con la fuerza de verdades indiscutibles y, vulgarizadas y sacadas de contexto por los periódicos, pasaban a formar parte del patrimonio común de la sabiduría popular norteamericana. No llamaba la atención que con frecuencia Emerson presentara sus conferencias en ciclos en los que también participaba P T. Barnum, que disertaba sobre el arte de ganar dinero y el éxito en la

vida. Ir a escuchar a Emerson era un signo inequívoco de apetencia cultural y buen gusto: así fue como se convirtió, para millones de norteamericanos, en la personificación misma del pensador. Tras su última conferencia en Chicago, en noviembre de 1871, el *Chicago Tribune* comentó: "El aplauso [...] reveló la cultura de la audiencia". Para una nación que perseguía la mejora intelectual y moral con tanto entusiasmo como el dinero, y que consideraba que ambos eran esenciales para la creación de su nueva civilización, Emerson fue, en la década de 1870, un héroe nacional (aunque no está de más recordar su propia frase al respecto: "Todo héroe —dijo— termina convirtiéndose en una molestia").[555]

Washington Irving logró el éxito gracias a una actitud de adulación cultural que le valió la aprobación condescendiente de la élite literaria inglesa. Emerson jugó la carta antibritánica y se esforzó al máximo por reflejar el *ethos* fundamental de "lo norteamericano". Pero el primer escritor que logró conmover por igual a los simples corazones norteamericanos y a la más sofisticada audiencia del mundo angloparlante fue Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). Niño prodigio nacido en Portland, Maine, se educó en casa, publicó su primer poema a los trece años, y más tarde, en Bowdoin, cuando todavía no había concluido sus estudios, la universidad le ofreció enseñar lengua y literatura con la condición de que perfeccionara su cultura en Europa. Así fue como aprendió francés, alemán e italiano, y llegó a ser el más culto (hasta ese momento) de los literatos norteamericanos: tradujo a Dante, a complejos poetas provenzales y obras de filosofía alemana. No sólo enseñó en Bowdoin sino también en Harvard, durante dieciocho años, donde gracias a su acaudalada segunda esposa, hija de un propietario de una algodonera, convirtió Craigie Hoñse —la mansión que su suegro

les regaló para su boda— en un centro de la sociedad intelectual de Cambridge.

Longfellow escribía sus poemas uno tras otro, con una fluidez majestuosa, y sus versos, de una musicalidad sin igual, conmovían las mentes y los corazones y perduraban en la memoria de sus lectores de la clase media de ambos lados del Atlántico. Ninguno de los poetas líricos de su tiempo, ni siquiera Tennyson y Browning, fueron citados con tanta frecuencia como él: "Disparé una flecha al aire", "La vida es real / la vida es intensa", "Huellas en las arenas del tiempo", "Un estandarte con un extraño dibujo", "El paseo nocturno de Paul Revere", "Una dama con una lámpara", "Barcos que surcan la noche", "Bajo el ramaje de un nogal", "Era la goleta *Hespepus*", "Cuando ella era buena, era muy, muy buena", "Pliegan sus tiendas como los árabes, y se escabullen en silencio", "Algo intentado, algo hecho". Estas doradas frases, y el pensamiento subyacente, quedaron incorporadas al idioma. Fue Longfellow quien intentó, en 1855, y en parte lo logró en ese momento, y un poco menos desde entonces, escribir el primer poema épico norteamericano, *The Song of Hiawatha* (La canción de Hiawatha), en el que empleó la métrica finlandesa del *Kalevala* para producir un equivalente norteamericano de *Idylls of the King* (Los idilios del Rey) de Tennyson. Aún más ambicioso, en cierto sentido, fue su exitoso intento de sintetizar el enérgico (casi estridente) mensaje que Norteamérica quería transmitir al mundo en un poema breve, *The Building of the Ship* (La construcción del arca):

> *¡Despliega las velas, oh Unión, fuerte y grande!*
> *La humanidad, con todos sus temores,*
> *con todas las esperanzas de los años futuros,*
> *¡contiene la respiración, pendiente de tu destino!*

En su vida no estuvo ausente la tragedia: perdió a su primera esposa cuando todavía era una joven recién casada; su segunda esposa, aún más amada que la primera, murió quemada en

1861 y el poeta, agobiado por el dolor, se hundió en un silencio que duraría diez años. Tenía muchos amigos, un modo de ser dulce, recatado y afable, y llevaba una vida recogida rodeada de las comodidades y seguridades del medio universitario de Nueva Inglaterra. En su vida no hubo obsesiones sexuales, ni misterios, ni ocultos e indescifrables abismos. Tal Vez por eso, en el siglo XX, ha sido ignorado por la mayoría de los estudiosos de la literatura. Pero en su época fue amado con devoción, tanto por la gente común, la que vivía en los barrios más modestos y también en las cabañas del oeste, como por los literatos de Boston. En 1858 su gran poema en hexámetros no rimados *The Courtship of Miles Standish* (La corté de Miles Standish) se publicó simultáneamente en Boston y en Londres; el primer día, se vendieron 15.000 ejemplares. Los ingleses lo consideraron un miembro más de su gran canon poético, Oxford y Cambridge le concedieron doctorados, y fue invitado a tomar el té con la reina Victoria, un privilegio del que hasta entonces sólo había gozado Tennyson. Tras su muerte, Longfellow se convirtió en el primer norteamericano a quien se distinguió con la colocación de un busto en el Rincón de los Poetas de la abadía de Westminster. Lo más importante tal vez haya sido el hecho de que gracias a él, que actuó como un verdadero puente transatlántico, los norteamericanos se familiarizaron con la herencia poética europea.[556]

Uno de los pocos que atacó a Longfellow en su época, en un notorio artículo titulado "Longfellow y otros plagiarios", fue Edgar Allan Poe (1809-1849), que se encontraba exactamente en el otro extremo de la escala de los méritos y la respetabilidad. Poe era un inadaptado por naturaleza que soportó una larga serie de calamidades en sus breves cuarenta años de vida. Cultivó el romanticismo gótico que había tenido su apogeo entre 1790 y 1820 y, al mismo tiempo, fue un precursor del simbolismo por venir. Había nacido en las cercanías de Boston, y sus padres

eran actores itinerantes. Tuvo una infancia difícil: quedó huérfano y fue adoptado por un hombre rico que no era precisamente generoso con él, en especial en materia de dinero. El joven Edgar se rebeló y escapó de su casa. Ingresó en la academia de West Point, de la que fue expulsado "por incumplimiento del deber". Trabajó como periodista, y después como editor, pero fue despedido por embriaguez. Recluido en un desván, estuvo a punto de morir de hambre. Se casó con su prima de trece años de edad, una boda que probablemente fue incestuosa (es decir, que se casaron sin haber solicitado una dispensa). Llevó una *vie de bohème*: fue contratado y despedido muchas veces por diversas revistas. Tuvo problemas con mujeres. Intentó suicidarse. Lloró amargamente a su esposa, que murió víctima de la tuberculosis. Trató de abandonar la bebida. Volvió a enamorarse e hizo planes de casamiento. Cuando viajaba en busca de su novia para llevarla a Richmond, la ciudad en la que vivía en ese momento y donde se celebraría la boda, se demoró en Baltimore y cinco días más tarde fue descubierto, sumido en un estado de delirio, cerca de una taberna que se usaba como lugar de votación; es posible que estuviera ebrio y que una pandilla se aprovechase de ello y lo llevase por la fuerza, algo bastante común en esa época, a votar en distintos lugares.[557]

Poe suscitó furia, burlas, desprecio e indignación entre los intelectuales norteamericanos biempensantes. Emerson lo menospreciaba diciendo que era "el hombre del retintín". James Russell Lowell (1819-1891), poeta algo más joven que él, consideraba que su obra tenía "tres quintas partes de genio y dos quintas partes de puro disparate". Pero, como Longfellow, aunque por razones completamente diferentes, logró fijar pensamientos, y más aún imágenes, no sólo en las mentes de los norteamericanos sino también en las de lectores de todo el mundo. Tanto en los cuentos cortos como en los poemas, su imaginación vivida y a menudo imbuida de horror exploró minuciosamente lo cons-

ciente y lo subconsciente —*El pozo y el péndulo, El cuervo* (por el cual le pagaron 2 dólares), *El entierro prematuro, El escarabajo de oro, Las campanas, La caída dé la casa Usher, Los crímenes de la calle Morgue, Un descenso al Maelstrom, Annabel Lee, Un sueño dentro de un sueño*—; en todas estas piezas hay imágenes imborrables. Su influencia era enorme: fue el primer escritor norteamericano que tuvo una repercusión de proporciones, e ininterrumpida, en Europa. Baudelaire, Verlaine, Bierce, Hart Crane, Swinburne, Rossetti, Rilke y muchos otros se sintieron conmovidos y transformados por su fecundidad.

En cierto sentido, Poe parecía bastante poco norteamericano. Baudelaire escribió: "Norteamérica fue la prisión de Poe". Lacan y Derrida escribieron acerca de él y también ellos piensan que tenía poco de norteamericano. Sin embargo, bien podría decirse lo contrario: que Poe es muy norteamericano. Que reflejó e inspiró algunos de los horrores y fantasías que poblaban la vida en el país continental que comenzaba a emerger en aquel momento, su misterio y su violencia, sus contrastes y silencios, y también sus multitudes y su soledad. Lunático y melancólico, un hombre solitario en la vastedad de un espacio continental que añora un mundo más cálido y pequeño, pero atento también a los horrores y maravillas del futuro, Poe reflejaba sin duda el lado gótico de la vida norteamericana, que crecía sin pausa en el siglo XIX. Su obra fue también una enorme cantera de ideas y sueños que más tarde sería explotada por generaciones de escritores populares norteamericanos, sobre todos los autores de cuentos policíacos y de misterio, pero también los guionistas de los filmes de horror y de dibujos animados de Hollywood. Si las semillas sembradas por Poe no hubieran germinado, el mundo de Walt Disney habría sido más insípido, más seguro y menos amenazante. En síntesis, Poe apareció en un momento en que la cultura norteamericana se volvía repentinamente compleja y difícil de definir, incontrolable, e inconmensurablemente más

inquietante, y él contribuyó decisivamente a esa transformación.[558]

Es la obra de Poe, sin duda, la que incorpora por primera vez los escondrijos más recónditos de la mente, lo que podríamos llamar las profundidades psicológicas, a la literatura norteamericana. Pero quien comienza a explorarlos con minuciosidad es Nathaniel Hawthorne en sus novelas. En cierto sentido, Hawthorne fue lo más norteamericano que se puede ser. Había nacido en Salem. Pertenecía a una prominente familia puritana, los Hathorne, según preferían escribir ellos, uno de cuyos miembros había sido uno de los jueces del proceso de hechicería. Su padre era un capitán de la marina mercante de Nueva Inglaterra que murió joven, víctima de la fiebre amarilla y, a partir de entonces, la larga vida de la madre de Hawthorne transcurrió en la más excéntrica reclusión, algo que produjo un profundo efecto en la imaginación delicada y extravagante del joven escritor. Hawthorne se sintió toda su vida dominado por sus antepasados puritanos, y por la culpa y el secreto que ellos habían impuesto, de modo que su genealogía fue para él una pesada carga de la que intentó librarse en sus novelas, las primeras que reflejan el modo en que actúa lo inconsciente y se introducen en los escondrijos más recónditos de la psicología humana. Vivió una temporada con otros intelectuales y escritores en la comunidad utópica que se había formado en la granja Brook, aunque pasó la mayor parte de su vida desempeñando tareas como funcionario de Aduanas y cónsul. La sombra de la culpa, y de Salem, no dejaron de perseguirlo nunca.

Hawthorne transformó sus experiencias en la colonia de la granja Brook en *The Blithedale Romance* (La granja de Blithedale), y se inspiró en su antepasado juez para crear el villano de *The House with Seven Gables* (La casa de los siete tejados). Pero fue el descubrimiento casual de documentos del siglo XVII en la Aduana de Salem, de la que él era director, lo que le inspiró su

mejor y más profundo y conmovedor relato, *La letra escarlata*. Se ha dicho de un pasaje fundamental de esta novela, escrito medio siglo antes de que Sigmund Freud publicara su primer libro, que constituye el mejor y más conciso resumen de lo que es la psicoterapia:

> Si el médico posee una natural sagacidad —y algo más, acaso indefinible y que podríamos llamar intuición—; si no exhibe un egotismo impertinente ni actitudes notoriamente desagradables; si tiene la capacidad innata de suscitar en su mente una afinidad tan profunda con la de su paciente que éste se vea llevado a decir lo que ha estado pensando casi sin darse cuenta de que lo está diciendo; si recibe esas revelaciones sosegadamente y en lugar de manifestar compasión responde más bien con el silencio, con un ligero asentimiento apenas articulado y una palabra de vez en cuando para dar a entender que está atento; si a estas cualidades propias de un confidente se agregan las ventajas que emanan de su condición de médico y entonces y en algún momento, inevitablemente y el alma del sufriente se abrirá y; transportados por un flujo oscuro pero transparente y todos los misterios que encerraba quedarán expuestos a la luz del día.

En su época Hawthorne cautivó a los lectores, no sólo con sus *Tanglewood Tales* (Cuentos de Tanglewood) y otros relatos para niños, sino por su énfasis en la dicha y la ternura que procura una vida matrimonial feliz; por entonces, Hawthorne era apreciado por las cualidades morales, espirituales, sentimentales, "exquisitas", y por la delicadeza de su escritura. Pero como señaló D. H. Lawrence en el profundo y tal vez sorprendentemente incisivo ensayo acerca de la literatura norteamericana que publicó en 1923, Hawthorne fue un complejo y protomoderno psicólogo de las profundidades del alma humana cuyo "conocimiento sanguíneo" latía por debajo de la superficie de aquellos "rayos de sol" que tanto amaban los lectores de su época.[559]

Hawthorne encajaba en el tipo de estilo cultural recatado que encarnaba Longfellow, e incluso los valores meritocráticos que Emerson proclamaba a los cuatro vientos no estaban tan alejados del estilo de vida de la clase media acomodada fundado en la cohesión familiar que Hawthorne parecía compendiar, por más que esas profundidades ocultas que él analizó estuvieran

preñadas de futuras amenazas a las certidumbres de que se nutría el espíritu norteamericano. Walt Whitman (1819-1892), en cambio, fue más difícil de racionalizar y asimilar para la Norteamérica del siglo XIX. Había nacido el mismo año que la reina Victoria, en una añeja familia afincada en el país desde el siglo XVII, con una pizca de sangre holandesa, que poseyó esclavos hasta que el estado de Nueva York abolió la esclavitud. Su padre fue un patriota de Long Island que se dedicó a la construcción y bautizó a tres de sus hijos con los nombres de George, Andrew y Thomas, por Washington, Jackson y Jefferson respectivamente. Pero de los ocho hijos que tuvo su padre, uno era retrasado mental, tres sufrieron trastornos psíquicos graves, y Walt era, o devino, homosexual. Las conductas homosexuales se consideraban crímenes capitales en las trece colonias, y el código de Connecticut incluso utilizaba las palabras de Levítico (20,13) en las que se basaba la condena legal: "Si alguno se ayuntare con varón como con mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos, sobre ellos será su sangre"; esta disposición, con estas palabras, siguió estando en los códigos hasta bastante después del nacimiento de Whitman. Por lo menos cinco hombres fueron ejecutados por sodomía en la época colonial. Después de la revolución, Jefferson propuso que la condena a muerte fuera reemplazada por la de castración; pero la mayoría de los estados se abstuvieron de seguir su consejo, y en Carolina del Norte la pena de muerte se mantuvo hasta 1869. En 1897, un tribunal de Illinois afirmó que la sodomía era un crimen "imperdonable para los cristianos".[560] El temor a la ley fue una de las razones por las que Whitman mintió tanto acerca de sí mismo: inventó historias en las que se refería a matrimonios clandestinos, a hijos —legítimos e ilegítimos—, a una amante que tenía en Nueva Orleans, a amoríos con mujeres que le inspiraban poemas y que han sido una fuente de confusión para sus biógrafos.[561]

Su homosexualidad llevó a Whitman a distanciarse de la vida pública norteamericana. Pero, en muchos sentidos, fue parte importante de ella. Observó y escribió acerca de la mayoría de los aspectos de la "modernidad": la industrialización, la vida en las grandes metrópolis, los obreros, los oficinistas o los artesanos que se esforzaban por ganarse la vida tratando de ascender en la escala social en una ciudad enorme como Nueva York. Whitman era un típico representante de la intelectualidad de clase media urbana: había aprendido el oficio de tipógrafo, trabajó como periodista en no menos de diez publicaciones y, durante algún tiempo, como maestro de escuela. En Nueva York todavía no existían los edificios de apartamentos: era una ciudad de casas o pensiones. En 1841 contaba con 325.000 habitantes, y una cantidad suficiente de este tipo de alojamientos como para albergar a 175.000. Ese era el tipo de vida que llevaba Whitman; además, trabajó durante un tiempo en Tammany Hall, que era simultáneamente una pensión con un mugriento salón comedor y el cuartel general del Partido Demócrata. Whitman comenzó como empleado municipal, para lo que debía vestir cuello duro blanco y traje negro; lo llamaban señor Walt Whitman. Después, cuando se sumergió en la bohemia, pasó a ser Walt Whitman a secas, adoptó un atuendo más modesto y hábitos y formas de expresión populares, cultivó la amistad de obreros, conductores de tranvía, peones de granja, barqueros, hasta que finalmente abandonó el mundo de las pensiones y se compró una casa en un barrio de clase obrera, "una pequeña choza" que abarrotó desordenadamente de publicaciones de todo tipo y se convirtió en una especie de nido de papel indescriptiblemente mugriento en medio del cual se sentaba, sin quitarse nunca el sombrero, como si fuera un cuáquero. No tenía ninguna corbata y sus trajes era más bien rústicos. No fue el primer escritor importante al que se le ocurrió crear una imagen deliberadamente excéntrica con el propósito de ase-

gurarse una autopromoción sistemática —esa innovación la había introducido Rousseau— pero la desplegó con una minuciosidad norteamericana que sí era nueva. En cierto modo fue una primera versión, en estilo literario, de lo que se convertiría en un arquetipo norteamericano: el vendedor.

Whitman publicó su obra fundamental, *Hojas de hierba*, en 1855, y esa primera edición de 95 páginas incluía 12 poemas. Volvió a editarla, con toda la pompa que pudo, en 1856, con agregados y, a partir de entonces, siguió reeditándola hasta que en la sexta edición, de 1881, que tenía 382 páginas, incluyó 293 poemas.[562] Solía escribir reseñas críticas acerca de su obra, anónimamente y con seudónimos, también artículos acerca de sí mismo, y se ocupó activamente de que otros escribieran su biografía. Inventaba noticias. Decía: “La opinión pública es un animal que tiene la piel gruesa y uno se ve obligado a palmearle el cuero con fuerza para hacerle saber que está ahí”. Construyó su propia iconografía, y editaba y distribuía sus fotos y retratos. Organizó su propio archivo biográfico, una práctica que Bertold Brecht imitó en el siglo XX. Incluso diseñó su propia tumba. Fue el primer poeta norteamericano que empleó el verso libre en gran escala, como una estrategia para captar la atención de sus lectores, y el primero en hacer de la obscenidad una virtud, con lo que consiguió que se escribiera acerca de él (y también que lo procesaran). Indujo a Emerson a que le escribiera una carta y después la publicó para darse importancia. Emerson reaccionó diciendo que era “mitad zorzal y mitad cocodrilo”. Decía que el suyo era un cuerpo “perfecto”, tema recogido por sus admiradores, que lo comparaban con Cristo; en realidad era un joven desgarbado que se convirtió en un anciano feo. Recibió una carta de Tennyson, pero le hizo saber que sus elogios eran tan empalagosos que su modestia le impedía publicarla. A fin de promocionar la tercera edición de su libro escribió un folleto de 64 páginas, pero no reconoció haber sido su autor hasta

veintitrés años después. Henry Thoreau descubrió, como tantos otros de los que lo visitaron, que "no sólo le entusiasma hablar de sí mismo sino que se muestra renuente a apartarse por mucho tiempo del tema". Un periódico de Boston caracterizó la crudeza de su literatura como "la más grosera violación de la urbanidad y la cortesía literarias que hemos visto jamás".

De todos modos, Whitman demostró (como lo haría *Papá* Hemingway en el siglo XX) que en el mundo literario el arte de vender y la autopromoción, si se cultivan con la suficiente firmeza y habilidad, pueden ser tan eficaces como en cualquier otro negocio. De la primera edición de *Hojas de hierba* se vendieron apenas diez ejemplares, y Whitman tuvo que regalar el resto. Pero hacia el final de su vida ya era una figura de culto a ambos lados del Atlántico, y su fama, y el interés que despiertan su obra y su personalidad, no han dejado de crecer. Fue, en suma, a pesar de su heterodoxia social y sexual, un norteamericano típico, tal vez mucho más que Longfellow, aunque a diferencia de lo que sucede con los lectores de éste, los suyos no recitan de memoria los versos que escribió con la única excepción de su "¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!", que no es, por lo demás, demasiado representativo de su estilo. Por supuesto, el salto a la fama de Whitman contó con el bien organizado apoyo de la comunidad homosexual, que lo ha presentado como el talismán literario de la homosexualidad, como ha ocurrido con Oscar Wilde en Inglaterra. Pero la esencia del atractivo de Whitman reside en algo muy diferente, y es que puede ser presentado, plausiblemente, como el primer apóstol de la modernidad poética.[563]

Un país trabaja esforzada y pacientemente, en silencio, oscuramente, para alcanzar la madurez cultural. Pero cuando por fin ésta llega, lo hace repentinamente, con un destello cegador, y a partir de entonces todo cambia. Curiosamente, Emerson, que tuvo un papel fundamental en este proceso de maduración, lo

sintetizó con brillantez en su volumen de ensayos acerca de los hombres geniales, desde Platón a Goethe, *Representative Men* (Hombres representativos): "Hay un momento en la historia de las naciones en que, al salir de esta cerril juventud, sus capacidades perceptivas alcanzan la madurez y no se han vuelto aún microscópicas, de suerte que el hombre, en ese instante, se despliega en toda su amplitud y, todavía de pie sobre las inmensas fuerzas de la noche, deja que sus ojos y su mente conversen con el sol y las estrellas. Ese es el momento de la salud adulta, la culminación del poder".[564]

El momento de la "salud adulta" de la literatura norteamericana llegó, con una fuerza enorme e inesperada, en la primera mitad de la década de 1850. El año clave fue 1850, el "Año del Debate", cuando no sólo se publicó *Hombres representativos* sino también *La letra escarlata* de Hawthorne, a las que siguió ese otoño *White-Jacket* (La guerrera blanca), una novela de un escritor autodidacto que comenzaba a alcanzar notoriedad: Hermán Melville (1819-1891), un neoyorquino que pertenecía a una añeja pero empobrecida familia angloholandesa y había trabajado como empleado de banco, vendedor de tienda, granjero, maestro, grumete, ballenero, marinero y que había corrido aventuras en los Mares del Sur. *La guerrera blanca* es la historia de su vida en un buque de guerra. Al año siguiente, 1851, apareció el compendio de todas sus experiencias, su imaginación y su energía, *Moby Dick*, una novela cuyos protagonistas son balleneros de Nueva Inglaterra y que constituye la primera obra épica de la literatura norteamericana. El mismo año Hawthorne publicó su siniestra *La casa de los siete tejados*, a la que siguió en 1852 su relato acerca de la colonia de Brook, *La granja de Blithedale*, y Melville publicó *Pierre*; ambas obras se ocupaban del dilema norteamericano —hasta qué punto es posible combinar el idealismo con el espíritu práctico— y contaban cómo, con demasiada frecuencia, la utopía es arrasada por el materialismo.

Lo que caracteriza una literatura madura es que produce obras inesperadas que resultan ser *sui generis*. Esto fue lo que sucedió en Norteamérica en 1854, cuando Henry Thoreau, un hombre de Concord de ascendencia puritana, cuáquera y escocesa con una pizca de sangre gala, publicó su obra maestra *Walden, or Life in the Woods* (Walden o la vida en los bosques). Thoreau, un hombre de Harvard, había sido maestro, y discípulo y ayudante de Emerson. Se describía a sí mismo como "místico, trascendentalista y, por añadidura, filósofo natural". Desde julio de 1845 a septiembre de 1847 había vivido en una choza que construyó cerca de la laguna de Walden, en los bosques de Concord, observando qué sucedía en la naturaleza y "en mi mente y en mi corazón". Su retorno a la simplicidad de la naturaleza fue interrumpido (según cuenta él) por un día de prisión por haberse negado a pagar un impuesto a un gobierno que estaba en guerra contra México, guerra que él denunció como un plan de los propietarios de esclavos para extender la esclavitud y reforzar su poder político. *Walden* es otro de esos libros que sólo podrían haber sido escritos en Norteamérica, una obra que celebra la colonización y el contacto con la naturaleza en las tierras vírgenes, concebida por un sensible y sofisticado intelectual de ascendencia puritana.[565] Para completar esta pléyade norteamericana, *Hojas de hierba*, de Whitman, apareció en 1855, lo mismo que *Hiawatha*, de Longfellow.

Entre todos estos libros notables, sin embargo, hay uno que se destaca no tanto por sus cualidades literarias como por su influencia política. Nunca ha habido otro libro como *La cabaña del tío Tom*. Publicado primeramente como folletín en el *National Era*, apareció en forma de libro el 20 de marzo de 1852; la primera semana se vendieron 10.000 ejemplares, y para fin de año se habían vendido ya 300.000. Su autora, Harriet Beecher Stowe (1811-1896), provenía de una prolífica familia de maestros y clérigos de Connecticut, se casó con un profesor, y tam-

bién ella llegó a tener una familia numerosa. Se dedicó a escribir libros y colaboraciones en revistas, como cientos de otras matronas norteamericanas y británicas de su clase —la señora Trollope fue un ejemplo típico—, con la intención de reforzar los ingresos de su familia y poder darles algunos gustos a sus hijos.[566] Ya había alcanzado una cierta reputación popular antes de que explotara la bomba que resultó ser *La cabaña del tío Tom*. La fuerza del estallido no sorprendió a nadie tanto como a ella. Curiosamente, no era una verdadera abolicionista, al menos cuando escribió el libro, y era poco lo que sabía del Sur. Su única experiencia directa de la esclavitud fue una breve visita a Kentucky, que era un estado limítrofe. Al parecer, la mayor parte de la información que obtuvo acerca de la esclavitud provino de sirvientas negras, en especial de su cocinera, Eliza Buck, y de la literatura abolicionista.[567] Sólo cuando la realidad de los hechos narrados en su libro fue puesta en duda por algunos encolerizados sureños, la señora Stowe, con la ayuda de su hermano, se entregó a revisar diarios en busca de casos legales reales. El resultado fue una compilación de 259 páginas de apretada tipografía, *A Key to Uncle Toms Cabin* (Claves para “La cabaña del tío Tom”), que publicó en 1853, y en la que mostró que las crueldades e injusticias que su novela denunciaba eran, en la realidad, mucho más graves que las que ella había imaginado.

Para entonces el libro ya no era simplemente el éxito de ventas, sino más bien un fenómeno social. Las ventas en Gran Bretaña fueron particularmente significativas. Una inmensa edición destinada a las escuelas dominicales, que costaba el equivalente de 25 centavos de dólar, hizo que los niños ingleses conocieran Norteamérica a través de Eliza, Tom, Eva, Topsy, Dinah, miss Ophelia, Augustine St. Clair y Simón Legree. Cuando Stowe llegó a Inglaterra, en 1853, fue tratada como una celebridad por todas las clases sociales. Recibió delegaciones y acciones de gracias de los pobres. El destacado novelista Charles Kingsley la

saludó como “la fundadora de la literatura norteamericana” y calificó a su libro como “la mejor novela que se haya escrito jamás”, y la duquesa de Sutherland le regaló un brazalete de oro macizo que tenía la forma de un grillete de los que se empleaban con los esclavos.[568] La verdad es que los ingleses aprovecharon la oportunidad de tratar a los norteamericanos, de quienes habían recibido muchos sermones acerca de la democracia y la igualdad —por ejemplo de visitantes como el senador Webster o el filósofo Emerson—, como moralmente sospechosos. Lo mismo pasó en el resto del mundo, pues la novela fue rápidamente traducida a más de cuarenta idiomas. En Inglaterra el éxito de la novela ayudó a asegurar, siete años más tarde, que los ingleses, que por sus intereses económicos estaban más inclinados a apoyar al Sur, se mantuvieran inalterablemente neutrales. Pero en el mundo en general, fue la piedra fundacional de lo que en el siglo XX se convertiría en el gigantesco edificio del antinorteamericanismo.[569]

En Estados Unidos, el impacto del libro se multiplicó extraordinariamente gracias a la nueva ciencia norteamericana de la propaganda y la venta multimedia de los buhoneros (una expresión moderna para definir lo que, en la década de 1850, era un proceso ampliamente difundido). El libro dio lugar a la fabricación de estatuas, juguetes, juegos, pañuelos, motivos de papel pintado para paredes, cuberterías y vajillas. Su verdadera popularidad comenzó cuando llegó a los escenarios, en forma de canciones y versiones teatrales. Los “Tom Shows” recorrían los estados del norte y el oeste. Uno de los episodios culminantes del libro, el que cuenta la fuga de Eliza atravesando el Ohio con su hijo en brazos para llegar a territorio libre con sus perseguidores pisándole los talones, se convirtió en una escena fundamental de los comienzos del teatro norteamericano. Cuando se representó este episodio en el National Theater de Nueva York, se hizo un ominoso silencio en la atestada sala y un observador

vio con asombro que todo el mundo, hasta los caballeros de la alta sociedad y los hombres en mangas de camisa de las galerías, prorrumpía en llanto. El tío Tom fue el mayor y más lacrimógeno melodrama del siglo XIX, y llegó a superar en ese sentido la muerte de la pequeña Nell, en *The Old Curiosity Shop* (Feria de antigüedades) (1841) y *Black Beauty* (Belleza negra) (1877).[570]

En cierto modo, Stowe tuvo la suerte de vivir en un momento en que la literatura norteamericana comenzaba a madurar y gran parte de ella era todavía rudimentaria o imitaba groseramente los dictados de la inglesa. No le preocupaba el estilo, amaba el melodrama (su mentor era Scott), y algunos de sus efectismos habrían hecho ruborizar a Dickens y, de hecho es lo que ocurrió. Pero sobresalió del resto porque escribió en el idioma de los norteamericanos y porque su tema fue el gran problema que estaba comenzando a dominar de manera excluyente la política norteamericana. A ello se agregó el *frisson* de que fuera una mujer la que escribía acerca de atrocidades de las que, hasta ese momento, se pensaba que no se debía hablar. Los lectores, en especial los hombres, no estaban seguros de si estaba bien que una mujer contara que a los esclavos se los desnudaba para azotarlos, que las mujeres esclavas eran propiedad sexual de sus amos, y que los propietarios de esclavos solían tener hijos de todos los colores. En el Sur, fue éste precisamente el argumento con que los críticos la atacaron. Uno escribió: "Aunque concediéramos que cada una de las acusaciones que descarga la señora Stowe es absolutamente cierta [...] el daño que semejante literatura inflige a los corazones y la mente de las mujeres no es menor". El *Southern Quarterly* desestimó su obra diciendo que se trataba de "las repugnantes desviaciones de una imaginación extraviada". Otra reseña afirmaba: "La enagua se levanta inadvertidamente y vemos la pezuña de la bestia debajo de la mesa".[571]

Por suerte para Stowe los lectores del Norte no pensaron que había ido demasiado lejos. Consideraron que sus descripciones eran más creíbles, tal vez precisamente porque se trataba de una mujer, que las exageradamente coloridas historias de atrocidades de la prensa que estaba a favor de la emancipación de los esclavos, escritas casi todas ellas por hombres, por lo general clérigos. Esta convicción convirtió a *La cabaña del tío Tom* en la obra de propaganda más exitosa de todos los tiempos. La creencia de que la señora Stowe fue la responsable de la victoria de Lincoln en las elecciones presidenciales está muy difundida, y lo mismo se decía de la sucesión de acontecimientos que llevaron al bombardeo de Fort Sumter. Cuando en 1862 el altísimo presidente recibió a Stowe, que medía menos de un metro sesenta, en la Casa Blanca —ojalá tuviéramos una fotografía de ese encuentro—, Lincoln le dijo: "Así que usted es la mujercita que escribió el libro que dio comienzo a esta gran guerra…".[572] Pero, desde luego, las cosas no eran tan simples.

CUARTA PARTE
"EL PUEBLO CASI ELEGIDO".
La guerra civil norteamericana, 1850-1870

La guerra civil, tanto por sus causas como por sus consecuencias, constituye el acontecimiento fundamental de la historia norteamericana. También es el acontecimiento más característico de Norteamérica, en el sentido de que pone en escena todo lo que Estados Unidos es, y lo que no es. En cierta forma, convirtió Norteamérica en una nación, algo que hasta ese momento no era. Porque Norteamérica, como hemos visto, no estaba prefigurada: su pueblo no había pasado por ese proceso en el que una serie de raíces comunes quedan enterradas en la oscuridad de la prehistoria y del que surge una nación en el momento en que se está en condiciones de registrar la propia contingencia. Era más bien un estado artificial, o una serie de estados, unidos por acuerdos y pactos, por convenios y alianzas. Estaba hecho de trozos de pergamino engendrados por abogados. En cuanto a su nacionalidad, los primeros norteamericanos eran ingleses (o más exactamente británicos) imbuidos de una cultura y una identidad nacional inglesas.

El contrato que los convirtió en norteamericanos —la Declaración de Independencia— no los hizo ser una nación. Al contrario; la palabra "nación" fue eliminada del documento final: era un término que a los sureños no les gustaba. Significativamente, fue John Marshall, el supremo federalista, el ideólogo legal del federalismo, quien afirmó por primera vez, en 1821,

que Norteamérica era una nación. Es cierto que Washington había usado la palabra en su discurso de despedida, pero lo había hecho de manera retórica, y no cabe duda de que fue insertada en el texto por Hamilton, el otro ideólogo del federalismo. Washington se refirió a "la comunidad de intereses en una nación", lo que parece dar por sentado lo que todavía debía ser probado: si Norteamérica era o no una nación. Incluso la definición de Marshall tiene sus matices: "Norteamérica ha decidido ser —escribió— en muchos sentidos y por muchas razones, una nación". Esto nos lleva a preguntarnos: ¿en qué sentidos, y por qué razones, Norteamérica no era una nación? La palabra no se encuentra en la Constitución. En la década de 1820, durante los debates acerca de la "carretera nacional", el senador William Smith, de Carolina del Sur, desaprobó el uso de "esta palabra insidiosa": dijo que era "un término desconocido en los principios y la teoría de nuestro gobierno". Como ha dicho un historiador de la Constitución: "En la arquitectura de la nacionalidad, Estados Unidos ha logrado algo bastante notable. [...] Los norteamericanos construyeron su techo constitucional antes de haber levantado las paredes de su nación [...] y la Constitución pasó a ocupar el lugar que habría correspondido a una más profunda identidad nacional".[573]

Sí, ¿pero qué Constitución? ¿La Constitución como la veían los norteños, como la explicaban los sureños, o como la interpretaba en la década de 1850 la Suprema Corte presidida por Taney y dominada por los sureños? El Norte, donde el predominio de los partidarios de la emancipación de los esclavos era cada vez mayor, pensaba que si se aplicaba el espíritu de la Constitución ésta garantizaría en última instancia a cada uno de los habitantes de Norteamérica, fuera cual fuese el color de su piel —blanco o negro— y fuera cual fuese su condición —libre o esclavo—, la igualdad ante la ley. Los sureños, y me refiero a aquellos que dominaban políticamente el Sur y controla-

ban su cultura y sus manifestaciones sociales, veían la cuestión desde un punto de vista completamente diferente. Creían que la Constitución debía ser utilizada para generalizar no tanto el hecho de la esclavitud en sí misma —aunque no descartaban esa posibilidad— sino el principio que la justificaba. Además poseían, en el Partido Demócrata y en la Corte Suprema presidida por Taney, instrumentos para lograr que fuera su interpretación de la Constitución la que prevaleciera. Lo que frustró este intento fue la impetuosidad con que lo emprendieron y sus divisiones internas: ésa es la historia de la década de 1850.

Para el Sur, la década comenzó bien. Era cierto que, desde su punto de vista, la fiebre del oro que se había desatado en California había sido un golpe de mala suerte: los mineros que habían inundado aquel territorio odiaban la esclavitud y fueron ellos los que frustraron el plan sureño de convertirlo en un estado esclavista. Pero en algunos otros aspectos el acuerdo de 1850 favorecía a los sureños. Por una parte, posibilitaba que el Partido Demócrata se mantuviera unido, y a partir de 1828 ese partido había sido el instrumento perfecto para ganar elecciones. Lo único que hacía falta para que se eligiera un presidente de su gusto era mantener la unidad del Sur y asegurarse de ganar una porción razonable del Norte; después, una vez que su hombre estuviera instalado en la Casa Blanca, debían conseguir que nombrara nuevos jueces en la Corte Suprema a fin de garantizar una interpretación sureña de la Constitución. En las elecciones de 1852 los demócratas lograron mantenerse unidos en torno a un programa de campaña que prometía "respetar y apoyar la fiel ejecución de los actos conocidos como Medidas de Compromiso", y eligieron como candidato a un hombre muy apropiado para la adopción de esa estrategia, "un norteño con inclinaciones sureñas".

Franklin Pierce (1804-1869) había nacido en Hillboro, Nueva Hampshire, había estudiado en Bowdoin y trabajaba como

abogado en Concord. Esos antecedentes hacían pensar que debía ser abolicionista, emersoniano, políticamente trascendentalista y, en fin, un representante de Nueva Inglaterra de cabo a rabo. Pero en realidad era un demócrata jacksoniano, otro Joven Roble y un ferviente nacionalista, partidario a más no poder de la expansión hacia el disgregado Sur hispánico y, en esa medida, aliado incondicional de los partidarios de la expansión de la esclavitud. Había sido congresista y senador por Nueva Hampshire, había combatido infatigablemente en la guerra contra México —de la que (algo raro en el Norte) era un defensor entusiasta— y había alcanzado el grado de general de brigada. En la convención demócrata de 1852 surgió, después de muchas votaciones, como el candidato desconocido perfecto; fue proclamado candidato tras la cuadragesimonovena votación. Se lo suele describir como "desteñido". Cuando fue nominado, un antiguo amigo granjero de Nueva Hampshire comentó: "Frank está muy bien para Concord, pero desparramado por todo Estados Unidos resultará invisible". Nathaniel Hawthorne, que había sido amigo íntimo de Pierce en Bowdoin, fue a visitarlo después de la nominación, se sentó en el sofá junto a él, y dijo: "Frank, qué lástima. […] Pero, después de todo, no estamos en este mundo para ser felices, sino sólo para triunfar". La historia es apócrifa, pero Hawthorne dijo algo similar en una carta que le envió a Pierce aceptando hacerse cargo de escribir una biografía de él para la campaña. Horace Mann, que los conocía a ambos, dijo acerca del proyecto de biografía: "Si logra hacer de Pierce un gran hombre, o un hombre interesante, habrá escrito su mejor obra de ficción". Hawthorne coincidía: "Aunque la historia es verídica, se necesitaba un novelista para escribirla".[574]

Hawthorne debía ocultar dos cosas: la afición de Pierce a la bebida —se decía que bebía aún más que Daniel Webster, y lo cierto es que se embriagaba a menudo— y el hecho de que

odiaba a la esposa del candidato, Jane, como mucha otra gente, por lo demás. Los Pierce habían tenido dos hijos. Uno había muerto a los cuatro años de edad, en 1844; el otro falleció en un terrible accidente ferroviario un mes después de las elecciones y Jane sintió, y lo dijo, que el precio al que había sido comprada la presidencia era la vida de su hijo. Hawthorne quemó algunos textos acerca de Pierce que eran en extremo despreciativos y comentó: "Ojalá tuviera una esposa mejor, o ninguna. No es nada bueno que la nación se vea obligada a ver semejante calavera en el lugar más prominente que puede ocupar una mujer norteamericana. Pienso que en el caso de un candidato presidencial se debería investigar no sólo su capacidad política sino también qué clase de esposa tiene". Jane era bija del rector de Bowdoin y cuñada del profesor más prestigioso de esa universidad: pero las mujeres de las familias académicas no siempre encajan con su entorno social.[575] El hecho es que Hawthorne odiaba a la mayoría de las mujeres —sobre todo a las que tenían pretensiones intelectuales, como era el caso de Jane— y llegó a decir refiriéndose a las escritoras: "Creo que habría que prohibirles que escriban, y si lo hacen, ¡se las debería castigar marcándoles la cara con la concha de una ostra!".[576] Sea como fuere, *The Life of Franklin Pierce* (La vida de Franklin Pierce) apareció como estaba previsto; contaba la historia de "un hermoso muchacho de ojos azules, pelo rubio ensortijado y rostro sereno" que llegó a convertirse en un distinguido militar y un político conciliador, deseoso de preservar la Unión dando tranquilidad al Sur y convocando a "la mayoría de los norteños que no militaban en contra de la esclavitud" a tener cuidado con lo que Hawthorne llamó "la nebulosidad de un sistema filantrópico".[577]

Pierce ganó holgadamente. El candidato de los whigs era el comandante de la guerra contra México, él general Winfield Scott, que como la mayoría de los generales se sentía desorien-

tado en el complejo mundo de la política de la Norteamérica étnica. No sólo vociferó sus posturas antiesclavistas —los whigs estuvieron de acuerdo—, sino que terminó actuando como un nativista destemplado a quien sólo contentaban los norteamericanos de origen anglosajón, con lo que se ganó la animadversión de los alemanes y los irlandeses. Finalmente sólo ganó en Tennessee, Kentucky, Vermont y Massachusetts, lo que le aseguró a Pierce una amplia ventaja en el colegio electoral, aunque la diferencia que separó a éste de los otros candidatos (había cuatro listas) no superó los 50.000 votos.[578] En teoría, el Gabinete de Pierce mantenía el equilibrio entre el Norte y el Sur: su secretario de Estado, William Learned Marcy (1786-1857), era un miembro de la antigua Albany Regency, el grupo de politicastros que en 1829 habían incitado a Jackson a que disfrutara de las "sinecuras de la victoria". Pero a Marcy le importaba un comino la esclavitud y, como secretario de Guerra de Polk, había sido un furioso arquitecto de la guerra contra México. Por su parte, el procurador general de Pierce, Caleb Cushing (1800-1879), aunque era uno de esos intelectuales pretenciosos de Harvard-Massachusetts, era ante todo, como Marcy, un hombre del "destino manifiesto" y, en consecuencia, un aliado del Sur. En cuanto al otro bando, Pierce colocó a Jefferson Davis (1808-1889) en el cargo de secretario de Guerra; Davis no era simplemente un auténtico sureño sino el futuro presidente de la Confederación. En la práctica, entonces, el Gobierno de Pierce adoptaría políticas que bien podrían haber sido concebidas para beneficiar al Sur.

La primera expresión de estas políticas fue la llamada "adquisición Gadsden", en 1853. No casualmente, la idea fue de Davis. En ese momento Norteamérica analizaba distintas alternativas para el tendido de vías férreas transcontinentales y Davis estaba decidido, tanto por razones estratégicas como económicas, a lograr que el Sur controlara una de las rutas. Para ello, era ne-

cesario atravesar una gran franja de territorio en lo que entonces todavía era la región noroeste de México. Davis convenció a Pierce de que enviara a México al promotor del ferrocarril de Carolina del Sur, el senador James Gadsden (1788-1858), con la misión de negociar la compra de esa franja territorial. Era un negocio con trampa, porque Gadsden tenía intereses financieros ligados a la compra, que se hizo con fondos federales —10 millones de dólares por 115.000 kilómetros cuadrados—, y el Senado accedió a ratificar el acuerdo por un margen muy estrecho, en parte porque este nuevo territorio se convertiría automáticamente en zona esclavista. De hecho, la idea original de Davis —que Gadsden comprara no solamente la franja en cuestión sino también las provincias de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora y toda la Baja California—, también estaba en el borrador del proyecto, pero no prosperó porque el Senado sabía que estos vastos territorios se habrían convertido en varios nuevos estados esclavistas y no habría ratificado nunca el acuerdo, pues tenía mayoría norteña o, mejor dicho, antiesclavista.[579]

Sin embargo, el Sur contaba con otras posibilidades. Los sureños querían Cuba, para convertirla en un estado esclavista ideal. "La compra de Cuba —escribió Davis— es esencial para nuestra prosperidad y nuestra seguridad". Lamentaba que los estados sureños, para incorporarse a la Unión, hubieran renunciado a su derecho de firmar tratados y adquirir nuevos territorios por su cuenta; de no haber sido así Cuba ya pertenecería a la Unión y sería tierra esclavista. James Buchanan (1791-1866), que como secretario de Estado de Polk había impulsado con fervor la adquisición de Texas, era ahora embajador en Londres, y en 1845 intrigó y negoció frenéticamente a fin de que se concretara la adquisición y anexión de Cuba. Pero todas estas gestiones fracasaron; fue una de las tantas ocasiones en que los norteños frustraron en el Congreso el sueño sureño de convertir

el Caribe en territorio norteamericano y esclavista.[580] Hubo también varias expediciones encabezadas por filibusteros y encaminadas a lograr por la fuerza lo que habría sido difícil obtener por la vía diplomática. El más famoso de estos filibusteros fue William Walker (1824-1860), un médico y populista fanático de Tennessee que quería anexionar trozos de Latinoamérica a Estados UnIdos, no para convertirlos en estados esclavistas sino para que sus pueblos pudieran conocer el sabor de la democracia. Aquel "hombre de ojos grises, hombre del destino" irrumpió en la Baja California en 1853 y proclamó una república, pero Pierce no fue tan desvergonzado como para permitirlo. Después, Walker se dirigió con su ejército privado a Nicaragua y, en 1856, logró hacerse reconocer por Estados Unidos. Pero aquello despertó la furia de otro depredador, Cornelius Vanderbilt (1794-1877), cuyo sistema local de transporte se vio perturbado por sus acciones, y como Vanderbilt tenía más dinero que Walker, consiguió/obligarlo a "rendirse" a la Marina norteamericana. Finalmente, Walker se internó en Honduras, pero allí intervino la Marina británica, que lo entregó sin miramientos a un pelotón de fusilamiento hondureño.[581]

Una vez que la compra Gadsden hizo geográficamente posible el tendido de una vía férrea sureña, surgieron los interesados en las rutas norteñas y esto también ejerció una importante influencia sobre la estrategia sureña en materia de tierras. El senador Stephen Douglas, de Illinois, que había ayudado a Clay a redactar el acuerdo de 1850, era ahora presidente de la Comisión de Asuntos Territoriales del Senado y, en carácter de tal, presentó un proyecto de ley en el que proponía la creación de un nuevo territorio llamado Nebraska en las tierras situadas al oeste del Misuri y Iowa, cuya finalidad sería tender allí una vía férrea que desembocara en el este, en la cada vez más importante capital de la carne y el trigo en que se estaba convirtiendo Chicago. Para apaciguar a los sureños, propuso incluir en el

proyecto una cláusula relativa a la soberanía popular, según la cual se permitiría a los habitantes de Nebraska decidir por sí Mismos si querían o no que allí rigiera la esclavitud. La propuesta no satisfizo al Sur, y Douglas trató de tranquilizarlos aún más, para lo cual no sólo propuso la creación de otro territorio, y futuro estado, Kansas, sino también ignorar las cláusulas del antiguo acuerdo de Misuri de 1820 que prohibían la esclavitud al norte de los 36,3 grados de latitud. Esto indignó al Norte, acostumbrado a la idea de que el acuerdo de 1820 era una "promesa sagrada" que, prácticamente, formaba parte de la Constitución. También indignó a algunos sureños como Sam Houston, de Texas, que consideraba que la colonización de estos nuevos territorios significaría la expulsión de los indios, a quienes se había prometido que podrían ocupar esas tierras "mientras el pasto crezca y el agua corra". Pero Douglas, cuya meta era llegar a ser presidente, procuraba no enemistarse ni con el Norte ni con el Sur; en consecuencia, siguió insistiendo. El presidente Pierce, por su parte, lo respaldó; y finalmente, en mayo de 1854, la Cámara de Representantes (por 113 votos contra 100) y el Senado (por 37 contra 14) aprobaron la ley relativa a Nebraska y Kansas.[582]

El respaldo de Pierce a este polémico proyecto fue un error que hizo que todas sus posibilidades de reelección se esfumaran. También dio lugar a lo que se podría definir como el primer derramamiento de sangre de la guerra civil. Nebraska estaba tan al Norte que nadie creía seriamente que se la pudiera convertir en una serie de estados libres. Kansas era otra cosa, y ambos bandos trataron de instalar allí colonias lo suficientemente aguerridas, y sacar provecho de la nueva ley que disponía que su pueblo sería "absolutamente libre de constituir y regular sus instituciones según su leal saber y entender, sin otra restricción que el respeto a la Constitución". La primera incursión fue organizada por la Sociedad de Ayuda a los Inmigrantes de Nueva Inglate-

rra, que entre 1855 y 1856 envió a 1.250 entusiastas antiesclavistas. Los sureños se instalaron junto al límite con Misuri. Apenas llegó, en octubre de 1854, el primer gobernador del territorio, Andrew H. Reeder, levantó un censo previo a las elecciones que se celebrarían en marzo de 1855. Pero cuando llegó el momento de las elecciones miles de habitantes de Misuri cruzaron la línea fronteriza e inundaron las mesas de votación. El gobernador dijo que había habido fraude; pero no tomó ninguna medida para invalidar el resultado probablemente porque temía que lo lincharan. Los gobernadores de los territorios prácticamente no recibían de Washington fondos ni ningún otro tipo de recursos, como sabrán quienes hayan leído el capítulo 25 de la novela *Roughing It* de Mark Twain, quien describe en esas páginas el sistema, que él sufrió en carne propia. Como quiera que sea, los esclavistas ganaron las elecciones, expulsaron de la legislatura a los pocos antiesclavistas que habían resultado elegidos, adoptaron un código drásticamente esclavista, y dispusieron que aquel que ayudara a escapar a un esclavo o prestara socorro a un fugitivo sería castigado con la pena capital. Determinaron incluso que el manifestarse verbalmente contra la legalidad de la esclavitud se consideraría un delito mayor.[583]

Los antiesclavistas, y los colonos que querían mantenerse neutrales, respondieron celebrando en Topeka una convención constituyente —cuyos miembros fueron elegidos ilegalmente —, que redactó una constitución por la cual se prohibía que en Kansas hubiera esclavos y negros libertos; además, solicitó al Gobierno de Estados Unidos la admisión como estado y eligió un nuevo gobernador y una nueva legislatura. Fue entonces cuando comenzó la lucha, una guerra civil en miniatura que tendría como escenario el territorio de Kansas.\Los clérigos del Norte, expertos en la difusión de la Biblia, demostraron serlo también en el tráfico de armas, en especial las que se dio en llamar “Biblias de Beecher”, rifles que proveía la congregación, se-

dienta de sangre, del reverendo Henry Ward Beecher. El Sur también introdujo armas en el territorio. En mayo de 1856 una turba de esclavistas saqueó Lawrence, una ciudad abolicionista, destruyó el hotel Free State sirviéndose de cinco cañones, incendió la casa del gobernador y arrojó las prensas del periódico local al río. Esto a su vez provocó la ira de un fanático antiesclavista llamado John Brown, un sujeto de mirada torva que alguien, que lo conoció en Kansas, describió como "un hombre imbuido de la idea de que Dios lo había creado para emprenderla a puñetazos contra los malvados". Dos días después del "saqueo de Lawrence", Brown, sus cuatro hijos y algunos acólitos irrumpieron en Pottawatomie Creek, un poblado proesclavista, y asesinaron a cinco hombres a sangre fría. A finales del año habían sido asesinadas más de doscientas personas en la "sangrienta Kansas".[584]

La destrucción de Lawrence provocó también un colapso en el Congreso. Al día siguiente, 22 de mayo, el senador Charles Sumner (1811-1874), un hombre serio, idealista, sin sentido del humor, y un verdadero pico de oro que además tenía cierto talento para la injuria —de ésa que desencadena guerras— pronunció una filípica en el Senado. Una de las debilidades de la mecánica de funcionamiento del Congreso era que —a diferencia de lo que ocurre en el Parlamento británico, donde un orador debe continuar hasta que termine su exposición— se permitía que los senadores pidieran un intermedio y continuaran a la mañana siguiente, lo que irritaba por demás a sus adversarios. En su discurso, que se prolongó durante dos sesiones y que estaba plagado de imágenes fuertemente sexuales, Sumner dijo que lo que estaba ocurriendo en Kansas era "la violación de un territorio virgen [que obedece] al depravado deseo de convertirlo en un nuevo estado esclavista, que será el repugnante hijo bastardo de semejante crimen". Su blanco preferido fue el senador A. P. Butler, de Carolina del Sur, a quien acusó de haber

“elegido una amante que [...] aunque mancillada a los ojos del mundo, a él le parece casta; me refiero a esa prostituta, la esclavitud”. Uno no puede evitar la sensación de que en la escalada hacia la guerra civil el sexo desempeñó un papel importante, aunque silencioso. Todos los norteños sabían, o creían, que los dueños de esclavos dormían con sus bonitas esclavas y que, a menudo, las compraban nada más que para eso. Abraham Lincoln, que tenía veintidós años cuando hizo su segunda visita a Nueva Orleans, vio cómo se vendía a una joven y bella adolescente negra de “virginidad garantizada”, y escuchó que el lascivo subastador declaraba: “El caballero que la compre habrá gastado su dinero en algo realmente bueno”. La muchacha iba prácticamente desnuda, y la espantosa escena impresionó profundamente al joven Lincoln. Los sureños aseguraban que no fornicaban con sus esclavas, pero también (contradiciéndose a sí mismos) decían que sus acusadores blancos hablaban movidos por envidia sexual, algo que en algunos casos bien puede haber sido cierto.

Lo que los sureños más aguerridos querían, sobre todo en Carolina del Sur, era un “código negro”, aprobado por el Congreso, y que rigiera en todos los territorios. No eran tan necios como para suponer que podrían volver a instaurar la esclavitud en Nueva York y Nueva Inglaterra, pero querían que, de alguna manera, el abolicionismo fuera declarado ilegal. Y no querían simplemente que se abrieran a la esclavitud nuevos territorios en el sur y el oeste, y más allá de los límites de lo que era entonces Estados Unidos, sino también que se volviera a autorizar y legitimar el tráfico de esclavos.

Este atrevido plan recibió un importante impulso con las elecciones de 1856. La Ley Kansas-Nebraska pulverizó lo que quedaba del Partido Whig. Lo reemplazó, como un ave Fénix que resurge de sus cenizas, el nuevo Partido Republicano, que se llamó así con el deliberado propósito de evocar la memoria

de Jefferson, a quien se presentó como antiesclavista, aprovechando que sus ataques al esclavismo eran eminentemente citables y dejando a un lado el hecho de que hubiera sido propietario de esclavos. En la convención reunida para elegir el candidato presidencial del partido, los republicanos desestimaron a su principal antiesclavista, William H. Seward (1801-1872), a quien se consideraba demasiado extremista, y eligieron a John Charles Frémont (1813-1890), un aventurero de Carolina del Sur que se había fugado con la hija del anciano senador Benton y había escapado de la muerte varias veces en California, una de ellas cuando fue condenado a la pena capital por participar en una revuelta sofocada por el presidente Polk. El eslogan republicano era: "Territorio libre, libertad de palabra y Frémont". [La aliteración que da sonoridad a la frase en inglés se pierde en español: "*Free soil, free speech and Frémont*"] El Partido Demócrata descartó a Pierce, un seguro perdedor, y a Douglas por demasiado populista, y eligió a James Buchanan, que concentró sus esfuerzos en tratar de ganar en todos los estados esclavistas y en alcanzar la mayor cantidad posible de votos en los restantes. El anciano Fillmore, secundado en su fórmula por el yerno de Jackson, Donelson, surgió del pasado como tercera alternativa. Su candidatura le restó votos a Frémont. Así pues, Buchanan, con el respaldo de un Partido Demócrata bastante unido en torno a su candidatura, ganó en todos los estados sureños y también en Nueva Jersey, Pensilvania, Illinois, Indiana y California, lo que le valió 174 votos en el colegio electoral contra los 114 de Frémont. Buchanan no alcanzó la mayoría (obtuvo el 45,3 por ciento de *loé* votos) pero la diferencia que lo separaba de Frémont resultó ampliá: 1.838.169 votos contra 1.341.264.

El nuevo presidente era un hombre débil y vacilante, pero tenía una buena relación con la opinión pública imperialista y sureña, de modo que una conducción firme le habría permitido

controlar cualquier intento que emprendiera el Norte con la intención de ejercer algún tipo de coerción sobre el Sur. Con independencia de lo que dijera en público, Buchanan simpatizaba con la idea de agregar nuevos estados al Sur, aunque fuesen esclavistas. En su mensaje al Congreso, el 7 de enero de 1858, Buchanan criticó las andanzas de Walker en Nicaragua, no porque pensara que el hombre estaba equivocado sino porque le parecía contrario a la política y "entorpecía el destino de nuestra raza, que es extenderse por el continente norteamericano; no está lejano el día en que esto habrá de ocurrir, pero debemos dejar que los acontecimientos sigan su curso natural". A continuación pidió al Congreso que autorizara la compra de Cuba, a pesar del hecho de que los españoles pedían como mínimo 150 millones de dólares por la isla. Los republicanos rechazaron el plan. Norteamérica había absorbido lo que alguna vez había sido un territorio hispanohablante de millones de kilómetros cuadrados en California y Texas: ¿por qué no todo México y América Central? Al fin y al cabo todo era parte del "continente norteamericano", que correspondía "por derecho providencial" a Estados Unidos en virtud de su "destino manifiesto".[585]

Los sureños mantenían que llevar a un negro desde África e instalarlo en el ambiente acogedor de una plantación era equivalente, dejando a un lado las diferencias raciales, a permitir la entrada en el país de un campesino europeo indigente y darle la posibilidad de que, en unos pocos años, comprara su propia granja. El caso Dred Scott, en el que se declaró inconstitucional el acuerdo de Misuri, y la Ley Kansas-Nebraska, abrieron nuevas y enormes oportunidades para la instalación de plantaciones y fincas con mano de obra esclava y, por lo tanto, aumentaron la demanda de esclavos. Los sureños argüían que, si se volvía a autorizar el tráfico de esclavos, el coste de éstos se reduciría considerablemente, lo que resultaría favorable para la economía de todo el país. El mensaje agresivo del Sur era: se debe extender la

esclavitud porque es beneficiosa para la economía norteamericana. Pero debajo de este tono agresivo se escondía la profunda inseguridad de los sureños, que no tenían argumentos morales sólidos para oponer a la posición norteña y estaban íntimamente persuadidos de que los días de la esclavitud estaban contados. [586]

Esa sensación de inseguridad estaba justificada, porque a finales de la década de 1850 se hizo evidente que el sueño de una vasta expansión de la esclavitud hacia el oeste, el Caribe y otras regiones hispánicas era una fantasía, y que la realidad era la decadencia inexorable del poder político del Sur. Calhoun, en lo que fueron prácticamente sus ultimas palabras antes de morir, en 1850, había advertido a los sureños que si no actuaban pronto en defensa de la teoría desarrollada por él acerca de los derechos de los estados, que de ser necesario debían reafirmar mediante la fuerza, estaban condenados a una muerte lenta: nunca serían más fuertes, pero sí podían llegar a ser más débiles. Los hechos demostraron que tenía razón; en 1858 se incorporó a la Unión un nuevo estado no esclavista, Minnesota, al que siguió otro, Oregón, en febrero de 1859, mientras que a Kansas, que era un territorio esclavista, se le negó la incorporación. El equilibrio en el Congreso, como había previsto Calhoun, quedó definitivamente roto. Ahora el Sur estaba en minoría en el Senado (tenía 30 senadores contra los 36 del Norte) y la brecha en la Cámara de Representantes era enorme: 147 contra 90.

El hecho de que, mientras alardeaban públicamente de que "el algodón es Rey" y "la mejor materia prima del mundo" fueran conscientes de la debilidad de su economía algodonera basada en la esclavitud, agudizó la sensación de debilidad de los sureños. La mayoría de las plantaciones estaban endeudadas o trabajaban casi al límite de sus márgenes de rentabilidad. Durante la década de 1850, los precios del algodón en el mercado mundial tendieron a bajar. Eran cada vez más los países que

producían algodón, una tendencia que remacharía grandes clavos en el ataúd del Sur cuando comenzó la guerra. Un análisis retrospectivo de la economía de entonces permite advertir que el sistema de las plantaciones, tal como funcionaba, era fundamentalmente malsano, y algunos plantadores lo comprendieron. Las plantaciones arruinaban la tierra y, llegado el momento, los propietarios se trasladaban a otras tierras. Además, había un conflicto interno en el Sur porque las nuevas fincas instaladas en el Sur profundo eran más científicas y eficientes (y más grandes), y en consecuencia tendían a incorporar la mano de obra esclava de las zonas fronterizas y costeras, lo que hacía subir el precio de los esclavos. Esto, en un momento en que los precios del algodón estaban cayendo, reducía aún más los márgenes de rentabilidad.[587] Como el precio de los esclavos aumentaba, la esclavitud como institución se volvió más vital para los sureños: para los del Sur profundo porque empleaban más esclavos y más eficientemente, para los del viejo Sur y los del Sur fronterizo porque criar esclavos mejores y más caros era ahora mucho más importante que cultivar tabaco o algodón. El profesor Thomas R. Dew, de la Universidad William and Mary, en su libro *The Pro-Slavery Argument* (El argumento proesclavista), de 1832, afirmó: "Virginia es un estado productor de negros para otros estados: produce los que necesita y, además, 6.000 [anualmente] para vender".

En realidad, Virginia estaba viviendo de su capital en esclavos: en 1782 los negros constituían el 50 por ciento de su población, pero en la década de 1860 esa cifra se había reducido al 37 por ciento, y esto se debía a que estaba vendiendo sus negros al Sur profundo. Virginia y otros estados del viejo Sur o fronterizos se dedicaban a criar un tipo de negro especialmente robusto: longevo, prolífico, sano, musculoso y vigoroso. Durante la década de 1850 se vendieron anualmente alrededor de 25.000 de estos negros al Sur profundo.[588] El censo de 1860 reveló

que en el Sur había 8.099.000 blancos y 3.953.580 esclavos. Pero sólo 384.000 blancos poseían esclavos: 10.781 poseían 50 o más, y 1.733 poseían 100 o más. De modo que había más de seis millones de sureños que no tenían un interés directo en la esclavitud. Pero eso no significaba que no quisieran mantener la institución; al contrario: los blancos pobres temían más a los negros que los ricos. Hacia 1860 ya había en los estados sureños 262.000 negros libres que competían con los blancos pobres por puestos de trabajo escasos, y ese año fueron liberados otros 3.018. Los blancos pobres estaban más interesados que nadie en que se mantuviera la legislación penal contra los esclavos: se aseguraron de que ningún estado reconociera legalmente los matrimonios esclavos, y en cinco estados se declaró ilegal la enseñanza de la lectura y la escritura a los esclavos. En todo caso, los pequeños granjeros blancos del Sur estaban en gran medida a merced de los grandes propietarios de plantaciones y debían llevarse bien con ellos.[589] Los que producían algodón, arroz, azúcar, tabaco y esclavos en gran escala eran todopoderosos. Como escribió un historiador: "En Norteamérica no hubo nunca una oligarquía de hombres de negocios más perfecta".[590]

La esclavitud no era la única cuestión que enfrentaba al Norte con el Sur. Más aún, es posible que aunque la cuestión de la esclavitud se hubiera resuelto de todos modos hubiera habido una tentativa de secesión. El Norte estaba a favor de los aranceles altos, el Sur los quería rebajar; el Norte, por lo tanto, propiciaba los impuestos indirectos, mientras que el Sur se pronunciaba por los impuestos directos. Es significativo el hecho de que una vez que la guerra comenzó, el Norte, separado del Sur, fijó de inmediato aranceles altos mediante la Ley Morrill de 1861, e impulsó también la recaudación mediante impuestos federales directos. Había profundas diferencias en lo tocante a la estrategia ferroviaria. Durante la década de 1850 los intereses ferroviarios del nordeste y el noroeste comenzaron a converger

lentamente, lo que a su vez desembocó en una alianza entre los industriales del este, que propiciaban los aranceles altos, y los granjeros del oeste que pedían que se rebajara el precio de las tierras o se las entregara gratuitamente, vinculados ahora por la extensión de las líneas ferroviarias. Esta fue la base del poder del nuevo Partido Republicano, y el Sur vio en todo ello un complot que fue, por cierto, lo que precipitó su fin. Muchos sureños estaban íntimamente persuadidos de que la indignación moral del Norte era espuria y sólo enmascaraba motivos económicos más bien mezquinos. En palabras de Jefferson Davis: "A vosotros, los agitadores en pro del territorio libre' la esclavitud no os interesa [...] en absoluto [...] Es sólo para tener la oportunidad de estafarnos que queréis limitar el territorio esclavista dentro de límites precisos. Es para tener la mayoría en el Congreso de Estados Unidos y convertir al Gobierno en un motor del engrandecimiento del Norte [...] que deseáis debilitar el poder político de los estados sureños. ¿Y por qué? Porque queréis, mediante un sistema legal injusto, promover la industria de los estados del Norte y del este, a expensas de los pueblos del Sur y de su industria".[591]

Davis estaba expresando la amarga convicción de todos los "pensantes" sureños: que el Norte, con el pretexto de que el Sur explotaba a los esclavos, explotaba sistemáticamente y sin compasión al Sur. Era exactamente el mismo tipo de resentimiento que experimenta hoy el Tercer Mundo con respecto al Primer Mundo. Había algo inherente a la economía de las plantaciones que las colocaba en una situación de dependencia respecto de su amo, el mundo capitalista. Por supuesto, el Estado no controlaba en absoluto la producción nacional y los precios, ni del algodón ni de ninguna otra rama de la producción. Si el mercado mundial pagaba precios altos, las ganancias aumentaban, pero la tendencia que se imponía a continuación derivaba esas ganancias a una reinversión destinada a aumentar la producción.

Si los precios caían, los plantadores debían pedir dinero prestado. En cualquiera de los dos casos, el Sur no contaba con capital líquido. En consecuencia, los plantadores caían en manos de los banqueros, con lo que terminaban dependiendo de Nueva York o incluso de Londres.[592] El Sur carecía de un sistema financiero propio, como le ocurre hoy al Tercer Mundo. Cuando el algodón producía ganancias considerables, el Sur las gastaba, del mismo modo que hoy los gobernantes árabes disipan las colosales fortunas que les procura el petróleo. Y resultaba "exprimido", como los actuales productores de materias primas de África y Latinoamérica, en la medida en que acumulaba deudas cuantiosas que no tenía ninguna posibilidad de pagar. En efecto, el Sur padecía todas las desventajas de una economía de monocultivo. En su territorio sólo operaban el 8 por ciento de las industrias de Estados Unidos. El Sur debería haber invertido su dinero en la apertura de fábricas, que habrían dado trabajo a los blancos pobres, y habrían diversificado al mismo tiempo su economía. Pero no tenía capital ahorrado, y el Norte no tenía la menor intención de construir fábricas allí para competir contra sí mismo con bajos salarios y con productos baratos. De modo que el Sur se veía a sí mismo como el esclavo de una Unión dominada por el capital norteño. El *Charleston Mercury* lo expresó en estos términos: "Mientras, seamos tributarios y dependientes de la mano de obra y la capacidad productiva extranjera para proveernos de alimentos, ropas y las muchas necesidades vitales, nuestra condición es la servidumbre".[593]

La guerra civil no fue solamente el acontecimiento más característico de la historia norteamericana; también fue el acontecimiento religioso más característico porque ambos bandos estaban convencidos de que su causa era moralmente justa y abominaban de las actitudes de sus enemigos. Y los jefes de am-

bos bandos eran hombres rectos. Miremos más de cerca a estos dos paladines: Abraham Lincoln y Jefferson Davis. Lincoln era un caso excepcional, típico de Estados Unidos, porque con su estilo humilde, espontáneo, era una especie de genio moral como pocas veces se ve en la vida y, casi nunca, en la cima del poder político. Comparado con él, Davis era un simple mortal. Pero, a su modo, era un hombre justo, extraordinariamente justo, y podemos tener la certeza de que, si él y Lincoln se hubieran enfrentado en un debate en torno a cuestiones morales del que sólo se hubiera excluido el tema de la esclavitud, habría habido entre ellos muchos puntos de coincidencia.

Ambos eran, también, representantes típicos de la Norteamérica de mediados del siglo XIX, aunque en muchos sentidos sus orígenes eran muy diferentes. Lincoln insistía en que él venía de la nada. Le dijo a su biógrafo de campaña, John Locke Scripps, del *Chicago Tribune*, que los primeros años de su vida podían "resumirse en una sola frase de la *Elegía* de Gray, Tos breves y simples anales de los pobres'". Decía que su padre y su madre habían nacido en Virginia y que creía que uno de sus abuelos era "un caballero sureño". También creía que su madre era hija ilegítima, y es probable que así fuera. Nació en una cabaña de troncos en la zona rural más inhóspita de Kentucky y pasó su infancia en sucesivas granjas de frontera, acompañando la marcha hacia el oeste de su familia. Su padre apenas sabía leer y escribir. Su madre le enseñó a leer, pero murió cuando él tenía nueve años. A partir de entonces fue un autodidacto. Su padre volvió a casarse, y consiguió un empleo al alto y esmirriado joven (medía casi dos metros y pesaba 78 kilos) por el que le pagaban 25 centavos de dólar diarios. Dijo de su hijo: "Parecía que hubiera sido modelado torpemente con un hacha y necesitara un alisado con una garlopa". En las zonas agrestes de Kentucky, Indiana e Illinois, y en el Ohio y el Misisipí, Lincoln se dedicó a una enorme variedad de trabajos: fue balsero, botero,

carpintero, carnicero, leñador, tendero, cervecero, destilador, labrador. No fumaba, ni mascaba tabaco, ni bebía. Compró una gramática inglesa y la estudió por su cuenta. Leyó a Gibbon, la novela *Robinson Crusoe*, a Esopo, *El peregrino* y las vidas de Washington y de Franklin de Parson Weems. Se aprendió el Estatuto de Illinois de memoria. Marchó a Nueva Orleans en una balsa y se las ingenió para regresar en un barco de vapor. Visitó varias veces el Sur y llegó a conocerlo, a diferencia de la mayoría de los norteños.[594] Oyó muchas veces la defensa que los sureños hacían de la "peculiar institución" y sabía que sus argumentos eran retrógrados; lo que había visto personalmente lo llevó a odiarlos profundamente, pero nunca cometió el error de pensar que eran insinceros o superficiales. Idolatraba a Jefferson, Clay y Webster, por ese orden. Era un narrador nato, un verdadero genio cuando se ponía a contar un cuento, corto o largo. Sabía cuándo hacer una pausa, cuándo acelerar el ritmo del relato, cuándo ponerle fin. Fue el más grande creador de réplicas ingeniosas de la historia norteamericana, hasta que Ronald Reagan lo superó. Era torpe —siempre apoyaba de lleno su pie plano cuando caminaba, y lo levantaba del mismo modo— pero podía aparecer de pronto transfigurado y mostrando la mayor elegancia. Podía alzar con una mano un barril de whisky desde el suelo hasta el mostrador. Era hipocondríaco, cosa que él mismo admitió. Escribió un ensayo acerca del suicidio. Dijo: "Disfruto con arrobamiento de la vida cuando estoy acompañado. Pero cuando estoy solo me siento tan dominado por la depresión que nunca me he atrevido a llevar conmigo una navaja".[595]

Lincoln era un abogado autodidacto pero su instinto le decía que era mejor no pleitear. Afirmaba: "Siempre que puedas, procura convencer a tus vecinos de llegar a un acuerdo. […] Si actúa tratando de apaciguar los ánimos, el abogado tiene la oportunidad inmejorable de demostrar que es un hombre bueno. Siempre habrá oportunidades de trabajo. Es difícil encontrar un

hombre peor que aquel al que [le gusta, pleitear]". Como abogado de distrito, Lincoln se consideraba whig, y en calidad de tal se presentó como candidato a la legislatura del estado. Su primer puesto electivo, sin embargo, fue como capitán de un cuerpo de voluntarios en la guerra contra los black hawks (1832); una mañana, durante aquella campaña, se encontró con cinco cadáveres que habían sido despojados de sus cueros cabelludos por los indios: "Yacían en el suelo, boca arriba. Cada uno de ellos tenía una marca redonda, roja y del tamaño de un dólar en la parte superior de la cabeza, en el sitio donde los pieles rojas le habían arrancado el cuero cabelludo. Era un espectáculo estremecedor, pero grotesco. Y el sol parecía pintar de rojo todo el lugar". Pero no se dejó ganar por el rencor; incluso llegó a salvar a un indio de ser linchado. Fue el primero que se refirió a los indios calificándolos como "norteamericanos nativos", a pesar de que en el lenguaje corriente de la época ese término se utilizaba para referirse a los norteamericanos de antigua estirpe anglosajona. A aquellos que despreciaban a los inmigrantes alemanes y reivindicaban el título de norteamericanos para sí les dijo: "¿Quiénes son los [verdaderos] nativos norteamericanos? ¿No son los que usan taparrabos y empuñan los *tomahawks*? Los hemos desalojado de su hogar y ahora nos ensañamos con otros, que no han tenido la suerte de llegar al país antes que nosotros o nuestros antepasados".[596]

La pernera vez que se presentó como candidato en una elección no ganó. Y tenía mala suerte. Compró una tienda, y también fue administrador de una oficina de Correos. Su socio, Berry, huyó con el dinero y Lincoln debió afrontar solo el pago de una deuda de 1.000 dólares. Como Washington, se dedicó a la agrimensura para tratar de pagarla. Después, fue elegido para actuar como representante en la legislatura del estado, y sirvió en ese cargo ocho años, desde los veinticinco a los treinta y dos. La legislatura celebraba sus sesiones en Vandalia, y contaba con

treinta y tres miembros divididos en dos cámaras. Lincoln recibía una retribución de tres dólares por sesión, además de pluma, tinta y papel. Su primer manifiesto decía: "Estoy a favor de que todos los que compartan el sostenimiento del Gobierno compartan también sus privilegios. En consecuencia, propongo que se otorgue el derecho de sufragio a todos los blancos que paguen sus impuestos o lleven armas (sin excluir a las mujeres)". Pertenecía a un grupo de legisladores whigs que medían todos más de un metro ochenta y eran conocidos como "los nueve altos". Logró que la capital del estado se trasladara a Springfield, instaló allí su bufete de abogado y alcanzó notoriedad profesional cuando ganó un juicio en el que defendió a una viuda despojada. Un colega dijo de él: "Lincoln fue el hombre más misterioso que vi en mi vida. Parecía tener muy poco que decir, parecía actuar con timidez, y en su expresión había un visible matiz de tristeza. Pero cuando hablaba todo esto desaparecía como por encanto, y mostraba a las claras que era agudo y decidido. Sus visitas eran una fuente inagotable de sorpresas". [597]

El primer amor de Lincoln, Ann Rutledge, murió de fiebre tifoidea. Es bastante obvio que Lincoln se sintió destrozado; que su amor por ella haya permanecido incólume y le haya impedido enamorarse de otras mujeres es más opinable.[598] Como quiera que sea, lo cierto es que nunca amó a la mujer con la que se casó, Mary Todd. Ella provenía de una familia importante de Kentucky, famosa desde los días de la revolución por sus generales y gobernadores. Una horrible madrastra la apartó de su familia pero ella nunca dejó de buscar, para casarse, un hombre al que pudiera hacer presidente. Curiosamente, rechazó a Stephen Douglas, entonces un joven miembro de la legislatura de Illinois, y prefirió a Lincoln, en quien veía madera para llegar a la Casa Blanca. Dijo a sus amigos: "Algún día, el señor Lincoln será presidente de Estados Unidos. De no pensar eso no me ha-

bría casado con él, porque cualquiera se da cuenta de que guapo no es”. Lincoln aceptó, pero el día de la boda no pudo presentarse a causa de una dolencia claramente psicosomática. Esto dio lugar a un duelo a sable con Sheilds, el auditor del estado, que se suspendió porque Lincoln cortó de un sablazo una rama de la altura de un árbol en presencia de su rival y éste, aterrado, renunció al combate. A su vez, esto dio lugar a una reconciliación con Mary; cuando se casaron, él tenía treinta y tres años y ella, veinticuatro. Su socio en el bufete dijo: “El sabía que no la amaba, pero le había prometido casamiento”.

Lincoln obtuvo un escaño en el Congreso en 1847, con una mayoría aplastante de votos. El Partido Whig le asignó 200 dólares para sus gastos. El devolvió 199,25; lo único que había comprado era un tonel de sidra. Fue a Washington montado en su propio caballo y se alojó en casa de amigos. Pero debió abandonar su escaño después del primer período: la causa fue su oposición a la guerra contra México. Alguna vez recordó que al pie del Capitolio, visible desde sus ventanas, había “una especie de establo en el que se vendía a grupos enteros de negros, y a veces se los hacía pernoctar allí durante un tiempo en la espera de ser trasladados al mercado sureño, como si fueran caballos”. Lincoln era comprensivo, tolerante y propenso a no alborotar en lo posible, pero pensaba que este insulto a la libertad, literalmente en las narices del Congreso, era “terriblemente ofensivo”. La primera ley que redactó fue una Declaración de Abolición de la Esclavitud en el distrito de Columbia, que debía ser promulgada después de ser aprobada en un referéndum local (y que formó parte del acuerdo de 1850). Al concluir su mandato volvió a ejercer de buena gana la abogacía.[599]

Pero la cuestión de la esclavitud no le daría descanso, ni le permitiría mantenerse al margen de la política. Aquello era más fuerte incluso que el permanente aguijoneo al que lo sometía

Mary Lincoln. Algunas notas en las que reflexionaba acerca del tema han sobrevivido:

> Si A puede demostrar, nos resulte convincente o no, que tiene el derecho de esclavizar a B, ¿por qué B no podría echar mano del mismo argumento, e incluso probar de la misma manera que él puede esclavizar a A? Si me dice usted que A es blanco y B es negro; ¿significa esto que el de color más claro tiene el derecho de esclavizar al de color más oscuro? Cuidado: de ser ésta la regla, será usted esclavo del primer hombre de tez más clara que la suya con el que se tropiece. ¿No se refiere usted exactamente al color de la piel? ¿Acaso piensa usted que los blancos son intelectualmente superiores a los negros y por lo tanto gozan del derecho de esclavizarlos? Cuidado también en este caso: de ser ésta la regla, entonces será esclavo del primer hombre más inteligente que usted con el que se tropiece.[600]

Como dijo Herndon: "Todas sus grandes cualidades cedían ante el despotismo de su lógica". Hay muchas descripciones memorables de Lincoln perdido en sus pensamientos y cavilaciones.

Es evidente que, como sugería su esposa, cuando una causa moral lo estimulaba intelectualmente Lincoln tenía una enorme fuerza de voluntad, y que ésta era más bien producto de un compulsivo sentido del deber que de la mera ambición. Todo indica que se sintió obligado a volver a la política no porque fuera un antiesclavista militante sino porque en la segunda mitad de la década de 1850 la cuestión de la esclavitud pasó a dominar la política norteamericana de manera excluyente. Cada vez que la cuestión se planteaba y él se veía obligado a considerarla, más se convencía Lincoln de que Estados Unidos se encontraba singularmente amenazado por el mal, y por sus consecuencias políticas. En esas circunstancias, un norteamericano que pensara que tenía una cierta autoridad —y Lincoln era consciente de que la tenía en grado sumo— tenía el deber ineludible de servirse de ella para defender la Unión. Lincoln no veía la esclavitud en términos religiosos: no la consideraba, como los propagandistas protestantes del Norte, el "pecado original" de la Unión. Sus allegados coincidían en señalar que no tenía creencias religiosas en el sentido convencional de la expre-

sión. Su esposa dijo: “El señor Lincoln no tenía fe ni esperanza en la acepción corriente de esas palabras. Nunca perteneció a Iglesia alguna. Sin embargo, creo, era un hombre religioso por naturaleza […] había una especie de poesía en su temperamento”. Según Herndon, Lincoln insistía en que no existía un Dios personal y cuando usaba la palabra Dios se refería a la providencia: creía en la predestinación y la fatalidad.[601]

Lincoln estuvo cerca de creer en Dios, como veremos, pero en la década de 1850 se opuso a la esclavitud principalmente por razones humanitarias, porque la consideraba una afrenta a la dignidad natural del hombre. Esa afrenta podía provenir tanto de los propietarios de esclavos como de los partidarios de cualquier religión. Sus lecturas de infancia y adolescencia le habían hecho concebir grandes esperanzas con respecto al futuro de Estados Unidos, y temía que no se concretaran. Escribió: “Me parece que nuestro progreso hacia la degeneración es bastante rápido. Como nación comenzamos por declarar que ‘todos los hombres han sido creados iguales’. Ahora se nos dice que, en realidad, ‘todos los hombres han sido creados iguales, excepto los negros’. Cuando el partido de los Know Nothing llegue al poder nos dirá que ‘todos los hombres han sido creados iguales, excepto los negros, los extranjeros y los católicos’. Si esto ocurre, no vacilaré en emigrar a algún país en el que no se declame el amor a la libertad; a Rusia, por ejemplo, donde el despotismo es abierto y no está teñido de hipocresía”.[602] La situación en que se encontraba Norteamérica lo angustiaba. Le dijo a Herndon: “¡Qué triste es para un hombre morir con la certeza de que a pesar de sus esfuerzos no ha logrado mejorar en nada su patria! No hay esperanza alguna en este mundo incapaz de percibir su propia destrucción. Una destrucción que arranca un grito universal: ¿qué hacer? ¿Se puede hacer algo? ¿Quién puede hacerlo? ¿Y cómo se debe hacer? ¿Nunca piensas en estas cosas?”.[603]

Fue porque la esclavitud le provocaba desazón y porque pensaba que estaba destruyendo toda la nación, no sólo el Sur, que Lincoln decidió volver a la política y contribuir a la creación del nuevo Partido Republicano, y lo hizo con la intención primordial de evitar la extensión de la esclavitud. En retrospectiva, no es difícil dar por sentado que la de la esclavitud era una causa perdida desde el comienzo y que la destrucción del viejo Sur era inevitable. Pero para los hombres de la generación de Lincoln el Sur aparecía como el ganador indiscutible de todas las batallas políticas y legales. Mientras el Partido Demócrata permaneciera unido, el influjo negativo del Sur sobre Estados Unidos se mantendría incólume y su poder de decisión seguiría siendo enorme. La creación del Partido Republicano, en la que confluyeron miembros del grupo Free Soil, whigs y muchos elementos locales fue la respuesta al dominio absoluto que los demócratas ejercían sobre la nación, el hecho central de la vida política norteamericana desde 1828. Lincoln no logró el escaño de senador al que aspiraba en 1855 y (como hemos visto) Buchanan resultó elegido presidente en 1,856. Pero para entonces ya resultaba evidente que el Partido Republicano estaba en condiciones de gobernar, y la contribución de Lincoln a su creación era obvia y reconocida.

El 29 de mayo de 1856, en Bloomington, se inauguró la sede del nuevo Partido Republicano en Illinois. Lincoln fue convocado a pronunciar el discurso inaugural; respondió con lo que todo el mundo reconoció que fue el mejor discurso de su vida, tan electrizante que muchos cronistas se olvidaron de tomar notas. Incluso Herndon, que siempre solía hacerlo, renunció después de quince minutos y, según cuenta, "hice a un lado la pluma y el papel para sumergirme en el clima envolvente de ese momento singular".[604] Lincoln afirmó que la consecuencia lógica de la argumentación del Sur, según la cual la esclavitud era buena para los negros, era que habría que extenderla también a

los blancos. Gracias a la implacable presión de los argumentos del Sur, norteños como Douglas, advirtió Lincoln, estaban renunciando a la defensa de “los derechos individuales del hombre”, los mismos que “representan el progreso de nuestra democracia nacional”. Por lo tanto, dijo Lincoln, era urgente que todos los hombres que se oponían a la expansión de la esclavitud —del color político que fueren— se unieran, y agregó que él “estaba dispuesto a colaborar con quienquiera que se le uniese para oponerse juntos al poder esclavista”. Si la oposición unida del Norte daba lugar a que el Sur “agitara el fantasma de la desunión”, se debía decir al Sur sin la menor vacilación que “para preservar la Unión se debe defender no sólo la integridad de sus territorios sino también la pureza de sus principios”. Y rescató la réplica de Daniel Webster a los separatistas de Carolina del Sur como eslogan del Partido Republicano: “Unión y libertad, desde ahora y para siempre, una e indivisible”.[605] Un testigo dijo: “En ese momento, me pareció el hombre más elegante que había visto en mi vida”. Herndon recordaba: “Su discurso estaba cargado de fuego, energía y fuerza. Rebosaba lógica. Tenía intensidad. Y entusiasmo. Eran la justicia, la equidad, la verdad y el derecho iluminados por el fuego divino de un alma enfurecida por el mal. Era duro, consistente, complejo, áspero y estaba sostenido por la ira”.[606]

Era ya sólo cuestión de tiempo, pero Lincoln no tardaría en convertirse en el paladín de los nuevos republicanos. La oportunidad se presentó durante la elección de senadores de 1858 en Illinois, en la que debió competir con Douglas, el “pequeño gigante”. El 16 de junio Lincoln, que había sido nominado candidato republicano, planteó su estrategia en la convención que se celebró en Springfield. Junto con el discurso de Bloomington, esta intervención representa la esencia del enfoque con

que Lincoln encaró el conjunto de cuestiones políticas que giraban en torno de la esclavitud. Dijo entonces que todas las tentativas de poner fin tanto a la agitación del Sur —que reivindicaba su derecho a extender la esclavitud— como a la del Norte —que exigía su abolición— habían fracasado, y qué el país se precipitaba inevitablemente hacia una crisis:

> Una familia dividida no puede durar. Creo que este Gobierno no puede tolerar que haya una mitad *esclava* y una mitad *libre*. No espero que la Unión *se disuelva*. No espero que la Cámara de Representantes *caiga*. Pero *sí* espero que deje a un lado los enfrentamientos internos. O se deciden *todos* por una cosa, o se deciden *todos* por la otra. O *los que se oponen* a la esclavitud detienen su futura expansión, y la ponen en un lugar que suscite en la opinión pública la certeza de que está a punto de extinguirse, o *los que la defienden* la llevan hasta sus últimas consecuencias y entonces se la legitima en *todos* los estados y tanto *los viejos* como *los nuevos*, tanto en *Norte* como en el *Sur*. (Las redondas son de Lincoln).

Todo el peso del discurso reside en el magistral resumen de las amenazas legales y constitucionales que representaban las disposiciones Dred Scott y la Ley Kansas-Nebraska, y Lincoln desafió a Douglas —su principal adversario en el estado— a que definiera claramente de qué lado estaba en lo concerniente a ambas cuestiones. Lincoln dijo de su discurso: "Si tuviera que hacer desaparecer todo lo que he hecho, y borrar de mi mente toda mi vida, y se me diera la oportunidad de elegir una sola cosa para salvarla del naufragio, elegiría ese discurso y se lo ofrendaría al mundo sin tocar ni un punto ni una coma".[607]

Lincoln y Douglas debatieron en siete ocasiones, entre agosto y octubre de 1858, en distintas ciudades del estado; el premio sería el escaño en el Senado. Antes y después, actuaban bandas y se realizaban marchas, y atrajeron multitudes de 10.000 o más personas; había familias enteras que viajaban hasta 50 kilómetros para ir a escucharlos. Tenían dotes para el debate y sus respectivos estilos mostraban un contraste muy marcado. Douglas, impecablemente, vestido, rezumaba vigor; Lincoln, que por momentos hablaba y gesticulaba con cierta indolencia y torpeza, de pronto, arrebatado por la pasión, parecía transfigu-

rarse en un dios. Douglas obtuvo el escaño. Pero, a la larga, los debates lo perjudicaron irremediablemente. Lincoln, en cambio, salió de ellos fortalecido y convertido en una figura nacional. También significaron un avance fundamental en el proceso de educación de la opinión pública norteña, en la medida en que pusieron de relieve las cuestiones centrales que debían dirimirse en ese momento, proceso que fue históricamente mucho más importante que los debates que enfrentaron, en 1850, a Clay, Webster y Calhoun.[608]

Douglas señaló que el camino elegido por Lincoln podía llevar a un conflicto regional de dimensiones nunca vistas en el país y, tal vez, a una guerra civil. Esa advertencia fue la que dio fuerza a su argumentación. Su debilidad quedó a la vista, en cambio, cuando mostró que no estaba dispuesto a decir cuál era su postura con respecto a la esclavitud y, por lo tanto, se reveló como un oportunista. Dijo: “No me importa que el voto sea a favor o en contra de la esclavitud. Esa es una cuestión opinable. El Todopoderoso ha trazado en este continente una línea que divide la tierra que deberá ser trabajada siempre por esclavos de aquella en la que los trabajadores son libres”. Los norteños podían aceptar que, según como se mirara, éste era un hecho conveniente o inevitable —al fin y al cabo siempre lo habían aceptado—, pero no querían que se expresara en esos términos. Así dicho, sonaba amoral, incluso inmoral. Y la mayoría de los norteamericanos, tanto entonces como ahora, prefería parecer moral. Cuando Douglas volvió a referirse al tema dijo: “Si la lucha es entre el hombre blanco y el negro, yo estoy del lado del blanco. Si es entre el negro y el cocodrilo, estoy del lado del negro”. Eso también favoreció a Lincoln: la frase era más apropiada para una taberna que para una plataforma pública. Lincoln comprendió con perspicacia que debía mantener el debate, la controversia en sí, en el plano moral más elevado posible porque sólo así la defensa de la libertad y de la Unión se volvía inex-

pugnable. Señaló una y otra vez que hasta el Sur, en lo más íntimo de su corazón, era consciente de que la esclavitud era algo malo. Medio siglo antes Estados Unidos había dispuesto que se castigara con la pena de muerte la importación de esclavos de África, y ese hecho, con el correr de los años, había influido en las actitudes de los sureños, por mucho que trataran de defender la esclavitud. De ahí que, incluso en el Sur, los traficantes de esclavos despertaran aversión. Los propietarios de esclavos no dejaban jugar a sus hijos con los hijos de traficantes, mientras que, en cambio, veían con agrado que jugaran con los hijos de sus esclavos. Y los sureños sabían que no sólo el tráfico de esclavos era algo malo, sino también la esclavitud en sí. ¿Por qué otra razón manumitían a algunos? ¿Por qué fueron liberados tantos esclavos si no por escrúpulos de conciencia? En cuanto a las disposiciones Dred Scott, eran una aberración, que pronto sería remediada en las elecciones presidenciales que se avecinaban: "Se puede engañar a todo el pueblo durante un cierto tiempo, y a parte del pueblo todo el tiempo, pero no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo".[609]

La intención de Lincoln no era simplemente manifestar su postura y dar a conocer su nombre al pueblo norteamericano en general y a los votantes de Illinois en particular. También se proponía exponer su estrategia como la de un jinete que intentara montarse a horcajadas del Norte y el Sur al mismo tiempo. Y logró ambas cosas. Le planteó a Douglas la pregunta clave: "¿Puede el pueblo de un territorio de Estados Unidos, sin apartarse de la ley, y sin contrariar el deseo de un ciudadano de Estados Unidos, eliminar la esclavitud en sus dominios antes de haberse convertido en un estado y haber aprobado su correspondiente constitución?". Si Douglas contestaba que sí, para congraciarse con los votantes de Illinois, perdía el Sur. Si decía que no, para congraciarse con el Sur, perdía Illinois. La respuesta de Douglas fue: "No importa lo que pueda decidir la Corte

Suprema de ahora en adelante con respecto a la cuestión abstracta de si la esclavitud puede o no existir en un territorio regido por la Constitución nacional; el pueblo tiene a su disposición los medios legales para instaurarla o prohibirla según le plazca, por la sencilla razón de que la esclavitud no puede sostenerse —no un día, sino ni siquiera una hora— a menos que esté respaldada por las autoridades policiales locales". Con esta respuesta, Douglas ganó en Illinois, pero perdió en el Sur y, en consecuencia, dos años más tarde, perdió también la presidencia.[610] Lincoln, un hombre por lo general generoso e indulgente, no tuvo piedad de él y no lamentó haber destruido su futura carrera. Pensaba menos en Douglas que en los líderes sureños. Dijo: "Es un hombre a quien decenas de miles siguen ciegamente. Mi misión es lograr que algunos de esos seguidores recuperen la vista".

Los debates dieron a Lincoln el impulso que necesitaba. Citó muchas veces a Clay y, en cierto modo, fue su heredero político. Comenzaron a circular unos versos: "*Westward the star of empire takes its way / the girls link onto Lincoln, their mothers were for Clay*" ["La estrella del imperio se abre camino hacia el oeste / las jóvenes se unen a Lincoln, sus madres apoyaban a Clay."]. Se le dijo: "Usted es como Byron, que se hizo famoso de la noche a la mañana". Hacia 1859 ya sabía que debía ser presidente, que quería serlo y que lo sería. La autobiografía de campaña que escribió el 20 de diciembre de 1859 es breve (no más de 800 palabras), y un alarde de sencillez y modestia; sin embargó, rezuma cierta confianza en sí mismo y en su misión. Resume su aspiración a la presidencia en dos lacónicas frases: "Yo estaba perdiendo el interés por la política, pero la revocación del acuerdo de Misuri me hizo cambiar de opinión. Lo que he hecho desde entonces es de dominio público".[611] Al principio se consideró que William Henry Seward (1801-1872) y Salmón Portland Chase (1808-1873) eran candidatos más só-

lidos a la nominación del Partido Republicano que Lincoln. Seward, que había sido primero senador y después gobernador de Nueva York, era el líder de los abolicionistas, que decían de él que "una ley más alta que la Constitución" lo guiaba. Chase, senador y luego gobernador de Ohio, y que había sido miembro del Free Soil y demócrata, fue quien redactó los primeros artículos de fe del Partido Republicano.[612] Ambos tenían sobrados méritos para aspirar a la candidatura presidencial, pero Lincoln logró un enorme éxito en Nueva York. En la convención republicana de ese estado, celebrada en Decatur, el primo de Lincoln, John Hanks, hizo un notable —aunque involuntario— trabajo de relaciones públicas: montó una exhibición cuyo atractivo principal eran dos estacas dé cerca que, según dijo, constituía sólo una muestra de las 3.000 que Lincoln había hecho con sus propias manos treinta años antes. Contó historias de la juventud de Lincoln y de su padre pionero —totalmente inventadas en el caso de este último— y convirtió la elaboración de estacas de cerca en un símbolo nacional. El beneficio que esto le reportó a Lincoln fue inmenso. Cuando recibió el telegrama en el que se le anunciaba que había sido nominado candidato a presidente por la Convención Nacional Republicana, reunida en Chicago, estaba en Springfield. Lincoln dijo: "Estoy seguro de que hay una mujercita en casa a quien le encantaría escuchar la noticia". Después, hizo leer su discurso de aceptación al inspector de enseñanza del distrito, que le corrigió un infinitivo mal usado.[613]

Si nos guiáramos por la aritmética política de los treinta años anteriores a aquella elección, Lincoln debería de haber sido derrotado. Al Sur le bastaba con no deteriorar sus vínculos con el Norte, concentrarse en mantener unida la antigua coalición demócrata construida por Jackson y designar a otro Buchanan, o a alguien similar. Pero le resultaba cada vez más difícil lograrlo, porque los antiesclavistas norteños habían caldeado el clima po-

lítico y, en consonancia con ello, los sureños replicaron con una actitud paranoica. El abolicionismo militante, por lo demás, se remontaba a los primeros años de la década de 1830; fue entonces cuando se puso en evidencia que la repatriación de los negros a África Occidental era un fracaso: en 1831 sólo 1.420 negros habían aceptado instalarse en Liberia y el número de los que partían con ese rumbo era cada vez menor. El 1 de enero de 1831 William Lloyd Garrison (1805-1879) comenzó a publicar en Boston el *Liberator*. El lema del periódico figuraba en su primera página: "Hablo en serio. No seré ambiguo, no pediré disculpas, no daré un solo paso atrás y seré escuchado". Garrison decía que se fiaba sobre todo de la persuasión moral y condenaba el uso de la fuerza, pero algunos de sus ataques más feroces los descargó sobre los abolicionistas moderados. El 4 de julio de 1854 comenzó una nueva campaña de propaganda con un acto en el que quemó un ejemplar de la Constitución y proclamó: "Mueran todas las componendas con la tiranía". Mientras tanto, dos comerciantes neoyorquinos, Arthur y Lewis Tappan, junto con el más sofisticado y eficaz de los propagandistas del abolicionismo, Theodore D. Weld (1803-1895) —cuyo ensayo sin firma *American Slavery As It Is* (La esclavitud norteamericana al desnudo), de 1839, fue la fuente de inspiración de *La cabaña del tío Tom*—, organizaron la Asociación Antiesclavista Norteamericana (1833). Weld, que convirtió a Oberlin en la primera universidad que admitía a negros y a mujeres, se casó con Angela Grimke; ella y su hermana emanciparon a los esclavos que tenían en Carolina del Sur y se trasladaron al Norte para entregarse a la propaganda en favor del abolicionismo.

Al principio hubo mucha oposición al movimiento antiesclavista en el Norte: muchos norteños odiaban a los negros, contra quienes había con frecuencia episodios de violencia masiva. Pero hacia fines de la década de 1830 surgió una nueva generación que daba por sentada la moralidad de la abolición y co-

menzó a ocupar espacios y a ejercer influencia en la vida pública. Emerson observó "en la gente un cierto grado de sensibilidad que antes no se notaba". Según él: "Los jóvenes nacieron con un cuchillo clavado en el cerebro". Fue el comienzo del humanitarismo liberal en Estados Unidos, y adoptó muchas formas, pero la esclavitud era la cuestión en torno a la cual giraban todas las demás. Distintas medidas de acción directa comenzaron, poco a poco, a acompañar la propaganda. Se construyó un tren subterráneo para ayudar a los esclavos fugitivos a cruzar las fronteras y llegar a territorio libre, y se tomaron medidas para asegurarles protección una vez llegados allí. Los que lo utilizaban eran guiados por "conductores" como Harriet Tubman (1821-1913), una esclava de Maryland que había escapado en 1849, el cuáquero Levi Coffin (1789-1877) y el feroz John Brown. Había alrededor de 1.000 conductores en total, y aunque sus éxitos fueron numéricamente insignificantes —después de la aprobación de la Ley sobre Esclavos Fugitivos de 1850, que convirtió la fuga en una opción cada vez más peligrosa, no usaron aquel subterráneo más de 1.000 fugitivos por año— sus efectos sobre el espíritu de lucha del Sur fueron comparativamente enormes. Además, los sureños que se dedicaban a la caza de esclavos y para aprehenderlos debían trasladarse a los estados norteños eran sumamente impopulares; su situación empeoraba cuando, como ocurría a menudo, prendían a un negro que no era el que buscaban. Los primeros ejemplos de grupos abolicionistas que liberaron por la fuerza a fugitivos capturados por cazadores de esclavos datan de 1843, en Boston. Whittier se hizo eco de un sentimiento generalizado cuando escribió sus versos:

¡No más caza de esclavos en nuestras fronteras!
¡No más piratas en nuestras playas!
¡No más cadenas en el estado de la bahía!
¡No más esclavos en nuestra tierra!

Por otra parte, durante la década de 1850 las legislaturas norteñas aprobaron Jeyes que hacían sumamente difícil, y a veces

imposible, hacer cumplir las disposiciones de la ley federal de 1850. El hecho es que la agresión sureña empujaba incesantemente a los norteños moderados a posiciones cada vez más extremas, sobre todo cuando se ponía en evidencia hasta qué punto amenazaba la libertad de acción del Norte. Como escribió William Jay, hijo del presidente de la Corte Suprema: "Comenzamos esta lucha para conseguir la libertad de los esclavos; ahora nos vemos forzados a continuarla para preservar la nuestra". James G. Birney (1792-1857), otro ex propietario de esclavos que propiciaba una posición moderna y, en 1840, fue el candidato del Partido de la Libertad, lo expresó así: "Se ha vuelto absolutamente necesario que desaparezca la esclavitud; sólo así podremos preservar la libertad en cada palmo de nuestro suelo". [614]

Como hemos visto, desde 1854 en adelante Kansas se convirtió en el campo de batalla en el que se enfrentaron los extremistas sureños y los activistas antiesclavistas. Más aún, se podría decir que fue allí donde comenzó la guerra civil. Y fue inevitable, tal vez, que el tipo de violencia que se convirtió en experiencia cotidiana en la "sangrienta Kansas" se difundiera. John Bown, que había sido calurosamente elogiado por su "matanza de Pottawatomie" —"Brown de Pottawatomie" se convirtió en un eslogan de los militantes norteños— recibió dinero y otras ayudas para instalar una fortaleza en las montañas situadas al oeste de Virginia, cuya misión era prestar asistencia a los esclavos que se servían del tren subterráneo para escapar. No contento con esto, el 16 de octubre de 1859, secundado por veinte hombres, Brown tomó el arsenal de Estados Unidos en Harpers Ferry. Dos días más tarde, una unidad del Ejército regular dirigida por el coronel Robert E. Lee recuperó la plaza, dio muerte a diez de sus hombres y lo tomó prisionero. Fue condenado a muerte y colgado el 2 de diciembre. Algunos, entre ellos Lincoln, vituperaron a Brown; otros, entre ellos Emerson, lo salu-

daron como "el nuevo santo, que elevará la horca a la altura de la cruz".[615] El episodio de violencia que Brown protagonizó completó el proceso que transformaría el Sur, o al menos a su clase dirigente, en un organismo trémulo y excitable —un caso de paranoia colectiva—, y lo induciría a creer que cualquier cosa era preferible a la tensión y el miedo permanentes en que se encontraba sumido. Algunos pronosticaban un levantamiento masivo de la población esclava. Otros consideraban que separarse del Norte era la única forma de salvaguardar sus propiedades y su estilo de vida.

Esta era la situación cuando, en abril de 1860, en Charleston, la capital del extremismo sureño, los demócratas celebraron la convención en la que habrían de elegir a su candidato presidencial. Los sureños, abrumados por el miedo y la furia, acusaron a los demócratas norteños de traicionarlos; pensaban que éstos no se habían tomado el trabajo de convencer a sus conciudadanos del Norte de que la esclavitud era algo positivamente bueno. George E. Pugh, de Ohio, replicó en nombre del Norte: "Caballeros del Sur, están equivocados, están equivocados: nosotros no haremos algo así". Cuando el Sur fracasó en su intento de imponer su programa, las delegaciones de los estados del golfo, Carolina del Sur y Georgia, se retiraron, y el Partido Demócrata quedó escindido. La convención volvió a reunirse en sesión el 18 de junio en Baltimore y, finalmente, nombró a Douglas y aprobó un programa moderado. Los sureños respondieron nombrando al vicepresidente, John C. Breckinridge (1821-1875), de Kentucky, sobre la base de un programa esclavista. Los whigs se reorganizaron en el Partido de la Unión, que ponía el énfasis en la defensa de la Constitución, y nombraron a John Bell (1797-1869), de Tennessee, que se convirtió de hecho en el candidato de los estados fronterizos. Es decir, que había cuatro candidatos. Sin embargo, se trataba fundamentalmente de una confrontación entre Douglas y Lincoln en el

Norte y entre Breckinridge y Bell en el Sur, ya que Lincoln no podía aspirar a los votos sureños y Breckinridge no contaba con el más mínimo apoyo al Norte de la línea Mason-Dixon.

La victoria de Lincoln podía darse por descontada siempre que no se produjeran acontecimientos desfavorables y que él no cometiera ningún desatino espectacular. De ahí que todos sus amigos y consejeros le recomendaran que se mantuviera al margen de la campaña y dejara la faena en manos del Partido Republicano. De modo que Lincoln se limitó a actuar entre bambalinas a fin de mantener unido al partido, y dejó que los demócratas, o más bien los sureños, se suicidaran políticamente. Su única aparición pública durante la campaña fue en el mes de agosto, en Springfield, en un mitin en el que se lo presionó para que hablara. Dijo, simplemente: "Me he propuesto, desde que se me ha colocado en la situación en que me encuentro, no pronunciar ningún discurso". Esta actitud lo revistió de una especie de magnanimidad washingtoniana y lo salvó de cualquier posible tergiversación de sus actitudes. El 6 de noviembre Lincoln esperó en la oficina de telégrafos hasta que su victoria en Nueva York, que le fue anunciada a las dos de la mañana del día 7, confirmó que la elección estaba ganada. Obtuvo 1.866.452 votos contra 1.376.957 de Douglas; detrás de ellos quedaron Breckinridge, con 849.781 votos, y Bell, con 588.879. En el colegio electoral el resultado fue algo diferente: Lincoln obtuvo 180 votos, correspondientes a todos los estados no esclavistas menos uno, Nueva Jersey, que dividió sus preferencias entre él y Douglas (y que fue todo lo que consiguió este último, aparte de Misuri). Breckinridge ganó en todos los estados esclavistas excepto en Virginia, Tennessee y Kentucky, en el alto Sur, que prefirieron a Bell. En diez de los estados sureños Lincoln no obtuvo un solo voto. Además, triunfó con el 39,9 por ciento de los votos emitidos, el porcentaje más bajo desde que J. Q. Ada-

ms ganara la desafortunada y ominosa elección de 1824. La nación estaba inequívocamente dividida.[616]

Si prestamos atención al principal adversario de Lincoln en el duelo por ganar el alma norteamericana, veremos por qué el Sur, teniendo tantas buenas cartas, se dejó llevar por la exasperación y abandonó el juego en un arrebato de mal genio. Jefferson Davis, el heredero político de Calhoun —si es que alguien podía reivindicar ese título—, fue el presidente de la Confederación desde su precipitado nacimiento hasta su lastimosa agonía. Tenía defectos y era evasivo, no sólo como hombre sino como estadista, y tenía una enorme debilidad de juicio y aptitud. Pero no era pequeño en ninguna de las acepciones de la palabra. Medía poco más de un metro ochenta, era delgado, erguido como un palo de escoba, "tenía porte militar, una hermosa cabeza y una expresión inteligente [...] todo el aspecto de un hombre culto y refinado [...] podía infundir coraje a un cobarde y suscitar el sentido de la dignidad y el orgullo en el corazón de los más desvalidos". Se entregó a su causa con una pasión "concentrada que semejaba un fuego blanco, sin chispas ni caprichosas llamas, y [en cambio] brillaba con una luz intensa pero nada perturbadora". Estas opiniones de algunos de sus contemporáneos eran compartidas incluso por sus críticos y enemigos. Thomas Cobb, de Georgia, dijo: "No es un grande [...] [pero] es su fuerza de voluntad la que lo llevó a ser lo que es". [617]

El retrato convencional dé Davis, que lo pinta como el hombre movido por su fuerza de voluntad, es el de un anticuado caballero sureño. Hay un error de apreciación en ese retrato. Su segundo nombre era Finis, porque cuando nació su madre tenía cuarenta y siete años y él sería el último de diez hijos. Había sido educado conforme a criterios modernos para su época: su

padre abominaba de los castigos corporales, y el niño fue mimado por sus hermanas y aprendió a montar a caballo con sus hermanos, tres de los cuales eran lo suficientemente mayores como para haber peleado en la guerra de 1812. Se le inculcó un patriotismo simple, absolutista, de un tipo que hoy consideraríamos limitado. Cuando su padre murió, el hermano mayor de Davis, Joseph, dueño de una próspera plantación de algodón en Misisipí, asumió el papel de mentor y protector. Después de asistir a una escuela de hermanos dominicos católicos romanos en la academia del condado de Wilkinson, ingresó en la famosa Universidad de Transylvania, en Lexington, Kentucky, y de allí pasó a West Point cuando Calhoun, a partir de entonces su jefe y modelo político, fue nombrado secretario de Guerra. Como oficial en servicio en la frontera, Davis combatió contra los indios —fue quien aceptó la rendición de Black Hawk—, restableció la paz entre los mineros y se rebeló contra sus superiores. Testarudo y belicoso, admitió: "En mi juventud yo sentía un deseo incontenible de combatir". Su carrera estuvo jalonada por trifulcas y consejos de guerra que frustraron sus posibilidades de ascenso a los grados superiores. Cuando se casó con la hija del general Zachary Taylor abandonó el Ejército, y su hermano Joseph le dio la oportunidad de establecerse como dueño de una plantación. Tampoco en esto prosperó. Joseph poseía 4.500 hectáreas y era rico, pero la finca Hurricane, de 300 hectáreas, que "prestó" o cedió a medias a Davis era pequeña comparada con las plantaciones típicas de Misisipí, de modo que no pudo pasar de ser un dependiente de su hermano.[618]

Es importante tener presente que cuando Davis se refería a la benevolencia del sistema esclavista del Sur creía con la más absoluta convicción en lo que decía y hablaba por experiencia propia. Joseph, como dueño de una plantación, era un hombre esclarecido. Ninguno de sus esclavos fue azotado nunca. Los esclavos se juzgaban y castigaban a sí mismos. Se mantenía unidas

a sus familias. Un esclavo declaró: "Teníamos buena comida y buena ropa y nadie trabajaba de más". Otro dijo: "Los Davis nunca permitieron que nadie tocara a ninguno de sus esclavos". Según el general Taylor, la comunidad de Davis Bend, junto al río, era "un pequeño paraíso". Davis estaba por completo de acuerdo con el modo de obrar de su hermano y, por añadidura, se oponía a los deportes sangrientos. Trataba a su criado negro, James Pemberton, con exquisita cortesía, y lo dejaba a cargo de su plantación cuando él se ausentaba. Cuando un negro lo saludaba respondía siempre con una ceremoniosa reverencia: "No puedo permitir que un negro sea más cortés que yo". La sociedad elegante de Nueva Orleans y Charleston no era para él. Su única concesión a las costumbres masculinas del Sur era una cierta propensión a desafiar a duelo a sus críticos, aunque nunca llegó a batirse con nadie. Dormir con una de sus esclavas le habría parecido una abominación. Cuando su amada esposa Sarah Taylor murió de malaria, se apoderó de él una tristeza a la que nunca se sobrepuso, aunque con el tiempo volvió a casarse, y lo hizo con una bella muchacha, Varina, a la que doblaba en edad. Su melancolía se vio agravada por su mala salud; llegó a sufrir terribles dolores en la cara y contrajo también una hepatitis crónica que, a la postre, le hizo perder la vista de un ojo. Sufría de insomnio, y encontraba su mayor placer en la lectura: Virgilio, Byron, Burns y Scott.[619]

Davis pensaba que la defensa que los sureños hacían de la esclavitud y su propagación descansaba en fundamentos morales irrefutables. Más aún, adoptó una actitud moralmente agresiva y acusó al Norte de hipocresía: "Fuisteis vosotros quienes importaron los negros a este país. Vosotros quienes disfrutaron de los beneficios que rindió su transporte y venta, y vosotros sacasteis el mayor provecho de la introducción de los esclavos". Según Davis, la abolición no era otra cosa que una "pérfida intromisión en los derechos de otros hombres". No consideraba que

los acuerdos de 1820 y 1850 fueran "compromisos" sino concesiones hechas por los sureños, y pensaba que representaban el límite hasta el cual se podía esperar razonablemente que el Sur avanzara. Las limitaciones adicionales a la esclavitud que el Norte pretendía imponer eran meros ataques al Sur, y no estaban motivados por pruritos morales sino por la envidia y el odio: "La máscara ha caído: la cuestión está a la vista. Es una lucha por el poder político". La Constitución estaba del lado del Sur. El Gobierno federal carecía de autoridad natural: "Ha sido creado por los estados. Como tal, carece de poder propio; todo cuanto tiene es lo que los estados han delegado en él". Si lo que Davis llamaba "la mayoría autosustentada" continuaba con su campaña opresiva e ilegal contra el sur, la "Confederación", como él la llamaba, debía disolverse: "Deberíamos separarnos pacíficamente y tratar de no manchar los campos de batalla de la revolución con la sangre de una guerra civil".[620]

Davis consideraba que esta filosofía heredada de Calhoun —que su hermano Joseph le había inculcado y acerca de la cual había reflexionado en sus cavilaciones solitarias hasta pulirla y perfeccionarla con el correr de los años— era axiomática. Resulta significativo que él nunca se haya visto a sí mismo como un extremista, sobre todo en lo concerniente a la ruptura de la Unión. Al respecto escribió: "Fui más paciente y más renuente que otros. Me mantuve a la zaga de la opinión general del pueblo [de Misisipí] en cuanto a la conveniencia de una secesión inmediata". Pero cuando sus supuestos básicos acerca de la esclavitud fueron cuestionados respondió con una actitud paranoica. Su reacción no se debió exclusivamente a su formación eminentemente sureña sino a un rasgo dominante de certeza de superioridad moral que teñía su carácter. Una serie de incidentes que protagonizó en su juventud en el Ejército y en sus disputas públicas y privadas muestran que, una vez que se había decidido y adoptado una postura, consideraba que cualquier in-

tento de disuadirlo era inadmisible, y un ataque a su integridad. Como le dijo a su segunda esposa, Varina: "No puedo soportar que se sospeche de mí, que se me hagan reproches, o se tergiversen mis ideas, después de haberlas explicado como corresponde". Esa frase resume la tragedia de su vida. El senador Isaac P. Walker, de Wisconsin, observó: "Cuando habla lo hace en un tono que parece dar por sentado que 'No hay nada más que decir, yo lo sé todo y debe ser como yo lo pienso'". El propio Davis dijo que ignoraba las críticas de la prensa: "Orgulloso de la conciencia de mi propia rectitud, las he considerado con la indiferencia que corresponde a la certeza de que tengo razón".[621]

En política, Davis tomó con naturalidad el hecho de que se lo llamara "el Calhoun de Misisipí", y cuando el viejo matamoros murió, asumió del mismo modo el "manto de Elias". También le pareció natural, cuando su amigo Franklin Pierce accedió a la presidencia, aceptar el cargo de secretario de Guerra, desde el cual se convirtió en la voz tal vez más poderosa del Gabinete y en un enérgico administrador. Pero su debilidad pronto quedó al descubierto. Se enzarzó en una serie de disputas con su subordinado, el comandante en jefe Winfield Scott, la mayoría por trivialidades. Scott también era arrogante y alardeaba de su superioridad moral, pero era de suponer que Davis, su superior, habría podido; comportarse con más prudencia y dignidad. En una de sus cartas a Scott, Davis llenó veintisiete páginas, que su destinatario calificó con desprecio como "un libro". Todo llegaba a manos de la prensa y se convertía en un material de lectura sorprendente. Scott terminaba su última carta diciendo: "Siempre se debe ser compasivo con un imbécil enfurecido". Davis le contestó que se sentía "contento por haberme liberado de la necesidad de seguir exponiendo en detalle su perversidad y depravación".[622] La lectura de esta correspondencia ayuda a explicar por qué se desencadenó la guerra civil y, más aún, por qué duró tanto. Y sugiere que Davis no fue nunca un

hombre capacitado para ejercer el cargo supremo, y mucho menos durante una guerra que habría de decidir el destino de una gran nación.

No se trata de que Davis fuera poco sensible. En cierto sentido, sus puntos de vista eran avanzados. Su actitud tendía a ser progresista en todo, menos en el tema de la esclavitud. Quien fuera uno de los pilares de la rectitud antiesclavista bostoniana, John Quincy Adams, lo elogió con vehemencia por haber ayudado a poner en marcha el Instituto Smithsoniano. Y Davis era muy consciente de algunas de las debilidades del Sur, sobre todo de su falta de industrias. Su único complejo industrial importante eran los talleres metalúrgicos de Tredegar, situados en las márgenes del río James, en las cercanías de Richmond. Habían sido construidos, por así decir, a imagen y semejanza de los talleres Tredegar de Gales del Sur en la década de 1830, para proveer a los ferrocarriles sureños. También producían cañones, cadenas y barcos de hierro; hacia 1859 era el cuarto taller metalúrgico en importancia de Estados Unidos y contaba con 800 empleados. Pero estaba al borde de la bancarrota porque no era competitivo. Obtenía el mineral de hierro de Pensilvania, porque las minas de Virginia se habían agotado, y debía comprar prácticamente todo el cobre y el bronce, y muchas partes de su maquinaria, en el Norte o en el extranjero. Debía pagar salarios más altos que otros talleres porque a los obreros industriales blancos les disgustaba trabajar en un estado esclavista. Una de las cosas que más objetaban era tener que trabajar junto a obreros esclavos, pues temían que terminaran quitándoles sus puestos de trabajo. Los talleres eran notables por la alta rotación de mano de obra, la escasez crónica de trabajadores y la falta de innovación. Si sobrevivían era por la arriesgada generosidad con que otorgaban créditos a los ferrocarriles sureños. A los sureños el establecimiento les parecía enorme, y les daba una gran tranquilidad, pero en escala nacional era marginal. En el Sur no ha-

bía ningún imán industrial actualizado que atrajera mano de obra cualificada y compensara de ese modo sus muchas desventajas.[623]

En cambio, 150 kilómetros al Norte se encontraba el embrión de un vasto complejo industrial que se extendía desde Wilmington a Nueva York. Entre 1840 y 1860 esta megalópolis se convirtió en la zona industrial de más rápido crecimiento del mundo, y fue este complejo el que hizo inevitable, en términos económicos y militares, el colapso del Sur. Davis conocía la debilidad del Sur, de modo que a partir de 1850 insistió en comenzar a hacer acopio de armas y municiones, alentar la inmigración proveniente del Norte, tender vías férreas a fin de contar con un transporte propio para los productos agrícolas que eran su fuerte, crear una base industrial que permitiera a los sureños producir sus propios bienes —textiles, zapatos, sombreros, mantas y otros por el estilo—, y asegurar el apoyo de los estados a la educación superior para que sus hijos no se vieran obligados a asistir a las universidades norteñas, que les inculcarían sus ideas. Lo que finalmente ocurrió en el Sur en la década de 1950, fue lo que Davis trató de lograr en la misma década del siglo anterior. Pero tanto el capital como la mano de obra cualificada blanca rechazaban la esclavitud, y los propios sureños detestaban la industrialización por muchas y diversas razones, pero sobre todo porque sentían instintivamente que significaría el fin de la esclavitud y de la cultura de las plantaciones. De modo que Davis no encontró respuesta a sus propuestas. En todo caso, los sureños estaban confundidos y desalentados. Su deseo de "educar" el Sur entró en conflicto con su insistencia en que los libros de texto sureños fueran reescritos a fin de eliminar de ellos las opiniones que contradecían el punto de vista sureño acerca de la esclavitud, con su deseo de que los niños del Sur aprendieran mediante libros que fueran "políticamente correctos" y "sus mentes adoctrinadas por impresiones y puntos

de vista sanos" y su decisión de despedir a los "maestros de escuela yanquis". No por nada el *New York Herald* lo llamó "el Mefistófeles del Sur".[624]

Al fracturar el Partido Demócrata, los estados sureños perdieron 'su principal patrimonio, la presidencia. Después, al separarse de la Unión, lo perdieron todo; ante todo y en primer lugar, la esclavitud. Bell tuvo razón al proclamar durante toda la campaña que el único modo en que el Sur podía conservar la esclavitud era manteniéndose dentro de la Unión. Pero eso requería "un cambio de actitud radical y completo de la opinión norteña con respecto a la esclavitud".[625] Al comienzo de la campaña, Davis, comprendiendo que Lincoln ganaría, hizo un esfuerzo desesperado por lograr que los otros tres aspirantes se retiraran y dejaran su lugar a un candidato de compromiso, tal vez un norteño con una disposición favorable hacia el Sur. Breckinridge y Bell aceptaron renunciar a sus respectivas candidaturas, y también el acompañante de Douglas, Benjamin Fitzpatrick. Pero Douglas, ambicioso y egoísta, y ciego hasta el final, se negó rotundamente. Así, Douglas hizo inevitable la guerra civil. ¿O no fue así, en realidad? ¿Era inevitable una vez que Lincoln hubo ganado?

Uno de los villanos fue Buchanan, el presidente saliente, que en la práctica no hizo nada entre principios de noviembre de 1860 y el traspaso del mando a Lincoln en marzo. Su mensaje al Congreso negaba el derecho de secesión pero culpaba de la crisis a los republicanos: dos juicios incompatibles. Era perezoso, temeroso, pusilánime y estaba confundido. En consecuencia, se perdieron cuatro meses vitales. Las medidas que tomó en el terreno militar, si se puede decir que tomó alguna, fueron más incendiarias que conciliadoras. Sólo dos estados querían una guerra civil: Carolina del Sur y Massachusetts. A comienzos

de la década de 1830, por la cuestión de la invalidación, los extremistas de Carolina del Sur fracasaron en su intento de arrastrar a otros estados, mientras que el resto del Sur se mostró dispuesto a fiarse de Jackson, con la certeza de que éste haría justicia al Sur. Pero ahora no se fiaban de nadie. De todos modos, se podría haber evitado la lucha armada. Si Carolina del Sur hubiese persuadido a sólo cuatro o cinco de los otros estados de emprenderla, la secesión se habría desinflado como un globo. Si los quince estados esclavistas se hubieran separado de la Unión, el Norte se habría visto obligado a ceder y aceptar un acuerdo de compromiso. Lo cierto es que los que se unieron a Carolina del Sur fueron suficientes para que se desencadenara la guerra.[626] La verdadera tragedia para Norteamérica es que sería justamente Lincoln, el hombre que los sureños más odiaban, el encargado de hacerlos entrar en razón, si se le hubiera dado la oportunidad. Si la Constitución le hubiera dado la posibilidad de instalarse en la Casa Blanca inmediatamente después de su elección, y de asumir plenos poderes, todo el peso de su inteligencia, toda la fuerza de su carácter y todo el genio de su imaginación se habrían concertado para permitirle solucionar el problema de exorcizar los temores del Sur. En cambio, tuvo que sentarse a esperar (en el intervalo se dejó crecer la barba) mientras la Unión se desintegraba y, cuando accedió a la presidencia, el proceso de secesión estaba en pleno desarrollo y era ya irrevocable.[627]

El 10 de noviembre, sólo tres días después de que se conocieran los resultados de la elección, la legislatura de Carolina del Sur autorizó por unanimidad la convocatoria de una convención estatal en la que se decidirían “las futuras relaciones entre el estado y la Unión”, y cuyos miembros se elegirían el 6 de diciembre. Ocho días más tarde, Georgia siguió su ejemplo. Antes de que transcurriera un mes todos los estados sureños habían tomado las primeras medidas tendientes a concretar la se-

cesión. El 3 de diciembre, cuando el Congreso volvió a reunirse en sesión, escuchó una quejosa protesta de Buchanan, que dijo que deploraba que se estuviera hablando de secesión pero que lamentablemente él nada podía hacer para evitarla. Tres días más tarde, en Carolina del Sur, la elección de los miembros de la convención dio como resultado una mayoría abrumadoramente secesionista; el 20 de diciembre, la convención declaró que el estado ya no formaba parte de la Unión. El propio Davis trató de promover un acuerdo de compromiso pero su iniciativa fracasó. El 7 de enero comenzó la convención de su propio estado, Misisipí, que el día 9 decidió la secesión por 84 votos contra 13. Dos días antes, los senadores de Georgia, Florida, Alabama, Luisiana, Texas, Arkansas y Misisipí habían celebrado una junta en Washington y decidido volver a reunirse en Montgomery, Alabama, el 13 de febrero, para formar un gobierno. Como otros senadores, Davis pronunció un emocionado discurso de despedida en el Congreso. Mientras atravesaba Tennessee rumbo al Sur, se le pidió que pronunciara un discurso en su hotel, Crutchfield House, y él accedió. En esas circunstancias el hermano del dueño del hotel, William Crutchfield, lo increpó diciéndole que era "un renegado y un traidor. […] No queremos ser embaucados, engañados y arrastrados a su oclocracia escuálida, aristocrática y de sangre tory sureña de Carolina del Sur". La multitud, entre la que había muchos hombres armados, respaldó estas acusaciones: el sentimiento de apego a la Unión en las zonas más remotas y las montañas era muy fuerte. [628]

Davis pronto fue designado general del Ejército de Misisipí. Muchos, entre ellos su esposa, querían que fuera el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la Confederación y no su presidente. Él opinaba igual que Varina. En una reunión celebrada el 4 de febrero los seis estados que ya se habían separado de la Unión —Carolina del Sur, Misisipí, Florida, Georgia, Luisiana

y Alabama— redactaron una nueva Constitución, que sólo difería de la antigua en su reconocimiento explícito del derecho de poseer esclavos. Robert Toombs (1810-1885), senador por Georgia, podría haber sido elegido presidente, pero se embriagó en público varias noches seguidas. Finalmente, resultó elegido Davis, más o menos por unanimidad.

En su discurso de toma de posesión Davis dijo que la Confederación había nacido de "una llamada pacífica a las urnas". No era verdad. Ninguno de los estados convocó un referéndum. La decisión fue tomada en varias convenciones secesionistas por un total de 854 hombres, todos ellos elegidos por las legislaturas de sus respectivos estados y no por los ciudadanos. De éstos, 157 votaron contra la secesión. De modo que fueron 697 hombres, casi todos ricos, quienes decidieron el destino de 9.000.000 de habitantes, en su gran mayoría pobres. Davis afirmaba que estaba ansioso por demostrar que la secesión no era "una guerra de los ricos en la que combaten los pobres", pero lo cierto es que fueron los realmente ricos, y los meramente prósperos, que eran los que tenían más intereses en juego en el conflicto, quienes decidieron iniciarla, y no el resto de los blancos, que no tenían intereses económicos concretos que defender. Y el nivel de los dirigentes sureños, intelectualmente al menos, era más bien pobre. Las razones que justificaban la secesión, incluidas en las declaraciones de cada estado, eran disparatadas y se limitaban a reflejar la paranoia que se había enseñoreado de la región. La de Misisipí decía: "El pueblo de los estados norteños ha adoptado una posición revolucionaria hacia los estados sureños". Había "insultado y ofendido a nuestros ciudadanos cuando viajan a sus territorios [...] despojándolos de sus sirvientes y liberando a estos últimos". Había "alentado una invasión hostil de un estado sureño a fin de incitar a la insurrección, el asesinato y la rapiña". La declaración de Carolina del Sur era igualmente extravagante y terminaba denunciando a Lincoln, "cuyas opiniones

y propósitos son hostiles a la esclavitud". Pero la mayoría de los presidentes de Estados Unidos se habían mostrado hostiles a la esclavitud, incluso Jefferson, el hombre cuyas opiniones acerca de la cuestión Lincoln citaba más a menudo.

Los dirigentes sureños dieron por sentado que había diferencias irreconciliables entre los pueblos del Norte y los del Sur. Pero en realidad las lealtades estaban divididas. Mary Lincoln tenía tres hermanos en el Ejército confederado; los tres murieron en la guerra y, desde el punto de vista de los afectos, ella simpatizaba inequívocamente con el Sur. Los parientes varones de Varina Davis, los Howell, estaban todos en el Ejército de la Unión. El senador por Kentucky John J. Crittenden (1787-1863), que hizo todo lo posible por promover un acuerdo de compromiso, tenía dos hijos, los dos generales de división: uno estaba en el Ejército confederado y el otro en el de la Unión. El mejor embajador de la Unión en Europa, Robert J. Walker, era un ex senador por Misisipí, mientras que el mejor embajador confederado, Caleb House, provenía de Massachusetts. Samuel P. Lee, sobrino del general Robert E. Lee, estaba al mando de las fuerzas navales de la Unión que operaban en el río James, mientras que otro almirante de la Unión, David Glasgow Farragut (1801-1870), el comandante naval más destacado de la guerra, había nacido en Tennessee y vivido en Virginia. Los ejemplos son interminables. Al joven Theodore Roosevelt se le pedía que rezara por el Norte; el joven Woodrow Wilson rezaba por el Sur. Hubo literalmente millones de familias divididas, y es probable que los extremistas de ambos bandos no sumaran más de cien mil.

La guerra era tan obviamente perjudicial para los intereses racionales del Sur que Lincoln no la consideraba probable. Su preocupación era evitar que los republicanos trataran de apaciguar al Sur abandonando su programa y abrazando la doctrina de Douglas acerca de la soberanía popular. De modo que repi-

tió una y otra vez su mensaje a los congresistas republicanos: "No hagan ninguna concesión. No permitan que haya componenda alguna en materia de *extensión* de la soberanía. Manténganse firmes. La lucha ha de sobrevenir y es mejor que sea ahora que más adelante".[629] La lucha significaba para él confrontación y crisis, no una guerra. Si Lincoln hubiera pensado en la posibilidad de una guerra, en el momento de formar su Gabinete no habría nombrado secretario de Guerra a Simón Cameron (1799-1889). Cameron era un banquero millonario y magnate de los ferrocarriles, jefe indiscutible del republicanismo de Pensilvania, y fue nombrado por razones fundamentalmente políticas (su manejo de los contratos del Ejército obligó a Lincoln a destituirlo y dio lugar a un voto de censura en la Cámara de Representantes). Probablemente, tampoco habría nombrado secretario de Estado a Seward, ni secretario del Tesoro a Chase. Lincoln sabía que se avecinaba un período vertiginoso y optó por un Gobierno fuerte antes que por un Gobierno para tiempos de guerra.[630]

Seward, un hombre inteligente y persuasivo, creía que la mejor estrategia que podía adoptar el Gobierno era dejar que el Sur profundo rebelde se cocinara en su propia salsa confederada y concentrarse en cortejar a los otros estados esclavistas a fin de que se mantuvieran fieles a la Unión. Pero eso habría significado dejar marchar a aquellos siete estados, y Lincoln estaba decidido a preservar la Unión tal como era, a cualquier precio. Eso era lo único que, en esa etapa, le parecía claro y se aferró a la idea. Esta estrategia, a su vez, puso en marcha el mecanismo de la guerra. En diciembre de 1860, cuando declaró su independencia, Carolina del Sur exigió a los custodios de todas las propiedades federales que entregaran éstas. El mayor Robert Anderson, comandante federal de todas las fortificaciones situadas en el puerto de Charleston, concentró sus fuerzas en Fort Sumter y se negó a obedecer cualquier orden que no le fuera impar-

tida desde Washington; el presidente Buchanan, en muchos sentidos poco firme, se negó a aceptar que las fuerzas federales fueran evacuadas. Como consecuencia de ello, el general F. W. Pickens, de Carolina del Sur, desplegó su artillería ante la fortificación. Cuando Lincoln asumió el mando, el Gabinete deliberó acerca del asunto. El comandante en jefe, el general Scott, de quien se podía haber esperado que estuviera ansioso por golpear al "imbécil" de su antiguo enemigo Davis, aconsejó, sin embargo, no hacer nada. Cinco de los siete miembros del Gabinete de Lincoln estuvieron de acuerdo con él. Pero Lincoln decidió actuar de otro modo. Su decisión de enviar una expedición de socorro por mar, que llevaría alimentos pero no armas ni municiones, y de informar al general Pickens acerca de lo que estaba haciendo, fue una muestra de su política tendiente a defender la Unión a cualquier precio. La respuesta de las fuerzas confederadas —abrir fuego sobre la fortificación y contra la bandera de la Unión— fue una decisión que demostró la intención de defender la secesión a cualquier precio. Así comenzó la guerra, el 12 de abril de 1861.[631]

Como el Sur se estaba armando y reclutando tropas, Lincoln no tuvo otra alternativa que tomar medidas también en ese sentido. "La bandera tachonada de estrellas ha sido atacada por tropas sureñas", dijo, y el 15 de abril hizo un llamamiento en el que pedía 75.000 voluntarios (en pocos días se presentaron 92.000). Esta iniciativa de Lincoln fue, curiosamente, la "última gota" que impulsó a Virginia (y también a Carolina del Norte) a la secesión. También en este caso se trató de una decisión antidemocrática, porque la convención del estado aprobó por 88 votos contra 55, el 17 de abril, una Ordenanza de Secesión que debía someterse a un plebiscito popular. Sin embargo, el gobernador puso el estado bajo las órdenes del mando confederado sin esperar a que se realizara el plebiscito. Este acontecimiento fue decisivo por muchas razones. Virginia era la más

importante de las colonias originales, el elemento central de la guerra revolucionaria, el estado del que salieron la mayoría de los primeros grandes presidentes y, además, el que había proporcionado el modelo para la Constitución de Estados Unidos. El hecho de que en el estado que más había trabajado para que existiera la Unión se practicara semejante fraude inconstitucional era una ruindad inimaginable. Es asombroso que los virginianos lo toleraran. Y, por supuesto, muchos no lo hicieron. La región oeste de Virginia, que no tenía esclavos, se separó y formó un estado aparte, reconocido en 1863 por el Congreso como estado de Virginia Occidental.

Lincoln había pedido al general Lee, el militar más distinguido de aquel estado, que fuese el comandante en jefe de las fuerzas de la Unión. Era una decisión sensata, y habría sido un nombramiento espléndido, pues Lee era decente, honorable e inteligente además de buen militar. Pero por encima de todo era virginiano, y prefirió esperar a ver qué hacia Virginia. Cuando Virginia se separó, Lee renunció a regañadientes a su cargo en el Ejército de los Estados Unidos, en el que había servido por espacio de treinta y dos años. A nosotros puede parecernos quijotesco, pero él pensaba que no tenía otra opción. Escribió a su hermana en Baltimore y a su hermano en Washington DC: "Ni toda mi devoción por la Unión, ni la lealtad y el deber que siento como ciudadano norteamericano que soy, bastan para decidirme a empuñar las armas contra mis parientes, mis hijos, mi hogar".[632]

La secesión de Arkansas sobrevino el 6 de mayo. Al día siguiente, Tennessee formó una "alianza" con la Confederación, la única decisión que fue ratificada por el voto popular. Carolina del Norte, poco menos que encerrada entre Virginia y Carolina del Sur, no tenía muchas opciones y se incorporó el 20 de mayo. Misuri estaba dividida, pero se negaba a incorporarse a la Confederación. Delaware estaba firmemente del lado de la

Unión pero vacilaba, molesta por la coacción. Maryland también protestó contra la coacción, pero rechazó la idea de convocar una convención y permaneció en la Unión. Kentucky se negó, al principio, a enviar los voluntarios que pedía Lincoln, pero hacia fines de 1861 ya participaba en el esfuerzo bélico de la Unión. De modo que fueron sólo once de los quince estados esclavistas los que formaron la Confederación.[633]

En términos demográficos, la Confederación estaba en enorme desventaja. Según el censo de 1860, los once estados confederados tenían una población de 5.449.467 blancos y 3.521.111 esclavos. Casi 1.000.000 de los varones blancos prestaron servicio militar y las fuerzas militares confederadas sufrieron 300.000 bajas. Los diecinueve estados de la Unión tenían una población de 18.936.579 habitantes y los cuatro estados fronterizos otros 2.589.533, a los que había que sumar 429.401 esclavos, más de 100.000 de los cuales sirvieron en el Ejército de la Unión, que contó en total con 1.600.000 soldados. Además, durante la guerra llegaron al Norte casi 1.000.000 de nuevos inmigrantes, de los cuales 400.000 sirvieron en el Ejército de la Unión. Algunos de los mejores soldados de las fuerzas norteñas fueron alemanes, irlandeses y escandinavos, lo mismo que algunos de los oficiales más destacados: Franz Sigel y Cari Schurz (alemanes), Philippe de Trobriand (francés), el coronel Hans Christian Heg y Hans Matson (noruegos), y los generales Corcoran y Meagher (irlandeses). La preponderancia económica de la Unión era aún más abrumadora. La proporción de varones libres de entre dieciocho y sesenta años era de 4,4 norteños por cada sureño. En otros apartados la diferencia era todavía\mayor: producción fabril, 10 a 1; metálúrgica, 15 a 1; carbón 38 a 1; fabricación de armas, 32 a 1; trigo, 412 a 1; maíz, 2 a 1; textiles, 14 a 1; tonelaje de buques mercantes, 25 a 1; riqueza, 3 a 1; kilometraje ferroviario, 2,4 a 1; superficie destinada a granjas, 3 a 1; animales de tiro, 1,8 a 1; ganado, 1,5 a 1. El

único producto en el que el Sur tenía ventaja era el algodón, 24 a 1, pero esta ventaja se redujo debido a la superproducción (en el Sur) y el acopio (fuera del Sur) durante la interminable escalada de la crisis. Poco antes de que comenzara la guerra, el senador James Henry Hammond, de Carolina del Sur, alardeaba: "El algodón, el arroz, el tabaco y los almacenes navales gobiernan el mundo; y nosotros tenemos el privilegio de saberlo y un espíritu suficientemente teutónico para imponernos. Sin nosotros el Norte sería un ternero huérfano que gime desvalido y muere de sarna y de hambre".[634] En el Sur se suponía que la guerra daría lugar a un crecimiento de la economía sureña y a una recesión de la norteña. De hecho, como era previsible, ocurrió exactamente lo contrario. La economía del Sur perdió impulso y la del Norte creció aún más rápidamente que en la década de 1850.[635]

Las dificultades del Sur se agudizaron debido al mal manejo que hicieron de las finanzas, la diplomacia y la política interna, todo lo cual tuvo graves consecuencias en el plano militar. Primero, existe un hecho histórico curioso: en la mayoría de las guerras civiles, el bando perdedor es el que empieza a quedarse sin dinero, y la guerra civil norteamericana es uno de los casos más notables en ese sentido. El Sur no tenía oro en su territorio, ni existencias de plata ni reservas en lingotes, y dependía por entero de su propio papel moneda. El Norte tenía la enorme ventaja de contar con una fuerza naval poderosa y bien entrenada, y casi desde el comienzo estuvo en condiciones de imponer un bloqueo que, si al principio fue a menudo ineficaz, a medida que la guerra se desarrollaba se volvió cada vez más estricto. A consecuencia de ello, la percepción de impuestos de importación y exportación, el recurso al que había echado mano tradicionalmente el Sur para recaudar fondos, se resintió. Los derechos de importación aportaron sólo un millón de dólares en metálico durante toda la guerra, y la fuerza naval de la

Unión se ocupaba con tanto celo de interceptar los barcos exportadores de algodón que sólo se recaudaron alrededor de 6.000 dólares por ese concepto. Por otra parte, el Sur tenía una capacidad limitada en materia de fabricación de armas y se veía obligado a comprarlas en el exterior. Francia, siempre dispuesta a proveer de armas a los regímenes marrulleros, satisfizo los pedidos del Sur, pero insistió en que se le pagara en metálico (como hacían los traficantes de armas independientes).

Davis nombró secretario del Tesoro a C. G. Memminger, un político de Carolina del Sur. Fue una designación extraordinaria: Memminger prácticamente no tenía experiencia en el mundo de las finanzas y, peor aún, carecía del ingenio creativo necesario para vencer las dificultades casi insuperables que se presentaban en materia de recaudación.[636] Un primer empréstito de guerra al 8 por ciento, organizado por un consorcio de bancos de Nueva Orleans y Charleston, permitió reunir 15 millones de dólares en metálico, que se utilizaron para comprar armas y, en consecuencia, fueron enviados de inmediato al extranjero. Pero los siguientes empréstitos terminaron convirtiéndose en fracasos, primero relativos y después completos. Un empréstito en el extranjero, organizado en Londres por Erlangers, en enero de 1863, y que tenía como garantía la producción algodonera del Sur, aportó una cantidad irrisoria, debido a su alto coste y a una imprudente tentativa de aumentar el precio de sus bonos en el mercado. De ahí que Memminger echara mano del recurso característico de los poco previsores de todas las épocas: la emisión de papel moneda. Hacia el verano de 1861, el dinero circulante en la Confederación ascendía a un millón de dólares. En diciembre había sobrepasado los 30 millones; hacia marzo de 1862 llegaba a 100 millones, en agosto a 200 y en diciembre a 450. En 1863 se duplicó y siguió aumentando, aunque las cifras posteriores van más allá de todo posible cálculo. El oro se cotizaba por encima de la par en mayo de 1861 y, a finales de

año, a 20 por ciento sobre la par. Hacia finales de 1862, un dólar de oro equivalía a tres de papel moneda y, hacia finales de 1863, a no menos de veinte.

En julio de 1864 Memminger fue acusado de obtener beneficios personales en el mercado del algodón y, ofendido, renunció. Davis nombró a un verdadero mago de las finanzas llamado George A. Trenholm, un comerciante en algodón de Charleston que había demostrado con creces su habilidad para vender el producto más importante del Sur. Pero para entonces ya era demasiado tarde: las finanzas sureñas no tenían remedio. La inflación se volvió incontrolable: en diciembre de 1864 la cotización del dólar de oro equivalía ya a 40 dólares y, poco después, llegó a 100. La inflación, más que cualquier otra cosa, firmó la sentencia de muerte del Sur. En la segunda mitad de la guerra, los sureños mostraron una propensión cada vez más marcada a utilizar el dinero del Norte, que les inspiraba más confianza. Hacia el final se tendía a prescindir totalmente del papel moneda y a comprar y vender en metálico; incluso el Gobierno recaudaba así sus impuestos. Los únicos que contaban con medios para realizar transacciones eran los que habían atesorado dólares de oro. Davis estaba en la misma situación que todos los demás. En las últimas semanas de la Confederación, cuando decidió que su esposa Varina se marchara y se llevara sus últimas monedas de oro, se guardó una de 5 dólares para él.[637]

La diplomacia del Sur fue tan inepta como su política económica. Al principio, Davis no consideró necesario desplegar una ofensiva diplomática importante: creía que los argumentos económicos hablarían por sí mismos. El país clave era Inglaterra, porque en la década de 1850 había importado el 80 por ciento de su algodón de Norteamérica y tenía la Marina más poderosa del mundo, capaz de quebrar el bloqueo de la Unión si se lo proponía. Davis coincidía con la afirmación del senador Hammond: “No os atreveréis a hacer la guerra a nuestro algodón.

No hay potencia en la tierra que se atreva a hacerle la guerra. El algodón es Rey".[638] Pero la superproducción y el acopio preventivo anterior a la guerra condujeron, en abril de 1861, a una sobreoferta del 40 por ciento en el mercado británico, antes de que el conflicto hubiera comenzado. Inglaterra comenzó a proveerse de algodón en Egipto y en la India y, ya durante la guerra, en Estados Unidos, a través del Norte. Entre 1860 y 1865 Inglaterra logró importar de Norteamérica más de 5.000.000 de fardos de algodón, de los cuales pocos fueron comprados directamente al Sur. Los fabricantes ingleses vieron con buenos ojos la oportunidad de deshacerse de sus existencias y liberarse de la dependencia que los ligaba a los productores sureños, que les resultaban complicados y arrogantes. Es cierto que el bloqueo de la provisión de algodón provocó un cierto grado de desempleo en Lancashire y Yorkshire; hacia finales de 1862 se calculaba que en Inglaterra había 330.000 hombres y mujeres desempleados como consecuencia del conflicto. Pero éstos no sentían la menor compasión por el Sur. Se identificaban con los esclavos. Enviaron a Lincoln una petición: "Nuestros intereses son idénticos a los suyos. Somos un solo pueblo en verdad. [...] Si hay aquí quienes desean que usted fracase, esté seguro de que son principalmente los que se oponían a la libertad en nuestro país, y que no podrán encender disputas entre nosotros". Lincoln dijo que aquellas palabras eran "un ejemplo de sublime heroísmo cristiano".

Lo cierto es que, con su oposición a la esclavitud y su insistencia en defender la integridad de la Unión, Lincoln se identificó, e identificó su causa, con los dos impulsos más poderosos del siglo XIX: el liberalismo y el nacionalismo. No necesitaba desplegar una ofensiva diplomática importante —aunque la desplegó— porque la opinión pública mundial ya estaba de su lado, y lo estuvo mucho más cuando, mediante una proclama, declaró la emancipación de los esclavos. Era el Sur el que nece-

sitaba ganar amigos. Pero no era amigable. Davis odiaba Inglaterra. El Sur había hecho muchos amigos potenciales allí: el Partido Conservador, sobre todo las familias más destacadas, periódicos como *The Times*, y una parte sorprendentemente importante de la prensa. Pero no sacó provecho de todo ello. Los embajadores que envió eran extremistas que se dedicaban a una tarea de propaganda más que a la prudencia diplomática. El primer ministro inglés, lord Palmerston, era un nacionalista whig liberal que decidió actuar con la mayor ecuanimidad posible: el 13 de mayo de 1861 declaró una "neutralidad estricta e imparcial". El bloqueo naval llevado a cabo por los norteños provocó muchas menos fricciones con Inglaterra que las que el Sur había supuesto, porque se ajustó estrictamente a los principios ingleses de bloqueo de guerra que la Marina Real deseaba ver respetados para poder aplicarlos en el futuro. El único incidente realmente grave ocurrió en noviembre de 1861, cuando un famoso explorador, el capitán Charles Wilkes (1798-1877), al mando del buque norteamericano *San Jacinto*, interceptó al vapor británico *Trent* y capturó a dos agentes confederados, John Slidell y James M. Mason. Esto provocó una conmoción en Inglaterra, pero Seward, entonces secretario de Estado, conjuró rápidamente la crisis ordenando la liberación de los hombres con el argumento de que Wilkes debería haber llevado el buque inglés hasta el puerto para someterlo a una inspección oficial.[639]

Apenas comenzó la guerra, la capital de la Confederación se trasladó de Montgomery a Richmond; se trataba, sobre todo, de garantizar que Virginia se involucrara inequívocamente en el conflicto. Fue una bendición a medias. Los refinados virginianos consideraban que los políticos de Carolina del Sur eran extremistas peligrosos, fanfarrones y ostentosamente vulgares. Miraban con desdén a los Davis. Las damas, que repararon en el color oscuro y los labios gruesos de Varina, la comparaban con

una “refinada cocinera mulata” y la llamaban la Emperatriz, una referencia a la muy despreciada Eugenia, la esposa del dictador francés Napoleón III. Los georgianos, en especial Thomas Cobb, adoptaron una actitud decididamente hostil hacia Davis: era, decía Cobb, “terco como una mula”, y destituyeron al Procurador General, J. P. Benjamin (1811-1884), de lejos el hombre más capaz del Gobierno confederado, con el argumento de que era un “perro judío”. El senador Louis T. Wigfall, de Texas, era un firme defensor de Davis hasta que las esposas de ambos se distanciaron, en una ocasión en que Charlotte Wigfall, una esnob de Carolina del Sur, dijo que Varina era una “mujer plebeya del oeste” cuyos modales eran “censurables”, y Wigfall se entregó a promover el amotinamiento y la rebelión en el Congreso, a menudo en estado de embriaguez. La confederada Richmond fue convirtiéndose poco a poco en un nido de víboras dividido en enconados feudos políticos y sociales, y los Davis dejaron de recibir en su casa.

Una vez que los ejércitos confederados comenzaron a penetrar en territorio aliado se pusieron de manifiesto los intereses divergentes dé los estados, que no pensaban más que en sí mismos, lo que se reflejó, en Richmond, en una lucha política salvaje de todos contra todos. Resulta curiosamente paradójico que el pueblo sureño, que no había sido consultado al respecto, luchara con extraordinario coraje y perseverancia mientras sus élites, que lo habían sumido en aquel Armagedón, resultaban desgarradas por el enfrentamiento entre facciones y por la deslealtad mutua y muchos de sus miembros abandonaran el penoso teatro de la guerra mucho antes de que ésta llegara a su fin.[640] Davis era demasiado orgulloso, reservado y susceptible para organizar su propia facción. Consideraba que estaba muy por debajo de su rango buscar popularidad o adular a los hombres para que cumplieran con su deber. De ahí que “los amigos más íntimos se marcharan a veces rojos de ira, con gesto amenazan-

te, y decididos a romper definitivamente con él".[641] Pero al menos se hundió con la ya anémica causa y terminó prisionero de los unionistas.

Bien podríamos preguntarnos: siendo así las cosas, ¿por qué el Sur combatió tan bien? ¿Por qué la guerra duró tanto? En primer lugar, es preciso tener en cuenta que Lincoln obraba inhibido por muchas restricciones. No buscó la guerra, no quería la guerra y, en principio, no creía tener las dotes necesarias para conducirla. Cometió muchos errores, en especial con sus generales, pero a diferencia de Davis, aprendió de ellos. El Sur luchaba por su supervivencia, y lo sabía; en ese sentido, a los sureños nunca les faltó motivación. El Norte estaba dividido, perplejo, y se mostraba renuente a ir a la guerra; o, más bien, había una gran cantidad de fanáticos antiesclavistas y una cantidad aún mayor de votantes indiferentes que no deseaban verse involucrados en una disputa sangrienta en torno a un problema, la esclavitud, que no los afectaba directamente. Aparte, estaban los cuatro estados fronterizos, todos ellos esclavistas, cuya adhesión a la Unión era esencial mantener. Lincoln, que al comienzo contaba con un ejército profesional de apenas 15.000 hombres, combatía ante todo por una causa moral, y debía mantener esa superioridad moral. Pero también debía mantener unida la retaguardia de la Unión. Eso significaba que tenía que ser pragmático sin rebajarse nunca al oportunismo. Su gran don —tal vez el mayor de los muchos que poseía— fue precisamente su capacidad para investir de decoro moral sus decisiones y argumentos aun cuando fueran producto de la necesidad más acuciosa. Se le pedía que liberara a los esclavos: ¿por qué otra cosa se había llegado a la guerra? El respondía: para preservar la Unión. Se daba cuenta, y lo consideraba un hecho, de que si preservaba la Unión, la esclavitud estaba destinada a desapare-

cer. Pero no podía decirlo exactamente en esos términos, porque cuatro de sus estados querían conservarla.

En su intento de mantener la cohesión de la Unión y, al mismo tiempo, hacer lo que correspondía por los esclavos —víctimas inocentes y a la vez causa de una lucha de tan enormes proporciones—, Lincoln tenía plena conciencia de que la guerra civil no era simplemente, como él mismo argumentaba, una confrontación esencialmente constitucional con matices religiosos, sino también un conflicto religioso con matices constitucionales. Los motivos que impulsaban a los militantes de ambos bandos eran fundamentalmente morales y religiosos, más que económicos y políticos. En el Sur había una serie de textos convencionales y ampliamente citados acerca de la inferioridad de los negros, de la aceptación patriarcal y mosaica de la servidumbre y, por supuesto, de la doctrina de san Pablo con respecto a la obediencia a los amos. Durante la sucesión de acontecimientos que condujeron a la guerra, el Norte y el Sur se acusaron mutuamente sirviéndose de diferentes textos al respecto. En general, el revivalismo y el movimiento evangélico hicieron el caldo gordo a los extremistas de ambos bandos.[642] Cuando por fin se desencadenó la guerra, los presbiterianos del Norte y del Sur trataron de mantenerse unidos eliminando toda discusión acerca de esta cuestión, pero a la larga se dividieron. Los congregacionalistas, en virtud de su estructura de por sí atomizada, se mantuvieron unidos en teoría pero en los hechos se dividieron exactamente igual que los otros. Sólo los luteranos, los episcopalistas y los católicos lograron evitar los debates públicos y las divisiones abiertas; pero los testimonios demuestran que

también ellos estaban profundamente divididos en torno a una cuestión básica para los principios del cristianismo.[643]

Además de las certezas más notorias, había dudas, misterios y esfuerzos angustiosos de Abraham Lincoln por racionalizar el propósito divino. A cualquiera que lea sus cartas y discursos, y las notas en que han quedado registradas sus conversaciones privadas, le resultará difícil no creer que, fuera cual fuese su estado de ánimo religioso antes de que comenzara la guerra, Lincoln adquirió algún tipo de fe antes de que ésta llegara a su fin. Su absoluta y evidente sinceridad resplandece en; todo cuanto dijo a medida que la guerra se cobraba su terrible tributo. No hay duda de que sentía que su espíritu estaba siendo guiado por una fuerza superior. “Estoy satisfecho —escribió— porque cada vez que el Todopoderoso quiere que yo haga o deje de hacer algo determinado, encuentra un modo de hacérmelo saber”. En los momentos más críticos de la guerra esperaba siempre, como lo muestran los documentos de sus reuniones de Gabinete, recibir una orientación de la divina providencia. Nunca se atribuyó el papel de ejecutor de la voluntad de Dios, como parecían hacerlo todos los demás protagonistas del conflicto. Pero escribió: “Si no fuera por mi firme creencia en una providencia que lo determina todo me resultaría difícil, en medio de situaciones tan complicadas, mantener la cordura. Pero confío en que el Todopoderoso tiene sus planes y los realizará, y […] en que son los más prudentes y apropiados para nosotros”. Cuando se le preguntó si Dios estaba de parte del Norte contestó: “Eso no me preocupa en absoluto, porque sé que el Señor está siempre del lado de los buenos. Lo que no cesa de angustiarme, aquello por lo que rezo constantemente, es que yo y esta nación estemos del lado del Señor”. Decía, además: “Mi destino no es vencer, sino ser honesto. Mi destino no es tener éxito sino estar a la altura de la luz que me ilumina”.[644]

Apenas comenzó la guerra, una delegación de negros de Baltimore le regaló una Biblia exquisitamente encuadernada, a modo de reconocimiento por lo que hacía por ellos. Lincoln leía esta Biblia con creciente interés a medida que la guerra se desarrollaba; los libros que más frecuentaba eran el de los Profetas y el de los Salmos. Un viejo amigo, Joshua Speed, lo encontró un día leyéndola y le dijo: “Me alegro de verte dedicado a algo tan provechoso”. Lincoln le respondió: “Sí. Estoy dedicado a algo provechoso”. A lo que Speed repuso: “Bueno, veo que te has repuesto de tu escepticismo [acerca de la religión y del progreso de la guerra]. Lamento decir que yo no”. Lincoln le dio esta respuesta: “Estás equivocado, Speed. Si asumes todo lo razonable que puedas encontrar en este libro, y el equilibrio de la fe, vivirás y morirás siendo un hombre mejor y más feliz”. Como les dijo a los negros de Baltimore: “Este Gran Libro […] es el mejor regalo que Dios hizo al hombre”.[645] Después de leer la Biblia, Lincoln cavilaba acerca de cuál era el mejor curso de acción para adoptar, y solía llamar a algún viejo amigo como Leonard Swett para discutir los pros y los contras con un interlocutor amigable.

Así, en permanente discusión consigo mismo, Lincoln encarnó la moralidad nacional, republicana y democrática que debía su existencia a la experiencia religiosa norteamericana, tal vez de una manera más cabal y rigurosa que un hombre que perteneciera a una Iglesia determinada. Actuó imbuido del mismo estado de ánimo que el presidente Washington cuando leyó su mensaje de despedida ante el Congreso, y ésa es una de las razones por las cuales su conducta durante los acontecimientos que desembocaron en la guerra, y durante la guerra en sí, parece, en retrospectiva —y se lo pareció a muchos en ese momento— tan certeramente conforme al espíritu nacional. A diferencia del gobernador Winthrop y los primeros colonos, Lincoln no veía la república como la nación elegida, porque eso habría implicado

que ella tenía siempre la razón de su parte, y el hecho mismo de que se hubiese desencadenado la guerra civil indicaba que Norteamérica era falible. Pero, aunque fuese falible, estaba ansiosa por hacer lo correcto. Las Américas, como dijo Lincoln, eran "el pueblo casi elegido" y la guerra era parte del designio de Dios, una gigantesca prueba en la que mediante ordalías de sangre la nación encontraría el camino a la caridad y; en consecuencia, al renacimiento.

Este fue el espíritu con que Lincoln se enfrentó al problema de la emancipación de los esclavos. Debía escoger el momento muy cuidadosamente, no sólo para mantener a los estados fronterizos en la guerra, y luchando, sino porque en cierto sentido aquello marcaría un cambio en el objeto por el cual la guerra se estaba librando. Lincoln había entrado en ella, como decía una y otra vez, con el fin de preservar la Unión. Pero a comienzos del verano de 1862 estaba convencido de que, por obra de la divina providencia, la Unión estaba a salvo, y de que su deber era cambiar el objeto de la guerra: lavar el pecado de la Constitución y de los Padres Fundadores, y hacer que todo el pueblo de Estados Unidos, tanto los negros como los blancos, fuera libre. La providencia lo había guiado hasta ese punto; ahora la providencia lo guiaría más allá y le sugeriría el momento preciso en que debería hacer el anuncio, para dar un paso más hacia la victoria.

Lincoln había sopesado los argumentos de ambos bandos antes de llegar, por razones que poco tenían que ver con la política, a la convicción de que se debía declarar la libertad de los esclavos, y planteó su decisión al Gabinete el 22 de julio. Dijo a sus secretarios de Estado que había resuelto dar ese paso, y que no los había reunido para pedirles su opinión sino "a fin de plantearles el asunto de la proclamación". La respuesta de los miembros del Gabinete fue pragmática. Edwin M. Stanton (1814-1869), secretario de Guerra, y Edward Bates (1793-

1869), procurador general, lo exhortaron a "promulgarla de inmediato" para lograr un efecto contundente. Chase pensaba que la medida desestabilizaría la situación financiera del Gobierno. El director general de Correos, Montgomery Blair (1813-1883), dijo que les costaría una derrota en las elecciones del otoño. Lincoln permaneció imperturbable. La decisión estaba tomada: sólo necesitaba que se le aconsejara acerca del momento oportuno para ejecutarla. "No debemos promulgarla hasta después de una victoria", dijo y repitió hasta el cansancio. La victoria llegó, tal como él preveía, el 17 de septiembre, en la batalla de Antietam. Cinco días más tarde, el 22 de septiembre, se hizo pública la Proclamación de Emancipación —el documento más revolucionario de la historia de Estados Unidos desde la Declaración de Independencia—, que entraría en vigor el 1 de enero de 1863. A pesar de que en un principio obtuvo una acogida contradictoria, el impacto que causó esta iniciativa en el progreso de la guerra fue, en última instancia, completamente favorable, tal como Lincoln, prestando oídos a la providencia, preveía que ocurriría.[646]

Las consideraciones políticas —el mantenimiento de la cohesión de la Unión, la defensa de sus argumentos ante la opinión pública mundial, para la cual la emancipación representaba una cuestión clave, su necesidad personal de demostrar su convicción de que la guerra era justa y estaba siendo justamente librada— no fueron las que más pesaron para Lincoln: ni siquiera fueron las más importantes. La necesidad dominante, upa vez que la lucha se desencadenó, era ganar, y eso era lo que a Lincoln le resultaba más difícil de lograr. Su problema no era abastecer a las tropas, ni conseguir el dinero necesario para pagarlas. Se estaba gastando dinero en una escala prodigiosa, que pronto superó los dos millones de dólares diarios. Al comienzo del conflicto, la deuda pública de Estados Unidos, que había aumentado lentamente desde que el presidente Jackson la cancelara, as-

cendía a poco menos de 70 millones de dólares. El 1 de enero de 1866, cuando se proclamó oficialmente el fin de la insurrección, había llegado a 2.733 millones. Pero el Congreso estaba dispuesto a aprobar impuestos elevados, entre ellos por primera vez un impuesto sobre los ingresos personales de entre el 3 y el 5 por ciento (que se derogó en 1872). De todos modos, hubo que suspender los pagos en metálico a fines de diciembre de 1861, y en febrero de 1862 Lincoln firmó una ley que establecía el curso legal de los billetes emitidos por el Tesoro. A ella siguió la emisión de los *greenbacks* (los verdes), así llamados por su color, tanto en billetes como en bonos negociables en el mercado bursátil.

En ocasiones, las fluctuaciones en el valor del dinero emitido por el Gobierno con respecto al oro eran frenéticas, según las noticias que llegaban del escenario de la guerra, y se cometieron algunos graves errores. Con la intención de reducir la inflación, el secretario del Tesoro, Chase, fue personalmente a los mercados de Wall Street a vender oro, y logró que el Congreso aprobara una ley que prohibía los contratos que incluían cláusulas de pago en oro y penaba con multas y prisión a quienes los firmaran. Esta grosera y descarada tentativa de intervenir en el mercado tuvo resultados desastrosos. Chase se vio obligado a renunciar, y su sucesor, William P. Fessenden (1806-1869), persuadió rápidamente al Congreso de que la derogara. Sin embargo, en términos generales, se pudo mantener bajo control la inflación y algunas de las medidas tomadas en tiempos de guerra —la transformación de 1.400 bancos pertenecientes a los estados y con capacidad de emisión en una cantidad mucho menor de bancos nacionales entre 1863 y 1864, por ejemplo— resultaron sumamente beneficiosas y perduraron más allá del conflicto.[647]

El problema era que los generales lucharan, y ganaran. El general Scott, jefe del Ejército, no era un hombre precisamente sabio; tenía setenta y cinco años y era en extremo cauteloso. La estrategia global que propuso a Lincoln fue utilizar la Marina para bloquear a la Confederación, lo que significó aumentar el número de buques de 90 a 650, y dividir el Sur presionando sobre las principales rutas fluviales: el Misisipí, el Tennessee y el Cumberland. Pero el deseo que predominaba entre los generales de menor responsabilidad, en especial entre los confederados, era lograr un resultado rápido mediante una victoria espectacular, o capturando la capital enemiga, puesto que tanto Richmond como Washington estaban comparativamente cerca del centro del conflicto. En julio de 1861, uno de los jefes militares que acompañaban a Davis, el general P. G. T. Beauregard (1818-1893), un ostentoso aristócrata de Nueva Orleans de prosapia francesa, que había sido quien había hecho los primeros disparos en Sumter, decidió emprenderla contra Washington, ansioso por lograr la primera victoria. A él se unió otro ejército confederado conducido por el general Joseph E. Johnston (1807-1891) y, el 21 de julio de 1861, en Bull Run, infligieron una aplastante derrota a las fuerzas unionistas del general Irvin McDowell (1818-1885), aunque no sin considerables dificultades. Las flamantes tropas unionistas se desbandaron presa del pánico, pero los confederados estaban demasiado agotados para llegar a Washington.

No obstante, la batalla tuvo importantes consecuencias. McDowell fue reemplazado por el general George B. McClellan (1826-1885), un hombre menudo, preciso, meticuloso, y al parecer muy dinámico, que conocía la respuesta militar exacta para cada situación. Lamentablemente para Lincoln, y para el Norte, estas respuestas se sumaban a razones para no hacer nada, o poco, o para dejar las cosas a medio hacer. Sus argumentos eran siempre los mismos: que no tenía suficientes hombres,

pertrechos o artillería. La superioridad abrumadora del Norte en tropas y armamento comenzó a consolidarse, pero McClellan se negó a aprovecharla, para lo cual debería haber atraído al Sur a una batalla de proporciones a fin de destruir su principal ejército. El secretario de Guerra dijo de él y de sus subordinados: "Tenemos diez generales, y todos ellos tienen miedo de luchar. [...] Si McClellan tuviese un millón de hombres, juraría que el enemigo tiene dos millones; después, se sentaría en medio del barro y se pondría a pedir a gritos que le procuráramos tres".[648] Lincoln opinaba igual: "Día tras día gana terreno la impresión general de que lo único que [McClellan] se propone es no hacer nada". En cierto momento Lincoln parece haber creído seriamente que McClellan era un traidor, y se lo dijo abiertamente, pero se retractó ante la vehemencia de la respuesta del general. Más tarde, llegó a la conclusión de que no se lo podía acusar más que de cobarde. Cuando Lincoln decidió presentarse ante las tropas, acompañado por su amigo O. M. Hatch, y vio la vasta formación desde una elevación del terreno, susurró: "Hatch, Hatch, ¿qué es esto?". Hatch respondió: "Caramba, señor Lincoln, éste es el Ejército del Potomac". Lincoln replicó en voz alta: "No, Hatch, no. Esta es la escolta del general McClellan".

La primera batalla de Bull Run tuvo consecuencias diversas para los confederados. Parecía ser obra de Beauregard y, en consecuencia, lo lanzó al primer plano: pero después el hombre demostró ser uno de los generales menos eficaces y más conflictivos del Sur. De hecho, la victoria se debió más a Johnston, que era un comandante militar resuelto, arriesgado e ingenioso. Entre el 6 y el 7 de abril de 1862, en la primera batalla importante de la guerra, librada en Shiloh, en Pittsburgh Landing, Tennessee, Johnston lanzó sus 40.000 soldados contra el general Ulysses S. Grant (1822-1885), que contaba con sólo 33.000 hombres. El primer día concluyó con una victoria aplastante de los

confederados, pero poco antes de que terminara Johnston resultó herido. Aquello fue desastroso para el Sur: no sólo significaba la pérdida del mejor general que tenía hasta ese momento, sino que al día siguiente Grant remontó el resultado adverso de la batalla encabezando personalmente una carga que terminó con la derrota de los confederados. Sin embargo, Johnston no fue el único hombre que saltó al primer plano tras la primera batalla de Bull Run. Durante la refriega, el oficial que dirigía a los voluntarios de Carolina del Sur azuzó a sus atemorizados hombres señalando la brigada que los acompañaba, conducida por el general Thomas J. Jackson (1824-1863), y diciendo: "Allí está Jackson: es un muro de piedra". El apodo se popularizó y Jackson se hizo famoso gracias a él. Pero no respondía a la realidad. Jackson no era un comandante defensivo sino uno de los más audaces y decididos jefes ofensivos, y tenía el instinto asesino de los grandes generales. El Sur sólo podía ganar la guerra de una manera: encerrando y aniquilando en el campo de batalla al grueso del Ejército unionista del Potomac, tomando Washington y convenciendo a los vacilantes del bando unionista —eran muchos, por cierto— de que el coste de la guerra era demasiado alto y se debía llegar a un acuerdo. Si una mayoría parlamentaria hubiese abandonado a Lincoln, éste se habría visto obligado a renunciar, y toda la historia norteamericana habría sido muy distinta.[649]

Jackson, que había quedado huérfano en su infancia, era hijo de un abogado fracasado de Allegheny, Virginia. Era lo menos sureño que puede ser un caballero de Virginia. Según Grant: "Me impresionó siempre por su parecido con Cromwell; su aspecto se asemejaba más al de un hombre de Nueva Inglaterra que al de un virginiano". Era puritano. La señora de James Chesnut, una dama de Richmond, trazó un vivido retrato de él en su diario. Jackson le dijo, con severidad: "Me gustan las bebidas fuertes, por eso nunca las toco". En lugar de beber chupa-

ba limones y lo amargo de aquel zumo invadía su ánimo. No tenía sentido del humor, y trató de que sus tropas se abstuvieran de maldecir y de hacer bromas obscenas. Era "un jinete poco agraciado, que montaba un zaino lamentable de marcha torpe; sus pies enormes y con las puntas hacia fuera parecían encajados en los estribos, y algunas partes de su indumentaria, como la visera de su gorra, no lograban ocultar su aspecto tenso e inexpresivo". Jackson no poseía esclavos y hay buenas razones para creer que detestaba la esclavitud. En Lexington fundó una escuela para niños negros, algo que a la mayoría de los sureños les parecía abominable —en algunos estados era ilegal—, y la mantuvo abierta a pesar de las críticas y la acerba oposición que despertaba. Su cuñada, que escribió una biografía de él, dijo que aceptaba la esclavitud "tal como existía en los estados sureños, no como algo deseable en sí mismo, sino como algo dispuesto por la providencia para la consecución de fines que no eran de su incumbencia".

Sin embargo, como dijo Grant, "si había un hombre que creía en la rebelión era él". Jackson luchó con una ferocidad y una decisión inquebrantables, que ningún otro oficial de cualquiera de los dos bandos lograría igualar. La señora Chesnut registra la opinión de uno de sus colegas en el generalato: "Los domingos prefería la batalla al sermón. [Pero] si no se daba el caso de tener que combatir, lo que más le gustaba era un largo sermón presbiteriano, calvinista hasta el tuétano. No tenía compasión por los enfermos. Tenía la impronta típica de los grandes soldados. La vida humana no poseía ningún valor para él si había una misión que cumplir". Sus hombres le temían: "Daba órdenes perentorias y precisas y se marchaba sin dar tiempo a que le respondieran o protestaran. Si uno no las obedecía, corría el riesgo de ser arrestado". Disfrutaba de la guerra y la batalla —creía que eran designio de Dios— y era ambicioso, aunque de una manera muy diferente de como solían serlo los sure-

ños, más bien despreocupados mientras no se tratara de defender sus creencias y costumbres. A Jackson le habría gustado ser un dictador de esos que gobiernan en nombre de la rectitud moral. Pero una noche de mayo dé 1863, tras haber ganado la espantosa batalla de Chancellorsville, fue asesinado por la espalda por un grupo de hombres de sus propias brigadas, encabezados por Malone, que supuestamente lo confundieron, en la oscuridad, con un yanqui. Después de la muerte dé Jackson, la Confederación perdió todas sus batallas, salvo la de Chickamauga.[650]

Jackson no fue el único comandante admirable del bando confederado. El coronel John Singleton Mosby (1833-1916), que se encontraba tras las líneas unionistas, también tenía instinto asesino. Como muchos oficiales sureños, descollaba en la caballería, pero también era prudente y sensato. El general Richard Taylor, hijo del presidente Taylor, que fue el autor del mejor libro que se escribió acerca de la guerra en las filas del alto mando sureño, afirmó: "Acostumbrados a vivir a caballo, intrépidos y temerarios, los hombres del Sur estaban hechos para la caballería. Tenían todas las cualidades deseables, pero no eran disciplinados".[651] Mosby no quería saber nada de ese modo disparatado de combatir y fue el primer oficial de caballería que desechó el sable por inútil y se armó con un par de pistolas. Odiaba el ambiente de Richmond —"Aunque era un Gobierno revolucionario, el de Richmond fue el que más dominado estuvo por el galón rojo"— y ésa fue una de las razones por las cuales prefirió dedicarse a misiones de sabotaje, lejos de las andanadas de órdenes que descargaba el telégrafo. Los daños que infligió a las líneas de comunicación unionistas fueron formidables, tanto como el odio que cosechó. Por orden de Grant, cuando se capturaba a alguno de sus hombres se lo fusilaba sin más trámite. Durante el otoño de 1864, por ejemplo, el general George Custer hizo ejecutar a seis de ellos: tres fueron fusilados, dos

colgados y un joven de diecisiete años —que había pedido prestado un caballo para unirse a Mosby— fue arrastrado por las calles por dos hombres a caballo y fusilado delante de su madre, que había suplicado a Custer que le diera el tratamiento de prisionero de guerra. Esta práctica cesó de inmediato apenas Mosby comenzó a colgar a sus prisioneros en represalia.

Mosby era "delgado, macilento y dinámico [...]. Sus pies son pequeños y calza botas de caballería con espuelas de bronce, y lleva los revólveres a la cintura con un aire de 'seriedad'".[652] Tenía los ojos penetrantes, una sonrisa radiante y reía a menudo, pero se ponía terriblemente serio cuando combatía. Tenía el aspecto de los personajes de las películas de Hollywood y bien podría haber actuado en alguna, ya que vivió para ver *El nacimiento de una nación*. Llegó a ser una figura mítica en el Norte: se suponía que estaba en el teatro cuando Lincoln fue asesinado, supervisando el atentado, y que había planeado todos los grandes robos a trenes, mucho después de la guerra. Pero lo cierto es que fue el protagonista real de una de las mejores anécdotas de la guerra civil. Durante una incursión nocturna, pescó al general Edwin H. Stoughton desnudo en la cama con una prostituta y lo despertó bruscamente. "¿Sabe usted quién soy, señor?", vociferó el general. Mosby le preguntó a su vez: "¿Conoce a Mosby, general?". Stoughton respondió: "¡Sí! ¿Ha atrapado a ese... bribón?". Mosby concluyó: "No. ¡Pero él lo ha atrapado a usted!".[653]

Jackson y Mosby fueron los dos únicos generales confederados considerablemente exitosos. Tras la muerte de Jackson se hizo inevitable que Lee asumiera la jefatura, aunque para ser justos con él debemos señalar que no fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas sureñas hasta febrero de 1865, apenas dos meses antes de que las circunstancias lo obligaran a rendirse en Appomattox. Lee ocupa un lugar especial en la historia norteamericana porque fue la réplica sureña al Lincoln de los nor-

teños: el líder cuya probidad personal y virtuosa inspiración santificaron su causa.[654] Como Lincoln, aunque con un estilo menos excéntrico y estirado, Lee estaba a la altura de su papel. Irradiaba belleza y encanto personal. Aunque medía casi un metro ochenta, tenía los pies pequeños y había algo de femenino en su dulzura y benignidad. Sus compañeros de estudios en West Point lo llamaban "el modelo de mármol". A sus cincuenta años, con su magnífica barba, primero gris y luego blanca, se convirtió en un patriarca homérico. Provenía de la más rancia aristocracia virginiana y se casó con una mujer de su clase. Su padre, Henry Lee III, fue general de la guerra revolucionaria, congresista y gobernador de Virginia. Su esposa, Anne Carter, era bisnieta de *King* Carter, propietario de 120.000 hectáreas y 1.000 esclavos. Ésa era la teoría, al menos. Lo cierto es que el padre de Lee era también *Light Horse* Harry, un deshonesto especulador en tierras que quebró y defraudó, entre otros, a George Washington. El presidente Washington rechazó su pretensión de convertirse en jefe del Ejército de Estados Unidos con un enérgico eufemismo: "Le falta sentido de la economía". Henry fue encarcelado dos veces y, cuando Robert tenía seis años, huyó al Caribe y no regresó nunca más. La madre de Robert quedó convertida en una viuda menesterosa con muchos hijos, y la reputación de la familia empeoró aún más gracias a un hijo adoptivo con fama de rufián, *Black Horse* Harry, que se especializó en cometer adulterio.

En consecuencia, Lee se propuso firmemente llevar una vida ejemplar y rescatar el honor de la familia. Honor era una palabra que usaba a menudo. Para él lo significaba todo. Su conducta en West Point fue intachable y logró ahorrar a pesar de que la paga que recibía era magra, en una época en que los cadetes sureños se enorgullecían de las deudas que adquirían. Sus altas calificaciones le permitieron incorporarse al elitista Cuerpo de Ingenieros, cuya principal ocupación era construir fortifica-

ciones, y trabajó en la domesticación del salvaje y poderoso río que tan bien describió Mark Twain. Lee se distinguió en el servicio durante la guerra con México, dirigió West Point, y dirigió la caballería contra los indios de las planicies. Fue él quien reprimió la rebelión de John Brown y lo entregó no sin renuencia para que fuera colgado. Predijo desde el comienzo que la "guerra entre los estados", como la llamaba y la sigue llamando el Sur, sería prolongada y sangrienta. Hijo como era de un ardiente federalista, ansiaba que se llegara a un acuerdo que permitiera salvar la Unión. Pero veía que la Unión que Washington había creado se disgregaba y se aferró al único elemento que le parecía permanente: Virginia, de la que provenían tanto él como Washington y a la que estaba ligado por una cuestión de honor. Como él mismo dijo: "Tengo la más alta estima por la Unión y no hay sacrificio personal que no esté dispuesto a hacer para preservarla, salvo el del honor".[655]

Lee era un estratega consumado que creía fervientemente que la única posibilidad que tenía el Sur era atraer al Norte a una batalla decisiva y destruir así su ejército. Eso es lo que se propuso hacer. Tras la muerte de Johnston fue nombrado comandante del Ejército de la Virginia del Norte; lo dirigió durante tres años y, en general, obtuvo éxitos importantes. Puso fin a la amenaza que McClellan significaba para Richmond en la batalla de los Siete Días, derrotó a los unionistas en la segunda batalla de Bull Run (en agosto de 1862) pero el mes siguiente fue frenado en Antietam. Volvió a derrotar a los unionistas en Fredericksburg, en diciembre de 1862 y, en mayo de 1863, en Chancellorsville. Esta batalla le abrió el camino para la invasión de Pensilvania, el corazón del poder productivo del Norte, que lo obligaría a librar una batalla fundamental. Así fue como se desencadenó la batalla de Gettysburg (en julio de 1863). Aquello era lo que Lee quería, un encuentro en la mayor escala posible, aun cuando el verdadero punto de encuentro fue acci-

dental, y tanto Lee como el general George G. Meade (1815-1872), el comandante unionista, llegaron a él por error. Lee poseía talento para la estrategia, pero como comandante de campo tenía una gran debilidad. Las instrucciones que impartía a sus genérales eran indicaciones y deseos más que órdenes precisas. Como ha dicho su mejor biógrafo, "Lee era un soldado que prefería sugerir antes que ordenar, un general que intentaba conducir mediante el consenso y evitaba caer en la confrontación. Insistía en dar a los demás la posibilidad de ejercer la libertad de pensamiento y de acción que quería para él". Este método de conducción, aplicado a un ejército enorme, dio a veces buenos resultados a Lee, pero en Gettysburg resultó fatal. El primer día, el triunfo de los confederados fue abrumador, y él segundo día (2 de julio), el general James Longstreet (1821-1904) encabezó el principal ataque contra el flanco derecho de la Unión pero lo retrasó hasta las cuatro de la tarde, lo que permitió a Meade concentrar su fuerza principal en el bastión de Cemetery Ridge. Sin embargo, los sureños se aseguraron algunas posiciones, entre ellas la colina Culp. Merced al contraataque que lanzó la mañana del 3 de julio, Meade recuperó la colina Culp y complicó la situación de Lee, que ordenó un ataque contra Cemetery Ridge, pero no le aclaró a Longstreet que quería que tomara aquel bastión a cualquier precio. Jackson no se habría andado con rodeos: o tomaba la colina o tendría que enfrentarse a un consejo de guerra, le habría dicho. La carga fue llevada a cabo por la división dirigida por el general George E. Pickett (1825-1875), apoyado por otra división y dos brigadas adicionales: 15.000 hombres en total. El apoyo de artillería que Longstreet aportó era más bien escaso y la fuerza de asalto fue masacrada por la artillería de la Unión, que le infligió 6.000 bajas. Sólo la mitad de una de las compañías de asalto de Pickett alcanzó la cima; aún así, podría haber sido suficiente para ganar la batalla si Longstreet hubiera lanzado a todos sus hombres a

modo de refuerzo. Pero no lo hizo, y el Sur perdió la batalla, momento culminante de la guerra civil en el frente central. Lee sacrificó la tercera parte de sus hombres y el Ejército confederado ya no pudo recomponerse más, y mucho menos aspirar a ganar la guerra. “Ha sido un día triste para nosotros”, dijo Lee a la una de la mañana siguiente, “demasiado cansado para desmontar”. “Nunca en mi vida había visto tropas que se comportaran tan magníficamente como la división de Pickett. […] Y si se las; hubiera apoyado como se debía —por alguna razón que todavía no alcanzo a explicarme eso no ocurrió—, habríamos mantenido la posición y la victoria habría sido nuestra”. Luego hizo una pausa y dijo “en voz alta”: “¡Demasiado mal! ¡Demasiado mal! ¡Oh! ¡Demasiado mal!”.[656]

El general Meade fue criticado por no haber perseguido inmediatamente y con energía a las fuerzas de Lee, pero aquello era más fácil de decir que de hacer, pues sus hombres estaban terriblemente maltrechos. Pero era un general de fiar y, con él a cargo del frente principal sobre la costa del Atlántico, Lincoln podía darse por satisfecho. Entretanto, en el oeste, la guerra estaba comenzando a resultar favorable a la Unión. La estrategia de Lincoln consistía en neutralizar al máximo posible el Sur, dividirlo y fragmentarlo y, por fin, someter uno por uno a cada uno de esos fragmentos. La guerra naval, a pesar de la enorme superioridad de Norte, no siempre resultó como se preveía. El Sur equipó buques corsarios comerciales que, en conjunto, capturaron o hundieron 350 buques mercantes norteños, pero aquello no fue más que un desgaste menor. Cuando las fuerzas de la Unión abandonaron el depósito naval de Portsmouth, Virginia, al comienzo de la guerra, hundieron una fragata nueva, la *Merrimac*. Los confederados la recuperaron, le cambiaron el nombre por el de *Virginia*, y la acorazaron. Se enfrentó a un acorazado de la Unión, el *Monitor*, en Hampton Roads, el 9 de marzo de 1862, en un duelo de cinco horas —la primera bata-

lla entre acorazados de la historia— en el que ninguno de los dos buques logró sacar ventaja. Pero los confederados no lograron llevar al *Virginia* hasta el golfo de México, donde podría haber sido estratégicamente útil. Y estacionaron más tropas a fin de custodiar su base de las que eran necesarias. El Sur pudo eludir el bloqueo, pero nunca se acercó siquiera a la posibilidad de romperlo, y la brillante campaña del comodoro David Farragut en el golfo terminó por sellar la desembocadura del Misisipí.

En el frente occidental de la guerra en el Norte, el general Grant logró las primeras victorias importantes de la Unión cuando tomó las fortificaciones Henry y Donelson; después de Shiloh se hizo fuerte en el Misisipí y llegó hasta un punto situado tan al sur como Vicksburg. A esas alturas el Norte controlaba los ríos Tennessee y Cumberland, y había tomado Nueva Orleans y Memphis. Pero el Sur todavía controlaba 300 kilómetros del Misisipí entre Vicksburg y Port Hudson, Luisiana. Vicksburg estaba sólidamente fortificada y protegida por defensas naturales. Los intentos por tomarla, entre mayo y junio de 1862 y, después, en diciembre de ese año y enero de 1863, fracasaron. En mayo de 1863 Grant emprendió una tercera tentativa, y después de un feroz sitio en el que cada bando perdió 10.000 hombres, obligó a la plaza a rendirse al día siguiente de que Meade triunfara en Gettysburg (el 4 de julio). Cinco días más tarde, cuando cayó Port Hudson, todo el Misisipí quedó en manos del Norte, y la confederación dividida en dos.

Lincoln encontró por fin en Grant el general dispuesto a ganar la guerra que necesitaba, un hombre del que se podía fiar y al que podía estimar. A diferencia de los otros, Grant no pedía nada y no esperaba que el presidente aprobara sus planes por adelantado y se hiciera responsable de la derrota si las cosas salían mal.[657] Grant era un general poco atractivo. Lincoln dijo: “Es el hombrecillo más silencioso que puedan imaginarse.

Es el menos escandaloso de los hombres que he conocido en mi vida. Creo que en varias ocasiones ha entrado en [el despacho oval] y ha permanecido allí un minuto o más sin que yo advirtiera su presencia. El único indicio de que él está en algún lugar es que hace que las cosas funcionen". Grant había nacido en 1822 en Point Pleasant, Ohio. Su padre era curtidor. Cuando estudió en West Point la academia era, como él mismo dijo, un lugar para jóvenes aplicados e inteligentes "de familias que trataban de mejorar su posición social o de no perder la situación, precaria en que se mantenían".[658]

Lee, aúna especie de aristócrata, no encajaba en ese perfil. En la promoción de Grant, la del año 1843, estaban Longstreet, McClellan y Sherman, entre otros generales de la guerra civil, todos ellos representantes típicos de la meritocracia. El jefe de instructores de la época de Grant, Denis Hart Mahan —padre del destacado estratega naval— les enseñó que "llevar la guerra al corazón del país del atacante es la forma más segura de obligarlo a compartir sus inconvenientes y de frustrar sus planes". Lee nunca pudo lograrlo; Grant y Sherman, sí. Grant participó en la guerra contra México en su momento más álgido, combatió en Palo Alto, Resaca, Monterrey y Ciudad de México, y aprendió mucho en materia de logística, que más tarde sería su mejor arma. Pero odiaba y deploraba aquella guerra —la consideraba fundamentalmente injusta—, que el Gobierno demócrata libraba con el designio de adquirir más estados esclavistas, en especial Texas. Veía la guerra civil como un castigo impuesto por Dios a todo el país: "Las naciones, como los individuos, son castigadas por sus transgresiones. Nuestro castigo ha sido la guerra más sanguinaria y costosa de los tiempos modernos".

Grant tenía un sólido y simple sentido de la moral. Y una mente superior. Podría haber sido un brillante escritor: tanto sus cartas como su autobiografía tienen la marca del genio. Fue un soldado notable. Pero fallaba estrepitosamente en autodisci-

plina. Durante toda su vida adulta libró una dura batalla contra el alcohol, y fue derrotado a menudo. Después de la guerra mexicana se reintegró a la vida civil y fracasó en sus intentos de ganarse la vida como granjero, ingeniero, empleado público y recaudador de impuestos. En 1861 tenía treinta y nueve años, upa esposa, cuatro hijos, un pésimo trabajo, ni un centavo a su nombre, y corría el riesgo de convertirse en el borracho del pueblo. Vio con buenos ojos la guerra civil porque la consideró una cruzada en defensa de una causa justa. Y su vida cambió. Uno de sus vecinos dijo: "Percibí en él una energía renovada. Ya no caminaba con la cabeza hundida entre los hombros, y se echaba el sombrero sobre la frente con un toque de despreocupada elegancia". Enseguida fue nombrado coronel de un cuerpo de voluntarios y, poco después, general de brigada. No causaba impresión. Era un hombre menudo, que montaba un gran caballo, tenía una barba descuidada, un cigarro apretado entre los dientes, un sombrero gacho y un abrigo de soldado, común y corriente. Pero no era en absoluto descuidado cuando ponía manos a la obra. Era reflexivo. Planificaba. Daba órdenes claras y se ocupaba de que fueran obedecidas hasta el último detalle. Manejaba meticulosamente los movimientos de tropas y pertrechos. Su campaña en Vicksburg, aunque temeraria, fue un modelo de minuciosa planificación magníficamente ejecutada. Pero también era un asesino. Aunque considerado, en la guerra no tenía misericordia hasta que lograba la victoria. Lincoln lo amaba, y sus cartas a Grant son portentos de sinceridad, sensibilidad, concisión, sabiduría paternal y apoyo. En octubre de 1863 Lincoln dio a Grant el mando supremo en el oeste, y en marzo de 1864 lo puso al mando del frente principal nombrándolo general en jefe del Ejército de la Unión con el rango de teniente general, que no había sido otorgado a nadie desde Washington y fue reflotado para él por un Congreso por demás complaciente.[659]

Sin embargo, la guerra aún no estaba ganada, y cabe decir en homenaje a la extraordinaria presencia de ánimo del pueblo sureño, y al casi inagotable valor de sus soldados que, a pesar de todas las desventajas que sufría el Sur, y de la fuerza del Norte, la guerra se prolongó durante 1864, más exacerbada que nunca. Los dos ejércitos principales, el del Potomac (norteño) y el del Norte de Virginia (sureño), se habían enfrentado y combatido sin descanso durante tres años y, como dijo Grant, "libraron batallas probablemente más desesperadas que las que habían tocado en suerte a cualesquiera otros dos ejércitos, sin que por ello mejorara materialmente la posición de ninguno de los dos", de modo que resultó sin duda una devastadora anticipación del impenetrable frente occidental de la primera guerra mundial. ¿Qué hacer, entonces? Grant, después de mucho discutirlo con Lincoln, que trataba de apartarlo de alternativas más ambiciosas, decidió que desplegaría su estrategia en dos frentes. Un ejército al mando del general William T. Sherman (1820-1891), que había reemplazado a Grant como comandante en jefe en el oeste, atravesaría Georgia y destruiría el grueso de las comunicaciones este-oeste de la Confederación. El ejército principal, a las órdenes de Grant, procedería a una limpieza de la casi infranqueable Wilderness al oeste de Fredericksburg, Virginia, con la misión de preparar un asalto final contra el ejército de Lee. La batalla de Wilderness comenzó entre el 5 y el 6 de mayo de 1864, mientras el 7 Sherman lanzaba su asalto sobre Atlanta camino del océano.

Ninguno de los dos ejércitos pudo decidir a su favor la batalla de Wilderness, aunque las bajas en ambos bandos fueron de una magnitud espantosa; tres días más tarde, Grant fue rechazado en Spotsylvania y sufrió pérdidas equivalentes. A fin de mes, Grant volvió a atacar en Coid Harbor, tal vez la matanza más inútil de toda la guerra. En seis semanas había perdido 60.000 hombres. Las bajas que sufrió Lee también fueron considera-

bles: 20.000 hombres, una cifra que —habida cuenta de sus recursos— era aún más importante que la del Norte. Lincoln estaba hondamente impresionado por la carnicería y el fracaso. En una ocasión en que el presidente de la Cámara de Representantes, Schuyler Colfax, fue a verlo, Lincoln, que se paseaba a grandes zancadas por su despacho, "los largos brazos cruzados a la espalda, su rostro moreno contraído como nunca por la aflicción", le preguntó: "¿Por qué sufrimos un revés tras otro? ¿Podríamos haber evitado esta guerra terrible y sangrienta? ¿Terminará alguna vez?". Francis B. Carpenter, que estaba pintando su *Primera lectura de la Declaración de Emancipación por el presidente Lincoln*, lo describió tal como lo vio en su antecámara de la Casa Blanca, "envuelto en una larga bata, paseándose de un extremo a otro de un angosto corredor que daba a una de las ventanas, las manos a la espalda, profundas ojeras, la cabeza inclinada sobre el pecho: todo él era […] un vivo retrato de los efectos de la tristeza, la preocupación y la angustia".[660]

De todos modos, el lazo en torno al Sur se estaba cerrando. Davis lo sentía. Aún antes de Gettysburg, se había visto obligado a sofocar un disturbio provocado por un grupo de mujeres hambrientas en Richmond. Las tropas unionistas que saquearon su propiedad y la de su hermano, tomaron prisioneros a los blancos y dejaron en libertad a los negros. Alrededor de 137 esclavos huyeron hacia la libertad y dejaron tras de ellos, en la propiedad de Davis, apenas / seis adultos y unos cuantos niños. Su finca fue entregada por un; esclavo de quien él se fiaba; los soldados cortaron en pedazos las alfombras para llevarse los fragmentos como recuerdo, bebieron su vino, acuchillaron su retrato y se apoderaron de sus papeles personales, de algunos de los cuales, a su debido tiempo, aparecieron jugosos extractos en los periódicos norteños.

En Richmond, Davis tuvo que vender esclavos, caballos y carruaje para comprar comida: un sucedáneo de café, pan o copos

de maíz, pan blanco, un poco de tocino. Jeb Stuart, el mejor comandante de caballería de Davis, resultó mortalmente herido. Tenía un solo buen general, Lee, equiparable a Grant; pero Lincoln tenía dos. Sherman tomó Atlanta, se internó en Georgia incendiando y matando y, el 21 de diciembre de 1864, estaba en Savannah, con lo que volvió a dividir en dos la Confederación. Hacia Navidad, una gran parte del Sur estaba muriendo de hambre. Davis había facilitado la tarea de Lincoln —mantener unido el Norte— proclamando durante cuatro años que no negociaría nada a menos que el Norte admitiera la completa independencia del Sur. Ahora insistía en que el Sur "pondría de rodillas al Norte antes del próximo verano". Al escuchar esta baladronada, su propio vicepresidente, Alexander Stephens (1812-1883), le dijo, indignado, que se iba a su casa y no volvería a ocupar el cargo: era el comienzo de la desintegración del Gobierno confederado.[661]

Una parte importante del Sur estaba totalmente desmoralizada por la ocupación militar. Sarah Morgan, de Baton Rouge, que llevaba un diario, describió el saqueo de su casa:

> … una escena desoladora. Habían vaciado las bibliotecas, hecho añicos la porcelana, destrozado los armarios a hachazos, y abierto, vaciado y dado la vuelta a tres cofres de cedro; se llevaron todos los adornos de la sala. Habían arrastrado el piano [de su hermana Margarita] hasta el centro del salón y lo habían dejado abandonado allí porque era muy pesado para llevárselo; su escritorio estaba abierto y todas sus cartas y papeles tirados y dispersos por todas partes, y la última carta que Will le había enviado estaba abierta, en el suelo, con la marca de unos sucios dedos yanquis en ella. Habían cortado por la mitad el retrato de mamá, lo habían arrancado del marco y lo habían dejado tirado en el suelo. Margarita, que estuvo presente en el saqueo, contó cómo había salvado el de papa. Al parecer; ¡los que sembraron la destrucción en nuestra casa eran todos oficiales![662]

En Georgia la magnitud de la destrucción fue aun mayor. Como Grant, Sherman era un hombre decente, pero también un general feroz y con instinto asesino, decidido a terminar la guerra y la matanza cuanto antes, para de ese modo demostrarle al Sur lo más claramente posible que el Norte era superior y la resistencia, inútil. Así, en una franja de 100 kilómetros de an-

cho del territorio de Georgia destruyó todo lo que pudiera ser útil para el esfuerzo bélico del Sur: ferrocarriles, puentes, cosechas, ganado, desmotadoras de algodón, molinos y todo tipo de abastecimientos. A pesar de sus órdenes, y de la estricta disciplina de su ejército, el saqueo fue brutal y las atrocidades descorazonaron y atemorizaron a los sureños más valientes.[663]

La ocupación de Atlanta por las tropas de Sherman y la derrota del ejército sureño en Georgia llegaron justo a tiempo para asegurar la reelección de Lincoln. Durante el terrible verano de 1864 los "demócratas pacifistas" habían propuesto llegar a un acuerdo con Davis a fin de mantener bajo control a ambos ejércitos para poner fin a la guerra y, de paso, al Gobierno republicano. Muchos republicanos prominentes pensaban que la guerra estaba perdida y querían imponer a Grant como una especie de presidente-dictador. Él, por su parte, escribió a un amigo diciéndole que quería "seguir con la tarea en la que estaba empeñado", y el amigo le mostró la carta a Lincoln. Éste comentó: "Hijo, no sabes cuánto me consuela esto. No hay hombre que sepa cuánto puede corroer el ánimo la presidencia hasta que la ha experimentado. Y lo único que yo sabía es que se estaba intentando corroer a Grant con esa ambición". El general puso fin a la intriga declarando: "Considero que la reelección [de Lincoln] es tan importante para la causa como el triunfo del ejército en el campo de batalla".[664]

Los éxitos de Sherman en septiembre y su permanente avance en territorio de Georgia inclinaron la balanza de la opinión pública a favor de Lincoln. La creciente desesperación del Sur, expresada en actos de terrorismo, asaltos a bancos y asesinatos en ciudades norteñas, indignó a las masas del Norte y aportó votos decisivos para los republicanos. El resentido McClellan resultó un candidato desastroso para los demócratas. Lincoln

ganó en todos los estados que participaron menos en tres y obtuvo 212 de los 233 votos del colegio electoral, un atronador voto de confianza de parte del pueblo.[665] Comenzó su segundo mandato embargado por un estado de ánimo decidido pero todavía sombrío, y su voz se cargó cada vez más de matices fuertemente religiosos que resuenan en la breve alocución inaugural de su presidencia, una meditación acerca del modo misterioso en que ambos bandos del conflicto invocaban a su Dios, y en que Dios se abstenía de pronunciar su decisión final a favor de uno u otro:

> Ambos leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios, y caída uno invoca su ayuda contra el otro. Puede parecer extraño que: un hombre se atreva a pedir una ayuda justa de Dios para ganarse el pan con el sudor de otros hombres; pero no juzguemos si no queremos ser juzgados. Las plegarias de unos y otros no podían ser respondidas; ninguna ha sido cabalmente respondida. El Todopoderoso tiene sus propios designios: "¡Maldito sea el mundo por las ofensas cometidas! Las ofensas son inevitables, pero ¡ay del hombre que las cometa!" […] Abrigamos la esperanza —rezamos fervientemente por ello— de que este tremendo azote de la guerra acabe de una vez. No obstante, si Dios desea que continúe hasta que la riqueza acumulada por los doscientos cincuenta años de trabajo no recompensado del hombre esclavo se agote, y hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea pagada por otra derramada por la espada, como se dijo hace tres mil años, aún en ese caso debemos decir que "el juicio del Señor es siempre acertado y justo".

Así pues, Lincoln pidió a la nación que continuara la lucha hasta el final, "sin malicia contra nadie, con caridad para todos, con la firmeza que nos da el bien, pues Dios nos permite comprender lo que está bien".[666]

Esa segunda alocución inaugural fue el punto de partida del mito de Lincoln en los corazones norteamericanos. Quienes pudieron conocerlo personalmente se sintieron fascinados por su extraordinaria apariencia, tan diferente del ideal norteamericano por su notable falta de belleza, que encarnaba sin embargo, de una manera misteriosa, el espíritu de la nación. Nathaniel Hawthorne escribió en 1862:

> Su fisonomía es la más áspera que uno podría encontrar a lo largo y a lo ancho del estado; pero sin embargo, se ve redimida, iluminada, suavizada y esclarecida

> por una mirada bondadosa aunque seria, y por una expresión de llana sagacidad que parece ser el resultado de una rica experiencia aldeana. Hay en él una notable sensibilidad espontánea, sin cultura libresca, sin refinamiento alguno; es sincero y cabalmente honesto y, sin embargo, en cierta forma, está dotado de una especie de tacto y de una sabiduría emparentada con la astucia que lo impulsarían, pienso yo, a atacar a un enemigo por lo flancos más que a acometerlo brutalmente de frente. Pero en conjunto me gusta este rostro cetrino, extraño, sagaz, y la simpatía llanamente humana que tanta calidez le da. En la escasa medida que me corresponde, de buena gana digo que el tío Abe es para mí un gobernante tan digno como cualquier otro hombre a quien se considerase apropiado poner en su lugar. [667]

Por otra parte, es curioso que en el Norte haya habido millones de personas a quienes la guerra civil no les preocupó demasiado. Cuando Edmund Wilson se entregó a escribir su libro acerca del conflicto, *Patriotic Gore: Studies in the Literature of the American Civil War* (Sangre patriótica: estudios acerca de la literatura de la guerra civil norteamericana) (1962), no pudo dejar de asombrarse por la escasez de material al respecto. Estaban los himnos, por supuesto, *John Brotan's Body*, el *Battle Hymn of the Republic*, de Julia Ward Howe, para encender el ánimo de los norteños, y *Dixie*, de Daniel Decatur Emmett, para entusiasmar a los sureños. El joven Henry James no participó: "una misteriosa herida" le impidió prestar el servicio militar. Mark Twain estaba en el oeste, lejos del escenario de la guerra. William Dean Howells era cónsul en Italia. Era bastante posible vivir en el Norte y no tener ninguno tipo de contacto con el conflicto. Un hecho notable es que Emily Dickinson, la mayor poetisa norteamericana, hubiera vivido apaciblemente durante todo el transcurso de la guerra en Amherst sin que el conflicto dejara la más mínima impronta en su conciencia, al menos tal como ésta fue reflejada por su poesía. Entre sus más de 1.700 poemas no hay ninguno que se refiera directamente a la guerra; ni siquiera hay en ellos referencias indirectas, por más que suelen rezumar terror y desesperación. Emily Dickinson se educó en la academia Amherst y pasó un año en el seminario para mujeres de Mount Holyoke: fuera de eso, su vida transcurrió en

la intimidad de su hogar, sin que grandes acontecimientos la perturbaran, y durante los últimos veinticinco años de su vida permaneció prácticamente recluida. Sólo seis de sus poemas le fueron publicados en vida, y es evidente que ella no consideraba que hacer que se publicaran fuera parte de la tarea del poeta. Lo cierto es que hasta la década de 1890, después de su muerte, no se la tuvo por escritora. En cierto sentido, su poesía es una exploración de su mundo interior y podría haber sido escrita casi en cualquier país y en cualquier período de la historia, con una sola excepción: el Sur en la década de 1860. Si hubiera vivido en, digamos, Charleston o Savannah, se habría visto obligada a incluir la realidad externa en sus versos. Esa es la diferencia entre el Norte y el Sur.[668]

Pero no sólo en la enclaustrada Nueva Inglaterra la guerra resultaba algo remota. En vastas franjas de Norteamérica no tuvo prácticamente el menor efecto sobre el veloz desarrollo del país. No era que los habitantes del oeste fueran indiferentes a la guerra. Estaban a favor de la Unión porque la necesitaban. El Sur no sólo protestaba porque el Norte se inmiscuía en su "peculiar institución", sino por el crecimiento de la intervención del Gobierno en general. Pero la gente del oeste, por el momento al menos, quería algunos de los servicios que sólo el Gobierno federal podía procurarle. Como dijo el historiador de las rutas que atravesaban Oregón camino de California, "la mayoría de los viajeros por tierra de antes de la guerra civil descubrieron que el Gobierno de Estados Unidos, a través de sus Fuerzas Armadas, sus instalaciones militares, los agentes qué trataban con los indios, los exploradores, agrimensores y constructores de caminos, los médicos y los servicios de Correos, era una fuerza extraordinariamente poderosa y útil".[669] Hasta el comienzo de la guerra civil, el 90 por ciento de las unidades en actividad del Ejército de Estados Unidos —7.090 soldados y oficiales en 1860— estaban estacionadas en los 79 puestos militares instala-

dos al otro lado del Misisipí. La retirada de muchas unidades una vez que comenzó la guerra hizo comprender a los habitantes del oeste hasta qué punto dependían del poder federal.

En algunos aspectos, la guerra civil apresuró el desarrollo del oeste, porque al eliminar la mayoría sureña demócrata en ambas cámaras del Congreso, puso fin a una obstrucción legislativa que había trabado ciertas medidas durante décadas e impedido el progreso económico y constitucional. Por ejemplo, el promotor e ingeniero californiano Theodore D. Judah, que representaba a un grupo de banqueros y empresarios de San Francisco, se dedicó durante la primavera de 1861, inmediatamente después de que los sureños hubieron abandonado Washington, a gestionar en el Congreso la aprobación de la ley que facilitaría el desarrollo del ferrocarril del Pacífico. Ésta era una empresa que habría de beneficiar enteramente al Norte y al noroeste. Los ferrocarriles recibirían del Gobierno federal una franja de 120 metros de anchura, diez parcelas de tierra alternadas por cada milla (1,6 kilómetros) de vía y préstamos hipotecarios de 16.000 dólares por milla de recorrido en terreno llano, 32.000 dólares en las estribaciones de las montañas y 48.000 en las montañas: de hecho, un enorme subsidio federal que sólo habría podido aprobarse sobre los cadáveres de los sureños. En la realidad, el subsidio resultó insuficiente para esta gigantesca empresa y fue aumentado por una ley adicional que el Congreso aprobó en 1864, mientras los sureños todavía seguían fuera del Parlamento.

De hecho el Norte y el oeste se desquitaron, durante la guerra civil, de las muchas derrotas que habían sufrido a manos de los legisladores sureños en los treinta y dos años que transcurrieron entre 1829 y 1860. Hacia 1850 los plantadores sureños habían llegado a la conclusión de que la política de tierras baratas en el oeste era una amenaza para la esclavitud. Sus senadores impidieron la sanción del proyecto de ley de colonización de

1852 y, en 1860, después de los infructuosos esfuerzos de los sureños por impedir la sanción de otro proyecto similar, el presidente Buchanan vetó la ley aprobada por el Congreso. En consecuencia, Lincoln incluyó entre las propuestas más importantes de su programa un proyecto de ley de colonización que, en 1862, logró una amplia aprobación del Congreso. La Ley Homestead ofrecía a quien quisiera establecerse como granjero una parcela de 160 acres (65 hectáreas) de tierras públicas, ya deslindadas, a cambio de una suma nominal. Al cabo de seis meses obtenía la propiedad de esa parcela si pagaba 1,5 dólares por acre (0,405 hectáreas); si no optaba por esta alternativa pasaba a ser propietario, sin pagar nada, después de cinco años de residencia continuada.[670] Con el tiempo, esta ley se convertiría en una de las más importantes de la historia norteamericana, por lo que vale la pena dedicarle un breve análisis. La desaparición de la resistencia sureña también aceleró el desarrollo constitucional del oeste. Kansas se incorporó a la Unión como estado libre (no esclavista) en 1861, Nevada en 1864 y Nebraska poco después de que terminara la guerra, en 1867. Mientras tanto, el Gobierno extendió el sistema territorial a las restantes incipientes regiones situadas más allá del Misisipí. Los territorios de Dakota, Colorado y Nevada se organizaron en 1861, los de Arizona e Idaho en 1863 y, hacia 1870, también Wyoming y Montana se habían convertido formalmente en territorios, con el deseo puesto en convertirse en estados.[671]

En el oeste, entonces, se prosperaba y se hacía dinero. El auge de la minería, que había privado al Sur de la posibilidad de convertir California en estado esclavista, continuó y se intensificó, y atiborró de metálico las arcas de Washington que tanto lo necesitaba para la guerra. La ciudad típica del auge, Virginia City, surgió a 2.100 metros de altura, en las montañas de Nevada, y fue inmortalizada por Mark Twain. El oro y la plata estaban incrustados en cuarzo, y se necesitaba una compleja maqui-

naria para triturar la piedra y extraer el metal, y un capital considerable para hacer funcionar las minas de alto rendimiento como la Ophir, la Central, la Mexicana, la Gould y la Curry. Abundaban los hombres experimentados de Cornwall, Gales, y de las regiones montañosas de Alemania. El filón de Comstock se convirtió en el gran fenómeno mineralógico de la época. Atravesaba Virginia City de norte a sur, y los hombres que trabajaban allí ganaban el portentoso salario de seis dólares diarios y trabajaban las veinticuatro horas en tres turnos. Así que, como escribió Mark Twain, aunque uno no fuera propietario de un "trozo" de la mina —y pocos no lo eran— todo el mundo estaba contento. "La alegría inundaba todos los rostros, y había una intensidad gozosa y casi ardiente en todas las miradas, que revelaba los planes codiciosos que rondaban aquellas mentes y la ilimitada esperanza que abrigaban sus corazones. El dinero abundaba tanto como el polvo; cada individuo se consideraba rico y era imposible toparse con un rostro melancólico"[672].

Si se escuchaba algún disparo en aquellas comarcas, nada tenía que ver con la guerra civil: reflejaba más bien apetitos humanos normales como la codicia, la avidez, la ira y la envidia. Y, como escribió Mark Twain, "… el aire puro y límpido que se respiraba parecía curar las heridas de bala y, por lo tanto, no era probable que si disparabas a un adversario en ambos pulmones obtuvieras una satisfacción perdurable, porque era casi seguro que el hombre estaría buscándote antes de que pasara un mes, y no precisamente con unos prismáticos de ópera". Los mineros, la mayoría de los cuales iban armados hasta los dientes, ahuyentaban a los indios que se interponían entre ellos y los posibles lingotes, haciendo caso omiso de los tratados. En 1860 se encontró oro en la reserva de los indios Nez Percé, en el punto de confluencia de los ríos Snake y Clearwater. El superintendente de Asuntos Indios informó: "Tratar de contener a estos mineros sería como tratar de frenar un torbellino". Washington prestaba

toda su atención a la guerra, de modo que preservar las reservas no era un problema prioritario y los mineros hacían lo que se les antojaba. Crearon las ciudades de Lewiston y Boise junto al río Salmón y, en 1864, Helena. Idaho fue un estado creado por la actividad minera, lo mismo que Montana, constituido por su parte oriental, y el territorio de Wyoming. El oro y la plata no eran la única tentación: en Butte, Montana, se halló uno de los yacimientos de cobre más grandes del mundo. Los mineros eran casi en su totalidad hombres jóvenes, de entre dieciséis y treinta años; las mujeres eran casi todas prostitutas. Pero la minería era creativa: siete estados —California, Nevada, Arizona, Nuevo México, Colorado, Idaho y Montana— deben su origen a esta actividad, y el período clave de su formación, en la mayoría de los casos, coincide con el de la guerra civil.[673]

Todo lo contrario sucedía en el Sur: allí, nada importaba, y nada podía ocurrir fuera de la guerra. La preocupación por la guerra, y el deseo de ganarla, eran tan intensos que la gente olvidaba sus verdaderas causas. El propio Davis las olvidó, hasta el punto de que fue uno de los primeros que exhortó a otorgar la emancipación a los negros a cambio de que lucharan por el Sur. La resistencia a esta idea fue, al principio, abrumadora, y se basó en el argumento de que los negros no lucharían o no podrían luchar, a pesar del hecho de que en el Ejército del Norte se habían alistado 180.000 negros y muchos de ellos combatían realmente bien. Durante una discusión que mantuvo con un senador que se oponía terminantemente al alistamiento de los negros, Davis dijo, exasperado: “Si la Confederación cae, se deberá escribir sobre su tumba: ‘Murió de teoría’”.[674] A medida que la Unión se apoderaba de porciones del Sur y liberaba a sus esclavos, muchos de éstos se incorporaban sin la menor vacilación al Ejército; por lo demás, era la única forma en que podían ganarse la vida. La esclavitud se desmoronaba, aun en aquellas zonas del Sur que todavía no habían caído bajo la órbita del

Gobierno de la Unión. Los esclavos huían de las plantaciones más o menos a su arbitrio; nadie se ocupaba de evitarlo ni de perseguirlos una vez que estaban libres. Además, no había trabajo ni comida para ellos: De modo que se sentían tentados de cruzar las líneas y alistarse en las fuerzas de la Unión. De ahí que Davis redoblara sus esfuerzos e intentara persuadir al Congreso de la Confederación de que permitiera su alistamiento. Según él, "nuestra única opción es que los negros luchen a nuestro favor o contra nosotros".

Finalmente, el 13 de marzo de 1865, el Congreso aceptó sus argumentos, pero incluso entonces planteó una limitación: se concedería la emancipación a los negros después de sur alistamiento sólo si su propietario lo consentía. Cuando promulgó la nueva ley, Davis añadió una cláusula de su cosecha según la cual se obligaba al propietario de un esclavo que se incorporara el servicio militar a entregarle un certificado de manumisión. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Puesto que los esclavos constituían más de un tercio de la población del Sur al comienzo de la guerra civil, una conscripción inmediata habría significado un enorme fortalecimiento de los ejércitos confederados. Muchos de ellos habrían estado dispuestos a combatir por el Sur, además; después de todo, lo que estaba en peligro era su propio estilo de vida, y no sólo el de los blancos. Por una curiosa paradoja, aunque típica de las ironías de la historia, la participación negra bien habría podido inclinar la balanza a favor del Sur. Pero la obstinación y la "teoría" prevalecieron, y fueron muy pocos los negros que tuvieron la posibilidad cierta de luchar por su tierra natal.[675]

El final de la Confederación fue lastimoso. El 1 de abril de 1865 Davis alejó a su esposa Varina de Richmond, provista de un pequeño Colt y cincuenta cartuchos. Al día siguiente, tuvo

que marcharse también él de la ciudad. Se trasladó a Danville, donde pensaba organizar una guerra de guerrillas. A estas alturas el general Lee ya estaba en comunicación con el general Grant, con la intención de llegar a un armisticio y, en privado, había usado la palabra "rendición", pero siguió luchando encarnizadamente con su ejército, sirviéndose de él con su habitual destreza. Resistió la presión de los oficiales jóvenes, que lo instaban a negociar, y el 8 de abril tomó severas medidas disciplinarias contra tres oficiales que, en su opinión, no estaban luchando como debían o habían desertado de sus puestos. Pero a la mañana siguiente el ejército de Lee se encontró prácticamente rodeado. El vestía su mejor uniforme y llevaba, algo inusual en su atavío, cinto de seda roja y espada. Después de oír los últimos informes acerca de la situación de sus tropas, y de las fuerzas de la Unión, dijo: "Entonces no me queda otro remedio que presentarme ante el general Grant. Preferiría morir mil veces". [676]

Los dos generales se reunieron en el edificio de los tribunales de Appomattox. Grant vestía un "traje ordinario", todo manchado de barro. En realidad, ambos iban cuidadosamente ataviados para la ocasión, tal como querían que la posteridad los recordara. No fue difícil acordar los términos y, en privado, Grant autorizó a los oficiales sureños a conservar sus armas de puño y sus caballos. Lee señaló que, en el Sur, los hombres que se alistaban en la caballería eran dueños de sus caballos. Grant los autorizó a que los conservaran. El 9 de abril, después de la rendición de Lee, Davis marchó precipitadamente a Greenboro para encontrarse con el ejército del general Johnston. Pero entretanto Johnston había llegado a un acuerdo con el general Sherman que, de hecho, significaba la disolución de la Confederación. Davis entregó los términos del armisticio a su Gabinete, diciendo que quería rechazarlos, pero el Gabinete los

aceptó. Sin embargo, Washington no los refrendó y el Sur debió contentarse con una simple rendición.[677]

Para entonces Lincoln ya estaba sentenciado. Había convocado a Grant para escuchar de sus labios el relato de la rendición en Appomattox, y rebosaba de alegría cuando el general le contó que los términos del acuerdo no sólo se referían a los oficiales sino que se habían hecho extensivos a los soldados: "Les dije que regresaran a sus hogares con sus familias y les aseguré que si lo hacían en orden no serían molestados". Lincoln esperaba que Sherman le informara acerca de una rendición similar, y le dijo a Grant que esperaba buenas noticias, pues acababa de tener un sueño que se lo presagiaba. Grant dijo que el presidente describió cómo "le parecía estar en un barco extraño, indescriptible [...] que lo llevaba con gran rapidez a una costa indefinida".[678] El 14 de abril, Lincoln respondió a su esposa —que le dijo: "Querido esposo, me sorprende tu gran alegría"—: "Bien puedo sentirme así, Mary. Considero que hoy es el día en que la guerra ha llegado a su fin".

El 15 de abril fueron al teatro Ford a ver la comedia *Our American Cousin* (Nuestro primo norteamericano). A Lincoln ya no lo protegía Pinkerton, pero el alguacil Hill Lamón, que solía ser su guardaespaldas, le rogó que no fuera al teatro ni a ningún otro lugar público, y que por nada del mundo se mezclara con la multitud. Esa noche resultaba particularmente peligrosa porque se había corrido la voz de que Grant acompañaría al presidente en su salida al teatro. Los nombres, la fecha, la hora y el lugar: todo era público. John Wilkes Booth (1838-1865), un hombre que provenía de una familia de actores de origen británico, también conocido por su inestabilidad mental, y hermano del famoso actor trágico Edwin Booth, era un autoproclamado patriota sureño. Tuvo tres días para organizar el asesinato, para lo que contó con varios cómplices. También planeaba asesinar a Seward y al vicepresidente Andrew Johnson

(1808-1875), particularmente odiado en el Sur porque era demócrata y sureño, de Tennessee; era el único sureño que había permanecido en el Senado en 1861 y, en consecuencia, fue recompensado con la vicepresidencia en el segundo mandato de Lincoln.

Booth no tuvo problemas para entrar en el teatro, y logró introducirse en el palco del presidente presentando su tarjeta de visita a Charles Forbes, el lacayo de la Casa Blanca que estaba de turno esa noche. Atrancó la puerta del palco, se colocó detrás de Lincoln, que estaba inclinado hacia delante, apuntó su Derringer a la nuca del presidente y disparó. Luego extrajo un cuchillo, apuñaló al edecán de Lincoln, saltó del palco —a consecuencia de ello se rompió el tobillo— gritó "*sic semper tyrannis*", el lema del estado de Virginia, y escapó por los fondos del teatro. Dos semanas más tarde fue abatido a balazos en Bowling Green, Virginia. En cuanto a Lincoln, lo trasladaron a una casa vecina en la que agonizó durante nueve horas sin recuperar en ningún momento la conciencia.

Es evidente que Booth tenía vinculaciones con Richmond, pero también está claro que Davis nunca se enteró del complot para asesinar a Lincoln y que, de haberse enterado, jamás lo habría autorizado. Pero en ese entonces fueron muchos los que creyeron que estaba involucrado. Sus últimos días de libertad estuvieron plagados de rumores, entre ellos uno según el cual se ofrecía una recompensa de 100.000 dólares por su cabeza y otro que decía que andaba vestido de mujer para evitar ser atrapado. Fue capturado el 10 de mayo. Casi sus últimas palabras; a sus colegas fueron que estaba contento porque "ningún miembro de su Gabinete se había enriquecido con la guerra y todos estaban en bancarrota y sumidos en la pobreza". Él, por su parte, dio su última moneda de oro a un niño que le fue presentado como su tocayo. Todo cuanto tenía entonces en los bolsillos era un fajo de billetes de la Confederación que ya no valían nada.

Los soldados que lo capturaron se mofaron de él: “Vamos a colgar a Jeff Davis de un manzano”. El comandante, el general de brigada James Wilson, dijo más tarde: “Una o dos veces me asaltó la idea de que aquel hombre estaba loco”.

Le pusieron unos pesados grilletes y lo condujeron a Fort Monroe, al otro lado de Norfolk, Virginia; estuvo encarcelado allí 720 días, la mayor parte de ellos en confinamiento solitario, y sometido a múltiples humillaciones: su colchón estaba plagado de chinches y sólo le permitían beber de un cubo de los que se destinan a los caballos. Nada de esto habría sucedido si Lincoln no hubiera muerto. Johnson, ahora presidente, quería demostrar a la opinión pública norteña que no estaba favoreciendo a Davis por ser un sureño como él. Por otra parte, se oponía decididamente a la idea propuesta por Stanton, el secretario de Guerra, y otros funcionarios, que pensaban que Davis debía ser juzgado, condenado y colgado. De modo que autorizó al doctor John J. Craven, que visitó a Davis muchas veces en su celda y conversó largamente con él, a que sacara de contrabando las páginas de su diario y las hiciera redactar por un popular escritor, Charles G. Halpine. Aparecieron con el título *The Prison Life of Jefferson Davis* (La vida de Jefferson Davis en prisión). El libro lo presentaba como un héroe trágico: despertó mucha simpatía entre los lectores, incluso en el Norte, y allanó el camino para su liberación. Davis lo detestaba. Por otra parte, se negó a pedir un indulto y, en lugar de ello, exigió un juicio, pues estaba seguro de que resultaría absuelto y plenamente vindicado. Lo que ocurrió fue que gracias a un auto de hábeas Corpus (disposición legal que Lincoln había suspendido pero se había vuelto a instaurar) quedó en libertad en mayo de 1867. Entonces se marchó a Canadá, escribió unas confusas memorias, vivió para enterrar a todos sus hijos, y murió, cargado de años y de honor —al menos en el Sur— en 1889. Su funeral, al que asistieron

250.000 personas, fue el más grande celebrado jamás en el Sur. [679]

El fin de la guerra civil resolvió el problema de la esclavitud en Norteamérica y dio comienzo al problema de los negros, que sigue vigente. Todos, desde Jefferson y Washington en adelante, e incluso el propio Lincoln, habían mantenido que el verdadero problema de la esclavitud no era terminar con ella sino qué hacer después con los negros liberados. Todos estos hombres, y la inmensa mayoría de los blancos norteamericanos, sentían que era casi imposible que los blancos y los negros vivieran fácilmente en armonía. Lincoln consideraba que no había igualdad entre los negros y los blancos. O más bien, pensaba que podían ser moralmente iguales pero que, en otros aspectos, eran fundamentalmente diferentes e inaceptables como conciudadanos porque les faltaban ciertos requisitos indispensables para ello. Decía crudamente que era imposible liberar a los esclavos y convertirlos "política y socialmente en nuestros iguales". Adoptaba sin ambages una actitud hacia los negros que ahora se consideraría racista: "Mis sentimientos más íntimos se oponen [a la igualdad]". Lo mismo sentían, agregaba, la mayoría de los blancos, tanto en el Norte como en el Sur. "El hecho de que este sentimiento coincida o no con la justicia y con un sano juicio no es la única cuestión. No es sensato ignorar un sentimiento generalizado, tenga o no fundamentos razonables"[680]. Dijo a una delegación de negros que fue a la Casa Blanca a visitarlo y le preguntó su opinión acerca de la posibilidad de emigrar hacia África o algún otro lugar del mundo, que esa idea le parecía buena: "Nuestro pueblo no ve con buenos ojos, por más cruel que parezca, que ustedes, los hombres de color, sigan viviendo aquí". Incluso fundó una colonia experimental en las costas de Santo Domingo, pero la falta de honestidad de los agentes a cargo de la empresa obligó a las autoridades a devolver a los negros a Washington. Todos los planes encaminados a hacerlos

volver a África habían sido limitados, o directamente rotundos fracasos, por la simple razón de que sólo una muy pequeña proporción de los negros había expresado su deseo de regresar a un continente por el que, instintivamente, sentían una aversión ancestral. Como todos los que vivían allí, querían permanecer en Estados Unidos, aunque su vida tuviera algunos inconvenientes.

Siendo así las cosas, ¿qué hacer? ¿Y qué hacer con el rebelde Sur? El 19 de noviembre de 1863 Lincoln había pronunciado un breve discurso en la inauguración del cementerio de Gettysburg. No tenía más que 261 palabras, y no produjo un gran impacto en ese momento —en aquella ocasión, el principal orador había sido Edward Everett, rector de Harvard— pero sus frases siguen resonando desde entonces y las ideas que esas pocas palabras expresaban han penetrado profundamente en la conciencia de la humanidad.[681] Lincoln recordó a los norteamericanos que su país estaba "fundado en la afirmación de que todos los hombres habían sido creados iguales", y que la guerra se estaba librando para decidir si una nación así fundada "puede perdurar por mucho tiempo". Segundo, se refirió a una "obra inconclusa" y a "la gran tarea que tenemos por delante", a saber: promover "un nuevo nacimiento de la libertad" en Norteamérica, es decir, "un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Lincoln, entonces, pensaba que los negros debían ser tratados como iguales, políticamente y ante la ley; pero al mismo tiempo insistía en que Norteamérica era una democracia y, por lo tanto, los blancos del Sur, por más rebeldes que pudieran ser, tenían tanto derecho a participar en esa democracia como los leales a la Unión. ¿Cómo reconciliar a los unos con los otros?

Las intenciones de Lincoln son conocidas porque, mientras todavía vivía, tuvo que afrontar el problema de gobernar las zonas del Sur ocupadas por los ejércitos de la Unión. Había dos

cosas que tenía claras. En primer lugar, había que hacer justicia a los negros desde el punto de vista político. En segundo lugar, el Sur debía volver cuanto antes a un gobierno normal una vez que el espíritu de la rebelión fuese exorcizado. De modo que propuso una amnistía general; para obtenerla, las "personas acusadas políticamente" debían prestar un juramento de lealtad a la Constitución. El Gobierno de un estado sería legítimo, y reconocido por Washington, si no menos del 10 por ciento de los votantes que estaban registrados en los padrones en 1860 y habían prestado el juramento de lealtad lo votaban. Deseaba que los ejércitos de ocupación se retiraran lo más pronto posible, pero antes quería que los negros fueran incluidos en los censos electorales: "Debemos lograr que se los reconozca como votantes antes de retirar las tropas. La urna será su única protección después de la desaparición de las bayonetas". Todas estas ideas quedaron plasmadas en la Proclamación de Amnistía y Reconstrucción, hecha pública el 8 de diciembre de 1863.[682]

El primer paso concreto fue conseguir que el Congreso aprobara la Decimotercera Enmienda. Su primer artículo prohibía la esclavitud y el "servicio involuntario" (excepto en los casos de criminales, y después de haber sido condenados en el debido proceso) en todo el territorio de Estados Unidos, "o cualquier otro lugar que esté bajo su jurisdicción". El Artículo II facultaba al Congreso "a hacer cumplir este artículo mediante la legislación correspondiente". Lincoln no vivió para ver la aprobación de esta enmienda por parte de la mayoría de tres cuartos de los estados que requería, pero no quedan dudas de que él estaba seriamente empeñado en lograr la liberación de los esclavos y quería asegurarles el derecho de votar. Tampoco quedan dudas de que estaba a favor del espíritu de la Decimocuarta Enmienda, adoptada en 1868, que liquidó la cuestión inconclusa de la guerra civil, y en la que se establecía la autorización a los ex rebeldes para desempeñar cargos públicos y se resolvían las deu-

das en que había incurrido la Confederación, pero, sobre todo, se disponía que todos los ciudadanos de Estados Unidos, nativos o naturalizados, eran política y judicialmente iguales, y se consideraba inconstitucional a cualquier estado que "negare a cualquier persona que viva en su jurisdicción la protección que emana de las leyes". Esta muy importante disposición constitucional permitió llevar a cabo en el futuro la política de justicia a los negros que impulsaba Lincoln y, con el tiempo, se convirtió en la base de la supresión de la segregación en el Sur.[683]

Si sopesamos todo esto, resulta inequívoco que Lincoln quería actuar con la mayor clemencia posible. Trataba de cerrar heridas. Según su amigo Gideon Welles, el 14 de abril de 1865 se lo veía alegre, feliz, esperanzado en la consecución de la paz, "lleno de humanidad y bondad". Las últimas palabras de Lincoln que han quedado registradas acerca de qué hacer con el Sur y con los líderes de la rebelión fueron: "Nadie debe esperar que yo me pronuncie a favor de colgar o matar a estos hombres, ni siquiera a los peores de entre ellos. Ahuyentémoslos del país, abramos las compuertas, levantemos las barreras, expulsémoslos. Se han, sacrificado demasiadas vidas; debemos sofocar nuestro resentimiento si deseamos la armonía y la unión. Hay una gran predisposición, en muchos sectores, a intimidar y poner condiciones a la gente del Sur, a negarse a reconocerlos como conciudadanos. Las personas que piensan así tienen poco respeto por los derechos de los sureños. Yo no comparto ese sentir".[684]

Lo cierto es que Lincoln fue asesinado y la tarea de la reconstrucción quedó en manos de su sucesor, Andrew Johnson. Johnson era exactamente de la misma opinión que Lincoln: el Sur, mientras respetara los derechos de los negros emancipados, debía ser tratado con indulgencia. Pero estaba en una posición mucho menos fuerte que Lincoln para hacerla cumplir. No había sido elegido dos veces para que llevara a cabo un programa

republicano norteño, no había librado y ganado una guerra civil contra los rebeldes ni mantenido unida a la nación durante cinco terribles años. Además, era sureño y, hasta 1861, un demócrata de toda la vida. El hecho de que en 1861 hubiera desafiado el poder del establishment sureño, para permanecer en Washington cuando el Sur se separaba de la Unión, se dejaba a un lado demasiado fácilmente, lo mismo que su profunda fe en la democracia. Johnson defendía a los desposeídos. No tenía nada en común con la rancia aristocracia de los plantadores que había querido la guerra y había conducido el Sur a la destrucción. En muchos aspectos era un precursor de los populistas sureños que pronto harían su entrada en la escena norteamericana.

Johnson comenzó su mandato con una violenta denuncia en la que calificó a todos los rebeldes de "traidores" que "deberían ser colgad dos". Después cambió de rumbo y decidió llevar a cabo lo que creía que eran los deseos y políticas de Lincoln. Había tres posturas constitucionales que se podía adoptar con respecto al Sur. La más extrema, que fue la que propusieron a la Casa Blanca y el Congreso el senador Charles Sumner, el agitador que había sido apaleado en el Senado, y Thaddeus Stevens (1792-1868), presidente de la Comisión de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, era que la secesión había destruido de hecho los estados sureños, que ahora carecían de existencia constitucional, y que correspondía exclusivamente al Congreso decidir cuándo y cómo debían reconstituirse. Ambos hombres tenían, en primer lugar y ante todo, una gran capacidad para odiar, y odiaban al Sur y querían castigarlo tanto como su poder se lo permitiera. Y su poder, en ambas cámaras del Congreso, era enorme. La segunda postura, que fue la que adoptó el grueso de la mayoría republicana, fue algo más moderada. Planteaba que la rebelión no había destruido los estados sureños pero que había dado lugar a que perdieran sus derechos

constitucionales, y correspondía al Congreso decidir cuándo les serían restituidos esos derechos, conforme al artículo de la Constitución que garantizaba que todos los estados debían regirse según una forma de gobierno republicana. Por último, la tercera postura era la de Lincoln-Johnson, que propugnaba la clemencia: sostenía que la rebelión no había afectado en absoluto a los estados, más allá del hecho de que había impedido a los que tomaron parte en ella que cumplieran con sus deberes constitucionales, que este desafuero podía ser remediado mediante un perdón del poder ejecutivo y que, tan pronto se procediera a ponerlo en práctica, la consecuencia sería que se restituiría el gobierno de los estados por los estados.[685]

Al principio, Johnson contaba con la fuerza suficiente para hacer prevalecer esta tercera postura. No sólo se trataba manifiestamente del deseo de Lincoln, sino que debía hacerlo por sí solo, ya que el hecho de que el Congreso, que había sido elegido en el otoño de 1864, comenzara sus sesiones antes de diciembre de 1865 habría significado una violación de las reglas del sistema político de Estados Unidos, a menos que hubiera una convocatoria expresa del presidente. Tenía, pues, las manos libres; sin embargo, si era o no prudente actuar sin consultar lo más a fondo posible a los líderes del Congreso es ya una cuestión opinable. El 29 de mayo de 1865 Johnson dio a conocer una nueva proclamación, que ampliaba la política de clemencia de Lincoln disponiendo que quedaban excluidos del juramento de fidelidad todos aquellos sureños cuyas propiedades no superaran la suma de 20.000 dólares. Esto era coherente con su opinión, según la cual el Sur había sido engañado por su aristocracia de plantadores y debía ser reconstruido por el pueblo llano. A comienzos del verano, nombró gobernadores provisionales en cada uno de los estados rebeldes y les ordenó que restauraran la normalidad lo más pronto posible, que dispusieran que cada gobierno estatal aboliera la esclavitud mediante leyes propias, se

negara a reconocer las deudas de la Confederación y ratificara la Decimotercera Enmienda. Esto se cumplió rápidamente. Cada estado encontró los suficientes conservadores, whigs, o unionistas, para llevar a cabo el programa. Cada estado enmendó su constitución a fin de abolir la esclavitud. La mayoría se negó a reconocer la deuda de la Confederación. Todos, menos Misisipí y Texas, ratificaron la Decimotercera Enmienda. Cuando todos, incluidos estos dos haraganes, hubieron elegido funcionarios estatales, Johnson se sintió en condiciones de declarar que la rebelión estaba legalmente superada, en una proclamación dada a conocer el 6 de abril de 1866.[686]

Los nuevos gobiernos de los estados actuaron, en todas las circunstancias, con energía y sensatez. Pero hubo una excepción. Dejaron claro que los negros no serían tratados como ciudadanos iguales a los demás, sino que, en realidad, se les daría la categoría de "peones" como en algunos países latinoamericanos. Gozaban de libertad conforme a las constituciones estatales, y se tomaron medidas para garantizar que pudieran litigar o ser llevados ante la justicia, y prestar testimonio en juicios en los que una de las partes fuera un negro. Pero el matrimonio con personas de raza blanca estaba prohibido por la ley, y había una larga serie de delitos especiales que se aplicaban exclusivamente a los negros. Se aprobaron leyes acerca de la vagancia a fin de obligarlos a desempeñar trabajos semiserviles, a menudo bajo las órdenes de sus antiguos amos. Otras disposiciones confinaban a los negros a los trabajos agrícolas. Estos Códigos Negros variaban de un estado a otro y algunos eran más severos que otros; pero en todos los casos los relegaban a la condición de ciudadanos de segunda categoría. Los dueños de las plantaciones estaban ansiosos por conseguir negros que trabajaran como peones. Los líderes negros locales los alentaban a vender su fuerza de trabajo y actuar como trabajadores libres. Esta idea fue estimulada por un nuevo tipo de institución federal, llama-

da Oficina de Liberados, que dependía de las Fuerzas Armadas y dedicaba una enorme cantidad de tiempo burocrático, e inmensas sumas de dinero, a proteger, ayudar e incluso alimentar a los negros. Fue el primer intento de aplicar el concepto de estado de bienestar que se llevó a cabo en Norteamérica, incluso antes de que lo aplicara su progenitor europeo, la Alemania de Bismarck. La Oficina fue la precursora de las incontables agencias federales de Estados Unidos que se ocuparían de llevar a cabo políticas de ingeniería social para la población en general, desde la época de F. D. Roosevelt hasta nuestros días. Funcionaba hasta cierto punto, pero no alentaba a los negros a mantenerse por sí mismos, y uno de los propósitos de los Códigos Negros fue aportar los incentivos al trabajo que estaban faltando.[687]

Todo esto despertó la furia de las clases abolicionistas norteñas y de sus representantes en el Congreso. Estaban realmente indignados porque consideraban que, en definitiva, no se estaba brindando un trato justo a los negros sureños y que los blancos sureños no estaban siendo castigados como correspondía. La mayoría de los norteños no tenían la menor idea de hasta qué punto había sufrido el Sur; de lo contrario, habrían sido más misericordiosos. El Congreso ya había aprobado, en 1864, un vengativo proyecto de Ley de Reconstrucción, que Lincoln se negó a refrendar. Cuando el Congreso finalmente volvió a reunirse, en diciembre de 1865, se hizo evidente que este espíritu de venganza era dominante, aguijoneado por Sumner y Stevens, y apoyado por gran parte de la mayoría republicana. No había duda alguna de que el presidente sólo contaba con el apoyo de la pequeña minoría demócrata. La mayoría no tardó en excluir a todos los senadores y representantes del Sur, aunque habían sido elegidos como correspondía, nombró un comité bicameral a fin de "investigar las condiciones" en que se encontraban "los estados insurrectos" y aprobó una ley que extendía el mandato

de la Oficina de Liberados. De inmediato, Johnson vetó esta última medida, perdió los estribos y denunció a los líderes republicanos más destacados del Congreso, a los que acusó con nombre y apellido de traidores. Cuando el Congreso, a modo de represalia, aprobó una Declaración de Derechos Civiles que, de hecho, invalidaba en su esencia los Códigos Negros y, en especial, sus leyes acerca de la vagancia, Johnson también la vetó. El Congreso la revalidó con la mayoría de dos tercios que fijaba la Constitución en lo que sería la primera ocasión en la historia norteamericana en que se rechazaba un veto presidencial a una medida de importancia. Así, la brecha que se había abierto entre la Casa Blanca y el Congreso se hizo insalvable. Como de todos modos Johnson nunca había sido elegido, y no tenía mandato personal alguno, su autoridad moral, sobre todo en el Norte, era mínima, y el Congreso intentó convertirse en el verdadero gobernante del país, como habría de volver a hacerlo en 1970, después del escándalo Watergate.[688]

La consecuencia de esto fue un desastre sin atenuantes para el Sur, del que en última instancia salieron más perjudicados los negros que los blancos. En junio de 1866, la Comisión Bicameral presentó su informe acerca del Sur. Decía que los gobiernos de los estados que había organizado Johnson eran ilegales y que sólo el Congreso tenía potestad para reconstruir lo que el documento llamaba las "comunidades rebeldes". Afirmaba que el Sur se encontraba "en un estado de anarquía" controlado por "rebeldes que no se han arrepentido ni han sido perdonados y se congratulan del crimen que han cometido". Ponía sobre el tapete la Decimocuarta Enmienda, a la que ya nos hemos referido, e insistía en que no se debía reconocer ningún gobierno de ningún estado, ni se debía admitir en el Congreso a ninguno de sus senadores o representantes hasta que la ratificaran. Todo esto se convirtió en tema de campaña durante las elecciones legislativas del otoño de 1866. Johnson hizo campaña contra la propuesta

de la Comisión Bicameral, pero la vulgaridad y el lenguaje ofensivo de sus discursos le quitaron el apoyo de muchos, y lo único que logró con su estilo repugnante fue que se lo viera como más extremista que sus rivales. Así pues, el triunfo en las elecciones aseguró a los republicanos radicales una mayoría de dos tercios en ambas cámaras, lo que les procuró el poder necesario para rechazar cualquier veto que Johnson intentara imponer a las leyes aprobadas por el Congreso. De modo que los radicales estaban en el poder y, en cierto sentido, podían hacer lo que se les antojara amparados por la ley. Habida cuenta de ello, los gobiernos de los estados sureños habrían debido tener la prudencia de ratificar la Decimocuarta Enmienda. Pero, como de costumbre, respondieron al extremismo del Norte con su propio extremismo, y todos menos uno, Tennessee, se negaron a hacerlo.

Para eludir este callejón sin salida, los radicales norteños iniciaron una ofensiva con la única arma de que disponían: la ley. Emprendieron, pues, una segunda reconstrucción. Su objeto era en parte altruista —hacer justicia a los negros del Sur asegurándoles que pudieran votar— y en parte egoísta, porque de ese modo se aseguraban de que los negros votarían por los republicanos, con lo que se convertirían en el partido dominante también en el Sur. Pero daba la casualidad de que la mayoría de los republicanos del Norte no querían que los negros votaran. Distintas propuestas de conceder el voto a los negros en el Norte fueron rechazadas, entre 1865 y 1867, en Connecticut, Minnesota, Wisconsin, Ohio y Kansas, todos estados marcadamente republicanos. Pero la mayoría republicana insistía, a pesar de todo, en que se obligara a dos estados sureños a conceder el voto a los negros. Entre marzo y julio de 1867 hizo aprobar en el Congreso, rechazando el veto de Johnson, una serie de Leyes de Reconstrucción, por las cuales se implantaba un gobierno militar en lo que dio en llamar “los estados rebeldes”, se imponían

rígidos juramentos que excluían a muchos blancos de los censos electorales y se aseguraba al mismo tiempo que fueran incluidos todos los negros, y se fijaban una serie de condiciones —además de la ratificación de la Decimocuarta Enmienda— que los "estados rebeldes" debían cumplir antes de ser admitidos nuevamente como miembros plenos de la Unión. Emprendió también un ataque frontal a los poderes del Ejecutivo. Entre otras cosas, lo privó de las facultades de convocar o no al Congreso, de despedir funcionarios (la Ley de Ejercicio de Cargos), y de dar órdenes al Ejército en su calidad de comandante en jefe. Temerosa de una posible obstrucción de la Corte Suprema, aprobó otra ley que abolía la jurisdicción de ésta en los casos en que se pusieran en entredicho las Leyes de Reconstrucción. Gran parte de esta legislación era abiertamente inconstitucional, pero el Congreso se proponía aplicarla antes de que la Corte Suprema pudiera invalidarla.[689]

Este programa, característico de la tradición del idealismo fundamentalista norteamericano en su forma más extrema e impracticable, tuvo algunas consecuencias desafortunadas. En Washington suscitó un clima de salvajismo y encono político que no tenía precedentes en la historia de la república. En los debates de las décadas de 1840 y 1850, Calhoun, Webster, Clay y sus colegas, por mucho que pudieran disentir —incluso en aspectos fundamentales—, habían polemizado en el marco de un discurso civilizado y con respeto por la Constitución, si bien la interpretaban de modos diferentes. Y, en aquellos días, el Congreso en su conjunto había tratado a los otros dos poderes del Gobierno con cortesía, hasta que la rebelión, que se negó a aceptar el veredicto electoral de 1860, provocó el desastre. Ahora, los extremistas republicanos seguían las huellas de los secesionistas y hacían imposible alcanzar un modo de gobierno armonioso y equilibrado como el que habían concebido los Padres Fundadores.

La inquina que envenenó la vida política en Washington en 1866 y 1867 fue peor que la que se experimentó durante la guerra civil, y culminó en un perverso intento de someter al presidente a un juicio político. Johnson consideraba la Ley de Ejercicio de Cargos inconstitucional, así que decidió ignorarla y destituyó a Stanton, el secretario de Guerra. Stanton había sido siempre una figura políticamente poco equilibrada, y Lincoln lo había puesto al frente del Departamento de Guerra simplemente por su energía, empuje y capacidad indudables. Pero una vez alcanzada la paz, Stanton comenzó a utilizar cada vez con mayor rigor el poder militar federal para amedrentar al Sur. Como el presidente, también él tenía un temperamento ingobernable y perdía los estribos a menudo. Johnson lo veía como un caballo de Troya de los republicanos radicales dentro de su Gabinete, y lo despidió sin contemplaciones. La mayoría republicana, a modo de represalia, decidió someterlo a juicio político según lo establecido en el Artículo I, apartados 1, 2 y 5, de la Constitución. El Artículo II, apartado 4, dispone que los delitos por los que se puede iniciar un juicio político son "la traición, el soborno u otros crímenes graves y faltas menores". Esta última frase es vaga. Una escuela de pensamiento arguye que no se refiere a delitos que no estén previstos por las leyes federales o de los estados. Otras sostienen que esos delitos no previstos son precisamente los que dan lugar a que exista el juicio político, es decir, crímenes políticos contra la Constitución que ninguna legislación general puede definir fácilmente.

El procedimiento exige que la Cámara de Representantes presente y apruebe una resolución solicitando el juicio político y el Senado juzgue y condene, o no, al acusado por una mayoría de dos tercios de los votos. Desde 1789, la Cámara de Representantes ha enjuiciado con éxito a quince funcionarios, y el Senado ha destituido a siete de ellos, todos jueces federales.[690] Johnson fue el primero y, hasta ahora, el único presidente en ser

sometido a juicio político, y la experiencia no resultó edificante. Durante el proceso, Johnson fue víctima de torrentes de ofensas personales, entre ellas una acusación según la cual planeaba usar el Departamento de Guerra como plataforma para dar un golpe de Estado que lo favorecería y muchas otras decididamente disparatadas. La Cámara de Representantes aprobó, el 24 de febrero de 1868, una resolución solicitando el juicio político por once cargos. Después hubo un proceso en el Senado, que duró tres meses, y al cabo del cual Johnson fue absuelto (el 26 de mayo de 1868) por 35 votos contra 18, habida cuenta de que no se obtuvo la mayoría necesaria de los dos tercios. Esta venganza no sirvió a ningún propósito constructivo, y la única consecuencia política fue el descrédito de aquellos que la perpetraron.[691]

Las consecuencias para el Sur fueron igualmente nefastas. Las leyes de marzo de 1867 dieron lugar a una nueva reconstrucción conforme a planteamientos republicanos y contrarios a los blancos. A los censos siguieron elecciones para miembros de convenciones constituyentes, y a éstas las convenciones destinadas a redactar las constituciones, que debieron ser aprobadas por el voto popular. Pero los que participaron en este proceso fueron los negros, custodiados por tropas del ejército norteño, unos cuantos norteños y algunos blancos renegados. Este nuevo electorado fue organizado por grupos de presión llamados Ligas de la Unión, que crearon el Partido Republicano del Sur. De hecho, las convenciones constituyentes de los estados eran prácticamente idénticas a las convenciones electorales republicanas. El nuevo partido, y el estado impuesto, eran lo mismo. Era como si el Norte, mediante su poder militar, hubiese impuesto dictaduras de partido único en todos los estados sureños. La gran mayoría de los blancos boicotearon o se opusieron encarnizadamente a estos procedimientos antidemocráticos. Pero na-

da pudieron hacer, al menos por el momento. Sólo en Misisipí lograron rechazar la nueva Constitución.

Para el verano de 1868 todos los estados sureños menos tres —Texas, Misisipí y Virginia— habían pasado por esta segunda reconstrucción impuesta por el Congreso y, mediante una Ley Omnibus, se les restituyó a siete de ellos la incorporación a ambas cámaras (Alabama ya había aprobado el examen). Como resultado de la privación de sus derechos a un gran porcentaje de votantes sureños blancos, y de la incorporación de los negros al censo, organizados como republicanos, el partido del Gobierno ganó las elecciones de 1868. El general Grant, que había sido elegido candidato por unanimidad por la convención del Partido Republicano, ganó en el colegio electoral por 214 votos contra los 80 del candidato demócrata, el gobernador Horatio Seymour (1810-1886), de Nueva York. De no haberse llevado a cabo la segunda reconstrucción es probable que el general Grant hubiese perdido, y algunos de los republicanos, como Sumner y Stevens, admitieron que el Congreso había reconocido a los ocho estados sureños en 1868 principalmente para asegurarse sus votos en el colegio electoral. Así pues, Norteamérica, después de haber expiado el pecado original de la esclavitud, fue testigo del nacimiento de una corrupción igualmente reprobable en su Ejecutivo y su Congreso.[692]

Estas negociaciones tuvieron al menos el mérito de permitir al Congreso amedrentar al Sur y conseguir que ratificara la Decimoquinta Enmienda, que disponía que no se podía negar o restringir a los ciudadanos norteamericanos el derecho de votar "por motivos raciales, de color, o por haber vivido antes en condición servil". Por otra parte, para evadir sus implicaciones, los sureños pudieron citar, más tarde, como justificación moral, el hecho de que la habían ratificado solamente por el imperio de la fuerza, lo cual fue particularmente cierto en Georgia, por ejemplo, que sufrió una nueva ocupación militar y fue "recons-

truida" por tercera vez. Además, los gobiernos impuestos por los republicanos en los estados del Sur, como era de esperar, resultaron tremendamente ineficaces y vergonzosamente corruptos desde el principio. Los negros constituían la mayoría del electorado y, en teoría, ocupaban la mayor parte de los cargos esenciales. Pero el verdadero poder estaba en manos de los "aventureros" norteños y de unos cuantos sureños blancos republicanos y renegados a los que se dio en llamar *scalawags* (pícaros). Muchos de los funcionarios negros eran analfabetos. La mayoría de los blancos eran bribones, aunque también había, por extraño que parezca, unos cuantos hombres notablemente íntegros, que pusieron todo de sí para que el sistema de gobierno fuera honesto. Había idealistas de clase media, por lo general maestros, abogados o periodistas que, como lo demuestran investigaciones recientes, actuaban movidos por elevados ideales. Pero se veían inmersos en un mar de corrupción. Se emitían bonos estatales para financiar ferrocarriles que nunca se plasmaron. Los salarios de los funcionarios se duplicaron y triplicaron. Se crearon nuevos puestos en la administración pública de los estados para dar trabajo a parientes y amigos. En Carolina del Sur, donde las prescripciones habían sido particularmente duras y los "aventureros", los "pícaros" y los negros tenían un poder ilimitado, los miembros de la legislatura y los funcionarios de la gobernación metían mano en el Tesoro. Era imposible aprobar la legislación, fuera cual fuese, sin sobornos, o conseguir un fallo en los tribunales si no se pagaba a los jueces. Los republicanos acusados de flagrante corrupción eran flagrantemente absueltos por los tribunales o, en las raras ocasiones en que eran condenados, eran inmediatamente indultados por el gobernador.[693]

Los blancos del Sur, virtualmente unidos por el odio que sentían hacia sus gobiernos, devolvieron el golpe. El período que abarcó de 1866 a 1871 vio nacer el Ku Klux Klan, una so-

ciedad secreta de vigilantes que vestían túnicas blancas a fin de ocultar su identidad y realizaban incursiones nocturnas para hacer justicia. Se vestían así para aterrorizar a la comunidad negra, y lo lograron; y en los casos en que el terror no daba resultado recurrían al látigo y el dogal. También asesinaban "aventureros", y organizaban disturbios y linchamientos raciales. Se mostraban particularmente activos en época de elecciones, hacia el otoño, de modo que cada comicio estuvo marcado por la violencia y, a menudo, por los asesinatos. Antes de la guerra civil los blancos sureños despreciaban a los negros y, en algunos casos, los temían; ahora aprendieron a odiarlos, y el odio fue recíproco. Surgió un nuevo tipo de sociedad, basada en el odio racial. Los gobernadores republicanos recurrían al poder estatal a fin de defender a los negros, los "pícaros" y los "aventureros" y, cuando el poder estatal no alcanzaba, apelaban al Congreso y a la Casa Blanca. Así fue como el Congreso llevó a cabo pesquisas y celebró audiencias y, en algunos casos, la Casa Blanca envió tropas. Pero, en definitiva, los negros y sus aliados blancos no tuvieron la capacidad de defenderse, ni mediante las artimañas de la política ni mediante la fuerza. De modo que, poco a poco, prevaleció el número. Los blancos, después de todo, eran mayoría, y Norteamérica, después de todo, era una democracia, incluso en el Sur. Poco a poco, la reconstrucción impuesta por el Congreso comenzó a hacer agua. Lentamente, los demócratas recuperaron posiciones y retomaron el poder. Ganaron en Tennessee en 1869, en Virginia Occidental, Misuri y Carolina del Norte en 1870, en Georgia en 1871, en Alabama, Texas y Arkansas en 1874, y en Misisipí en 1875. Sólo la fuerza militar permitió mantener bajo el dominio republicano Florida, Luisiana y Carolina del Sur. Pero en cuanto las tropas se retiraron, en 1877, los gobiernos republicanos se debilitaron y los blancos volvieron al poder.

En síntesis, antes de que pasará una década de su implantación, la reconstrucción impuesta por el Congreso se había desmoronado. Entraron en vigor nuevas constituciones, se repudiaron las deudas, hubo purgas, recortes y reformas en las administraciones, y los impuestos fueron rebajados a los niveles de antes de la guerra. Después, los nuevos regímenes blancos se dedicaron a producir nuevas leyes que colocaron a los negros en una posición de subordinación, mientras el resto del país, harto del Sur —y también de sus negros—, decidió concentrar su atención en otras cosas. Así, la gran guerra civil, el acontecimiento central de la historia norteamericana, que desterró el mal de la esclavitud, dio a luz un nuevo Sur en el que los blancos eran ciudadanos de primera clase y los negros lo eran sólo nominalmente. Y un gran silencio reinó durante décadas. Norteamérica en su conjunto no se preocupaba por esto; ya estaba empeñada en la expansión económica más asombrosa de la historia humana que habría de prolongarse, con una o dos interrupciones —y una guerra mundial— hasta finales de la década de 1920.

QUINTA PARTE
MASAS APIÑADAS Y CRUCES DE ORO
La Norteamérica industrial, 1870-1912

Hacia el fin de la guerra civil, Estados Unidos y su pueblo comenzaban a adoptar las características que nos resultan familiares a finales del siglo XX: la vastedad y la abundancia, la infinita variedad de razas y colores de piel, el inmenso materialismo y el arrollador idealismo, el incesante espíritu de innovación, la ambición, el expansionismo, la actitud cargante, el ruido, la curiosidad, la preocupación por hacer lo correcto, por hacer el bien, por hacerse rico, por hacer felices a todos. Ya aparecían todas las grandes virtudes y los grandes defectos de la república madura, y las reacciones de sus habitantes, y de quienes visitaban el país, eran una novedosa mezcla de admiración, asombro y estupefacción que se ha prolongado hasta nuestros días. En su análisis del éxodo frenético hacia el oeste de granjeros y mecánicos, de empleados y maestros de escuela, con la intención de hacerse ricos gracias a las nuevas minas de oro y plata, Henry David Thoreau escribió indignado: “Es comparable con la devoción de los hindúes, que se ponen incondicionalmente a las órdenes de Krisna”. Según Rudyard Kipling, que irrumpió en el mundo como el nuevo genio de la civilización anglohindú, Nueva York era “el resultado holgazán de una barbarie escuálida y una extravagancia insensata”. Sus calles eran “parientes de una playa de Zanzíbar o familiares de las cercanías de un poblado zulú”. Pero Walt Whitman, otro gran poeta, amaba la ciudad:

"¿Qué puede llegar a resultarme más majestuoso y admirable que esa Manhattan encerrada entre mástiles?". Y cantaba: "¡Levantaos, altos mástiles de Manhattan! ¡Levantaos, hermosas colinas de Brooklyn!". Henry James, un intelectual pretencioso y exigente de Boston, también se sintió abrumado por Nueva York, y la celebró así: "Esa nota de vehemencia [...] el encanto del poder a toda prueba: el poder de la más extravagante de las ciudades". Casi contra su voluntad, James amaba "sus detonaciones difusas, dispendiosas, ruidosas, su grandiosidad, su valentía y su insolencia". Los nuevos y altos edificios eran "como alfileres en un cojín ya superpoblado".[694]

Había quienes se quejaban de que Norteamérica no fuese lo suficientemente vieja. En 1871, John Ruskin, el destacado esteta inglés, escribió: "Y, hasta hoy, aunque he recibido muchas amables invitaciones para visitar Norteamérica, no podría, ni siquiera unos meses, vivir en un país tan deprimente y en el que no hay castillos". Ésa también era la verdadera queja de James, la laguna que lo condujo cada vez más a residir en Europa, sobre todo en Inglaterra. En 1879 escribió: "Podría enumerar las características de una nación elevada, tal como la que existe en otros países, y que no se encuentran en la textura de la vida en Norteamérica, hasta que resultaría una incógnita insoluble saber qué ha quedado de ellas. [...] No hay monarca, ni corte, ni lealtad personal, ni aristocracia, ni Iglesia, ni clero, ni Ejército, ni servicio diplomático, ni caballeros rurales, ni palacios, ni castillos, ni feudos, ni viejas casas de campo, ni casas parroquiales, ni cabañas con el techo de paja, ni ruinas cubiertas por la hiedra, ni catedrales, ni abadías, ni pequeñas iglesias normandas [...]; no hay grandes universidades: ni Oxford, Eton o Harrow; ni literatura, novelas, museos, cuadros, sociedad política o deportes: ¡ni Epson, ni Ascot!".[695] James exageraba burdamente, como pronto veremos, pero la gente entendía lo que quería decir. En realidad, a Norteamérica no le faltaban aspectos pinto-

rescos. Estaban por ejemplo sus incomparables nombres de lugares, tema del poema de Stephen Vincent Benet *American Names* (Nombres de Norteamérica):

> *Me he enamorado de los nombres norteamericanos,*
> *esos nombres afilados que nunca engordan,*
> *esos títulos de piel de culebra de las concesiones mineras,*
> *el gorro de guerra emplumado de Medicine Hat,*
> *Tucson, y Deadwood, y Lost Mule Flat.*

Y concluía: "Enterrad mi corazón en Wounded Knee" (Rodilla Herida). Y también debemos tener en cuenta la vastedad del paisaje. Como escribió Gertrude Stein: "En Norteamérica hay más espacio donde no hay nadie que donde están todos: eso es lo que hace que sea lo que es".[696]

Los gobernantes norteamericanos pensaban a lo grande y tenían visión de futuro, porque hacia fines de la década de 1860 eran conscientes de que Estados Unidos se expandía y de que sus habitantes se multiplicaban, con más rapidez que ningún otro país en la historia. En los comienzos de la guerra civil la población del Norte y del Sur, libre y esclava, era de 31.443.321 habitantes. Esa cifra situaba Norteamérica por encima de los países europeos, todos los cuales (a excepción de Francia) se expandían con rapidez, aunque sólo debido a su crecimiento vegetativo. Hacia fines de la década de la guerra civil, la población de Estados Unidos era de 39.818.449 habitantes, un aumento de más del 25 por ciento. Hacia 1880 la cifra había superado los 50 millones, y hacia 1890 era de 62.847.714 habitantes, mayor que la de cualquiera de los países europeos excepto Rusia, y seguía creciendo a una tasa del 25 por ciento anual y más. Hacia 1900 la población superaba los 75 millones de habitantes, y durante la primera guerra mundial superó la marca de los 100 millones.[697] La tasa de natalidad de Estados Unidos era alta para los estándares mundiales, aunque experimentaba una disminución en términos relativos. La tasa de natalidad de los blancos, medida por cada 1.000 habitantes por

año, bajó de 55 en 1800 a 30,1 en 1900 (la tasa de natalidad de los negros, que era de 58,6 por ciento cuando fue medida por primera vez en 1850, era de 44,4 por ciento en 1900). Pero la tasa de mortalidad infantil, que medía las muertes de niños por cada 1.000 nacidos vivos, también cayó: de 217,4 en 1850 a 120,1 en 1900, y a menos de 100 en 1920, mientras que la tasa de mortalidad infantil de los negros era aproximadamente un 40 por ciento más alta. Y la esperanza de vida aumentó: de 38,9 años en 1850 a 49,6 en 1900; la marca de los 60 años se superó en la década de 1920 (la esperanza de vida de los negros era de alrededor de 12 años menos). La combinación de estos factores dio lugar a que la tasa de aumento vegetativo de la población fuera muy alta.[698]

Este aumento vegetativo vino acompañado de la inmigración masiva. Desde 1815 hasta el comienzo de la guerra civil llegaron a Estados Unidos más de 5 millones de personas provenientes de Europa, de las cuales alrededor del 50 por ciento eran de Inglaterra, el 40 por ciento de Irlanda y el resto de la Europa continental. Entre el fin de la guerra civil y 1890 llegaron otros 10 millones, en su mayoría provenientes del noroeste de Europa, en especial de Inglaterra, Gales, Irlanda, Alemania y Escandinavia. Después, en los años que transcurrieron entre 1890 y 1914, llegaron otros 15 millones, en su mayoría del este y el sur de Europa: polacos, judíos rusos, ucranianos, eslovacos, croatas, eslovenos, húngaros, griegos, rumanos e italianos. En los cuatro años previos a la primera guerra mundial, la inmigración superaba con creces el millón por año, y al final surgió la preocupación de que Norteamérica (y no sólo las ciudades como Nueva York) se estuviese superpoblando. Las leyes de naturalización, que se remontan a 1790, siempre habían negado el acceso y residencia a los que no fuesen de raza blanca. El 18 de agosto de 1882 el Congreso promulgó la Ley de Exclusión, que negaba la entrada al país a las personas con perturbaciones mentales, a los

criminales, a los indigentes y, durante diez años, a los trabajadores chinos bajo contrato, a quienes limitó aún más la Ley de Contratos de Trabajo de 1885. Pero estas restricciones no eran muy significativas. Entre 1866 y 1915, para resumir, Estados Unidos brindó un hogar a 25 millones de personas, en su abrumadora mayoría provenientes de Europa. Después de 1883, año que fue testigo de la primera oleada masiva de judíos rusos que huían de los pogromos zaristas (que comenzaron a ser sistemáticos en 1881), el porcentaje de europeos del norte y el oeste cayó drásticamente con relación al total y, después de 1895, los inmigrantes del este y el sur de Europa eran mayoría: hacia 1914 más de nueve millones habían entrado en Estados Unidos.[699]

Las decenas de millones de norteamericanos surgidos del aumento vegetativo y de la continua inmigración masiva fueron provistas de alimento, ropa, hogar y empleo sin demasiadas dificultades por el generoso país, explotado y desarrollado con una intensidad y una capacidad que aumentaron incesantemente a medida que avanzaba el siglo. Fue preeminente el papel que desempeñó la agricultura. Ya nos hemos ocupado de la Ley Homestead de 1862. Esta ley fue acompañada, en el mismo año, del nombramiento de un comisionado de agricultura. Esto formaba parte de una gigantesca expansión del Gobierno y de la extensión de las zonas en las que éste estaba interesado directamente a raíz de la guerra civil. Puede decirse que, de allí en adelante, el Gobierno federal de Estados Unidos dejó de dedicarse sólo a permitir que la agricultura "se diera": aplicó una política para lograrlo. Bien puede que ése haya sido el deseo popular. Era por cierto el deseo de los granjeros, en especial de los nuevos y de los pequeños colonos, que aumentaron en número con rapidez tras el fin de la guerra civil, estimulados por las concesiones financieras otorgadas a veteranos, según establecía una enmendada Ley Homestead. El auge de la agricultura fue posi-

ble gracias a los ferrocarriles, que no sólo transportaban con rapidez alimento en grandes cantidades a las ciudades que crecían y se multiplicaban, sino que también hicieron posible la creación de un vasto mercado de exportaciones transoceánicas. El auge comenzó aún antes de que empezara la guerra civil, se aceleró durante su transcurso y continuó sin cesar tras su finalización. En 1860 la población total de Estados Unidos superaba escasamente los 30 millones. Hacia 1910, medio siglo más tarde, más de 50 millones de personas vivían en Estados Unidos en granjas o en aldeas agrícolas. El número de granjas había aumentado de dos millones en 1860 a más de seis millones hacia 1910. Esto fue posible gracias a la incorporación de más de 200 millones de hectáreas de tierras para el cultivo, lo que equivale a la superficie de Europa Occidental.[700]

El crecimiento de la agricultura provocó profundos cambios en la geografía y la demografía de Estados Unidos. Aunque el país se industrializó a un ritmo vertiginoso en la segunda mitad del siglo XIX, la agricultura se mantuvo firme como la principal fuente de riqueza y trabajo. En 1880, el 49 por ciento de aquellos que gozaban de un empleo remunerado trabajaba en la agricultura (esta cifra bajó a 32,5 por ciento en 1910 y a 21,4 por ciento en 1930). Pero la tendencia de esta masa de trabajadores rurales, como la de la población en general, era trasladarse al oeste. En 1790 el destino común eran las cercanías de Baltimore. Hacia 1810 era a orillas del Potomac. En 1820 se extendía hasta Woodstock. Hacia 1840 era cerca de Clarksburg, en Virginia Occidental, y hacia 1850 era casi cruzando el Ohio. En 1860, y también en 1870, aún se situaba en Ohio, pero en las décadas que transcurrieron entre 1880 y 1920 cruzó lentamente Indiana. Estos cambios reflejaban el hecho de que Estados Unidos se estaba apropiando, para su cultivo, de alrededor de otros seis millones de hectáreas anuales, la mayoría de las cuales se encontraban en el oeste.[701]

Esto a su vez reflejaba la política republicana, consistente en proveer tierras baratas o incluso gratuitas. La ley de 1862 fue la más importante, tanto en la práctica como simbólicamente, pero le siguieron otras. La Ley de Madera y Piedra, de 1878, permitía la venta de parcelas de 160 acres (64 hectáreas) de tierra apta para la explotación de la madera o la piedra a precios fijados en no menos de 2,50 dólares el acre (0,405 hectáreas). La Ley Dawes, de 1887, permitía a los indios adquirir tierras públicas a título individual, lo que significaba que podían venderlas y, por lo tanto, ampliaba el mercado. Una ley de 1909 fijó como tope para las concesiones de tierras la extensión de 128 hectáreas de tierra seca. En 1912, las concesiones de tierras pasaron a ser gratuitas después de tres años de residencia (en lugar de cinco), y en 1916 la extensión fue aumentada a 256 hectáreas para la cría de ganado. Nunca en la historia de la humanidad, antes o después, los gobiernos han ido tan lejos para ayudar a que las personas comunes fueran propietarias de tierras. Hubo quienes dijeron en esos días, y muchos más desde entonces, que era una locura que el Estado se deshiciera de sus tierras públicas con tanta rapidez y generosidad, lo que provocaba enormes devastaciones, excesos de alimento y caídas de los precios de las tierras del este. Por otro lado, la Comisión de Tierras Públicas creada por Theodore Roosevelt concluyó que la ley de 1862 y las que la siguieron habían alcanzado muchas de las metas que se habían propuesto: "Protegen al Gobierno, pueblan los estados de hogares, constituyen comunidades y disminuyen la posibilidad de que haya un conflicto social y civil, ya que otorgan la propiedad del suelo, en pequeñas extensiones, a sus ocupantes".[702]

Las extensiones no eran tan pequeñas, por cierto. En teoría, y quizás a veces en la práctica, una persona podía adquirir 65 hectáreas según lo establecido por la ley de 1862, otras 65 hectáreas según la vieja Ley de Derecho Preferente de Compra,

otras 65 según la Ley de Madera y Piedra, y 260 hectáreas de tierra desértica, lo qué sumaba un total de 455 hectáreas, todas ellas gratuitamente, siempre que cumpliera con los requisitos de residencia. Los críticos se quejaban de que las compañías madereras o mineras, al actuar en connivencia con individuos codiciosos, podían construir enormes holdings. Esto era posible gracias al sistema de conmutación autorizado por las leyes, y sin duda ocurrió. En el cuarto de siglo que transcurrió entre 1881 y 1904, se calcula que se conmutaron alrededor del 23 por ciento de las tierras públicas que habían sido vendidas. En Dakota del Norte la mitad de las tierras vendidas pasaron a manos de grandes compañías.[703] Pero esa proporción no parece ser particularmente alta y puede considerarse un precio pequeño a cambio de los inmensos beneficios de contar con un mercado de tierras libre, algo que nunca antes en la historia había ocurrido, en ningún lugar del mundo. Lo que es más, también podría decirse que era deseable una mezcla de grandes y pequeños propietarios. Las compañías ganaderas, madereras y mineras podían atraer o efectuar servicios que estaban por encima de los medios o la capacidad económica de los pequeños granjeros, pero de los que éstos podían gozar cuando estaban disponibles. Y la agricultura en gran escala aceleraba sin duda, el desarrollo de la tecnología agrícola de la que, al final del proceso, se beneficiaban más que nadie los pequeños granjeros.[704]

La tecnología adoptó una amplia variedad de formas. En los vastos campos abiertos del oeste, donde se debía proteger la tierra del ganado e impedir el extravío de los animales, la invención del alambre de púas fue una bendición, que tuvo un impacto espectacular en la historia de la agricultura. A mediados de la década de 1870, dos granjeros de Illinois, Joseph F. Glidden y Jacob Haish, patentaron el alambre de púas, un producto práctico y barato. En 1874 su coste era de 20 dólares las 100 libras (45,4 kg), y la producción total era de 10.000 libras

(4.540 kg). Seis años más tarde la producción había aumentado a 80,5 millones de libras (36.547 toneladas), lo que dio como resultado una brusca caída de los precios que hizo que el alambre de máxima calidad bajara su precio a 1,90 dólares hacia 1897. Glidden y Haish no tenían idea de que su invento iba a causar la muerte a millones de personas en la primera guerra mundial. (Si el alambre de púas hubiera existido en 1861, en la guerra civil habría habido probablemente el doble de bajas y el conflicto se habría extendido hasta finales de la década). El alambre de púas era mucho más barato y más rápido de colocar que las cercas de madera en las tierras de pastoreo y su producción masiva hizo posible cercar las tierras aledañas. Era transportado a Texas por trenes de carga, y eso permitió que el oeste del estado, que antes había sido ignorado, se desarrollara con rapidez.[705]

El gran descubrimiento, a comienzos de la guerra civil, fue que el ganado podía sobrevivir a los crudos inviernos de las altas planicies, en Nebraska y en cualquier parte del país, y que engordaba notablemente en los pastos naturales. Los ganaderos sustituyeron a los granjeros en las tierras secas y, operando en una escala cada vez mayor, hicieron fortunas tan pronto el ferrocarril les permitió distribuir su producción a un bajo coste. La investigación de los procesos de la agricultura y del uso eficaz de la tierra fue sumada a la alta tecnología, la gran combinación que Norteamérica logró plasmar. Cada primavera se realizaba un rodeo masivo del ganado que había pasado el invierno en las zonas de pastoreo a campo abierto. Gracias a la costumbre local de las marcas con hierro candente, este ganado se podía distribuir fácilmente entre los distintos dueños. Los terneros eran separados y marcados, o vueltos a marcar, y después se los conducía a Kansas, Nebraska o Wyoming para su engorde, mientras que el resto volvía a las zonas de pastoreo. Por lo tanto, los pueblos ganaderos crecieron: Abilene, Kansas, Dodge

City y Topeka, por ejemplo. Todos ellos se encontraban junto a las nuevas vías férreas, que serpenteaban cruzando las llanuras. En estos pueblos se engordaba a los terneros para ser faenados de inmediato o transportados en tren a los muchos corrales que estaban surgiendo en Kansas City, Milwaukee y, sobre todo, en Chicago. La década de 1870 se caracterizó por los extensos y gigantescos arreos de ganado en los que inmensos rebaños eran conducidos a lo largo de más de 6.000 kilómetros desde Texas al norte, para ser faenados o para renovar los de las altas planicies. Esta vida de extensos recorridos, la edad de oro de los vaqueros, duró casi exactamente un cuarto de siglo. Hacia comienzos de la década de 1890 su época había pasado, pero para entonces ya había sido inmortalizada por las pinturas de Frederick Remington (1861-1909), que había arreado ganado como un verdadero vaquero; por las novelas de Owen Wister (1860-1938) y, por último, pero no por ello menos importante, por el amigo político de Wister, Theodore Roosevelt (1838-1919), que convirtió la vida del vaquero en una mezcla de juego y aventura para los ricos de la ciudad.[706]

Los años de gran expansión y abultadas ganancias (J. W. Iliff, que antaño había sido minero y había fracasado como tal, tenía un rebaño de 35.000 cabezas; Joseph G. McCoy puso en el mercado, en un momento u otro, más de dos millones de cabezas) finalizaron a causa de la invasión del alambre de púas, que permitió a los granjeros mantener el ganado alejado de sus cultivos por poco dinero. A la larga, sin embargo, el alambre de púas benefició también a los ganaderos inteligentes, ya que les permitió cercar zonas extensas y formar rebaños de gran calidad, protegidos de las enfermedades y los genes de las razas sureñas de menor valía. En un principio los cercados en los campos ganaderos eran ilegales, pero una vez que se abarató el precio del alambre de púas todos debían tenerlos, y hacia 1888 se estimaba que 3,25 millones de hectáreas destinadas a la cría in-

tensiva de ganado contaban con alambradas. Puede que los libros de historia hablen, y de hecho lo hacen, del entusiasmo y los desastres provocados por la cría de ganado en gran escala en las altas planicies; de las enfermedades, las sequías y las inundaciones repentinas que perjudicaron a los granjeros ricos y borraron del mapa a los pobres; y de la aparición de leyes de cuarentena contra el ganado sureño.[707] Fue en realidad una de las formas más románticas en que el oeste (la totalidad de Oklahoma, por ejemplo) comenzó a desarrollarse. Y, una vez que se pudo hacer llegar el ganado a los mercados de manera eficaz, una vez que se concluyeron los tramos finales del ferrocarril y se desarrolló científicamente la industria frigorífica, la carne vacuna de las llanuras norteamericanas, de alta calidad y bajos precios, se exportó a todo el mundo.

No es necesario decir que había un elemento destructivo en este nuevo y colosal sistema de explotación. Para criar ganado en las llanuras había que destruir a sus antiguos habitantes, los inmensos rebaños de búfalos que deambulaban por ellas. Y eso, que fue lo que se hizo, puso a los indios entre la espada y la pared. La verdadera historia de los indios norteamericanos está empezando a escribirse y, lamentablemente, hasta hoy ha estado casi siempre en manos de entusiastas que han permitido que sus simpatías empañaran la verdad objetiva. Los indios no eran salvajes asesinos que se debía evitar que siguieran viviendo en tribus o a quienes se debía asimilar por completo (como de hecho sucedió con decenas de miles de ellos), o exterminar o encerrar en reservas remotas (como creía la gran mayoría de los blancos norteamericanos en el siglo XIX). Tampoco eran inocentes primitivos y sofisticados que vivían en comunidades utópicas y conservacionistas a quienes atacaron brutalmente crueles e irresponsables invasores de origen europeo, como piensan los histo-

riadores del siglo XX, que tienen una visión romántica de los indios. Cuanto más en detalle se estudia la vida de los indios y de los colonos blancos que los desplazaron de su territorio, y cuanto menos prejuicios se tienen hacia cualquiera de los bandos al realizar este análisis, más pequeñas parecen ser las diferencias entre ellos. Tanto los indios como los blancos vivían sobre el mismo suelo, que por lo general era árido, y daban lo mejor de sí para domeñarlo, de diferentes formas. No parece haber habido diferencias perceptibles de inteligencia, como lo prueba rotundamente el hecho de que un gran número de indios pasó inadvertido entre los blancos y superó la indiferencia racial y étnica en muy pocas generaciones.

Pero los indios estaban en desventaja debido a dos características sociales que reconocían profundas raíces históricas. En primer lugar, estaban extremadamente fragmentados, y los grupos en los que estaban organizados eran minúsculos. Por lo general, no hacían una distinción entre indios y blancos sino entre su propio pequeño grupo y el resto, a los que calificaban de enemigos. Así, el idioma navajo reconocía dos categorías de humanos: los *dine* (ellos mismos) y los *ana'i* (los enemigos). Los blancos no formaban un grupo definido, sino que eran una subcategoría dentro de los *ana'i* Esta taxonomía era característica de las lenguas indias. De cuando en cuando, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, los chamanes indios, sin duda influidos por los misioneros blancos, intentaron predicar la doctrina de que el modo de vida de los indios era absolutamente diferente y opuesto al de los blancos, y de que los indios debían actuar en conjunto como una raza única. Esta forma de teoría racial india, en sí misma una variante del racismo blanco, fue defendida por Neolin entre los delaware, por Handsome entre los iroqueses y por Tenskwatawa entre los shawnees, y líderes como Tecumseh intentaron utilizar el racismo indio con fines políticos.

Pero, en términos generales, esta estrategia no dio buenos resultados.

En segundo lugar, aunque los indios eran granjeros sedentarios razonablemente buenos cuando querían, los hombres tendían a considerar la agricultura una tarea femenina y la caza la actividad principal de los varones. Se podía convencer a los hombres indios de llevar adelante una granja, pero en esos casos casi siempre se apartaban de la tribu y se unían a la comunidad blanca. Las autoridades tuvieron demasiadas dificultades para combinar la agricultura sedentaria con el modo de vida tribal. Por lo tanto, las tribus indias, dentro de las reservas o fuera de ellas, consideraban que las matanzas de grandes cantidades de búfalos que emprendían los ganaderos blancos eran un ataque directo a su integridad y su existencia tribal. Esta impresión se agravó porque consideraban además, con razón o sin ella, que los blancos no estaban dispuestos a respetar los términos de los tratados que firmaban.

El verdadero problema de los indios, y en especial de sus gobernantes, en su confrontación con los blancos, fue la ausencia de líderes que supieran cómo tratar con el sistema de Washington. Sin embargo, no faltaban los blancos que apoyaban su causa. En 1881 Helen Hunt Jackson (1830-1885), una notable poetisa y novelista entre cuyas obras se encuentra *Ramona* (1884), presentó una historia cuidadosamente documentada de las violaciones de los tratados indios cometidas por los blancos, llamada *A Century of Dishonor* (Un siglo de ignominia) que obligó a las autoridades a tomar cartas en el asunto. La misma Helen Jackson fue nombrada miembro especial de una comisión destinada a investigar las condiciones en que vivían los indios de las misiones de California. Lo que es aún más importante, su libro hizo que el senador Henry L. Dawes, de Massachusetts, presentara en el Congreso un proyecto de ley cuyo fin era remediar algunos de los abusos que ella describía. En parti-

cular, el objeto de la Ley Dawes (1887) era convertir a los indios nómadas de las llanuras, que parecían condenados a ser explotados de una manera u otra, en granjeros sedentarios, para lo cual adjudicaba a cada jefe de familia una parcela de 65 hectáreas, una de 32,5 hectáreas a los adultos solteros y los huérfanos, y otra de 16,2 hectáreas a cada niño. Estas tierras eran inalienables y permanecían en fideicomiso por veinticinco años antes de que se concediera a sus ocupantes el título de propiedad.

No obstante, para traer esta historia al siglo XX, las debilidades de la Ley Dawes eran tantas que justificaban que se hicieran esfuerzos adicionales a fin de encontrar una solución justa a la situación de los indios que permanecían en tribus. Una de las dificultades fue que resultaba difícil establecer el número exacto de esa población. En 1865 se calculó que los que así vivían eran alrededor de 340.000. Se supone que esta cifra permaneció relativamente estable durante unos ochenta años. Aquellos indios que sacaron provecho de la Ley Dawes consiguieron la ciudadanía, y de inmediato, por así decirlo, dejaron de ser indios. Hacia 1900 todos los indios que permanecían en tribus vivían en reservas y, en 1924, se concedió a todos la ciudadanía estadounidense. Las reservas eran entonces más de doscientas, repartidas por cuarenta estados, aunque su extensión se redujo poco a poco de 67 millones de hectáreas en 1887 a 24,5 millones hacia 1960.

Para entonces, sin embargo, la política general había vuelto a cambiar radicalmente. John Collier (1884-1968), un trabajador de una hacienda de Georgia con experiencia en los guetos de inmigrantes, abrazó la causa india después de la primera guerra mundial y, en 1922, fundó la Asociación en Defensa del Indio Norteamericano, que criticaba la política federal oficial. En 1932 Collier fue nombrado comisionado federal para Asuntos Indios, un puesto que ocupó hasta 1945, e introdujo lo que se dio en llamar el New Deal (nuevo trato) indio. Su objeto era

restringir la intervención federal en los asuntos indios para reducir o, en lo posible, eliminar las ventas de tierras en posesión de los indios a los blancos, para fomentar nuevamente las costumbres y el estilo de vida de los nativos y para promover su autosuficiencia económica. Algunas de estas metas adquirieron carácter legal en 1934 con la Ley Wheeler-Howard.[708] Fue un retorno a la política anterior, con la diferencia de que ahora los indios estaban siendo empujados a guiarse por sus convicciones y a hacer un uso pleno de sus derechos. Esta ley autorizaba a las tribus a adquirir tierras adicionales, facilitaba préstamos para sus actividades económicas y, por primera vez en la historia de Estados Unidos, introducía el principio de la "discriminación positiva", por el cual se daba a los descendientes directos de indios preferencia para ocupar determinados puestos en la Administración pública. Sólo 99 de las 172 tribus reconocidas optaron por acogerse a los beneficios de la Ley Wheeler-Howard en lugar a la Ley Dawes, pero en el cuarto de siglo posterior a este estímulo legal, muchos indios prefirieron reincorporarse a aquellas tribus que habían hecho valer con éxito sus solicitudes y sus derechos en materia de tierras. En consecuencia, el censo de 1960 reveló que el número total de indios, o de aquellos que ahora querían ser considerados como tales, había aumentado misteriosamente a más de 540.000 (algo similar a lo que ocurrió en 1988, cuando en la Unión Soviética se permitió a los judíos, a diferencia de otros ciudadanos, abandonar el país, y su número se triplicó bruscamente). Los litigios han permitido a algunos grupos de indios, al menos en teoría, enriquecerse. Por otro lado, los hijos de estos indios, a medida que crecen, prefieren no llevar una vida de aislamiento. Mientras tanto, las reclamaciones hechas por algunos líderes indios o, mejor dicho, por los académicos blancos que hablan en su nombre, los han enemistado con la mayoría blanca. En pocas palabras, el problema de los indios norteamericanos, como muchos otros originados

por poderosas fuerzas históricas, no tiene otra solución que el paso del tiempo.[709]

Durante las décadas de 1860, 1870 y 1880, la frontera se había expandido hacia el oeste. El término “frontera” no era sólo un nombre, sino una definición geográfica específica apoyada en muchas leyes del Congreso. Se aplicaba a la tierra ocupada por dos o más, pero menos de seis personas, por término medio, por cada milla cuadrada (2,5 km2). Hacia 1890 la frontera ya no existía, es decir, ya no había zonas que correspondiesen a esta definición. Pero el término seguía vivo en la mente de hombres y mujeres, porque estaba envuelto en un halo de romanticismo místico y al mismo tiempo de un cierto carácter diabólico. Nunca en la historia ha habido un período fugaz en una región en particular que haya dado origen a tantos libros y tantas imágenes. (El único ejemplo comparable es el Renacimiento italiano, que tuvo lugar en una región similar y durante aproximadamente la misma cantidad de años). No es fácil separar el oeste norteamericano de su historiografía, cuyo verdadero comienzo se sitúa alrededor de 1890, cuando la frontera como hecho histórico desaparecía y aparecía la primitiva industria del cine, que creó la imagen popular del oeste.[710]

Hasta la década de 1890, la historia de Norteamérica se presentaba básicamente como el desarrollo de los estados del este, considerados éstos una extensión transatlántica de la historia inglesa, o como un episodio de la expansión marítima europea. En 1893, un académico del Medio Oeste, Frederick Jackson Turner (1861-1932), pronunció un discurso en la Sociedad Histórica Norteamericana sobre la importancia de la frontera en la historia de Norteamérica. En su exposición demostró que la existencia de una frontera móvil, como solución a todos los problemas sociales y económicos de Norteamérica, constituía

un elemento desconocido en Europa y hacía que la historia norteamericana fuera única. Este importante documento causó un efecto estimulante en los historiadores norteamericanos y los llevó a estudiar con más detenimiento, y con otros ojos, muchos aspectos de su historia, y a intentar descubrir qué era exactamente lo que hacía de Estados Unidos un país tan singular. [711]

Es discutible, por ejemplo, que haya sido el oeste lo que hizo de Estados Unidos un país esencialmente violento, una característica en realidad curiosa en un país tan respetuoso del imperio de la ley y de la solución de los conflictos por vía legal. Hasta que atravesaron los Apalaches, los colonos de habla inglesa se contentaron, en general, con actuar dentro del marco de la ley de derecho consuetudinario inglesa.

Es cierto que, como pioneros, siempre reclamaron su derecho de llevar armas, derecho que garantizó la exitosa Revolución norteamericana y que ha sobrevivido hasta hoy para acechar a la nación. Pero, en términos generales, estos colonos respetaban la tradición de la ley de derecho consuetudinario según la cual, ante cualquier disputa que pudiera volverse violenta, el sujeto amenazado tenía el deber legal de retirarse de la escena, en la medida en que fuera posible y, si no lo hacía y mataba, se lo consideraba culpable. Digo que respetaban esta tradición "en términos generales", porque la costumbre de batirse en duelo y el concepto del "honor" estaban, en Norteamérica, por lo menos tan arraigados como en la Europa continental, y ambas cosas contradecían la ley de derecho consuetudinario. Pero eran frecuentes en especial en el viejo Sur, y en los estados fronterizos como Tennessee, Kentucky y Misuri, y desde estos estados se extendieron hacia el oeste. En el Sur también se ponía énfasis en el derecho —de hecho el deber— de los hombres honorables a vengarse como una forma de hacer justicia, aunque Francis Bacon, en un famoso ensayo en el que defendía la tradición

inglesa de la ley de derecho consuetudinario se esforzó por dejar claro que la venganza era la antítesis de la justicia.[712]

La costumbre de los tiroteos que arraigó en el oeste norteamericano no fue sólo un fenómeno social, y mucho menos un invento de Hollywood, sino que tenía profundas raíces en la filosofía legal distintiva del país. Por supuesto, no faltaron los que criticaban esta costumbre, incluso en su apogeo. Por ejemplo, el clero de Nueva Inglaterra la atacaba abiertamente: los tiroteos eran uno de los aspectos del oeste que más deploraban. También la atacó nada menos que Kipling, cuando visitó el oeste en 1892. Puede que haya sido él quien acuñó la expresión "la ley de la selva", en un tono respetuoso, pero cuando estuvo en Portland, Oregón, y se enteró de que un jurado se había negado a condenar a un vaquero que había matado a un camarada con su pistola con el argumento de que la pelea había sido "limpia", expresó el mayor de los rechazos. Kipling pensaba que "el código del oeste" no debía aplicarse en "una ciudad civilizada" como Portland. Se adelantó a su tiempo: a partir del siglo XX, la mayoría de los tribunales se negaron a tolerar los tiroteos, por más "limpios" que éstos fueran.[713]

Algunos historiadores, sirviéndose de un método de análisis seudomarxista, han querido explicar la violencia del oeste, y el papel desempeñado por los pistoleros, en términos de un conflicto de clases. Según este análisis, los pistoleros a sueldo, contratados en general por un importante ganadero o un dueño de ferrocarril, solían ser norteños de origen anglosajón, y votar a los republicanos. Aquellos que peleaban en defensa de los "débiles" provenían de lo que Kipling habría llamado "razas inferiores" (hispanos, griegos, italianos, eslavos) o bien eran sureños que votaban a los demócratas.[714] Pero hay demasiadas excepciones a esta dicotomía (y demasiados incidentes en los que es imposible rastrear la filiación política, económica o incluso ra-

cial de los agresores) para que pueda servir como una herramienta histórica.

La fase violenta de la historia del oeste se prolongó desde 1850 hasta alrededor de 1920, aunque hubo incidentes incluso después. Uno de los peores episodios tuvo lugar en Ludlow, en el sur de Colorado, en abril de 1914, cuando unos pistoleros contratadas por John D. Rockefeller y otros dueños de minas libraron una batalla contra una turba de mineros armados y luego prendieron fuego a su campamento, lo que dio como resultado la muerte por asfixia de trece mujeres y niños en lo que se conoció como el Agujero Negro de Ludlow. La violencia entre los sindicalistas militantes y los hombres armados empleados por empresas fue una de las principales causas de asesinato. Un historiador ha recopilado una lista de cuarenta y dos casos graves de violencia entre 1850 y 1919, cuyos orígenes fueron, aunque esto es discutible, socioeconómicos.[715] Pero la lista sería mucho más extensa si tuviéramos en cuenta casos en los que la violencia se generaba por codicia, venganza, disputas personales (en especial entre familias y bandas criminales). La violencia tendía a presentarse sobre todo durante el período comparativamente corto que transcurría entre la fundación de un distrito y la creación de sus fuerzas policiales y tribunales. Mientras duró este período, el oeste fue tierra de nadie, y los primeros habitantes tuvieron que organizar grupos de vigilantes para proteger su vida y sus propiedades. Aun cuando existía un sustento legal, la jurisdicción por lo general se limitaba a ciertos condados o incluso a poblados y distritos, y los criminales podían ponerse a salvo con sólo cruzar estas fronteras. No había cuerpos de policía estatales —y, por supuesto, no existía el FBI— autorizados a cruzar los límites de los estados.

Era ésta la clase de injusticia que Allan Pinkerton, que tenía un fuerte sentido de la justicia, intentó remediar con su organización mientras presionaba al Congreso para que interviniera

promulgando leyes. Pero en muchas regiones, durante años o incluso décadas, las bandas de vigilantes fueron la única solución. Se ha estudiado a más de 200 organizaciones identificares de este tipo al oeste del Misisipí. California tenía el cuerpo más numeroso, llamado San Francisco, que según se sabe llegó a contar con entre 6.000 y 8.000 miembros (1856). Texas tenía la mayor cantidad de estas organizaciones. El estado arquetípico era Montana, cuyo capitolio recuerda a los vigilantes fronterizos. A veces la literatura de ficción ofrece una descripción errónea. Las cuatro novelas escritas acerca de Mussel Slough presentan a los personajes en términos de buenos y malos, mientras que la historia nos muestra, como era de suponer, que había muchos más matices que los que sugiere esa dicotomía. Walter van Tilburg Clark, que escribió una famosa novela sobre el movimiento de los vigilantes, *The Ox-Bow Incident* (El incidente de la collera) (1940), lo describe como opresivo y asesino. Pero las pruebas demuestran con claridad que muchos grupos no se proponían otra cosa que luchar contra los criminales que, de hecho, protegían a los civiles desarmados de los ladrones armados y los asesinos. Muchos congresistas, senadores y gobernadores fueron vigilantes, y no habrían sido reelegidos si las bandas a las que pertenecían no hubieran sido populares.[716]

La mayoría de los conflictos agrícolas, incluso aquellos provocados por la novedad del alambre de púas, se resolvieron pacíficamente. Es falsa la noción de que el problema del oeste no era sino una lucha entre intereses económicos, étnicos y de clase irreconciliables. El problema del oeste, como el de otras regiones productoras de materias primas en todo Estados Unidos, era las oscilaciones del mercado. Estas afectaban particularmente a los ganaderos, una de las razones por las que California, a partir de la década de 1890, se dedicó con tanto entusiasmo al cultivo de fruta y verdura, actividad en la que los mercados eran más estables y el principal enemigo, el clima, que en aquel esta-

do era más bien benigno. Las oscilaciones bruscas del mercado perjudicaban también la cosecha de algodón, pero eso siempre había sido así. También es falsa la idea de que la guerra civil, que desenmascaró el mito del Rey Algodón, haya dado lugar a que Estados Unidos, y el Sur en particular, dejara de ser uno de los mayores productores de algodón. Es verdad que las consecuencias de la guerra y la brutal reconstrucción posterior afectaron zonas del Sur agrícola. Muchas grandes fincas aptas para el cultivo fueron divididas en parcelas de 8 a 20 hectáreas que eran trabajadas por negros liberados, en carácter de arrendatarios o aparceros: una especie de sistema asiático, calamitoso para la calidad de la tierra. Había menos tierras "mejoradas" en 1900 que las que había habido en 1860.[717] Pero el algodón, que después de todo era un producto básico internacional en un mundo en el que la población aumentaba con rapidez y había una interminable demanda de prendas de vestir, siguió prosperando en los años de buenas cosechas. El año anterior a la guerra civil, 1860, el Sur produjo 3.841.000 balas de algodón. En 1929 la cifra fue de 14.828.000 balas, lo que aún constituía alrededor del 83 por ciento de la producción total mundial.[718] Los negros gozaron de esta prosperidad algodonera. Alrededor de 200.000 de ellos se convirtieron con el tiempo en dueños de sus propias granjas, que ocupaban un total de 8.000.000 de hectáreas, una gran parte de las cuales estaba destinada al cultivo del algodón. Pero en todas las fases del proceso fue la mecanización la mayor responsable de este aumento de la producción.

En las últimas cuatro décadas del siglo XIX se aceleró la mecanización de la agricultura norteamericana. La aparición de la cosechadora Marsh, en 1858, inventada por C. W. y W. W. Marsh, él mismo cosechador, provocó un gran entusiasmo entre los más emprendedores de los norteamericanos dedicados al cultivo de cereales. Aún más importante fue la aparición en

1878 de la agavilladora de alambre de John F. Appleby, que permitió recoger la cosecha en un tiempo ocho veces menor, una ventaja de vital importancia en el Medio Oeste, donde el clima obligaba a cosechar de inmediato una vez que el cultivo estaba a punto. Al aumentar la cantidad que un granjero podía cosechar eficazmente se incrementó enormemente la capacidad de cultivo; de ahí que la producción aumentara de 5,6 fanegas por granjero en 1860 a 9,2 fanegas en 1880.[719] Más o menos por la misma época, en las grandes granjas dedicadas al cultivo del trigo del oeste comenzaron a utilizarse las segadoras trilladoras, que segaban, trillaban, limpiaban, empaquetaban y pesaban el grano mecánicamente (las primeras requerían la tracción de una veintena de caballos o más, que luego fueron reemplazados por tractores). Después, a comienzos de la década de 1880, aparecieron las sembradoras que abonaban y fertilizaban la tierra, las desmalezadoras, las gradas de dientes flexibles y las sembradoras, así como la Lister, que araba y sembraba al mismo tiempo. A partir de 1860 la fuente de energía para el funcionamiento de las máquinas y las herramientas en el trabajo agrícola no dejó de mejorar: primero fue el hombre, luego el caballo, después caballos más fuertes a los que más tarde sustituyeron los tractores de vapor y, finalmente, alrededor de 1910, los motores de gasolina. El valor de la maquinaria agrícola empleada aumentó más del ciento por ciento en la generación correspondiente al período 1860-1890; después, entre 1890 y 1930, se quintuplicó, pasando de 500 millones de dólares a 2.500 millones, con un aumento de la productividad de más del 400 por ciento.[720]

Los beneficios que recibieron la comunidad agrícola norteamericana y los consumidores a ambos lados del océano —que contaban con una mayor abundancia de alimentos más baratos y de mejor calidad— se debieron sobre todo a la inteligencia y la laboriosidad de los mismos granjeros norteamericanos. Pero aquellos que inventaron e introdujeron en el mercado la nueva

maquinaria también merecen buena parte del reconocimiento. Lo que nos lleva a una importante cuestión moral. El período que transcurrió entre el fin de la guerra civil y la segunda década del siglo XX suele conocerse como "la era de los barones ladrones", aquellos hombres despiadados, codiciosos y egoístas que explotaron el sistema capitalista industrial en gran escala y a millones de desafortunados trabajadores para enriquecerse y dilapidar sus fortunas con un "consumo ostentoso". Pero según una lista de millonarios norteamericanos elaborada en 1902, una proporción importante de la nueva plutocracia, como la llamaban sus críticos, estaba formada por personas que servían a la comunidad agrícola y que habían logrado poner fin al trabajo agotador del pasado y aportado alimentos baratos para todos.

En Illinois, por ejemplo, estaban Charles H. Deere y John Deere (1804-1886), que produjeron masivamente los arados modernos; Edward Wells, que comercializó la carne de cerdo en escala industrial; y Philip Danforth Armour (1832-1901) y su hermano Hermán Ossian Armour (1837-1901), cuyo trabajo en la industria conservera —la producción de carne enlatada y su rápido transporte y comercialización (sumados a un uso eficaz de los productos de desecho)— transformó la industria de la carné vacuna y porcina de Chicago. También estaba Thomas Lynch, el gran destilador. ¿La producción de bebidas alcohólicas es un comercio respetable? Miles de granjeros, por cuyos productos Lynch pagaba con dinero en efectivo, pensaban que sí. Otro hombre que utilizó el grano del oeste en grandes cantidades fue Adolphus Busch, que fabricaba cerveza en San Luis. Otro millonario de San Luis fue D. R. Francis, que administraba el fundamental mercado de opciones. Estaban los Pillsbury de Minneapolis y St. Paul, ciudades gemelas milagrosamente prósperas cuyo rápido desarrollo fue narrado con entusiasmo en el final de *La vida en el Misisipí* de Mark Twain, que adminis-

traban uno de los mercados de trigo más importantes, y Frederick Weyerhaeser, que proveía de cantidades enormes de madera aserrada a los granjeros del oeste. En San Francisco estaban el gran vendedor de granos Henry Pierce y el pionero de la maquinaria agrícola L. L. Baker, por no mencionar a McCormick, a quien los granjeros suelen agradecer más que a ningún otro sus inventos, que hicieron que su vida fuera un poco más fácil. Todos estos hombres amasaron fortunas en un mundo altamente competitivo y contribuyeron enormemente a la mejora de la vida de los granjeros y de los presupuestos de los consumidores. ¿En qué consistió el robo?

Si nos ocupamos de la economía no agrícola, nos encontramos con un panorama distinto. Hasta la década de la guerra civil, aunque ya el país más rico del mundo en términos de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, Estados Unidos era en muchos aspectos lo que hoy en día llamaríamos un país del Tercer Mundo; es decir, que exportaba materias primas, como el algodón y el tabaco, mientras que la mayoría de los productos manufacturados que consumía eran importados. La guerra civil cambió esta situación drásticamente, ya que le dio un enorme impulso a la industria norteamericana y, gracias a ello,/ Estados Unidos se convirtió en un país holgadamente autosuficiente; Entre 1859 y 1914, la producción de bienes manufacturados aumentó su valor no menos de dieciocho veces, y hacia 1919, estimulada por la primera guerra mundial, treinta y tres veces. La década de la guerra civil fue el período de "despegue" de este proceso, y dio como resultado un aumento del 79,6 por ciento en el número de empresas dedicadas a la industria manufacturera, con un aumento de 56,6 por ciento en el número de trabajadores que éstas empleaban. En 1840, Estados Unidos ocupaba el quinto lugar entre los países industrializados del

mundo por su producción. Hacia 1860 se encontraba en el cuarto. En 1894 había alcanzado el primer lugar. Por entonces Norteamérica ya producía el doble que Gran Bretaña, el anterior líder de la producción manufacturera, y la mitad que la suma de todos los países de Europa. Hacia el cambio de siglo las importaciones de bienes manufacturados eran insignificantes y el país ya exportaba este tipo de productos a todo el mundo.[721]

Seis razones fundamentales explican el veloz y arrollador avance del poder industrial en Estados Unidos. En primer lugar, Norteamérica, como Inglaterra anteriormente, contaba con leyes de patentes liberales, que incentivaban al máximo la inventiva humana. Hacia 1911 el número de patentes registradas ya había superado el millón. En segundo lugar, la escasez y el alto coste de la mano de obra fueron el motivo principal no sólo de las invenciones sino también de que se comprara e instalara maquinaria para reemplazarla, rasgo que es la esencia de la alta productividad y, por lo tanto, de la producción masiva. En tercer lugar, esto último promovió a su vez la estandarización de la maquinaria y sus repuestos. En cuarto lugar, el extraordinario éxito de la agricultura norteamericana, ya señalado, fue uno de los factores dinámicos de la industrialización. Ya en 1860 la producción de harina de trigo y de maíz era el apartado industrial de más peso en Estados Unidos. Luego fue desplazada por los mataderos y la industria conservera, que permanecieron en el primer lugar hasta 1914. En otras palabras, el ascenso de Norteamérica al liderazgo de la producción manufacturera mundial se debió a sil agricultura.[722] La quinta razón fue la abundancia y variedad de las fuentes de energía: primero la hidráulica, luego el vapor alimentado por madera y carbón y, finalmente, la electricidad. Hacia finales de la década de 1860, el consumo de energía en Norteamérica llegaba a 2.346 millones de caballos de fuerza y, hacia 1929, esta cifra se había incrementado hasta 42.931 millones. Norteamérica producía y distri-

buía, o explotaba energía, a costes más bajos que cualquier otro país del mundo. A estos recursos y ventajas naturales se sumaba una singular combinación de proteccionismo y liberalismo en las políticas federales y de los estados. La libertad de comercio entre los estados, garantizada por la Constitución, convirtió Norteamérica, hacia la década de 1860, en el área de comercio libre más extensa del mundo. Esto estuvo acompañado de aranceles aduaneros elevados, posibilitados o robustecidos por la creciente influencia política de los republicanos desde 1861 en adelante. En consecuencia, Estados Unidos disfrutó al mismo tiempo de las ventajas del libre comercio y del proteccionismo. Así pues, hacia 1900, el 97 por ciento de los productos manufacturados que compraba el mercado interno eran nacionales.

Un símbolo de la transformación de Estados Unidos, que en el lapso de cinco décadas pasó de ser un productor primario a ser el primer superestado industrial del mundo, fue la construcción de un colosal sistema continental de ferrocarriles, producto del papel de los productores agrícolas en la industrialización y, a la vez, factor fundamental de la aparición de un vasto complejo de carbón y metal y de sofisticados mercados financieros en Nueva York, Chicago y San Francisco. El ferrocarril fue el centro mismo de la revolución industrial de Norteamérica. Más que eso: constituyó el medio físico a través del cual los norteamericanos dominaron un continente gigantesco y empezaron a explotarlo con su acostumbrada e inquebrantable minuciosidad. Los ferrocarriles de Estados Unidos comenzaron en el este en 1825, y su tendido siguió la línea de la frontera; por lo general, las vías se tendían apenas una década después de que llegaran a cada lugar los primeros pioneros, lo que permitía la colonización masiva. Cuando en 1884 se debatió en el Congreso la admisión de Dakota como estado, el senador Benjamin Harrison (1833-1901) observó acertadamente: “El emigrante que en este momento busca establecer su hogar en el oeste no usa para

trasladarse una caravana, ni una carreta Conestoga y ni siquiera una Broad Horn. Le gran mayoría de las personas que han viajado a Dakota lo han hecho por medio del carro de vapor, muchas de ellas para echar un vistazo al hogar que obtendrían conforme a las Leyes Homestead de los Estados Unidos, mientras que Indiana tuvo que esperar treinta años después de su admisión como estado de la Unión para que se construyera una sola línea de ferrocarril en su territorio”.[723]

La importancia esencial de los ferrocarriles en la expansión y el desarrollo de Estados Unidos fue utilizada moral y políticamente para justificar la suspensión de las leyes de liberalismo económico y el hecho de que tanto el Gobierno federal como los estatales se involucraran directamente en su construcción. Se había recurrido a argumentos similares para justificar la construcción de la Carretera Nacional. Los estados dedicaron sus esfuerzos a promover y facilitar la, construcción de ferrocarriles desde el comienzo. El Gobierno federal comenzó a participar en 1850 prestando apoyo al ferrocarril Central de Illinois. Sin embargo, los verdaderos subsidios comenzaron (como ya hemos visto) en 1862, como resultado de la guerra civil, durante la cual Washington empezó a considerar lícito y natural involucrarse en todo. Lincoln concedió un préstamo directo de 65 millones de dólares al primer ferrocarril transcontinental y, durante la década de la guerra civil, entre 1861 y 1870, el Gobierno le entregó más de 40 millones de hectáreas a modo de subsidio directo. Por supuesto, Washington no fue la única fuente de subsidios. Todos los estados del Sur los concedieron de diferentes maneras: sólo Texas dio a los ferrocarriles 11 millones de hectáreas. Hasta el comienzo de la década de 1880 los estados de Nueva York, Illinois y Misuri contribuyeron con subsidios por valor de 70 millones de dólares. Antes de la guerra civil, alrededor del 30 por ciento del dinero destinado a financiar los ferrocarriles provenía de suscripciones públicas; des-

pués de 1870 la proporción disminuyó lentamente pero, en términos generales, aumentó a medida que crecían la escala y el coste del entramado de rieles. Se calcula que la ayuda directa del Gobierno a los ferrocarriles, entre 1861 y 1890, ascendió a más de 350 millones de dólares.[724]

Los ferrocarriles obtuvieron subsidios y se beneficiaron con privilegios legales de seis maneras diferentes. En primer lugar, obtuvieron concesiones de las legislaturas estatales (algo similar a lo que ocurrió con los primeros bancos), por lo general, se decía, a cambio de pases libres de los que disfrutaban prominentes políticos locales. En segundo lugar, se les otorgaron privilegios financieros especiales para recaudar fondos. En tercer lugar, obtuvieron el derecho de "dominio eminente", que de hecho significaba que tenían la facultad legal de realizar adquisiciones compulsivas de tierras. En cuarto lugar, se les reconocieron deducciones impositivas tanto estatales como federales. En quinto lugar, por lo general se aseguraron de contar con una protección monopolista frente a sus competidores. En sexto lugar, recaudaron más capital gracias a donaciones federales, estatales, de los condados y municipales. En los treinta años posteriores a 1861, por ejemplo, los empréstitos nacionales totalizaron 64,6 millones de dólares (y todos fueron honrados). Los ferrocarriles también estaban exentos del pago de aranceles.

Pero la forma de subsidio gubernamental más valiosa fue sin duda la entrega gratuita de tierras federales en una escala prodigiosa. Nunca en la historia de la humanidad ha habido corporaciones que hayan recibido fondos con tanta generosidad de manos de un Gobierno paternal; de hecho, se trataba a los ferrocarriles como "primogénitos".[725] Así, se quedaron con una cuarta parte de los estados de Minnesota y Washington, un quinto de Wisconsin, Iowa, Kansas, Dakota del Norte y Montana, un séptimo de Nebraska, un octavo de California y una novena parte de Luisiana. En total recibieron 630.000 kilómetros cua-

drados, un territorio más extenso que los de Alemania o Francia. El más beneficiado fue el ferrocarril Northern Pacific con 18 millones de hectáreas; en segundo lugar, el Southern Pacific con 10 millones y, después, el Union Pacific con 8 millones y el Santa Fe con casi 7 millones de hectáreas. Sumado a esto, los estados donaron un total de 22 millones de hectáreas, en muchos casos corrieron con los gastos de la agrimensura y contribuyeron a su capitalización. Sólo en el estado de Nueva York, por ejemplo, 294 ciudades y pueblos contribuyeron con 30 millones de dólares, y 51 condados también otorgaron subsidios. Hubo asimismo importantes contribuciones del extranjero. En 1857 los británicos ya tenían en su poder 390 millones de dólares en acciones de los ferrocarriles norteamericanos. Hacia finales del siglo, 7.000 millones de dólares en acciones eran propiedad de extranjeros, en primer lugar los británicos, con 4.000 millones de dólares y, tras ellos, los alemanes *con* 1.000 millones. Esta situación se modificó durante la primera guerra mundial, en el caso de Inglaterra por la necesidad de dólares que tenía para continuar en el conflicto y, en el de Alemania, por confiscación, de manera que hacia 1918 el elemento extranjero había desaparecido casi por completo.[726]

La voluntad del Estado, en sus diversos niveles, de contribuir a la promoción de los ferrocarriles, ayuda a explicar por qué, como escribió en 1850 el economista francés Michel Chevalier, “los norteamericanos tienen una verdadera pasión por los ferrocarriles”. El segundo factor fue la conjunción de tamaño y escala. Con el fin de abarcar todo su continente mediante los ferrocarriles, los norteamericanos se vieron obligados a pensar y construir en proporciones gigantescas. Hacia 1840, Norteamérica tenía casi 5.000 kilómetros de vías, mientras que en toda Europa no había más que 3.000 kilómetros, la mayor parte de ellos en Inglaterra. Durante la década de 1840, en el Sur, el kilometraje de vías se triplicó, en el noreste aumentó un 150 por

ciento y en el viejo noroeste, un 1.200 por ciento. Al principio los trenes transportaban principalmente pasajeros, pero hacia 1850 comenzó a predominar el transporte de carga. El nuevo tipo de locomotoras fabricadas en Estados Unidos, una máquina de cuatro ruedas, giratoria, que tenía guardarrieles, un potente farol y una chimenea en forma de globo, podía recorrer largas distancias y era alimentada con leña que se almacenaba en una docena de vagones de carga con una capacidad de 10 toneladas. Era un tonelaje importante comparado con los estándares europeos y esto explica por qué el transporte de carga desempeñó un papel tan importante en la promoción de la construcción de vías férreas. Es cierto que, calculando una tonelada por dólar, los ferrocarriles jamás habrían podido transportar carga a precios tan baratos como los que cobraban los barcos fluviales de vapor. El Misisipí, sobre todo, con su extraordinaria anchura —en las épocas de inundaciones, por ejemplo las de 1882, el río llegaba a tener 110 kilómetros de ancho— [727] permitía remolques sensacionalmente grandes. Mark Twain describe un remolque gigantesco de Cincinnati a Nueva Orleans de 600.000 fanegas de carbón, exclusivamente para ser usadas como combustible para el barco que "fue el remolque más grande que se llevó jamás hasta Nueva Orleans o cualquier otro lugar del mundo", y era equivalente al contenido de 1.800 vagones ferroviarios de carga. Este remolque costó 18.000 dólares, mientras que por tren habría costado 180.000 libras esterlinas. [728] Pero el Misisipí era un río, navegable desde St. Paul hasta Nueva Orleans. El ferrocarril podía llevar cargas prácticamente a cualquier parte.

De ahí que la red continuara creciendo. En 1850 tenía poco más de 14.000 kilómetros, pero había muchas lagunas importantes. Hacia 1860 ya había una red nacional, que no comprendía el oeste, todavía subdesarrollado o por colonizar, de 48.000 kilómetros. Para entonces, Iowa, Arkansas, California y Texas

ya tenían sus primeros ferrocarriles, pero había un gran vacío en el centro del continente. La celeridad con que las vías serpenteaban por toda la superficie de Norteamérica era asombrosa. Chicago no tuvo su primera locomotora hasta 1840. Cinco años más tarde contaba con un servicio regular al este. Siete años después de eso, contaba con 11 ferrocarriles que movilizaban 100 trenes por día. Desde 1850 a 1870 se invirtieron en ferrocarriles 2.200 millones de dólares y, al cabo de ese período, la red abarcaba 84.800 kilómetros. Durante la década de 1880, la de mayor expansión, se le agregaron otros 112.000 kilómetros, lo que en 1890 hizo que la red cubriera 262.400 kilómetros, con una inversión de 9.000 millones de dólares. Durante los veinte años que siguieron, la tasa de expansión, aunque todavía muy alta, descendió considerablemente, de modo que en 1916 la red, de 406.400 kilómetros, contaba con alrededor de un tercio del total de kilómetros de vías férreas de todo el mundo. Para entonces, el automóvil estaba comenzando a competir cada vez con más éxito con los trenes, y a ello se agregó, a partir de 1920, la aviación. El kilometraje total cayó por primera vez en 1920, a 404.800, y nuevamente en 1923, a 394.000. (En 1987 la red se había reducido a 260.000 kilómetros)[729].

Los ferrocarriles de Estados Unidos no sólo absorbieron un prodigioso volumen de capital, alrededor de 21.000 millones de dólares en 1916, sino que también emplearon a gran número de personas, algo más de un millón hacia 1900, que aumentó en 1920 a 2.076.000. El momento culminante del desarrollo de los ferrocarriles comenzó el 10 de mayo de 1869, cuando el Union Pacific y el Central Pacific se unieron en Ogden, Utah, para crear el primer tren que cruzaría el continente. Henry Villard (1835-1900) completó el Northern Pacific en 1883 y, ese mismo año, el Atchison, el Topeka y el Santa Fe se unieron al Southern Pacific para inaugurar una ruta transcontinental que llegaría a California. En 1882 el Texas Pacific y el Southern Pa-

cific inauguraron una conexión en El Paso, que permitió llegar a Nueva Orleans y San Luis. El Kansas Pacific se completó en Denver en 1870, y el Chicago, el Burlington y el Quincy, que se completaron en 1882, también abrieron nuevas y amplias posibilidades a la red. Hacia 1885 había por lo menos cuatro rutas ferroviarias diferentes al Pacífico.[730]

A los norteamericanos del siglo XIX su gran red ferroviaria los enorgullecía, viajaban en ella cuanto podían, y tejían toda clase de historias en torno a ella. También refunfuñaban. Del primero al último de los granjeros norteamericanos creían que los ferrocarriles estaban en la misma categoría que los bancos: obtenían demasiadas ganancias gracias al sudor del hombre del campo. El periódico *Farmers Alliance* del 23 de agosto de 1890 se quejaba: "Hay tres grandes cosechas en Nebraska. Una es la del maíz, otra es la de los fletes de carga y la tercera, la de los intereses. Una la producen los granjeros, que con su sudor y su trabajo cultivan la tierra. Las otras dos las producen hombres que se pasan el día sentados en sus despachos y detrás de los mostradores de los bancos y cultivan granjeros".[731] En realidad, aunque hubo algunos que amasaron una fortuna gracias a los ferrocarriles creando compañías y vendiendo acciones, y después mediante fusiones, los ferrocarriles nunca fueron muy rentables como actividad económica, salvo en algunos breves períodos y en zonas limitadas. A pesar del papel que desempeñó el Gobierno en su financiación, nunca hubo planes de largo alcance. Su diseño, en términos de beneficios, no era eficaz, y solían estar mal administrados. Algunos nunca rindieron ganancias. Otros, aunque las rindieran, no podían pagar la deuda contraída en bonos. Algunos estaban prácticamente en quiebra desde el primer día. Estos hechos desagradables daban lugar a problemas que no eran suficientemente comprendidos ni siquiera por los propios magnates ferroviarios. La opinión pública fue llevada a creer que los ferrocarriles cobraban de más por sus servicios

y obtenían ganancias cuantiosas, y que si surgían dificultades financieras era porque sus gerentes y administradores, considerados especuladores, se quedaban con el dinero.[732]

Estas sospechas públicas se intensificaron por la forma en que la creación de ferrocarriles contribuía a recalentar la economía y por las periódicas crisis bursátiles. El derrumbe bursátil de 1857 fue provocado por una combinación de especulaciones en tierras posteriores a la guerra mexicana y a la falta de regulación de los bancos que operaban sin respaldo, pero el exceso en la construcción de ferrocarriles también tuvo un papel importante. El derrumbe de 1873 se debió casi exclusivamente a las especulaciones desenfrenadas en torno a la creación de ferrocarriles. Esta fue una crisis financiera realmente grave, por la que la Bolsa de Nueva York estuvo diez días cerrada, y la peor de las depresiones que había experimentado la nación hasta entonces. Más de 18.000 empresas quebraron en 1876 y 1877, lo mismo que la mayoría de los ferrocarriles, y esto a su vez condujo, en 1877, a una encarnizada huelga ferroviaria acompañada de salvajes episodios de violencia. La crisis de 1883, aunque menos grave, también fue el resultado de un exceso en la construcción de ferrocarriles y tuvo como secuela enconadas huelgas. La actividad ferroviaria desempeñó un papel menos importante en la crisis de 1893, producto de una pérdida de confianza de los europeos en los títulos norteamericanos, que sin embargo fue sumamente grave y volvió a poner de manifiesto las debilidades financieras del sistema ferroviario de Estados Unidos. Como a esas alturas el sistema empleaba una décima parte de todo el capital estadounidense y más del 5 por ciento de la fuerza de trabajo del país, los inversores que perdían su dinero, fuese en los ferrocarriles o en otra actividad, tendían a culpar de ello a "los millonarios del ferrocarril".[733]

Estas acusaciones parecieron adquirir cierto fundamento gracias a las espectaculares carreras financieras de dos operadores, Jim Fisk (1834-1872) y Jay Gould (1836-1892). Si alguien merece el calificativo de "barón ladrón" ésos fueron Fisk y Gould. Y si un episodio particular ilustró la propensión de las finanzas de los ferrocarriles a promover todo tipo de artimañas, fue la disputa de estos dos hombres con el comodoro Cornelius Vanderbilt (1794-1877) por lograr el control del ferrocarril Erie. Tanto Vanderbilt como el Erie eran fenómenos típicos de la época previa a la guerra civil. El Erie había sido fundado en 1833 y, dieciocho años más tarde, comunicaba el lago Erie con Nueva York, de modo que competía con el famoso canal y, además, lo complementaba. Sus 773 kilómetros de vías lo convertían por entonces en el más largo del mundo y, durante la guerra civil, procuró jugosos dividendos a sus accionistas.[734] Vanderbilt fue el primero de los magnates influyentes, pero había comenzado como barquero. A los diecisiete años su madre le prestó 100 dólares para que pudiera comprar una barcaza de dos palos que él decidió usar como transbordador. A partir de entonces se dedicó al transporte fluvial. A los veintiún años tenía un capital de 10.000 dólares y lo empleó para romper el monopolio de la compañía Fulton-Livingstone en el Hudson, con una nave, la *Bellona*, que no tenía licencia para trabajar. Los hombres de negocios norteamericanos no vacilaban en infringir la ley si pensaban que ésta favorecía a un monopolio. No respetaban como los ingleses las concesiones monopolistas refrendadas por disposiciones parlamentarias. Vanderbilt llegó a la convicción de que la ley había sido creada para favorecer a un grupo de empresarios que manipulaban a los miembros de las legislaturas de los estados o pagaban costosos abogados para lograr fallos favorables en los tribunales. De modo que aprendió a utilizar a los jueces, y a sobornarlos, a pagar a políticos e incluso a legislaturas enteras y, con el tiempo, también a conseguir ayu-

da del Gobierno federal, por ejemplo a través de regimientos enteros de infantes de Marina cuando operaba en Latinoamérica. Es importante comprender este punto. Vanderbilt se concebía a sí mismo como alguien que defendía el espíritu de la Constitución de Estados Unidos cuando aprovechaba el liberalismo de las leyes de Nueva Jersey para quebrar las prácticas monopolistas del estado de Nueva York. La bandera pirata que ondeaba en el *Bellona* llevaba escrito el lema: "Nueva Jersey debe ser libre". Cuando fue finalmente procesado, contrató al gran orador Daniel Webster para que lo defendiera. La Corte Suprema terminó por declarar que el monopolio de las aguas del Hudson, y la ley que lo hizo posible, eran inconstitucionales, de modo que los cínicos de Nueva York decían: "Fue Vanderbilt quien nos consiguió la libertad de los mares".[735]

Vanderbilt era un hombre corpulento, rudo y avasallador que tenía "la voz más estentórea de la costa este". Sus marineros lo llamaban Comodoro porque así era como lo veían. Del Hudson pasó al Atlántico, organizó servicios a Europa y más tarde una "ruta rápida" a California, para lo cual sobornó al Gobierno de Nicaragua, por donde se debía hacer un recorrido por tierra que era parte del viaje. Aquello hizo que se aficionara al ferrocarril y decidió entrar en el sistema del noreste, para lo cual compró el Nueva York Central. No era un hombre elegante. Siempre endulzaba su café con doce terrones de azúcar. No era alcohólico, pero le gustaba beber un trago de ginebra. Parson Weems, mitólogo de Washington, contó que un día lo encontró en la calle, llorando, y que le dijo: "He estado maldiciendo otra vez, y eso me apena mucho". Era a su nueva esposa, una mujer mucho más joven y más elegante que él, a quien no le gustaba que maldijera. Para ella construyó el *North Star*; de 82 metros de largo, el yate de vapor más grande y más caro del mundo hasta hoy, cuyos camarotes tenían el suelo de granito de Nápoles y mármol de Carrara, paredes de palo de rosa, tapicería de satén y es-

taban decorados con retratos de sus personajes favoritos: Washington, Franklin, Clay, Calhoun y Webster (pero no de Jefferson o de Jackson, a quienes odiaba). Había dorados por todas partes y se decía —al menos algunos lo dijeron— que "evocaba la época de Luis XV". Llevó a su nueva esposa, a diez de los doce de los hijos que había tenido con la anterior, a varios yernos y nueras, más un capellán, el reverendo John Overton Choules, a hacer un grandioso viaje por Europa; partió del puerto de Nueva York y tocó Londres, San Petersburgo y otros puertos. El capellán publicó un complaciente relato del viaje, *The Cruise of the Steam Yacht North Star* {El crucero del yate de vapor North Star).

Era natural que Vanderbilt, después de haber comprado el Nueva York Central, quisiese también el Erie. Pero tenía enemigos. Uno era Daniel Drew (1797-1879). Había nacido en una granja en Carmel, estado de Nueva York, y, como Vanderbilt, comenzó con 100 dólares, que ganó como sustituto en la milicia durante la guerra de 1812. Se decía que era el único capitalista importante que había servido en las Fuerzas Armadas. Dio sus primeros pasos como comerciante de ganado, vendiéndole en Nueva York a Henry Astor, el hermano carnicero \del gran comerciante en pieles. Dormía en los establos o al borde del camino. Después de haber salvado milagrosamente la vida —casi lo mata un rayo— se convirtió en un cristiano devoto y cambió sus hábitos de bebedor y blasfemo. En efecto, tenía la costumbre de comer hasta hartarse e irse a la cama con una botella de whisky, y sus parrandas podían prolongarse durante cuatro días; pero "nunca bebía acompañado". Comerciaba con rebaños de hasta 1.000 cabezas, a las que hacía beber agua con sal y atiborraba de líquido antes de la venta. De esa práctica surgió la expresión "ganado aguado", que Drew llevó consigo a Wall Street. Hacia 1829 había comprado un corral cerca de la intersección de las calles Tercera y Veinticuatro y la taberna cercana, Bulls

Head, en la que solían congregarse los comerciantes de ganado. A partir de entonces comenzó a administrar su propia línea de transbordadores, obligó al comodoro Vanderbilt a comprársela para librarse de él y se instaló en el mundo de las altas finanzas. Era alto, delgaducho, tosco y se vestía de negro. Los hombres comentaban que tenía el aspecto de un empresario de pompas fúnebres y señalaban su "aire gatuno" cuando acechaba a sus víctimas, con su viejo sombrero de arriero encasquetado en la cabeza. Solía decir: "Me convertí en millonario casi sin darme cuenta". Pero su pose de hombre inculto era un recurso defensivo: conocía a fondo la Biblia y solía citarla de memoria.[736]

El refinamiento de hombre de la gran ciudad que exhibía Jim Fisk era un complemento de la imagen de patán de Drew. Fisk, por extraño que parezca, provenía de la calvinista Vermont. Su padre vendía artículos de hojalata, y Fisk era un vendedor nato. Escapó con un circo y se convirtió en pregonero. Amaba los uniformes y las galas. Empezó a hacer negocios comprando algodón en las zonas ocupadas del Sur para venderlo luego en el Norte. Más tarde negoció, en Inglaterra una serie de bonos de la Confederación, que prácticamente no tenían ningún valor. Se decía que había sido el primer hombre que tomó la costumbre de pellizcar el trasero a las muchachas. Después de la guerra civil, Fisk vendió un abundante remanente de mantas con el que logró pingües ganancias y se instaló en Wall Street, donde no tardó en asociarse con Drew. Se especializaron en comprar acciones baratas que después vendían a los desprevenidos. Su oficina estaba abierta a todo el que quisiera entrar, y tenían siempre una caja de cigarros y una botella de whisky sobre él escritorio. A diferencia del fúnebre Drew, Fisk tenía un estilo expansivo y solía presentarse vestido con un uniforme de almirante que había diseñado él mismo cuando era dueño de una flota fluvial, la Fall River Line, o bien con uniforme de coronel de la milicia. Lo llamaban *Jubiloso* Jim.[737]

El 8 de octubre de 1867, Drew y Fisk conocieron a Jay Gould. A diferencia de ellos, Gould tenía “clase”. Nacido en Roxbury, Nueva York, descendía de Nathan Gould, que había llegado a Connecticut en 1647, y conocía bien a Roger Williams. Gould era menudo, silencioso y en sus ojos oscuros había una expresión de tristeza. Mucha gente “lo confundía con un poeta”. Hizo su fortuna con el negocio de los curtidos. Después, en Wall Street, se convirtió en un experto en materia de acciones de los ferrocarriles. Cuando se asoció con Drew y Fisk urdieron un plan para apoderarse, por medio de la compra de acciones, del Erie, la línea ferroviaria que Vanderbilt estaba tratando de adquirir. El método del que se valieron fue hacer subir y bajar espasmódicamente la cotización de las acciones del Erie mediante compras y ventas para así poder quedarse con ellas cuando hubieran llegado a su valor mínimo. Vanderbilt, que contaba entre los jueces amigos a quienes sobornaba con un notorio magistrado llamado George C. Barnard, comenzó la pelea pidiéndole a éste que le otorgara un mandato judicial. Gould sobornó a otro juez, y puso en marcha el “derrumbe del Erie” inundando el mercado con 100.000 acciones. “Explotaron como una mina”, y, en palabras de Drew, “el Erie cayó como un ternero muerto”. Lo que hizo posible en gran medida la táctica empleada fue el hecho de que los especuladores más astutos y sus abogados pudieran aprovechar las leyes de Nueva York para oponerlas a las de Nueva Jersey, y viceversa. En el momento culminante de la batalla, Drew, Fisk y Gould, que se habían hecho cargo del cuartel general del Erie en Nueva York, metieron 8.000.000 de dólares en sacas, las pusieron en la parte trasera de un coche de alquiler, se trasladaron hasta el transbordador que va a Nueva Jersey, cruzaron hasta allí, reunieron un ejército de malhechores y se atrincheraron con sus hombres armados y tres cañones en el hotel Taylor, situado en la zona costera de la ciudad y rebautizado para la ocasión como Fort Taylor. Tam-

bién contaban con una patrulla costera que se movilizaba en cuatro lanchas de salvamento que llevaban una docena de hombres armados cada una. Todo esto obedecía a la necesidad de repeler cualquier ataque por agua que quisiera emprender el Comodoro, "cuyos rugidos", según se decía, "se podían oír desde la playa de Nueva York".[738]

Los ferrocarriles representaban el balance general del sistema norteamericano: una libertad inimaginable para desarrollarse y servir al público en general, equilibrada por una ausencia de protecciones legales que permitieran eliminar de la escena a los corruptos y proteger a ese público. Había menos restricciones a los negocios que nunca. La Decimocuarta Enmienda establecía en su Artículo I que "ningún estado sancionará ni hará cumplir ley alguna que vulnere los privilegios e inmunidades de los ciudadanos de Estados Unidos", y concluía diciendo: "ni negará la protección equitativa de la ley a ninguna persona que habite dentro de su jurisdicción". Esta enmienda apuntaba a la esclavitud y había sido sancionada para proteger a los negros. Pero fue usada de inmediato, y con la mayor eficacia, por los abogados de empresas para evitar que las legislaturas de los estados intervinieran en el mundo de los negocios. A los estados se les hizo muy difícil poner freno a las prácticas empresariales que no les gustaban sin vulnerar esta protección constitucional. Ésa fue una de las razones por las que el Gobierno del presidente Grant, el vencedor de la guerra civil, comenzó a tener problemas apenas comenzó su gestión. Irónicamente, Grant había sido elegido por los votantes negros más pobres. La diferencia que lo separó de Seymour fue de sólo 307.000 votos sobre un total de 5,7 millones de sufragios emitidos, y casi la totalidad de los 500.000 votantes negros votó por él. Grant no sabía mucho de política, y era consciente de ello. Por eso era más bien reservado. Habría sido mejor que hubiera reconocido su falta de experiencia y hubiera consultado a quienes podían asesorar-

lo. Lo cierto es que algunos miembros de su Gabinete se enteraban de sus decisiones por los periódicos. Resultó no tener olfato para elegir, y algunos de los mejores hombres que escogió no tardaron en abandonarlo, disgustados con sus colegas. Su gran pilar fue Hamilton Fish (1808-1893), un abogado de Nueva York y ex gobernador del estado que había abrazado la tradición federalista de Alexander Hamilton. Grant lo nombró secretara de Estado. Fish sirvió lealmente al presidente durante sus dos mandatos, se convirtió en uno de los grandes estadistas de relevancia internacional de Norteamérica y evitó a Grant, al menos, problemas en sus relaciones exteriores.[739]

Grant decidió buscar su reelección y, aunque el escándalo desatado por las actividades de Fisk, Gould y Drew había estallado durante su primer mandato, él no sufrió sus consecuencias, pues había otros factores que lo favorecían. Los demócratas, que ganaban terreno rápidamente en el Sur, cometieron un imperdonable error político: se unieron a un grupo cuyos miembros se caracterizaban a sí mismos como republicanos liberales. Eran seguidores del columnista político de Nueva York Horace Greeley (1811-1872), que apoyaba prácticamente todas las causas progresistas y era un seguro perdedor. Con la única excepción de su propio periódico, el *New York Herald*, la prensa en general se dedicó a vituperarlo de todas las formas posibles, y el gran caricaturista Thomas Nast (1840-1902), el dibujante estrella del *Harper's Weekly*, fue el encargado de crucificarlo.[740] Grant ganó las elecciones obteniendo la mayoría republicana más holgada del siglo —3.597.132 votos contra 2.834.125— y consiguió 286 votos en el colegio electoral contra los 66 de su oponente. Greeley sólo ganó en seis estados fronterizos del Sur. El desdichado perdedor pasó la última semana de campaña junto al lecho de su esposa agonizante y, superado por toda esta

desgracia, murió sumido en la demencia tres semanas después de los comicios.[741]

Tras su reelección, sin embargo, los escándalos comenzaron a cobrarse víctimas en el círculo que rodeaba a Grant. Se descubrieron más irregularidades relacionadas con los ferrocarriles que tenían que ver con el caso del Credit Mobilier, en el que estaba involucrada una compañía constructora que había expoliado el ferrocarril Union Pacific mediante el cobro de honorarios exorbitantes que fueron a parar a los bolsillos de gente que controlaba ambas compañías. Entre los beneficiarios estaba el entonces presidente de la Cámara de Representantes, Schuyler Colfax, más tarde vicepresidente de Grant. También estaban involucrados trece republicanos que eran miembros destacados del Congreso, pero sólo dos de ellos fueron repudiados por una legislatura que se mostró por demás complaciente.[742] El secretario de Guerra de Grant, W. W. Belknap, se vio obligado a renunciar para evitar el juicio político por haber recibido sobornos de comerciantes indios que estaban en tratos con guarniciones militares. El secretario privado de Grant, Orville Babcock, formaba parte de una pandilla que recaudaba impuestos ilegalmente, conocida como la Camarilla del Whisky de San Luis. Su secretario del Tesoro, W. W. Richardson, también se vio involucrado en un tejemaneje con impuestos. Hasta el embajador de Grant en Londres, el general Robert Schenck, tuvo que ampararse en su inmunidad diplomática y marcharse en el primer barco para evitar que lo encarcelaran por estafar a incautos londinenses vendiéndoles acciones sin valor de las minas Emma.[743]

Después sobrevino el derrumbe bursátil de 1873, que desenmascaró a algunos de los bribones que tenía estrechos lazos con el Gobierno de Grant o, incluso, pertenecían a él. El presidente no estaba involucrado —tenía más talento para perder dinero que para ganarlo—, pero el gran perjudicado fue el Partido Re-

publicano, que perdió el control de la Cámara de Representantes en las elecciones legislativas de 1874.

Tras la crisis, una enérgica racionalización permitió a los ferrocarriles servir al público en general a precios razonables y hacer justicia a sus accionistas. La racionalización fue obra de muchos inteligentes empresarios y hombres de las finanzas, pero principalmente de Edward Henry Harriman (1848-1909). Los Harriman eran una familia de comerciantes de origen inglés. Edward era hijo de un pastor fracasado. Adquirió un cierto grado de educación pero, a los catorce años, decidió abandonar los estudios para buscar fortuna en Wall Street. Comenzó como "principiante", una especie de cadete que reunía información en las inmediaciones del edificio de la Bolsa. En 1870, a los veintidós años, tenía su codiciado asiento en la Bolsa de Nueva York; le costó 3.000 dólares que pidió prestados a un tío y devolvió con intereses antes de que pasara un año. Harriman era un hombre decente: nunca engañaba a nadie, pagaba puntualmente sus deudas y se mantenía siempre dentro de la ley. Consideraba que todo aquello que no estaba estipulado por las leyes estaba permitido. Nunca dio cuartel, y odiaba la conciliación. "Tendía siempre a ser conservador" en las operaciones en las que se involucraba. Ésa es la razón por la que era tan odiado; Theodore Roosevelt decía de él que era "un malhechor público". Harriman pensaba que el "comportamiento caballeroso" no era adecuado para el mundo de los negocios. De modo que, aunque tenía mucho en común con Roosevelt —a los dos les gustaba cazar, pescar, salir de excursión, y ambos eran boxeadores expertos— estaban en polos opuestos de la ética social. Roosevelt no era el único que odiaba a Harriman. En 1907 muchas figuras destacadas se unieron contra él para fundar la Liga por la Exterminación de Harriman.[744] Sin embargo, visto en perspectiva, Harriman fue un benefactor público, una vez que se dedicó a ello. Al principio, en realidad, jugó sucio. En

1874, cuando tenía veintiséis años, ganó 150.000 dólares en una operación en la que perjudicó a un especulador que se dedicaba a los ferrocarriles, conocido como *Diácono* White. Después perdió este dinero en una operación fracasada relacionada con la compañía ferroviaria Delaware y Hudson (los Astor se le adelantaron). Entonces compró acciones de la Hudson River Steamers y, matrimonio mediante, se incorporó a la compañía de ferrocarriles Ogdensburg y Lake Champlain, de la que se convirtió en director en 1880. En el primer negocio en que realmente ganó mucho dinero, compró sus partes a los socios de esta pequeña línea ferroviaria y después la vendió por una suma considerable a la gran Penn Railroad. Su estrategia consistía en crear valor mediante operaciones inteligentes y luego realizarlo en el mercado. Al público en general esto no le cae bien porque piensa que el valor de una compañía es algo absoluto. Lo cierto es que cualquier propiedad sólo tiene el valor que le asigna el que está dispuesto a pagar por ella. La falacia del valor absoluto, que se relaciona con la falacia física (la idea de que sólo los granjeros y los trabajadores, que son los que producen el alimento y los demás bienes, son creadores de valor, y que todos los demás son parásitos), y otras ilusiones similares de las que se enamoraron los dogmáticos del siglo XIX como Karl Marx, arruinó la vida de los grandes creadores de riqueza de Norteamérica. Harriman era un experto en la apreciación del valor relativo o, más bien, tenía el talento para crearlo. El hecho de que fuera odiado por, según su punto de vista, mantenerse estrictamente dentro de la ley, no hacía sino alimentar su negro sentido del humor, y nunca se quejó de las críticas que recibió. En 1893 fue nombrado director del Illinois Central y se convirtió en un verdadero magnate de los ferrocarriles. En 1887 se enfrentó a J. P. Morgan, el mayor gigante de la época, y lo derrotó. En 1895 fue derrotado por Morgan. Pero en 1897 se introdujo en el

Union Pacific, y pasó a ser el hombre más importante del negocio ferroviario en Estados Unidos.[745]

La racionalización de la red ferroviaria norteamericana que emprendió demostró que Harriman tenía un concepto dinámico del cambio. A Morgan también le gustaba racionalizar, o más bien imponer orden en el caos de la competencia, pero no tenía olfato para los ferrocarriles, y no quería meterse en problemas. Harriman, en cambio, tenía un fuerte instinto para el negocio del transporte y quería mejorar y abaratar el sistema. Cuando tomó en sus manos el Illinois Central demostró ser un gerente financiero inspirado. Como dijo su colega Otto Kahn: "Por alguna razón, [el Illinois] nunca ofrecía bonos, salvo cuando había una gran demanda de ellos, y nunca se endeudaba, a menos que el dinero abundara y fuera barato". El Unión Pacific, la línea más grande del país, entró en quiebra en 1893 y Morgan se negó a rescatarlo: había mucha política de por medio, decía, y no era más que "un montón de hierro oxidado". Harriman sabía que no era así. De modo que obstaculizó los intentos de aquellos que querían hacerse con él: lo quería para sí y lo consiguió. Gracias a él, en 1908, el Union Pacific se había convertido en el mejor ferrocarril del país, pero Harriman postergó el anuncio de sus masivos dividendos del 10 por ciento hasta que hubo comprado él mismo más acciones, como admitió cuando fue interrogado por la Comisión de Comercio Interestatal.

En 1906 Harriman fue el héroe del terremoto de San Francisco, que provocó daños estimados en 325 millones de dólares: en esa ocasión organizó las tareas de rescate, para lo cual utilizó sus trenes y aportó recursos financieros. Durante la inundación que siguió al terremoto salvó al valle Imperial de convertirse en un lago. También salvó el ferrocarril Erie con dinero de su peculio. Pero la gente, entre ella hombres grandes y poderosos como Roosevelt, no lo soportaba, y por eso se convirtió, y en gran

medida se lo sigue considerando así, en un "malhechor". El historiador toma nota de estos juicios y sigue adelante.[746]

La corrupción que rodeaba e invadía la Administración de Grant, y que siguió al desastroso intento de someter a juicio político a Andrew Johnson, influyó mucho en el descrédito de la presidencia, que había llegado a su punto más alto de credibilidad durante la gestión de Lincoln. Pero lo peor todavía estaba por llegar. De cara a las elecciones de 1876, los republicanos nombraron candidato a Rutherford B. Hayes (1822-1893), abogado, ex general de la Unión y respetado gobernador, en tres ocasiones, de Ohio, que ahora surgía como el bastión principal del Partido Republicano. Lamentablemente para él, fue torpe durante la campana y no pudo conseguir los votos necesarios. El candidato demócrata, en cambio, Samuel Jones Tilden (1814-1886), que ganó popularidad durante la campaña, era miembro de los Barnburners, el ala radical y progresista del Partido Demócrata en Nueva York. Tilden ganó las elecciones fácilmente: obtuvo 24.284.020 votos contra los 4.036.572 de Hayes. También llevaba una ventaja de 184 votos contra 165 en el colegio electoral. Pero allí había 20 votos en disputa. Casi todos correspondían a Carolina del Sur, Luisiana y Florida, que eran estados "naturalmente" demócratas todavía gobernados, sin embargo, mediante el recurso de la fuerza, por los republicanos. En vista de la ventaja que llevaba, la decisión democrática obvia era declarar ganador a Tilden. Los republicanos insistieron en que la decisión acerca de los votos en disputa debía ser tomada por una comisión de quince miembros, compuesta por diez representantes del Congreso y cinco jueces de la Corte Supremá, de los cuales ocho eran republicanos y siete demócratas. Los miembros de la comisión actuaron, como era de esperar, de acuerdo con sus lealtades políticas. La Cámara de Representantes se dividió, pero no ocurrió lo mismo en el Senado, en el que los republicanos tenían la mayoría, de modo que Hayes fue de-

clarado presidente electo.[747] Fue un fraude legal, un resultado aún menos representativo que el de la elección comprada en 1824-1825. El resultado fue que Hayes tuvo una escasa autoridad moral desde el primer momento —pues eran muchos los miembros del Congreso que, aun siendo republicanos, pensaban que no tenía derecho de estar en la Casa Blanca—, que se debilitó todavía más después de que los republicanos perdieran el control del Congreso en 1878.[748]

Las elecciones de 1880 produjeron, al menos, un resultado legal. Los republicanos eligieron a otro partidario fiel y leal de Ohio, James Abram Garfield (1831-1881), que había nacido en una cabaña de troncos y se abrió camino hasta llegar a ser general de división en la guerra civil, y formó parte después de la Cámara de Representantes. Su victoria, aunque no abultada, fue clara: 4.454.416 votos contra los 4.444.952 de su adversario demócrata, otro general, Winfield Scott Hancock, y un poco más convincente en el colegio electoral, donde obtuvo 214 votos contra 155.[749] Pero cuatro meses después de iniciado su mandato, el 19 de septiembre, Garfield murió asesinado por un hombre que aspiraba a ocupar un cargo en el Gobierno y había sido desairado en sus pretensiones. Fue reemplazado por el vicepresidente, Chester Alan Arthur (1830-1886). Arthur no sólo no tenía autoridad alguna: era un personaje decididamente desprestigiado que había sido incluido en la lista a regañadientes para apaciguar a los jefes del Partido Republicano. Había surgido del lodazal de iniquidades en que se había convertido la Aduana de Nueva York, y muy poco antes, en 1878, había sido destituido personalmente por el presidente Hayes, que lo consideraba un peligro para la civilización. Curiosamente, el mandato / de Arthur no resultó tan corrupto como temía la gran mayoría de los norteamericanos, e incluso se ocupó de promulgar la Ley Pendleton (1883), la primera tentativa seria de eliminar el sistema de sinecuras de la Administración Pública de Estados

Unidos, del que tan manifiestamente se habían beneficiado él y sus amigos.[750] Pero no fue, ni mucho menos, un presidente que concitara el respeto de la ciudadanía ni fue capaz, tampoco, de ejercer el poder con autoridad moral.

En este contexto de mediocridad política, Norteamérica tendió a buscar en otros ámbitos líderes a los que admirar, escuchar y seguir, y es natural que encontrara paladines en el mundo de los negocios. Norteamérica había sido fundada por aventureros y predicadores, y transformada en una república por políticos hidalgos, pero fue el espíritu empresarial el que enriqueció al país y a sus habitantes. ¿Por qué los ciudadanos no habrían de estimarlos? En las tres últimas décadas del siglo XIX los norteamericanos fueron conscientes de que eran los orgullosos habitantes del país más rico del mundo, y de que disfrutaban de una calidad de vida sin precedentes en la historia de la humanidad. Cuando miraban a su alrededor veían la próspera maquinaria y la infraestructura de este proceso de creación de riqueza, y era inevitable que los hombres que gobernaban este palpitante, vibrante y enriquecedor sistema les inspiraran confianza y les sirvieran de ejemplo.

El héroe arquetípico de la época fue Andrew Carnegie (1835-1919). Fue también, a su modo, el filósofo económico y político más eficaz: escribió una sorprendente autobiografía y un importante artículo, "El evangelio de la riqueza", que apareció en la *North American Review* de junio de 1889. Carnegie no había nacido en Norteamérica. Era escocés, y no había sido formado en el calvinismo sino en una doctrina igualmente penetrante, la tradición agnóstica escocesa. Seguía siendo escocés hasta cierto punto; tapizaba sus apartamentos con tartanes escoceses y, hacia el final de su vida, compró el castillo de Skibo, en las Highlands. Pero comprendía la naturaleza de Norteamérica

mejor que nadie. Norteamérica era la libertad para hacerse rico, y también el deber de distribuir esa riqueza. Su vida fue una parábola perfecta que le permitió lograr ambos objetivos.[751] Su previsora madre le enseñó a ser frugal. Su desdichado padre, reemplazado en su oficio de artesano tejedor por las máquinas textiles, le enseñó la importancia de la nueva tecnología. Carnegie fue un joven inmigrante: llegó a Norteamérica en 1848. Era menudo, delgado, vivaz y tenía unos penetrantes ojos azules. Su pelo pronto encaneció. Conoció la adversidad ya en la infancia. Entonces vivía en un barrio pobre de Allegheny, en Pensilvania, y trabajaba doce horas diarias como bordador, con un salario de 1,50 dólares a la semana. Su siguiente trabajo fue vigilar calderas. Vagabundeó por ahí, durmiendo en furgones, vagones de carga o donde fuera. Su suerte empezó a mejorar cuando consiguió trabajo como mensajero del telégrafo y descubrió que la Western Union era la empresa de las oportunidades. A los veintitrés años era su superintendente en Pittsburgh. Ahorró dinero y lo invirtió.

Carnegie descubrió las delicias del capitalismo cuando cobró los primeros dividendos que le correspondieron por las acciones de la compañía que había comprado: "¡Eureka!, me dije. ¡Esta es la gallina de los huevos de oro!". Invirtió en los ferrocarriles, después en petróleo. A los veintiocho años tenía unos ingresos de 47.860,67 dólares, de los cuales sólo 2.500 correspondían a su salario, en tanto que el resto eran ganancias provenientes de sus ahorros. Decidió que trabajar para otros no era provechoso y comenzó a investigar minuciosamente las oportunidades para decidir cuál era el tipo de empresa a la que debía dedicarse. Escogió el acero, que armonizaba perfectamente con su máxima: "El capitalismo consiste en convertir los lujos en necesidades". Cuando Carnegie comenzó, los productos de acero eran un lujo. Cuando se retiró eran la norma. Carnegie tenía otras máximas. Una era: "Averigua la verdad consultando a los expertos".

Otra: “Ser pionero no recompensa”. (Esa era también la opinión categórica del comodoro Vanderbilt). Carnegie pensaba que el empresario inteligente aprendía de los errores de los pioneros, y después ganaba dinero con la ayuda de los profesionales.[752]

El acero esperaba su oportunidad. En 1844, agrimensores del Gobierno descubrieron el primero de una serie de enormes depósitos de mineral de hierro en la región de los Grandes Lagos. La abundancia de mineral de hierro en el lago Superior, la escala de los depósitos de antracita de Pensilvania, y la economía que significaba el transporte por agua y las disponibilidades de energía en la región permitieron a esta zona del Medio Oeste convertirse en el centro de la industria pesada norteamericana a corto plazo y a Pittsburgh, en su capital. En 1856, sir Henry Bessemer descubrió un nuevo y eficaz método para la fabricación del acero, que fue mejorado dos años más tarde por el método de horno abierto de Siemens-Martin. Lo que Carnegie descubrió enseguida fue que la química fundamental de estos y de otros procesos estaba siendo entendida imperfectamente, y que los profesionales del hierro y del acero de Estados Unidos, por mucho que alardearan de su experiencia como “hombres prácticos” que eran en el oficio, en realidad / no sabían qué ocurría dentro de un alto horno. Y fue él quien encargó, por primera vez a técnicos de laboratorio (especialmente alemanes) que trabajaran a fin de incorporar la química a la producción siderúrgica.[753]

Carnegie no sólo captó la importancia fundamental de la química del acero. También fue el primer fabricante importante que se preocupó por los costes unitarios. Así, insistía en que cada etapa del proceso de fabricación del acero fuera contabilizada y evaluada. Escribió: “Una de las principales fuentes de éxito en la manufactura es la introducción y mantenimiento riguroso de un sistema perfecto de contabilidad, de modo que cada

hombre comprenda acabadamente la responsabilidad que le cabe con respecto al dinero que se gasta o los materiales que se emplean". Una vez que uno comprendía el principio de los costes unitarios, afirmaba, podía plantearse el problema de la productividad —la producción por hora/hombre empleado o el capital empleado— y así aumentar la productividad al mismo tiempo que la producción, pues las dos estaban por lo general orgánicamente relacionadas. Si se aumentaba la productividad, uno podía reducir radicalmente los precios. Carnegie afirmaba que el acero estaba en el corazón de una economía industrial moderna y que, si se lograba bajar su coste, lo que se reduciría a la larga sería el precio de prácticamente todos los bienes de consumo, con lo que mejoraría el nivel de vida. Los 4.000 trabajadores de los talleres Homestead de Carnegie, en Pittsburgh, producían tres veces más acero, se tomase como ejemplo el año que se tomase, que los 15.000 trabajadores de los enormes talleres Krupp de Essen, supuestamente los más modernos de Europa. Esta mayor productividad permitió a Carnegie bajar el precio de los rieles de acero, que costaban 160 dólares la tonelada en 1875, a 17 dólares la tonelada en 1898. Este enorme ahorro se dejaba sentir en todos los ámbitos de la economía y tenía consecuencias benéficas para el público en general. Ningún presidente mediante milagros gubernamentales, ningún Congreso mediante leyes esclarecidas, fue capaz de procurar a los norteamericanos beneficios materiales comparables con los que se lograron de este modo. Había por lo tanto una lógica práctica en la admiración que inspiraban los hombres como Carnegie.[754]

Hacia el año 1900, los beneficios de la compañía siderúrgica Carnegie ascendían a 40 millones de dólares anuales, lo que equivalía a su supuesto valor neto. Al año siguiente, Carnegie vendió todo al nuevo gigante de J. P. Morgan, la US Steel Company, por la suma sin precedentes de 447 millones de dólares. Hoy da vértigo imaginar el valor que esta suma represen-

taba entonces, en una época en que los impuestos que gravan las ganancias del capital y los ingresos no existían. Carnegie ha sido acusado de ser "el hombrecillo más codicioso que Dios creó nunca". Pero lo cierto es que no estaba demasiado interesado en el dinero como tal. Ya en 1868, cuando su carrera empezaba a dar sus frutos, escribió para sí mismo un recordatorio que decía: "El hombre debe tener un ídolo; pero, la obtención de riquezas es una de las peores especies de idolatría: ningún ídolo es más degradante que el dinero".[755] El único motivo decente que justificaba la producción de riqueza era la mejora de la humanidad. Esto podía lograrse mejor que en ninguna otra parte en una democracia republicana como la de Estados Unidos, en la que existían los medios adecuados para que el dinero se dedicara a propósitos progresistas y, al mismo tiempo, cabía la posibilidad razonable de que ello beneficiara al ser humano. En *Triumphant Democracy* (La democracia triunfante) (1885), Carnegie elogiaba el sistema norteamericano: "Las viejas naciones de la tierra se arrastran con la velocidad de un caracol. La República avanza como una exhalación, con la velocidad de un tren expreso". Al año siguiente, en su ensayo acerca de la riqueza, afirmó que era moralmente aceptable hacerse rico: lo que era censurable era aferrarse a la riqueza: "El hombre que muere así, muere en desgracia".

El problema de Carnegie era qué hacer con su dinero. En 1892 fundó el Carnegie Hall, una sala dedicada a las artes escénicas. En 1902 dotó de fondos al Instituto Carnegie para que siguiera dedicándose a la investigación. Creó el Instituto Carnegie para la Mejora de la Enseñanza (1905) y la Corporación Carnegie (1911) para apoyar programas relacionados con las ciencias y las humanidades. Se ocupaba esporádicamente de otras causas, como la reforma de la ortografía. En 1919, la Fundación Carnegie para la Paz en el Mundo publicó *A Manual of the Public Benefactions of Andrew Carnegie* (Manual de las obras

de beneficencia de Andrew Carnegie), que revelaba que se habían gastado 350.695.653,40 dólares en una enorme variedad de proyectos, entre ellos la construcción de 2.811 edificios para bibliotecas públicas y la compra de 7.689 órganos para iglesias, curiosa donación si se piensa que provenía de un hombre que había sido toda su vida un librepensador, pero lo cierto es que Carnegie había sufrido, en su infancia escocesa, la angustia de cantar en la iglesia sin acompañamiento. Cuando murió —mientras dormía, a los ochenta y cuatro años— se había desprendido de prácticamente todas sus posesiones; fue enterrado en Sleepy Hollow, Tarrytown, Nueva York, cerca de la tumba de Washington Irving. Un dato testimonia que Carnegie había logrado lo que se proponía: cincuenta ciudades de Estados Unidos lo nombraron ciudadano ilustre; Gladstone obtuvo este privilegio sólo en diecisiete.[756]

Carnegie fue más importante que cualquier presidente desde Lincoln a Theodore Roosevelt. Pero no intervino en política, salvo indirectamente, ni en la administración de la economía. Muy diferente fue la historia de su gran contemporáneo, rival y colega J. Pierpoint Morgan (1837-1913). A diferencia de casi todos los empresarios y hombres/de las finanzas importantes de la época, Morgan no era exactamente un *self made man*. Pertenecía a una familia adinerada. Sus antepasados pertenecían a la más rancia sociedad de Nueva Inglaterra. En 1854, George Peabody, cuyo banco familiar era una de las casas pioneras que operaban entre Londres y el Atlántico, como lo fueron Barings, Alexanders, Brown-Shipley y Dennistouns, invitó al padre de Morgan, Junius Spencer Morgan, a asociarse con él. Junius Morgan prosperó. Fue el *alma mater* de una corporación que invirtió 50 millones de dólares en bonos del Gobierno francés en un momento en que Francia estaba desacreditada, y gracias a ello logró un beneficio del 10 por ciento. Puso las bases para la creación de Peabody y Co. Y después le cambió el nombre por

el de J. S. Morgan y Co. Morgan consolidó la obra de su padre, de modo que se encontró administrando una superestructura de tres generaciones, y parte del magnetismo que ejerció sobre los hombres de las finanzas fue el hecho de que lo veían como un aristócrata. Sabían que tenía un código, y que se atenía a él, y le envidiaban sus antecedentes y sus fuertes convicciones morales.

Es imposible comprender este período de la historia norteamericana si no se tiene en cuenta que individuos como Morgan tenían normas de conducta inquebrantables y que preferirían morir antes que vulnerarlas. Cuando declaró ante el Senado de los Estados Unidos que, en Wall Street, bajo su tutela, "el carácter determina el crédito", estaba convencido de ello, y eso era lo que ocurría. Gran parte de sus primeros años —y del resto de su vida— es imposible de reconstruir, porque era un gran destructor de cartas personales (como la mayoría de los Victorianos tardíos). Sabemos que comenzó a fumar a los diecisiete años, porque más tarde se lamentó de ello. Asistió a una escuela suiza, y después a la Universidad Göttingen. Medía más de un metro ochenta, era bien parecido y dinámico, pero sufría a menudo de jaquecas, desmayos y problemas de piel. Era un episcopalista sincero y asistía a la iglesia regularmente. Cantaba los himnos con voz estentórea. Las primeras palabras de su testamento —"Encomiendo mi alma a mi Salvador con la plena confianza de que habiéndola redimido y lavado de sus pecados en su preciosa sangre Él la presentará, inmaculada, ante mi Padre Celestial"— podrían haber sido escritas en Hartford, Connecticut, en la década de 1840.[757]

Morgan se dedicó a las finanzas toda su vida. Comenzó como aprendiz en Dentón, Sherman y Co, de Nueva York. A los veintidós años, en Nueva. Orleans, compró, con un crédito de la compañía, un cargamento completo de café, que luego vendió ventajosamente. La mayoría de las historias que contaron

después los periodistas sensacionalistas acerca de su éxito en los negocios son falsas. Es cierto qué especuló contra la moneda de curso legal, pero eso era algo que hacía todo el que podía. Pagó 300 dólares para que otro lo reemplazara en el servicio militar. También eso era algo que hacían todos los que disponían de dinero: la guerra civil fue, desde luego, "la guerra de los ricos en la que luchan los pobres". En 1869, en la "guerra Susequehanna", aventajó a Jim Fisk y Jay Gould. También es probable que sea cierto que hizo rodar por unas escaleras al corpulento Fisk para evitar que dominara una asamblea de accionistas con la ayuda de sus matones. Hizo una buena cantidad de negocios importantes que manejó con suma habilidad. No era en absoluto un "barón ladrón". Su riqueza provenía de márgenes de ganancia normales y respetables y de la acumulación de éstos. Dicho con las inmortales palabras de John D. Rockefeller: "El señor Morgan ni siquiera es un hombre rico". Pero, a comienzos de la década de 1880 estuvo en el centro de la comunidad financiera neoyorquina y fue el único de sus miembros de quien todos los demás se fiaban. Eso le dio poder y sentido de la responsabilidad.[758]

Un hecho que resulta curioso es que Estados Unidos, en ese tiempo, aunque ya erá la nación más rica del mundo y la que poseía una economía más fuerte, no tuviese un sistema financiero público. De hecho, de las tres tareas fundamentales a las que cualquier gobierno debe dedicarse —la seguridad y la defensa de posibles amenazas externas, el mantenimiento del orden interno y la puesta en circulación de una moneda saneada — el Gobierno federal no emprendió ninguna. Estados Unidos no estaba protegido por su irrisorio Ejército ni por su todavía magra Marina sino por dos gigantescos océanos. No tenía una fuerza policial de jurisdicción nacional y, en vastas regiones, no había ningún tipo de policía. Y no tenía un banco central y estaba acerbamente dividido en cuanto a la definición de qué era

lo que constituía su moneda nacional. En todas estas circunstancias, en especial la última, era bueno que existieran árbitros no oficiales del comportamiento social y del mantenimiento de las normas como J. P. Morgan.

Las finanzas federales modernas datan de la época de la guerra civil, pero la historia es sombría. En 1869, David A. Well, el comisionado especial de Rentas comunicó al Congreso qué, según sus estimaciones, el coste de la guerra "muestra una destrucción de riqueza, o una distracción de la industria de sus metas que habría producido, desde 1861, una riqueza de aproximadamente 9.000 millones de dólares. [...] Esa cifra equivale a tres veces el valor total que pudieron tener alguna vez las propiedades basadas en la esclavitud". El impuesto sobre los ingresos, que estuvo en vigor durante la guerra, fue eliminado en 1872. El impuesto al consumo era alto, lo mismo que los aranceles aduaneros. Pero en su mayor parte la guerra fue pagada mediante papel moheda, una vez que se suspendió el pago en metálico. El financiamiento de la guerra fue deliberadamente inflacionario. El secretario del Tesoro de Lincoln, Salmón P. Chase, admitió que su política era "financiar los costes de la guerra mediante empréstitos, y aumentar los impuestos con el único fin de pagar la nueva deuda contraída".[759] Sólo una cuarta parte del inmenso coste de la guerra se financió mediante los impuestos. Hasta ese momento el papel moneda emitido por el Tesoro de Estados Unidos había devengado intereses. Ahora su papel moneda era puro papel o, más bien, papel mojado, puesto que los 450 millones originalmente emitidos nunca llegaron a cotizarse a la par y cayeron hasta un valor de 39.

Después de la guerra los precios bajaron, y todos aquellos que poseían dinero, como los granjeros, que habían pedido préstamos para expandirse rápidamente durante el conflicto, libraron una batalla de treinta años para cambiar radicalmente la política deflacionaria del Gobierno y lograr que los precios vol-

vieran a los altos niveles de la década de 1860. El Gobierno republicano volvió a implantar el patrón oro en 1879. Los granjeros y otros grupos de deudores formaron el movimiento Greenback (por el color verde de los dólares) en pro del papel moneda. El oro siguió subiendo hasta 1896 y los precios cayeron. Esto afectó seriamente a los granjeros, crucificados por los intereses que debían pagar. La presión sobre este sector se intensificó a causa del hundimiento bursátil de 1873. Y los granjeros pidieron que se recurriera a la plata (en sustitución del oro) como remedio a su situación. Pero había mucha confusión y desorientación, alentadas por la carencia de conocimientos técnicos, y la forma en que podía llegar a cumplirse la ley Gresham —"El dinero malo expulsa el dinero bueno de la circulación"— despertaba desconfianza. Factores adicionales de confusión fueron el descubrimiento y la explotación inmediatos de nuevas minas, esta vez de oro y de plata. Con un mercado libre para los lingotes, la cantidad total de metálico disponible y las reservas relativas de oro y plata produjeron efectos impredecibles en los mercados financieros.[760]

En esta atmósfera de escepticismo con respecto a la política y los políticos, de verdadera confusión sobre cuál era la mejor política financiera y monetaria que debía seguir Estados Unidos, y ante la ausencia de elementos de regulación, como por ejemplo un banco central, probablemente haya sido una suerte para la comunidad que un hombre como J. P. Morgan actuara como guía y legislador oficioso. Digo "probablemente" porque, en primer lugar, Morgan nunca ocupó ningún cargo público electivo, lo que hace que sea una anomalía que haya ejercido un poder de tal magnitud en la mayor democracia del mundo. En segundo lugar, tenía opiniones propias, firmemente basadas en la experiencia y expresadas con contundencia, pero que no todos compartían, ni siquiera en la comunidad financiera en la que tanta influencia tenía. Morgan creía en dos cosas. Primero,

creía en el orden. Segundo, creía que contar con una moneda fuerte era el mejor medio para reforzar ese orden.[761] Tenía un punto de vista religioso con respecto a la economía. En una sociedad libre, la actividad económica solía generar un caos primigenio en el que los hombres luchaban salvajemente por la supremacía y se cometían innumerables pecados. Para que una sociedad económica funcionara con eficacia era necesaria la libertad, pero el caos originado por ésta generaba una sociedad ineficiente y pecaminosa, por lo que debía imponerse algo de orden, y lo mejor para lograrlo eran las formas de concentración económica que imponían un cierto grado de orden sin restringir la libertad hasta el punto de que amenazara la eficiencia. La concentración necesaria se logró mediante las corporaciones y los trusts.

La Corte Suprema de Marshall había hecho posibles las corporaciones en Norteamérica a principios de siglo. El mismo Marshall había definido qué era una corporación en el caso de la Universidad de Dartmouth contra Woodward, en términos casi metafísicos, que a Morgan le parecían más que satisfactorios:

> Una corporación es un ser artificial, invisible, intangible y que existe en términos legales. Como es un simple producto de la ley, posee sólo tres cualidades que explícita o implícitamente le confieren los estatutos de su creación. […] [Las más] importantes son la inmortalidad y, si se me permite la expresión, la individualidad, propiedades que hacen que se considere a una perpetua sucesión de personas como un individuo, y que puedan actuar como tal.[762]

Una de las claves de organizar las empresas como corporaciones fue una tendencia creciente a la formación de trusts. Esto también se intensificó durante la guerra civil. La ventaja de las corporaciones era abrumadora: nadie jamás había podido concebir una alternativa que satisficiera propósitos tan diversos. El trust es un recurso mucho más opinable. Fue un producto del proteccionismo. Los aranceles aduaneros altos, que protegían a la joven industria contra sus competidores extranjeros, fueron el

peor pecado que cometió Norteamérica en perjuicio del virtuoso credo del *laissez faire* y, como es natural, este pecado engendró otros. Henry O. Havemeyer, el primer presidente del trust azucarero de Estados Unidos, dijo con complacencia: "El arancel es da madre de los trusts". Una vez que el Congreso imponía un arancel elevado cediendo a la presión de las industrias nacionales, éste se mantenía con toda seguridad hasta mucho después de que dejara de ser absolutamente necesario. Este arancel permitía que las industrias aprendieran a organizarse en grupos de presión no sólo contra los competidores externos sino también, con el tiempo, contra el desorden interno, producido por la ambición de los arribistas. Así como las compañías privadas formaron corporaciones para tener fuerza y protegerse entre ellas, las corporaciones aprendieron a organizarse en trusts.

El trust azucarero fue un buen ejemplo de cómo un arancel elevado daba lugar a la creación de un trust. No ocurrió lo mismo en todos los casos, por supuesto. El trust de la Standard Oil o el del American Tobacco no debieron su creación a los aranceles. Pero la mayoría tuvo su origen en ellos y es obvió que la guerra civil, que terminó con el control demócrata del Congreso, y por lo tanto permitió que aumentaran los aranceles, dio origen al movimiento tendiente a la concentración cuyo síntoma más importante fue la aparición de los trusts. Dos de los primeros expertos en trusts, Jeremiah W. Jenks y Walter E. Clerk, afirmaron en 1917: "Un cálculo del promedio de los beneficios de todas las principales ramas de la industria de las que se tienen datos desde 1850 demuestra que, durante las dos últimas generaciones, ha habido en Estados Unidos una concentración industrial de un nivel casi asombroso. En trece ramas de la industria líderes de Estados Unidos, una planta productora promedio en los sesenta años que van desde 1850 hasta 1910 multiplicó su capital más de treinta y nueve veces, su número de

trabajadores más de siete, y el valor de su producción más de diecinueve”.[763]

Morgan pensaba que para obtener la mayor eficacia —incluyendo economías de escala y marketing vastos— el proceso de concentración era natural, inevitable y deseable, y que la protección contra el desorden que procuraba también era, en términos generales, beneficiosa y de interés público. Pero, lo mismo que el capitalismo y el mercado libre que lo sustentaba, el trust era un arma de doble filo. Esa era la razón por la que debía estar en manos de hombres honestos y solidarios, siempre que fuera posible. La concentración adoptó muchas formas: consorcios, trusts legales, holdings, por nombrar sólo tres. Ya en la década de 1830 los productores de sal de Virginia Occidental se habían unido para restringir la producción y controlar los precios. Consideraban que, de lo contrario, el precio caería y acabaría habiendo escasez de sal. El movimiento de creación de los trusts comenzó a ponerse en marcha como resultado del hundimiento bursátil de 1873. Los ferrocarriles que competían entre sí formaron consorcios para repartirse el negocio y, de esta manera, evitar una competencia que los habría arruinado a todos. Como hemos señalado, la Ley de Comercio Interestatal de 1887 intentó poner fin a los consorcios, así como a otras iniciativas que se consideraban dañinas, pero los ferrocarriles recurrieron a estrategias encaminadas a frustrar su puesta en práctica, y contaron con el apoyo de la Corte Suprema. El trust era una de estas estrategias, aunque de hecho, antes de que se promulgara la Ley de Comercio Interestatal en 1887, ya había recurrido a ella, en 1879 y en 1882, la Standard Oil Company.

Una vez aprobado el texto del acuerdo para la formación del trust, los accionistas depositaban en la junta directiva una porción mayoritaria de sus acciones y recibían a cambio un certificado. Tras los pasos del trust azucarero, en 1887 se crearon el trust de destiladores y criadores de ganado (conocido como

trust del whisky), el del plomo y el del aceite de algodón. Estos trusts adoptaban estrategias internas como la del conglomerado De Beers, que controlaba (y todavía controla) la producción de diamantes, o el acuerdo sobre el tabaco de 1902 según el cual la compañía British Imperial Tobacco y la American Tobacco Company se fusionaban para dar vida a la Anglo-American, que le aseguraba a la primera el dominio del mercado del Reino Unido y a la segunda, el de Estados Unidos y Cuba.[764] Se debía juzgar a cada trust por sus méritos y comprobar si había preservado el equilibrio entre los derechos del productor y los del consumidor, y la combinación correcta de orden y competencia. Ya en 1889 la oposición a los trusts había impulsado una legislación contra ellos en diferentes estados y, un año después, la Ley Sherman dio comienzo a la regulación federal. Los fallos desfavorables de las cortes de apelación de Nueva York, en el caso de la Compañía de Refinado de Azúcar de North River, en 1890, y de Ohio, en el del trust de la Standard Oil, en 1892, pusieron un freno al avance de los trusts sin basarse sin embargo en que constituían un monopolio sino en que, según se juzgó, habían violado sus estatutos originales. Pero fue el hundimiento bursátil de 1893 y no las cortes de apelación lo que hizo que se detuvieran las concentraciones, algo que confirmaba la opinión de Morgan de que, en términos generales, el mercado era el regulador más seguro y el que en última instancia mejor serviría al interés público.

Cuando se reactivó el mercado, surgió una nueva forma de autoprotección: el holding. Este fue el recurso empleado durante el período de máxima concentración, entre 1897 y 1904. Ya había sido empleado por la American Bell Telephone y por la Pensilvania, pero su precursora fue la Standard Oil. En algunos estados, entre ellos Nueva Jersey, las leyes en realidad favorecían a los holdings que se habían formado con fines puramente financieros. Nueva Jersey, que se encontraba cerca de Manhattan

y de Wall Street, era el cuartel general perfecto para un holding, que sólo debería presentar un simple informe anual ante una asamblea general de accionistas. En 1904, un investigador, John Moody, elaboró una lista de 318 trusts industriales que consolidaban 5.300 plantas distintas y se capitalizaban por más de 7.000 millones de dólares, de los que 236, las cinco sextas partes del capital, se habían incorporado desde el 1 de enero de 1898, 170 de ellos amparándose en las leyes de Nueva Jersey.[765]

Morgan creía que la consolidación, fuera cual fuese el recurso legal utilizado, era de interés público siempre que aquellos que estuvieran a cargo de ella se preocuparan honestamente por imponer un orden basado en tres criterios: 1) precios lo más bajos que fuese posible para mantener la eficiencia y la continuidad; 2) beneficios adecuados para los accionistas; 3) inversiones regulares para asegurar la modernización. Tanto Morgan como Harriman estuvieron involucrados en el mismo intento durante veinte años: el de imponer orden en la red ferroviaria. Pero sus métodos eran diferentes, y es importante resaltar que Harriman no compartía el estricto criterio de Morgan con respectó al servicio público. Lo que a Morgan no le gustaba de Harriman no tenía que ver con sus conflictos de negocios en sí (Harriman venció a Morgan en 1887 pero perdió contra él en 1895) sino con la filosofía que proclamaba Harriman, según la cual sólo era necesario observar la letra de la ley. Morgan pensaba que también se debía tener en cuenta su espíritu. En consecuencia, nunca invitó a Harriman a comer a su casa, pero sí lo visitó en su lecho de muerte, ya que era su deber como cristiano.[766]

A Morgan le gustaba la palabra trust (confianza). Para él significaba lo que decía: un sistema capaz de asegurar el orden y la responsabilidad, y de inspirar confianza en el público, en una industria desordenada, ineficiente y, por lo tanto, deshonesta. Desde comienzos de la década de 1880 Morgan impuso orden

en los ferrocarriles, y después del hundimiento de 1893, controló el grupo de ferrocarriles más grande de Estados Unidos. Convocó a los directivos de los ferrocarriles a su casa del 219 de la avenida Madison y les indicó qué hacer. El orden que impuso a los ferrocarriles se distinguió por cuatro características: simplificó la estructura corporativa, eliminó la volatilidad de las acciones, unió las líneas pequeñas a los sistemas principales e impuso el sistema de administración Morgan, conocido por su honestidad, integridad y eficiencia profesional. Esto trajo buenos resultados para los ferrocarriles. Logró la recuperación del Erie. El grupo de ferrocarriles de Morgan era el único en Estados Unidos que siempre podía estar seguro de atraer capitales europeos dispuestos a invertir en su modernización. También trajo buenos resultados para su compañía financiera, la Northern Securities, aunque más tarde las leyes contrarias a los trusts la aniquilaron. En 1901 compró Carnegie y creó la US Steel, que suele considerarse su obra maestra en lo que a imposición de orden se refiere. Había quienes se quejaban de que, en el momento de su creación, ya era una empresa anticuada que perdía cada vez más participación en el mercado mundial. Por otro lado, fue la mayor unidad productiva de Estados Unidos durante el esfuerzo bélico de las dos guerras mundiales y en 1960 aún era la compañía siderúrgica más grande del mundo.[767]

El momento de mayor esplendor de Morgan fue durante la crisis de 1907. Precipitaron esta crisis las quiebras de la Knickerbocker Trust Company de Nueva York y la Westinghouse Electric Company (22-23 de octubre), pero su verdadera causa fue la debilidad estructural del sistema bancario. En 1907 había 11.469 bancos estatales y un total de 17.891 bancos comerciales que operaban sobre la base de una reserva mínima, y muchos de éstos emitían papel moneda de curso legal y prometían pagar el dinero exigido por sus ahorristas en papel moneda con respaldo o con oro. En 1900 Norteamérica había restaurado

plenamente la vigencia del patrón oro, que tenía fuerza de ley (lo que fue posible gracias al descubrimiento de nuevos y ricos yacimientos). Pero por supuesto no había banco central, y nadie se ocupaba del sistema bancario, y el secretario del Tesoro de Estados Unidos era apenas un funcionario que no disponía de una maquinaria todopoderosa. Por lo tanto, cuando hubiera una grave pérdida de la confianza y la gente quisiera recuperar el dinero depositado en los bancos, era seguro que algunos de ellos (quizá muchos, quizá casi todos) quebrarían. Sin un banco central que tuviera el poder de emitir dinero con su propio respaldo, es decir, con el respaldo del futuro de la nación, el sistema estaba condenado a un cierto grado de parálisis. En 1907 se pidió de inmediato a Morgan que pusiera freno al derrumbe y evitara que la importante caída financiera se convirtiera en una depresión catastrófica. Morgan estaba acostumbrado a estas emergencias. En 1877 su intervención había hecho pagar las nóminas del Ejército. En 1893 el presidente Cleveland le había asignado la tarea de remediar la disminución de las reservas de oro de Norteamérica por medio de la formación de un consorcio para comercializar los títulos de Estados Unidos en Europa a cambio de lingotes. De hecho, Morgan logró detener la fuga de oro de Estados Unidos sin ninguna ayuda.

En octubre de 1907 Morgan estaba a punto de cumplir setenta años y acababa de mudarse a la nueva mansión que había construido en Nueva York para alojar su enorme biblioteca. El domingo 20 de octubre se reunió en primer lugar con sus colegas, miembros por entonces de las comunidades financieras y empresariales de Nueva York, en una serie de entrevistas llevadas a cabo en su imponente sala, que aún hoy alberga los libros más importantes de su colección. Después de determinar la magnitud del peligro, Morgan reunió un equipo de jóvenes inteligentes para repasar la contabilidad durante la noche y ver cuáles eran las grandes casas que, demasiado débiles para ser

rescatadas, debían desaparecer, y a cuáles se podría salvar. Hecho esto, se dedicó a aumentar la liquidez mediante una convocatoria a los banqueros en la que les arrancó el dinero necesario, que deberían prestar de inmediato a un interés del 10 por ciento. También el Tesoro de Estados Unidos aportó lo suyo. Una vez que en la Bolsa se supo que estaba disponible el dinero para salvar a las empresas, aunque a altas tasas, el pánico comenzó a disminuir, aunque el hombre que hizo el anuncio terminó con su chaqueta, e incluso su chaleco, hechos pedazos a causa de la refriega.[768] Por lo tanto se permitió que hubiera una o dos bajas, como la de la Knickerbocker, pero se salvó al resto. Las iniciativas de Morgan en 1907 fueron la base sobre la que se creó, siete años más tarde, el Banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos.[769] En 1907 Morgan ocupó un espacio vacío en la estructura de la sociedad que el Gobierno no cubría, y una persona que lo vio caminando por el distrito financiero esa semana dijo: "Era la personificación del poder y la voluntad".

Los hombres de negocios se montaron a horcajadas sobre la Norteamérica de finales del siglo XIX como colosos. ¿Cómo lo lograron? ¿Y cómo los sindicatos lo permitieron, en un país democrático donde todos podían acceder al poder político y donde los tribunales y el pueblo se regían por la idea de que todos los hombres eran iguales a los ojos de Dios? No es fácil responder a esta pregunta. Tomemos por ejemplo el caso del hombre que era la mano derecha de Carnegie, Henry Clay Frick (1849-1919), y la huelga de Homestead de 1892. Es notable el hecho de que los norteamericanos, a la vez que aceptaron con naturalidad el capitalismo, que pone el acento en el esfuerzo individual, hayan sido tan ineptos en la creación y el mantenimiento de los sindicatos, que requieren que los hombres subordinen su condición de individuos al interés colectivo. Norteamérica tiene una larga historia de sindicatos manchada con la sangre de cadáveres poco recordados. La debilidad de estos sindicatos ha si-

do su falta de capacidad para proponerse objetivos a largo plazo y su propensión a buscar victorias inmediatas por medio del fatal uso de la violencia. En el siglo XIX, los sindicatos de trabajadores casi nunca sobrevivieron a las crisis financieras. Ése fue el caso del Sindicato Nacional de Trabajadores (1866-1873) y el de la Asociación de los Caballeros de San Crispín, de Milwaukee, fundada en 1867 y que en 1870 era probablemente la organización de trabajadores más fuerte del mundo, en especial en la industria del calzado de Massachusetts. Pero la crisis de 1873 destruyó ambas organizaciones.[770] También podemos tomar como ejemplo los Molly Maguires, una sociedad secreta de mineros irlandeses que durante varios años (1866-1877) sembró el terror en las minas de carbón del este de Pensilvania sirviéndose de métodos violentos, entre ellos la intimidación, el incendio premeditado y el asesinato. La zona quedó a salvo de sufrir nuevos conflictos gracias a la intervención de la fuerza de detectives de Allan Pinkerton, que con paciencia reunió pruebas que dieron lugar al encarcelamiento y la muerte en la horca de los cabecillas de la organización.

El sindicalismo norteamericano tuvo en algunos casos un fuerte elemento de idealismo. Un ejemplo de esto fue el obrero Uriah S. Stephens, de la industria del vestido de Filadelfia, y su Noble Orden de los Caballeros del Trabajo (1869); tanto él como Terence V. Powderly, que lo sucedió como gran maestre, dejaron sentados sus objetivos con grandilocuencia. Pero incluso esta organización fracasó por su fuerte hermetismo (de hecho era, en esencia, una sociedad secreta, como la masonería, aunque con matices de la estética de los prerrafaelitas y de William Morris).[771] Cuando los caballeros abandonaron la clandestinidad tenían 700.000 miembros y llevaron a cabo con éxito una huelga contra el sistema ferroviario de Jay Gould. Pero a partir de 1888 quedaron relegados por la Federación Norteamericana de Trabajadores, fundada en 1886.

Aún conforme a los patrones del siglo XIX, cuando era común que las ciudades surgieran en pocas décadas, el fenómeno de Chicago fue excepcional. Desde sus comienzos Chicago se desarrolló sirviéndose de los últimos adelantos de la tecnología para explotar sus excepcionales ventajas demográficas. A principios de la década de 1830 era apenas una fortificación rodeada de unas cuantas granjas, con una población que no superaba los 200 habitantes. Estaba localizada en la cabecera del lago Michigan, y por lo tanto era un paso obligado para acceder a las grandes planicies del Medio Oeste, pero los que llegaban por mar se encontraban con un banco de arena que constituía una barrera durante gran parte del año. De ahí que el primer paso que se dio para resolver este problema fuera encargar a un grupo de ingenieros militares que llevaran al lugar modernos equipos de excavación con el propósito de abrir un canal que atravesara el banco de arena e hiciera innecesario el transporte por tierra. Más tarde, en 1832, un nativo de Chicago llamado George Snowe, inventó un sistema para la construcción de casas que se basaba en una estructura en forma de globo. Con este sistema era posible ensamblar en poco tiempo la madera aserrada sin necesidad de usar mortajas ni espaldones.[772]

El rápido desarrollo y aplicación de esta invención ayudan a explicar la increíble celeridad con que la aldea se expandió hasta llegar a convertirse en una ciudad durante las décadas de 1830 y 1840. En 1848 Chicago ya era un importante puerto equipado con instalaciones que permitían el acceso de los barcos fluviales más grandes del mundo, y todos los días llegaban a la ciudad, además, 100 trenes de 11 líneas ferroviarias diferentes. En 1887 ya tenía 800.000 habitantes. Chicago se encuentra en una llanura, prácticamente al nivel del lago Michigan. Por lo tanto, hubo que levantarla sobre el lodo. En 1856 el Ayuntamiento

decidió elevar 1,2 metros la ciudad mediante un novedoso procedimiento. Las construcciones aún eran principalmente de madera, lo que facilitaba las cosas, pero nunca antes en ninguna otra parte del mundo se había emprendido una iniciativa de esa magnitud. El hotel Briggs, un edificio de ladrillos de cinco pisos que pesaba 22.000 toneladas, siguió funcionando mientras lo levantaban, un ejemplo palmario de la determinación y el ingenio de los norteamericanos, guiados por la convicción de que nada material es imposible (esto nunca habría sucedido en Europa). Una vez levantados los edificios y rellenados los espacios, se construyeron nuevas calles y veredas.[773]

Fue su voluntad de utilizar la tecnología más avanzada lo que permitió a Chicago superar a San Luis, que en teoría tendría que haberse convertido en la capital económica y comercial del Medio Oeste. Pero la guerra civil dañó mucho a San Luis y en 1870 Chicago ya la había superado, gracias a su particular rapidez para sacar ventaja del transporte por ferrocarril. Lo que es más, el atroz incendio que sufrió en 1871, una catástrofe en términos inmediatos, hizo de Chicago el paraíso de la ingeniería y la arquitectura. El incendio duró veintisiete horas, destruyó 17.000 edificios (un tercio del total) y dejó a 100.000 personas sin hogar. Los arquitectos llegaron de todas partes a la ciudad reducida a cenizas para inspeccionar personalmente los daños causados por el fuego e idear métodos para proteger de él las nuevas construcciones. Entre ellos se encontraban Peter B. Wright y Stanford Loring, que hacia 1874 habían perfeccionado un nuevo sistema de construcción a prueba de incendios. Entre sus innovaciones estaban la estructura de acero, el suelo de ladrillo y el revestimiento de cerámica y terracota.

A fines de la década de 1870 y comienzos de la década siguiente comenzaron a aparecer en Chicago edificios muy altos. No es necesario que nos enzarcemos en la discusión acerca de quién construyó el primer rascacielos y si fue en Chicago o en

Nueva York. Chicago era una ciudad práctica, utilitaria, y también Nueva York era una ciudad escaparate, y si de hecho fue en Chicago donde se inventó el rascacielos esto se debió a que esta ciudad producía más ganancias por cada dólar invertido.[774] En 1879 William le Barón Jenny, que experimentó tanto con cajones hidráulicos como con estructuras de acero, construyó el First Letier, un edificio que incorporó pilastras de hierro, grandes ventanales y una fachada escueta, pero que tenía sólo cinco pisos. Entre 1884 y 1885 construyó el llamado Home Insurance, soportado por estructuras de hierro reforzadas en una doble fachada y con diez pisos. Mientras tanto, la firma de Adler y Sullivan había construido, entre 1879 y 1880, el Borden Block, y Burnham y Root, el Montauk Block entre 1881 y 1882. Ambos edificios contaban con más de un ascensor y el Montauk, de diez pisos, no tenía estructura de acero. En media docena de grandes edificios construidos a comienzos de la década de 1880 se usaron estructuras de hierro reforzadas. Pero sólo a finales de esa década, o incluso a comienzos de la siguiente, Adler y Sullivan, Burnham y Root, y Holabird y Roche sacaron el máximo provecho de las estructuras de acero en albañilería, y los únicos de estos monstruos que sobrevivieron, lamentablemente, fueron los edificios Monadnock, Reliance y Fisher.[775]

Detrás de todo esto estaba el genio de Louis Sullivan (1856-1924), uno de los más grandes artistas de Norteamérica. Provenía de Boston y había estudiado en el muy moderno Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), fundado en 1865, que al año siguiente abrió la primera facultad de arquitectura de Norteamérica. Su mentor fue otro gran arquitecto, Henry Hobson Richardson (1838-1886), y presenció la construcción de las obras maestras eclesiásticas gemelas de Richardson, la iglesia de Brattle Street, de Boston (1870) y la Trinity Church (1872). Sullivan también concurrió al Paris Beaux Arts y probablemente era el arquitecto con mejor formación de su época. Pero in-

corporó a su trabajo un sentido puramente norteamericano de lo necesario y de cómo lograrlo; fue un ejemplo típico del proceso de maduración por medio del cual, en las décadas de la guerra civil, Norteamérica se convertiría por derecho propio en una civilización rica y majestuosa.[776] Sullivan recibió influencias del mayor arquitecto neogótico de Filadelfia, Frank Furness, y tuvo la suerte de trabajar en el estudio de William le Barón Jenny, que no sólo era el más importante diseñador de estructuras de hierro sino además especialista en cimientos flotantes de cajón hidráulico del tipo que el suelo fangoso de Chicago requería. Luego, a los veinticuatro años, se unió a la firma de Dankmar Adler con el cargo de jefe de diseñadores y, tres años más tarde, pasó a ser socio. El joven Frank Lloyd Wright (1867-1959) se unió a la firma poco antes de que Sullivan, en 1890, irrumpiera en el estudio con la solución, concebida mientras caminaba por la ciudad, para el nuevo proyecto del edificio Wainwright en San Luis: el momento en que, como afirman muchos historiadores de la arquitectura, nació el verdadero rascacielos.[777]

El hecho de que, en los ocho años que van desde 1887 a 1895, la firma de Sullivan recibiera no menos de noventa encargos de grandes dimensiones —desde teatros hasta salas de ópera, y también enormes edificios de oficinas— ilustra no sólo la extraordinaria celeridad y eficacia sino también la grandiosidad con que se pobló de edificios y se embelleció Chicago. Su obra maestra fue el Chicago Auditorium Building (1886-1890), adonde trasladó su propio estudio. De diez pisos de altura, dotado de casi 6.000 metros cuadrados de espacio para oficinas, era el edificio más alto de la ciudad: constaba de un hotel de 400 habitaciones, 136 despachos y tiendas, una torre de 16 pisos, un teatro de 400 butacas y una sala de conciertos de 4.000, la más grande del mundo por entonces. Fue en gran parte gracias a la existencia de este enorme y lujoso auditorio, y

a las ganancias que generó, que la Orquesta Sinfónica de Chicago pudo convertirse en una de las más grandes del mundo, con su electrizante "sonido de Chicago". Y fue también gracias al éxito del programa de construcción de Chicago, y a las ganancias que generó su eficiencia, que en la ciudad se crearon tantas bibliotecas y colecciones de obras artísticas y se dotó de fondos a una de las universidades más grandes y prestigiosas del mundo.

La expansión horizontal de Chicago significó un rápido e incesante desarrollo de los suburbios de clase trabajadora en los que florecieron las vecindades de casas bajas, independientes unas de otras, que por lo general no contaban con las debidas condiciones sanitarias y estaban conectadas por caminos precarios. Además, la abrumadora presión de los inmigrantes recién llegados —empezando por los norteamericanos del este, siguiendo por los irlandeses y los alemanes, los judíos rusos y los italianos que llegaron en las siguientes oleadas, a las que se incorporaron después los griegos y los búlgaros, y finalmente los mexicanos y los negros— hizo que en una casa construida para una familia vivieran en realidad cinco o seis. Fue en esta época de casas mal diseñadas y abarrotadas de gente cuando surgieron las pandillas de "protección" y, más tarde, las asociaciones criminales sumamente organizadas de la era de la prohibición, en especial en los suburbios de clase trabajadora como Cicero, la fortaleza de Al Capone.

Chicago también tuvo el tino de diseñar sistemas de parques urbanos cuando los terrenos que rodeaban su centro todavía eran baratos y estaban disponibles. Sus paseos fueron concebidos en 1849 por John S. Wright y plasmados en 1869 cuando la Asamblea General de Illinois creó las comisiones de parques del sur, el oeste y el norte, a las que se autorizó a diseñar parques y paseos. Estos adquirieron una enorme popularidad, y el valor de las propiedades que se encontraban a lo largo de los pa-

seos aumentaba rápidamente: un excelente ejemplo del don de los norteamericanos para conciliar el servicio público con la codicia monetaria. Cuando se diseñó, este sistema abarcaba en su mayor parte una zona de campo abierto; por lo tanto los bulevares podían tener entre 60 y 130 metros de ancho, y una senda central para carruajes en la que estaba prohibido el tráfico comercial. El sistema era un exponente del olfato de la nueva plutocracia en materia de civilización urbana; en una tarde de domingo, en 1881, una lujosa procesión de 4.700 carruajes recorrió el Grand Boulevard hacia el Sur, lo que no está mal para un lugar en el que apenas cuarenta y siete años antes no había más que 200 chozas de barro.[778]

Nueva York, en cambio, estaba rodeada de agua, y eligió tener su parque, en una escala gigantesca, en el centro. Cuando se realizó el censo de 1810, Nueva York aún era la segunda ciudad más grande después de Filadelfia, con una población de entre 91.874 y 96.373 habitantes, y en el plan para su desarrollo elaborado el siguiente año se incluyeron sólo espacios públicos de un tamaño mínimo (ya hacía tiempo que se había construido a más no poder sobre el parque originalmente destinado a las paradas militares, entre las calles 23 y 34). Pero poco después, cuando llegó de Londres y París el furor de diseñar grandes parques públicos dentro de las ciudades, Nueva York aún contaba en el centro de Manhattan con grandes extensiones de tierra sin urbanizar, y los padres de la ciudad pudieron reservar allí un área enorme destinada a un parque. El arquitecto paisajista F. L. Olmsted (1822-1903), de Hartford, Connecticut, cuna de genios, y el londinense Calvert Vaux (1824-1895) diseñaron Central Park, un extraordinario complejo destinado a todas las clases sociales, con calles para carruajes, paseos, lagos para pescar, pasear en bote y patinar sobre hielo, y bosques naturales salpicados de rocas.

Mientras se construía el parque, la ciudad se desarrollaba con rapidez a su alrededor. La población era en ese momento de 813.000 habitantes. Cuarenta años después, en gran parte gracias a la inmigración, era de alrededor de 3.500.000 habitantes y seguía aumentando a un ritmo vertiginoso. La construcción de edificios altos hizo que el inmenso espacio llano del Central Park se viera rodeado cada vez más de una periferia de cemento y ladrillos que producía efectos espectaculares del atractivo *rus in urbe* que precisamente había sido la meta de los primeros urbanistas, como John Nash, de Londres. Ninguna otra ciudad del mundo puede ofrecer estas vistas de los edificios recortados contra el horizonte. Primero se construyeron estructuras de cuatro o cinco pisos desarrolladas a partir del precedente de las tiendas, fábricas y depósitos de Gran Bretaña, y los hombres que estuvieron al frente de este desarrollo fueron dos brillantes fundidores de hierro de la década de 1850, Daniel Badger y James Bogardus. A partir de sus propuestas surgieron las construcciones de andamiaje rígido con estructuras de metal independientes reforzadas por paredes de cemento también independientes. Lo que vino después fue la construcción despojada en que hasta las paredes externas parecían estar suspendidas de la estructura de metal. El Equitable Building, un edificio construido entre 1868 y 1870, suele considerarse el primer rascacielos de Nueva York: contaba con una fachada de sólo cinco intercolumnios de ancho pero medía 43 metros de alto y tenía ocho pisos y dos ascensores. (El edificio del mismo nombre que lo reemplazó, construido entre 1913 y 1915, era un bloque único de 165 metros de altura que tenía 40 pisos y 48 ascensores que hacían 50.000 recorridos diarios, lo que da una idea del salto que dio Nueva York de grande a gigantesca en estas cuatro décadas)[779].

Era evidente que el paisaje urbano de Nueva York comenzaba a adquirir su forma característica, y a inspirar en sus visitan-

tes profundas reflexiones, como las de T. H. Huxley, el principal difusor de ideas científicas en Europa, que en 1876 visitó por primera vez la ciudad. Éste fue su veredicto: “Hay algo que me resulta interesante, y es que en el Viejo Mundo, lo primero que uno ve apenas llega a una ciudad son los campanarios; en esta ciudad lo primero que uno ve son los centros de inteligencia”. En un sentido Huxley tenía razón: los rascacielos representaban la aplicación de todos los recursos de la ciencia y de la inteligencia imaginativa al arte de la construcción, de una manera que un gran arquitecto del Renacimiento como Miguel Angel habría apreciado al instante. Pero los hombres que aportaron la extraordinaria inteligencia creativa y la habilidad para las matemáticas y la ingeniería que hicieron de Nueva York una “ciudad científica” no compartían el ateísmo de Huxley. Más bien al contrario. La religiosidad característica de Norteamérica también influyó en el campo de los rascacielos y las estructuras gigantescas. John Roebling (1806-1869), el inmigrante diplomado en Alemania que diseñó el puente de Brooklyn (su hijo Washington finalizó su construcción en 1883), que en ese momento era el puente colgante más largo del mundo, dijo que éste era “una prueba concluyente de que nuestra mente es parte de la gran mente universal”.[780]

Nueva York difería de Chicago en aspectos esenciales. Aunque menos innovadora, era más rica, en el sentido de que abastecía de capital tanto a Chicago como a sí misma, y una gran cantidad de importantes firmas con ambición de inmortalidad que deseaban homenajearse con el rascacielos más alto, espacioso y costoso, tenían allí sus oficinas centrales. Por lo tanto, en última instancia, los rascacielos de Nueva York no sólo eran más altos que los de Chicago sino también más ricos desde el punto de vista decorativo. La oficina central de 10 pisos de la firma Western Union se construyó entre 1873 y 1875, y a ésta pronto le siguieron el edificio de 11 pisos Tribune, después el

World, de 16 pisos, entre 1889 y 1890, y el gigantesco Manhattan Life Insurance, de 20 pisos, en 1893. Nueva York pronto superó a Chicago en altura: cada década agregaba diez o más pisos, y se dio el gusto de contar con cúpulas, columnas y capiteles cada vez más fantásticos y, por lo general, hermosos. Muchos de los rascacielos de Nueva York constituían como una publicidad permanente para sus compañías. La construcción del edificio Singer, de 1902, por ejemplo, se financió con el producto de las ventas que la compañía del mismo nombre realizó durante un año en Asia. Del mismo modo, las compañías de seguros, notablemente fuertes en Nueva York, ordenaron la construcción, fuera cual fuese el coste, de oficinas centrales que hacían alarde de solidez, tamaño y perdurabilidad (al estilo de los bancos). En la primera década del siglo XX, la compañía de seguros Metropolitan Life tenía una cartera que ascendía a 2.200 millones de dólares, por lo que construyó y ocupó, entre 1909 y 1910, un inmenso templo en el cielo que medía 213 metros de altura, en su momento el edificio más alto del mundo. Otro ejemplo fue el espectacular edificio Woolworth, de 1911, durante mucho tiempo el rascacielos por antonomasia. Frank Winfield Woolworth (1852-1919) había fundado su primera tienda de baratijas en 1879. Hacia 1911 tenía más de 1.000 sucursales en todo el mundo, y cuando encargó a un contratista la construcción de su edificio le dijo que, aunque nunca recuperaría el capital invertido en él, sabía que le aportaría una ganancia invisible como el gigantesco cartel publicitario que era.[781]

Hacia 1903 el precio de los alquileres de oficinas era cuatro veces más alto en Manhattan que en el centro de Chicago, y ésa era una de las razones por las que los edificios eran más altos. Los alquileres altos también determinaron la ubicación de los grupos de rascacielos cerca de la Bolsa: en 1910 los alquileres en Wall Street podían alcanzar los 286.650 dólares por metro cuadrado y, en cambio, apenas 9.280 dólares en la calle South, a

pocas manzanas de allí. Más tarde, en 1916, entró en vigencia la ordenanza que fijaba los retiros de fachada para la ciudad de Nueva York: siempre y cuando el arquitecto trabajara correctamente de acuerdo con esa norma, uno podía construir hasta la altura que quisiera. La grandiosidad y el despliegue hicieron que la altura superara con creces el nivel económico óptimo y en 1930 el promedio era de 73 pisos en la zona más exclusiva, en las inmediaciones del Grand Central, donde el edificio Chrysler (construido entre 1929 y 1930), alcanzaba los 77 pisos, y los elementos añadidos por encima de ellos cumplían con la función publicitaria. De hecho, la sensación de la década de 1920 fue el desarrollo de la zona del Grand Central como una alternativa a Wall Street, y aún hoy los rascacielos de Nueva York están agrupados alrededor de estos dos focos.[782]

Pero nos estamos olvidando de algo, y lo estamos pasando por alto además, ya que muy por debajo de las imponentes torres de Nueva York se encontraban los atestados vecindarios populares, que también tenían muchos pisos, de la floreciente metrópoli de las décadas de 1870, 1880 y 1890. En sus comienzos Nueva York había sido una ciudad holandesa, después se había expandido y convertido en una ciudad preponderantemente inglesa, más tarde, en el siglo XIX se había ampliado para pasar a ser una ciudad multiétnica, preferida por los inmigrantes alemanes y, sobre todo, por los irlandeses. Luego llegó el turno de los italianos, los griegos y los judíos de Europa Oriental. Las consecuencias del estallido de salvajes pogromos alentados por las autoridades que tuvo lugar en Rusia a partir de 1881 fueron espectaculares para Nueva York. Durante los diez años posteriores al estallido llegaron a la ciudad 9.000 judíos por año. En la década de 1890 la cifra alcanzó los 37.000 por año y entre 1903 y 1914 el promedio anual fue de 76.000. En 1886 el pueblo francés, en conmemoración del centenario de la independencia de Norteamérica, encargó a su escultor Frederic Auguste

Bartholdi que creara una gigantesca estatua de cobre que representara la Libertad, que se colocó sobre un pedestal de 47 metros en la isla de Bedloe, en el puerto de Nueva York. Sus 93 metros de altura la convertían en la estatua más alta del mundo. Una trabajadora de la beneficencia social de la ciudad, de origen judío, Emma Lazarus (1849-1887), en cuyo talento había reparado Emerson, captó, quizá mejor que cualquier otro norteamericano de esos días, la verdadera importancia de la política de puertas abiertas para los indigentes europeos víctimas de persecuciones. Escribió un majestuoso soneto, "El nuevo coloso", que celebra la colocación de la estatua, y en el que la diosa de la libertad en persona le habla al Viejo Mundo:

… Dame tus multitudinarias masas de hombres cansados y necesitados,
que ansían respirar en libertad,
la miserable escoria que tus ingentes costas rechazan.
Envíame a estos hombres desamparados castigados por la tempestad.
Yo levanto mi antorcha junto a la puerta dorada.[783]

Los refugiados y las masas multitudinarias no sólo se apiñaban en Manhattan en general sino en el Lower East Side en particular, unos cuatro kilómetros cuadrados limitados por el Bowery, la Tercera Avenida, la calle Catherine, la calle 14 y el East River. En 1894 la densidad de Manhattan alcanzaba un promedio de 331,1 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en París este promedio era de 311,1 y en Berlín, de 248,8. Los vecindarios de Nueva York eran mucho más altos que los de Chicago, probablemente más seguros (las salidas para incendios eran obligatorias desde 1867) y estaban mucho más poblados. Los más atestados eran los vecindarios Dumbell (Mancuerna) que tomaron su nombre de la forma que fijó a los edificios la regulación municipal de 1879 que impuso los pozos de ventilación. Tenían de cinco a ocho pisos de altura, siete metros y medio de ancho, 30,5 metros de fondo y catorce habitaciones en cada piso de las cuales sólo una recibía luz natural. Más de medio millón de judíos se apiñaban en el Lower East

Side, y el corazón de la comunidad judía de Nueva York era el distrito décimo, donde en 1893 vivían 74.401 personas en 1.196 vecindarios que ocupaban seis manzanas. Cinco años después la densidad de población del distrito décimo era de 1.844,4 personas por kilómetro cuadrado. En comparación, la densidad de Calcuta, entre 1961 y 1963, era de sólo 389,8 personas por kilómetro cuadrado. Los edificios de Nueva York tenían más pisos, por supuesto; aún así, en la década de 1890 el distrito décimo contaba probablemente con la mayor densidad de población de toda la historia de la humanidad. Hacia 1900 había en Manhattan 42.700 vecindarios que albergaban a 1.585.000 personas.[784]

La capacidad de Norteamérica, y en especial de Nueva York, de transformar a millones de inmigrantes, muchos de los cuales llegaban al país sin dinero y con temor, en ciudadanos seguros de sí mismos, generadores de riqueza y seres social y culturalmente útiles, fue la ventaja más importante con que contó la república en expansión, que por ese entonces ya había hecho lo mismo con su propio pueblo durante casi tres siglos. Mientras la cultura del Nuevo Mundo se hacía cada vez más compleja, las combinaciones de talentos (de hecho, de genios) eran cada vez más fructíferas. Un ejemplo característico, que habría sido casi imposible en Europa, fue la colaboración entre Thomas Alva Edison (1847-1931) y Louis Comfort Tiffany (1848-1933) en la creación del teatro Lyceum de Nueva York, en 1885, una maravillosa síntesis de la tecnología más avanzada y la innovación estética. Edison fue, en muchos aspectos, el arquetipo del norteamericano. Quizá más que cualquier otro explotó la completa libertad que la Norteamérica de sus días daba a los hombres de talento. Nunca en su larga y fructífera vida de inventor

fue frustrado por leyes, restricciones o cortapisas a sus iniciativas.

Edison, nació el 11 de febrero de 1847 en Milán, Ohio, en una familia con lejanas raíces holandesas. Sus antepasados eran tories que habían sido expulsados a Canadá, pero en 1837 se unieron a la rebelión de Mackenzie contra el Gobierno canadiense y se vieron obligados a regresar a Estados Unidos; una vez allí comenzaron a trabajar en un aserradero. Fueron tiempos difíciles. Edison asistió durante sólo tres meses a una escuela, y fue principalmente su madre quien le enseñó las primeras letras. Pero llevaba a cabo experimentos en su casa, y tuvo oportunidad de leer *La edad de la razón* de Thomas Paine. A los doce años, con toda la traza de un Huckleberry Finn, Edison vendía periódicos en los trenes, lo que le permitía viajar grandes distancias. A los trece años editó su propio periódico. Además, aprendió telegrafía, el gran avance tecnológico de la década de 1850. A los dieciséis era un experto telegrafista ambulante, y ya era inventor. Vivía en modestas pensiones o sencillamente dormía donde podía (ninguno de los que llegaron a ser tan importantes como él debe de haber dormido en el suelo con tanta frecuencia como Edison). Padecía un principio de sordera y sus manos estaban surcadas de cicatrices producidas por el uso de sustancias químicas. Tenía un estilo rústico y juraba que las matemáticas y la geometría de Newton no estaban a su alcance. Pero, no obstante, el poder y la capacidad inventiva de su mente eran deslumbrantes. El libro que lo inspiró, con su lucidez y su sorprendente clarividencia, fue *Experimental Researches into Electricity* (Investigaciones experimentales sobre la electricidad) de Michael Faraday, un inglés que provenía de un ambiente tan humilde como el de Edison. Faraday creó la primera batería eléctrica y, tras descubrir la manera exacta de transformar en electricidad diferentes tipos de energía previo la aparición de una variada gama de dispositivos, desde la transmisión del soni-

do hasta la máquina de reproducir facsímiles. El destino de Edison fue convertir en realidad muchos de estos sueños.

Edison desarrolló una gran destreza intuitiva para manipular sus equipos experimentales, y dominaba sus electroimanes casi como si fuera un violinista con un Stradivarius. Uno de sus ayudantes comparó su manera de trabajar con la de un mago, y afirmó que “da muestras de su astucia por la forma en que neutraliza o intensifica los electroimanes, aplicando corrientes fuertes o débiles, y por cómo ordena a las corrientes negativas o positivas lo que tienen que hacer”. Combinaba este genio mecánico, comparable con el de un artista, incluso con el de un hechicero, con una energía incesante. Ningún inventor dedicó jamás tanto esfuerzo físico a su trabajo. Pero Edison era también un estudioso. Otro de sus colegas escribió: “Entré en su estudio una noche y allí estaba, sentado junto a una pila de libros que medía un metro y medio. Los había encargado a Nueva York, Londres y París. Los estudiaba noche y día. Comía en su escritorio y dormía en una silla. En seis semanas había leído los libros, escrito un tomo de extractos, llevado a cabo 2.000 experimentos […] y llegado a una solución, la única que le permitiría hacer lo que él quería”.[785]

En Menlo Park, un apeadero de Nueva Jersey, Edison instaló el primer laboratorio auténticamente industrial del mundo, e incrementó el número de sus ayudantes de trece a cincuenta; solía obligarlos a trabajar sin parar, con apenas de cuatro a seis horas para dormir debajo de la mesa, igual que él. El poder de los sindicatos, por no mencionar las regulaciones laborales, habría hecho imposible la producción de Edison. Lo cierto es que explotaba a sus hombres despiadadamente, y ellos no tenían otra forma de evitar esa explotación que yéndose. Unos cuantos renunciaron; muchos se quedaron a trabajar con él y progresaron enormemente, a la par de su jefe. La calidad y la importancia de los miles de inventos de Edison son muy variadas. Le re-

sultó fácil dar con el fonógrafo eléctrico o gramófono (1877). La lámpara incandescente fue un triunfo del duro e incesante trabajo experimental, y en el proceso de su creación Edison descubrió sin proponérselo un "rectificador" que transformaba la corriente alterna en corriente continua, lo que por lo tanto hizo posible la aparición de un artefacto destinado a recibir señales telegráficas y fue el precursor del tubo de vacío en las transmisiones radiales. Éste fue el descubrimiento puramente científico más importante de Edison. Pero dedicó su mayor esfuerzo a los sistemas de iluminación eléctrica, desde la generación de energía hasta la bombilla. Entre 1881 y 1882 construyó en la ciudad de Nueva York la primera planta distribuidora de energía eléctrica de la historia. Esto, a su vez, hizo posible que se extendiera el uso de electricidad en el centro de Manhattan, y su colaboración con Tiffany dio como resultado el diseño y la decoración del primer teatro con iluminación eléctrica de Nueva York y, de hecho, del mundo.[786]

El socio de Edison en este proyecto era un hombre tan original como él, que llevó las fronteras de la estética a los límites de la tecnología disponible. Si Edison era un científico con dotes artísticas, Tiffany era un artista con dotes para la ciencia. Su padre, Charles Lewis Tiffany, era el hijo de un próspero fabricante textil, y su antepasado norteamericano había sido Squire Humphrey Tiffany, que se estableció en la bahía de Massachusetts en 1660. En 1837, a los veinticinco años, Charles Tiffany entró en el negocio de la joyería gracias a un préstamo de 1.000 dólares, y en treinta años hizo que su firma (era un maestro de las ventas) afuera la más rentable de su tipo en el mundo; vendía jade, cristal veneciano, marfil indio, piezas chinas, y, sobre todo, diamantes. Hizo un gran negocio por poco dinero en 1848, el "año de las revoluciones", cuando el precio de los diamantes en Europa se redujo a la mitad, lo que le permitió abastecerse de ellos para satisfacer la inevitable recuperación posterior de la de-

manda. Compró y vendió los famosos diamantes Esterhazy, compró y desmontó las joyas de María Antonieta, vendió una gran cantidad de piedras preciosas a Napoleón III y a la emperatriz Eugenia y luego, cuando su precio bajó, las volvió a comprar y vendió el monstruoso collar de Eugenia —tenía 222 diamantes en cuatro ristras— a la esposa del magnate de la prensa Joseph Pulitzer. Compró piedras preciosas por valor de 1,6 millones de dólares a la destituida reina Isabel de España y se las vendió a la esposa de Leland Stanford, de California. En 1877, en un sorprendente negocio, adquirió por 18.000 libras una piedra preciosa sudafricana que pesaba 128,51 quilates y la llamó "diamante Tiffany". Producía plata de la más alta calidad, trabajada en su taller por 500 artesanos expertos. De hecho, Tiffany impuso nuevos patrones para objetos de arte contemporáneos que rivalizaban con los de París y con los de San Petersburgo. El enorme Atlas tallado en madera que había en la puerta de Tiffany & Co sostenía (y todavía sostiene) un reloj que se detuvo el 15 de abril de 1865 a las 7:22, el momento preciso en que murió Lincoln, un gesto apropiado ya que Charles Tiffany debía mucho a ese presidente. No sólo le había vendido las perlas que la señora de Lincoln había lucido en la ceremonia de toma de posesión, sino que además había obtenido la concesión para proveer a las Fuerzas Armadas de la Unión de espadas, charreteras, insignias y adornos para las gorras (sólo Ohio compró 20.000 adornos para gorras de primera calidad), y Tiffany Co obtuvo ganancias importantes incluso para los estándares norteamericanos.[787]

Louis Comfort Tiffany, nacido en 1848, estudió pintura con el excéntrico maestro norteamericano George Innes (1825-1894) y, a la edad de veinte años, viajó a Europa para ampliar su formación. En Londres se relacionó con otro pintor norteamericano mayúsculo, James McNeill Whistler (1834-1903), a quien pudo ver trabajar en su deslumbrante Peacock Room. Es-

tudió con Arthur Lazenby Liberty, fundador en 1875 de la imponente tienda de ropa y telas Liberty's, y se unió al Movimiento de las Artes y las Artesanías. En París se vinculó con los artistas que ya por entonces estaban creando el movimiento conocido como *Art Nouveau* (el término fue acuñado en 1881 por Octave Maus y Edmond Picard y al principio se aplicaba sólo a los pintores). De regreso en Norteamérica asistió a la Exposición del Centenario de Filadelfia, en 1876, y allí conoció al recamador Candace Wheeler y al diseñador textil Samuel Coleman: de inmediato formó Tiffany y Artistas Asociados, para lo que aportó capital de su propio bolsillo y convirtió en socios a Wheeler y a Coleman. La especialidad de Tiffany era básicamente el vidrio de colores. De hecho su adaptación del vidrio opalescente para que se pudiera utilizar en ventanas fue "una de las mayores contribuciones al repertorio de los vidrios de colores desde la Edad Media".[788] Los espléndidos ventanales que diseñó e instaló son su aportación más importante al arte mundial, pero recurrió a técnicas opalinas, y a muchas otras, para crear además una amplia gama de objetos de vidrio, producidos con el mayor rigor artesanal y cuyos precios eran desalentadoramente altos incluso en esos días: en 1906 tasó en 750 dólares una lámpara de mesa en un momento en que se podía comprar una casa de seis habitaciones de Sears, Roebuck, por menos de 1.000 dólares.[789]

Lo que unía a Edison y a Tiffany era una meta en común: la búsqueda, amplificación y glorificación de la luz. Tiffany diseñó algunas de las decoraciones más notables que se hayan creado jamás al oeste del Atlántico, entre las que se destacan el famoso Salón de los Veteranos, que servía como sala de prácticas del Séptimo Regimiento, la casa de George Kemp en la Quinta Avenida, y la encantadora casa de Mark Twain en Hartford, Connecticut. Redecoró la casa de Ogden Goelt en la intersección de la calle 59 con la Quinta Avenida por él precio de

50.000 dólares, un récord en ese entonces, y sus honorarios fueron aún más altos en el caso de la mansión Vanderbilt, en la calle 58 y la Quinta Avenida. Cuando Chester Arthur se mudó a la Casa Blanca se desprendió de una cantidad enorme de muebles (ocuparon veinticuatro carros de mudanza tirados por caballos) y encargó a Tiffany que volviera a diseñar los salones de los estados, incluyendo apliques de mosaicos de vidrio en el Salón Azul y un ventanal de vidrio que abarcaba toda una pared del salón comedor.[790] Pero la principal preocupación de Tiffany fue siempre la presentación por medio del vidrio de nuevas formas de luz pura o de colores. Tuvo la suerte de comenzar a trabajar con vidrio de colores en un momento en el que en Estados Unidos se estaban construyendo más de 4.000 nuevas iglesias, de las cuales la mayoría pedían a gritos cristaleras.

Edison y Tiffany trabajaron juntos en el equipamiento del nuevo teatro Lyceum, no sólo utilizando apliques eléctricos en toda la sala sino también las primeras candilejas eléctricas. Esta innovación de 1885, la envidia de los empresarios teatrales europeos, marcó el punto en que Broadway se convirtió en uno de los máximos exponentes del teatro y el espectáculo. Durante la segunda mitad del siglo XIX Norteamérica fue convirtiéndose lentamente no sólo en una dé las grandes capitales del teatro sino también, y en mayor medida, de la música. Hasta 1842, cuando la fundación de la Sociedad Filarmónica (la más antigua del mundo después de las de Viena y Londres) marcó el comienzo de la era del profesionalismo, en Nueva York no había más que música coral. El 20 de mayo de 1846 se interpretó por primera vez en Norteamérica la sinfonía Coral de Beethoven por iniciativa de la Filarmónica, que pronto incluyó entre sus miembros honorarios a Mendelssohn, Jenny Lind, Liszt y Wagner. El primer edificio de la Ópera Metropolitana abrió sus puertas el 22 de octubre de 1883; tenía 3.615 butacas, y esa noche se interpretó el *Fausto* de Gounod. Al igual que el Museo

Metropolitano, se convirtió desde su inauguración en un centro que atraía mucho dinero y en el mejor modo de entrar en la alta sociedad, cosa que sólo las donaciones cuantiosas aseguraban. En 1892 la señora Thurber, fundadora del Conservatorio Nacional de Música de Nueva York, tuvo la brillante idea de nombrar director de la institución por un período de tres años a Antonin Dvorák, profesor de composición del Conservatorio de Praga. El esplendor de Norteamérica y de su floreciente comunidad checa inspiró a Dvorák, quien compuso allí dos de sus obras más importantes, su Concierto para violonchelo opus 104, y su Sinfonía en mi menor opus 85, conocida como del Nuevo Mundo. Esta gran sinfonía fue estrenada por la orquesta de la Sociedad Filarmónica de Nueva York el 16 de diciembre de 1893. Este año, muy importante para la música, fue testigo de las primeras representaciones de *Falstaff* de Verdi, de la sinfonía *Patética* de Tchaikowski, de *Manon Lescaut* de Puccini, y de la suite *Karelia*, de un nuevo genio de Finlandia, Ian Sibelius. Pero la sinfonía del Nuevo Mundo las aventajaba a todas, y el hecho de que hubiese sido escrita e interpretada por primera vez en Norteamérica, y de que celebrara su inmensidad, su alegría y sus promesas, marcó la mayoría de edad de la música norteamericana.[791]

El mundo, e incluso los mismos norteamericanos, han tardado en comprender el hecho de que Estados Unidos, gracias a una extraordinaria combinación de riqueza creada por ellos mismos y de talento innato, en la segunda mitad del siglo XIX se había convertido ya en una nación culturalmente muy importante. La falta de reconocimiento ha sido en particular notable en el campo de la pintura. A partir de la década de 1820 surgió una escuela de paisajistas de características inéditas. El innovador fue en este caso Thomas Cole (1801-1848), que llegó a

Norteamérica en 1819 proveniente de Lancashire, Inglaterra, y fundó lo que se conocería con el nombre de Escuela del Hudson. Cole fue el primer pintor que apreció la inmensidad de las oportunidades que ofrecían la escala y la variedad del paisaje norteamericano. En 1826 creó la primera obra maestra de la pintura paisajística norteamericana, *The Falls of Kaaterskill* (Los rápidos de Kaaterskill), que actualmente se encuentra en Tuscaloosa, y el año siguiente *The Clove, Catskills*, actualmente en New Britain, Connecticut, que marcó la pauta de lo que se podía hacer. Su obra *The Oxbow* (El meandro) de 1836, se convirtió en un emblema artístico de la topografía norteamericana, y sería una fuente de inspiración para todos los pintores jóvenes del país. Al año siguiente Cole comenzó su gran serie *The Course of Empire* (El curso del imperio), que actualmente se encuentra en el museo Corcoran, el primer auténtico intento de lograr imágenes monumentales al mejor estilo europeo.[792]

Fue el gran discípulo de Cole, Frederick Edwin Church (1826-1900), quien logró la máxima expresión del estilo de la Escuela del Hudson. Había conocido a Constable y a Turner y había estudiado con ellos durante su estancia en Londres en 1829, lo que lo convirtió en el sucesor de Cole, que reconoció su talento y su imaginación desde un comienzo y lo llamó "el pintor poeta". Pero Church, por su parte, aprobaba la descripción que hizo de él el crítico Henry Tuckeriman, que lo llamó "el pintor de la elocuencia científica". No sólo captó la inmensidad del paisaje de Norteamérica y la variedad y la inclemencia de su clima, sino que además las estudió con una concentración científica típicamente norteamericana. Cole hizo conocer a Church el trabajo del eminente geólogo Benjamin Silliman (1779-1864), y adquirió el hábito de dibujar literalmente decenas de miles de bosquejos sobre temas relacionados con la atmósfera, la geología, el clima y la topografía, que de hecho constituyeron un inmenso archivo de conocimiento visual de

los escenarios naturales de Norteamérica.[793] Ningún otro pintor realizó bocetos con tan sutiles diferencias de textura y forma, aunque Jasper Cropsey se le acercó bastante. Church estudió minuciosamente *Líber Studiorum* de Turner, *Modern Painters* de Ruskin, la obra de Alexander Humboldt y una amplia gama de otros trabajos científicos, y preparó compendios a la manera de Edison con sus libros de química.[794] Y tomando como base este conocimiento desarrolló una coordinación de la mente, el ojo y la mano que muy pocas veces ha sido igualada.

Church ya era un pintor maduro y de éxito a la edad de veintidós años, cuando montó un estudio en Nueva York y tomó a su primer alumno (1848). Veía el hemisferio americano como un todo, y al igual que un creciente número de pintores norteamericanos explotó Latinoamérica en busca de temas.[795] En 1853 visitó Ecuador y Colombia y las pinturas que expuso a su regreso lo hicieron famoso. Fue entonces cuando decidió dedicarse al espectáculo más imponente de la topografía norteamericana: las cataratas del Niágara. Este tópico no tenía nada de original (de hecho era la vista topográfica más común en el hemisferio) y habla muy bien del esmero y el talento de Church el hecho de que haya podido crear a partir de este tema tan trillado una de las obras más gloriosas de la pintura del siglo XIX. Escogió con gran tino pintar las cataratas desde el ángulo de Canadá; realizó seis visitas prolongadas al lugar, hizo cientos de dibujos y veintiún bocetos al óleo de gran tamaño. La pintura definitiva, de dos metros y medio de ancho, le supuso seis semanas de trabajo y fue la atracción principal de una exposición realizada el 1 de mayo de 1857 en Manhattan por los señores Williams y Stevens. Resultó ser la pintura de más éxito, con diferencia, de la historia de Estados Unidos, y más tarde recorrió los museos de Europa. Ruskin la celebró como la obra que representaba "la mayoría de edad de la pintura norteamericana". Esta pintura, que se encuentra actualmente en el museo Corco-

ran, procuró a Church y a toda la Escuela del Hudson una gran reputación en el mundo entero.[796]

Church no fue el único maestro del paisaje. Albert Bierstadt (1830-1902), que llegó a Norteamérica proveniente de Alemania cuando era un niño (su padre fabricaba toneles en New Bedford, Massachusetts), fue otro aplicado artesano que escogió como fuente de inspiración, a diferencia de Church, el corazón de las Rocosas, y también el primer artista en dar a conocer al sofisticado público de la costa este el paisaje agreste y majestuoso del oeste montañoso. Viajó al lugar en 1859, luego en 1863 y en 1871-1873. Su primera gran pintura, del mismo tamaño que *Heart*, de Church, *Landers Peak* (de 1863, que actualmente se encuentra en el Metropolitan), casi le cuesta la vida en dos ocasiones: fue atacado por los indios y, más tarde, llegó a estar tan enfrascado en la obra que no advirtió que se le habían acabado las provisiones y casi muere de hambre.

Church y Bierstadt mostraron con gran detalle los recursos naturales de Norteamérica, lo que dio un poderoso impulso al movimiento que proponía que algunos de ellos fueran declarados patrimonio nacional, en un momento en que el Gobierno federal estaba vendiendo tierras por poco dinero, o incluso regalándolas, a razón de millones de hectáreas por año. Uno de los cuadros más notables de Bierstadt fue *The Great Trees, Maripose Grove*, un paisaje californiano (pintado entre 1871 y 1873 y expuesto en 1876). Esta arboleda, la más grande del mundo, fue descubierta en 1833 y quienes leían los informes no podían creer que tuviera las dimensiones que en ellos se describían. Bierstadt la vio por primera vez en 1863, y él y otras personas lograron convencer a Lincoln de que declarara Maripose Grove patrimonio nacional en 1864, mientras tenía lugar una espantosa guerra, y ocho años antes de la creación del primer parque nacional. De sus árboles, 132 fueron medidos y tenían más de 30 metros de diámetro, una corteza de 30 centímetros de espe-

sor y su altura llegaba casi hasta los 110 metros. Bierstadt escogió para su pintura un cedro llamado el *Oso Pardo Gigante*, de tres metros y medio de alto. En la actualidad es el *Sequoiadendrum giganteum* vivo más antiguo del mundo y aún se lo puede ver en Maripose Grove. Como resultado de los esfuerzos de Bierstadt, estas secuoyas gigantes se convirtieron en el centro de un parque nacional de 156.000 hectáreas creado en 1890 en Sierra Nevada, al pie del monte Whitney, de más de 4.400 metros de alto, en su límite oriental. Fue el tercero de los parques nacionales después del Yellowstone de Wyoming, creado en 1872, y el del Yosemite, creado en 1890, que Bierstadt también había explorado y retratado.[797]

La fama de Church, al igual que la de Bierstadt, decayó al comenzar el siglo XX. Como Bierstadt, Church construyó una casa con vistas sobre el río Hudson, cerca de donde había hecho sus primeros estudios paisajísticos con Cole. En 1867 compró la cima de una colina que tenía una de las vistas panorámicas más espectaculares dé todo el valle del Hudson, y entre 1870 y 1872, con la ayuda de un arquitecto profesional, diseñó y construyó, y más tarde decoró (para lo cual usó quince cajones de embalaje llenos de alfombras, armaduras, lanzas y cerámicas que había comprado en sus viajes por el mundo) una ecléctica casa llamada Olana, con un estilo en parte sarraceno, en parte morisco y con un toque persa.

Church era apuesto y apolíneo, y su esposa era menuda pero exquisita, y cuando esta pareja celestial aparecía en la Ópera el público aplaudía de pie. Curiosamente, Church se mudó al valle del Hudson para escapar del asedio que su celebridad despertaba en la ciudad en el preciso momento en que su fama comenzó a caer precipitadamente, aunque por suerte para él no vivió lo suficiente para presenciar su propio ocaso.

Louis Tiffany no tuvo tanta suerte. Vivió hasta 1933, pero su momento de máximo esplendor había sido durante la Exposi-

ción de *Art Nouveau*, en 1900. Después, su reputación decayó con el advenimiento del Movimiento Modernista de París fauves, posimpresionistas, cubistas y otras tendencias). Cuando Theodore Roosevelt, su vecino en bahía Oyster, que lo odiaba porque se decía que Tiffany llevaba "una vida libertina", ocupó la Casa Blanca, ordenó a su arquitecto, Charles F. McKim, que "hiciera añicos ese ventanal Tiffany" y, sin dar oportunidad al diseñador de comprar su creación, lo echó al cubo de la basura. El vidrio de colores que Tiffany había hecho colocar en la catedral de San Juan el Divino fue desmontado deliberadamente por el arquitecto Ralph Adam Cram. La casa de su padre, en la avenida Madison, que él había decorado exquisitamente, fue destruida y, después de su muerte, comenzó la verdadera devastación. Se remataron sus existencias a precio vil, se arrasó con su mansión de la calle 72, donde se encontraban muchas de sus obras maestras (1938), y prácticamente se regalaron todos los objetos que diseñó y reunió con dedicación en Laurelton Hall, que a su vez se incendió en 1958. Llegado ese punto, casi en el momento justo, volvió a ganar reputación, y una lámpara Tiffany que en 1906 valía 750 dólares y era considerada entonces extremadamente costosa se remató a fines de la década de 1990 por valor de 1.500.000 dólares.[798]

Nos hemos ocupado con cierto detalle de los logros culturales de Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX porque es necesario enfatizar la madurez de la cultura norteamericana y, en la misma medida, porque este aspecto escapó a la atención, o fue ignorado o subestimado deliberadamente por observadores de esa época como Henry James. Aunque la historiografía popular ha llamado a esta época la "era de los 'barones ladrones'" y ha deplorado su grosero materialismo, los hechos no confirman este punto de vista, ya que muestran un panorama de progreso general que compartieron todas las clases sociales y en el que había abundantes muestras de todos los intereses

intelectuales y culturales, un panorama, de hecho, marcado a fuego por la aparición de genios intrínsecamente norteamericanos.

Aunque los millonarios norteamericanos de la Edad de Oro gastaban su dinero ostentosamente, lo hacían por diversos motivos, entre ellos la satisfacción personal, la arrogancia competitiva, el interés público y el deseo consciente de ejercer un liderazgo cultural, y por *noblesse oblige*, como lo habían hecho los duques italianos del Renacimiento, los nobles franceses e ingleses del siglo XVIII y, de hecho, como los propios Washington y Jefferson.

Entre 1880 y 1920 se construyeron en Estados Unidos más casas de campo que en cualquier otro momento de la historia. Había cientos de ellas en Long Island (en la década de 1920, por lo menos treinta millonarios viajaban a diario en velero desde allí a Wall Street), docenas en el Hudson y en la zona norte de Nueva Jersey y cientos más en la costa norte de Boston, en el Lake Forest de Chicago, a lo largo de la Main Line de Filadelfia, en el valle Chagrín de Cleveland y en las cumbres Sewicky, en las cercanías de Pittsburgh, por mencionar apenas unos pocos guetos de los adinerados.[799] El magnate del caucho Harvey S. Firestone se preguntaba: "¿Cuál es la razón por la que un hombre, apenas consigue el dinero suficiente, construye una casa mucho más grande de lo que necesita? Yo construí en Akron una casa que supera con creces mis posibilidades de disfrutarla, y tengo otra en Miami Beach que también excede mis necesidades. No sé por qué lo he hecho; las casas son sólo una carga. Pero lo he hecho y aquellos de mis amigos que han llegado a ser ricos han hecho lo mismo". En realidad, la respuesta a la retórica pregunta de Firestone es que sentía que debía competir con su rival, Frank A. Seiberling, presidente de la compañía de neumáticos Good Year.

El sociólogo de Chicago Thorstein Bunde Veblen (1857-1929) analizó en 1899 esta ostentación de riqueza en su libro *The Theory of a Leisure Class* (Teoría de la clase ociosa). Se refirió allí a una necesidad de "consumo ostentoso". Pero la abrumadora mayoría de los hombres que construyeron estas casas no eran ociosos; eran fanáticos del trabajo que no podían detenerse por más riquezas que hubiesen acumulado. Y, al estar congénitamente ligadas al experimento norteamericano de progreso y mejora, las casas que construyeron solían promover, tanto por su construcción como por su funcionalidad, la causa de la alta tecnología. En Baltimore, por ejemplo, había una lavandería de ultima generación en la que las sábanas se deslizaban dentro de cámaras térmicas que las sometían a un secado rápido, dispositivo que después fue explotado comercialmente.[800]

Detrás de esta mecanización estaba el deseo (quizá sea más apropiado decir la compulsión) de los norteamericanos ricos de ahorrar mano de obra. En 1890 había 1.216.000 sirvientes en Estados Unidos. Diez años más tarde, aunque la población había aumentado un 20,7 por ciento y el país era quizás el doble de rico, esta cifra había aumentado apenas (1.283.000). Para decirlo de otro modo, en 1880 el porcentaje de norteamericanos remunerados como empleados domésticos era de 8,4, en tanto que hacia 1920 se había reducido al 4,5 por ciento.[801]

Uno de los factores de esta disminución del número de sirvientes fue su alto coste salarial. Más importantes fueron la mecanización y la modernización. Si tomamos como ejemplo sólo el cuarto de baño, hubo, entre 1870 y 1914, una completa transformación en la que, por lo general, Norteamérica se mantuvo siempre adelantada en términos de décadas con Respecto al resto del mundo. Los avances más importantes fueron: el desarrollo desde 1875 en adelante del sistema de cañerías que permitía la limpieza inmediata de los retretes; la introducción de bañeras, lavabos y retretes de porcelana (en sustitución del hie-

rro), que la fábrica Mort produjo entre 1895 y 1900; la construcción de los cuartos de baño anexos a los dormitorios, y las múltiples mejoras realizadas en el campo de la fontanería y los sistemas de cloacas.[802] La disminución de la servidumbre fue aún más espectacular en las cocinas, los depósitos, los lavaderos y la limpieza de las casas. Hacia 1914 los sirvientes que trabajaban en las casas de los norteamericanos ricos prácticamente habían dejado de ser esclavos, cosa que no ocurriría en Europa sino hasta la siguiente generación.

Más importantes, sin embargo, fueron la rapidez y la eficacia con que los lujos fomentados por los ricos se convirtieron en necesidades básicas gracias al proceso de producción y venta masivos, dos terrenos en los que Norteamérica implantó nuevas pautas.

La firma de ventas por correo Sears Roebuck fue una de las mayores benefactoras de la humanidad en el siglo XIX, ya que sus productos estaban dirigidos al que quizás era su sector más explotado: el de las esposas de los granjeros. Produjo una enorme gama de bienes de fácil obtención para los hogares y comunidades aislados que no tenían buenas tiendas a su alcance, y se especializó en productos como cocinas, arados y máquinas de lavar eficaces, que requerían poco o ningún mantenimiento y duraban mucho tiempo (no obstante, eran baratos). Richard Warren Sears (1863-1914), hijo de un granjero de Minnesota que trabajó en los ferrocarriles, ganó 5.000 dólares con la venta de relojes al por mayor. Lo que más llamó su atención fue el poder de venta, y por lo tanto el poder de creación de riqueza, de los productos baratos. En 1886 fundó la Compañía de Venta de Relojes por Correo R. W. Sears, en Minneapolis, y tres años más tarde la vendió por la suma de 100.000 dólares. Hacia 1891 había puesto en marcha lo que se convertiría en Sears Roebuck, que representó la conquista de la geografía por medio

del sistema postal (al que de paso ayudó enormemente) y convirtió todo el territorio de la nación en un gran mercado.

Sears empezó vendiendo relojes, después se dedicó a todo tipo de productos y permaneció "fiel a su creencia de que el argumento más atrayente para el consumidor medio era que el precio de las mercancías fuera excepcionalmente bajo".[803] La explotación firme y sistemática de la capacidad del régimen capitalista de rebajar los precios y al mismo tiempo ahorrar trabajo agobiante fue la razón por la que F. D. Roosevelt, cuando le preguntaron qué libro daría a leer a un comunista ruso, respondió: "El catálogo de Sears Roebuck".[804]

Otra mejora fundamental para la vida cotidiana en la que Sears desempeñó un papel destacado fue la refrigeración, un asunto importante en un país en el que las altas temperaturas y la humedad eran un problema anual y un riesgo para la salud. El abastecimiento masivo de hielo a los mercados urbanos se remonta a la década de 1820 en Massachussets. Se evitaba que se derritiera por medio de un envoltorio de paja. Un granjero de Maryland, Thomas Moore, inventó un refrigerador para poder llevar la mantequilla al mercado. Consistía en una tina ovalada de cedro con un contenedor de metal rodeado de hielo. Por supuesto, no se trataba de una nevera como las de hoy en día. Las máquinas para fabricar hielo se patentaron en Norteamérica en la década de 1830 y ya eran numerosas dos décadas más tarde; su capacidad de refrigeración dependía de la expansión del aire comprimido o de la evaporación de líquidos muy volátiles, como el amoniaco licuado. Pero sólo una vez finalizada la guerra civil el mercado del hielo empezó a despegar. Así, en 1856, en Nueva York se usaron 100.000 toneladas de hielo, en Boston 85.000 y en Nueva Orleans 24.000. En el año que transcurrió a partir del 1 de octubre de 1897 se usaron en Nueva York 1.000.000 de toneladas de hielo, en Chicago 575.000, en Brooklyn y Filadelfia más de 300.000, en Cincinnati y San Luis

más de 200.000, y el consumo total ascendió a alrededor de 5.250.000 toneladas. Cerca de la mitad de esta cifra correspondió al consumo doméstico. La demanda de hielo se triplicó entre 1880 y 1905. Pero los inviernos cálidos de la década de 1890 provocaron escasez. Hacia 1889 sólo en el Sur había 165 plantas productoras de hielo. Todo esto creó una enorme demanda de maquinaria, tanto para la fabricación de hielo cómo para abastecer a las industrias que trabajan con bajas temperaturas; hacia 1910 más de 2.000 plantas en todo el país usaban motores de vapor alimentados con carbón para fabricar hielo.

Sears aprovechó esta expansión de la industria para introducirse en el mercado de los refrigeradores baratos. Ya en su catálogo de 1897 dedicó dos páginas a las refrigeradoras. Pero el sistema no era satisfactorio, porque requería la distribución de hielo a domicilió. En 1914, una compañía de Detroit, Kelvinator, empezó a experimentar a fin de producir un verdadero refrigerador basado en un dispositivo de control automático que mantenía una temperatura constante, y en 1918 lanzó al mercado su primer modelo. General Motors lo compró y lo vendió con el nombre de Frigidaire, y con el tiempo comenzó a fabricarlo en una planta enorme, diseñada especialmente al efecto, en la ciudad de Mortaine, a seis kilómetros al sur de Dayton, Ohio. En 1920 se vendieron 10.000 unidades del refrigerador Frigidaire al precio de 600 dólares cada una y, en 1928, 560.000 a un precio medio de 334 dólares: un típico ejemplo de cómo la producción masiva hacía bajar los precios. Hacia 1939 Sears vendió cerca de 300.000 de sus modelos especiales al irrisorio precio de 131 dólares la unidad.[805]

La función del sistema político no era alentar este proceso de libre mercado sino permitirlo, acelerarlo y eliminar los obstáculos naturales o producidos por el hombre. Debía permitirse al

barco del Estado navegar río abajo gracias al impulso de una poderosa corriente de innovación y progreso, y la única obligación del Gobierno era recurrir ocasionalmente a un remo para evitar que el barco encallara. Podía haber derrumbes bursátiles y depresión, pero, como dijo Carnegie, los inteligentes y los creativos podían convertirlos en bendiciones disfrazadas, siempre y cuando no se prolongaran demasiado y desmoralizaran al pueblo. Por lo tanto Grover Cleveland, en su primer período presidencial, entre 1885 y 1889, continuó la política republicana de aranceles aduaneros altos y moneda fuerte, y se conformó con mejorar la calidad de la Administración Pública restringiendo el sistema de sinecuras. Era discutible si los aranceles aduaneros altos, que impedían a los norteamericanos acceder a productos de importación baratos, pero a la vez permitían a la industria norteamericana florecer e introducir productos baratos en el mercado interno en expansión, representaban o no un beneficio para el grueso de la población. Cleveland se inclinaba a pensar que sí, pero en las elecciones de 1888, cuando se presentó para un segundo mandato, cedió ante la presión de los partidarios republicanos del Sur demócrata y defendió la reducción de los aranceles aduaneros. Probablemente haya sido ésta la razón por la que resultó derrotado en Nueva York, su basé de poder y el más grande de los estados decisivos.

El oponente republicano de Cleveland, Benjamin Harrison (1833-1901), un abogado de empresas y senador por Ohio, nieto del presidente William Harrison, fue el vencedor de las elecciones por una razón elemental pero comprensible: era el "menos ofensivo" de los candidatos. Eso le permitió ganar en Nueva York, de modo que, aunque Cleveland consiguió 5.540.050 votos contra sus 5.444.337, él obtuvo 233 votos en el colegio electoral contra los 168 de Cleveland. En consecuencia, se impusieron el republicanismo y los aranceles aduaneros altos.[806] La Ley McKinley identificó de una vez y para siempre

a los republicanos con el proteccionismo, aunque resultaba menos estricta para algunos exportadores norteamericanos ya que contenía ingeniosos artículos de reciprocidad. Pero al parecer la principal preocupación del Gobierno era la de asegurar el acceso a las delicias del poder a los partidarios y los hombres de la maquinaria política republicana, liderados por el jefe del partido, James G. Blaine (1830-1893), que se convirtió en el secretario de Estado de Harrison, y por el presidente de la Cámara de Representantes, Thomas Brackett el *Zar* Reed (1832-1902). El Zar era un hombre muy respetado por sus colegas, y fue el responsable de las Leyes Reed (14 de febrero de 1890), que otorgaban al presidente de la cámara la facultad de acelerar la aprobación de las leyes que contaban con el apoyo del partido mayoritario. Pero ni él ni Blaine eran demasiado apreciados por los votantes, y su impopularidad terminó por perjudicar al inofensivo (y probablemente honesto) Harrison cuando volvió a presentarse en 1892. Esta vez Cleveland lo derrotó en forma aplastante por 5.554.414 votos contra 5.190.801, a pesar de que intervino un candidato populista que probablemente les quitó votos a los demócratas, y ganó en el colegio electoral por la abrumadora diferencia de 277 a 145 votos.[807]

Cleveland fue el mejor presidente entre Lincoln y Theodore Roosevelt, un hombre con carácter, firmeza y probidad. Pero la mala suerte lo acosó, en especial el hundimiento bursátil de 1893, que a su vez hizo que se aprobara el arancel aduanero de Wilson-Groman, de 1894, a pesar de que él lo vetó.

No todos los norteamericanos disfrutaron de la prosperidad general de estas décadas, por lo menos no la mayoría. Muchos granjeros sentían que habían quedado al margen de esta prosperidad, o eso decían. Algunos sentían temor por el aumento de la concentración de la riqueza en Estados Unidos y por el poder que ésta otorgaba a las gigantescas corporaciones. En Europa, en especial durante la década de 1880, el socialismo, tanto el

marxista como sus versiones más moderadas, comenzó a atraer a los trabajadores, en especial a los organizados en sindicatos. En Alemania, los socialistas habían adquirido el poder suficiente para que el canciller Otto von Bismarck accediera a concederles los elementos legislativos necesarios para imponer un estado benefactor a cambio de que apoyaran su militarismo y su nacionalismo. Pero en Estados Unidos nunca pudo dejar de ser un movimiento marginal en el plano político. Un Partido por la Reforma Laboral presentó un candidato presidencial a las elecciones de 1872. Dos años después el descontento de los granjeros de las llanuras y los estados del Sur, que habían contraído deudas después del derrumbe bursátil de 1873, dio lugar a la creación de otra organización, el Partido del Dólar Nacional (*National Greenback*). En su campaña apoyó deliberadamente la inflación y la revocación dé la Ley de Convertibilidad de 1875, que establecía la convertibilidad del papel moneda en oro. Estos esfuerzos por inundar Norteamérica con billetes procuraron a su candidato, Peter Cooper, 81.000 votos en 1876. El recrudecimiento de los conflictos laborales trajo como consecuencia una coalición entre el Partido por la Reforma Laboral y el Partido del Dólar Nacional, que juntos obtuvieron más de un millón de votos en las elecciones legislativas de 1878. Pero en las elecciones presidenciales de 1880, su candidato, James B. Weaver, apenas logró 300.000 votos y el movimiento se desintegró.

En 1888 surgió otra organización afín al socialismo, el Partido de los Trabajadores Unidos; y al año siguiente grupos escindidos del Partido Demócrata, que tenían entre sus miembros a cuatro senadores y a más de cincuenta congresistas, comenzaron a discutir la creación de un tercer partido. Con el tiempo este partido organizó una convención nacional en Omaha, en 1892, bajo la bandera del Partido del Pueblo y el liderazgo de Ignatius Donnelly (1831-1901), un espléndido orador de Min-

nesota y escritor de obras de ficción utópica y de excéntricos panfletos en los que probaba que las obras de Shakespeare habían sido escritas en realidad por Francis Bacon. Volvió a presentar para la presidencia al viejo Weaver, que esta vez obtuvo más de un millón de votos y resultó triunfador en cuatro estados de las altas planicies. Pero cuando se llevó a cabo la siguiente elección, en 1896, Bryan se había apropiado de la maquinaria demócrata e incorporó gran parte de la plataforma de los populistas, por lo que éstos lo apoyaron y, de hecho, se disolvieron. Lo cierto es que algunas de sus políticas fueron adoptadas por uno u otro de los dos partidos más grandes, y el destino de los numerosos terceros partidos de Norteamérica es, al parecer, el de ser meramente efímeros, o el de ser canibalizados o plagiados. En 1898, Eugen Debs y Victor Berger formaron el Partido Social Demócrata (más tarde rebautizado con el nombre de Partido Socialista). Debs se presentó en 1912 y obtuvo 900.000 votos; en 1920 volvió a presentarse y obtuvo unos pocos votos más, 918.000. De allí en adelante la tendencia de los socialistas fue a dejarse absorber por el Partido Demócrata.[808]

Los líderes de los trabajadores, la izquierda y los progresistas, Debs incluido, carecían de un marco ideológico sólido que se adaptara a la escena política norteamericana. El único hombre que pudo brindar este marco, y hasta cierto punto lo logró, Henry George (1839-1897), planteaba una solución política única y, por lo tanto, nunca despertó el interés popular necesario para ganar las elecciones en una democracia gigantesca. A los dieciséis años se escapó de la casa de su devota familia en Filadelfia y se embarcó como marinero. El barco hizo escala en Calcuta y fue allí (no en Estados Unidos) donde él inmenso contraste entre la riqueza y la miseria indignó a George. Esta impresión, reforzada por la experiencia que había adquirido trabajando en Norteamérica como impresor y periodista, derivó con el tiempo en *Progress and Poverty* (El progreso y la pobreza),

de 1879, uno de los pocos libros de economía de la historia que gozó de popularidad por sus propios méritos. George se asombraba, como tantos otros, ante la misteriosa convivencia de la riqueza más abrumadora y la miseria más extrema, y hacía conjeturas acerca de cómo se podían resolver las flagrantes irregularidades de la condición humana. Pero la solución que propuso, cobrar sólo un impuesto a la tierra para que el pueblo recuperara lo que él llamaba las "ganancias inmerecidas" que rendía la propiedad del suelo, nunca funcionó en la práctica, aunque más tarde inspiraría tasas impositivas marginales tremendamente altas a los ingresos provenientes de las inversiones inmobiliarias, que se siguieron aplicando en muchos países occidentales hasta la década de 1980.[809]

Sin embargo, Henry George tenía razón cuando desafiaba el punto de vista dominante en esos días, según el cual el progreso continuaría indefinidamente "hacia delante y hacia arriba", y cuando insistía en que la propiedad de la tierra y la ocupación humana del planeta en general, no eran otra cosa que un fideicomiso y, en consecuencia, el hombre debía asumir ciertas responsabilidades al respecto. Si los propietarios no se comportaban de acuerdo con un sentido de justiciá social, el Estado debía guiarlos y, de ser necesario, obligarlos, a seguir esa línea de conducta. Según George, ésta era la única alternativa a las demandas de un socialismo cabal. Henry George, junto a escritores populares como Henry Demarest Lloyd (1847-1903), popularizó el término "monopolio" como arquetipo de todo lo que funcionaba mal en el sistema capitalista liberal norteamericano. Según su punto de vista, el Estado, en lugar de facilitar la aparición de monopolios por medio de, por ejemplo, grandes concesiones de tierras públicas a los ferrocarriles, debía en realidad destruir los monopolios cuando se formaban, por medio de leyes específicas. Hacia 1872 los dos partidos principales se oponían a que continuaran estas concesiones y, hacia 1888, to-

dos los programas electorales incluían medidas tendientes a acabar con los monopolios. Hacia 1890, veintisiete estados y territorios habían promulgado leyes en contra de los monopolios y quince tenían artículos antimonopolio en sus Constituciones. Por lo tanto, fue natural que en 1890 el Congreso reforzara el movimiento contrario en los trusts con un proyecto de ley federal, la Ley Sherman, que imponía multas y penas de prisión a aquellos que ejercieran el poder de un monopolio en contra del interés público y permitía a los demandantes recuperar tres veces el importe de todos los daños sufridos.[810] Pero la ley resultó ineficaz. En los primeros doce años en que se aplicó, el Gobierno puso en marcha dieciocho juicios, y no tuvo éxito en ninguno de ellos. Por otra parte, se usó la Ley Sherman con un efecto demoledor contra los sindicatos a los que se consideraba monopolios, en la huelga de Pullman (1894) y en muchos otros casos, en especial en el de los sombrereros de Danbury, en el que se consideró que los líderes del sindicato debían responder por las pérdidas ocasionadas al negocio por un boicot interestatal con su propio patrimonio.[811]

En el período que transcurrió entre 1880 y 1914, los periódicos y las revistas lograron contener con más eficacia los excesos antisociales del capitalismo que los partidos políticos o las leyes. Crecieron con más rapidez aún que las gigantescas corporaciones industriales. En 1850 había 260 periódicos en Estados Unidos. Hacia 1880 había más de 1.000. Diez años después el total había ascendido a cerca de 1.600 y, en 1900, había 2.200. En 1910 el número de publicaciones alcanzó su máximo: casi 2.600 periódicos diarios. (Hacia 1965 esta cifra había descendido a 1.700, aunque la circulación total, 60.000.000 de ejemplares por día, era más alta)[812]. La existencia de periódicos y revistas poderosos e independientes dotados de los recursos necesarios para llevar a cabo investigaciones minuciosas acerca de las prácticas de los negocios comenzó a hacerse sentir a partir de al-

rededor de 1880 en adelante, como un saludable control de las fechorías empresariales o, mejor dicho, de la explotación antisocial del poder corporativo.

En 1906 Theodore Roosevelt denominó a estos periodistas de investigación "los que revuelven la basura", palabra que tomó del *Pilgrims Progress* (El peregrino) de Bunyan, donde se describía al "hombre que revuelve el estiércol con un rastrillo" y al que le interesaba acumular mugre en lugar de aspirar a cosas más nobles. El primer trabajo de investigación de este tipo fue el que escribió Henry Demarest Lloyd en una serie de números de la revista mensual *Atlantic Monthly*, en 1881, con el título "La historia de un gran monopolio", y fue imitado por una amplia gama de publicaciones, en especial por *McClure's, Everybodys, Collier's* y otros semanarios.

Quizá la más importante de estas investigaciones, o la que más repercusión tuvo en esos días, fue la formada por una serie de notas de Ida Tarbell (1857-1944) sobre la compañía Standard Oil. Apareció en *McClure's* en 1904 y luego se convirtió en un libro de dos tomos que tuvo muchas ediciones.[813] Tarbell, una graduada de la Universidad Allegheny no era precisamente objetiva. Su padre había sido un petrolero independiente y Standard Oil lo había desplazado del negocio. La industria petrolera presentaba graves problemas de tamaño y control a causa del enorme coste de las perforaciones a gran profundidad y en regiones remotas, y las formidables economías de escala que podían alcanzar las grandes refinerías. De hecho esta industria comenzó en Estados Unidos con la perforación del pozo Drake, en Titusville, Pensilvania, en 1859. Se trató de una bendición tan obvia que, como resultado de la guerra civil, hacia 1865 la producción estaba muy rezagada con respecto a la demanda y había una grave escasez en materia de transporte y de maquinaria para las refinerías. En muchas regiones en las que el petróleo crudo se encontraba cerca de la superficie, la perforación y la

extracción no eran un problema. Pero a partir de entonces se hizo imprescindible contar no sólo con acceso al capital sino también con nuevas capacidades administrativas.

En 1867 John D. Rockefeller (1839-1937) reunió cinco grandes refinerías en una sola compañía, cuyo nombre original fue Rockefeller, Andrew y Flagler. Tres años más tarde, y con la intención de conseguir más capital, se reorganizó con el nombre de Standard Oil Company of Ohio. Su planta de Clevandon podía refinar un total, que por entonces parecía enorme, de 50 barriles diarios. Pero eso era sólo el 4 por ciento de la producción de Estados Unidos y la planta no era ni siquiera la más grande de todas. Standard Oil aventajó a las demás compañías en la competencia por el servicio de transporte y obtuvo los precios más favorables; probó ser insuperable en las difíciles negociaciones que mantuvo con los ferrocarriles Erie, Nueva York Central, y Pensilvania, los tres más importantes en ese entonces. En 1871 la legislatura de Pensilvania aprobó los estatutos de la compañía South Improvement, de cuyas 2.000 acciones 900 eran propiedad de Rockefeller y sus compinches. Esta era una compañía de transporte con facultades legales ilimitadas y llegó a un acuerdo con los tres ferrocarriles: la Standard Oil consiguió tarifas con descuentos mientras que sus competidores no. Estos estatutos desencadenaron una tormenta tal que debieron ser anulados después de tres meses de vigencia. Pero se trató de un ejemplo típico del tipo de acuerdos especiales que Rockefeller podía lograr, y mientras la Standard Oil creciera podía seguir presionando cada vez con más fuerza a los ferrocarriles y a las legislaturas (y a quien quisiera) para que le hicieran concesiones. Hacia 1879 la Standard Oil controlaba del 90 al 95 por ciento del petróleo refinado, y este hecho, sumado a su nuevo sistema de oleoductos, le daba un control absoluto sobre los ferrocarriles, o por lo menos eso se creía. Desde 1879 hasta 1882, Rockefeller creó un sistema de trust en el que nueve sín-

dicos coordinaban toda su producción, refinado, transporte y otras actividades de distribución con la sede de la Standard Oil, que después fue transferida a Nueva Jersey (1899), donde la reglamentación para las empresas era menos estricta.[814]

Era obvio para todos que la Standard Oil era una compañía despiadada y depredadora, y desde 1880 en adelante las legislaturas de los estados la investigaron sin descanso, y debió comparecer más de una vez ante los tribunales.

La historia de la Standard Oil parece justificar el argumento, más comprendido en la actualidad que entonces, según el cual los monopolios temporales benefician el interés público. El precio del barril de petróleo refinado en una planta con una producción de 500 barriles diarios era de 0,06 dólares el galón (equivalente a unos 4 litros). Con una producción de 1.500 barriles por día el precio caía a 0,03 dólares el galón. Era así de simple. En su primera gran fase de expansión, la compañía de Rockefeller pudo reducir un 70 por ciento el precio al por menor del queroseno, un subproducto que se utilizaba en todos los hogares de Estados Unidos. El historiador debe preguntarse: ¿puede decirse que el gran tamaño de una empresa que, como demuestran las estadísticas, en términos generales beneficia al público, es antisocial si se demuestra que perjudica a algunos o que inquieta a la opinión pública aunque sea en un plano metafísico?

La pregunta fue planteada, a comienzos del siglo XX, por la Great Atlantic and Pacific Tea Company, conocida como A&P, cuya existencia databa de 1859 pero que había sido transformada en la década de 1870 por uno de sus empleados, George Huntington Hartford. El propósito de la compañía, que en sus comienzos operaba a través de pedidos por correo y clubes, era abaratar el precio del té y el café que, al no ser de origen norteamericano, resultaban demasiado costosos. Hacia 1900 tenía alrededor de 200 tiendas y era el líder de la industria. Se preocu-

paba por ofrecer los precios más bajos en una época, entre los años 1900 y 1912, en que los precios de los alimentos aumentaban y provocaban alarma e investigaciones por parte del Gobierno. Los bajos precios de A&P tuvieron tanto éxito que sólo entre los años 1914 y 1916 la compañía abrió 7.500 tiendas. Hacia 1936 tenía 15.427 locales, y funcionaba mediante un sistema de integración vertical de proveedores de los que la compañía era propietaria; incluía 111 depósitos, 40 panificadoras, 13 plantas productoras de leche, 8 plantas tostadoras de café, 6 fábricas de conservas, 9 fábricas generales de alimentos y hasta una imprenta. A&P era la preferida de las amas de casa, algo obvio si tenemos en cuenta el número de sucursales que prosperaron.[815] Pero la cadena pronto tuvo problemas con los militantes contrarios a los trusts y los tribunales, y la Ley Robinson-Patman prácticamente se redactó con el propósito de perjudicarla.[816]

El temor al gran tamaño de las compañías era algo nuevo en Norteamérica, donde hasta entonces la monumentalidad y la grandiosidad habían sido consideradas un beneficio inequívoco. Este temor fue inherente a gran parte de las leyes promulgadas desde la década de 1880 en adelante por los estados y, más tarde, por el Gobierno federal, y alimentó el periodismo de investigación. Si se preguntaba a los reformadores qué era lo que más odiaban de la Standard Oil, su respuesta era "el tamaño". No había manera de rebatir esa crítica. Y la doctrina legal de la opresión de las grandes compañías fue finalmente articulada por uno de los jueces de la Corte Suprema más capaces, Louis D. Brandéis (1856-1941): "He considerado y aún considero que es falso el argumento según el cual es imposible que el tamaño en sí mismo sea una ofensa a la sociedad, ya que creo que la nuestra, que se apoya en la democracia, no puede sobrevivir en semejantes condiciones". Citó a declarar específicamente a la Standard Oil y a las cadenas de tiendas a causa de su integra-

ción vertical, y se acusó a ambas partiendo de esa base, más allá de si hacían llegar con más eficacia los productos al consumidor y, por lo tanto, sus precios eran más bajos. Para Brandéis "los descuentos por cantidad" entrañaban "una enorme maldad", aún en el caso de que significaran reducciones de costes para el proveedor, y por lo tanto, en última instancia, para el público consumidor en general.[817]

Como es natural, un juez de la Corte Suprema bien pagado no tenía el mismo punto de vista sobre la importancia de que los precios de los alimentos fueran marginalmente más bajos que una ama de casa de clase trabajadora que se regía por un presupuesto ajustado. Y Norteamérica era su pueblo, no sus élites. Eso, en todo caso, era lo que la Constitución daba por sentado. Las distinciones entre las clases sociales estaban particularmente marcadas en el transporte, y siempre lo habían estado. A lo largo de la historia la falta de transporte personal siempre había restringido los desplazamientos de las masas. En Estados Unidos este problema se agudizaba a causa de la vastedad del país y de lo que se ha dado en llamar "la tiranía de la distancia". Los caballeros y los granjeros poseían caballos, pero muy pocas veces estos animales estaban disponibles para lo que no fuese el trabajo más importante, que no era precisamente el transporte. El carruaje siempre fue un lujo; de ahí surgió la distinción entre "los hombres con carruaje" y el resto. Gracias a enormes concentraciones de capital, hacia 1900 los ferrocarriles habían abaratado y universalizado los viajes de corta distancia e incluso hicieron que los viajes de larga distancia estuvieran al alcance de la mayoría. Pero no eran un vehículo personal como los carruajes, o el compartimiento privado en el ferrocarril (muy común alrededor de 1900) o los yates.

Después apareció el motor de combustión interna. Teniendo en cuenta el tamaño de la industria petrolera en Estados Unidos hacia 1890, y los exitosos esfuerzos de la Standard Oil por bajar

los precios, incluidos los del petróleo y la gasolina, es curioso que un país gigantesco como Estados Unidos haya tardado tanto en desarrollar una industria automotriz. Hasta 1895 los pioneros en este campo fueron Francia y Alemania. Aún en 1899 la industria automotriz norteamericana se encontraba en el puesto 150 en términos del valor del producto, y ni siquiera figuraba en la lista en términos de salarios, trabajadores, costes y valor agregado. Edison, siempre a la vanguardia de las futuras tendencias, no fue escuchado cuando dijo, en 1895, que el automóvil era "la próxima maravilla. [...] Es sólo cuestión de tiempo, pero es inevitable que los coches y los transportes de carga de las ciudades importantes terminen incorporando el motor".[818]

Después, en el lapso de una década, el mundo sufrió un cambio espectacular, en gran parte como resultado de los esfuerzos de un hombre, Henry Ford (1863-1947). Ford nació en una granja en las cercanías de Dearborn, en Michigan, y conoció por experiencia el aislamiento que sufrían millones de familias de granjeros a causa de la falta de transporte personal. Entre 1879 y 1886 adquirió una maravillosa habilidad como maquinista en Detroit, que ya por entonces era un centro de ingeniería avanzada, y luego trabajó un tiempo en la compañía de Edison bajo las órdenes del maestro inventor-empresario en persona. Construyó su primer motor de gasolina en 1892 y, una década más tarde, organizó la Ford Motor Company, que en 1908 produjo el modelo T.

Ford comercializó el primer modelo T a un precio de 850 dólares en 1908, y ese año vendió 5.986 vehículos. Fiada 1916, año en que vendió 577.036, había logrado bajar el precio a 360 dólares.[819] En 1927, cuando el modelo T dejó de producirse en serie, había vendido más de 15 millones de estos coches, y había hecho que se convirtieran, al igual que sus competidores, en un producto común para las familias norteamericanas. Fiada

1920 Ford, después de comprar su parte a todos sus socios, había logrado hacer tres cosas: en primer lugar, ofrecer a la masa de consumidores un producto de calidad al precio más bajo posible; en segundo lugar, pagar los salarios más altos de la industria y, hasta esa fecha, de la historia y, en tercer lugar, convertirse (después de John D. Rockefeller) en el segundo multimillonario del país; de hecho, en su mejor momento llegó a ser el hombre, más rico del mundo.[820]

La aversión que provocaban las empresas de gran tamaño, tan característica de las décadas que transcurrieron entre la guerra civil y la primera guerra mundial (que se hizo más fuerte con cada una de éstas) es digna de análisis, ya que no era un sentimiento típicamente norteamericano. Es necesario establecer una distinción entre los populistas, que apuntaban deliberadamente al voto de los granjeros y a los prejuicios de los agricultores, y los progresistas, por lo general intelectuales con mucha educación que apuntaban al electorado de las ciudades. Los historiadores han considerado que la era populista abarca desde 1880 hasta 1900 y la era progresista desde 1900 hasta la decisión de Norteamérica de intervenir en la primera guerra mundial. Pero coinciden en que las dos eras se superpusieron y se influyeron mutuamente. Se ha dicho que el progresismo fue la reacción hostil de la clase media educada ante el poder abrumador de las grandes empresas, la riqueza, dimensión y tretas de las cuales los dejaban completamente fuera de la escena política y económica, o eso temían. Desde los días de los Padres Fundadores la élite educada había guiado, si no gobernado, Estados Unidos, y sentía que su influencia estaba siendo minada por la impresionante cantidad de dinero que se acumulaba en las entrañas del gran barco del Estado norteamericano.[821] Algunos de los reformadores, como *Gold Rule* Jones, Charles Evans Hu-

ghes y Tom Johnson, eran *self made men*. Otros tenían nombres distinguidos como Du Pont, Morgenthau, Pinchot, Perkins, Dodge, McCormick, Spreckels y Patterson. Estos descendientes de familias adineradas hicieron que algunos críticos calificaran el progresismo de "movimiento reformista de millonarios". Pero un cuidadoso análisis descriptivo demuestra que la mayoría de los miembros de este movimiento eran sin duda de clase media, graduados universitarios de vieja estirpe británica.[822] Las décadas de 1880 y 1890 habían sido conservadoras, y los dirigentes republicanos y demócratas reflejaban esta tendencia. Hacia 1900, sin embargo, habían surgido nuevas corrientes políticas que constituyeron una izquierda educada de base más amplia: el socialismo que reclamaba servicios públicos (o municipal), que tenía adeptos en todo el mundo; el movimiento de oposición a los trusts, el conservacionismo (antiexpansión urbana y pronaturaleza); el fanatismo por la salud; la noción de que las élites educadas y decididas eran "guardianas" del pueblo, compartida por una amplia gama de elitistas, desde Walter Lippmann (1889-1974) hasta Vladimir Ilich Lenin, pasando por Benito Mussolini, y la bohemia literaria y artística.

Era una mezcla turbulenta, que podía dar lugar tanto al bien como al mal. Y en el trasfondo de este movimiento (y a veces en primer plano) se encontraban otras fuerzas: las teorías conspiradoras y el racismo. La noción de que diferentes y siniestros grupos de personas estaban conspirando para destruir "la buena Norteamérica" provenía de una vieja tradición inglesa que los Padres Peregrinos habían traído con ellos y había hecho historia por primera vez durante los disturbios ocasionados por la Ley de Sellos. Andrew Jackson había explotado brillantemente esta noción en su guerra contra el Banco de los Estados Unidos. Ahora era retomada tanto por el populismo como por el progresismo. Ignatius Donnelly hizo un buen uso de ella. Quienes la cultivaban en especial eran algunas escritoras, como la señora

S. E. V. Emery, cuyo libro *Seven Financial Conspireteles which Have Enslaved the American People* (Siete conspiraciones financieras que han esclavizado al pueblo norteamericano), publicado en 1887, tuvo un gran éxito de ventas en estados como Kansas. Otra agitadora fue Mary E. Lease, autora de *The Problem of Civilization Solved* (Solución al problema de la civilización), de 1895, que acuñó el "lema de los granjeros": "Cultivemos menos maíz y reclamemos más". Gran parte del contenido de estos textos era antisemita (y, por asociación, anglófobo, ya que Wall Street era presentado como un lugar controlado por los intereses financieros judíos de Londres). En 1893, William Hope Harvey publicó el más popular de estos insidiosos libros, *Coin's Financial School* (La escuela financiera de Coin), seguido, en 1894, de una novela que denuncia una supuesta conspiración, *A Tale of Two Nations* (Historia de dos naciones), en la que aparecen Rothschild y Bryan apenas disimulados. Los villanos de estas novelas eran todos judíos y en *Coin's* se describía un mundo dominado por un pulpo llamado Rothschild cuyos tentáculos llegaban desde Londres. No es casual que los granjeros, durante la campaña en apoyo de la plata como sustituto del oro, vincularan "Wall Street con los judíos de Europa", ni que un cronista de la agencia Associated Press que cubrió la convención populista de San Luis en 1896 se quejara públicamente del omnipresente antisemitismo que imperaba en el lugar.[823]

Llegó un punto en el que el populismo, en su sentido más amplio, adoptó una ideología nacionalista, xenófoba, nativista, racista, blanca e imperialista.

El papel que desempeñaron los misioneros norteamericanos en la compra de Hawai fue típico del modo en que el cristianismo norteamericano estaba adquiriendo una imagen imperialista. La junta norteamericana de enviados a misiones en el extranjero (con predominio de los congregacionalistas) había sido formada en 1810, y a ésta le siguió en 1814 la Junta Misionera

Baptista Norteamericana. Pero el movimiento misionero cobró impulso sólo después del final de la guerra civil, que muchos protestantes norteamericanos consideraron más que una derrota del cristianismo en la que habían quedado expuestas la falta de poder y las contradicciones de la fe, una victoria del cristianismo norteamericano en la que se había defendido con éxito la enseñanza igualitaria cristiana frente a los renegados y los apóstatas. El movimiento se amoldaba a la perfección a un punto de vista mundial según el cual las razas anglosajonas debían conducir a los millones de personas de piel oscura, ignorantes y primitivas, y llevarlas, gracias a una "providencia favorecedora", al círculo iluminado de la verdad cristiana. Así se completaría triunfalmente la misión universalista de Cristo, que había hecho de Norteamérica una "ciudad sobre una colina". Esta misión cristiana era, según el punto de vista de los norteamericanos, una misión esencialmente protestante. En estos años, en los que\Darwin publicó *El origen de las especies* —más tarde popularizado por Herbert Spencer como "la supervivencia de los más aptos" y aplicado a las razas además de a las especies en una forma harto simplificada, el darwinismo social— se presentó el triunfo cristiano por venir como un triunfo de los anglosajones protestantes. La república cristiana norteamericana fue un gran éxito. Este éxito se debió principalmente a que era protestante: el fracaso era una prueba de falta de mérito moral, del tipo que se asociaba con los católicos decadentes del sur de Europa y Latinoamérica.

En la década de 1870 el predicador ultraprotestante y fuertemente anticatólico Henry Ward Beecher solía decir a su congregación de Nueva York: "Observando exhaustivamente las ciudades y los pueblos, las aldeas y los campos, se impondrá la verdad general: que en estas tierras ningún hombre sufre la pobreza a menos que sea por su culpa, a menos que sea su pecado. [...] Hay riqueza suficiente y para repartir tres veces, y si hay

hombres que no tienen lo suficiente, se debe a que necesitan un cuidado providente, previsión, laboriosidad, frugalidad y ahorro inteligente. Esta es la verdad general".[824] Y una verdad general que se relacionaba con ésta erá que la voluntad de Dios se expresaba directamente en el destino de un país en el que predominaba la noción del éxito como virtud. Era una suerte de triunfalismo protestante, y su dinámica fue el triunfalismo norteamericano. La edición de 1876 de la *Historia de los Estados Unidos* de George Bancroft comenzaba así: "El objeto de esta obra es explicar los pasos mediante los que una providencia favorecedora que da vida a nuestras instituciones ha conducido al país hacia su actual felicidad y su gloria". Tarde o temprano el mundo seguiría sus pasos. En 1843 el misionero norteamericano Robert Baird exhortó al mundo a seguir el ejemplo de Norteamérica en su obra *Religión in America* (La religión en Norteamérica), libro en el que proyectó el principio del voluntarismo protestante en una escala mundial. La historia y la teología intervencionista se combinaron para presentar un nuevo tipo de milenarismo patriótico. Leonard Woolsey Bacon escribió en su *History of American Christianity* (Historia del cristianismo norteamericano), de 1897: "Por un prodigio de la divina providencia, el antiguo secreto (que había un nuevo mundo del otro lado del mar) había sido resguardado de una revelación prematura. […] Si el descubrimiento de América hubiera ocurrido incluso un siglo antes, el cristianismo que se habría impuesto en el mundo occidental habría sido el de la Iglesia católica de Europa, que se encontraba en su momento de mayor decadencia". Por lo tanto, Bacon veía una "gran preparación providencial para algún acontecimiento divino' que aún se oculta detrás del telón que está a punto de levantarse en el nuevo siglo".[825]

El "acontecimiento divino" era la cristianización del mundo de acuerdo con los patrones norteamericanos de justicia y pro-

bidad. Sería un acontecimiento racial y nacional y, al mismo tiempo religioso.

Fue en este contexto en el que Norteamérica se vio empujada, o entró dando tumbos (o quizás a grandes zancadas) a su única aventura imperialista, la guerra con España, en 1898. Era un hecho sorprendente en sí mismo que Norteamérica no se hubiera anexionado Cuba mucho tiempo antes.

Estados Unidos se involucró con la insurrección cubana desde el comienzo porque era la fuente de distintas expediciones de filibusteros y una "Junta Nacional" cubana que se había instalado en Nueva York vendió bonos e hizo una ruidosa propaganda política. El mundo financiero, sin embargo, hizo una llamada a la cautela y la neutralidad y, mientras Cleveland fue presidente, ésta fue la política oficial de Estados Unidos. En el otoño de 1896, sin embargo, fue elegido presidente McKinley, cuyo programa incluía una demanda de independencia para Cuba que los republicanos adoptaron para no quedar desairados por los demócratas. No obstante, McKinley intentó actuar con cautela y alentó a los españoles a introducir reformas que apaciguarían tanto a la opinión pública cubana como a la norteamericana. Pero una carta privada del embajador español en Washington, Enrique de Lome, en la que éste acusaba sin pelos en la lengua a McKinley de ser "débil e intentar congraciarse con las masas", fue robada y publicada con regocijo, el 9 de febrero de 1898, en el patriotero *New York Journal*, propiedad de William Randolph Hearst (1863-1951). Una semana más tarde, una mina submarina hundió el buque de guerra norteamericano *Maine*, que había sido enviado a La Habana a fin de proteger a los ciudadanos norteamericanos: murieron 260 hombres de su tripulación. Nunca se ha podido saber con certeza quién colocó la mina, pero las publicaciones de Hearst y el *New York World* de Joseph Pulitzer (1847-1911) culparon a España. El Congreso votó por unanimidad que se concedieran 50 millones

de dólares destinados a la defensa nacional y el 11 de abril McKinley envió al Congreso un mensaje en el que solicitaba "una intervención militar" en Cuba para reestablecer la paz en la isla. El 20 de abril el Congreso promulgó una Resolución de Guerra y McKinley la firmó, aunque se agregó una enmienda en la que se renunciaba a la soberanía sobre Cuba. Se rompieron las relaciones diplomáticas y se impuso un bloqueo, y entre el 24 y el 25 de abril, Estados Unidos y España se declararon la guerra.[826]

Los historiadores aún discuten acerca de si esta "pequeña y espléndida guerra", como se la llamó, fue creada por Hearst o por los intereses financieros de Estados Unidos, o si fue un accidente, o inevitable. Las pruebas sugieren que sólo unos pocos hombres de negocios, involucrados directamente querían la guerra; el resto estaba a favor de la paz o, si ésta era imposible de obtener, de lo que ahora se llamaría una rápida "intervención quirúrgica" para restablecer el orden.[827] Eso es lo que se consiguió. La guerra fue principalmente naval. Estados Unidos contaba con apenas 30.000 soldados, pero su "Marina de acero" era moderna. La celeridad con que la tecnología naval de Estados Unidos demolió a la vieja España, que alguna vez fuera la potencia más fuerte del mundo, fue comparable con la aniquilación del vasto pero primitivo Ejército de los Mahdi, en Sudan, que Gran Bretaña llevó a cabo en la batalla de Omdurman, dos meses después. De un día para el otro, Estados Unidos surgió como una gran potencia mundial, con todo tipo de nuevas responsabilidades, entre ellas el gobierno de las 7.100 islas que constituyen el archipiélago de las Filipinas.[828]

En el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre, España cedió Puerto Rico, Guam y las Filipinas a Estados Unidos (a cambio de 20 millones de dólares), y concedió la independencia a Cuba. En consecuencia, Estados Unidos adquirió 7 millones de nuevos súbditos, de los cuales el 85 por ciento ya eran cris-

tianos, aunque habían sido evangelizados en el catolicismo romano.

Con una victoria bélica en su haber, y una economía fuerte, McKinley volvió a presentarse a la reelección en 1900 y no se molestó en participar activamente en la campaña. El cambio importante era el de su vicepresidente. Roosevelt, subsecretario de Marina durante la guerra cubana y líder de los Rough Riders (el cuerpo de caballería creado para la ocasión), hubo de reemplazar al viejo vicepresidente, Garret A. Hobart, muerto mientras ocupaba el cargo. Su ascenso adquirió fundamental importancia el 6 de septiembre de 1901, cuando McKinley, que inauguraba la Exposición Panamericana en Cleveland, fue herido de bala por un anarquista local, León Czolgosz, y murió ocho días más tarde. A los cuarenta y dos años, Roosevelt se convirtió en el presidente más joven de la historia de la república, y en el primero desde Lincoln que combinó una coherente doctrina política, filosófica y social con una personalidad arrolladora. Al fin, la gran y ahora inmensamente poderosa república tenía un presidente a su altura. Emerson había escrito: "¿Por qué no disfrutar también de una relación original con el universo? […] A nuestros ojos, Norteamérica es un poema". TR no era precisamente un poema; aunque podía ser poético, su estilo era más bien prosaico. Pero no hay duda de que era un fenómeno.[829]

El protagonismo de los Roosevelt merece un párrafo. Norteamérica no ha tenido reyes pero se regocija con sus dinastías familiares, religiosas, políticas y comerciales. En los siglos XVII y XVIII, como hemos visto, estaban los Winthrop y los Mather. En el siglo XIX fue el turno de los Adams y los Aster, los Vanderbilt, los Morgan y los Rockefeller, y en el siglo XX ha tenido a los Roosevelt y los Kennedy. Por su variedad y riqueza de carácter

(y puro talento) estas familias están a la altura de las grandes dinastías inglesas como los Russell, los Churchill, los Cecil y los Cavendish.

Los Roosevelt eran descendientes de los viejos *patroons* (encomenderos) holandeses. Tenían un tronco familiar común, pero había dos ramas, que tomaban su nombre de sus respectivas fincas. De la rama de la bahía de Oyster salió Theodore Roosevelt, presidente de la nación entre 1901 y 1909, y de la rama de Hyde Park, Franklin Delano Roosevelt, presidente entre 1933 y 1945, por lo que los Roosevelt ocuparon la Casa Blanca durante casi veinte de los primeros cincuenta años del siglo XX. Ambas ramas eran muy competitivas y no se trataban. Aunque hubo incluso casamientos entre miembros de ambas ramas (la esposa de F. D. Roosevelt, Eleanor, era de la rama de la bahía de Oyster, y el sobrina de T. Roosevelt se casó con la sobrina de F. D. Roosevelt), en general las relaciones eran recelosas, e incluso hostiles. Pero Franklin Delano y Theodore eran políticos con un gran carisma y tenían mucho en común, entre otras cosas su enorme energía, en especial cuando sufrieron dolencias físicas, y su pasión por la vida. TR era un conservador radical, mientras que FDR era un radical conservador. La preferencia por uno o el otro es una piedra de toque para probar el carácter norteamericano. Muchos intelectuales norteamericanos situarían a FDR por detrás de Lincoln como el mejor presidente. Pero una considerable minoría prefiere a TR, ya que se lo considera un arquetipo del "buen muchacho" norteamericano, que combina lo mejor de la tradición inglesa del honor caballeresco con un clamoroso gusto por la aventura típicamente norteamericano; por comparación, consideran a FDR mañoso, astuto, hermético y un *faux bonhomme*.[830]

Los Roosevelt eran una familia adinerada de rancio abolengo. TR pudo meterse en el negocio del arreo de ganado, estableció su cuartel general en el Mal tese Cross Ranch, en las cer-

canías de Medora, y construyó una casa de campo en una comarca remota a la que llamó Elkhorn. Su propósito era superar su debilidad física, para lo que forzaba su cuerpo hasta el límite de la resistencia. Escribió una carta a su familia alardeando: "Acabo de llegar después de haberme pasado trece horas a caballo". Aún había algunos búfalos e indios sioux en los alrededores y la frontera todavía no estaba "cerrada" en el sentido que le había dado a la palabra Jackson Turner. Había entonces y hubo siempre uh toque del machismo literario de Hemingway en la figura de TR, y un deseo de interpretar un papel al estilo John Wayne. (TR, por supuesto, vivió antes que esos dos magníficos personajes y tenía más en mente los escenarios descritos por Mark Twain en *Roughing It*, que había sido publicado recientemente). En una cantina en Mingusville mató a un vaquero ebrio que disparaba al aire aterrorizando a las damas: "El agujero que la bala dejó en su cráneo equidistaba tan perfectamente de ambos ojos que parecía que antes de disparar hubiera medido la distancia con una regla de carpintero". Le dijo a un matón local llamado Paddock, que amenazó con echarlo del pueblo: "Entiendo que ha amenazado con matarme apenas me viera. He venido a ver cuándo quiere comenzar y a hacerle saber que si tiene algo para decir en mi contra éste es el momento de hacerlo".

Todo se parecía mucho a una película de vaqueros, y terminó con TR capturando al pelirrojo Finnigan y a dos compinches, por lo que recibió una recompensa de 50 dólares. Era una vida entretenida, a veces difícil e incluso peligrosa, pero era como una actuación teatral, y al cabo de dos años TR volvió al este y se casó de inmediato, por segunda vez, con una muchacha llamada Edith, descendiente directa de Jonathan Edwards. TR era precisamente el mismo tipo de político —romántico, intelectual, hombre de acción, escritor y profesional— que su contemporáneo más joven, Winston Churchill. No simpatizaban:

tenían demasiado en común y eran demasiado competitivos, y TR criticaba a Churchill con dureza porque "no se pone de pie cuando las damas entran en el salón". (Este tipo de cosas eran importantes en aquellos días). TR quería tener muchos hijos, ya que creía que lía "buena sangre" debía presentar batalla a las razas inmigrantes, lo que él llamaba "la guerra de la cuna". Buscaba la acción porque "todo hombre debe mostrar su valía" y, según él, los políticos no debían enviar soldados a la batalla "sin saber lo que es una guerra". En Cuba sirvió con la primera caballería voluntaria bajo el mando oficial del general Leonard Wood, el vencedor de Gerónimo, pero TR era el verdadero líder de la compañía. Se parecía mucho a un comando de la segunda guerra mundial, una mezcla de Ranger de Texas y aventurero de poca monta (algunos de los cuales después se unieron al show de Buffalo Bill) y de joven de antiguo linaje educado en Harvard, como Hamilton Fish, Tiffany o Astor. La campaña en Cuba no fue un viaje de placer, y hubo soldados que murieron de enfermedades aparte de los que sucumbieron en el campo de batalla. Algunos se ahogaron al desembarcar, a causa de una tormenta, y cuando los heridos llegaron a la playa fueron atacados por grandes cangrejos de tierra que les arrancaron los ojos y los labios. TR disfrutó de la campaña. Dijo: "No quiero que se diga que soy un patriotero de salón", y encabezó repetidos ataques a la colina de San Juan. Al mismo tiempo, había en el viaje una intención de captar votos, y cuando volvió al país era un héroe público: a esto siguió la invitación a ocupar la vicepresidencia y, más tarde, la propia presidencia.

Sin embargo, es la solidez de su Gobierno lo que prueba que TR era un gran hombre. Lo acompañaron Henry Stimson, Herbert Smith, William Moody, Robert Bacon, Franklin Lane, James Garfield, Charles Prouty, Gifford Pinchot y otros hombres notables. Lord Bryce, el gran embajador británico, que publicó uno de los mejores y más exhaustivos estudios sobre el sis-

tema norteamericano,[831] dijo que nunca había conocido un grupo de funcionarios tan eficaz e inteligente como el que acompañó a Roosevelt en su presidencia. De hecho eran "los mejores y los más brillantes".[832]

Roosevelt se esforzó mucho por convertir la Casa Blanca en un lugar donde los escritores y los artistas en general se sintieran cómodos, a pesar de que destruyó el ventanal de Tiffany. Incluso invitó a cenar a Henry James, que lo había llamado "patriotero peligroso y amenazador", y a quien en privado despreciaba diciendo que era un "amanerado" y un "pequeño y miserable esnob". Al menos su relación con la señora Wharton fue de admiración recíproca. Wharton estaba presente en septiembre de 1902 cuando un tranvía arrolló el carruaje del presidente, durante una gira de campaña; TR quedó tirado en la acera, sangrando y malherido. Su cara había recibido un fuerte golpe y una de sus rodillas estaba tan dañada que los cirujanos estuvieron a punto de amputarle la pierna. Pero cumplió con su compromiso y la señora Wharton, que presenció el acto y escuchó su discurso, escribió: "Creo que si hubierais visto al presidente el otro día, sangrando y lleno de moretones a causa de ese terrible accidente, y hubierais podido oír el muy breve discurso, sereno y apropiado, que dirigió a la muchedumbre allí reunida, habríais estado de acuerdo conmigo en que TR no es un simple vaquero".[833]

El tema central del discurso que TR dio ese día, repetido una y otra vez ese mismo año, fue la perversión de las grandes empresas. Denunció a J. R Morgan y a la compañía US Steel, despotricó contra / Rockefeller y lo que él llamaba "el mal trust" (la Standard Oil) y vilipendió sin piedad a Harriman, a quien consideraba un paria social y moral. Había algo mezquino en este tipo de populismo, encarnado en un hombre cuya familia había heredado y siempre había vivido de una riqueza acumulada en épocas remotas por medio de métodos que no resistirían

un análisis minucioso. Era como si TR, que representaba a los adinerados de prosapia que tenían una riqueza limitada, no pudiera digerir la aparición de nuevos ricos cuya fortuna no conocía límites. La verdad es que Roosevelt, aunque ocupó durante más de siete años el cargo de presidente, no tuvo demasiado que hacer, o mejor dicho, no tuvo suficientes desafíos para su gran inteligencia y su ilimitada energía. No tuvo que afrontar ninguna crisis internacional importante, y Norteamérica todavía no había alcanzado la madurez necesaria (pronto la alcanzaría) para que se produjeran cambios fundamentales en su forma de gobierno.

TR creía firmemente en la acción del poder ejecutivo por sobre la legislación del Congreso. Según su punto de vista (el mismo que Jackson), el presidente podía hacer lo que quisiera a fin de defender el interés de la nación, siempre que no estuviera expresamente prohibido por la Constitución, que según él, "no debe ser interpretada como un chaleco de fuerza que impida nuestro desarrollo sino como un instrumento diseñado para servir a la vida y el progreso saludable de la nación". Su lema era: "Habla con suavidad, pero no dejes de empuñar un garrote". (El garrote representaba al poder ejecutivo, una nueva forma de las prerrogativas de los reyes). Cuando el sindicato de los mineros paralizó la industria del carbón en el verano de 1902, y los dueños de las minas decidieron esperar a que el hambre los obligara a ceder, TR tomó cartas en el asunto. El negociador de los dueños de las minas, George F. Baer, lo enfureció con sus declaraciones, según las cuales "los derechos e intereses de los trabajadores no deben ser protegidos por sindicalistas agitadores sino por los cristianos a quienes Dios, en su infinita sabiduría, ha dado el control y la propiedad de los intereses del país", y cuando ambos se reunieron en la Casa Blanca, TR se sintió tentado de arrojarlo por la ventana. Le dijo que tenía el poder presidencial, y en caso necesario lo ejercería, que lo facultaba para

hacerse cargo de las minas sirviéndose del Ejército y para administrarlas. Era la primera vez que un presidente contemplaba la posibilidad de tomar el control de una industria (aunque uno se puede imaginar a Lincoln haciendo lo mismo), y la amenaza dio resultado: los dueños de las minas prefirieron aceptar la mediación.[834]

El modo de gobierno de TR tenía una ancha base de sustentación y dio un lugar a los sindicatos, un lugar a las grandes empresas a pesar de que favorecía la disolución de los trusts (solicitó y obtuvo de ellas contribuciones para su campaña), un lugar a los granjeros y un lugar a los negros. Invitó a Booker T. Washington (1856-1915), el pedagogo negro autor de la excelente autobiografía *Up From Slavery* (Elevarse desde la esclavitud), publicada en 1901, a cenar a la Casa Blanca, por lo que (por más extraño que nos parezca ahora) recibió duras críticas. Algunos de los líderes del Partido Republicano pensaban que TR era demasiado liberal y buscaron a otro candidato. Pero TR no tuvo problemas para lograr que lo volvieran a nominar en 1904 y arrasó con su rival demócrata, el juez Alton Parker (1852-1926), por 7.628.461 votos contra 5.084.223, y ganó en el colegio electoral por 336 votos contra 140, mientras que Parker triunfó sólo en los estados del Sur.[835]

TR ya había tenido éxito en la regulación de los ferrocarriles en 1903, cuando logró que el Congreso aprobara la Ley Elkins, que prohibía los reembolsos, y ahora, una vez elegido por una abrumadora mayoría, usó su autoridad para presionar al Congreso con la intención de que aprobara la Ley Hepburn (1906), que otorgaba a la Comisión de Comercio Interestatal la facultad de imponer tasas elevadas. En general, TR trabajó de común acuerdo con los periodistas de investigación más responsables a fin de mejorar las condiciones del envasado de la carne, el procesado de alimentos, la producción de medicamentos y otras buenas causas de la época. Creó el Departamento de Comercio

y Trabajo, con la supervisión de su Departamento de Corporaciones. Adelantándose a los tiempos, dedicó una especial atención a la conservación de los recursos naturales.

El logro más importante de TR, en algunos aspectos, fue el de hacer aprobar la construcción del canal de Panamá. Eso significó aplacar con dinero al corrupto y venal Gobierno de Colombia, que poseía el istmo de Panamá. Según los términos del tratado Hay-Herrán de 1903, Norteamérica debía construir el canal y pagar a Colombia 10 millones de dólares en efectivo y una renta anual de 250.000 dólares. El Gobierno colombiano pidió que la suma ascendiera a 25 millones de dólares, lo que enfureció a TR. No quería ser embaucado por lo que él llamaba "un puñado de *dagoes*"[836], y por "los corruptos insensatos y homicidas de Bogotá" y, en consecuencia, hizo la vista gorda a una conspiración local que se proponía fundar el estado independiente de Panamá, que su Gobierno reconoció en noviembre de 1903. De inmediato se llegó a un acuerdo con el Gobierno panameño, en los mismos términos financieros, pero que extendía además el ancho de la zona del canal de 10 a 16 kilómetros, y otorgaba a Estados Unidos el derecho dé "usar, controlar y ocupar la zona a perpetuidad". Cuando TR pidió a su procurador general, Finlander C. Knox, que consiguiera la opinión de un experto en leyes para avalar la constitucionalidad de sus decisiones, éste respondió: "No, señor presidente, si yo fuera usted no me preocuparía por conseguir ninguna justificación legal". Se dice que TR comentó (puede que la historia sea apócrifa): "¿Qué importa la Constitución cuando se está entre amigos?". [837]

Según el punto de vista de Roosevelt, Norteamérica tenía el derecho, no precisamente concedido por Dios, sino surgido en forma natural de las circunstancias del hemisferio y del poder preponderante de Estados Unidos dentro de éste, de actuar como un agente de policía de la región. Del mismo modo en que,

en Norteamérica, el Gobierno federal tenía lo que TR llamaba un "poder de policía nacional" en las aguas norteamericanas, la Marina de Estados Unidos, que ahora era la más grande del mundo después de la británica, tenía el deber de mantener el republicanismo democrático y el buen gobierno en interés de todos. Como corolario de la doctrina de Monroe, TR planteaba que, ya que la intervención europea en el hemisferio era inaceptable, y ya que las potencias extranjeras cuyos ciudadanos habían hecho fuertes inversiones en los estados latinoamericanos podían verse tentadas de subvertirlos en caso de que los gobiernos corruptos no saldaran sus deudas o permitieran los saqueos, Estados Unidos tenía el derecho y el deber inalienable de prevenir estas crisis actuando por sí mismo. En consecuencia, hizo lo que se conoció con el nombre del "corolario Roosevelt" en su discurso anual de 1904 ante el Congreso: "Las fechorías crónicas […] pueden requerir como último recurso, en Norteamérica y en cualquier parte, la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental la adhesión de Estados Unidos a la doctrina Monroe puede obligarlo, muy a su pesar, en caso flagrante de fechorías o impotencia, a ejercer un poder de policía internacional". Esta autoridad se ejerció en repetidas ocasiones, y en términos generales con sensatez y satisfactoriamente, durante las siguientes décadas, en especial en la zona del Caribe.[838]

Roosevelt tenía algo de la ambivalencia con respecto a la vida pública que había tenido Washington (y también Alexander Hamilton, el prócer norteamericano a quien él más admiraba); escribió en su autobiografía que su generación y su clase social rehuían la política por considerarla vulgar: "Los hombres a quienes mejor conocí fueron los miembros de los clubes de la alta sociedad y los hombres de gustos cultivados y vida acomodada". Ellos le pedían que evitara la política y "me aseguraron que los hombres que conocería en ese ámbito serían desagrada-

bles y brutales, y difíciles de tratar. Les respondí que, si estaban en lo cierto, lo único que eso significaba era que la gente a la que conocía no pertenecía a la clase dirigente, y que la otra gente sí, y que mi intención era pertenecer a la clase dirigente".[839] ¿Pero era TR un miembro de esta clase? Disfrutaba del poder y de la lucha, pero tenía muchos otros intereses. Le gustaban los viajes y la caza mayor, y codearse con las figuras internacionales más destacadas. Fue el primer presidente que viajó al exterior, en concreto a Panamá, pero la Casa Blanca le resultaba restrictiva en muchos aspectos. Puede que haya sido él el autor del dicho: "Ganar la presidencia es condenarse a beber durante cuatro años vino de California" (que por entonces era todavía tosco). Le desagradaba mucha gente con la que se veía obligado por su cargo a confraternizar, en especial los hombres de negocios. Los consideraba timoratos, poco propensos a la aventura, y los llamaba "torpes" y "consentidos", o simplemente deshonestos.[840] En 1908, con sólo cincuenta años y la suficiente juventud para disfrutar de la vida, anunció que renunciaría al cargo con la condición de que el Partido Republicano le permitiera elegir a su sucesor. El partido aceptó.

William Howard Taft (1857-1930) fue una elección poco típica viniendo de un hombre como TR, y probó que no están errados quienes creen que no se debe permitir a un gran hombre elegir a su sucesor. Taft basó su campaña en los logros de la presidencia de Roosevelt y venció sin problemas al candidato demócrata Bryan, que el partido presentó a regañadientes por tercera vez, por 7.679.006 votos contra 6.409.106 y, en el colegio electoral, por 321 votos contra 162.[841] Mientras conducía rumbo a la Casa Blanca tras la ceremonia de toma de posesión, Taft le dijo a su esposa Helen, que era la que llevaba los pantalones en la familia: "Ahora que soy Presidente nadie va a estar llevándome de aquí para allá". Lo cierto es que nadie podía llevarlo de aquí para allá: pesaba más de 150 kilos y fue el presi-

dente más corpulento de la historia. Pero era Helen quien decidía sus pasos, y la idea de que su marido se metiera en política había sido solamente suya. Taft era un hombre sedentario y justo por naturaleza. Provenía de Cincinnati, el bastión principal del Partido Republicano. Había sido subsecretario de Justicia en la década de 1890, luego juez del circuito federal y un muy respetado gobernador general de las Filipinas. TR lo nombró secretario de Guerra y Taft cumplió sus órdenes. Llegó a la Casa Blanca para satisfacer los deseos de su esposa, pero casi inmediatamente después de alcanzar la presidencia ella se vio afectada por una enfermedad debilitante y ya no pudo seguir encargándose de los asuntos de su esposo.

Taft parecía ser la cara opuesta de los mediocres que habían ocupado cargos públicos en las largas y prósperas décadas que habían transcurrido entre Lincoln y Roosevelt, cuando el país parecía estar gobernado por los hombres de negocios. Con Taft en la presidencia, el país parecía gobernarse a sí mismo, mientras entraba principalmente en la era del automóvil y empezaba a asomar la era de la aviación. El modelo T de Ford ya se producía masivamente y se vendían cientos de miles de unidades, y el mismo Ford acuñó el primero de sus dichos ingeniosos: “El cliente puede tener un auto de cualquier color, siempre y cuando sea negro” (1909). Ese mismo mes, cuatro mujeres, Alice Huyler Ramsey, Nettie R. Powell, Margaret Atwood y Hermine Jahns se convirtieron en las primeras en conducir desde Nueva York hasta San Francisco en un pequeño coche Maxwell Biscoe que les costó 500 dólares. Mientras tanto, Cadillac desarrolló el primer motor de arranque automático eléctrico, que incorporó a sus modelos de 1912. Los hermanos Wright, pioneros de la aviación, fundaron la primera compañía pública, con un capital de 1.000.000 de dólares, dedicada a la producción de aviones. Norteamérica adquiría con rapidez una economía de produc-

ción en serie, con salarios elevados, alto consumo y mucha producción.

El papel de Taft parecía irrelevante, en especial a partir del momento en que los republicanos perdieron la mayoría en la Cámara de Representantes en las elecciones legislativas. Continuó poniendo en práctica las políticas de TR, a su manera. Superó su récord de juicios contra trusts por 80 contra 25 y destinó más tierras para el uso público en cuatro años que TR en ocho (incluso retiró de la venta las tierras ricas en petróleo por quinta vez). Pero, más allá de lo que hizo, parecía no hacer nada, y los votantes lo veían como una imagen escultural indeleble. En febrero de 1912 un grupo de siete gobernadores republicanos reunidos en Chicago decidieron ofrecer a Roosevelt la candidatura para las siguientes elecciones presidenciales. TR aceptó de buena gana, diciendo: "Espero que dentro de lo posible se dé al pueblo la posibilidad de expresar sus preferencias a través de elecciones primarias directas". Se refería al nuevo sistema de elecciones primarias que comenzó a aplicarse en Carolina del Sur en 1896 y redujo el poder de los líderes partidistas reemplazando las convenciones estatales por elecciones directas como mecanismo para elegir a los candidatos de cada partido. Este cambio se difundió en el Sur y en 1903 fue adoptado en Wisconsin, lo que por lo tanto hizo que un creciente número de estados del Norte siguieran sus pasos. Roosevelt pudo presentar su candidatura en trece elecciones primarias estatales en 1912, y resultó vencedor en todas menos en dos. Derrotó a Taft incluso en su propio estado, Ohio.[842]

Por lo tanto, cuando empezó la convención republicana sólo le faltaban 100 votos para obtener la candidatura, al menos en teoría. Pero los líderes del partido procedieron exactamente de la misma forma en que lo habían hecho en 1904 para favorecer a Roosevelt y llegaron al mismo resultado: el líder del partido y presidente en ejercicio volvió a ser nominado. TR dijo que esto

fue “un robo descarado” y retiró su apoyo al partido. En agosto organizó una convención del Partido Progresista en Chicago y declaró que estaba “fuerte como un alce”, “descarnado” y “listo para pelear”. TR llamaba a su doctrina “el nuevo nacionalismo”. Propuso regular los negocios por medio de una comisión federal de comercio con facultades extraordinarias, para que una comisión objetiva terminara de una vez por todas con las disputas en torno a los aranceles aduaneros estableciéndolos “sobre una base científica”, y para achicar la brecha entre los ricos y los pobres graduando el impuesto sobre las ganancias y los impuestos sobre la herencia. Estas ideas eran populares y TR era un experto en proselitismo electoral. Incluso llegó a aparecer en una fotografía de campaña cruzando un río montado sobre su alce favorito. Venció a Taft con facilidad por 4.119.582 votos contra 3.485.082, y obtuvo 88 votos en el colegio electoral contra los apenas 8 de Taft. Pero TR había hecho que el mayoritario electorado republicano se dividiera en dos, lo que por lo tanto permitió al partido de la minoría vencer en las elecciones con 6.293.120 votos. Era una cifra considerablemente menor que la que Bryan consiguiera en 1908, pero como los republicanos estaban divididos y perdían un estado del Norte tras otro, los demócratas lograron obtener nada menos que 435 votos en el colegio electoral. Por lo tanto, su candidato, Woodrow Wilson, llegó a la presidencia y una nueva era comenzó.[843]

SEXTA PARTE
"LA PRIMERA NACIÓN INTERNACIONAL".
Norteamérica, crisol de razas, 1912-1929

La presidencia de Woodrow Wilson (1856-1924) es una de las grandes divisorias de aguas de la historia norteamericana. Hasta ese momento, Estados Unidos se había concentrado casi exclusivamente en desarrollar sus inmensos recursos naturales mediante una meritocracia autocreada y autor reclutada. Los estadounidenses disfrutaban de una sociedad *laissez-faire* totalmente libre de restricciones pero con limitaciones a la libertad económica impuestas por su fe en un código moral dictado por Dios más que en un código gubernamental diseñado por el hombre. El crecimiento del populismo rural, el aumento de los escándalos por casos de corrupción, la aparición del progresismo de clase media en las grandes ciudades y, de igual importancia, el reformismo romántico y el nacionalismo altruista de Theodore Roosevelt, eran todos síntomas premonitorios de cambio. Y, con Wilson, los cambios comenzaron a tomar forma, impulsados y acelerados por la fortuita intervención de Estados Unidos en una catastrófica guerra mundial que destruyó la antigua Europa para siempre.[844]

Wilson descendía de calvinistas escoceses e irlandeses por ambas ramas de su familia. Sus antepasados echaron profundas raíces en el Sur y, hablando con precisión, Wilson era un virgi-

niano, con todo lo que ese término implica. El Sur le corría por la sangre y crujía en sus huesos y a veces —no siempre— se le subía a la cabeza.[845] Pero, por educación, temperamento y formación propios tenía bastante de anglonorteamericano. Una vez dejó escapar la frase de que pretendía obtener resultados jeffersonianos a través de medios hamiltonianos: un comentario revelador. El estadista que más admiraba era el gran reformista liberal William Ewart Gladstone, que también era un escocés de Liverpool con antepasados calvinistas. Su mentor intelectual era el banquero y editor Walter Bagehot, un hombre sabio y mundano que durante muchos años dirigió el *Economist* y que escribía con una prosa diáfana y relajada que Wilson trataba de imitar. El calvinismo de Wilson era profundo.

Sin embargo, la familia de Wilson se destacaba tanto por sus conocimientos, sus amplias lecturas y su incomformismo como por el calvinismo, y en su formación hubo continuos elementos liberales. Seguía siendo demasiado sureño como para hacer algo a favor de los negros —todo lo contrario— pero estaba casi completamente exento de prejuicios religiosos. Joseph Patrick Tumulty (1879-1960), secretario de Wilson mientras éste fue gobernador y más tarde presidente, y quizá su consejero más cercano, era un devoto católico romano, lo que causó cierto escozor en esa época. Y Wilson, a pesar de una oposición feroz, consiguió, en 1916, que el abogado bostoniano Louis Brandéis fuera el primer judío miembro de la Corte Suprema. Por su parte, Brandeis, después del primer encuentro que tuvo con Wilson, en 1912, comentó que éste "posee todas las cualidades de un presidente ideal: fuerte, sencillo y sincero, capaz, de mente abierta, dispuesto a aprender y a reflexionar".[846]

Es importante destacar ese elogio frente a la habitual imagen de un Wilson inflexible y arrogante. Pero la verdad es que había numerosos Wilson, así como había muchos Jefferson. No exactamente esquivo, aunque hombre de dos caras, fue la personali-

dad más compleja que estuvo al frente de la Casa Blanca. Para empezar, no era, como podría suponerse a partir de su carrera madura, un ejemplo del impulso inexorable que su contemporáneo Max Weber había definido poco antes (1905-1906) como la "ética protestante" que surge del "pánico de la salvación". Wilson ni siquiera aprendió a leer hasta los nueve años de edad. Quizá fuese disléxico. Lo más probable es que fuese haragán y que no tuviera motivación.

Ingresó en la vida académica exactamente en el momento justo. La universidad norteamericana estaba madurando y había comenzado un período de expansión y progreso sin precedentes. En Harvard, Charles William Elliot (1834-1926), matemático y químico, que en 1869 había comenzado su período de cuarenta años como rector, transformó la universidad, amplió y mejoró los cursos, fundó escuelas de posgrado, estableció programas de intercambio docente con Francia y Alemania, desarrolló un "sistema electivo" de cursos de grado en los que los estudiantes participaban en sus propios currículos, terminó con el sectarismo en los estudios de teología e introdujo el profesionalismo en el derecho y la medicina y, lo que es igualmente importante, fundó Radcliffe (1879) como un anexo para mujeres. Seth Low (1850-1916), ex intendente de Brooklyn y futuro intendente de Nueva York, hizo de Columbia, donde había sido rector entre 1890 y 1901, una enorme maquinaria de saber. En Johns Hopkins, establecimiento en el que Wilson fue docente, Daniel Coit Gilman (1831-1908), después de revolucionar la enseñanza científica en Yale, introdujo, cuando fue su primer rector, las buenas tradiciones de la erudición alemana y construyó una de las mejores facultades de posgrado del mundo. Las universidades para mujeres, como Bryn Mawr, fundada en 1880 cerca de Filadelfia como el primer establecimiento no sectario de educación superior femenina, estaban rápidamente capacitando a las mujeres para casi todas las profesiones. Wilson

también dio clases allí y demostró tener una admirable capacidad para hacer entrar a las mujeres no sólo en los círculos académicos sino también en amplios campos de la vida laboral activa que hasta entonces les estaban vedados.[847]

Wilson no se contentaba sólo con enseñar: escribía de manera prolífica. El crecimiento de las universidades, así como la variedad de temas que se enseñaban, produjo una voraz demanda de libros de texto, editoriales especializadas y compiladores expertos de manuales. No sería exactamente cierto decir que Wilson inventó la política como materia. Pero la puso de moda y le suministró gran parte del material de trabajo. Se hizo conocido con una extensa tesis de graduación (fue uno de los primeros en utilizar de manera eficaz este sistema como una catapulta para lanzar su carrera política) llamada *Congressional Government* (Gobierno del Congreso) de 1885, que aún se sigue publicando, pasados casi ciento veinte años. La continuó con un número de obras muy alabadas y varias veces reeditadas, como *The State: Elements of Historical and Practical Politics* (El Estado: elementos de política práctica e histórica) (1889), las cinco partes de *History of the American People* (Historia del pueblo norteamericano) (1902) y *Constitutional Government in the United States* (Gobierno constitucional en los Estados Unidos) (1908). Se convirtió, en gran medida, en el Bagehot de Norteamérica.[848]

Durante esos años, Wilson llegó a la conclusión de que el sistema norteamericano de gobierno, aunque era el mejor del mundo, podía mejorarse. Una forma de hacerlo, pensó, sería a través de la modernización y purificación de las academias norteamericanas, y de su transformación en un seminario nacional para la preparación de jóvenes idealistas que aspiraban a trabajar para el Estado. En 1890, cuando se sumó a la plantilla docente de Princeton, de donde era un devoto ex alumno, fue convenciéndose gradualmente de que se necesitaban cambios

fundamentales, y esa convicción lo llevó a dirigir ese establecimiento. Antes de que Wilson ocupara el cargo de rector, en 1902, Princeton era una antigua institución de Nueva Jersey que se destacaba principalmente en la preparación de clérigos presbiterianos. Los vigorosos intentos de Wilson de convertirla en la universidad más importante de Estados Unidos —y del mundo—, que de ninguna manera pueden considerarse infructuosos, se vieron definitivamente frustrados por lo que él veía como un ejercicio maligno del poder del dinero. Sus planes de grandeza encontraron oposición, y sus oponentes supieron convencer a ex alumnos pudientes de que aportaran enormes donaciones con condiciones hábilmente pensadas para hacer ineficaz la filosofía educativa de Wilson.[849]

Las tremendas luchas internas de Princeton, que en 1910 provocaron la renuncia de Wilson, hicieron que éste dejara de limitarse a estudiar política y se convirtiera en un participante activo del juego, en el que demostró una destreza asombrosa. Otra vez eligió bien su momento. En 1910, el regreso de Roosevelt a la actividad política introdujo, como hemos mencionado, un período de confusión en los partidos del que se beneficiaron los demócratas en general y Wilson en particular. En menos de tres años, este austero rector de una universidad presbiteriana, que había compilado *Congressional Government* sin haber pisado el Capitolio una sola vez, se instaló —después de un tiempo como gobernador de Nueva Jersey— en la Casa Blanca. También en la política estatal Wilson aprovechó una tendencia. Los caciques políticos locales habían gozado de poder absoluto desde la guerra civil, pero, en los años anteriores al surgimiento de Wilson, algunos caudillos como Richard Croker de Tammany Hall, Abe Ruef de San Francisco, T. C. Platt del estado de Nueva York y Matthew Stanley Quay de Filadelfia habían perdido sus plumas. La política de Nueva Jersey era particularmente escuálida, pero los caudillos demócratas estaban

comenzando a asustarse y pensaron que un rector distinguido y aparentemente incorruptible como Wilson les aportaría un buen camuflaje y un poco de clase. Entonces lo nombraron gobernador. Pero ese hombre de quien creyeron que sería un títere magnánimo se convirtió en su amo absoluto, desplegando en el proceso un talento para las intrigas, las maniobras y las artimañas de alto nivel —así como un buen sentido del equilibrio entre el idealismo y la *realpolitik*— que los dejó amargados pero indefensos.[850]

El éxito de Wilson como gobernador de Nueva Jersey, junto con el prestigio que se aseguró cuando instaló un régimen honesto en un estado notoriamente corrupto, lo convirtieron en un candidato inesperado y poderoso para la nominación presidencial por el Partido Demócrata en 1912.

La llegada de Wilson a la Casa Blanca en 1913 fue un perfecto ejemplo de la frase de Victor Hugo: “Nada es más poderoso que una idea a la que le llegó su momento”. Desde la guerra civil, Estados Unidos se había convertido de lejos en el país más rico del mundo, con una economía industrial que hacía que todas las demás parecieran pequeñas en comparación, y en gran medida lo había logrado gracias a los esfuerzos no coordinados de miles de emprendedores individuales. Existía la creciente sensación de que era hora de que la comunidad como un todo, utilizando los recursos de la Constitución de Estados Unidos, impusiera un poco de orden en este nuevo gigante y lo vistiera con ropas adecuadas, con la etiqueta de “el interés público”. Theodore Roosevelt ya había provisto algunas de esas ropas, y Wilson se las robó alegremente. Y, bajo las órdenes del despreciado presidente Taft, el Congreso, alentado por la Casa Blanca, había aprobado dos enmiendas constitucionales, la Decimosexta y la Decimoséptima, ambas ratificadas y convertidas en ley

en 1913. La primera autorizaba un impuesto federal sobre las ganancias, y de esa manera ponía en manos de Washington un poder fiscal que, durante los ochenta años siguientes, sería utilizado sin escrúpulos, con un impacto cada vez más abrumador. La segunda democratizó el Senado cuando estipuló que los senadores debían ser elegidos directamente por el pueblo en vez de indirectamente por las legislaturas estatales. Eso fue parte de un proceso por medio del cual cambios institucionales tales como las elecciones preliminares quitaron poder a las maquinarias y a los líderes partidistas y se lo devolvieron a los votantes.[851]

Esas modificaciones de la Constitución, así como el hecho de que tanto la Cámara de Representantes como el Senado estuvieron en manos de los demócratas, quitaron los obstáculos para uno de los programas legislativos más amplios puestos en vigor durante una sola presidencia en la historia de Estados Unidos.

Wilson también tenía una camarilla, presidida por Tumulty, pero cuyo miembro más importante, el coronel Edward Mandell House (1858-1938), era sólo un consejero semioficial. House era un texano que había impulsado la nominación de Wilson y que luego se convirtió en un gran soporte financiero. Tenía la costumbre de trasladarse desde Nueva York para quedarse conversando con el presidente hasta bien entrada la noche, complotando y discutiendo. Otro miembro cada vez más importante era un joven doctor naval, el capitán Cary T. Grayson (1878-1938), a quien Wilson convirtió en su asistente médico, y en mucho más.[852]

En cualquier caso, ninguna Administración en la historia norteamericana tuvo un mejor comienzo que la de Wilson. La entrada en vigor de su programa trajo una revolución de mentalidad, no sólo por parte del Partido Demócrata sino también entre la intelectualidad progresista en general. Tardó mucho en llegar, pero bajo el mandato de Wilson se llevó a cabo en pocos años. A principios del siglo XIX y durante mucho tiempo, las

fuerzas radicales y democráticas de la sociedad norteamericana (y no sólo en Estados Unidos; el mismo patrón puede observarse en Gran Bretaña) trataron de limitar el papel del Gobierno. Una fuerte presión impositiva, en especial a través de dispositivos como los impuestos personales sobre las ganancias, se veía como una conspiración para robar dinero a la población trabajadora y repartirlo entre las élites de funcionarios. Un banco central era un mecanismo para otorgar privilegios a una plutocracia bancaria. En cierta medida, ese punto de vista sobrevivió a la guerra civil, en la que un Gobierno federal republicano obtuvo enormes poderes para destruir los derechos de los estados. Pero no sobrevivió al veloz crecimiento de los grandes negocios y del poder empresarial de las décadas siguientes. Poco a poco, la intelectualidad progresista y el grueso del Partido Demócrata comenzaron a considerar que un Gobierno federal fuerte, con amplios poderes de intervención, sería un defensor del hombre y la mujer comunes contra los excesos del poder empresarial. La noción del sector público (es bueno, necesita expandirse) como algo opuesto al sector privado (potencialmente malo, necesita ser vigilado y regulado) comenzó a dominar las mentes de los "benefactores". Con ese propósito, era necesario que el Estado aumentara sus ingresos. Por lo tanto, un impuesto personal sobre las ganancias, en especial si tenía características progresistas y era redistributivo, a la vez que una fuente de ingresos estatales, se convertía en una institución deseable.

Wilson fue el primero en presentar a Estados Unidos un Gobierno grande y benevolente. No debemos exagerar el alcance de la revolución que llevó a cabo. Tampoco debemos creer que todas sus acciones, y las del Congreso, incrementaron el poder del Gobierno. En su primer año como presidente, por ejemplo, La Ley Underwood de Aranceles invirtió la tendencia proteccionista de los republicanos de los sesenta años anteriores, que eliminó los impuestos pensados para proteger intereses creados

de la industria y de esa manera redujo los precios para la mayoría. Pero, el mismo año, se creó el sistema de la Reserva Federal para ordenar el mercado monetario estadounidense y para suministrar un mecanismo que permitiera controlar el crédito centralmente y manejar las crisis cuando éstas se produjeran; o, mejor aún, asegurarse de que no se produjeran. Que los demócratas establecieran un banco de reserva era una vuelta atrás respecto de todo lo que Andrew Jackson había defendido. Pero para 1913 prácticamente todos aceptaban que era necesario. La creación de la Reserva Federal era apenas el comienzo de una historia larga de sucesivos intentos para evitar que la economía más grande del mundo perdiera el control.[853]

Al año siguiente, 1914, la Administración de Wilson, en colaboración con el Congreso Demócrata, estableció la Federal Trade Gommission (Comisión Federal de Comercio), un organismo independiente de cinco miembros designados por el presidente por períodos de siete años. La comisión tenía la facultad de exigir informes anuales a las empresas y de investigar las prácticas comerciales. Se le otorgó el poder reglamentario de investigar y controlar las prácticas monopolistas, de evitar la adulteración y la falsificación de marcas, de frustrar el surgimiento de combinaciones formadas para fijar precios mayoristas o mantenerlos y de dar a conocer las solicitudes falsas de patentes. Estaba pensada más como un organismo de prevención que de castigo y se le asignó la facultad de emitir órdenes de "cesar y desistir" a las compañías descarriadas. En 1920 la comisión ya había emitido casi cuatrocientas de esas órdenes, y había demostrado (o así se decía) ser un éxito. La tarea de ese organismo se complementó, también en 1914, con otro estatuto, la Ley Contra los Trusts Clayton, que cubrió los huecos de la Ley Sherman y también eximió a los sindicatos de algunas de las cláusulas contra los trusts, lo que llevó a Samuel Gompers a saludarla como "la carta de libertad del movimiento trabaja-

dor". Suele decirse que esas dos leyes "pusieron fin a la era de los 'barones ladrones'", pero la verdad es que esa época ya estaba terminando o, de hecho, ya había finalizado, ya que el tamaño de la economía norteamericana, y el grado de competencia natural, hacían que los acorralamientos y los monopolios y los oligopolios fueran cada vez más difíciles de establecer o, al menos, de mantener durante mucho tiempo.[854] Pero es cierto que la Ley Clayton facilitó la competencia y que la comisión, además de perseguir a los malhechores económicos obvios, dio al público la tranquilidad de que el mundo financiero contaba con un comisario que lo vigilaba y que, en cierta manera, la economía tenía su propia policía.

La Administración de Wilson tampoco se olvidó de los granjeros ni de los trabajadores industriales. La Ley Federal de Préstamos Granjeros (1916), que estableció créditos agrarios baratos, y la Ley Adamson, que introdujo la jornada de ocho horas, fueron la compensación para estos dos grupos vitales de votantes de Wilson y del Partido Demócrata. La jornada laboral de ocho horas fue diseñada para evitar una huelga ferroviaria, y se suponía que debía aplicarse en especial a los trabajadores de ese gremio. Pero se convirtió en una referencia para toda la industria. Nótese, sin embargo, que Wilson ni siquiera trató de introducir el Estado del bienestar en su versión primitiva, que consistía principalmente en pensiones para los ancianos y que David Lloyd George y Winston Churchill estaban construyendo en Gran Bretaña en ese momento. Para ello hubo que esperar hasta la década de 1930, o incluso después. Pero el Gobierno federal aprovechó rápidamente la Decimosexta Enmienda para recaudar el impuesto sobre las ganancias que en 1913 se estableció en un 1 por ciento de las ganancias netas imponibles sobre 3.000 dólares (4.000 en el caso de los matrimonios), porcentaje que se elevaba gradualmente hasta la tasa máxima del 7 por ciento para las ganancias superiores a 500.000 dólares. Wall

Street lo atacó aduciendo que era una legislación clasista, y, en cierto sentido, lo era. Más aún, el estallido de la primera guerra mundial demostró las temibles posibilidades del nuevo impuesto, cuyas tasas crecieron casi verticalmente hasta el 77 por ciento, algo completamente nuevo en la historia de Estados Unidos.

De hecho, fue el impacto de la guerra, incluso más que el programa legislativo y administrativo previo de Wilson, lo que ayudó a construir la gran divisoria histórica de aguas en la manera en que se gobierna en Estados Unidos. Y el hombre común a ambas fases, aparte de Wilson, era McAdoo. Por cierto, quizá sea correcto considerarlo como una figura clave en la historia norteamericana del siglo XX que jamás obtuvo lo que se merecía en el ruedo político de su época, ni el reconocimiento histórico que debía haber recibido.[855] William McAdoo nació en 1863, el mismo año en que el desastre de Gettysburg llegó a su ciudad natal, Marietta, Georgia. Estudió en la Universidad de Tennessee, se graduó cómo abogado y no tardó en dedicarse a la promoción de empresas, especialmente de automóviles. Como sureño, le parecía inútil acudir a Wall Street en busca de dinero, y cuando su iniciativa falló por falta de fondos, se trasladó personalmente a la ciudad de Nueva York. En ese momento pasó a llamarse William Gibbs McAdoo. Al igual que Lincoln, era de una estatura inmensa (un metro ochenta y ocho), larguirucho, desgarbado, explosivo y voluble, pero usaba trajes negros y silencios ensayados. Demostró ser un experto en obtener ganancias de compañías en quiebra, en especial en el área ferroviaria, y construyó, o en realidad terminó, los túneles del Hudson, que unen Manhattan y Nueva Jersey por debajo del río. Se montó en la cresta de la ola populista en una época (1911) en que las amas de casa manifestaban en las calles contra el aumento del precio de la carne, en que el maligno incendio de la fábrica Triangle Shirtwaist había causado indignación pública y en que Cornelius Vanderbilt se había ganado el aborrecimiento al

declarar "al diablo con el público" (a él no le interesaban más que los accionistas). McAdoo era un hombre de los que preferían "complacer al público". Su línea ferroviaria atendía las demandas del público. Aprovechó la oportunidad de agrupar distintas tendencias impopulares para echar la culpa de todas ellas al monopolio de Wall Street sobre el crédito y sumar un argumento a la causa del Sur. Elogió a Wilson por ser el primer sureño elegido presidente desde Zachary Taylor en 1849. El 17 de diciembre de 1912 fue un gran día para McAdoo porque Wilson dio una conferencia frente a 1.200 miembros de la Sociedad Sureña, la red neoyorquina de caballeros del Sur que se reunían todos los años en el salón de baile del Waldorf en la fecha del cumpleaños de Washington. Fue el primer presidente originario del Sur que se dirigía a ellos desde 1885, año de la fundación de la sociedad. Pero era un Sur diferente. Los miembros de la Sociedad Sureña no se olvidaron de vitorear el nombre de Lincoln, a quien McAdoo llamó "el hombre más grande jamás creado por Dios". El eslogan de Wilson era: "¡El seccionalismo ha muerto!". Los dos sostenían que Sherman le había hecho un favor al Sur destruyendo la sociedad de las plantaciones y abriendo el camino del desarrollo capitalista: era un argumento válido, aunque en realidad no comenzó a producir resultados hasta la década de 1950.[856]

McAdoo ha sido proclamado como "el más grande secretario del Tesoro de Estados Unidos desde Alexander Hamilton", y fue un verdadero federalista en el sentido de que trasladó el sistema monetario de Wall Street a Washington. Analizó la investigación de la Committee on Banking and Currency (Comisión de Bancos y Divisas) de la Cámara de Representantes, dirigida por Arsene Pujo de Luisiana, y en particular el interrogatorio a J. P. Morgan. La comisión descubrió que un grupo de bancos neoyorquinos poseía 341 puestos en los directorios de 112 empresas de un valor superior a los 22.000 millones. Morgan ase-

guró ante la comisión que su criterio para juzgar a quién otorgaba un crédito no dependía de su riqueza sino de su personalidad: “Un hombre en quien no confío no podría obtener préstamos (de los bancos) contra todos los bonos de la cristiandad”. En los hechos, Morgan había sido el banquero central. Pero lo que McAdoo logró al crear la Reserva Federal no fue sólo un desplazamiento geográfico de Nueva York a Washington sino la descentralización del sistema, con doce bancos regionales encabezados por doce ejecutivos nominalmente independientes tanto del Tesoro como de los banqueros. Fue, según sus propias palabras, “un golpe en el plexo solar del monopolio monetario”. [857]

Por cierto, había megalomanía y egoísmo en Wilson, vanidosa arrogancia y presunción bajo la máscara de la rectitud, que siempre estuvo presente y que creció con el ejercicio del poder. El grande y bondadoso Wilson fue corrompido por el poder y, cuanto más obtenía, más profundamente se enquistaba la corrupción como ácido en su alma. Pero existen, como siempre pasa, en el caso de Wilson, complejidades. También se caracterizaba por un cierto hedonismo, un toque sureño. August Heckscher, el más reciente biógrafo de Wilson, ha rastreado las etapas a partir de las que el Thomas Wilson original, a quien todos conocían como Tommy, se convirtió primero en Thomas W. Wilson, luego en T. Woodrow Wilson y finalmente en la deidad jupiteriana Woodrow Wilson. El Wilson maduro, estricto, reservado, casi imponente, hombre de principios, incorruptible y olímpico era, hasta cierto punto, una construcción que surgía de una figura más temprana y más llamativa, que no tenía miedo de que lo consideraran un seguidor de la moda. Heckscher exhumó un memorando en el que el joven Wilson hacía un inventario de su guardarropa y catalogaba ciento tres artículos, incluidos varios pares de botines, pantalones color perla y un chaleco azul. El Wilson de esa época era ruidoso, bromea-

ba, cantaba y contaba historias de manera brillante. Hasta su segundo mandato presidencial, Wilson conservó ese último don: además de Lincoln y Reagan, él fue el presidente que utilizó con más eficacia el recurso de relatar cuentos apropiados y divertidos.[858]

Ese Wikon alegre, sin embargo, desapareció para no regresar jamás cuando el inmenso y horroroso conflicto de Europa terminó también por absorber a Estados Unidos. La Gran Guerra de 1914-1918 fue la tragedia primigenia de la civilización mundial moderna, la razón principal por la que el siglo XX se transformó en una época tan desastrosa para la humanidad. Estados Unidos se convirtió en una gran potencia en las décadas posteriores a la guerra civil, e incluso en una potencia imperial en 1898. Pero aún no era una potencia mundial, en el sentido de llevar a cabo tratos regulares con las principales naciones europeas, conocidas como “las potencias” y de participar en sus arreglos diplomáticos. Estados Unidos no era un poder aislado —y podría decirse que jamás, en ninguna época, fue aislacionista— y siempre había realizado tratos globales desde su concepción republicana. Pero se había mantenido a prudente distancia de las disputas internas de Europa (como Gran Bretaña hasta 1903), y bien lejos tanto de la *Entente Cordiale* de Gran Bretaña y Francia —con sus conexiones, a través de Francia, con la Rusia zarista, una autocracia antisemita que la mayoría de los norteamericanos aborrecía— como de la alianza militarista, teutónica y hasta cierto punto racista de las potencias de Europa Central, los Imperios germánico y austrohúngaro.

No existían disputas entre Estados Unidos y Alemania: todo lo contrario. Ya en 1785 Estados Unidos había negociado un tratado comercial con Prusia, en una época en que los inmigrantes de origen alemán constituían el 9 por ciento de la po-

blación. Los prusianos respaldaron a la Unión durante la guerra civil y Estados Unidos aprobó el surgimiento de una Alemania unida. Pero desde la década de 1870 en adelante, las rivalidades económicas, comerciales, coloniales e incluso navales pusieron en peligro las relaciones germanonorteamericanas, en especial en el Pacífico. Hubo una fuerte discusión respecto de Samoa, que no terminó hasta que, en 1899, se dividió el territorio, y que dejó un legado de sospechas. Norteamérica comenzó a sentir aversión por Alemania exactamente por las mismas razones que tenían los británicos: la arrogancia e ingenua insistencia con que los alemanes, jugadores rezagados en el colonialismo y el poder naval global, buscaban su propio "lugar bajo el sol". En 1898, por ejemplo, los norteamericanos interpretaron la presencia de un poderoso escuadrón naval alemán cerca de las Filipinas como prueba de sus intenciones sobre las islas. Durante el creciente antagonismo anglogermano de 1900-1914, la Relación Especial entre Gran Bretaña y Estados Unidos operó poderosamente en favor de Gran Bretaña. Resulta significativo que, en 1902, cuando tanto Alemania como Gran Bretaña castigaron a Venezuela por no reconocer su deuda externa, la Administración del presidente Roosevelt criticara a Alemania por violar la Doctrina Monroe pero no a Gran Bretaña.[859]

De todas maneras, en un primer momento no se pensaba que Estados Unidos participaría en la guerra. El 4 de agosto, inmediatamente después de que estallara, Wilson emitió una proclama de neutralidad. Dos semanas después instó a los norteamericanos a que fueran "imparciales tanto en acción como en pensamiento". No había duda sobre la sinceridad de su pacifismo durante esa etapa.

Sin embargo, aunque físicamente no formaba parte de Europa, Estados Unidos era el litoral occidental del continuo oceánico que lo convertía en un componente integral de la comunidad del Atlántico Norte. Fue el Atlántico lo que arrastró a Esta-

dos Unidos a las guerras bonapartistas, como hemos visto, y fue el Atlántico lo que finalmente convirtió a Estados Unidos en una potencia beligerante involuntaria en el conflicto suicida de Europa. Al declarar la guerra a Alemania, Gran Bretaña impuso de inmediato un bloqueo contra el comercio alemán, lo que tuvo consecuencias insoslayables para Estados Unidos. En 1916 el comercio norteamericano con Alemania había descendido a menos del 1 por ciento de su valor de 1914. En el mismo período, el comercio norteamericano con Gran Bretaña (y también con sus aliados, Francia y, desde 1915, Italia) creció a más del triple. Mientras que Gran Bretaña había aprendido la lección de la guerra de 1812 y había impuesto regulaciones comerciales de manera tal que causaran el menor daño posible a las relaciones anglonorteamericanas, las acciones belicosas de los submarinos alemanes tuvieron un efecto catastrófico en la opinión norteamericana sobre Alemania, al menos entre la gente común. El 7 de mayo de 1915 un submarino alemán hundió sin previo aviso el buque británico de pasajeros *Lusitania* en el Atlántico Norte. Era un crimen internacional sin precedentes ni circunstancias atenuantes. Casi 1.200 pasajeros perecieron ahogados, 128 de los cuales eran norteamericanos.

En retrospectiva, fue un pretexto claro y adecuado para que Estados Unidos entrara en guerra, y, de esa manera, la acortara o, incluso, la hiciera llegar a un final, negociado. Pero Wilson quedó satisfecho con la promesa de los alemanes de que ese tipo de atrocidades jamás volverían a darse. De hecho, basó su campaña electoral de 1916 en un programa de neutralidad, contra un formidable oponente, Charles Evans Hughes (1862-1948), un ex gobernador de Nueva York que renunció como magistrado adjunto de la Corte Suprema para presentarse a las elecciones. Fue un resultado reñido. Wilson obtuvo 9.129.606 votos contra los 8.538.221 de Hughes, una mayoría de menos de 600.000 (inferior al número de votos irlandeses en Nueva York

solamente) y el margen del colegio electoral fue apenas de 277 a 254.[860]

Sin embargo, inmediatamente después de las elecciones, la creciente desesperación del Gobierno alemán llevó a éste, el 21 de enero de 1917, a declarar una guerra submarina sin restricciones contra todas las embarcaciones, neutrales o beligerantes, destinadas a Gran Bretaña, y eso provocó casi de inmediato una asombrosa matanza de marineros y pasajeros civiles en las líneas marítimas del Atlántico. Wilson rompió relaciones diplomáticas con Berlín pero se negó a solicitar al Congreso una declaración de guerra a menos que tuvieran lugar lo que él llamaba "acciones reales y manifiestas" contra ciudadanos y propiedades de Estados Unidos. Eso sucedió en los meses de febrero y marzo, cuando los submarinos alemanes hundieron un gran número de buques norteamericanos. El 2 de abril, Wilson solicitó al Congreso la declaración de guerra, y el día 6 el Congreso accedió.[861]

Wilson jamás consideró Estados Unidos cobeligerante, ya que eso hubiera sido admitir que se había equivocado al no involucrarse antes en la guerra. Declaró que Estados Unidos de América era una "potencia asociada", y sus propios objetivos de guerra, establecidos en los Catorce Puntos del 8 de enero de 1918, en un desesperado intento de último momento de evitar que Rusia se sumara al conflicto, eran no punitivos y completamente diferentes de los de las potencias de la entente. De todas maneras, la Administración Wilson encaró la guerra de manera vigorosa, por no decir entusiasta. Wilson era un hombre que jamás rehuía el uso de la fuerza si creía, como lo hacía siempre, que tenía la justicia moral de su lado. Utilizó las fuerzas norteamericanas en el Caribe y en América Central con más frecuencia que cualquier otro presidente, anterior o posterior. Invadió México dos veces: en 1914, cuando envió a los marines a Veracruz después de una gresca que causó el arresto de marineros

norteamericanos, y por segunda vez en 1916 cuando, siguiendo sus órdenes, el general John J. Pershing (1860-1948) persiguió al líder revolucionario mexicano Pancho Villa hasta su propio país después de que atacara Nuevo México. Ese fue un asunto serio, que causó muchas bajas y una profunda penetración en el territorio mexicano, y las tropas norteamericanas no se retiraron hasta febrero de 1917. Wilson era un hombre agresivo que podía volverse vengativo si se enojaba.

La política de guerra de Wilson tenía cuatro aspectos, cada uno despiadado a su manera. El primero era la propaganda. De los 32 millones de norteamericanos nacidos en el extranjero o hijos de extranjeros, 10 millones tenían lazos con las potencias centrales. Wilson estableció la Committee on Public Information (Comisión para la Información Pública), encabezada por el periodista George Creel (1876-1953), quien reclutó a 75.000 portavoces, "hombres de cuatro minutos", para que dieran discursos cortos sobre la guerra durante los intervalos de los espectáculos teatrales y en ocasiones semejantes, para que distribuyeran 100 millones de panfletos en distintos idiomas, para que hicieran filmes, tales como *El Kaiser: la bestia de Berlín* y para que llevaran a cabo exhibiciones de "las cosas espantosas" cometidas por los "bárbaros hunos". La hamburguesa fue reemplazada por "el bocadillo de la libertad"; el chucrut por "el repollo de la libertad". Se prohibió tocar música alemana y enseñar alemán, y se alentaron muchas manifestaciones privadas en contra de la cultura germánica. Segundo, se realizaron importantes cambios en la Administración que implicaban nuevas filosofías de gobierno, en especial a cargo de McAdoo y bajo el mando de éste, que fundó un imperio burocrático personal con el nombre de War Finance Corporation (Sociedad para el Financiamiento de la Guerra). Se trataba de una continuación del programa de preguerra de Wilson por otros medios: la guerra. Por cierto, durante este período, se pusieron en movimiento muchas activida-

des gubernamentales federales, que se hicieron clandestinas (o se cancelaron) en la década de 1920 y volvieron a emerger con el New Deal de Roosevelt, hasta formar parte permanente del sistema norteamericano. Con McAdoo, el coste de la primera guerra mundial para el Gobierno federal fue diez veces más alto que el coste de la guerra civil y más del doble que el de todo el funcionamiento del Gobierno federal desde 1789, año de su concepción. El coste final directo para Estados Unidos fue de aproximadamente 112.000 millones de dólares, sin contar los 10.000 millones de libras en préstamos del Tesoro norteamericano a los Gobiernos aliados. Como consecuencia, Hacienda se convirtió, por primera vez, en un factor decisivo en la vida de los ciudadanos norteamericanos.[862]

Como Wilson había anticipado, la guerra conllevó una dramática reducción de las libertades nacionales y fue un significativo elemento de compulsión. Ese fue el tercer aspecto importante de los esfuerzos bélicos de Wilson. La Ley de Espionaje del 15 de junio de 1917 (corregida por la Ley de Sedición del 16 de mayo de 1918) dio a las autoridades la facultad de procesar a muchos pacifistas y miembros de grupos de izquierda tales como la IWW y el Partido Socialista. La Corte Suprema sostuvo la constitucionalidad de esta ley draconiana en el caso "Schenk vs. Estados Unidos" (1919). Al mismo tiempo, la Ley de Servicio Selectivo del 18 de mayo de 1917, que fue declarada constitucional en el caso "Arver vs. Estados Unidos" (1918), obligó a más de 23.900.000 hombres a incorporarse al servicio.

El cuarto aspecto de la política de guerra de Wilson fue una intervención masiva en el conflicto para asegurarse de que Estados Unidos desempeñara un papel predominante en la reestructuración del mundo una vez que los alemanes fueran derrotados. En enero de 1917, el Ejército de Estados Unidos contaba con 200.000 hombres. A fines de la guerra, los esfuerzos de Wilson lo habían ampliado a más de 4 millones: la mitad se

alistó en la Fuerza Expedicionaria norteamericana y el 75 por ciento participó en combates reales. El Primer Ejército norteamericano se formó en Francia en agosto de 1917 y se hizo cargo de un sector del frente occidental, cerca de Verdun, donde las fuerzas francesas se encontraban desmoralizadas y a punto de amotinarse. El armisticio provisional que Lenin y Trotsky firmaron con los alemanes a comienzos de 1918 hizo posible que Alemania comenzara a transferir divisiones del frente oriental al occidental, y el 21 de marzo de 1918 se lanzó una ofensiva devastadora que atravesó los ejércitos de Francia y Gran Bretaña y permitió que las fuerzas alemanas volvieran a atravesar el Marne. Dadas las circunstancias, los británicos aceptaron combatir bajo el mando de un comandante supremo del Ejército francés, el mariscal Foch. El general Pershing, que tenía órdenes de convertir la Fuerza Expedicionaria norteamericana en "un componente diferente y separado" dentro del conflicto, permitió que las unidades del Ejército y la Armada se unieran bajo el mando aliado. De esa manera, ayudó a detener el avance alemán, y en agosto de 1918 los aliados pasaron a la ofensiva. Entonces Pershing tuvo la oportunidad de desplegar sus formidable recursos, que crecían velozmente, como un comando separado, tanto en la campaña de St. Mihiel, del 12 al 16 de septiembre, como en la ofensiva de Meuse-Argonne, lanzada el 28 de ese mismo mes, en la que envió no menos de 1.200.000 soldados a la batalla. Las bajas de los norteamericanos, especialmente en ese ultimo encuentro, fueron numerosas, y cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre de 1918, Estados Unidos tenía 112.432 bajas, la mayoría de ellas en el frente occidental. Pero, en términos de efectivos, Estados Unidos ya poseía uno de los ejércitos más grandes y poderosos de Europa, y podía sostener convincentemente que había cumplido un papel determinante en terminar con la capacidad de Alemania de continuar la guerra.[863]

Wilson no se veía a sí mismo como un experto en temas internacionales, y, antes de su toma de posesión en 1913, les dijo a unos amigos que "sería una ironía del destino que mi presidencia tuviera que dedicarse principalmente a las cuestiones internacionales".[864] Cuando se vio obligado a entrar en la guerra, tuvo la prudencia de formar una organización, bajo el nombre de Inquiry (Investigación), en la que 150 expertos académicos, trabajando en el edificio neoyorquino de la Sociedad Geográfica Norteamericana bajo el liderazgo del coronel House y el doctor S. E. Mezes, se prepararon detalladamente para la paz. Como resultado, durante el proceso de paz de Versalles, la delegación norteamericana era, de lejos, la mejor informada y documentada, y, por cierto, muchas veces fue la única fuente de información precisa que aportó mapas actualizados. El historiador diplomático británico Harold Nicolson, presente en el proceso, comentó: "Si el tratado de paz hubiera sido redactado exclusivamente por los expertos estadounidenses, habría sido uno de los documentos más sabios y más científicos jamás preparados".[865]

Por desgracia, como notó A. J. Balfour, el secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, "[el estilo de Wilson] es muy impreciso. Su retórica es de primer nivel pero es un pésimo planificador". Cuando Wilson hizo un bosquejo de un plan de paz, conocido como los Catorce Puntos, lo volcó al papel apresuradamente en enero de 1918, para contrarrestar la propaganda soviética de Lenin de que cualquier tratado de paz debería estar basado "en la autodeterminación de los pueblos". No consultó a Gran Bretaña y Francia al redactarlo. Los primeros cinco puntos se ocupaban de principios generales de orden internacional. "Unos convenios abiertos, que deben alcanzarse abierta-

mente" —una típica floritura wilsoniana— deberían reemplazar la diplomacia secreta (Lenin acababa de publicar los textos de todos los tratados secretos que había firmado Rusia). Debía haber libertad de los mares en tiempos dé paz y en tiempos de guerra. Debían suprimirse las barreras al comercio internacional. Los armamentos se reducirían mediante acuerdos comunes. Habría que ajustar las pretensiones coloniales y equilibrar los intereses de las grandes potencias con las aspiraciones de los pueblos súbditos. Los ocho puntos siguientes se referían a regulaciones territoriales. Rusia debía recuperar su territorio perdido; Bélgica, su independencia. El territorio de Alsacia-Lorena debía ser devuelto a Francia. Había que volver a demarcar la frontera entre Italia y Austria "de acuerdo con líneas de nacionalidad claramente reconocibles". Los pueblos de Austria-Hungría tenían que alcanzar "las más libres oportunidades de desarrollo autónomo". Había que volver a demarcar las fronteras de los Balcanes "de acuerdo con líneas de fidelidad y nacionalidad históricamente establecidas". Turquía mantendría su independencia pero se debería permitir a los pueblos no turcos del Imperio otomano "un desarrollo autónomo". Debía garantizarse un pasaje internacional a través de los Dardanelos. Serbia y Polonia debían tener acceso al mar y, además, Polonia también tenía que obtener su independencia. El punto decimocuarto y final proclamaba la creación de "una asociación general de naciones" con facultades para garantizar la soberanía y la independencia de cada uno de los países miembros. El 11 de febrero de 1918 Wilson anunció sus Cuatro Principios, que ampliaban el decimocuarto punto, y el 27 de septiembre lo que él denominó los Cinco Detalles, el primero de los cuales prometía justicia tanto para los amigos como para los enemigos.[866]

Los alemanes todavía conservaban un enorme ejército de nueve millones de hombres, que había destruido el poder ruso en el frente oriental y que estaba realizando una retirada orde-

nada en el occidental. Pero Ludendorff temía que, con la continua escalada norteamericana, sus tropas podrían enfrentarse a lo que él llamaba "una catástrofe", y el desfile de principios de Wilson parecía ofrecer a los alemanes la oportunidad de desembarazarse de las consecuencias de la derrota bélica con su territorio prácticamente intacto, a excepción de Alsacia-Lorena. Sobre la base de esta suposición, los alemanes y los austríacos accedieron a hablar con Wilson el 4 y el 7 de octubre respectivamente y, el 5 de noviembre, Wilson ofreció a los alemanes un armisticio sobre la base de los Catorce Puntos (y sus agregados), sólo sujeto a compensaciones por daños de guerra y a que los británicos se reservaran la interpretación del significado de "libertad de los mares". Los alemanes aceptaron, y el armisticio se firmó el 11 de noviembre. Lo que las potencias centrales no sabían era que, el 29 de octubre, el coronel House había tenido una larga reunión secreta con los líderes de Francia y Gran Bretaña, Georges Clemenceau y David Lloyd George, en la que éstos manifestaron sus reservas respecto del código wilsoniano y lograron que fueran aceptadas. House redactó esas modificaciones bajo la forma de un "comentario", que se envió por telegrama a Wilson y que éste aprobó. Ese comentario cambiaba completamente las cosas. De hecho, quitaba todas las ventajas que los Catorce Puntos parecían ofrecer a las potencias centrales y anticipaba todas las características del siguiente Tratado de Versalles al que éstas se opusieron firmemente: el desmembramiento del Imperio austrohúngaro, la pérdida de las colonias alemanas, la división de Prusia a través de un "corredor polaco" hacia el mar, y la entrega a una Polonia "grande" de la región industrial alemana de Silesia. Más aún, las "compensaciones" se habían convertido en "reparaciones" de una escala enorme, y las implicaciones de todos los términos eran que Alemania y Austria estaban pagando por su "culpa de guerra". Podría argumentarse que la culpa de guerra alemana estaba implícita en los Ca-

torce Puntos, pero el sistema de "recompensas" para los triunfadores y de "castigos" para los vencidos que agregaba el "comentario" había sido específicamente repudiado por Wilson en su código de veintitrés puntos.

Los alemanes, a quienes ya se había engañado respecto de los principios subyacentes de la paz, no pudieron participar en el proceso de las negociaciones, que se llevaron a cabo exclusivamente entre los aliados. Simplemente se les entregó un *fait accompli*, y se les pidió que lo firmaran o, en caso contrario, se reanudaría la guerra. Como para ese entonces los aliados ocupaban regiones estratégicas del territorio de Alemania, no tenía sentido reanudar los combates. Así que los alemanes firmaron. Pero esta "paz cartaginesa", como la llamó Keynes, que los alemanes consideraron una estafa así como una escandalosa injusticia y una afrenta a su dignidad nacional, los hizo buscar una rectificación y venganza apenas se presentara la oportunidad y surgiera un líder capaz de aprovecharla. Versalles constituyó el impulso que llevó al poder a Adolf Hitler, el pretexto para sus agresiones y la causa determinante de la segunda guerra mundial.

También debería agregarse que la opinión de la delegación norteamericana acerca del tratado no era unánime. John Foster Dulles (1888-1959), futuro secretario de Estado, lo consideraba equilibrado, teniendo en cuenta la "enormidad de los crímenes cometidos por Alemania". El coronel House apoyaba las correcciones que Wilson había hecho de sus propios puntos. Robert H. Lord, el principal consejero de Wilson sobre Europa Oriental, era uno de los más fuertes partidarios de una Polonia "grande", algo que para Alemania constituía el peor aspecto del tratado. Pero Lansing reconocía, con razón, que no permitir que los alemanes negociaran era un error fundamental y consideraba que Wilson había traicionado sus principios tanto en forma como en contenido. Sus críticas fueron la razón principal de que

Wilson lo despidiera sin contemplaciones a principios de los años veinte. Los norteamericanos más jóvenes estaban especialmente enojados. William Bullitt, futuro embajador en Francia y Rusia, escribió una carta feroz a Wilson: “Lamento tanto que usted no haya seguido nuestra lucha hasta el final y que demostrara tan poca fe en los millones de hombres que, como yo, en todas las naciones, tenían fe en usted […] Ahora nuestro Gobierno ha consentido en infligir a los pueblos sufrientes del mundo nuevas opresiones, sometimientos y desmembramientos: un nuevo siglo de guerras”. Otros miembros jóvenes del equipo, el historiador Samuel Eliot Morison, el futuro secretario de Estado Christian Herter, y Adolph Berle, más tarde secretario de Estado adjunto, también se distanciaron de Wilson; y Walter Lippmann, que ya era una autoridad de peso, escribió: “Según mi punto de vista, el tratado no sólo es antiliberal y de mala fe: es imprudente en grado sumo”. Es justo acotar que la mayor parte del distinguido equipo de Wilson apoyó a éste y defendió el tratado, tanto en ese momento como más adelante. Desde la distancia de tres cuartos de siglo, el tratado no parece cartaginés. Pero, para Alemania, fue ciertamente provocativo y, como ese país seguía teniendo la economía más fuerte de Europa, estaba destinado a causar problemas. La ira de los alemanes podría no haber tenido tantas consecuencias si la Liga, con Estados Unidos a la cabeza, hubiera actuado como estaba planeado para defender el acuerdo, por la fuerza si era necesario. Pero, como resultado de los errores posteriores de Wilson, Estados Unidos nunca se sumó a ella, y, desde el principio, fue “un pacto sin espada”.[867]

Hay un mito histórico que sostiene que las potencias europeas querían la Liga a toda costa, que Wilson trató de entregársela, y que un Congreso aislacionista se negó a ratificarla, por lo que asumió la responsabilidad a largo plazo de otra guerra mundial. No hay nada de cierto en esa versión. Lo que querían

que Norteamérica aceptase, en primer lugar, más que su participación en una Liga, era ser garantía del tratado.[868]

Ésa era aproximadamente la postura del senador Henry Cabot Lodge (1850-1924), presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Por lo general, se lo presenta como el villano de la obra. Eso es injusto. Lodge no era aislacionista. Era un brahmán de Boston, y los brahmanes de Boston siempre han sido, y siguen siendo, internacionalistas. Sus grandes mentores eran Henry Adams y Theodore Roosevelt, los dos internacionalistas manifiestos, y todo indica que tenía como objetivo una clase de garantía o de Liga que ellos habrían aprobado.[869] Él creía que el pacto, aunque bienintencionado, estaba pobremente redactado y era demasiado amplio y que, en la práctica, los miembros de la Liga no entrarían en guerra para poner en práctica las decisiones de ésta, ya que las naciones evitaban los conflictos bélicos salvo cuando sus intereses vitales estaban en juego.

La mayoría republicana del Senado estaba a favor de alguna clase de Liga. Entre los republicanos, los verdaderos aislacionistas no sumaban más de una docena, e incluso algunos de ellos podrían haber sido convencidos. El mismo Lodge quería que el tratado fuera ratificado de manera abrumadora. También quería que se ratificara la Liga, pero con modificaciones. Presentó Catorce Reservas y dijo que, a menos que esas modificaciones —o algo parecido— se llevaran a cabo, no solicitaría a sus amigos del Senado que votaran por la Liga. Pero Wilson rechazó cualquier cambio, a pesar del hecho de que los europeos habrían accedido a las reservas de Lodge y en algunos casos las hubieran celebrado. Cuando declaró que el pacto era un documento moral, Wilson lo consideraba un documento comparable con el Antiguo Testamento, que no debía ser alterado por la mano del hombre y, por supuesto, por ninguna mano senatorial. En su intransigencia, Wilson quedó aislado. Muchos de los relaciona-

dos con el proceso de mantenimiento de la paz, como el coronel House y Herbert Hoover, estaban a favor de las reservas; también el líder demócrata William Jennings Bryan. Pero Wilson estaba decidido a desafiar a todos.

En noviembre de 1918, antes de que se redactara el pacto, Wilson había perdido las elecciones de mitad de período, lo que dio a los republicanos el control del Congreso y el Senado. La formación era de 23 senadores aun a favor de Wilson y 49 con Lodge; los dos grupos juntos habrían sido suficientes para asegurar la aprobación del tratado y la ratificación de la Liga, si hubiera existido un poco de flexibilidad por parte de Wilson. Pero él adoptó una posición rígida. Se le ocurrió trasladar la cuestión al pueblo. Ésa fue una decisión suicida, dado el empeoramiento de su salud. En abril de 1919 sufrió su primer ataque cardíaco, en París. El hecho se ocultó. En septiembre, de regreso en Estados Unidos, inició una gira de discursos para impulsar el apoyo a la Liga y crear presión sobre los "reservacionistas fuertes", como se llamaba a los partidarios de Lodge. Recorrió 13.000 kilómetros en tren a lo largo de tres semanas sin parar de dar conferencias, hasta que tuvo un segundo ataque, a bordo del tren, el 25 de septiembre. Otra vez se ocultó el suceso. El 10 de octubre sufrió un tercer ataque que lo incapacitó y le paralizó por completo el costado izquierdo. Su médico, Gary Grayson —poco antes ascendido a almirante—, admitió más tarde: "Se encuentra permanentemente afectado en el aspecto físico; su mente está debilitándose gradualmente y no puede recuperarse".[870] Pero Grayson se negó a declarar incompetente al presidente.

El vicepresidente, Thomas Marshall (1854-1925), ex gobernador de Nueva Jersey y un hombre desesperadamente inseguro, famoso por su comentario "lo que este país necesita es un buen cigarro de cinco centavos", no quiso denunciar la incapacidad del presidente de llevar a cabo sus obligaciones, especial-

mente porque eso significaba enfrentarse a la segunda esposa de Wilson, que cuidaba los aposentos del presidente enfermo como una valkiria. En la práctica, Grayson, Tumulty y Edith Wilson conspiraron para que esta última ocupara la presidencia durante dieciocho meses. Circulaban rumores de que Wilson estaba afectado de sífilis terciaria y que se había convertido en un delirante preso en una habitación vigilada. La señora Wilson, que apenas había asistido dos años a la escuela, escribía órdenes con una letra grande e infantil: "El presidente dice…"; quitaba y nombraba ministros del Gabinete y falsificaba la firma presidencial en los decretos. Ella fue tan responsable como Wilson de la partida de Lansing ("detesto a Lansing", dijo) y su sustitución por un abogado completamente inexperimentado, Bainbridge Colby (1869-1950), que estaba al frente del Directorio Naviero.[871] El senador Albert Fall, que se había quejado en público ("¡Estamos gobernados por faldas! ¡La señora Wilson es presidente!"), fue convocado a la Casa Blanca para que "viera por sí mismo". Encontró a Wilson con una larga barba blanca pero, salvo por eso, aparentemente lúcido (podía concentrarse de a cinco a diez minutos por vez). Cuando Fall dijo: "Todos nosotros, señor presidente, hemos estado rezando por usted", Wilson respondió ladinamente: "¿En qué sentido, senador?", comentario interpretado como evidencia de que su agudeza seguía intacta. Fall estuvo con Wilson sólo un rato, y, como era un ególatra, habló la mayor parte del tiempo. Así que Wilson "pasó la prueba" y la farsa continuó.[872]

De esta manera, la gran presidencia de Wilson terminó en engaño y fracaso. Por asombroso que pueda parecer, en un momento Wilson albergó la esperanza de ser nominado nuevamente como candidato para un tercer período. Cuando vio frustrado su deseo, dejó claro que consideraba que las elecciones de 1920 serían "un referendo sobre la Liga de las Naciones". Eso agravó sus errores anteriores, porque daba a entender al

mundo que el resultado había sido un apoyo popular al rechazo al pacto de Wilson por parte del Senado. Y no era así: la Liga no era un tema relevante en las elecciones. Los demócratas nombraron candidato a James M. Cox, gobernador de Ohio (1870-1957), con Franklin Roosevelt como compañero de fórmula. No pusieron mucho empeño en hacer que la política exterior pareciera importante, y no lo consiguieron. Los republicanos eligieron a un conservador de la vieja guardia, Warren Harding (1865-1923), senador por Ohio, que estaba claramente en contra de la Liga de Wilson pero que tampoco era aislacionista. Si el pueblo norteamericano lo prefirió fue debido a que era tan tremendamente distinto de Wilson. Representaba la vieja Norteamérica, anterior a la divisoria de aguas de Wilson. Su lema era: "Volvamos a la normalidad".[873]

¿Qué era la normalidad? Estados Unidos había avanzado desde que Wilson comenzara su revolución, más rápido que nunca, y la guerra había acelerado el ritmo de innumerables maneras. Por ejemplo, incorporó directamente a las mujeres a la fuerza de trabajo industrial en todo tipo de oficios. En 1880 había sólo 2.600.000 mujeres empleadas en Estados Unidos, una amplia mayoría de ellas en el servicio doméstico, la enseñanza y la enfermería. Desde la década de 1850, había mujeres completamente cualificadas para ejercer como doctoras gracias a la actividad pionera de Elizabeth Blackwell (1821-1910), una inglesa que fue la primera mujer en obtener un título médico en Estados Unidos, expedido por el Geneva Medical College de Nueva York. Junto con su hermana, la doctora Emily Blackwell, fundó el Dispensario para Mujeres y Niños de Nueva York (1854), donde daban experiencia clínica a mujeres aspirantes a doctoras que ya se habían graduado en los nuevos establecimientos educativos femeninos: La Female Medical School (Facultad Femen-

ina de Medicina) de Filadelfia (1850) y la Medical School for Women (Facultad de Medicina para Mujeres) de Boston (1852).[874] Con algo más de lentitud, las mujeres se dedicaron al derecho; en 1870, el Union College of Law de Chicago otorgó el primer título en derecho a una mujer. En 1890 ya había 4.000.000 de mujeres empleadas, cifra que aumentó a 5.100.000 en 1900 y 7.800.000 en 1910, y, para esta fecha, existían centros educativos para mujeres dedicados a todas las artes y ciencias.

El progreso político no fue tan veloz. Mientras que casi todas las mujeres, al menos en teoría, apoyaban la educación vocacional femenina, es sorprendente que pocas norteamericanas del siglo XIX estuvieran dispuestas a pelear por el voto. Ponían más entusiasmo en los movimientos de templanza y abolicionismo, que fueron los dos canales principales a través de los cuales las mujeres se metían en política, y sólo con programas monotemáticos. Como hemos visto, las mujeres habían disfrutado del derecho a voto en Nueva York entre 1776 y 1807, pero lo habían perdido. El 19 de julio de 1848, inspirado por el fermento revolucionario europeo del "año de las revoluciones", un grupo de mujeres se reunió en Seneca Falls, Nueva York, bajo el liderazgo de Lucretia Coffin Mott (1793-1880) y Elizabeth Cady Stanton (1815-1902). Mott era una cuáquera predicadora y abolicionista; Stanton, abolicionista y predicadora de templanza. Las mujeres presentes apoyaron con entusiasmo la igualdad de derechos en el matrimonio, la educación, la religión y el trabajo, pero sólo por una pequeña mayoría aprobaron una resolución exigiendo el voto. Sin embargo, Stanton reclutó para el movimiento a Susan Brownell Anthony (1820-1906), que se convirtió en la organizadora más eficaz de la primera gran oleada de campañas para lograr "el voto para las mujeres". Con este objetivo, Anthony y Stanton se separaron del movimiento antiesclavista y de los hombres, y fundaron en Nueva York la

radical National Women's Suffrage Association (Asociación Nacional de Sufragio de Mujeres), que atacaba la Decimoquinta Enmienda porque concedía derechos políticos únicamente a los hombres negros. Sólo podían ingresar mujeres en la asociación e insistían en que la cuestión del voto femenino se mantuviera separada de todas las otras causas progresistas. Su rival, la American Woman Suffrage Association (Asociación Estadounidense de Sufragio de la Mujer), con sede en Boston, aceptaba la Decimoquinta Enmienda como un paso en la dirección correcta y permitía el ingreso de hombres.

Entre las dos organizaciones existió una amarga disputa durante dos décadas. Anthony intentó otro plan de acción en la década de 1870, cuando contrató abogados para sostener que la Decimocuarta Enmienda exigía a los estados que autorizaran el voto de las mujeres, pero el 29 de marzo de 1875, en el caso "Minor vs. Happersett", la Corte Suprema rechazó el argumento y falló que "la Constitución no confiere el derecho de sufragio a nadie". La NWSA organizó una campaña en favor del voto federal, pero no obtuvo resultados. La AWSA trató de hacer campaña estado por estado, pero perdió todos los referendos que auspició. Sin embargo, en Wyoming las mujeres obtuvieron el voto en 1869, seguidas de las de Utah (1870), Washington (1883), Colorado (1893) e Idaho (1896). En 1890, las dos organizaciones lograron salvar la brecha y se amalgamaron, bajo el liderazgo de Anthony.[875]

Aún así, tuvo que pasar otra generación entera antes de que las mujeres norteamericanas obtuvieran el derecho a voto, y finalmente quedaron dos años atrasadas con respecto a sus hermanas británicas. Es algo notable si se considera la facilidad con que los hombres blancos norteamericanos obtuvieron el voto a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y teniendo en cuenta el hecho de que las mujeres norteamericanas que aparecieron en Gran Bretaña a partir de la década de 1820 eran vistas como

"independientes", "altaneras", "autosuficientes" y "de mentalidad fuerte". Los británicos que visitaban Estados Unidos volvían con la misma impresión. Si las mujeres norteamericanas hubieran ejercido todo su poder, habrían obtenido el derecho a voto a mediados del siglo XIX.

Los cismas de las décadas de 1870 y 1880 fueron seguidos de más divisiones después del cambio de siglo, cuando el militante National Women's Party (Partido Nacional de Mujeres), dirigido por Alice Paul (1885-1977), imitó a las sufragistas de Boston y organizó huelgas de hambre y manifestaciones frente a la Casa Blanca. En julio de 1917, una gran cantidad de sus miembros realizó un decidido intento de tomar la Casa Blanca y la policía arrestó a un gran número de ellas y las llevó al centro correccional del distrito. El presidente Wilson, que empezaba a comprender el punto de vista de las mujeres y que estaba a punto de ejercer todo su peso político para lograr una enmienda constitucional, estaba furioso por esa violencia innecesaria, pero aún más furioso con la policía por haber reaccionado exageradamente (según él entendía). De inmediato, indultó a las mujeres; pero ellas, que estaban todavía más furiosas, se negaron a ser indultadas. El procurador general explicó que un indulto presidencial no era operativo a menos que se aceptara libremente. Por fin, las mujeres cambiaron de idea.[876] Pero ese incidente ayuda a explicar por qué el movimiento sufragista femenino fue ineficaz a la hora de persuadir a los opositores, incluso de su propio sexo.

Lo que alteró el equilibrio fue, sin duda alguna, el mismo factor que ganó la batalla en Gran Bretaña: la energía, el ingenio y la devoción de las mujeres que en tiempo de guerra trabajaban en oficios hasta ese entonces ocupados exclusivamente por hombres, en especial en las fábricas. En la época en que las mujeres trataron de tomar la Casa Blanca por asalto, se había concedido el sufragio total en quince estados y derechos parcia-

les en otros trece. Tanto el Partido Demócrata como el Republicano habían apoyado el voto femenino en 1916 y en enero de 1918 Wilson lo convirtió en política oficial de su Administración. EL Congreso, a pesar de las perversas maniobras tanto de la industria del; alcohol como de la textil, que por distintas razones temían el impacto del voto femenino, aprobó la legislación el 4 de junio de 1919, cuando se sometió a los estados la Decimonovena Enmienda. La Sección I decía: "El derecho de sufragio de los ciudadanos de Estados Unidos no será desconocido ni limitado por Estados Unidos o por estado alguno por razón de sexo". La Sección II agregaba: "El Congreso estará facultado para hacer cumplir este artículo por medio de leyes apropiadas". Esta ley, ratificada y proclamada el 26 de agosto de 1920, permitió que las mujeres votaran justo a tiempo para dar a Harding una victoria aplastante.[877]

Es conveniente que continuemos en este punto la historia de los derechos constitucionales de las mujeres. La Unión Norteamericana para las Libertades Civiles, organización que desde 1972 hasta 1980 estuvo dirigida por una abogada excepcionalmente capaz, Ruth Bader Ginsberg, más tarde jueza de la Corte Suprema, estableció un Proyecto de los Derechos de la Mujer. Aunque alcanzó la máxima puntuación de su clase en sus estudios de derecho tanto en Harvard como en Columbia, Ginsberg fue rechazada para el puesto de empleada de la Corte Suprema, un cargo de prestigio dentro de los círculos legales, nada menos que por Félix Frankfurter (1882-1965), miembro fundador de la Unión Norteamericana para las Libertades Civiles, quien declaró que —personalmente— no estaba listo para aceptar a una mujer en su equipo. Tampoco pudo conseguir un puesto en ninguna firma legal. De esta experiencia, Ginsberg extrajo el punto de vista de que la mejor manera de resolver el "problema femenino" era tratar a las mujeres exactamente igual que a los hombres, ya que en la práctica el sexo casi nunca era

una consideración genuina. La Constitución de Estados Unidos (en general) era un elemento apto para sostener esa filosofía. Ginsburg utilizó la cláusula de "igualdad ante la ley" para atacar las distinciones de sexos frente a los beneficios para militares, los programas para discapacitados, las obligaciones de manutención de los padres, la administración de testamentos y patrimonios y otras cuestiones en las que las prácticas basadas en los géneros eran injustas para las mujeres. También litigó en nombre de las mujeres en áreas en las que había "verdaderas" distinciones de sexo, en vez de distinciones irracionales basadas en el sexo, tales como los planes de salud que cubrían todos los supuestos comunes de invalidez excepto el embarazo. En tres casos importantes —"Geduldig vs. Aiello", "General Electric vs. Gilbert", y el que se conoce como el caso "CalFed"— perdió, porque la Corte Suprema falló que esas distinciones no estaban basadas en el género sino en las diferencias entre "mujeres embarazadas y personas no embarazadas". El Congreso respondió con la aprobación de la Ley de Discriminación de Embarazos (1978), en la que se exigía que las trabajadoras embarazadas recibieran el mismo tratamiento que los demás. El caso "CalFed" volvió a agitar el sectarismo feminista y reveló agudas diferencias entre militantes que querían que los sexos recibieran un trato igualitario y otras que sostenían que los lugares de trabajo estaban diseñados según las necesidades de los hombres y que debería haber un "tratamiento especial" en la ley para lograr la igualdad. En suma, la cuestión es que el voto femenino de 1920 no produjo, en sí mismo, grandes diferencias en la vida de las mujeres: sólo abrió una nueva fase en la lucha por la justicia y la igualdad ante la ley.

El mismo principio se aplicó a los negros, aunque también hubo diferencias fundamentales. El fin de la primera guerra mundial, en la que los negros habían combatido en gran número, muchas veces con valentía y distinción, y donde habían su-

frido grandes bajas, llamó la atención sobre el hecho de que las enmiendas Decimocuarta y Decimoquinta (1868-1870), constitucionalmente pensadas para dar a los negros o, en cualquier caso, a los negros varones, igualdad legal, no habían dado resultado aunque ya había pasado una generación entera desde su adopción. De hecho, en el Sur los negros habían perdido terreno a causa de actividades ilegales de la mayoría blanca y de decisiones legales. En 1876, en el caso "Estados Unidos vs. Reece", la Corte Suprema decidió que, si bien la Decimoquinta Enmienda prohibía a los estados quitar derechos a los negros por cuestiones de raza, les dejaba facultades discrecionales para excluir a determinadas categorías de personas por razones no relacionadas con la raza. Eso permitió a los estados sureños reducir el número de votantes negros a través de exámenes de alfabetismo y de impuestos a la votación, mientras que los blancos quedaban exentos de los exámenes por lo que se conocía como la Cláusula del Abuelo. Este sistema de exclusión política estaba reforzado por el terror. Desde 1882 hasta 1903, un total de 1.985 negros murieron en linchamientos sureños, la mayoría colgados, algunos quemados vivos, por una gran variedad de ofensas, reales o imaginarias.[878] Además, estaba el Ku Klux Klan. El objetivo del primer Klan era intimidar a los republicanos radicales (tanto blancos como negros) del Sur durante la Era de la Reconstrucción, y prácticamente se disgregó cuando los blancos sureños recuperaron su primacía y echaron a los negros del censo electoral. Pero en 1915 se fundó en Atlanta un segundo Ku Klux Klan, que cobró fuerza durante los años veinte hasta convertirse prácticamente en una organización nacional. De hecho, era más poderoso fuera del territorio sureño, en especial en Indiana, y su efecto se sintió en estados como Oregón y Colorado. El segundo Klan tenía muchos objetivos: católicos, judíos, blancos indigentes y protestantes de origen anglosajón que realizaban prácticas inmorales, además de los negros.

En realidad, era el brazo armado de la moralidad de la clase media del Cinturón de la Biblia. Los negros lo temían aun en los casos en que no estaban bajo la amenaza directa de su costumbre de azotar, torturar e incluso asesinar a sus enemigos.[879]

Las condiciones en el Sur después de la restauración de la supremacía blanca provocaron una de las más grandes migraciones internas de la historia de Estados Unidos. La causa subyacente era económica: el Sur tenía poco que ofrecer a los negros liberados que querían prosperar y mejorar su nivel de vida. El primer traslado popular de negros del Sur tuvo lugar entre 1877 y 1881, bajo el nombre de Movimiento Exoduster, cuando hasta 70.000 negros se vieron alentados por promotores como Benjamin *Pap* Singleton a mudarse a la Tierra Prometida de Kansas. El éxodo terminó con desilusión y pesar, pero no detuvo el desplazamiento más amplio hacia el Norte y el oeste. En 1880 apenas el 12,9 por ciento de los negros vivía en ciudades, y la mayoría de la población negra continuó habitando las áreas rurales hasta aproximadamente 1950. Pero los negros, una vez que probaron la vida urbanas descubrieron que les gustaba mucho más. O quizá debería decirse que preferían la pobreza urbana a la pobreza rural: había más cosas que hacer y mejores oportunidades.

El punto culminante de la primera guerra mundial fue significativo en muchos aspectos. La guerra causó una violenta reducción de la inmigración europea a Estados Unidos, que en 1914 había totalizado más de 1.200.000 personas. En 1918 aumentaba a un ritmo de 100.000 personas por año. El auge industrial de tiempos de guerra creó grandes cantidades de empleos bien pagados para negros y, por primera vez, el Norte los necesitaba más de lo que ellos necesitaban el Norteé Pero su llegada repentina y multitudinaria provocó graves problemas sociales, de vivienda y culturales y, como resultado, estallaron conflictos raciales en una escala jamás vista en Norteamérica. Se

trataba principalmente de estallidos violentos de blancos contra los negros que invadían los barrios exclusivamente blancos. En 1917, unos agitadores blancos mataron a 39 negros en el este de San Luis. Hubo un conflicto similar en el este de Chicago, seguido de dos años de violencia esporádica durante los cuales se colocaron bombas en 27 viviendas de negros. El episodio culminó en 1919 con una devastadora guerra racial de cinco días, en la que muchedumbres de negros se vengaron luchando contra muchedumbres de blancos, murieron 23 negros y 15 blancos y se recurrió a las tropas federales para restaurar el orden. En el mismo año se produjeron conflictos similares, aunque en menor escala, en 20 ciudades más.[880] La Commission on Race Relations (Comisión para las Relaciones Raciales) de Chicago llevó a cabo una exhaustiva investigación de ese suceso, y el informe resultante es un modelo en su género. Los blancos iban armados principalmente con ladrillos y palos, y muchas veces luchaban sólo con los puños. El uso de armas de mano y rifles era poco común. Los negros tenían más armas de fuego que los blancos, y también más cuchillos. Esencialmente, se trataba de batallas por cuestiones territoriales. Pero después de 1919 fue inusual que los blancos armaran grescas contra los negros. De hecho, ya en 1943 la iniciativa de los tumultos estaba en manos de los negros.

La principal razón de la disminución de los tumultos a cargo de blancos a partir de 1919 es que, en las grandes ciudades, los negros se establecieron en guetos y los límites entre las áreas blancas y negras estaban bien definidos. La mayoría de esos guetos se formaron entre 1940 y 1970, cuando cuatro millones de negros abandonaron el Sur rural en pos del Norte urbano.[881] Pero algunos eran más antiguos. La creación del Harlem negro en Nueva York, el más famoso o notorio de todos los guetos, fue una tragedia humana y artística particularmente conmovedora. Hasta cerca de 1910, Harlem, que en un princi-

pio había sido una villa holandesa, era esencialmente una saludable zona de blancos ocupada por personas de origen británico, irlandés, alemán y judío. Tenía una atmósfera de pueblecito con comodidades de gran ciudad: buenos restaurantes, tiendas y teatros. Durante la prosperidad económica de las décadas de 1880 y 1890, se construyeron maravillosos edificios de piedra marrón, en especial el Striver's Row de la calle 139, diseñado en 1891 por el importante arquitecto Stanford White. Harlem "perdió" a los blancos a partir de 1904, con el improvisado auge de edificación desencadenado por la apertura del tren subterráneo de la avenida Lenox. Se había construido con la intención de albergar a blancos pudientes, pero éstos no se presentaron.[882] En cambio, el exceso de viviendas atrajo al primer negro especulador en propiedades inmobiliarias, Philip A. Payton Jr., fundador de la Afro-American Realty Company (Compañía Afroamericana de Bienes Raíces). Bautizaba sus edificios de apartamentos con nombres de figuras negras importantes; por ejemplo, uno llevaba el nombre de Phyllis W. Wheatley, una poetisa negra del siglo XVIII. Fue acusado de fraude y perdió su compañía en 1908, pero cuando murió, en 1917, había alojado a más negros en viviendas de buena calidad que ninguna otra persona, antes o después. Los blancos devolvieron el golpe, por supuesto. Bajo el liderazgo de John G. Taylor, de la Harlem Property Owners' Improvement Corporation (Sociedad de los Dueños de Propiedades de Harlem para el Desarrollo) los blancos locales hicieron campañas con el eslogan: "Echenlos y mándenlos de regreso a los barrios bajos, que es donde deben estar". Taylor instaba a que se obligara a los negros a vivir en una "colonia" en algún terreno vacío fuera de Nueva York, como una reserva india, y, mientras tanto, exigía que se levantaran vallas de ocho metros de altura para "proteger" las áreas de blancos. En los años veinte, 118.792 blancos abandonaron Harlem y llegaron 87.417 negros. Los restaurantes pusieron carteles que de-

cían: “Recientemente abierto para gente de color”. Siempre había habido negros en el vecindario —en 1902, 1.100 familias— pero la proporción de la ocupación negra, desde la calle 150 pasando por la 125 y llegando hasta la 110, la convirtió en la primera gran victoria territorial dé los negros en una gran ciudad.

El triunfo, se volvió amargo cuando Harlem, que primero había sido un barrio blanco y luego uno de clase media negra, pasó a convertirse en un barrio pobre, proceso que se completó a fines de la década de 1920.

La presión del número produjo un incremento espectacular en los precios de los alquileres en Harlem durante esa década, y, a su vez, eso llevó a la sobreocupación y a un veloz deterioro de las propiedades. Era un “boom de barrio pobre”, y los dueños, tanto negros como blancos, obtuvieron cuantiosas ganancias. Pronto comenzaron a describirse las condiciones de vida como “deplorables”, “atroces” e “increíbles”. La densidad no era tan grande como en el Lower East Side judío a principios de siglo, pero había una diferencia: los judíos, si prosperaban, y la mayoría lo hacía, podían escapar, hacia Brooklyn o cualquier otro lado. Los negros estaban atrapados en Harlem: en la práctica no tenían otro lugar adonde ir. En 1925, Harlem tenía una densidad de población de 830 habitantes por hectárea en los distritos negros, contra un promedio de 550 en Manhattan (y 274 en Filadelfia, la segunda ciudad negra más congestionada, y 165 en Chicago). Había dos calles de Harlem que tal vez eran las más habitadas de todo el mundo en esa época.[883] Como resultado, la tasa de mortalidad era un 42 por ciento más alta que en la ciudad en su conjunto. El número de muertes durante el paño, en la infancia y por tuberculosis era particularmente alto y otras causas eran las enfermedades venéreas, la neumonía, problemas cardíacos y cáncer, todas en mucha mayor cantidad que los promedios de Nueva York. También se incrementaron las muertes a causa de la violencia entre negros, un 60 por ciento entre

1900 y 1925, en lo que fue el comienzo de una nueva pesadilla para una raza que ya tenía demasiadas.[884]

Aunque, para 1930, los negros se habían convertido en uno de los principales componentes raciales de la ciudad de Nueva York, junto con los irlandeses, los italianos, los judíos y los grupos fundadores, que eran más antiguos, en la práctica no podían participar del sistema del crisol de razas. La noción de que Estados Unidos era una maquinaria draconiana en la que se vertían millones de diferentes antecedentes étnicos, raciales, religiosos, políticos y sociales, donde se modificaban bajo sus presiones irresistibles y resurgían como norteamericanos —ni más ni menos— era tan vieja como la república misma, incluso más. En los tiempos de Roger William, Rhode Island ya era un ejemplo del crisol de razas en acción. Algunos visitantes de Estados Unidos tenían sus dudas acerca de la eficacia de la mezcla étnica de la experiencia norteamericana. Charles Dickens cuenta que, en un vagón de tren, en el Medio Oeste, pidió disculpas a un camarero por haber entendido mal algo y dijo: "Sabe, soy forastero". El camarero replicó: "Señor, en Norteamérica todos somos forasteros". Pero la imagen del crisol de razas atraía particularmente a millones de personas de Europa del Este, las verdaderas "masas amontonadas" que, en la generación posterior a la década de 1880, pudieron dejar atrás no sólo la pobreza sino también los amargos antagonismos nacionales, raciales y étnicos del Viejo Mundo y mezclarse con los otros ciudadanos libres de una nación grande y próspera.

Pero la mayoría de los norteamericanos estaban convencidos de que sus orígenes, aunque multinacionales y no étnicos, eran blancos. Algunos llevaron más lejos la cuestión. El segundo Ku Klux Klan de 1915 era un intento de reafirmar la integridad de

la WASP (White Anglo-Saxon Protestant Community), es decir la comunidad blanca anglosajona protestante, y su predominio.

El concepto de los WASP implicaba una casta dominante, o bien un orden de supremacía racial, resumido por Will Hays, gerente de campaña de Warren Harding, cuando describió el linaje de su candidato como "la mejor sangre de pionero: anglosajona, alemana, escocés-irlandesa y holandesa". El senador Henry Cabot Lodge usaba el eufemismo "el pueblo angloparlante".[885] La guerra, como había predicho Wilson, dio un fuerte impulso a la xenofobia patriótica. Pero, sin embargo, él firmó la Ley de Espionaje de 1917 y la Ley de Sedición de 1918. Esta última castigaba las expresiones de opinión que, más allá de sus consecuencias probables, fueran "desleales, profanas, insolentes o insultantes" acerca de la forma de gobierno, la bandera o el uniforme de Estados Unidos. En virtud de ella, se juzgaba a los norteamericanos por criticar la Cruz Roja, la Asociación Cristiana de Jóvenes y hasta el presupuesto.[886]

Hubo dos consecuencias inmediatas. Desde el otoño de 1919, cuando Wilson estaba afectado por su enfermedad, no hubo quien gobernara realmente en Washington, y si había alguien al mando, ése era Mitchell Palmer, el procurador general (1872-1936), un xenófobo. Durante la guerra, en su cargo de inspector de Propiedades del Enemigo, se había ganado bastantes adversarios y en la primavera de 1919 casi lo mató una bomba anarquista que estalló frente a su casa. A partir de entonces encabezó una campaña nacional contra "subversivos y agitadores foráneos". El Día de Año Nuevo de 1920, su Departamento de Justicia detuvo a 6.000, extranjeros, la mayoría de los cuales fueron expulsados. En el Temor Rojo subsiguiente, cinco miembros de la asamblea del estado de Nueva York fueron degradados y a un congresista lo echaron dos veces de la Cámara de Representantes.

Dos italianos, Nicolo Sacco y Bartolomeo Vanzetti, anarquistas que habían eludido el servicio militar, fueron sentenciados a muerte el 14 de julio de 1921 por el asesinato, en el curso de un asalto el día de pago de salarios, de un cajero y un vigilante en una fábrica de zapatos de South Braintree, Massachussets. Las pruebas eran en gran medida circunstanciales y quizás el jurado tenía prejuicios en contra de ellos. Por otra parte, Alvin Fuller, gobernador de Massachussets en esa época, designó un comité especial que analizó los registros del juicio y pronunció que el veredicto era justo, y las distintas cortes de apelación por las que pasó el caso (los hombres fueron ejecutados en agosto de 1927) decidieron igualmente que ellos eran los culpables. Pero la izquierda organizada decidió convertir el caso en una *cause célebre*, comprometió a todos los escritores que pudo, tanto en Estados Unidos como en Europa, y consiguió el apoyo de, entre otros, H. G. Wells, Anatole France y Henri Barbusse, así como de John Dewey, Walter Lippmann, H. L. Mencken, John Dos Passos y Katherine Anne Porter.

En suma, el Temor Rojo resultó contraproducente, como el nuevo presidente, Harding, fue lo suficientemente astuto para reconocer. Contra el consejo de su Gabinete y de su esposa, insistió en liberar a Eugene Debs. Consideraba que Debs representaba un mayor peligro para el pueblo norteamericano como símbolo en prisión que como militante libre. Dijo: "Quiero que celebre la cena de Navidad con su mujer" y lo dejó salir. El mismo día liberó a otros veintitrés prisioneros convictos por delitos políticos y conmutó las sentencias de muerte de los Wobblies (Trabajadores Industriales del Mundo). Mucho antes de su muerte había vaciado casi por completo las cárceles de condenados por ofensas a la Constitución. Pero no pudo hacer nada contra la otra consecuencia de la xenofobia de tiempos la guerra, las restricciones a la inmigración, puesto que nacían de sentimientos muy profundos de muchos norteamericanos comunes

que creían que la política de "puertas abiertas" ya no era aceptable. El resultado fue la Ley de Cuota de Emergencia de 1921, aprobada por primera vez en 1920, vetada por Wilson y ratificada sin ganas por Harding. Ponía un tope a la inmigración europea de 357.000 personas por año, aunque no establecía límites para la de Canadá y Latinoamérica.

Si Estados Unidos estaba tratando de subir el puente levadizo, a través del cual el mundo exterior había entrado libremente hasta ese momento, ¿qué clase de personas y de cultura quedaban como inquilinos del castillo? Había comenzado el debate sobre el alma de Estados Unidos. Mientras Mitchell Palmer perseguía a los rojos, los intelectuales de la costa este leían *The Education of Henry Adams* (La educación de Henry Adams), autobiografía póstuma del arquetípico mandarín de Boston, publicada en octubre de 1918. Desde ese momento hasta mediados de 1920 fue el libro de no ficción más popular de Estados Unidos. Rechazaba la noción de una broncínea cultura nacional uniforme, de la "norteamericanización", de la matriz que Palmer trataba de imponer, y favorecía, en cambio, lo que Adams llamaba "multiversidad". Van Wyck Brooks, en un famoso artículo de ensayo titulado "Hacia una cultura nacional", publicado en 1917 en su revista *Seven Arts*, sostenía que la teoría del crisol de razas era poco sólida porque convertía a los inmigrantes en una imitación de anglosajones. Proclamaba que los norteamericanos tenían que aspirar a una versión superior del nacionalismo europeo pero que debían perseguir "el ideal más aventurero" del cosmopolitanismo y convertirse en "la primera nación internacional".[887] Aunque uno sospecha que a lo que Brooks realmente se refería era a una cultura vigilada por las élites de la costa este provenientes de las principales universidades.

Pero, en esa época, uno de los principales gurúes de la intelectualidad de Nueva Inglaterra, el pedagogo John Dewey (1859-1952), desafiaba esa visión. Hablaba en nombre del viejo

cruzado y portavoz del Medio Oeste William Jennings Bryan, quien, después de oponerse infructuosamente a la participación de Estados Unidos en la primera guerra mundial (como protesta, renunció a su puesto de secretario de Estado), libraba la última batalla en nombre del fundamentalismo religioso norteamericano. Cuando en Tennessee entró en vigor una ley que prohibía a los maestros de las escuelas públicas enseñar la evolución darwiniana a los niños, la Unión Norteamericana / para las Libertades Civiles financió un caso de prueba en el que estaba involucrado John D. Scopes, de Dayton. Fue defendido por un costoso especialista en casos sensacionalistas, Clarence Darrow (1857-1938), que, entre sus otros triunfos, salvó de la cámara de gas a los asesinos Leopold y Loeb. Bryan, que en esa época estaba agonizando, ayudó a la fiscalía contra Scopes. Gracias a algunos reportajes estridentes y tendenciosos de escribas de la costa este, en especial H. L. Mencken (1880-1956) —de quien hablaremos más tarde—, quedó la impresión de que el juicio terminó en derrota para Bryan y fue un desastre para el Cinturón de la Biblia. De hecho, Scopes fue condenado y multado a pagar 100 dólares. El fundamentalismo sobrevivió y floreció, y la disputa entre evolucionismo y creacionismo sigue siendo una cuestión vigente en grandes regiones dé Estados Unidos a fines del milenio.[888]

La primera manifestación de lo que ha terminado conociéndose como la Norteamérica media no sólo se aplicaba al Medio Oeste sino, como los norteamericanos comenzaron a darse cuenta cada vez más, a prácticamente todas las regiones de esa vasta nación. La esencial y simple “bondad” de Norteamérica y de los norteamericanos se encontraba en todas partes. Los novelistas realistas o naturalistas como Theodore Dreiser (1871-1945) y Sinclair Lewis (1885-1951) no consiguieron captar esa esencia por completo. Ocupados con dramas trágicos, escándalos y abusos individuales, como en *Sister Carrie* (Hermana Ca-

rrie) (1900) y *An American Tragedy* (Una tragedia norteamericana) (1925) de Dreiser, o *Main Street* (Calle mayor) (1920) y *Babbitt* (1922) de Lewis, no prestaron atención a las enormes satisfacciones que innumerables millones de norteamericanos comunes obtenían de la nación que estaban continuamente haciendo y rehaciendo.

Algunos pintores se acercaron mucho más, no sólo a la verdadera imagen de la vida cotidiana norteamericana, sino también a su espíritu que, en su mejor aspecto, tenía una noble belleza propia. Thomas Eakins (1844-1916), el maestro de Filadelfia cuya extraordinaria devoción a las exactitudes de su arte hacen que sus retratos, tanto de los famosos como de los desconocidos, sean tan penetrantes, sostenía apasionadamente que los pintores norteamericanos del género y de la vida popular debían mirar el país con la misma concentración excluyente con que Church y Bierstadt miraban sus rasgos físicos. Aborrecía el hecho de que artistas destacados como Whistler, Sargent y Mary Cassatt (1845-1926), los más hábiles entre los impresionistas, pasaran tanto tiempo en Europa que se identificaran con sus impulsos. "Si Estados Unidos va a producir grandes pintores —declaró en 1914—, y si los jóvenes estudiantes de arte desean ocupar un lugar en la historia del arte de su país, su primer deseo debe ser permanecer en Estados Unidos y asomarse profundamente al corazón de la vida norteamericana"[889].

Uno que sí se asomó fue Winslow Homer (1836-1910). Es asombroso que, en la década de 1850, cuando él era un adolescente, Boston, supuestamente la capital cultural de Estados Unidos en ese entonces, no tuviera una escuela de arte. Homer aprendió su oficio —en la medida en que pudo obtener alguna enseñanza— como litógrafo. Eso no le impidió transformarse en el más ecléctico y uno de los más consumados de todos los pintores norteamericanos, que comenzó con dibujos de acción del frente de la guerra civil realizados *in situ* para *Harper's Week-*

ly, y continuó con series sobre la vida social en jardines, playas y canchas, sobre caminatas en los bosques, la vida en pequeños pueblos, en villas y en el campo, escolares y adolescentes, cultivos y pesca, la costa y la pradera y los bosques, lagos de montaña y ríos bravos, siempre con norteamericanos comunes realizando sus tareas y dedicados a placeres cotidianos frente al multifacético fondo de su país.[890]

Sobre las bases desplegadas por Eakins y Homer, Norman Rockwell (1895-1978) produjo una manifestación única de la vida de la Norteamérica media. Comenzó en 1916, el año que murió Eakins, con ilustraciones de cubierta para el *Saturday Evening Post*, y durante los cuarenta y siete años siguientes realizó no menos de 322 de esas ventanas a la nación en su normalidad, sus crisis y su júbilo, su comedia y su tragedia, su risa y su tristeza. El procedimiento por el cual Rockwell concebía y ejecutaba esas pinturas, sobre la base de las cuales se fotograbababa la ilustración, usando bocetos, fotografías, modelos vivos, lápiz, tinta, aguada, acuarelas, lápices de colores y óleos, era extraordinariamente complejo y arduo, y muchas veces hacía cientos de estudios preparatorios. Rockwell fue calificado de ilustrador, y, de hecho, sigue siéndolo, pero ahora es posible predecir que será reconocido como un viejo maestro, al igual que los pintores holandeses de género, en especial Jan Steen, o el moralista inglés William Hogarth.

La Norteamérica media creó su propio y peculiar drama cuando, en gran medida por esfuerzo propio, Estados Unidos abrazó la Prohibición, o “Ley Seca”. Las bebidas de alto contenido alcohólico, en especial el ron y el whisky, estuvieron desde el comienzo entrelazadas con la historia norteamericana. El ron era un elemento vital en el comercio de esclavos de tres o cuatro etapas. Con frecuencia, el whisky era la única divisa en las re-

giones apartadas, como da testimonio la Rebelión del Whisky de la década de 1790. Se consumían enormes cantidades de alcohol en Estados Uñidos a fines del siglo XVIII y todavía más en el XIX cuando la gente tenía más dinero. Pero antes de observar este hecho en detalle es importante tener en cuenta que la industria de las bebidas gaseosas también fue un fenómeno norteamericano. En 1807 se vendía soda tanto a granel como embotellada en muchas ciudades de Estados Unidos. Figura en la *US Pharmacopoeia* (Farmacopea de Estados Unidos) de 1820 como "agua medicinal" y, en 1830, ya se le habían agregado jarabes de sabor. El año siguiente fue crucial: se emitió una patente para maquinaria que dispensaba bebidas con burbujas al otro lado del mostrador. Ese fue el comienzo de las fuentes de gaseosa, que se multiplicaron por todo el país al mismo ritmo de los vendedores comerciales de las drogas medicinales: las fuentes de gaseosa en las farmacias ya estaban bien establecidas en la Norteamérica de la década de 1840. A fines de la década de 1880, había en Estados Unidos no menos de 1.377 plantas embotelladoras de gaseosa, que producían 17.400.000 cajones por año.[891]

La fuerza motriz de ese fenómeno nacional era el caliente y húmedo Sur, que se especializaba en producir nuevas y deliciosas gaseosas (así como ingeniosas bebidas alcohólicas). No es sorprendente, entonces, que fuera Atlanta el lugar de nacimiento de la obra maestra de esa industria. John Styth Pemberton era un boticario de cincuenta y cinco años de edad a la vieja usanza, que conocía todos los secretos sobre la comercialización de sus propios preparados; produjo el Extracto de Styllinger Pemberton y un jarabe para la tos a base de flores marca Pemberton. Pero, al igual que muchos boticarios, tenía más talento para preparar bebidas para la fuente de gaseosas de su tienda que remedios para su mostrador de farmacéutico. Como todos sus colegas del siglo XIX aborrecía el alcohol y se esforzaba para

producir la gaseosa perfecta, lo que él llamaba “el tónico para los nervios y estimulante ideal” que no fuera intoxicante. Su primer resultado fue “el vino francés de coca”, un extracto de hojas de coca, y después experimentó con jugo de la nuez de cola, un procedimiento que se hizo conocido en el Sur a través de los esclavos provenientes de África. Le llevó bastante tiempo eliminar el sabor amargo, pero finalmente logró una combinación de ambas bebidas que era dulce, pero no demasiado y (como creía él) calmante y estimulante a la vez. Luego surgió el nombre, y “pensando que las dos C se verían bien en la publicidad” se le ocurrió Coca-Gola. En la actualidad es la segunda palabra más conocida en todo el mundo (la primera es “OK”). [892]

Pemberton vendió su producto a Asa Griggs Candler en 1887, un año después de su invención, por apenas 283,29 dólares, el robo más grande desde que los holandeses compraron Manhattan. Candler era un genio cuya familia había quedado devastada por la guerra civil, lo que lo privó de realizar estudios de medicina pero lo decidió a dejar su marca en la salud de la nación. Cuando vendió la compañía a un consorcio de bancos de Atlanta al mando de Ernest Woodruff, en 1919, ya valía 25 millones de dólares, el negocio más grande realizado hasta entonces en el Sur. De allí en adelante fue principalmente cuestión del arte de vender, impulsado por la idea de que no existía un punto de venta inadecuado para Coca-Cola. Harrison Jones, gerente de ventas, informó a la empresa embotelladora en 1923 que se podía persuadir a cuarenta clases de puntos de venta, desde panaderías hasta cuarteles de bomberos, de que vendieran el producto y que el trabajo de los vendedores consistía en “hacer imposible que el consumidor se escape de Coca-Cola […] Caballeros, si existe algún lugar a nuestro alcance, sea por escalera, ascensor, escalera de mano o grúa, donde pueda venderse Coca-Cola, y un vendedor de la empresa no llega allí, ese ven-

dedor debe ser despedido". Dijo: "Los vendedores deben visitar incesantemente a los clientes potenciales [...] No importa cuántas veces haya que hablar de Coca-Cola con un mayorista; siempre habrá algo nuevo para decir. La repetición convence a los hombres. Los comerciantes compran tantas cosas diferentes que un vendedor persistente abre una puerta donde los que se limitan a anotar pedidos no causan ninguna impresión".

Al estilo de una secta cristiana, algo inédito para una empresa comercial, Coca-Cola jamás cambió su producto. La compañía aprendió a tratarse a sí misma, y a sus clientes —es decir, la nación entera—, como una Iglesia, y sobre todo, como una congregación dirigida por los parroquianos. Robert Guizueta, principal gerente de Coca-Cola en la década de 1980, hizo evidente esa cuestión cuando se produjo la calamitosa caída debido a la herejía del cambio de la fórmula: "Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que, si los accionistas creen que son dueños de esta compañía, están engañándose a sí mismos. La realidad es que los dueños de Coca-Cola son los consumidores norteamericanos".

Pepsi, una religión rival, también fue inventada por un boticario sureño cuyos estudios en medicina habían quedado frustrados por la guerra civil. Caleb D. Bradham, nacido en Carolina del Norte, creó "la bebida de Brad" en la década de 1890 pero le cambió el nombre por el de Pepsi-Cola porque creía que podía curar la dispepsia y aliviar a los afectados por úlceras pépticas. La Pepsi no estaba tan bien dirigida como Coca-Cola. Se declaró en quiebra dos veces y competía principalmente en el precio. Pero también tenía un genio, Alfred N. Steele, nacido en 1901, considerado "un vendedor de grandes éxitos". "Cuando era su turno de batear, apuntaba a las tribunas". En 1950, dijo a las embotelladoras: "Quiero sacarlos de sus Ford y meterlos en un Cadillac". En 1954, volvió a decir: "Entre ustedes hay muchos que en 1950 me dijeron que temían ir a la quiebra.

Hoy, me enorgullece ver que muchos de ustedes son millonarios. No sólo poseen Cadillac: pueden mantenerlo”. Él mismo consiguió casarse con Joan Crawford… y mantenerla. Las “guerras de las colas” que organizó en contra de Coca-Cola eran en esencia batallas entre iglesias rivales, con el interés agregado de que constituían un espectáculo deportivo. Roger E. Enrico, gerente principal de Pepsi, declaró: “En Pepsi nos gustan las guerras de las colas. Sabemos que son buenas para los negocios […] de todas las marcas de gaseosas. Miren, cuando el público se interesa en la competencia entre Pepsi y Coca-Cola, lo más habitual no es que Pepsi gane a expensas de Coca-Cola o que Coca-Cola gane a expensas de Pepsi. En este negocio salen ganando todos. El interés de los consumidores hace crecer el mercado. Cuanta más diversión ofrecemos, la gente más compra nuestros productos: todos nuestros productos”.[893] Desde el principio hasta el final Coca-Cola y Pepsi fueron rivales comerciales —es decir, iglesias separadas—, pero el verdadero enemigo, es decir, el diablo, era el alcohol.

Ésa era la situación cuando la Norteamérica media se embarcó en la guerra contra la bebida, que tenía tanto el espíritu evangélico de los Padres Peregrinos como el fanatismo de cazadores de brujas de los ancianos de Salem. También estaba impulsada por la idea de que el placer en sí mismo era reprobable y pecaminoso. Norteamérica siempre había sido una tierra de persecución virtuosa, ya fuera bajo el estandarte del calvinismo, de la pureza, del anticomunismo, el antirracismo, el feminismo o la corrección política. Ha producido algunos notables Savonarola en su época. En el siglo XIX, la Ley Seca se daba la mano no sólo con el antiesclavismo sino también con la antiobscenidad. Anthony Comstock (1844-1915), por ejemplo, era un abolicionista que combatió con fanatismo para la Unión en la guerra civil y un notorio opositor al alcohol. Pero su trabajo principal durante cuarenta y tres años fue ser secretario de la

Society for the Suppression of Vice (Sociedad para la Eliminación del Vicio) de Nueva York. Su guerra personal y pública contra las publicaciones obscenas se registra en sus libros, *Fraud Exposed* (El fraude al descubierto) (1880), *Traps for the Young* (Trampas para la juventud) (1883) y *Moráis versus Art* (La moral contra el arte) (1887). Fue el virtual fundador de dicha sociedad, en 1873 y, ese mismo año, el Servicio de Correos de Estados Unidos lo nombró agente especial, con la facultad de presentarse en cualquier oficina postal del país y revisar la correspondencia que le pareciera sospechosa de ser obscena. Convenció al Congreso de que modificara una ley de 1865 para que fuese un delito enviar material obsceno en la correspondencia.

Comstock sostenía que las publicaciones obscenas, la prostitución y la venta de bebidas alcohólicas estaban íntimamente ligadas al comercio y la corrupción. Ése era un punto de vista común. En el siglo XIX había muchos norteamericanos que creían que, si se declaraba ilegal la venta de alcohol, no sólo se eliminarían el alcoholismo y la ebriedad sino que, además, el país mejoraría moralmente en innumerables aspectos. Hasta cierto punto, esta posición era compartida por muchos estadistas importantes, aunque diferían en cuanto a los medios. Thomas Jefferson, como era típico, creía que el cultivo de la vid ofrecía lo que él llamaba "una alternativa sin riesgo a las bebidas alcohólicas ardientes". James Madison quería que todos los jóvenes "hicieran juramento de abstinencia". Abraham Lincoln consideraba que las "intoxicantes bebidas alcohólicas" llegaron "como el ángel egipcio de la muerte, enviadas para matar, si no al recién nacido, entonces al mejor de cada familia". Declaró que no bebía "porque me gusta mucho". Por lo general, las bebidas alcohólicas en Estados Unidos se embotellaban con 40° de graduación alcohólica, y durante la década de 1830 el consumo per cápita de alcohol absoluto se calculó en 26,8 litros anuales, una cifra alarmante si se considera que la mayoría de las muje-

res, si no todas, y la mayoría de los esclavos, no tocaban el alcohol, o lo consumían sólo en pequeñas cantidades. De ahí que Estados Unidos se haya ganado el sobrenombre de "la república alcohólica".[894]

En la década de 1840, un comerciante de Portland, Maine, llamado Neal Dow, realizó un estudio sobre los efectos del alcohol en esa ciudad y llegó a la conclusión de que un sorprendente número de males, desde la violencia familiar, la delincuencia y la pobreza hasta la falta de capacidad y pérdida de producción en las fábricas, estaban, como él lo expresó "relacionados con el alcohol". Pensaba que la competencia entre las tiendas que vendían bebidas alcohólicas era la causa principal del "consumo excesivo" de alcohol. En 1851, convenció a la legislatura estatal de que aprobaran la Ley Maine, que prohibía la venta de alcohol. En 1916 ya se habían prohibido las tabernas en veintiún estados. Ese año, las elecciones nacionales tuvieron como resultado un Congreso en el que los partidarios de la Prohibición eran más del doble que los "mojados". En diciembre de 1917 el Congreso envió a los estados la Decimoctava Enmienda que, cuando fue ratificada en 1919, modificó la Constitución para prohibir "la fabricación, venta o transporte de bebidas alcohólicas intoxicantes".[895] La Ley Volstead, que hizo de Norteamérica una nación seca, ya había sido aprobada: la enmienda, finalmente, le dio rango constitucional. A Bryan, que en ese momento ya era un anciano, se le entregó un inmenso trofeo de plata como reconocimiento de sus "prodigiosos esfuerzos" para asegurar la ratificación.

La imposición de la Ley Seca, y su fracaso, ilustran perfectamente un número de importantes principios de la historia norteamericana. Primero, manifiestan la creencia, ampliamente extendida en Norteamérica, de que la utopía puede alcanzarse aquí y ahora y dé que puede asegurarse el milenio tanto en este mundo como en el otro. Segundo, ilustran la convicción de que

la “norteamericanización” puede lograrse a través de la obligación y la ley. Tercero, llaman la atención sobre una debilidad en la opinión pública y la política de Estados Unidos: la tendencia a querer el fin sin querer los medios (la “liberación” de los negros fue otro ejemplo). La Ley Volstead fue un compromiso: si hubiera incluido medios crueles de aplicación jamás se habría convertido en ley. La Oficina de la Prohibición era un anexo del Tesoro; los esfuerzos para convertirla en parte del Departamento de Justicia fueron infructuosos. Los sucesivos presidentes se negaron a recomendar las reglamentaciones necesarias para asegurar una aplicación efectiva de la ley.[896]

En cuarto lugar, el carácter utópico inherente a la Prohibición se enfrentó al del arraigado y activo principio norteamericano de que la libertad de empresa debe ser totalmente ilimitada. Dado que es uno de los países menos totalitarios del mundo, Estados Unidos no poseía ninguno de los mecanismos que mantienen controladas las fuerzas del mercado una vez que ha aparecido una necesidad no satisfecha. Lo que hizo la Prohibición fue trasladar la fabricación, venta y distribución de licores de las fuerzas legítimas a las delictivas. En cuestión de meses, los gángsteres del licor y quienes los respaldaban lograron controlar más recursos físicos y financieros que la ley.[897]

La Prohibición ofreció oportunidades sin igual para que los “extranjeros” subvirtieran la sociedad, en particular en Chicago, bajo la corrupta intendencia de *Big Bill* Thompson. John Torrio, que entre 1920 y 1924 dirigió un contrabando de alcohol en gran escala en esa ciudad, se retiró a Italia en 1925 con una fortuna de 30 millones de dólares. Hasta ese momento, nadie, en toda la historia del mundo, había obtenido tales ganancias del crimen organizado. Tanto en esa época como posteriormente, el episodio hizo que los jóvenes ambiciosos y con inclinaciones delictivas se pusieran a considerar seriamente las posibles perspectivas del negocio. Torro practicaba el nuevo principio

leninista de “control absoluto”: se sobornaba a todos los funcionarios según su rango y se intervenían todas las elecciones.[898] Torrio podía entregar cerveza de alta calidad por no más de 50 dólares el barril y su éxito se basaba en evitar la violencia mediante la diplomacia: aseguró pactos entre los gángsteres para establecer demarcaciones territoriales ordenadamente. De hecho, los contrabandistas eran más exitosos cuando se ceñían a los métodos de los negocios legítimos. El teniente y sucesor de Torrio, Al Capone, era menos político y, por lo tanto, tuvo menos éxito; y los operadores irlandeses acostumbraban a pensar a corto plazo y a recurrir a soluciones violentas. Cuando eso sucedía, se producían guerras de bandas, el público se enojaba y las autoridades se veían obligadas a intervenir. Sin embargo, por regla general, los contrabandistas contaban con la aprobación pública, al menos en las ciudades. La mayoría de los hombres urbanos (las mujeres no) estaban de acuerdo con Mencken en que la Ley Seca era obra de “ignorantes patanes de los estados ganaderos que no soportaban el hecho de tener que emborracharse con aguardiente de maíz mientras los señoritos de la ciudad bebían buenos vinos y whisky”. Había “poco detrás, filosóficamente hablando, salvo la envidia de los campesinos por los hombres de las ciudades, que lo pasan mejor en este mundo”.[899]

En ¡el aspecto social, la experiencia fue una catástrofe para Estados Unidos. Produjo un cambio cualitativo y permanente en la escala y la sofisticación del crimen organizado norteamericano. El transporte de cerveza en grandes cantidades requería poderes de organización que pronto se utilizaron para otra cosa. Desde principios de la década de 1920, los sindicatos de apuestas usaban centrales telefónicas para recibir apuestas de todo el país. Meyer Lansky y Benjamin Siegel adaptaron los sistemas de contrabando para organizar imperios de juego que se extendieron a toda la nación. La Ley Seca generó enormes fondos que

luego fueron reinvertidos no sólo en el juego sino también en otras formas de crimen en gran escala, como la prostitución y el tráfico de drogas. Fue en gran medida el despegue del crimen en Estados Unidos y, por supuesto, continuó después de la Enmienda Veintiuno, que puso fin a la Prohibición, y que fue finalmente ratificada en diciembre de 1933. A lo largo de la década de los treinta el crimen organizado maduró y desde 1944 en adelante, por ejemplo, el pequeño pueblo de Las Vegas se convirtió en la capital mundial del juego.[900]

La Prohibición fue un ejercicio de ingeniería social característico del siglo XX que terminó haciendo un daño insospechado, enorme y permanente a la sociedad. Los reformistas tuvieron más éxito al tratar con otras formas de inmoralidad, como la prostitución, porque su enfoque fue más inteligente y no pretendieron terminar de golpe con/el comercio de los cuerpos de las mujeres sino suprimir sus instituciones y aspectos más antisociales. Así, la legislación del Congreso de 1903 y 1907 declaró ilegal la importación de prostitutas y permitió la deportación de mujeres extranjeras que se dedicaban a la prostitución. La Ley Mann de 1910, que convirtió en delito el transporte de mujeres a través de las fronteras de los estados para "propósitos inmorales", fue un estatuto muy exitoso en sí mismo pero también resultó inesperadamente útil para tratar con el crimen organizado. La sociedad también triunfó en su manejo de la cultura norteamericana de los burdeles, aunque en ese punto la lucha fue más dificultosa.[901]

La primera "ciudad del pecado" de Estados Unidos, desde fines de la década de 1840 hasta fines de la de 1920, fue San Francisco, fundada por Juan Nautista de Anza (1735-1788) en 1776 y llamada Yerba Buena hasta que en 1847 se la bautizó con su nombre actual. Dos años más tarde la fiebre del oro pro-

vocó su transformación de una pequeña villana un pueblo fronterizo sin ley, y luego a un importante puerto internacional. En 1880, con una población de 233.000 habitantes, se había convertido en la metrópoli financiera y cultural del lejano oeste. Tenía magníficas mansiones de millonarios en Nob Hill, pero también Barbary Coast, un distrito de luz roja que atendía a todo el oeste, un área en la que las mujeres disponibles eran notoriamente superadas en número por jóvenes que obtenían grandes ganancias no sólo en las minas de oro y plata sino en muchas otras ocupaciones. Barbary Coast estaba limitado por las calles Broadway, Kierney, Montgomery y la avenida Pacific, y consistía en un grupo de bares, salones de baile y locales de apuestas.

Es curioso que el hombre que limpió San Francisco haya sido el monstruo retratado en *El ciudadano*, William Randolph Hearst (1863-1951). Cuando tenía veinticuatro años, su padre, un minero millonario y senador por California, le dio el *San Francisco Examiner*. Hearst había sido expulsado de Harvard por "conducta escandalosa" y su padre pensaba que el juguete del periódico lo calmaría. Ocurrió todo lo contrario. Hearst gastó ocho millones de dólares para convertir el *Examiner* en un enorme éxito comercial, después desafió a Pulitzer en Nueva York, ayudó a comenzar la guerra hispanonorteamericana, apoyó el asesinato político como lo que él llamaba "un ejercicio mental" y fue culpado por el homicidio del presidente McKinley. Fue representante por Nueva York, obtuvo el 40 por ciento de los votos en una sola vuelta en la convención presidencial demócrata de 1904, y adquirió siete periódicos, cinco revistas, dos agencias de noticias y una compañía de cine.[902]

La campaña de Hearst contra las prostitutas de San Francisco fue, finalmente, un período intermedio entre su temprano radicalismo y su estado de ánimo posterior, un reaccionarismo sombrío. En sí mismo, él no fue muy importante —mucho menos

interesante que el Kane de la ficción— pero su vida en los años veinte nos da un panorama esclarecedor de California, el estado utópico quintaesencial de Norteamérica, en su período más excéntrico y entrañable. Hearst pasó esos años heredando terrenos y construyendo estructuras fantásticas en ellos. Por ejemplo, recibió un legado de 20.235 hectáreas en Wyntoon, en la frontera con Oregón, y junto al río McCloud construyó una Casa de Hadas, una Casa de Cenicienta, una Casa del Puente sobre las Aguas y un Castillo Mágico, así como un cementerio para sus numerosos animales domésticos: de hecho, una Disneylandia personal.[903] Varias veces se ha hablado de su proeza de transportar el castillo de St. Donat de Gran Bretaña y reconstruirlo en Estados Unidos.

Por desgracia, se conoce menos el hecho de que encargó a Julia Morgan (1872-1957), la más importante arquitecta femenina de Estados Unidos, que le erigiera el que quizá sea el mejor edificio de América del Norte (al menos, del norte de la frontera con México). Hearst heredó el terreno californiano de San Simeón cuando su madre murió en 1919 a causa de la epidemia de gripe. Decidió construir una casa que reuniera lo mejor y más grandioso de las tradiciones hispanoamericanas y angloamericanas, y escogió a Morgan porque ella ya se había ganado una reputación local por hacer precisamente eso. Una fotografía difícil de encontrar los muestra a los dos juntos: el enorme, genial y siniestro Hearst, y la diminuta (un metro cincuenta) Morgan, con su traje prolijo, cuidadosamente hecho a medida y su costoso chal de seda, el epítome de un feroz protolesbianismo. Lo único que tenían en común era el amor por la arquitectura. Él firmaba sus cartas dirigidas a ella "Wiliam Viollet-le-Duc Hearst, arquitecto" y ella comentaba sobre él: "Adora la arquitectura".[904] La correspondencia entre ambos revela una relación cercana y, en todas las circunstancias, sorprendentemente dulce, que produjo resultados espléndidos.

El edificio principal, o Casa Grande, con sus torres mellizas españolas, es de hormigón reforzado revestido de piedra. Ni Hearst ni Morgan habían olvidado el calamitoso terremoto de San Francisco de 1907, razón por la que la casa estaba construida a prueba de terremotos, en la medida en que eso es posible. Tiene 127 habitaciones. Una de las especialidades de Morgan eran las piscinas y en la Casa Grande hizo una piscina romana para los infrecuentes días lluviosos o frescos. Pero la piscina de Neptuno del exterior, más griega, es el punto más impresionante de la estructura, tal vez la piscina más hermosa jamás construida. Las tres áreas de huéspedes tienen un total de 187 habitaciones, entre ellas dos bibliotecas, 58 dormitorios y 47 cuartos de baño. En las fiestas, la atmósfera de San Simeón era de comunidad. Cuando Calvin Coolidge y su esposa se quedaron a dormir y pidieron servicio dé habitaciones se les dijo que todas las comidas, incluido el desayuno, se servían en el comedor. Pero la historia de la casa en las décadas de 1930 y 1940 es triste. Hearst estaba quedándose sin dinero y, en 1951, antes de morir, incluso tuvo que pedir prestado un millón a su amante, Marion Davis. En 1958, la Hearst Corporation donó San Simeón al organismo que gestiona los parques estatales de California, que la restauró y la abrió al público, otro ejemplo de cómo la plutocracia norteamericana termina beneficiando a la democracia norteamericana.[905]

Morgan fue una de los muchos arquitectos de talento que florecieron en California entre las guerras y ayudaron a crear su megalópoli de dos caras centrada alrededor de Los Angeles, la ciudad de ninguna parte que también es la ciudad de todas partes; el lugar donde se encuentran todos los estilos, modas y tendencias. Los Ángeles era territorio de misiones hasta 1822, cuando pasó a formar parte de México y se expropiaron más de 3.200.000 hectáreas a la Iglesia para redistribuirlas a través de 500 concesiones de tierra que se convirtieron en extensas estan-

cias. En 1838 Richard Henry Dana estuvo allí recopilando material para su *Two Years Before the Mast* (Dos años antes del mástil): era "remota" y "casi desértica" y "no hay ni ley ni Evangelio". Fue tomada por Estados Unidos en 1847, anexionada en 1848 e incorporada como ciudad en 1850. Desde el principio fue una ciudad altamente interracial y tensa: en el primer gran conflicto racial de 1871, fueron asesinados 19 chinos. En 1876, cuando se conectó al sistema ferroviario intercontinental, contaba con 11.000 habitantes. A partir de entonces la competencia de trenes hacia la costa oeste causó una migración masiva en la década de 1880. En 1887, cuando el precio del pasaje de tren de la ciudad de Kansas a Los Ángeles cayó de 12 dólares a un simbólico dólar, la línea Southern Pacific transportó a 120.000 personas que marchaban hacia el oeste.[906]

En 1900 Los Angeles tenía una población de 103.000 habitantes y ya estaba llena de edificios fantásticos, como la residencia Bradbury de Bunker Hill[907] Lo que la convirtió en la ciudad que es ahora fue el bungaló de estilo californiano, una variación exótica y osmótica del angloindio, con elementos misioneros y chinos. Se construyeron muchas casas hermosas, como la Gamble House (1908), diseñada por Charles y Henry Greene, especialistas en bungalós de lujo. Tenían grandes jardines y eso hizo que la ciudad se extendiera, tendencia que comenzó mucho antes de la llegada del automóvil. Los Angeles es una ciudad hecha para los bungalós, no para los coches y, en 1905, ya era una ciudad de suburbios, sin un verdadero centro.[908]

Esta ciudad soleada y extendida absorbió vorazmente a personas de todo el país (y el extranjero). De 1900 a 1920 la población creció a 575.000 habitantes con otros 325.000 en los campos circundantes. En los años veinte la inmigración se aceleró y llegaban 100.000 personas por año, lo que llevó a Los Angeles a contar con 2.200.000 habitantes a fines de esa década. Fue la mayor migración de la historia norteamericana. El

éxito de Los Angeles no se debía sólo al sol y a la tierra; también a la electricidad y a muchas otras formas de energía, incluida la inventiva humana. El primer descubrimiento de petróleo fue realizado por Edward Doheny en 1892. Cuando comenzó a obtener ganancias se construyó la primera de las monstruosas mansiones de Los Angeles, un castillo que mezclaba los estilos gótico, románico y oriental.[909] Se descubrió petróleo en La Brea (1902), Fairfax (1904) y en Beverly Hills (1908). Hubo otro enorme descubrimiento en 1920-1921. Un magnate petrolero, Alphonso Bell, tenía 81 hectáreas en lo que luego se convirtió en los campos de Santa Fe. Las regalías le proporcionaban unas ganancias de 100.000 dólares mensuales y, con ese dinero, compró 810 hectáreas donde construyó el hotel Beverley Hills y Bel Air.

En realidad, fue la electricidad lo que creó California, una década antes de que el científico alemán Karl Ballod publicara *Der Zukunftsstaat* (1919), donde abogaba por un "estado completamente eléctrico". Ese fue el libro que Lenin leyó y que lo llevó a declarar: "El comunismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país". En California, el eslogan era: "La electricidad es el camino a la salud, riqueza y felicidad de la humanidad". En ese estado, el suministro de energía a larga distancia mediante presas de agua data de 1903-1906, y en 1909 un genio de la ingeniería de nombre Erza F. Scattergood pasó a ser el principal ingeniero eléctrico de Los Angeles.

Scattergood hizo que la electricidad californiana fuera barata y estuviera disponible en casi cualquier lugar de la región. En 1912 California iba detrás de Nueva York en la cantidad de energía eléctrica utilizada, un rendimiento asombroso. Durante la primera guerra mundial se tomó la decisión de unificar toda la energía de este estado de casi 2.000 kilómetros de largo a través de una única administración centralizada. En 1924, sólo el 35 por ciento de los hogares de todo el país estaban electrifica-

dos, pero en California lo estaban el 83 por ciento. El promedio nacional del coste del kilovatio/hora era de 2,17 dólares. En California era de 1,42 dólares. Al generar el 10 por ciento de toda la energía eléctrica de Estados Unidos, ese estado pudo beneficiar tanto a los granjeros como a los que vivían en las ciudades. En 1924, mientras el 90 por ciento de todas las granjas norteamericanas seguían careciendo de electricidad, no era raro ver granjas completamente electrificadas en California, con vacas que se ordeñaban eléctricamente, bombas eléctricas que irrigaban los huertos y los campos, y toda la gama de electrodomésticos en las casas.

Y la electricidad barata impulsó la continuada prosperidad de California en los años veinte, a lo largo de los difíciles treinta y después. El proyecto Boulder Canyon de Scattergood se encontró con una poderosa oposición basada en intereses creados, lo que provocó demoras, y las excavaciones no empezaron hasta 1930. Pero luego se convirtió en un fenómeno mundial que atrajo a magnates de la construcción de autopistas como Henry J. Kaiser (1882-1967), que se convirtió en presidente del consorcio constructor en 1933. La mayor parte se costeó con reservas federales, incluyendo la construcción de una base para los obreros en el desierto de Nevada, llamada Boulder City, y el mismo Roosevelt inauguró la presa terminada en 1935. Era la más grande del mundo, por encima de otras tres presas ligadas, las de Parker, Bonneville y Grand Coulee.[910] La energía económica que producía hizo posible el florecimiento de vastas industrias manufactureras que se establecieron en California durante la segunda guerra mundial y transformaron toda la costa oeste, haciéndola aún más rica. Más al norte, en Seattle, J. D. Ross, discípulo de Scattergood, también predicó el evangelio de la electricidad barata, y lo llevó a la práctica. En la década de 1930 Seattle tenía más cocinas eléctricas que cualquier otra ciudad del país. Pocos años después, también se benefició de la ex-

pansión industrial de tiempos de guerra, lo que la llevó a ser, al día de hoy, el centro de la industria aeronáutica de Estados Unidos.[911]

Además, la electricidad de bajo coste fue uno de los factores que convirtieron el sur de California en el centro mundial de la nueva industria cinematográfica. Los otros dos eran el sol y, sobre todo —lo que es irónico, a la luz de la reputación actual de ese estado— la ausencia de litigios. Para decirlo de otra manera, las películas fueron el producto del matrimonio entre California y los judíos asquenazíes, precedido por una unión anterior entre el genio productor y creativo de los judíos y la ciudad de Nueva York. En 1890 no había una sola sala de entretenimientos en Nueva York. En 1900 había más de 1.000, 50 de las cuales ya se llamaban; Nickelodeon. Ocho años más tarde había 400 de ellas sólo en Nueva York y se estaban extendiendo a todas las ciudades del Norte. La entrada costaba cinco centavos y atraía a los sectores más pobres de la urbe. Los cientos de filmes que se hicieron para esos aparatos eran mudos, lo que suponía una ventaja. Pocos de los espectadores hablaban inglés. Era una forma artística para inmigrantes; por lo tanto, el marco ideal para una empresa judía. Al principio los judíos se limitaron a ser dueños de los Nickelodeon, los locales y las salas. La mayor parte de la propiedad intelectual, así como los cortometrajes, estaban en manos de protestantes nacidos en Estados Unidos.

La primera película californiana, *El conde de Montecristo*, realizada por la compañía Selig Polyscope en 1907, no tuvo nada que ver con Hollywood, que en ese entonces era un lugar rígidamente religioso, fundado en 1887 por dos metodistas, Horace y Daeida Wilcox, quienes tenían la esperanza de convertirlo en un distrito de lectores de la Biblia. En 1903, cuando Hollywood alcanzó el nivel de ciudad, se prohibieron en ella no sólo

la búsqueda de petróleo y los mataderos sino también los sanitarios, el alcohol y las salas de cine. Pero se quedó sin agua, y para conseguirla se vio forzada a incorporarse a Los Angeles en 1910 y perder su autonomía. Al año siguiente tuvo su primer estudio de cine, y en 1913 llegó el equipo de Cecil B. DeMille para filmar *El prófugo*, después de haber tenido que partir de Arizona debido a las tormentas de polvo. Lo que no significa que el sur de California en general y Los Ángeles en particular estén libres de fenómenos naturales. Los deslizamientos de tierra son bastante comunes. Hubo importantes terremotos en 1933 y 1971, y ahora están todos esperando el Grande. También hay corrientes de aire especialmente irritantes, conocidas como los vientos de santa Ana, que provocan iras y nerviosismo. Una de ellas se describe en *Red Wind* (Viento rojo), un relato de Raymond Chandler, el poeta en prosa de Los Ángeles: "Una época en la que todas las fiestas con alcohol terminan con una pelea y las pequeñas y mansas esposas tantean el filo del cuchillo de cocina y estudian el cuello de su marido". Pero la mayor parte del tiempo el clima es benigno y los productores de cine se dieron cuenta de que eso reducía los costes casi a la mitad. No les caían bien a los que en ese entonces habitaban la región (que no eran nativos: incluso en la década de 1990, la mitad de la población de California había nacido en otro lugar). En 1913, más de 10.000 ciudadanos de Los Ángeles firmaron una petición para que se prohibiera el rodaje de películas dentro de los límites de la ciudad. Se autodenominaban Ciudadanos Conscientes y sostenían que las películas traerían aparejada la inmoralidad. ¿Estaban tan equivocados? Pero su petición fue rechazada y, en 1915, la nómina de sueldos de Hollywood ya era de 20 millones de dólares y aumentaba velozmente: el recién llegado era demasiado grande como para expulsarlo.[912]

Ese mismo año se construyó la primera estructura característica de Hollywood, la Universal City, donde se hacía una pe-

lícula por día. Era obra de Cari Laemmle (1867-1939), el primero de los magnates cinematográficos judíos. Casi todos ellos seguían un patrón. Eran inmigrantes o descendientes de inmigrantes. Eran pobres, a veces desesperadamente pobres. Muchos procedían de familias con doce o más hijos. Laemmle era un inmigrante dé Laupheim, el décimo de trece hijos. Trabajó de oficinista, de contable y de gerente de una tienda de ropa antes de abrir un Nickelodeon, transformarlo en una cadena, crear un negocio de distribución de películas y después fundar la Universal, el primer estudio grande, en 1912. Marcus Loew (1872-1927) nació en el Lower East Side, hijo de un camarero inmigrante. A los seis años de edad vendía periódicos, a los doce abandonó la escuela para trabajar en una imprenta, luego en pieles; a los dieciocho ya era un corredor de pieles independiente, a los treinta ya había quebrado dos veces. Fundó una cadena de salas de teatro y luego creó la Metro-Goldwyn-Mayer. William Fox (1879-1952) nació en Hungría, tenía once hermanos y entró de niño en el país a través de la Estación de Inmigrantes de Castle Garden, Nueva York. Abandonó la escuela a los once años para entrar en la industria del vestir, puso su propio negocio, luego progresó a través de salas de entretenimientos en Brooklyn hasta lanzar una cadena de cine, la Twentieth Century-Fox.

Louis B. Mayer (1885-1957) nació en Rusia, hijo de un erudito hebreo, y también entró por Castle Garden cuando era niño. A los ocho años trabajó en el comercio de basura, a los diecinueve puso su propio negocio de basura, una cadena de salas a los veintidós, y en 1915 distribuyó la primera película para adultos, *El nacimiento de una nación*. Los hermanos Warner eran dos de los nueve hijos de un zapatero pobre de Polonia. Trabajaron vendiendo carne y helado, reparando bicicletas, como pregoneros de feria y artistas ambulantes. En 1904 compraron un proyector de cine y armaron su propio espectáculo, en

el que su hermana Rose tocaba el piano y Jack, de doce años de edad, cantaba los agudos. Joseph Schenck, cofundador de United Artists, dirigía un parque de diversiones. Sam Goldwyn trabajó de asistente de herrero y de vendedor de guantes. Harry Cohn, también del Lower East Side, fue conductor de tranvía, luego pasó a los espectáculos de variedades. Jessy Lasky fue intérprete de corneta. Sam Katz trabajó como mensajero pero ya de adolescente era dueño de tres Nickelodeon. Dore Schary fue, camarero en un campamento de vacaciones. Adolph Zukor, de una familia de rabinos, trabajó como vendedor de pieles, al igual que Darryl Zanuck, que obtuvo sus primeras ganancias con un broche para pieles.

El cine creaba millonarios, o personas que vivían como tales, que a su vez se hacían construir viviendas paradisíacas, lo que le dio a la ciudad —de hecho, a toda la zona— su característica fisonomía de pandemónium sentimental. En 1920, Gloria Swanson, después de haber protagonizado *Male and Female* (Macho y hembra) (1919) y *Why Ghange Your Wife?* (¿Por qué cambiar de esposa?) (1920), ambas de Cecil B. DeMille, se hizo construir un palacio de veintidós dormitorios y cinco baños, estilo renacentista, en Beverly Hills, le hizo poner un suelo de mármol negro, bañeras doradas con cortinas de seda azul y dijo: "Seré una estrella a cada momento y cada centímetro". Douglas Fairbanks se construyó una "cabaña de caza" en la cima de una colina cercana.

Eso fue el comienzo de la fundación de una colonia de resplandecientes excéntricos, cada uno de ellos con su entorno minibabilónico. Y, más allá de Beverly Hills, en los valles y cañones de alrededor, y en las tierras bajas que daban al mar, y en la misma ciudad de Los Angeles, los arquitectos y sus clientes indiscriminadamente exigentes competían para sorprender, asombrar y exhibirse. Templos egipcios y mayas, viviendas comunales malayas, pagodas chinas y siamesas, catedrales barrocas espa-

ñolas, iglesias románicas, palacios renacentistas, mezquitas moriscas y árabes, todos estos estilos se transformaron en modelos de casas, tiendas, edificios de oficinas y estaciones de servicio. El Los Angeles Theater tenía un vestíbulo imitación del Salón de los Espejos de Versalles. La antecámara del Tower Theater era una recreación de la de la Ópera de París. Muchos edificios habían sido copiados de los dibujos de libros de cuentos para niños. Había pirámides asirias y jardines colgantes de Babilonia. La Biblioteca Pública de Los Ángeles, construida en 1926 por Bertram Goodhue, era una combinación de los estilos romano, islámico, egipcio y bizantino. El Brown Derby Restaurant tenía la forma de un sombrero hongo marrón. También estaba la Cabaña de Hansel y Gretel, otro restaurante. Hoo Hoo I Scream era… una heladería. Muchas de las construcciones estaban diseñadas para que parecieran alimentos: tejados de salsa de tomate, iglúes de malvaviscos, pagodas de mantequilla de maní, *nougat* rosado florentino, estancias de chili con carne. Había casas que parecían perros, frutas, verduras, búhos, cerdos y molinos de viento.[913]

Era inevitable que en esa fantasmagoría apareciera Frank Lloyd Wright (1867-1959). Era de Chicago, donde había trabajado como arquitecto en el gran estudio Adler y Sullivan. Pero el clima artístico, emocional y cultural del sur de California le vino bien. La serie de importantes proyectos que llevó a cabo en Los Ángeles comenzó en 1917 con una casa para Aline Barnsadall, una heredera del petróleo considerada excéntrica ("extraordinaria" habría sido una mejor descripción). La casa que él le construyó estaba hecha de bloques prefabricados de hormigón y su exterior parecía un templo de sacrificios de los mayas, con una puerta principal también de hormigón. En su interior, un foso rodeaba la vivienda. La construcción estuvo tachonada de las clásicas peleas entre cliente y arquitecto, una especialidad de Wright. Usó bloques para varias casas, que él llamaba mesoame-

ricanas, de Los Ángeles. Esos “bloques textiles” (como los bautizó) estaban frecuentemente ubicados en los interiores como paredes decorativas, por ejemplo en su dramática Ennis House.[914]

Los californianos comunes, sin embargo, seguían con sus propias peculiaridades y prejuicios. Mientras los grandes arquitectos innovaban y creaban, los ciudadanos medios de Los Ángeles preferían, para sus hogares, variaciones del estilo hispanoamericano, así como las familias inglesas elegían la imitación del estilo Tudor si se les daba la oportunidad. Y el mismo Hollywood, después de un período de agitación, se hizo tan norteamericano como el pastel de manzana, aunque con una abundante capa de crema y profusamente decorado con frutas confitadas.

El poder del cine aumentó dramáticamente después de la introducción del sonido en *El cantor de jazz*, el 6 de octubre de 1927, y el primer largometraje “hablado” se exhibió en julio de 1928. Ese año, sólo 1.300 de las 20.000 salas de cine tenían equipo de sonido. En diciembre de 1930 ya eran 10.000 y los 57 millones de entradas que se vendían por semana se habían duplicado a más de 100 millones. Para la generación siguiente, las películas, muchas veces debido a la presión de grupos religiosos (en 1934, a solicitud de la Legión de Decencia de la Iglesia Católica, entró en vigor un código de producción más estricto, especialmente en la elección de temas), se convirtieron en la influencia más formativa de la sociedad norteamericana, y el principal proyector del estilo de vida norteamericano en el extranjero.[915]

Esa influencia se vio reforzada por un artista de una genialidad poco común, Walt Disney (1901-1966), que era también un animador y un emprendedor con un empuje inusual. Procedía de Illinois, donde su padre era granjero y contratista de poca monta. Disney tuvo una estricta educación protestante,

contra la que se rebeló, sólo para volver a caer en sus principios cuando se convirtió en un exitoso hombre de negocios. Hacía imitaciones de comediantes de Hollywood en los vestíbulos, después pasó a los dibujos animados de animales en Misuri. Una vez en Hollywood, creó al ratón Mickey, figura moral de un "hombre pequeño", y *Los tres cerditos*, un estimulante contra la Depresión, donde se mostraba que el trabajo duro y el empeño eran la única protección contra el lobo malo de la desesperación. Como todos los grandes artistas para niños, Disney moralizó el reino animal, pero también lo norteamericanizó, con los recursos de la animación de alta tecnología, que revolucionó y extendió. Sus ideas creativas tenían tanto éxito comercial que se transformaron en muletillas, como todas las grandes innovaciones artísticas.

En 1951, Disney decidió darle a su mensaje bidimensional una tercera dimensión cuando diseñó, en gran escala, la primera Disneylandia, que se inauguró en 1955 en Anaheim, California. Estas experiencias tridimensionales para niños proliferaron en Estados Unidos y se exportaron al extranjero.[916] Sobre su creación, en 1965 Disney concibió otra extensión más del concepto con lo que él llamó "nuestro Prototipo Experimental de la Comunidad del Mañana", un área lúdica para niños y adultos que cubría más de 12.000 hectáreas de tierras pantanosas de Florida, cerca de Orlando, manejado por 40.000 empleados e incorporando fantasías de todo el mundo, desde Alpes cubiertos de nieve artificial hasta playas de la Polinesia con olas también artificiales: Walt Disney World. Se inauguró en 1971, cinco años después de su muerte y, como el parque anterior, fue copiado en Estados Unidos y en otras partes del mundo.[917]

Ya en la década de 1920 Norteamérica tenía mucho para sorprender, cautivar y fascinar: automovilismo masivo, publicidad

chillona, un sinfín de películas, discos que se vendían por millones, radio las veinticuatro horas (los norteamericanos, luego imitados por el resto del mundo, usaban la palabra "radio" para reemplazar el término inglés "sin hilos"). Tenía historietas. Tenía una clase de fotoperiodismo que Europa aún no había experimentado. Pero, por sobre todo, tenía jazz. Cuando Arthur Schnabel hizo una gira por Estados Unidos y se le preguntó qué partituras querría llevar de regreso, respondió: "Jazz". Cuando, a su regreso, se le preguntó a Darius Milhaud qué clase dé música había en Estados Unidos, dijo: "Jazz". En los años veinte, de innumerables maneras, Norteamérica estaba atrayendo al mundo en las artes masivas de la misma manera en que Francia, a principios del modernismo, había atraído al mundo en las bellas artes. Pero el jazz fue el elemento excitante y creativo de esa conquista masiva, tal vez el único que respetaron los creadores no norteamericanos.[918] Entonces, ¿qué significaba?

El jazz entró en una tangente de la tradición musical norteamericana rica en canciones, pero vacía de muchas otras cosas. Los Padres Peregrinos y otros colonizadores, que no eran sólo protestantes sino también puritanos, no tenían acceso a la tradición musical polifónica de los ingleses, alimentada casi exclusivamente por católicos como Byrd, Gibbons, Dowland, Bull, Wilbe y Weelkes.

En cambio, los esclavos negros se vieron alentados por los dueños de las plantaciones a expresarse a través de la música. Mientras que las artes visuales y dramáticas estaban prohibidas porque se consideraban una fuente de distracción, las canciones de trabajo incrementaban la producción.

De esa unión poco prometedora surgieron dos tradiciones norteamericanas diferentes pero relacionadas. La primera, menos penetrante, era blanca. Stephen Foster (1826-1864) procedía de Pittsburgh (más tarde Cincinnati) y era un genio dominado por su madre, introspectivo y nostálgico, que murió a los

treinta y ocho años de edad por su afición a la bebida. Basándose en la balada inglesa, el vals francés y la ópera italiana, entretejió un estilo de música popular lleno de inocencia y recuerdos tristes que, en su punto máximo —*Sueño con Jeaniey su cabello castaño claro* (1854)— tiene la calidad de una melodía de Schubert. El sucesor natural de Foster, también originario de Pittsburgh, fue Ethelbert Nevin (1862-1901), un políglota que, a su vez, agregó los diversos elementos que llegaban a sus manos para producir brillantes canciones como *Mighty Lak a Rose* y *The Rosary*. Sus setenta composiciones son muy profesionales: de hecho, puede decirse que los compositores norteamericanos del siglo XIX aportaron una nueva clase de profesionalidad a la música popular, que incorporaba un enfoque muy sofisticado de la danza. El ritmo era un elemento trascendente. Estaba particularmente marcado en la obra del tercer compositor melódico destacado, John Philip So, nacido en Washington, hijo de un trombonista español que tocaba en la banda de la Armada norteamericana. So agregó USA a su apellido, que quedó como Sousa (1854-1932). Estudió y se preparó hasta convertirse en el mayor compositor de marchas del mundo, y de su natural jactancia, su exhibicionismo y su pasión por entretener se derivaba una soberbia profesionalidad.

Sousa fue típicamente norteamericano en el sentido que combinaba dominio artístico, talento comercial y una fuerte propensión a promover el factor del bienestar. *The Washington Post, The Stars and Stripes Forever, The Liberty Bell, El Capitán, The Power and the Glory* son obras que promueven un entusiasmo y una elevación casi animales.

Todos estos estilos de música norteamericana eran eclécticos. Pero el jazz y él blues eran los más eclécticos de todos en sus orígenes históricos. Eran un producto del único aspecto del crisol de razas en que los negros participaron completamente: el sonido (y, detrás del sonido, el sentimiento). En un sentido, el

blues derivaba directamente del trabajo de los esclavos, de los "gritos del campo", pero indirectamente de las baladas de Europa Occidental, de los spirituals inspirados por la Biblia y de los excitados gritos del gospel de los campamentos. El jazz y el rag eran algo diferente: expresaban burla, crítica, protestas disfrazadas contra el triunfalismo del mundo de los blancos.

El rag de piano era una versión musical de ese encanto-a-través-de-la-provocación. Antes de la guerra civil, era difícil que los negros tuvieran acceso a los pianos: Pero podían cantar. Su condición les daba un instinto para la parodia. De esa manera, *La Somnambula* de Bellini, que en 1837 fue un éxito en Nueva York, fue parodiada a ritmo del rag con el título de *The Roof Scrambler* (La que gatea por los techos). Los músicos negros aficionados transformaban los clásicos en jazz o rag mediante alteraciones del ritmo o el acento, además de modificar la letra.

Cuando los negros se desplazaron hacia el Norte, después de la guerra civil, necesitaron afrontar su velocidad para enfrentar el vigor norteamericano. La respuesta fue el jazz y el rag. El ragtime era percusivo además de veloz; de ahí que los gángsteres usaran la frase "piano de Chicago" para referirse a una ametralladora. Cuando los negros llegaron al Norte y comenzaron a tocar el piano sin restricciones, lo convirtieron en el equivalente de un tambor africano. Acentuaban en particular las "teclas de los negros", las cinco negras, la escala pentatónica africana —o modo de cinco notas— en vez de las "teclas de los blancos" de la escala diatónica occidental. El rag se basaba en la síncopa, en quitar el acento del tiempo fuerte o en ponerlo en el débil.[919] Era genuinamente multirracial, ya que los bajos de la mano izquierda practicaban un constante tiempo de marcha en dos por cuatro de estilo occidental mientras los agudos de da mano derecha hacían la síncopa africana.

El rag se desarrolló en las ciudades del Norte como Chicago y en las afueras de sitios como San Luis y Louisville. El jazz,

una música de crisol de razas derivada de las bandas de pífanos y tambores, de los spirituals y de las bandas negras de cuerda, a las que se agregaba una pizca de rag para dar sabor, se originó en Mobile, Alabama y sobre todo en Nueva Orleans, especialmente en Storyville, el distrito de la luz roja de esa ciudad. Esas ciudades del golfo eran prodigiosamente multiétnicas y multirraciales —siempre lo fueron— y es imposible identificar las distintas corrientes históricas que se mezclaron en ese apretado tejido.

Para las rectas mujeres norteamericanas de clase media todo sonaba bastante sospechoso. Las sufragistas y feministas, dirigidas por Carrie Chapman Catt (1859-1947), presidenta de la National American Women's Suffrage Association (Asociación Nacional de Sufragio de Mujeres Norteamericanas), se sentían particularmente ultrajadas, en nombre de las mujeres de los intérpretes, ante lo que ellas llamaban la "violación" del piano por parte de los músicos de rag, que tocaban "música de burdeles de negros", con el apoyo cada vez mayor de "astutos judíos sin escrúpulos". La National Federation of Women's Clubs (Federación Nacional de Clubes de Mujeres) sostenían que arrebatarían la música norteamericana de "las manos de los extranjeros infieles" y "los negros de las villas de emergencia". Ante su insistencia, la American Federation of Musicians (Federación Estadounidense de Músicos) se comprometió en 1914 a que sus miembros no interpretarían ragtime. En el *Musical Observer* de septiembre de 1914 se decía que no había lugar para el ragtime "en los hogares cristianos donde se acentúa la pureza de la moral". En agosto de 1921 apareció un artículo en el *Ladies Home Journal* en el que se preguntaba "¿El jazz pone el pecado en la síncopa?". Las mujeres militantes relacionaban la expansión de la "música de negros" con el aumento de la tasa de nacimientos ilegítimos.

La oposición femenina al elemento negro de la nueva música causó bastante charlatanería y hasta una reescritura directa de la historia por parte de los artistas blancos que la adoptaron.

En cualquier caso, el intento de borrar a los negros del guión fue un completo fracaso. De hecho, ya a principios de la década de los veinte los negros lograban atraer parte del reconocimiento y las candilejas. Las bandas negras eran bien recibidas en París, al igual que Florence Mills en Londres. *The Plantation Review* (1922), *Dixie to Broadway* (1924) y *The Blackbirds (1926)* tuvieron éxito en Nueva York. Y Josephine Baker, después de su éxito en París con *La Revue Negre*, donde realizaba una *danse sauvage* con el pecho desnudo, regresó a Estados Unidos y triunfó repetidamente. Ya en 1922, en las Ziegfield Follies, Gilda Gray cantaba *Está oscureciendo en Broadway*, cuya frase más efectista decía: "Tienes que volverte negro si quieres estar al último grito de la moda".[920] Lo que se descubrió en la década de 1920, por primera vez, era que la música negra tenía un atractivo propio precisamente por ser negra, y que la movilidad descendente era un importante elemento en esa nueva forma de arte. Ir a clubes nocturnos y locales donde se tocaba jazz era una de las maneras en que los jóvenes de clase alta se burlaban de los bailes de sociedad a los que se esperaba que asistieran. Edward Marks, editor musical de Broadway, lo expresó con claridad: "Las mejores canciones vienen de las cloacas". Hablar inglés con errores gramaticales era una forma de protesta social contra la moral establecida.

Es importante comprender que la movilidad descendente fue, en un principio, apenas una minúscula fractura del bruñido monolito de la sociedad norteamericana, de movilidad característicamente ascendente. El jazz, por ejemplo, era un gusto de las élites en los años veinte. Sólo cuando se simplificó, se purgó y se hizo respetable a través de las bandas blancas de Glenn Miller y Tommy Dorsey (y se convirtió en swing en ese

proceso), comenzó a conquistar a las masas, desde 1935 en adelante. Luego, en los cuarenta, llegó el bop, con músicos negros como Charlie Parker (saxo alto), Dizzy Gillespie (trompeta), Thelonious Monk (piano) y cantantes como Ella Fitzgerald, que hacían bebop. Después siguió el cool y el hard bop de los cincuenta, el soul jazz y el rock de los sesenta y, en la década de los setenta, fusiones de jazz y de rock dominadas por instrumentos eléctricos. Durante todo ese tiempo, la música pop se sumaba para envolver los distintos estilos y tradiciones en la fantasmagoría de la música comercial preparada según el gusto de innumerables millones de jóvenes fácilmente manipulables pero cada vez más pudientes. Y, proveniente de los mundos del jazz y del pop, el consumo de drogas se extendió a las masas mediante la más acelerada de todas las vertientes de movilidad descendente.[921]

En 1920, todo eso era una nube no más grande que la mano de un niño, y la atención crítica estaba más enfocada en el surgimiento del musical norteamericano, que en sí mismo era una amalgama de la opereta vienesa, las puestas musicales francesas de bulevar, la ópera cómica y el music-hall de los ingleses Gilbert y Sullivan —*La ópera de los pordioseros*, de 1728, era el principal antecedente— más los ingredientes completamente norteamericanos del *burlesque*, los trovadores, el vodevil (y el jazz) y que en todo ese proceso se convirtió en una forma de arte completamente nueva y muy atractiva. A los talentos de preguerra de Berlín y Jerome Kern se sumó, después de la guerra, un grupo de recién llegados, algunos de ellos muy cercanos a la genialidad: además de Gershwin, estaban Richard Rogers, Howard Dietz, Cole Porter, Vincent Youmans, Oscar Hammerstein, Lorenz Hart y E. Y. Harburg. Juntos hicieron florecer el musical norteamericano. *Lady Be Good!*, de Gershwin, el primer ejemplo de la madurez de ese estilo, se estrenó el 1 de diciembre de 1924 en el Liberty Theater, protagonizado por Fred Astaire y

su hermana Adele. Fue un suceso destacado en Broadway en una temporada de cuarenta musicales, tales como *Sitting Pretty* de Kern, *Music Box Review* de Irvin Berlin, *Lollypop y The Student Prince* de Youmans y *Chocolate Dandies* de Sissie y Black. [922] Los años veinte neoyorquinos no llegaron a tener la difusión cultural de la Alemania de Weimar pero fueron una época y lugar donde los creadores nativos tuvieron la más amplia gama de oportunidades y donde los artistas expatriados tenían más posibilidades de hallar la libertad, los medios y la seguridad para expresarse.

La clave de la década de los veinte fue la alegría, que surgía de una extraordinaria exuberancia basada en el deleite de estar vivo y ser norteamericano. La paradoja central de esos años —probablemente la década más disfrutable de la historia de ese país— era que Estados Unidos, después de haberse reprimido voluntariamente mediante la Ley Seca, se dedicó a las Fiestas y a la diversión en una escala nunca vista. Ernest Hemingway (1891-1961), que en esa década logró ponerse al frente de la liga de los escritores jóvenes, acuñó una frase que pronto se hizo universal: "Sírvase un trago". En los veinte también surgió una bebida que se preparó por primera vez en California (probablemente en San Francisco) en la década de 1860, mezcla de ginebra, vermut dulce y angostura. En Nueva York, durante los años veinte, se hacía con diminutas cantidades de vermut seco y se rebautizó como Dry Martini.

Sin embargo, Warren Harding no bebía martini: su bebida era el whisky. Y mascaba tabaco. Como dijo Thomas Edison: "Harding es un buen tipo; cualquier hombre que masque tabaco es un buen tipo". (Esa frase obtuvo una amplia aprobación masculina. Sí, los veinte quedaron atrás hace ya mucho tiempo). Con su propio estilo monótono, Harding compartió la ale-

gría general de la época. Se acercó a los medios de prensa y, cuando comenzaba a conocer a los periodistas, los llamaba por su nombre de pila. Cuando se trasladaba, le gustaba rodearse de una amplia "familia" que viajaba con él, muchos invitados inesperados que ocupaban diez vagones del tren presidencial. Invitaba gente a su dormitorio para lo que él llamaba una "carcajada" y, dos veces por semana, convocaba a sus íntimos para "comida y acción" (acción quería decir póquer). El secretario de Comercio Hoover, un hombre rígido (que jamás usaba otra prenda que no fuera una camisa almidonada después de las seis de la tarde) era el único que se negaba a jugar: "Me fastidia ver eso en la Casa Blanca".[923]

La Administración de Harding fue poderosa y, en algunos aspectos, tuvo éxito. Además de Hoover, el Gabinete contaba con Charles Evans Hughes como secretario de Estado y Andrew Mellon en el Tesoro. La lista del Gabinete era un corte transversal de la Norteamérica de la movilidad ascendente: un fabricante de coches, dos banqueros, un gerente de hotel, el director de un periódico de agricultura, un abogado de derecho internacional, un ranchero y un ingeniero. Había en él sólo dos políticos profesionales. Harding heredó del comatoso régimen de Wilson una de las recesiones más agudas de la historia del país. Para julio de 1921 ya se había superado y la economía prosperaba nuevamente. Harding y Mellon no habían hecho otra cosa que reducir los gastos gubernamentales en un 40 por ciento del total al que había llegado Wilson en tiempos de paz, y esa fue la última vez que una de las principales potencias industriales atacó la recesión con el clásico método del *laissez-faire*, es decir, permitiendo que los salarios descendieran a sus niveles naturales.

Sin embargo, es común que Harding aparezca como el menos respetado de los presidentes en las encuestas, tanto para los ciudadanos norteamericanos como para los historiadores profesionales. Él es una clara ilustración de lo que ejemplificó Grant

y que fue comprobado una y otra vez en la segunda mitad del siglo XX: "Los presidentes tienen que ser absolutamente cuidadosos". Harding fue descuidado al escoger a sus amigos y colegas. O, dicho de otro modo, fue generoso y desaprensivo. El único cargo específico por falta de honestidad del que se lo acusó personalmente fue que la venta del *Marion Star* estaba arreglada. Pero la acusación fue decisivamente desestimada en los tribunales y a los dos hombres que iniciaron la demanda se les impuso una multa de 100.000 dólares por calumnia. Pero Harding cometió un colosal error de juicio al nombrar a Albert Fall, el florido senador por Nuevo México, como secretario de Interior. No era el único en creer que Fall era honesto. El senador usaba un bigote caído, una flameante capa negra y un sombrero Stetson de ala ancha; era la viva imagen de la "normalidad" del Sur y el oeste. Era tan popular, que cuando su nominación pasó al Senado para que éste la aprobara, fue inmediatamente confirmada por aclamación, la única vez en la historia norteamericana en que un miembro del Gabinete recibiera un voto de confianza semejante.[924] El segundo error de Harding fue creer al procurador general, su ex gerente de campaña Harry Daugherty, de Ohio, que le había prometido al presidente que lo protegería de los traficantes de influencias que se arremolinaban en los terrenos de su residencia. "Sé quiénes son los corruptos y quiero interponerme entre Harding y ellos" fue el compromiso de Daugherty, que nunca cumplió.[925]

Como resultado, desde principios de 1923 se desencadenaron en rápida sucesión varios escándalos. En febrero, Harding descubrió que Charles Forbes, director de la Federación de Veteranos de Guerra, había estado vendiendo remedios del Gobierno a muy bajo precio. Harding lo convocó a la Casa Blanca, lo sacudió "como un perro a una rata" y le gritó: "¡Bastardo traidor!". Forbes huyó a Europa y renunció el 15 de febrero.[926] El 4 de marzo renunció Albert Fall. Luego se supo que había re-

cibido un total de 400.000 dólares como compensación por haber otorgado alquileres con opción de compra en condiciones favorables de los pozos petrolíferos del Gobierno de Elk Hills, California, y Salt Creek (Teapot Dome), Wyoming. Fall fue condenado a un año de prisión en 1929. Pero en la época eso no se difundió y la exposición de Fall fue un desastre para Harding. Poco después se agregó el suicidio culposo de Charles Cramer, consejero de la Federación de Veteranos de Guerra.[927]

Por fin, el 29 de mayo, Harding se obligó a recibir a un compinche de Daugherty, Jess Smith, que, junto a otras personas de Ohio, había estado vendiendo favores gubernamentales en un lugar que se hizo conocido como "la pequeña casa verde de la calle K [n.º 1625]". La Pandilla de Ohio, como el grupo pasó a llamarse, no tenía nada que ver con Harding e incluso nunca pudo establecerse legalmente que Daugherty compartiera el botín (cuando lo juzgaron, en 1926-1927, se negó a testificar; de todas formas fue absuelto). Pero al día siguiente, después de que Harding echara en cara a Smith sus delitos, el infeliz se pegó un tiro y ese segundo suicidio tuvo un efecto deplorable en el estado de ánimo del presidente. Según William Allen White (no siempre un testigo fiable), Harding le dijo: "Puedo ocuparme de mis enemigos perfectamente. Pero mis malditos amigos, mis desgraciados amigos, White, son los que no me dejan dormir de noche".

Si hubiera tenido tiempo, no cabe duda de que Harding habría conseguido estabilizar la situación y refutar los rumores de que era culpable por complicidad, como hicieron muchos presidentes posteriores. Pues sus propias manos estaban completamente limpias, según lo que ha podido establecerse en las investigaciones históricas más recientes. Pero al mes siguiente emprendió un viaje a Alaska y a la costa oeste. Ya era un perfecto candidato para un ataque cardíaco (la autopsia reveló que tenía el corazón muy dilatado) y trató de exorcizar los escándalos de

la mente del pueblo mediante una actividad frenética. Durante un desfile automovilístico en Seattle, "subía y bajaba el brazo durante horas agitando el sombrero", lo que era un esfuerzo muy grande para su corazón. Tuvo un ataque cuando su tren se acercaba a San Francisco pero, como no quería desilusionar a la gente, insistió en vestirse con ropa mañanera y caminó sin ayuda hasta la escalera de entrada del hotel Palace, donde fue vitoreado por la multitud. Apenas llegó a su habitación cayó de cabeza sobre la cama, donde murió tres días más tarde de lo que los médicos diagnosticaron como "aplopejía", aunque en realidad era un infarto masivo.[928] Cuando el tren fúnebre de Harding se dirigió hacia el este, se produjeron extraordinarias manifestaciones de afecto público por un hombre que, a diferencia de Taft y Wilson, "parecía un presidente". En Cheyenne, una inmensa multitud soportó de pie una tormenta de polvo; en Chicago, ocuparon las playas de carga hasta que el tren no pudo avanzar. Harding era el tipo de presidente norteamericano que adoran todos: amable, cordial, decente, común, humano; uno de ellos.

La destrucción del verdadero Harding y su reconstrucción como un corrupto, galanteador e inútil fue un ejercicio ejemplar de historiografía mentirosa. Comenzó en 1924 con una serie de artículos publicados en el *New Republic* escritos por el director, Bruce Bliven, un hombre imaginativo y violentamente opuesto a los negocios. El inventó el mito de que la Pandilla de Ohio, bajo el mando de Daugherty, había reclutado deliberadamente a Harding en 1912 como testaferro dentro de una conspiración a largo plazo para entregar el país a Andrew Mellon y los Grandes Negocios.[929] Ahora parece que no existe ninguna prueba de ello, y no sorprende que en la década de los treinta Bliven siguiera adelante y se convirtiera en un crédulo propagandista del Frente Popular, dirigido por los comunistas. Luego, en 1926, apareció una novela, *Revelry* (Juerga) en la que se

describe a un presidente culpable que se envenena para huir del escándalo y la vergüenza. Causó efecto en el disconforme Hoover, que siempre había pensado que hubiera sido mejor presidente que Harding. Hoover leyó el manuscrito del libro y le dijo a un amigo que describía "muchas cosas que no se saben".

El éxito de la novela, a su vez, alentó a Nan Britton, una muchacha de Ohio, hija de un médico de Marion, a publicar, en 1927, *The President's Daughter* (La hija del presidente), donde aseguraba haber tenido una hija de Harding en 1919. Sostenía que Harding la había seducido en la oficina que él tenía en el Senado en esa época, que el romance continuó y que Harding le escribió muchas cartas. Pero ni siquiera entonces mostró esas cartas acusadoras.

Cuando, en 1964, se permitió a los estudiosos tener acceso a los diarios de Harding (que no habían sido quemados, como se dijo), se descubrió que no había nada verdadero en esas historias, aunque se supo que Harding, un hombre patéticamente tímido con las mujeres, había tenido una triste y conmovedora amistad con la esposa de un tendero de Marion antes de su presidencia. La imagen babilónica era una fantasía, y en todo lo esencial Harding había sido un presidente honesto y perspicaz, a quien una muerte temprana por exceso de trabajo impidió transformarse en un posible gran estadista. Esa experiencia debería alentar a los historiadores a observar con mayor detalle otros mitos presidenciales aceptados.

El sucesor de Harding, su vicepresidente Calvin Coolidge (1872-1933), no procedía de una pequeña ciudad del Medio Oeste sino de la rústica Vermont, un distrito todavía más relacionado con los prístinos valores de la "ciudad de la colina" norteamericana. Vermont era el único estado de Nueva Inglaterra sin línea costera y, por lo tanto, prácticamente no había sido alcanzado por la contaminación inmoral del comercio. Fue el

primer estado en unirse a los trece originales, en 1791, y de ninguna manera podía considerárselo reaccionario. De hecho, su ley estatal fundamental fue la primera en abolir la esclavitud y en establecer el sufragio universal masculino. Pero sí era, y sigue siendo, conservador y rural.[930] En los tiempos de Coolidge el ingreso principal eran los productos lácteos de granja y él creció en una, cerca del pequeño pueblo de Plymouth. Su padre, el coronel Coolidge, de la reserva, trabajaba la granja él mismo. En ese entonces eso no era poco común: en algunos aspectos, Estados Unidos seguía siendo un país de granjeros. De hecho, cuando en agosto de 1923 el vicepresidente Coolidge fue convocado a la Casa Blanca, se encontraba en la granja de su padre, donde pensaba pasar dos semanas de vacaciones ayudando a almacenar el heno, blandiendo una guadaña, usando una horca y conduciendo un carro de dos caballos. Y no realizaba esas actividades para una producción fotográfica, ya que no se tomó ninguna foto. Coolidge jamás tuvo un secretario de prensa en toda su vida. No habría soñado en llamar a un periodista por su nombre de pila, como hacía Harding y, hasta donde se conoce, jamás se invitó a un periodista a la granja Coolidge hasta que fue nombrado presidente.[931]

Cuando, la noche del 2 de agosto, llegó a Plymouth la noticia de que el muchacho de la localidad se había convertido en el trigésimo presidente, la escena fue, sin duda, idílica y campestre. No había teléfono en la granja, y el más cercano quedaba a tres kilómetros bajando la colina. La familia Coolidge se despertó cuando un mensajero de Correos golpeó la puerta. Traía dos telegramas: uno del secretario de Harding en el que se notificaba oficialmente la muerte del presidente, y la segunda del procurador general, que pedía a Coolidge que asumiera el mando de inmediato prestando juramento. Luego se transcribió el juramento y el padre de Coolidge, que era escribano público, lo leyó, a la luz de un farol de queroseno, pues no había electrici-

dad en la casa. Se encontraba en una minúscula sala de estar en una casa de campo, con una estufa de leña, un antiguo escritorio de nogal, unas pocas sillas y una mesa con tapa de mármol en la que descansaba, abierta, la Biblia familiar. Después de leer las últimas palabras del juramento, el joven Coolidge colocó su mano sobre el libro y dijo, con gran solemnidad, "con la ayuda de Dios".

Coolidge no estaba tan alejado de nuestros tiempos. Había nacido en julio de 1872, pocas semanas después que Bertrand Russell, a quien el autor de esta obra conoció bien. Ese verano, La *Aïda* de Verdi era la ópera del momento y *Middlemarch*, de George Eliot, era la novela más comentada. Coolidge se veía como un emprendedor a su manera. Le gustaba citar a Sidney Smith: "Es una gran cosa que un hombre encuentre su propia vía y la mantenga; se va mucho más rápido sobre una vía propia". No quiso seguir los pasos de su padre y dedicarse a la agricultura y eligió su propio camino del derecho y el servicio público; tampoco buscó ser socio de una firma establecida, sino que colgó su propio cartel en Northampton, Massachussets, a los veinticinco años de edad: "Calvin Coolidge, abogado". Dos años más tarde dio su primer paso en la carrera política como concejal republicano, luego fue elegido procurador, cumplió dos períodos en la legislatura estatal, un breve lapso como intendente de Northampton, seguido del puesto de presidente del Senado del estado y luego dos períodos como gobernador.[932]

Al igual que Harding, su predecesor, Coolidge era un político minimalista, sólo que más sistemáticamente y con propósitos y creencias más firmes. Pensaba que la esencia de la república no era tanto la democracia en sí misma como el imperio de la ley, y que la función principal del Gobierno era sostenerla y asegurar su cumplimiento. Por supuesto que el Gobierno tenía también funciones facultativas. Como administrador de la ciudad, hizo avances para facultar a los granjeros locales a proveer

a los ciudadanos un suministro adecuado de leche fresca a precios competitivos. Realizó enormes esfuerzos para supervisar los proyectos ferroviarios con el objeto de posibilitar a las compañías ofrecer un sistema de transporte público en Massachussets que fuera barato y seguro. Obtuvo grandes logros en las finanzas tanto locales como estatales, pagó la deuda, acumuló excedentes y, como resultado, elevó los salarios de los maestros estatales y pudo conseguir a los mejores. Si se examina su historial en Massachussets como legislador y gobernador se puede ver en detalle que no era un hombre para el que "la propiedad siempre tiene la razón". Todo lo contrario. Aborrecía los grupos de presión y el sistema de *lobbys* de los poderosos intereses propietarios. Era un hombre para el que "la ley siempre tiene la razón". Como gobernador, realizó una importante declaración sobre la libertad del individuo electo de no prestar atención a las intimidaciones de los intereses y de los medios. Dijo: "Tenemos demasiada legislación por clamor, por tumulto, por presión. El Gobierno representativo cesa cuando la influencia exterior de cualquier tipo sustituye el juicio de los representantes". Los votantes tienen el derecho de votar, pero un representante electo para el cargo debe utilizar su propio juicio. Edmund Burke había dicho lo mismo un siglo y medio antes. Coolidge agregó: "Eso no significa que no haya que atender la opinión de los votantes. Hay que sopesarla con el máximo cuidado, ya que el representante debe representar, pero su juramento indica que debe ser 'fiel y de acuerdo con las reglas y cláusulas de la Constitución y las leyes'. Las opiniones e instrucciones no están a la altura de la Constitución. Contra ella son nulas". Que un estado como Massachussets aprobara una ley para fabricación de cerveza ligera y vino, conocida como "el proyecto de la cerveza de 2,5 por ciento", desafiando la prohibición federal, era un insulto a la ley. El, por cierto, llamó Invalidación al movimiento contra la ley del Sur rebelde que sé oponía a la Constitución y,

como gobernador, no tenía más alternativa que vetarla. “La obligación vinculante de obediencia (a la ley) en contra del deseo personal” declaró, era la esencia de un gobierno civilizado y constitucional, sin el cual “se acaba toda libertad y toda seguridad” y “sólo la fuerza prevalece”. “¿Acaso aquellos a quienes se les confía la autoridad máxima —continuó— pueden dar otro ejemplo que no sea la más estricta obediencia a la ley?”[933].

Una adhesión absoluta al principio del imperio de la ley y una minuciosa atención a sus detalles fue lo que distinguió la exitosa manera en que Coolidge resolvió la huelga de la policía de Boston de 1919, un suceso que le valió la atención de todo el país. La conducta de Coolidge estuvo marcada por la voluntad de enfrentarse a cualquier grupo de la sociedad, por más poderoso que fuera —en este caso, la Federación Norteamericana de Trabajadores— en defensa de la ley, y sostuvo que la autoridad debidamente constituida, en este caso el comisionado de policía de Boston, debía poder ejercer su juicio y sus facultades hasta el momento en que éste confesara públicamente que ya no podía controlar la situación, y luego por una voluntad equivalente, ejercer todas las facultades constitucionales del gobernador, incluyendo su autoridad como comandante en jefe de la Guardia Estatal, a la que convocó en su totalidad. La política fue minimalista hasta que tanto los hechos del caso como el estado de la opinión pública exigieron medidas drásticas, que se habían preparado anteriormente, con sumo cuidado y en secreto, y que entonces se pusieron en práctica de inmediato y sin contemplaciones. Esa acción también estaba respaldada por una expresión de filosofía política bien formulada y fácilmente entendible: “Nadie tiene derecho de hacer huelga contra la seguridad pública, en ningún lugar ni en ningún momento”. La forma en que Coolidge manejó esta peligrosa huelga, en una época en que el orden público estaba amenazado virtualmente en todo el mundo, sel convirtió en un modelo para cualquier jefe de

Gobierno, tanto estatal como federal. Evidentemente, tanto la clase política como la nación entera lo vieron así en ese momento, y eso facilitó el camino para la nominación de Coolidge como candidato a vicepresidente al año siguiente.[934]

Coolidge, como la gran reina Isabel I de Inglaterra, era un supremo exponente de la inactividad magistral. Pero también, a diferencia de esa reina, que a veces hablaba mucho, él era una persona que dedicaba mucha reflexión y una vida de experiencia a las estrategias del silencio. Aprendió eso de su padre, pero mientras que el coronel era callado por instinto, Coolidge convirtió el silencio en una virtud política. Su sobrenombre, Cal *el Callado* lo regocijaba, y con frecuencia lo salvó de dar pasos o realizar declaraciones que podrían haber resultado contraproducentes.

Una reputación de silencio era en sí misma una forma de autoridad. Como presidente del Senado, en 1914, Coolidge realizó el discurso inaugural más corto del que se tenga registro. Vale la pena recordarlo. A continuación, se reproduce en su totalidad:

> Haced vuestra tarea de cada día. Si es para proteger los derechos de los débiles, fueran quienes fuesen, hacedlo. Si es para ayudar a que una poderosa compañía sirva mejor al pueblo, sea cual fuere la oposición, hacedlo. Esperad que os llamen partidarios e inflexibles, pero no seáis partidarios e inflexibles. Esperad que os llamen demagogos, pero no seáis demagogos. No vaciléis en ser tan revolucionarios como la ciencia. No vaciléis en ser tan reaccionarios como la tabla de multiplicar. No confiéis en que beneficiaréis a los débiles si haléis caer a los fuertes. No os apuréis para legislar. Dad a la administración la oportunidad de ponerse a la altura de la legislación.

Buenos puntos, bien considerados. Reelegido sin oposición, su segundo discurso inaugural fue aún más breve: apenas cuatro oraciones. “Conservad los firmes cimientos de nuestras instituciones. Haced vuestra tarea con el espíritu de un soldado al servicio del público. Sed leales al bien común y a vosotros mismos. Y sed breves; por encima de todo, sed breves”[935].

Pero cuando sí hablaba, valía la pena oírlo. Era directo, medular, desengañado, poco romántico y generalmente sincero. En el siglo XX nadie definió con más elegancia las limitaciones del Gobierno y la necesidad del esfuerzo individual, que necesariamente implica desigualdades, para hacer avanzar la felicidad humana. Por lo tanto: "El Gobierno no puede aliviar el esfuerzo personal. Los normales deben cuidarse a sí mismos. El autogobierno quiere decir automantenimiento [...] En definitiva, los derechos de propiedad y los derechos personales son la misma cosa [...] La historia revela que no existe ningún pueblo civilizado en el que no haya una clase con un buen nivel de educación y que acumule riqueza. Las grandes ganancias significan grandes nóminas de salarios. La inspiración siempre ha venido de arriba". Sostenía que era esencial juzgar la moralidad política no por sus intenciones sino por sus efectos. Así, en su discurso inaugural de 1925, la frase esencial fue: "La economía es el idealismo en su forma más práctica".

Una de las características de la Norteamérica de los años veinte fue que los jefes de Gobierno de esa década predicaron y practicaron esa filosofía pública. Prácticamente en todos los otros lugares se veía la tendencia a la expansión del gobierno, a una mayor intervención, y a centralizar el poder. Los más notables de los que llegaron al poder al mismo tiempo que Coolidge se dedicaron a ampliar el papel del Estado. Mussolini, jefe supremo de Italia a partir de 1922, lo dijo claramente: "Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado". Stalin, en el poder desde 1923, comenzó sus series de planes quinquenales para todo el país. Los creadores de nuevas naciones de la década, Kemal Ataturk, presidente de Turquía desde 1923, Chiang Kaishek, dirigente de China desde 1925, Ibn Saud de Arabia Saudita (1926) y Reza Kan, sha de Persia (1925), todos llevaron el Gobierno a rincones de sus países donde jamás había penetrado. Hasta Poincaré en Francia y Bal-

dwin en Gran Bretaña eran, según los patrones de Coolidge, intervencionistas rampantes.

Lo único que podemos decir ahora es que el minimalismo de Coolidge se vio justificado por los hechos. La prosperidad de la era Coolidge fue enorme, real, extensa aunque no ubicua y sin precedentes. No fue permanente, ¿pero qué prosperidad lo es? Pero es insensato y antihistórico juzgarla como insustancial por lo que ahora sabemos que pasó después. En esa época era tan sólida como las casas que se construyeron, los alimentos que se comían, los automóviles que se conducían, el dinero que_ se gastaba y las propiedades que se adquirían. La prosperidad estaba más extensamente distribuida en la Norteamérica de los años veinte que lo que había sido posible en cualquier comunidad de ese tamaño hasta ese momento, e hizo posible que millones de familias comunes adquirieran los elementos de seguridad económica que siempre les habían sido negados a lo largo de la historia.

Ese nuevo progreso material tampoco fue esencialmente grosero y filisteo, como aduce la historiografía popular de los años veinte, una "fiesta de ebrios", para usar la frase de Edmund Wilson o, como dijo Scott Fitzgerald, "la juerga más grandiosa y ostentosa de la historia". Los intelectuales de clase media son demasiado propensos a irritarse cuando las personas más pobres adquieren posesiones materiales por primera vez, especialmente si son artículos de lujo que ellos siempre han creído que les corresponden. La experiencia indica que, en una sociedad democrática y ascendente como la de Estados Unidos, cuando se dispone de más dinero la primera prioridad, tanto para los gobiernos locales como para las familias, es gastarlo en más y mejor educación. Y, por cierto, eso es lo que sucedió en los años veinte. Entre 1910 y 1930, pero especialmente en la segunda mitad de ese período, el gasto total en educación en Estados Unidos se cuadruplicó: pasó de 426.250.000 dólares a 2.300 millones. El

gasto en la educación universitaria también se cuadruplicó y llegó a casi 1.000 millones por año. El analfabetismo se redujo de un 7,7 por ciento al 4,3 por ciento.[936] La década de los veinte fue la era del Club del Libro del Mes y del Gremio Literario, del auge de las editoriales y librerías y especialmente de la devoción popular por los clásicos. Durante toda la década, *David Copperfield* fue elegida "la novela favorita de Estados Unidos" y entre los votados como "los diez hombres más grandes de la historia" por los norteamericanos figuraban Shakespeare, Longfellow, Dickens y Tennyson.

Ésa fue la floreciente escena que Calvin Coolidge decidió abandonar tan bruscamente como había llegado a ella. Un aspecto de su enfoque minimalista de la vida y de su cargo era no sólo que se abstenía de hacer lo que no era estrictamente necesario sino también que creyó correcto dejarlo todo cuando le pareció que ya había realizado el servicio que le correspondía. Era un gran lector de historia, como Woodrow Wilson, pero mucho más consciente que Wilson de la advertencia de lord Acton sobre la tendencia a la corrupción del poder. Le gustaba la idea de una Norteamérica en la que un hombre capaz y justo surgiera del llano para tomar su lugar como primer ciudadano y jefe de Gobierno de la república y luego, una vez finalizado su mandato, se retirara, si no exactamente con alivio, entonces sin arrepentimientos, de vuelta al llano.

Si hubiera querido, podría haber solicitado la nominación de los republicanos y no habría tenido dificultades en ganar las elecciones de 1928, probablemente por una mayoría más amplia que la de Hoover. Apenas tenía cincuenta y seis años de edad. Pero como le dijo al juez adjunto Harlan Stone: "Es una buena idea dejarlo cuando todavía te requieren".

El 2 de agosto de 1927 convocó a unos treinta periodistas y, cuando llegaron, les dijo: “Formen una fila a la izquierda”. Entonces entregó a cada uno de ellos una cuartilla de papel en la que él mismo había escrito a máquina: “No voy a presentarme para presidente en 1928”. Eso fue todo: no se permitieron preguntas. Podría ser que, al año siguiente, al ver el triunfo de Hoover, se arrepintiera de esa decisión, pero jamás hizo el menor esfuerzo por rectificarla. En su época tampoco dio ninguna explicación al respecto. De hecho, sus ultimas palabras a la prensa en la Casa Blanca fueron típicamente negativas, como arrojándoselas a la cara: “Quizás una de las más importantes características de mi Administración haya sido que me preocupé por mis propios asuntos”.[937]

Cuando Coolidge decidió explicar su actitud, en el capítulo final de su autobiografía, publicada en 1929, se contentó con decir que ocho años en la Casa Blanca eran suficientes, quizá más que suficientes. “Un análisis del historial de aquellos presidentes que han servido ocho años revelará que, en casi todos los casos, se han producido muy pocos logros constructivos en la última parte de sus mandatos. Con frecuencia, éstos estuvieron oscurecidos por graves desilusiones”. Eso es bastante cierto.

También puede haber habido una razón personal. Coolidge era lo contrario de un hombre demostrativo pero había poderosas emociones que operaban bajo la superficie de su encorsetado exterior, y existen pruebas suficientes de que se sentía muy unido a su familia cercana. Mientras él ocupaba el puesto de presidente perdió a su hijo, Calvin, en 1924, y a su amado padre, el coronel, en 1926. No hay razones para creer que Coolidge fuera particularmente supersticioso, pero parece que se le metió en la cabeza que ninguna de esas muertes habría ocurrido si él no hubiera ocupado la Casa Blanca.

Existe, por supuesto, otra explicación: que Coolidge tenía la profunda sensación de que los buenos tiempos estaban termi-

nándose y él no quería estar al mando cuando las cosas empezaran a andar mal. Desde luego, se trataba de un factor importante. En la época de Coolidge ya se entendía bastante bien la historia de los ciclos comerciales, y él —que era por naturaleza más pesimista que optimista— sabía perfectamente que la prosperidad no duraría. Lo único incierto era cuándo se acabaría y con cuánto dramatismo. Su consejero más cercano, Stone, que estudiaba los mercados, le advirtió que se avecinaban problemas. El mismo estaba seguro de que el mercado se hundiría, probablemente más temprano que tarde.

Así, Coolidge se marchó y cerró el telón de la última Arcadia capitalista genuina. Otro mito acerca de esos tiempos es que la prosperidad de los años veinte fue una mera orgía de gastos y borracheras, destinada al desastre, y que bajo una pátina de progreso yacía un abismo de pobreza. Eso no es cierto. La prosperidad estaba muy extendida. No era universal. En la comunidad agropecuaria estaba distribuida de manera irregular y esquivó en gran medida ciertas comunidades industriales más antiguas, como el comercio textil de Nueva Inglaterra.[938] Pero el crecimiento fue espectacular. En un índice de 100 para el período 1933-1938, estaba en 58 en 1921 y llegó a más de 110 en 1929. Eso implicaba un aumento de la renta nacional de 59.400 millones de dólares a 87.200 millones en ocho años, mientras que la renta per cápita real se elevó de 522 a 716 dólares. No era un lujo babilónico pero sí un modesto bienestar que hasta entonces no se consideraba posible.[939]

El núcleo del auge del consumo estaba en el transporte personal que, en un país grande, donde algunas de las ciudades ya tenían casi 50 kilómetros de ancho, no era un lujo. En 1924 las cuatro compañías automotrices más importantes de Europa produjeron apenas el 11 por ciento de los coches fabricados en Estados Unidos. Incluso a fines de la década los registros europeos alcanzaban ej 20 por ciento de los niveles norteamericanos

y la producción apenas el 13 por ciento.[940] Lo que estas cifras significan es que la clase trabajadora norteamericana había adquirido la libertad de movimiento que hasta entonces estaba limitada a una parte de la clase media y que los trabajadores europeos no alcanzarían hasta más de treinta años después. Mientras tanto, la clase media estaba pasándose al transporte aéreo. El número de pasajeros de aviones se elevó de 49.713 en 1920 a 417.505 en 1930 (en 1940 la cifra era de 3.185.278 y de casi 8.000.000 en 1945).[941] Lo que los años veinte norteamericanos demostraron fue la velocidad con que la productividad industrial podía transformar los lujos en necesidades y extenderlos hacia abajo en la pirámide de clases.

De hecho, la prosperidad de los años veinte sirvió para disolver cada vez más las clases y otras barreras semejantes. Después de los automóviles, la nueva industria eléctrica alimentó y reflejó la prosperidad. El consumo de radios medido en dólares aumentó de apenas 10.648.000 en 1920 a 411.637.000 en 1929, y la venta total de productos eléctricos se triplicó durante esa década a 2.400 millones.[942] La audiencia masiva de la radio (seguida por las películas habladas) provocó la norteamericanización de las comunidades inmigrantes y una nueva eliminación de las clases en la vestimenta, el habla y las actitudes.

Los veinte marcaron el mayor avance que las mujeres norteamericanas hayan logrado en cualquier década, anterior y posterior. En 1930 había 10.546.000 mujeres "con empleos lucrativos" fuera del hogar; la mayoría, como antes, estaban empleadas como personal doméstico o para servicios personales (3.483.000) pero ahora había casi 2.000.000 de oficinistas, 1.860.000 en fábricas y, lo más alentador, 1.226.000 profesionales.[943] De igual importancia eran las amas de casa liberadas, las "rubias" que gracias a sus electrodomésticos, sus coches y los altos salarios de sus maridos disponían de tiempo libre por primera vez.

La llegada de la abundancia a la familia se reflejó en el declive de la política radical y su base sindical. En un estudio de 1929 se cita a un dirigente sindicalista: "El automóvil Ford ha causado muchísimo daño a los sindicatos, aquí y en todas partes [en Estados Unidos]. Mientras los hombres tengan dinero suficiente como para comprar un Ford de segunda mano y neumáticos y combustible, estarán andando por los caminos y no prestarán atención a las reuniones del sindicato".[944] En 1915, 1921 y 1922 los sindicatos perdieron tres casos esenciales ante la Corte Suprema, y sus huelgas de 1919 fueron desastrosas. La cantidad de socios de la Federación Norteamericana de Trabajadores se redujo de un máximo de 4.078.740 en 1920 a 2.532.261 en 1932. El "capitalismo del bienestar social" dotaba a las empresas de instalaciones deportivas, vacaciones pagadas, planes de seguridad social y de pensiones, de manera que en 1927 había 4.700.000 trabajadores cubiertos por la seguridad social y 1.400.000 pertenecían a sindicatos. Parecía que los trabajadores norteamericanos estaban en el umbral de una existencia de clase media hasta entonces inimaginable, con responsabilidades y provisiones personales, que hacía cada vez más superflua la acción colectiva.[945]

Con respecto a ese crecimiento y prosperidad, Estados Unidos había alcanzado una posición de superioridad en la totalidad de la producción mundial jamás alcanzado por ningún otro país durante un período de auge económico: 34,4 por ciento del total, comparado con el 10,4 de Gran Bretaña, el 10,3 de Alemania, el 9,9 de Rusia, el 5 de Francia, el 4 de Japón, el 2,5 de Italia, el 2,1 de Canadá y el 1,7 de Polonia. Las probabilidades de que Europa, y luego Asia, no tardarían en inclinarse hacia lo que André Siegfried llamó "la original estructura social de Estados Unidos" aumentaron cada año mientras la economía mundial se mantuvo estable. Si hubiera habido otra década de tanta prosperidad, la historia no sólo de Norteamérica sino del

mundo entero habría sido completamente diferente y mucho más afortunada. Pero eso no sucedería. Después de la elección de Herbert Hoover (a quien Coolidge llamaba, irónicamente, el Joven Maravilla), y durante el interregno en Washington, se pidió al presidente Coolidge una decisión sobre política económica a largo plazo. Rápidamente, Coolidge replicó: "Dejémosle eso al Joven Maravilla".

SÉPTIMA PARTE
“NADA QUE TEMER, EXCEPTO EL TEMOR”.
Norteamérica, superpotencia, 1929-1960

El colapso de Wall Street de octubre de 1929, y la Gran Depresión que tuvo como resultado y cuyos efectos duraron hasta 1939, los comienzos de la segunda guerra mundial, siguen siendo un misterio, a pesar del más de medio siglo de análisis económicos e históricos transcurrido desde entonces. Los mercados bajistas, y las caídas que provocan, reflejan ciclos comerciales que parecen ser una característica inevitable de la economía industrial moderna en todo el mundo. Son instrumentos correctivos que retrotraen a la realidad los mercados y las economías recalentadas, y, de esa manera, forman plataformas estables desde las que puede retomarse el crecimiento para luego alcanzar niveles más altos. Lo desconcertante de los sucesos de la década de 1929 a 1939 es la continua severidad de las caídas de los mercados y la duración y persistencia de la Depresión. A continuación se desarrolla un intento de encontrar sentido histórico a una trágica serie de sucesos para los que aún no se ha dado ninguna explicación satisfactoria.[946]

En los años veinte, Estados Unidos era, en general, un país laissez-faire. Desde una perspectiva amplia, los comerciantes tenían la libertad de hacer sus propios arreglos y los trabajadores podían obtener salarios de acuerdo con los niveles del mercado.

Pero esta economía autorregulada tenía un requisito importante y peligroso. La industria norteamericana estaba protegida de la competencia extranjera mediante altos aranceles a la importación. Los presidentes republicanos, Harding, Coolidge y Hoover no retomaron ni intensificaron los intentos de Wilson de reducir los aranceles y acercarse al libre intercambio. La Ley Fordney-McCumber de Aranceles de 1922 y, todavía más, la Ley Smoot-Hawley de 1930, que Hoover se negó a vetar, tuvieron efectos devastadores sobre el comercio mundial y, como consecuencia, sobre el de Estados Unidos. En realidad, los presidentes de Estados Unidos y los líderes republicanos del Congreso no se enfrentaron a la Federación Nacional de Fabricantes, a la Federación Norteamericana del Trabajo, a los grupos de presión formados por industrias particulares y a la presión local de los estados industriales y, por lo tanto, no mantuvieron la libertad económica que decían defender.[947]

En cambio, durante la década los veinte, Estados Unidos, junto con los británicos y otras de las principales potencias industriales y financieras, intentaron mantener la prosperidad mundial mediante la inflación deliberada del suministro de dinero. Eso era posible gracias a la creación del sistema del Banco de Reserva Federal, algo que podía hacerse en secreto, sin sanción ni control legislativo, y sin que el público lo supiera o que la comunidad económica se interesara. Aunque la cantidad de dinero circulante se mantuvo estable —3.680 millones de dólares en billetes a principios de la década y 3.640 en 1929— el crédito se expandió de 45.300 millones el 30 de junio de 1921 a 73.000 millones en julio de 1929, un aumento del 61,8 por ciento en ocho años.[948] La Casa Blanca, el Tesoro a cargo de Andrew Mellon (1855-1937), que estuvo al mando durante todo el período 1921-1932, el Congreso, los bancos federales y también los bancos privados se combinaron para inflar el crédito. Eso no habría tenido importancia si se hubiera permitido

que las tasas de interés encontraran su propio nivel, es decir, si los fabricantes y agricultores que tomaban dinero prestado hubieran pagado las tasas de interés que los ahorristas exigían para prestarlo. Pero, de nuevo, la misma combinación se sumó para mantener artificialmente bajas las tasas de interés. La política manifiesta de la Reserva Federal era no sólo "aumentar los recursos del crédito" sino también hacerlo "con tasas de interés lo suficientemente bajas como para estimular, proteger y hacer prosperar toda clase de negocios legítimos".[949]

Esta inflación deliberada del crédito se aplicó no sólo en el ámbito nacional sino también en el internacional. El Gobierno de Estados Unidos exigía el pago de los préstamos que en tiempos de guerra habían otorgado a los aliados europeos, en especial a Gran Bretaña y Francia, pero también ayudaba activamente a que los gobiernos y empresas extranjeras obtuvieran dinero en Nueva York gracias a su propia política de dinero barato y a su propia interferencia activa en el mercado de bonos extranjeros.

Los arquitectos de esa política eran Benjamin Strong, director del Banco de Reserva Federal de Nueva York, que, hasta su muerte en 1928, tuvo una intervención todopoderosa en la formación de la política financiera de Estados Unidos, y Montague Norman, director del Banco de Inglaterra. Estaban inspirados por el economista de Bloomsbury John Maynard Keynes, cuyo influyente *Tratado sobre la reforma monetaria* apareció en 1923. Uno de los mitos de los años de entreguerras es que el capitalismo laissez-faire arruinó las cosas hasta que Keynes, con su gran libro, *Teoría general sobre el empleo y el interés y el dinero* (1936) introdujo el "keynesianismo" —otra palabra para referirse al intervencionismo del Gobierno— y salvó el mundo. De hecho, la teoría de Keynes, que abogaba por la "moneda controlada" y un nivel de precios estabilizado, dos cosas que implicaban una constante intervención del Gobierno bajo coordina-

ción internacional, era parte del problema. Durante la mayor parte de los años veinte, Strong y Norman dirigieron el control de la moneda. Tanto dentro del país como en el ámbito internacional bombeaban más dinero hacia el interior del sistema, y cada vez que la economía presentaba señales de languidez aumentaban la dosis. La ocasión más notoria fue en julio de 1927, cuando Strong y Norman organizaron una reunión secreta de banqueros en Long Island, en las propiedades de Ogden Mills, subsecretario del Tesoro, y la señora Ruth Pratt, una heredera de la Standard Oil. Se trataba de un estilo de tráfico de influencias de Long Island que, por desgracia, no conocían Scott Fitzgerald ni los personajes de *El gran Gatsby* (1925); caso contrario, hubiéramos oído hablar más de ese tipo de situaciones en esa época.

Más tarde, algunos de los presentes rememoraron lo sucedido. Cuando, en un punto de la reunión, Strong y Norman decidieron llevar a cabo otro ataque inflacionario, Hjalmar Schacht, el gran mago alemán de las finanzas, protestó. El sostenía que el apuntalamiento financiero del sistema de crédito de posguerra, conocido como "patrón oro", era, en realidad, una farsa; se trataba solamente de un patrón oro en lingotes, con el que los bancos centrales llevaban la cuenta transfiriendo lingotes de oro entre ellos mismos. El verdadero patrón oro, insistió, existía solamente cuando los bancos pagaban con monedas de oro a cualquier persona que presentara papel moneda. Esa era la única forma de asegurar que la expansión estaba financiada por ahorros genuinos y voluntarios, en vez de créditos bancarios determinados por una minúscula oligarquía de dioses financieros.[950] Lo apoyaba Charles Rist, delegado del Banco de Francia, que presentó una objeción cuando Strong le dijo "voy a dar una medida de whisky a la Bolsa de Valores". Pero los alemanes y franceses no tuvieron éxito y la Reserva Federal neoyorquina redujo la tasa medio punto más, lo que la dejó en 3,5 por ciento,

una cifra asombrosa en esas circunstancias. Adolph Miller, miembro del directorio de la Reserva Federal, describió más tarde esta decisión, en un testimonio ante el Senado como, "la operación más grande y más audaz llevada a cabo por el sistema de Reserva Federal [que] tuvo como resultado uno de los errores más costosos cometidos por ella o por cualquier otro sistema bancario en los últimos setenta y cinco años".[951]

A corto plazo, la política pareció tener éxito. En la primera mitad de la década, el comercio mundial, gracias en gran medida al proteccionismo norteamericano, no había conseguido regresar a sus niveles de preguerra. De hecho, en el período 1921-1925, el intercambio mundial, comparado con el período 1911-1914, era, en realidad, de menos 1,42 por ciento. Pero durante cuatro años, de 1926 a 1929/ experimentó un crecimiento de 6,74 puntos, porcentaje que no pudo superarse hasta finales de la década de los cincuenta.[952] De todas maneras, los precios se mantuvieron estables, con una fluctuación de entre un 93,4 en junio de 1921 hasta un máximo de 104,5 en noviembre de 1925, para después bajar al 95,2 en junio de 1929. Eso dio la impresión de que la política de crecimiento deliberadamente controlado dentro de un marco de estabilidad de precios se había hecho realidad. Keynes describió "el exitoso control del dólar realizado por el directorio de la Reserva Federal entre 1923 y 1928" como un "triunfo".[953]

Sin embargo la inflación existía y crecía constantemente. Sin esa clase de control olímpico que llevaban a cabo los bancos centrales, habrían caído tanto los precios como los salarios, los primeros mucho más rápidamente que los segundos. Entre 1919 y 1929, se produjo un fenomenal crecimiento de la productividad en Estados Unidos, y la producción por trabajador en la industria manufacturera se elevó un 43 por ciento. Eso fue posible debido a un incremento sin precedentes de las inversiones de capital, que aumentaron con un ritmo anual del 6,4 por

ciento, y a los enormes progresos de la tecnología industrial.[954] El aumento de la productividad debería haberse reflejado en precios mucho más bajos. El hecho de que éstos se mantuvieran estables era consecuencia del control económico. Es cierto que, sin ese control, también habrían caído los salarios, pero sólo marginalmente. Los salarios reales, o el poder adquisitivo, habrían crecido de manera constante, al mismo ritmo que la productividad, por lo que los trabajadores podrían haber obtenido un mayor disfrute de los bienes que el progreso de su actividad estaba produciendo en las fábricas.

En realidad, era difícil para los trabajadores mantenerse a la altura de la nueva prosperidad. Los años veinte, lejos de ser demasiado materialistas, como dice el mito, no lo eran en grado suficiente. Hacia el final de la década, muchas familias de clase trabajadora tenían dificultades para pagar las cuotas de su vehículo o para renovarlo. Y una de las desventajas de construir una economía industrial alrededor del automóvil es que, cuando hay escasez de dinero, la vida de un coche puede prolongarse arbitrariamente unos años. Hacia fines de los veinte, el hecho de que los frutos de la productividad no se trasladaban a los consumidores mediante precios más bajos estaba comenzando a producir efectos. Hay pruebas de que el mayor número de mujeres empleadas reflejaba una disminución de los ingresos reales, en especial para la clase media.[955] A medida que el boom continuaba y los precios seguían sin disminuir, se hizo más difícil que el consumidor pudiera mantener la prosperidad en marcha. Los banqueros, por su parte, tenían que hacer más esfuerzos para inflar la economía: la "pequeña medida de whisky" de Strong fue el último gran empujón; al año siguiente él ya había muerto sin dejar a nadie con el mismo grado de intrepidez monetaria ni con tanta autoridad.[956]

De hecho, el último empujón de Strong no hizo mucho para ayudar a la economía industrial. Alimentó la especulación. La

masa de consumidores recibió muy poco del nuevo crédito. En realidad, había un desequilibrio del gasto en la economía norteamericana. El 5 por ciento de la población con los ingresos más altos tenía un tercio de la totalidad de los ingresos personales, y ellos no compraban autos Ford o Chevrolet. La proporción de los ingresos por intereses, dividendos y rentas, en vez de salarios, era alrededor del doble de los niveles a los que nos hemos acostumbrado en los últimos cincuenta años.[957] La medida de whisky de Strong benefició casi exclusivamente a los que no obtenían sus ingresos a través de salarios, sino de otra manera. La última fase del boom fue principalmente especulativa. Hasta 1928, los precios de la Bolsa se habían limitado a mantenerse al ritmo de la actividad real de la industria. Desde el comienzo de 1928 empezó a crecer el elemento de irrealidad, o de pura fantasía. Como dijo Bagehot, "la gente es más crédula cuando es más feliz". Se compraba y vendía con alegre ignorancia. En 1927, el número de acciones que cambiaron de manos, 567.990.875, batió todos los récords. Después la cifra se elevó a 920.550.032.[958]

Desde luego, hubo claras señales de advertencia. La Radio Corporation of America, que jamás había pagado dividendo alguno y cuyas ganancias sobre las acciones eran, por lo tanto, nulas, subió de todas maneras de 85 a 420 puntos en 1928. Eso era especulación pura, calculada sobre la suposición de que las ganancias de capital continuarían indefinidamente, un absurdo manifiesto. En 1929 algunas acciones se vendían a una ganancia multiplicada por cincuenta. Como señaló un experto: "El mercado estaba descontando no solamente el futuro sino también el más allá".[959]

Un boom de mercado basado en ganancias de capital no es más que una estructura piramidal de venta. Los nuevos fondos de inversión, que para fines de 1928 surgían a un ritmo de uno por día, eran típicas pirámides invertidas. Tenían, usando una

frase en boga en los años veinte, "palancas fuertes", a través de sus propias inversiones, supuestamente astutas, y aseguraban un fenomenal crecimiento de los papeles sobre la base de un muy pequeño plinto de crecimiento real. Por ejemplo, la United Founders Corporation se convirtió en una compañía con unos recursos nominales de 686.165.000 dólares con una inmersión inicial de apenas 500 dólares. El valor de mercado en 1929 de otro fondo dé inversión era superior a 1.000 millones de dólares, pero su principal activo era una compañía eléctrica cuyo valor, en 1921, era sólo de seis millones.[960] Esas firmas sostenían que su existencia servía para que "el hombre pequeño" pudiera obtener "una parte de lo que pasaba". En realidad, se limitaban a suministrar una superestructura adicional de casi nada más que especulación, y las "palancas fuertes" actuaron en la dirección opuesta cuando quebró el mercado.

La inflación del crédito se agotó a fines de 1928. Como consecuencia, seis meses después la economía comenzó a declinar. El colapso de los mercados se produjo al cabo de apenas tres meses. Todo eso podía haberse previsto. De hecho, debería haber sido bien recibido. Era el patrón que se había seguido en el siglo XIX y el XX hasta 1920-1921. Era la "normalidad" capitalista, una "corrección del mercado". Para cualquiera que estudiara los precedentes históricos, las cifras daban a entender que se trataría de una corrección severa, simplemente porque la especulación había sido tan exagerada. En el apogeo de la fiebre había cerca de un millón de especuladores activos. De una población norteamericana de 120 millones, alrededor de 29 a 30 millones de familias tenían una relación activa con el mercado.[961] La economía detuvo su expansión en junio de 1929. La tendencia alcista de las acciones en realidad terminó el 3 de septiembre. Las subidas posteriores no fueron más que hipos en una constante tendencia bajista. El lunes 21 de octubre, por primera vez, la cinta perforada del teletipo no pudo mantener el ritmo de las

noticias de las caídas y jamás volvió a recuperarlo. Con la confusión aumentó el pánico (las primeras llamadas marginales habían aparecido el sábado anterior) y los especuladores comenzaron a darse cuenta de que podrían perder sus ahorros y hasta sus hogares. El jueves 24 de octubre las acciones cayeron verticalmente y nadie compraba, los especuladores se agotaron al dejar de responder las llamadas marginales, se formaron multitudes en Broad Street fuera de la Bolsa de Comercio de Nueva York y, antes de que terminara el día, se habían suicidado once hombres conocidos de Wall Street. A la semana siguiente, el 29, tuvo lugar el Martes Negro y comenzaron las primeras ventas de acciones solventes con el objeto de suministrar la liquidez que se necesitaba con tanta desesperación.[962]

Las caídas de los negocios cumplen propósitos esenciales. Tienen que ser agudas. Pero no es necesario que sean duraderas porque se ajustan a sí mismas. Lo único que requieren de los gobiernos, de la comunidad empresarial y del público es paciencia. La recesión de 1920 se había ajustado, ayudada por las reducciones de gastos gubernamentales que había encarado Harding, en menos de un año. No había razones por las que la caída de 1929 debiera haber durado más, ya que la economía norteamericana era fundamentalmente sana, como había dicho Coolidge. El 13 de noviembre, cuando finalizaron las primeras cuatro semanas de pánico inmediato, el índice seguía en 224, una marca baja respecto de su pico de 452. No había nada de malo en eso. En diciembre de 1928 había llegado sólo a 245, después de un año de subidas empinadas. El único resultado del pánico fue acabar con el elemento especulativo y las acciones solventes se ubicaron cerca de su valor correcto en relación con las ganancias. Si se hubiera permitido que la recesión se ajustara a sí misma, como lo habría hecho a finales de 1930 en cualquier circunstancia, se habría recuperado la confianza y no habría sido necesario que se desencadenara una crisis mundial. En

cambio, el mercado siguió cayendo, lenta pero inexorablemente, y dejó de reflejar las realidades económicas —su verdadera función— para pasar a ser una máquina de perdición que hundía a la nación entera y, con ella, al mundo. El 8 de julio de 1932 los índices industriales del *New York Times*, que estaban en 224 a finales del pánico, habían caído a 58. US; Steel, que vendía a 262 antes de que el mercado quebrara en 4929, estaba apenas a 22. GM, uno de los grupos manufactureros mejor conducidos y más exitosos del mundo, había caído de 73 a 8.[963] Para ese entonces había cambiado toda la perspectiva de Estados Unidos, infinitamente y para peor. ¿Cómo sucedió esto? ¿Por qué no se produjo la recuperación normal?

La explicación convencional es que Herbert Hoover, presidente cuando Wall Street se hundió y durante el período en que la crisis se convirtió en la Gran Depresión, era un ideólogo del *laissez-faire* que se negó a utilizar fondos públicos y el poder del Gobierno para reflotar la economía. En 1933, apenas el presidente Delano Roosevelt lo sucedió, y —al no tener ese tipo de reservas acerca de las intervenciones gubernamentales— comenzó a aplicar planificaciones estatales, las nubes se apartaron y la nación regresó al trabajo. No hay nada de cierto en esta creencia, aunque sí había profundas diferencias de personalidad entre ambos hombres, que tuvieron su importancia en la crisis. Hoover era un ingeniero social. Roosevelt era un psicólogo social. Pero ninguno de los dos entendía la naturaleza de la Depresión ni sabía cómo curarla. Lo más probable es que los esfuerzos de ambos no hayan hecho otra cosa que prolongar la crisis.

Hoover, nacido en 1874, era un ejemplar casi mitológico del nuevo superhombre y tuvo la oportunidad de poner en práctica la teoría de Thorsten Veblen (el más influyente de los precursores de la "ingeniería social") hasta la destrucción. Hoover no sólo creía en una clase de ingeniería social: él mismo era ingenie-

ro, y de bastante renombre. Había nacido en West Branch, Iowa, en el seno de una familia cuáquera de pocos recursos. Quedó huérfano a los nueve años de edad y se abrió paso en la escuela y en la Universidad de Stanford hasta obtener un título de ingeniero. Su estilo de vestimenta reflejaba su pasado cuáquero hasta el día en que finalmente la muerte se lo llevó, en la época de John F. Kennedy. Hoover maldecía, fumaba y bebía, e iba a pescar los domingos, pero siempre con camisa almidonada y corbata.[964] Entre 1900 y 1915 dirigió proyectos de minería en todo el mundo y amasó una fortuna de unos cuatro millones de dólares.[965]

En sus ocho años como secretario de Comercio, en la década de 1920, Hoover demostró ser un corporativista, activista e intervencionista que avanzaba contra la corriente del impulso general, o más bien de la falta de impulso, de las Administraciones de Harding y Coolidge. Su predecesor, Oscar Strauss, le había dicho que sólo tenía que trabajar dos horas por día, "acostando al pescado por la noche y encendiendo las luces de la costa". De hecho, su departamento fue el único que aumentó el personal, de 13.005 a 15.850 empleados, y su coste, de 24.500.000 \a 37.600.000 dólares, un logro bastante importante en una década de preocupaciones por el gasto público y de gobiernos minimalistas.[966] Esa era una de las razones por las que no le caía bien a Coolidge. Hoover tomó el mando en las postrimerías de la depresión de 1920 y 1921, y de inmediato se dispuso a formar comisiones y consejos gubernamentales, a auspiciar programas de investigación, a aumentar el gasto, a persuadir a los patronos de que mantuvieran altos los salarios y "dividieran el tiempo" para aumentar los puestos de trabajo y, sobre todo, a forzar "la cooperación entre el Gobierno federal y las administraciones estatales y municipales para aumentar las obras públicas".[967] Auspició equipos de trabajo y grupos de estudio (nuevas frases de moda), hizo redactar informes a exper-

tos y generó un constante zumbido de actividad. No había aspecto de la vida pública en el que Hoover no participara intensamente, muchas veces en persona: el petróleo, la preservación de recursos naturales, la política de los nativos, la educación pública, la salud infantil, la vivienda, los residuos y la agricultura (cuando llegó a presidente él mismo fue su propio secretario de Agricultura y la Ley de Comercialización de Agricultura de 1929 fue obra suya en su totalidad).[968]

Sin embargo Hoover no era un estatista, mucho menos un socialista, y declaró que se oponía a cualquier intento de "hacer entrar el fascismo en Norteamérica por una puerta trasera".[969] En muchos temas era liberal. Quería producir un flujo de ayuda hacia los que más tarde se llamarían "países subdesarrollados" pero que en los años veinte y treinta se llamaban simplemente "atrasados". Deploró la exclusión de los japoneses, por razones raciales, de las cuotas inmigratorias de 1924. Su mujer invitaba a las esposas de los congresistas negros. A diferencia de Woodrow Wilson y su esposa, o de Franklin Roosevelt, no hacía bromas antisemitas en privado.[970] Para un amplio espectro de norteamericanos educados de los años veinte, él era exactamente lo que un estadista de ese país tenía que ser, mucho antes de que llegara a la Casa Blanca.

En marzo de 1929, cuando Hoover fue nombrado presidente, el mecanismo de la debacle de Wall Street ya estaba en funcionamiento. La única cosa útil que podría haber hecho era permitir que las tasas de interés artificialmente bajas se elevaran a su nivel natural, lo que hubiera eliminado gradualmente el mercado alcista y al menos dado la impresión de que había alguien al mando. Eso habría evitado los terribles dramas que se produjeron en el segundo semestre del año y que tuvieron un profundo efecto psicológico. Pero Hoover no lo hizo: el crédito

barato financiado por el Gobierno era la piedra basal de su política. Guando la magnitud de la crisis se hizo obvia, Andrew Mellon, el secretario del Tesoro, finalmente se animó a repudiar la política intervencionista de Hoover y a solicitar que se regresara a un laissez-faire estricto. Dijo a Hoover que la política de la Administración debería ser "liquidar el trabajo, liquidar las acciones, liquidar a los agricultores, liquidar la propiedad horizontal" y, de esa manera, "purgar la podredumbre de la economía".[971] Fue el único consejo sensato que Hoover recibió en toda su presidencia. Al permitir que la Depresión se desatara totalmente, los negocios ilegítimos habrían quebrado con rapidez y los sanos habrían sobrevivido. Los salarios habrían descendido a sus niveles naturales. Para Hoover, ése era el punto de fricción. Él creía que los salarios altos eran el elemento más importante de la prosperidad y que mantenerlos en los niveles existentes era esencial para contener y superar las depresiones.[972]

Por lo tanto, desde el primer momento Hoover aceptó enfrentarse al ciclo económico y aplastarlo con todos los recursos del Gobierno. Escribió: "Ningún presidente anterior ha creído jamás que el Gobierno tuviera responsabilidad alguna en este tipo de casos [...] En ese aspecto, tuvimos que abrirnos camino en un nuevo terreno".[973] Restableció la inflación crediticia y la Reserva Federal agregó casi 300 millones de dólares al crédito sólo en la última semana de octubre de 1929. En noviembre sostuvo una serie de reuniones con líderes de la industria en las que les sonsacó la solemne promesa de no reducir los salarios —y hasta aumentarlos si era posible— promesa que, en general, mantuvieron hasta 1932. El periódico de la Federación Norteamericana del Trabajo alabó esta política; hasta ese momento, jamás se había ordenado a los patronos norteamericanos que actuaran en conjuntó, y la decisión marcó "un período en la historia de la civilización: los salarios altos".[974] En un memo-

rando dirigido a Ramsay MacDonald, primer ministro laborista de Gran Bretaña, Keynes elogió la maniobra de Hoover de mantener altos niveles salariales y calificó de "completamente satisfactoria" la expansión del crédito federal.[975] De hecho, en la mayoría de los aspectos, lo que Hoover hizo habría sido llamado, más adelante, una "solución keynesiana". Realizó una fuerte reducción impositiva. Los impuestos de un jefe de familia con unos ingresos de 4.000 dólares bajaron dos tercios.[976] Aumentó el gasto del Gobierno. Produjo deliberadamente un déficit enorme. Era de 2.200 millones de dólares en 1931, y llegado ese punto la participación del Gobierno en el producto interior bruto había aumentado del 16,4 por ciento en 1930 al 21,5. Fue el incremento más grande del gasto del Gobierno en toda la historia, y la mayor parte de él (1.000 millones) correspondía a pagos de transferencias.[977] Es cierto que descartó la ayuda directa y trató de canalizar el dinero público a través de los bancos en vez de entregarlo a las empresas y los individuos. Pero no cabe duda de que usó fondos del Gobierno para reflotar la economía. El consejo de Coolidge a las airadas delegaciones de agricultores que habían ido a pedirle fondos federales fue seco: "Recurran a la religión". La nueva Ley de Comercialización de Agricultura de Hoover les otorgaba 500 millones de los fondos federales, a los que se agregaron 100 millones a principios de 1930. En 1931 extendió esa maniobra a toda la economía mediante la Reconstruction Finance Corporation —RFC— (Sociedad de Financiamiento de la Reconstrucción) como parte de un programa de intervención gubernamental de nueve puntos que presentó en diciembre de 1931.

Ese fue el verdadero comienzo del New Deal, si se considera su existencia objetiva en lugar de la propaganda y la mitología. Durante los cuatro años de Hoover se iniciaron más obras públicas importantes que en los treinta anteriores. Entre ellas estaba el puente de la bahía de San Francisco, el acueducto de Los

Angeles y la presa Hoover. El proyecto de construir el canal marítimo St. Lawrence fue descartado debido a la parsimonia del Congreso; la Casa Blanca estaba a favor. Cuando se vio que la intervención no daba resultados, Hoover la duplicó y la redobló. En julio de 1932, el capital de la RFC se incrementó casi en un ciento por ciento hasta alcanzar la cifra de 3.800 millones de dólares y la nueva Ley de Construcción y Alivio de Emergencia amplió su papel positivo: solamente en 1932 otorgó créditos por un valor de 2.300 millones más 1.600 millones en efectivo. La esencia del New Deal ya estaba en marcha. Uno de sus sátrapas, Rexwell Tugwell, finalmente aceptó, en una entrevista realizada cuarenta años después de los hechos (1974), que: "Nosotros no lo admitimos en ese momento, pero prácticamente la totalidad del New Deal estaba tomada de los programas que empezó Hoover".[978] En ese punto, sin embargo, Hoover había perdido el control del Congreso, que estaba horrorizado por el déficit e insistía en que había que volver a equilibrar el presupuesto después de dos años de esa situación. La ley impositiva de 1932 produjo el mayor aumento de impuestos en tiempos de paz de la historia de Estados Unidos; la tasa para los sectores de altos ingresos saltó del 25 al 63 por ciento. Como consecuencia, las reducciones impositivas anteriores de Hoover parecían insignificantes en comparación, pero para esa época Hoover no estaba en posición de mantener una política coherente.[979]

Lo único que le quedaba era su retórica intervencionista, que continuó con más ímpetu que nunca. El resultado de esa retórica fue convencer a la comunidad financiera de que Hoover estaba a favor del trabajo y en contra de las empresas, lo que incrementó el efecto deflacionario. Ese efecto se vio reforzado por sus incesantes ataques contra las Bolsas, a las que consideraba parasitarias, y sus exigencias de que fueran investigadas hizo que las acciones bajaran aún más y que se desalentaran los inverso-

res privados. Su política de inversiones públicas evitó las liquidaciones necesarias. Finalmente, las empresas que esperaba salvar de ese modo terminaron en bancarrota, después de terribles agonías, o tuvieron que soportar la carga de una aplastante deuda durante la década de 1930. Hoover socavó los derechos de propiedad al debilitar las leyes de quiebra y al alentar a los estados a detener los remates por deudas, a prohibir las exclusiones y a imponer moratorias. Eso obstaculizó la capacidad de los bancos de salvarse a sí mismos y mantener la confianza del público. Hoover introdujo por la fuerza el crédito federal en los bancos y los intimidó para que crearan inflación, lo que incrementó la precariedad de la situación de las instituciones bancarias.[980]

La crisis final sobrevino con el colapso de las exportaciones norteamericanas. Los punitivos aranceles Smoot-Hawley dé 1930, que provocaron un agudo aumento de los derechos de importación, ayudaron a extender la Depresión a Europa. El 11 de mayo de 1931, la quiebra del principal banco de Austria, el Credit Anstalt, provocó qué varias instituciones similares de Europa cayeran como fichas de dominó. El 21 de junio, Hoover presentó el plan de una moratoria para las reparaciones y deudas de guerra, pero era demasiado tarde. Todos los bancos alemanes cerraron el 13 de julio. El Gobierno laborista británico cayó el 24 de agosto y el 21 de septiembre Gran Bretaña abandonó el patrón oro. Se produjeron rechazos de la deuda. Ahora nadie podía comprar mercancías norteamericanas y su política de préstamos externos como sustituto del libre intercambio dejó de tener sentido. Los extranjeros perdieron confianza en el dólar y, como Estados Unidos todavía seguía ceñido al patrón oro, comenzaron a retirar sus reservas de ese metal, una tendencia que se extendió a los clientes norteamericanos. En 1931-1932 quebraron unos 5.096 bancos, con depósitos de bastante más de 3.000 millones de dólares, y el proceso alcanzó

su punto culminante a principios de 1933 cuando el sistema bancario de Estados Unidos llegó a una virtual paralización durante las últimas semanas de la presidencia de Hoover: el remate del monumento al fracaso del presidente.[981]

Para entonces, el frenético intervencionismo de Hoover había llevado la Depresión a su cuarto año. El daño era enorme, aunque desigual y muchas veces contradictorio. La producción industrial, que había alcanzado 114 puntos en agosto de 1929, estaba en 54 en marzo de 1933. La actividad empresarial, que había totalizado 8.700 millones en 1929, cayó a 1.400 millones en 1933. La producción de bienes durables disminuyó el 77 por ciento en ese período. Gracias a las políticas prolaborales de Hoover, los salarios reales llegaron a incrementarse. Los perdedores, por supuesto, eran aquellos que no percibían ninguna clase de salario.[982] El desempleo había sido sólo de un 3,2 por ciento en 1929. Se elevó a un 24,9 por ciento en 1933 y al 26,7 por ciento en 1934.[983] En un momento se estimó que (excluyendo a las familias de agricultores) alrededor de 34 millones de hombres, mujeres y niños no contaban con ninguna clase de ingreso: un 28 por ciento de la población.[984] Los dueños no podían cobrar los alquileres y por lo tanto no podían pagar impuestos. Los erarios municipales se derrumbaron, lo que causó el hundimiento del sistema de ayuda, tal como estaba, y de los servicios municipales. Chicago debía 20 millones de dólares a sus maestros. En algunas áreas las escuelas estaban cerradas la mayor parte del tiempo. En 1932 había en Nueva York más de 300.000 niños que no podían recibir educación por falta de fondos. De los que sí asistían a la escuela, según el Departamento de Salud un 20 por ciento tenía deficiencias de nutrición.[985] En 1933, el Departamento de Educación estimaba que 1.500 establecimientos de educación superior habían quebrado o cerrado sus puertas. El número de matriculaciones universitarias descendió, por primera vez en la historia de Estados Uni-

dos, un cuarto de millón.[986] Pocos compraban libros. En doce meses, ninguna de las bibliotecas públicas de Chicago compró un solo libro nuevo. Las ventas globales de libros cayeron un 50 por ciento. Little, Brown, de Boston, aseguró que el período de 1932-1933 fue el peor desde que habían empezado a publicar, en 1837.[987] John Steinbeck se quejó de que "cuando la gente está en la ruina, lo primero que abandona son los libros".[988]

El tiempo de Hoover había llegado y había pasado. Había estado cuatro años en el poder, actuando frenéticamente, y todos los hombres y mujeres podían ver el resultado: la completa ruina. El vocabulario se había enriquecido con nuevas frases basadas en su nombre. ¿Qué era una "manta Hoover"? Era un periódico viejo que usaban para abrigarse los que se veían obligados a dormir a la intemperie. ¿Y una "bandera Hoover"? Un bolsillo vacío dado vuelta como señal de pobreza. Las "camionetas Hoover" eran camionetas con motor, pero sin combustible, arrastradas por caballos o mulas, lo que no era extraño en el verano de 1932. Y, en las afueras de las ciudades, o en los espacios abiertos dentro de ellas, comenzaban a crecer las "Hoovervilles", villas de emergencia para gente sin hogar y sin trabajo. En el otoño de 1932, algunos que hacían dedo exhibían un letrero que decía: "Llévame, o votaré a Hoover". En esta época, los caudillos republicanos le aconsejaban: "Manténgase apartado de las primeras planas". Si él favorecía una línea política, ésta quedaba desacreditada.[989] Es sorprendente enterarse de que en 1929 él mismo se había advertido: "Si alguna calamidad sin precedentes cayera sobre esta nación, yo seré sacrificado a la decepción irracional de un pueblo que había esperado demasiado". Theodore Roosevelt lo dijo más directamente: "Cuando el hombre medio pierde su dinero, se convierte simplemente en una víbora herida y ataca a derecha y a izquierda, a cualquier cosa, sea inocente o lo contrario, que se represente de manera visible en su mente".[990] Hoover era cualquier cosa menos invi-

sible. Ahora se había convertido en la Depresión Personificada. Siempre había sido un hombre adusto pero, casi imperceptiblemente, se había convertido en el Gran Depresivo. El más capaz de los miembros de su Gabinete, Henry Stimson, decía que evitaba la Casa Blanca para no percibir "la omnipresente sensación de melancolía que penetra todo lo relacionado con su Administración". Agregó: "No recuerdo que se haya hecho alguna broma en las reuniones [del Gabinete] del último año y medio". El exuberante H. G. Wells, que lo visitó durante esa época, lo encontró "enfermizo, agotado y agobiado".[991]

Las elecciones de 1932 también fueron una divisoria de aguás, ya que pusieron fin al largo período que había comenzado en la década de 1860 durante el cual los republicanos habían sido él partido mayoritario de Estados Unidos. Entre la guerra civil y 1932 los demócratas habían ganado cuatro elecciones presidenciales, dos veces con Cleveland y dos veces con Wilson, pero en todos los casos con una minoría de los votos emitidos. Franklin D. Roosevelt, que realizó su campaña junto al senador por Texas, John Nance Garner, ganó por una diferencia abrumadora, 22.809.638 votos contra 15.758.901, y conquistó el colegio electoral con 472 votos contra 59. Los demócratas también eran mayoría en ambas cámaras del Congreso.[992] Las elecciones de 1932 presenciaron el surgimiento de la "coalición demócrata de minorías", con base en el nordeste industrial (más el Sur), que duraría medio siglo y casi llegaría a transformar el Congreso en una legislatura de un solo partido. Había habido indicios de ese patrón con la fuerte presencia de A. L. Smith en 1928 y, más aún, en los resultados que habían obtenido los demócratas en las elecciones de mitad de período de la década de los treinta. Pero en 1932 los republicanos finalmente perdieron la imagen progresista que tenían desde los tiempos de Lincoln y que sus enemigos demócratas les arrebataron triunfalmente, con todo lo que esa transferencia implicó en cuanto al apoyo de

los medios, la aprobación de los académicos, el patrocinio de la intelectualidad y, de la misma importancia, la construcción de la ortodoxia histórica.[993]

La característica más apreciada de Franklin D. Roosevelt en esa época consistía en que él no era Hoover. *Common Sense*, uno de los nuevos periódicos de izquierda, acertó en cierto sentido con un artículo en el que se decía que en esas elecciones la alternativa era "el gran ingeniero malhumorado de Palo Alto" o "el risueño muchacho de Hyde Park". Roosevelt reía. Fue el primer presidente norteamericano que tomó la decisión deliberada de exhibir una deslumbrante sonrisa siempre que fuera posible. En 1932 ya tenía ocho años de experiencia administrativa en el Navy Department (Oficina de Asuntos Navales) al mando de Wilson y había sido gobernador de Nueva York durante un breve período, con resultados moderadamente exitosos. A comienzos de 1932, Walter Lippmann lo describió como "una persona muy impresionable, que no domina bien las cuestiones públicas y no posee convicciones muy fuertes [...] No es un enemigo peligroso para nadie. Tiene demasiado interés por complacer [...] No es un cruzado [...] No es un tribuno del pueblo [...] No es enemigo de los privilegios. Es un hombre agradable, sin ninguna competencia importante para el mando, y le gustaría mucho ser presidente".[994] Era una evaluación sagaz y precisa, antes de que la realidad se oscureciera con una pátina de relaciones públicas. *Time* lo presentó como "un caballero vigoroso y bienintencionado, de buena cuna y buena educación".

Eso también era bastante exacto. Roosevelt nació en 1882, cuando Estados Unidos era una entidad de treinta y nueve estados con una población inferior a los 50 millones de habitantes. Su madre, Sara Delano Roosevelt, tenía trece ascendentes directos que se remontaban hasta el *Mayflower*.[995] Se la describió de

la siguiente manera: "No es una mujer, sino una Presencia Social". Franklin fue hijo único y eso le parecía maravilloso, porque, según declaró, como consecuencia fue objeto de "un amor y una devoción perfectos". Los Delano eran esnob, xenófobos y antisemitas, y Franklin heredó todas esas características de su madre. Sin embargo, también poseía una afabilidad que, en un sentido político, era; casi equivalente al populismo. Como heredero de la espléndida propiedad de Hyde Park que daba al río Hudson y que había estado en posesión de la rama Jacobus de los Roosevelt durante varias generaciones, Franklin Delano Roosevelt fue educado para sentirse, y se sentía, como un joven príncipe que podía permitirse el lujo de ser condescendiente.

Desde luego, tenía algo innato. Su casamiento con la sobrina de Theodore Roosevelt, Eleanor, que también era una Roosevelt y prima de Franklin Delano (en quinto grado), fue un matrimonio dinástico y hasta familiar.[996] Ella era un patito feo, a quien su propia madre llamaba "abuelita", y Franklin se casó con ella de la misma manera en que un vástago de la familia real inglesa desposa a una princesa alemana, por razones de prudencia y con la reservada intención de encontrar amor en otra parte. La familia de Franklin D. Roosevelt era muy devota. De su padre heredó un traje de paño de lana hecho en 1878 y lo utilizó hasta 1926, cuando se lo pasó a su hijo James, que en 1939 seguía usándolo.[997] FDR se educó en su casa hasta los catorce años de edad, bajo la supervisión de su madre y aprendió a engañar y disimular para complacerla. Por lo tanto, se alegró cuando consiguió marcharse a Groton, al mando del famoso Peabody, donde obtuvo una educación a la manera inglesa. Algunos sostenían que tenía acento británico. Era cierto que usaba frases como "eso no es *cricket*" aunque, en realidad, jamás practicó ese juego. Detestó tener que irse de Groton, como algunos muchachos de Inglaterra detestan irse de Eton, y nunca pudo alcanzar los mismos resultados en Harvard. Pero vivía en

la Costa de Oro y fue elegido para el Hasty Pudding, cuyo juramento era: "Se resuelve que los Consagrados por el Señor heredarán la tierra. Se resuelve que nosotros somos los Consagrados por el Señor". También hizo una buena carrera en el *Harvard Crimson*.

En ese entonces Harvard era una institución más elitista que en la actualidad y cuando FDR ingresó ya había dado cuatro presidentes: John Adams, John Quincy Adams, Rutherford B. Hayes y Theodore Roosevelt. El padre de FDR era antipolítico. Era una postura de moda entre la élite, y fue tema de un capítulo del famoso libro de James Bryce, *The American Commonwealth* (La comunidad norteamericana), que llevaba por título "Por qué los mejores hombres no se meten en política". Pero FDR nunca tuvo ninguna duda de que la política era lo que le gustaba. Era un demócrata por herencia, de la misma manera en que ciertas familias de Inglaterra heredaron la tradición whig. Después de Harvard ingresó en un estudio legal de Nueva York que se especializaba en la disolución de oligopolios. FDR, por tradición familiar, educación, instintos y convicciones, siempre estuvo en contra de los negocios comerciales, o quizá debería decirse que siempre sospechaba de ellos y los despreciaba. Por lo tanto, no es sorprendente que el estudio Tammany Hall considerase que había buen material en él y que sus directores lo escogieran de entre la multitud.[998]

Cuatro características marcaron la carrera ascendente de FDR de senador de estado, secretario naval adjunto y gobernador de Nueva York a la nominación presidencial por los demócratas. La primera era su capacidad de gastar el dinero público. Cuando había estado en la Oficina de Asuntos Navales bajo el mando de Josephus Daniels, fue el primero de los grandes derrochadores, un conducto para los gestores de lobby y congresistas que buscaban contratos importantes, y para futuros corruptos como Joe Kennedy, que, como proveedor de la Arma-

da, trataba con FDR. En muchos aspectos, FDR estaba hecho para el Gobierno Grande, idea que surgió por primera vez cuando él era joven y que en su madurez alimentó poderosamente. Utilizó ese sistema para construir su propio aparato político en el norte del estado de Nueva York. En 1920, declaró frente a una audiencia masiva que cuando intentó dejar la Armada preparada para la guerra había "cometido los suficientes actos ilegales como para enviarme a prisión 999 años".[999] La segunda característica era su capacidad para mentir. Las mentiras de FDR son innumerables y algunas de las que quedaron consignadas son importantes.[1000] Mintió con soltura para desembarazarse de su responsabilidad por el "escándalo de Newport", un oscuro asunto de 1919 relacionado con casos de homosexualidad en la estación de entrenamiento naval, que podría haber destruido su carrera. Aún así, la subcomisión del Senado a cargo de la investigación declaró que su conducta había sido "inmoral" y "un abuso de la autoridad de su alto cargo".[1001] La tercera era una valiente, notable y obstinada persistencia para superar la adversidad, en particular un ataque de poliomielitis (1921) que lo dejó inválido para el resto, de su vida.

La poliomielitis otorgó a Franklin Roosevelt la capacidad de posponer la gratificación, lo que muchos psicólogos consideran un sello de madurez. Desde luego, lo ayudó a convertirse en un político más formidable.

En 1932 no se lo consideraba un candidato poderoso. Es probable que cualquier demócrata hubiera vencido al triste y desacreditado Hoover. Ese era el punto de vista de dos de los miembros más cercanos del entorno político de FDR: Louis Howe, su "hombre de confianza", que estuvo a cargo de todos los detalles de sus campañas pero a quien Roosevelt consideraba demasiado feo y desaliñado como para permitirle presentarse en público a su lado, y Jim Farley, un prolijo profesional, presiden-

te del comité nacional del Partido Demócrata en 1932, que preparó la campaña desde el frente y que luego fue director general de Correos durante las dos primeras presidencias de FDR. Ambos pensaban que él había tenido suerte, que era "el hombre del momento". Como muchos otros, subestimaban el talento de FDR para administrar el sistema una vez que estuviera al mando y la tenacidad con que luego se aferraría al poder. Garner, su compañero de fórmula que, sin ganas, había renunciado a su puesto de portavoz de la Cámara de Representantes para ayudar a Roosevelt, declaró que lo único que éste tenía que hacer para ganar era mantenerse vivo hasta el día de las elecciones.

El rostro de FDR era una cara nueva en el momento justo, y era una cara sonriente. En 1932, Hoover había encargado a Rudy Vallee una canción contra la Depresión. De mal genio, éste compuso *Brother, Can You Spare a Dime* (Hermano, no te sobra una moneda), un éxito instantáneo, pero no lo que quería Hoover. En contraste, la canción de campaña de FDR, que en realidad había sido compuesta para el filme *Chasing Rainbows* (Persiguiendo el arco iris) de MGM, en la víspera de la caída de Wall Street, dio la nota justa: *Happy Days Are Here Again* (Los días felices han vuelto). Franklin Roosevelt tenía una particular habilidad para acuñar, o hacer que otros acuñaran, frases pegadizas. Sam Rosenman resucitó el concepto de New Deal (nuevo trato) para el discurso de aceptación de Roosevelt en la convención demócrata. Había sido utilizado antes, más de una vez, pero Roosevelt logró que pareciera una creación propia. En su discurso inaugural de 1933 pronunció una oración espléndida: "Quiero expresar mi firme convicción de que lo único que tenemos que temer es el temor mismo". Eso produjo un impacto conveniente. Y FDR era afortunado. Una débil recuperación qué había comenzado durante los últimos seis meses de Hoover se hizo visible a fines del primer semestre de ese año y de inmediato se la bautizó como "el mercado Roosevelt". La suerte es

un elemento muy importante para el éxito político, y, por lo general, FRD la tenía.

No existe ninguna serie de hechos en la historia moderna que esté tan rodeada de mitología como el New Deal, iniciado con los "cien días". Aparte de generar la impresión de movimiento vigoroso, lo que el secretario de Tesoro de FDR, William Woodin, llamaba "acción veloz y entrecortada", no había ninguna política económica real detrás del programa.[1002] Raymond Moley, el intelectual que ayudó a FDR a seleccionar el Gabinete, declaró que quizá los historiadores del futuro podrían encontrar algún principio detrás de las actividades, pero que él no podía hacerlo.[1003] La figura más importante del New Deal, en especial durante las cruciales primeras etapas, fue Jesse H. Jones (1874-1956), que estuvo a cargo de la Reconstruction Finance Corporation durante la Administración de Franklin Roosevelt y se convirtió en el verdadero banquero del New Deal. Provenía de una familia de Texas que se dedicaba al cultivo del tabaco y convirtió Houston, una ciudad sin importancia, en una gran metrópoli sureña cuando dragó el canal de Buffalo Bayou, lo que hizo posible el acceso de los buques oceánicos desde el golfo de México, que estaba a 80 kilómetros de distancia.

Jones reconocía que, si existía alguna forma de recuperación, la clave estaba en los bancos. Durante el mandato de Hoover, la RFC había prestado más de 2.000 millones a los bancos, pero éstos habían utilizado el dinero para arreglar sus propios asuntos, en vez de reinvertirlo. El primer paso importante de FDR, siguiendo el consejo de Jones, fue convertir en virtud el hecho de que los bancos cerraran sus puertas al declararlos cerrados por ley, lo que se conoció como "vacaciones de los banqueros". Es significativo que eso se haya llevado a cabo a través de una vieja ordenanza de Wilson para tiempos de guerra, la Ley de Comercio con el Enemigo de 1917. Después de los cierres se

promulgó la Ley de Emergencia de Ayuda a los Bancos (1933), la primera medida del New Deal y probablemente la más importante. FDR tenía la gran ventaja de que poseía una mayoría demócrata grande y subordinada —y atemorizada— en ambas cámaras del Congreso. Esa ley clave se aprobó en menos de un día, después de un debate de apenas cuarenta minutos interrumpido por gritos de "¡Votad! ¡Votad!". La disposición permitía que los bancos se reabrieran y otorgaba al presidente la facultad de salvaguardar a los accionistas y depositantes y la autoridad de decidir cuál continuaría en funcionamiento. Se liquidaron poco más de mil, un 5 por ciento, y se otorgó al resto un certificado federal de legitimidad. Así se recuperó la confianza del país en los bancos, el primer paso para que los ahorros y el efectivo volvieran a circular. A cambio, la RFC recibió acciones bancarias y se convirtió en una de las principales accionistas de los bancos; de esa manera trasladó "de Wall Street a Washington el centro del sistema bancario norteamericano".[1004]

Como presidente de la RFC, Jones adquirió y ejerció amplios poderes amparado por la ley de 1933. Despreciaba a los banqueros del este y le gustaba insultarlos. El 5 de septiembre de 1933, durante el congreso de la Asociación de Banqueros de Estados Unidos que se celebró en Chicago, les dijo: "Acepten al Gobierno como socio de ustedes para suministrar el crédito que el país necesita con tanto apremio". Se quedaron sentados, completamente mudos, irradiando desaprobación. Esa noche, en una fiesta privada, declaró: "La mitad de los bancos de esta sala son insolventes" y les recordó que el "camino a la solvencia" ahora pasaba por Washington.[1005] Su mayor alegría en la vida era regañar y asustar a los banqueros que provenían de instituciones académicas prestigiosas. Aumentó las exigencias a los bancos cuando estableció que era necesario que éstos contrataran seguros para el crédito con la Sociedad Federal de Seguros para Depósitos. Se trataba de una vieja idea de William Jen-

nings Bryan, que Jones había oído expuesta por él mismo. FDR estaba en contra, lo que era un ejemplo de que no siempre controlaba su propio New Deal.

Jones encarnaba el capitalismo de Estado que Hoover prefiguró y que FDR terminó de instituir. El presidente cumplía su propio papel, que era el de presentador. A fines de su primera semana en el cargo demostró su dominio del nuevo medio, la radio, cuando inauguró sus "charlas junto al fuego". Pocos lo igualaban en términos de espectacularidad política. Sus habituales conferencias de prensa eran estimulantes y él se vanagloriaba de que, en ellas, tocaba de oído. Se comparaba con un jugador de fútbol americano que "pedía un nuevo juego cuando veía que el anterior se había dado vuelta".[1006] Sus intentos de restaurar la confianza y el buen humor recibieron un enorme impulso la medianoche del 6 de abril de 1933 cuando, apenas después de un mes como presidente, hizo que en Estados Unidos fuera otra vez legal el consumo de bebidas alcohólicas. Sus propias maniobras económicas eran confusas y a veces contradictorias. Aumentó el gasto público en algunas direcciones y lo redujo en otras. Por ejemplo, bajó a la mitad las pensiones de los veteranos de guerra totalmente discapacitados, de 40 a 20 dólares por mes, y presionó a los estados para que redujeran los salarios de los maestros que, según declaró, eran "demasiado altos". Se mantuvo fiel a la idea de un presupuesto equilibrado —jamás había oído hablar de Keynes, quien, en ese momento y posteriormente, no significaba nada para él— y, en su primer mensaje al Congreso, instó a éste a realizar grandes reducciones del gasto. Uno de los primeros proyectos de ley que impulsó fue una medida destinada a equilibrar el presupuesto "para mantener el crédito del Gobierno de Estados Unidos".[1007] Nada lo enfurecía más que las sugerencias periodísticas de que su política financiera era "poco sólida".

Además de la política bancaria de Jones, que tuvo éxito, la mayor parte de la legislación de Roosevelt amplió las políticas de Hoover o giró alrededor de ellas. La Ley de Préstamos a la Industria de junio de 1934 no hizo más que ampliar las facultades de la RFC. La Ley de Propietarios de Viviendas de 1933 se sumó a una ley similar de 1932. La Ley de Venta de Valores (1933) y la Ley de Bancos (1933), sumadas a la Ley de Intercambio de Valores (1934), fueron una continuación de los intentos de Hoover de reformar los métodos de los negocios. La Ley de Relaciones Laborales Nacionales (1935), o "Ley Wagner", facilitó en gran medida la organización de sindicatos e hizo que los demócratas se ganaran el apoyo de los trabajadores organizados durante una generación. Pero, de hecho, no era más que una extensión y ampliación de la Ley Norris-La Guardia aprobada durante el mandato de Hoover, y cuesta creer que haya tenido algún efecto en la recuperación del empleo, aunque aumentó mucho el poder de los líderes sindicales de tiempo completo. La primera Ley de Ajuste de la Agricultura de FDR (1933) en realidad socavó los aspectos reflacionarios de la política del Gobierno, disminuyó la producción de alimentos y pagó a los granjeros para que dejaran tierras sin cultivar, una política de la desesperación. Contradecía otras disposiciones gubernamentales que tenían el objetivo de contrarrestar la sequía y las tormentas de viento de 1934 y 1935, tales como la creación del Servicio de Protección del Suelo, la Ley de Protección del Suelo (1935), la Ley de Protección del Suelo y de Asignación Interior de 1936 y otras ordenanzas.[1008] La política agrícola de FDR se planeó para obtener votos elevando los ingresos de los agricultores, pero también incrementó el precio de los alimentos y eso retrasó la recuperación general. La Ley de Recuperación de la Industria Nacional (1933), que creó un organismo al mando del general Hugh Johnson, era, en esencia, una medida como las de Hoover para la "planificación indicativa". Pero ade-

más tomaba de la experiencia bélica de FDR, su fuente principal de inspiración, un elemento de compulsión, y Johnson advirtió a los empresarios que si no obedecían sus códigos "voluntarios" recibirían "un golpe directo a la nariz". Eso hizo que Hoover declarara esa ley "totalitaria". Las intimidaciones de Johnson hicieron que todo el plan se volviera contraproducente y no hubo muchos lamentos presidenciales cuando la Corte Suprema declaró que la ley era anticonstitucional.[1009]

Roosevelt se apartó, verdaderamente del hooverismo cuando revivió un plan de Wilson de la primera guerra mundial para suministrar energía barata al valle del Tennessee y lo amplió. Como hemos visto, los californianos habían señalado el rumbo, aunque ya en el siglo XIX habían existido planes para intentar dominar los bajíos de Muscle Shoals. Los Shoals marcan el punto en el que el río Tennessee cae desde 41 metros de altura al norte de Alabama y forma rocosas extensiones de rápidos poco profundos que corren a lo largo de 60 kilómetros. Roosevelt decidió seguir adelante con la operación y puso a un experto en protección ambiental, control y desagües hídricos llamado A. E. Morgan al frente de la nueva Tennessee Valley Authority (Autoridad del Valle del Tennessee). Pero el verdadero motor del proyecto (Morgan, un hombre difícil, terminó despedido) fue un funcionario del servicio de electricidad pública llamado David Lilienthal, verdadero ingeniero de la TVA, que poseía un jovial espíritu competitivo. Escogió, como jefe de ingeniería eléctrica, a Llewelyn Evans, que se hizo famoso por las bajas tarifas de la TVA. Se usó la represa Wilson para suministrar grandes cantidades de energía barata, lo que enfureció a los proveedores privados, que tradicionalmente cobraban de más. La tarifa de la TVA era de 2 a 2,75 dólares el kilovatio-hora, contra un promedio nacional de 5,5 dólares. Así comenzó la transformación industrial y agropecuaria de un área enorme. También se realizó una espectacular obra de ingeniería; el sistema de control de

inundaciones está tan bien diseñado que el turbulento río Tennessee puede cerrarse instantáneamente como un grifo. El proyecto tuvo intensas repercusiones nacionales e internacionales, todas favorables, lo que convenció a mucha gente de que el capitalismo de Estado funcionaba y de que todo había sido idea de Franklin Delano Roosevelt.[1010]

Entonces, si el intervencionismo de Hoover y el de Roosevelt fue un proceso continuo, surge la pregunta: ¿por qué no tuvieron mejores resultados? Los historiadores partidarios de Roosevelt sostienen que los elementos adicionales que FDR agregó al proceso produjeron el milagro y permitieron que el New Deal iniciara la recuperación. Los historiadores partidarios de Hoover argumentan que los actos de Roosevelt no hicieron más que retrasar lo que las acciones de Hoover ya habían iniciado.[1011] Una tercera posibilidad es que ambas Administraciones, con su fuerte intervencionismo, hayan obstruido la recuperación natural que la deflación habría aparejado: desde la perspectiva de fin de siglo, ésa parece la explicación más probable. El verdadero restablecimiento posterior a la prosperidad de los años veinte se produjo el lunes siguiente al Día del Trabajo de septiembre de 1939, cuando las noticias de la guerra en Europa produjeron una jubilosa confusión en la Bolsa de Nueva York que finalmente borró los rastros (pero no el recuerdo) de octubre de 1929. Dos años más tarde, cuando la misma Norteamérica estaba al borde de la guerra, el valor en dólares de la producción consiguió por fin y para siempre superar los índices de 1929.[1012] Si el intervencionismo dio resultado, se precisaron nueve años y una guerra mundial para demostrarlo.

Si bien la hostilidad de FDR hacia los negocios retrasó la recuperación, no perjudicó de ninguna manera sus relaciones con la comunidad intelectual. El demostró poseer la curiosa habilidad de los liberales aristocráticos que viven de rentas (en oposición a los plebeyos que llegaron por esfuerzo propio, como

Harding, Coolidge y Hoover) de agenciarse la lealtad y hasta el afecto de la intelectualidad. Muchos dueños de periódicos detestaban a Roosevelt, pero gran parte de los periodistas lo admiraban y le perdonaban sus frecuentes mentiras y los maliciosos requerimientos que él les hacía en privado de que hicieran pasar "un mal momento" a algunos colegas de la Administración. Esos periodistas ocultaban deliberadamente hechos que podrían perjudicarlo. La simple sospecha de que Harding jugaba al póquer lo había condenado. Pero el hecho de que FDR jugaba ese mismo juego con periodistas jamás se publicó.[1013] Había muchos rincones oscuros en la Casa Blanca de Roosevelt, un lugar incómodo y sin alegría. La enfermedad dejó a FDR golpeado pero apuesto y viril como siempre. Pareciera que necesitaba cuidados maternales que, por cierto, no obtenía de parte de Eleanor, por lo que, en cambio, se volvió hacia las mujeres de su entorno, algunas de las cuales se convirtieron en sus amantes, de alguna manera.

Incluso en esa época, los muchos enemigos de Eleanor creían (aunque nunca llegó a publicarse) que ella se había vuelto lesbiana. En ese caso, también era bisexual, porque tenía devoción por su guardaespaldas, Earl Miller, a quien se describió como "corpulento, apuesto, atlético y desvergonzado".

Los intelectuales se sentían atraídos por FDR debido a la noticia de que él tenía un "equipo de cerebros". De hecho, eso también era un mito, en gran medida. De los miembros de su camarilla, sólo Rexford Tugwell; Harry Hopkins, un trabajador social que no era intelectual en esa área; y Félix Frankfurter tenían ideas extremistas y, a la vez, influencia. En cualquier caso, entre Tugwell y Frankfurter había violentos desacuerdos; Tugwell era partidario del Estado en gran escala, al modo estalinista, y Frankfurter estaba a favor de la disolución de los oligopolios y en contra de los negocios. Los dos simbolizaban, respectivamente, el primer New Deal (1933-1936) y el segundo New

Deal (1937-1938), que eran completamente contradictorios.[1014] Nunca existió coherencia intelectual en la administración Roosevelt, pero daba la impresión de ser un lugar en el que los intelectuales podían sentirse cómodos.

Los ataques contra FDR parecían no causar otro efecto que consolidar su influencia entre la intelectualidad. Un caso típico fue el del gran escritor libertario H. L. Mencken, originario de Baltimore (1880-1956), tal vez el autor más prolífico y (en su época, en especial en la década de los veinte) el más influyente de Estados Unidos. Además de escribir y reescribir *The American Language* (El idioma estadounidense), el primer catálogo sistemático del habla de Estados Unidos, publicado en 1919 y a partir de allí reeditado y ampliado muchas veces hasta 1948, y treinta libros más, y de dirigir *The Smart Set* y el *American Mercury*, Mencken produjo artículos periodísticos que suman más de 10 millones de palabras, en especial para el *Morning Heraldy* el *Sun*, ambos de Baltimore, y escribió más de 100.000 cartas (entre 60 y 125 por día de trabajo), todo eso con dos dedos en una pequeña máquina de escribir Corona del tamaño de una caja grande de cigarros.[1015]

Al igual que otros compatriotas de su época —y muchos en la actualidad—, Mencken creía que todos los Gobiernos tendían a ser enemigos del pueblo, puesto que insistían en hacer lo que los ciudadanos comunes podían realizar mucho mejor por su cuenta. Desde los primeros años del siglo hasta la Gran Depresión, fue, según las palabras de Walter Lippmann, "la influencia personal más poderosa sobre toda esta generación de gente educada". La mayoría de los norteamericanos acostumbraba a hablar con respeto del presidente, aunque hubiera votado a otro, pero la gente saboreaba los ataques de Mencken al más alto magistrado como una encarnación del derecho del ciudadano a cometer el delito de lesa majestad. Y Mencken ejerció ese derecho hasta el límite.

Se superó a sí mismo cuando atacó al triunfante FDR, cuyo hedor a colectivismo fraudulento lo llenaba de un asco genuino. Según Mencken, Roosevelt era el "Fiihrer", un "charlatán" rodeado de una "asombrosa chusma de inútiles descarados", "una pandilla de pedagogos semianalfabetos, abogados inconstitucionales, moralistas de ojos trasnochados y otros tristes hechiceros". El New Deal era un "chantaje político", una "serie de falsos milagros estupendos", con sus "constantes apelaciones a la envidia y el odio de clases", que trataba al Gobierño como "una vaca lechera de 125 millones de tetas" y marcado por "frecuentes desconocimientos de compromisos categóricos". La única consecuencia fue que el mismo Mencken perdió su influencia con todos los que tenían menos de treinta años, y que él mismo fue, a su vez, tachado de mofeta, de prusiano, de adulador de los británicos, de hiena ululante, de parásito, de perro mestizo y sarnoso, de asno ensoberbecido, de criatura maloliente, de alma pútrida, de molestia pública, de basura literaria, de charlatán, de gritón, de histérico vanidoso, de marginado, de renegado literario y de ser un elefante entrenado que escribía los garabatos de un retrasado mental.[1016] El fracaso de los ataques de Mencken contra FDR —y su degradación a un segundo plano como consecuencia— reflejaba el sentimiento de impotencia de la mayoría de los estadounidenses frente a la aterradora y misteriosa Depresión. En vez de confiar en el tradicional talento norteamericano de defenderse a sí mismos, los hijos de la crisis se volvieron confiada y casi desesperadamente hacia el Estado, hacia el Gobierno Grande, para que éste los salvara, los alimentara y los protegiera. Era un cambio profundo, y FDR, la encarnación de la cordialidad sonriente del Estado, fue su beneficiario.

La generación más joven, cuyos portavoces eran los intelectuales de los años treinta, se deleitaba en la paranoia que FDR causaba entre los ricos y los convencionales y se reía de la extraordinaria vehemencia e inventiva de los ataques contra el presi-

dente. Según los rumores, él sufría de complejo de Edipo, de "complejo de cuna de oro", tenía problemas cardíacos, lepra, sífilis, incontinencia, impotencia, cáncer, comas, y la poliomielitis le estaba "subiendo inexorablemente a la cabeza".

Contra ese entorno de ira entre las élites sociales y financieras, FDR transformó a los demócratas, que eran minoría, en el partido mayoritario, situación que se mantuvo durante más de una generación. Las elecciones de 1936 fueron la mayor victoria en la historia de los demócratas; FDR obtuvo 27.751.612 votos contra 16.681.913. Su adversario, Alfred M. Landon (1887-1987), gobernador de Kansas, ni siquiera ganó en su propio estado y tuvo que conformarse con Vermont y Maine (ése fue el fin del famoso dicho: "Donde va Maine, va la nación").[1017] Los demócratas obtuvieron una abrumadora mayoría en la Cámara de Representantes, 334 a 89, tan grande que algunos de los triunfadores tuvieron que sentarse en los escaños republicanos, y, en el Senado, ganaron por 75 a 17.

La escala de esta victoria era más aparente que real, al menos desde el punto de vista de FDR. Tendía a incrementar el poder político de los caudillos locales más que el suyo propio. Estos apoyaron su deseo de quebrar la vieja regla de dos períodos presidenciales y de presentarse para un tercer período en 1940 y un cuarto en 1944; lo utilizaron para obtener votos pero consolidaron su propio poder bajo su sombra menguante. En 1940, FDR tuvo que enfrentarse a Wendell L. Willkie (1892-1944), jefe de una empresa de servicios y demócrata de por vida que surgió repentinamente como un prominente crítico del New Deal, por lo que los republicanos lo eligieron para quebrar el hechizo de Roosevelt. Le fue bastante mejor que a Landon; ganó en 10 estados y aumentó los votos republicanos a 22.305.198, pero FDR recogió casi tantos votos como en 1936, 27.244.160, por lo que ganó con una diferencia de 5 millones y una mayoría de 449 contra 82 en el colegio electoral. En 1944,

FDR volvió a postularse, pero a esas alturas los caudillos del partido tenían tanto poder que lo obligaron a abandonar a su vicepresidente, Henry A. Wallace (1888-1965), y a escoger a un experimentado producto de la maquinaria demócrata de Misuri, Harry S. Truman (1884-1972). Los republicanos presentaron a Thomas E. Dewey (1902-1971), gobernador de Nueva York, que mantuvo la presencia republicana con 22.006.285 votos, mientras que FDR obtuvo casi dos millones menos, con un total de 25.602.504. Pero en el colegio electoral seguía manteniendo una abrumadora mayoría demócrata, 432 a 99, y la fórmula ganadora, el Sur más las grandes ciudades, permaneció intacta[1018].

La hegemonía de los demócratas permitió a FDR, con cierta vacilación, y a los caudillos del partido y a sus aliados más extremistas con considerable entusiasmo, instalar los cimientos de un Estado benefactor norteamericano. Desde la concepción del New Deal, parte del dinero federal había sido entregado directamente a los individuos, por primera vez en la historia de Estados Unidos, a través de la Administración Federal de Ayuda para Emergencias.

En este punto, conviene que nos adelantemos para analizar la manera en que esta piedra basal de Roosevelt fue utilizada por el Congreso como el cimiento de una enorme superestructura de transferencia de dinero a los necesitados. El programa original de pensiones, por ejemplo, reflejaba el conservadurismo fiscal de FDR: los fondos para las pensiones debían procurarse exclusivamente mediante impuestos a patronos y empleados, y el importe de la pensión debía establecerse de acuerdo con las contribuciones individuales. Se excluían muchas categorías de personas, por alguna razón u otra, y no se pagaría ninguna pensión hasta 1942, para permitir que se acumularan los fondos. Sin embargo, ya en 1939 el Congreso modificó el esquema para autorizar el pago de las primeras pensiones en 1940. Las modi-

ficaciones posteriores, realizadas entre 1950 y 1972, ampliaron en gran medida la cobertura e incrementaron sustancialmente el valor real de los beneficios cuando los indexaron contra inflaciones futuras, y el Gobierno federal pasó a ser el principal garante del sistema, sin relación con su contribución en la acumulación de los fondos. Además, el Congreso agregó otras formas de bienestar social. Se introdujo el seguro de desempleo a través de impuestos a la nómina de pagos de los patronos. Lo que es todavía más importante, se garantizó y se sostuvo con fondos federales la asistencia pública, con medios comprobados, a categorías de necesitados como los pobres mayores de edad, los inválidos, los ciegos y los niños dependientes de familias monoparentales. En 1950, el Congreso modificó lo que se conocía como ADC y lo convirtió en AFDC para incluir pensiones directas a los padres solos (que por lo general eran mujeres) así como a los niños dependientes. En 1962, una ley del Congreso separó la financiación del AFDC de la Administración de Seguridad Social y la convirtió en un programa independiente, administrado por el Estado pero que operaba principalmente con fondos federales. En 1993, se había convertido en el segundo de los más grandes programas de asistencia pública, cuyos beneficios alcanzaban a más de cinco millones de hogares con 9.600.000 niños (la octava parte de toda la población infantil). Para esa fecha, menos del 1 por ciento de los padres beneficiados por el AFDC eran obligados a trabajar y la mitad de las familias AFDC siguieron dependiendo del bienestar social durante diez años o más. Ninguna otra utilización de los fondos federales provocó tantos comentarios y críticas, así como acusaciones de que el sistema alentaba una "cultura de la dependencia". [1019]

El hecho de que esos añadidos al modesto plan original de seguridad social establecido por FDR se hayan hecho durante el programa de la Gran Sociedad de Lyndon Johnson confirma la

precisión de Roosevelt cuando predijo que Johnson era su sucesor natural y ubica la Gran Sociedad en su verdadero contexto histórico como la consecuencia lógica del New Deai. Además, tanto el New Deal como la Gran Sociedad subrayaron la tendencia histórica de los sistemas de seguridad social a expandirse bajo su propio poder y, sin ninguna decisión específica del electorado ni el deseo consciente de aquellos que gobiernan en su nombre, de abrumar a la sociedad mediante la magnitud de la carga que imponen y con enormes consecuencias sociales —como la creación de una dependencia de por vida y; en los hechos, hereditaria— que los que iniciaron el proceso ni previeron ni desearon.[1020]

La creación del prototípico Estado benefactor durante la Administración de FDR y otros aspectos del New Deal se encontraron inevitablemente con dificultades legales y constitucionales. La Corte Suprema, presidida por el juez Charles E. Hughes (1862-1948), declaró inconstitucionales la Ley Nacional de Recuperación Industrial, la Ley de Jubilación Ferroviaria y la Ley de Ajuste de la Agricultura. Roosevelt, furioso por lo que consideraba la oposición política de jueces ancianos fuera de sintonía con el electorado, e incitado por la inmensa victoria de noviembre de 1936, envió al Congreso, el 5 de febrero del año siguiente, como primera ley de su nuevo mandato, un proyecto de reorganización judicial que sus opositores calificaron de inmediato como un plan para disminuir los poderes de la Corte. El proyecto proponía aumentar la base judicial federal sumando un juez nuevo por cada juez activo mayor de setenta años de edad, lo que daba como resultado la incorporación de 50 jueces nuevos, seis de ellos de la Corte Suprema, todos nombrados (por supuesto) por el presidente. En primera instancia, la ley se presentó como una medida para agilizar la acción en el ámbito federal, pero era un intento claro de hundir un poder judicial conservador mediante designaciones nuevas y radicales.

Las discusiones sobre la Corte Suprema y, en realidad, también sobre el New Deal y la persistente Depresión pasaron a un segundo plano frente a la crisis mundial que se estaba generando en Europa y que, en septiembre de 1939, causó el estallido de la segunda guerra mundial. Estados Unidos era extremadamente renuente a participar en esa guerra, de hecho, mucho más que en la primera guerra mundial. En ningún momento el país tomó la decisión de combatir contra las potencias del Eje y Japón. Se vio forzado por el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 y por las declaraciones de guerra de Alemania e Italia cuatro días más tarde. Es un mito que FDR haya estado ansioso de que Estados Unidos participara en la guerra y que lo único que se lo impedía era el espíritu mayoritariamente aislacionista del pueblo norteamericano. Existen pruebas que demuestran que el principal interés de FDR era la política nacional y que no tenía ningún deseo de sumarse a una cruzada contra el nazismo o el totalitarismo o, de hecho, contra la agresión internacional. No llevó a cabo ninguna medida positiva para involucrar a Estados Unidos en el conflicto. La guerra fue una sorpresa —no deseada— tanto para él como pará cualquier otro. Existe el persistente mito de que se le había advertido de la agresión japonesa contra Pearl Harbor y que él no hizo nada para detenerla, ya que contaba con que ese ataque sin provocación precipitaría la participación norteamericana. Está claro que había todo tipo de advertencias en el aire. Pero un análisis objetivo de todas las pruebas indica que Pearl Harbor fue un sobresalto real y horripilante para todos los miembros de la Administración de Roosevelt, empezando por el presidente mismo.[1021]

También es un mito, sin embargo, que la falta de interés de Estados Unidos por combatir en la segunda guerra mundial —las encuestas indican que, hasta el ataque contra Pearl Harbor,

alrededor del 80 por ciento de la población adulta deseaba que el país se mantuviera neutral— surgía de un profundo sentimiento aislacionista, que era la postura prístina y natural de ese país en los asuntos mundiales. Ese mito es tan persistente que en 1990 se llegó a exigir un "regreso al aislacionismo", como si fuera el destino y la preferencia natural de Norteamérica.

Es cierto que, durante gran parte del siglo XIX, Estados Unidos estaba preocupado en expandir su presencia en las Américas más que en las políticas globales. Pero los exponentes de "primero América", como John Quincy Adams, Henry Clay y el coro del "destino manifiesto", eran más imperialistas que aislacionistas. Y el único momento en que el imperialismo fue un tema de campaña en una elección presidencial norteamericana fue en 1900, cuando los demócratas lo usaron para atacar lo que veían como la política expansionista del presidente McKinley. La aprobación del imperialismo norteamericano por parte de los votantes, si es que se trataba de eso, se vio reflejada en la convincente victoria de McKinley. A diferencia de una creencia popular compartida por mucha gente en Estados Unidos y también en Europa, los norteamericanos son diplomáticos excelentes, en gran medida debido a su minuciosidad. Hubo ejemplos de ello (como hemos visto) en Ghent en 1814, durante y después de la guerra civil y, de igual importancia, en Versalles en 1919. Y, como también hemos visto, el hecho de que Estados Unidos no se comprometiera con la Liga de las Naciones y la seguridad colectiva en 1919 y 1920 surgió de la obstinación y terquedad de un presidente enfermo más que del amplio deseo del pueblo norteamericano o de sus representantes.

Entre las dos guerras, Estados Unidos a veces parecía, tanto en la teoría como en la práctica, aislacionista, y a ello se atribuye gran parte de la tragedia de la segunda guerra. Pero, a pesar de su rechazo de la Liga, Estados Unidos no era, desde luego, aislacionista en la década de 1920, aunque su intervención en

los asuntos internacionales no siempre fuera prudente, en especial en el Pacífico.

Después de anexionarse Filipinas y de la creación de una base naval norteamericana cerca de Manila, Estados Unidos se convirtió, en el mismo sentido que Gran Bretaña, en una potencia asiática y en una potencia naval del Pacífico. Eso lo colocó en una relación de potencial confrontación con Japón. Lo mismo sucedió con Gran Bretaña. Pero mientras ésta resolvió el dilema cuando estableció una alianza con Japón, que tuvo un papel importante en la primera guerra mundial cuando unidades navales japonesas suministraron protección a las caravanas que transportaban tropas de Australia y Nueva Zelanda a los centros de operaciones de Oriente Medio y de Europa, Estados Unidos no hizo nada para impedir el desarrollo de relaciones hostiles con Japón.

Cuando, en 1922, llegó el momento de renovar el tratado anglojaponés, los norteamericanos querían rescindirlo. El Gobierno británico deseaba renovarlo. Lo mismo querían los australianos y neocelandeses (y los holandeses y franceses, que tenían colonias en la región). Todos estaban de acuerdo en que Japón era "una potencia inquieta y agresiva", como la definió lord Curzon, secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. Pero estaban convencidos de que la alianza anglojaponesa era un hecho estabilizador o "domesticador" que debía mantenerse. Sin embargo, aceptaron reprimir sus dudas cuando los norteamericanos (con el apoyo de Sudáfrica y Canadá) propusieron la alternativa de una conferencia naval en Washington para limitar el armamento, particularmente referida al Pacífico. Considerada retrospectivamente, la Conferencia de Washington de 1922 fue un desastre para todos los involucrados. A pesar de tener grandes recelos, los británicos aceptaron la propuesta norteamericana de un "cese naval", que consistía en el desguace de una enorme cantidad de los buques de guerra existentes, la

prohibición de construir buques nuevos de más de 35.000 toneladas, con una relación de capital bélico marítimo de 5 a 5 y a 3 para Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón y —para que esta última cláusula fuera aceptable para los japoneses— el compromiso de los británicos y los norteamericanos de no construir bases navales importantes al norte de Singapur o al oeste de Hawai. Los japoneses consideraron que ese pacto era una unión de los anglosajones contra ellos y el único resultado, en lo que concernía a Gran Bretaña, fue que Japón pasó de ser un aliado activo a un enemigo potencial. Al mismo tiempo, las relaciones entre estadounidenses y japoneses, en especial respecto de China, siguieron deteriorándose.[1022]

Durante la presidencia de Hoover, el Gobierno norteamericano siguió ejerciendo un papel mundial, con el objeto de preservar la paz.' Pero sus acciones eran continuamente contraproducentes. En 1930, el Gobierno de Estados Unidos convenció al Gobierno laborista de Gran Bretaña, que era semipacifista, de que firmara el Tratado Naval de Londres, lo que redujo la Armada británica a una impotencia que no había conocido desde el siglo XVII. Al mismo tiempo, Hoover se negó a vetar la Ley Smoot-Hawley de Aranceles, que destruyó el intercambio entre Japón y Estados Unidos, el 15 por ciento de sus exportaciones. Eso, combinado con el tratado de Londres, que Japón firmó a regañadientes, completó la separación entre los japoneses y Occidente y provocó que sus líderes o, en cualquier caso, las pandillas militares que dirigían efectivamente la política militar de Japón, decidieran aislarse. A continuación se produjo la ocupación japonesa de Manchuria, en 1931, y dos años más tarde la salida de Japón de la Liga de las Naciones. Hoover no aplicó ninguna medida efectiva para oponerse a la expansión de Japón.

Cuando Roosevelt asumió el mando, empeoró la situación. Hoover había ayudado a planear una conferencia económica

mundial, que debía celebrarse en Londres en junio de 1933. Podría haber convencido a las potencias "pobres" como Japón y Alemania de que había alternativas a hacer la guerra para ganarse la vida. Pero el 3 de julio Roosevelt la hundió. Por lo tanto, Estados Unidos se aisló, aunque no fue la única potencia grande y civilizada en hacer lo mismo en la década de los treinta. Los franceses señalaron su desinterés en involucrarse en más esfuerzos para defender la seguridad colectiva cuando construyeron la línea Maginot, un gesto derrotista puramente defensivo frente al rearme alemán; de hecho, una forma de escapismo militar. Los británicos se mantuvieron desarmados en gran medida e intentaron una política de apaciguamiento como respuesta a la remilitarización de Alemania.

En esa atmósfera, algunas figuras comparativamente menores tuvieron la posibilidad de ejercer una influencia desproporcionada. Una de ellas fue Dorothy Detzer, secretaria de la Liga Internacional de Mujeres, una aislacionista típica.[1023] Detzer consiguió que el Senado abrazara el aislacionismo estatutario cuando arregló el matrimonio político entre su senador favorito, Gerald Nye, de Dakota del Norte, y el senador Arthur Vandenberg, de Michigan. Entre ambos, establecieron una comisión especial al mando de Nye para investigar los cargos de que el comercio internacional de armas había fomentado la guerra. Entre otras cosas, la Comisión Nye supuestamente probó que las conexiones entre la administración Wilson, los bancos y el comercio de armas llevaron a Estados Unidos a la primera guerra mundial y que, en gran medida, las mismas fuerzas, como no habían conseguido que el país se adhiriera a la Liga, estaban conspirando nuevamente para crear guerras y obtener ganancias. No cabe duda de que Nye era bastante aislacionista, pero Vandenberg era un internacionalista instintivo que tuvo un papel notable durante y después de la segunda guerra mundial en la creación de las Naciones Unidas y en asegurar la aprobación

del Plan Marshall. Para él, como para la mayoría de los norteamericanos, en los años treinta el aislacionismo era una aberración. Sin embargo, durante esos años el impulso emotivo para separar a Estados Unidos de una Europa considerada corrupta e incorregible era fuerte y dio lugar a las Leyes de Neutralidad de 1935 a 1939.[1024]

La característica más importante de esas leyes era que, de manera deliberada, no distinguían entre agresor y víctima y definían a ambas partes como "beligerantes". Eso tuvo el efecto inevitable de favorecer las dictaduras agresivas de Europa y Asia a expensas de las democracias pacíficas y las víctimas de la agresión. La primera Ley de Neutralidad (agosto de 1935) fue aprobada después del ataque italiano a Etiopía de mayo de ese año. Otorgaba al presidente la facultad de, en el caso de encontrar que existía un estado de guerra, decretar un embargo sobre los envíos de armas a los beligerantes y (un punto importante a la luz de la experiencia de la primera guerra mundial) de declarar que los ciudadanos estadounidenses que viajaran en embarcaciones de los países beligerantes lo harían bajo su propio riesgo. Esa ley fue reemplazada por la Ley de Neutralidad del 29 de febrero de 1936, que agregó la prohibición de conceder préstamos o créditos a los beligerantes. La guerra civil española, que estalló en julio de 1936, no estaba contemplada por esta legislación. Por lo tanto, el Congreso, en una resolución conjunta del 6 de enero de 1937, prohibió el suministro de armas a ambas partes del conflicto. Cuando expiró la ley de 1936, la Ley de Neutralidad del 1 de mayo de 1937, que contemplaba tanto las guerras civiles como las extranjeras, otorgó al presidente la facultad de agregar materias primas estratégicas a la lista del embargo y llegó a declarar ilegal que los ciudadanos norteamericanos viajasen en embarcaciones pertenecientes a los países beligerantes.[1025]

Es curioso, en retrospectiva, que, considerando la posición de enorme poder que FDR ejerció sobre la opinión pública en 1936 y durante los tres años siguientes, hiciera tan pocos esfuerzos para impedir que esa legislación entrara en vigor. La noción de que él era un apasionado defensor de la libertad en todo el mundo, dispuesto a ayudar a las fuerzas de la democracia por todos los medios a su alcance, pero frustrado por un Congreso aislacionista, es otro mito de esos tiempos. Los esfuerzos del Gobierno británico de ejercer presión sobre la Casa Blanca para que cumpliera un papel más activo en la defensa de la libertad contra la agresión totalitarista, en Europa o en Asia, fueron bastante infructuosos. El espíritu aislacionista del Congreso era más una excusa que una razón de la inactividad. De hecho, las Leyes de Neutralidad daban al presidente un amplio grado de libertad para aplicarlas. Pero la única ocasión en que FDR utilizó el poder discrecional que se le otorgó fue en julio de 1937, cuando estallaron combates en gran escala entre China y Japón. Como invocar las leyes hubiera sido penalizar a China, mucho más dependiente de los suministros norteamericanos que su adversario, FDR optó por no declarar el combate como un estado de guerra.

La separación de Bernard Baruch del Gobierno fue un símbolo del desinterés del presidente por llevar al límite su poder sobre el Congreso y tratar de imponer la modificación o la revocación de las leyes cuando empeoró la situación en Europa y Asia. Baruch, que durante la primera guerra mundial fuera presidente del Directorio de Industrias de Guerra, estaba cada vez más preocupado por la debilidad de los antiguos aliados de Europa y por la falta de preparación de Estados Unidos para un conflicto que consideraba inevitable.

Parece que, cuando Roosevelt se vio enfrentado a la decisión más trascendental de su presidencia, se mostró indeciso e inclinado a permitir que los hechos siguieran su curso. Dada la naturaleza del régimen nazi, la guerra con Alemania era probablemente inevitable. Pero el régimen japonés estaba sujeto a una osmosis constante, ya que el poder fluctuaba entre elementos militares y civiles, y la guerra podría haberse quizás evitado. El 26 de julio de 1941, se informó a FDR de que las fuerzas japonesas habían penetrado en la colonia francesa de Indochina, que el régimen de Vichy de París había dejado prácticamente indefensa. Su reacción fue congelar todos los bienes japoneses en Estados Unidos, lo que tuvo el efecto de impedir que Japón recibiera suministros petrolíferos estadounidenses. Durante los meses siguientes, la política japonesa osciló entre la paz y la guerra, pero en Tokio existía el consenso de buscar un arreglo negociado. Como declaró el comandante en jefe de la Armada, el almirante Nagano: "Si se me ordena que combata sin fijarme en las consecuencias, lucharé salvajemente durante seis meses o un año. Pero no tengo ninguna confianza en lo que sucederá al segundo o tercer año". El almirante Yamamoto, el más capaz de los comandantes navales, dijo que, por más espectaculares que hubieran sido las primeras victorias, navales japonesas, su país no podía albergar la esperanza de ganar una guerra total contra Estados Unidos y Gran Bretaña. El coronel Iwakuro, un experto en logística, puso sobre la mesa las siguientes diferencias entre la producción de Japón y la de Estados Unidos: acero veinte a uno; petróleo cien a uno; carbón diez a uno; producción de aeronaves cinco a uno; barcos dos a uno; fuerza laboral cinco a uno. Total global: diez a uno.

El ataque a Pearl Harbor fue una sorpresa táctica total pero sus resultados estratégicos fueron magros. Los aviones japoneses iniciaron las acciones el domingo 7 de diciembre a las 7:55 y, una hora después, llegó el segundo ataque. A las 9:45 ya habían

regresado a los portaaviones todas las aeronaves japonesas, excepto veintinueve, y la totalidad de las fuerzas escaparon sin sufrir pérdidas. Los ataques destruyeron la mitad del poder aéreo militar de Estados Unidos de todo el campo de operaciones, dejaron fuera de acción ocho acorazados, tres destructores y tres cruceros, y aniquilaron totalmente los acorazados *Oklahoma* y *Arizona*. Murieron 2.323 soldados estadounidenses. Esos resultados se consideraron espectaculares en su momento y ayudaron a enfurecer e inflamar la opinión publica. Pero la mayor parte de los buques apenas sufrió daños parciales o se hundió en aguas poco profundas. La mayoría de la tripulación entrenada escapó. Los barcos se rescataron y repararon rápidamente y muchos de ellos regresaron al servicio activo y participaron en operaciones importantes. Todos los portaaviones norteamericanos, mucho más importantes que los viejos acorazados, estaban en alta mar durante el ataque, y el comandante de las fuerzas japonesas, el almirante Nagumo, calculó que no le alcanzaría el combustible para buscarlos y hundirlos. Sus bombarderos no destruyeron los tanques de almacenamiento de combustible para los barcos ni las guarderías de submarinos, por lo que tanto éstos como los portaaviones, que pasaron a ser las armas clave de la guerra naval, pudieron recargar sus tanques y operar de inmediato.

El limitado éxito del ataque a Pearl Harbor fue una ganancia militar penosamente pequeña a cambio del riesgo político de agredir a traición una nación enorme e intensamente moralista como Estados Unidos antes de una declaración de guerra formal. El tono de la respuesta norteamericana fue impuesto por Cordell Hull, que ya estaba enterado del ataque cuando los enviados japoneses le entregaron su mensaje el domingo a las 14:20, y tenía ensayado su pequeño veredicto histórico (había sido juez en Tennessee): "En mis cincuenta años de servicio público jamás he visto un documento tan lleno de infames false-

dades y distorsiones, de tales dimensiones que nunca hubiese imaginado, hasta el día de hoy, que algún Gobierno de este planeta sería capaz de redactarlo".[1026] Así, Norteamérica, que hasta entonces había sido ineficaz a causa de su lejanía, sus divisiones y sus pusilánimes líderes, se vio instantáneamente unida, enojada y comprometida a involucrarse en una guerra total con toda su fortaleza ultrajada. La temeraria declaración de guerra realizada por Adolf Hitler una semana más tarde provocó que su propio país recibiera una medida completa de esa enorme furia. Roosevelt suministró la retórica; el primer ejemplo fue el discurso que pronunció ante una sesión conjunta del Congreso en la que proclamó que el 7 de diciembre era "una fecha en la que viviremos bajo la infamia".

Mientras tanto, Estados Unidos se había embarcado en una movilización de recursos humanos, físicos y financieros sin precedentes en la historia. Todas las inhibiciones, frustraciones y restricciones de los años de la Depresión se desvanecieron virtualmente de la noche a la mañana. En un solo año, el número de tanques construidos en el país se había elevado a más de 24.000 y el de aviones, a más de 48.000. Después del primer año desde la intervención norteamericana en la guerra, la producción de armas había alcanzado el total de las tres potencias enemigas juntas, y en 1944 había vuelto a duplicarse, mientras que, al mismo tiempo, se había creado un ejército que en 1943 superaba la marca de 7.000.000 de hombres.[1027] Durante el conflicto, en Estados Unidos se enrolaron un total de 11.260.000 soldados, 4.183.466 marineros, 669.100 marines y 241.093 guardacostas. A pesar de tan vasta asignación de mano de obra a las Fuerzas Armadas, las fábricas norteamericanas construyeron 296.000 aviones y 102.000 tanques, y los astilleros entregaron 88.000 buques y lanchas de desembarco.[1028]

Esa sorprendente aceleración del esfuerzo productivo en Estados Unidos fue posible gracias al dinamismo y flexibilidad es-

enciales del sistema empresarial norteamericano, mancomunados en un propósito nacional que cumplió el mismo papel de galvanización que el optimismo de los años veinte. La guerra actuó como un inmenso mercado alcista que alentó a los talentos emprendedores norteamericanos a lanzar los aparentemente inagotables recursos de material y mano de obra en un pozo de consumo sin fondo. Se llevaron a cabo extraordinarios ejemplos de velocidad. Una de las razones por las que los norteamericanos triunfaron en la batalla de Midway fue que las tareas de reparación del portaaviones *Yorktown*, que se habían estimado en tres meses, se redujeron a cuarenta y ocho horas, con una dotación de 1.200 técnicos que trabajaron sin parar.[1029] El programa de construcción del nuevo centro de coordinación de defensa, el Pentágono, con sus casi 26 kilómetros de pasillos y sus 55.800 metros cuadrados de oficinas, duró catorce meses en vez de siete años.[1030]

La necesidad de un impulso activo en una escala prodigiosa también sirvió para devolver a su pedestal al héroe folclórico del capitalismo norteamericano. Henry Kaiser y sus colegas Henry Morrison y John McCone, colegas y creadores de las grandes presas, que habían sufrido el acoso sistemático del secretario del Interior de Roosevelt, Harold Ickes (1874-1952), por violaciones a reglamentos federales, volvieron a la carga con más fuerza que nunca. Después de construir la fábrica de cemento más grande del mundo, se abocaron a la primera acería integrada. Los pioneros del New Deal se convirtieron en los creadores del "Arsenal de la Democracia"; otra vez, la contribución de FDR al esfuerzo fue una frase feliz. El grupo original Seis Empresas, formado por Kaiser, se asoció con la compañía constructora naviera Todd, e instaló nuevos astilleros en Los Ángeles, Houston y Portland, Oregón. En construir la primera "nave de la libertad" se tardaron 196 días. Kaiser redujo los tiempos a 27 días y en 1943 entregaba un buque cada 10,3 horas.[1031] Más de

1.000 barcos, o el 52 por ciento del total, se construyeron en astilleros del Pacífico que no existían antes de la guerra. Kaiser abrió la primera fábrica de acero de Occidente en Fontana, California, y cuándo el Gobierno exigió 50.000 aeronaves, construyó Kaiser Aluminum, que entonces se llamaba Kaiser Magnesium, y la mayoría de sus fábricas también se instalaron en California.[1032] (Fue una tragedia para el Sur el hecho de haber tenido un líder capitalista comparable con Kaiser: ésa es la razón por la que su entrada en el mundo moderno se retrasó dos décadas). Pronto, otras grandes empresas adoptaron el estilo del empuje agresivo. General Electric, sólo en 1942, aumentó el valor de su producción de turbinas marítimas de un millón de dólares a trescientos millones.[1033] Después de la derrota de la decisiva batalla de Guadalcanal, el emperador japonés, Hirohito, le preguntó a su comandante en jefe de la Armada, el almirante Nagano: "¿Por qué los norteamericanos tardan apenas unos días en construir una base aérea y los japoneses más de un mes?". Lo único que Nagano pudo decir fue: "Lo lamento mucho, sinceramente". La respuesta era que los norteamericanos contaban con un amplio abanico de excavadoras y equipos de extracción de tierra, y los japoneses, con mano de obra y poco más.[1034] En esencia, Estados Unidos ganó la guerra cuando aplicó los métodos capitalistas a la producción ilimitada de poder de fuego y trabajo mecánico.

La combinación de los cerebros de los Aliados y la habilidad impar de Estados Unidos de concentrar y acelerar el esfuerzo empresarial fue otro de los factores responsables del éxito del programa de armas nucleares. La idea de una explosión de poder colosal llevada a cabo por el hombre estaba implícita en la Teoría de la Relatividad de Einstein y, en 1932, la división del átomo la convirtió en algo practicable. Solamente en el año 1939 se escribieron más de cien artículos científicos sobre la física nuclear y el más significativo de ellos, obra del danés Nils

Bohr y su alumno norteamericano J. A. Wheeler, que explicaba el proceso de la fisión, apareció apenas dos días antes del comienzo de la guerra. Un mes más tarde, ante el requerimiento de Albert Einstein, que temía que Hitler se adelantara y creara lo que él llamaba "una bomba antisemita", FDR creó una Comisión del Uranio. Este organismo adjudicaba subvenciones gubernamentales para la investigación atómica a las principales universidades. Fue la primera vez que se utilizó dinero federal para el trabajo científico.

Durante los primeros meses de 1942 se resolvió la mecánica de la reacción en cadena del uranio, y en California, el doctor Ernest Lawrence logró un importante avance en la producción de plutonio. En junio de ese año, Bush pudo informar a FDR que la bomba era factible, aunque las exigencias en mano de obra científica, ingeniería, dinero y otros recursos serían inmensas. Roosevelt (como le había sucedido a Churchill anteriormente) creía que el riesgo de que los nazis obtuvieran la bomba primero era tan real que no tenía más alternativa que asignarle la máxima prioridad a su fabricación. Por lo tanto, se estableció que el distrito Manhattan del Cuerpo de Ingenieros del Ejército coordinase los recursos y la producción, y, de ahí en adelante, el plan pasó a conocerse como el Proyecto Manhattan.[1035] La primera reacción en cadena verdadera estuvo a cargo del equipo del doctor Arthur Compton, en Chicago, en diciembre de 1942. A principios de ese año se instaló en Los Alamos, Nuevo México, un nuevo laboratorio con el propósito de construir la bomba bajo la dirección del doctor J. Robert Oppenheimer, que posteriormente fue el director del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Si se considera que algún hombre "inventó" la bomba atómica, ése fue Oppenheimer, aunque el general Leslie R. Groves tuvo una importancia casi equivalente en la supervisión del proyecto cuando armó nuevas y enormes plantas en Oak Ridge, Tennessee y en Hanford, estado de Was-

hington, para producir los nuevos materiales que se requerían. Este enorme proyecto, que empujaba los límites de la tecnología en media docena de direcciones diferentes, empleó a 125.000 personas, costó casi 2.000 millones de dólares y fue un clásico ejercicio de la forma en que el capitalismo de la alta tecnología, originalmente concebido por Thomas Edison y modificado por la experiencia del New Deal, podía servir a los propósitos del Estado. La primera explosión de prueba se llevó a cabo el 16 de julio de 1945 y al mes siguiente la bomba estuvo lista para ser enviada. Sólo el sistema norteamericano podía haberla producido en un tiempo tan limitado.

La victoria de la segunda guerra mundial no se debió solamente al poder muscular de la industria y al poder cerebral de los científicos. Si bien el sistema estadounidense había sido casi pacifista en los años de entreguerras y aislacionista en la década de los treinta, también buscó producir una generación de comandantes sobresalientes, la mayoría de los cuales eran prácticamente de la misma edad, que no sólo organizaron el triunfo en los campos de batalla, en el aire y en los océanos, sino que también ayudaron a establecer el internacionalismo norteamericano y la preocupación por el bienestar de todo el planeta, de una vez y para siempre; un hecho demostrado tanto en sus actividades civiles, de posguerra como en sus carreras bélicas. El más importante, de lejos, fue el general George C. Marshall (1880-1959), que había sido comandante de operaciones en el Primer Ejército del general Pershing durante la primera guerra mundial, y que más tarde estuvo a cargo de la instrucción en la Escuela de Infantería de Fort Benning, Georgia.

Para la enorme empresa conocida como Operación Overlord, que involucraba todos los servicios y fuerzas de muchas naciones, Marshall escogió al general Dwight D. Eisenhower

(1890-1969), que había crecido en Kansas, se había educado en West Point, había sido capitán en la primera guerra mundial y, más tarde, asistente del general MacArthur en las Filipinas entre 1936 y 1939. Es significativo, para la forma en que la historia iba desenvolviéndose en la década de 1940, que ni Marshall ni Eisenhower jamás hubieran comandado ejércitos en batallas. Los dos eran estrategas, organizadores, entrenadores, coordinadores.

El hecho de que ambos vieran la guerra como la organización de un negocio tanto como una serie de batallas, no impidió que eligieran a comandantes individuales con destacados antecedentes y energía para el combate. El general George S. Patton (1885-1945), que, bajo el mando de Eisenhower, dirigió el Segundo Cuerpo norteamericano en el norte de África, el Séptimo Ejército en Italia y luego el espectacular avance que en 1944 y 1945 realizó el Tercer Ejército en Bretaña para posteriormente atravesar el Rin (antes de fallecer en un accidente automovilístico varios meses después de la finalización de la guerra), fue, quizás, el más exitoso comandante de campo —y, sin duda, el mejor general de tanques— a ambos lados del conflicto durante los seis años que duró.[1036]

La contraparte de Marshall en la guerra naval fue el almirante Ernest Joseph King (1878-1956), comandante en jefe de la flota cuando estalló la guerra, luego comandante de operaciones navales entre 1942 y 1945. King había sido contramaestre durante los exitosos combates contra España en 1898 y oficial de estado mayor en la batalla del Atlántico de la primera guerra. De los submarinos pasó a comandar el portaaviones *Lexington* y fue el responsable de la vasta expansión de la aviación naval, desde su puesto de jefe de la Oficina Aeronáutica entre 1933 y 1936. Como experto en portaaviones alcanzó el punto máximo de su carrera y fue su decisión que el campo de operaciones del Pacífico se convirtiera en una guerra de portaaviones. Algunos

historiadores lo califican como el más grande comandante naval del siglo XX, aunque sus talentos tienen más que ver con el dominio de las estrategias y logísticas globales que con el mando de una flota.[1037] King escogió al texano Chester Nimitz (1885-1966) tomo comandante del Pacífico, aunque insistía en mantener conversaciones directamente con él cada dos semanas y se reservó la elección de sus asistentes principales. Nimitz, bajo la estricta supervisión de King, dirigió a un trío de comandantes capaces: el agresivo *Toro* Halsey, el muy conservador almirante Raymond Spruance y el general de marines Holland M. Smith, a quien todos conocían como el Loco Aullador.[1038]

Nimitz lanzó los primeros combates ofensivos en el Pacífico el 7 de agosto de 1942, cuando desembarcó a los marines norteamericanos en Guadalcanal y, tras cinco meses de feroces batallas, los japoneses se vieron obligados a retirarse. Más tarde estableció la estrategia de ir saltando de isla en isla para acercarse cada vez más a Japón.

Las victorias navales del Pacífico central tuvieron como paralelo la segunda campaña de operaciones combinadas al mando de Douglas MacArthur (1880-1964). Su elegante acción de retaguardia en las Filipinas en 1941 y 1942 había impresionado a FDR, que le concedió la Medalla de Honor, lo envió a Australia y luego lo nombró comandante supremo del campo de operaciones del suroeste del Pacífico. MacArthur emprendió el difícil camino por mar y tierra hacia Japón pasando por Nueva Guinea y por las Filipinas, donde había jurado regresar, y sus triunfos le valieron la distinción de ser el que aceptó la rendición de Japón el 2 de septiembre de 1945 en la bahía de Tokio, a bordo del *Missouri*. Luego se le dio el simple mandato de gobernar Japón y establecer la democracia y el imperio de la ley en la isla, una tarea que llevó a cabo con un augusto deleite proconsular y un éxito notable.[1039]

En Europa, donde los desembarcos del día D —que formaban parte de la Operación Overlord y se llevaron a cabo el 6 de junio de 1944— marcaron el inicio de una campaña continental de once meses que finalizó con el suicidio de Hitler y la rendición de los nazis en mayo de 1945, los aspectos políticos eran mucho más complicados. El mismo Eisenhower se negaba a permitir que las consideraciones políticas —es decir, la composición futura y el cariz ideológico de Europa después de la caída de Hitler— tuvieran algún tipo de relación con su estrategia. Como resultado, los rusos llegaron a Berlín antes que los demás, y en el camino ocuparon la mayor parte de Europa del Este y media Alemania.

Hasta cierto punto, Eisenhower, cuando no prestó atención a la política de posguerra, estaba reflejando el punto de vista de su amo político, el presidente Roosevelt. FDR, un soberbio táctico en política y un maestro de las relaciones públicas, excelente para galvanizar al pueblo norteamericano detrás de grandes objetivos, no tenía claro cuáles deberían ser esos grandes objetivos, además del obvio de ganar la guerra. En ese aspecto, carecía de la claridad y visión de Churchill.

La manera confiada en que FDR encaró el trato con Stalin y la Unión Soviética estaba reforzada por su firme convicción de que los anticomunistas eran gente paranoica y peligrosa, reaccionarios de la peor calaña. En ésa categoría incluía a muchos de los consejeros del Departamento de Estado y al mismo Churchill. En particular, FDR desconfiaba del sucesor de Davis en Moscú, Laurence Steinhard, ya que éste aceptaba el punto de vista de la línea dura del Departamento de Estado acerca de las buenas intenciones de Rusia y, en consecuencia, declaró vehementemente ante su Gobierno que la amistad con los soviéticos sería fatal para los objetivos políticos de Estados Unidos. "Según mi experiencia" advirtió, los líderes soviéticos "sólo responden a la fuerza, y si no se puede aplicar la fuerza, a un in-

tercambio directo y sin concesiones".[1040] La reacción de FRD fue no prestarle atención. De hecho, fue más lejos.

Así que, gracias a la insistencia de Roosevelt, la Rusia soviética terminó siendo la única beneficiaria de la segunda guerra mundial, precisamente por uno de esos pactos secretos de tiempos de guerra que Woodrow Wilson y el Tratado de Versalles habían condenado con tanta claridad. Y no sólo Wilson, también el mismo Roosevelt. La Carta del Atlántico del 14 de agosto de 1941, gran parte de la cual fue redactada por Roosevelt, sostenía —lo que fue reiterado en la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942— que los signatarios no "buscan extenderse, territorialmente ni de ninguna otra manera [...] no desean cambios territoriales que no concuerden con los deseos libremente expresados de los pueblos interesados". Sin embargo, en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, en la que Roosevelt fue el presidente de hecho y el intermediario entre el dictador comunista Stalhvy el "reaccionario incurable" Churchill, Stalin planteó una serie de exigencias que eran precisamente ésas. A cambio de haber aceptado entrar en guerra contra Japón "dos o tres meses después de la rendición de Alemania", Stalin exigió el reconocimiento de las posesiones rusas en Mongolia exterior, el sur de Sakhalin y las islas adyacentes, la anexión directa de las islas Kuril y, además, otros derechos y privilegios territoriales en el Lejano Oriepte, a expensas de Japón y China y sin ninguna referencia a los deseos de los habitantes locales. FDR aceptó esas condiciones adquisitivas prácticamente sin ninguna discusión, y Churchill, que necesitaba con desesperación el apoyo de FDR en cuestiones más cercanas a su país, dio su consentimiento, ya que el Lejano Oriente "era en gran medida una cuestión de los norteamericanos [...] Para nosotros el problema era remoto y secundario".[1041]

Sin embargo, incluso dentro de Europa Roosevelt estaba a favor de dar a Stalin lo que deseara, lo que hizo posible el estable-

cimiento del inmenso imperio satélite de los estados totalitarios comunistas de Europa del Este que duró hasta fines de la década de 1980.

Es difícil conjeturar qué habría sucedido en Europa si Roosevelt hubiese sobrevivido hasta el final de su cuarto período y hubiera continuado dirigiendo la política norteamericana a principios de la posguerra. Algunas pruebas indican que en las últimas semanas de su vida, a fines del primer semestre de 1945, estaba cada vez más desilusionado con la conducta de los rusos y empezaba a darse cuenta de que Stalin había traicionado su confianza. También sus puntos de vista en otras cuestiones se habían vuelto más volátiles.

Harry S. Truman —no era cierto que la "S" no quisiera decir nada, como se burlaban sus enemigos, sino que era inicial de Solomon y también de Shippe— resultó ser uno de los grandes presidentes norteamericanos y, en algunos aspectos, el más típico. En el momento de su repentina llegada a la Casa Blanca era considerado una no entidad, un hombre-máquina, un político provincial y completamente parroquial de un estado lejano y fronterizo que se perdería en el mundo de los estadistas internacionales del que había pasado a ser el participante más importante. De hecho, Truman se adaptó bien, casi desde el principio, y no sólo Estados Unidos sino el mundo entero tuvieron razones para agradecer su simple y anticuado sentido de la justicia, las claras distinciones que marcó entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y la decisión con que las aplicó a los inmensos problemas mundiales que se presentaron desde los primeros momentos de su presidencia. Más aún, un estudio riguroso de su historial demuestra que estaba bien preparado, por su personalidad, su temperamento y su experiencia, para el importantísimo cargo que ocupó.[1042]

El Misuri de Truman que, en 1821, como parte del famoso Compromiso Misuri, fue admitido como el vigesimocuarto estado, siguió siendo esclavista pero nunca participó en la economía algodonera del Sur. En términos económicos, se desarrolló como un estado de pradera con conexiones con el oeste, y en 1860 y 1861 los unionistas de Misuri lo mantuvieron oficialmente leal al Gobierno federal. De todas formas, fue escenario de una guerra de guerrillas a lo largo de la guerra civil y luego permaneció completamente demócrata a la manera sureña: violento, en muchos aspectos sin legalidad, e impulsado por una maquinaria política.[1043] En las décadas de 1920 y 1930, cuando Truman dejó su marca, el poder del estado estaba dividido entre San Luis, una región honesta por comparación gracias principalmente a un periódico que por, ese entonces era sobresaliente, el *St. Louis Post-Dispatch*, y el condado de Jackson, que incluía la ciudad de Kansas. En los años de entreguerras, por lo general Kansas llevaba las de ganar. Como estaba controlada por entero por la maquinaria del Partido Demócrata dirigida por T. J. Pendergast, y como Truman era de Jackson, el futuro presidente no tuvo alternativa que trabajar para la maquinaria —lo que era necesario para cualquiera que tuviera algún objetivo político— y quedar etiquetado por ello. En 1935, cuando por fin llegó al Senado, se lo conocía como "el cadete de Tom Pendergast"; en especial lo llamaba así el *Post-Dispatch*, que durante mucho tiempo fue enemigo mortal de Truman.[1044]

Pero la realidad era diferente. La carrera política de Truman en Misuri demuestra que surgió de un sistema local corrupto pero siempre se mantuvo honesto y se respondió a sí mismo. La educación moral que recibió de su familia era estricta, reforzada por las escuelas públicas de su pueblo natal, Independence. En algunos aspectos tuvo una educación primitiva pero con un énfasis en la construcción de la personalidad imposible de obtener para los padres norteamericanos de fines del siglo XX, por más

que paguen por ella. La familia y la escuela se combinaron para darle una crianza religiosa y moral que le dejó la convicción de por vida de que la conducta personal y la conducta de la nación deberían ambas guiarse por principios claros y con una distinción absoluta entre el bien y el mal. Esos principios se basaban en fundamentales documentos judeocristianos, el Viejo y Nuevo Testamento y, en especial, los Diez Mandamientos y el Sermón de la Montaña.

La primera guerra mundial terminó de formarlo. Allí demostró que podía dirigir la marcha desde el frente y en la dirección correcta y que, si se le daba la oportunidad, lo haría. Se enroló lo antes posible con un espíritu de patriotismo a la vieja usanza. A pesar de no tener buena vista, fue aceptado, combatió en Francia como comandante de batería en el batallón 129 de artillería de campo, dirigió a sus hombres con notoria valentía y habilidad y fue dado de alta del servicio activo con el grado de mayor. Amaba a sus artilleros y éstos, a su vez, lo amaban a él. Durante los años de entreguerras siguió siendo oficial de reserva y, con regularidad, asistía a maniobras; fue promovido a coronel y, finalmente, renunció en 1945, cuando se convirtió en el presidente de Estados Unidos y comandante en jefe. Esa relación con el Ejército resultó de vital importancia para su futura actuación como presidente porque le hizo interesarse constantemente por la estrategia global, por la preparación de la nación para la guerra y por la política exterior. Truman era exactamente lo opuesto de un aislacionista, y consideraba que Estados Unidos era un país designado por Dios y por sus propias circunstancias y buena suerte para ocupar un lugar principal en el mundo. No debe de haber muchos norteamericanos de su generación que se interesaran más en los sucesos del otro lado de los océanos Atlántico y Pacífico.

Con su historial militar y su interés por los esfuerzos comunitarios, era inevitable que se metiera en la política local, al cui-

dado de la maquinaria de Pendergast. Después de asistir a la Escuela de Leyes de la ciudad de Kansas, fue nombrado juez del condado de Jackson en 1922 y, desde 1926 en adelante, fue presidente del tribunal. Allí descubrió que su segundo gran talento era el de administrador. Pues el tribunal era un cuerpo gubernativo más que jurídico, que se derivaba lejanamente de las viejas Cortes Trimestrales, que dirigían los gobiernos locales en Inglaterra hasta fines del siglo XIX. Su función principal en tiempos de Truman consistía en mantener y actualizar el sistema de transporte de la ciudad de Kansas y sus alrededores durante un período revolucionario en el que la totalidad de la nación, y en especial el Medio Oeste, se estaba motorizando, y cuando lo más importante era la construcción de rutas modernas. Llevar a cabo un extenso programa de construcción vial como delegado de la maquinaria Pendergast, cuyos contadores se especializaban en los contratos de construcción, era un desafío a la honestidad de cualquiera.

El contexto de la administración vial de Truman no era sólo la corrupción, sino también la violencia de bandas. Desde 1928, la maquinaria Pendergast estaba infiltrada por acólitos de John Lazia, jefe del submundo de Kansas. Era un muchacho inmigrante y pobre a quien "le había ido bien", es decir, había pasado de bandido a negociante y a padrino de la comunidad: el arquetipo de una época. Debía su posición a un pequeño ejército que incluía al famoso Charles *Niño Bonito* Floyd.

Para llevar adelante su programa vial, Truman tenía que evitar ser tragado por las escandalosas demandas de soborno de la maquinaria Pendergast —el mismo Pendergast era un jugador compulsivo, lo que explica su incesante y creciente demanda de dinero— y enfrentarse a los métodos mañosos de Lazia. Por lo tanto, tuvo que usar los aspectos legítimos de la política de maquinarias, por poco que valieran. En 1941, cuando ya era uno de los hombres más importantes del país, seguía preocupándose

por la nominación de un dentista para la granja del condado de County, la elección de un dependiente de zapatería para el garaje del condado y el nombramiento de supervisores de caminos. No cabe duda de que le pesaba trabajar todos los días con hombres corruptos mientras al mismo tiempo intentaba mantenerlos lejos de su programa vial. Es obvio que, en algunos casos, tuvo que rendirse para que algo se hiciera. En un angustioso memorando para sí mismo, escribió: "¿Soy un tonto o un gigante ético? No lo sé [...] ¿Soy corrupto si cedo para que las obras se lleven a cabo? Tú júzgalo; yo no puedo".

Truman, finalmente, terminó el nuevo sistema de autopistas a tiempo, dentro del presupuesto y de acuerdo con los más altos patrones de calidad. Fue un logro tanto moral como administrativo, que sacó a los agricultores de su aislamiento e incrementó el valor de las tierras cultivables a un promedio de 120 dólares la hectárea, mientras que permitió el acceso de los ciudadanos a la belleza rural de la región. Se construyó con una velocidad inimaginable hoy en día. Truman lo consideró un triunfo de la "planificación" —palabra que estaba de moda en la década de los treinta— y celebró su finalización con un pequeño libro, *Results of County Planning* (Resultados de la planificación en un condado). Así, su carrera administrativa se construyó a pesar de la maquinaria Pendergast y, en algunos aspectos, contra ella. Por lo tanto, aunque puede ser que su elección como senador de Misuri en 1934 se debiera a que aquél lo nominó, también fue una figura independiente que podía justificarse a sí misma sin la ayuda de Tom Pendergast ni de nadie.

Su personalidad y talento fueron puestos a prueba cuando, en 1938, el Departamento de Justicia convirtió a la ciudad de Kansas en general y a Pendergast en particular en su objetivo número uno. Un año después, Pendergast fue multado y tuvo que pagar 350.000 dólares —la suma total de lo que quedaba de su patrimonio neto— y por suerte lo sentenciaron sólo a

quince meses en Leavenworth. Todos sus socios principales fueron condenados. Truman escribió a su esposa Bess: “Parece que en Jackson todos se enriquecieron salvo yo. Estoy contento de poder todavía dormir bien aunque sea difícil para ti y Margie [su hija Margaret] que yo sea tan condenadamente pobre. Es probable que el señor Murray, el señor McElroy, el señor Higgins y hasta el mismo señor P. terminen pagando por mi posición y mi conciencia limpia con el botín malhabido que se llevaron”.

En esa época, la mayoría de los observadores estaban seguros de que Truman también sería condenado o de que, en caso contrario, quedaría completamente al margen de las elecciones senatoriales de 1940. La caída de la maquinaria Pendergast lo dejó expuesto a una multitud de enemigos. El *St. Louis Post-Dispatch* graznó: “Es un gallo muerto en el pozo”. Pero lo peor que sucedió es que el condado declaró inalienable la granja familiar, lo que a su vez subrayó la pobreza de Truman y convenció a la mayoría de la gente de que era honesto. A esa altura ya tenía experiencia en campañas. Entonces se dedicó a construir su propia maquinaria y realizó la primera de sus grandes y arrolladoras compañas. En las elecciones primarias del Partido Demócrata —la principal—, llegó a ganar en la ciudad “enemiga” de San Luis por 8.391 votos y triunfó en 44 de 75 condados, cinco más que seis años antes, cuando tenía el apoyo de la maquinaria Pendergast. Fue una victoria personal que, de una vez y para siempre, estableció a Truman como un hombre que respondía por sí mismo.[1045]

Así, quedó listo el escenario para la elección de Truman como compañero de fórmula de FDR en 1944, y su acceso a la Casa Blanca menos de tres meses después de que Roosevelt comenzara su cuarto mandato.[1046]

Describir este panorama de la carrera previa de Truman era necesario para demostrar que él no surgió simplemente de la nada ni se convirtió en presidente eficiente por obra de un milagro de la naturaleza. Fue, en todos los aspectos, un producto del sistema democrático norteamericano, como lo había sido Lincoln. Su carrera, personalidad y experiencia lo prepararon para tomar el control de la mayor potencia del planeta en los estadios finales de una guerra mundial y el comienzo de una paz confusa y peligrosa. Como un administrador de éxito, estaba acostumbrado a tomar decisiones veloces en rápida sucesión. Como ex oficial de campo y reservista activo había seguido de cerca los peligros que asedian a las potencias democráticas y la habilidad de Estados Unidos para enfrentarlos. Cuando presidió la más importante comisión del Congreso en tiempos de guerra, adquirió un conocimiento enorme de las empresas militares, sus costes, eficacia y alcance. Es probable que supiera más de los detalles específicos de la defensa que el mismo Roosevelt.

Truman tomó decisiones importantes desde sus primeros momentos en la Casa Blanca, pero su primer acto de significación histórica fue la autorización del uso de la nueva bomba atómica contra Japón. La_ inmediatez y tenacidad con que dio ese paso ilustran, en cierto sentido, su aptitud para ese supremo cargo ejecutivo. Pero, en otro sentido, demuestran la forma en que la guerra total corrompe incluso a los que piensan correctamente e impone una moral relativista que distorsiona el juicio incluso de aquellos que, como Truman, están comprometidos con una escala de valores absolutos. En los años treinta, las democracias se habían horrorizado con los bombardeos a ciudades, y se sintieron ultrajadas cuando la Alemania de Hitler comenzó la guerra con bombardeos indiscriminados sobre Varsovia y otras ciudades polacas, para luego lanzar ataques similares sobre Rotterdam, Belgrado y muchas ciudades británicas. Churchill, que era muy consciente de la decadencia moral que

apareja la guerra, inició la estrategia de los bombardeos masivos de ciudades alemanas el 2 de julio de 1940, no tanto como represalia sino porque estaba abrumado por la perspectiva de una ocupación nazi —lo que para él era la máxima catástrofe moral — y consideraba que los bombardeos eran la única arma ofensiva disponible para los británicos. Cuando los norteamericanos entraron en la guerra, con su capacidad de construir grandes cantidades de bombarderos pesados, se incorporaron naturalmente a esa estrategia, y una de las primeras hazañas estadounidenses durante la guerra fueron las incursiones sobre Tokio y otras ciudades japonesas con bombarderos B25, al mando del general James Doolittle, que se llevaron a cabo el 8 de abril de 1942.

Esos horrorosos ataques llegaron a su punto culminante la noche del 13 al 14 de febrero de 1945 con la destrucción de Dresden, un golpe acordado en Yalta por FDR y Churchill para complacer a Stalin, llevado a cabo por dos oleadas de bombarderos británicos seguidos de una tercera, norteamericana.

Lo que los bombarderos norteamericanos pudieron hacer a la Alemania nazi operando desde bases en Gran Bretaña,\ comenzaron: a hacérselo a Japón apenas pudieron acercarse. Ése era el objetivo de la estrategia norteamericana en el Pacífico central, que comenzó en el atolón de Tarawa en noviembre de 1943. Consistía en ir saltando de isla en isla camino a Tokio, usando fuerza aérea, desembarcos anfibios y un abrumador poder de fuego.[1047]

El bombardeo por zonas sobre Japón, a cargo de bombarderos pesados con bases terrestres que realizaban ataques constantes y en escala creciente, estaba impulsado por el mismo y entendible motivo: terminar la guerra lo más rápido posible con la menor cantidad de bajas norteamericanas. Los que controlaban Japón, si es que alguien lo controlaba, ya a fines de 1942, como muy tarde, sabían que la guerra estaba perdida, y su culpabili-

dad por haberse negado a negociar es obvia y, para las mentes occidentales, completamente inexplicable. Incluso antes de lanzar las bombas atómicas, los informes japoneses dan cuenta de que las incursiones de bombarderos en 79 regiones habían destruido 2.250.000 hogares, habían dejado sin hogar a 9.000.000 de personas, matado a 260.000 y herido a 410.000. Esos ataques se incrementaron constantemente en número y poder, y en julio de 1945 las flotas aliadas se acercaron y usaron sus cañones pesados para bombardear las ciudades de la costa.

Es importante tener en cuenta la escala de ese ataque "convencional" sobre las ciudades y la población de Japón cuando se considera la decisión de utilizar armas nucleares. FDR y Churchill asignaron vastos recursos al Proyecto Manhattan no sólo para ser los primeros en obtener armas atómicas sino también para usarlas para acortar la guerra. Como dijo el general Groves: "Los de arriba la quieren lo antes posible".[1048] Un protocolo firmado por Churchill y Roosevelt el 9 de septiembre de 1944 en la propiedad de Hyde Park de este último declaraba que "cuando la bomba esté finalmente disponible, quizá pueda utilizarse, después de maduras consideraciones, contra los japoneses". A mediados de 1945, ese enfoque del problema parecía desfasado. Aunque en Japón ninguno de los que tenían alguna autoridad creía que la victoria fuera posible o que se podría evitar la derrota definitiva, existía el consenso entre los dirigentes de que el honor exigía resistir hasta el final. Esa fue precisamente la estrategia, si se la puede llamar así, del Consejo Supremo japonés que, el 6 de junio de 1945, aprobó un documento titulado "Política fundamental para ser seguida de ahora en adelante en la conducción de la guerra". El plan final para la defensa de Japón, la Operación Decisión, preveía el uso de 10.000 aviones suicidas (la mayoría de ellos aviones de entrenamiento modificados), 53 divisiones de infantería y 25 brigadas: 2.350.000 soldados entrenados que combatirían en las playas, apoyados

por 4.000.000 de empleados civiles del Ejército y de la Armada y una milicia civil de 28 millones. Entre sus armas habría piezas de avancarga, lanzas de bambú y arcos y flechas. La Dieta aprobó una legislación especial para crear este ejército.[1049]

La inteligencia norteamericana se enteró rápidamente de esta estrategia de combatir hasta el fin y ninguno de los comandantes estadounidenses, a la luz de su experiencia durante la conquista de las islas del Pacífico, se hacía ilusiones de lo que eso significaría en términos de bajas propias, y, desde luego, de los japoneses.

El 16 de julio, cuando se realizó la explosión de prueba de la bomba de plutonio de Oppenheimer, que generó una bola de fuego con una temperatura de cuatro veces la del centro del sol, su inventor citó una frase del *Baghavad Gita*: “El fulgor de mil soles […] Me he convertido en la muerte, el destructor de mundos”. El, al menos, reconocía que había que decidir si cruzar o no un gran umbral tecnológico y moral. Pero en realidad Oppenheimer no había presenciado la tormenta de fuego que se había creado en las ciudades alemanas y japonesas con explosivos convencionales de alto poder durante un ataque de 1.000 aviones aliados. Su colega Fermi, de manera más prosaica, calculó que la onda explosiva creada por la bomba de prueba era equivalente al estallido de 10.000 toneladas de TNT. Truman recibió la noticia del éxito del experimento cuando iba camino a Washington de regreso de las conversaciones preliminares de paz de los Aliados en Postdam. De inmediato, firmó la orden de que incorporaran la bomba al programa ofensivo contra Japón y la usaran lo antes posible. No parece haber existido ningún debate prolongado sobre la sabiduría o moralidad de utilizar la nueva arma en los niveles políticos o militares más altos.

La bomba se lanzó desde el B29 *Enola Gay*, al mando del coronel Paul Tibbets, y causó una explosión equivalente a 20.000 toneladas de TNT, tres veces el poder del ataque del 1 de agos-

to. Murieron de 66.000 a 78.000 personas, 80.000 resultaron heridas y más de 300.000 expuestas a los efectos de la radiación.[1050]

La reacción japonesa frente a la bomba de Hiroshima no da a entender que una única demostración de esa clase habría sido suficiente para obligarlos a rendirse. El Gobierno japonés protestó públicamente por “la falta de respeto por el derecho internacional” (que ellos mismos habían dejado totalmente a un lado durante veinte años). En privado, le preguntaron al profesor Nishina, jefe de su propio programa atómico, si se trataba de una verdadera arma nuclear y, en ese caso, si él podría duplicarla en seis meses. Ante la falta de una reacción definitiva por parte de Japón frente a la exigencia de los Aliados de una rendición inmediata e incondicional se arrojó una segunda bomba de plutonio el 9 de agosto, no en su blanco primario, que el piloto no pudo encontrar, sino en el alternativo, que, por una cruel ironía, era la ciudad cristiana de Nagasaki, lo más parecido a un centro de resistencia contra el militarismo japonés. Ese día murieron más de 74.800 personáis. Eso puede haber convencido a los japoneses de que los norteamericanos tenían una gran cantidad de esas bombas. De hecho, sólo había dos más listas, y su lanzamiento se había programado para el 13 y el 16 de agosto. En cualquier caso, el 10 de agosto los japoneses enviaron un telegrama en el que aceptaban en principio rendirse sin condiciones.

La utilización de la bomba atómica parecía, al menos en esa época, una decisión comparativamente simple, y Truman la tomó sin vacilar. Lo que Estados Unidos debía hacer en Europa era una cuestión mucho más complicada. Truman heredó una evaluación del papel norteamericano en la Europa de posguerra basada sobre la convicción de FDR de la buena fe de Stalin: las

fuerzas de Estados Unidos debían derrotar a Alemania, después dirigirse al Pacífico, o de vuelta a casa, lo más pronto posible. La ONU (formada en octubre de 1945), con Estados Unidos comprometido a participar como miembro, haría el resto. Truman, a diferencia de Roosevelt, no se hacía ilusiones respecto del comunismo o de la naturaleza del régimen soviético. Desde el principio, había visto a la Alemania nazi y a la Rusia soviética como dos horrendos sistemas totalitarios, sin poder elegir moralmente entre ninguno de ellos. Cuando Hitler invadió Rusia en 1941, Truman le dijo a un periodista: "Si vemos que Alemania va ganando, debemos ayudar a Rusia y si Rusia está ganando, tenemos que ayudar a Alemania y permitir así que maten la mayor cantidad posible, aunque no quiero ver a Hitler triunfante bajo ninguna circunstancia".

Pero Truman no pudo transformar la política militar norteamericana en los últimos días de la guerra. El general Ornar Bradley calculaba que habría 100.000 bajas norteamericanas más si se seguía adelante para tomar Berlín. El general Marshall opinó que no era posible capturar Praga. El general Eisenhower se oponía a cualquier maniobra norteamericana que arruinara las relaciones superficialmente amistosas entre sus fuerzas y el Ejército Rojo. Todos querían el apoyo soviético contra Japón.[1051] Cuando los japoneses se rindieron, la ocupación comunista de Europa del Este y la mayoría de los Balcanes era un *fait accompli*, y la totalidad de esta vasta zona, que incluía la mitad de Alemania y lo que antes de la guerra eran nueve países independientes, se perdió para la libertad y la democracia durante más de una generación.

Durante un tiempo, tampoco estuvo claro si podría salvarse aunque fuera Europa Occidental. Incluso en los ámbitos políticos y diplomáticos se tardó preciosas semanas y meses en cambiar la política de Roosevelt. De hecho, la primera impresión que Truman tuvo de Stalin no fue desfavorable: lo consideraba

un bandido pero, dada su firmeza, uno con el que se podría trabajar. “Stalin es lo más parecido que he visto a Tom Pendergast” fue su veredicto.[1052] En Gran Bretaña, el Gobierno laborista de Clement Attlee sucedió al de Churchill. Attlee estaba obsesionado con los problemas internos y con la situación cada vez más deteriorada de las finanzas británicas, que empeoró cuando el Congreso terminó abruptamente con el plan de préstamo y arriendo, el 21 de agosto de 1945. Había muchos que pensaban que el juego en Europa se había terminado. Harriman, de regreso de Moscú, le dijo al secretario naval, James Forrestal, que “la mitad de Europa, tal vez toda, podría ser comunista a finales del próximo invierno”.[1053]

Y podría haber sido así, si Stalin no se hubiera excedido y no hubiera exhibido una codicia tan insaciable que provocó que los norteamericanos detuvieran la retirada de sus fuerzas. Y no codiciaba sólo territorio y poder, sino sangre: arrestó a dieciséis importantes políticos no comunistas de Polonia, los acusó de terrorismo y puso en marcha la maquinaria para realizar un juicio amañado. Conviene examinar detalladamente la guerra fría, en parte porque marcó el modelo de política exterior y de defensa que Estados Unidos mantuvo durante casi medio siglo, y en parte porque algunos historiadores sostienen que Occidente, y en especial Estados Unidos, tienen que compartir con Rusia la responsabilidad del estallido de la guerra fría o, incluso, que la culpa es de Estados Unidos. Pero ese punto de vista no se corresponde con la evidencia de los escritos de Truman, que demuestran con claridad que él tenía un fuerte interés en trabajar limpia y honestamente con Stalin, en especial porque creía que Stalin era más fácil de tratar que sus posibles sucesores, como Molotov. Abandonó esa idea sólo después de largas vacilaciones.

Pero sobre el terreno había pruebas abrumadoras de que los ejércitos y agentes soviéticos estaban sosteniendo el poder de Stalin o estableciendo gobiernos títere en todos lados por los

medios físicos a su alcance. Todos los diplomáticos norteamericanos que estaban en la región y los servicios de inteligencia presentaron informes en el mismo sentido. Maynard Barnes envió un telegrama detallado sabré un baño de sangre de demócratas en Bulgaria. Robert Patterson, desde Belgrado, informó de que cualquier yugoslavo visto con un norteamericano o un inglés era arrestado de inmediato. Arthur Schoenfeld describió en sus detalles cómo se impuso el régimen comunista en Hungría. Desde Roma, Ellery Stone alertó sobre la posibilidad de un *putsch* comunista en Italia: William Donovan, al frente de la Oficina de Servicios Estratégicos, que en ese entonces era lo más cercano a una agencia de inteligencia global que existía en Estados Unidos (ya la estaban reorganizando con el nombre de Central Intelligence Group [Grupo Central de Inteligencia] que se convirtió en la Central Intelligence Agency [Agencia Central de Inteligencia: CIA] después de la Ley de Seguridad Nacional del 26 de julio de 1947), instó a que, ante los informes cada vez más aterradores provenientes de los agentes norteamericanos en toda Europa, se tomaran rápidas medidas para coordinar las defensas occidentales.[1054]

Dada su naturaleza impetuosa y sus puntos de vista fundamentalistas, es sorprendente que Truman reaccionara con tanta lentitud ante la conducta provocativa de Stalin. Seguía los consejos de James Byrnes (1879-1972), también sureño y demócrata, un hombre ladino y astuto y un político consumado, que fácilmente podría haber ocupado el puesto de Truman si los hechos hubieran sido un poco diferentes, y que declaraba no tener tiempo para “esos pequeños bastardos del Departamento de Estado” y creía que podía conducir sus propias negociaciones con los líderes soviéticos, sin contar siempre al presidente lo que estaba haciendo.[1055] Truman protestó: “Tengo que leer los periódicos para enterarme de la política exterior de Estados Unidos”, el comienzo de una sospecha que lo llevó en 1947 a reemplazar

a Byrnes por el general Marshall. Truman no tenía paciencia para aquellos a los que llamaba "los muchachos de pantalones a rayas del Departamento de Estado", pero no podía ignorar la abrumadora evidencia de los telegramas y despachos, y advirtió a Byrnes que debía ser firme. En la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de Moscú de diciembre de 1945, la intransigencia de Stalin, transmitida a través de Molotov, llevó la cuestión a un punto decisivo. Byrnes informó de que Rusia estaba "tratando de hacer, de una manera tramposa y oculta, lo que Hitler hizo por la fuerza: dominar países más pequeños". Cuando Byrnes envió un segundo informe, Truman se decidió (5 de enero de 1946): "No me parece que debamos seguir concediendo más [...] Estoy harto de tratar a los soviéticos como si fueran bebés".[1056] Un mes más tarde llegó, en el momento justo, un telegrama de 8.000 palabras escrito por George Kennan desde Moscú, que cristalizaba lo que la mayoría de la gente comenzaba a sentir sobre la amenaza soviética y que se hizo conocido como el Telegrama Largo. "Es exactamente igual —escribió su autor más tarde— a uno de esos compendios emitidos por las alarmadas comisiones del Congreso [...] pensados para que la gente se entere de los peligros de la conspiración comunista"[1057].

Quince días más tarde, el 5 de marzo, Winston Churchill, invitado por Truman, llegó a Fulton, Misuri, y, con la vehemente aprobación del presidente, dio su famoso discurso en el que insistía en que "desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, una cortina de hierro ha descendido a través del continente europeo" y exigía que Estados Unidos y sus aliados deberían trabajar juntos y sin demora para suministrar "una abrumadora certidumbre de seguridad". Según las encuestas, el 81 por ciento de los norteamericanos estaban a favor de la idea de una alianza militar permanente. Ese fue un momento decisivo en la historia del mundo moderno. Churchill se quejó de

que durante el viaje había perdido 75 dólares jugando al póquer con Truman: "pero valió la pena".[1058]

La actitud agresiva de los comunistas completó la educación política del presidente Truman y provocó en él reacciones cada vez más fuertes. Ese mismo mes, Rusia dejó pasar el plazo para la retirada de sus tropas de Irán, y la llevó a cabo sólo después de que Truman ordenara una furiosa confrontación en la ONU. En agosto de 1946, los yugoslavos derribaron dos aviones de transporte de Estados Unidos, y el mismo mes Stalin comenzó a presionar a Turquía. Truman respondió con la ampliación de la organización de inteligencia de Donovan y celebró la maniobra con una fiesta en la Casa Blanca en la que entregó sombreros negros, capas y dagas de madera, y personalmente colocó un bigote falso en la cara del almirante Bill Leahy.[1059] Las agencias de inteligencia de Estados Unidos y Gran Bretaña retomaron los contactos totales de tiempos de guerra y sus Fuerzas Aéreas comenzaron nuevamente a intercambiar y coordinar planes; Estados Unidos y Canadá formaron un sistema de defensa conjunto aéreo y antisubmarinos. En esa etapa, Norteamérica seguía desarmándose, y Truman no disponía de mucho poder ofensivo, hecho que conocía bien. La complaciente suposición de Byrnes de que el hecho de que Estados Unidos tuviera armas nucleares asustaría a los soviéticos resultó infundada: lo más probable es que la información que éstos obtuvieron por parte de sus agentes infiltrados en el grupo dominante del sistema de defensa les haya dado una idea precisa de los límites de la capacidad de ataque nuclear de los norteamericanos. A mediados de 1946, Estados Unidos tenía sólo siete bombas atómicas, y un año más tarde el número se había elevado a trece. Más aún, los bombarderos B29, que en ese entonces estaban estacionados en Luisiana, California y Texas, no podían volar directamente a Rusia y se calculaba que se tardarían dos semanas en arrojar bombas atómicas sobre blancos rusos. Sólo en junio de

1950 Estados Unidos tuvo bombarderos capaces de realizar ataques aéreos sobre Rusia y regresar.[1060]

Por otra parte, el poderío económico y financiero de Estados Unidos, tanto en términos absolutos como en relación con el resto del mundo, era imponente. En un mensaje radiofónico al país, en agosto de 1945, Truman hizo notar que "nos decimos a nosotros mismos que hemos surgido de esta guerra como la nación más poderosa del mundo; la nación más poderosa, quizá, de toda la historia. Eso es cierto, pero no en el sentido en que algunos de nosotros lo creemos".[1061] Truman se refería esencialmente a la capacidad industrial del país. En la segunda mitad de la década de 1940 Estados Unidos tenía una preponderancia productiva sobre el resto del mundo que hasta ese momento no había alcanzado ninguna potencia individualmente, y que era bastante improbable que volviera a darse. Con sólo el 7 por ciento de la población mundial, tenía el 42 por ciento de los ingresos y la mitad de la capacidad industrial. Producía el 57,5 por ciento del acero del mundo, el 43,5 por ciento de la electricidad, el 62 por ciento del petróleo, el 80 por ciento de los automóviles. La renta per cápita era de 1.450 dólares, mientras que en el grupo siguiente (Canadá, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Suiza) era de 700 a 900 dólares. El consumo diario de calorías era de 3.000, alrededor del 50 por ciento más que en Europa Occidental.[1062]

Es cierto que en Estados Unidos la distribución de la riqueza era desigual. En 1947, un tercio de los hogares norteamericanos carecían de agua corriente y dos quintos, de lavabos con grifo. En gran medida, se trataba de un problema rural: en 1945, el 17,5 por ciento de una población de 24.400.000 seguía viviendo de la tierra y de la agricultura. Tenían automóviles y se alimentaban bien, pero muchos carecían de servicios públicos, para no hablar de entretenimiento, y ésa era una de las razones por las que los norteamericanos se escapaban del campo: los

6.000. 000 de campesinos de 1945 se habían reducido a la mitad en 1970, cuando la población campesina había descendido al 4,8 por ciento del total. Pero en términos globales el dólar era todopoderoso, y el Gobierno federal tenía grandes sumas a su disposición. En 1939 la renta había sido sólo de 9.400 millones de dólares. En 1945 había aumentado a 95.200 millones, en parte porque se había elevado la deuda externa, de 56.900 millones en diciembre de 1941 a 252.700 millones en diciembre de 1945; pero también en parte debido al aumento masivo de la aplicación de impuestos. El impuesto sobre las ganancias creció constantemente y en grandes cantidades, en especial después de que en 1943 se aplicara el impuesto a los cheques de pago de salarios (una copia del sistema británico, fuertemente gravado). Tampoco regresó a los niveles de preguerra una vez terminado el conflicto. Al contrario: las tasas llegaron a un pico en la década de 1950 del 20 al 91 por ciento sobre los individuos y del 52 por ciento para las empresas. La renta federal real cayó después de 1945, hasta llegar al punto más bajo de la posguerra en 1948, con 36.500 millones de dólares, y luego volvió a elevarse hasta alcanzar los 43.100 millones justo antes del estallido de la guerra de Corea.[1063] Durante la década de los cuarenta, y hasta principios de la de los sesenta, en Estados Unidos los impuestos con relación al producto interior bruto fueron más altos que en cualquier otro período de la historia del país, y eso significaba que el Gobierno tenía a su disposición los medios para apuntalar, sostener y revitalizar el mundo, en especial Europa, frente a las invasiones soviéticas. Truman fue el primer estadista norteamericano en entender que Estados Unidos tenía la capacidad física y financiera de rescatar el mundo no sólo en tiempos de guerra, sino también en la paz, y de mantener la situación en un futuro previsible.[1064]

Truman se sintió estimulado a actuar ante un ruego desesperado de los británicos del 21 de febrero de 1947. Gran Bretaña

había gastado un cuarto de sus riquezas netas en la guerra y acumulaba una deuda externa que la dejaba incapacitada. Estados Unidos había hecho un préstamo a Gran Bretaña después del final del plan de préstamo y arriendo, pero esos fondos se habían acabado rápidamente cuando los británicos destinaron más de 3.000 millones al alivio internacional para que Europa no se muriera de hambre. Eso incluyó grandes sumas destinadas a mantener Grecia y Turquía lejos de las garras de Stalin. En Europa el invierno de 1946 a 1947 fue uno de los más duros de la historia moderna y virtualmente paralizó la economía británica. En ese momento, el Gobierno británico declaró que ya no podía sostener más la pesada carga de los griegos y los turcos y apeló al auxilio de Estados Unidos. El 23 de febrero, Truman decidió que debía aceptar, pero antes organizó una reunión en el despacho oval para explicar la idea a los principales legisladores. Fue uno de los encuentros más decisivos llevados a cabo en ese lugar. El general Marshall, que acababa de ser nombrado secretario de Estado, seguía estudiando las instrucciones de su cargo, y de gran parte del discurso se encargó su arrogante delegado, Dean Acheson. Este dijo que la "presión soviética" del Cercano Oriente había llegado a un punto en que una ruptura "podría abrir tres continentes a la penetración soviética". Como "manzanas en un barril infectadas por una podrida", la "corrupción" de Grecia "infectaría a Irán y a todo el Este". Llevaría "el contagio a África desde Asia Menor y Egipto" y a "Europa a través de Italia y Francia". La Rusia soviética estaba "realizando una de las mayores apuestas de la historia a un coste mínimo". No necesitaba ganar todas las manos, "incluso una o dos ofrecían inmensas ganancias". Sólo Estados Unidos estaba en posición de "quebrarles el juego". Eso era lo que se arriesgaba con una retirada británica "frente a un adversario dispuesto y sin escrúpulos". Cuando terminó de hablar, se produjo un silencio. Entonces, el senador Arthur Vandenberg, ex aislacionista y en

ese momento presidente de la Comisión del Senado sobre Relaciones Exteriores, habló en nombre de todos sus colegas: "Señor presidente, si usted declara lo mismo frente al Congreso y la nación, yo lo apoyaré y creo que la mayoría de sus miembros también lo hará"[1065].

Como resultado, Truman compareció en una sesión especial de ambas cámaras del Congreso, el 12 de marzo de 1947, donde se anunció lo que de inmediato sería conocido como la Doctrina Truman: "Creo que la política de Estados Unidos debe ser apoyar a los pueblos libres que están resistiendo los intentos de dominación por parte de minorías armadas o por presión externa".[1066] Truman no dijo durante cuánto tiempo habría que suministrar ese apoyo pero indicó que debía otorgarse mientras fuera necesario, lo que podía significar muchos años. En resumen, Estados Unidos estaba a partir de ese momento emprendiendo un compromiso de final abierto, tanto militar como económico, para preservar la democracia en el mundo. Poseía los medios, y tenía la voluntad, porque tenía a los hombres: el mismo Truman, al frente de dos generaciones enteras de internacionalistas activos, jóvenes y viejos, que sabían por experiencia que Estados Unidos tenía que ocupar totalmente su lugar en el mundo, por el bien de la raza humana. Entre esos hombres, militares y civiles, políticos y diplomáticos, estaban Eisenhower, Marshall, MacArthur, Dean Acheson, Averell Harriman, George Kennan, John McCloy, Charles Bohlen, Robert Lovett y muchos importantes senadores y congresistas, representados por el "renacido" Vandenberg. Considerando sus talentos naturales y su experiencia, su claridad mental y su magnanimidad, eran, probablemente, el mejor grupo de líderes norteamericanos desde los Padres Fundadores.[1067] Y, teniendo en cuenta el impacto que produjeron sobre Estados Unidos y su papel en el mundo, tuvieron una importancia comparable con la de aquéllos.

Entre esos hombres, el más importante, después de Truman, era Marshall. De él, Traman escribió: “Es el grande de esta era. Me considero afortunado al contar con su amistad y su apoyo”. Con frecuencia, Truman creía que sus colegas y subordinados tenían más talento que él, de una manera o de otra, pero en el caso de Marshall también reconocía que era mejor hombre.[1068] El general no hablaba mucho, ni siquiera era especialmente hábil con las palabras, y a veces guardaba silencios desconcertantes. Pero no hubo otro norteamericano en su época que inspirara tanto respeto y temor, incluso a hombres tan grandes y poderosos como Eisenhower. Podía obtener el apoyo bipartidista del Congreso porque sus miembros siempre sintieron que él se elevaba por encima de la política y tenía como objetivo el interés de la nación sin consideraciones de partido o clase o *lobby*. Causaba el mismo efecto en la mayoría de los líderes extranjeros con quienes negociaba, incluso Molotov, el del “fondo de piedra”. En abril de 1947, en una cena bien regada que se celebró en Moscú, Molotov, que estaba ebrio, se volvió hacia Marshall y dijo, de manera ofensiva: “Ahora que en Estados Unidos los soldados se han vuelto estadistas, ¿las tropas hacen el paso de ganso?”. Marshall, “con ojos helados y grises”, se dirigió a Bohlen, que estaba traduciendo, y le pidió: “Por favor diga al señor Molotov que no estoy seguro de haber entendido el propósito de su comentario, pero si es lo que creo que es, dígale que no me gusta”. De allí en adelante, Molotov, que había firmado las sentencias de muerte de decenas de miles, trató al general con la deferencia y el temor que por lo general reservaba sólo para su amo, Stalin.[1069]

El 5 de junio de 1947, en la ceremonia de graduación de Harvard, el nuevo secretario de Estado desveló lo que se convertiría en el Plan Marshall. En sus orígenes era una propuesta bastante informal de que todas las naciones europeas, incluida Rusia, cooperaran para producir la recuperación del continente

en su totalidad, mientras Estados Unidos suministraba la financiación para impulsarla. Stalin rechazó la oferta en nombre de Rusia y vetó el deseo de Polonia y Checoslovaquia de participar. Pero las naciones de Europa Occidental redactaron programas que se enviaron a una conferencia que se celebró en París entre el 27 de junio y el 2 de julio, y el 22 de septiembre se estimó que las necesidades de todas ellas requerirían entre 16.000 y 22.000 millones de apoyo financiero norteamericano. El 19 de diciembre de ese año Truman envió al Congreso un Programa de Recuperación Europea de 17.000 millones de dólares y el senador Vandenberg ayudó a dirigir las asignaciones. Hubo cierta oposición inicial pero, nuevamente, Stalin acudió al rescate. El brutal *coup d'etat* comunista que organizó en Checoslovaquia en febrero de 1948 ayudó a impulsar en el Congreso lo que se transformaría en el primero de una enorme serie de proyectos de ayuda exterior. Finalmente, el Plan Marshall canalizó cerca de 13.000 millones de dólares de asistencia norteamericana a las economías europeas, y quizá deba considerárselo el esquema más exitoso de su clase en toda la historia. Fue particularmente eficaz para devolver el vigor a las economías de Alemania, Francia e Italia.[1070] También tenía un sentido práctico para Estados Unidos porque, en el segundo trimestre de 1947, el excedente de las exportaciones norteamericanas tenía una tasa anual de 12.500 millones, y el Plan Marshall ayudó a que Europa pudiera continuar adquiriendo mercancías de Estados Unidos.

Una cosa era la recuperación económica europea, y, a largo plazo, la cosa más importante, pero a corto plazo también se necesitaba seguridad contra la agresión y la subversión del comunismo soviético, y eso sólo podía solucionarse mediante una presencia militar norteamericana permanente y activa. Pasó un tiempo hasta que Truman y los militares de Estados Unidos se dieron cuenta de que eso era inevitable, aunque la repatriación

de las fuerzas norteamericanas se frenó de manera constante en 1947. Pero Stalin, como siempre, cedió a su propia codicia. Sin poder aceptar una formula de paz para una Alemania unificada, los bloques rivales habían creado en 1946 dos Alemanias, con Berlín, en la que cada una de las cuatro potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Rusia) tenía su propia zona, un enclave aislado en una Alemania del Este ocupada por Rusia. El 18 de junio de 1948, como una medida puramente administrativa, los tres aliados occidentales anunciaron una nueva divisa alemana para sus zonas. Seis días más tarde, Stalin tomó esa cuestión como un pretexto para intentar extinguir por la fuerza el enclave de Berlín, y bloqueó los accesos a las zonas occidentales y cortó la electricidad.

Truman entendía que la crisis de Berlín, la primera confrontación formal en gran escala de la guerra fría, era un suceso de particular importancia. Más tarde, Nikita Kruschev definió la maniobra de Stalin en Berlín como "pinchar el mundo capitalista con una bayoneta" para ver cuál sería la respuesta. Truman tuvo claro de inmediato cuál sería esa respuesta: "Queremos quedarnos, punto". Esta primera reacción se vio confirmada por el punto de vista del comandante de la zona norteamericana, el general Lucius Clay. Hasta ese entonces, Clay había sido el más vacilante de los Guerreros Fríos; ahora cambió de idea decisivamente y recomendó despejar los caminos de acceso con caravanas armadas. Su consejo fue rechazado porque se consideró innecesariamente provocativo, pero Truman también rechazó el enfoque más conciliador de Forrestal, el nervioso secretario de Defensa, que quería, como lo describió el presidente, "dar rodeos" y le entregó "memorandos llenos de coartadas". El 19 de julio Truman anotó en su diario: "Nos quedaremos en Berlín… pase lo que pase. No me desentiendo ni eludo la responsabilidad de las acciones que tomo".[1071]

Forrestal estaba nervioso, en parte por su temperamento y en parte porque tenía conciencia de lo que él llamaba “la insuficiencia de los preparativos de Estados Unidos para un conflicto global”. El 3 de abril de 1947, Truman se había puesto furioso al descubrir que, si bien en los arsenales norteamericanos había materiales para doce bombas atómicas, ninguna estaba armada y lista. Ordenó la rápida creación de una reserva de 400 bombas. Pero, a mediados de 1948, todavía no había la cantidad suficiente para lo que la Fuerza Aérea de Estados Unidos había bautizado como Operación Pinza, que contemplaba la destrucción total de la industria petrolífera soviética.[1072] De todas maneras, Truman envió los primeros tres escuadrones de bombarderos B29 a las bases de Gran Bretaña y Alemania. En realidad no estaban equipados para lanzar bombas atómicas pero Truman, con razón, supuso que Stalin creería que sí lo estaban, y eso fue lo más cerca que estuvo de jugar la carta atómica durante su presidencia. Dejó bien claro ante sus colegas más próximos, como Forrestal registró en su diario, que estaba dispuesto, si era absolutamente necesario, a usar bombas atómicas contra Rusia. Pero, en cuanto a la respuesta física real al bloqueo de Berlín, decidió frustrarlo montando un puente aéreo, que tenía el mérito adicional de hacerle a, Stalin, y al mundo entero, una imponente demostración del poderío aéreo norteamericano. Y dio resultado: el puente aéreo trasladaba 4.500 toneladas por día en diciembre de 1948 y 81.000 toneladas diarias en el primer semestre de 1949, la misma cantidad que se transportaba por carretera y por tren cuando se implantó el bloqueo. El 12 de mayo de 1949, los rusos cedieron.[1073]

En cierta forma, fue un triunfo, pero el episodio había servido para atraer la atención de todos, y por supuesto la de Truman, sobre la insuficiencia de las fuerzas militares terrestres de Estados Unidos y de Occidente, frente a un ejército soviético que se había estabilizado en dos millones y medio de tropas,

más una policía armada de 400.000, y que parecía poseer recursos casi ilimitados de coraza y artillería. La creación de un nuevo estado de Alemania Occidental y de una asociación militar permanente con las potencias de Occidente era el objetivo principal de la política norteamericana de la segunda mitad de 1948.

Mientras tanto, Truman necesitaba el apoyo del electorado para sus poderosas políticas exteriores y de defensa. Truman no había sido elegido como presidente, aunque jamás había permitido que ese hecho inhibiera su capacidad de tomar decisiones de la más alta importancia rápidamente y de una manera dominante. Pero mucha gente, incluso muchos demócratas, suponían que jamás podría ser elegido por méritos propios, y jugaban seriamente con la idea de proclamar como candidato al general Eisenhower, ahora retirado del servicio activo y rector universitario. Finalmente, los demócratas nominaron a Truman en su convención de Filadelfia en julio, pero se tomaron su tiempo para hacerlo y, en el camino, adoptaron medidas de derechos civiles que hicieron que el Sur se separara del partido y formara los *dixiecratas* (demócratas disidentes opuestos a la política de derechos civiles y a favor de los derechos de los estados), que nominaron a J. Strom Thurmond de Carolina del Sur como candidato a presidente.

La campaña de 1948 fue la última de las campañas presidenciales anteriores a la televisión, que se hacían en tren. De hecho, fue la primera en la que se televisaron las convenciones de los partidarios. Ya en 1932 había doce estudios de televisión que operaban regularmente y llegaban a 30.000 hogares. Pero las transmisiones transcontinentales de televisión comenzaron en 1951 y, en 1948, sólo 200.000 hogares norteamericanos tenían televisor.

La campaña ferroviaria de Truman empezó atrayendo a pequeñas multitudes, pero sus asistentes, tales como Clark Clifford, llegaron a los titulares de los diarios porque se quedaban detrás de la gente y, cuando Truman comenzaba a hablar, gritaban: "¡Mándalos al infierno, Harry!". De inmediato algunos genuinos miembros de la audiencia se contagiaban de esa frase. Finalmente, Truman atraía a más cantidad de gente que FDR en 1944. El periodista Robert J. Donovan describió la oratoria de Truman como "agudas observaciones en las que criticaba con justicia la política republicana y defendía el liberalismo del New Deal, mezcladas con sofismas, discursos altisonantes y exagerados y demagogia sumada a alegres bocinazos en las vías del tren".[1074] Cuando una encuesta que *Newsweek* realizó a cincuenta periodistas notables dio como resultado que todos predecían que Truman iba a perder, él comentó: "Conozco a cada uno de esos cincuenta tipos y ni uno solo de ellos tiene la sensatez suficiente como para tirar arena en un nido de ratas". El *Chicago Tribune* obtuvo cierta fama histórica cuando mandó a la imprenta, la noche de las elecciones, un titular de portada que decía: "Dewey derrota a Truman". El presidente, reelegido, exhibió el periódico con expresión triunfante al día siguiente.

Así, una vez asegurado el apoyo popular, Truman pudo continuar las políticas que habían empezado con su doctrina. El 4 de abril, se firmó en Washington el Tratado del Atlántico Norte, cuyos signatarios eran Estados Unidos, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Luxemburgo, los Países Bajos, Noruega y Portugal (Grecia y Turquía se sumaron en 1952, y Alemania Occidental, en 1955). El trato encarnaba el principio básico de la seguridad colectiva cuando estipulaba que un ataque a cualquiera de los miembros sería considerado un ataque contra todos, y establecía una organización, con una jefatura de comando integrado ubicada en París (SHAPE), a la que todos los países firmantes debían enviar fuerzas. El

general Eisenhower fue convocado al servicio nuevamente y fue el primer comandante supremo de los Aliados entre 1950 y 1952. Así, la seguridad colectiva, por falta de la cual estalló la segunda guerra mundial, se transformó, finalmente, en una realidad, no sólo en principios sino en los hechos y en la práctica, y la OTAN ha resultado ser la más duradera de todas las instituciones de posguerra y, tal vez, la más eficaz, al mantener la paz durante más de medio siglo.[1075]

Al mismo tiempo, Estados Unidos tomó las medidas necesarias para asegurar que poseía los recursos militares para sostener la nueva alianza. Ese punto quedó claro el 3 de septiembre de 1949, cuando un B29, que estaba patrullando el norte del Pacífico a 5.500 metros de altura, encontró pruebas concretas de que Rusia había hecho explotar su primera arma nuclear a fines de agosto. El monopolio atómico se había terminado. El 31 de enero de 1950, después de muchas discusiones entre bambalinas, Truman autorizó el desarrollo de la bomba de hidrógeno, también llamada la "Súper". La primera, que se detonó en noviembre de 1952, era una combinación de deuterio y tritio que hizo desaparecer por completo la isla del Pacífico donde se realizó la prueba y dejó un cráter de más de un kilómetro y medio de largo y de 53 metros de profundidad. La segunda (marzo de 1954) tenía litio y deuterio y liberó una energía todavía más grande.

Mientras tanto, el NSC 68 hizo notar que los rusos destinaban el 13,8 por ciento de su producto interior bruto a la defensa, a diferencia del 6 a 7 por ciento de Estados Unidos, y recomendó que, para afianzar la seguridad adecuadamente, el país debería estar dispuesto a dedicar hasta el 20 por ciento de su PIB para ese propósito. El documento fue finalmente aprobado en abril de 1950, lo que completó el establecimiento del compromiso norteamericano con el mundo exterior. Gradualmente se produjeron alianzas específicas o acuerdos de obligaciones

con 47 naciones y las fuerzas norteamericanas construyeron u ocuparon 675 bases y apostaron a un millón de soldados en el extranjero, así como enormes fuerzas aéreas y flotas.[1076]

En Oriente Medio, una región de cuyos suministros petrolíferos Estados Unidos se volvió cada vez más dependiente durante la segunda mitad del siglo XX, los esfuerzos para crear una alianza permanente similar, conocida como el Pacto de Bagdad, terminaron fracasando (1955) pero, mientras tanto, en gran medida gracias a la sagacidad y capacidad de predicción de Truman, el estado de Israel se convirtió en una realidad, y resultó ser un aliado de Estados Unidos fiable, aunque testarudo y muy independiente.

La declaración de independencia de Israel, realizada el 14 de mayo de 1948, estuvo precedida de un agrio debate en Washington, en el que Truman, que estaba a favor de un inmediato reconocimiento *de facto*, se encontró con la oposición tanto del Departamento de Estado como del Pentágono. De todas maneras, Truman siguió adelante con el reconocimiento *de facto* de Israel, que fue promovido *de jure* después de los comicios electorales norteamericanos. Los hechos han justificado esa política. Israel no sólo sobrevivió a cuatro guerras separadas por su existencia sino que también se esforzó para preservar su integridad constitucional y las prácticas democráticas de manera tal que, medio siglo después, seguía siendo la única democracia que funcionaba en Oriente Medio, con fuertes lazos militares, económicos y culturales con Estados Unidos.[1077]

Detrás de la construcción de la red de bases mundiales de Estados Unidos y detrás del programa de asistencia extranjera, estaba la estrategia de la contención. Esta filosofía geopolítica se anunció por primera vez en un artículo publicado en julio de

1947 en *Foreign Affairs*, titulado "La fuente de la conducta soviética" y firmado por "X" (George Kennan). Se refería a la necesidad de que Estados Unidos asegurara "una contención paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansionistas de Rusia" mediante "una diestra y vigilante aplicación de contrafuerzas en una serie de puntos geográficos y políticos que cambien de lugar constantemente". Se trataba de una alternativa a la estrategia de *rollback* (retroceso forzado) favorecida por algunos círculos republicanos, que pedían la aplicación de presión militar y diplomática para forzar al Imperio soviético a desmembrarse. Pero el *rollback* conllevaba el riesgo de una tercera guerra mundial, lo que se volvió cada vez más impensable cuando los rusos obtuvieron su primera arma atómica y después se supuso que también estaban fabricando bombas de hidrógeno. Los defensores del *rollback* nunca llegaron a explicar claramente cómo pensaban hacer que su política diera resultado, y la idea no halló eco en la mayor parte del público norteamericano. Entonces la contención pasó a ser una política típica y permanente de Estados Unidos, y su aplicación, a través del Plan Marshall y de la OTAN, y la respuesta al bloqueo de Berlín, dio muy buenos resultados en Europa hasta que el Imperio soviético se desmembró por voluntad propia y debido a su propia debilidad, y, de hecho, el comunismo se vio forzado a retroceder a través de Europa del Este hacia los Urales y más allá.[1078]

Donde la contención no funcionó inicialmente fue en el Lejano Oriente, quizá porque se aplicó demasiado tarde. FDR había apoyado al corrupto líder del partido del Kuomintang, Chiang Kaishek, que había recibido considerables cantidades de fondos en concepto de asistencia militar y préstamos y arriendos. Truman había continuado con esa política. Chiang obtuvo un "préstamo de estabilización económica" de 500 millones de dólares y un total de 2.000 millones en los años 1945 a 1949. Pero los esfuerzos por reconciliar el Kuomintang con el dirigen-

te comunista chino Mao Tsé-tung, que tenía su propio ejército de campesinos endurecido por las batallas, no dieron resultado —el general Marshall dirigió una misión en China que fue inútil— y, una vez que la guerra civil estalló con fuerza, toda la asistencia norteamericana se desvaneció en una ciénaga de inflación. El colapso de la divisa también implicó la desintegración del en un principio enorme ejército de Chiang —gran parte de sus tropas se pasaron a las fuerzas de Mao— y para abril de 1949 Mao había cruzado el Yangtzé y, a fines de ese mes, conquistó la capital, Nanking. Chian fue expulsado de China continental a la isla de Taiwan, que convirtió en una fortaleza, protegida por la Séptima Flota de los Estados Unidos. Truman recibió amargas acusaciones de los republicanos y el *lobby* de China por haber "perdido China", pero la verdad es que China se perdió a sí misma. Entonces, la pregunta fue: ¿cómo habría que marcar ahora la línea de contención en el Lejano Oriente?

Una vez más, Stalin se presentó para rescatar a los inseguros estrategas norteamericanos. El dirigente ruso decidió que una guerra limitada usando a Corea como sustituto sería la forma de enseñarle a China dónde estaban sus verdaderos intereses. Si realmente fue ése el razonamiento de Stalin, resultó correcto: Corea atrasó una década la ruptura entre China y los soviéticos. Pero, mientras tanto, provocó una guerra. Da la impresión de que durante el primer semestre de 1950, Stalin acordó con Kim Il-Sung, el dictador comunista de Corea del Norte, que, en noviembre, éste podría hacer un avance limitado al otro lado del paralelo 38, línea divisoria entre el norte comunista y Corea del Sur, no comunista, donde había 500 militares norteamericanos en carácter de consejeros. Pero Kim no era un hombre cauto ni sumiso. Consideró que la insinuación de Stalin era un permiso para comenzar una guerra en gran escala y la inició el 25 de junio.[1079]

Cuando Acheson informó a Truman, el domingo 26, de que era una invasión enorme, la respuesta del presidente fue: "Dean, debemos detener a esos hijos de puta cueste lo que cueste". Ese era el estilo de Truman, y así fue como lo dijo.[1080]

Aprovechando la crisis, China primero se tragó al casi independiente Tibet (el 21 de, octubre de 1950); luego, cuando las tropas norteamericanas se acercaron a sus fronteras, les hizo frente con un enorme "ejército de voluntarios" (28 de noviembre). Truman había viajado casi 20.000 kilómetros para ver a MacArthur en la isla de Wake el 13 de octubre, le había impuesto la medalla por servicios distinguidos ponderando su "visión, juicio, voluntad indomable, gallardía y tenacidad" y, cuatro días más tarde, en una conferencia en San Francisco, había proclamado su total acuerdo con el orgulloso general.[1081] Pero la intervención china, que, según le había dicho MacArthur en Wake, no podía suceder y no sucedería, lo cambió todo. Los norteamericanos tuvieron qué irse corriendo y la reacción de MacArthur fue aconsejar una acción militar total contra China: bombardeos intensivos de áreas industriales, un bloqueo costero completo y apoyo a los ataques taiwaneses en la China continental. De hecho, la ofensiva china fue revertida por un subordinado de MacArthur, el general Matthew Ridgway, mediante un sagaz despliegue de los recursos militares que ya estaban en Corea y sin que fuera necesario un ataque directo a China.

Pero para esa época MacArthur había adquirido la costumbre de divulgar públicamente sus ideas acerca de lo que debía hacerse, aunque no concordaran con lo que él sabía que era la postura de Washington. Eso provocó una crisis el 24 de marzo de 1951, cuando una declaración del general forzó a Truman a cancelar un mensaje propio en el que sostenía la necesidad de negociaciones. El problema se agudizó el 5 de abril, cuando el líder de la minoría de la Cámara de Representantes, Joe Martin, dio a conocer un intercambio de correspondencia con MacAr-

thur en la que el general parecía apoyar la política republicana de “contraataque total” y terminaba diciendo “no hay sustituto para la victoria”. Se trataba de una intervención directa en la política y, por lo tanto, era inaceptable. Truman anotó en su diario: “Parece que la gota colmó el vaso: insubordinación de rango”.[1082] Aunque ya había tomado la decisión de que MacArthur se fuera, Truman actuó con deliberación, y consultó a Acheson, Harriman y Bradley (ahora al mando del Estado Mayor Conjunto). Todos estaban a favor del despido. Cuando se consultó a los líderes del Congreso, se obtuvieron reacciones más diversas. De todas maneras, el 9 de abril, Truman finalmente se decidió y ordenó a Bradley que pusiera en marcha la maquinaria del despido. Más tarde recordó haberle dicho: “Ese hijo de puta no va a renunciar. Quiero que lo echen”.[1083]

La verdad es que Truman tenía presente, y MacArthur no, que el objetivo de la intervención norteamericana en Corea no era comenzar una tercera guerra mundial sino evitarla. Y eso es lo que sucedió. La guerra terminó en un empate. Las negociaciones bajaron de tono y finalmente se dieron por terminados los combates (el 27 de julio de 1953), aunque el país se mantuvo dividido y la línea de cese de fuego siguió tensa. Fue una guerra onerosa. Las bajas norteamericanas sumaron 33.629 caídos en combate, 20.617 muertes no hostiles y 103.284 heridos. Además había 8.177 desaparecidos y, de los 7.140 soldados capturados, sólo regresaron 3.746. Los gastos militares directos superaron los 54.000 millones.[1084] A todo esto había que sumar las bajas de los aliados de las fuerzas de la ONU, 415.000 muertos de las fuerzas de Corea del Sur, y una cifra estimada de 520.000 entre las de Corea del Norte (jamás se divulgaron las bajas chinas, pero se cree que superaron las 250.000). Ningún lado ganó nada. Pero Estados Unidos había demostrado su voluntad de defender la política de contención combatiendo y, al mismo tiempo, prudencia para limitar el uso de su superior po-

der de fuego. Truman fue responsable de ambas actitudes, y el hecho de que Estados Unidos jamás haya tenido que pelear en otra Corea es un veredicto sobre su política.[1085]

De todas maneras, después del despido de MacArthur las cosas empeoraron para Truman, que se vio envuelto en una serie de escándalos internos: la mezquindad de la política de maquinarias regresó para perseguir al viejo guerrero. En 1950 y 1951 ya hacía veinte años que los demócratas controlaban la Administración y la podredumbre se había instalado profundamente en varias ramas. Resultó que la Oficina de Impuestos y el Departamento de Impuestos del Departamento de Justicia eran venales en grado sumo. En 1951, cuando se destaparon esos escándalos, Truman se vio particularmente perjudicado justo en una época en la que él estaba exigiendo sucesivos aumentos impositivos para financiar los combates en Corea.

Pero Truman seguía con la frente alta. Todos los días se levantaba a las cinco de la mañana, se afeitaba, se vestía, emprendía, una vigorosa: caminata al antiguo ritmo de marcha militar de 120 pasos por minuto acompañado por jadeantes agentes del servicio secreto y periodistas, a quienes se les permitía hacer preguntas si se esforzaban por seguir él ritmo del presidente. Luego regresaba a la Casa Blanca para un trago de whisky, un masaje y el desayuno. Estaba en su escritorio a las siete de la mañana, y trabajaba esforzadamente todo el día, con la excepción de una breve siesta después del almuerzo y una sesión de natación en la piscina, con la cabeza recta y levantada, y los anteojos puestos. Junto con su adorada esposa Bess, llevaban una vida familiar ejemplar. Jamás se supo que él haya mirado a otra mujer. Declaró haberse enamorado de ella en 1890, cuando él tenía seis años y ella cinco; más tarde emprendió un largo y nervioso cortejo de siete años, y se casó en 1919. El matrimonio duró cincuenta y tres años, hasta la muerte de Truman, a los ochenta y ocho años de edad, en 1972. Bess lo sobrevivió; el

titular del *New York Times* de octubre de 1982 lo resume perfectamente: "Bess Truman falleció a los 97 años de edad. Fue la 'compañera total' del Presidente".[1086]

En 1952, cuando Truman decidió no presentarse a las elecciones, la convención del Partido Demócrata escogió, después de tres votaciones, al exitoso y muy admirado gobernador de Illinois, Adlai E. Stevenson (1900-1965). Era un señorito, como Roosevelt, pero además, un intelectual. De hecho, su reluciente calva hizo que la prensa acuñara un nuevo término para la especie: "cabeza de huevo". Stevenson era un hombre decente y probablemente hubiera resultado un presidente mejor que la media. Pero el papel que la historia le reservó fue el de perdedor respetable, una vez que el Partido Republicano, que por lo general no escogía bien a sus candidatos, relegó a su portaestandarte ideológico, el senador por Ohio Robert Taft (1889-1953), conocido como el Señor Republicano, en favor del general Eisenhower. Ike también era calvo, pero era afable y sonreía —uno de los grandes sonreidores de todas las épocas— y hasta su nombre se prestaba para el lema de más éxito de toda la historia electoral de Estados Unidos: "*I Like Ike*" {Me gusta Ike). Ganó por una enorme diferencia: 33.936.234 contra los 27.314.999 de Stevenson, con una mayoría en el colegio electoral de 442 a 89. Y, en 1956, cuando los demócratas, que no tenían nada mejor que ofrecer, decidieron volver a nombrarlo candidato, Eisenhower triunfó por un margen aún mayor: 35.590.472 contra 26.022.752, y la diferencia en el colegio electoral fue de 457 a 73.[1087] A pesar de sus crecientes problemas de salud, incluyendo un serio ataque al corazón, Ike bien podría haber sido reelegido, si, en 1951, no se hubiera aplicado la Vigesimosegunda Enmienda, escrita principalmente por los republicanos después de los cuatro períodos de FDR, que limitó la posibili-

dad de ejercer la presidencia a un máximo de dos períodos consecutivos.

Como comandante supremo de los Aliados durante la Operación Overlord, Eisenhower se había acostumbrado a organizar enormes masas de hombres y materiales en condiciones de fuerte presión. Por lo tanto, dirigir el Gobierno norteamericano no lo aterrorizaba. Sabía delegar con generosidad y también cómo mantener sistemas de control. Así, eligió como secretario de Estado a un experimentado y erudito abogado de derecho internacional, John Foster Dulles (1888-1959), y dio la impresión de que Dulles controlaba en gran medida la política exterior, una impresión que Dulles hizo todo lo que pudo para confirmar. Dulles era un ideólogo único, que daba una dimensión moral a su conducción de las relaciones internacionales y que presentó el conflicto con la Unión Soviética y China en términos absolutos de bien y mal, y la contención, que, sin ganas, había sustituido por el *rollback*, como una cruzada santa contra el marxismo ateo. Declaraba abiertamente al pueblo norteamericano que mantener la paz en un mundo de armas nucleares era una actividad peligrosa: "El talento de mantenerse en el límite [de la guerra] sin entrar en guerra es un arte necesario [...] Avanzamos hasta el borde y lo miramos a la cara".[1088] Esa franqueza, que llevó a los críticos de Dulles a acuñar el término *brinkmanship* y a acusarlo de practicar una especie de "ruleta rusa" diplomática, hizo que los poco sofisticados pensaran que Dulles era un hombre peligroso. Pero los archivos demuestran que era inherentemente cauto en todos los aspectos importantes, y que lo supervisaba de cerca el presidente, que insistía en que Dulles le diera informes completos por teléfono todos los días cuando estaba en una misión en el extranjero.[1089]

Eisenhower siempre mantuvo el control. Practicaba seudodelegaciones. Así, la mayoría de la gente creía que dejaba la mayor parte de las cuestiones internas en manos del jefe de Gabinete,

el ex gobernador de Nueva Hampshire, Sherman Adams. Parece que el mismo Adams compartía esa impresión. Declaró que Ike fue la última figura importante que detestaba el uso del teléfono y lo evitaba activamente.[1090] Pero los archivos demuestran que realizaba numerosísimas llamadas de las que Adams no sabía nada. En política exterior, utilizaba fuentes de consejo e información que Adams también ignoraba. Utilizaba al laborioso Adams como un sirviente superior; y Dulles se quejó de que, aunque con frecuencia trabajaba hasta tarde con el presidente en la Casa Blanca, nunca lo "habían invitado a una cena familiar".[1091] Eisenhower alentaba deliberadamente la impresión de que Adams y Dulles eran dos *prima donnas*, ya que así se les podía echar la culpa de los errores que/se descubrían y proteger la investidura presidencial.

George Kennan se acercó a la verdad cuando escribió que, en política exterior, Eisenhower era "un hombre de aguda inteligencia política y penetración [...] Cuando hablaba seriamente de esas cuestiones, dentro de un círculo oficial de protección, surgían, cada tanto, intuiciones de alto nivel a través de la curiosa jerigonza militar con la que acostumbraba a expresar y a ocultar sus pensamientos".[1092] En las conferencias de prensa, Eisenhower utilizaba esa jerigonza para evitar dar respuestas que el inglés llano no podría ocultar, y con frecuencia se declaraba ignorante por la misma razón. Era lo suficientemente maquiavélico como para fingir haber entendido mal a su propio traductor cuando trataba con extranjeros persistentes.[1093] Las transcripciones de sus conferencias secretas demuestran la lucidez y la energía de sus pensamientos. Sus correcciones de los borradores de los discursos que le escribían y de las declaraciones de Dulles revelan un excelente dominio del inglés que podía ejercer cuando quería. Churchill fue uno de los pocos hombres que lo apreciaron por lo que valía, y podría decirse que

ellos dos fueron los estadistas más grandes de mediados del siglo XX.[1094]

Eisenhower ocultaba sus talentos y actividades porque pensaba que era esencial que el dominante liderazgo que, según reconocía, necesitaban tanto Estados Unidos como el mundo, debía ejercerse con sigilo. Se guiaba por tres principios. El primero era evitar la guerra, que había visto de cerca y detestaba. Por supuesto que si Rusia se decidía a destruir Occidente había que resistir y Estados Unidos debía ser lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Pero los casos de guerra innecesaria (como juzgaba la de Corea) debían evitarse con claridad, firmeza, cautela y sabiduría. Él finalizó el conflicto de Corea. Evitó la guerra con China. Se mantuvo apartado de la guerra de Suez en 1956, aunque eso significó ofender a su mejor aliada, Gran Bretaña, y poner fin a la carrera política de un viejo amigo, sir Anthony Edén. Con habilidad, esquivó otra guerra en Oriente Medio en 1958, gracias a una acción oportuna. En 1955 y 1956, en Indochina, cuando los franceses, que habían hecho un desastre, se negaron a seguir soportando la carga de resistirse al comunismo, Eisenhower aceptó poner el hombro, pero tenía bastante claro que Estados Unidos no debía involucrarse en una guerra en la región.

Una de las razones por las que Eisenhower detestaba la guerra era porque creía que el concepto de "guerra limitada" no era viable. En la guerra, según él la entendía, el objeto era destruir el poder del enemigo lo más rápido posible con todos los medios de que se dispusiera. Ese era su segundo principio rector y explica por qué dio por finalizada la cuestión de Gotea, para él "una tontería", lo más pronto que pudo, y por qué deploró la absurda expedición de Edén a Suez en 1956, en la que el primer ministro aprobó personalmente el peso de las bombas que se arrojarían sobre blancos egipcios.

El tercer principio de Eisenhower, reflejado en sus papeles y diarios privados, era que la seguridad de la libertad en todo el mundo dependía fundamentalmente de la salud y vigor de la economía norteamericana. Gon el tiempo, la fuerza de esa economía se duplicaría en Europa Occidental y en Japón —podía percibirlo—, lo que distribuiría la carga. Pero la misma economía de Estados Unidos podría ser destruida por los gastos desmedidos de un Estado codicioso y sobredimensionado, que generara disolución e inflación. Dijo acerca de los militares: "No tienen mucha idea de cómo combatir la inflación. Este país podría ahogarse a sí mismo si se acumulan gastos militares de la misma manera en que podría derrotarse a sí mismo si no gasta lo suficiente para protegerse". O, nuevamente: "No es posible la defensa de ningún país que destruya su propia economía".[1095]

El talento y la tortuosidad de Eisenhower permitieron que el país sobreviviera, sin demasiados perjuicios, a uno de sus periódicos estallidos de histeria, que en este caso llevaba el título de maccarthismo. Desde hacía mucho tiempo se sabía que había agentes comunistas infiltrados en distintos niveles del Gobierno en las décadas de 1930 y 1940. En teoría, Estados Unidos estaba protegido contra la subversión por la Ley McCormack (1938), que obligaba a los agentes extranjeros a registrarse, y por las Leyes Hatch (1939) y Smith (1940), en virtud de las cuales los miembros de las organizaciones que abogaban por el derrocamiento del Gobierno norteamericano por la fuerza o la violencia podían ser procesados. Pero esas disposiciones no daban resultado con los simpatizantes comunistas que llegaron al Gobierno durante el New Deal o la guerra. La Administración de Roosevelt, según Kennan y otros, pecó de negligencia al no prestar atención a las advertencias sobre el alcance de la actividad comunista, que "se encontraban demasiadas veces con oí-

dos sordos o incrédulos”. La Administración de Truman adoptó una actitud más vigilante. En noviembre de 1946, Truman estableció un Comité Temporal sobre Lealtad de los Empleados y, en marzo del año siguiente, actuó de acuerdo con las recomendaciones de ese organismo con el decreto ejecutivo 9.835, que autorizaba interrogatorios sobre creencias y filiaciones políticas de todos los empleados federales.[1096]

Se llevaron a cabo varios procesos. Algunos presentaron muchas dificultades. Alger Hiss, un antiguo funcionario del Departamento de Estado, denunciado en 1948 por un agente comunista confeso, Whittaker Chambers, por haber enviado documentos secretos a Moscú durante la década de 1930, fue acusado de espionaje pero, el 8 de julio de 1949, después de que el jurado no pudiera llegar a un veredicto, fue puesto en libertad. Más tarde fue condenado por falso testimonio. Por otra parte, los responsables de desvelar secretos atómicos a Rusia, lo que permitió que Stalin fabricara sus primeras bombas atómicas mucho más rápido de lo que se esperaba, fueron acusados formalmente. Harry Gold fue condenado el 9 de diciembre de 1950, y él y David y Ruth Greenglass confesaron su culpabilidad e incriminaron a Julius y Ethel Rosenberg y a Morton Sobell, todos relacionados con el Partido Comunista. El 29 de marzo de 1951 un jurado los encontró culpables a los tres, y todos fueron sentenciados. Los Rosenberg, los únicos de los acusados que se negaron a cooperar, fueron condenados a muerte y ejecutados el 4 9 de junio de 1953 en la prisión de Sing Sing.[1097]

En general, las precauciones de Truman contra espionajes futuros parecen haber sido eficaces para eliminar a los que espiaban por razones ideológicas, en oposición a los meramente mercenarios. Pero, para cuando se ratificaron, el Congreso ya se había puesto alerta respecto del peligro de la subversión que (se sostenía) había llevado en primer lugar a la “pérdida” de Europa

del Este, y luego a la "pérdida" de China. Una quincena después de la condena de Hiss, el joven senador por Wisconsin Joseph R. McCarthy dio un discurso en Wheeling, Virginia Occidental, en ocasión del Día de Lincoln, y causó sensación cuando agitó una hoja de papel en la que figuraban "todos los hombres del Departamento de Estado" que eran "miembros activos del Partido Comunista y miembros de un círculo de espionaje". Agregó: "Tengo aquí en mi mano una lista de 205 […] Una lista de nombres que se dio a conocer al secretario de Estado [Dean Acheson] y que, de todas maneras, siguen en funciones y diseñando las políticas del Departamento de Estado".[1098]

No existía esa "lista de 205 nombres". El número 205 fue el resultado de una suma equivocada. Surgió porque James Byrnes, cuando era secretario de Estado, había escrito al congresista Adolph Sabath que se habían identificado 285 riesgos de seguridad en el Departamento de Estado y que, después de la investigación, se había despedido a 79. Los que quedaban, 206, se convirtieron por error en la cifra 205 que había utilizado McCarthy.

La respuesta del presidente Truman y de los demócratas fue enfrentarse a McCarthy directamente. Los demócratas del Senado establecieron una comisión al mando del senador Millard Tidings de Maryland para investigar los cargos de McCarthy, y las audiencias de la Comisión Tidings dejaron bien claro que no tenía fundamento ninguna de las acusaciones específicas contra los individuos que McCarthy finalmente nombró. Truman declaró a la prensa que McCarthy era "el mayor recurso del Kremliaen Estados Unidos", lo que era cierto. Truman también encargó un estudio sobre la "histeria y la caza de brujas" en la historia norteamericana, cuyas conclusiones fueron que existía una permanente corriente subterránea de "odio e intolerancia" en Estados Unidos que, periódicamente, producía estallidos como el maccarthismo.

Mientras tanto, McCarthy aceleró un proceso de "listas negras" que ya había empezado antes de su intervención. En noviembre de 1947, una reunión de productores de Hollywood había dado como resultado una lista negra con nombres de comunistas, incluidos un productor, un director y ocho guionistas. Entre 1951 y 1954, el Comité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara de Representantes nombró a 324 personalidades de Hollywood, que también fueron a parar a listas negras.

Cuando los republicanos obtuvieron el control del Senado en las elecciones de noviembre de 1952, el propio McCarthy se colocó al frente de la hasta entonces oscura Subcomisión de Investigaciones perteneciente a la Comisión del Senado sobre Operaciones Gubernamentales, la convirtió en un foro para sus demandas y contrató a un astuto abogado sin escrúpulos de veinticinco años de edad, Roy M. Cohn, como su principal consejero.

Cuando Eisenhower y el Consejo de Seguridad Nacional bloquearon un intento de McCarthy de investigar la CIA, el senador se volvió contra el Ejército de Estados Unidos. Eso causó su destrucción, como el presidente sospechaba que sucedería, porque en la controversia que crearon las acusaciones de McCarthy, se supo que Roy Cohn había ejercido presiones sobre el Ejército para mejorar la posición de su novio, David Schine, en abierto desafío al "orden y la disciplina militar". McCarthy, el matón y acusador, se encontró de pronto siendo acusado y amenazado y, debido a su angustia, incrementó su ya considerable ingesta de alcohol (la capacidad de "bajarse tres cuartos de litro de bourbon" era garantía de virilidad en su círculo). Sus aliados en los medios de comunicación, en la Cámara de Representantes y en el Senado lo abandonaron uno a uno y, el 2 de diciembre de 1954, el Senado acordó su cese por 67 votos contra 22. Murió por causas relacionadas con el alcoholismo

antes del fin de su período, el 2 de mayo de 1957, destruido y casi olvidado, aunque el maccarthismo se convirtió en la forma de nombrar el abuso de las investigaciones conservadoras sobre las malas acciones de los liberales, por más fundamentadas que estuvieran.

El hecho significativo sobre el maccarthismo, visto en retrospectiva, es que fue la última ocasión, en el siglo XX, en que la presión histérica del pueblo norteamericano por conformarse vino desde la derecha del espectro político, y en que la caza de brujas fue organizada por elementos conservadores. De allí en adelante, los cazadores se convirtieron en cazados. Fueron los liberales y los progresistas los que, durante las cuatro décadas posteriores, dirigieron ese tipo de inquisiciones tales como el Watergate y el Irangate. La década de Eisenhower fue la última del siglo en la que los elementos tradicionales de la sociedad norteamericana ocuparon la posición cultural dominante. La Norteamérica de Eisenhower seguía derivando, de manera reconocible, de la república de los Padres Fundadores. Todavía había miles de pequeños pueblos en Estados Unidos donde el mundo de Norman Rockwell estaba intacto y seguía confiando sin timidez en sí mismo y en sus valores. Se estimaba el patriotismo. Se saludaba la bandera. El crisol de razas seguía funcionando y produciendo norteamericanos completos. De hecho, la expresión "el estilo de vida norteamericano" era un elogio, no un insulto. El objetivo era la movilidad ascendente. Se aplaudía el éxito en los negocios y se identificaba con los intereses de la nación.

OCTAVA PARTE
"PAGAREMOS CUALQUIER PRECIO, SOPORTAREMOS CUALQUIER CARGA".
La Norteamérica que crea problemas, la Norteamérica que resuelve problemas, 1960-1997

En 1960 el presidente Eisenhower era el hombre de más edad que llegó a ocupar la Casa Blanca y había una demanda general de juventud. Los sesenta fueron una de esas engañosas décadas en las que se consideraba que la novedad era lo más importante y se bendecía en particular a los Jóvenes. Hombres y mujeres por lo general circunspectos, que alguna vez habían hecho de la prudencia una virtud, y que más tarde volverían a retomar una conducta responsable, cometieron estupideces durante esos años. En la historia, estas oleadas de tontería reaparecen periódicamente. Los historiadores sabios no intentan explicarlas con demasiada asiduidad. Se limitan a consignar que se dan y que tienen consecuencias negativas. Eso sucedió en la década de 1960.[1099] Los dos candidatos para las elecciones presidenciales tenían la ventaja de la juventud. El vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon (1913-1994) tenía cuarenta y siete años. Era bastante experimentado para su edad; había ocupado un escaño en la Cámara de Representantes en 1947 y, a partir

de 1950, también en el Senado (por el estado de California), después de una distinguida carrera en la Armada durante la guerra. A lo largo de sus ocho años como vicepresidente había sido una prominente figura en el Senado, uno de los más consultados colegas de Eisenhower y había recorrido el mundo como portavoz y representante de Estados Unidos.[1100] Se había sometido a examen y había aprobado con buena nota.

El candidato demócrata, John Fitzgerald Kennedy (1917-1963) también era joven (cuarenta y tres) y experimentado. Como Nixon, había desarrollado una carrera de éxito en la Armada durante la guerra, había estado en la Cámara Baja como congresista de Massachussetts desde 1947 y, después, sido senador desde 1953. Los dos habían sido fervientes anticomunistas en los años de posguerra. Nixon había tenido un papel importante en el descubrimiento y condena de Alger Hiss, y Kennedy lo había elogiado públicamente por ello.

Llegamos aquí a un importante cambio estructural en Estados Unidos. Se trata de un país que, desde los primeros tiempos, siempre había sido una sociedad democrática, en la que los hombres (y, por cierto, las mujeres) prestaban poca atención a los rangos formales, aunque existieran. Todos los hombres consideraban que tenían el derecho de estrechar la mano de cualquiera, incluso la del presidente (Washington fue el primero y último presidente en negar ese derecho y reemplazarlo por una reverencia). Pero ese espíritu democrático estaba equilibrado por el tributo de respeto hacia aquellos que, por una razón u otra —experiencia, educación, posición, riqueza, cargo o personalidad— se habían ganado el título de “jefe”. Los sesenta cambiaron las cosas. En el espacio de una década, la palabra “jefe” casi desapareció del idioma, y del uso. La deferencia fue reemplazada por un nuevo espíritu de hostilidad a la autoridad. Se puso de moda desafiar las jerarquías establecidas desde hacía mucho tiempo, rebelarse contra ellas o desdeñarlas. En ningún

lado se manifestaba más ese espíritu que en los medios de comunicación (como ahora conviene referirse a la prensa, la radio y la TV). La televisión tenía un poderoso impacto sobre la manera en que se formaban las opiniones, no sólo en el país, sino dentro de sí misma.

Esa transformación pudo verse en 1960 en la manera en que los medios escritos de la costa este (el *New York Times* y el *Washington Post Time* y *Newsweek*) trataron la competencia entre Nixon y Kennedy. Según todos los patrones históricos, Nixon debería haber sido un héroe mediático en Estados Unidos. Era un candidato natural a los laureles en la grandiosa y antigua tradición de la autoayuda, del crecimiento por los propios medios. Surgió de la nada. Provenía de una familia respetable pero desconocida. Se abrió camino en una universidad que no estaba de moda. No tenía dinero, salvo el que ganó con su propio trabajo. Tampoco tenía, para empezar, amigos ni contactos influyentes. Su vida estaba dominada por un apasionado deseo de servir como funcionario, lo que a veces se interpretó como una ambición brutal, y por su patriotismo y el amor por su país, que no conocían límites. Sus habilidades administrativas y su carrera política eran logros extraordinarios para un hombre que venía de la nada, al clásico estilo democrático e igualitario de Estados Unidos, la tradición de Benjamin Franklin. Sin embargo, desde el principio hasta el final, los medios de comunicación, en especial la prensa "de calidad", desconfiaban de él, lo denigraron insistentemente e intentaron destruirlo, lo que, en cierto aspecto, consiguieron.

La hostilidad con que los medios de la costa este trataban a Nixon se había originado en 1950 con su victoria senatorial contra Helen Gahagan Douglas (1900-1980), una diputada izquierdista a la que retrataban constantemente como una virgen y mártir política crucificada por Nixon en la cruz del anticomunismo. Douglas, ex cantante, casada con el actor de cine Melv-

yn Douglas, fue un destacado ejemplo de la escandalosa desfachatez de Hollywood, y todo el barro que le tiraron provino del interior de su propio partido.

En contraste, los medios hicieron todo lo posible para construir y sostener el beatífico mito de John E Kennedy, a lo largo de su vida y mucho después de su muerte, hasta que finalmente cayó en ruinas bajo el peso de la evidencia incontrovertible. Los medios lo protegían, suprimían las verdades que conocían sobre él y, si era necesario, mentían, en una escala a la que jamás se había llegado antes, ni siquiera en el caso de Franklin Roosevelt. Y eso es aún más sorprendente si se considera que Kennedy tenía la mayoría de las características de un antihéroe norteamericano. Kennedy era la personificación de la movilidad ascendente de la tercera generación de los irlandeses de Boston. Sus dos abuelos habían sido políticos sin escrúpulos de Boston que entendían bien el proceso que se transformó en el objetivo constante de la familia Kennedy —cómo transformar el dinero en poder político— aunque cada uno hizo su patrimonio de manera diferente: uno mediante los seguros, el otro con el tráfico de bebidas alcohólicas.[1101] Sin embargo, fue el padre de Kennedy, Joseph P. (1888-1969), quien se dio cuenta de que para alcanzar el poder nacional, aunque no fuera para él sino para sus hijos, era necesario amasar una fortuna enorme. Eso significaba salir de la estrecha órbita de Boston y mudarse a Nueva York. También implicaba la necesidad de aprovechar todas las oportunidades, incluso las delictivas, cuando se presentasen. Así, Joe Kennedy creó una de las mayores acumulaciones de efectivo del siglo mediante la banca (o tal vez debería decirse mediante el préstamo de dinero, que está más cerca de la verdad), la construcción de barcos, Hollywood, el tráfico de acciones y el contrabando de alcohol, entre muchas otras actividades. Estableció fondos fiduciarios para sus hijos de 10 millones cada uno y desvió enormes sumas hacia diversos propósitos, en

especial para comprar gente, ya fueran políticos, dueños de periódicos o cardenales. Su rango de contactos y colaboradores era inmenso e incluía a los jefes criminales Frank Costello y Doc Stacher, teniente de otro importante mañoso, Meyer Lansky. Joe fue utilizado por (y utilizó a) Franklin Delano Roosevelt, le compró un embajador y después se dedicó a la tarea de convertir en presidente a su hijo mayor.

Cuando Joe Jr. murió en la guerra, Jack se convirtió en príncipe coronado y se lo designó para presidente.[1102] En muchos aspectos heredó los valores de su padre, aunque éstos rivalizaban en un incómodo contrapunto con el tradicional catolicismo de su madre. Jack nunca tuvo la insaciable ambición de su padre por el dinero, el poder y la corrupción. La mayor parte de su vida se limitó a seguir las directivas del viejo Joe. Como él mismo admitió, tristemente: "Parece que papá ha decidido que él va a ser el ventrílocuo, así que a mí me queda el papel del muñeco".[1103] En un aspecto importante, Jack rechazó la tradición familiar. El dinero no le interesaba y jamás se preocupó por aprender algo acerca de él. No se trataba de que fuera extravagante. Todo lo contrario: era tacaño.[1104]

Pero, aunque no estuviera interesado en ganar dinero, en la mayoría de los otros aspectos aceptaba alegremente la filosofía familiar, en especial su principio fundamental: que las leyes de Dios y de la república, admirables en sí mismas, no se aplicaban a los Kennedy, en cualquier caso a los varones de la familia. Como su padre, trataba con criminales si le parecía conveniente. Desde el principio, su padre le enseñó que la simulación, adornada con dinero —o la mendacidad directa, si era necesario— podía despejar todas las dificultades. Las mentiras se centraban en ciertas áreas. Una de ellas era la salud de Jack. El viejo Joe había aprendido muchos trucos para ocultar el verdadero estado de su hija retardada, Rosemary, que se encontraba enterrada viva en un hogar.[1105] Utilizó esos mismos métodos para cubrir la

gravedad de los problemas de espalda de Jack, y su trastorno de funcionamiento, que finalmente se diagnosticó como enfermedad de Addison. En términos estrictos, Jack jamás fue apto para ocupar ningún cargo público importante, y la lista de mentiras que el clan Kennedy dijo respecto de su cuerpo es formidable. El dolor de espalda de Jack parece haberse incrementado después de su llegada a la presidencia, y la doctora de la Casa Blanca, Janet Travell, tenía que aplicarle dos o tres inyecciones diarias de novocaína. Hasta que Jack no pudo tolerar más ese doloroso tratamiento. Pero no despidió a Travell, por temor a que, aunque hasta el momento había estado dispuesta a engañar a los medios de comunicación acerca de su salud, pudiera entonces revelar su verdadera historia clínica. Así que la mantuvo en nómina pero se puso en manos de un tránsfuga que se hacía llamar doctor Max Jacobson, que más tarde perdió la licencia para ejercer la medicina y fue descrito por su enfermera como un "completo curandero".[1106] Jacobson, a quien sus clientes célebres llamaban "Doctor Feelgood", por su disposición a inyectar anfetaminas combinadas con esteroides, células animales y otras golosinas, comenzó a aplicar poderosas drogas a Jack una, dos y hasta tres veces por semana. Aunque rechazó la oferta de mudarse a la Casa Blanca, ya en el verano de 1961 había logrado convertir al presidente en una persona fuertemente dependiente de las anfetaminas.[1107]

La otra zona principal de mentiras se centraba en el currículum vitae de Jack. En 1940, un grupo de personas escribió su tesis, una de ellas Arthur Krock, del *New York Times*, que redactaba los discursos de Joe y que describió el primer borrador de la tesis como "un trabajo muy flojo; en su mayor parte consistía en recortes de periódicos y revistas pegados juntos". Pero, una vez procesada, no sólo permitió que Jack se graduara *cum laude* sino que también apareció en forma de libro con el título de *Why England Slept* (Por qué dormía Inglaterra). El viejo Joe y

sus hombres lo convirtieron en un éxito de ventas, en parte a través de la influencia sobre editores como Henry Luce, y en parte con la adquisición de 30.000 a 40.000 ejemplares, que se almacenaron en secreto en la propiedad que los Kennedy tenían en Hyannisport.[1108]

El truco más hábil de Joe fue convertir a Jack en un héroe de guerra. Considerando el estado de salud de Jack, Joe necesitó todo su talento de manipulador para hacer que lo aceptaran en la Armada, para asegurarle un destino inmediato y para hacerlo avanzar en el servicio, en especial debido a que, cuando era un joven oficial que trabajaba en la inteligencia naval, el FBI detectó que tenía un romance con una mujer danesa de la que se sospechaba que era espía nazi. Jack estaba a cargo de una lancha torpedera que fue embestida y hundida por un destructor japonés. Las maniobras de Joe consiguieron que se le concediera una medalla por haber rescatado a un miembro de la tripulación. La muerte de Joe Jr. hizo que el padre temiera por la seguridad de Jack. Por lo tanto, lo sacó de la Armada utilizando el mismo medio con que lo había puesto allí: influencia. La máxima utilización de ese recurso se aplicó a la hoja de servicio de Jack y a todas sus campañas.[1109]

La ascensión política de Kennedy estuvo basada, esencialmente, en dinero y corrupción. No siempre queda claro si era consciente de las prácticas reñidas con la ética de su padre. Naturalmente, conocía la deshonestidad y las mentiras que lo convirtieron en un héroe de guerra y en una celebridad literaria. Pero para incorporarlo a la Cámara de Representantes y al Senado se precisaron enormes sumas de dinero, y si bien gran parte de él se gastó abiertamente, el resto fue repartido furtivamente por su padre. En la primera campaña de Kennedy para la Cámara de Representantes, las familias numerosas recibieron 50 dólares en efectivo cada una para “ayudar en las encuestas”.

Después del triunfo en el Senado, Joe se puso objetivos más altos y, bajo la guía de Sorensen, comenzó a construirse la nueva personalidad de John F. Kennedy, calculada para atraer a los liberales, intelectuales y "gente civilizada". Se empleó a James MacGregor Burns para fabricar una hagiografía titulada *John F. Kennedy: A Political Profile* (Un perfil político). Otros autores escribieron clandestinamente una masa de artículos que se publicaron, con la firma de Kennedy, en todas partes, desde *Look, Life y Progressive* hasta *Georgetown Law Review*. Vale la pena notar la disposición de los intelectuales de participar, en ese momento y en etapas posteriores, en la promoción de Kennedy. Hay límites para el autoengaño: algunos de ellos debieron de haber sido conscientes de que se estaban involucrando en uno de los mayores fraudes de la historia política norteamericana. Como declaró uno de sus biógrafos, "ninguna otra figura nacional ha utilizado a los demás dé manera tan constante y desvergonzada para fabricarse una reputación personal de gran pensador y erudito".[1110]

En lo esencial, era un hombre a medias ambicioso y a medias vacilante, un obediente hijo y heredero que acató la autoritaria orden de su padre de que llegara a la cumbre por medios honestos o deshonestos. Como lo expresó Tip O'Neill: "Cuando recuerdo su campaña electoral para la Cámara Baja y sus campañas posteriores para el Senado y después para la presidencia, tengo que decir que [Jack] era demócrata sólo de nombre. El era un Kennedy, lo que es más que la pertenencia a una familia. Pronto se convirtió en todo un partido político, con gente propia, enfoques propios y estrategias propias".[1111]

El hombre que lo comprendió muy bien en ese momento fue el primer ministro Harold Macmillan. Tras su primera visita a Washington —después de que Kennedy fuera elegido presidente—, cuando le preguntaron cómo era la capital bajo el manda-

to de Kennedy, respondió: “Es como ver a los Borgia apoderarse de una respetable ciudad italiana del norte”.[1112]

En la época en que Kennedy se presentaba para la nominación del Partido Demócrata, y después para la Casa Blanca, comenzó —o, más bien, su gente comenzó— a desarrollar ciertas temáticas, en especial el énfasis en la juventud, el encanto personal (el tratamiento de cortisona le había dado un aspecto más regordete y apuesto) y la sofisticación, incluyendo cierta elegancia intelectual aparente. Pero su empuje principal seguía siendo el dinero. Su padre utilizó toda la fuerza de su fortuna para destruir la competencia del popular senador por Minnesota, Hubert Humphrey (1911-1978) en las primarias de Virginia Occidental. El dinero utilizado en sobornos directos provino en parte de los cofres de los Kennedy y en parte de los de la mafia, después de una reunión secreta entre Jack Kennedy y Sam Giancana, el padrino de Chicago. Las conversaciones grabadas y los documentos del FBI demuestran que el dinero de la mafia se usó para sobornar a importantes funcionarios electorales, incluidos los comisarios locales, a quienes se entregó un total de 50.000 dólares para hacer triunfar el voto a Kennedy por todos los medios. A cambio, Joe prometió a los mañosos prestarles asistencia en las investigaciones federales.[1113]

Hasta qué punto la verdadera elección presidencial de 1960 fue honesta, o si el verdadero ganador fue el que llegó a la presidencia, sigue siendo un misterio.[1114] Las elecciones fueron, de hecho, fraudulentas en un aspecto. El tema principal de campaña, si es que había uno, era la acusación de Kennedy de que la Administración saliente de Eisenhower había permitido que se desarrollara una “brecha misilística” entre las fuerzas estratégicas de Estados Unidos y la Rusia soviética. De hecho, Estados Unidos mantenía una cómoda superioridad en cuanto a los misiles. Tanto Jack como Bobby Kennedy, así como Joseph Kraft, redactor de los discursos de Jack, admitieron posteriormente que

la "brecha" era una ficción. Cuando Kennedy, durante su presidencia, fue privadamente acusado de ello, se rió: "De todas formas, ¿hubo alguien que creyera en la brecha misilística?". El cambio de las relaciones de poder en los medios de comunicación, como ya se ha dicho, ayudó inmensamente a Kennedy, y su equipo reforzó esa ventaja mediante un asiduo cortejo a las personalidades mediáticas y haciendo que Kennedy estuviera siempre disponible para la televisión, algo que en 1960 no era lo habitual. Theodore H. White, cuando estaba cubriendo la campaña para su libro *The Making of the President* (La fabricación del presidente), informó de que existía una abrumadora parcialidad en los medios a favor de Kennedy. Uno de los ayudantes de Nixon, cuando se estaba refiriendo a la prensa, le dijo: "Al demonio con esos bastardos. De todas formas, están en contra de Dick. Hagámoslos trabajar [...] No vamos a entregarles comentarios preparados". White concluyó: "Ser transferido de la campaña de Nixon a la campaña de Kennedy [...] era como si uno pasara de ser leproso y marginal a ser un amigo y un compañero de batalla".[1115]

Kennedy ganó las elecciones con una de las diferencias más ajustadas de la historia norteamericana, 34.227.496 contra 34.107.646 votos, aunque con más holgura en términos de votos electorales, 303 a 219. Nixon había decidido, deliberadamente, mantener el catolicismo fuera de la campaña, y tuvo éxito. El día después de que se conocieran los resultados, le dijo a su asistente, Pete Flanigan: "Pete, hay una cosa de la que podemos estar satisfechos. Esta campaña dejó a un lado para siempre la cuestión de la religión de los candidatos en la política presidencial. Puede ser malo para mí, pero es bueno para Estados Unidos".[1116] En realidad, fue el catolicismo de Kennedy lo que le hizo ganar las elecciones: mientras Eisenhower obtuvo el 60 por ciento del voto católico, Nixon recibió el 22 por ciento, menos que cualquier otro candidato republicano en el siglo XX.

En los estados industriales del Norte, donde los márgenes eran muy estrechos, la transferencia del voto católico a un candidato católico produjo la diferencia.

Si Nixon hubiera triunfado en Texas e Illinois en lugar de Kennedy, el traspaso de votos electorales le hubiera valido la presidencia, y las evidencias de fraude electoral dejan claro que la diferencia total de 112.803 votos a favor de Kennedy fue un mito: lo más probable es que Nixon ganara por alrededor de 250.000 votos. El fraude en esos dos estados era tan evidente que varias figuras importantes, incidido Eisenhower, instaron a Nixon a que impugnara el resultado. Pero Nixon se negó. Jamás había habido un recuento en una elección presidencial y no existía la infraestructura para llevarlo a cabo. Un estudio de los procedimientos que se realizó en seis estados donde había probabilidades de fraude demostró que cada estado tenía diferentes reglas para el recuento, por lo que ese proceso podría tardar hasta dieciocho meses. Por lo tanto, una impugnación legal habría producido una "pesadilla constitucional" y habría ido en contra de los intereses de la nación. Nixon no sólo aceptó la solidez de ese argumento sino que, de hecho, intercedió con éxito ante el *New York Herald Tribune* para que interrumpiera una serie de doce artículos que hacían constar las evidencias del fraude, cuando sólo se habían publicado cuatro.[1117]

Kennedy obtuvo pues la presidencia. ¿Qué haría con ella? Bobby se convirtió en procurador general, y otros miembros de la familia extendida de los Kennedy, los encargados de las relaciones públicas, académicos, intelectuales surtidos, escritores de discursos y componedores se mudaron a la Casa Blanca y a Washington. Sin embargo, había una persona que sabía exactamente qué hacer en la Casa Blanca: la nueva esposa del presidente, Jackie Bouvier Kennedy. Quería convertir la residencia

presidencial de Kennedy en lo que ella llamaba una versión actualizada del mítico Camelot del rey Arturo, y lo logró. Si los sesenta fueron una década excitante y engañosa, la Casa Blanca de Kennedy fue la volcánica explosión del superficial bullicio cultural que dio comienzo a la era.

Como todos los otros pasos de su carrera, el matrimonio de Jack y Jackie había sido decidido por el viejo Joe.[1118] Los Bouvier eran de clase alta, pero pobres. Jackie heredó apenas 3.000 dólares.

La razón por la que Joe no sólo tuvo que iniciar sino también mantener constantemente el matrimonio de los Kennedy era que el único punto en el que Jack respetaba las tradiciones de su padre, no sólo con obediencia sino con genuino entusiasmo, era en el de la persecución, seducción y utilización de las mujeres. El viejo Joe persiguió mujeres sin escrúpulos toda su vida, y no vacilaba en robar, o más bien tomar prestadas, a las novias de sus hijos, si podía: parece que la propiedad compartida de las mujeres por diferentes generaciones de varones era una característica de la vida sexual de la familia Kennedy. Joe había empleado su influencia en Hollywood para conquistar a actrices y estrellas de menor nivel, e incluso llegó a poseer a la formidable Gloria Swanson, hasta que la diva descubrió que él le compraba regalos con el dinero de ella.[1119]

Jack, por su parte, usó su encanto político para asegurarse trofeos cinematográficos, entre ellos Gene Tierney y Marilyn Monroe, que fue primero compartida con y después pasada a Bobby (la conducta de los hermanos Kennedy con esta frágil actriz de cine, y el ocultamiento de las huellas después de su muerte repentina, fueron uno de los episodios más sucios de toda la historia de los Kennedy).[1120] Sin embargo, la mayoría de los amoríos de Jack eran breves, con frecuencia terminaban en cuestión de minutos, y se llevaban a cabo con cualquier mujer que estuviera disponible y dispuesta: muchachas anónimas, aza-

fatas de avión, secretarias, militantes de campaña, prostitutas si era necesario. El sostenía que necesitaba algún tipo de encuentro sexual, por más superficial que fuera, todos los días.

Lo que Kennedy y sus asociados incorporaron a la presidencia fue el dominio de las relaciones públicas. Esa es un arma de dos filos. En cierta formad la clase más peligrosa de político es la de los que son capaces para las relaciones públicas y para nada más; y, en algunos aspectos, J. E Kennedy se ajustaba exactamente a esa descripción. Pero Jackie agregó estilo, y durante los años 1961 a 1963 le dio a la Casa Blanca una pátina de clase que pocas veces había poseído antes y que no volvió a poseer. El viejo Joe, cuando eligió a Jackie como la esposa de su hijo, había dicho que buscaba "buena presencia, cuna y educación". Ella tenía las tres cosas, en especial educación. Era culturalmente omnívora y convirtió la residencia del presidente en un centro artístico, al menos en apariencia. Hacía aflorar los mejores aspectos de su marido, que, por haber recibido aunque fuera la formalidad de una educación de primera clase en Choate, Princeton y Harvard, había adquirido algunos intereses valiosos. Jackie era, sin duda, egoísta, vanidosa y extravagante, tanto en esa época como más adelante, pero como dueña y señora de la Casa Blanca le dio a la primera familia de Estados Unidos algo que casi siempre le había faltado, sofisticación y encanto, y como esposa del presidente consiguió destacar las cualidades que él poseía. Y otorgó a su propia creación, Camelot, una cierta realidad poderosa, aunque breve y evanescente, que ardió con una llama intensa durante uno o dos años, hasta que el asesinato la extinguió dramáticamente.

La verdadera presidencia de Kennedy estuvo dominada por la competencia con la Unión Soviética, que en ese entonces estaba dirigida por el excitable, temerario pero a veces formidable Nikita Kruschev: El 7 de enero de 1961, poco antes de que Kennedy ocupara el cargo de presidente, Kruschev dio un dis-

curso en el que definió lo que él llamaba las nuevas áreas de "competencia pacífica" entre las dos superpotencias: "las guerras nacionales de liberación" y "los centros de lucha revolucionaria contra el imperialismo" en toda Asia, África y Latinoamérica. Kennedy aceptó el desafío, al menos en la retórica, y usó su discurso de toma de posesión para hacerlo. Dirigiéndose en especial a la juventud, declaró que era una "hora de máximo peligro" para la libertad. Se había dado a su generación, dijo, el papel de defenderla. "No eludo esa responsabilidad —dijo—. La acepto". Bajo su liderazgo, Estados Unidos "pagará cualquier precio, soportará cualquier carga, enfrentará cualquier adversidad, apoyará a cualquier amigo, se opondrá a cualquier adversario, para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad".[1121]

El 4 de octubre de 1957, gracias al trabajo de científicos e ingenieros alemanes que habían participado del programa de cohetes de largo alcance de Hitler y que luego fueron reclutados por Stalin, Rusia puso en órbita alrededor de la Tierra el *Sputnik I*, un satélite de 83,4 kilos y, al mes siguiente, uno más grande, que pesaba 508 kilos. El primer satélite norteamericano no entró en órbita hasta el 31 de enero de 1958, y sólo pesaba 13,6 kilos. De hecho, Estados Unidos estaba construyendo cohetes mucho más eficaces que los rusos, y estaba todavía más avanzado en la miniaturización, lo que explica por qué se conformaba con cargas útiles de pequeña envergadura. Eisenhower no estaba dispuesto a invertir grandes sumas en el espacio más allá de las necesidades pragmáticas del programa militar. Detestaba la palabra "prestigio" y no prestó atención al pánico posterior al *Sputnik*. Con Kennedy, las prioridades cambiaron totalmente. Colocó al vicepresidente, Lyndon Johnson, a cargo del programa espacial, con instrucciones de "adelantarse a Rusia", y el texano, famoso por gastar mucho dinero y con muchos contactos con el mundo de los empresarios aeroespaciales, obedeció gustoso. Nombró a James Webb, un operador de negocios

consciente del impacto de los medios de comunicación, jefe de la National Aeronautics and Space Administration, la NASA, y los gastos, aunque todavía no los satélites, se elevaron hasta las nubes.

De todas maneras, el 12 de abril de 1961, menos de tres meses después de la toma de posesión de Kennedy, los rusos pusieron en órbita al primer hombre y vencieron a Estados Unidos por cuatro semanas. Dos días más tarde, en una frenética reunión en la Casa Blanca, Kennedy exclamó: "¿Hay algún lugar donde podamos alcanzarlos? ¿Qué podemos hacer? ¿Podemos dar la vuelta a la Luna antes que ellos? [...] ¿Podemos saltarles por encima? [...] ¡Ojalá alguien me dijera cómo alcanzarlos! Busquemos a alguien, a cualquiera. No me importa si es un portero, alguien que sepa cómo hacerlo".[1122] El 19 de abril Kennedy mantuvo una reunión de cuarenta y cinco minutos con Johnson, seguida de una entusiasta orden, un día más tarde, de que averiguara lo siguiente: "¿Tenemos la oportunidad de vencer a los soviéticos poniendo un laboratorio en el espacio, o con un viaje alrededor de la Luna, o si hacemos aterrizar un cohete en la Luna, o si hacemos que un cohete tripulado llegue a la Luna y regrese? ¿Existe algún otro programa espacial que prometa resultados dramáticos con los que podríamos ganar?".[1123] En cierto aspecto, Kennedy, a quien le encantaba usar palabras como "vencer" y "resultados", era más un deportista profesional, un mercachifle político y un propagandista que un estadista serio.

En mayo, comprometió al país con el programa Apollo, cuyo objetivo era hacer aterrizar en la Luna una aeronave tripulada "antes de que termine la década". El programa se lanzó completamente en 1963 y durante la década siguiente Estados Unidos gastó hasta 5.000 millones anuales en el espacio, un típico proyecto de los sesenta, con su desprecio por las finanzas y la suposición de que se disponía de recursos ilimitados. Naturalmente,

el objetivo se alcanzó. El 20 de julio de 1969 el *Apollo* 77, tripulado por Neil Armstrong y Edwin Aldrin, descendió sobre la Luna. Se produjeron cinco alunizajes más antes de 1972, hasta que el programa se agotó. Para ese entonces, Estados Unidos y Rusia habían lanzado más de 1.200 sondas espaciales y satélites, con un coste total de alrededor de 100.000 millones de dólares. A mediados de 1970, cuando las condiciones eran más austeras, las actividades espaciales dejaron atrás el histrionismo y la propaganda en pos del pragmatismo y la ciencia, y se trabajó con laboratorios y transbordadores espaciales. En 1981, Estados Unidos lanzó la primera nave espacial verdadera, el *Shuttle*. La era del espectáculo relacionado con los viajes espaciales había finalizado.[1124]

La prueba más grande de Kennedy, así como su mayor triunfo aparente y su máximo error, fue el tratamiento que le dio a Cuba. Porque Cuba estaba, y está, demasiado cerca de Estados Unidos como para ser, alguna vez, un país completamente independiente. A través de la Enmienda Platt del 2 de marzo de 1901, incorporada a la Constitución original cubana, Estados Unidos reconocía la independencia y soberanía de Cuba a condición de que ésta se comprometiera a no celebrar tratados que pusieran en peligro su independencia, de que arrendara una base a Estados Unidos en la bahía de Guantánamo y de que permitiera que tropas norteamericanas desembarcaran en la isla en caso de desórdenes civiles, amenazas a las inversiones norteamericanas, etcétera. La Enmienda Platt dejó de tener vigencia en 1934, pero incluso hasta la década de 1950 el embajador de Estados Unidos en La Habana era "el segundo hombre más importante de Cuba, a veces más importante incluso que el presidente",[1125] Sin embargo, durante esa década, bajo el liderazgo de Fulgencio Batista, considerado un "hombre fuerte", Cuba se hundió en un cieno de corrupción y mafia. Con la Enmienda Platt, Estados Unidos podría haber intervenido legalmente y

restablecido la decencia. Sin la enmienda, el Gobierno norteamericano no podía hacer mucho más que sermonear y exhortar.

Pero todavía quedaban los medios norteamericanos, cada vez más poderosos, influyentes y santurrones. Mientras Washington vacilaba, el *New York Times* se lanzó directamente, a través del reportero Herbert Matthews. El periodista eligió a Fidel Castro, un autodenominado jefe guerrillero que se había ocultado en la sierra con 150 seguidores, como el candidato democrático de Estados Unidos para derrocar y reemplazar a Batista. El inconveniente de esa política era que Castro no era un demócrata, sino un creyente en el marxismo-leninismo, en el "centralismo democrático" de Stalin, y en otros métodos autoritarios, entre ellos la violencia.

Al día de hoy no está claro en qué momento Castro adquirió, o reveló, sus convicciones comunistas, aunque algunas de sus declaraciones dan la impresión de que ya era bastante marxista-leninista en sus primeros tiempos de estudiante. Para el segundo semestre de 1959 había firmado diversos pactos con Rusia en virtud de los cuales recibió armas y consejeros soviéticos y llegaron expertos de la KGB para entrenar a su policía secreta. Hizo asesinar al comandante en jefe del Ejército, envió a toda clase de opositores a la cárcel y llevó a cabo farsas de juicio para condenar a sus principales enemigos. A comienzos de 1960, Cuba, a todos los efectos, era una dictadura comunista y, desde una perspectiva militar, un satélite soviético.[1126] Al mismo tiempo, Castro dio los primeros pasos para llevar a cabo la amenaza contenida en un manifiesto de 4.000 palabras que publicó en 1957 donde declaraba que se opondría activamente a "otros dictadores del Caribe".[1127] Ese fue el comienzo de la posición politicomilitar de llevar tropas de las Fuerzas Armadas de Castro a países africanos, asiáticos y latinoamericanos, en carácter de agentes de la "revolución antiimperialista".

Que un régimen de tales características, a 150 kilómetros de las costas estadounidenses, se alineara con el principal enemigo de Norteamérica, y comenzara a exportar violencia, era inaceptable, y Estados Unidos habría tenido todo el derecho moral y legal si hubiera intentado derrocar a Castro e implantar un gobierno democrático. Los cubanos ya estaban escapando hacia Estados Unidos en grandes cantidades, y exigían precisamente eso. Pero la respuesta fue vacilante, primero por parte de Eisenhower, después de Kennedy. Durante la crisis de Suez de 1956, Eisenhower había adoptado una fuerte postura moralista en contra de las acciones de Francia y Gran Bretaña cuando estos países ocuparon el canal de Suez para defender lo que ellos consideraban sus intereses vitales, Daba la impresión de que el caso cubano era demasiado cercano como para actuar con comodidad. Entonces, no se hizo nada durante el período de Eisenhower, aunque se estudiaron muchos planes.

A principios de 1961, cuando Kennedy accedió a la presidencia, encontró una propuesta, aparentemente apoyada por la CLA, que tenía 2.500 agentes en la isla, y por el presidente de los jefes de Estado Mayor Conjunto, de que 12.000 exiliados cubanos armados, conocidos como los Cuban Liberation Corps (Cuerpo Cubano de Liberación), desembarcaran en una zona llamada bahía Cochinos e hicieran estallar una revuelta popular. Cuesta creer que el ladino y experimentado Eisenhower hubiera dado su aprobación final a este ingenuo plan. Tenía todas las desventajas de involucrar moral y políticamente a Estados Unidos (los primeros dos hombres en pisar tierra fueron agentes de la CIA) sin la garantía de éxito que habría suministrado una participación abierta de las Fuerzas Aéreas y de la Armada norteamericanas. Según su historial, Ike habría esperado que Castro diera un paso en falso que permitiera a Estados Unidos intervenir abierta y legalmente, con sus propias fuerzas, en una operación aérea, terrestre y marítima planeada con cuidado.

Una cosa que siempre detestaba, en términos militares, era el comportamiento de aficionado, cuando los políticos y los militares mezclaban sus cadenas de mando. En realidad, la primera respuesta de Kennedy fue similar. Como le dijo a su hermano Bobby, "prefiero que me llamen agresor que tonto".[1128] Pero, en este caso, le faltó voluntad de decisión, y, por debilidad, el 17 de abril de 1961 autorizó la operación de la bahía Cochinos.

De hecho, la operación fue un completo desastre desde el comienzo, en especial porque Castro tuvo la oportunidad de leerlo todo por anticipado en los medios de comunicación norteamericanos y, cuando las cosas salieron mal, Kennedy se negó a autorizar al portaaviones norteamericano *Essex*, que estaba a 16 kilómetros de la costa, a rescatar a los heridos que habían caído en la pantanosa bahía. Las tropas de Castro, bien preparadas para el ataque, mataron a 114 de los invasores y tomaron prisioneros a los 1.189 restantes, que en su mayoría fueron ejecutados o murieron más tarde en las prisiones de Castro.[1129] Kennedy consiguió salvar algo del desastre cuando aceptó el consejo de admitir su propia responsabilidad y señalar públicamente que, si la aventura hubiera dado resultado, nadie la habría criticado, y utilizó una excelente frase creada por sus talentosos escritores: "El éxito tiene mil padres pero el fracaso es huérfano". De hecho, el último en reír fue Ike, aunque con un poco de tristeza. Haciendo alusión al título del libro de Kennedy, escribió: "La operación podría haberse bautizado 'Un perfil de timidez e indecisión'".[1130]

En realidad, fue Nikita Kruschev, el impetuoso dictador ruso, quien dio a Kennedy la oportunidad de sacar algún provecho del desastre de Cuba. Kruschev tenía su propia "brecha misilística", real o imaginaria. Consideraba que el equilibrio de los misiles intercontinentales estaba fuertemente inclinado hacia el

lado norteamericano, y que él podría alterarlo/de la noche a la mañana si apostaba misiles de mediano alcance en Cuba. Fue una maniobra absurda y peligrosa, y uno de los factores que llevaron a los colegas de Kruschev a quitarlo de en medio, a su debido tiempo.

El 16 de octubre de 1962 Kennedy recibió pruebas incuestionables de que Rusia se estaba disponiendo a instalar misiles nucleares en Cuba, que se estaban preparando los silos, y que los misiles y las ojivas nucleares estaban en camino. El plan era tan improvisado como él de la bahía Cochinos pero infinitamente más peligroso, y acompañado de una combinación de jactancia y engaño. Kruschev mintió deliberadamente a Kennedy: cuando se le preguntó, admitió que Rusia estaba armando a Castro, pero aseguró que sólo se instalarían misiles tierra aire de corto alcance. Era una mentira particularmente infantil, ya que el reconocimiento aéreo norteamericano reveló la verdad de inmediato. Kruschev envió 42 misiles nucleares de medio alcance (1.770 kilómetros) y 24 de 3.600 kilómetros de alcance (estos últimos nunca llegaron a destino), junto con 24 grupos de misiles antiaéreos SAM y 42.000 militares y técnicos soviéticos. No había ninguna posibilidad de ocultar esa actividad militar estratégica de gran escala y, el 15 de octubre, una aeronave U2 fotografió todas las instalaciones. Al día siguiente, se informó a Kennedy de que en diciembre habría cerca de 50 misiles estratégicos listos para ser utilizados, que podrían destruir las principales defensas norteamericanas en diecisiete minutos. De hecho, a mediados de octubre, ya había nueve misiles tácticos en funcionamiento, equipados con ojivas nucleares y con un alcance de 30 millas, y el comandante soviético local tenía la facultad de usarlos según su propio criterio.[1131]

Entonces, el 16 de octubre, Kennedy, completamente alarmado, organizó un comité ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional, o Ex-Comm, para deliberar y decidir la política que

debía seguirse. Estaba furioso por las mentiras de Kruschev y resuelto a eliminar los misiles. Pero el secretario de Estado, Dean Rusk, y el subsecretario, George Ball, lo convencieron de que un ataque aéreo no anunciado sobre los silos de misiles recordaría Pearl Harbor y sería contrario a la tradición norteamericana.

Por fin, Kennedy y sus colegas decidieron mantener en reserva los ataques aéreos y, en el ínterin, aplicar una "cuarentena" sobre Cuba y prohibir que entraran más barcos soviéticos en la zona, bajo la amenaza de ser atacados. Puso como plazo el 24 de octubre para cumplir la cuarentena, ya que era esencial evitar que los rusos siguieran trabajando sobre los silos de misiles aprovechando demoras diplomáticas. El 24, los buques soviéticos que transportaban los misiles y que se estaban acercando a la zona de cuarentena se detuvieron y, lentamente, dieron la vuelta. Pero faltaba retirar los misiles soviéticos. El 25, Kennedy volvió a ponerse en contacto con Kruschev para solicitar un "restablecimiento de la situación anterior" (es decir, retirar los misiles). A cambio, Kruschev exigió la promesa de no invadir Cuba y que se retiraran los misiles Júpiter de Turquía. Kennedy no prestó atención a la segunda exigencia pero aceptó la primera, y sobre esa base, el 28 de octubre, Kruschev accedió a retirar los misiles.

Esa fue la noticia que recibió el mundo en ese momento, y le otorgó la victoria a Kennedy, algo que él ya se había arrogado. No existen dudas de que el mundo estuvo cerca de una guerra nuclear, quizá más cerca que en cualquier otro momento de la historia, anterior o posterior. El 22 de octubre, todo el personal misilístico norteamericano estuvo en alerta máxima. Se dispusieron unos 800 B47, 550 B52 y 70 B58 con las compuertas de las bombas cerradas para un despegue inmediato desde sus distintas posiciones. Había 90 B52 sobrevolando el Atlántico con bombas de varios megatones. Se activaron las ojivas nucleares

de 100 misiles Atlas, 50 Titán y 12 Minuteman, en portaaviones, submarinos y bases norteamericanas en el extranjero. Todos los mandos se pusieron en estado Defcon-2, el más alto estado de preparación previo a la guerra.[1132] En ese momento el mundo no estaba precisamente al tanto de todo, pero la mayor parte de las personas se imaginaban que la guerra era inminente, y, por lo tanto, se sintieron aliviadas el 28 de octubre cuando se detuvo la crisis, e inclinadas a atribuírselo a Kennedy. En ese entonces, y durante varios años más, se consideró él mejor momento de la presidencia de Kennedy.

Sin embargo, la perspectiva de treinta años otorga una visión diferente de la crisis de los misiles de Cuba y sus consecuencias parecen mixtas. En primer lugar, ahora se tiene la impresión de que Kennedy, en privado y con Bobby de intermediario, realizó un pacto con Anatoly Dobrynin, el embajador soviético en Washington, en virtud del cual retiraría los misiles de Turquía (e Italia), y más tarde lo hizo. Segundo, casi la totalidad de los 42.000 soldados y expertos soviéticos permanecieron en Cuba para realizar un entrenamiento intensivo de lo que se transformaría en uno de los ejércitos más grandes y más móviles del mundo, tropas que luego serían exportadas como mercenarios político-militares en misiones contra Occidente, a grandes zonas de África y Asia a fines de los sesenta y durante toda la década de 1970. En tercer lugar, parece que Kennedy acordó con Kruschev frenar los intentos de invadir Cuba por parte de los exiliados cubanos. No hay duda de que, tanto en ese momento como posteriormente, éstos consideraron que el pacto era una capitulación. La crisis de los misiles se desencadenó en una época en que la ecuación nuclear estratégica seguía estando fuertemente inclinada hacia el lado norteamericano, y en un escenario en el que Estados Unidos poseía una superioridad abrumadora de armas convencionales. Por lo tanto, Kennedy estaba en posición de exigir un restablecimiento absoluto del *statu quo*

ante, sin ninguna concesión ni promesa por parte de Estados Unidos. De hecho, podría haber llegado más lejos; podría haber insistido en un castigo o en una aceptación pública soviética de una Cuba neutral y desarmada. Como observó con razón Dean Acheson: "Durante todo el tiempo que tuvimos atornillado a Kruschev, deberíamos haber dado una nueva vuelta de tuerca cada día".[1133] En cambio, Kennedy no sólo retiró los Júpiter sino que toleró la continuación de un régimen comunista en Cuba con una abierta alianza militar con la Rusia soviética.

Pero son misteriosos los caminos que utiliza la historia para llevar a cabo sus maravillas. Desde la perspectiva que da el fin de siglo, ya no parece claro que la continuación del régimen de Castro en Cuba haya sido totalmente desventajosa para Estados Unidos. Es cierto que, durante un cuarto de siglo, Castro se convirtió en el enemigo menor de Norteamérica más persistente y (en algunos aspectos) más exitoso: exportó la revolución a Sudamérica en la década de 1960 y, de una forma más astuta, a América Central a fines de la década de 1970 y a principios de la siguiente; atacó sistemáticamente el "imperialismo" estadounidense en las reuniones del Tercer Mundo, mientras fingía ser el líder de una nación "no alineada", y, en los setenta, envió no menos de tres expediciones a África ejecutoras de la política soviética.

Pero ya en 1981 se había calculado que desde que Castro había conquistado Cuba el país había experimentado una tasa de crecimiento anual per cápita de un promedio de menos 1,2 por ciento. En 1990 la tasa negativa de crecimiento se había incrementado a un promedio de más del 2 por ciento. Eso se debió a que los soviéticos, que habían estado financiando la economía cubana con 11 millones diarios en la década de 1980, redujeron y finalmente cortaron los suministros. A mediados de los noventa se calculaba que Cuba tenía el nivel de vida más bajo de todo el hemisferio occidental, con la única excepción posible de

Haití. La terrible condición de los desafortunados cubanos, muchos de los cuales, según los informes, pasaban hambre en 1995 y 1996, ayudó a que en la mayor parte de América Latina se apreciaran más las ventajas de la economía de libre empresa, que en las décadas de 1980 y 1990 se convirtió en una cuestión de mucha importancia. Hacía tiempo que los cubanos habían rechazado a Castro votando con sus pies y sus lanchas de motor fuera de borda. Sólo en la década de 1960 huyeron más de un millón de personas. En 1980, cuando se sumaron 150.000 refugiados políticos al total, se calculó que el 20 por ciento de la nación vivía en el extranjero, la mayoría en Estados Unidos. En los ochenta y los noventa siguieron llegando oleadas de refugiados cubanos a las orillas norteamericanas. En la segunda mitad de la década de 1990, la comunidad cubana en Estados Unidos ya había establecido 750.000 empresas nuevas, se había convertido en el *lobby* político más rico e influyente después del *lobby* judío, y sus dos millones de miembros generaban un producto interior bruto once veces mayor que el de la misma Cuba, con sus once millones de habitantes. Más aún, Miami, centro de la nueva colonia cubana, estableció contactos con toda la sociedad latinoamericana del hemisferio y, en muchos aspectos, pasó a ser su centro financiero, económico, de comunicaciones y cultural, lo que hizo aumentar enormemente las exportaciones norteamericanas de mercancías y, en mayor medida, de servicios, a todo el hemisferio occidental. Entonces, a largo plazo, el mayor beneficiario de la crisis de los misiles cubanos fue Estados Unidos.

Durante los últimos meses de la presidencia de Kennedy, gracias a las hábiles diligencias de Jackie Kennedy y de la gran\cantidad de publicitarios y agentes de prensa que trabajaban en la Casa Blanca y alrededor de ella, la leyenda de Camelot dio la vuelta al mundo varias veces y no dejó de crecer y resplandecer. Pero Kennedy debía recordar que en 1960 su mayo-

ría, si es que existió, había sido mínima, y que quedaba mucho por hacer si quería asegurarse las elecciones de 1964. En la segunda mitad de 1963 planeó muchas expediciones políticas a estados oscilantes y marginales, entre ellos Texas, instado por su vicepresidente, Lyndon Johnson, que no veía con buenos ojos los resultados de las encuestas en ese estado ni las divisiones dentro del Partido Demócrata.

Entre otros compromisos, Johnson incluyó una visita del presidente a Dallas, el 22 de noviembre de 1963, y una caravana automovilística a lo largo de 16 kilómetros por el centro de la ciudad. Esa mañana, Kennedy le comentó a su mujer: “Hoy vamos a entrar en la tierra de los locos”, típica manera bostoniana de definir una de las ciudades más ricas y emprendedoras de Estados Unidos, capital del Cinturón de la Biblia, rodeada de una de las mayores acumulaciones de universidades y escuelas religiosas del mundo.[1134] Eran tiempos anteriores a los conceptos actuales de seguridad, y Kennedy no estaba mucho más protegido que el presidente McKinley cuando un anarquista le disparó el 6 de septiembre de 1901. El coche descapotable en el que Kennedy se desplazaba tenía una cabina protectora, pero era un día tan bueno que él pidió que la quitaran para que la gente pudiera verlo mejor. A las 12:35, cerca del final del desfile, cuando pasaba por la calle Elm, un francotirador efectuó tres disparos con un rifle desde el sexto piso del depósito de libros escolares de Texas. Uno de ellos alcanzó al presidente en la espalda, debajo de la clavícula; otro en la parte posterior de la cabeza, que lo mató; y el tercero hirió al gobernador de Texas, John B. Connally.[1135] El mundo se quedó sin habla.

Se estableció la hora de la muerte a las 13. Noventa minutos después, la policía de Dallas arrestó a Lee Harvey Oswald, un ex marine de veinticuatro años de edad, que en 1959 había adoptado la ciudadanía soviética antes de regresar a los Estados Unidos en 1962, y que trabajaba en el depósito. Se lo acusó de

la muerte de un oficial de policía de Dallas, J. D. Tippitt, que había intentado detenerlo como sospechoso del magnicidio. Nueve horas más tarde se lo acusó formalmente de matar al presidente, cargo que él rechazó. Dos días más tarde, Jack Ruby, el dueño de un bar de nudistas, a quien conocían varios oficiales de policía y que, por lo tanto, podía acceder a las instalaciones de la estación de policía, se acercó a Oswald cuando lo estaban trasladando, extrajo un arma oculta y lo mató. Declaró que su motivo era el dolor que sentía por el asesinato del presidente.

El hecho de que nunca pudo juzgarse a Oswald llevó a Lyndon Johnson, quien había jurado como presidente a bordo del avión Uno de la Fuerza Aérea noventa y ocho minutos después de la certificación de la muerte de Kennedy, a establecer una comisión de investigación encabezada por el presidente de la Corte Suprema, Earl Warren (1891-1974). La comisión, de la que también formaban parte un anciano senador sureño, Richard Russell, de Georgia, un futuro presidente, Gerald Ford (n. 1913), y el ex jefe de la CIA Allen Dulles, informó (en septiembre de 1964) de que los hechos habían sido como dijo la policía y que Oswald había cometido el crimen y actuado solo. La comisión sostuvo que Oswald era un "solitario" evidente, un marxista de estilo personal y un simpatizante de Castro que había intentado infructuosamente asesinar al general Edwin Walker, notorio derechista de Dallas. En Rusia, donde había vivido treinta y dos meses, las autoridades lo consideraban un personaje inestable y lo habían mantenido bajo vigilancia. No se encontró ninguna evidencia de que actuara junto a otra persona u organización, y el rifle con el que se mató a Kennedy, encontrado en el depósito, tenía la huella de la palma de Oswald en el mango. Esos descubrimientos desilusionaron a los teóricos de la conspiración pero no los silenciaron. Sin embargo, en los más de treinta años pasados desde que se cometió el crimen, no se

hallaron más pruebas significativas, y prácticamente todos los historiadores aceptan que Oswald fue el único responsable.[1136]

Kennedy dejó un número creciente de problemas sin resolver: una guerra en Vietnam, disturbios sobre derechos civiles en grandes zonas del Sur, y una exigencia cada vez mayor, en todo Estados Unidos, de mejores políticas de seguridad social. Su sucesor, Lyndon Johnson (1908-1973), tenía las condiciones para encararlos, en muchos aspectos mejores condiciones que Kennedy. El trigésimo sexto presidente había nacido en una granja cerca de Stonewall, condado de Gillespie, Texas, y cinco años después se había mudado con sus padres a Johnson City Asistió a escuelas públicas en el condado de Blanco, Texas, se graduó de maestro en el Southwest Texas State Teaching College de San Marcos en 1930 y fue profesor de secundaria durante tres años, de 1928 a 1931. En Washington, trabajó como secretario del congresista Richard M. Kleberg (1931-1935) mientras asistía a la Facultad de Derecho de Georgetown (1934). En ese entonces, F. D. Roosevelt, que lo apreciaba y admiraba, lo nombró director estatal de la Administración Nacional de la Juventud de Texas, entre 1935 y 1937. El 10 de abril de 1937 fue designado en el Congreso, mediante una elección especial, para ocupar la vacante causada por la muerte de James Buchanan y luego fue reelegido cinco veces sucesivas, y permaneció en el cargo hasta enero de 1949.

Johnson, entonces, había sido un político profesional prácticamente toda su vida, tenía un profundo conocimiento de la política de Texas, uno de los estados más extensos, más ricos y más complejos, era versado en la política ejecutiva de Washington y dominaba a la perfección los procedimientos del Congreso. Hubo pocos presidentes mejor preparados para el cargo,

y ninguno con la misma habilidad para impulsar la legislación en el Congreso.[1137]

Pero Johnson tenía un lado oscuro. No tenía escrúpulos. En la política de Texas, donde se ocupó de recaudar fondos para FDR, mantuvo relaciones cercanas con una empresa contratista aliada, Brown y Root, con la que negoció inmensos contratos del Gobierno para construir la estación naval y aérea Corpus Christi. La compañía financió ilegalmente la infructuosa campaña dé Johnson de 1941 para las elecciones senatoriales, y desde julio de 1942 los agentes impositivos comenzaron a investigar tanto a la firma como al mismo Johnson. Encontraron pruebas abrumadoras no sólo de fraude y violaciones a la Ley Hatch en el uso de los fondos de campaña sino también de ilegalidades en muchos otros aspectos de los negocios de Brown y Root, incluida la evasión fiscal de más de un millón de dólares.

También estaba el caso de Robert G. *Bobby* Baker, un larguirucho de Carolina del Sur que había trabajado para Johnson como secretario y factótum durante los años en que fue líder del Senado. Por su poder e influencia, Baker era conocido como "el senador número ciento uno" y LBJ decía de él, afectuosamente: "Tengo dos hijas. Si tuviera un varón, sería este muchacho [...] [El es] mi brazo derecho, el último hombre que veo por la noche, el primero que veo por la mañana". En el segundo semestre de 1963, una demanda privada contra Baker en una corte federal, que sostenía que él había usado de manera impropia su influencia en el Senado para obtener contratos de Defensa para su propia empresa de máquinas expendedoras, provocó un abanico de acusaciones similares contra su probidad, y LBJ quedó involucrado en varias de ellas. Los cargos eran tan serios que, justo antes de su asesinato, Kennedy estaba considerando librarse de LBJ en su campaña electoral para 1964, aunque temía que si lo hacía arriesgaría sus posibilidades de ganar en Texas y Georgia.[1138] A instancias de los republicanos, el Senado aceptó in-

vestigar el caso. Pero en esa época LBJ ya era presidente y empleó todo el peso de su investidura para evitar que tanto él como su asistente, Walter Jenkins, que poseía bastante información inculpatoria, tuvieran que prestar testimonio. El comité del Senado, en el que había seis demócratas y tres republicanos, votó siguiendo las directrices partidistas para proteger al presidente.

Lyndon B. Johnson era, también, un hombre de hábitos personales desagradables, y a veces amenazadores. Era enorme y, a pesar de su estatura, parecía tener una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Tenía orejas inmensas, que se separaban como las de un elefante africano enojado. A diferencia de Kennedy, que por lo general recibía a los invitados en el despacho oval, con otros presentes, LBJ veía a la gente a solas, en un cuarto contiguo, con cuatro televisores encendidos, cada uno sintonizado en un canal diferente, aunque, como una concesión a los visitantes, bajaba el volumen.

LBJ, ese animal enorme, desenfrenado y terrenal, tenía un voraz apetito sexual, no más selectivo que el de Kennedy, pero menos interesante. Tuvo una relación durante veintiún años (de 1948 a 1969) con una mujer de Dallas de nombre Madeleine Brown, que tuvo como resultado un hijo, Steven, además de innumerables encuentros transitorios, incluyendo (según se vanagloriaba él) relaciones sexuales con una secretaria sobre el escritorio del despacho presidencial.

Otro factor en la impunidad de LBJ era la tolerancia de su esposa, lady Bird, quien, mucho tiempo después de la muerte de Johnson, dijo a un productor de televisión: “Comprenda, mi marido amaba a la gente, a toda la gente. Y la mitad de la gente del mundo son mujeres. ¿Usted cree que yo podría haber mantenido a mi marido alejado de la mitad de la gente?”.

Pero si lady Bird era el emoliente, LBJ era el amo y, durante su estancia en la Casa Blanca, se convirtió en el motor más activo de aprobar legislación y de gastar dinero en toda la historia de Estados Unidos en tiempos de paz. Ningún otro presidente, ni siquiera Woodrow Wilson en el período de preguerra, resultó tan hábil para lograr que el Congreso cumpliera sus deseos. Y sus deseos eran imperiosamente ambiciosos. Por temperamento y convicción, él era un gran gastador, y pensaba que Estados Unidos, a mediados de los sesenta, después de veinte años de crecimiento y prosperidad sin interrupción, estaba en posición de retomar el New Deal en una escala mucho más ambiciosa; FDR siempre fue su héroe y su ejemplo. No le interesaba en nada el anémico programa de Kennedy, la *new frontier* que, de todas formas, había quedado atascada en gran parte en el pantano del Congreso. LBJ insistía que era hora de dar a todos los norteamericanos los beneficios de un Estado benefactor totalmente financiado. En un discurso que pronunció en la Universidad de Michigan, el 22 de mayo de 1964, declaró: "En esta época tenemos la oportunidad no sólo de avanzar hacia la sociedad rica y la sociedad poderosa, sino también de elevarnos hacia la Sociedad Grande". Con "Grande" se refería a magnánima, y la magnanimidad, la grandeza de alma, fue la característica redentora, y, por cierto, destacada, de LBJ. Reiteró ese compromiso el 31 de octubre de 1964 durante una manifestación preelectoral: fue el tema central de su programa para obtener la presidencia por derecho propio después de haberla heredado de Kennedy. Y triunfó con creces.

Vio su victoria como un mandato de hacer precisamente eso, y dio comienzo a una extraordinaria actividad de legislaciones y gastos. El 3 de enero de 1965 solicitó al Congreso que pusiera en vigor su programa de la Sociedad Grande. El Congreso obedeció. La Sociedad Grande, según la concebía LBJ, no sólo se ocuparía de paliar la situación de los pobres y acabar con las di-

ficultades económicas de todos, sino de mejorar la calidad de vida, lograr que los negros tuvieran acceso al poder y que todos pudieran ejercer sus derechos civiles. En realidad, el programa entró en vigor antes de la abrumadora victoria electoral de LBJ y continuó después de que se retirara.

El 16 de marzo de 1964, en un discurso ante el Congreso, LBJ había anunciado que “por primera vez en nuestra historia, es posible acabar con la pobreza” y declaró una “guerra incondicional contra la pobreza”. Eso se tradujo en legislación como la Ley de Igualdad de Oportunidades (1964) y la Ley de Desarrollo Regional de los Apalaches (1965), que entre las dos destinaron más de 2.000 millones de dólares anuales a distintos programas. La Ley de Ventaja Inicial (1965) y la Ley de Educación Superior (1965) implantaron mejores oportunidades de educación para los pobres y los menos pudientes. El programa de la Sociedad Grande también contemplaba una importante legislación ambiental, incluida la Ley de Restablecimiento de Agua Limpia (1966), que adjudicó 4.000 millones de dólares a proyectos contra la contaminación, y la Ley de Zonas Silvestres (1964), que prohibió el desarrollo de casi cuatro millones de hectáreas de terrenos públicos; en 1994, esas zonas silvestres protegidas se habían elevado a 602, con un total de 38.769.043 hectáreas. Las medidas de Johnson produjeron una gigantesca expansión de la burocracia: se crearon el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano y el Departamento de Transporte, así como organismos financiados con fondos federales tales como el Fondo Nacional para las Humanidades y las Artes y la Sociedad de Radiofonía Pública. También se crearon gran cantidad de organismos y agencias en la línea del Cuerpo de Paz de Kennedy, con nombres como Voluntarios al Servicio de Estados Unidos, Cuerpos de Empleos, Destino Ascendente y el Programa de Ciudades Modelo.[1139]

Todo eso costaba una gran cantidad de dinero. Durante los cinco años de la Administración de Johnson, el gasto federal en educación, por ejemplo, creció de 2.300 millones a 10.800 millones; en salud, de 4.100 millones a 24.600 millones. En dólares actuales, el aumento del gasto público bajo el mandato de Johnson fue inmenso: llegó a 183.600 millones en el período fiscal de 1969. Gracias a Johnson, en 1971, el Gobierno federal por primera vez gastó más en bienestar social que en defensa.

Los críticos de estos proyectos acuñaron la frase: "arrojar dinero a los problemas", y es cierto que el Gobierno federal arrojó grandes sumas durante la segunda mitad de la década. Y, a medida que aumentaban los costes, también lo hacía el volumen de las críticas, que se quejaban de que esos prodigiosos gastos no estaban produciendo resultados.[1140]

La deuda externa del país se había elevado en tiempos de guerra (la guerra revolucionaria, la guerra civil, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial) y en épocas de emergencia extrema (la Gran Depresión). Pero había disminuido en tiempos de paz. En 1840, durante el gobierno de Andrew Jackson, se había llegado a eliminar por completo, como hemos visto. Durante la guerra civil aumentó a más de 2.760 millones de dólares, pero en los veintiocho años posteriores se redujo hasta llegar a un tercio en la década de 1920. Volvió a subir durante la Gran Depresión hasta 48.000 millones en 1939, y nuevamente en la segunda guerra mundial, con mucha rapidez, hasta alcanzar los 271.000 millones en 1946. Luego volvió a caer, tanto en dólares constantes como en la proporción de producto interior bruto, hasta 1975. Desde entonces, aunque no ha habido guerras ni emergencias nacionales, sigue creciendo de manera inexorable.[1141]

Así que, en términos estrictos, el cambio de la naturaleza de la financiación federal norteamericana no se produjo durante el mandato de LBJ, pero sí el permanente déficit financiero. Bajo

su mandato, el déficit anual ascendió a 3.700 millones de dólares en 1966, 8.600 millones en 1967 y 25 millones de dólares en 1968.[1142] De la misma manera, puede responsabilizarse a Johnson del incremento en la participación del Gobierno federal en el producto interior bruto, que había alcanzado un 43,7 por ciento en 1945, cayó al 16 por ciento en 1950 y volvió a subir lentamente. Con LBJ llegó al 20 por ciento y, a causa del impacto de sus programas, volvió a elevarse al *22* por ciento en 1975, para estabilizarse en los años posteriores hasta 1994 entre el 22 y el 24,4 por ciento.

La alarma del secretario de Tesoro de 1968 fue, en realidad, provocada por nuevas exigencias de la Administración de un mayor compromiso militar en Vietnam, y ésa es la tragedia que debemos analizar en este punto. La actividad norteamericana en Vietnam se extendió a lo largo de veinte años (1954-1975). Había personal militar norteamericano desde 1954 y los últimos cincuenta hombres fueron evacuados el 30 de abril de 1975. En total, 8.762.000 norteamericanos cumplieron el servicio militar durante la época de Vietnam:

4.386.000 en el Ejército, 794.000 marines, 1.740.000 en las Fuerzas Aéreas y 1.842.000 en la Armada. De todos ellos, alrededor de dos millones llegaron a combatir en Vietnam u operaron cerca de la costa. Hubo 47.244 bajas norteamericanas de todas las fuerzas, 153.329 heridos hospitalizados, 150.375 "con heridas leves" y 2.483 desaparecidos. Las pérdidas vietnamitas fueron calamitosas. Alrededor de 300.000 civiles murieron en Vietnam del Sur y 65.000 en Vietnam, del Norte. Las fuerzas survietnamitas tuvieron 223.748 muertos y 570.600 heridos. Las bajas norvietnamitas se estimaron en 660.000 muertos y se desconoce el número de heridos. El gasto directo de la guerra para Estados Unidos fue de 106.800 millones.[1143] Esa suma no

incluye la participación norteamericana más limitada pero significativa en los combates de Camboya y Laos.

Por su duración, el número de norteamericanos involucrados, su coste y sus consecuencias, Vietnam no sólo fue la más larga sino también una de las guerras más importantes de la historia de Estados Unidos. Sin embargo, en términos estrictos, no fue una guerra, y desde luego los norteamericanos jamás la consideraron como tal; en caso contrario, el resultado habría sido completamente diferente. Fue una "participación", y un producto de la guerra fría. La participación norteamericana se extendió a lo largo de siete presidencias y fue una sucesión única de juicios errados, todos con las mejores intenciones. Indochina era una colonia francesa del siglo XIX, gobernada desde París con grados variables de eficiencia administrativa, corrupción y altruismo.

Es importante enfatizar que Estados Unidos jamás reclamó territorialmente Indochina, ya fuera como base o en algún otro aspecto. Pero su política estuvo con frecuencia basada en la ignorancia, fue por lo general confusa e invariablemente vacilante. Cuando Truman asumió el mando, se le aconsejó que la primera prioridad era hacer que Francia se recuperase para tenerla como una aliada eficaz contra Rusia en Europa. Con el objeto de que apuntalara su confianza en sí misma, era conveniente que se le permitiera recuperar el dominio de Indochina. En diciembre de 1946, con la aprobación norteamericana, los franceses expulsaron a Ho Chi Minh y lo hicieron regresar a la selva y repatriaron al emperador Bao Dai de su exilio en Hong Kong. Fue en esa época que los franceses crearon tres naciones títere, Vietnam, Camboya y Laos, y el 7 de febrero de 1950 se les otorgó independencia dentro de la Unión Francesá. Estados Unidos toleró esa medida. Rusia y China reorganizaron el régimen de Ho, y comenzaron a suministrarle armas. Estados Unidos respondió haciendo lo mismo con el régimen francés, y,

después del estallido de la guerra de Corea, la ayuda norteamericana se aceleró. En 1951 le estaba proporcionando 21.800 millones de dólares en asistencia económica y 425.700 en ayuda militar. En 1952 Estados Unidos pagaba el 40 por ciento de los gastos militares de Francia. Dean Acheson recibió la advertencia de parte de funcionarios del Departamento de Estado de que Estados Unidos estaba deslizándose hacia una posición en la que terminaría suplantando a Francia como "el poder responsable" de Indochina. Pero él respondió que "como ya hemos puesto nuestras manos sobre el arado, no podemos retroceder". En el período de 1953-1954 Estados Unidos se estaba haciendo cargo del 80 por ciento de los costes bélicos de Francia.[1144]

El 8 de mayo de 1954 los franceses sufrieron una catastrófica derrota cuando su "inexpugnable" fortaleza de Dien Bien Phu se rindió. Francia solicitó la ayuda directa del poder aéreo de Estados Unidos y, cuando Eisenhower rechazó la petición, los franceses establecieron un nuevo Gobierno y comenzaron las negociaciones de la retirada. El pacto del cese de hostilidades, firmado en julio en Ginebra, contemplaba una división del país a lo largo del paralelo 17, que los comunistas se quedaran con el Norte y Occidente con el resto, y que dos años más tarde se realizarían elecciones bajo el control de una comisión internacional, con el fin de restablecer la unidad del país. Eisenhower, después de rechazar la intervención militar estadounidense, tampoco quiso participar del pacto de Ginebra, y, en cambio, creó la SEATO.[1145] En un protocolo adjunto al nuevo tratado se consignaba que Vietnam del Sur, Camboya y Laos eran regiones cuya pérdida "pondría en peligro" la "paz y seguridad" de los signatarios.

Sin embargo, fue durante los gobiernos de Kennedy y de Johnson que comenzó a desarrollarse la tragedia norteamericana de Vietnam. Cuando Kennedy llegó a la Casa Blanca, Vietnam ya era uno de los compromisos más grandes y más costosos de

Estados Unidos en otro lugar del mundo, y cuesta entender por qué no realizó ningún intento de retrotraerse al pacto de Ginebra y llamar a elecciones libres, las que, a esa altura, Diem podría haber ganado.

En cualquier caso, en noviembre de 1961 Kennedy envió los primeros 7.000 soldados norteamericanos a Vietnam, el paso crítico en la caída al pantano. Ese fue el primer error verdaderamente grande de Estados Unidos. El segundo fue librarse de Diem. Éste era de lejos el más capaz de los dirigentes vietnamitas y tenía el mérito añadido de ser un civil. Lyndon Johnson, que en ese entonces era vicepresidente, lo describió con cierta exageración como "el Churchill del Sudeste Asiático" y dijo a un periodista: "Mierda, hombre, él es el único muchacho que tenemos allá".[1146] Pero Kennedy, exasperado por su fracaso en obtener un éxito resonante en Vietnam, culpó al agente en vez de a la política. En el segundo semestre de 1963 autorizó secretamente el apoyo norteamericano a un golpe de oficiales contra Diem. Se llevó a cabo el 1 de noviembre, y Diem fue asesinado. La CIA entregó sobornos por valor de 42.000 dólares a los oficiales que formaron la junta militar. "El peor error que hemos cometido" fue el veredicto posterior de Lyndon Johnson.[1147]

Tres semanas más tarde, Kennedy también fue asesinado; Johnson juró el cargo de presidente, y comenzó a cometer errores por su cuenta. Continuó la guerra de manera intermitente hasta el 2 de agosto de 1964, cuando Vietnam del Norte atacó el destructor norteamericano *Maddox*, que estaba realizando espionaje electrónico en el golfo de Tonkin. Hasta ese momento, Johnson no se había decidido a escalar. Pero ahora convocó a los líderes del Congreso y, sin revelar la naturaleza de la misión del *Maddox*, acusó a Vietnam del Norte de "agresión abierta en alta mar". Entonces envió al Senado una resolución que lo autorizaba a tomar "todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos y pa-

ra impedir agresiones futuras". El senador por Arkansas William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, que impulsó la "Resolución Tonkin" en el Congreso, dijo que de hecho la ordenanza facultaba a Johnson a entrar en guerra sin que fueran necesarias más autorizaciones. Sólo dos senadores votaron en contra. Más tarde, cuando hubo más información disponible, muchos miembros del Congreso sostuvieron que Johnson y sus consejeros habían engañado a los senadores deliberadamente para que apoyaran la escalada de la guerra. En realidad, Johnson no hizo nada durante seis meses. Estaba en plena campaña electoral contra el senador Goldwater, que abogaba abiertamente por el bombardeo de Vietnam del Norte. Johnson percibía que la gente no estaría contenta con "otra Corea" y bajó los decibelios de la guerra durante la campaña. De hecho, hizo un llamamiento a la "paz", al igual que Wilson en 1916 y Roosevelt en 1940. Después de obtener una victoria abrumadora hizo lo opuesto, otra vez, igual que Wilson y Roosevelt. En febrero de 1965, cuando un ataque del Vietcong a barracas norteamericanas produjo fuertes bajas, ordenó el bombardeo del Norte.[1148]

Ese fue el tercer error crítico norteamericano. Después de involucrarse, Estados Unidos debería haber seguido la lógica de su posición y respondido a la agresión ocupando el Norte. Cuando Johnson le preguntó al general Earl Wheeler, del Estado Mayor Conjunto: "Bus, ¿qué crees que hace falta para llevar a cabo la tarea?", la respuesta fue de 700.000 a un millón de hombres y siete años.[1149] Johnson no estaba dispuesto a pagar esa cuenta. Quería la victoria pero la quería a bajo coste. Eso significaba bombardear; era el viejo reflejo del complejo de Júpiter, la convicción de que Estados Unidos, con su tecnología superior, podía hacer llover el castigo sobre los malhechores desde el aire, sin sumirse totalmente en el barro de la batalla. LBJ creyó al comandante del SAC, Curtis LeMay, que declaró

que se podía hacer regresar a Vietnam "a la Edad de Piedra con los bombardeos".[1150]

Pero no hubo ningún intento de bombardear Vietnam hasta retrotraerlo a la Edad de Piedra. Incluso cuando eligió la opción barata de las bombas, LBJ se mostró vacilante. No fue por engaños de los generales. Las Fuerzas Aéreas le explicaron que podían prometer resultados si la ofensiva era intensa, rápida y repetida incesantemente, sin pausa y sin límites. Era la lección que había dejado la segunda guerra mundial. No prometieron nada si era lenta y restringida. La Armada tenía exactamente el mismo punto de vista. El almirante Ulysses S. Grant Sharp, comandante naval del Pacífico, declaró: "Podríamos haber aplastado todas las instalaciones bélicas de Vietnam del Norte. Pero la situación estaba a cargo de gente que se retorcía las manos [...] El país más poderoso del mundo no tuvo la fuerza de voluntad de enfrentarse a la situación". En cambio, lo que se hizo fue "dar picotazos sobre blancos aparentemente azarosos".[1151] Desde el comienzo hasta el final, los bombardeos estuvieron limitados por restricciones sobre la cantidad, los blancos y las oportunidades que eran totalmente políticas y que tenían poca relación con la táctica y la estrategia. A diferencia de los norteamericanos, los dirigentes de Vietnam del Norte nunca cejaron en su determinación de conseguir su claro objetivo político —la dominación total de todo el país— a cualquier coste. No parecen haber sido influidos en lo más mínimo por las bajas que sus súbditos sufrían o causaban.

Todo eso no sirvió para nada. La experiencia del siglo XX demuestra que los límites autoimpuestos de una potencia civilizada son, más que inútiles, contraproducentes. Son considerados, tanto por los amigos como por los enemigos, no como evidencia de humanidad sino de culpa y de falta de convicción moral. A pesar de ellos —de hecho, debido a ellos—, Johnson perdió la batalla de la propaganda, tanto en su país como en el extran-

jero. Y en el país estaba perdiendo la batalla que importaba. En un principio, los medios de comunicación se mostraron a favor de la guerra; incluso había un moderado consenso por parte de los liberales. Dos de los más fuertes partidarios de la participación de Estados Unidos eran el *Washington Post* y el *New York Times*. El 7 de abril de 1961, el *Post* publicó que "el prestigio norteamericano está muy involucrado en el esfuerzo de proteger el pueblo vietnamita de ser absorbido por los comunistas". El 12 de marzo de 1963, el *New York Times* sostuvo que "el coste [de salvar Vietnam] es grande, pero el coste de que el Sudeste Asiático cayera bajó el dominio de Rusia y de China comunista sería aún mayor". El 21 de mayo de 1964, el mismo periódico declaraba que "si demostramos que emprenderemos cualquier esfuerzo militar y político [que negarle la victoria al comunismo] requiere, tarde o temprano también los comunistas reconocerán la realidad". El 1 de junio de ese año, el *Post* insistió en que Estados Unidos debía continuar en Vietnam para dejar claro que "persistir en la agresión es infructuoso y probablemente mortal". Pero el *Times* abandonó a Johnson a principios de 1966, y el *Post*, a mediados de 1967.[1152] Al mismo tiempo, las cadenas de televisión se volvieron primero neutrales y luego cada vez más hostiles.

Había tres razones por las que primero los medios de comunicación y después la opinión pública se volvieron en contra de la guerra. La primera es que la campaña de bombardeos, que se eligió como la opción fácil, resultó no tan fácil después de todo. Para bombardear el Norte fue necesario montar una inmensa base aérea en Da Nang. Una vez que empezaron los bombardeos, hubo que proteger la base. Entonces, el 3 de marzo de 1965 desembarcaron 3.500 marines en Da Nang. En abril, el total de soldados norteamericanos en Vietnam se había elevado a 82.000. En junio se solicitaron 44 batallones más. El 28 de julio Johnson anunció: "Hoy he enviado a Vietnam a la divi-

sión aerotransportada y a otras fuerzas específicas que aumentarán nuestro poder de lucha [...] a 125.000 hombres de inmediato. Más adelante se necesitarán fuerzas adicionales, que serán enviadas según se las requiera".[1153]

A medida que se elevaba el número de norteamericanos involucrados en la defensa del terreno y en los combates, aumentaba el número de los que eran heridos o muertos.

La segunda razón por la que Estados Unidos se puso en contra de la guerra no fue tanto la crítica de los editoriales de los periódicos como la presentación tendenciosa de las noticias. Los medios norteamericanos se volvieron muy parciales en algunos casos; con más frecuencia, fueron engañados, deliberada y hábilmente, o se engañaron a sí mismos. Una fotografía muy difundida de un "prisionero" arrojado desde un helicóptero norteamericano era, en realidad, trucada. Los informes sobre "jaulas de tigres" norteamericanas en Con Son eran inexactos y exagerados. Otra foto muy difundida de una niña quemada con napalm dio la impresión, de hecho bastante incorrecta, de que muchos miles de niños vietnamitas habían muerto incinerados por los norteamericanos. La foto, publicada muchas veces y aparentemente genuina, de un joven al que uno de los "aliados" vietnamitas de Estados Unidos disparaba a sangre fría, causó la errónea convicción de que era habitual que se ejecutara a los Vietcong capturados. Cuando la cobertura televisiva se hizo cotidiana e intensa, actuó en contra de los intereses norteamericanos. Generó la idea de que Estados Unidos estaba combatiendo en una guerra "sin esperanza". Los medios no sólo desdeñaban o reducían la importancia de los éxitos norteamericanos, sino que también tendían a convertir los reveses del Vietcong y de los norvietnamitas en victorias.

La falsedad de los medios llegó a un pico decisivo cuando se informó sobre la ofensiva de Tet que llevó a cabo el Vietcong el 30 de enero de 1968. En esa época, la situación militar era que

los norteamericanos y sus aliados vietnamitas, después de haberse establecido fuertemente en todos los centros urbanos del Sur, estaban logrando victorias importantes también en el campo. Eso convenció a los comunistas de cambiar sus tácticas y de intentar su primera ofensiva abierta. El primer día de Tet, la fiesta lunar de Año Nuevo, fecha en la que anteriormente se producía una tregua, sus unidades atacaron cinco de las seis ciudades de Vietnam, la mayoría de las capitales provinciales y de distrito, y cincuenta aldeas. Las fuerzas vietnamitas y las unidades del Ejército de la República de Vietnam (ARVN), aunque fueron tomadas por sorpresa, reaccionaron rápidamente. En una semana recuperaron todo el terreno que les habían quitado los atacantes, excepto un pueblo, Hué, que fue reconquistado el 24 de febrero. La cobertura periodística se concentró en el hecho de que el Vietcong tuvo un éxito inicial cuando atacó el Palacio de Gobierno en Saigón, el aeropuerto y el complejo de la embajada de Estados Unidos, y las cámaras mostraron los persistentes combates de Hué en vez de las victorias norteamericanas de otros lugares.

El desmoronamiento del liderazgo norteamericano comenzó en los últimos meses de 1967 y se aceleró después de la reacción mediática respecto a Tet. El secretario de Defensa, Clark Clifford, se opuso a la guerra; lo mismo hizo el viejo Dean Acheson. Incluso los senadores de la línea dura comenzaron a oponerse a enviar más refuerzos. Hasta que el mismo Johnson, en su tímida campaña por la reelección, perdió la fe el 12 de marzo de 1968, cuando perdió muchos votos en las elecciones primarias de Nueva Hampshire. Declaró que había decidido no presentarse a la reelección y que dedicaría el resto de su mandato a tratar de lograr la paz. Faltaba mucho para el fin de la guerra, pero ése fue el fin de la voluntad de Estados Unidos de ga-

narla. El problema con los líderes de Washington es que creían lo que leían en los periódicos, lo que siempre es un error fatal para un político. El resultado de Nueva Hampshire se presentó como una victoria para la paz. De hecho, entre los que habían votado en contra de Johnson, había tres halcones por cada dos palomas.[1154] Johnson se hundió en las primarias, y también perdió la guerra, porque no fue lo suficientemente firme.

Si la tergiversación que hicieron los medios de la ofensiva de Tet fue la causa inmediata de que LBJ decidiera renunciar, tanto a su cargo como a Vietnam, fue todavía más fundamental el que presentaran todos los actos decisivos y fuertes de la Casa Blanca de Johnson como inevitablemente malévolos. Los medios estaban enseñando al pueblo norteamericano a odiar al jefe del poder ejecutivo precisamente porque tomaba decisiones ejecutivas.

Este siniestro desarrollo de la historia norteamericana se agudizó cuando Johnson entregó el puesto a Richard Nixon. Este había sufrido algunos reveses desde que perdió —o, en cualquier caso, entregó— las elecciones de 1960. Pero jamás se dio por vencido. Y los medios de la costa este tampoco dejaron de aborrecerlo, ni él de sentir lo mismo por ellos. En 1962 se presentó como gobernador de California, y, en gran medida a causa de la crisis de los misiles de Cuba, perdió frente a un candidato demócrata débil e izquierdista, Pat Brown, que resultó ser uno de los peores gobernadores en la historia de California. La campaña de los medios, dirigida por los periodista de la costa este, había sido particularmente injusta, y, en la conferencia de prensa posterior, Nixon dijo: "Piensen en lo que se van a perder. Nixon ya no va a estar más para que ustedes lo ataquen, caballeros, porque ésta es mi última conferencia de prensa".[1155] En realidad no era el fin sino el comienzo, y los ataques de los medios a Nixon continuaron durante más de una década. La catastrófica derrota de Goldwater de 1964 convenció a los cau-

dillos republicanos de que en las elecciones de 1968 tendrían que enfrentar a Johnson con un candidato experimentado y central. Así, Nixon regresó sin demasiadas dificultades; su único error fue aceptar como compañero de fórmula al basto y deshonesto, pero derechista, Spiro Agnew, gobernador de Maryland.

La renuncia de Johnson provocó confusión entre los demócratas. Un fuerte pretendiente para la sucesión era Bobby Kennedy, ya que el mito de Camelot seguía siendo poderoso; pero el 6 de junio, durante las convenciones primarias de California, fue asesinado por Sirhan Sirhan, un refugiado marxista palestino. Como consecuencia, Hubert Humphrey, el vicepresidente de Johnson, quedó como el candidato con más posibilidades, y, por lo tanto, obtuvo la nominación demócrata. Tenía amplia experiencia en campañas y es posible que hubiese ganado si LBJ le hubiera dado el apoyo y la lealtad que aquél tenía derecho a esperar y, en particular, si le hubiera hecho fácil pedir la retirada de Vietnam. Pero Johnson se había convertido en un hombre amargado y no veía con malos ojos que los republicanos ganaran. Además, el Sur presentó un candidato disidente, el gobernador de Alabama George Wallace, que todavía era segregacionista. Como resultado, Nixon ganó cómodamente por 31.710.470 votos contra los 30.898.055 de Humphrey, y Wallace obtuvo 9.466.167; en el colegio electoral, Nixon logró 302 votos, Humphrey 191 y Wallace 46.[1156]

De todas formas, la intervención de Wallace hizo que Nixon fuera un triunfador de minorías. Alcanzó el 43,4 por ciento del voto popular, el más bajo porcentaje desde que Woodrow Wilson ganó la competencia de tres hombres de 1912. Como los votos registrados eran escasos (el 61 por ciento), eso significaba que Nixon obtuvo apenas el 27 por ciento de todos los votantes. ¿Qué clase de mandato era ése?, preguntaron los medios hostiles, y señalaron que Nixon no había ganado en ninguna de las ciudades grandes.[1157]

Era una novedad que la prensa norteamericana quisiera atacar la institución de la presidencia. Hasta entonces, la oposición contra un poder ejecutivo fuerte provenía, como era natural, del Congreso, y en especial del Senado. Como explicó FDR, "la única manera de lograr algo en el Gobierno norteamericano es pasar por encima del Senado". En ese aspecto, su adversario, Wendell Wilkie, estaba de acuerdo con él: declaró que pensaba dedicar su vida a "salvar a Estados Unidos del Senado".[1158] Tanto en el mandato de FDR como en el de Truman, la prensa y los comentaristas académicos habían apoyado con firmeza un fuerte liderazgo presidencial, en especial en la política exterior, en contraste con el oscurantismo del Congreso. Hasta mediados de 1960, los medios siguieron a favor de una resuelta autoridad del presidente, respecto de los derechos civiles, las cuestiones sociales y económicas y, sobre todo, la política exterior, suscribiendo la proclama de Kennedy (1960): "El presidente por sí mismo es quien debe tomar las decisiones importantes de nuestra política exterior".[1159]

La resolución del golfo de Tonkin aceleró el cambio, y el acceso de Nixon a la presidencia lo confirmó. A pesar de esos impedimentos, la primera Administración de Nixon, en suma, produjo buenos resultados cuando aclaró los problemas que habían dejado las presidencias de Kennedy y de Johnson. Sus ayudantes principales en la Casa Blanca, Bob Haldeman y John Erlichman, eran capaces y devotos; tal vez demasiado devotos. Henry Kissinger era un brillante consejero sobre seguridad nacional. Incorporó a uno o dos demócratas inteligentes y originales, como Daniel Patrick Moynihan. Los redactores de sus discursos, entre los que estaban William Safire, Pat Buchanan, Ray Price, David Gergen y Lee Huebner conformaban lo que probablemente era el mejor equipo de su tipo jamás reunido.[1160] Juntos, Nixon y Kissinger desarrollaron la primera estrategia geopolítica clara para Estados Unidos desde Eisenhower.

Nixon no quería dedicar mucho tiempo a Vietnam: deseaba "bajarle los decibelios" ya que, esencialmente, era un "problema a corto plazo".

En cuatro años, redujo las fuerzas norteamericanas en Vietnam de 550.000 a 24.000. Los gastos disminuyeron de los 25.000 millones que habían alcanzado durante la presidencia de Johnson a menos de 3.000 millones. Nixon mantuvo activas negociaciones de paz con los norvietnamitas, sin mucho optimismo, pero también hizo algo a lo que ni Kennedy ni Johnson se habían atrevido: explotó la lógica de la disputa chinosoviética y alcanzó un entendimiento con China. El pasado californiano de Nixon lo inclinaba hacia Pekín. Consideraba que el Pacífico sería el escenario mundial del futuro.

La nueva política de China y el cambio de la estrategia militar de Estados Unidos hicieron posible la paz con Hanoi. El 22 de enero de 1973, en París, William Rogers, secretario de Estado de Nixon, y Le Duc Tho, de Vietnam del Norte, firmaron "un Pacto para Terminar la Guerra y Restablecer la Paz en Vietnam". El mérito de este acuerdo, que permitió que Estados Unidos saliera de Vietnam, era que le reservaba a Nixon el derecho de mantener portaaviones en aguas vietnamitas y de usar las aeronaves apostadas en Taiwan y Tailandia si Hanoi violaba el pacto.[1161] Durante el tiempo en que Nixon estuvo en el poder, esa sanción fue real. Dada la situación que había heredado y los errores de sus predecesores, Nixon había llevado a cabo una verdadera proeza para desembarazar a su país.

Pero Estados Unidos y, más trágicamente, la gente de Indochina, no pudieron disfrutar del producto de esa exitosa práctica diplomática porque, para ese entonces, la crisis conocida como Watergate había absorbido la Administración de Nixon. Fue el punto culminante de una serie de ataques a la autoridad enraizados en la cultura de los sesenta. En realidad, en ciertos aspectos, los desafíos a la autoridad habían surgido en la década

anterior y, al menos en su primera etapa, contaban con la aprobación, y hasta el apoyo directo, del sistema de poder federal. Comenzaron entre los negros (y sus aliados blancos liberales), principalmente en el Sur, y surgían de la frustración que muchos de ellos sentían frente a la lentitud con que iban adquiriendo derechos civiles, en especial a la educación y al voto, tanto en los tribunales como en la legislación. El primer estallido de actividad física —más tarde analizaremos las derivaciones legales— se produjo en Montgomery, Alabama, el 1 de diciembre de 1955. Rosa Parks, una mujer negra, se negó a entregar su asiento de autobús a un pasajero blanco y desafió de esa forma una costumbre sureña que establecía que los negros dejaran los asientos de delante a los blancos. Cuando fue arrestada, se produjo un boicot de los negros a la compañía de transporte que duró un año. Luego surgieron movimientos de Jinetes de la Libertad y hubo sentadas en varios estados del Sur. El boicot, que terminó en un triunfo de los negros en la batalla contra la segregación (diciembre de 1956), estaba dirigido por Martin Luther King (1929-1968), originario de Atlanta, Georgia, pastor de una iglesia baptista negra de Montgomery. King era un militante de la no violencia de una nueva clase, que seguía el ejemplo que había establecido Mahatma Gandhi en la India cuando organizó manifestaciones cuyo poder estaba más en los grandes números y en la resistencia pasiva que en la fuerza, y que utilizaba el componente religioso en todo lo que valía.

Después del boicot de Montgomery se produjo la primera sentada contra la segregación, el 1 de febrero de 1960, cuando cuatro estudiantes universitarios negros pidieron que los atendieran en el mostrador para blancos del local de Woolworth de Greensboro, Carolina del Norte, y, cuando se los rechazó, se negaron a marcharse. De ahí en adelante, las sentadas se multiplicaron rápidamente. Era casi inevitable que ese tipo de actividades involucraran el uso o la amenaza de fuerza, o la provocaran

y, a fines de los sesenta, comenzó a crecer la violencia entre negros y blancos, y el mismo King recibió amenazas competitivas de otros líderes negros, como el racista negro Malcolm X y Stokely Carmichael, defensor del "poder negro".

En la primavera de 1963, la organización de King se embarcó en una importante campaña contra la segregación en Birmingham, Alabama, durante la que se produjeron escenas de violencia que la televisión transmitió ampliamente, así como algunas memorables imágenes del jefe de policía local, un blanco llamado Eugene *Toro* Connor, apuntando sus cañones de agua y sus perros policía contra los manifestantes negros. King pasó un breve período en prisión y, posteriormente, sufrió un atentado con bomba que provocó el primer disturbio negro significativo de la campaña (11 de mayo de 1963). Las manifestaciones masivas de las comunidades negras a lo largo de toda la nación llegaron a su punto culminante el 28 de agosto de 1963 con una marcha de 250.000 manifestantes, con King al frente, hasta los escalones del monumento a Lincoln de Washington DC, donde King pronunció una memorable plegaria basada en el tema de que "tengo el sueño de que un día mis cuatro hijitos vivan en una nación en la que serán juzgados, no por el color de su piel, sino por… su personalidad".[1162] Esa manifestación fue parte del proceso que llevó a la aprobación de la Ley de Derechos Civiles (1964). Esa ley devolvía al Gobierno federal la facultad de prohibir la discriminación racial por primera vez desde el siglo XIX. El artículo II estipula el acceso sin restricciones a las estaciones de servicio, restaurantes, alojamientos y todos los "servicios públicos" del comercio interestatal, así como a lugares de entretenimiento y exhibiciones. El artículo VI prohíbe la discriminación en los programas que reciban fondos federales. El artículo VII declara ilegal la discriminación laboral y establece la Comisión para la Igualdad de Oportunidades Laborales.[1163]

King sufría presiones tanto de los defensores de la violencia, para que golpeara más fuerte a Washington, como de la Administración, para que calmara las cosas. Sus relaciones con Lyndon Johnson, que una vez habían sido cálidas, se habían deteriorado y comenzó a temer que se produjeran atentados contra su vida por parte de extremistas negros (el 21 de febrero de 1965 un musulmán negro había asesinado a su rival, Malcolm X). En Memphis, King se vio involucrado en una amarga huelga de trabajadores de la higiene en la que pronunció su último y profético discurso, el 3 de abril de 1968: "Vamos a encontrarnos con algunas dificultades más adelante, pero a mí no me importa, porque he estado en la cumbre de la montaña". Al día siguiente fue asesinado.[1164]

Una razón por la que King y LBJ se distanciaron es el hecho de que King estaba prestando cada vez más su nombre y su presencia a las manifestaciones en contra de Vietnam. Los líderes de la comunidad negra se oponían a la guerra debido al gran número de bajas (y de reclutados) entre los negros. De esa manera, las manifestaciones negras y las manifestaciones en contra de Vietnam tendían a fusionarse, en especial cuando se unían a las nuevas formas de protesta estudiantil que surgieron en los sesenta. Como en esa década la población de estudiantes aumentaba en cientos de miles todos los años, también se incrementaron las oportunidades para las manifestaciones masivas, en especial bajo el estímulo de la guerra de Vietnam. El primer triunfo de la Nueva Izquierda fue el Movimiento por la Libertad de Expresión que tuvo lugar en la Universidad de California en Berkeley (1964), como protesta a las restricciones a la actividad política de los estudiantes. Después de la caída de las autoridades de Berkeley hubo más disturbios estudiantiles en la Universidad de Columbia (1968), en Harvard (1969) y en muchos otros establecimientos y, prácticamente en todos los casos, los líderes de los estudiantes obtuvieron enormes concesiones.

Si los sesenta fueron testigos de la degradación de la autoridad, en muchos sentidos se trató de una degradación autoimpuesta, ya que los que estaban a cargo de la autoridad se quebraban y huían ante el primer olor a pólvora estudiantil.[1165]

Cuando de los sesenta se pasó a los setenta, la tendencia de las manifestaciones estudiantiles fue adquirir coordinación y propósitos políticos específicos, por lo que se volvieron más violentas y más alarmantes para los que tenían el poder. El 30 de abril de 1970, cuando el presidente Nixon apareció en la televisión nacional para anunciar un incremento del reclutamiento debido a los problemas en Camboya, se produjo una serie organizada de manifestaciones en todos los campus universitarios de Estados Unidos, algunas de las cuales degeneraron en disturbios, que también pudieron haber sido provocados.

La hostilidad de los medios hacia Nixon y su Administración, que se hizo mucho más intensa entre 1970 y 1972, mezclada con los ataques de la nueva cultura juvenil contra la autoridad de cualquier tipo, dio la engañosa impresión de que Nixon tenía problemas. Y eso llevó a que, en 1972, los demócratas se permitieran la indulgencia de un candidato popular entre los estudiantes y los medios liberales, George McGovern, de Dakota del Sur. Su programa consistía en una retirada inmediata e incondicional de Vietnam y un incremento en los gastos de bienestar social. Nixon estaba fascinado.

Las elecciones de 1972 no fueron sólo una contienda entre los medios no votados y la “mayoría silenciosa”, aunque no cabe duda de que los medios de la costa este hicieron todo lo que pudieron para que perdiera Nixon. Había muchos fundamentos sólidos para una victoria de la Administración. La reapertura de relaciones con China, que era la política personal de

Nixon, anduvo muy bien. La cumbre de Moscú, que también había realizado, también fue popular. El regreso de muchos soldados de Vietnam y la disminución del reclutamiento se notaron y se apreciaron. La inflación bajó al 2,7 por ciento a mediados de 1972; en ese momento el producto interior bruto crecía a un ritmo anual del 6,3 por ciento; el salario real aumentaba el 4 por ciento por año, y desde 1969 los impuestos federales se habían reducido un 20 por ciento para la familia tipo. Las acciones estaban en alza y superaron por primera vez la marca de 1.000 justo antes de las elecciones. De ahí el triunfo aplastante. El 60,7 por ciento de votos para Nixon no fue tan alto como el 64 de LBJ en 1964, pero el resultado de alrededor del 29,1 por ciento para McGovern fue uno de los porcentajes más bajos obtenidos por el candidato de un partido importante.[1166]

En esa época, parecía que el victorioso Nixon tenía el control del gobierno, y su éxito no sólo humilló a los liberales de los medios de comunicación sino que llegó a atemorizarlos. Se pusieron como objetivo utilizar el poder de la prensa y de la televisión para cambiar el veredicto electoral de 1972 que se consideraba, en un sentido metafórico, ilegítimo, así como en la década de 1920 los conservadores alemanes habían sentido que todo el régimen de Weimar era ilegítimo, o los generales latinoamericanos, en las décadas de 1960 y 1970, consideraron que los gobiernos electos pero extremistas eran ilegítimos. En la década de los setenta, los medios norteamericanos, al igual que los generales de América Latina, pensaban que, en un sentido profundo pero intuitivo, eran los depositarios del honor y la conciencia de la nación y que tenían una obligación casi constitucional de sostenerlos en tiempos de crisis, sin importar los medios ni las consecuencias.

Ese punto de vista se vio un poco justificado de manera espuria por la llamada “Presidencia Imperial”. Era innegable que las facultades del poder ejecutivo habían aumentado desde los

tiempos de Woodrow Wilson, con esporádicas reducciones en los años veinte y otra vez a fines de los cuarenta y en los cincuenta. Y, como ya se mencionó, los medios de masas estaban comenzando a concebir que su tarea consistía en realizar un escrutinio crítico de las presidencias demasiado activas, más que en aguijonear una legislatura comatosa.

La hostilidad recíproca de Nixon hacia los medios y su falta de ganas de confiar en ellos, incluso más pronunciadas que las de LBJ, convenció a algunos directores de periódicos de que "algo estaba pasando", lo que se correspondía con las otras suposiciones críticas sobre lo que ellos bautizaron como "el régimen Nixon". Y por supuesto que estaba pasando algo. La Casa Blanca era un centro de poder donde se realizaban toda clase de actividades que no siempre soportarían un escrutinio. En un mundo malvado y real, se actuaba necesariamente de acuerdo con una *realpolitik* que en teoría estaba prohibida por una Constitución idealista. Ese problema había afectado a todos los presidentes desde los tiempos de Washington. Pero algunos presidentes disfrutaban con los tejemanejes. Los malos hábitos se habían establecido durante la época de FDR. Roosevelt había creado su propia "unidad de inteligencia", que sólo respondía ante él, compuesta de once personas y financiada con los fondos para "emergencias especiales" del Departamento de Estado.[1167] Aunque Truman y Eisenhower, que detestaban los arreglos bajo cuerda, no se involucraron como norma en las actividades clandestinas de su personal y de la CIA, por lo general tenían conciencia de su existencia y consideraban que, en los tratos con la Rusia soviética y con otros regímenes de terror totalitario, eran inevitables. A Kennedy y a su hermano Bobby les encantaban esas actividades, y lo que más lamentaba Kennedy era no haber puesto a Bobby al frente de la CIA, para mantenerla bajo el control de la familia.

Hasta la era de Nixon, los medios eran extremadamente selectivos en la divulgación que hacían de los pecados presidenciales. En numerosas ocasiones, los periodistas protegieron a Roosevelt en lo referente a sus romances y a muchas otras cosas.[1168] Hicieron lo mismo —y más— con Kennedy. Aunque muchos periodistas de Washington sabían que durante su presidencia Kennedy compartía una amante con un notorio criminal, ese hecho jamás fue publicado mientras estuvo vivo. Durante los esfuerzos de Johnson de desembarazarse del lío de Bobby Baker, el *Washington Post* llegó a ayudarlo a desacreditar al principal acusador, el senador Williams. Nixon no disfrutó de esa clemencia. La aparición de documentos secretos en los periódicos se disparó de una manera espectacular después de que Nixon asumió la presidencia. En los primeros cinco meses en el cargo, veintiún importantes filtraciones de documentos secretos del Consejo de Seguridad Nacional fueron publicadas en el *New York Times* y en el *Washington Post.*[1169] Ese mismo año, la CIA envió a la Casa Blanca una lista de cuarenta y cinco artículos de periódicos que eran considerados serias violaciones a la seguridad nacional.[1170] No se sabe cuántas vidas norteamericanas se perdieron como consecuencia de esas filtraciones, pero en algunos casos el daño a los intereses de Estados Unidos fue considerable.

Luego, el 13 de junio de 1971, la Administración quedó sorprendida ante la publicación de lo que luego se conoció como los "papeles del Pentágono" en el *New York Times*.[1171] Se trataba de un informe de 7.000 palabras de la participación norteamericana en Vietnam desde fines de la segunda guerra mundial hasta 1968, que había sido encargado por Robert McNamara, secretario de Defensa de JFK y de Johnson, y basado sobre un archivo de documentos de Defensa, el Departamento de Estado, la CIA, la Casa Blanca y los jefes del Estado Mayor Con-

junto.[1172] Muchos de esos documentos estaban clasificados cómo máximo secreto.

Por su parte, Nixon pensaba que lo mejor era no prestar atención a esas filtraciones, pero Kissinger le advirtió: "Es una demostración de debilidad, señor presidente. El hecho de que cualquier idiota pueda publicar por su cuenta todos los secretos diplomáticos de este país es un daño a su imagen frente a los soviéticos y puede destruir nuestra capacidad de dirigir la política exterior. Si las otras potencias consideran que no podemos controlar las filtraciones internas, jamás aceptarán negociaciones secretas".[1173] Como todas las cuestiones sobre Vietnam, y la mayor parte de las de Rusia y China, se conducían bajo el mayor de los secretos, Kissinger tenía razón. Se estableció una unidad antifiltraciones a cargo de uno de los asistentes de Erlichman, Egil *Bud* Krogh, y del asistente administrativo de Kissinger, David Young, que reclutaron a varios camaradas, entre ellos a G. Gordon Liddy, un ex agente del FBI que en ese momento trabajaba para el Departamento de Justicia y que era un romántico entusiasta de las intrigas de capa y espada. Los llamaban los Fontaneros, debido a que la abuela de Young, cuando se enteró de que su nieto dirigía una unidad destinada a detener las filtraciones de la Casa Blanca, mandó una carta en la que decía que su marido, un fontanero de Nueva York, estaría orgulloso de que "David esté regresando al ramo familiar".[1174]

Los Fontaneros realizaban diversas actividades de naturaleza totalmente justificable. Pero, ante la seriedad del caso Ellsberg, Erlichman autorizó una "operación encubierta" para entrar en la oficina del psiquiatra de Ellsberg y obtener sus archivos. Esa invasión fue el punto en que la administración Nixon, aunque el presidente no estaba enterado, traspasó los límites de la legalidad. Pero al menos podría argumentarse que esa infracción se hizo en nombre de la seguridad de la nación. Sin embargo, durante la campaña electoral, los Fontaneros entraron en las ofici-

nas del Partido Demócrata, ubicadas en el edificio Watergate, de Washington, en dos ocasiones, a fines de mayo de 1972 y otra vez el 17 de junio. La segunda vez los atraparon. Nixon, que no sabía nada y que se enteró cuando lo leyó en un pequeño artículo del *Miami Herald*, mientras pasaba un fin de semana en cayo Vizcaíno, pensó que era una broma. Se la definió como una "travesura".[1175] Hasta ese entonces, en Estados Unidos jamás se había tomado en serio el espionaje y ni siquiera el robo de corte político. Este caso era particularmente absurdo porque ya estaba claro que Nixon iba a ganar fácilmente de todas maneras.

El director del *Washington Post*, Ben Bradlee, estaba particularmente enojado, por no decir histérico, porque creía (sin ningún fundamento) que las autoridades, por insistencia de Nixon, estaban oponiéndose con malicia a la candidatura del *Post* para obtener licencias de transmisión radial. Por lo tanto, a diferencia del resto de la prensa, el *Post* publicó en primera plana las historias de Watergate en setenta y nueve ocasiones durante las elecciones y desde el 10 de octubre comenzó a publicar una serie de artículos "de investigación" que buscaban convertir el allanamiento de Watergate en una importante cuestión moral.

La campaña podría no haber causado ningún efecto, pero el *Post* tuvo suerte. Un juez hambriento de notoriedad, John Sirica, conocido como John *Máximo* por la severidad de sus sentencias —y que en otras circunstancias difícilmente hubiera obtenido la aprobación de los medios liberales— condenó a los allanadores, antes de que se presentaran ante él, a cadena perpetua provisional para obligarlos a testificar contra miembros de la Administración.

Esa sentencia pasaría a ser tristemente típica de una venganza judicial a partir de la que varios miembros de la presidencia de Nixon fueron perseguidos y condenados por distintos crímenes,

en especial por obstrucción a la justicia, un cargo bastante fácil de sostener para un juez con prejuicios.

Así "estalló" el escándalo Watergate, y permitió que la maquinaria de las investigaciones del Congreso, donde los demócratas, por supuesto, poseían el control de la mayoría, lanzara un ataque frontal contra la "Presidencia Imperial". Las cosas se les facilitaron a los cazadores de brujas el 13 de julio de 1973, cuando un miembro del personal de la Casa Blanca admitió que todas las conversaciones de trabajo de Nixon se grababan automáticamente. La transcripción de las cintas, que Nixon debió entregar ante la insistencia de los tribunales y de los investigadores del Congreso, se utilizó para montar un juicio político putativo al presidente. En el Senado, la caza de brujas fue dirigida por Sam Ervin, el hombre que había logrado ocultar los crímenes de LBJ en el asunto de Bobby Baker, un operador astuto e ingenioso que ocultaba su agudeza y su filiación política detrás de una nube de bufonerías sureñas.[1176]

Para empeorar la situación de Nixon, en un caso que nada tenía que ver, se acusó a su vicepresidente, Spiro Agnew, de haber recibido sobornos de contratistas cuando era gobernador de Maryland. En el potencial procesamiento, surgieron más de cuarenta cargos de soborno, conspiración criminal y fraude impositivo, y las pruebas parecían sólidas. Agnew renunció el 9 de octubre de 1973 y el Departamento de Justicia le ofreció términos favorables si se declaraba culpable de uno de los cargos de evasión fiscal.

En esta etapa, entre Ervin y Archibald Cox, el fiscal especial para el caso Watergate, tenían más de doscientos abogados y asistentes especiales que trabajaban para procurar la caída de Nixon y que entregaban a una entusiasta prensa contraria al presidente todo el material dañino que podían conseguir. Al presidente se le hizo difícil llevar a cabo las tareas ordinarias del Gobierno, y mucho más manejar una crisis internacional. El 6

de octubre de 1973, Egipto y Siria lanzaron un ataque a traición sobre Israel, y escogieron el Yom Kippur, la fiesta más sagrada del calendario judío, para esa agresión similar a la de Pearl Harbor. Los israelíes perdieron un quinto de su poder aéreo y un tercio de sus tanques en cuatro días, y se hizo necesario restablecer sus suministros. Nixon actuó con gran valentía y poder de decisión, superó la burocracia y las obstrucciones militares y diplomáticas e insistió en que había que rearmar a Israel. En setenta y dos horas se puso en funcionamiento un puente aéreo que diariamente llevaba, a más de 10.000 kilómetros de distancia, más de 1.000 toneladas de suministros y equipo militar y que se continuó con más de 566 misiones a cargo de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos durante los treinta y dos días posteriores. Sin esos suministros, que invirtieron la caída moral de Israel, probablemente se habría destruido el Ejército israelí y toda la nación habría sido exterminada.

Ante la inminencia de tiempos difíciles y el aumento de la presión que estaba sufriendo, Nixon hizo un esfuerzo desesperado para combinar dos objetivos: conservar la presidencia y defender el interés nacional. Su deseo era reemplazar al desacreditado Agnew y entregar la vicepresidencia vacante —lo que formaba parte de sus facultades— a John Connally, ex gobernador de Texas, que había sido herido en el asesinato de Kennedy. Pero se hizo evidente que no había ninguna posibilidad de que se confirmara la nominación de Connally. De hecho, las encuestas revelaron que el único candidato republicano prominente que podría atravesar los procedimientos de nominación era el congresista Gerald L. Ford (n. 1913), de Michigan, líder de la minoría en la Cámara de Representantes. Por lo tanto, el 6 de diciembre de 1973 Ford renunció al Congreso y se convirtió en el primer vicepresidente nombrado por el presidente y confirmado por el Congreso de acuerdo con la Vigesimoquinta Enmienda.

Mientras tanto, y en la época en que Nixon luchaba por salvar a Israel, le estaba clavando los colmillos Archibald Cox, el hombre al que aquél llamaba "la víbora que colocamos en nuestro regazo", el fiscal especial de la investigación Watergate. Ese arreglo torpe y novedoso se había realizado con el objeto de preservar la separación de poderes y asegurar que el poder ejecutivo, en caso de ataque legal, no ejerciera una influencia inapropiada sobre el judicial. De hecho, tuvo el efecto opuesto. Cox resultó estar mucho más dispuesto a complacer a un Congreso en manos de los demócratas que a otorgar el beneficio de la duda a un jefe del Gobierno republicano. El 12 de octubre Cox obtuvo una victoria legal al asegurarse el derecho de acceder a las cintas en las que se habían grabado todas las conversaciones de Nixon en la Casa Blanca. Nixon tomó la decisión de despedir a Cox, y lo logró, aunque con considerable oposición del Departamento de Justicia.

En este momento, se impuso la histeria que generalmente se asocia con la caza de brujas y se abandonaron toda razón, equilibrio y consideración por los intereses de la nación. Fue un período feo en la historia de Estados Unidos y es probable que los historiadores del futuro que no tengan relación personal con ninguno de los individuos involucrados y cuyas emociones no estén comprometidas en ningún sentido, lo juzguen como una hora oscura en la historia de una república que se enorgullece de su amor por el orden y su paciente sumisión al imperio de la ley. Como comentó uno de los biógrafos de Nixon, "los últimos nueve meses de [la] presidencia consistieron en un inexorable deslizamiento hacia la renuncia".[1177]

Desde el principio del caso Watergate, los liberales demócratas de ambas cámaras del Congreso reclamaron el juicio político del presidente. Después del despido de Cox y las filtraciones de grabaciones robadas al *New York Times*, que las publicó, lo que impidió por anticipado cualquier posibilidad de un juicio justo

según el "proceso debido", el juicio político se convirtió en una posibilidad práctica. Nixon se había mantenido al frente de las encuestas hasta que la publicación de extractos de las cintas, con muchos pasajes marcados como "exclamación borrada", convenció a los miembros de la "mayoría silenciosa" de que Nixon y sus colegas acostumbraban usar palabrotas y obscenidades. Los rumores, publicados en el *New York Times* y en el *Washington Post*, de que las cintas, antes de entregarse, habían sido alteradas y censuradas por el personal de Nixon —rumores que luego se probó que eran infundados— intensificaron esas sospechas. Cuando aparentemente las encuestas y el público se pusieron en contra del presidente, se puso en juego la maquinaria del juicio político. El proceso, especificado en el Artículo I, apartados 2 y 3 de la Constitución, contempla el juicio político de un presidente por los delitos descritos en el Artículo II, apartado 4, como "traición, cohecho u otros delitos y faltas graves". En la práctica, sin embargo, eso termina siendo simplemente un montón de políticos que se sientan a juzgar a otro. Ese era el sentido que tenía en la historia inglesa, de donde se derivó el sistema, y lo que había sido en el caso del juicio político a Andrew Johnson en 1868.[1178]

Incluso hasta la noche del 30 al 31 de julio de 1974, los instintos combativos de Nixon le indicaban, como garabateó en un cuaderno, que "terminara su carrera como un luchador". Pero tenía que considerar que la caza de brujas ya había durado dieciocho meses y había causado un daño incalculable al sistema norteamericano y a la posición de Estados Unidos en el mundo. El proceso de juicio político sumaría muchos meses al proceso, durante los cuales el Gobierno de la democracia más grande del mundo, líder de la alianza de Occidente, estaría en animación suspendida, y su propia autoridad sería puesta en duda. Bajo todas esas circunstancias —y dada una buena cantidad de pusilanimidad entre su personal y sus colegas— decidió

que lo mejor para los intereses de la nación sería renunciar, en vez de someterse a juicio como un funcionario acusado. Estaba equivocado, como demostraron los sucesos posteriores, pero no fue una decisión cobarde ni deshonrosa. Renunció el 9 de agosto de 1974 y Gerald Ford, ahora presidente, expidió un indulto en septiembre. Eso ahorró a Nixon el ruinoso coste de una defensa legal y acosos posteriores por parte de sus enemigos, pero también significó que no tendría oportunidad de defender su posición. Por otra parte, fue restableciendo gradualmente su reputación de visionario político dentro de la comunidad política norteamericana, algo que jamás había perdido en el extranjero, donde, casi universalmente, se consideró la histeria de Watergate como un ejercicio de infantilismo norteamericano. A su debido tiempo, Nixon se convirtió en uno de los más respetados estadistas norteamericanos de edad avanzada desde Jefferson. [1179]

Gerald Ford tuvo que tomar el mando entre los restos de un golpe mediático que había invertido el veredicto democrático del arrollador triunfo de Nixon de menos de dos años antes y que había dejado a una prensa triunfalista y a un Congreso demócrata cebados por la posesión del centro de la escena. En vez de una "Presidencia Imperial", ahora, repentinamente —como un *deus ex machina*—, había surgido un "Congreso Imperial". Pero se trataba de un imperio sin emperador. Ninguno de los hombres que habían provocado la caída de Nixon estaba en posición, o poseía la capacidad, de ofrecer un liderazgo responsable, incluso dentro de las mayorías legislativas. Y el mismo Ford se vio obligado a defender el fuerte en ruinas de la Casa Blanca sin un mandato. Él jamás había querido un puesto de mayor jerarquía que el de representar un distrito en el Congreso. De hecho, si Ford tenía enemigos, éstos jamás se habían vuelto visi-

bles. Lo que tenía eran críticos, por lo general de su inteligencia. LBJ lo consideraba "tan tonto que no puede tirarse un pedo y mascar chicle al mismo tiempo".[1180] Se había destacado como atleta en Ann Arbor y prefería discutir de política en términos de fútbol americano, lo que inspiró otro cruel comentario de LBJ: "El problema con Jerry Ford es que jugaba al fútbol sin casco".[1181] Tenía problemas de tímpano, al igual que Mamie Eisenhower. Mientras que la ocasional falta de equilibrio de la señora Eisenhower provocó que los medios supusieran que se dedicaba a la bebida, en el caso de Ford produjo tropezones muy fotografiados, que despertaron el escarnio del público.

Ford estaba muy apoyado por su esposa, Betty, una dama vigorosa y elocuente que había sido modelo y bailarina, conocida como la Martha Graham de Grand Rapids. Mientras que Ford era un presidente nervioso, la señora Ford entró en la Casa Blanca con entusiasmo, en marcado contraste con la saliente Pat Nixon, y cambió la atmósfera de ocultamiento que los Nixon habían establecido en la residencia mediante una exhibición de sinceridad espontánea, cuando le hablaba al mundo de su mastectomía, sus problemas con la bebida y su tratamiento psiquiátrico.

Pero en el resto de Washington no había normalidad. La caída de Nixon se convirtió en la ocasión de un cambio radical en el equilibrio de poder, que regresó a la legislatura. Tal vez hacía tiempo que era necesario un movimiento en esa dirección. El exceso de actividad presidencial es siempre un vicio constitucional, que había afectado incluso a Nixon, a pesar de su fundamental conservadurismo. Pero en los hechos ese giro llegó demasiado lejos en la dirección opuesta, a un alto coste para Estados Unidos y todavía más para el mundo. El ataque del Congreso contra las facultades tradicionales del poder ejecutivo comenzó incluso antes de la partida de Nixon. El 7 de noviembre, el Congreso ratificó, a pesar de un veto presidencial, la Resolu-

ción de las Facultades de Guerra, a partir de la cual los presidentes debían informar al Congreso en un plazo de cuarenta y ocho horas si habían enviado tropas al extranjero o habían reforzado significativamente la cantidad de tropas ya apostadas; y si el Congreso no apoyaba esas acciones en un plazo de sesenta días, el presidente estaba obligado a cesar las operaciones (a menos que certificara que se necesitaban treinta días más para asegurar una retirada sin riesgos).

Las Enmiendas Jackson-Vanik y Stevenson de 1973 y 1974 impusieron más limitaciones a la política exterior de la presidencia. En julio y agosto de 1974, el Congreso paralizó las actividades del presidente respecto de la crisis de Chipre. Pocos meses después impuso restricciones a la CIA. En 1975 debilitó de hecho la política del presidente en Angola, lo que provocó una guerra civil que causó la muerte de un quinto de la población y cuyos efectos se siguen sintiendo a fines del siglo XX. Ese mismo año aprobó la Ley de Control de las Exportaciones de Armas, que eliminaba las facultades discrecionales del presidente en el suministro de armamento, una legislación calurosamente aplaudida por las industrias de exportaciones de armas de la Unión Soviética y Francia, que se estaban expandiendo, y por la naciente industria bélica de China.

Ford no tuvo más remedio que contemplar indefenso cómo era destruida paso a paso la libertad que una década de esfuerzos por parte de Estados Unidos había asegurado a los pueblos de Indochina. Desde 1973, a medida que la asistencia militar norteamericana a Vietnam del Sur comenzó a decaer, el equilibrio del poder armado se inclinó decididamente en favor del régimen comunista del norte. A fines de ese año, el norte había alcanzado una superioridad de dos a uno, y, en abierto desafío a Los acuerdos cuidadosamente diseñados por Nixon y Kissinger, lanzó una invasión general. Cuatro semanas más tarde, el 21 de abril, el Gobierno vietnamita abdicó. Los helicópteros de la

Marina rescataron a los funcionarios norteamericanos y a unos aliados vietnamitas del tejado de la embajada de Estados Unidos en Saigón, una imagen de huida y humillación que quedó grabada en el recuerdo de innumerables norteamericanos que la vieron por televisión. Fue, por cierto, la derrota más vergonzosa de toda la historia norteamericana. El mundo democrático contempló con desesperación esta abrupta caída del poder de Estados Unidos, que había parecido tan formidable apenas dos años antes.

Pero fueron los pueblos indefensos de la región los que tuvieron que pagar el verdadero precio. Nueve días después de que el último helicóptero norteamericano se dirigiera volando hacia el mar, los tanques comunistas entraron en la ciudad de Saigón, y casi de inmediato comenzaron los fusilamientos secretos de los abandonados aliados de Estados Unidos. Entre abril de 1975 y comienzos de 1977, los ideólogos marxistas-leninistas que dirigían Camboya acabaron con la vida de 1.200.000 personas, un quinto de la población.[1182] En Laos se produjeron atrocidades similares, y durante los esfuerzos comunistas por unificar Vietnam por la fuerza, entre 1975 y 1977, después de lo cual Vietnam invadió Camboya y ocupó Phnom Penh el 7 de enero de 1979. Luego Laos fue ocupada por tropas vietnamitas. En 1980 Vietnam tenía un millón de personas en las Fuerzas Armadas que, junto a las de Cuba, eran las más numerosas del mundo. El imperio colonial comunista provocó, inevitablemente, un regreso a la guerra de guerrillas en las áreas rurales, que continuó a lo largo de la década de 1980 y a principios de la siguiente.

Los demócratas, después de destruir a un presidente poderoso y capaz, no tenían ninguna alternativa importante que ofrecer a cambio; de hecho, ninguna alternativa de ninguna clase. No es sorprendente que en la segunda mitad de los setenta los que estaban cerca de Washington no gozaran de mucha estima, y, debido a esa situación, se escogió a un demócrata "de fuera",

Jimmy Carter, gobernador de Georgia (n. 1924). Carter heredó una plantación de maní y le iba bien con ella (o al menos eso se decía), pero su notoriedad se basaba en la idea de que él representaba a la nueva generación de políticos sureños moderados que habían aceptado —más o menos— la revolución de los derechos civiles y habían aprendido a convivir con ella. Jimmy, como le gustaba que lo llamaran, tenía una gran sonrisa, y su eslogan, repetido incesantemente, era "jamás les mentiré". Las encuestas, cuyos resultados habían sido muy adversos a Ford, se inclinaron contra Carter durante la campaña y, si ésta hubiera durado otra quincena, es posible que Ford hubiese llegado a la presidencia por méritos propios.

En los hechos, Carter acentuó la debilidad norteamericana con aventuras bienintencionadas pero improvisadas. Una de ellas fue su política de derechos humanos, basada en los acuerdos de Helsinki, cuyos signatarios se comprometían a acabar con las violaciones a los derechos humanos en todas partes. El objetivo de Carter era obligar a la Rusia soviética a liberalizar su política interna, y en especial a abolir los encierros de prisioneros políticos en hospitales psiquiátricos. Pero las consecuencias fueron completamente diferentes. En el interior de Rusia y sus países satélites no se cumplieron los acuerdos de Helsinki y los grupos establecidos para supervisarlos fueron desmembrados y se arrestó a sus miembros. En Occidente, Estados Unidos terminó enfrentado con algunos de sus aliados más antiguos. Dentro de la Administración se hizo fuerte un *lobby* de derechos humanos que conquistó toda una sección del Departamento de Estado y que trabajó activamente para poner en vigor los acuerdos. De esa manera, tuvo un papel importante en el derrocamiento del régimen de Somoza en Nicaragua. Un subsecretario, Voron Vaky, anunció, en nombre del Gobierno de Estados Unidos: "Ya no se puede llevar a cabo ninguna negociación, pacto o concesión con el Gobierno de Somoza. La solución sólo puede

empezar con un corte abrupto con el pasado". El "corte abrupto" tomó la forma, en 1979, del derrocamiento de Somoza, un aliado fiel, aunque desagradable, de Estados Unidos, y su reemplazo por un régimen marxista y prosoviético, cuya actitud respecto de los derechos humanos fue incluso más despreciativa y que realizó una campaña activa para la caída de los aliados de Norteamérica en Guatemala, El Salvador y el resto de América Central. En septiembre de 1977 Brasil respondió las críticas que el Departamento de Estado expresó sobre sus políticas internas con la cancelación de los cuatro pactos de defensa con Estados Unidos que aun estaban vigentes, dos de los cuales se remontaban a 1942. La Argentina también se distanció.

Al año siguiente, la Comisión de Derechos Humanos del Departamento de Estado tuvo un papel significativo en la debilitación de la posición de otro antiguo aliado de Estados Unidos, el sha de Irán, cuyo régimen prooccidental fue derrocado en 1979 por medio de disturbios callejeros organizados. Fue reemplazado por un régimen musulmán terrorista, que rápidamente acumuló una cantidad de abusos a los derechos humanos sin precedentes y que Estados Unidos definió como el "gran Satán".[1183]

Si bien la Administración de Carter se mostró apta para perjudicar a los amigos y aliados, no desarrolló ninguna respuesta coherente frente a la ampliación de la guerra fría. Durante su gobierno, se produjo un tironeo triangular entre su secretario de Estado, Cyrus Vanee, su consejero de seguridad, Zbigniew Brzezinski, y su asistente georgiano, Hamilton Jordan, gran parte del cual se llevó a cabo en público, sin mencionar las actividades independientes de su hermano, Billy Carter, quien se desempeñaba como gestor de lobby para el gobierno antinoneamericano de Libia.

Pero Carter no era incapaz de hacer cosas cuando se lo proponía. Desde el 6 al 17 de septiembre de 1978, condujo una

cumbre entre los líderes de Egipto e Israel en Camp David en la que se llegó a acuerdos que sirvieron de base para un tratado formal entre ambos países realizado en marzo de 1979, lo que fue el primer paso, y el más crucial, hacia el establecimiento de la paz entre Israel y sus vecinos árabes. Fue un logro notable, pero solitario en el historial de Carter.

Detrás de las vacilaciones del poder norteamericano en la década de 1970, y si se analiza con matices psicológicos, se encontraba la conciencia de la relativa recesión económica de Estados Unidos. Durante las primeras etapas de la guerra fría, la nación se había sostenido por su conciencia del Baby Boom, que comenzó en 1954, cuando los soldados regresaron del extranjero, y continuó durante la mayoría de la década: los Baby Boomers iban a formar una generación nueva e infinitamente numerosa de 50 millones de norteamericanos bien alimentados, bien educados y preparados, que serían capaces de conquistar el mundo.[1184] En 1968, año en que LBJ por primera vez se dio cuenta dolorosamente de la presión financiera sobre la potencia más rica del planeta, la producción industrial de Estados Unidos seguía siendo más de un tercio (el 34 por ciento) del total de la producción mundial. El producto interior bruto norteamericano, que se había duplicado durante la segunda guerra mundial, volvió a duplicarse en 1957, y otra vez en 1969. Fue por eso que el presidente Nixon, el 15 de diciembre de 1970, pudo celebrar la marca, registrada por el "Reloj" del producto interior bruto del Departamento de Comercio, de una "economía del billón de dólares", que avanzaba a un ritmo de 2.000 por segundo.

Pero el año siguiente la participación norteamericana dentro de la producción mundial había caído a menos del 30 por ciento, y Nixon advirtió: "Hace veinticinco años no teníamos igual en el mundo, ni militar ni económicamente. En cuanto a la competencia, nadie podía desafiarnos. Pero ahora eso ha cam-

biado". El liderazgo económico de Estados Unidos estaba "en peligro".[1185] Eso se reflejó en la incapacidad norteamericana de seguir manejando el sistema monetario internacional del mundo, lo que había hecho desde 1945. En 1971 la Administración de Nixon perdió o abandonó el control de lo que estaba pasando. Dos años más tarde, en marzo de 1973, Nixon cortó el lazo entre el oro y el dólar, y, de allí en adelante, la mayoría de las principales divisas se hicieron flotantes. La flotación revelaba la debilidad del dólar, que entre febrero y marzo de 1973 perdió el 40 por ciento de su valor frente al marco alemán.[1186]

En 1964 se aprobaron la Ley de Usos Múltiples y la Ley del Agua; en 1965, la Ley de Contaminación del Agua y la Ley del Aire Limpio; en 1966, la Ley de Restablecimiento de Aguas Limpias. Después tuvo lugar el Congreso de la Conservación Ambiental de 1968 y toda una serie de leyes gigantescas que intentaban imponer en Estados Unidos lo que se conocía como una "ecotopía": la Ley de Protección Ambiental, la Ley de Control de Sustancias Tóxicas, La Ley de Seguridad y Salud Ocupacional, La Ley de Mejora del Aire Limpio, y una serie de leyes sobre alimentos y medicinas. En 1976 se calculó qué el cumplimiento de la nueva legislación costaba 63.000 millones anuales a las empresas norteamericanas más un extra de 3.000 millones que pagaban los contribuyentes para el mantenimiento de los organismos de control. En 1979 los costes totales habían subido a 100.000 millones de dólares anuales.[1187]

La mayor parte de esa legislación no sólo era bienintencionada sino deseable. Pero tuvo un serio impacto sobre la productividad de las empresas de Estados Unidos.

Había muchos otros indicadores alarmantes. Frente a la creciente competencia de Europa, Japón y otras industrias del Lejano Oriente, la participación norteamericana en la producción mundial total de vehículos motorizados disminuyó, durante la década de 1972 a 1981, del 32 al 19 por ciento; en acero, cayó

del 20 al 12 por ciento; en la participación de la fabricación como un todo Estados Unidos cayó al 26 por ciento a mediados de los setenta, luego al 24 a fines de la década y al 20 por ciento a principios de los ochenta. El nivel de vida, medido según el rendimiento total por persona, daba a Estados Unidos la cifra anual de 6.000 dólares en 1973; pero la cifra de Suiza en ese entonces era de 7.000 dólares, y Estados Unidos también había quedado por detrás de Suecia, Dinamarca y Alemania Occidental. A fines de los setenta también lo superaba Kuwait, y en los ochenta se puso detrás de Japón.[1188] La recesión de la una vez poderosa posición de la balanza de pagos norteamericana, un rasgo de los sesenta y los setenta, reflejaba el hecho de que, a principios de los setenta, Estados Unidos importaba casi la mitad del petróleo y grandes cantidades de estaño, bauxita, diamantes, platino y cobalto, así como un porcentaje cada vez mayor de productos manufacturados, no sólo artículos de consumo no perecederos sino también herramientas para maquinaria. La recesión económica relativa continuó sin interrupciones durante la década de 1970.[1189]

Sin embargo, había una pendiente en ese cuadro de la recesión relativa que, con el tiempo, resultó más significativa que la imagen principal. El dinamismo decreciente de la economía norteamericana que podía observarse en los sesenta y setenta era en gran medida un fenómeno regional restringido principalmente al noreste, el antiguo núcleo manufacturero, las “industrias de chimenea”.

El desplazamiento del centro de gravedad de Estados Unidos, tanto demográfico como económico, del noreste al sudoeste, fue uno de los cambios más importantes de los tiempos modernos. En el período de 1940 a 1960 el Norte siguió aumentando su población (dos millones), pero ese crecimiento estaba totalmente compuesto por negros de bajos salarios y, en su mayoría, no cualificados, provenientes del Sur. Ya estaba sufriendo una

pérdida neta de blancos; eso pronto se convirtió en una pérdida absoluta. El cambio se produjo en los sesenta y se pronunció en los setenta. En los años de 1970 a 1977, el noreste perdió 2.400.000 habitantes por las migraciones; el sudoeste ganó 3.400.000, con una mayoría de blancos capacitados. Ese desplazamiento se vio reforzado por el aumento de los precios de la energía, como demostró el censo de 1980. Las variaciones regionales de los ingresos, que en un momento se inclinaban fuertemente a favor del antiguo núcleo industrial, comenzaron a converger, y luego pasaron a favorecer al sudoeste. Las inversiones siguieron a la población. El porcentaje de empleos en fábricas del núcleo industrial cayó del 66 por ciento de 1950 al 50 por ciento en 1977. El del sudoeste se elevó del 20 al 30 por ciento.[1190]

El desplazamiento económico y demográfico provocó alteraciones en la filosofía y el poder políticos. En 1980, por primera vez en la historia de Estados Unidos, las elecciones se disputaron entre un hombre del oeste, Ronald Reagan, y un hombre del Sur, Jimmy Carter.

Ronald Reagan, nacido en 1911, era originario de Tampico, Illinois, hijo de un vendedor de zapatos intermitentemente desempleado, bebedor y bromista. En 1932 se graduó en el Eureka College, durante un breve período trabajó como locutor deportivo, luego se trasladó a California, donde prosperó en el cine como mister Norm. Era una verdadera estrella del cine clase B, en la máxima posición del segundo nivel, que se aprendía los diálogos rápidamente, siempre llegaba puntual al estudio, era agradable, obediente con el director, amable con sus colegas, un hombre de confianza.[1191] Pero después de la guerra (durante la cual trabajó en películas del Gobierno), un ataque casi fatal de neumonía, el doloroso divorcio de la actriz Jane Wyman, su

creciente desagrado respecto de algunos aspectos de la industria cinematográfica que se había desarrollado durante su trabajo en el sindicato de actores, se combinaron para convencerlo de comenzar una nueva carrera, y se convirtió en portavoz de la General Electric. Eso, a su turno, lo introdujo en la política y le hizo cambiar su idea sobre de qué se trataba la política. Era demócrata por naturaleza, había votado cuatro veces por FDR y, en cierta manera metafísica, seguía siendo partidario del New Deai. Pero, "en 1960" escribió, "me di cuenta de que el verdadero enemigo no eran los Grandes Negocios, era el Gran Gobierno".[1192] En 1966, como candidato republicano, fue elegido gobernador de California, el estado número uno de Estados Unidos, que estaba en el séptimo puesto de las mayores economías del mundo. Luego fue triunfalmente reelegido y se ganó una reputación de administrador fiable, cauteloso y eficaz.

Incluso en agosto de 1980 la mayoría de los especialistas de Washington consideraban que Carter, desde su posición de titular, no tendría ningún problema en eliminar a su contendiente. De hecho, después de Hoover en 1932, Carter fue el primer presidente electo que terminó derrotado. Reagan venció a Carter por un amplio margen, 43.904.153 a 35.483.883 votos, lo que es todavía más notable considerando que John B. Anderson, un congresista de Illinois que había rivalizado con Reagan por la nominación republicana, se presentó como independiente y obtuvo 5.720.000 votos populares. Reagan triunfó en el colegio electoral por 489 contra 49 de Carter. El hecho es que Reagan fue uno de los grandes cazavotos de la historia norteamericana, un hombre que podía obtener la mayoría de ambos sexos, de todos los grupos de edad y en todas las regiones de la Unión.

Reagan se veía, hablaba y por lo general se comportaba como si acababa de salir de una cubierta del *Saturday Evening Post* de los años cincuenta, las que pintaba Norman Rockwell. Y, lo que

es más importante, de hecho pensaba como un arquetipo de Rockwell. Tenía puntos de vistas muy fuertes, enraizados e inquebrantables sobre unas pocas cuestiones centrales de la vida política y nacional, que expresaba con un lenguaje simple y llano. Consideraba Estados Unidos, como habían hecho los Padres Peregrinos, una "ciudad en la colina"; como los Padres Fundadores, la república ideal; como Lincoln, "la última y mejor esperanza para la humanidad" y, como Theodore Roosevelt, una tierra donde todavía era posible la aventura y los hombres valientes podían aspirar a cualquier cosa.

En su campaña de 1980, Reagan se había inspirado en el éxito de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, que estaba decidida a reducir el tamaño y el papel del Estado mediante su campaña para restringir el gasto y los impuestos y las regulaciones y mediante la privatización del sector estatal. Al igual que Thatcher, Reagan se veía a sí mismo como un radical de derecha, un revolucionario conservador que había capturado la ciudadela pero que, como Thatcher, la seguía tratando como una ciudad enemiga.

A veces el pensamiento de Reagan era confuso. Pero en esos momentos él se daba cuenta de que estaba confundido y bromeaba al respecto: "A veces nuestra mano derecha no sabe lo que está haciendo nuestra mano de extrema derecha". Esa era su diferencia con Thatcher. Como Lincoln, poseía el arma secreta del político sencillo: el humor. No podía alcanzar la majestuosidad que Lincoln aportaba a los documentos públicos y discursos, pero, de todas maneras, tenía facilidad de palabra, lo que, en términos de dividendos políticos, dista de ser insignificante. Y mientras, en el caso de Lincoln, muchos se irritaban ante las bromas presidenciales por considerarlas groseras, impropias y vulgares, en el de Reagan parecían naturales. No es casualidad que sus dos autores favoritos fueran Mark Twain y Damon Runyon, que utilizaban el humor para hacer aceptables

las agonías de la vida. Reagan no trabajaba con lógica y estadísticas sino mediante metáforas, analogías y bromas, y era talentoso no sólo para escuchar sino para interpretar el lenguaje corporal. Reagan nunca tuvo miedo de aspirar a la presidencia ni de disfrutarla. Sabía que había tenido éxito como gobernador de un estado enorme cuando todos decían que iba a fracasar y que había llegado a la presidencia cuando la mayor parte de la gente pensaba que era imposible. Era una persona muy segura, y eso (al igual que Lincoln) le permitía bromear sobre cosas serias.[1193]

Los observadores notaron por primera vez el poder del humor de Reagan cuando, durante las elecciones, sostuvo un debate con Carter en Nueva York. Esa ciudad siempre ha sido territorio de los candidatos demócratas pero, de todas maneras, Reagan ganó el encuentro sin problemas. Destruyó a Carter en los debates televisados con un simple comentario lateral sobre su oponente dirigido a los televidentes: "Ya empezó otra vez". Su propuesta presupuestaria de 1980 era obra de un economista sobresaliente, Alan Greenspan, que más tarde presidió la Reserva Federal, pero fue Reagan quien le dio la fórmula que enfervorizó al público: "La recesión es cuando el vecino pierde su trabajo. La depresión es cuando uno pierde el propio. Y la recuperación es cuando Jimmy Carter pierde el suyo". Ya en la Casa Blanca, Reagan utilizaba bromas para que tanto él como los demás se sintieran cómodos. Como Lincoln, bromeaba para reducir la intimidante brecha psicológica que existe entre el presidente y los demás. Sabía que había sido bendecido con sentido común y sentía que estaba en política para un propósito serio; entonces, que se rían. Él reía con ellos. Cuando un periodista le pidió que autografiara una vieja foto de estudio donde él aparecía junto / al chimpancé Bonzo, Reagan accedió y escribió: "Yo soy el del reloj"; Acostumbraba hacer chistes no sólo sobre su edad y estupidez sino sobre sus lapsus, sus películas de segunda

clase, su loca ideología, y su supuesta sumisión a una esposa mucho más astuta: todas sus zonas vulnerables. Bromeaba sobre su haraganería: "Es cierto que el trabajo duro jamás mató a nadie, pero yo digo, ¿para qué arriesgarse?".

Aprendía muchos de sus chistes de memoria, o incluso se los escribían. Pero algunos de sus mejores comentarios eran espontáneos. Sobre una multitud de manifestantes pacifistas, comentó: "Sus carteles dicen 'haz el amor, no la guerra', pero tenían pinta de que no podrían hacer ninguna de las dos cosas". A un hombre barbudo que le gritó: "Nosotros somos el futuro", Reagan le respondió: "Voy a vender mis bonos". En 1981, cuando recibió un disparo que casi lo mata, lanzó una serie de comentarios jocosos. Por ejemplo, a su esposa, Nancy, le dijo: "Querida, me olvidé de agacharme", un reciclado de la famosa broma que Jack Dempsey hizo en 1926 refiriéndose a su derrota frente a Gene Tunney. Cuando lo estaban ingresando en camilla al quirófano, pidió a los médicos: "Por favor díganme que todos ustedes son republicanos" y, cuando estaba en la sala de recuperación, comentó a las enfermeras, parafraseando a W. C. Fields durante la lucha desde los vagones de tren contra los sioux: "Después de todo, preferiría estar en Filadelfia". Usaba un eufemismo para referirse a sus frecuentes siestas: "reunión administrativa de asistentes" o "reunión administrativa con Bonzo".

Se basaba mucho en ayuda memorias. Pero era humilde y cooperativo con su personal, como lo había sido de actor. Para él, las anotaciones en su agenda diaria eran como instrucciones de escena que debía obedecer. Muchas veces pasaba más tiempo con los ciudadanos comunes que con personas importantes. Anne Higgins, de su personal, seleccionaba cartas de su abultada correspondencia para que él las leyera. Al igual que Jefferson, contestaba todas las que podía. Ante una historia de adversidad, respondía con un consejo y a veces con un pequeño cheque personal.

La confianza que el nuevo presidente tenía en sí mismo y en su país pronto comenzó a comunicarse. En poco tiempo, el público norteamericano empezó a percibir que los oscuros días de los setenta se habían acabado, y que nuevamente había alguien al timón del país. Pero Reagan tenía límites para encarrilar la nación. Los demócratas controlaban la mitad del Congreso y se negaban a reducir los gastos en bienestar social. Durante su primer mandato, el gasto aumentó un 3,7 por ciento anual. Pero de todas maneras era menos que el incremento del 5 por ciento anual de Carter. Al mismo tiempo, Reagan cumplió la promesa de bajar los impuestos. La Ley Impositiva de Recuperación Económica de 1981, obra del congresista Jack Kemp y el senador William Roth, que contaban con todo el respaldo de Reagan, redujo la tasa impositiva máxima al 30 por ciento e incluyó otras reducciones impositivas del 25 por ciento. Hubo otras disminuciones en los impuestos sobre ganancias de capital, impuestos estatales y a los regalos. En 1986 se aprobó la Ley de Reforma Impositiva, que simplificó en gran medida toda la estructura de impuestos. Ese logro, sumado a un inmenso programa de desregulaciones, actuó como un potente estimulante para los negocios.[1194] Reagan tomó posesión en enero de 1981 y, a principios de 1983, la nación estaba en plena recuperación. El crecimiento continuó durante todo el segundo mandato de Reagan, luego en el de su sucesor y hasta bien entrados los noventa, y se convirtió en la expansión continua más duradera de la historia de Estados Unidos. La inflación, que había sido del 12,5 por ciento con Carter, bajó al 4,4 por ciento en 1988, El desempleo disminuyó al 5,3 por ciento y se crearon 18 millones de empleos nuevos. También bajaron las tasas de interés.

Sin embargo, hay cierta confusión respecto de la recuperación económica de los años de Reagan y vale la pena detenerse

en detalles para despejarla. Ya hemos notado el crecimiento veloz, de hecho, alarmante, de los gastos de seguridad social o jubilación. El aspecto siniestro de ese crecimiento era que en su mayor parte no estaba financiado, ni lo había estado desde el comienzo. Era una especie de fraude piramidal cuyas víctimas eran los jóvenes. El Congreso promovía esa estafa a sabiendas. Entre 1950 y 1972, el Congreso, muchas veces a pesar de protestas presidenciales, elevó los beneficios de seguridad social o extendió la elegibilidad once veces, seis de ellas en años electorales. El cambio más irresponsable se produjo en 1972, cuando Wilbur Mills, un demócrata de la Cámara de Representantes, inútil y engreído respecto de las finanzas y un gran gastador, los aumentó un 20 por ciento e indexó todos los beneficios al Indice de Precios al Consumo (IPC). En 1982, el jubilado medio (en términos reales) cobraba cinco veces lo que había pagado en impuestos. Cuando Reagan asumió la presidencia, la seguridad social ocupaba el 21 por ciento del presupuesto y continuó aumentando a un ritmo del 3,5 por ciento anual.

Reagan entendía la situación en términos generales y contrató a un mago del presupuesto, David Stockman, para que redujera la seguridad social. Pero Stockman no pudo explicar el problema a Reagan de manera que éste lo comprendiera, mediante gráficos simples y números redondos. Las consecuencias fueron desastrosas, Reagan rechazó el plan de reducción de Stockman en parte debido a un antiguo sentimentalismo de New Deal pero principalmente porque no lo entendió. Fue la única circunstancia de peso en la que sus debilidades inherentes tuvieron efectos importantes. Como resultado, la "reaganomía" abrió una brecha entre la teoría y la práctica.

Esa era la debilidad de Reagan. Pero ahora sabemos que se trató de presentarla peor de lo que era en realidad. A pesar de la prolongada expansión de la economía durante los ochenta y a principios de los noventa, las cifras de la riqueza nacional de-

mostraban que crecía más lentamente que la de los principales competidores, lo que indicaba que el país sufría una recesión relativa.

Sin embargo, esas y otras cifras no parecen corresponderse con lo que la mayoría de las personas veían como la realidad de la Norteamérica moderna en los ochenta y noventa: que era un país cada vez más próspero, con niveles de vida que se elevaban de manera visible y casi universalmente, y que incluso los oficialmente considerados "pobres" estaban viviendo mejor. Entonces, a fines de 1996, un panel de expertos dirigido por Michael Boskin, economista de la Universidad de Stanford, con el nombre de Comisión de Asesoramiento al Congreso respecto del IPC, dio a conocer unas cifras que revelaban que ese índice había sobreestimado la tasa inflacionaria de la economía norteamericana, que lo había hecho de manera constante y creciente durante veinte años y que, en consecuencia, algunas de las estadísticas fundamentales de la economía de Estados Unidos eran dolorosamente engañosas.

Esa revelación sobre la fragilidad de las cifras oficiales también arrojó nueva luz sobre el déficit. Según la Ley de Indexación de Wilbur Mills, el Gobierno estadounidense estaba legalmente obligado a aumentar los fondos de la seguridad social todos los años de acuerdo con el IPC. La Comisión Boskin demostró que esos aumentos se habían agregado de manera constante, a tasas que el interés compuesto había hecho más significativas, lo que daba una cifra notablemente más alta que el verdadero incremento del coste de vida. Los ancianos, que en cualquier caso se estaban beneficiando de un sistema no financiado, estaban incluso mejor que lo que los críticos suponían. Eso explica por qué los mayoristas y los publicitarios estaban prestando cada vez más atención a la tercera edad como fuente de poder adquisitivo. Pero también explicaba por qué el déficit había crecido con tanta velocidad, ya que un IPC exagerado afectaba

los cheques gubernamentales que se dirigían a todas las otras categorías, además de los jubilados. (Es cierto que los contribuyentes también obtenían beneficios de una tasa de inflación sobreestimada, pero sólo marginalmente). Más aún, las cifras revisadas del crecimiento en la riqueza nacional, de los salarios y los ingresos familiares dejaron claro que la atmósfera de bienestar que Reagan pudo generar no era sólo un ejercicio en las relaciones públicas por parte del Gran Comunicador sino que estaba sólidamente fundamentado en mejoras reales. ¡No había habido "humo y espejitos", después de todo!

Reagan tampoco estaba satisfecho con el relativo declive del poder militar de Estados Unidos. No creía que fuera necesario. Estaba seguro de que era indeseable. Notó que los gastos de Defensa, que habían sido de 13,2 por ciento del PIB en el punto máximo de la guerra de Corea, habían disminuido al 8,9 por ciento en el punto más alto de las hostilidades del Sudeste Asiático. Cuando accedió a la presidencia, ocupaban sólo el 4,8 por ciento del producto interior bruto. Uno de los axiomas de Reagan era que el criterio para determinar los gastos de Defensa sería su verdadera necesidad en términos globales y no las restricciones financieras. En dólares actuales, los gastos en esta materia se elevaron de 119.300 millones en 1979 a 209.900 en 1983 y a 273.400 en 1986. Reagan declaró: "Solicité [a los jefes del Estado Mayor Conjunto] que me dijeran qué armas nuevas necesitaban para alcanzar la superioridad militar sobre nuestros enemigos potenciales". Si la cuestión fuera elegir entre la seguridad nacional y el déficit, "tendría que inclinarme hacia el lado de la defensa nacional".[1195]

Reagan, hizo gala de su faceta más decisiva y dominante cuando adoptó la Iniciativa de Defensa Estratégica, un proyecto concebido por su asesor en seguridad nacional, Robert C. McFarlane. Se trataba de un intento de suministrar una defensa efectiva contra los misiles y de esa manera distanciarse del con-

cepto de Destrucción Mutua Asegurada (MAD), que había dominado la guerra fría en los setenta. McFarlane y Reagan estaban de acuerdo en que el MAD era un concepto horrible en cualquier caso y en que tenía la desventaja añadida de situar a Estados Unidos, Rusia y China en el mismo nivel moral (y técnico). La SDI (o guerra de las Galaxias, como pasó a conocerse), por otra parte, permitía que Estados Unidos hiciera pleno uso de su avanzada tecnología, donde mantenía una gran (y, como se vio después, creciente) superioridad sobre Rusia. La SDI fue un ejemplo de la capacidad de Reagan de hacer suya una gran idea novedosa, simplificarla y darle todo su valor, incluida la presentación al público norteamericano con un talento consumado.

El programa de rearme también incluyó la expansión y entrenamiento de fuerzas de despliegue rápido, desempolvar los acorazados de la segunda guerra mundial y equiparlos con misiles Cruise, el desarrollo de un bombardero Stealth, invisible para los radares, y una vasta panoplia de misiles de alta tecnología, defensivos y ofensivos, nucleares y convencionales. Sin embargo, Reagan no vaciló en usar las Fuerzas Armadas, en la medida apropiada, durante su presidencia. El 2 de abril de 1982, sin advertencia previa ni declaración de guerra, las Fuerzas Armadas argentinas invadieron y ocuparon las islas Falkland británicas en el sur del Atlántico. Reagan estuvo de acuerdo con Margaret Thatcher en que era necesario deshacer ese acto no provocado de agresión y Estados Unidos suministró valiosa asistencia en inteligencia de alta tecnología a las fuerzas británicas desplegadas para echar a los agresores, una operación que terminó con la rendición incondicional de las fuerzas argentinas (y, como consecuencia, el reemplazo de la dictadura militar de la Argentina por un régimen democrático). A fines de octubre de 1983, Reagan realizó acciones decisivas para desarticular la violenta instalación de un régimen comunista en la isla de Granada de

las Indias Occidentales, una maniobra que contaba con el apoyo de Cuba y Rusia y que tenía por objeto provocar golpes comunistas en otras islas del archipiélago. Reagan también llevó a cabo acciones efectivas contra el terrorismo internacional, un creciente azote de los setenta y los ochenta. El 8 de julio de 1985, marcó a cinco naciones, Irán, Corea del Norte, Cuba, Nicaragua y Libia como "miembros de una confederación de estados terroristas" que estaban llevando a cabo "actos directos de guerra" contra Estados Unidos. El 5 de abril de 1986, estalló una bomba terrorista en una discoteca de Berlín frecuentada por soldados estadounidenses, con el resultado de la muerte de uno de ellos y de una mujer turca, y de 200 heridos. Las intercepciones de comunicaciones realizadas por los estadounidenses establecieron sin duda alguna que Libia tenía que ver con ese crimen y el 14 de abril Reagan autorizó que bombarderos F111 lanzaran un ataque contra los cuarteles y barracas militares de Gaddafi en Trípoli, y la señora Thatcher permitió que las aeronaves norteamericanas operaran desde las bases de Estados Unidos en Gran Bretaña. Esa exitosa operación sirvió para que tanto Gaddafi como otros entendieran el mensaje.[1196]

El logro esencial de Reagan fue restablecer la voluntad y la confianza en sí mismos de los norteamericanos, y, al mismo tiempo, quebrar la voluntad y socavar la confianza del pequeño grupo de hombres que gobernaban lo que él insistía en llamar "el imperio del mal" del comunismo. En esa segunda parte de su tarea, contó con la ayuda de un extraordinario golpe de suerte. Desde diciembre de 1979, los líderes soviéticos, por una mezcla de miedo, codicia y buenas intenciones, participaron en la guerra civil de Afganistán que ellos mismos habían ayudado a promover. Así, se vieron involucrados en una guerra de guerrillas como la de Vietnam, que jamás podían ganar y que significó un fuerte desgaste de sus recursos. Estados Unidos, cuando suministró un número comparativamente pequeño de armas a

las guerrillas afganas, aplicó una inmensa presión sobre la economía soviética y, más aún, sobre la resolución de sus líderes. La guerra duró una década y Rusia jamás comenzó siquiera a ganarla, a pesar de haber desplegado 120.000 soldados (16.000 de ellos terminaron muertos y 30.000 heridos) y un número imponente de tanques, aeronaves y helicópteros, muchos de los cuales fueron destruidos por armas norteamericanas.

El coste de la guerra para una economía apretada y en disminución como la soviética fue insoportable y, sin duda, se convirtió en una de las principales razones de los cambios en la mentalidad de Moscú que comenzaron a mediados de la década de 1980 y se aceleraron poco después. Al efecto debilitador de Afganistán se sumó el programa de rearme de Reagan, y en especial la Iniciativa de Defensa Estratégica. En un desesperado intento de igualar los esfuerzos tecnológicos norteamericanos para la defensa, los líderes soviéticos hicieron algo impensable: trataron de reformar la economía marxista-leninista con la esperanza de revitalizarla. En el proceso, perdieron el control global del sistema, provocaron la desintegración del "imperio del mal" y observaron, casi indefensos, el colapso del gran monolito de la URSS. De esa manera, el comunismo se hundió, terminó la guerra fría, y Estados Unidos se convirtió en la única superpotencia mundial.

El fin de la guerra fría comenzó el 12 de septiembre de 1989, cuando se impuso en Varsovia el primer Gobierno no comunista; continuó con la destrucción del Muro de Berlín la noche del 9 al 10 de noviembre y culminó en la primera mitad de 1991, cuando se abolió la Unión Soviética y Boris Yeltsin fue elegido como el primer presidente democrático de una Rusia no comunista. Todo esto tuvo lugar después de que Reagan dejara la Casa Blanca, pero no fue ninguna sorpresa para él.

El vicepresidente de Reagan, George Bush, ganó por aclamación la nominación republicana en 1988 porque estaba identificado con los logros de Reagan, y triunfó con holgura en las elecciones porque prometió continuar con el espíritu de Reagan y porque la mayor parte de la gente le creyó. Sin embargo, en lo fundamental, Bush no simpatizaba con los objetivos de Reagan, ni en el aspecto intelectual ni por temperamento y, lo que es más importante, carecía de la claridad y voluntad simple de aquél. Bush llegó a su mejor nivel cuando tuvo un aliado extranjero más resuelto que afianzó su resolución y que, en los hechos, decidió en su lugar.

Una de las consecuencias de la finalización de la guerra fría fue que Rusia (y, hasta cierto punto, China, que siguió siendo comunista) comenzó a desempeñar un papel más responsable en las Naciones Unidas y, por lo tanto, permitió que el Consejo de Seguridad actuara, por primera vez, como habían planeado sus fundadores. Durante la década de 1980, el dictador iraquí Saddam Hussein, que sostenía una amarga disputa con el fundamentalismo de Irán, había recibido apoyo y aliento por parte de las naciones de Occidente, entre ellas Estados Unidos, sobre la base de la antigua creencia de que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Con ese apoyo, había usado los ingresos del petróleo de su país para construir unas Fuerzas Armadas inmensas. El 31 de julio de 1990, se concentraron más de 100.000 soldados iraquíes en la frontera con Kuwait, el pequeño pero inmensamente rico estado del Golfo que era un importante proveedor de crudo para Estados Unidos y muchos otros países avanzados. En esa época se difundió ampliamente el rumor de que el embajador norteamericano en Bagdad, en una reunión que sostuvo con Saddam, no le había advertido de que una ocupación de Kuwait sería considerada por Washington como una amenaza a los intereses vitales de Estados Unidos, aunque se presentaron evidencias contrarias a ese rumor ante la Comi-

sión de Asuntos Exteriores del Senado en marzo de 1990. En cualquier caso, el 1 de agosto de 1990 las tropas de Saddam invadieron y ocuparon Kuwait y se quedaron con sus pozos de petróleo.[1197]

Por suerte, esa agresión no provocada coincidió con una reunión internacional privada en Aspen, Colorado, a la que asistieron tanto el presidente Bush como Margaret Thatcher, por aquel entonces todavía primera ministra de Gran Bretaña. La primera idea de Bush era concentrarse en la defensa de Arabia Saudita, el principal aliado (y proveedor de petróleo) que Estados Unidos tenía en la zona. Pero la señora Thatcher, con la experiencia de las Falklands en mente, lo convenció enérgicamente de que había que neutralizar el acto de agresión, no sólo por el bien del desafortunado pueblo de Kuwait, que estaba sufriendo un trato cruel e inmisericorde *por* parte de las tropas iraquíes, sino también para disuadir a cualquier potencial agresor. Bush accedió, se adoptó ese plan, se consultó y se procuró el consentimiento del Consejo de Seguridad, y, durante las semanas siguientes, se formó una coalición internacional de más de cincuenta países bajo la dirección de Bush. Se estableció en la región una enorme fuerza armada, compuesta principalmente por unidades norteamericanas pero con significativas contribuciones de Gran Bretaña y Francia (así como de muchos estados árabes).

Mientras tanto, la señora Thatcher había perdido su cargo por un golpe interno de su propio partido, y la reemplazó el poco interesante John Major. Pero el impulso de la Operación Tormenta del Desierto, como se la llamó, era imparable, incluso en manos de Bush, y cuando Saddam dejó pasar el plazo que le habían fijado, se produjeron intensos bombarderos aéreos sobre blancos militares iraquíes. La ofensiva terrestre, con unidades del inmenso ejército de coalición (540.000 soldados estadounidenses, 43.000 británicos, 40.000 de Egipto, 16.000 de

Francia y 20.000 sirios), comenzó el 24 de febrero y duró cinco días, durante los cuales todas las tropas iraquíes fueron expulsadas de Kuwait o se rindieron, y el ejército de 600.000 soldados de Saddam quedó definitivamente derrotado. Pero los generales triunfantes no estaban ansiosos por presionar a Bagdad e imponer una alternativa democrática a la dictadura militar de Saddam, lo que veían como una extensión "política" de una campaña autorizada por las Naciones Unidas que era enteramente militar. Ante la falta de presión de la señora Thatcher para que terminara el trabajo, Bush se contentó con la liberación de Kuwait. Entonces, Saddam, que no estaba arrepentido, se mantuvo en el poder, con gran parte de sus Fuerzas Armadas intacta, y Estados Unidos tuvo que soportar la carga de mantener grandes cantidades de tropas en la región y de supervisar la adhesión de Saddam a los términos del cese de fuego que él había aceptado y a las resoluciones de las Naciones Unidas.

Esta insatisfactoria conclusión y consecuencia de una de las más brillantes campañas militares de la historia de Estados Unidos, que había demostrado la potencia y la eficacia de la nueva generación de armas sofisticadas producidas por el programa de rearme de Reagan, naturalmente disminuyó la confianza del público en el juicio y la firmeza del presidente Bush.

Bush siempre fue un caballero, y, mientras estuvo bajo la sombra de Reagan, le fue moderadamente bien. Luego, cuando fue desvaneciéndose el impacto de Reagan, Bush también se desvaneció. Panamá fue un caso ejemplar. El presidente Carter había concluido un tratado con Panamá, ratificado por el Senado el 16 de marzo de 1978, que hacía efectiva la entrega por etapas del canal de Panamá a un Gobierno panameño soberano. Esa retirada del poder norteamericano había sido muy criticada, y la sensación de que Estados Unidos había hecho un mal negocio se vio reforzada por la conducta del presidente Manuel Noriega, que usaba el Gobierno de Panamá para llevar a cabo un

inmenso negocio de contrabando de drogas en Estados Unidos. En 1989, los miembros de un gran jurado de Florida dictaron el procesamiento de Noriega por una variedad de importantes delitos relacionados con drogas y exigieron su extradición. Estados Unidos impuso sanciones económicas cuando Noriega se negó a rendirse ante las autoridades estadounidenses y, después de que el 16 de diciembre un policía panameño matara a un oficial naval norteamericano, Bush se decidió a ordenar la invasión del país con 10.000 soldados de Estados Unidos. De inmediato, los disidentes panameños derrocaron al Gobierno; Noriega fue arrestado el 3 de enero de 1990 y trasladado a Miami, donde el 9 de abril de 1992 fue encontrado culpable de tráfico de drogas y sentenciado a cuarenta años de cárcel eh una prisión de máxima seguridad. Pero, como era su característica, Bush no aprovechó ese impactante muy elogiado éxito para revisar las operaciones del canal de Panamá, donde las condiciones continuaron deteriorándose bajo el control panameño.

De todas maneras, es probable que Bush hubiera sido reelegido en 1992 de no ser por la intervención de un multimillonario de Texas, H. Ross Perot, en la carrera electoral. Perot, nacido en 1930, era un graduado de Annapolis que en 1957 había renunciado a la Armada de su país para fundar Electronic Data Systems, que para mediados de 1980 era una compañía que valía más de 2.000 millones de dólares. Con un programa en el que proponía eliminar el déficit y terminar de pagar la deuda externa, en un primer momento Perot atrajo más interés que cualquier otro tercer candidato desde el partido de Bull Moose. El efecto de los buenos resultados que Perot obtenía en las encuestas fue abrir el campo a un deslucido candidato demócrata, William *Bill* Jefferson Clinton, gobernador de Arkansas. Nacido en 1946, Clinton procedía de una modesta familia y subió de nivel a través de su actuación académica; fue becario por Rhodes en Oxford, en 1973 se graduó en la Escuela de Leyes de Ya-

le y enseñó Derecho en la Universidad de Arkansas. Los críticos lo consideraban "un rebelde consentido de los sesenta" y un "evasor del reclutamiento" que siempre había asumido posiciones antinorteamericanas, desde Vietnam hasta la guerra del Golfo. Otros llamaron la atención sobre su carrera en las oscuras aguas de la política de Arkansas. A los treinta y dos años de edad se había presentado para el Congreso sin éxito; en 1976 fue elegido procurador general de Arkansas y en 1978 se convirtió en el gobernador más joven del estado. Aunque sufrió una derrota en 1980, fue reelegido como gobernador en 1982, 1984 y 1986. En Arkansas, todos lo conocían como "el muchacho" y, cuando fue elegido presidente en 1992, con el 43 por ciento de los votos, se convirtió en el primer presidente por la minoría desde 1976 y en el más joven desde que Kennedy había llegado a la presidencia en 1960.[1198]

Tanto Clinton como su esposa, Hillary Rodham Clinton, se encontraron con problemas apenas entraron en la Casa Blanca. Una de las razones era su falta de experiencia. Clinton tuvo grandes dificultades para formar Gabinete y obtener la aprobación del Senado para algunos de sus nominados, en especial para el puesto de procurador general.

En el lado más positivo, Clinton confió la presentación de su proyecto de salud en Capitol Hill a su esposa, una mujer franca y atrevida que impresionó a los legisladores. Uno de ellos, el demócrata Dan Rostenkowski, de la Comisión de Maneras y Medios de la Cámara de Representantes, le dijo: "En un futuro cercano, el presidente será conocido como su marido". Resultó ser una profecía exacta aunque vergonzosa, ya que, poco después, la primera dama se vio involucrada en una compleja investigación financiera a una firma de Arkansas con la que estaba relacionada, la Whitewater Development Corporation, así como en otras cuestiones desagradables.

Clinton puso fin a la desastrosa participación de Bush en Somalia; por otra parte, ocupó Haití durante un breve lapso, prácticamente sin objeto. Tardó en intentar descifrar la serie de conflictos en los Balcanes provocados por la desintegración de la antigua federación yugoslava y usó las continuas dificultades con el Iraq de Saddam más como un ejercicio ocasional de posturas militares y para ganar votos que para un propósito constructivo.[1199] Clinton pasó prácticamente todo el resto de su primer mandato defendiéndose de diversos escándalos.

La idea de que un presidente cayera en desgracia por la exposición de sus pecados había flotado en la Casa Blanca desde el Watergate, aunque debe decirse que los medios de comunicación jamás han vuelto a demostrar la misma sed de sangre presidencial. En tiempos de Reagan, dos funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional, el almirante John Poindexter y el coronel Oliver North, habían sido acusados de realizar ventas de armas en secreto (vía Israel) a Irán, con la esperanza de que un acto de buena voluntad ayudara a liberar a los rehenes norteamericanos prisioneros del régimen fundamentalista y con el objetivo de utilizar las ganancias de ventas por valor de 48 millones de dólares para financiar a los contras, los rebeldes democráticos que estaban tratando de socavar el régimen comunista de Nicaragua. En las décadas de 1970 y 1980, existía en el Congreso la impresión generalizada de que las actividades secretas norteamericanas, incluido el apoyo a insurgentes democráticos, eran producto de la guerra fría. De hecho, se remontan a la época del presidente Washington, a quien se había adjudicado un “fondo de contingencia” para ese propósito que podía utilizar con total discreción. Se intentó no sólo procesar a North y a Poindexter y lanzar una caza de brujas en el Congreso de la misma escala que la del Watergate sino también involucrar al mismo presidente Reagan. Sin embargo, después de una serie de audiencias televisadas que no lograron enfervorizar al públi-

co, una comisión bicameral dominada por los demócratas no tuvo más remedio que declarar que no había pruebas directas que involucraran a Reagan. En 1989, tanto Poindexter (7 de abril) como North (4 de mayo) fueron declarados culpables de engañar al Congreso, pero una corte de apelación (20 de julio de 1990) revocó ambas condenas y se retiraron las otras acusaciones que pesaban sobre ellos.

Podría decirse que la creciente aversión de hombres y mujeres talentosos a presentarse como candidatos para cargos nacionales explicó la presidencia de Bill Clinton. Por cierto, en poco tiempo se vio en problemas, tanto por pecados realizados en el pasado cuando había sido gobernador de Arkansas, como por actuales malversaciones y abusos de poder en su cargo de primer magistrado. Las acusaciones a Clinton pueden dividirse en tres grupos. Primero, está su propia participación personal, como socio de su esposa, en el escándalo Whitewater y casos relacionados. En segundo lugar, una serie de denuncias sexuales por parte de una procesión de mujeres con nombres como Gennifer Flowers, Connie Hamzy, Sally Perdue y Paula Corbin, algunas de las cuales incluyen la imputación de que Clinton usaba a la policía de Arkansas para que le procurase mujeres. Por último, una variada serie de imputaciones que dejó una mala impresión sobre la conducta de Clinton en el Gobierno federal, la más importante referida a la misteriosa muerte de su asistente, Vince Foster.

Los fracasos y las deficiencias morales de Clinton, sin embargo, tuvieron una importante consecuencia histórica. En las elecciones de mitad de período de 1994, la impopularidad de Clinton permitió que un brillante táctico de la política, Newt Gingrich, líder de la minoría republicana en la Cámara de Representantes, organizara una campaña nacional que tuvo como resultado la reconquista republicana de ambas cámaras del Congreso. Esa victoria, el mayor revés del Congreso desde 1946, fue

significativa por varias razones. En todos los aspectos prácticos, los demócratas habían dominado el Congreso desde 1932, con excepción de uno o dos breves intervalos. En la historia norteamericana no había precedentes de una hegemonía legislativa tan duradera y, como los demócratas tenían la tendencia a estar a favor de los grandes impuestos y grandes gastos, su dominio constante del mecanismo financiero de la Constitución explica por qué el Gobierno federal seguía absorbiendo una proporción tan grande del producto interior bruto, por qué el déficit se había disparado y por qué la deuda externa se había convertido en un problema tan importante. Por lo tanto, la derrota de 1994, que cambió la fuerte mayoría del Partido Demócrata en la Cámara de Representantes y también aseguró a los republicanos una mayoría funcional en el Senado, se logró en contra de una tendencia estructural muy enraizada en el sistema y significó un fuerte golpe para los demócratas. Para Clinton, tuvo un efecto devastador. Dick Morris, su principal estratega político, describió una escena que tuvo con el presidente después de la derrota. "Entonces lo miré a los ojos y lo sacudí rudamente, con violencia. Le dije, con los dientes apretados: 'Recupérate. Recupérate, c…' Me miró con ojos fatigados e inyectados en sangre y el rostro cabizbajo y, solemnemente, asintió"[1200]. Morris convenció a Clinton de que la solución consistía en trasladar su presidencia hacia el centro y cooperar con el Congreso en la aprobación de una legislación popular de tono más conservador. El mismo Morris cayó en desgracia durante el segundo semestre de 1996 como resultado de un escándalo moral, pero antes había logrado gran parte de su objetivo.[1201]

En agosto de 1996, Clinton ratificó la Ley de Reforma de Bienestar Social, la primera legislación importante del nuevo Congreso republicano, que desmantelaba una parte fundamental de la estructura de bienestar social que se remontaba al New Deal de 1935. La acción de Clinton de ratificar el proyecto y

convertirlo en ley fue el paso más significativo de su Gobierno y puede ayudar a explicar que lograra su reelección tres meses más tarde. Sin embargo, los republicanos retuvieron el control de la Cámara de Representantes —la primera vez que obtenían dos mayorías seguidas en la Cámara Baja desde 1928— e incluso fortalecieron su posición en el Senado. Eso aseguró que el traslado de Clinton hacia el centro sería sostenido y que el Congreso continuaría penetrando por las fisuras de su armadura.[1202]

La Ley de Reforma de Bienestar Social reflejaba lo que sentía la mayoría de los norteamericanos a fines de los noventa: que él país había avanzado demasiado hacia lo que podría llamarse un centralismo federal, y que era necesaria una corrección del rumbo. A fines del siglo XX, Estados Unidos seguía siendo un país profundamente democrático. Todos sus instintos eran democráticos, y el núcleo de esa democracia yacía en los cincuenta estados. Los estados no eran más que la línea superior de una serie de representaciones traspasadas. En 1987, cuando se realizó el último recuento, había 83.166 gobiernos locales en Estados Unidos, con más de 526.000 cargos electivos.[1203] No existe ningún otro país en el mundo que se acerque a esta cantidad y diversidad de formas democráticas. Todavía se ejercía un considerable poder local, en especial por parte de los estados, lo que producía una amplia variedad de leyes. Sin embargo, en la década de los treinta, el Gobierno federal comenzó a invadir el derecho de los estados de manejar los asuntos económicos. Al principio la Corte Suprema resistió esa invasión federal, pero desde los cincuenta la Corte Suprema, el Congreso y el Gobierno federal se aliaron para disminuir el poder de los estados.[1204] En términos estrictos, la Constitución otorga a los estados sólo cuatro garantías absolutas: igualdad de representación en el

Senado; protección ante la invasión o la violencia interna; el derecho a la integridad jurisdiccional y el derecho a una forma republicana de gobierno. Todo el resto está abierto a la interpretación y, desde la década de 1940, las interpretaciones de la Corte Suprema siempre fueron en contra de los estados.

Analizaremos el papel de la Corte Suprema en breve, pero mientras tanto vale la pena notar que el desplazamiento del poder de los estados al poder federal tiende a actuar en contra de la democracia. En Estados Unidos no hay un sistema de empadronamiento automático, organizado en todo el país y obligatorio, y sólo se registra el 70 por ciento de los que pueden votar. Si existiera un sistema así, la concurrencia en las elecciones federales se elevaría de un 10 a un 12 por ciento. En la práctica, votan poco más de la mitad de los que tienen derecho a hacerlo. Es un problema que se remonta a mucho tiempo atrás. En 1932, en el punto más alto de la Gran Depresión, hubo una asistencia del 52,4 por ciento, y en 1992 fue del 54 por ciento. La asistencia más elevada, el 62,6 por ciento, se produjo en las elecciones presidenciales de 1960. Después de Suiza, Estados Unidos tiene el porcentaje más bajo de votación respecto de la población en edad de votar que cualquier otro país avanzado (aunque se mantiene en el promedio general de votantes empadronados que se presentan). Con frecuencia, las elecciones locales despiertan mucha más pasión y tienen una participación más grande.

Todos los aspectos de los gobiernos locales, desde los estados hacia abajo, son de particular importancia porque Estados Unidos siguió aumentando su población a lo largo del siglo XX. Parte de lo que hace único a ese país es el hecho de que no haya otra nación avanzada que registre una tendencia así, aparentemente invencible. La década de mayor incremento fue la de 1950, cuando la población aumentó en 27.997.377 personas, un aumento equivalente a la cantidad total de habitantes de un

país europeo mediano. Durante los ochenta, hubo un incremento casi igual, 27.164.068, y en 1990 la población total del país era de 249.632.692 habitantes. Es probable que el censo del año 2000 muestre un aumento mayor, y que la población de Estados Unidos alcance los 280.000.000 habitantes. Las proyecciones demográficas, en especial las que se hacen a largo plazo, son poco fiables, pero si se mantiene la tendencia de los últimos cuarenta años, la población total de Estados Unidos llegaría a 400 millones a fines del siglo XXI, y los blancos (como se los define convencionalmente) pasarían a ser minoría ya en 2180.[1205] Examinaremos en breve el efecto de la inmigración y de la demografía en la cultura norteamericana. Por el momento, es importante tener en cuenta que Norteamérica aumentó de manera notable la densidad de población en el siglo XX. Había crecido geográficamente a un ritmo asombroso en el siglo XIX. En 1790 tenía un territorio de 2.247.452 kilómetros cuadrados. A fines de este siglo ocupa 9.159.083 kilómetros cuadrados, un territorio más de cuatro veces mayor. Pero si bien su extensión ha dejado de expandirse desde hace mucho tiempo, el crecimiento de la población se ha mantenido incesante. En 1800, el promedio de densidad de población de Estados Unidos era de 2,3 personas por kilómetro cuadrado. A principios de este siglo se había elevado a 9,8 y, al finalizar el siglo, supera las 27 personas por kilómetro cuadrado.[1206]

Sin embargo, Norteamérica sigue siendo, a fines del siglo XX, un país de enormes contrastes entre ciudades inmensas y superpobladas y tierras desérticas casi primitivas. Todavía es la nación de los rascacielos, que se extienden hacia lo alto en busca de aire respirable en ciudades de gran densidad de población, incluso en regiones que cuentan con amplias extensiones de tierra. La primera etapa de construcción de rascacielos terminó en 1931, cuando se completó el Empire State Building de Nueva York. Hasta ese punto, las torres aumentaban de tamaño a un ritmo

de hasta diez pisos por año. Después hubo una larga pausa, en parte debido a la Gran Depresión y a la guerra, y en parte por dificultades técnicas. El resurgimiento empezó en los setenta, con la construcción no sólo de grandes rascacielos "modestos", como las torres; mellizas del World Trade Gen ter de Nueva York, sino de edificios mucho más altos, como la Sears Tower, de Chicago, que tiene 441 metros de altura. En la década de los noventa el resto del mundo comenzó a presentar desafíos a la supremacía y el gigantismo de Estados Unidos en el levantamiento de rascacielos; por ejemplo, en Melbourne y en Hong Kong, y más aún en Malasia, donde, en 1996, las torres mellizas Petronas, de Kuala Lumpur, le robaron la corona a Chicago. De todas maneras, incluso la proyectada torre Mori de Shangai, con sus 460 metros, sólo será un quinto más alta que el Empire State, y en la actualidad existen técnicas para construir torres del doble de altura, de 800 metros y más.[1207] Hay arquitectos e ingenieros norteamericanos trabajando en ese tipo de proyectos y los edificios más altos del mundo se construirán en Estados Unidos durante la primera década del siglo XXI.

La visión de la arquitectura, y las empresas que la sostienen, como juguetes en gran escala que —como hemos visto— nació en California a principios del siglo XX, continúa floreciendo en diversas regiones de Estados Unidos a fines de ese siglo. Se trata de la vitalidad norteamericana en su máxima expresión, inaceptable para algunas élites, pero evidentemente atractiva para la mayoría.

Las extravagancias y fantasías urbanas de la Norteamérica de fin de siglo coexisten con unidades más pequeñas y ferozmente independientes que continúan viéndose como pequeños pueblos. A mediados de la década de 1990, por ejemplo, el condado de Los Angeles se obligó a salir de la profunda recesión que, por primera vez a principios de la década, devastó la zona sur de California, mediante la adopción de un enfoque de villa ur-

bana o miniciudad, y creó unidades de menos de 40.000 habitantes que poseen un fuerte espíritu democrático y un poderoso sentido de identidad local que se había perdido en la extensa espesura de la misma ciudad de Los Ángeles. Las villas urbanas modernas pueden reestructurar sus economías rápidamente para enfrentarse a los cambios, tienen más facilidad para mantener bajo el coste de vida, pueden reducir el delito, mejorar la educación y los servicios con menos dificultad que las megalópolis urbanas. Los inversores se dan cuenta de que todo es más fácil, más barato, más rápido y menos burocrático.[1208]

La grandeza es esencial en Estados Unidos, un país grande con un pueblo prolífico, pero es falsa la idea de que en la historia norteamericana todo tiende hacia unidades cada vez mayores. A fines del siglo XX, los pueblos pequeños estaban floreciendo en toda Norteamérica, desde las colinas de Vermont hasta el Napa Valley de California, y siempre aparece uno nuevo. Tampoco es cierto que el país haya sufrido una inevitable progresión hegeliana desde lo natural hasta lo mecánico y artificial.

Los norteamericanos siempre oscilaron entre la sociabilidad y la personalidad solitaria, entre el creador de villas, jardines, grandes ciudades y el explorador de bosques primitivos y el forastero solitario. Mientras el rascacielos monolítico, con sus miles dé residentes, siguió siendo, a fines del segundo milenio, el monumento al gregarismo, no sorprende que el mejor pintor norteamericano de la segunda mitad del siglo XX, Andrew Wyeth (n. 1917), dedicara su vida a retratar el aislamiento.

De esto se desprende un relato tradicional, o, mejor dicho, dos relatos. Wyeth, que buscaba retratar la privacidad en una tierra pública como Estados Uñidos, siguió el modelo de dos grandes artistas norteamericanos que habían hecho exactamente eso, Winslow Homer y Thomas Eakins. Homes trabajó principalmente en Maine y Eakins, en la zona rural de Pensilvania;

Wyeth utilizó ambas regiones para sus escenarios. La soledad de Estados Unidos, gente especial en una tierra vasta, era el tema recurrente de Homer, como, por ejemplo, en *The Nooning* (1892) y *Boys in a Pasture* (1974). Eakins en su intento de alcanzar la profundidad de la vida norteamericana, como hemos visto, terminó, muchas veces, haciendo un retrato de la soledad.[1209] Siguiendo sus pasos, Wyeth también se esforzó duramente para adquirir el toque delicado de Thomas Dewing y el talento para la acuarela de Sargent, otros dos sobresalientes artistas estadounidenses que eran, esencialmente, solitarios. De todas formas, Wyeth además pertenece a la tradición norteamericana de la ilustración, uno de los valores más formidables del arte de Estados Unidos.

Wyeth unificó todas esas influencias variadas con un talento cada vez mayor, y, poco después de la segunda guerra mundial, comenzó a producir cuadros sobresalientes como *Christina Olson* (1947), *Roasted Chestnuts* (1956), *Garret Room* (1962), *Adam* (1963), *Up in the Studio* (1965) y *Anna Kuerner* (1971).[1210] Muchas de sus obras eran desnudos, lo que demuestra una devoción y una inspiración basadas en otra poderosa tradición norteamericana: *Black Water* (1972), *Barracoon* (1976), *Surf* (1978); todos desnudos femeninos. Aunque Wyeth también pintó desnudos masculinos: *Undercover* (1970) y *The Clearing* (1979).[1211] La pasión de Wyeth, que compartía con otros importantes pintores norteamericanos, como Edward Hopper, Charles Burchfield, Grant Wood, Edward Weston, Charles Sheeler y Georgia O'Keeffe, se basaba en un objeto o sujeto único, aislado cuidadosamente y realizado con intensidad.

La creación de importantes obras de arte en medio de un revoltijo de kitsch, vulgaridad y moda hueca no es más que una de las paradojas de Estados Unidos a fines del siglo. Norteamé-

rica fue siempre una tierra de paradojas, pues desde un principio los europeos que llegaron allí lo hicieron movidos por una mezcla de codicia e idealismo. Ambas características lucharon por la supremacía durante toda la existencia de la nación pero nunca con mayor intensidad que en las puertas del tercer milenio. La divisoria de aguas de los sesenta, después de la cual Estados Unidos se apartó de sus tradiciones fundadoras hacia mares que no estaban en el mapa, intensificó las paradojas. La Declaración de Independencia había sostenido que era "evidente en sí mismo" que "todos los hombres son iguales", pero, sin embargo, no prestó atención a la esclavitud que existía en su seno. En la última mitad del siglo XX, el país se esforzó con más decisión que nunca para alcanzar la igualdad, pero se volvió más desigual y hasta el mismo concepto de igualdad ante la ley quedó amenazado, tanto en la teoría como en la práctica. Existen pruebas, por ejemplo, de que la desigualdad económica, que había disminuido entre los años 1929 y 1969, comenzó a aumentar de allí en adelante y siguió incrementándose al menos hasta mediados de los noventa.

Esta cuestión no debería exagerarse. En los noventa, Estados Unidos era esencialmente un país de clase media, en el que más del 60 por ciento poseía su propia casa, el 20 por ciento tenía acciones y bonos (aunque sólo la mitad por valor de más de 10.000 dólares), el 77 por ciento había completado la educación secundaria, el 30 por ciento había pasado cuatro años en la universidad, y el grupo mayor, el 44 por ciento, tenía empleos profesionales, técnicos y administrativos. La clase trabajadora propiamente dicha era sólo el 33 por ciento y se estaba achicando rápidamente, mientras que el resto, el 23 por ciento, estaba compuesto por militares y campesinos.[1212] Estados Unidos tenía 3.500 universidades y establecimientos de educación superior.

De todas maneras, a mediados de los noventa se sostenía que cerca del 12 por ciento de la población se encontraba por "debajo del nivel de pobreza", que existían tanto una "sobreclase" como una "subclase" y que las dos se estaban apartando cada vez más. Durante un período de veinte años el 10 por ciento más alto de los ingresos se elevó en términos reales un 18 por ciento y el 10 por ciento más bajo cayó un 11 por ciento.[1213] A fines de la década de 1980, el 1 por ciento más rico, con un total de 932.000 familias, poseía más que el 90 por ciento de toda la población, y casi la mitad de sus ingresos provenían de "inversiones pasivas" (acciones, bonos, holdings bancarios y propiedades).[1214] Los ingresos del trabajo mostraban el mismo patrón de creciente desigualdad. A principios de los ochenta, un ejecutivo principal promedio percibía 109 veces lo que ganaba un obrero promedio, y durante la década su salario aumentó un 212 por ciento, contra el 53 por ciento de los trabajadores promedio.[1215]

Los norteamericanos en buena posición económica es más probable que voten y tienen muchísimas más posibilidades de llegar al Congreso. Por ejemplo, en las elecciones de California de 1992, los blancos, que eran el 55 por ciento de la población, suministraron el 82 por ciento de los votos. Sólo el 7 por ciento de los votos pertenecían a los hispanos, que eran el 25 por ciento de la población; y los asiáticos, 10 por ciento de la población, sumaron apenas el 3 por ciento de los votos.

El hecho de que el grupo por lejos más numeroso del Congreso esté compuesto por abogados (cerca de dos tercios de aquellos clasificados como empresarios y banqueros también se habían graduado en leyes) constituye otra característica significativa de Estados Unidos a fines del siglo XX. Quizá Norteamérica sea una nación "bajo el imperio de la ley", como era la intención de los Padres Fundadores, quizá no. Desdé luego, es un país en el que los abogados siempre tuvieron un dominio y una

influencia desproporcionados en comparación con el resto de la población, y en el que el poder de los tribunales creció dramáticamente a expensas del poder ejecutivo y el legislativo. Es necesario examinar esta cuestión en sus detalles. A mediados de los noventa, tanto el presidente como su esposa eran graduados en Derecho, así como también el 42 por ciento de la Cámara de Representantes y el 61 por ciento del Senado (en comparación, las cifras de las legislaturas de otros países avanzados daba un promedio del 18 por ciento de abogados).[1216] Entre 1900 y 1970, el porcentaje de abogados dentro de la población se mantuvo constante, en un 1,3 por mil. Los médicos sumaban el 1,8 por mil. Después de 1970, los abogados superaron a los médicos a pesar del incremento de los sistemas de salud, Medicare y Medicaid, y de una creciente conciencia sanitaria, debido a que la demanda de servicios legales creció todavía más. En 1987 había 2,9 abogados cada mil personas y en 1990, 3 por cada mil.[1217] En el cuarto de siglo que va de 1960 a 1985, la población de Estados Unidos creció un 30 por ciento y el número de abogados, un 130 por ciento. El crecimiento de la cantidad de abogados residentes en Washington DC en el cuarto de siglo que va de 1962 a 1987 fue igualmente significativo: de 11.000 a 45.000.[1218]

El incremento en la demanda de servicios legales y de los litigios fue producto, principalmente, de dos factores: la conciencia de los derechos, en una época en que los tribunales, en especial la Corte Suprema, estaban acentuando la importancia y la disponibilidad de los derechos; y, en segundo lugar, el aumento de la legislación, en especial de leyes reglamentarias que exigían cumplimiento y por lo tanto presentaban complejos problemas legales a las empresas y a los individuos. Eso explica por qué, a pesar del enorme crecimiento de la gente que se dedica a la práctica legal, de 1.000 mujeres y 15.000 hombres por año en 1970 a 14.000 mujeres y 22.000 hombres en 1985, el prome-

dio de los ingresos legales anuales se mantuvo alto. Como es inevitable, ese incremento en el número de abogan dos, litigios y tareas legales tuvo un efecto parasitario en la economía como un todo. Un estudio de 1989 indicaba que la cantidad óptima de abogados que se precisaba era de apenas el 60 por ciento del total existente y que cada abogado nuevo que se sumaba a la profesión disminuía 2,5 millones de dólares el producto interior bruto.[1219]

Además, lo que quizá sea más importante, el incremento de los litigios y del número e importancia de los abogados dentro de la sociedad creó el contexto para una puja de poder entre aquellos que estaban en el escalón más alto de la profesión legal: los jueces de la Corte Suprema.

Es vital comprender que la tradición jurídica de Estados Unidos, como la entendían los Padres Fundadores, estaba basada en el *common law* (derecho consuetudinario) y la tradición estatutaria de Inglaterra, en la que los jueces interpretan la ley según la costumbre y administran los reglamentos. Los jueces ingleses interpretaban la ley de acuerdo con los principios de equidad o imparcialidad, lo que es sinónimo de justicia natural. Pero lo hacían teniendo en cuenta la advertencia de Grotius (1583-1645), el holandés fundador de la ciencia legal moderna, de que la equidad no debería ser más que “la corrección de aquello para lo que la ley es deficiente”. Esa lección fue ampliada de la forma más solemne por sir William Blackstone (1723-1780), el más grande de todos los juristas ingleses del siglo XVIII, cuyas enseñanzas estaban muy presentes en la mente de los Padres Fundadores cuando diseñaron la Declaración de Independencia y redactaron la Constitución de Estados Unidos. Blackstone decía que los jueces tenían que tener en cuenta tanto la justicia como la ley, pero que “la libertad de considerar todos los casos bajo la luz de la equidad no debe llegar demasiado lejos, no sea que destruyamos todo el derecho y dejemos que la decisión de

todas las cuestiones descanse en el juez. Y la ley, sin la equidad, aunque sea dura y desagradable, es mucho más deseable para el bien común que la equidad sin ley, ya que ésta convertiría a cada juez en un legislador, e introduciría una confusión infinita". [1220]

Como el sistema estadounidense está basado (a diferencia del inglés) en una Constitución escrita, y tiene que reconciliar las leyes federales con las leyes aprobadas por muchos estados, fue necesario cierto grado de revisión judicial de la ley estatutaria. Ese proceso comenzó en 1803, en la corte de Marshall, en el caso "Marbury vs. Madison", en el que se declaró inconstitucional la sección 13 de la Ley Judicial de 1789 y, por lo tanto, nula. Como hemos visto, Marshall y su corte desempeñaron un papel crucial en la formación de la estructura del sistema legal norteamericano para admitir el desarrollo veloz y pleno de la empresa capitalista.

En 1954, sin embargo, se produjo un cambio, que también tenía un contexto complejo. Muchos liberales norteamericanos estaban desalentados por el hecho de que, a pesar de la emancipación y a pesar de la Decimoquinta Enmienda, que garantiza a todos los ciudadanos el derecho a voto, los negros no participaban plenamente en la vida política del país, en especial en aquellos estados donde eran más numerosos, y porque la comunidad negra seguía siendo pobre, mal educada, oprimida e indolente. En 1937, Frederick Keppel, presidente de la Fundación Carnegie, decidió financiar, un estudio de las relaciones raciales. Su colega, Beardsley Rumi, lo convenció de encargar el trabajo a un político sueco de nombre Gunnar Myrdal. Este recibió una subvención de 300.000 dólares, una suma enorme para la época, y a su debido tiempo presentó sus resultados, que fueron publicados en enero de 1944 con el título de *An American Dilemma* (Un dilema norteamericano), con 1.000 páginas de texto, 250 de notas y 10 apéndices. ¿Quién era Gunnar Myrdal? Es-

encialmente, era un discípulo de Nietzche y de su teoría del superhombre; Myrdal creía que "la política democrática es estúpida" y que "las masas son impermeables a los argumentos racionales" y eso lo hizo suscribir la ingeniería social del Partido Social Demócrata sueco, en el cual la élite iluminada tomaba las decisiones en nombre de la gente para su propio bien.

En esencia, Myrdal sostenía, "fundándose" en sus estadísticas, que el racismo de Estados Unidos era demasiado profundo para que una acción constitucional pudiera enmendar los problemas de los negros. En realidad, su libro es un ataque constante a las deficiencias del proceso democrático. Concluye exhortando a la Corte Suprema a que actúe donde fracasó la democracia y que aplique "el espíritu de las enmiendas de la reconstrucción" para terminar con la segregación.

El resultado se convirtió en lo que quizás haya sido la más importante decisión individual de la Corte Suprema en la historia de Estados Unidos, "Brown vs. El Directorio de Educación de Topeka" (1954), caso en el que la Corte sentenció que las escuelas segregadas violaban la Decimocuarta Enmienda, que garantizaba igual protección de la ley, y que por lo tanto eran anticonstitucionales. De esa manera, los jueces avanzaron conscientemente para redimir lo que veían como una falla de la legislación. Un año después, como complemento al caso, la Corte expidió una guía para la eliminación de la segregación en las escuelas e invistió a las cortes federales con la autoridad de supervisar el proceso, a la vez que instaba a que éste tuviera lugar "con toda rapidez". Al proclamarse como un organismo de aplicación, la Corte también estaba sustituyendo al poder ejecutivo en un punto en el que consideraba que éste había fracasado.

La eliminación de la segregación en las escuelas entró en vigor gracias a la Ley de Derechos Civiles de 1964, que el presidente Johnson impulsó en un famoso discurso ante el Congreso del 27 de noviembre de 1963: "En este país ya hemos hablado

bastante de igualdad de derechos. Hemos hablado durante cien años o más. Ahora debemos escribir el capítulo siguiente, y escribirlo en los libros de la ley". Eso fue lo que hizo el Congreso, ejerciendo la función constitucional que le es propia, y la ley fue el resultado de un acuerdo democrático dentro de la legislatura. Esa ley fue un éxito notable en la mayoría de los aspectos. Pero las intenciones manifiestas del Congreso al promulgarla fueron distorsionadas por los abogados de la doctrina del "realismo legal". La ley establecía la Comisión para la Igualdad de Oportunidades Laborales como organismo de aplicación. Lo que sucedió fue que, en los primeros cinco años de funcionamiento, la comisión tuvo no menos de cuatro presidentes, la mayoría en ausencia, y durante su período más importante el jefe *de facto* fue el funcionario de acatamiento, un profesor de derecho de Rutgers llamado Alfred W. Blumrosen. La ley instruía a la comisión para que respondiera a las quejas. Blumrosen hizo a un lado esa disposición y utilizó el organismo para realizar acciones directas e imponer cuotas, lo que violaba la ley. Se vanagloriaba abiertamente de lo que él llamaba "un estilo libre y relajado con los reglamentos" y alababa al organismo porque funcionaba "en desafío a las leyes que gobernaban sus operaciones".[1221]

Ése fue el verdadero comienzo de la Acción Afirmativa y conviene recordar que estuvo basado en la ilegalidad, al igual que, por supuesto, el racismo que decía corregir.

En la actualidad, muchos cursos de derecho constitucional (por ejemplo, en Georgetown, Washington DC) comienzan con el caso "Brown", y se enseña que la Corte Suprema, así como otros tribunales, se veía obligada, a la luz de ese caso, a tomar nota de las protestas sociales, tales como las manifestaciones y los disturbios —en especial cuando el Congreso no les prestaba atención— en el momento de realizar sus decisiones. Incluso un número cada vez mayor de abogados se opusieron al

crecimiento del triunfalismo legal. Uno de los que dieron forma a la sentencia "Brown", Alexander Bickel, que había sido secretario de Frankfurter, la repudió. Otro, el consejero legal de la NAACP, Herbert Washsler, profesor de derecho en Columbia, sostuvo que la sentencia fue una "decisión sin principios" que sacrificó los principios de neutralidad legal a cambio de un resultado deseado. Raoul Berger, de Harvard, acusó a la Corte de guiarse por la falacia moral de que el fin justifica los medios y de usurpar las facultades del poder legislativo "con el argumento de que no hay otra manera de librarse de un mal reconocido". Otros expertos dijeron que se corría el peligro de que la cuestión de la raza, y la forma en que los tribunales la trataban, ocupara el adecuado proceso político en su totalidad, y que la raza, seguida rápidamente por la etnia, estaba desplazando a la ciudadanía como concepto de identidad. En la práctica, las pruebas demostraron que el poder judicial no pudo producir un cambio deseable: cuando intentó hacerlo, sólo creó nuevas formas de injusticia. "Al contrario de lo que se esperaba —señaló un crítico— [Brown] resultó ser el preludio de un gran paso hacia atrás en las relaciones raciales de Estados Unidos".[1222]

Una vez que se estableció el principio de que era legal y constitucional discriminar a favor de determinados grupos raciales —y en algunos casos obligatorio—, hubo varias consecuencias. Se introdujeron cuotas raciales en todos los niveles inferiores de los empleos gubernamentales y en la industria privada bajo amenaza de demandas por parte del Gobierno: por ejemplo, AT&T incrementó el número de gerentes de minorías del 4,6 por ciento al 13,1 entre 1973 y 1982, y la cantidad de empleados negros en IBM aumentó de 750 en 1960 a 16.564 en 1980.[1223]

Por desgracia, los tribunales no pueden gobernar, porque no es ésa su función, y el resultado de la agresión judicial fue que Estados Unidos no se hizo más gobernable, sino menos. La im-

posición de cuotas raciales sencillamente estimuló más formas de acción directa, incluyendo un aumento de los disturbios. La introducción de la desigualdad ante la ley sólo sirvió para socavar el proceso legal en sí mismo. Hipnotizados por la filosofía de las cuotas y la discriminación positiva, los jurados de mayoría negra se negaron a declarar culpables a los negros acusados de asesinar a blancos (especialmente, en Nueva York, a blancos judíos). Las familias de blancos asesinados por negros se vieron obligadas a recurrir a los procesos civiles para asegurarse una retribución en los casos en que veredictos determinados racialmente impidieron que se hiciera justicia. Y cuando los blancos (principalmente policías blancos) eran absueltos del cargo de haber asesinado a negros, estallaban inmensos disturbios negros que provocaban que fueran juzgados nuevamente. Estas dos variantes de casos violaban otro axioma fundamental de la ley: el que estipula que ningún acusado puede ser juzgado dos veces por el mismo delito.

Pero las consecuencias perturbadoras no terminan aquí. Estados Unidos corrió el peligro de abrazar un sistema de castas, como el de la India o, aún peor, de obligarse a establecer la infraestructura jurídica de un estado racista, como el de la Alemania de Hitler. En 1973, Washington encargó al Comité Federal Interdepartamental sobre Educación que creara reglas consistentes para clasificar a los norteamericanos por etnia y raza. El comité estableció una clasificación de cinco razas: indios norteamericanos o nativos de Alaska, asiáticos o isleños del Pacífico, negros, blancos e hispanos. Lo que es extraño, ante la insistencia de la Oficina de Dirección y Presupuesto, los indios asiáticos, que habían sido ascendidos a blancos por una decisión de la Corte Suprema de 1913, luego descendidos por otra decisión de la Corte Suprema de 1923, descendieron aún más a la categoría de asiáticos e isleños del Pacífico a fines de 1970, y quedaron encantados con el resultado, ya que significaba que todos ellos,

incluidos los hindúes de castas superiores, podían sacar ventaja del sistema de preferencia racial.[1224] Ese nuevo código de razas se adoptó mediante la Directiva Estadística 15.[1225]

El nuevo código racial norteamericano comenzó a experimentar esa clase de dificultades desde la década de 1980, cuando el hecho de pertenecer a determinadas categorías traía aparejadas inmediatas ventajas financieras y de otro tipo.

Era deprimente ver que Estados Unidos, una república que era un modelo de democracia e igualdad, tomaba ese rumbo retrógrado. Pero, mientras tanto, el sistema se extendió. Desde fines de los sesenta, cada vez más universidades ofrecieron cursos y títulos en estudios afroamericanos, identidad africana, afroconciencia, afrocentrismo y temas relacionados. La Universidad Howard, certificada por una ley del Congreso en 1867 y que durante mucho tiempo se consideró el mejor establecimiento predominantemente negro, formó un enorme Departamento de Investigación y Estudios Africanos, con una lista de sesenta y cinco cursos, entre ellos pensamiento político africano, África y la economía mundial, organización política de la aldea africana, historia social africana, sistemas educativos de África, además de cursos de idiomas africanos como ibo, wolof, lingala, swahili, xhosa, zulú, amharis y árabe argelino.

Un paladín de las nuevas enseñanzas, el profesor Leonard Jeffries, presidente del Departamento de Estudios Afroamericanos del City College de Nueva York, sostenía que los blancos eran inferiores a los negros, que los judíos financiaron el comercio de esclavos y que “el punto culminante definitivo” del “sistema de valores de los blancos” era la Alemania nazi. Los alumnos de Jeffries se enteraban de que los genes blancos se deformaron en la Edad de Hielo, lo que hizo que produjeran un suministro deficiente de melanina, lo que a su vez hizo a los blancos capaces de crímenes asombrosos, mientras que los genes negros fueron reforzados por “el sistema de valores del sol”.[1226]

El crecimiento del adoctrinamiento político y de la teoría de la raza maligna era parte de un fenómeno conocido como la Corrección Política (CP), que atravesó las universidades norteamericanas en los ochenta y principios de los noventa, de la misma manera que lo había hecho la protesta durante los sesenta. El peor aspecto de la CP, según se quejaban sus críticos, no era su tontería sino su intolerancia y su tendencia a reprimir la libre expresión. Un testimonio clásico de la CP fue la "política sobre el acoso", redactado por John Casteen, rector de la Universidad de Connecticut y publicado en el *Manual de los estudiantes, 1989-1990* de ese establecimiento. Allí se instaba a los estudiantes negros e hispanos y a las de sexo femenino a denunciar ante las autoridades cualquier comentario peyorativo que oyeran, y ordenaba a aquellos que administraban los procedimientos de los denunciantes que "evitaran comentarios que disuadieran a las víctimas de defender sus derechos" ya que "esa conducta es en sí misma discriminatoria y una violación de esta política".[1227] Casteen hizo carrera e incluso llegó a convertirse en rector de la Universidad de Virginia, fundada por Thomas Jefferson.

También existía la preocupación de que en una época en que había más jóvenes en las universidades que nunca, la calidad de la enseñanza que recibían se viera disminuida por factores ideológicos. Una de las características de la CP, y su teoría asociada, el deconstruccionismo —una importación de Europa que las universidades de Estados Unidos respetaron más inexorablemente—, era la legitimación de la cultura popular como tema de estudio; así, las historietas para niños se colocaban en el mismo nivel que Shakespeare o Melville.

Todo esto parece parte de un proceso de movilidad descendente que, como hemos visto, se transformó en un fenómeno

norteamericano por primera vez en la década de 1920 y cobró fuerza desde los sesenta en adelante. La literatura crítica de los ochenta y los noventa estaba llena de obras que denunciaban la "estupidización" de Estados Unidos, un concepto hollywoodense de 1933 que se usaba cuando se escribían guiones para semianalfabetos. En 1987, fue un éxito de ventas un libro de Allan Bloom, de la Universidad de Chicago, llamado *The Closing of the American Mind* (El cierre de la mente norteamericana), que llevaba el subtítulo de *Cómo la educación superior ha fallado a la democracia y empobrecido las almas de los estudiantes de hoy*. En 1991, una obra complementaria de Roger Kimball, *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted our Higher Education* (La permanencia [en cargos educativos] de los extremistas: Cómo la política ha corrompido la educación superior), llamaba la atención en particular sobre la omisión de hechos y de materias enteras en los cursos universitarios por temor a que pudieran "ofender" a un grupo racial en particular.

Uno de los blancos del ataque era el lenguaje norteamericano. El uso del inglés, con su enorme vocabulario, su inigualable capacidad de inventar y adaptar palabras nuevas, y sus sutilezas de gramática y sintaxis, siempre había sido una de las grandes fortalezas de la cultura y la sociedad de Norteamérica. El surgimiento de Estados Unidos como la primera región de libre comercio del mundo que era verdaderamente grande, tan importante para la expansión e industrialización que tuvo lugar en el siglo XIX, se debió en parte a la coherencia suministrada por un idioma común, pronunciado (y, gracias a Webster, deletreado) de la misma forma en toda una región del tamaño de Europa.

El aprendizaje del inglés era una parte vital del proceso de fusión de razas y, de la misma manera, los hablantes de otras lenguas que llegaban a Estados Unidos como inmigrantes, en el proceso de aprender el inglés aumentaban la riqueza de ese

idioma, como Henry James explicó con poderosos argumentos en una conferencia que dictó en el Bryn Mawr College el 8 de junio de 1905. "Lo mejor que pueden hacer es jugar, según su propia satisfacción, con el idioma inglés [y] arrojar sus montañas de materiales promiscuos a los cimientos del norteamericano [...] Tienen la misma propiedad sobre el habla que tenemos nosotros y exactamente el mismo derecho de hacer lo que deseen con ella". Pero James decía que la pronunciación correcta del inglés era "la buena causa" y que tenía que estar basada sobre la lectura constante: una cultura verdadera era una cultura literaria, y una cultura puramente oral estaba destinada a degenerarse en una degradación necia y sin imaginación. Una de las características de la movilidad descendente, muchas veces reforzada por la corrección política y el deconstruccionismo, era precisamente el hecho de que ponía el énfasis en lo oral como opuesto a lo escrito e impreso. Se consideraba que los intentos de enseñar a los niños a hablar y escribir el inglés "correcto" eran "elitistas" y hasta "racistas", ya que la misma idea de que había una forma "correcta" de inglés era "opresiva".[1228]

La perspectiva de provocar guerras civiles lingüísticas en Estados Unidos no habría arredrado a algunos entusiastas de los derechos. La biblia del lobby de los derechos, *A Theory of Justice* (Una teoría de la justicia)(1971), de John Rawls, sostenía que la justicia era categóricamente suprema, superior a cualquier otra consideración, por lo que un aspecto de la justicia sólo podía sacrificarse ante otro aspecto, no ante algún objetivo deseado. Rawls argumentaba que no debería adoptarse una política que beneficiara a toda la raza humana con excepción de una persona (aunque esa persona resultara ilesa), porque sería una distribución "injusta" de los beneficios de esa política.[1229] Thomas Sowell, un notable filósofo norteamericano negro atacó ese enfoque de una manera muy convincente en su libro de culto a favor de la libertad, *Knowledge and Decisions* (Conocimiento y

decisiones) (1980), donde sostenía que los derechos tenían una base más firme en la práctica con el acceso a la propiedad y en el interés propio de su supervisión. Entonces, si se llevan los derechos ideales de todos a su conclusión lógica éstos no se alcanzan, porque no existe justicia suficiente para eso, y lo único que se provoca es un conflicto de derechos.

Eso se hizo cada vez más obvio cuando se aplicó la acción afirmativa. Comenzaron a acumularse estadísticas que demostraban claramente que las "preferencias raciales" estipuladas por ley beneficiaban a los negros e hispanos pudientes a expensas de los pobres de todas las razas. Y se produjeron muchos casos individuales de injusticia. Thomas Wood, director ejecutivo de la Asociación de Becarios de California, declaró que se le negó un empleo solamente porque era un varón blanco. Junto con otras personas, redactó la Iniciativa de California de 1996, proposición 209, en la que se solicitaba una enmienda a la Constitución del estado para prohibir el uso de cuotas en las instituciones del estado de California. Una mayoría sustancial aprobó la iniciativa en noviembre de ese año. Esa decisión democrática de un electorado de 30 millones fue bloqueada de inmediato por el juez federal Thelton Handerson, un negro con fuertes relaciones con la izquierda radical, que emitió una orden para impedir su aplicación, sobre la base de que existía una "fuerte probabilidad" de que la ley fuera declarada "anticonstitucional" cuando llegara a la Corte Suprema.

La posibilidad de que la usurpación de las facultades de la legislatura por parte del poder judicial fuera causa de violencia quedó demostrada con las consecuencias del fallo de la Corte Suprema en el caso "Roe vs. Wade". El 22 de enero de 1973, la Corte resolvió (por siete contra dos) que la opción de elegir un aborto durante el primer trimestre de embarazo era un privilegio constitucional fundamental. Ese fallo implicaba que todas las leyes estatales que prohibían el aborto eran anticonstitucio-

nales y nulas. Muchos consideraron que esa decisión era un extraordinario ejemplo de sofismo judicial, ya que se basaba en la suposición de que la Decimocuarta Enmienda, que garantiza la libertad personal como parte de un proceso justo, incluía un derecho a la privacidad que las leyes antiaborto violaban.

Como resultado del fallo de la Corte, se permitieron los abortos pedidos por cualquier razón y hasta principios de la década de 1990 se realizaron 30 millones, a un ritmo de 1.600.000 por año. La justificación para esta destrucción masiva, sin ningún mandato democrático y sometida a la discreción de jueces que no habían sido elegidos, fue que el mismo número de casos indicaba que era evidente que todas las mujeres, la mitad de la población, aceptaban ese proceso. Pero en agosto de 1996, un estudio realizado por la Asociación de Paternidad Planificada, que es una institución a favor del aborto, demostró que muchas mujeres habían tenido al menos dos abortos y que los 30 millones estaban concentrados en ciertos grupos, en especial de mujeres negras o blancas solteras que cohabitaban con un hombre o con muchos. La gran mayoría de las mujeres norteamericanas no recurrió al aborto durante toda su vida.[1230]

La fuerza del sentimiento antiabortista, que pareció crecer cuando las nuevas técnicas de tomografía computar izada demostraron que el feto se convierte en un ser humano reconocible en una etapa muy temprana del embarazo, recordaba las campañas antiesclavistas del período de 1820 a 1860. En las décadas de 1970, 1980 y 1990 se convirtió en una cuestión insoslayable que tendía a expresarse con cada vez más violencia a medida que pasaba el tiempo, como, por cierto, había sucedido con las discusiones sobre la esclavitud. Los antiabortistas, o "pro-vida", como se llamaban a sí mismos, se reunían con frecuencia en secreto y operaban en el equivalente de la "clandestinidad" del movimiento antiesclavista, además de incluir en sus filas extremistas homicidas como John Brown y sus hijos. Entre

1987 y 1994, se arrestó a más de 72.000 manifestantes por hacer piquetes frente a clínicas de abortos, y algunos fueron condenados hasta a dos años y medio de prisión por acciones no violentas que consistían principalmente en cánticos y oraciones. En 1994, presionado por el Lobby Pro-Choice (lobby a favor de la elección del aborto), el Congreso aprobó la Ley de Libertad al Acceso a las Entradas de las Clínicas, que estipulaba que los piquetes pacíficos eran un delito federal castigado con hasta diez años de prisión. Eso no arredró a los antiabortistas: todo lo contrario. A fines de 1996 se habían lanzado bombas incendiarias contra 148 clínicas y un número de médicos especializados en abortos tardíos habían recibido disparos o habían sido apuñalados con sus propios instrumentos; también habían muerto recepcionistas. La disminución del número de abortos realizados cada año, de 1.600.000 a 1.400.000, que las organizaciones a favor de la vida proclamaron como la "salvación" de 200.000 vidas anuales, fue un indicador de los efectos de la campaña de violencia. Al igual que los independentistas del siglo XIX, los que se consideraban "a favor de la vida" descubrieron que era más probable obtener resultados por la fuerza que mediante el debido proceso o la votación.

Que la Corte Suprema, aunque fuera inadvertidamente, provocara que ciudadanos de altos principios recurrieran a la violencia era una cuestión grave en una sociedad que ya se estaba enfrentando a un problema delictivo aparentemente ingobernable. En el siglo XIX y a principios del XX, no había estadísticas nacionales de delincuencia en Estados Unidos, pero las locales daban la impresión de que en la segunda mitad del siglo XIX, el delito había disminuido (con la excepción de unos pocos años después de la guerra civil). En 1960 se hicieron las primeras es-

tadísticas nacionales, que revelaron que la tasa de criminalidad era de menos de 1.992 por cada 100.000 personas. Esa cifra se duplicó en los años sesenta y se triplicó en los setenta. En los delitos de homicidio, violación, robo y agresión calificada, el aumento fue mayor y, de 1960 a 1990, se quintuplicó.[1231] Los resultados de la combinación de varios índices estadísticos fueron vistos como "la desmoralización de la sociedad norteamericana". Durante los treinta años transcurridos de 1960 a 1992, la población se incrementó un 41 por ciento y los delitos violentos un 560 por ciento, los suicidios de adolescentes un 200 por ciento, los divorcios un 200 por ciento, los nacimientos ilegítimos un 400 por ciento, y un 300 por ciento la cantidad de niños que vivían con un solo padre. Otro dato significativo es que los niños formaban el segmento de la población criminal que crecía con mayor rapidez. Durante ese período, el gasto en bienestar social había aumentado un 630 por ciento en términos reales y el gasto en educación, un 225 por ciento.[1232]

Durante las décadas de 1970, 1980 y 1990, en las que el delito se intensificó, hubo muchas mejoras en la acción policial, que a veces produjeron resultados y otras veces fueron abortadas por factores políticos. Por ejemplo, el Departamento de Policía de Los Angeles, tan corrupto en los años treinta y cuarenta que las excelentes ficciones de Raymond Chandler sobre sus operaciones en realidad subestimaban la cuestión, se convirtió en una fuerza honesta y eficiente gracias a dos jefes brillantes, William/Parker y su sucesor Thomas Redden, pero retrocedió varias décadas por causa de los disturbios de 1992, altamente politizados, y sus consecuencias.[1233] En muchas grandes ciudades norteamericanas, como Los Angeles, la alta proporción de negros condenados por delitos —los negros eran un 12 por ciento de la población total y representaban el 50-60 por ciento de las detenciones por homicidio, el 50 por ciento de las detenciones por violación, casi el 60 por ciento de los arrestos por ro-

bo y el 40-50 por ciento de los arrestos por agresión calificada — hizo que el lobby antirracista tendiera a tratar a la policía como el "enemigo" y a oponerse a una eficaz prevención del delito con argumentos políticos.[1234]

En 1990, Bill Bratton, un experto policial de Boston, ocupó la jefatura de la policía del Metro de Nueva York e introdujo la política de "tolerancia cero", a partir de la cual se hacían arrestos y procesamientos incluso en los casos menores. Ese sistema funcionó tan bien que, en 1993, cuando el procurador federal Rudolph Giuliani fue elegido intendente de Nueva York, dio a Bratton la oportunidad de aplicar su estrategia en toda la ciudad, y los resultados fueron impresionantes. En el período de 1993 a 1995, los delitos violentos y contra la propiedad se redujeron un 26 por ciento en Nueva York; los homicidios a manos de adolescentes cayeron un 28 por ciento, el robo de coches un 46, el robo un 41 y el homicidio en general un 49 por ciento. En tres años, Nueva York, con el 3 por ciento de la población, logró un tercio de la disminución de delitos denunciados en todo el país. En 1996, la ciudad informó de que desde 1968 no se había producido un número tan bajo de homicidios.[1235] Pero, aunque una policía más eficaz, instigada por factores demográficos subyacentes, como una elevación de la edad promedio de la población, hizo mucho por resolver el problema, la mayoría de los estudios sostienen que un avance radical en el nivel del delito en Estados Unidos dependería del regreso a una cultura más religiosa o moralista. Los historiadores siempre han percibido que la religión organizada ha resultado ser la mejor forma de control social en las sociedades occidentales.

A la luz de esa conclusión, es probable que los historiadores del futuro sientan extrañeza ante el hecho de que, durante la segunda mitad del siglo XX, mientras el pecado publico, o el delito, crecía a gran velocidad, las autoridades del Estado, y, notablemente, los tribunales —en especial la Corte Suprema—hi-

cieron todo lo que pudieron para reducir el papel de la religión en los asuntos de Estado, particularmente en la educación de los jóvenes, cuando declararon que los rezos escolares eran ilegales y anticonstitucionales y cuando prohibieron hasta los símbolos religiosos como los árboles de Navidad y las representaciones teatrales navideñas dentro de las escuelas.

Mientras que en Europa, muchas veces, casi habitualmente, se consideraba que el fervor y las prácticas religiosas eran una amenaza a la libertad, en Estados Unidos se las veía como un fundamento de ésta. En Europa, la religión se presentaba, al menos por parte de la mayoría de los intelectuales, como un obstáculo al "progreso"; en Estados Unidos, como una de sus dinámicas.

Desde los sesenta, esta enorme e importante diferencia entre Europa y Estados Unidos se volvió borrosa, quizá con vistas a desaparecer totalmente. Era una de las maneras en que Estados Unidos estaba perdiendo su unicidad y dejando de ser la "ciudad de la colina". Por primera vez en la historia norteamericana surgió la tendencia, especialmente extendida entre los intelectuales, de que las personas religiosas eran enemigas de la libertad y de la elección democrática. Otra tendencia entre la misma gente consistía en presentar las creencias religiosas de cualquier clase que se sostuvieran con certeza y las prácticas religiosas de cualquier clase que se practicaran con celo como "fundamentalismo", un término del que se ha abusado universalmente.

Esta situación produjo una atmósfera hostil que afectó especialmente a las líneas principales de las Iglesias protestantes norteamericanas, que se conocen como "las Siete Hermanas": las Iglesias baptistas americanas de Estados Unidos de América, las Iglesias cristianas (discípulos de Cristo), la Iglesia episcopal, la Iglesia luterana evangelista de Estados Unidos, la Iglesia presbiteriana (EE. UU.), la Iglesia unida de Cristo y la Iglesia metodista unida.[1236] Para subsistir en esa hostil atmósfera secular, las

Iglesias se liberalizaron y, hasta cierto punto, se secularizaron. Eso, a su turno, las llevó a alejar a sus miembros más ortodoxos. Las Siete Hermanas siguen manteniéndose aparentemente fuertes, en términos de institución norteamericana. Todos los presidentes pertenecían, al menos en teoría, a la congregación de alguna de ellas, a excepción de Kennedy (católico) y Carter (baptista del Sur).

En 1994, el registro de feligreses de las Siete Hermanas era el siguiente: las Iglesias baptistas americanas tenían 1.500.000, los discípulos de Cristo 605-996, la Iglesia episcopal 1.600.000, la Iglesia luterana 3.800.000, los presbiterianos 2.700.000, la Iglesia unida de Cristo 1.500.000 y los metodistas unidos 8.500.000. En contraste, los católicos romanos, que desde 1890 han sido la categoría independiente más numerosa de Estados Unidos, llegaban a 60 millones a mediados de la década de 1990, los baptistas del Sur a 16.600.000 y los mormones a 10 millones.[1237] Esas Iglesias seguían teniendo identidades y características distintivas claras, enseñaban doctrinas específicas y mantenían, no sin dificultad, en especial entre los católicos, su coherencia y moral. Además, había un gran número de Iglesias cristianas, algunas nuevas y otras derivadas de distintos Despertares, cuyos seguidores eran difíciles de cuantificar pero que colectivamente sumaban más de 50 millones. Muchas de esas Iglesias aumentaron su grey y obtuvieron financiamiento mediante un uso eficaz de la televisión local, nacional, de cable y de la radio. Algunas de ellas estuvieron representadas en el principal grupo religioso de presión política, la Conferencia Cristiana de Liderazgo, que en 1996 tenía más de 1.300 sucursales y de la que se creía que influía y (en algunos casos) controlaba el Partido Republicano en los cincuenta estados. Esta agrupación y los católicos constituyen la faz más afirmativa del cristianismo norteamericano, siguen teniendo poder en la nación en su totalidad y son el corazón de la "mayoría moral". Durante fines de

los ochenta y los noventa, se produjo una creciente cooperación, una especie de ecumenismo rural, entre las Iglesias protestantes, los católicos, los judíos (que a mediados de los noventa eran poco menos de seis millones) y hasta los musulmanes, budistas e hinduístas, para intentar promover los valores morales tradicionales.

De todas maneras, el declive y la desmoralización del protestantismo central fue un hecho importante en la vida norteamericana a fines del siglo XX. El promedio de edad de los miembros de esas Iglesias se elevó rápidamente, de cincuenta años en 1983 a alrededor de sesenta a mediados de los noventa, lo que indica su fracaso para retener a los niños dentro del rebaño (en contraste con los grupos protestantes conservadores, que prestan especial atención a la instrucción de las familias en su totalidad).

En general, la disminución de la influencia de las Iglesias centrales era más pronunciada en las grandes ciudades, en las antiguas áreas industriales y en los centros de población. Fue un factor importante en lo que para muchos analistas de la sociedad norteamericana es el proceso más decisivo de Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX: la desintegración de la familia y de la vida familiar, y el crecimiento de la ilegitimidad. El inmenso número de niños que nacieron fuera de la estructura familiar, o que se criaron en familias monoparentales parece estar estadísticamente conectado con la mayoría de los males modernos de la vida norteamericana: resultados escolares pobres, analfabetismo o semianalfabetismo, niños de corta edad en las calles, delincuencia juvenil, desempleo, crimen adulto y, sobre todo, pobreza.

Uno de los críticos sociales más perspicaces de Estados Unidos, Daniel P. Moynihan (más tarde senador por Nueva York), ya en los sesenta llamó la atención sobre la creciente debilidad

de la familia como causa principal de la pobreza negra, en un informe conocido como "Informe Moynihan". El tema fue retomado y ampliado en los escritos de Charles Murray, cuyo libro *The Bell Curve* (La curva de la campana) constituyó una contribución importante —y controversial— al análisis social de Estados Unidos en los noventa. El libro recibió ataques sensacionalistas cuando se publicó porque resumía una gran cantidad de material estadístico para señalar importantes diferencias en el coeficiente intelectual entre las categorías raciales, y de esa manera transgredía los parámetros permitidos para discutir el problema racial según los había estipulado el consenso liberal.

Hasta 1920, la proporción de niños nacidos de madre soltera en Estados Unidos era inferior al 3 por ciento, cifra que con ligeras variaciones se había mantenido a lo largo de la historia del país. La tendencia comenzó a crecer, aunque no dramáticamente, en los cincuenta. A mediados de los sesenta y hasta principios de los noventa se produjo un crecimiento agudo y sostenido, hasta llegar al 30 por ciento en 1991. En 1960 había apenas 73.000 madres que no se habían casado jamás entre 18 y 34 años de edad. En 1980 había un millón. En 1990 se había llegado a los 2.900.000. Así, aunque la tasa de ilegitimidad se multiplicó por seis en treinta años, el número de madres que jamás se habían casado se multiplicó por cuarenta. La ilegitimidad era más común entre los negros que entre los blancos. La diferencia entre la tasa de matrimonios de negros y la de blancos era pequeña hasta 1960, momento en que se amplió de manera tal que en 1991 sólo el 38 por ciento de las mujeres negras entre 15 y 44 años de edad estaban casadas, comparado con el 58 por ciento de las mujeres blancas. La significativa diferencia entre el número de niños ilegítimos negros y el de blancos se remontaba hasta bastante antes de los sesenta, aunque se incrementó marcadamente después de la divisoria de aguas de esa década. En 1960, el 24 por ciento de los niños negros eran ile-

gítimos, comparado con el 2 por ciento de los blancos. En 1991, las cifras de nacimientos ilegítimos eran del 68 por ciento de todos los nacimientos para los negros, el 39 para los latinos y el 18 por ciento para los blancos no latinos. En algún punto entre 1960 y 1990, el matrimonio, y; los hijos dentro de él, dejaron de ser la norma entre los negros, mientras que siguió siéndola entre los blancos (aunque en deterioro).[1238] El salto de la tasa de ilegitimidad de 1991 fue el mayor registrado hasta esa fecha, pero se vio superado los años siguientes. A fines de 1994 era el 33 por ciento para todo el país: 25 por ciento para los blancos y 70 por ciento para los negros. En ciertas partes de Washington, capital de la nación más rica del mundo, llegaba al 90 por ciento.[1239]

En la segunda mitad de la década de 1990, surgió la conciencia de que los remedios convencionales para las privaciones raciales y de clase —el desarrollo de los derechos civiles y la asignación de grandes cantidades de dinero a los programas de bienestar social— no funcionaban. La guerra contra la pobreza había fracasado. Ahora comenzaba la guerra para restablecer el matrimonio como centro de la vida norteamericana.

En esa batalla, el acceso de las mujeres a posiciones de igualdad genuina dentro de la vida norteamericana podría parecer, a primera vista, un impedimento. Cuanto más éxito tenían las mujeres en la vida, menos prioridad daban al matrimonio, a los hijos y al hogar. En 1995, un estudio de Claudia Goldin, del Organismo Nacional de Investigaciones Económicas reveló que sólo el 15 por ciento de las mujeres que habían obtenido un título superior cerca de 1972 seguían manteniendo tanto la profesión como la familia a mediados de los noventa. Entre las que tenían una carrera próspera, indicada por el nivel de ingresos, casi el 50 por ciento carecía de hijos.[1240] La carrera y el matrimonio parecían alternativas, no complementos. Pero las muje-

res siempre habían adoptado diferentes estrategias para abrirse paso hacia el frente, o hacia la felicidad.

La mayoría de las mujeres norteamericanas del siglo XX no se enzarzaban en la lucha para derrotar a los hombres. Se adherían a lo que se conocía como "el pacto de las mujeres", que reconocía que éstas se dividían en tres grupos. El primero estaba formado por aquellas que no podían o no querían casarse, o que temían el parto, y dedicaban sus vidas a una carrera (como antes habían entrado en un convento). El segundo era el de las que se casaban, tenían hijos y dejaban su educación en manos de otros para dedicarse a sus carreras. El tercero estaba compuesto por las que elegían el matrimonio como carrera y la formación del hogar como su arte.[1241] Las feministas de los años sesenta y posteriores quebraron el pacto de las mujeres y tacharon de traidoras a su sexo a las que elegían la combinación de carrera y matrimonio. Helen Gurley Brown, fundadora de *Cosmopolitan* (1965), una revista que llegó a tener malas palabras y desnudos masculinos frontales y totales, acusó al ama de casa de "parásita, dependiente, estafadora, chupasangre [y] mendiga". Betty Friedan (n. 1921), en *The Feminine Mystique* (La mística femenina) (1974), definió la feminidad como un "cómodo campo de concentración", aunque también sostuvo, en *The Second Stage* (El segundo escenario) (1981) que el movimiento de liberación femenina y la "guerra sexual contra los hombres" eran "irrelevantes" y "derrotistas".[1242] En 1970, la revista *Time* publicó un ensayo en el que Gloria Steinem tachaba a las "mujeres tradicionales" de "inferiores" y "criaturas dependientes que todavía son niñas". Ese estribillo fue repetido por innumerables académicas que proliferaron en los sesenta, setenta y ochenta, y que dirigían los "estudios de la mujer" en muchas universidades.

Pero, mientras tanto, las mujeres comunes avanzaban económica, financiera y profesionalmente y en la confianza en sí mis-

mas, sin mucha ayuda del movimiento feminista, que en particular se había opuesto a la participación de las mujeres en el capitalismo de empresa. En 1996, las mujeres norteamericanas eran dueñas de 7.700.000 empresas, empleaban a 15 millones y medio de personas y generaban ventas por valor de 1,4 billones de dólares. En una gran mayoría de casos, en combinación con el matrimonio y la crianza de los hijos. De hecho, las mujeres eran dueñas de 3.500.000 empresas basadas en sus hogares, que empleaban a 5.600.000 personas a jornada completa y a 8.400.000 a tiempo parcial. Además, las mujeres siguieron floreciendo en todas las compañías norteamericanas, incluso en las más grandes. Y, durante la segunda mitad de 1990, consiguieron atravesar el "techo de cristal", un término inventado en 1986 por el *Wall Street Journal* para describir "la barrera invisible pero impenetrable entre las mujeres y los cargos ejecutivos". En realidad, era bajo el número de mujeres que se habían graduado en administración de empresas en los cincuenta y sesenta y que, por lo tanto, eran candidatas posibles para los puestos máximos en los noventa; pero había muchas a punto de llegar. Durante la década de 1985 a 1995, el número de vicepresidentas ejecutivas creció a más del doble y el número de vicepresidentas superiores aumentó un 75 por ciento. La evidencia de las empresas reales, tratadas por separado, demostró que el techo de cristal era un mito.[1243]

También era un mito, aunque más difícil de desmentir, que las mujeres siguieran siendo insignificantes en política. La cínica mujer candidata en una elección presidencial, Geraldine Ferraro, que se presentó como vicepresidenta en 1984, recibió un trato excepcionalmente duro, en gran medida debido a los intereses de negocios de su marido, y las mujeres siguieron teniendo una representación pobre en el Congreso. Pero también en este campo, lo que se precisaba era paciencia. En 1974, por ejemplo, había 47 mujeres candidatas al Congreso por los parti-

dos principales, 36 para cargos estatales y 1.122 para legislaturas estatales. En 1994, las postulantes eran más del doble: 121 para el Congreso, 79 para cargos estatales y 2.284 para legislaturas estatales. Un estudio de 1996 demostró que había diferencias insignificantes en la tasa de éxito de hombres y mujeres que se presentaban para cargos estatales o nacionales. En ese año, el 21 por ciento de los legisladores estatales eran mujeres, comparado con el 4 por ciento de 1968. Con 8 senadoras y 47 (de 435) congresistas en la Cámara de Representantes, las mujeres estaban aumentando su promedio a una velocidad alentadora, aunque aún faltara mucho para la igualdad estadística.[1244] Como si quisiera marcar su posición, el reelegido presidente Clinton anunció en diciembre de 1996 el nombramiento de Madeleine Albright, la primera mujer en el puesto de secretaria de Estado.

En 1995, las mujeres constituían el 59 por ciento de la fuerza laboral empleada, estaban, en general, mejor educadas y preparadas que los hombres, adquirían capacidades profesionales más rápidamente, y tenían menos probabilidades de estar desocupadas.[1245] Las autoras de un estudio especial realizado por el Instituto de la Empresa Norteamericana para Investigaciones de la Política Pública, Diana Furchtgott-Roth y Christine Stolba, llegaron a la conclusión de que en educación, en la fuerza laboral y ante los ojos de la ley, las mujeres habían, efectivamente, alcanzado la igualdad. La legislación estaba en funcionamiento y se aplicaba y, en ese aspecto, la Ley de Salarios Iguales de 1963 y la Ley de Derechos Civiles de 1964 habían tenido éxito.

Es apropiado terminar esta historia del pueblo norteamericano con una mención al éxito, porque la historia de Estados Unidos es, esencialmente, un relato de dificultades que se han superado mediante inteligencia y talento, mediante la fe y la

fuerza de voluntad, gracias al coraje y la persistencia. La Norteamérica de hoy, con sus 260 millones de personas, sus espléndidas ciudades, su vasta riqueza y su poder sin rivales, es un logro humano sin parangón. Ese logro —la transformación de un desierto casi deshabitado en el supremo artefacto nacional de la historia— no se produjo sin sacrificios heroicos y grandes sufrimientos soportados estoicamente, muchos fracasos costosos, enormes desilusiones, derrotas y tragedias. Por supuesto, hubo muchos reveses en los cuatro siglos de historia norteamericana. Como hemos visto, muchos problemas continúan sin resolver, algunos de proporciones alarmantes. Pero los norteamericanos son, sobre todo, un pueblo que resuelve problemas. No creen que exista nada en este mundo que supere la capacidad humana de remontarse y dominar. No se dan por vencidos. Están llenos de una buena voluntad esencial, hacia sí mismos y hacia todos; confían en su inherente decencia y en sus habilidades democráticas; y atacarán una y otra vez los males de su sociedad, hasta que los venzan o los alteren sustancialmente. Así, la nave del Estado continúa navegando, y la humanidad no deja de observar su curso, con maravilla y asombro y a veces con aprensión, mientras ella se interna en las aguas desconocidas del siglo XXI y el tercer milenio. El gran experimento republicano de Estados Unidos sigue siendo el centro de atención de los ojos del mundo. Todavía es la primera y mejor esperanza para la raza humana. Cuando miramos hacia atrás, a su pasado, y hacia adelante, a su futuro, se puede augurar que no desilusionará a una humanidad expectante.

Indice onomástico

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

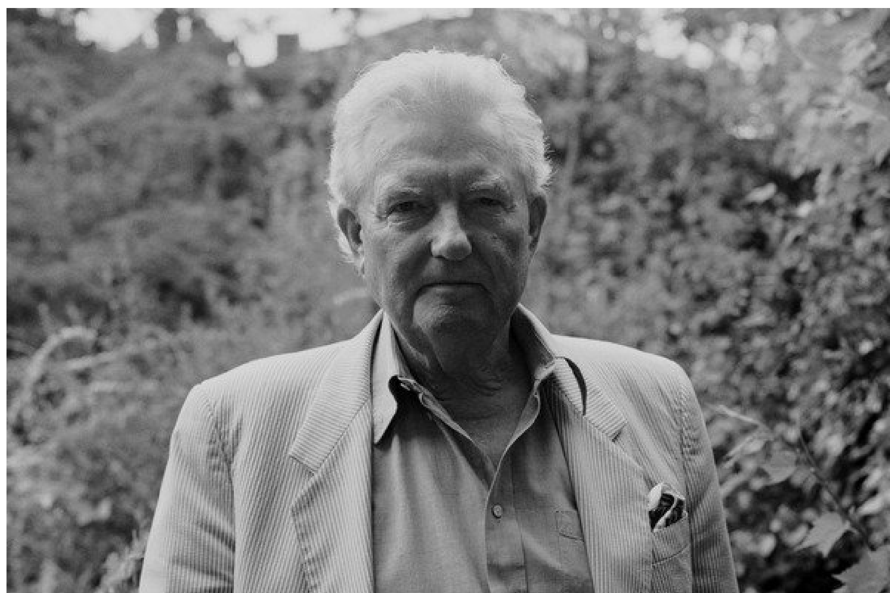
S

T

W

Y

Z



PAUL JOHNSON (Mánchester, 2 de noviembre de 1928-Londres, 12 de enero de 2023). Periodista e historiador británico. Fue durante seis años editor de *The New Statesman*.

Como autor se encuentra en la línea de esos historiadores de los últimos dos siglos para quienes escribir acerca de la historia no tiene sentido si esto no va acompañado de revelaciones y juicios sobre el mundo que nos rodea. Entre sus libros de mayor éxito se encuentran: *Tiempos modernos*; *La historia del cristianismo*; *El papa Juan Pablo II y la restauración católica*; *Irlanda: tierra de problemas* y *La historia del Judaísmo*.

Notas

PRIMERA PARTE

La Norteamérica colonial, 1580-1750.

[1] C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Londres, 1969, p. 27. <<

[2] T. B. Duncan, *Atlantic Islands: Madeir, the Azores and Cape Verde in 17.th Century Commerce and Navigation,* Chicago, 1972, p. 212. <<

[3] C. A. Palmer, *Slaves of the White God: Blacks in México, 1570-1650*, Cambridge, 1976, p. 10. <<

[4] J. H. Parry, *The Spanish Seaborne Empire*, Londres, 1966, p. 42. <<

[5] D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographical Perspective of 500 Years of History*, vol. I: *Atlantic America, 1492-1800*, New Haven, 1986, pp. 4-6. <<

[6] J. Lang, *Conquest and Commerce: Spain and England in the American*, Nueva York, 1973, p. 28. <<

[7] C. O. Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, 1966, p. 150; 1C. H. Haring, *The Spanish Empire in America*, Nueva York, 1947. <<

[8] Meinig, op. cit., p. 12. <<

[9] C. W. MacLachlan y J. E. Rodriguez, *Forging of the Cosmic Race: a Reinterpretation of Colonial México*, Berkeley, 1980, p. 198; Meinig, op. cit., p. 14. <<

[10] D. B. Quinn, *The Royanoke Voyages*, Hakluyt Society, Londres, 1990,1, p. 491, II, p. 717; A. L. Rowse, *The Expansion of Elizabethan England*, Londres, 1955, pp. 219-220. <<

[11] J. A. Rawley, *The Transatlantic Slave Trade*, Nueva York, 1981, pp. 25 y ss. <<

[12] Garrett Mattingly, "No Peace Beyond What Line?", *Transactions of the Royal Historical Society*, Londres, quinta serie, XIII, pp. 145-162. <<

[13] Véanse los mapas en Martin Gilbert, *The Routledge Atlas of American History*, 3.ª ed., Londres, 1993, pp. 6, 10. <<

[14] Quinn, op. cit., I, pp. 188-194. <<

[15] G. B. Parke, *Richard Hakluyt and the English Voyages*, Londres, 1900; E. G. R. Taylor, *Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyts*, Hakluyt Society, Londres, I. <<

[16] Literalmente *plantadores*, en su doble acepción de *hacendados y fundadores (N. del T)*. <<

[17] H. H. Jones, *O Strange New World: American Culture, the Formative Years*, Nueva York, 1967, p. 164. <<

[18] Taylor, op. cit., I, p. 175. <<

[19] Richard Hakluyt, *Principal Navigations*, Everyman Edition, Londres, VI, pp. 3-35. <<

[20] John Aubrey, "Raleigh", en *BriefLives*, editado por Oliver Lawson Dick, Oxford, 1960; Robert Naunton, *Fragmenta Regalía*, Londres, 1641, p. 47. <<

[21] Sobre los orígenes de Raleigh véase A. L. Rowse, *Raleigh and the Throckmortons*, Londres, 1962, cap. 8. <<

[22] Acerca de Raleigh en Irlanda véase Robert Lacey, *Sir Walter Raleigh*, Londres, 1973, p. 5; W. M. Wallace, *Sir Walter Ra-*

leigh, Princeton, 1959. <<

[23] Michael Foss, *Undreamed Shores: England's Wasted Empire in America*, Londres, 1974, pp. 135-173. <<

[24] Relato del capitán Arthur Barlow, ibíd., p. 138. <<

[25] Ibíd., p. 152. <<

[26] Reproducido en ibíd. <<

[27] Ibíd., pp. 166-168. <<

[28] S. E. Morison, *The European Discovery of America: the Northern Voyages 500-1600*, Nueva York, 1971, p. 675. <<

[29] Sir Francis Bacon, "On Plantations", en *Essays*, Everyman Edition, Londres, 1960, p. 104. <<

[30] Rowse, *Expansion*, p. 221. <<

[31] Acerca del mito véase William Haller, *Foxes Book of Martyrs and the Elect Nation*, Londres, 1963. <<

[32] John Aylmer, *An Harborow for Faithful and True Subjects*, Londres, 1560. <<

[33] John Davys, *The Seamans Secrets*, Londres, 1594. <<

[34] Richard Hakluyt, "Discourse of Western Planting", en *Original Writings of Richard Hakluyt{…}*, Londres, 1935, II, pp. 210-326. <<

[35] W. J. Eccles, *France in America*, Vancouver, 1972, pp. 14 y ss.; Morison, op. cit., pp. 600 y ss. <<

[36] "A True and Sincere Declaration of the Purposes and Ends of the Plantation Begun in Virginia", en Alexander Brown, *Génesis of the United States*, 2 vols. Nueva York, 1890,1, p. 339. <<

[37] Sir George Peckham, "A True Report of the Late Discoveries […] of the New Found Land", reimpreso en *Notes and Queries*, Londres, 1920, XVII, p. 43. <<

[38] Acerca de Smith véanse *Travels and Works*, editado por Edward Arbor, 2 vols., Londres, 1884, y *True Travels, Adventu-*

res and Observations, 1630, editado por J. G. Fletcher, Nueva York, 1930; P. L. Barbour, *Three Worlds of Captain John Smith*, Nueva York, 1964. <<

[39] L. G. Tyler, ed., *Narratives of Early Virginia, 1606-1626*, Richmond, 1907; John Rolfe, *True Relation of the State of Virginia […] 1616,* Nueva York, 1971; T. J. Wertenbaker, *Shaping of Colonial Virginia*, Nueva York, 1958. <<

[40] William Bradford, *History of Plymouth Plantation*, editado por S. E. Morison, Cambridge, 1952; G. D. Langdon, *Pilgrim Colony*, Boston, 1966. <<

[41] Acerca de estos textos véase R. E. Moody, ed., "Versions of the *Mayflower* Compact", *Old South Leaflet*, 225, (1952), Richmond. <<

[42] C. H. Lippy, en R. Choquette y S. Poole, eds., *Christianity Comes to the Americas*, Nueva York, 1992, p. 460. <<

[43] Citado en E. S. Morgan, *The Puritan Dilemma: the Story of John Winthrop*, Boston, 1958, pp. 8-11. <<

[44] A. B. Forbes, ed., *The Winthrop Papers, 1598-1649*, 5 vols. Boston, 1929-1947, II, pp. 114 y ss. <<

[45] Impreso en *Massachusetts Historical Society Proceedings*, XII, pp. 262 y ss. <<

[46] Allen French, *Charles I and the Puritan Upheaval*, Londres, 1955, pp. 331 y ss. <<

[47] *Winthrop Papers*, II, pp. 293 y ss. <<

[48] R. C. Winthrop, *Life and Letters of John Winthrop*, 2 vols., Boston, 1964-1967, *Journal*, I, pp. 27 y ss. <<

[49] C. E. Kellogg, *The Soils that Support Us*, Nueva York, 1941. <<

[50] Lyman Carrier, *The Beginnings of Agriculture in America*, Nueva York, 1923, p. 41. <<

[51] *United States Department of Commerce Yearbook*, Washington DC, 1930, vol. 2,1. <<

[52] J. C. Young, ed., *Chronicles of the First Planters*, Nueva York, 1930, p. 254. <<

[53] Véase la lista en B. N. Forman, *American Seating Furniture 1630-1730*, Nueva York, 1988, p. 20. <<

[54] R. S. Kellogg, *Pulpwood and Wood Pulp in America*, Nueva York, 1923, p. 148. <<

[55] Edward Johnson, "Wonder Working Providence of Sions Saviour in New England", 1628-1651, en *Original Narratives Series*, p. 210. <<

[56] *Massachusetts Early Records*, I, p. 94; R. S. Dunn, *Sugar and Slaves: the Rise of the English Planter Class in the English West Indies, 1624-1713*, Chapel Hill, 1972, p. 15. <<

[57] Citado en Choquette y Poole, op. cit., p. 275. <<

[58] Winthrop, *Journal*, II, pp. 271-282, donde se encuentra el texto completo del discurso. <<

[59] Ibíd., pp. 198 y ss., 152 y ss. <<

[60] Thomas Hutchinson, *History of the Colony and Province of Massachusetts Bay*, editado por L. S. Mayo, 3 vols., Cambridge, 1936,1, p. 54. <<

[61] Dunn, op. cit., pp. 20-21. <<

[62] Ebenezer Hazard, ed., *Historical Collections*, 2 vols., Filadelfia, 1972-1974, II, p. 10. <<

[63] K. W. Porter, "Samuel Gorton: New England Firebrand", *New England Quarterly*, VII, pp. 405 y ss. <<

[64] Acerca de estas controversias véase Brooks Adams, *The Emancipation of Massachusetts*, Boston, 1887; C. F. Adams, *Three Episodes of Massachusetts History*, Boston, 1892; George Bancroft, *History of the United States*, Nueva York, 1859, I; Perry

Miller, *Orthodoxy in Massachusetts*, Cambridge, 1933; S. E. Morison, *Builders of the Bay Colony*, Boston, 1930. <<

[65] Véase la entrada correspondiente a Winthrop en R. W. Fox y J. T. KIoppenburg, *Companion to American Thought*, Cambridge, 1995, pp. 739-740. <<

[66] El material acerca de la señora Hutchinson está publicado en D. D. Hall, ed., *The Antinomian Controversy: a Documentary History*, ed. rev., Nueva York, 1990. <<

[67] Véase Amy Lang, *Prophetic Woman: Anne Hutchinson and the Problem of Dissent in the Literature of New England*, Berkeley, 1987. <<

[68] Winthrop, Journal, I., pp. 265 y ss., 292 y ss., 313 y ss., 326 y ss. <<

[69] Véase F. J. Bremer, ed., *Anne Hutchinson: Troubler of the Puritan Zion*, Nueva York, 1981. <<

[70] John Winthrop y William Welde, *A Short Story of the Rise, Reign and Ruin of the Antinomians, Familists and Libertines*, 1643. <<

[71] S. E. Morison, *Three Centuries of Harvard, 1636-1936*, Cambridge, 1936, cap. I. <<

[72] K. A. Lockridge, *A New England Town: the First Hundred Years: Dedham, Massachusetts, 16361736*, Nueva York, 1970. <<

[73] S. E. Morison, *The Maritime History of Massachusetts*, Boston, 1921, p. 21. <<

[74] M. D. Mereness, *Maryland as a Proprietary Province*, Nueva York, 1901, p. 51; White, "A Brief Relation of the Voyage Into Maryland", en C. C. Hall, ed., *Narratives of Early Maryland, 1634-1684*, Nueva York, 1910, pp. 99-100. <<

[75] Brugger, *Maryland: a Middle Temperament, 1634-1980*, Baltimore, 1988, pp. 15-16. <<

[76] Bieter Gunz, *The Maryland Germans: a History*, Princeton, 1948, p. 28. <<

[77] Meinig, op. cit., pp. 151-152. <<

[78] C. Tunnard y H. H. Reed, *American Skyline: the Growth and Forms of Our Cities and Towns*, Nueva York, 1956, pp. 33 y ss. <<

[79] A. C. Myers, ed., *Narratives of Early Pennsylvania* […], Nueva York, 1912, p. 263. <<

[80] J. T. Lemon, *The Best Poor Mans Country: a Geographical Study of Early Southeastern Pennsylvania*, Baltimore, 1972, p. 108. <<

[81] Ibíd., p. 216. <<

[82] Acerca del papel religioso de Filadelfia véase S. E. Ahltrom, *A Religious History of the American People*, New Haven, 1972. <<

[83] Forman, op. cit., p. 40. <<

[84] R. B. St. George, "Father, Sin and Identity: Woodworking Artisans in Southeastern New England, 1620-1700" en I. M. G. Quimby, ed., *The Craftsmen of Early America*, Nueva York, 1984; Alexander Young, ed., *Chronicles of the Pilgrim Fathers*, Baltimore, 1974, p. 247. <<

[85] Forman, op. cit., p. 22. <<

[86] Quimby, op. cit., p. 116. <<

[87] Barbara Perry, ed., *American Ceramics*, Nueva York, 1989, p. 24. <<

[88] Quimby, op. cit., p. 235. <<

[89] B. M. Ward, "Boston Goldsmiths, 169?-1720", en ibíd.; Katherine Butler, *American Silver, 1655-1825*, 2 vols., Boston, 1972. <<

[90] H. F. Clarke y H. W. Foote, *Jeremiah Dummer: Colonial Craftsman and Merchant 1645-1718*, Boston, 1970, pp. 3 y ss.

<<

[91] J. Caldwell y O. K. Roque, *American Paintings in the Metropolitan Museum of Art*, Princeton, 1994,1. <<

[92] Michael J. Rozbicki, “Cultural Development of the Colonies”, en J. P Greene y J. R. Pole, eds., *The Blackwell Encyclopaedia of the American Revolution*, Nueva York, 1991, pp. 71 y ss. <<

[93] Véase mi *The Offshore Islanders: a History of the English People*, ed. rev., Londres, 1900, parte 4, pp. 171 y ss. <<

[94] Rozbicki, op. cit., p. 72. Acerca de la Ley de Primera Colonización Efectiva véase Wilbur Zelinsky, *Cultural Geography of the United States*, Englewood Cliffs, 1973, pp. 13-14. <<

[95] J. F. James, ed., *Narratives of Early American History*, Nueva York, 1911, p. 184. <<

[96] Citado en M. E. Sirmans, *Colonial South Carolina: a Political History, 1663-1763*, Chapel Hill, 1966, p. 10. <<

[97] Langdon Cheves, ed., *Shaftesbury Papers […] Relating to Carolina,* South Carolina Historical Society Collections, vol. 5, 1897, p. 399. <<

[98] Citado en Sirmans, op. cit., pp. 24-25. <<

[99] Brugger, op. cit., pp. 12 y ss. <<

[100] Sirmans, op. cit., p. 38. <<

[101] *Shaftesbury Papers*, p. 427. <<

[102] “Letters from John Stewart to William Dunlop”, *South Carolina Historical Magazine*, 32 (1931). <<

[103] H. U. Faulkner, *American Economic History*, 6.ª ed., Nueva York, 1949, pp. 80-81. <<

[104] D. R. Dewey, *Financial History of the United States*, 12.ª ed., Nueva York, 1934, p. 19. <<

[105] Véase W. J. Schultz y M. R. Caine, *Financial Development of the United States*, Nueva York, 1937. <<

[106] Acerca de los primeros conflictos entre los colonos y los indios véase A. T. Vaughan, *The New England Frontier: Puritans and Indians, 1620-1675*, Boston, 1965. <<

[107] W. E. Washburn, *Governor and Rebel: Bacon's Rebellion in Virginia*, Nueva York, 1957. <<

[108] Véase una excelente descripción del trabajo de la milicia durante la guerra del rey Felipe en Thislethwaite, *The Porset Pilgrims*, Londres, 1989, cap. 13, pp. 236 y ss. <<

[109] R. Slotkin y J. K. Folsom, eds., *So Dreadful a Judgment: Puritan Responses to King Philip's War, 1676-1677*, Middletown, Connecticut, 1978. <<

[110] S. S. Webb, *1676: the End of American Independence*, Nueva York, 1984, pp. 341 y 410. <<

[111] G. L. Kittredhe, *Witchcraft in Old and New England*, Londres, 1929. <<

[112] En su libro *The Christian Philosopher*, Boston, 1721. <<

[113] R. N. Hill, *Yankee Kingdom: Vermont and New Hampshire*, Nueva York, 1960. <<

[114] Citado en H. J. Ford, *The Scotch-Irish in the Americas*, Nueva York, 1914, pp. 271-272. <<

[115] Sirmans, op. cit., pp. 132-133. <<

[116] Phinizy Spalding, *Oglethorpe in America*, Chicago, 1977. <<

[117] H. E. Davis, *The Fledgling Province: Social and Cultural Life in Colonial Georgia, 1733-1776*, Chapel Hill, 1976. <<

[118] L. Labaree, ed., *The Papers of Benjamin Franklin*, New Haven, 1961, IV, pp. 227-234. <<

[119] R. D. Mitchell, “Content and Context: Tidewater Characteristics in the Early Shenandoah Valley”, *Maryland Historian*, 5 (1974). <<

[120] Faulkner, op. cit., pp. 115-116. <<

[121] Citado en ibíd., p. 78. <<

[122] C. F. Carroll, *The Timber Economy of Puritan New England*, Providence, 1973; J. F. Shepherd y G. M. Walton, *Shipping, Maritime Trade and the Economic Development of Colonial North America*, Cambridge, 1972. <<

[123] H. A. Innes, *The Cod Fisheries: a History of an International Economy*, ed. rev., Toronto, 1954. <<

[124] V. S. Clark, *History of Manufactures in the United States, 1670-1860*, 3 vols., ed. rev., Nueva York, 1929,1, pp. 207 y ss. <<

[125] Massachusetts Historical Society, *Collections*, primera serie, I, p. 74. <<

[126] *Interests of Merchants and Manufacturers of Great Britain in the Present Contests Stated and Considered*, Londres, 1774, reimpreso en Boston, p. 12. <<

[127] E. J. Perkins, "Socio-economic Development of the Colonies", en Greene y Pole, op. cit., pp. 53 y ss. <<

[128] Ibíd., p. 57. <<

[129] "Maryland Hoggs and Hyde Park Duchesses", breve relación acerca de Maryland en 1697, *Maryland Historical Magazine*, 73 (1978). <<

[130] J. A. Smith, *Printers and Press Freedom: the Ideology of Early American Journalism*, Nueva York, 1988. Hay un estudio acerca de uno de los primeros periódicos: Hennig Cohen, *The South Carolina Gazette*, U. of S. Carolina Press, Charleston, 1943. <<

[131] L. W. Levy, *Emergence of a Free Press*, Nueva York, 1985. <<

[132] Raphael Semmes, *Baltimore as Seen by Visitors, 1783-1860*, Baltimore, 1953, pp. 4 y ss.; Richard Switzzer, trad. ed., *Chateaubriands Travels in America*, Lexington, 1969, p. 13. <<

[133] Véase la reconstrucción en Roger W. Moss, *The American Country House*, Nueva York, 1990, p. 47. <<

[134] Ibíd., p. 42. <<

[135] Véase Bernard Bailyn, *Origins of American Politics*, Nueva York, 1968; G. B. Nash, *The Urban Crucible: Social Change, Political Consciousness and the Origins of the American Revolution*, Harvard, 1979. <<

[136] J. P. Green, "The Role of the Lower Houses of Assembly in 18th Century Politics", *Journal of Southern History*, (noviembre 1961). <<

[137] W. Whitehill, *Boston: a Topographical History*, 2.ª ed., Cambridge, 1968, pp. 22 y ss.; las cifras provienen del mapa trazado por el capitán John Bonner. <<

[138] Gottfried Mittelberger, *Journey to Pennsylvania*, editado y traducido por O. Handlin y J. Clive, Cambridge, 1960, p. 47. <<

[139] Esmond Wright, *Franklin of Philadelphia*, Cambridge, 1986, p. 32. <<

[140] Jon Butler, *Awash in a Sea of Faith: Christianising the American People*, Cambridge, 1990; Joseph Conforti, "The Invention of the Great Awakening, 1795-1842", *Early American Literature*, 26 (1991). <<

[141] Acerca de Edwards, véase Perry Miller, *Jonathan Edwards*, Boston, 1949. <<

[142] O. E. Winslow, ed., *Basic Writings of Jonathan Edwards*, Nueva York, 1966, pp. 115, 128-129. <<

[143] Jonathan Edwards, *Works*, New Haven, 1957, 10 vols. (en prensa). <<

[144] E. S. Gaustad, *The Great Awakening in New England*, Nueva York, 1957; H. S. Stout, *The Divine Dramatist: George*

Whitefield and the Rise of Modern Evangelicalism, Grand Rapids, 1991. <<

[145] W. M. Gerwehr, *The Great Awakening in Virginia, 1740-90*, Duke University Press, 1936. <<

[146] R. J. Wilson, *The Benevolent Deity: Ebenezer Gay and the Rise of Rational Religión in New England, 1696-1787*, Filadelfia, 1984; Conrad Wright, *The Beginning of Unitarianism in America*, Boston, 1955. <<

[147] La interacción entre la conmoción política y la religiosa en las décadas anteriores a la Revolución norteamericana es analizada en J. C. D. Clark, *The Language of Liberty: Political Discussion and Social Dynamics in the Anglo-American World, 1660-1832*, Cambridge, Inglaterra, 1994, especialmente pp. 36, 120-121, 148-149, 250, 262-263. <<

SEGUNDA PARTE

La Norteamérica revolucionaria, 1750-1815.

[148] Thornas A. Lewis, *For King and Country: The Maturing of George Washington, 1748-1760*, Nueva York, 1993, p. 6. <<

[149] Richard Norton Smith, *Patriarch: George Washington and the New American Nation*, Boston, 1993, p. 5. <<

[150] Ibíd., p. 16. <<

[151] Lewis, op. cit., pp. 141 y ss. <<

[152] *London Magazine*, XIII (1954); D. S. Freeman, *George Washington*, 7 vols., Nueva York, 1948-1957, III, p. 89. <<

[153] Acerca de las guerras véase H. H. Peckham, *The Colonial Wars, 1689-1762*, Chicago, 1964; D. E. Leach, *Roots of Conflict: British Armed Forces and Colonial Americans, 1677-1763*, Chapel Hill, 1986. <<

[154] Max Savelle, *Empires to Nations: Expansion in North America, 1713-1824*, Nueva York, 1968, p. 149. <<

[155] G. Gregault, *Canada: the War of the Conquest*, Toronto, 1969; G. A. Rawlyk, *Nova Scotia's Massachusetts: a Study of Massachusetts-Nova Scotia Relations, 1630-1784*, Montreal, 1973. <<

[156] Louis de Vorsey, *The Indian Boundary in the Southern Colonies, 1763-1775*, Chapel Hill, 1966. <<

[157] J. T. Flexner, *George Washington: the Forge of Experience, 1732-1775*, Nueva York, 1967, p. 142. <<

[158] Ibíd., pp. 234, 262. <<

[159] M. Spector, *The American Department of the British Government, 1768-1782*, Nueva York, 1940. <<

[160] L. W. Labaree y otros, eds., *Papers of Benjamin Franklin*, 22 vols., Filadelfia, 1959-1970, XVIII, pp. 102-103. <<

[161] W. J. Smith, ed., *Grenville Papers*, II, p. 114. <<

[162] L. W. Labaree y otros, eds., *Franklin's Autobiography*, New Haven, 1964. La mejor de las muchas biografías de Franklin es Edmond Wright, *Franklin of Philadelphia*, Cambridge, 1986. <<

[163] Edwin Wolf, "Franklin and his Friends Choose Their Books", *Pennsylvania Magazine of History and Biography* (enero 1956). <<

[164] *Franklin Papers*, III, pp. 397-420. <<

[165] J. F. Ross, "The Character of Poor Richard", *Proceedings of the Modern Language Association of America*, (septiembre 1940); I. G. Willey, *The Self Made Man in America: the Myth of Rags to Riches*, Princeton, 1954. <<

[166] Carl Van Doren, *Benjamin Franklin*, Nueva York, 1938, p. 71. <<

[167] W. C. Bruce, *Benjamin Franklin Self-Revealed*, 2 vols., Nueva York, 1917, II, p. 362. <<

[168] El texto se encuentra en *Franklin Papers*, IV. <<

[169] Wright, op. cit., 90-99; Franklin, *Autobiography*, pp. 210-211. <<

[170] El relato clásico de Francis Parkman, *History of the Conspiracy of Pontiac*, 2 vols., Nueva York, 1851, se reproduce en sus *Collected Works*, Nueva York, 1922. <<

[171] *Narrative of the Late Massacres in Lancaster County*, en *Franklin Papers*, XI. <<

[172] Citado en Wright, op. cit., p. 167. <<

[173] Citas en ibíd., p. 166. <<

[174] Publicado en G. A. Peek, ed., *The Political Writings of John Adams*, Indianápolis, 1954. <<

[175] Acerca de la evolución de la postura de Adams, véase J. R. Howe, *The Changing Political Thought of John Adams*, Prin-

ceton, 1966. <<

[176] Acerca del papel que cumplió la "fiesta del té" véase Pauline Maier, *From Resistance to Revolution: Colonial Radicals and the Development of Opposition to Britain, 1765-1776*, Nueva York, 1972. <<

[177] Isaac Kramknick, "The Ideological Background", en J. P. Greene y J. R. Pole, eds., *The Blackwell Encyclopaedia of the American Revolution*, pp. 84 y ss. <<

[178] Citas de M. D. Peterson, ed., *Thomas Jefferson: Selected Writings*, Nueva York, 1984, pp. 118, 122. <<

[179] Joyce Appleby, "Republicanism in the History and Historiography of the United States", *American Quarterly*, 37 (1983); Jack P. Greene, *Peripheries and Center: Constitutional Development in the Extended Polities of the British Empire and the United States, 1607-1788*, Nueva York, 1986. <<

[180] H. V. Faulkner, *American Economic History*, pp. 120-126. <<

[181] Acerca de la importancia del imperio de la ley en la Revolución norteamericana véase John Philip Reid, *Constitutional History of the American Revolution*, vol. I, *The Authority of Rights*, 1986; vol. II, *The Authority to Tax*, 1987; vol. III, *The Authority to Legislate*, 1991; vol. IV, *The Authority of Law*, 1993, ed. abrv., Madison, 1995. <<

[182] Edmund Burke, *Works*, Londres, 1893, II, p. 43. <<

[183] *Franklin Papers*, XXII, p. 94. <<

[184] *John Adams Papers*, III, p. 89. <<

[185] *Franklin Papers*, XXII, p. 218. <<

[186] *Massachusetts Historical Society Historical Collections*, 72 (1917), p. 82. <<

[187] Flexner, op. cit., p. 327. <<

[188] Citas de Freeman, op. cit., III, p. 6. <<

[189] *Journal of the Continental Congress*, II, p. 97. <<

[190] Flexner, op. cit., p. 340. <<

[191] *Correspondence of Thomas Gage*, 2 vols., New Haven, 1931-1933, II, pp. 187 y ss. <<

[192] Jack Fruchtman Jr., *Thomas Paine: Apostle of Freedom*, Nueva York, 1994, pp. 59-81. <<

[193] *Adams Papers*, IV, p. 59. <<

[194] *Adams Works*, II, p. 514n. <<

[195] J. P. Boyd, *The Declaration of Independence: the Evolution of the Text*, Princeton, 1945; F. Herbert, *The Declaration of Independence: an Interpretation and Analysis*, Nueva York, 1904. <<

[196] Esta observación es aceptada como canónica en Jared Sparks, ed., *Works of Benjamin Franklin*, 10 vols., Boston, 1836-1840,1, p. 407. <<

[197] D. S. Lutz, "State Constitution Making Through 1781", en Greene y Pole, op. cit., pp. 276 y ss. <<

[198] Véanse los detalles en W. P Adams, *The First American Constitutions*, Chapel Hill, 1980. <<

[199] *Adams Papers*, IV, pp. 65 y ss. <<

[200] Véase J. N. Rakove, "The Ardeles of Confederation, 1775-1783", en Greene y Pole, op. cit., pp. 289 y ss. <<

[201] Citado de P H. Smith, *Letters of Delegates to Congress, 1774-1789*\ 13 vols., Washington DC, 1976, IX, p. 908. <<

[202] P. S. Onuf, *The Origins of the Federal Republic*, Filadelfia, 1983. <<

[203] Piers Mackesy, *The Warfor America, 1775-1783*, Cambridge, 1964; Don Higginbotham, *The War of American Independence: Military Actitudes, Policies and Practice, 1763-1789*, Nueva York, 1971. <<

[204] Wright, op. cit., p. 263. <<

[205] *Franklin Writings*, IX, pp. 243 y ss.; *Adams Diary*, IV, p. 118. <<

[206] De Segur, *Memoires*, 2 vols., París, 1824-1826, citado en Wright, op. cit.; R. Hoffman y P. J. Albert, *The Franco-American Alliance of 1778*, Charlottesville, 1981. <<

[207] Barbara Greymont, *The Iroquois in the American Revolution*, Syracuse, 1972, p. 58. <<

[208] C. G. Calloway, *Crown and Calumet: British-Indian Relations, 1783-1815*, Norman, Oklahoma, 1987, pp. 10 y s. <<

[209] R. C. Downes, *Council Fires on the Upper Ohio*, Pittsburgh, 1940, p. 294. <<

[210] Sylvia R. Frey, "Slavery and Anti-Slavery", en Greene y Pole, op. cit., pp. 379 y ss.; Ira Berlion y Ronald Hoffman, *Slavery and Freedom in the Age of the American Revolution*, Charlottesville, 1983. <<

[211] Véanse los hallazgos de Wallace Brown, *The Good Americans: the Loyalists in the American Revolution*, Nueva York, 1969, pp. 228-229; véase también el cuadro publicado en D. W. Meinig, *The Shaping of America*, vol. 1: Atlantic America, 1492-1800, New Haven, 1896, p. 317. <<

[212] R. M. Calhoun, *The Loyalists in Revolutionary America, 1760-1781*, Nueva York, 1983. <<

[213] G. A. Rawlyk, "The American Revolution and Cañada", en Greene y Pole, op. cit., pp. 497-503. <<

[214] Dan Higginbotham, "The War for Independence", en Greene y Pole, op. cit., pp. 315-317. <<

[215] Douglas Southall Freeman, *Washington*, Nueva York, 1922, pp. 509-510 (esta obra es una versión abreviada, en un volumen, de la biografía de Freeman, de siete vols.). Véase también Don Higginbotham, *George Washington and the American Military Tradition*, Athens, Georgia, 1985. <<

[216] R A. Billington, *Westward Expansion: a History of the American Frontier* 2.ª ed., Nueva York, 1960, p. 156; B. Wood, "The impact of the Revolution on the Role, Status and Experience of Women", en Greene y Pole, op. cit., p. 128. <<

[217] Citado en Wood, op. cit., pp. 135-137. <<

[218] Citado en ibíd., p. 237. <<

[219] *Adams Papers*, I, pp. 42-43; E. S. Morgan, *The Gentle Puritan: A Life of Ezra Styles, 1727-1795*, New Haven, 1962, p. 167. <<

[220] M. D. Kaplanoff, "Confederation: Movement for a Stronger Union", en Greene y Pole, op. cit., pp. 443 y ss. <<

[221] R. B. Morris, *The Forging of the Union, 1781-1789*, Nueva York, 1987. <<

[222] La obra de Madison antes, durante y después del encuentro en Annapolis se puede estudiar en W. T. Hutchinson y otros, eds.,' *The Papers of James Madison*, 15 vols., Chicago y Charlottesville, 1962, y en Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, I, pp. 394-434. <<

[223] Wood, op. cit., pp. 254-256. <<

[224] J. P. Roche, "The Founding Fathers: a Reform Caucus in Action", *American Political Science Review*, 55 (1961), pp. 799-816; *The Records of the Federal Convention of 1787*, reimpresos en 5 vols., New Haven, 1987. <<

[225] David Szatmary, *Shays Rebellion: The Making of an Agrarian Insurrection*, Amhurst, 1980. <<

[226] H. A. Ohline, "Republicanism and Slavery: Origins of the Three-Fifths Clause in the United States Constitution", *William &Mary Quarterly*, 28 (1971). <<

[227] E Finkelman, "Slavery and the Constitutional Convention: Making a Covenant with Death", en R. Beeman y otros,

eds., *Beyond Confederation: Origins of the Constitution and American National Identity*, Chapel Hill, 1987. <<

[228] "Nosotros, los europeos, tenemos una historia propia, y muy rica, a la que dedicar nuestro estudio, gracias". Jacques Delors, jefe de la burocracia de la Unión Europea en Bruselas. <<

[229] Véase M. Gillespie y M. Liensch, eds., *Ratifying the Constitution*, Lawrence, 1989. <<

[230] Jacob Cooke, ed., *The Federalista* Cleveland, 1961. <<

[231] Acerca de Wilson, véase C. P. Smith, *James Wilson: Founding Father, 1742-1798*, Chapel Hill, 1936, y R. G. McCloskey, ed., *Works of James Wilson*, 2 vols., Cambridge, 1987. <<

[232] Acerca de los debates y procedimientos en general, véase M. Jenson y otros, eds., *The Documentary History of the Ratification of the Constitution*, 8 vols., Madison, 1976. <<

[233] Carta a Jean Baptiste le Roy, del 13 de noviembre de 1789, en *Works of Benjamin Franklin*, Filadelfia, 1817, cap. 6. <<

[234] Irving Brandt, *The Bill of Rights: Its Origin and Meaning*, Nueva York, 1965. <<

[235] Citado en Wood, op. cit., p. 288. <<

[236] J. H. Kettner, *The Development of American Citizenship, 1608-1871*, Chapel Hill, 1978, p. 175. <<

[237] *Journals of the Continental Congress*, V, pp. 475-476. <<

[238] Elise Marienstras, "Nationality and Citizenship", en Greene y Pole, op. cit., pp. 669-675; Kettner, op. cit. <<

[239] Bernard Bailyn, *The Peopling of North America*, Nueva York, 1986; Maldwyn Allen Jones, *American Immigration*, Nueva York, 1960. <<

[240] Citado en Wood, op. cit., pp. 268-270. <<

[241] Chilton Williamson, *American Suffrage from Property to Democracy*, Nueva York, 1960. <<

[242] Robert McCloskey, *The Supreme Court*, Nueva York, 1960; otros puntos de vista en Archibald Cox, *The Court and the Constitution*, Nueva York, 1897, y R. H. Bork, *The Tempting of America: the Political Seduction of the Law*, Nueva York, 1990. <<

[243] Daniel Boorstin, *The Americans*, 2 vols., Nueva York, 1964,1, p. 131. <<

[244] Rene Williamson, *Independence and Involvement*, Baton Rouge, 1964, pp. 213 y ss.; M. E. Bradford, *A Worthy Company*, Plymouth, 1982, citado en Evans, op. cit. <<

[245] Acerca de Washington como sacristán véase Flexner, op. cit.; Franklin a Paine, citado en Wright, op. cit. <<

[246] *Adams Diary*, 14 de agosto de 1796; acerca de la ordenanza relativa al noroeste véase H. S. Commager, *Documents of American History*, 8.ª ed., Nueva York, 1968,1, p. 131. <<

[247] M. D. Conway, ed., *The Writings of Tom Paine*, 4 vols., Nueva York, 1894-1896. <<

[248] Citado en J. E. A. Smith, *History of Pittsfield, Springfield*, Boston, 1876, pp. 145 y s. <<

[249] Citado en W. C. Ford, *Statesman and Friend*, Boston, 1927, p, 31; referencias en L. A. Cremin, *American Education: the National Experience, 1783-1876*, Nueva York, 1988. <<

[250] *Jefferson Writings*, XI, p. 428. <<

[251] Citado en Freeman, op. cit., p. 559. <<

[252] Cifras tomadas de: *Historical Statistics of the United States* (US Department of Commerce, Washington DC), 1975; W G. Anderson, *The Erice of Liberty: The Public Debí of the Revolution*, Charlottesville, 1983. <<

[253] Citado en Stuart Bruchey, "Social and Economic Development After the Revolution", en Greeney Pole, op. cit., pp. 559-560. <<

[254] C. P. Nettels, *The Emergence of a National Economy, 1775-1815*, Nueva York, 1962. <<

[255] L. D. Baldwin, *Whiskey Rebels: The Story of a Frontier Uprising*, Nueva York, 1939. <<

[256] Cecilia M. Kenyon, *Political Science Quarterly* (junio 1958). <<

[257] Saúl K. Padover, *The Mind of Alexander Hamilton*, Nueva York, 1958. <<

[258] Citado en_Smith, *Patriarch*, XVI. <<

[259] Acerca de la señora Powell véase Smith, *Patriarch*, pp. 150-151,184-185. <<

[260] Greville Bathe, *Citizen Genet, Diplomat and Inventor*, Filadelfia, 1946; Gilbert Chinard, *George Washington as the French Knew Him*, Princeton, 1940, p. 104; M. D. Peterson, *Thomas Jefferson and the New Nation: a Biography*, Nueva York, 1970, pp. 487-488. <<

[261] L. M. Sears, *George Washington and the French Revolution*, Detroit, 1960; Smith, *Patriarch*, pp. 173-175. <<

[262] Acerca del caso Randolph véase Bonstell Tachau, "George Washington and the Reputation of Edmund Randolph", *Journal of American History*, 73 (1986); John Reardon, *Edmund Randolph*, Nueva York, 1974, pp. 300 y ss. <<

[263] Dos puntos de vista acerca de la economía en las décadas de 1780 y 1790 se pueden confrontar en John Kiske, *The Critical Period in American History; 1783-1789*, Nueva York, 1888, y R. A. East, *Business Enterprise in the American Revolutionary Era*, Nueva York, 1938, p. 242; C. P. Nettlrels, *The Emergence of a National Economy, 1789-1815*, Nueva York, 1962. <<

[264] Victor Hugo Paltsis, *Washington's Farewell Address*, Nueva York, 1935; Smith, *Patriarch*, pp. 278 y ss.; Barry Schwartz, *George Washington: The Making of an American Symbol*, Nueva York, 1987; E. S. Morgan, *The Genius of George Washington*, Nueva York, 1980. <<

[265] J. C. Miller, *The Federalist Era*, Nueva York, 1952, pp. 198 y ss. <<

[266] H. C. Syrett y otros, eds., *Hamilton Papers*, 15 vols., 1961, XII, pp. 388-394, 440-453. <<

[267] Acerca de Adams y la marina de los Estados Unidos véase D. W. Knox, *History of the United States Navy*, ed. rev., Nueva York, 1948; H. y M. Spout, *Rise of American Naval Power, 1776-1918*, Nueva York, 1943. <<

[268] Adams a Jefferson, el 9 de julio de 1813, en L. J. Capón, ed., *The Adams-Jefferson Letters*, 2 vols., Chapel Hill 1932, II, pp. 351-352. <<

[269] Véase L. H. Butterfield, *ed., John Adams Diary and Auto biography*, 4 vols., Nueva York, 1961, y *Supplement*, 1966. <<

[270] I. Bernard Cohen, *Science and the Founding Fathers*, Nueva York, 1995, pp. 215-236. <<

[271] Citado en Joseph L. Ellis, *Passionate Sage: the Character and Legacy of John Adams*, Nueva York, 1994, p. 239. <<

[272] Acerca de los orígenes de Marshall y sus primeros años véase A. J. Beveridge, *Life of John Marshall*, 4 vols., Nueva York, 1916-1919,1, pp. 20 y ss. <<

[273] John Taylor, *An Inquiry*[…], Filadelfia, 1814, p. 275; Arthur M. Schlesinger, *The Age of Jackson, Londres*, 1946, p. 24. <<

[274] Beveridge, op. cit., IV, p. 87. <<

[275] Max Lerner, "John Marshall and the Campaign of History", *Columbia Law Review*, 39, reproducido en L. W. Levy, ed.,

American Constitutional Law, Nueva York, 1966. <<

[276] D. G. Loth, *Chief Justice John Marshall and the Growth of the Republic*, Nueva York, 1949. <<

[277] Beveridge, op. cit., pp. 586 y ss. <<

[278] George Dangerfield, *The Era of Good Feelings*, Londres, 1953, p. 165; Felix Frankfurter, *The Commerce Clause Under Marshall, Tainey and Waite*, Cambridge, 1937. <<

[279] Hay diversos puntos de vista acerca de la importancia de Marshall; véase el simposio coordinado por Cari B. Swisher y otros, *Justice John Marshall: a Reappraisal*, Nueva York, 1955, y E. S. Crowin, *John Marshall and the Constitution*, Nueva York, 1919. <<

[280] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, I, p. 33; D. E. Engdahl, "John Marshall's 'Jeffersonian Concept' of Judicial Review", *Duke Law Journal*, 42 (1992), pp. 279 y ss. <<

[281] La frase fue de Benjamin Rush. Véase Ellis, op. cit., p. 134. <<

[282] Daniel Sisson, *The American Revolution of 1800*, Nueva York, 1974. <<

[283] Mapp, *Thom Jefferson: A Strange Case of Mistaken Identity*, Nueva York, 1987, pp. 71 y ss.; C. L. Griswold, "Rights of Wrongs: Jefferson, Slavery and Philosophical Quandaries", en J. M. Lacey y otros, eds., *A Culture of Rights: the Bill of Rights in Philosophy; Politics and Law*, Nueva York, 1991, pp. 144-151. <<

[284] J. C. Miller, *The Wolf by the Ears: Jefferson and Slavery*, Nueva York, 1977, pp. 161 y ss. Con respecto a un reciente retrato hostil de Jefferson, que lo presenta no sólo como un cínico dueño de esclavos sino como un racista, véase Conor Cruise O'Brien, *The Long Affair: Thomas Jefferson and the French Revolution*, Londres, 1996, pp. 315-325; pero véase también la reseña de este libro, "Sally and her Master", de Bernard Bailyn, *Ti-*

mes Literary Supplement, Londres, (15 noviembre 1996). Acerca de la relación de Jefferson con Sally Hemings, hija de Betty Hemings, véase Douglas Adair, “The Jefferson Scandáis”, en *Fame and the Founding Fathers*, Nueva York, 1974. <<

[285] William Peden, ed., *Jefferson's Notes on the State of Virginia*, Nueva York, 1955, caps. 8 y 14. <<

[286] Peterson, op. cit., p. 259. <<

[287] Cohen, op. cit., Apéndice 8, “Jefferson's Changing Views Concerning the Abilities of Black People”, pp. 29 y ss. <<

[288] Roger W. Moss, *The American Country House*, pp. 81-85; R. J. Betts, “The Woodlands”, *Wintethur Portfolio*, 14(1979). <<

[289] Millicent Sowerby, *Catalogue of the Library of Thomas Jefferson*, 5 vols., Washington DC, 1952-1959, IV, p. 215. El visitante era John Melish. <<

[290] W. E. Rich, *History of the United States Post Office to the Year 1829*, Cambridge, 1924, pp. 137 y ss. <<

[291] Jack McLaughlin, *To His Excellency Thomas Jefferson: Letters to a President*, Nueva York, 1991. <<

[292] Jefferson a David Gelston, el 12 de noviembre de 1802, Biblioteca del Congreso. Citado en McLaughlin, op. cit., p. 4. <<

[293] Milton Lomask, *Aaron Burr: the Years from Princeton to Vice-President, 1756-1805*, New Haven, 1979. <<

[294] Id., *Aaron Burr: the Conspiracy and the Years of Exile, 1805-1836*, New Haven, 1982. <<

[295] P. L. Ford, *ed., Jefferson's Writings*, 10 vols., 1892-1899, VIII, pp. 143-147; Dumas Malone, *Jefferson and His Time*, 4 vols., 1948-1970, IV p. 258. <<

[296] Alexander de Conde, *The Affair of Louisiana, Nueva York*, 1976, pp. 161-175. <<

[297] Edward Channing, *History of the United States*, 6 vols., Nueva York, 1905-1925, IV, p. 319. Según su punto de vista Bonaparte "arrojó la provincia" a los Estados Unidos y Livingston, Monroe, Madison y Jefferson no hicieron más que "atraparla". <<

[298] J. M. Belolavek, "Politics, Principie and Pragmatism in the Early Republic: Thomas Jefferson and the Quest for American Empire", *Diplomatic History*, 19 (1991), 599 y ss.; E. S. Brown, *The Constitutional History of the Louisiana Purchase, 1803-1812*, Berkely, 1920; Jefferson a Breckinridge, el 12 de agosto de 1803, *Writings*, 1136-1139. <<

[299] R. G. Thwaites, ed., *Original Journals of the Lewis and Clark Expedition*, 8 vols., Nueva York, 1904-1905. <<

[300] Citado en D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographical Perspective of 500 Years of History*, vol. 2: *Continental America 1800-67*, New Haven, 1993, p. 67. <<

[301] A. L. Burt, *The United States, Great Britain and British North America from the Revolution to the Establishment of Peace After the War of 1812*, Londres, 1940; con respecto a las "Orders in Council" véase Chester New, *Life of Henry Brougham to 1830*, Oxford, 1961, cap. 6, "Repealing the Orders in Council", pp. 58 y ss. <<

[302] Con respecto al incidente de Chesapeake véase W P Cresson, *James Monroe*, Chapel Hill, 1946, pp. 230-235; Burton Spivak, *Jefferson's English Crisis: Commerce, the Embargo and the Republican Revolution*, Nueva York, 1979. <<

[303] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, III, 1503-1549; L. W. Levy, *Jefferson and Civil Liberties: the Darker Side*, Cambridge, 1963, pp. 93 y ss. <<

[304] McLaughlin, op. cit., pp. 14-38. <<

[305] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, II, pp. 1548-1554; Richard Mannix, "Gallatin, Jefferson and the Embargo

of 1808”, *Diplomatic History*, 3 (1979), pp. 151-172. Este trabajo critica manejo que Jefferson hizo de la crisis. <<

[306] Irving Brandt, *James Madison*, 6 vols., 1941-1961, IV, p. 306. <<

[307] Véanse dos puntos de vista recientes acerca de Madison en J. N. Rakove, *James Madison and the Creation of the American Republic*, Glenview, 1990, y D. R. McCoy, *Last of the Fathers: James Madison and the Republican Legacy*, Nueva York, 1989. <<

[308] Gaillard Hunt, ed., *Margaret Bayard Smith: the First Forty Years of Washington Society*, Nueva York, 1906. <<

[309] Citado en William Seale, *The President's House: A History*, 2 vols., Washington DC, 1986,1, p. 129. <<

[310] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, III, p. 1567. <<

[311] J. B. MacMaster, *A History of the People of the United States from the Revolution to the Civil War*, 6 vols., Nueva York, 1895, IV, pp. 199 y ss.; N. K. Risjord, “Election of 1812”, en Arthur M. Schlesinger Jr. y F. R. Israel, eds., *History of American Presidential Elections, 1789-1968*, 4 vols., Nueva York, 1971,1, pp. 249 y ss. <<

[312] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, III, pp. 1698 y ss. <<

[313] A. L. Burt, *United States, Great Britain and Cañada: from the Revolution to the Establishment of Peace after the War of 1812*, Nueva York, 1961. <<

[314] *Jefferson Writings*, IX, p. 366. <<

[315] Edgar Mclnnis, *Cañada: a Social and Political History*, ed. rev., Nueva York, 1958, p. 194. <<

[316] William Atherton, *Narrative of the Sufferings and Defeat of the North-Western Army Under General Winchester*, Nueva York, s.f., pp. 25-31, 56-67, etcétera; Elias Barnall, *Account of the*

Hardships, etc… of Those Heroick Kentucky Volunteeers and Regulars in the Years 1812-1813, Nueva York, s.f., pp. 36-54. <<

[317] J. C. A. Stagg, *Mr Madisons War: Politics, Diplomacy and Warfare in the Early American Republic, 1783-1830*, Princeton, 1983, p. 225. <<

[318] McMaster, op. cit., IV, p. 7. <<

[319] *Niles Weekly Register*, III, 238, p. 4. <<

[320] C. J. Dutton, *Oliver Hazard Perry*, Nueva York, 1935. <<

[321] McMaster, op. cit., IV, p. 116. <<

[322] Citado en Christopher Lloyd, *Captain Marrat and the Old Navy*, Londres, 1939, p. 148. <<

[323] H. W. Dickinson, *Robert Fulton, Engineer and Artist*, Londres, 1913, pp. 17-21, que reproduce el retrato de Fulton hecho por Peale. <<

[324] Ibíd., pp. 73-95, 125. <<

[325] Ibíd., pp. 182-187, 194-199. <<

[326] *Edinburgh Evening Courant* (31 agosto 1815). <<

[327] S. M. Hamilton, ed., *The Writings of James Monroe*, 8 vols., Nueva York, 1898-1903, V, pp. 245 y ss. <<

[328] Warren M. Hoffnagle, *Road to Fame: William H. Harrison and the Northwest*, Nueva York, 1959. <<

[329] McMaster, op. cit., IV, pp. 138 y ss. <<

[330] Anne H. Wharton, *Social Life in the Early Republic*, Filadelfia, 1902, p. 172. <<

[331] L. B. Cutts, ed., *Memoirs and Letters of Dolly Madison*, Nueva York, 1886, pp. 110 y ss. <<

[332] Lady Bourchier, *Memoire […] of Sir Edward Codrington*, 2 vols., Londres, 1873, vol. 1, *The American Campaign*, pp. 315 y ss. <<

[333] Wharton, op. cit., p. 172. <<

[334] McMaster, op. cit., IV, p. 155. <<

[335] Bourchier, op. cit., p. 317. <<

[336] Robert Allen Rutland, *The Presidency of James Madison*, Lawrence, 1990, pp. 157-167. <<

[337] Acerca de la primera etapa de la carrera de Jackson, véase Robert V. Remini, *Andrew Jackson and the Course of American Empire, 1767-1821*, Nueva York, 1977, pp. 37-112. <<

[338] Ibíd., pp. 120-123. <<

[339] Ibíd., pp. 184-185. <<

[340] Reginald Horsman, *Expansión and American Indian Policy, 1783-1812*, East Lansing, 1967. <<

[341] R. C. Downes, *Council Fires on the Upper Ohio: a Narrative of Indian Affairs on the Upper Ohio Valley Until 1795*, Pittsburgh, 1940. <<

[342] Dale van Every, *The Disinherited: the Lost Birthright of the American Indian*, Nueva York, 1976. <<

[343] Reginald Horsman, "British Indian Policy in the North-West 1807-1812", *Mississippi Valley Historical Review* (abril 1958). <<

[344] J. F. H. Claiborne, *Mississippi as Province, Territory and State*, Jackson, 1880, p. 3, citado en Remini, *Jackson*, I. <<

[345] A. J. Pickett, *History of Alabama*, Charleston, 1851, II, p. 275; H. S. Halberty T. S. Hall, *The Creek War of 1813-1814*, Tuscaloosa, 1969, pp. 151 y ss. <<

[346] J. Doherty Jr, *Richard Keith Call, Southern Unionist*, Gainsville, 1961, p. 6, citado en Remini, *Jackson*, I. <<

[347] Jackson a Rachel Jackson, el 29 de diciembre de 1813, documentos de Jackson de la Biblioteca del Congreso, citado en Remini, *Jackson*, I, p. 194. <<

[348] J. Reid y J. H. Eaton, *Life of Andrew Jackson*, reimpresión, Tuscaloosa, 1974, pp. 63-70: Amos Kendall, *Life of Andrew Jackson*, Nueva York, 1844, pp. 216-217. <<

[349] Jackson a Rachel Jackson, el 29 de diciembre de 1813, documentos de Jackson de la Biblioteca del Congreso, citado en Remini, *Jackson*, I, p. 201. <<

[350] Reid y Eaton, op. cit., pp. 142-143, citado en Remini, *Jackson*, I, p. 212. <<

[351] John Spencer Bassett, ed., *Correspondence of General Jackson*, 6 vols., Washington DC, 1926-1933,1, pp. 488-490. <<

[352] Ibíd., pp. 491-492. <<

[353] Remini *Jackson*, I, p. 154. <<

[354] C. B. Brooks, *The Siege of New Orleans*, Nueva York, 1961; H. F. Rankin, ed., *The Battle of New Orleans, a British View: the Journal of Major C. R. Forrest*, Londres, 1961; Remini, *Jackson*, I, pp. 335 y ss. <<

[355] Acerca del relato de Adams a propósito de las conversaciones de paz, véase Allan Nevins, ed., *The Diary of John Quincy Adams, 1794-1845*, Nueva York, 1951; la entrada relativa a la “lista de enemigos” es del 23 de noviembre de 1835. <<

[356] Nevins, op. cit., pp. 136-137, 139, 145 y ss. <<

[357] Stagg, op. cit., pp. 375-380. <<

[358] Smith, *Jefferson-Madison Correspondence*, III, pp. 1753 y ss. <<

[359] Stagg, op. cit., pp. 500 y ss.; T. A. Bailey, *A Diplomatic History of the American People*, Nueva York, 1969, pp. 157 y ss. <<

[360] Nevins, op. cit., p. 151. <<

[361] Texto del tratado de Ghent en Fred Israel, ed., *Major Peace Treaties of Modern History, 1648-1967*, Nueva York, 1967,1, p. 704. <<

TERCERA PARTE

La Norteamérica democrática, 1815-1850.

[362] *Information to Those Who Would Remove to America*, 1784, en Benjamin Franklin, *Writings*, VIII, pp. 603 y ss. <<

[363] *Congressional Glove*, 29° Congreso, primera sesión, 10 de enero de 1846, p. 211, citado en D. W. Meinig, *The Shaping of America: Continental America, 1800-1867*, p. 222. <<

[364] Colin Clark, *Population Growth and Land Use*, Londres 1969, p. 106, cuadro III, p. 14. <<

[365] Acerca del crecimiento de los bancos de los Estados Unidos véase M. G. Myers, *A Financial History of the United States*, Nueva York, 1970. <<

[366] Leon Schur, "The Second Bank of the United States and Inflation After the War of 1812", *Journal of Political Economy*, 68 (1960). <<

[367] R. C. H. Catterall, *The Second Bank of the United States*, Nueva York, 1903, pp. 28-32, 160 n. <<

[368] Citado en George Dangerfield, *The Era of Good Feelings*, Londres, 1953, pp. 179-180. <<

[369] Murray N. Rothbard, *The Panic of 1819*, Nueva York 1962. <<

[370] C. F. Adams, ed., *Memoirs of John Quincy Adams*, 12 vols., Boston, 1874-1877, III, p. 167. <<

[371] Emanuel Howitt, *Selections from Letters […] written in 1819,* Nottingham, 1820, p. 217. <<

[372] *Niles Weekly Register*, 18(1820). En 1947 se publicó una colección completa en facsímil del *Niles*. <<

[373] Hansen, op. cit., pp. 152, 159-161. <<

[374] R. A. Billington, *Westward Expansion: a History of the American Frontier*, Nueva York, 1949, pp. 265 y ss, 290 y ss.,

310 y ss. <<

[375] Citado en Daniel J. Boorstin, *The Americans: the National Experience*, Nueva York, 1970, p. 75. <<

[376] *Hansard*, tercera serie, 33 (852). <<

[377] H. H. Bellot, *American History and American Historians*, Londres, 1952, cap. 4, "The Settlement of the Mississippi Valley", pp. 108 y ss. <<

[378] F S. Philbrock, *The Rise of the West, 1754-1830*, Nueva York, 1965, pp. 314-315; R. G. Albion, *Rise of New York Port, 1815-1860*, Nueva York, 1939; R. E. Shaw, *Erie Water West: Erie Canal, 1792-1854*, Nueva York, 1966. <<

[379] Rohrbough; *The Transappalachian Frontier: People, Societies and Institutions*, Oxford, 1978 op. cit., pp. 361-362; R. C. Buley, *The Old North-West: Pioneer Period, 1815-1840*, 2 vols., Indianápolis, 1950. <<

[380] Elijah Iles, *Sketches of Early Life and Times in Kentucky, Missouri and Illinois*, Springfield, Illinois, 1863; Rohrbough, 9, 178 y ss. <<

[381] La obra *Autobiography*, de Stone, de la que provienen estas citas, ha sido reimpresa en Rhodes Thompson, *Voices from Cañe Ridge*, San Luis, 1954. <<

[382] Lyman Beecher, *A Plea for the West*, 2.ª ed., Cincinnati, 1835, p. 11. <<

[383] W. C. Barclay, *Early American Methodism, 1769-1844*, Nueva York, 1949. <<

[384] O. K. Armstrong y M. M. Armstrong, *The Indomitable Baptists: Their Role in Shaping American History*, Nueva York, 1967. <<

[385] A. W. Spalding, *Origins and History of Seventh-Day Adventists*, 4 vols., Washington DC, 1961-1962; D. E. Robinson, *The Story of Our Health Message*, Nashville, 1943. <<

[386] T. F. O'Dea, *The Mormons*, Chicago, 1957; con respecto a la polémica en torno a la poligamia véase N. F. Furniss, *The Mormon Conflict, 1850-1857* New Haven, 1960. <<

[387] Citado en E. W. Fornell, *The Unhappy Medium: Spiritualism and the Life of Margaret Fox*, Austin, 1964. <<

[388] Acerca del espiritismo norteamericano véase E. Gurney y otros, *Phantasms of the Living*, 2 vols., Nueva York, 1886; G. W. Butterworth, *Spiritualism and Religión*, Nueva York, 1944; Sir Arthur Conan Doyle, un creyente ferviente, escribió *A History of Spiritualism*, 2 vols., Londres, 1926. <<

[389] R. Peel, *Christian Science: Its Encounter with American Culture*, Nueva York, 1958. <<

[390] W. H. Goldman y otros, *Ralph Waldo Emerson: Journals and Miscellaneous Notebooks*, 9 vols., Cambridge, 1960-1972. <<

[391] Charles Crowe, *George Ripley: Trascendentalist and Utopian Socialist*, New Haven, 1967. <<

[392] R. A. Parker, *A Yankee Saint: John Humphrey Noyes and the Oneida Community*, Nueva York, 1935. <<

[393] Jonathan Messerli, *Horace Mann: a Biography*, Nueva York, 1972. <<

[394] Los informes anuales de Mann se encuentran en Mary Mann, *Life and Works of Horace Mann*, 3 vols., ed. rev., Boston, 1891. <<

[395] Acerca del crecimiento del catolicismo véase James Hannesy, *American Catholics: a History of the Román Catholic Community in the United States*, Nueva York, 1981. <<

[396] El período de María Monk está descrito en Jay Dolan, *The American Catholic Experience: a Social History from Colonial Times to the Present*, Nueva York, 1985, y en Philip Gleason, *Keeping Faith: American Catholicism Past and Present*, Notre Dame, 1987. <<

[397] Ray Billington, *The Protestant Crusade, 1800-1860*, Nueva York, 1938; J. P. Dolan, *The Immigrant Church: New York's Irish and Germán Catholics, 1815-1865*, Nueva York, 1975. <<

[398] Orestes Brownson, *The American Republic*, Nueva York, 1866; su crítica del Segundo Infórme Anual de Mann está en la *Boston Quarterly Review*, 2 (octubre 1839), 394-434. <<

[399] D. J. O'Brien, *Public Catholicism*, Nueva York, 1989. <<

[400] J. J. Blau y S. W. Barón, *The Jews in the United States, 1790-1840: a Documentary History, 3* vols., Nueva York, 1963,1 Introducción, pp. XVIII y ss. <<

[401] Meyrer Waxman, *American Judaism in the Light of History: Three Hundred Years*, Nueva York, 1955. <<

[402] Henry Hobhouse, *Seeds of Change: Five Plants That Transformed the World*, Nueva York, 1986, pp. 144 y ss. <<

[403] Ibíd., p. 142; Samuel Smiles, *Industrial Biography*, Londres 1863, pp. 322 y ss.; Derry y Williams, op. cit., pp. 287 y ss. <<

[404] Constance M. Green, *Eli Whitney and the Birth of American Technology*, 2.ª ed., Nueva York, 1956. <<

[405] Citado en Hobhouse, op. cit., p. 181. n. 20. <<

[406] J. W. Roe, *English and American Tool Builders*, Nueva York, 1916; véase su: "Interchangeable Manufacture", *Newcomen Society Transactions*, 17 (1937), pp. 165 y ss. <<

[407] H. J. Habbakuk, *American and British Technology in the 19.th Century,* Nueva York, 1962. <<

[408] J. Mirsky y A. Nevins, *The World of Eli Whitney*, Nueva York, 1952. <<

[409] J. G. de R. Hamilton, ed., *The Papers of Thomas Ruffin*, 4 vols., Releigh, Carolina del Norte, 1918-1929,1, p. 198. <<

[410] Jan Lewis, *The Pursuit of Happiness, Family and Values in Jefferson's Virginia*, Cambridge, Inglaterra, 1983; Hobhouse, op.

cit., p. 153. <<

[411] Hobhouse, op. cit., p. 138, n. 4. <<

[412] Reimpreso en la Biblioteca Liberty de Clásicos, Nueva York, 1996. <<

[413] Según un folleto autobiográfico de 76 páginas que Calhoun escribió para su abortada campaña presidencial en 1843, citado en Irving H. Bartlett, *John C. Calhoun*, Nueva York, 1993. <<

[414] Charles Woodmason, *The Carolina Backwoods on the Eve of the Revolution*, editado por R. J. Hooker, Chapel Hill, 1953. <<

[415] Bartlett, op. cit., p. 27. <<

[416] G. W. Featherstonehaugh, *Excursión Through the Slave States*, Nueva York, 1844. <<

[417] Glover Moore, *The Missouri Controversy 1819-1821*, Lexington, 1953. <<

[418] Alan Nevins, ed., *Diary of John Quincy Adams, 1794-1845*, p, 231 (3 marzo 1820). <<

[419] La mejor biografía de Clay es la de Robert V. Remini, *Henry Clay: Statesman for the Union*, Nueva York, 1991. <<

[420] E. de Witt Jones, *Influence of Henry Clay on Abraham Lincoln*, Lexingtoo, 1952, p. 21. <<

[421] Acerca de los antepasados, orígenes y circunstancias personales de Clay, véase Remini, *Clay*, pp. 1-14. <<

[422] J. F. Hopkins y otros, eds., *The Papers of Henry Clay*, 9 vols., Lexington, 1959, VII, p. 511. <<

[423] Acerca de Clay y Whyte véase Calvin Colton, *Life and Times of Henry Clay*, 2 vols., Nueva York, 1846,1, pp. 20 y ss. <<

[424] T. D. Clark, *History of Kentucky*, Nueva York, 1937, pp. 60 y ss. <<

[425] Horace Greely, *Recollections of a Busy Life*, Nueva York, 1868, p. 250; J. M. Rogers, *The True Henry Clay*, Filadelfia, 1904, p. 250. <<

[426] L. P. Littel, *Ben Hardin: His Times and Contemporaries*, Louisville, 1887, pp. 38 y ss. <<

[427] Everett Somerville Brown, ed., *The Missouri Compromises and Presidential Politics, 1820-1825*, San Luis, 1926, p. 42; Glover Moore, *The Missouri Controversy, 1819-1821*, Lexington, 1953, p. 156. <<

[428] Henry S. Foote, *A Casket of Reminiscences*, Nueva York, 1968, p. 30. <<

[429] Ernest R. May, *The Making of the Monroe Doctrine*, Nueva York, 1975. <<

[430] Acerca dé la primera vez que se usó la frase véase el *Niles Register* del 5 de marzo de 1817; Dangerfield, op. cit., p. 96. <<

[431] Véase Morton Borden, *Parties and Politics in the Early Republic, 1789-1815*, New Haven, 1967, y Richard Hofstadter, *The Idea of a Party System, 1780-1840*, Nueva York, 1969. <<

[432] Acerca de Crawford véase P. J. Green, *William H. Crawford*, Nueva York, 1965. <<

[433] Nevins, op. cit., pp. 353 y ss. <<

[434] Carta a Benjamin Austin, del 9 de enero de 1816, citada en Arthur Schlesinger Jr, *The Age of Jackson*, Cambridge, 1945, p. 18. <<

[435] Remini, *Jackson*, I, pp. 357-358, 364; P C. Brooks, *Diplomacy and the Borderlands; the Adams-Onis Treaty of 1819*, Berkeley, 1939, p. 117. <<

[436] Clay a Francis T. Brooke, 3 de agosto de 1833, en *Clay Papers*, VIII, pp. 661-662. <<

[437] H. J. Doherty Jr, "Andrew Jackson on Manhood Suffrage: 1822", *Tennessee Historical Quarterly*, 15 (1956), p. 60. <<

[438] Carta a James Buchanan, del 25 de junio de 1825, citada en Remini, *Jackson*, II, pp. 30-31. <<

[439] Marquess James, *Andrew Jackson: Portrait of a President*, Nueva York, 1937, pp. 99 y ss. <<

[440] E. W. Austin, *Political Facts of the United States Since 1789*, Nueva York, 1986, cuadro 3.1, pp. 92 y ss.; Remini, *Jackson*, II, atribuye 152.901 a Jackson y 114.023 a Adams. <<

[441] John Spencer Bassett, ed., *Correspondence of General Jackson*, III, p. 270; H. A. Wise, *Decades of the Union*, Filadelfia, 1881, pp. 110-111. <<

[442] Citado en James, op. cit., p. 135. <<

[443] J. E Hopkins, "Election of 1824", en Arthur M. Schlesinger Jr y E L. Israel, eds., *History of American Presidential Elections, 1789-1968*, 1. <<

[444] *Jackson Correspondence*, II, p. 276. <<

[445] Véase Remini, *Clay*, cap. 15, "The Corrupt Bargain", pp. 251-272. <<

[446] *Jackson Correspondence*, III, p. 291. <<

[447] R. V. Remini, *Martin van Buren and the Making of the Democratic Party*, Nueva York, 1959; James, op. cit., pp; 144-145. <<

[448] Nevins, op. cit., entrada correspondiente al 10 de abril de 1824. <<

[449] Remini, *Jackson*, II, p. 133. La acusación de proxenetismo contra Adams apareció en una biografía de campaña de Jackson escrita por Isaac Hill, de Nueva Hampshire. <<

[450] James, op. cit., p. 120; John J. Crittenden a Clay, el 15 de febrero de 1825; *Jackson Correspondence*, III, p. 325; *United States Telegraph* (16 junio 1827). <<

[451] Véase Alvin Kass, *New York Politics, 1800-1830*, Nueva York, 1965. <<

[452] Para más detalles véase De Valsa, S. Alexander, *A Political History of the State of New York, 1774-1882*, 3 vols., Nueva York, 1906-1909. <<

[453] Niven, op. cit., pp. 54 y ss. <<

[454] Austin, *Political Facts of the United States*, cuadros 3.1,3.2 y 3.3, pp. 92 y ss. <<

[455] Webster, *Private Correspondence*, Boston 1875,1 p. 470; la cita de Clay es de un discurso ante el Senado en 1832. <<

[456] Gaillard Hunt, ed., *Margaret B. Smith: the First Forty Years of Washington Society*, p. 257; Nevins, op. cit., p. 396; Remini, *Jackson*, II, pp. 183 y ss, hace una enérgica defensa de las destituciones y nombramientos de Jackson; véase también E. M. Eriksson, "The Federal Civil Service Under President Jackson", *Mississippi Valley Historical Review* (julio 1927); S. H. Aronson, en *Status and Kinship in the Higher Civil Service*, Cambridge, 1964, afirma que el sistema no cambió demasiado durante el mandato de Jackson comparado con los de Jefferson y Adams; para una puesta al día de la controversia véase F. W. Muggleston, "Andrew Jackson and the Spoils System: a Historiographical Survey", *Mid America*, 59 (1977). <<

[457] Niven, op. cit., pp. 240-245; Van Buren, *Autobiography*, pp. 268-269; Remini, *Jackson*, II, pp. 198-199. <<

[458] Remini, *Jackson*, II, pp. 160 y ss.; Niven, op. cit., p. 228. <<

[459] Schlesinger, *Age of Jackson*, pp. 66 y ss.; Remini, *Jackson*, II, cap. 18, "The Purge", pp. 300-314; Niven, op. cit., pp. 255 y ss. <<

[460] Wise, op. cit., p. 117; Martineau, society in America, 3 vols., Londres, 1837, pp. 257-258; las observaciones de Wise estaban en un discurso pronunciado en la Cámara de Representantes el 21 de diciembre de 1838; hay un interesante retrato de Kendall en Schlesinger, *Age of Jackson*, pp. 67-72. <<

[461] *Remini, Jackson*, III, pp. 8-23. <<

[462] Véase *State Papers on Nullification*, Boston, 1834, pp. 180 y ss.; William W. Freehling, *Prelude to Civil War: the Nullification Controversy in South Carolina, 1816-1836*, Nueva York, 1963. <<

[463] *Remini, Jackson*, III, pp. 30-34. <<

[464] Billington, *Westward Expansión*, p. 301. <<

[465] *North American Review* (primavera 1827), 365-442 (enero de 1830) 64-109; acerca de Cass, véase F. B. Woodford, *Lewis Cass, the Last Jeffersonian*, Nueva York, 1950. <<

[466] Nevins, op. cit., p. 313. <<

[467] Ibíd., pp. 318-319. <<

[468] Acerca de la república véase H. T. Malone, *Cherokees of the Old South: a People in Transition*, Athens, Georgia, 1956, pp. 74-90. <<

[469] Citado en Rohrbough, op. cit., p. 277. <<

[470] Ibíd., p. 273. <<

[471] A. De Tocqueville, *Democracy in America*, 2 vols., Nueva York, 1945,1, pp. 353 y ss. <<

[472] Véase M. G. Madelaine, *Monetary and Banking Theories of Jacksonian Democracy*, Nueva York, 1942. <<

[473] Remini, *Jackson*, III, p. 92. <<

[474] Acerca de Andalucía véase Roger W. Moss, *The American Country House*, pp. 105 y ss.; N. B. Wainwright, *Andalusia*, Filadelfia, 1976. Acerca de Biddle, véase T. R Govan, *Nicholas Biddle, Nationalist and Public Banker, 1786-1844*, Chicago, 1959. <<

[475] Acerca de Taney véase Walker Lewis, *Without Fear or Favor: Chief Justice Roger Brooke Taney*, Nueva York, 1965; R. J. Harris, "Chief Justice Taney", *Vanderbilt Law Review*, 10(1957). <<

[476] El veto de Jackson se describe en detalle en Remini, *Jackson*, II, cap. 22, pp. 353 y ss. <<

[477] Biddle a Clay, el 1 de agosto de 1832, en *Biddle Papers*, Biblioteca del Congreso; citado en Remini, *Jackson*, II, p. 369; *Globe* (12 julio 1832). <<

[478] Jackson a Van Buren, el 3 de enero de 1834, en *Van Buren Papers*, Biblioteca del Congreso; citado en Remini, *Jackson*, III, p. 162. <<

[479] E. G. Bourne, *The Surplus Revenue of 1837*, Nueva York, 1885. <<

[480] R. C. McGrane, *The Panic of 1837*, Nueva York, 1924. <<

[481] R. H. Timberlake, "Species Circular and Distribution of Surplus", *Journal of Political Economy*, 68 (1960), pp. 109 y ss.; Nathan Sargent, *Public Men and Events*, Filadelfia, 1875,1, p. 321. <<

[482] G. R. Taylor, ed., *Jackson y Biddle*, Nueva York, 1949. Véanse también los documentos de la compilación realizada por F. O. Gatell, *Jacksonians and Money Power, 1829-1840*, Nueva York, 1967. <<

[483] Sven Peterson, *A Statistical History of American Presidential Elections*, Nueva York, 1963, pp. 22-24. <<

[484] Acerca del plan para el Tesoro de Van Buren véase D. Kinley, *Independent Treasury*, Nueva York, 1910. El gobierno de Van Buren es analizado en detalle en J. C. Curtís, *Fox at Bay: Van Buren and the Presidency*, Nueva York, 1970. <<

[485] Remini, *Clay*, cap. 31, pp. 344 y ss. <<

[486] W. N. Chambers, "Election of 1840", en Schlesinger e Israel, op. cit., I, pp. 680-682, 690. <<

[487] Remini, *Clay*, pp. 582-583. <<

[488] R. M. Wyk, *Steam Power on the American Farm*, Nueva York, 1953. <<

[489] C. R. Woodward, *Development of Agriculture in New Jersey; 1640-1880*, Nueva York, 1927, pp. 51 y ss. <<

[490] F. W. Taussig, *The Tariff History of the United States*, Nueva York, 1923. <<

[491] Timothy Dwight, *Travels in New England and New York*, 2 vols., Nueva York, 1823, II, p. 54. <<

[492] H. U. Faulkner, *American Economic History*, p. 267. <<

[493] T. B. Searight, *The Old Pike: a History of the National Road* Nueva York, 1894, p. 16. <<

[494] Remini, *Jackson*, II, pp. 252 y ss. <<

[495] W. J. Petersen, *Steamboating on the Upper Mississippi*, Nueva York, 1937; Greville Bathe, *Rise and Decline of the Paddle Wheel*, Nueva York, 1962. <<

[496] Edward Hungerford, *Baltimore and Ohio Railroad* 2 vols., Baltimore, 1928; S. M. Derrick, *Centennial History of the South Carolina Railroad* Charleston, 1930. <<

[497] Camarade Representantes, documentos ejecutivos, 18, 1831-1832, 22° Congreso, primera sesión, I, p. 174. <<

[498] Acerca de las primeras formas de financiación de los ferrocarriles véase L. H. Haney, *Congressional History of Railroads*, 2 vols., Washington DC, 1908-1910,1, Caps. 2 y 3. <<

[499] H. P. Walker, *Waggonmasters: High Plains Freighting to 1880*, Nueva York, 1966; J. W. Turrentine, "Wells Fargo, Stagecoaches and Pony Express", *California Historical Society Quarterly*, 45 (1966), pp. 291 y ss. <<

[500] Carleton Mabie, *The American Leonardo: the Life of Samuel F. B. Morse*, Boston, 1943; Philp Dorf, *The Builder: Ezra Cornell* Itaca, 1952. <<

[501] Víctor Rosewater, *History of Cooperative Newsgathering in the United States*, Nueva York, 1930. <<

[502] Véase A. K. Weidenberg, *Manifest Destiny: a Study of Nationalist Expansión in American History*, Baltimore, 1935. <<

[503] *Congressional Globe*, 28° Congreso, segunda sesión, Apéndice, pp. 161-162, citado en J. W. Pratt, "The Origins of Manifest Destiny", *American Historical Review*, CCCII (1927). <<

[504] *Congressional Globe*, 28° Congreso, segunda sesión, Apéndice, p. 43. <<

[505] *Young Hickory Banner*, 15 de octubre de 1845. <<

[506] *Democratic Review*, XVII (1845). <<

[507] *North American Review*, julio de 1836, octubre de 1842. <<

[508] D. M. Pletcher, *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War*, Nueva York, 1973. <<

[509] Stanley Siegeí, *A Political History of the Texas Republic, 1836-1845*, Austin, 1956. <<

[510] Citado en Remini, *Jackson*, III, pp. 357 y ss. <<

[511] Kendall a Jackson, el 30 de julio de 1836, en *Jackson Papers*, Chicago Historical Society; citado en Remini, *Jackson*, III, p. 362. <<

[512] Acerca de Clay y la elección de 1844 véase Remini, *Clay*, cap. 36, pp. 642 y ss.; los detalles de la elección están analizados en Schlesinger e Israel, op. cit., I, pp. 861 y ss. <<

[513] J. H. Smith, *Annexation of Texas*, Nueva York, 1911. <<

[514] M. M. Quaife, ed., *Diary of James Knox Polk*, 4 vols., Nueva York, 1910; hay una edición abreviada editada por Allan Nevins, Nueva York, 1929; la mejor biografía es la de C. G. Sellers, *James K Polk*, 2 vols., Nueva York, 1957-1966; una valora-

ción reciente se encuentra en Joseph Shattan, “One Term Wonder”, *American Spectator* (octubre de 1996). <<

[515] Acerca de la primera etapa de la historia de Oregon véase C. H. Carey, *A General History of Oregon Prior to 1861*, 2 vols., Nueva York, 1935-1936. <<

[516] M. C. Jacobs, *Winning Oregon*, Nueva York, 1938. <<

[517] Acerca de los orígenes de la guerra, además de Sellers, op. cit., II, véase J. H. Shroeder, *Mr Polks War*, Nueva York, 1973. <<

[518] R. P. Basler, *Collected Works of Abraham Lincoln, 7* vols., New Brunswick, 1953-1955,1, pp. 439 y ss. <<

[519] Thomas Hart Benton, *Thirty Years View*, 2 vols., Nueva York, 1854-1856. <<

[520] Acerca de Scott, véase A. D. H. Smith, *Old Fuss-and-Feathers: the Life of Winfield Scott*, Nueva York, 1937. <<

[521] Acerca de la campaña, véase K. J Bauer, *The Mexican War, 1846-1848*, Nueva York, 1974. <<

[522] Allan Nevins, *Frémont: The West's Greatest Adventurer*, 2 vols., Nueva York, 1928, reeditado en 1955. Sus *Memoirs* se publicaron en 1887. <<

[523] Acerca del tratado y sus consecuencias véase R. W. Johannsen, *To the Halls of Montezuma: the Mexican War in the American Imagination*, Nueva York, 1985. <<

[524] Richard O’Connor, *Bret Harte: a Biography*, Nueva York, 1966. <<

[525] R W Paul, *California Gold*, Nueva York, 1947, VII; véase también su catálogo de fuentes contemporáneas, *California Gold Discovery*, Nueva York, 1966; A. L. Rowse, *The Comish in América*, Truro, 1967, pp. 248 y ss. <<

[526] R. J. Roske, “World Impact of California Gold Rush, 1849-1857”, *Arizona and West*, 5 (1963), 187 y ss. <<

[527] G. R. Taylor, *Transportation Revolution, 1815-1860*, Nueva York, 1951. <<

[528] Jefferson Williamson, *The American Hotel*, Nueva York, 1930; D. E. King, "The First Class Hotel and the Age of the Common Man", *Journal of Social History*, 23 (1957), 172 y ss. <<

[529] Anthony Trollope, *North America*, Londres, 1864, pp. 245-247; Harriet Martineau, *Society in North America*, 2 vols., Londres, 1937, II, pp. 57 y ss. <<

[530] R. T. Ely, *The Labor Movement in America*, Nueva York, 1925, p. 49; Ware, *The Industrial Worker, 1840-1860*, Nueva York, 1924. <<

[531] Charles A. Murray, *Travels in North America*, 2 vols., Londres, 1839, II, p. 297. <<

[532] Orlando F. Lewis, *The Development of American Prisons and Prison Customs, 1776-1845*, Nueva York, 1922; D. W. Lewis, *From Newgate to Dannemora; The Pise of the Penitentiary in New York, 1796-1848*, Nueva York, 1965. <<

[533] Vale la pena leer este soberbio discurso completo. Véase *Great Speeches and Orations of Daniel Webster*, Classic of Liberty Library, Nueva York, 1993, pp. 123 y ss. <<

[534] Véase L. R Eisenhart, *Historical/Philadelphia*, Filadelfia, 19 53 y también G. B. Tatum, *Penns Great Town*, Filadelfia, 1961. <<

[535] L. A. Cremin, *American Education: The National Experience, 1783-1876*, Nueva York, 1980; C. F. Kaestle, *Pillars of the Republic: Common Schools and American Society, 1780-1860*, Nueva York, 1983. <<

[536] L. R. Veysey, *The Emergence of the American University*, Nueva York, 1965; B. M. Solomon, *In the Company of Educated Women: a History of Women and Higher Education in America*, Nueva York, 1985. <<

[537] La mejor exposición al respecto es la que se encuentra en Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *The Growth of the American Republic*, 2 vols., Oxford, 1962, vol 1: *1000-1865*, pp. 618 y ss. <<

[538] *Free Soil* significa literalmente *suelo libre*, es decir, sin esclavitud (*N. del T.*). <<

[539] Schlesingere Israel, op. cit., II, p. 918. <<

[540] Remini, *Clay*, p. 710. <<

[541] Elbert B. Smith, *The Presidencies of Zachary Taylor and Millard Fillmore*, Lawrence, 1988. <<

[542] Para conocer los detalles de los debates en el Senado véase Holman Hamilton, *Prologue to Conflict: The Crisis and Compromise of 1850*, Lexington, 1964. <<

[543] Michael F. Holt, *The Political Crisis of the 1850s*, Nueva York, 1978. <<

[544] Martin Green, "The God That Neglected to Come: American Literature, 1780-1820", en Marcus Cunliffe, ed., *American Literature to 1900*, Londres 1986, pp. 53 y ss. <<

[545] W. A. Reichart, *Washington Irving and Germany*, Ann Arbor, 1957, pp. 22-23, 42; H. A. Pochmann, "Irvings German Sources in *The Sketch Book*" en *Studies in Philology*, 1930, pp. 477 y ss. <<

[546] P. M. Irving, ed., *Life and Letters of Washington Irving*, 3 vols., Londres, 1962, pp. 28-29; Cunliffe, op. cit., p. 78. <<

[547] Jackson, citado en Morison, *History of the American People*, II, p. 162. <<

[548] K. S. House, *James Fenimore Cooper: Cultural Prophet and Literary Pathfinder*, Nueva York, 1988; Clarence Golides, "The Reception of Some 19.th Century American Authors in Europe", en M. Denny y W. H. Gilman, eds., *The American Writer and the European Tradition*, Minneapolis, 1950, pp.

113-114; P. A. Barba, *Cooper in Germany*, Bloomington, 1914, pp. 78 y ss. <<

[549] R. Ruland y M. Bradbury, *From Puritanism to Postmodernism: a History of American Literature*, Nueva York, 1991, pp. 100 y ss. <<

[550] E. Wagenknecht, *Ralph Waldo Emerson: Portrait of a BalancedSouL*, Nueva York, 1974, cap. 6, "Politics", pp. 158-201. <<

[551] Thomas Wentworth Higginson, *Every Saturday*, 18 de abril de 1868. <<

[552] *Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson*, 14 vols., Cambridge, 1960; VIII, pp. 88-89, 242; IX, p. 115; VII, p. 544. Acerca de la relación de Emerson con Margaret Fuller, véase Carlos Baker, *Emerson Among the Eccentrics: a Group Portrait*, Nueva York, 1996. <<

[553] Paul Boyer, *Urban Masses and Moral Order in America, 1820-1920*, Cambridge, 1978, p. 109; M. K. Cayton, "The Making of an American Prophet: Emerson. His Audience and the Rise of the Culture Industry in 19.th Century America", *American Historical Review* (junio 1987). <<

[554] Citado en Wagenknecht, op. cit., p. 170. <<

[555] Harold Bloom, "Mr America", *New York Review of Books* (22 noviembre 1984), pp. 19 y ss. <<

[556] El relato más completo de la vida de Longfellow es el de S. Longfellow, *Life of Henry Wadsworth Longfellow with extracts from his journals and correspondence*, 3 vols., Cambridge, 1891; A. R. Hilen, ed., *Longfellow's Letters*, 2 vols., Cambridge, 1967; véase también E. Wagenknecht, *Henry Wadsworth Longfellow: Portrait of an American Humorist*, Nueva York, 1967. <<

[557] La mejor biografía de Poe es la de K. Silverman, *Edgar A. Poe: Mournful and Never-ending Remembrance*, Nueva York, 1991. <<

[558] Michael Allen, *Poe and the British Magazine Tradition*, Nueva York, 1969; J. P. Muller y W. J. Richardson, *The Purloined Poe: Lacan, Derrida and Psychoanalytic Reading*, Baltimore, 1988. <<

[559] Acerca de la vida de Hawthorne véase Edwin Haviland Miller, *Salem Is My Dwelling Place: a Life of Nathaniel Hawthorne*, Londres, 1991; S. Bercovitch, *The Office of the Scarlet Letter*, Baltimore, 1991; T. Walter Herbert, *Dearest Beloved: the Hawthornes and the Makings of the Middle-Class Family*, Berkeley, 1992. <<

[560] J. Katz, *Gay American History*, Nueva York, 1976; J. D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities*, Chicago, 1983. <<

[561] La mejor biografía de Whitman que he leído es la de Justin Kaplan, *Walt Whitman: a Life*, Nueva York, 1980, pero hay muchas otras; ahora se escribe más sobre él que sobre cualquier otro escritor norteamericano del siglo XIX, incluidos Poe y Hawthorne. <<

[562] Paul Zweig, *Walt Whitman: the Making of the Poet*, Nueva York, 1984. <<

[563] M. J. Killingsworth, *Whitmans Poetry of the Body: Sexuality, Politics and the Text*, Chapel Hill, 1989; Michael Moon, *Disseminating Whitman: Revisión and Corporeality in "Leaves of Grass"*, Cambridge, 1991. <<

[564] R. W. Emerson, *Representative Men*, Boston, 1850, Introducción. <<

[565] Acerca de la vida de Thoreau, véase Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau: a Biography*, Nueva York, 1982; acerca de Walden, L. Shanley, *The Making of Walden*, Chicago, 1957. <<

[566] Joan D. Hedrick, *Harriet Beecher Stowe: a Life*, Oxford, 1994, pp. 223 y ss. <<

[567] Harriet Beecher Stowe, *A Key to Uncle Tom's Cabin*, Boston, 1853, pp. 22 y ss. <<

[568] Hedrick, op. cit., p. 245. <<

[569] J. S. van Why y F. French, eds., *Harriet Beecher Stowe in Europe: the Journal of Charles Beecher*, Hartford, 1896; F. J. Klinberg, "Harriet Beecher Stowe and Social Reform in England", *American Historical Review*, 43 (1937-1938); Betty Fladeland, *Abolitionists and Working-Class Problems in the Age of Industrialization*, Baton Rouge, 1984. <<

[570] T. F. Gossett, *Unele Toms Cabin and American Culture*, Dallas, 1985, p. 270. <<

[571] Citado en Hedrick, op. cit., p. 232. <<

[572] Ibíd., pp. 305 y ss. La observación puede ser apócrifa, aunque lo dudo. No han quedado testimonios escritos de esta conversación, pero la señora Stowe le escribió a su hermana melliza: "Pasamos un rato divertido en la Casa Blanca, te lo aseguro. Te lo contaré todo cuando llegue a casa. Ahora, sólo te diré que fue muy gracioso y estuvimos todo el tiempo a punto de estallar en carcajadas". <<

CUARTA PARTE

La guerra civil norteamericana, 1850-1870.

[573] J. M. Murrin, en R. Beeman y otros, eds., *Beyond Confederation: Origins of the Constitution and of American National Identity*, Chapel Hill, 1987, pp. 346-347. <<

[574] Edwin Haviland Miller, *Salem is My Dwelling Place*, pp. 379-381. <<

[575] R. F. Nichols, *Franklin Pierce*, 2.ª ed., Nueva York, 1958, p. 75. <<

[576] Miller, op. cit., pp. 383-384. <<

[577] Hay una edición facsimilar del libro de Hawthorne, *Life of Pierce*, Boston 1970, con una introducción de R. C. Robey. <<

[578] Nichols, op. cit., p. 216. <<

[579] W. C. Davis, *Jefferson Davis: the Man and His Hour*, Nueva York, 1991, p. 251. <<

[580] Robert E. May, *The Southern Dream of a Caribbean Empire*, Baton Rouge, 1973, pp. 60 y ss. <<

[581] Lawrence Greene, *Filibuster: the Career of William Walker*, Nueva York, 1937. <<

[582] K. S. Davis, *Kansas: a Bicentennial History*, Nueva York, 1976, pp. 47 y ss.; R. W. Johannsen, *Stephen A. Douglas*, Nueva York, 1973. <<

[583] P. W. Gates, *Fifty Million Acres: Conflicts Over Kansas Land Policy, 1854-1890*, Nueva York, 1954. <<

[584] J. A. Rawley, *Race and Politics: "Bleeding Kansas" and the Corning of the Civil War*, Nueva York, 1969; S. B. Oates, *To Purge This Land with Blood: John Brown*, Nueva York, 1970. <<

[585] Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, *The Growthof the American Republic*, I, pp. 654 y ss. <<

[586] J. T. Carpenter, *The South as a Conscious Minority*, Baton Rouge, 1930; A. O. Craven, *The Groivth of Southern Nationalism, 1848-1861*, Nueva York, 1933. <<

[587] Louis Hacker, *Triumph of American Capitalism*, Nueva York, 1940, pp. 281 y ss.; R. B. Flanders, *Plantation Slavery in Georgia*, Atlanta, 1933, pp. 221-223; C. S. Sydnor, *Slavery in Mississippi*, Nueva Orleans, 1933, pp. 196 y ss. <<

[588] Ulrich B. Phillips, *American Negro Slavery*, Nueva York, 1918. <<

[589] L. C. Gray, *History of Agriculture in the Southern United States to 1850*, 2 vols., Richmond 1933,1, pp. 460 y ss. <<

[590] W. E. Dodd, *The Cotton Kingdom*, Nueva York, 1921, p. 121. <<

[591] C. y M. Beard, *Rise of American Civilization*, 4 vols., Nueva York, 1927-1942, II, pp. 5-6. <<

[592] H. U. Faulkner, *American Economic History* p. 320. <<

[593] Citado en el *Niles Weekly Register* del 19 de abril de 1845. <<

[594] David Herbert Donald, *Lincoln*, Londres, 1995, pp. 19-20; acerca del joven Lincoln, véase E. Hertz, ed., *The Hidden Lincoln: from the Letters and Papers of William H. Herndon*, Nueva York, 1938; L. A. Warren, *Lincolns Youth: Indiana Years, Seven to 21, 1816-1830*, Nueva York, 1959; C. B. Strozier, *Lineo Iris Questfor Union: Public and Prívate Meanings*, Nueva York, 1982. Conviene tener cuidado con las transcripciones poco fiables de los papeles de Herndon y con los comentarios psicológicos de Strozier. <<

[595] Para más detalles acerca de Lincoln véase M. E. Neely Jr, *The Abraham Lincoln Encyclopaedia*, Nueva York, 1982. Con respecto a su temor al suicidio, véase H. I. Kushner, *Self Destruction in the Promised Land: a Psychocultural Biology of American Suicide*, New Brunswick, 1989, cap. 5. <<

[596] W. C. Temple y H. E. Pratt, "Lincoln in the Black Hawk War", *Bulletin of the Abraham Lincoln Association*, 54 (diciembre 1938), pp. 3 y ss. <<

[597] Acerca de Lincoln como abogado, véase A. A. Woldman, *Laivyer Lincoln*, Boston, 1936; J. J. Duff, *A. Lincoln: Prairie Lawyer*, Nueva York, 1960; J. P. Frank, *Lincoln as a Lawyer*, Champaign, 1961. <<

[598] Acerca de Ann Rudledge y su influencia en Lincoln, véase Donald, op. cit., p. 608, n. 55. <<

[599] Acerca del discurso de Lincoln en el Congreso, véase Donald, op. cit., cap. 5; D. E. Riddle, *Congressman Abraham Lincoln*, Westport, 1979; Paul Findley, *Abraham Lincoln: the Crucible of Congress*, Nueva York, 1979. <<

[600] *Sayings and Anecdotes of Lincoln*, Nueva York, 1940, pp. 107-108. <<

[601] W. J. Wolf, *The Almost Chosen People: a Study of the Religión of Abraham Lincoln*, Nueva York, 1959. <<

[602] Acerca de las depresiones de Lincoln, véase Donald, op. cit., pp. 163 y ss. <<

[603] En lo referente a los escritos y discursos de Lincoln, he utilizado Don E. Fehrenbacher, ed., *Abraham Lincoln: Speeches and Writings*, 2 vols., Classics of Liberty Library, Nueva York, 1992. <<

[604] Donald, op. cit. p. 191; *Speeches and Writings*, p. 365; W. E. Gienapp, *The Origins of the Republican Party, 1852-1856*, Nueva York, 1987; el supuesto texto completo del discurso publicado en la edición de septiembre de 1896 de la *McClure's Magazine* había sido cuestionado. <<

[605] Roy P. Basler, *Collected Works of Abraham Lincoln*, 8 vols., New Brunswick, 1933, II, p. 341. <<

[606] *Herndon's Lincoln*, II, p. 384. <<

[607] *Speeches and Writings*, I, pp. 426-434; Don E. Fehrenbacher, *Prelude to Greatness: Lincoln in the 1850s*, Stanford, 1962; Donald, op. cit., pp. 206 y ss. <<

[608] Acerca de los debates, véase R. A. Heckman, *Lincoln v. Douglas: the Great Debates Campaign*, Washington DC, 1967; textos en R. W. Johannsen, *The Lincoln-Douglas Debates of 1858*, Nueva York, 1965. <<

[609] Discurso en Clinton, del 8 de septiembre de 1858. <<

[610] Véase David Zarefsky, *Lincoln, Douglas and Slavery: in the Crucible of Public Debate*, Chicago, 1990. <<

[611] *Speeches and Writings*, II, pp. 106-108; la autobiografía de campaña larga está en II, pp. 160-167. <<

[612] Publicado en el *New York Times* del 24 de enero de 1854; acerca de Chase véase David Donald, ed., *Inside Lincolns Cabinet: the Civil War Diaries of Salmón P. Chase*, Nueva York, 1954; acerca de Seward, véase G. G. van Deusen, *William Henry Seward*, Nueva York, 1967. <<

[613] Véanse las dos cartas, del 19 y el 23 de mayo de 1860, en *Speeches and Writings*, II, pp. 156-157. <<

[614] Entre los muchos libros recientes acerca de la agitación antiesclavista, los mejores son Thomas Bender, ed., *The Antislavery Debate: Capitalism and Abolitionism as a Problem in Historical Interpretation*, Berkeley, 1992; Alan M. Kraut, ed., *Crusaders and Compromisers: Essays on the Relationship of the Antislavery Struggle to the Antebellum Party System*, Wesport, 1983; L. Perry y M. Fellman, eds., *Antislavery Reconsidered: New Perspectives on the Abolitionists*, Baton Rouge, 1979. <<

[615] J. C. Furnas, *The Road to Harper's Ferry*, Nueva York, 1959. <<

[616] Elting Morison, "The Election of 1860", en Arthur M. Schlesinger Jr y F. R. Israel, eds., *American Presidential Elections*, II, pp. 1097-1122. Véase también W. E. Giennap, "Who Voted

for Lincoln?", en J. L. Thomas, ed., *Abraham Lincoln and the American Political Tradition*, Amherst, 1986, pp. 50 y ss. <<

[617] Acerca de Davis véase William C. Davis, *Jefferson Davis: the Man and His Hour*, Nueva York, 1991, especialmente pp. 689 y ss. <<

[618] Acerca de los orígenes de Davis véase la biografía escrita por su viuda, Varina H. Davis, *Jefferson Davis*, 2 vols., Charleston, 1890, y la colección "oficial", *Jefferson Davis, Constitutionalist, His Letters, Papers and Speeches*, editada por Dunbar Rowland, 10 vols., Baton Rouge, 1923. <<

[619] Acerca del tratamiento que Davis dispensaba a los esclavos, etcétera, véase Jefferson Davis, *The Rise and Fall of the Confedérate Government*, 2 vols., Nueva York, 1881,1, p. 518; Varina Davis, op. cit., I, pp. 174-179. <<

[620] William C. Davis, op. cit., p. 125. <<

[621] Ibíd., pp. 198-199. <<

[622] La pelea se describe en Winfield Scott, *Memoirs*, 2 vols., Nueva York, 1864, yen William C. Davis, op. cit., pp. 228 y ss. <<

[623] T. C. Cochran, *Frontiers of Change: Early Industrialism in America*, Nueva York, 1981, p. 73. <<

[624] William C. Davis, op. cit., pp. 258-260. <<

[625] *New Orleans Bee* (14 de diciembre de 1860). <<

[626] William C. Davis, op. cit., p. 283. <<

[627] Acerca de Lincoln durante este período vital véase W. E. Baringer, *A House Dividing: Lincoln as President Elect*, Springfield, Illinois, 1945. <<

[628] William C. Davis, op. cit., p. 296. <<

[629] William C. Davis, op. cit., p. 270. <<

[630] Acerca de las primeras semanas de la presidencia de Lincoln véase P. S. Paludan, *The Presidency of Abraham Lincoln*,

Lawrence, 1994, caps. 2 y 3. <<

[631] R. N. Current, *Lincoln and the First Shot*, Nueva York, 1963. <<

[632] Citado en Emory M. Thomas, *Robert E. Lee: a Biography*, Nueva York, 1995, p. 188. <<

[633] R. A. Wooster, *Secession Conventions of the South*, Nueva York, 1962, incluye detalles. <<

[634] Citado en Drew Gilpin .*James Henry Hammond*, Baton Rouge, 1982. <<

[635] Véase R. L. Andreano, ed., *Economic Impact of the Civil War*, Nueva York, 1962; H. N. Scheiber, "Economic Change in the Civil War Era: Analysis of Recent Studies", *Civil War History*, 11 (1965), 396 y ss. <<

[636] H. D. Capers, *Life and Times of C. G: Memminger*, Nueva York, 1893. <<

[637] Véase el excelente resumen acerca de las finanzas sureñas que presenta J. C. Schwab, "The South During the War, 1861-1865", en *Cambridge Modern History*, Cambridge, 1934, VII, pp. 603 y ss; Davis, op. cit., pp. 601 y ss. <<

[638] Elizabeth Merritt, *James Henry Hammond*, Baton Rouge, 1923. <<

[639] Un resumen de este incidente se puede encontrar en C. F. Adams, "The Trent Affair", *Massachusetts Historical Society Proceedings*, 45(1911), 35 y ss. <<

[640] W. B. Yearns, *The Confederate Congress*, Nueva York, 1960; E L. Owsley, *States Rights in the Confederacy*, Nueva York, 1925; Davis, op. cit., pp. 444 y ss.; R. D. Meade, *Judah P Benjamin*, Nueva York, 1943. <<

[641] Davis, op. cit., p. 447. <<

[642] Véase Joseph H. Parks, *General Leonidas Polk} CSA: Fighting Bishop*, Nueva York, 1962. <<

[643] J. W. Silver, *Confederate Morale and Church Propaganda*, New Orleans, 1957. <<

[644] Chester F. Dunham, *Attitude of the Northern Clergy Towards the South, 1860-1865*, Nueva York, 1942; D. W. Harrison, "Southern Protestantism and Army Missions in the Confederacy", *Mississippi Quarterly*, 17 (1965), 179 y ss. <<

[645] W. J. Wolf, *The Almost Chosen People: a Study of the Religión of Abraham Lincoln*, Nueva York, 1959. <<

[646] J. H. Franklin, *The Emanciparon Proclamation*, Nueva York, 1963; Donald, *Lincoln*, 366 y ss. <<

[647] *Cambridge Modem History*, Vil, cap. XVIII, "The North During the War: Finance"; B. W. Rein, *Analysisand Critique of Union Financing of the Civil War*, Nueva York, 1962; Bray Hammond, *Sovereignity and the Empty Purse: Banks and Politics in the Civil War*, Nueva York, 1970; A. M. Davis, *Origins of the National Banking System*, Nueva York, 1910. <<

[648] B. P. Thomas y H. M. Hyman, *Stanton*, Nueva York, 1962; W. W. Hasler, *General George B. McClellan*, Nueva York, 1957. <<

[649] Acerca de Jackson, véase G. F. R. Henderson, *Stonewall Jackson and the American Civil War*, 2 vols., Nueva York, 1898; hay muchos libros modernos que se ocupan de él. <<

[650] Señora de James Chesnut, *A Diary from Dixie*, Nueva York, 1949; general Richard Taylor, *Destruction and Reconstruction: Personal Reminiscences of the Late War*, Nueva York, 1879; Edmund Wilson, *Patriotic Gore*, Nueva York, 1962, pp. 279 y ss., 303-304. <<

[651] Wilson, op. cit., p. 300. <<

[652] John Esten Cooke, *Wearingthe Gray*, Nueva York, 1867. <<

[653] Ibíd. <<

[654] Douglas Southall Freeman, *R. E. Lee: a Biography*, 4 vols., Nueva York, 1934-1935; la mejor biografía es la de E. M. Thomas, *Robert E. Lee: a Biography*, Nueva York, 1995. <<

[655] Thomas, op. cit., pp. 187 y ss. <<

[656] Véase E. B. Codrington, *The Gettysburg Campaign: a Study in Command*, Nueva York, 1968. Véase también J. Luvass y H. W. Nelson, eds., *The US Army War College Guide to the Battle of Gettysburg*, Carlisle, 1986; Thomas, op. cit., pp. 287 y ss. <<

[657] E. S. Miers, *Web of Victory: General Grantat Vicksburg*, Nueva York, 1955. <<

[658] Grant escribió una de las grandes autobiografías norteamericanas, *Personal Memoirs*, 2 vols., Nueva York, 1885-1886. <<

[659] Acerca de las relaciones de Lincoln con Grant véase T. H. Williams, *Lincoln and His Generáis*, Nueva York, 1952. <<

[660] Acerca de estas batallas y las respectivas pérdidas, véase R. U. Johnson y C. C. Buel, eds., *Battles and Leaders of the Civil War*, Nueva York, 1884-1888, IV; acerca de la pena que sintió Lincoln, Donald, *Lincoln*, p. 500. <<

[661] Davis, op. cit., pp. 531, 544, 594. <<

[662] Citado en Wilson, op. cit., p. 271. <<

[663] J. M. Gibson, *Those 163 Days: Shermans March*, Nueva York, 1961. <<

[664] Bruce Catton, *Grant Takes Command*, Nueva York, 1969. <<

[665] H. M. Hyman, “The Election of 1864”, en Schlesinger e Israel, op. cit., II; E. C. Kirkland, *Peacemakers of 1864*, Nueva York, 1927. <<

[666] El texto se encuentra en *Speeches and Writings*, pp. 686-687. <<

[667] Miller, op. cit., p. 474. <<

[668] Judith Farr, *The Passion of Emily Dickinson*, Cambridge, 1992, proporciona un punto de vista actual acerca del tema. <<

[669] John D. Unruh Jr, *The Plains Across: The Overland Emigrants and the Trans-Mississippi West, 1840-1860*, Urbana, 1979. <<

[670] Véase P. W. Gates y R. W. Swenson, *History of Public Land Law Development*, Nueva York, 1968. <<

[671] Véase E. S. Pomeroy, *The Territories and the United States, 1861-1890*, Filadelfia, 1947, y J. E. Eblen, *The First and Second United States Empires: Governors and Territorial Governments, 1784-1912*, Pittsburgh, 1968. <<

[672] Mark Twain, *Roughinglt*. Véase también C. A. Milner y otros, eds., *The Oxford History of the American West*, Nueva York, 1994, pp. 201 y ss. <<

[673] F. L. Paxson, *The Last American Frontier*, Nueva York, 1910, pp. 170 y ss. <<

[674] Davis, op. cit, pp. 598 y ss. <<

[675] *Rise and Fall of the South*, II, pp. 518 y ss. <<

[676] Thomas, op. cit., pp. 361 y ss. <<

[677] Acerca de estos acontecimientos véase B. H. Liddell Hart (compilador), *Shermans Memoires*, 2 vols., Nueva York, 19 57. <<

[678] Acerca de los antecedentes de la conspiración para asesinar a Lincoln, véase W. A. Tidwell y otros, *The Confedérate Secret Service and the Assassination of Lincoln*, Jackson, 1988. En cuanto al hecho mismo, véase W. E. Reck, *Abraham Lincoln: His Last 24 Hours*, Jefferson, 1987. La Sociedad Surratt ha producido *In Pursuit of […] Continuing Research in the Field of the Lincoln Assassination,* Nueva York, 1990. <<

[679] Con respecto a la prisión y liberación de Davis, véase Davis, op. cit., pp. 640 y ss. <<

[680] Con respecto a las opiniones raciales de Lincoln véase Don E. Fehrenbacher, "Only His Stepchildren", en *Lincoln in Textand Context*, pp. 95-112; G. M. Fredrickson, "A Man Not a Brother: Abraham Lincoln and Racial Equality", *Journal of Southern History*, 41 (febrero 1975), 39 y ss. <<

[681] Acercá de las circunstancias que rodearon el discurso y sus diversos textos, véase Garry Wills, *Lincoln at Gettysburg: the Words that Remade America*, Nueva York, 1992. <<

[682] El texto está en *Speeches and Writings*, II, pp. 555 y ss. <<

[683] J. B. James, *Framing of the Fourteenth Amendment*, Nueva York, 1956. Véase también H. J. Graham, "Antislavery Background of the Fourteenth Amendment", *Wisconsin Law Review*, 39 (1950), 479 y ss. Véase también W. B. Heseltine, *Lincolns Plan of Reconstruction*, Nueva York, 1960. <<

[684] Donald, op. cit., pp. 582-583. <<

[685] Acerca de las diversas posiciones, véase A. O. Craven, *Reconstruction: Endingof the Civil War*, Nueva York, 1969, y R. W. Patrick, *Reconstruction of the Nation*, Nueva York, 1967. <<

[686] Acerca de la acción desplegada por Johnson desde el Ejecutivo, véase J. E. Sefton, *Andrew Johnson and the Uses of Constitutional Power*, Nueva York, 1980. <<

[687] Acerca de las condiciones en que quedó el Sur inmediatamente después de la conclusión de la guerra civil, véase J. R. Dennett, *The South As Itls, 1865-1866*, editado por H. M. Christman, Nueva York, 1965, y J. T. Trowbridge, *Desolate South, 1865-1866*, editado por G. Carroll, Nueva York, 1966. Acerca de la tarea desarrollada por la Oficina de Liberados, véase Eric Foner, *A Short History of Reconstruction 1863-1877*, Nueva York, 1990, especialmente pp. 31-32, 64-65, 66, 111-113. <<

[688] Un punto de vista reciente acerca del manejo que Johnson hizo del Congreso se puede encontrar en H. L. Trefousse, *Andrew Johnson: a Biography*, Nueva York, 1989. <<

[689] H. M. Hyman, *Radical Republicans and Reconstruction, 1861-1870*, Nueva York, 1967. <<

[690] Acerca del contexto del juicio político, véase J. E. Sefton, "Impeachment of Andrew Johnson: a Century of Writing", *Civil War History*, 14 (1968), 120 y ss. <<

[691] David Donald, "Why They Impeached Andrew Johnson", *American Heritage*, 6 (1956), 20 y ss.; Michael Benedict, *The Impeachment and Trial of Andrew Johnson*, Nueva York, 1972. <<

[692] J. H. Franklin, "Election of 1868", en Schlesinger e Israel, op. cit., II; C. H. Coleman, *Election of 1868*, Nueva York, 1933. <<

[693] J. Daniels, *Prince of Carpetbaggers*, Nueva York, 1958; R. N. Current, *Three Carpetbag Governors*, Nueva York, 1967; O. H. Olsen, "Scalawags", *Civil War History*, 12 (1966), 304 y s. Foner ofrece un retrato más favorable de los "aventureros" y la segunda reconstrucción, op. cit., pp. 129-130, 158, 213, 256. <<

QUINTA PARTE

La Norteamérica industrial, 1870-1912.

[694] Thoreau, *Journal*, 1 de febrero de 1852; Rudyard Kipling, "Across a Continent", en *From Tideway to Tideway*, Londres, 1892; Walt Whitman, "Crossing Brooklyn Ferry", en *Leaves of Grast*, Henry James, *The American Scene*, Boston, 1907, cap. 2. <<

[695] John Ruskin, *Fors Clavigera*, Londres, 1871,1, carta 10; Henry James, *Hawthorne*, Boston, 1879, cap. 2. <<

[696] Stephen Vincent Benet, *Ballads and Poems*, Nueva York, 1927; Gertrude Stein, *The Geographical History of America*, Nueva York, 1936. <<

[697] Para más detalles, véase National Academy of Sciences, *Growth of United States Population*, Washington DC, 1965. <<

[698] Véase el cuadro "Fertility and Mortality in the United States, 1800-1980", en Foner y Garraty, eds., *Reader's Companion to American History*; 104; A. J. Coale y M. Zelick, *New Estimates of Fertility and Population in the United States*, Princeton, 1963. <<

[699] Cifras tomadas del *Reader's Companion to American History*, pp. 533-536 y del *Dictionary of American History*, editado por T. L. Purvis, Nueva York, 1995, pp. 190-191; Bernard Bailyn, *The Peopling of North America*, Nueva York, 1985. <<

[700] G. C. Fite, *Farmers Frontier, 1865-1900*, Nueva York, 1966; F. A. Shannon, *The Farmers Last Frontier, 1860-1897*, Nueva York, 1945. <<

[701] Véase el mapa correspondiente en H. U. Faulkner, *American Economic History*, p. 369. <<

[702] Véase B. H. Hibbert, *A History of the Public Land Policies*, Nueva York, 1924. <<

[703] Ibíd., p. 387. <<

[704] En torno a los pros y los contras véase R. F. Swierenga, *Pioneers and Profits: Land Speculation on the Iowa Frontier*, Nueva York, 1968. <<

[705] Walter P. Webb, *The Great Plains*, Houston, 1931, p. 317. <<

[706] *Oxford History of the American West*, pp. 252 y ss. <<

[707] E. W. Hayter, "Barbed Wire Rending", *Agricultural History*, 13(1939), 189 y ss.; R A. Ciernen, *The American Livestock Industry*, Nueva York, 1923. <<

[708] Véase el relato del propio Collier *From Every Zenith: a Memoir and Some Essays on Life and Thought*, Nueva York, 1963. <<

[709] Véase un resumen general en F. P. Prucha, *The Great Father: the United States Government and the American Indians*, 2 vols., Nueva York, 1984. <<

[710] Véanse J. A. Carroll y J. R. Kluger, eds., *Reflections of Western Historians*, Nueva York, 1969, y W. D. Wyman y C. B. Kroeber, eds., *The Frontier in Perspective*, Nueva York, 1957. <<

[711] F. J. Turner, *The Frontier in American History*, Cambridge, 1920. <<

[712] E. L. Ayers, *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the 19.th Century South,* Nueva York, 1984; B. Wyatt-Brown, *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South*, Nueva York, 1982. <<

[713] Véase *Oxford History of the American West*, cap. 11, "Violence", pp. 393 y ss. <<

[714] Véanse, a propósito de este y otros puntos de vista R. M. Brown, "Historiography of Violence in the American West", en M. P. Malone, ed., *Historians and the American West*, Lincoln, Nebraska, 1983; Richard White, *"It's Your Misfortune and None*

of My Own": A New History of the American West, Norman, Oklahoma, 1991. <<

[715] Véase la lista en *Oxford History of the West*, pp. 412-413. <<

[716] Wayne Garde, *Frontier Justice*, Nueva York, 1949; véase una relación contemporánea en N. P. Langford, *Vigilante Days and Ways*, Chicago, 1890. <<

[717] D. T. Gilchrist y W. D. Lewis, *Economic Change in the Civil War Era*, Nueva York, 1965. <<

[718] H. D. Woodman, *King Cotton and His Retainers, 1800-1925*, Nueva York, 1968. <<

[719] T. N. Carver, *Principies of Rural Economics*, Nueva York, 1927, p. 99. <<

[720] Véase un excelente resumen acerca del progreso de la agricultura en Norteamérica en Faulkner, op. cit., cap. 19, "The Agricultural Revolution", pp. 375 y ss. <<

[721] E. C. Kirkland, *Industry Comes of Age 1860-1897*, Chicago, 1961. <<

[722] Véase el esclarecedor cuadro incluido en Faulkner, op. cit., p. 405. <<

[723] *Congressional Record*, 48° Congreso, segunda sesión, XVI, parte I, p. 109, del 9 de diciembre de 1884. <<

[724] Carter Goodrich, *Government Promotion of Cunáis and Railroads, 1800-1890*, Nueva York, 1960. <<

[725] Para una comparación véase L. E. Davis y J. Legler, "Government in the American Economy, 1815-1902", *Journal of Economic History*, 26 (1966), 514 y ss. <<

[726] J. C. Bonbright, *Railroad Capitalization*, Nueva York, 1920. <<

[727] Véase el Apéndice A de *New Orleans Times-Democrat*, del 29 de marzo de 1882. <<

[728] Mark Twain, *Life on the Mississippi*, donde cita al *Cincinnati Commerciai*. <<

[729] John F. Stover, *American Railroads*, Chicago, 1978; *Railroad Facts*, Association of American Railroads, Nueva York, 1988. <<

[730] J. F. Stover, *The Life and Decline of the American Railroad*, Chicago, 1970. <<

[731] Citado en John D. Hicks, *The Populist Revolt*, Nueva York, 1931, p. 85. <<

[732] Acerca de la rentabilidad en las décadas de auge, véase G. R. Taylor e I. D. Neu, *The American Railroad Network, 1861-1890*, Nueva York, 1956. <<

[733] E. R. McCartney, *The Crisis of 1873*, Nueva York, 1935; Rendigs Fels, *American Business Cycles, 1865-1897*, Nueva York, 1959; F. P. Weberg, *The Background of the Panic of 1893*, Nueva York, 1929. <<

[734] Véase E. H. Morr, *Between the Ocean and the Lakes: the Story of the Erie*, Nueva York, 1901. <<

[735] A. D. H. Smith, *Commodore Vanderbilt*, Nueva York, 1927. <<

[736] Acerca de Drew, véase S. H. Holbrook, *The Age of the Moguls*, Nueva York, 1964, pp. 13-35. <<

[737] W. A. Swanberg, *Jim Fisk*, Nueva York, 1959. <<

[738] Julius Grodinsky, *Jay Gould: His Business Career, 1867-1892*, Nueva York, i 957, que describe en detalle la toma de Erie. <<

[739] Acerca de Fish y del mandato de Grant, véase Allan Nevins, *Hamilton Fish: the Inner History of the Grant Administration*, Nueva York, 1936. <<

[740] E. S. Lunde, *Horace Greeley*, Nueva York, 1980. <<

[741] Acerca de la elección de 1872 véase W. S. McFeeley, *Grant: a Biography*, Nueva York, 1981. <<

[742] F. M. Green, “Origins of Credit Mobilier”, *Mississippi Valley Historical Review*, 46 (1959), 238 y ss. <<

[743] Véase L. E. Guese, “St. Louis and the Great Whiskey Ring”, *Missouri Historical Review*, 36 (1942), 160 y ss.; R. C. Prickett, “The Malfeasance of Belknap”, *North Dakota History*, 17 (1950), 5 y ss; C. C. Spence, “Schenck and the Emma Mine Affair”, *Ohio Historical Quarterly*, 68 (1959), 141 y ss. <<

[744] Hay una relación completa acerca de Harriman en George Kennan, *E. H. Harriman*, 2 vols., Nueva York, 1922. <<

[745] Michael Conant, *Railroad Mergers and Abandonments*, Nueva York, 1965; véase también Daggett Stuart, *Railroad Reorganizaron*, Nueva York, 1908. <<

[746] E. G. Campbell, *Reorganization of the Railroad System, 1893-1900*, Nueva York, 1938. <<

[747] S. Pomerantz, “The Election of 1876”, en Arthur M. Schlesinger y E R. Israel, eds., *American Presidential Elections*, II; P. L. Hayworth, *The Hayes-Tilden Disputed Election of 1876*, Nueva York, 1906. <<

[748] J. W. Burgess, *The Administraron of Hayes*, Nueva York, 1916; Harry Barnard, *Rutherford B. Hayes*, Nueva York, 1956. <<

[749] H. L. Clancy, *The Presidential Election of 1880*, Nueva York, 1958. <<

[750] G. E Howe, *Chester A. Arthur*, Nueva York, 1934. <<

[751] J. W. Wall, *Andrew Camegie*, Nueva York, 1970; H. C. Livesay, *Andrew Carnegie and the Rise of Big Business*, Nueva York, 1975. <<

[752] Peter Temin, *Iron and Steel in 19.th Century America,* Pittsburgh, 1964. <<

[753] T. A. Wetime, *Coming of Age of Steel* Nueva York, 1962. <<

[754] Acerca de la filosofía de Carnegie, véase E. C. Kirkland, ed., *Carnegie's Gospel of Wealth and Other Essays*, Nueva York, 1890; J. C. van Dyke, ed., *Carnegies Autobiography*, Nueva York, 1920. <<

[755] Citado en Jonathan Hughes, *The Vital Few: American Economic Progress and Its Protagonists*, Nueva York, 1965, p. 252. <<

[756] *The Andrew Carnegie Century*, Nueva York, 1935, es una mina de información acerca de esta y otras cuestiones. <<

[757] F. L. Allen, *The Great Pierpoint Morgan*, Nueva York, 1949, señala este punto. <<

[758] Lewis Corey, *The House of Morgan*, Nueva York, 1930. <<

[759] Acerca del informe Well, véase Executive Document, N.º 27, Cámara de Representantes, 41° Congreso, segunda sesión, VI. Acerca de Chase, véase W. G. Sumner, *A History of the American Currency*, Nueva York, 1876, p. 197. <<

[760] J. P. Nicols, "Silver Diplomacy", *Political Science Quarterly*, 48 (1933), 56 y ss; J. A. Barnes, "Gold Standard Democrats and Party Conflict", *Mississippi Valley Historical Review*, 17 (1930), 422 y ss. <<

[761] Acerca de la filosofía de Morgan, véase Ron Chernow, *The House of Morgan*, Nueva York, 1990. <<

[762] *Wheatons Reports*, IV, pp. 518, 636. <<

[763] J. Jenks y J. Clerk, *The Trust Problem*, 7.ª ed., Nueva York, 1917, p. 17. Véase Faulkner, op. cit., cuadro 434. <<

[764] John Moody, *The Truth About the Trusts*, Nueva York, 1904. <<

[765] C. C. Abbott, *The Rise of the Business Corporation*, Nueva York, 1946; W L. Warner, *The Corporation in Emergent American Sociefy*, Nueva York, 1962. <<

[766] Acerca de los acuerdos de Harriman con Morgan, véase Kennan, op. cit. <<

[767] G. C. Schroeder, *Growth of the Major Steel Companies, 1900-1950*, Nueva York, 1953. <<

[768] Véase una descripción de la escena y de las gestiones de Morgan en Hughes, op. cit, pp. 445 y ss. <<

[769] Acerca de los orígenes del sistema, véase P. M. Warburg, *The Federal Reserve System*, 2 vols., Washington DC, 1930. <<

[770] J. F. Rhodes, *History of the United States from Hay es to McKinley; 1877-1896*, Nueva York, 1919, pp. 53 y ss. <<

[771] Véase la relación del propio Powderly en *Thirty Years of Labor*, Nueva York, 1889. <<

[772] A. B. Saarinen, *Proud Possessors: American Art Collectors*, Nueva York, 1958. <<

[773] H. M. Meyer y R. C. Wade, *Chicago: Growth of a Metrópolis*, Chicago, 1969, pp. 94-96. <<

[774] La observación se encuentra en Mark Girouard, *Cities and People*, New Haven, 1985, pp. 317 y ss. <<

[775] Lauline A. Saliga, ed., *The Skys the Limit: a Century of Chicago Skyscrapers*, Nueva York, 1990. <<

[776] Acerca de Sullivan, véase Sherman Paul, *Louis Sullivan: Architect in American Thought*, Chicago, 1962. <<

[777] Meryle Secrest, *Frank Lloyd Wright: a Biography*, Londres, 1992, pp. 104-105. <<

[778] Véase Andrés Simón, *Chicago: the Garden City*, Chicago, 1893, pp. 48 y ss.; G. E. Holt, "Private Plans for Public Spaces: the Origin of Chicago's Park System, 1850-1875", *Chicago History*, 8 (1979). <<

[779] Sarah Landau y Cari W. Conduit, *Pise of the New York Skyscraper, 1865-1913*, New Haven, 1996, acerca de estos y otros detalles. <<

[780] Alan Trachtenberg, *Brooklyn Bridge*, Nueva York, 1965. <<

[781] J. K. Winkler, *Five and Ten: the Life of Frank W Woolworth*, Nueva York, 1940. <<

[782] Federal Writers Project: *New York City*, Nueva York, 1939. <<

[783] E. Marriam, *Emma Lazarus: Woman with a Torch*, Nueva York, 1956. <<

[784] Véase *New York Tenement House Development Report*, Nueva York, 1903, pp. 132 y ss. <<

[785] Hughes, op. cit., pp. 162-163. <<

[786] Véase Malcolm MacLaren, *The Rise of the Electrical Industry During the 19.th Century*, Nueva York, 1943; J. BaueryN. Gould, *The Electrical Power Industry*, Nueva York, 1939. <<

[787] John Loring, *Tiffany's 150 Years*, Nueva York, 1987, especialmente pp. 43-52. <<

[788] D. B. Burke y otros, *In Pursuit of Beauty: Americans and the Aesthetic Movement*, Museo Metropolitano, Nueva York, 1987, p. 185. <<

[789] Sólo tres de estas lámparas se conocen en la actualidad: una de ellas fue incluida en el catálogo *Sothebys Preview*, Londres, diciembre de 1996, pp. 26-27. <<

[790] Vivienne Couldrey, *The Art of Louis Comfort Tiffany*, Londres, 1989, p. 61, en que se ilustra con una fotografía. <<

[791] John Erskine, *The Philarmonic Symphony Society of New York: the First Hundred Years*, Nueva York, 1943; Quintance Eaton, *Miracle of the Met: History of the Metropolitan Opera, 1883-1967*, Nueva York, 1968. <<

[792] E. J. Hygren, *Views and Visions: American Landscape Befare 1830*, Washington DC, 1986, se ocupa de los paisajistas previos a Cole y a los primeros trabajos de éste. <<

[793] Muchos han sido reproducidos en Gerald L. Carr, *Frederick Edwin Church: Catalogue Raisonnee of Works of Artat the Olana State Historie Site*, 2 vols., Nueva York, 1994. <<

[794] Acerca de los libros que leyó Church véase ibíd., nota XXXVIII. <<

[795] Acerca de la obra de Church referida a América Latina y otros ejemplos de artistas estadounidenses en América del Sur y América Central, véase K. E. Manthorne, *Tropical Renaissance: North American Artists Exploring Latin America 1839-1879*, Smithsonian, Washington DC, 1989. <<

[796] Hay un extenso estudio acerca de esta pintura realizado por Jeremy Elwell Adamanson, "Frederick Churchs *Niagara*\ the Sublime as Trascendence", tesis doctoral presentada en la Universidad de Michigan en 1981. <<

[797] Acerca de los parques véase Freeman Tilden, *The National Parks*, Nueva-York, 1968; también se mencionan otros bosques en Orville Freeman y otros, *National Forests of America*, Nueva York, 1968. <<

[798] Acerca del renacimiento de Tiffany véase Robert H. Kock, *Louis C. Tiffany, Rebel in Glass*, 3.ª ed., Nueva York, 1982; Kock fue el historiador que más hizo por este renacimiento. <<

[799] Clive Aslet, "Olana", en *The American Country House*, New Haven, 1990, pp. 190 y ss. <<

[800] Mark Alan Hewitt, *The Architect and the American Country House*, New Haven, 1990, pp. 99 y ss. <<

[801] D. I. Sutherland, *Americans and Their Servants*, Baton Rouge, 1981, p. 183. <<

[802] G. C. Winkler, *The Well-Appointed Bath*, Washington DC, 1989, pp. 11 y ss. <<

[803] L. E. Asher y E. Heal, *Send No Money*, Chicago, 1942, p. 72; véase también B. Emmet y J. E. Jeuck, *Catalogues and Counters: a History of Sears, Roebuck & Co.*, Chicago, 1950, p. 113. <<

[804] D. M. Potter, *People of Plenty: Economic Abundance and the American Character*, Chicago, 1954, p. 80. <<

[805] O. E. Anderson, *Refrigeraron in America: a History of a New Technology and Its Impact*, Princeton, 1953, pp. 197 y ss. <<

[806] R. F. Wesser, "The Election of 1888", en Schlesinger e Israel, op. cit., III. <<

[807] G. H. Knoles, *The Presidential Campaign and Election of 1892*, Nueva York, 1942. <<

[808] Samuel P. Hayes, *The Response to Industrialisation, 1885-1914*, Nueva York, 1957. <<

[809] *Progress and Poverty* fue reeditado por la fundación Robert Schalkenbach, Nueva York, 1981; véase E. J. Rose, *Henry George*, Nueva York; 1969, y J. L. Thomas, *Altemative America: Henry George, Edward Ballamy, Henry Demarest Lloyd and the Adversary Tradition*, Cambridge, 1983. <<

[810] El texto de la ley y la legislación complementaria se pueden ver en J. W. Jenks y W. E. Clark, *The Trust Problem*, Nueva York, 1910, Apéndice F. <<

[811] Acerca de estos casos véase *In re Debs*, 158, US, 564; *Loewe vs. Lawlor*, 235, US 522; W. L. Letwin, "The First Decade of the Sherman Act", *Yale Law Journal*, 68 (1958), 464 y ss., 900 y ss.; H. B. Thorelli, *Federal Anti-Trust Policy*, Nueva York, 1955. <<

[812] Véase el cuadro "Number of Daily Newspapers in the US, 1790-1990", en *Reader's Companion to American History*, 691. <<

[813] Por ejemplo, Ida Tarbell, *The History of the Standard OH Company*, 2 vols., Nueva York, 1925. <<

[814] P. H. Giddens, *The Birth of the Oil Industry*, Nueva York, 1939. <<

[815] W. I. Walsh, *The Rise and Decline of the Great Atlantic and Pacific Tea Company, Szcaucus*, 1986. <<

[816] R. A. Pasner, *The Robinson-Patman Act: Federal Regulation of Price Differences*, Washington DC, 1976. <<

[817] T. K. McCraw, *Prophets of Regulation*, Cambridge, 1984, pp. 102-109. <<

[818] J. J. Flink, *America Adopts the Automobile, 1895-1910*, Cambridge, 1971, p. 21. <<

[819] Otras fuentes dan estas otras cifras: 10.607 y 730.041, respectivamente. Véase Allan Nevins y Frank E. Hill, *Ford*, 3 vols., Nueva York, 1954-1963, y P. Collier y D. Horrowitz, *The Fords: an American Epic*, Nueva York, 1987. <<

[820] W. C. Richards, *The Last Billionaire*, Nueva York, 1948, pp. 348 y ss. <<

[821] Richard Hofstadter, *The Age of Reform: Bryan to FDR*, Cambridge, 1955. <<

[822] George E. Mowry, *The Era of Theodore Roosevelt, 1900-1902*, Nueva York, 1958. <<

[823] Pero obsérvese que W. R. K. Nugent, *The Tolerant Populists: Kansas Populism and Nativism*, Chicago, 1963, defiende a los populistas de las acusaciones de xenofobia y antisemitismo. <<

[824] W. G. McLouchlin, *The Meaning of Henry Ward Beecher: an Essay on the Shifting Value of mid-Victorian America, 1840-1870*, Nueva York, 1970. <<

[825] Citado en S. A. Allstron, *A Religious History of the American Peo pie*, New Haven, 1972. <<

[826] La exposición más completa se encuentra en F. E. Chadwick, *Relations of the United States and Spain: the Spanish-American War*, 2 vols., Nueva York, 1911; para un relato visual véase Frank Friedel, *A Splendid Little War*, Nueva York, 1958, y acerca del papel que desempeñó la prensa, J. E. Wisan, *The Cuban Crisis in the New York Press*, Nueva York, 1934. <<

[827] J. W. Pratt, "American Businessmen and the Spanish-American War", *Hispanic American Historical Review* (mayo 1934), sostiene que los hombres de negocios norteamericanos (aparte de unos pocos directamente involucrados) preferían mantener el comercio con las colonias y querían relaciones pacíficas con España; Walter LaFeber, *The New Empire: an Interpretación of American Expansión, 1860-1898*, Itaca, 1963, sostiene que muchos hombres de negocios querían la guerra, pero sólo para restaurar el orden. <<

[828] Ernest R. May, *Imperial Democracy: the Emergence of America as a Great Power*, Nueva York, 1961. <<

[829] W. H. Harbaugh, *Power and Responsibility: the Life and Times of Theodore Roosevelt*, Nueva York, 1961, ofrece un buen retrato del hombre. <<

[830] Peter Collier, *The Roosevelts: an American Saga*, Nueva York, 1994, es un vivido relato de la historia de la familia hecho por un periodista. <<

[831] James Bryce, *The American Commonwealth*, 2 vols., Londres, 1888. La mejor edición es la que ha sido publicada en la colección American Classics of Liberty, Nueva York, 1993. <<

[832] Véase L. L. Gould, *The Presidency of Theodore Roosevelt*, Nueva York, 1990. <<

[833] R. E. B. Lewis, *Edith Wharton: a Biography*, Nueva York, 1993, pp. 112-113. <<

[834] Véanse dos puntos de vista diferentes acerca de Roosevelt E. E. Morris, *The Rise of Theodore Roosevelt*, Nueva York, 1979 y

G. W. Chessman, *Theodore Roosevelt and the Politics of Power*, Nueva York, 1968. <<

[835] W H. Harbaugh, "The Election of 1904", en Schlesinger e Israel, op. cit., III. <<

[836] Se llama así, despectivamente, en Estados Unidos, a las personas de ascendencia española, portuguesa o italiana, de piel morena. (N. del T.). <<

[837] R. A. Friedlander, "A Reassessment of Roosevelt's Role in the Panamerican Revolution of 1903", *Western Political Quarterly*, 14 (1961), 535 y ss. <<

[838] Acerca del empleo del corolario de Roosevelt véase D. G. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*, Nueva York, 1964. <<

[839] T. R. Roosevelt, *An Auto biography*, Nueva York, 1913, p. 56. <<

[840] J. M. Cooper Jr., *The Warrior and the Priest: Woodrow Wilson and Theodore Roosevelt*, Cambridge, 1983. <<

[841] Paola E. Coletta, "The Election of 1908", en Schlesinger e Israel, op. cit., III. <<

[842] G. E. Mowry, *Theodore Roosevelt and the Progressive Movement*, Nueva York, 1946. <<

[843] G. E. Mowry, "The Election of 1912", en Schlesinger e Israel, op. cit, III. La exposición que Roosevelt hizo de su programa puede verse en su libro *The New Nationalism*, Nueva York, 1910. <<

SEXTA PARTE

Norteamérica, crisol de razas, 1912-1929.

[844] Para un panorama general de los cambios en la economía norteamericana y su relación con la sociedad véase, M. J. Sklar, *The Corporate Reconstruction of American Capitalism, 1890-1916: the Market, the Law and Politics*, Cambridge, 1988. <<

[845] La biografía más reconocida de Wilson es la de Arthur S. Link, *Wilson*, 5 vols., Princeton, 1947-1965; Link y otros también editaron *The Papers of Woodrow Wilson*, 69 vols., Princeton, 1966-1993. <<

[846] A. T. Mason, *Brandéis*, 2.ª ed., Boston, 1956. <<

[847] R. L. Geiger, *To Advance Knowledge: the Growth of American Research Universities, 1900-1940*, Nueva York, 1986. <<

[848] Acerca de los escritos y los pensamientos de Wilson respecto de la Constitución, véase N. A. Thorsen, *The Political Thought of Woodrow Wilson*, 1875-1910, Princeton, 1988. <<

[849] Véase Hardin Craig, *Woodrow Wilson at Princeton*, Norman, Oklahoma, 1960. <<

[850] D. W. Hirst, *Woodrow Wilson, Reform Govemor: a Documentary Narrative*, Princeton, 1965. <<

[851] Acerca de los impuestos a las ganancias véase Gerald Carson, *The Golden Egg: the Personal Income Tax, Where it Carne From, Howlt Grew*, Nueva York, 1977; acerca del Senado, véase G. H. Haynes, *The Seriate: History and Practice*, Nueva York, 1939. <<

[852] Edward Mandell House, *The Intímate Papers of Colonel House*, 4 tomos, Boston, 1926-1928; Cary T. Grayson, *Woodrow Wilson: an Intimate Memoir*, Nueva York, 1960. <<

[853] H. U. Faulkner, *American Economic History*, p. 561; Elgin Groseclose, *Fifty Years of Managed Money: the Federal Reser-*

ve, 1914-1963; Washington DC, 1965. <<

[854] L. T. Fournier, "The Purpose and Results of the Webb-Pomerene Law", *American Economic Review*, 22 (marzo, 1932), 18 y ss. <<

[855] La autobiografía de William McAdoo lleva el título de *Crowded Years*, Nueva York, 1931; véase la importante sección sobre McAdoo en Jordan A. Schwartz, *The New Dealen: Power Politics in the Age of Roosevelt*; Nueva York, 1933. <<

[856] G. B. Tindall, *The Emergence of the New South, 1913-1945*, Nueva York, 1967. <<

[857] E. E. Garrison, *Roosevelt, Wilson and the Federal Reserve Law*, Nueva York, 1931. <<

[858] August Heckscher, *Woodrow Wilson: a Biography*, Nueva York, 1991, pp. 45 y ss., 56, 233. <<

[859] Manfred Jones, *The Unites States and Germany: a Diplomatic History*, Nueva York, 1984. <<

[860] A. S. Linky W. M. Leary, "The Election of 1916", en ArthurM. Schlesinger y F. R. Israel, eds., *American Presidential Elections*, vol. 3; W. M. Leary, 'Woodrow Wilson, Irish-Americans and the Election of 1916', *Journal of American History*, 54 (1967), 57 y ss. <<

[861] K. E. Birnbaum, *Peace Moves and U-boat Warfare: Germany's Policy Towards the United States*, abril 18, 1916-enero 9, 1917, (Nueva York 1958), Barbara Tuchman: *The Zimmerman Telegram*, Nueva York, 1958. <<

[862] Acerca del impacto de la guerra en los norteamericanos comunes, véase D. M. Kennedy, *Over Here: The First World War and American Society*, Nueva York, 1980. <<

[863] Véase Frederick Palmer, *John J. Pershing, General of the Armies*, Nueva York, 1948; el relato personal de Pershing sobre la primera guerra mundial está en *My Experiences*, 2 vols., Nueva York, 1933. <<

[864] P. A. Poole, *America in World Politics: Foreign Policy and Policymakers Since 1898*, Nueva York, 1975, p. 39. <<

[865] Harold Nicolson, *Peacemaking 1919*, Londres, edición de 1945, pp. 21-22; L. E. Gelfand, *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919*, New Haven, 1963. <<

[866] Nicolson, op. cit., pp. 31-33; para un análisis detallado de las veintitrés afirmaciones de Wilson, véase R. S. Baker, *Woodrow Wilson and the World Settlement*, 3 vols., Nueva York, 1922, y H. W. V. Temperley y otros, *History of the Peace Conference*, 6 vols., 1920-1924. <<

[867] Véase T. A. Bailey, *Woodrow Wilson and the Lost Peace*, Nueva York, 1944; N. G. Leving, *Wilson and World Politics*, Nueva York, 1968. Véase también *Foreign Relations of the United States: Paris Peace Conference 1919*, Washington DC, 1942-1947, vol. 11, pp. 547-549, 570-574; Walter Lippmann, carta a R. B. Fosdick, 15 de agosto de 1919, en *Letters of the League of Nations*, Princeton, 1966. <<

[868] G. Clemenceau, *Grandeur and Misery of a Victory* (traducido al inglés), Londres, 1930; Andre Tardieu, *The Truth About the Treaty* (traducido al inglés), Londres, 1921. <<

[869] Véase W. C. Widenor, *Henry Cahot Lodge and the Search for an American, Foreign Policy*, Berkeley, 1980 y el relato propio de Lodge, *The Senate and the League of Nations*, Boston, 1925. <<

[870] Acerca de los detalles de la última etapa de Wilson en la presidencia, véase Heckscher, op. cit., pp. 611 y ss.; Gene Smith, *When the Cheering Stopped: the Last Years of Woodrow Wilson*, Nueva York, 1964. <<

[871] Colby escribió un libro sobre sus extrañas experiencias: *The Close of Woodrow Wilson's Administration and the Final Years*, Nueva York, 1925. <<

[872] Smith, *Wilson*, pp. 107, 111-113, 126-128; Heckscher, op. cit., pp. 621-622. <<

[873] W. M. Bagby, *Road to Normalcy: the Campaign of 1920*, Nueva York, 1962; véase también ‘Woodrow Wilson, a Third Term and the Solemn Referendum’, *American Historical Review*, 60 (1955), 567 y ss. <<

[874] Thomas Woody, *A History of Womens Education in the United States*, 2 vols., Nueva York, 1929; Ishbel Ross, *Child of Destiny: Elizabeth Blackwell, the First Woman Doctor*, Nueva York, 1949. <<

[875] Nancy F. Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, Nueva York, 1987; Filen Carol DuBois, *Feminism and Suffrage: the Emergence of an Independent Woman's Movement in America*, Nueva York, 1978. <<

[876] Heckscher, op. cit., p. 457. <<

[877] Aileen Kraditor, *Ideas of the Woman's Suffrage Movement, 1890-1920*, Nueva York, 1965; Eleanor Flexner, *Century of Struggle: the Womens Rights Movement in the United States*, Cambridge, 1959. <<

[878] J. E. Cutler, *Lynch-Law: an Investigation into the History of Lynching in the United States*, Nueva York, 1905, p. 177; Walter White, *Rope and Faggot: a Biography of judge Lynch*, Nueva York, 1929. <<

[879] D. M. Chalmers, *Hooded Americanism: the First Century of the Ku Klux Klan, 1865-1965*, Nueva York, 1965; C. C. Alexander, *The Ku Klux Klan in the Southwest*, Lexington, 1965. <<

[880] La Chicago Commission on Race Relations [Comisión sobre las Relaciones Raciales de Chicago], *The Negro in Chicago: a Study of Race Relations and a Race Riot*, Chicago, 1922; véase también E. M. Rudwick, *The Riot at East St. Louis*, Carbondale, 1964. <<

[881] Entre los estudios sobre los guetos se incluye A. R. Hirsch, *Making the Second Ghetto: Race and Housingin Chicago, 1940-1960*, Chicago, 1983 y K. L. Kusmer, *A Ghetto Takes Shape: Black Cleveland, 1970-1930*, Nueva York, 1976. <<

[882] Acerca de los orígenes del Harlem negro véase Anne Douglas, *Terrible Honesty: Mongrel Manhattan in the Twenties*, Nueva York, 1995, pp. 303 y ss. <<

[883] Callow, *American Urban History*, p. 389; véase fuentes, p. 397. <<

[884] Ibíd., pp. 390-391. <<

[885] Widenor, op. cit.; Robert Murray, *The Harding Era*, Universidad de Minnesota, 1969, p. 64. <<

[886] J. M. Blum, *The Progressive Presidents*, Nueva York, 1980, p. 97. <<

[887] J. C. Levenson, *The Mind and Art of Henry Adams*, Boston, 1957; J. R. Vitelli, *Van Wyck Brooks*, Nueva York, 1968. <<

[888] W. B. Gatewood, *Controversy in the Twenties: Fundamentalism, Modernism and Evolution*, Nueva York, 1969. <<

[889] *Philadelphia Press* (22 febrero 1914), citado en John Wilmerding, ed., *Thomas Eakins*, Londres, 1993, p. 16. <<

[890] La obra pionera sobre Homer es Gordon Hendricks, *The Life and Work of Winslow Hobter*, Nueva York, 1979. <<

[891] J. J. Riley, *A History of the American Sofi-Drinks Industry, 1807-1957*, Nueva York, 1972, pp. 251 y ss. <<

[892] Pat Watters, *Coca-Cola: an Illustrated History*, Nueva York, 1978, pp. 15 y ss. <<

[893] J. C. Louis y H. Z. Yaziian, *The Cola Wars*, Nueva York, 1980, p. 104. <<

[894] W. J. Rosabaugh, *The Alcoholic Republic*, Nueva York, 1979, con más cifras. <<

[895] Mark Moore y Dean Gerstein, eds., *Alcohol and Public Policy: Beyond the Shadow of Prohibition*, Nueva York, 1981. <<

[896] Para conocer detalles Albert E. Sawyer, “The Enforcement of National Prohibition”, *Annals* (septiembre 1932). <<

[897] Herbert Asbury, *The Great Illusion: Prohibition*, Nueva York, 1950. <<

[898] *The Illinois Crime Survey*, Chicago, 1929, pp. 909-919. <<

[899] Charles Fecher, *H. L. Mencken: a Study in His Thought*, Nueva York, 1978, p. 159. <<

[900] Rufus King, *Gambling and Organised Crime*, Nueva York, 1969. <<

[901] B. M. Hobson, *Uneasy Virtue: the Politics of Prostitution and the American Reform Tradition*, Nueva York, 1987; T. J. Gilfoyle, *City of Eros: New York City, Prostitutíon and the Commercialisation of Sex, 1790-1920*, Nueva York, 1991. <<

[902] W. A. Swanberg, *Citizen Hearst*, Nueva York, 1961; Pauline Kael, *The Citizen Kane Book*, Nueva York, 1971. <<

[903] Para descripciones y fotos de esos edificios véase Sarah Holmes Boutelle, *Julia Morgan, Architect*, Nueva York, 1988, pp. 216 y ss. <<

[904] Roger W. Moss, *The American Country House*, pp. 208 y ss. <<

[905] Descripciones completas de San Simeón en Moss, op. cit., pp. 207 y ss. y en Boutelle, op. cit. <<

[906] Acerca de la primera época de Los Angeles véase R. M. Fogelson, *Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930*, Berkeley, 1967. <<

[907] Sam Hall Kaplan, *Los Angeles Lost and Found: an Architectural History of Los Angeles*, Nueva York, 1987, p. 49. <<

[908] Robert Winter, *The California Bungalow*, Los Angeles, 1961. <<

[909] Véase Kaplan, op. cit., 71, foto. <<

[910] Norris Hundley Jr., *Water and the West: the Colorado River Compact and the Politics of Water in the American West*, Berkeley, 1975. <<

[911] Jordan A. Schwartz, *The New Dealers: Power Politics in the Age of Roosevelt*, Nueva York, 1993, pp. 205 y ss. <<

[912] Lewis Jacobs, *Rise of the American Film: a Critical History* 2.ª ed., Nueva York, 1968; L. A. Griffith, *When Movies Were Young*, Nueva York, 1925. <<

[913] Kaplan, op. cit., pp. 91 y ss. <<

[914] Ibíd., pp. 104-105; véase también Meryle Secrest, *Frank Lloyd Wright*. <<

[915] Hortense Powdermaker, *The Hollywood Dream Factory*, Nueva York, 1950. <<

[916] Richard Schickel, *The Disney Versión*, Nueva York, 1968. <<

[917] De manera notable en Francia. <<

[918] Burton Peretti, *The Creation of Jazz*, Nueva York, 1992. <<

[919] Anne Douglas, *Terrible Honesty: Mongrel Manhattan in the Twenties*, Nueva York, 1995, p. 279. <<

[920] Lehman Engel, *American Musical Theater*, Nueva York, 1967. <<

[921] Mark Gridley, *Jazz Styles*, Nueva York, 1985; Martin William, *Jazz in Our Own Time*, Nueva York, 1980. <<

[922] Véase la introducción de Edward Jablonski a *Lady Be Goodlen* la Smithsonian Archival Reproduction Series, Smithsonian Collection Roo8, Washington DC, 1977. <<

[923] Robert Murray, *The Harding Era*, Universidad de Minnesota, 1969, pp. 117-119. <<

[924] Murray, op. cit., p. 112. <<

[925] Ibíd., p. 108. <<

[926] *Investigations of Veterans Bureau: Hearings before the US Senate*, Washington DC, 1923. <<

[927] Burt Noggle, 'The Origins of the Teapot Dome Investigation', *Mississippi Valley Historical Review* (septiembre 1957); M. R. Werner y John Star, *Teapot Dome*, Nueva York, 1959, pp. 194-277; Murray, op. cit., p. 473. <<

[928] Robert H. Ferrell, *The Strange Death of President Harding*, Columbia, Missouri, 1996 establece los hechos acerca de la muerte de Harding y demuele los groseros rumores que circularon posteriormente. <<

[929] Acerca de ese periódico, véase David Seideman, *The New Republic. A Voice of Modern Liberalism*, Nueva York, 1986. <<

[930] R. N. Hill, *Contrary Country: a Chronicle of Vermont*, Cambridge, 1950; véase también Vermont Historical Society, *Essays in the Social and Economic History of Vermont* 1943. <<

[931] E. C. Latham, *Meet Calvin Coolidge*, Nueva York, 1960. <<

[932] C. M. Fuess, *Calvin Coolidge*, Boston, 1943, acerca de los primeros tiempos de la carrera de Coolidge. <<

[933] Muchos de los dichos de Coolidge están registrados en Donald R. McCoy, *Calvin Coolidge*, Nueva York, 1967. <<

[934] Acerca de la huelga de la policía de Boston véase E. M. Herlihy y otros, *Fifty Years of Boston*, Boston, 1932. <<

[935] C. B. Slemp y otros, *Mindof a President: President Coolidge's Views on Public Questions*, Washington DC, 1926. Véase también R. J. Maddox, "Keeping Cool with Coolidge", *Journal of American History*, 53 (1967), 772 y ss. <<

[936] Kenneth M. Goode y Harford Powell, *What About Advertising?*, Nueva York, 1927; Warren Suzman, ed., *Culture and Commitment 1929-1945*, Nueva York, 1973. <<

[937] Cyril Clemens y A. P. Daggett, "Coolidge's 'I Do Not Choose To Run'", *New England Quarterly*, 18(1945), 147 y ss. <<

[938] Stuart Chase, *Prosperity: Fact or Myth?*, Nueva York, 1930. <<

[939] George Soule, *Prosperity Decade: from War to Depression, 1917-1929*, Nueva York, 1947. <<

[940] Fauklner, op. cit., p. 622; Walt Rostow, *World Economy*, p. 209 y tabla III-38. <<

[941] Fauklner, op. cit., p. 624. <<

[942] Ibíd., pp. 607-608. <<

[943] Sophia Breckenridge, "The activities of Women Outside the Home", en *Recent Social Trends in the US*, Nueva York, 1930, pp. 709-750. <<

[944] Lewis Lorwin, *The American Federation of Labor: History, Policies and Prospects*, Nueva York, 1933, p. 279. <<

[945] R. W. Dunn, *The Americanisation of Labor*, Nueva York, 1927, pp. 153, 193-194. <<

SÉPTIMA PARTE

Norteamérica, superpotencia, 1929-1960.

[946] Dos guías útiles para estos sucesos son J. K. Galbraith, *The Great Crash of 1929*, 3.ª ed., Boston, 1972, y Murray Rothbard, *Americas Great Depression*, Nueva York, 1963. <<

[947] Acerca de los aranceles, véase F. W Taussig, *The Tariff History of the United States*. <<

[948] Rothbard, op. cit., pp. 128 y ss. <<

[949] Seymour E. Harriss, *Twenty Years of Federal Reserve Policy*, Cambridge, 1993, p. 91. <<

[950] Rothbard, op. cit., p. 139. <<

[951] Véase Lionel Robbins, *The Great Depression*, Nueva York, 1934, p. 53. El término que utilizó Strong fue relatado por Monsieur Rist como *un coup de whiskey*. <<

[952] Walt Rostow, *World Economy*, tabla II-7, p. 68. <<

[953] Rothbard, op. cit., pp. 157-158. <<

[954] Galbraith, op. cit., p. 180. <<

[955] Samuel Schmalhausen y V. F. Calverton, eds., *Womens Corning of Age: a Symposium*, Nueva York, 1931, pp. 536-549. <<

[956] Lester V. Chandler, *Benjamin Strong, Central Banker*, Washington DC, 1958. <<

[957] Selma Goldsmith y otros 'Size and Distribution of Income Since the Mid-Thirties', *Review of Economics and Statistics* (febrero 1954); Galbraith, op. cit., p. 181. <<

[958] Walter Bagehot, *Lombard Street*, Londres, edición de 1922, p. 151. <<

[959] Para los dichos compilados de "expertos" véase Edward Angly, *Oh Yeah?*, Nueva York, 1949. Acerca de las ganancias

históricas sobre porcentajes de acciones, véase William Rees-Mogg, ‘Wall Street Will Crash’, *The Times* (12 diciembre 1996), Londres. <<

[960] Galbraith, op. cit., pp. 57 y ss. <<

[961] Galbraith, op. cit., p. 83. <<

[962] Ibíd., pp. 104 y ss. <<

[963] Ibíd., p. 147. <<

[964] George H. Nash, *The Life of Herbert Hoover*, 2 vols., Nueva York, 1983-1988. <<

[965] Los detalles de los emprendimientos mineros de Hoover pueden obtenerse en David Burner, *Herbert Hoover: a Public Life*, Nueva York, 1979. <<

[966] Herbert Hoover, *Meryoirs*, 3 vols., Stanford, 1951-1952, II, pp. 42-44. <<

[967] Ibíd., pp. 41-42. <<

[968] Martin Fasault y George Mazuzan, eds., *The Hoover Presidency: a Reappraisal’* Nueva York, 1974; Murray Benedict, *Farm Policies of the United States*, Nueva York, 19 53. <<

[969] Eugene Lyons, *Herbert Hoover: a Biography*, Nueva York, 1964, p. 294. <<

[970] Joan Hoff Wilson, *American Business and Foreign Policy, 1920-1933*, Lexington, 1971, p. 220; Donald R. McCoy, “To the White House” en Fasault y Mazuzan, op. cit., p. 55; acerca del antisemitismo de Wilson véase David Cronon, ed., *The Cabinet Diaries of Josephus Daniels, 1913-1921*, Lincoln, Nebraska, 1963, pp. 131, 267,497; acerca del de FDR: Waltet Trohan, *Political Animáis*, Nueva York, 1975, p. 99. <<

[971] Rothbard, op. cit., p. 187. <<

[972] Hoover, op. cit., II, p. 108. <<

[973] Ibíd., III, p. 295. <<

[974] *American Federation* (enero-marzo 1930). <<

[975] Roy Harrod, *Life of John Maynard Keynes*, Cambridge, 1950, pp. 47-48. <<

[976] Galbraith, op. cit., p. 142. <<

[977] Rothbárd, op. cit., pp. 233-234. <<

[978] Citado en *Reader's Companion to American History*, p. 514. Véase también Joan Hoff Wilson, *Herbert Hoover: Forgotten Progressive*, Nueva York, 1974. <<

[979] J. A. Schwartz, *Interregnum of Despair: Hoover, Congress and the Depression*, Nueva York, 1970. <<

[980] G. D. Nash, "Herbert Hoover and the Reconstruction Finance Corporation", *Mississippi Historical Review*, 46 (1959), 455 y ss. <<

[981] Rothbard, op. cit., p. 268. <<

[982] Ibíd., p. 291. <<

[983] Rostow, op. cit., tabla III-42, p. 220. <<

[984] *Fortune* (septiembre 1932). <<

[985] William Manchester, *The Glory and the Dream: a Narrative History of America 1932-1972*, Nueva York, 1974, pp. 40-41. <<

[986] C. J. Enzler, *Some Social Aspects of the Depression*, Washington DC, 1939, cap. 4. <<

[987] Ekirch, op. cit., pp. 28-29. <<

[988] Don Congdon, ed., *The Thirties: a Time to Remember*, Nueva York, 1962, p. 24. <<

[989] Fasault y Mazuzan, op. cit., p. 10. <<

[990] Citado en ibíd., p. 80. <<

[991] Ibíd., pp. 91-92; Wells, *An Experimentan Autobiography*, Londres, 1934. <<

[992] Frank Freidel, "The Election of 1932" en Schlesinger e Israel, *American Presidential Elections*, III, Nueva York, 1971; R.

V. Peel y T. C. Donnelly, *The 1932 Campaign*, Nueva York, 1935. <<

[993] Mario Ehandi, *The Roosevelt Revolution*, Nueva York, 1959. <<

[994] Citado en Ekirch, op. cit. <<

[995] Acerca de los Roosevelt véase Nathan Miller, *The Roosevelt Chronicles*, Nueva York, 1979 y Peter Collier, *The Roosevelts*, Nueva York, 1995. <<

[996] Acerca de este matrimonio véase Blanche Wiesen Cook, *Eleanor Roosevelt*; vol. 1, *1884-1933*, Nueva York, 1992, p. 125 y ss. <<

[997] Ted Morgan, *FDR: a Biography*, Nueva York, 198 5, p. 49. <<

[998] Ibíd. pp. 136-137; Rita Halle Kleeman, *Young Franklin Roosevelt*, Nueva York, 1946. <<

[999] Citado en ibíd., p. 238. <<

[1000] Morgan, op. cit., registra varios ejemplos, como los de las pp. 175, 176, 179, 252-253, 299. <<

[1001] Ibíd., cap. IX, 'The Newport Scandal', pp. 257 y ss. <<

[1002] James McGregor Burns, *Roosevelt, the Lion and the Fox*, Nueva York, 1956, pp. 148-149. <<

[1003] Raymond Moley, *After Seven Years*, Nueva York, 1939, p. 151. <<

[1004] Jordan A. Schwartz, *The New Dealers: Power Politics in the Age of Roosevelt* Nueva York, 1993, p. 70. <<

[1005] Ibíd., p. 73. <<

[1006] Compárense conferencias de prensa del 4 de marzo y del 19 y 26 de abril de 1933. <<

[1007] Compárense carta de Joseph Daniels, 27 marzo de 1933, en Elliot Roosevelt, ed., *FDR: His Personal Letters*, 4

vols., Nueva York, 1947-1950, I, pp. 339-340; Burns, op. cit., pp. 167-172. <<

[1008] H. U. Faulkner, *American Economic History*, pp. 656 y ss. <<

[1009] Arthur M. Schlesinger, *The Corning of the New Deal*, Boston, 195 8, p. 153; Manchester, op. cit., p. 89; Leverett S. Lyon y otros, *The National Recovery Administration*, Washington DC, 1935. <<

[1010] P. J. Hubbard, *Origins of the TVA*, Nueva York, 1961; G. B. Tyndall, *The Emergence of the New South, 1913-1945*, Baton Rouge, 1967; Judson King, *The Conservation Fight: from Theodore Roosevelt to the TVA*, Washington DC, 1959; A. V. Morgan, *The Making of the TVA*, Buffalo, 1974. <<

[1011] Por ejemplo, William Myers y Walter Newton, *The Hoover Administration: a Documented Narrative*, Nueva York, 1936; véase también David Burner, *Herbert Hoover: a Public Life*, Nueva York, 1979. <<

[1012] Francis Still Wickware en *Fortune* (enero 1940); *Economic Indicators: Historical and Descriptive Supplement, Joint Committee on the Economic Report*, Washington DC, 1953; Galbraith, op. cit., p. 173; Rostow, op. cit., tabla III-42. <<

[1013] Trohan, op. cit., pp. 59 y ss., 67-68, 115. <<

[1014] Véase "The Hullabaloo Over the Brain Trust", *Literary Review*, CXV (1933); Bernard Sternsher, *Rexford Tugwell and the New Deal*, New Brunswick, 1964; Otis Graham, "Historians and the New Deal", *Social Studies* (abril 1963). <<

[1015] La mejor edición de la obra magna de Mencken es la de Raven I. McDavid Jr., ed., *The American Language*, Nueva York, 1963. Véase también Alistair Cooke, ed., *The Vintage Mencken*, Nueva York, edición de 1990 y Charles A. Fecher, *The Diary of H. L. Mencken*, Nueva York, 1989. *A Mencken Chresto-*

mathy, Nueva York, 1948, una compilación de sus artículos periodísticos, continúa en circulación. <<

[1016] Epítetos listados en Fecher, op. cit., pp. 179 y ss.; véase también Fred C. Hobson Jr., *Mencken: a Life*, Nueva York, 1993. <<

[1017] W. E. Leuchtenberg, "The Election of 1936" en Schlesinger e Israel, op. cit., III; H. F. Gosnell, *Champion Campaigner: Franklin D. Roosevelt*, Nueva York, 1952. <<

[1018] R. W. Burke, "The Election of 1940", y León Friedman, "The Election of 1944" ambos incluidos en Schlesinger e Israel, op. cit., IV. Véase también Herbert S. Parmet y Marie B. Hecht, *Never Again: a President Runs for a Third Term*, Nueva York, 1968. <<

[1019] Linda Gordon, *Pitied but Not Entitled: Single Mothers and the History of Welfare*, Nueva York, 1994; S. McLanahan y G. Sandefur, *Growing Up with a Single Parent*, Cambridge, 1990. Para una visión crítica véase Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*, Nueva York, 1984. <<

[1020] Acerca de las ideas originales del bienestar social con Roosevelt véase Paul K. Conkin, *FDR and the Origins for the Welfare State*, Nueva York, 1967, y T. H. Greer, *What Roosevelt Thought: Social and Political Ideas of Franklin D. Roosevelt*, Nueva York, 1958. <<

[1021] Morgan, op. cit., p. 688. Roberta Wohlstetter, *Pearl Harbor: Warning and Decision*, Nueva York, 1980. <<

[1022] O. J. Clinard, *Japans Influence on American Naval Power*, Nueva York, 1947. <<

[1023] Acerca de Detzer, véase David Fromkin, *In the Times of the Americans*, Nueva York, 1995. <<

[1024] Wayne S. Cole, *Senator Gerald P. Nye and American Foreign Relations*, Nueva York, 1962; John E. Wiltz, *In Search of*

Peace: the Senate Munitions Inquiry, 1934-1936, Nueva York, 1963. <<

[1025] James M. Seavey, *The Neutrality Legislation*, Nueva York, 1939. <<

[1026] J. W. Pratt, *Cordell Hull, 1933-1944*, Nueva York, 1964. <<

[1027] Véase D. Noviky G. A. Steiner, *Wartime Industrial Statistics*, Washington DC, 1949. <<

[1028] L. P. Adams, *Wartime Manpower Mobilisation*, Nueva York, 1931. <<

[1029] John Toland, *Infamy*, Nueva York, 1982, p. 327. <<

[1030] Susman, op. cit. <<

[1031] Charles Murphy, "The Earth-Movers Organise for War". *Fortune* (agosto-octubre 1943). <<

[1032] Tom Lilley y otros, *Problems of Accelerating Aircraft Production*, Nueva York, 1947. <<

[1033] Véase Gilbert Bruck, *Fortune* (marzo 1943). <<

[1034] Toland, op. cit., p. 426. <<

[1035] Ronald Powaski, *March to Armageddon: the United States and the Nuclear Arms Race, 1939 to the Present*, Nueva York, 1987. <<

[1036] Martin Blumenson, ed., *The Papers of General George S. Patton, 1885-1940*, Nueva York, 1971, se ocupa de la primera etapa de su carrera. <<

[1037] Véase Thomas Buell, *Master of Sea Power*, Nueva York, 1979, y el propio relato de King, *Fleet Admiral King, a Naval Record*, Nueva York, 1932. <<

[1038] E. B. Potter, *Nimitz*, Nueva York, 1976; Edwin Hoyt, *How They Won the War in the Pacific: Nimitz and His Admiráis*, Nueva York, 1970. <<

[1039] D. C. James, *The Years of MacArthur*, 3 vols., Nueva York, 1970-1985. <<

[1040] Charles Bohlen, *Witness to History, 1919-1969*, Nueva York, 1973, pp. 26-29. <<

[1041] Poole, op. cit., p. 130. <<

[1042] La biografía más actualizada de Truman es la de Alonzo L. Hamby, *Man of the People: a Life of Harry S. Truman*, Oxford, 1996. <<

[1043] Theodore A. Brown, *Politics of Reform: Kansas Citys Municipal Government, 1925-1950*, Nueva York, 1958; D. D. March, *A History of Missouri*, 4 vols., Nueva York, 1967. <<

[1044] Hamby, op. cit., p. 198-199. El *New York Times* lo llamó “palurdo de la Tierra de Pendergast”, *New York Times*, 19 de diciembre de 1934. <<

[1045] Ibíd., pp. 232-246. <<

[1046] *Time* (8 marzo 1943); *Look* (16 mayo 1944). <<

[1047] Toland, op. cit., pp. 469 y 55. <<

[1048] Acerca de la decisión de la bomba véase Martin Sherwin, *A World Destroyed: the Atomic Bomb and the Grand Alliance*, Nueva York, 1975, cap. 8. <<

[1049] Toland, op. cit., p. 756. <<

[1050] Existen disputas sobre las cifras de los que murieron el día en que se arrojó la bomba y de los que fallecieron posteriormente como consecuencia de la radiación y de las heridas. Toland, op. cit., p. 790 n., consigna los cálculos del profesor Shogo Nakaoka, primer cuidador del Monumento a la Paz de Hiroshima, quien afirma que murieron alrededor de 100.000 personas el 6 de agosto y otras 100.000 más tarde. <<

[1051] Omar Bradley, *A Soldier’s Story*, Nueva York, 1951, pp. 535-536; Forrest Pogue, *George C. Marshall: Organiser of Victory*, Nueva York, 1973, pp. 573-574. <<

[1052] Terry Anderson, *The United States, Great Britain and the Coid War, 1944-1947,* Nueva York, 1981, p. 270; Hamby, op. cit., p. 331. <<

[1053] Walter Mellis, ed., *The Forrestal Diaries*, Nueva York, 1951, pp. 38-40, 57. <<

[1054] Anderson, op. cit., pp. 75-76. <<

[1055] David Robertson, *Sly and Able: a Political Biography of James F. Byrnes*, Nueva York, 1994, p. 445; Bohlen, op. cit., p. 263. <<

[1056] Patricia Dawson Ward, *The Threat of Peace: James F Byrnes and the Council of Foreign Ministers, 1945-1946*, Kent, Ohio, 1979; Yergin, op. cit., pp. 160-161; George Curry, "James F. Byrnes" en R. H. Ferrell y S. F. Bemiss, eds., *The American Secretaries of State and Their Diplomacy*, Nueva York, 1965; Hamby, op. cit., pp. 338-339. <<

[1057] George Kennan, *Memoirs, 1925-1950*, Nueva York, 1952, p. 294. <<

[1058] Robert Rhodes James, ed., *Churchill: Complete Speeches*, Londres, 1974, VII, pp. 7283-7296; J. K. Ward, "Winston Churchill and the Iron Curtain Speech", *History Teacher* (enero 1968). <<

[1059] *Leahy Diaries*. <<

[1060] Ernest May, "Coid War and Defense" en K. Nelson y R. Haycock, eds., *Coid War and Defense*, Nueva York, 1990. <<

[1061] Citado en Donald W. White, *The American Century: the Pise and Decline of the United States as a World Power*; New Haven, 1996, p. 21. <<

[1062] Alan Wolfe, *Americas Impasse: the Rise and Fall of the Politics of Growth*, Nueva York, 1981, p. 155. <<

[1063] Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Historical Statistics of the United States*, Washington DC, 1975;

Economic Report of the President, Washington DC, 1989; *Revised Annual Estimates of American GNP, 1789-1889*, Nueva York, 1978. <<

[1064] Acerca de la deuda en relación con el producto interior bruto, véase el cuadro “Ratio of the Gross Federal Debt to GNP 1791-1988”, en Foner y Garraty, *Reader’s Companion to American History*, p. 774. <<

[1065] Yergin, op. cit., pp. 281-282; Dean Acheson, *Present at the Creation*, Nueva York, 1969, p. 219. <<

[1066] Para el texto del discurso véase *Public Papers of the Presidents of the United States: Harry S. Truman, 1945-1953*, Washington DC, 1961-1966, pp. 178-179. <<

[1067] Dos libros que tratan sobre la prosopografía del internacionalismo norteamericano de posguerra son David Fromkin, *In the Time of the Americans: FDR, Truman, Eisenhower, Marshall, MacArthur: The Generation That Changed Americas Role in the World*, Nueva York, 1995 y W. Isaacson y E. Thomas, *The Wise Men: Six Friends and the World They Made*, Nueva York, 1986. <<

[1068] R. H. Ferrell, *Off the Record*, Nueva York, 1980, pp. 108-109; Hamby, op. cit., p. 388. <<

[1069] Isaacson y Thomas, op. cit., p. 402. <<

[1070] Michael Hogan, *The Marshall Plan: America, Britain and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Nueva York, 1987; véase también Wilson Miseamble, *George Kennan and the Making of American Foreign Policy, 1947-1950*, Princeton, 1992. <<

[1071] El diario de Truman está en sus *Post-Presidential Papers, Memoirs File*, véase Hamby, op. cit., p. 444; E C. Pogue, *George C. Marshall, Statesman, 1945-1959*, Nueva York, 1987, p. 312. <<

[1072] D. A. Rosenberg, “American Atomic Strategy and the Hydrogen Bomb Decisión”, *Journal of American History* (junio 1979). <<

[1073] *Forrestal Diaries*, pp. 460 y ss.; W. Phillips Davison, *The Berlín Blockade*, Princeton, 1958. <<

[1074] Robert A. Donovan, *Conflict and Crisis: the Presidency of Harry S. Trumann, 1945-1948*, Nueva York, 1977, p. 425; véase también H. E. Alexander, “Financing Presidential Campaigns” en Schlesinger e Israel, op. cit., IV. <<

[1075] John J. McCloy, *Atlantic Alliance: Origins and Future*, Nueva York, 1969. <<

[1076] Anderson, op. cit., p. 184. <<

[1077] Nadaf Safran, *The United States and Israel*, Nueva York, 1963. <<

[1078] Véase John Lewis Gaddis, “Containment, a Reasessment”, *Foreign Affairs* (julio 1977); George Kennan, “Containment Reconsidered”, *Foreign Affairs* (abril 1978). <<

[1079] Soon Sung Cho, *Korea, 1940-1950: an Evaluation of American Responsibility*, Nueva York, 1968. <<

[1080] Robert Alan Arthur, “The Wit and Sass of Harry S. Truman”, *Esquire* (agosto 1971), 66; Truman, opus cit, II, pp. 331 y ss. <<

[1081] L. P. Leffler, *A Preponderance of Power*, Stanford, 1992, pp. 306-308, 369-370. <<

[1082] *Foreign Relations of the United States*, 1950, 7, 826. <<

[1083] Merle Miller, *Plain Speaking: an Oral Biography of Harry S. Truman*, Berkeley, 1974, p. 329. <<

[1084] John Spanier, *The Truman-MacArthur Controversy and the Korean War*, Nueva York, 1965. <<

[1085] Para un veredicto del manejo que hizo Truman de la situación de Corea véase Michael Lacey, ed., *The Truman Presi-*

dency, Nueva York, 1989. <<

[1086] P. J. Boller, *Presidential Wives*, Nueva York, 1988, p. 324. <<

[1087] B. J. Bernstein, "The Election of 1952" en Schlesinger e Israel, op. cit., IV, y Malcolm Moos, "The Election of 1956", en id. IV. Véase también S. G. Brown, *Conscience in Politics: Adlai Stevenson*, Chicago, 1961 y Heinz Eulau, *Class and Party in the Eisenhower Years*, Nueva York, 1962. <<

[1088] En *Life* (16 enero 1956). <<

[1089] Véase el ensayo de R. D. Challener, "John Foster Dulles, Theorist/Practitioner", en L. Cari Brown, ed., *Centerstage: American Diplomacy Since World War Two*, Nueva York, 1990. <<

[1090] Sherman Adams, *First Hand Report*, Nueva York, 1961, p. 73. <<

[1091] Trohan, op. cit., p. 111. <<

[1092] Kennan, *Memoirs*$_{y}$ *1950-1963,p.* 196. <<

[1093] Vernon A. Walters, *Silent Missions*, Nueva York, 1978, p. 226. <<

[1094] Acerca del activismo de Eisenhower véase Fred I. Greenstein, "Eisenhower as an Activist President, a Look at New Evidence", *Political Science Quarterly* (invierno 1979-1980). Véase también Stephen E. Ambrose, *Eisenhower the President*, Nueva York, 1984. <<

[1095] Sherman Adams, op. cit., cap. 17, pp. 360 y ss. <<

[1096] Alan Harper, *The Politics of Loyalty*, Nueva York, 1969. <<

[1097] R. Radosh y J. Milton, *The Rosenberg File: a Search for the Truth*, Nueva York, 1983. <<

[1098] T. C. Reeves, *The Life and Times of Joe McCarthy: a Biography*, Nueva York, 1982, p. 224. <<

OCTAVA PARTE

La Norteamérica que crea problemas, la Norteamérica que resuelve problemas, 1960-1997.

[1099] Para un panorama de la atmósfera de los sesenta véase Morris Dickstein, *Gates of Eden: American Culture in the Sixties*, Nueva York, 1977. <<

[1100] Acerca de los viajes vicepresidenciales de Nixon véase Jonathan Aiken, *Nixon: a Life*, Londres, 1993, pp. 225-265. <<

[1101] Nigel Hamilton, JFK: *Life and Death of an American President*, vol 1, Reckless Youth, Nueva York, 1992, pp. 5-17, 19-24; Thomas C. Reeves, *A Question of Character: A Life of John Kennedy*; Nueva York, 1991, *pp*. 17-25; D. K. Goodwin, *The Fitzgeralds and the Kennedys*, Nueva York, 1987. <<

[1102] David E. Koskoff, *Joseph P. Kennedy: A Life and Times*, Englewood Cliffs, 1974. <<

[1103] Reeves, op. cit., p. 88. <<

[1104] Ibíd., p. 115. <<

[1105] Ibíd., pp. 36-37; Hamilton, op. cit., pp. 83, 507. <<

[1106] Reeves, op. cit., pp. 8, 9, 75-76, 92-94, 97, 118, 122-123, 126, 171, 213; Hamilton, op. cit., pp. 793-794. <<

[1107] Reeves, op. cit., pp. 295-296; C. David Heymann, *A Woman Named Jackie*, Nueva York, 1980, pp. 308, 311, 312-314. (Este libro debe consultarse con precaución). <<

[1108] Reeves, op. cit., pp. 48-54,74, 431 y ss. 83-85, para las fuentes. <<

[1109] Reeves, op. cit., pp. 55, 63, 66, 73; R. J. Bulkly Jr, *At Close Quarters: PT Boats in the US Navy*, Washington DC, 1962, pp. 120-128; Herbert S. Parmet, *Jack: the Struggles of John F. Kennedy*, pp. 111-121. <<

[1110] Reeves, op. cit. <<

[1111] Thomas P. O'Neill, *Man of the House: the Life and Political Memoirs of Speaker Tip O'Neill*, Nueva York, 1987, p. 45. <<

[1112] Macmillan al autor, 1961. <<

[1113] Reeves, op. cit., pp. 161-170; Antoinette Giancan y Thomas C. Renner, *Mafia Prihcess: Growing Up in Sam Giancanas Family*, Nueva York, 1985, pp. 278 y ss., 309 y s; Kitty Kelley, "The Dark Side of Camelot", *People* (29 febrero 1988), pp. 109-111, artículo basado sobre una entrevista con Judith Campbell Exner, amante tanto de Kennedy como de Giancana, realizada cuando ella estaba afectada de un cáncer terminal y ansiosa por decir ciertas cosas porque "así puedo morir en paz". Este texto debe consultarse con precaución. <<

[1114] Theodore C. Sorensen, "The Election of 1960" en Arthur M. Schlesinger Jr. y F. R. Israel, eds., *American Presidential Elections*, vol. 4; Theodore H. White, *The Making of the President, 1960*, Nueva York, 1961; Lucy S. Dawidowicz y L. J. Goldstein, *Politics in a Pluralist Democracy: Voting in 1960*, Nueva York, 1963. <<

[1115] Reeves, op. cit., p. 249; véase nota 12 sobre las fuentes, p. 462. <<

[1116] Entrevista con Flanigan, citada en Jonathan Aitken, *Nixon: a Life*, Londres, 1993, p. 280. <<

[1117] Aitken, op. cit., pp. 290-291; Mazo y Hess, Nixon, p. 249. <<

[1118] Hay muchos libros acerca del matrimonio Kennedy. Véase, por ejemplo Christopher Andersen, *Jack and Jackie: Portrait of an American Marriage*, Nueva York, 1966 y Edward Kelin, *All Too Human: the Love Story of Jack and Jackie Kennedy*, Nueva York, 1966. <<

[1119] Reeves, op. cit., pp. 29-30; Gloria Swanson, *Sivanson on Swanson*, Nueva York, 1980, pp. 306 y ss., 427, 445 y ss., 457. <<

[1120] Reeves, op. cit., pp. 323-327 y 473-474 y ss. 48-66 para las fuentes. <<

[1121] El texto del discurso inaugural ha sido reimpreso varias veces, por ejemplo en William Safire, ed., *Lend Me Your Ears: Great Speeches in History*, Nueva York, 1992, pp. 811-814. El discurso fue redactado por Ted Sorensen, después de consultar con Adlai Stevenson, John Kenneth Galbraith, Arthur M. Schlesinger Jr y Walter Lippmann. <<

[1122] Testimonio de testigo ocular de Hugh Sydney, *John F. Kennedy: Portrait of a President*, Nueva York, 1964. <<

[1123] H. Young y otros, *Journey to Tranquility: the History of Mans Assault on the Moon*, Londres, 1969, pp. 109-110. <<

[1124] Walter McDougall, *The Heavens and the Earth: a Political History of the Space Age*, Nueva York, 1985. <<

[1125] Earl Smith (ex embajador de Estados Unidos en Cuba) en su testimonio ante la Comisión Judicial del Senado, el 30 de agosto de 1930. Acerca de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba véase Hugh Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971. <<

[1126] El autor estuvo presente en Cuba en 1960 y observó las etapas finales de la transformación de ese país en un estado totalitario comunista. <<

[1127] Thomas, *Cuba*, pp. 969-970. <<

[1128] Arthur J. Schlesinger Jr, *Robert Kennedy and His Times*, Boston, 1978, pp. 445,452. <<

[1129] Trumbull Higgins, *The Perfect Failure: Kennedy, Eisenhower and the CIA at the Bay of Pigs*, Nueva York, 1987; John Ranelagh, *The Agency: the Rise and Decline of the CIA*, Nueva York, 1986, pp. 381 y ss. <<

[1130] Ambrose, *Eisenhower the President*, pp. 638-639; Reeves, op. cit., pp. 262-275. <<

[1131] *Washington Post* (14 de enero 1992); Robert McNamara, "One Minute to Domesday", *New York Times* (14 octubre 1992). <<

[1132] *Newsweek* (28 octubre 1963), basada sobre fuentes del Pentágono. <<

[1133] Citado en Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 530-531. <<

[1134] Michael Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khruschev, 1960-1963*, pp. 670 y ss.; Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 1020 y ss. <<

[1135] Max Holland, "After Thirty Years, Making Sense of the Assassination", *Reviews in American History*, 22 (junio 1994). <<

[1136] Gerald Posner, *Case Closed: Lee Harvey Oswald and the Assassination of JFK*, Nueva York, 1993. <<

[1137] Robert Caro, *The Years of Lyndon Johnson: the Path to Power*, Nueva York, 1982; *The Years of Lyndon Johnson: Means of Ascent*, Nueva York, 1989. <<

[1138] Véanse testimonios conflictivos acerca de este punto en Evelyn Lincoln, *Kennedy and Johnson*, Nueva York, 1969, p. 205, y en Benjamin C. Bradlee, *Conversations with Kennedy*, Nueva York, 1975, pp. 217-218. <<

[1139] James Sundquist, "The origins of the War on Poverty" en Sundquist, ed., *On Fighting Poverty: Perspectives from Experience*, Nueva York, 1969; Mark Gelfand, "The War on Poverty", en Robert Divine, ed., *Exploring the Johnson Years*, Austin, 1981; Ira Katznelson, "Was the Great Society a Lost Opportunity?" en S. Frasery G. Gerstle, eds., *The Rise and Fall of the New Deal Order; 1930-1980*, Princeton, 1989, pp. 185 y ss. <<

[1140] Por ejemplo: William O'Neill, *Corning Apart: an Informal History of America in the 1960s*, Chicago, 1971; Robert Collins, "Growth Liberalism in the Sixties: Great Societies at Home and Grand Resign Abroad", en David Farber, ed., *The*

Sixties: from Memory to History, Chapel Hill, 1994; Allan Matusow, *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s*, Nueva York, 1984; Daniel Moynihan, *Máximum Feasible Misunderstanding: Community Action in the War Against Poverty*, Nueva York, 1967. <<

[1141] Véase el cuadro en Foner y Garraty, eds., *Reader's Companion to American History*, p. 774, y el cuadro en el número especial de *Forbes Magazine* sobre la Enfermedad Norteamericana, "Why We Feel So Bad", del 14 de septiembre de 1992, 180-183; Robert Heilbronner y Peter Bernstein, *The Debí and the Déficit*, Nueva York, 1989. <<

[1142] Herbert Y. Shandler, *The Unmaking of a President: Lyndon Johnson and Vietnam*, Princeton, 1977, pp. 226-229. <<

[1143] George C. Herring, *Americas Longest War: the United States and Vietnam, 1950-1974*, 2.ª ed., Nueva York, 1986; Stanley Karnow, *Vietnam: a History*, Nueva York, 1983. <<

[1144] Acheson, *Presentat the Creation*, pp. 675-676. <<

[1145] Marylin Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, Nueva York, 1991, pp. 31 y ss.; Townsend Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles*, Boston, 1973, pp. 220 y ss. <<

[1146] David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, 1972, p. 135. <<

[1147] Citado en Henry Graff, *The Tuesday Cabinet: Deliberation and Decisión in Peace and War under Lyndon B. Johnson*, Nueva York, 1970, p. 53. <<

[1148] Leslie H. Gelby Richard K. Betts, *The Irony of Vietnam: the System Worked*, Washington DC, 1979, pp. 117-118; véase también Joseph C. Goulden, *Truth is the First Casualty: the Gulf of Tonkin Affair*, Nueva York, 1969, p. 160. <<

[1149] Citado en Halberstam, op. cit., p. 596. <<

[1150] George Herring, "The War in Vietnam" en Robert Divine, ed., *Exploring the Johnson Years*, Austin, 1981, pp. 27-62;

Larry Berman, *Lyndon Johnson's War: the Road to Stalemate in Vietnam*, Nueva York, 1989, p. 12. <<

[1151] Gelby Betts, op. cit., pp. 135 y ss.; Sharp citado en James T. Patterson, *Grand Expectations: the United States, 1945-1974*, Nueva York, 1996, p. 605; véase también David Barrett, *Uncertain Warriors: Lyndon Johnson and His Vietnam Advisors*, Lawrence, 1993. <<

[1152] Geld y Betts, op. cit., pp. 214-216. <<

[1153] Ibíd., pp. 120-123. <<

[1154] Sydney Verba y otros, *Vietnam and the Silent Majority*, Nueva York, 1970; Stephen Hess, "Foreign Policy and Presidential Campaigns", *Foreign Policy* (otoño 1972). <<

[1155] *Los Angeles Times* (8 noviembre 1962). <<

[1156] Davis S. Broder, "The Election of 1968", en Schlesinger e Israel, op. cit., vol. 4. <<

[1157] Lawrence J. Wittner, *Coid War America: from Hiroshima to Watergate*, Nueva York, 1974, pp. 300-301. <<

[1158] Citado en Arthur Schlesinger, *The Imperial Presidency*, Boston, 1973, p. 123, y Charles Bohlen, *Witness to History*, p. 210. <<

[1159] *New York Times* (18 mayo 1954); *Washington Post* (20 mayo 1954); Schlesinger, *Imperial Presidency*, p. 169. <<

[1160] Acerca de la Casa Blanca de Nixon véase Aitken, op. cit., pp. 373 y ss. <<

[1161] Texto del acuerdo en *State Department Bulletin* (12 febrero 1973); Geld y Betts, op. cit., p. 350. <<

[1162] Acerca de los discursos de King, etcétera, véase Martin Luther King, *Strength to Love*, Nueva York, 1963 y *Where Do We Go From Here?*, Nueva York, 1967, el discurso "Yo tengo un sueño" está en Safire, *Lend Me your Ears*, pp. 497-500. <<

[1163] Hugh Davis Graham, *The Civil Rights Era: Origins and Development of National Policy*, Nueva York, 1990; S. E Lawson, *Running for Freedom: Civil Rights and Black Politics en America Since 1941*, Nueva York, 1990. <<

[1164] George Breitman, ed., *Malcolm X Speaks*, Nueva York, 1965; véase también Peter Goldman, "Malcolm X" en *The Dictionary of American Negro Biography*, Nueva York, 1982; D. L. Lewis, *King: a Critical Biography*, Nueva York, 1970. <<

[1165] Acerca del movimiento juvenil de los sesenta véase Michael W. Miles, *The Radical Probe: the Logic of Student Rebellion*, Nueva York, 1971, y Theodore Roszak, *The Making of a Counter culture*, Nueva York, 1969. <<

[1166] Acerca de las elecciones véase Theodore White, *The Making of the President, 1972*, Nueva York, 1973. <<

[1167] Richard W. Steele, "Franklin D. Roosevelt and His Foreign Policy Crides", *Political Science Quarterly* (primavera 1979), pp. 22 y ss., 27. <<

[1168] Véase el *New York Times* (5 febrero 1982) y (24 junio 1983); Sorensen, *Kennedy*, p. 293; *Robert Kennedy in his Own Words*, p. 240; Reeves, op. cit., p. 260. <<

[1169] Trohan, op. cit., pp. 136-137; Ted Morgan, *FDR*, p. 619. <<

[1170] Trohan, op. cit., p. 326; Judith Exner, *My Story*, Nueva York, 1977. <<

[1171] Alfred Sternberg, *Sam Johnson's Boy*, Nueva York, 1968, p. 671. <<

[1172] Aitken, op. cit., p. 421. <<

[1173] H. R. Haldeman, *The Ends of Power*, Nueva York, 1980, p. 112. <<

[1174] Aitken, op. cit., pp. 422 y ss.; Fred Thompson, *At That Point of Time*, Nueva York, 1980. Aéerca del Watergate, etcéte-

ra, véase también Stephen E. Ambrose, *Nixon*, vol. 3, *Ruin and Recovery, 1973-1990*, Nueva York, 1991; John Blum, *Years of Discord: Politics and Society, 1961-1974*, Nueva York, 1991; y Joan Hoff, *Nixon Reconsidered*, Nueva York, 1994. Prácticamente todos los que estuvieron involucrados en todos los aspectos del Watergate publicaron testimonios al respecto; el mejor y quizás el que menos se engaña a sí mismo es el de Liddy, *Will: the Autobiography of G. Gordon Liddy*, Nueva York, 1981. <<

[1175] Nixon, *Memoirs*, pp. 846-847; Aitken, op. cit., p. 443. <<

[1176] El papel de Ervin en el ocultamiento de Baker aún no ha sido develado por completo. No lo menciona en sus propias memorias, *Preserving the Constitution: an Autobiography of Senator Sam Ervin*, Charlottesville, 1984. <<

[1177] Aitken, op. cit., p. 510. <<

[1178] Acerca del impacto del juicio político de Andrew Jonson véase J. E. Sefton, "The Impeachment of Andrew Jonson, a Century of Writing", *Civil War History*, 14 (1968). <<

[1179] Ambrose, *Nixon*, III. <<

[1180] Citado en Richard Reeves, *A Ford, Not a Lincoln*, Nueva York, 1975. <<

[1181] Edward L. y Frederick H. Schapsmeier, *Gerald R. Fords Date with Destiny: a Political Biography*, 1989. <<

[1182] Véanse las pruebas recopiladas en más de 300 campos de refugiados de Tailandia, Malasia, Francia y los Estados Unidos, publicada en John Barron y Anthony Paul, *Peace with Horror*, Londres, 1977, pp. 10-31, 136-149, 202 y ss. <<

[1183] Véase Jeane Kirkpatrick, "Dictatorships and Double Standard: a Critique of US Policy", *Commentary* (noviembre 1979). Este poderoso ensayo fue fundamental para rectificar esa política con el presidente Reagan. Véase también Michael A. Ledeen y William H. Lewis, "Carter and the Fall of the Shah,

the Inside Story", *Washington Quarterly* (verano 1980), 15 y ss. <<

[1184] Joseph F. Davis, "Fifty Million More Americans", *Foreign Affairs*, 28 (abril 1950), 109 y ss. <<

[1185] Nixon, *Public Papers, 1970*, 1134-1136; *New York Times*, diciembre 16, 1970 (1.31); Nixon, *Public Papers, 1971*, pp. 669, 895. <<

[1186] Charles Coombs, *The Arena of International Finance*, Nueva York, 1976, p. 219. <<

[1187] Robert DeFina, *Public and Private Expenditures for Federal Regulation of Business*, San Luis, 1977; Murray L. Weidenbaum, *Government Power and Business Performance*, Stanford, 1980. <<

[1188] "After Many Years as Richest Nation", *US News and World Report*, septiembre 24, 1973; "US in the World Economy, the Changing Role", *US News and World Report*, septiembre 10, 1984; Donald W White, *The American Century*, pp. 383-384. <<

[1189] White, op. cit., p. 385; P. Bairoch, "International Industrialisation Levels from 1790 to 1980", *Journal of European Economic History*, 11 (1982). <<

[1190] Robert Estall, "The Changing Balance of the Northern and Southern Regions of the United States", *Journal of American Studies* (diciembre 1980), Cambridge, Inglaterra. <<

[1191] El mejor de los numerosos libros sobre Reagan es el de Lou Cannon, *President Reagan: the Role of a Lifetime*, Nueva York, 1991, que reemplaza a su libro de 1982, *Reagan*. Entre otros estudios menos favorables se incluyen el de Laurence I. Barrett, *Gambling with History: Ronald Reagan in the White House*, Nueva York, 1984 y el de J. Mayer y D. McManus, *Landslide: the Unmaking of the President, 1984-1988*, Nueva York, 1988. <<

[1192] Ronald Reagan, *An American Life: an Autobiography*, Nueva York, 1990, p. 135. <<

[1193] Owen Ullmann en el *Washington Reporter*. <<

[1194] D. M. Hill y otros, *The Reagan Presidency*, Southampton, 1990, p. 39. <<

[1195] *An American Life*, 234-235. <<

[1196] *An American Life*, 517 y ss. <<

[1197] Acerca de los eventos que causaron el conflicto véase John Bullock y Harvey Morris, *Saddams War: the Origins of the Kuwait Conflictand the International Response*, Londres, 1991. <<

[1198] Acerca del pasado de Clinton y de los primeros años de su carrera política véase Charles F. Allen y Jonathan Portis, *The Comeback Kid: the Life and Career of Bill Clinton*, Nueva York, 1992 y John Brummett, *High Wire: from the Back Woods to the Beltway: the Education of Bill Clinton*, Nueva York, 1994. <<

[1199] Para una reseña del primer período de Clinton véase David Maraniss, *First in His Class: a Biography of Bill Clinton*, Nueva York, 1995. <<

[1200] Dick Morris, *Behind the Oval Office*, Nueva York, 1996. <<

[1201] "The Man Who Has Clintons Ear", *Time* (2 septiembre 1996). <<

[1202] Acerca de la relación de Clinton con el 104° Congreso véase Elizabeth Drew, *Showdown: the Struggle Between the Gingrich Congress and the Clinton White House*, Nueva York, 1996. <<

[1203] *1987 Census of Govemments, Burean of the Census*, Washington DC, 1987, tabla A-1. <<

[1204] J. R Zimmerman, *Contemporary American Federalism: the Growth of National Power*, Leicester, 1992. <<

[1205] Michael Lind, *The Next American Nation*, Nueva York, 1995, pp. 132 y ss. <<

[1206] Véase *Statistical Abstract of the USA*, Washington DC, 1991, tablas 1 y 2. <<

[1207] "Towering Ambitions", *Daily Telegraph* (16 julio 1996), Londres. <<

[1208] *American Enterprise* (noviembre-diciembre 1996), para las cifras, pp. 61 y ss. <<

[1209] Elizabeth Johns, *Thomas Eakins: the Heroism of Modern Life*, Princeton, 1983. <<

[1210] Wanda M. Corn, *The Art of Andrew Wyeth*, catálogo de la exposición, Fine Arts Museum, San Francisco, 1973. <<

[1211] W. H. Gerdts, *The Great American Nude: a History in Art*, Nueva York, 1974. <<

[1212] David McKay, *American Politics and Society*, 3.ª ed., Oxford, 1993, pp. 19 y ss. <<

[1213] *The Economist* (5 noviembre 1994). <<

[1214] Citado en Edward N. Luttwak, *The Endangered American Dream*, Nueva York, 1993, p. 163. <<

[1215] M. T. Jacobs, *Short-Term America: Causes and Cures of Our Business Myopia*, Cambridge, 1991, p. 82. <<

[1216] Richard A. Epstein, *Simple Rules for a Complex World*, Cambridge, 1995, Introducción. "Too Many Lawyers, Too Much Law, Americas Parasitic Economy", *The Economist* (10 octubre 1992); Sherwin Rosen, "The Market For Lawyers", *Journal of Law and Economics*, 35 (1992); S. P. Magee, "The Optimum Number of Lawyers", *Law and Social Inquiry*, 17 (1992). <<

[1217] Marc Gafan ter y Thomas Palay, *Tournament of Laws: the Transformation of the Big Law Firm*, Nueva York, 1992, p. 37. <<

[1218] Epstein, op. cit., p. 3. <<

[1219] Stephen P. Magee y otros, "The Invisible Foot and the Fate of Nations, Lawyers as Negative Externalities", en Magee, ed., *Black Hole Tariffs and Endogenous Policy Theory: Political Economy in General Equilibrium*, Nueva York, 1989. <<

[1220] W. Blackstone, *Commentaries on the Laws of England*, Londres, 1765-1770. Esta obra tuvo tantas reediciones en Estados Unidos como en Inglaterra e inspiró el trabajo modelo de James Kent (1763-1847), *Commentaries on the American Law*, Nueva York, 1826-1830. <<

[1221] Acerca de la jactancia de Blumrosen véase su libro *Black Employment and the Law*, New Brunswick, 1971. <<

[1222] Irving Kristol, "How Hiring Quotas Carne to the Campuses", *Fortune* (septiembre 1974); A. M. Bickel, "The Original Understanding and the Segregational Decisión", *Harvard Law Review* (1955), y "The Decade of School Desegregation, Progress and Prospects", *Columbia Law Review* (febrero 1964); véase también *The Least Dangerous Branch: the Supreme Court at the Bar of Politics*, 2.ª ed. Cambridge, 1986) Ivan Hannaford "Idivey of Race", *Wilson Ornarterly* (primavera 1992); Herbert Echsler, "Towards Neutral Principies of Constitucional Law", *Harvard Law Review* (noviembre 1959); Raoul Berger, *Government by Judiciary: the transformation of the Fourteenth Amendment*, Cambridge, 1977; Raymond Wolters, *The Burden of Brown: Thirty Years of School Desegregation*, Knoxville, 1984; Gerald Rosenburg, *The Hollow Hope: Can Courts Bring About Social Change?*, Chicago, 1991. <<

[1223] Stephen Steinberg, *The Ethnic Myth: Race, Ethnicity and Class in America*, Boston, 1989, p. 294. <<

[1224] Lind, op. cit., pp. 119 y ss. <<

[1225] Acerca de la Directiva Estadística 15 de la OMB véase Lawrence Wright, "One Drop of Blood", *New Yorker* (julio

1994), pp. 46-55. <<

[1226] Véanse los informes en las publicaciones de la Universidad de Nueva York, *Campus*{ 15 y 26 abril 1988), y *Campus Report (junio* 1988), "Racism in Black Studies"; *New York Times* (20 abril 1990); Dinesh D'souza, *Illiberal Education: the Politics of Race and Sex on Campus*, Nueva York, 1991, pp. 7 y ss. <<

[1227] D'souza, op: cit., p. 259 n. 21. <<

[1228] Véase Cynthia Ozick, "The Question of Our Speech, the Return to Aural Culture" en K. Washburn y J. Thornton, eds., *Dumbing Down: Essays on the Strip-Mining of American Culture*, Nueva York, 1996, pp. 68-87. <<

[1229] John Rawls, *A Theory of Justice*, Nueva York, 1971, pp. 3-4. <<

[1230] "Who Gets Abortions?", *American Enterprise* (noviembre-diciembre 1996), 18. <<

[1231] *Crime Index, 1960-1992* (Departamento de Justicia de Estados Unidos, FBI); *Uniform Crime Reports, 1992* (Departamento de Justicia de Estados Unidos, FBI), tabla 1, p. 58. <<

[1232] William J. Bennett, *Index of Leading Cultural Indicators*, Nueva York, 1993; véase Gertrude Himmelfarb, *The De-Moralisation of Society*, Londres, 1995, pp. 226 y ss. <<

[1233] Veáse: George Kelling y K. M. Coles, *Fixing Broken Windows: Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities*, Nueva York, 1996. <<

[1234] Véanse las cifras de arrestos a negros en *Body Count*, véase también Jerome J. Miller, *Search and Destroy: African-American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, 1996. <<

[1235] Para las cifras, véase *Fixing Broken Windows*. <<

[1236] Para un análisis detallado de las Iglesias protestantes norteamericanas véase C. Rood y W. McKinney, *American*

Mainline Religión: Its Changing Shape and Future, New Brunswick, 1987, pp. 81-90, 110-147. Véase también P. W. Williams, *Americas Religión: Traditions and Culture*, Nueva York, 1990, pp. 333 y ss. <<

[1237] K. B. Bedell, ed., *Yearbook of American and Canadian Churches 1996*' Nashville, 1996, pp. 250-256. Hay disputas sobre algunas de las cifras. Otra fuente consigna el número de feligreses mormones: 4.370.700. <<

[1238] Richard J. Hernstein y Charles Murray, *The Bell Curve: Intélligence and Class Structure in American Life*, Nueva York, 1994, pp. 178 y ss., 339 y ss. <<

[1239] Charles Murray, "Bad News About Illegitimacy", *Washington Weekly Standard* (5 agosto 1996). <<

[1240] Claudia Goldin, "Career and Family, College Women Look to the Past", *National Burean of Economic Research Digest* (diciembre 1995). <<

[1241] F. Carolyn Graglia, "The Breaking of the Women's Pact", *Washington Weekly Standard* (11 noviembre 1996). <<

[1242] Acerca del extremismo feminista véase Alice Echolas, *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America, 1967-1975*, Minneapolis, 1989;Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: the Case for Feminist Revolution*, Nueva York, 1971. <<

[1243] Katherine Post y Michael Lynch, "Smoke and Mirrors, Women and the Glass Ceiling", *Pacific Research Institute Fact Sheet*, noviembre de 1995; *Women's Figures*, 12-14. <<

[1244] *Womens Figures*, 28-34; véanse las publicaciones del Center for the American Woman in Politics, Eagleton Institute, Rutgers University, *pássim*. <<

[1245] *Women's Figures*, 13-26. <<

ÍNDICE